
FURTIVO
FURTIVO II

FURTIVO

Esta noche mando yo

ELEANOR RIGBY

© 2023, Eleanor Rigby

Título: *FURTIVO: Esta noche mando yo*
Primera edición: septiembre de 2023
Sello: *Independently published*
ISBN de Amazon: 9798852666567
Diseño de portada digital: H. Kramer
Maquetación: Elena Salvador
Imagen: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

El erotismo sin transgresión no existe.

DALMIRO SÁENZ

Capítulo 1

Aunque Maxine nunca había entendido la manera en que la sociedad se organizaba, adoptaba las costumbres de las mujeres de su edad para sentir que formaba parte de una comunidad. Algunos días conseguía convencerse de que estaba haciendo lo correcto; otros, como aquella mañana de otoño, se preguntaba si no cometía un grave error al obligarse a seguir a la mayoría como un borrego.

No era ningún secreto que no le gustaba ir al gimnasio, pero sus conocidas, todas ellas novias serias o esposas de hombres con un trabajo lo bastante lucrativo para mantener a su pareja, acudían religiosamente para tonificar su cuerpo. A fin de no sentirse culpable por servirse un *brunch* digno de revista culinaria, de no verse expuesta a comparaciones odiosas en las fiestas de alto *standing* y de tener un compromiso que atender a diario para ahuyentar el aburrimiento, había probado todas las actividades dirigidas que proponía el centro deportivo.

La zumba hacía que se sintiera fuera de lugar. No había una sola chica de veintiocho años replicando las divertidas coreografías, que de todos modos le costaba seguir por culpa de una flagrante carencia de destreza motriz. Para el *aqua-gym*, entre otros ejercicios de piscina, no siempre estaba de humor. Se veía en el espejo con el bañador ceñido a la tripa que no conseguía reducir con el dichoso ayuno intermitente, el último grito del tenebroso mundo de las dietas, y lo único que le apetecía a renglón seguido era enterrarse bajo las mantas y llorar de frustración. El *Body Pump*, *G.P. Tonic*, *Hiit Power* y todas sus variantes, que exigían la fuerza y la voluntad de un titán, le dejaban unas agujetas paralizantes, y pensaba, con toda la razón, que no merecía la pena pasar una angustiosa hora haciendo un esfuerzo sobrehumano para no poder moverse al día siguiente.

Lo único que hasta el momento no le había supuesto un sufrimiento intolerable era el pilates, del que de todos modos sospechaba que se cansaría al cabo de un par de semanas. No solo por el carácter rutinario de los ejercicios, que más pronto que tarde acababa repitiendo con hartazgo; también porque los instrumentales de arpa de veinticinco minutos y el sonido de los riachuelos, lejos de relajarla, le crispaban los nervios.

Allí se había dirigido esa mañana, sin embargo; a la clase de pilates donde se encontraba con algunas de las parejas de los amigos de Dylan. Porque no podía considerarlas sus amigas, sino eso: algunas de las parejas de los amigos de Dylan.

Las susodichas sabían que Maxine era diferente. No se sentía revitalizada después de pasar tres horas ejercitándose en el gimnasio más caro de Los Ángeles, no se entretenía en la sección de vajillas de diseño de los centros comerciales, no le producía ningún subidón de adrenalina estrenar un modelito elaborado por un modisto emergente para las fiestas empresariales de su pareja, y, además, se aburría como una ostra cotilleando en la peluquería.

Sí, las que deberían haber sido sus amigas eran conscientes de que Maxine había nacido en el seno de una familia de clase media, que se había dedicado a impartir clases de español en un colegio público hasta que Dylan la descubrió y decidió quedársela, y actuaban en consecuencia tratándola con la efusividad condescendiente de quienes incluían a alguien inferior en su círculo para establecer comparaciones que las dejaran por encima. Maxine se daba cuenta de esto, pero estaba terriblemente enamorada de Dylan y hacía cuanto estaba en su mano para acercarse a su mundo de lujos y apariencias.

Como cada mañana a las diez en punto, se dirigió con la esterilla bajo el brazo hacia la sala de pilates. A las nueve, una hora antes, se impartía una clase de defensa personal a la que acudían la

clase de personalidades femeninas por las que Maxine sentía admiración. Más de una vez se había quedado bajo el umbral, esperando a que se efectuara el cambio de turno, para escuchar las divertidas conversaciones que mantenía el grupo de amistades. No asistían muchas mujeres, lo que había propiciado que hicieran piña y quedaran después de los entrenamientos para sentarse en una cafetería de diseño a sorber un *bubble tea*.

Maxine adoraba el *bubble tea*, pero jamás se habría atrevido a acercarse al grupo, al que en secreto llamaba «las Spice Girls» por sus cuerpos esculpidos.

Esa mañana, la clase de defensa personal había terminado con antelación: lo supo cuando oyó las voces de las susodichas. Maxine se asomó con disimulo, y su corazón se saltó un latido al reconocer los coloridos modelitos de las que ya eran sus amigas en su imaginación. Dylan le había regalado conjuntos preciosos para asistir a sus clases matinales, pero Maxine había renunciado a ponérselos porque nunca lucirían tan bien en su tipo más bien curvilíneo como en el de las Spice Girls. Todas ellas vestían conjuntos de marcas deportivas que constaban de sujetador, mallas, chaqueta y calcetines a juego. Se hacían peinados de revista: trenzas de boxeadora, moños de castaña, dos coletas con gomillas de colores..., y también se maquillaban con austeridad, alegando que sentirse guapas las ayudaba a rendir mejor.

—No sé por qué no os animáis —decía una, a la que reconoció como Carey Reynolds. Solo sabía su nombre porque era la indiscutible cabecilla del grupo, una especie de Victoria Beckham, pero teñida de rubia y con verdadero carisma—. Solo esta semana he ganado mil doscientos dólares escribiéndole guarradas a dos pringados, y con el cliente nuevo que me entró antes de ayer, que está sediento de humillaciones, me voy a colocar en los dos mil semanales.

—Yo lo que no entiendo es por qué haces esas cosas, Carey —replicó la afroamericana del moño trenzado, una belleza con los abdominales más tonificados que Maxine había visto jamás —. En Hauture ya te pagan más de lo que necesitas, tu jefe no es un capullo y tienes horarios flexibles. No estás en una posición crítica como para prostituirte.

Incluso desde la puerta, Maxine vio bizquear a Carey.

—Por Dios, Alissa, no seas mojigata. Esto no es prostitución. Esto es prestar un servicio a quien lo necesita. Estoy más cerca del Nobel de la Paz que de una portada Playboy.

Aunque Maxine era de la opinión de Alissa, estuvo a punto de reírse con el comentario.

—Hombre, Ali, si le pagan tan bien... —dejó caer la pelirroja, una beldad a la que solo se veía trabajar el tren inferior en el reservado de máquinas con su atractivo entrenador personal. Se miró las uñas postizas—. Yo me lo plantearía si necesitara la pasta, la verdad.

—A veces me dan hasta ganas de dejar mi trabajo y dedicarme por entero a atender a mis sumisos —reconoció Carey, dándose aire con la mano—. No me supone ningún esfuerzo. He nacido para dominar, ya lo sabéis... —Se calló cuando la cuarta presente, otra rubia altísima que se dedicaba al mundo de la moda, le chistó y señaló con el pulgar hacia la puerta.

Cuando Maxine quiso darse cuenta, las Spice Girls ya la estaban mirando con recelosa curiosidad.

—Oh, lo... lo siento —se disculpó entre balbuceos. Al levantar las manos para defender su inocencia, la esterilla enrollada se le escurrió costado abajo y acabó rodando hacia el corazón de la sala. Maxine fue torpemente tras ella sin apartar la mirada de la perpleja Carey—. No estaba pegando la oreja, ¿eh? Es que ahora... ahora toca... pilates. Vengo a la clase todos los días, y estaba esperando... Bueno, esperaba que desalojarais la sala para hacer mis estiramientos, porque si me lesiono... —Tragó saliva—. No quería decir con eso que seáis unas tardonas o que me moleste que estéis aquí, ¿eh? Los espacios públicos del gimnasio están a disposición de todo el mundo, como es obvio, y sé que vosotras lleváis por lo menos mil años apuntadas, porque os he

visto un montón de veces... A ver, tampoco un montón —se corrigió en el acto—, no es que me sepa vuestros nombres, solo... Me suena vuestra cara. Eso es; me suena vuestra... vuestra cara...

Carey la interrumpió con una alegre carcajada de pecho.

A esas alturas, Maxine había conseguido superar el shock inicial para apretar el paso, agacharse y recoger la rebelde esterilla. Se ruborizó pensando que Carey se estaba burlando de ella, pero al alzar la barbilla descubrió que la estaba mirando con la cabeza ladeada y un brillo especial en los ojos, como si acabara de descubrir un precioso tesoro.

No era una estilosa pero malvada reina abeja, pensó, emocionada.

Era solo una estilosa reina abeja.

—A mí también me suena tu cara, descuida. No pasas desapercibida con esos rizos rojos, cariño —le dijo Carey con una sonrisa que la invitaba a sentarse—. ¿Por qué no te acercas? No estábamos contándonos ningún secreto. De hecho, considero que le hago un favor al mundo entero si publicito el trabajo de dominatriz internauta.

—¿Dominatriz... internauta? —repitió Maxine, abrazando la esterilla con tanta fuerza que daba la impresión de querer esconderse tras ella.

Así era, en realidad. A pesar de que todas le dieron su aprobación, no se atrevió a aproximarse. Sabía a ciencia cierta que bajaría la media matemática de belleza en el grupo. Sus pantalones de chándal grises con pelotillas, sus deportivas de veinticinco dólares y su camiseta ancha de propaganda no encajaba en una pandilla tan glamurosa.

—Es un término que se ha inventado ella —le explicó la pelirroja, divertida.

—Pero tampoco es como para pronunciarlo con ese tono. —Carey puso los ojos en blanco—. Este mundillo de la dominación perdió el misterio hace mucho tiempo..., aunque no por eso han bajado los precios —meditó en voz alta—. De hecho, se lleva mucho más gracias a la proliferación de las novelas del estilo de *Cincuenta sombras de Grey*. Las autoras de erótica sadomasoquista hicieron una gran labor social.

—¿Como la que haces tú con los hombres que te ruegan que les pises las pelotas? —ironizó Alissa, exasperada y anonadada a partes iguales.

—Exacto. —Carey le guiñó un ojo a su amiga y le hizo un gesto impaciente a Maxine—. Acércate, bombón. ¿Cómo te llamas?

—Maxine Sagal. —Se dio cuenta de lo solemne que había sonado y carraspeó—. Mis amigos me llaman Max. —«¿Qué amigos?», se burló la voz interior—. Bueno, mi novio y mis padres, sobre todo. Cualquiera que tenga confianza conmigo, en realidad. ¿Cómo...? —Cerró los ojos un instante, avergonzada de su timidez—. ¿Cómo os llamáis vosotras?

—Carey —se presentó la rubia despampanante—. Ella es Alissa —señaló a la afroamericana, que la saludó moviendo los dedos con desgana, todavía exhausta tras el ejercicio—, esa pelirroja que ves ahí es Francine, aunque la llamamos Fran, y la rubia es Steph.

—Encantada de conocerte, Max —le dijo Francine con una sonrisa.

Steph cabeceó en su dirección a modo de reconocimiento, la última señal que Maxine necesitaba para decidirse a tomar asiento junto a ellas. Junto a Carey, en realidad, que irradiaba la poderosa energía de las estrellas de cine; esa vibración natural que incitaba a plegarse a sus deseos como un sirviente.

A Maxine no le extrañaba que fuera dominatriz en internet.

—¿Tú te dedicas a algo, o andas sacándole los cuartos a los pajeros desesperados de la web? —le preguntó Alissa sin ánimo de ofender. Aunque no la miraba, toda su hostilidad iba dirigida a Carey, a la que Maxine no entendía cómo podía censurar. Era una persona con la que parecía antinatural enfadarse.

—Pues soy... —Observó que la estaban mirando con verdadera curiosidad, y decidió que mentiría para no defraudarlas. Aquellas no eran la clase de mujeres que aplaudirían su condición de mantenida—. Soy profesora de secundaria.

—Divina paciencia tienes que tener —suspiró Francine—. Mi hermano ha cumplido los diecisiete años y no me gustaría aguantarlo seis horas al día.

—Mi hija está entrando en la adolescencia y tampoco hay quien la soporte —reconoció Alissa —. Doce años y ya pierde la dignidad por el primer veinteañero guapetón que aparece descamisado en TikTok. Mi Olly era más lista que el hambre, y ahora dedica las clases a hacer listas de los pintalabios que va a pedirle a su padre que le compre, y eso sin molestarse en mentirle alegando que es su cumpleaños.

—Entonces sigue siendo inteligente, solo que pone su astucia al servicio del mal —se rio Carey.

—Va a acabar como tú, haciéndose un OnlyFans para invertir sus ganancias en un armario de zapatos. —Alissa se estremeció solo de imaginarlo.

—Lo mismo que habría hecho Carrie Bradshaw si el OnlyFans hubiera existido en los noventa —rezongó Carey, en absoluto ofendida por las acusaciones de su amiga. Miró a Maxine con los ojos entrecerrados—. No la escuches. Ser madre joven la obligó a madurar de golpe y se ha quedado atascada en la fase *boomer*. Por eso piensa que hay curros más respetables que otros en una economía capitalista, donde el trabajo es de por sí antiético.

Maxine se quedó maravillada. Era la primera vez que escuchaba a una persona introducir una crítica al sistema en una conversación sin que quedara forzado o fuera pretencioso. A pesar de que Carey había sucumbido a las tentaciones de la cirugía —Maxine vivía en Los Ángeles, el centro neurálgico de la presión estética: reconocería en cualquier parte unos labios inyectados de ácido hialurónico, unos hilos tensores y el efecto de una bichectomía—, todo en ella exudaba naturalidad.

—Que te jodan, Carey —rezongó Alissa, volviendo a bizquear. Pero no se movió del sitio, lo que significaba que, al final del día, sentía una morbosa curiosidad por las actividades que Carey desempeñaba.

—Anda, hablando del rey de Roma... De uno de ellos, al menos —se rio la aludida después de comprobar el centro de notificaciones. Una vistosa funda con forma de oso amoroso recubría el móvil de última generación, y una cuerda de cuentas de colores colgaba de un extremo para poder echárselo al cuello. Incluso su teléfono tenía personalidad, pensó Maxine—. Es mi última incorporación, el tipo que os he mencionado hace un rato. ¿Queréis que os enseñe lo que me pide? Así os quedáis tranquilas viendo que no me exige pornografía infantil, ni nada por el estilo.

Maxine asintió, exultante por lo que estaba sucediendo. Le costaba creer que la hubieran invitado a formar parte de una reunión grupal, pero allí estaba ella, rodeada de mujeres estilosas, simpáticas y con una vida y un físico envidiables.

Aunque la invitación fortuita de las Spice Girls no conllevaba necesariamente su inclusión definitiva en lo que parecía un selecto grupo, Maxine ya se estaba imaginando la amistad que forjarían. Se veía acudiendo al gimnasio con un modelito de Adidas, que le sentaría como un guante de la noche a la mañana, para destacar en la clase de defensa personal, ejercicio al que se aficionaría por vocación y que le permitiría lucir en pocos meses los musculosos brazos de Elsa Pataky. Luego bajaría al centro comercial con ellas para ponerse hasta el culo de *bubble tea*, y les contaría con pelos y señales cada pequeñez que ocurriera en su vida, porque eso era lo que hacían las buenas amigas.

Se asomó con curiosidad al móvil iluminado de Carey. Un número desconocido con el prefijo

de Los Ángeles le había mandado una foto y un mensaje que no podía verse sin desbloquear la pantalla. Se sorprendió al ver la imagen: unas discretas braguitas de algodón blanco con los bordes de encaje.

—¡Anda, yo tengo unas muy parecidas! —exclamó, como si aquello fuera a ayudarla a estrechar vínculos con las adictas al *kick-boxing*.

—Todas tenemos unas bragas así —replicó Fran. Había apoyado la barbilla sobre el hombro de Carey con plena confianza para echar un vistazo—. ¿A qué viene la foto?

—A este tipo estoy cogiéndole el tranquillo todavía, pero parece que le gusta que le diga que su chica le pone los cuernos. Mirad lo que me ha dicho esta mañana: «He ido a echar a lavar la camisa de ayer y he visto la ropa interior de mi novia. Las bragas estaban húmedas... A lo mejor se ha estado masturbando sin mí, o a lo mejor se está follando a otro» —leyó en voz alta.

Maxine se quedó pasmada.

—¿Por qué alguien se excitaría con eso?

—Desde luego, como persona a la que le han puesto los cuernos, no disfrutaría ni un poquito de ese fetiche —reconoció Alissa, meneando la cabeza con desaprobación.

Carey bajó el móvil para lanzar una mirada soñadora al techo.

—Tiene su qué imaginar a la persona que más cachonda te pone follándose a otra mientras miras. Sobre todo cuando participas dando órdenes, indicando quién va a hacer qué —explicó ella con sabiduría. Esbozó una sonrisa juguetona—. Con ese mensaje entendí más o menos qué quería, y le dije que su novia le estaba engañando con un tío que tiene la polla enorme. Y luego le ordené que se llevara sus bragas a la oficina como castigo, para tener presente la prueba de cuánto deja que desear como pareja. Le ha encantado, mirad. —Les enseñó el móvil, triunfante —. «Dime qué hace mi novia con ese tío».

—¿Qué le vas a contestar? —preguntó Maxine en voz baja, observando la imagen con atención. Le sonaba familiar el reloj que el tipo llevaba en la mano con la que sujetaba las bragas. Por la forma en que las apretaba, parecía que quisiera destrozarlas—. ¿Te vas a inventar de verdad que se acuesta con otro hombre?

—¡Y tanto!

Carey empezó a teclear delante de sus amigas. Maxine pudo leer con claridad la detallada descripción.

No es lo que hace con ese tío, sino lo que hace contigo. Cuando folláis, tu novia no te mira a la cara porque prefiere pensar que eres el otro. Finge todos los orgasmos, y cuando se corre de verdad, se muerde el labio para no decir el nombre de su amante. Ayer empapó esas bragas mientras se la chupaba; solo se la chupaba, y ya estaba tan cachonda que podría haberse corrido como una bestia.

—Oh, Dios. —Maxine se cubrió la boca—. ¿Es que quieres que llore?

—No es lo que yo quiero; es lo que quiere él. Estoy al servicio del cliente. —Carey se encogió de hombros con el móvil aún en la mano. Al cabo de unos segundos recibió una nueva fotografía: el tipo le enseñaba su miembro erecto, prueba de que lo que le decía le estaba gustando—. ¿Veis?

—Joder, hay cada enfermo... —Alissa sacudió la cabeza.

Francine defendió al tipo, arguyendo que, mientras su fetiche no hiciera daño a nadie, no tenían por qué juzgarlo, y Stephanie le pidió el móvil entre risas para probar a improvisar una canallada.

Maxine solo se quedó mirando la fotografía con el corazón en un puño.

Había sido tomada en un baño, y, además de la erección del sumiso, se veían sus zapatos

italianos. Aquellos zapatos se parecían a los que Dylan se había puesto esa mañana para acudir a una importante reunión con la nueva agencia publicitaria de la empresa. Además, la última vez que Maxine había ido a verlo a su oficina por el día de las visitas familiares, se había sorprendido al entrar en el baño renovado: la cotizada diseñadora que escogieron para la obra se había decantado por unos azulejos color medianoche que centelleaban como obsidianas.

«Dylan no puede ser el único hombre con esos zapatos, incluso si son unos zapatos muy exclusivos... Y aunque no todo el mundo puede pagar ese suelo, en Los Ángeles la gente tiene dinero. Puede tratarse de otro edificio. O del mismo, pero de un hombre diferente», se dijo Maxine, aunque su pulso seguía tan agitado que empezó a marearse.

—«Así que en el fondo mi novia me desprecia», dice —siguió leyendo Steph. Tecleó una contestación mientras la decía en voz alta—. «Tu novia es una puta insaciable, pero tú le aburres tanto que folla contigo en la postura del misionero por piedad. Eres tan patético...».

—¡Pero bueno! —aplaudió Carey—. ¡Has nacido para esto!

—Me está preguntando qué castigo merece un pringado como él —le dijo Stephanie. Se mordió el labio—. ¿Qué opinas tú? ¿Lo mando a ponerse unas pinzas en los huevos, o algo así?

—No, mujer, poco a poco. Dile que se las ponga en los pezones y que mande foto para que sepa que ha cumplido las órdenes que le da su ama.

—No se habrá llevado unas pinzas al trabajo, ¿no? —vaciló Alissa.

—Por supuesto que sí —repuso Carey—. Este tipo está preparadísimo.

Maxine se tensó de tal manera que las chicas se dieron cuenta de que algo no andaba bien. Si mandaba una foto de su pecho, sabría si se trataba de Dylan o si lo tenía tan presente en su día a día que lo veía en todas partes.

Su prometido era el ejecutivo de cuentas de la sede californiana de Faery, la multinacional neoyorquina de referencia en el ámbito tecnológico. Supo que ostentaría aquel importante puesto en cuanto aprendió a leer y a escribir, pues se trataba de una empresa familiar. Desde el principio le advirtieron que no podría perforarse ni hacerse tatuajes visibles, y aunque seguía a rajatabla la imposición, como otras muchas que le habían causado problemas de ansiedad recurrentes, cuando estaba en la universidad perdió una apuesta y tuvo que grabar con tinta en el centro de su pecho lo que le exigió la parte ganadora: las iniciales de su nombre, «SS». Dylan solía lamentarse porque hubieran sido aquellas y no otras, porque cada vez que tuvo que desnudarse ante una mujer, incluida Maxine, tuvo que explicar que no tenía nada que ver con las siglas de Schutzstaffel[1].

Siempre decía que iba a pedir cita en un centro de láser, a tapárselo con otro dibujo más grueso o a diseñar un nuevo tatuaje a partir de la base, pero recordaba el dolor que sintió en la camilla del tatuador y acababa convenciéndose de que no era para tanto.

«A fin de cuentas, tú eres la única que lo verá», le decía con sorna. «Y sabes que no tengo nada de nazi. De hecho, mis antepasados ingleses tuvieron que huir cuando los alemanes ocuparon la isla de Jersey».

—¡Hostia! —exclamó Carey, cubriéndose la boca—. ¡Que tiene en el pecho tatuadas las siglas de la Schutzstaffel!

Maxine levantó la barbilla de golpe y le quitó el móvil de la mano de un tirón que sofocó las carcajadas incrédulas en el acto. Comprobó con sus propios ojos que así era, y que el tipo al que le gustaba que le humillaran era Dylan Bradbury, su prometido. Lo habría reconocido incluso si no hubiera tenido aquel tatuaje. La forma de sus hombros, el tamaño de los pezones encogidos por la presión de las pinzas, el vientre plano, el pecho esculpido...

Los ojos se le humedecieron, más por la incredulidad que por el dolor de la traición.

—Si hubiera sabido que te iba a afectar tanto, no te lo habría enseñado —dijo Carey, mirando a Maxine como si se hubiera vuelto loca. Intentó quitarle el móvil de la mano, pero ella no la dejó—. Oye, Max...

—¡No me llames Max! —le espetó a viva voz, volviendo en sí misma—. ¿Por qué haces esto, eh? —Agitó el *smartphone* con violencia—. ¿Por qué haces estas asquerosidades en internet? ¿Es que no te da vergüenza? ¿No te has planteado que los hombres a los que crees colmar de felicidad pueden tener novia, o incluso esposa? ¡O hijos! ¿En serio piensas que es una diversión inocente? ¡Le estás arruinando la vida a todo el mundo, a él el primero, al consentir y participar en esa clase de... de... prácticas asquerosas!

Carey soportó su arrebato con serenidad, igual que si estuviera acostumbrada a que la acorralaran con discursos moralistas.

—No tienen nada de asquerosas —replicó con calma, incluso con un tono de voz aterciopelado que le recordó al que ella misma solía emplear con sus alumnos—. Todo el mundo tiene un fetiche, una fantasía que desea cumplir, y la vida es demasiado corta para reprimirnos. Sobre todo cuando la única razón por la que nos reprimimos es para evitar que los mojigatos se ofendan.

—¡Yo no soy ninguna mojigata! —le gritó con el rostro congestionado—. ¡Yo tengo sexo, como todo el mundo! ¡Y muy habitualmente! ¡Y dejo muy complacido a mi novio! ¡Mi novio no necesitaría recurrir a estas... sordideces para excitarse! ¡Conmigo tiene suficiente!

Carey asintió con la cabeza. Las demás estaban paralizadas por el asombro.

—Me alegro —respondió, esta vez sucinta—. Ahora, ¿te importaría devolverme el móvil?

Maxine presionó los labios, furiosa porque Carey no la hubiera creído, y dolida sobre todo porque ni ella misma se lo había tragado. Solía pensar que complacía a Dylan, pero a la vista había quedado que necesitaba una ayuda extra.

Esto la desestabilizó de tal manera que no controló su carácter. Les echó una foto a las pruebas que el sumiso le había mandado a Carey, esperando quedarse tranquila en cuanto Dylan le dijera que se trataba de otra persona, de otro tarado con gustos insólitos —y nazi de verdad, no tatuado por una apuesta—, y a continuación arrojó el móvil al suelo con todas sus fuerzas.

A pesar de llevar una funda gruesa, la pantalla se hizo añicos.

—¡Ahí lo llevas! —le espetó a Carey, dejándola, esta vez sí, pasmada.

Dio media vuelta y se dirigió a la salida en el preciso momento en el que entraba el profesor de pilates. Este la miró con extrañeza y abrió la boca para decirle que tomara asiento y extendiera su esterilla, pero tuvo que verla fuera de sí, porque optó por el silencio.

Mejor. Maxine no estaba de humor para una clase de pilates.

Ni ese día ni nunca.

Pero especialmente ese día.

Capítulo 2

Maxine aparcó el Fiat en el parking subterráneo, apagó el motor y descansó las manos temblorosas sobre los muslos. Frotó la mezcla de tela sintética y algodón de su sencillo chándal. No se había cambiado después de salir como un abanto del gimnasio.

Había pasado las últimas seis horas conduciendo por las carreteras estatales de California. Cuando estaba al volante, lograba dejar la mente en blanco y concentrarse en las señales de tráfico, pero ya había caído la tarde y no podía seguir posponiendo la confrontación.

Ni con sus peligrosos pensamientos, ni con Dylan, que debía de estar a punto de llegar a casa.

Podía decirse que la calidad de vida de Maxine había dado un salto cualitativo en el último año y medio, y todo gracias a la generosidad de su prometido. A los veintiséis, aún vivía con sus padres en el barrio de Gardenstone, en el condado de Merced. Ocupaban una pequeña casita adosada con comodidades básicas. Su sueldo de profesora en la escuela secundaria y el dinero que su padre ganaba como manitas haciendo chapuzas a lo largo y ancho del vecindario habían logrado mantener cierta estabilidad económica, pero no podían permitirse ningún lujo. Luego apareció Dylan, y a sus veintiocho podía decir que tenía todo aquello con lo que jamás se atrevió a soñar: un vehículo propio que le concedía la libertad necesaria para no depender de los horarios del metro, y un apartamento de cinco mil dólares de alquiler en la prestigiosa urbanización AVA de Little Tokyo, a un tiro de piedra del Staples Center, el Dorothy Chandler Pavilion y los mejores clubes, bares de vinos y galerías de artes escénicas de la ciudad.

Mantenerla en aquel apartamento con vistas al paisaje urbano apenas le suponía a Dylan echar mano de la calderilla, pero para ella era un lujo inimaginable. Todavía no había empezado a creerse que tuviera su propio piso en el corazón de Los Ángeles como para tener que asimilar que su novio recurría a una dominatriz vía mensaje para excitarse durante sus reuniones ejecutivas.

¿Y cómo lo iba a asimilar, si, bajo su punto de vista, habían estado viviendo un cuento de hadas desde que se conocieron? ¿Qué necesidad había de buscar a otra mujer para que le calentara la cama, aunque fuera en un sentido figurado, si aún no habían pasado la fase de la luna de miel?

Cuando creyó que estaba preparada para la conversación, inspiró hondo y se arrastró fuera del coche. Acariciaba la tentadora y autodestructiva idea de sacar el teléfono móvil del bolsillo y ver de nuevo las fotos en busca de reafirmación. No encontró el valor en todo el camino al ascensor, y ni mucho menos cuando abrió la puerta de casa y le llegó la voz de Dylan.

Todavía no se había quitado el traje, lo que significaba que acababa de llegar, y tampoco había desconectado el móvil, como hacían ambos en cuanto ponían un pie en el recibidor. Al menos no estaba increpándole al teléfono, sino solo intercambiando opiniones profesionales con su hermano Coop, el único pariente que no le crispaba los nervios.

O no demasiado.

A fin de posponer el momento de la verdad, Maxine se deslizó con sigilo hasta el baño y puso a correr el agua mientras intentaba justificar a su prometido.

Los Bradbury eran una eminente familia norteamericana con raíces británicas. Dominaban el sector tecnológico en Nueva York, a donde en su día emigraron los bisabuelos de Dylan para huir de la toma nazi del Canal de la Mancha. Para fortalecer las relaciones internacionales de la empresa, su padre se casó con una de las princesas de Manhattan que copaban las portadas de Vogue y Cosmopolitan y tuvo cuatro hijos, a cada cuál más capaz de tomar el testigo de la

empresa una vez el gran Bradbury se jubilara.

Como todo hijo mediano que se preciara, Dylan había sido ignorado durante gran parte de su infancia, que pasó tratando de llamar la atención de sus padres y niñeras. En la adolescencia logró despertar la ira del gran Bradbury y la compasión de su madre después de acabar en el hospital en dos ocasiones —la primera tras un choque frontal que podría haberle costado la vida; la segunda debido a una ingesta excesiva de alcohol—, y en comisaría otras tantas. Dylan narraba con un orgullo que le impedía respirar el momento en que su padre lo llamó a su despacho para exigirle que aprendiera a comportarse, pues en cuanto se graduara entraría a formar parte del exclusivo círculo de directivos de su multinacional.

En teoría debería haberse sentido satisfecho por el voto de confianza, pero Dylan había demostrado que el puesto de ejecutivo de cuentas no estaba hecho a su medida, y una vez más puso de relieve que, frente a la inteligencia lógico-matemática que le permitía a sus hermanos destacar en sus puestos, su sensibilidad artística no apelaba al orgullo del progenitor.

Dylan tenía complejo de inferioridad, y lo comprendía. La misma Maxine se sintió insignificante al lado de los tres hombres altos y atractivos que eran sus hermanos, cuyos trajes de Emidio Tucci y parejas ocasionales gritaban éxito. No obstante, y a diferencia de él, no creía que tuviera nada de lo que avergonzarse. Había pasado los dos años de relación repitiéndole sin descanso que sus inseguridades no tenían razón de ser, pero esa había sido hasta el momento la única sombra que oscurecía su romance de ensueño.

Ahora parecía que tenía peores defectos.

Mientras se cambiaba de ropa con el cuerpo aterido por las últimas noticias, Maxine se preguntó si el deseo de Dylan de ser humillado tendría su origen en la dinámica familiar. Le constaba que no disfrutaba cuando su padre lo miraba como si fuera una decepción o se lamentaba de su inutilidad con comentarios velados, pero más de una vez había visto cómo la necesidad de ganarse su aprobación le hacía volver arrastrándose.

Los celos que le habían provocado las últimas noticias se transformaron en curiosidad y compasión. ¿Y si la única manera que tenía de superar los desdenes del gran Bradbury era glorificando la humillación?, ¿percibiéndola y practicándola como un fetiche sexual, como algo que podía proporcionarle placer? ¿Era correcto buscar una explicación clínica a sus intereses en la cama? ¿Se la buscaba porque se negaba a aceptar que a su prometido le gustaran esa clase de prácticas?

—¿Max? —la llamó Dylan desde el salón—. ¿Eres tú? ¿Has vuelto?

Ella se crispó al escucharlo. ¿Quién iba a ser, si no?

La asaltó una duda terrible. ¿Y si había invitado a mujeres como Carey a su piso, a su dormitorio, a la cama que compartían? La Spice Girl del gimnasio no había mencionado siquiera que mostrara su rostro a los clientes o que estos enseñaran el suyo, pero todo era posible.

Maxine salió del baño con el chándal todavía puesto. Se detuvo en medio del pasillo, abrazada a los hombros y con la cabeza gacha. Cuando Dylan fue hacia ella, lo primero que vio fueron los zapatos italianos que habían disparado su imaginación en el aula de actividades dirigidas.

—¿Tienes frío? —le preguntó con ternura. Sintió que le ponía una mano cariñosa en la cintura para acercarla a él, y añadió en voz baja—: ¿Quieres que te ayude a entrar en calor?

Maxine alzó la mirada.

Se le rompió el corazón al hacer contacto visual con aquellos ojos; los ojos que le daban los buenos días con un alegre chispazo y recorrían su cuerpo, ávidos de deseo, durante las noches; que la buscaban con un brillo burlón en los salones donde se celebraban los encuentros de compañeros de la empresa para hacerle saber que se aburría tanto o más que ella, y que nunca

estaría sola en el mundo mientras él pudiera entenderla; los ojos verdes que le robaron la respiración cuando coincidieron en el club de moda donde una profesora de la escuela decidió celebrar su despedida de soltera.

Dylan estaba allí cerrando un acuerdo con un inversor californiano. Le tiró una copa encima sin querer, y para cuando había empezado a disculparse por arruinar su vestido de cóctel, Maxine ya estaba convencida de que había encontrado al hombre de sus sueños; a ese príncipe de cabello rubio y ensortijado, con la sonrisa de los hoyuelos angelicales y el cuerpo de escándalo que le sujetaba la puerta para que pasara y sabía en qué estaba pensando sin necesidad de que diera a conocer sus preocupaciones.

Las lágrimas empezaron a escocerle en los ojos.

—¿Qué pasa, Max? —Dylan buscó su mirada con gesto preocupado—. ¿Ha ocurrido algo, o solo has tenido un mal día? —Viendo que no contestaba, suspiró con la tierna exasperación de un padre y la cobijó entre sus brazos—. Anda, tonta, ven aquí.

Maxine se agarró a la camisa impregnada del delicioso perfume masculino que le regalaba cada año por Navidad. Presionó los párpados, queriendo creer por un momento que no sabía su secreto, que todo seguía como la noche anterior, pero la imagen de las pinzas y el tatuaje acudió como un flash a su mente y no pudo soportar su cercanía.

Lo apartó de un empujón, como si le hubiera dado la corriente, y dio varios pasos atrás sin dejar de mirarlo con ojos redondos. Una vocecita interior, la que aún seguía indignada, se preguntaba cómo podía tener semejante desfachatez.

¡Intentar abrazarla cuando horas atrás había estado chateando con Carey Reynolds!

Él fruncía el ceño, desorientado.

—¿Max?

—¿Qué es lo que has hecho? —sollozó ella, volviendo a abrazarse los hombros—. ¿Por qué has tenido que hacerlo? ¿Es que no eres... no eres feliz conmigo?

Dylan no dio la menor muestra de comprender sus insinuaciones, y Maxine, que estaba desesperada por confirmar que se había equivocado, estuvo a punto de aferrarse a esa confusión suya para dejar ir el tema.

—Por supuesto que soy feliz contigo. ¿Cómo puedes preguntarme eso? ¿De dónde se supone que vienes? ¿Has estado en el gimnasio? —Su mirada se ensombreció—. ¿Es que alguna imbécil de la clase de pilates te ha dicho algo desagradable? Max... —Lanzó una mirada de auxilio al techo—. ¿Cuántas veces te tengo que decir que no debes hacer caso a esas víboras? No sé de dónde diablos se sacan mis compañeros a mujeres con tan mala baba, pero tienes que entender que son solo eso, mujeres con mala baba; no tienen razón, no saben nada de nosotros...

—Ni siquiera yo sé nada de nosotros. No sé nada de ti —replicó con la voz entrecortada—. Sí que me han dicho algo desagradable, Dylan, pero esta vez... esta vez es verdad.

Él se pasó una mano por los rizos rubios, que ya habían empezado a perder el lustre platinado que le dejaba la exposición solar. Recordó las vacaciones de verano que disfrutaron en el paraíso de Hawái, donde los Bradbury tenían un chalé de lujo; cómo el sol le aclaró la melena y le tostó la piel. Ya no quedaba ni rastro de las dos fantásticas semanas que Dylan pasó alejado de sus deberes laborales.

—¿De qué estás hablando?

—De las asquerosidades que te gustan, Dylan —soltó sin pensar. Más adelante se arrepentiría de no haber medido sus palabras—. De que me utilizas para excitarte sin hacerme cómplice de la manera en que... De que te llevas mis... mi ropa interior al trabajo, de que te gusta imaginarme en brazos de otros hombres, de que... de que te encanta que te hagan cosas que a mí jamás se habría

ocurrido que podrían... —Selló los labios para controlar el temblor de la barbilla—. ¡De que no eres normal!

Dylan se quedó petrificado. No tardaría en recomponerse e intentar dirigirle una mirada firme que desestimara su acusación sin dejar espacio para la duda, pero esa leve vacilación, ese pánico que vio cruzar sus ojos, confirmó los peores temores de Maxine.

—No tengo ni la menor idea de qué estás hablando —dijo él, inmóvil en medio del pasillo.

—¿Con esas me vas a salir? ¿Pretendes librarte de una discusión tratándome de loca? ¡Te estoy diciendo que lo sé! ¡He visto con mis propios ojos las imágenes que...! —Se calló para palpar los bolsillos en busca del móvil, que estuvo a punto de caérsele de las manos mientras buscaba las fotos que había tomado. Se las mostró con los ojos inundados—. ¿Me vas a decir que este no eres tú? ¿Que me lo estoy imaginando?

Dylan palideció ostensiblemente.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada. Maxine permaneció en el sitio con el brazo extendido, dejando que fuera la pantalla iluminada la que ejerciera de dedo acusador, y él ni siquiera pestañeó, esperando hacerse invisible. Aunque las luces cálidas del pasillo estaban encendidas, el brillo del *smartphone* cegaba a Dylan igual que el foco de una sala de interrogatorios.

—¡Di algo! —le exigió Maxine. No supo en qué orden hacer las preguntas; las soltó sin más, sin concierto ni darle tiempo a responder—. ¡Dime por qué! ¿Por qué me has hecho esto? ¿Es que no tienes suficiente conmigo? ¿Ya no te... gusto?

Dylan reaccionó como si lo hubiera insultado.

—¿Cómo no me vas a gustar? Max, te quiero con locura y eres la única mujer del mundo que me... —Cambió el peso de pierna—. Tienes que entender que no... No te estoy engañando, o, por lo menos, no lo concibo así. Todas mis fantasías... Tú eres la única fantasía que tengo. Esa mujer a la que le escribo... Solo me ayuda a cumplirla. Solo hablamos, te lo juro —se apresuró a explicar con las palmas en alto—. No le pido fotos, ni que me enseñe su cara. Me da igual cómo sea. Solo quiero que me hable... —su voz se fue apagando, comprendiendo que no tenía sentido justificarse— de ti.

Maxine cogió aire hasta que los pulmones llegaron a su tope.

—Quizá peque de ingenua al no interpretar tus... tendencias secretas como una infidelidad —murmuró, pensando en lo poco que había visto. Carey había mencionado, además, que acababa de captarlo como cliente—, ¡pero que no me cuelgue la etiqueta de cornuda no quiere decir que no me sienta engañada!

—Y eso es comprensible —se apresuró a responderle Dylan, dando un paso al frente con la palma en alto—. Créeme que soy consciente de que no es lo más apropiado, pero...

—Pero ¿qué? ¿Por qué no me pides a mí esas cosas que te... interesan?

La mirada de incredulidad que le dirigió consiguió herirla.

—Por Dios —jadeó, pasmado—, ¿me lo estás preguntando en serio? Max, acabas de decirme que no soy normal por llevarme tus bragas en el bolsillo. No eres la clase de mujer que reaccionaría bien si le pidiera que me humillara en la cama.

—¡Peor estoy reaccionando al enterarme de esta manera de que te gustan las cosas raras!

—No es tan raro —se defendió, pero estaba avergonzado. Empezaba a costarle aguantar la mirada—. Hay muchísimos hombres que desean ser dominados por las mujeres, igual que hay mujeres encantadas de ejercer ese papel. Sé que tú no eres una de ellas, y por eso nunca te lo he pedido. Sabía que me mirarías como lo estás haciendo ahora y que no... no podría soportarlo.

—¡Soy yo la que no puede soportar esta situación! ¡Le pagas a una desconocida para que te

diga mentiras aberrantes, dolorosas y...! ¿Cómo te puede gustar imaginarme con otro hombre? ¿Es que no te dolería que te pusiera los cuernos? ¡No entiendo tu actitud! ¡No lo entiendo! —Maxine cayó en la cuenta de que estaba confirmando lo que Dylan acababa de decir: que no era la persona indicada para satisfacer sus deseos más oscuros—. Pero, aunque no lo entienda —agregó enseguida—, podríamos haberlo hablado, podrías haberme dicho que... que te gusta que... Yo podría haberlo intentado.

Él sacudió la cabeza con tristeza.

—No habría salido bien. No tienes eso en ti, Max, ¡y no pasa nada! —le aclaró de inmediato, cogiéndola de las manos en un arrebato—. No pasa nada, Max, de verdad. Te quiero, te quiero por lo dulce y genuina que eres. Es solo que... —Apartó la mirada, abochornado—. Joder, no sé cómo explicártelo. Yo... Me excita, sí, pero no es lo único que me hace sentir. Someterme a la voluntad de una persona me sirve como vía de escape. El dolor... me libera.

—El dolor te libera —repitió, debatiéndose entre el pasmo y el asco—. ¿Es por tu padre? ¿Te sirve de terapia que una mujer guapa te desprecie como lo hace él?

Comprendió que había cometido un grave error al abrir aquel cajón. Dylan se envaró, y su gesto, hasta el momento arrasado por la culpabilidad, se endureció, dándose por insultado.

—Eso ha sido muy desacertado, Maxine.

—¡Más desacertado es pagarle a una desconocida para que vea tus erecciones! ¡Es vergonzoso, Dylan! ¡En el proceso de humillarte a ti, me humillas a mí!

Maxine no era consciente de que lo miraba como si hubiera perdido el juicio. Por más que intentaba dialogar con su propia incredulidad, tratando de abrir la mente a un mundo que hasta el momento había permanecido en la oscuridad para ella, se cerraba en banda. No solo porque no quisiera aceptar que Dylan hubiera llevado una doble vida, sino porque se negaba a quererlo a pesar de sus inclinaciones. No las comprendía porque no podía dejar de juzgarlas, y entonces tuvo que admitir ante sí misma que él tenía razón, y que si le hubiera propuesto un juego de rol, no habría podido mirarlo igual.

—No me pongas esa cara, Maxine —le rogó en voz baja. Tenía el rostro contraído por la tristeza—. Por favor. Sé que te ha pillado con la guardia baja, y no te mereces que haga estas cosas a tus espaldas. Lo siento muchísimo. No te pido que lo entiendas, solo que... que me perdones. Dejaré de escribirle, te lo prometo. No volverá a saber de mí.

—Acabas de decir que eso es lo que te excita —le recordó en tono de reproche—. ¿Se supone que no vas a volver a sentir la tentación de recurrir a ese tipo de servicios en cuanto te canses de lo poco que yo te ofrezco?

—No es poco lo que me ofreces. Me siento honrado y orgulloso de que estés conmigo, Maxine —le prometió con una mano sobre el corazón—. Puedo vivir sin satisfacer mis... fetiches, pero no estoy tan seguro de que pueda vivir sin ti. Ha sido ingenuo e injusto por mi parte pensar que podría tener ambas...

—¡Es que tal vez podrías haberlas tenido si me lo hubieras dicho!

—Sabía que, si te lo contaba, dejarías de respetarme —confesó Dylan con dificultad, aferrado a los puños crispados—. No podrías volver a mirarme igual, Max. Lo comprendí aquella noche que te sugerí que me ataras y me miraste con extrañeza e incluso aprensión, y a continuación me preguntaste si... si acaso me gustaban esas cosas.

Maxine se quedó sin respiración al traer aquel recuerdo a su cabeza.

Era cierto. Le había dado un concienzudo repaso al año y medio de relación que habían pasado juntos en busca de indicios de infidelidad, pero no había caído en la cuenta de que, a su manera, Dylan había tratado de proponer prácticas más sórdidas.

O así era como ella las concebía.

Aunque la culpabilidad empezó a empujar a la indignación, instándola a hacerse cargo de su cuota de responsabilidad, Maxine sacudió la cabeza. Esperaba borrar del pensamiento las imágenes que empezaban a bombardearla, que no eran otras que las fotos que Dylan le había mandado a Carey.

—No voy a poder dejar de preguntarme hasta dónde habrías sido capaz de llegar si hubieras tenido más tiempo con ella; si, en lugar de haberte cazado esa mañana, cuando apenas llevas unos días al servicio de la dominatriz, te hubiera pillado tres semanas después, tres meses, tres años.

—Hacerse esas preguntas es una pérdida de tiempo y de energía.

—¡Es una pérdida de confianza! —replicó Maxine, mirándolo a los ojos. Veía en el gesto de Dylan el dolor que ella misma estaba sintiendo en la boca del estómago.

—Eres la única mujer a la que deseo. Eso te lo puedo asegurar. —Y Maxine supo que estaba siendo sincero, porque Dylan no sabía mentir—. Todo lo que pudiera haberle pedido a la dominatriz te habría tenido a ti como protagonista.

—¿Ah, sí? ¿No habrías acabado abandonándome por ser una mojigata? Porque es ese el mensaje que traslucen tus palabras.

La había herido en su orgullo al intentar poner la pelota sobre su tejado, le había roto el corazón con su falta de confianza, y le costaba mirarlo a la cara sabiendo que no conocía las verdaderas inclinaciones del hombre con el que pretendía casarse.

—¡Claro que no! ¿Por qué no puedes entender que el amor y el deseo no están reñidos y que, aun así, te quiero y te deseo al mismo tiempo? Y no pienso que seas una mojigata. Eres consecuente con tus vivencias. No quería exponerte a sufrir con peticiones sadomasoquistas sabiendo que... que... desprecias la violencia, y por un buen motivo.

Al entender lo que insinuaba con sus palabras, Maxine se cubrió los ojos con las manos, temblando como un diapasón. Sintió que Dylan se acercaba para intentar retirarlas y hacerla entrar en razón, pero ella se negó a hablar con él.

—Por favor, perdóname —susurró, avergonzada—. No pretendía...

—Dylan, ahora... ahora no sé si quiero seguir con esto. Me has humillado, me has...

—No era mi intención.

—Necesito que me dejes respirar —le rogó levantando una mano—. Por favor, aléjate.

—Max, te juro que...

—¡Te he dicho que no te acerques!

Se dio cuenta del tono en que le exigió que mantuviera las distancias y se tensó, preocupada por cómo le sentara el rechazo. Desde que lo conocía, había estado abordando las discusiones desde la asertividad para no herir sus sentimientos. Se dio cuenta de que le había hecho daño al comprobar que su desdén le cambiaba la expresión.

Dylan dio un paso atrás con gesto sombrío.

—Será mejor que me vaya, entonces. Puedo quedarme en un hotel mientras piensas en lo que ha pasado, o en casa de Coop. —Se humedeció los labios—. Yo... No puedo hacer más, Max. Solo pedirte perdón por lo que ha pasado y prometerte que no sucederá de nuevo. Si no te basta... —Dejó la frase al aire, sin saber cómo continuar—. No se me ocurre otra manera de hacer que lo olvides.

—No voy a poder olvidarlo nunca —balbuceó Maxine, parpadeando para ahuyentar las lágrimas—. ¿O es que esperas que me olvide de lo que he visto, de lo que he leído, y me comporte como siempre? Ahora mismo no te reconozco, siento que... No sé qué siento ni qué

pienso. Por favor, vete.

Maxine se dio la vuelta con los hombros rígidos y fue a cobijarse al baño, donde el agua seguía corriendo. Cerró con pestillo para evitar que el hombre al que quería fuera a abrazarla, y no porque supiera que la ablandaría con su cercanía, sino porque temía descubrir que sentía un fuerte rechazo hacia él.

Él, la persona en cuyo apartamento vivía.

La persona por la que había dejado su trabajo.

La persona que constituía todo su mundo.

El miedo la paralizó. Solo pudo abrazarse los hombros y frotárselos, repitiendo sin cesar un mantra en el que no creía: «Se te pasará».

Se lo dijo una y otra vez hasta que el agua empezó a desbordar el plato de ducha y reparó en que habían transcurrido veinte, tal vez veinticinco minutos desde que se había encerrado. Entonces cerró el grifo, abrió la puerta del baño para asomarse bajo el umbral y confirmó, al respirar el silencio que reinaba en el apartamento, que Dylan se había marchado.

Capítulo 3

Maxine era consciente de la ausencia de Dylan desde que se levantaba hasta que se acostaba. La cama se le quedaba tan grande cuando no tenía un cuerpo cálido y recio al que abrazarse que sentía que la tristeza la desbordaría. La cocina había dejado de oler a café desde su marcha, porque ella prefería tomar un té o un zumo de naranja, y ya no esperaba con especial entusiasmo que llegara la noche cuando apenas una semana atrás contaba con los dedos las horas que quedaban para volver a verlo.

A los tres días de verse sola, agobiada por la enormidad de un apartamento pensado para una pareja y sentirse una auténtica aprovechada por haberse quedado el piso cuando no era quien pagaba el alquiler, decidió empaquetar unas cuantas mudas limpias y volver a Gardenstone.

La única mañana que se le ocurrió asistir a su clase de pilates, se dio cuenta de que no estaba preparada para regresar al aula de actividades donde se destapó el pastel. Un ataque de ansiedad la sobrevino en cuanto puso un pie en la recepción del centro deportivo, y tuvo que dar media vuelta.

No obstante, sabía que tenía que disculparse con Carey. Una parte de ella la despreciaba por haber engatusado a Dylan para incurrir en prácticas humillantes, pero Maxine estaba aprendiendo a domar ese lado irracional para que no la cegara la rabia.

Carey solo hacía su trabajo, se decía.

Aunque Carey sabía que Dylan estaba comprometido.

Pero Carey no debía hacerse cargo de una relación que ni le iba ni le venía; era Dylan quien debía mantener el pajarito en su sitio y ni siquiera pensar en recurrir a otras mujeres en busca de desahogo sexual.

Aunque la dominatriz seguía siendo mala hierba.

Poco importaba la opinión que Carey le mereciera. Los hechos objetivos eran que Maxine le había estrellado el móvil contra el suelo y le había rajado la pantalla, y si bien la mujer tendría dinero de sobra gracias a sus generosos sumisos para costearse el arreglo, pedirle disculpas era su obligación moral.

Aunque no era como si la misma Carey hubiera atendido sus obligaciones morales, entre las que se encontraba la de no meterse con un hombre que ya tenía pareja.

Incluso los mandamientos exigían que no se codiciaran los bienes ajenos, ¿no?

Maxine estuvo indecisa sobre si ir a buscarla o no durante una semana entera. Cuando por fin encontró la energía para salir de la cama, ponerse unos sencillos vaqueros ajustados, una camiseta del Hard Rock Café de Los Ángeles y unas deportivas de suela fina, las dudas solo se intensificaron, pero no le impidieron que tomara el autobús, pues usar el coche que Dylan le había regalado también iba en contra de sus principios, hasta el gimnasio.

Una vez allí, las dudas volvieron a invadirla.

«Es una zorra. No merece tus disculpas».

«Es una triunfadora sin escrúpulos. No *necesita* tus disculpas».

«Eres una cornuda gracias a ella. No *quieres* pedirle disculpas».

«Eres una mujer soltera por su culpa. No *vas* a pedirle disculpas».

Pero guiada, quizá, por un impulso masoquista, acabó cruzando la moderna recepción del centro deportivo en dirección a los vestuarios.

Si Carey Reynolds no había modificado sus horarios, estaría allí cambiándose después de su clase de defensa personal. Y rodeada de sus amistades, ante las que Maxine había hecho el ridículo más espantoso. Pero a esas alturas, cuando su relación y todo su mundo habían empezado a desmoronarse, ¿qué valor tenía la dignidad?

La encontró sola, envuelta en una toalla húmeda de la ducha. Sacaba de la taquilla unos *shorts* desgastados y minúsculos y una camiseta ajustada de manga larga que dejaba el ombligo al aire.

—Carey —la llamó. Le habría gustado que, al girarse, la dominatriz se topara con una mujer segura de sí misma, con mirada severa y la barbilla erguida, pero todo cuanto vio fue a una pelirroja temblorosa aferrada a sus puños para no romper a llorar.

Maxine había valorado todas sus posibles reacciones, pero no contempló que Carey se limitara a levantar sus perfectas cejas dermopigmentadas con mera expectación. Tampoco había contado con que dejaría caer la toalla, cómoda con su cuerpo desnudo, para acto seguido ponerse el vaquero sin ropa interior.

—No sé por qué, pero tenía la sensación de que volverías —comentó Carey. Aunque no vio su expresión, detectó un amago de sonrisa en su tono cauteloso.

Por más que Maxine quiso atribuirle connotaciones despectivas y maliciosas a su gesto, no pudo. Aunque Carey parecía haber sido creada por un cirujano plástico, había algo en ella que exudaba la condición imperfecta de una mujer corriente. Y las mujeres corrientes se hacían cargo de sus errores.

—Por supuesto que iba a volver. Las buenas personas se disculpan por sus... arrebatos, y yo tenía que hacerte saber que lamento haber... —Se atragantó al recordar que estaba rogando la absolución de una tipa que había recibido imágenes muy sensibles de su prometido. Cogió aire con brusquedad—. Quiero ofrecerme a pagar por la pantalla rota.

Carey se subió la cremallera del *short* y le lanzó una mirada a caballo entre el escepticismo y la exasperación.

Maxine tuvo que girar la cara. Seguía teniendo el torso al aire.

—Claro que no te arrepientes —respondió después de chasquear la lengua—, y claro que no te voy a cobrar por los destrozos. Lo mínimo que podía hacer tu chico es pagar los platos rotos: el poco dinero que me transfirió fue debidamente invertido en solucionar tu pequeño impulso.

Maxine se quedó perpleja.

Entonces sí había averiguado a qué se debió su exabrupto.

—Supongo que lo llevo escrito en la cara —murmuró, abrazándose los codos.

—Digamos que reconozco a una novia traicionada cuando la veo —resolvió Carey mientras se ponía la camiseta sin sostén. Ninguna mujer con el pecho operado para lucir una digna 85D tenía la necesidad de sujetarse la delantera.

—Pero no reconociste a un hombre comprometido ni cuando te mencionó que lo que llevaba en la mano eran las bragas de su pareja —le soltó sin pensar. Y no se arrepintió, sobre todo después de ver que Carey le lanzaba una mirada inexpresiva.

—Creía que habías venido a disculparte.

—Una cosa no quita la otra. Romperte el móvil fue un acto desmedido, pero...

—Pero apuesto a que quieres hacerme cosas peores —completó Carey. No se la veía preocupada. Sacó su bolsa de deporte de la taquilla y se la echó sobre un hombro. Le señaló la puerta con la barbilla—. No me voy a oponer a que me llames zorra hasta que te desahogues, pero estaremos más cómodas con un café delante. ¿Me acompañas aquí al lado? Necesito recuperar energías.

Maxine pestañeó, anonadada. La rabia le tiñó las mejillas.

—Si crees que voy a ir contigo a... a... Yo no pretendo ser tu amiga, ni espero que me des explicaciones, porque seguro que no las tienes, como también careces de vergüenza, y...

—¿No? —Ladeó la cabeza para escudriñarla con una mirada curiosa, reacomodándose la mochila sobre el hombro. Maxine se sintió desnuda, como si supiera mejor que ella misma en qué estaba pensando—. ¿No quieres que te dé explicaciones? ¿Me estás diciendo que has cogido un autobús desde el condado de Merced solo para prometerme un móvil nuevo, y no porque necesites comprender a tu novio un poco mejor?

—¿Cómo sabes que vengo de...?

Carey apuntó al suelo con un gesto de cabeza.

—Todavía no soy psíquica. Es que se te ha caído el billete de autobús.

Presionó los labios para no responder lo primero que le vino a la cabeza.

Odiaba que aquella mujer tuviera razón.

Maxine era la clase de persona que necesitaba pedir disculpas para estar en paz consigo misma, pero no se habría tomado tantas molestias si en el fondo no quisiera...

¿Qué quería con exactitud?

Tal vez que contestara a las preguntas que llevaban torturándola desde que Dylan obedeció sus órdenes y se marchó.

Así pues, se retiró de la puerta y le hizo un gesto seco para invitarla a salir.

La dominatriz no sonrió triunfal, ni pareció remotamente satisfecha por haberse salido con la suya. Parecía haberse resignado a participar en un trámite necesario. Maxine se preguntó si estaría acostumbrada a lidiar con las novias ofendidas de sus clientes.

Carey eligió Aroma Coffee & Tea para el *brunch*, una cafetería con opciones vegetarianas a una calle de Woodbridge Park. Tardaron cinco minutos de paseo silencioso en tomar asiento en la cómoda terraza. Hacía tanto sol que habían desplegado las sombrillas rojas en el pequeño patio empedrado, donde se respiraba un ambiente agradable. Maxine se habría anotado la dirección después de ver los copiosos platos de tortitas con fresas y plátano, las macedonias con frutos del bosque y el delicioso *porridge*, pero ni siquiera miró a la mesa vecina en cuanto se sentó frente a Carey. Solo tenía ojos para aquella mujer tan extraña, que se había dejado caer en el asiento con un suspiro de cansancio, había pedido su café americano con aspavientos desganados y se había repantigado como Pedro por su casa.

No le importaba llevar unas chanclas y la media melena rubia aún mojada.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Maxine sin saber por qué.

—Es la primera vez —respondió para su asombro.

Entonces estuvo en lo cierto cuando la definió para sus adentros como una persona con el don de hacer suyos cualesquiera que fueran los espacios que ocupara.

Maxine tragó saliva y desvió la mirada a sus dedos entrelazados. Le sudaban las palmas, señal de que tenía miedo. Miedo de la verdad. Miedo de una mujer despampanante que, en realidad, debería suscitarle desprecio.

Sentía la mirada color miel de Carey sobre ella.

—No es culpa tuya —la sorprendió diciendo con voz aterciopelada. Maxine alzó la barbilla de golpe, como si hubiera iniciado la conversación con un insulto. Ella lo repitió—. No es culpa tuya. Lo sabes, ¿verdad? —Carey se reclinó hacia atrás para cruzar las largas piernas y rebuscar en los minúsculos bolsillos del *short*—. Cuando un hombre engaña a su pareja, lo primero que esta suele preguntarse es por qué, y de forma automática dirige el monólogo interior a sus carencias: «¿No soy suficiente, acaso?». Y llega a la terrible conclusión de que ha sido humillada porque no está lo suficientemente delgada, o porque no les cae bien a sus amigos, o porque a

veces se tiende en la cama y espera que se lo hagan todo —enumeró con aburrimiento—. Lo peor es que hay unas cuantas películas, series, libros y frases célebres de escritores que reafirman que el infiel es solo un pobre infeliz atrapado en una relación, y no un capullo insaciable que se ve en el lugar y el momento propicios para dar rienda suelta a su egoísmo. —Extrajo un paquete arrugado de Newport y un mechero—. ¿Te importa que fume?

—Te debería importar a ti. Entre eso y el café de ahora, se te va a descomponer el estómago —la advirtió Maxine sin pensar. Enseguida frunció el ceño, molesta con su impulso. No debería preocuparle su bienestar.

A Carey le gustó su salida, porque sonrió.

—Ese es el objetivo. Me gusta acelerar la digestión con una pequeña ayudita. El caso es, Maxine... —hizo una pausa para encender el cigarrillo y dar una larga calada. Retiró el humo con la mano antes de proseguir— que he tratado a muchos capullos insaciables a lo largo de mi vida, y tu novio no es uno de ellos.

—Es mi prometido, en realidad —replicó con adustez, esperando que se sintiera aún peor.

Carey se encogió de hombros.

—Bueno, yo no creo en esas jerarquías románticas. Rollo, novio, prometido, marido... —Sacudió la mano—. En todos los casos se supone que, desde un punto de vista social, el tipo está cogido y nadie puede mirar en su dirección, ¿no? Es una especificación que no viene al caso. —Exhaló con rapidez para no perder el turno de palabra—. Respondiendo a tus preguntas... Tú sabes que este es mi trabajo, ¿no? Entretengo a un puñado de hombres fantasiosos vía Skype o iMessage y me meto en el bolsillo un extra que no me viene mal. No es que lo haga por placer, ¿entiendes?

Maxine jadeó, pasmada.

—¿Esa es tu justificación? ¿Tendría que irme de aquí feliz de la vida porque tú no sentías atracción por él, ni nada por el estilo?

—Que te marcharas feliz sería pedir demasiado, pero sí tendrías que irte satisfecha, porque ninguno de los dos sentía atracción. No ha tenido una aventura, Maxine.

—¿Y eso debería apaciguarme? —espetó, alzando la voz.

—Bueno, solo tú sabes dónde dibujasteis la línea. Las relaciones sentimentales son un contrato en el que ambas partes establecen de mutuo acuerdo qué prácticas constituyen unos cuernos. Yo, por ejemplo, no perdonaría que mi pareja se involucrara románticamente con otra mujer, pero no me importaría que se tirara a una desconocida una noche. A lo mejor mi línea roja está un poco más lejos que la tuya. ¿Entiendes por dónde voy?

—No —reconoció, confusa.

—Consideras que te ha puesto los cuernos porque ha hablado con otra mujer en términos sexuales, y, para ti, eso ya cuenta como infidelidad, ¿no? Ese es el problema.

Maxine tuvo que posponer la respuesta porque el camarero apareció con el café de Carey. Ella no se había visto en condiciones de probar alguna de las delicias de la carta; tenía la certeza de que la conversación le revolvería el estómago, y, además, le convenía empezar a ahorrar por si rompía de manera definitiva con Dylan.

Le sorprendió su propia conclusión.

—Supongo que sí. No sé qué nombre ponerle, si engaño o infidelidad. Solo sé que me ha dolido, y que jamás pensé que haría algo así. No tanto pagarle a una mujer para... eso, porque los cuernos están a la orden del día, sino por... por las peticiones que hacía —confesó, acariciando el borde de la mesita de jardín con el dedo índice. Miró a Carey con timidez—. En realidad, he venido a preguntarte si... si ha seguido contactando contigo, si sigue siendo tu...

Carey sacudió la cabeza antes de que terminara.

—Me bloqueó esa misma noche. Después de que discutierais, supongo —dedujo con indiferencia, dándole a entender que no estaba interesada en la sordidez de la pelea. Le alivió saber que no era una chismosa que se regodeaba en el sufrimiento ajeno—. Una prueba de que te es fiel. Verás, Max —se reacomodó en el asiento—, tu novio solo quería una... ayuda para imaginarte en ciertas situaciones. Eres la indiscutible protagonista de sus fantasías incluso si no estás dispuesta a cumplirlas. Comprendo tu disgusto —se apresuró a añadir, alzando las manos —, solo te digo cómo lo percibo yo.

—Y no lo ves para tanto —resumió en tono brusco.

—No, pero yo no soy la que está en esa relación. —Puso los ojos en blanco—. Dios me libre de ponerme de parte de un tipo que es incapaz de decirle a su pareja que le gusta que le humillen.

El pulso se le aceleró al escucharla.

—¿Ves? ¡Ese es el problema! ¡No podía decírmelo! Y... y... —Arrugó la frente al reparar en un comentario que le había pasado desapercibido. Ofendida, replicó—: ¿Y por qué no iba a estar dispuesta a cumplirlas, según tú?

Esperaba que Carey la mirara como si se hubiera vuelto loca de solo imaginarla en el rol de dominatriz, como había hecho Dylan, pero solo le sonrió con candor.

—No eres capaz de mirar a la cara a una mujer cuando no lleva sostén, y pertenezco a tu mismo sexo, lo que en teoría debería facilitarte las cosas. Pusiste el grito en el cielo cuando viste la foto de la semierección antes de saber que era de tu novio, supongo que porque nunca le has puesto picante a una conversación telefónica, una práctica recurrente incluso en las relaciones vainilla. Y lo que es más revelador: has cortado con tu novio porque has descubierto que es masoquista, no porque me pagara. —Su sonrisa se ensanchó al ver que Maxine no podía defenderse—. Pensaba que me estaba extralimitando, pero, según veo, me he aventurado por el camino correcto. De todos modos, que estés aquí dice mucho más de lo que crees. Quizá no seas un caso perdido, después de todo.

Maxine se envaró.

—¿Por qué iba a ser un caso perdido?

—Hombre, a mí el modo de vida vainilla me resulta una pérdida de tiempo. Y no te des por insultada, cariño, que tú tienes una opinión aún peor de la forma en la que yo encuentro placer. El caso es... Tienes curiosidad, ¿no?

Maxine apartó la mirada, abochornada.

Carey era más astuta de lo que le había parecido en un principio. Tenía las ideas tan claras que, incluso si eran moralmente dudosas, comparadas con las inseguridades de Maxine llegaban a sonar razonables. Pero no tenía sentido agarrar su bolso, indignada, y marcharse de allí dando zapatazos, porque era verdad, y si bien se avergonzaba de sus pensamientos de los últimos días, sabía que Carey no la juzgaría.

—He sido forzada a sentir curiosidad —se defendió, aun cuando nadie la había atacado—. Yo... yo... yo adoro a Dylan. Lo quiero con locura —insistió, y sintió que se le humedecían los ojos—. No puedo arrojar por la borda y a la primera de cambio una relación que me ha hecho feliz. A veces siento que debo llamarlo y romper con él —admitió, y la voz se le quebró de solo plantearlo en voz alta—, pero otras... otras... Me pregunto si no podría intentar plegarme a sus gustos, si no podría tratar de conocerlo mejor, y... ceder, en definitiva. Él también tiene que lidiar con defectos míos que le sacan de quicio, ¿por qué no puedo yo, quizá...?

—Si no lo llevas en ti, Maxine —respondió Carey cuando comprendió que no terminaría la

pregunta—, no importa cuánto lo fuerces. No te gustará y no harás disfrutar a tu compañero.

—¿Te refieres al papel de...?

—De dominatriz, sí.

—Pero no lo sabré si no lo intento, ¿no?

—Desde luego que no. Ahora bien, yo creo que debe de llamarte la atención para plantearte probarlo. Suena precioso eso de sacrificar tus principios por amor, pero no me pareces preparada para afrontar las peticiones de un masoquista como Dylan.

—¿Así es como se le llama? A lo que él... es. ¿Masoquista? —repitió en voz baja.

Carey se rio.

—No tienes que pronunciarlo como si fuera una enfermedad contagiosa. El masoquismo es una práctica sexual más que implica confianza y solo puede tener lugar en un entorno seguro. Y a diferencia de lo que se cuenta por ahí, no hace falta estar mal del coco para que te guste que te humillen.

—¿Solo te pedía eso? —indagó con un hilo de voz—. ¿Que lo humillaras?

Carey hizo una pausa para depositar las cenizas del cigarrillo en el plato del café.

—Nunca firmo acuerdos de confidencialidad con mis clientes, pero procuro proteger las conversaciones. Aunque Dylan me durara cuarenta y ocho horas y me causara molestias de forma indirecta, no puedo dar sus datos por ahí.

—Pues a mí me pareció que eso era justo lo que hacías con tus amigas del gimnasio —le recordó con rencor.

—Es diferente. No estaba aireando su identidad, por lo que no corría peligro. Pero supongo que, a estas alturas, no tiene sentido callarse. —Suspiró y apagó el pitillo en el mismo plato—. Fundamentalmente, sí. Le gusta que le den órdenes, que le inflijan dolor, que le insulten y que cuestionen tanto su poder como hombre y jefe corporativo como las seguridades que tiene en el ámbito doméstico. Me pareció que tú eras lo único sólido de su vida, y le excitaba pensar que también contigo estaba en la cuerda floja.

»No es descabellado. Hay adictos al riesgo. —Hizo una pausa para sorber el café con lentitud, vigilando la reacción de Maxine—. Lo comprenderás si lo perdonas y echáis el polvo de reconciliación. Será lo más intenso que habrás experimentado en la cama jamás, y todo porque tendréis muy presente el sufrimiento de la pérdida. A todo el mundo le excita añadir un extra de dolor durante el sexo, sea físico o emocional.

Tal vez fuera porque de tanto repetírselo a lo largo de la semana había terminado por aceptarlo, o porque sus búsquedas frenéticas en internet para recabar información sobre el sadomasoquismo, el voyerismo y todas las prácticas situadas al otro lado del espectro que ella conocía la habían curado de espanto, pero Maxine solo asintió en silencio, no tan conforme como resignada a que esa fuera la realidad de una minoría.

No solo la curiosidad la había motivado para empaparse de terminología sexual que no había oído jamás, sino la culpabilidad. No había logrado deshacerse de la impresión de que su relación estaba pendiendo de un hilo porque ella no había querido aceptar la verdadera naturaleza de Dylan. No pensaba permitir que nadie la hiciera dudar de su dolor; nadie iba a negarle que tuviera razones para sentirse traicionada, pero estaba segura de que asumiendo responsabilidades a partir de ahí podría abordar un problema que necesitaba solucionar.

Porque una cosa estaba clara. No iba a renunciar a Dylan Bradbury. Sus sentimientos habían sobrevivido al impacto inicial, y nada le estaba resultando tan doloroso como vivir sin él. El escollo que aún estaba intentando sortear le había servido para abrir los ojos.

Sabía que podría limitarse a contestar las decenas de mensajes que Dylan le había mandado

desde entonces, todos estos rogando su perdón e insistiendo en cuánto la quería, y decirle que le perdonaba para retomarlo donde lo dejaron, pero Maxine no podría fingir que nada había ocurrido, y apostaba por que él tampoco. Tendrían que encontrar la manera de incorporar los sórdidos gustos de Dylan a su vida sexual, o bien aclarar desde el principio que no estaba dispuesta a pasar por el aro. Pero con independencia de la decisión que tomara, sentía que antes tendría que hacer un pequeño esfuerzo por familiarizarse con el sadomasoquismo. Quizá no fuera tan terrible y pudiera darle lo que quería sin que le supusiera una humillación.

Se dio cuenta de que su acompañante la había estado mirando con la barbilla apoyada en la mano.

—Solo las mujeres piden explicaciones, ¿sabes? —meditó Carey en voz alta, pensativa—. Solo ellas sienten esta irrefrenable necesidad de ponerlo todo en orden, comprender al otro y quitarse la incertidumbre de encima. No pueden vivir con ella. Me pregunto por qué será.

Sacudió la cabeza, como si acabara de despertar del pequeño instante de lucidez, y se llevó la taza a los labios.

—Lo mío no es incertidumbre, es... —Maxine se mordió el labio—. Estoy enamorada de él. Es el amor de mi vida. Si lo pierdo, será doloroso, pero si lo pierdo porque soy incapaz de reconciliarme con una parte de su carácter, entonces al sufrimiento se sumarán la culpa y la sensación de que podría haberme esforzado para solucionarlo. Creo que... que la pelota está en mi tejado.

Carey tuvo que empatizar con ella, porque asintió con la cabeza todavía descansando sobre la mano.

—¿Y qué quieres hacer con exactitud?

—No lo sé. —Agachó la barbilla hasta que reparó en que era un gesto de debilidad y no era así como quería mostrarse ante Carey—. Esperaba que tú, que sabes sobre esto, me dieras alguna idea. Quizá haya una página web en condiciones donde informarse, o a lo mejor puedes enseñarme más conversaciones, las más fuertes que hayas mantenido, y así saber a qué atenerme.

—Comprenderás que después de lo que pasó la última vez que enseñé un chat no esté dispuesta a repetirlo —contestó Carey con una pequeña sonrisa ladina—, pero sí conozco un club en Los Ángeles que podría servirte. Estoy de acuerdo en que tienes que ver con tus propios ojos a qué te expondrías si te adentraras en nuestro mundo.

Un cosquilleo de emoción anticipada la recorrió.

—¿Dónde está?

—No lo encontrarías ni si te diera la dirección. Es tan exclusivo que no necesita esconderse. Pero yo lo frecuento a menudo. Podría facilitarte la entrada y, ya de paso, pagarte la que te debo por el asunto de mi contacto con Dylan. No soy dada a disculparme por las decisiones que toman los hombres comprometidos —añadió después de apurar el café—, pero entiendo que es algo desagradable y que te he hecho pasar un mal rato.

Maxine estaba tan sobrecogida por la oportunidad que ni siquiera reparó en el amago de disculpa de Carey. Se envaró y se inclinó hacia delante con un nudo en la garganta.

Solo atinó a formular una palabra.

—¿Cuándo?

Capítulo 4

No puedes ir así —determinó Carey en cuanto le abrió la puerta.

No había reproche en su tono. Tan solo constató un hecho objetivo.

Maxine pestañeó varias veces mientras se acariciaba los tejanos negros y el fino jersey de cuello vuelto. Los tacones de aguja eran la joya de la corona de un modelito que había pensado que se ajustaría al código de vestimenta de Carey.

—Me dijiste que solo podía ponerme prendas negras o rojas, y eso he hecho. Incluso la goma del pelo es negra. —Se señaló la coleta tirante. Los rizos se abrían como un abanico y caían sobre sus hombros.

—Anda, no te justifiques, que todavía estoy intentando entender por qué recogerías esa preciosa melena tuya cuando la intención es deslumbrar.

—Esa será tu intención, no la mía —murmuró para sí.

—Pasa, voy a prestarte algo. Como aparezcas así en el club, no te van a dejar entrar ni a la zona del bar.

—¿Tendría que haber sido más obvia plantándome una minifalda, unas medias de rejilla y un escotazo? —se quejó Maxine, accediendo con timidez al recibidor del piso de Carey. Habían quedado allí para darse los últimos retoques antes de enfilar al establecimiento.

Vivía en una calle paralela al bulevar de Santa Mónica, en los límites entre Beverly Hills y West Hollywood, dos de los mejores barrios de la ciudad de Los Ángeles. La ubicación era inmejorable. Estaba a dos minutos de Melrose Avenue, una zona muy comercial e histórica por la contracultura *underground* que reinó durante los ochenta.

A diferencia de lo que Maxine había esperado, no vivía con un lujo apabullante. Carey había levantado su fuerte en un estudio decorado al estilo minimalista, o así era como Maxine definía los apartamentos sin efectos personales que parecían haberse adquirido diez minutos atrás y sin mobiliario alguno. No había colchón a la vista, por lo que dedujo que, como en los minipisos hongkoneses de seis metros cuadrados, tenía que sacar la cama del armario para dormir. La cocina consistía en apenas un fregadero, un estrecho especiero y una nevera portátil. Se notaba que no pasaba por allí más que para cambiarse de ropa, porque lo más destacable de la caja de galletas en la que vivía era un expositor con un sinfín de zapatos, desde stilettos hasta deportivas.

Más que una vivienda, parecía el vestidor de una estrella de cine.

Si le había quedado alguna duda, esta se disolvió en el acto. Por supuesto que ganaba más de mil quinientos dólares a la semana gracias a sus sumisos. Una mujer de clase trabajadora no podía permitirse semejante arsenal de botines.

—El BDSM es muy estricto con la vestimenta: predomina el vinilo, el látex, el cuero... la ropa fetichista, en definitiva. Pero se pueden hacer excepciones dependiendo de tu rol y tu carácter, claro. El caso es que no hace falta ir hecha un putón —Carey tiró de las puertas correderas para empezar a investigar entre las prendas colgadas. Muchas de ellas aún tenían colgada la etiqueta —, pero un cuello vuelto es excesivo, ¿no te parece? Aunque sea, enséñanos las clavículas. Tienes que darnos algo, Maxine Sagal.

Carey no había querido ceñirse a la regla del atuendo monocromo. Llevaba un *body* de cuello halter que dejaba toda la espalda al aire del mismo tono granate que las botas de tacón hasta por encima de la rodilla. Lo combinaba con una minifalda de cuero negra y una chupa con cremalleras que le quedaba por encima de los riñones, mostrando así una uve de carne bronceada

por detrás. Se había recogido el pelo en un moño elegante.

—No sé qué pretendes que me ponga —replicó Maxine—. Es imposible que tenga tu talla. Por si no te has dado cuenta...

—Tienes como mínimo tres tallas más de sujetador, lo sé —completó Carey—. ¿Llevas ropa interior bonita debajo?

—Creo que sí.

Carey no se conformó con la palabra de Maxine y le hizo un gesto impaciente para que se quitara el jersey. Esta lo hizo con las mejillas ardiendo por la vergüenza.

—No tengo por costumbre desnudarme delante de desconocidos —confesó. Solía sentir la necesidad de hablar sin parar cuando se ponía nerviosa—. Ni siquiera cuando era niña y debía compartir el vestuario del gimnasio con las compañeras de clase.

Carey se rio con ternura de solo imaginarla.

—Me lo puedo imaginar, cariño.

—Procuraba esconderme en alguno de los cubículos del servicio y cerrar con pestillo para... Pues para tener intimidad, ¿sabes? —Carraspeó y empezó a tirarse del borde de la prenda—. Así ninguna amiga me lanzaría una miradita horrorizada al darse cuenta de que con solo once años ya tenía estas... monstruosas tetas.

—¿Monstruosas tetas? —Enarcó una ceja—. Es normal tener inseguridades siendo una preadolescente en un entorno tan hostil como el instituto, pero te aseguro que los únicos a los que tus tetas le importan a día de hoy son los tíos que te follas. Con veinticinco y treinta años uno está demasiado ocupado trabajando como para preocuparse por las tallas del vecino... ¡Un wonderbra! —exclamó cuando consiguió quitarse el jersey—. Por Dios, ¿acaso hemos vuelto a 2010? Ese sujetador está más desfasado incluso que tu complejo de *pechonalidad*. —Carey se carcajeó con candor exasperado, sin la menor intención de avergonzarla. Le quitó la prenda de las manos y la arrojó sin contemplaciones al interior de un cajón, donde todo apuntaba a que languidecería para siempre—. Ahora en serio, el encaje y el negro nos sirven. Toma, ponte esta blusa semitransparente. Tiene que quedarte bien. Es de cuando pesaba ochenta kilos.

Maxine no pudo ocultar su asombro.

—¿Pesabas ochenta kilos?

—También he pesado cuarenta. He tenido una vida muy movidita. —Carey puso los brazos en jarras y asintió, conforme, cuando Maxine empezó a alisar las arrugas de las mangas hasta el codo. La blusa le transparentaba la piel, pero no tanto como para lucir el vientre en todo su esplendor, y tenía un recatado escote que podía cerrar o ampliar en función de cómo anudara los lazos de seda—. Mucho mejor. Ahora vamos a quitarte esa coleta... —Le tiró de la gomilla y le ahuecó la melena hasta que estuvo de su gusto—. Perfecto. Ahora, el toque final. —Se humedeció el borde del dedo pulgar y le emborronó el maquillaje oscuro lo suficiente para que luciera una sombra ahumada sobre los párpados y no una estricta e imperfecta línea hasta la comisura del ojo. Carey esbozó una sonrisa satisfecha—. Ahora sí que das el pego. No podía meterte allí con esas pintas de novata que traías. Hay amos y dominatrices por allí que se rifan a los caramelitos como tú... y se los meriendan en un periquete.

—Eso no ayuda a que se me quiten los nervios —musitó Maxine. Se sintió algo mejor al verse de reojo en el espejo del armario. Apenas le había retocado tres detalles y ya parecía una mujer diferente, una sexy y segura de sí misma.

Se tuvo que morder el labio para no darle las gracias y recordarse que Carey estaba tomándose esas molestias porque se lo debía. Era posible que la dominatriz no tuviera la culpa del tiempo que Dylan y ella se estaban dando. Los gustos de su prometido habrían salido a la luz

tarde o temprano, pero le costaba pasar por alto la frivolidad con la que ella había estado leyendo en voz alta los mensajes de Dylan. Maxine sentía que debía ofenderse por él, por el modo en que habían aireado sus intimidades con afán burlón.

De todos modos, tampoco perdía de vista que llevaba mucho tiempo necesitada de compañía femenina que le recordara que no solo era una pareja o una hija, sino que también podía ser una amiga. Que Carey la hubiera invitado a su apartamento y se hubiese comprometido a llevarla a conocer la noche californiana en su máximo esplendor la tenía inevitablemente entusiasmada. Si no hubiera llegado hasta allí a costa de la posible ruptura de su relación, estaría exultante. No por nada Carey había sido un personaje admirado durante los últimos y solitarios meses.

—¡Andando! —La rubia dio una palmada y se puso en marcha sin más dilación.

Carey conducía un Porsche Cayenne negro brillante. Al volante se mostraba segura. Incluso manejaba con cierta temeridad, ignorando los máximos de velocidad establecidos por el tráfico y acelerando en las curvas con una sonrisita de satisfacción que delataba su pasión por el riesgo.

A Maxine le habría gustado que el trayecto se alargara para no tener que afrontar lo que quisiera que fuera a encontrarse una vez llegaran al misterioso local. Carey no le había dado gran información al respecto en los mensajes que intercambiaron para cuadrar la quedada.

Oh, ¿cuánto habría dado por el teléfono y la atención de Carey Reynolds apenas una semana atrás?, pensaba Maxine con el estómago encogido.

¡Cuánto cambiaban las cosas en siete días!

Carey se detuvo a las puertas de una cochera moderna para buscar en su bolso de mano de falso cuero. Se fijó en que le lanzaba una mirada rápida al teléfono móvil de Maxine, que acababa de encenderse indicando que había recibido un nuevo mensaje de Dylan. Sin pensarlo dos veces, borró la notificación y continuó canturreando la canción del estéreo, *PRBLMS* de 6LACK, aun sin haberla escuchado antes.

—¿No le vas a contestar? —preguntó Carey, utilizando lo que parecía una tarjeta de crédito negra mate para identificarse en el portón.

—No es asunto tuyo —le gruñó, más enfadada consigo misma que con ella.

—Desde luego que no. Es solo que pensaba que querías arreglarlo con él.

—Estoy en el proceso —replicó con aspereza—. Solo espero a averiguar qué me voy a encontrar ahí dentro para tomar una decisión en firme y no volverlo loco con idas y venidas.

—Suena razonable. Por un momento he pensado que ya te habías decidido a romper con él y estabas utilizando como excusa tu relación para venir hasta aquí conmigo. —Carey puso las manos de nuevo en el volante; unas manos femeninas con las uñas recién hechas y los dedos salpicados de discretos anillos de plata. Maxine la vio sonreír de lado mientras se internaba en el parking subterráneo—. No me habría extrañado. No es ningún secreto que no me quitabas el ojo de encima en el gimnasio. Parecía que estuvieras enamoradita de mí.

Maxine se ruborizó.

—¿Q-qué? ¡C-claro que...! ¡Eso no es porque tú...! Yo te... —Apretó los puños sobre el regazo y se rindió con un hondo suspiro. No tenía sentido negar la evidencia—. Es solo que te admiraba, ¿vale? No es tan raro que aspire a ser una rubia alta y delgada que se saca dos mil dólares semanales enviando mensajes sexuales mientras come palomitas en su sillón.

Carey se echó a reír mientras tiraba del freno de mano. Abrazó el respaldo de su asiento para girarse hacia Maxine con los ojos brillantes.

—Si quieres estar delgada, no puedes comer palomitas en el sillón —le explicó con la paciencia de un padre, divertida—, pero sí, confieso que envío auténticas marranadas mientras masco unos crudités con una comedia de Hugh Grant de fondo. —Se encogió de hombros—. Y,

oye, no hace falta que te pongas nerviosa por lo que te he dicho, ¿eh? A mí nunca me ha molestado la atención femenina.

Le guiñó un ojo y salió del coche con el bolso de mano pegado a la cadera. Maxine aún se quedó unos instantes allí varada, sumida en un silencio que gritaba bochorno y desorientación a partes iguales. Cuando Carey dio unos golpecitos en el cristal tintado de su puerta, despertó de la ensoñación abruptamente y la siguió por las escaleras que daban a la calle.

—¿Es un aparcamiento reservado para los clientes del club? —le preguntó, caminando con prudencia dos pasos detrás de Carey.

—No para todos los clientes, solo para los socios y los que frecuentamos los palcos a menudo por invitación directa de los mandamases.

—Eso explica que los coches fueran carísimos —murmuró para sí.

Maxine respingó cuando Carey ralentizó la marcha, ya en la acera, y la tomó del brazo como una buena amiga.

—Califa y Angel Face están podridos de dinero. No es que ellos se inventaran lo de los clubes de intercambio, pero fueron de los primeros en monetizarlo y darle un toque de lujo y exclusividad que antes no tenían. En el pasado, si querías follar vestida de cuero y con una fusta en la mano, debías ir a los lugares más sórdidos que te puedas imaginar.

Maxine la miró de reojo con aprensión.

—¿Lo sabes por experiencia?

—Qué va —se rio, risueña—. Es solo que siempre sé a quién preguntar cuando tengo curiosidad.

—¿Has dicho que se llaman Califa y Angel... Face?

—Ajá. —Carey se detuvo ante las letras luminosas que destacaban en una fachada pintada de un oscuro azul grisáceo que combinaba de maravilla con el amarillo mostaza que remataba las puertas de doble hoja de madera noble. Un afroamericano con las dimensiones de un 4x4 custodiaba la entrada de Vesper’s, como rezaban los neones también dorados—. Los organizadores se han dado a conocer con nombres en clave. Aquí todos se apodan como un cóctel. ¿No has probado el califa? Es una bebida española. Tiene ron blanco, licor Malibú, zumo de pera, unas gotas de granadina, fresas, arándanos y hierbabuena. Tan delicioso como el todopoderoso de Califa.

Le sacó la lengua con actitud coqueta, y Maxine se preguntó si habría dormido con él. De algún lado habría tenido que obtener sus privilegios, ¿no?

Acto seguido, Carey se dirigió al gorila, que ya la estaba mirando con una sonrisa ladina.

—¿Qué tal, PJ? Con tu permiso, vamos a divertirnos.

PJ hizo los honores abriendo la puerta para las dos con un movimiento elegante. Iba de punta en blanco. No tenía el aspecto feroz del segurata promedio.

—Disfrutad —dijo con una voz profunda que le erizó el vello.

En cuanto cruzaron el corredor, accedieron a un amplísimo salón a dos alturas con suelos de madera oscura. Sofás estilo retro de escay color crema, azul grisáceo y granate se repartían por la estancia. El pub estaba iluminado por unas pocas lamparillas estratégicamente situadas en paredes aisladas. En la parcial oscuridad, que a Maxine no le pareció tan sórdida como había imaginado, la barra central, circular y bien provista de toda suerte de licores, destacaba con sus luces ambientales. Los bármanes llevaban un estilo informal: chinos negros con cinturones caros y camisas con los dos últimos botones desabrochados.

—Parece que el único requisito del uniforme es que lo lleven hombres atractivos —comentó por lo bajini.

Carey levantó las cejas sin mirarla. Tenía una leve sonrisa en los labios.

—Pues aún no has visto lo mejor.

Maxine hizo un barrido panorámico en busca de alguna conversación sospechosa, mirada salaz o cliente que desentonara, pero no detectó nada extraño en la pareja homosexual que sorbía sus cócteles entre risas delatoras de su ebriedad. Vestían camisas hawaianas; debían de haber parado en Vesper's después de un largo día de playa. Tampoco vio una lascivia fuera de lo normal en la joven y el ejecutivo maduro que se habían acomodado al fondo para no ser molestados durante su cita, a todas luces clandestina. Había otra mesa ocupada por un grupo de mujeres que celebraban una despedida de soltera, como indicaba su exagerada hilaridad y los llamativos complementos a juego, y tres tipos trajeados charlaban en la barra con sus jarras de cerveza bien agarradas.

De fondo, tan bajo que apenas era perceptible, sonaba la agradable melodía de una canción de Childish Gambino, *Redbone*. Tampoco era un tema que Maxine hubiera elegido para amenizar una intensa sesión de sexo o que sugiriera violentos azotes con un cayado.

—¿Qué esperabas? —le preguntó en voz baja Carey. Se había inclinado sobre su oído—. ¿Toparte con una bacanal nada más entrar?

—La verdad es que sí —reconoció, lamentando su imaginación desbordante.

—Veo que estás muy decepcionada —se burló Carey mientras le señalaba una mesa vacía. En cuanto estuvieron sentadas, Maxine cogió el menú de bebidas e intentó esconderse detrás de él.

—Es solo que no lo entiendo —musitó, contrariada—. Parece un bar normal.

—No es un bar normal, no seas despectiva. Es uno de los mejores pubs de la zona de acuerdo a TripAdvisor y a las *influencers* de moda a las que no les importa gastarse veinte dólares en un daiquiri —apostilló con un aspaviento engreído que casi hizo reír a Maxine.

—¿A ti sí te importa?

—Si te soy sincera, sí. Me importa gastarme dinero en algo distinto a ropa y complementos.

»Es un pub normal, como te digo, pero hay premio para los que saben ver más allá. Escucha... —Carey apoyó los codos en la mesa para quedar más cerca de ella. Su atrevido maquillaje en tonos plata y escarlata centelleó bajo las cálidas luces del establecimiento—. Uno no puede colgar un letrero que diga «aquí se viene a follar», ¿entiendes? En Vesper's no se recurre a la prostitución ni nada parecido, pero las autoridades seguirían sin verlo con buenos ojos si algún vecino mojigato se quejara. Y, como ya te he dicho, al verdadero club no entra cualquiera. Solo se accede por invitación.

—¿A ti quién te invitó?

—Digamos que en mi círculo de sumisos oí que había un club donde te podías divertir de lo lindo.

—Bienvenidas, señoritas —intervino el camarero. Tenía las manos entrelazadas a la espalda y les sonreía con amabilidad; solo amabilidad, pensó Maxine, que había esperado que incluso los trabajadores del establecimiento llevaran pinzas en los pezones—. ¿Saben ya qué van a tomar?

—Pues yo quiero... —empezó en voz baja, señalando un cóctel de la carta.

—Queremos una estrella de venus con Gordon Gin y Kina Lillet —interrumpió Carey, devolviéndole el gesto y las cartas al camarero—, por favor.

Este ni se inmutó, como si no le hubiera pedido nada fuera de lo normal.

—Por supuesto. Dejen que compruebe su disponibilidad, y les comento enseguida.

En cuanto el barman se marchó, Maxine pestañeó, perpleja, hacia Carey.

—Oye, no me gusta que pidan por mí, y ni siquiera sé lo que es el Kina Lillet.

—Tranquila, no es una bebida. Es la contraseña —respondió, reclinándose en el asiento con

gesto satisfecho. Maxine lanzó una mirada rápida al camarero, que había ido a consultar a uno de sus compañeros solo Dios sabía qué—. A mí me dejan pasar sin «comprobar la disponibilidad», pero como traigo compañía deben valorar el derecho a entrada con Califa. Solo él decide sobre los nuevos.

—¿El camarero es Califa?

—No. Si te fijas, el barman de la barra lleva un discreto pinganillo. —Maxine lo confirmó después de entornar los ojos—. Le dice el número de mesa y, gracias a las cámaras de seguridad, Califa obtiene una vista completa del interesado en unirse al inframundo.

—¿Esa también es una de las cosas de las que tienes conocimiento porque sabes a quién preguntarle cuando sientes curiosidad?

Carey sonrió, orgullosa de que aprendiera tan rápido.

—Ya te he dejado caer que Califa me tiene cariño.

—Hasta que decida que no voy a pasar —musitó Maxine.

—Eso no va a ocurrir, tranquila. Aun así, intenta no ponerme en un compromiso cuando estemos allí dentro. Nada de caras de pánico, y nada de arrear manotazos al que se roce contigo sin querer.

—Va... vale. Lo que me pides suena razonable. —Se humedeció los labios, nerviosa. Estuvo unos segundos ordenando sus pensamientos para elegir la siguiente pregunta—. ¿Por qué es esa la contraseña?

—¿No conoces la bebida preferida de James Bond? —Enarcó una ceja—. Vesper Lynd fue el primer y gran amor del agente 007; de ahí que le pusiera su nombre al famoso martini que pide en cuanto se le presenta la oportunidad, vesper o «estrella de venus». El vesper martini se diferencia del *dry* martini en que tiene Kina Lillet, no vermú, y en que se agita, no se remueve.

—Señoritas —intervino de nuevo el barman—, acompáñenme.

Carey se levantó con cuidado de no hacer ruido, quizá para no llamar la atención de los clientes, y Maxine copió cada uno de sus movimientos, temiendo que un solo paso en falso la pusiera de patitas en la calle. El barman las condujo en silencio hacia una puerta cerrada en la que Maxine no había reparado. Estaba relativamente camuflada con el papel de pared crema, en un punto ciego donde no alcanzaba la tenue luz de las lámparas.

Extrajo una tarjeta del bolsillo, la que supuso que sería una llave, y la utilizó para desactivar lo que parecía un complejo sistema de protección.

Abrió con un ademán y las invitó a pasar.

En cuanto cruzaron el umbral, la puerta se cerró emitiendo un discreto clic que, aun así, le puso todo el vello de punta.

Ya estaba dentro.

Ya no había marcha atrás.

Capítulo 5

Al otro lado de la puerta, una mujer vestida con tan solo unas pezoneras, un tanga de látex y una inquietante máscara de cuero que le cubría la totalidad del rostro las esperaba para conducirlas por el pasillo. Las paredes estaban forradas de un terciopelo acolchado de color escarlata. Una serie de lamparillas que se asemejaban a candelabros victorianos iluminaban el camino.

—Los teléfonos móviles —fue lo único que dijo, extendiendo la mano.

Carey le hizo entrega del suyo sin pensarlo dos veces. Maxine vaciló y le lanzó una mirada a su acompañante, que solo asintió para transmitirle seguridad.

—Es una medida más importante para ellos que para ti. Así se protegen. Hay capullos que han intentado chantajear a la gente con fotografías tomadas a traición.

Maxine se resignó a dejar su *smartphone* atrás. La enmascarada asintió y abrió un compartimento secreto de la pared para dejarlos junto con los demás. Si todo el mundo había confiado en entregar su único medio de comunicación con el exterior, no tenía qué temer, o eso se dijo para apaciguar los nervios.

La guía no habló en todo el trayecto. Tan solo les hizo un gesto con la mano para que la siguieran. Carey ralentizó su caminar decidido para quedar a la altura de Maxine, como si quisiera recordarle que no estaba sola.

A pesar de haber leído sobre las prácticas sexuales que tenían lugar en clubes como aquel —por lo visto, había más de los que hubiera imaginado, y eso solo repartidos por California—, no terminaba de hacerse una idea de a qué se enfrentaría con exactitud. Mientras duró el paseo por el largo corredor, pensó en la cálida sonrisa de Dylan, en los brazos cariñosos de Dylan, en las carcajadas de Dylan cuando veían alguna película de Adam Sandler. Se estaba internando en las entrañas de un local desconocido de la mano de una mujer a la que solo había visto de lejos en el gimnasio por él. Todo esfuerzo era poco comparado con lo que podría obtener si salía bien, se dijo.

Maxine frenó en seco cuando llegó a la desembocadura del corredor. Tuvo que contenerse para no cubrirse la boca con asombro.

En contraposición con el ambiente tranquilo del pub, en aquel salón secreto reinaba el caos. Si le hubieran preguntado cómo imaginaba una fiesta en el infierno, la habría descrito así: cuerpos sudorosos, la mayoría semidesnudos, bailando pegados al ritmo de la melodía poderosa y sugerente de *Disturbia* de Rihanna. Encima de las tarimas, las *strippers* parecían flotar. Hipnotizaban con sus movimientos fluidos, y flexionaban sus cuerpos como si resultara facilísimo. Había una serie de personas acomodadas en los palcos superiores admirando el libertinaje con una copa en la mano. Muchas de ellas llevaban antifaz. Pero eso ni siquiera era lo más llamativo. Alrededor del salón central se distribuían habitaciones más pequeñas, cuyo contenido se podía observar desde allí gracias a que no las separaba una pared, sino amplios ventanales.

La guía las condujo por los pasillos habilitados para circular y, a la vez, presenciar el espectáculo que tenía lugar al otro lado de los cristales. Maxine pensó que se asemejaban a las salas de interrogatorios del FBI, y se preguntó si, al igual que ella podía verlos desde fuera, ellos podrían verla desde dentro.

—El perímetro de Vesper's está pensado como un cuadrado —le explicó Carey, que no se había separado de su lado— para que veamos qué se cuece en los dormitorios y decidamos si

queremos participar.

Le costó despegar los ojos del suelo cuando pasaron por delante de la primera habitación abierta al público. Junto a esta había una puerta que pasaría desapercibida de no ser por el pomo dorado, la bombilla situada justo encima y un misterioso botón.

—¿Para qué es? —preguntó en voz baja, sin atreverse a contemplar aún la escena que se desarrollaba en el interior.

—Si quieres unirte, solo tienes que pulsarlo —le respondió la enmascarada con la voz ronca. Se giró hacia Carey—. Espero que la nueva que has traído no sea una turista morbosa.

—No, no —se apresuró a responder Maxine—. Esto me... me gusta de verdad.

Saltó a la vista que la mujer no se lo creyó, en parte porque la propia Carey curvó los labios con ironía.

—No basta con darle al botón y entrar —repuso la dominatriz—. Los que haya dentro del dormitorio tienen que estar conformes. Si lo pulsas, escuchan una campanita y levantan la cabeza para valorar al interesado. En el caso de gustarles lo que ven, abren la puerta y empieza la fiesta.

—¿Se suelen interrumpir a menudo las... sesiones debido a una inclusión de última hora? ¿Hay un aforo en cada habitación? ¿Y es obligatorio... tener sexo delante de la discoteca entera?

—El récord de participantes por dormitorio es de siete personas, si no recuerdo mal. Y no, no se suelen interrumpir con frecuencia. Es habitual que se bloquee la opción de invitar a alguien externo, a veces para que la pareja o trío no se desconcentre cuando ya anda en faena, y a veces porque los amantes reservan el dormitorio para ellos solos.

»¿Ves esa luz verde que se enciende encima de la puerta? —Señaló la bombilla con la barbilla —. Quiere decir que aceptan que la gente se una. Que, además, la habitación esté iluminada por dentro, significa que está permitido mirar. No todo el mundo es exhibicionista, del mismo modo que hay quienes no son voyeristas —continuó, apuntando al siguiente ventanal del recorrido con el dedo. No se veía nada, pero la bombilla emitía un brillo escarlata, lo que significaba que estaba ocupada—, así que bajan los estores para tener intimidad.

Maxine pestañeó, contrariada.

—Si lo que quieren es acostarse con alguien sin que los miren, ¿por qué no se quedan en su casa?

Carey sonrió, divertida por la pregunta, y cabeceó como si la encontrara legítima.

—Los que prohíben la participación de desconocidos suelen ser parejas que han quedado de antemano con un amante o que tienen la intención de... «seleccionarlo entre el público» —abarcó a la marabunta de bailarines, que se frotaban los unos contra los otros, se besaban con fiereza, se desnudaban sin pudor—, pero, al final del día, son exclusivos, ¿entiendes? Los que no quieren que los observen, por otro lado, mantienen la luz apagada para no dar a conocer su identidad a través de la cristalera. Como te podrás imaginar, follar con una máscara no es lo más cómodo del mundo. —Miró a Maxine con sorna—. Venir a Vesper’s para experimentar es la opción prudente si quieres mantener a salvo tu reputación, en definitiva. A los sadomasoquistas no les hace gracia eso de meter a un desconocido en su propia cama a riesgo de que toquetee sus cosas o haga algo ilegal con su dirección postal.

—Vaya, nunca pensé que tendría algo en común con esta gente.

Carey le dio un codazo amistoso.

—No hay necesidad de ser perversa. Por las personas como tú, tenemos que andar escondiéndonos y disimulando que nos va lo que nos va —le recriminó sin ánimo de ofender.

—Bueno, tú no lo disimulas mucho —replicó por lo bajini.

—Si no puedo contárselo a mis amigas, ¿qué me queda? —rezongó, entretenida con el

intercambio de reproches—. En cualquier caso, no saben ni la mitad de lo que hago. Imagina cómo reaccionaría Alissa, que ya pone el grito en el cielo porque le ordeno a cuatro desconocidos que se aprieten las pelotas hasta dejarlas azules, si se enterara de que además los torturo con mis propias manos en un club exclusivo. —Tiró del brazo de Maxine para reanudar la marcha con buen ritmo, siguiendo a la silenciosa enmascarada—. Lo que quiero decir es que este es un espacio seguro donde los sadomasoquistas pueden dar rienda suelta a sus pasiones sin temer que luego las mojigatas como tú les avergüencen en su trabajo. —Le dio un empujoncito con el hombro—. Por eso escogen Vesper's para follar, incluso si no son exhibicionistas.

—¿Por eso algunos van enmascarados? ¿Para que luego no los reconozcan en la oficina?

—Ajá. Es muy habitual.

El corazón le dio un vuelco cuando, al torcer la esquina, se topó de frente con una de las habitaciones iluminadas. Quiso pasar deprisa, sin detenerse a presenciar un encuentro sexual que creía privado, pero Carey frenó para sonreírle a uno de los implicados y no le quedó otro remedio que alzar la vista, agradeciendo que la oscuridad ocultara sus mejillas ruborizadas.

En el centro del dormitorio destacaba una flamante California King, la cama más grande que Maxine hubiera visto en su vida. Las sábanas de satén blancas se desparramaban por los costados. Las paredes, donde se habían situado las luces rojas que iluminaban a la pareja como en una película adulta, estaban cubiertas de utensilios que reconoció como fustas, látigos, esposas y otros instrumentos de *bondage*.

Sobre el colchón había una pareja. Un hombre fornido con el cabello cortado al ras penetraba bruscamente por detrás a una mujer con el rostro enrojecido. Llevaba un collar de sumisa apretándole la garganta, y su compañero tiraba sin compasión de la cadena, que tenía enrollada en el antebrazo tatuado. Temió que la asfixiara, pero la susodicha sonreía mientras aferraba las sábanas con manos temblorosas.

Era el amo al que Carey se dirigía moviendo los dedos con coquetería. Este correspondió el saludo guiñándole un ojo y utilizando la mano libre para hacerle un gesto invitador con el índice.

Carey lo rechazó negando con la cabeza.

—Pensaba que eras dominatriz —se sorprendió Maxine—. No te acostarías con un hombre que ostenta el mismo... papel, ¿no? Según lo que he leído en algunas páginas web, en el mundo del *bondage* se trata de encontrar a la pareja complementaria; un amo y un amo no pueden estar juntos, ¿verdad?

—Las reglas no son tan estrictas. Los roles pueden intercambiarse, y más cuando se trata de él. Rob Roy es el máster sadomasoquista más cotizado de Vesper's. Incluso las dominatrices se acuestan con él de vez en cuando.

—¿Tú incluida?

—No. Si un amo quiere acostarse conmigo, ha de renunciar a su fuerza. No me dejo doblegar porque no domino solo en la cama, sino que es mi forma de vida.

Maxine se la quedó mirando sin disimular su curiosidad, que rozaba la admiración.

Que a Dylan le interesara la sordidez del BDSM la había pillado por sorpresa, pero si se paraba a pensarlo, no lo encontraba ni sorprendente ni novedoso. Le parecía lógico que los hombres tuvieran fantasías de sometimiento. Lo que sí le resultaba llamativo era que una mujer se hubiera apropiado del rol dominante históricamente asociado al género masculino.

Quiso saberlo todo sobre Carey: cómo había llegado al mundillo del *bondage* y si alguna vez se había arrepentido de meterse en la boca del lobo, pero ninguna de esas fue la primera pregunta que formuló, atraída por su pasado y su presente.

—¿Te has acostado con muchos hombres?

Carey ni siquiera la miró para valorar si había un juicio implícito en la duda, quizá porque no le importaba lo que pensaran de ella. Exudaba tal confianza en sí misma que Maxine rogaba para que fuera contagiosa.

—En realidad, no —reconoció con un encogimiento de hombros—. He disfrutado de sesiones con mucha gente, eso sí, pero no me suele interesar llegar hasta el final, entendiendo el coito como «final».

Su respuesta la dejó pasmada.

—¿Y no te dicen nada cuando les cortas la diversión en pleno...? —inquirió con timidez—. Ya sabes.

Carey le lanzó una mirada tajante.

—¿Qué me iban a decir? —contraatacó con aspereza—. Que se atrevan.

Maxine sintió un nuevo ramalazo de admiración hacia la dominatriz. Ella sabía lo que era estar jugando con un amante, que no le apeteciera llegar al final y ceder, aun así, para evitar un conflicto. En parte lo consideraba un gesto de generosidad hacia el otro. Incluso una de las obligaciones tácitas de las relaciones.

Recordar sus peores experiencias sexuales consiguieron que se reafirmara en su decisión de haber ido hasta allí. Dylan era la única razón por la que seguía recorriendo el perímetro de Vesper's, y resultaba que Dylan la había complacido todas y cada una de las veces que se habían acostado. Dylan no era egoísta, exigente o le escamoteaba caricias. Dylan era perfecto, y merecía que ella se esforzara por satisfacerlo.

Pasaron por delante de dos habitaciones apagadas antes de llegar a otra iluminada. A esas alturas, la invadía una fuerte curiosidad. Se sentía más segura que al comienzo de la aventura.

El dormitorio tenía las mismas características que el anterior. Estaba bien provisto de juguetes sexuales —incluso contaba con un espejo sobre la cama y otro al costado de la habitación— y también ocupado, pero por dos mujeres y un hombre.

La parte masculina estaba sentada en el borde de la cama frente al cristal, a dos metros de distancia de Maxine. Habría podido describirlo con sumo detalle de no haber sido por la escasa iluminación. Una de sus amantes se había arrodillado frente a él; la otra, sentada de rodillas a su espalda, le recorría el pecho con las manos mientras le besaba los hombros y el cuello.

No parecía haber nada sórdido en el intercambio, tan solo caricias sugerentes y una felación. La escena no le resultó llamativa, tan solo incomodó a su lado puritano, pero frenó de todos modos en cuanto captó la mirada profunda del desconocido. Apuntaba hacia fuera, como si retara al espectador a entrar a formar parte de la diversión... Solo que no parecía divertirse en absoluto. Tenía la mandíbula apretada y aferraba el cabello tal vez castaño, tal vez cobrizo de la amante entregada a devorarle, pero esa era toda la expresión que se permitía un semblante por lo demás tallado en granito.

Maxine sabía qué cara ponían los hombres cuando una mujer arrodillada se anudaba el cabello en una coleta improvisada, y no era aquella ni por asomo.

—No están... —Maxine se humedeció los labios, que de pronto notó resecos—. No están haciendo nada raro, ¿no?

—Hay quienes solo quieren que les miren, como Hurricane. No tienen por qué llevar a cabo ninguna práctica sadomasoquista.

—¿Hurricane? —musitó Maxine, observando al amo con las mejillas ruborizadas.

—Es su apodo en el rol. Apenas lleva un año frecuentando Vesper's y ya se ha convertido en el hombre más deseado. Solo hay que verlo para saber por qué. —Señaló su cuerpo fibroso con

un gesto de barbilla.

Maxine se negó a darle la razón por respeto a Dylan, al que consideraba que debía serle fiel en cuerpo, alma y pensamientos. Sin embargo, al admirarlo de lejos sin pestañear, tuvo que rendirse a la evidencia de que era un hombre magnífico; la clase de ejemplar masculino que no se habría atrevido a mirar a los ojos si lo hubiera tenido delante.

Estaba acostumbrada a la belleza. En Los Ángeles había modelos atractivos a rabiar, de todas las razas y complexiones, pero en él vibraba una energía diferente, un misterio oscuro que le hacía magnético e irresistible hasta tal punto que Maxine no se vio capaz de moverse para continuar la visita.

«¿Por qué parece tan...?», pensaba, intrigada.

«Asqueado» no era la palabra. Ni tampoco se le veía aburrido.

Maxine decidió que solo estaba muy lejos de allí. Presente en cuerpo, pero no en espíritu.

—No parece que se lo esté pasando bien —meditó en voz baja.

Carey se encogió de hombros.

—La actitud lo es todo en los juegos de rol. Algunos amos son violentos, y por tanto quieren que sus sumisas o sumisos se muestren asustados..., pero hay otros que juegan la carta de la decepción para que su pareja se vuelque con desesperación en la tarea de complacerlos, y les conviene parecer cansados. Es otra forma de castigo. Habría que conocer el contexto de la escena, pero lo más probable es que Hurricane esté escarmentando a sus acompañantes por algo que han hecho, y por eso se esté esforzando por disimular que se divierte.

Carey no tuvo que seguir explicándose. Maxine vio con sus propios ojos que Hurricane le tiraba del pelo a la amante para separarla de él, la miraba desde su altura con gesto inexpresivo y la abofeteaba con el canto de la mano, girándole la cara en el acto.

—¿Ves? —Carey le dio un pequeño codazo, pero Maxine ya había respingado.

Por poco dio un paso atrás.

—Dios —balbuceó, agarrada al borde de la blusa como si tuviera un botón del pánico—. ¿Por qué le ha hecho eso? ¿No le duele?

—Es lo más probable —cabeceó—, pero recuerda que todo es consentido.

Aunque el espectáculo había pasado de grotesco a violento, no pudo apartar la vista de él. Dedujo del movimiento de labios de Hurricane que acababa de dar una orden, porque la morena que estaba acariciándolo se retiró, obediente, y se tendió sobre la cama. Mientras, el amo se encargaba de la que al día siguiente luciría un cardenal en la mejilla. La sujetaba por la mandíbula para que no pudiera escabullirse, pero ella ni siquiera lo intentaba. Retorcía el cuerpo con impaciencia, deseándolo tanto que resultaba intolerable. La forzó a abrir la boca, presionando los músculos maxilares, hasta que la joven le ofreció una vista completa de su campanilla. Maxine no respiró mientras él dejaba al aire su siguiente actuación, que fue inclinarse despacio sobre su rostro y escupirle en la boca.

Maxine se presionó el pecho con más fuerza. Aquello era repugnante. Debía serlo..., ¿no? Pero la amante cerró los ojos y presionó los labios para tragar, como tal vez instantes antes habría digerido su simiente, y dejó que él la levantara del suelo aferrándola por el cuello.

—¿Te está gustando? —le preguntó Carey, tan cerca que ni siquiera sabía de dónde salía su voz. ¿Estaba colgada de su hombro? ¿Asomada a su oído? ¿A un metro de distancia?

En algún momento de la visita, quizá desde que se había detenido frente al cristal, había dejado de escuchar el ruido a su alrededor, la música sugerente, las voces de las conversaciones calientes.

Tenía los cinco sentidos puestos en el misterioso hombre displicente.

Como si él pudiera oler la debilidad femenina, alzó la barbilla justo en el momento en el que desdeñaba a la amante del cabello cobrizo, dejándola caer con desinterés.

Hurricane capturó la mirada de Maxine a través del cristal con la misma hostilidad que guiaba sus manos. Ella se puso firme sin darse cuenta, igual que si le hubiera increpado un militar. Estaba preguntándose a qué se debía la atención del amo, avergonzada y también agobiada por si no la ignoraba pronto, que no cayó en la cuenta de que Carey había pulsado el botón.

Él, gloriosamente desnudo, se desentendió de sus invitadas y fue hasta la puerta.

—¿Quieres entrar? —le preguntó Maxine en tono de alarma, temblando de pensar que Hurricane y ella fueran a compartir el mismo espacio.

—A mí no me importaría, la verdad, pero lo que está claro es que a ti sí te interesa —respondió Carey con una media sonrisa juguetona.

—¿Qué? —jadeó, tensándose de la cabeza a los pies—. Por supuesto que no. ¡Por supuesto que no! Carey, ¿por qué has hecho eso? Solo estaba mirando, yo no quería, es...

Entonces, todo sucedió muy deprisa.

Capítulo 6

La puerta se abrió de sopetón, Carey la tomó de la mano para tirar de ella hacia el interior y, en un abrir y cerrar de ojos, Maxine se vio tropezando con el ejemplar masculino que aguardaba en la habitación.

El olor a sudor concentrado, látex, cuero y fluidos noqueó sus sentidos, impidiéndole reaccionar a tiempo cuando Hurricane le alzó la barbilla con un solo dedo.

«¡No me toques!», fue a gritar, impulsada por el bombeo frenético de su corazón. Pero las palabras se atascaron en su garganta al coincidir con unos ojos de color indefinido que la hicieron flaquear en el acto. No podía percibirse la verdadera tonalidad de su piel o de su cabello por culpa de la viciada iluminación, pero no importaba si los iris eran verdes o azules, porque su mirada penetrante la había atrapado en un hechizo de riesgo.

Confirmó que el poderío que exudaba no estaba basado solo en el atractivo físico, sino con la seguridad en sí mismo que irradiaba aun desnudo, en su estado más vulnerable. Detectó un brillo inusual en el centro de su torso y observó que se trataba de una chapa plateada con un grabado en japonés. Estaba húmeda debido al sudor que hacía brillar una piel tan dura que parecía de cuero, llena de relieves musculares y trazos venosos. Después, cuando él la obligó a enfrentarlo de nuevo, no vio nada más que su expresión imperturbable; la mirada cautelosa, tal vez intrigada con la que la escudriñaba.

—Quítate la blusa —le ordenó con una voz que le puso el vello de punta.

«Vete al carajo», tendría que haberle dicho, pero la mente se le quedó en blanco en cuanto su calor empezó a llegarle en oleadas y su aroma corporal le trajo recuerdos de cuerpos enredados entre las sábanas. Sofocada de pronto, y sin entender qué demonios estaba sucediendo, Maxine sintió que la exigencia no estaba sujeta a negociaciones. Se relajó para plegarse a sus deseos, y no solo ante la sensación de peligro inminente, sino porque la invadió el inexplicable deseo de complacerlo.

Se llevó una mano temblorosa al nudo del escote. Tiró del extremo sin dejar de mirarlo, hipnotizada e intimidada a partes iguales por la magnificencia de un hombre incomprensiblemente atrayente que parecía encontrarla igual de deseable. Ni siquiera era consciente de la cercanía de Carey, si es que seguía en el dormitorio. Todo se había desvanecido a su alrededor. Solo el frescor que sintió en el vientre cuando se quedó tan solo con el sostén podría haberla espabilado, pero el sopor superaba el sentido común.

Él la sondeaba con una mirada de abrumadora intensidad. La abulia se había desvanecido de sus ojos; la había reemplazado la curiosidad. Hurricane le rodeó el cuello con la mano y presionó el centro de su garganta con el pulgar antes de ascender a la barbilla, a los labios entreabiertos cuyo volumen acarició, distraído.

—Tú no perteneces aquí —dijo, y no era una pregunta.

Pero dio un paso hacia ella, como si quisiera cubrirla con su cuerpo aun así, y Maxine sintió que le faltaba el aire. No debía importarle su inexperiencia, porque deslizó la palma con los dedos muy separados por su torso, abarcando la curva de sus pechos, y solo se detuvo para ahuecar la mano entre sus muslos.

Fue al sentir un latigazo de deseo en la entrepierna cuando cayó en la cuenta de lo que acababa de hacer y la sobrevino un pánico paralizante. Se sobresaltó con las mejillas ardiendo, y, ya liberada de su hechizo, buscó la salida a un lado y a otro.

Carey no estaba allí.

Le dirigió una mirada agobiada a Hurricane y se deshizo de su contacto con un violento culebreo. Se olvidó de recoger la blusa del suelo y peleó con el picaporte, nerviosa, hasta que estuvo de nuevo en el estrecho pasillo.

El calor concentrado en la fiesta la abofeteó de golpe. Buscó a Carey, desesperada, pero tenía la vista borrosa por las lágrimas de incredulidad que empezaban a agolparse en sus ojos. Acabó tomando el camino de la derecha, abrazada a los hombros para ocultar su semidesnudez. Localizó a mano derecha una puerta que parecía un baño, y entró precipitadamente.

En cuanto estuvo sola en el cubículo, se apoyó contra la pared y dejó escapar un suspiro que se asimiló a un gemido quebrado. Las paredes estaban forradas por el mismo terciopelo escarlata que las del pasillo de entrada. En una rápida mirada de reconocimiento, captó los grifos y lavabos de oro falso, las toallas de tela color crema. Al igual que en el resto de estancias de Vesper's, la luz escaseaba.

«Mejor», pensó. Así nadie sería cómplice de su vergüenza.

Maxine estaba tan conmocionada por lo ocurrido que no se atrevía a soltarse los hombros. Había hundido las uñas ahí, imitando una camisa de fuerza, para que nadie osara a desnudarla de nuevo con una simple orden.

Porque había bastado una orden para que iniciara el camino a la infidelidad.

Cerró los ojos, avergonzada y todavía temblando por el placer abortado. Lloró en silencio con la esperanza de que los cubículos estuvieran vacíos y nadie entrara allí por casualidad. Habría acabado escurriéndose por la pared si la puerta no se hubiera abierto con cuidado, como si el recién llegado no quisiera asustarla.

Maxine alzó la barbilla con miedo, y este se intensificó al reconocer los hombros esculpidos de Hurricane.

—No te acerques a mí —balbuceó—. No quiero... Yo... no pretendo acostarme contigo.

—Yo tampoco —replicó con franqueza.

Su respuesta la sorprendió. No sonaba firme y exigente como en el dormitorio. Quizá sí algo decadente, pero no le pasó desapercibida la nota de paciencia.

Todavía recelosa, observó que se acercaba con un amasijo de seda negra en la mano. Seguía desnudo, pero Maxine no miró más allá de su rostro, ahora iluminado por una emoción más humana.

A regañadientes, tuvo que romper su abrazo para coger la prenda que le tendió.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él en voz baja.

Tal vez fuera por la naturaleza de la pregunta, que sensibilizaba al de por sí susceptible, o por el modo en que la había pronunciado, como si de verdad le importara, pero el llanto de Maxine solo se intensificó al escucharlo.

Nadie le había preguntado cómo estaba en la última semana a pesar de haberla pasado en gran medida bajo las sábanas. Su madre era una mujer parca en palabras; se limitaba a lanzarle miradas aprensivas, rogándole en silencio que no la hiciera cómplice de su dolor. Su padre apenas pasaba por casa, y la tenía en tan baja consideración que no le había sorprendido que regresara con el rabo entre las piernas. De hecho, ya le dejó caer durante la primera mudanza que Dylan se cansaría pronto de ella porque las mujeres con la sangre de su madre eran como perros; por más que las abandonaran, apaleadas, tomaban el camino de vuelta. No tenía ninguna amiga ni nada que se le pareciera, y los mensajes de Dylan estaban centrados en disculparse y justificarse. Solo le había preguntado cuándo podría volver, no cómo se sentía ella.

La atacó de pronto una tristeza insoportable.

—No —reconoció entre sollozos, mirándolo con la barbilla temblorosa—. Acabo de quitarme

la blusa delante de un amo sadomasoquista, y ni siquiera sé por qué. Porque tengo novio, ¿sabes? Es decir... Tenía novio hace una semana, pero descubrí que se mensajeaba con una dominatriz que viene mucho por aquí, y... y yo lo quiero tanto que pensé que conociendo su mundo podría darle lo que desea. El caso es que no pretendía... No sé por qué me he dejado arrastrar hasta Vesper's, ni por qué he obedecido tu... Yo... —Sorbió por la nariz—. ¡Estoy enfadada con Dylan porque se servía de las historias de una mujer para excitarse, y voy yo y casi le pongo los cuernos con un desconocido! ¿Qué diablos me pasa? ¿Cómo lo voy a mirar ahora a la cara?

Pensó que se toparía con el gesto estupefacto de Hurricane, pero la observaba compasivo, como si la acompañara en el sentimiento. Nadie le había mostrado semejante ternura en los últimos días, y arrastrada por un impulso superior al sentido común, se echó sobre él para abrazarlo a la desesperada.

—¿Por qué no puedo viajar en el tiempo? —sollozó, cruzando los codos a su espalda. La diferencia de altura la obligaba a estrecharlo por la cintura si no quería ponerse de puntillas. Olía a cuero, a aceites corporales, a sudor; una mezcla que encontró atrayente—. No muy lejos, solo retroceder una semana, cuando aún era un ama de casa aburrida pero esperanzada por lo que me depararía mi matrimonio. Lo justo para olvidar que Dylan, que es mi maldito prometido, sueña con venir a sitios horribles como este y verme... verme haciendo... cosas con otros hombres que... —balbuceaba contra su hombro desnudo—. ¿En qué momento mi vida ha dado este giro? ¡No me gusta! Yo solo quiero ser normal, hacer cosas normales, ¿sabes? No es que solo me guste el misionero, puedo probar otras posturas, y no me molestaría dar un azote, pero esto es superior a mí, esto es... Yo pensaba que, si la relación se rompía, sería por otras causas menos... menos... ¡Por unas causas que podría explicarle a mi madre sin que llamara al exorcista!

Se calló de golpe cuando sintió un ramalazo de aire caliente rozándole los rizos; el aliento liberado en una carcajada. Hurricane le acariciaba la espalda con paciencia. De hecho..., ¿le estaba devolviendo el abrazo? No era la reacción que esperaba viniendo de un tipo sobre el que llevaba un rato moqueando.

Maxine se separó de él lo justo para mirarlo a los ojos.

—¿Estás consolándome porque te excitan las mujeres humilladas, o solo eres buena persona? ¿O me has visto con cara de ir a denunciarte ante el propietario inventándome una historia de abuso y has venido a asegurarte de que no te arruino la vida?

Él la miraba con un brillo especial en los ojos.

—Supongo que solo quería saber de dónde has salido.

—De Gardenstone. Soy... soy Maxine —se presentó, dando un paso atrás. Volvió a abrazarse en cuanto recordó que solo llevaba el sostén—. Creo que decirte mi nombre me hará sentir mejor por lo que... lo que ha pasado. Aunque, claro, para ti habrá sido una tontería porque haces cosas mucho más extremas que tocar el... En fin.

—A mí me llaman Hurricane.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Porque cuando estoy borracho me sale acento de Nueva Orleans, que es la ciudad de donde sale el cóctel.

Maxine arrugó el ceño.

—Te lo acabas de inventar, ¿no?

Hurricane hizo el amago de sonreír, pero se quedó en el intento, como si se le hubiera acabado la energía en el proceso.

—Puede ser.

Dio un paso adelante para quitarle la blusa de las manos. Maxine se quedó muy quieta cuando se la puso por la cabeza, y obedeció la orden implícita de meter los brazos por las mangas. Había vuelto a paralizarla aquella absurda necesidad de complacerlo, de hacer lo que le pedía incluso si no lo pronunciaba en voz alta.

Durante esos instantes, solo se comunicaron a través de la mirada.

Ni siquiera con la blusa ya puesta dejó de sentirse desnuda.

—Vuelve a Gardenstone, Maxine —le dijo sin ápice de condescendencia. Sonaba, de hecho, como una advertencia—. Este no es lugar para los pajaritos como tú.

Ella se estremeció sin saber por qué.

Hurricane tiró de la puerta para escoltarla a la salida. Dio la casualidad de que la guía enmascarada pasaba por allí y pudo informarla de que acompañaría «a la chica» a la puerta. A esta no le extrañó, y se limitó a recordarle que le entregara su teléfono.

A Maxine le pareció oír de labios de la misma mujer que la rubia que había acudido con ella estaba como loca buscándola, pero escuchaba las conversaciones como un ruido de fondo. Solo tenía ojos para admirar con una mezcla de asombro y recelo al hombre que se paseaba desnudo sin pudor alguno.

Hurricane tuvo la gentileza de conducirla hasta la puerta en la que había comenzado la aventura. Bajo la luz amarillenta de una lámpara más potente, pudo apreciar por fin sus rasgos, cuyo misterio la había tenido en vilo desde el primer momento.

Tenía el cabello de un tono castaño que en verano adquiriría matices rubios, fino pero denso, y con el corte de un joven Matt Damon, con el flequillo abierto sobre las cejas. La miraba con fijeza con los ojos de un profundo gris oscuro, como la bruma de la noche de las brujas.

—Cuando le cuentes a tu novio lo que ha pasado, no le digas que casi te acuestas con un desconocido —le dijo con los labios curvados en una suerte de sonrisa que, sin embargo, no lo era—. Dile que casi te acuestas con Jace.

Más allá del pasmo inicial, Maxine experimentó una especie de alivio. También la sorprendió que Hurricane la hubiera leído tan bien como para saber que su nombre la aplacaría.

Pero enseguida llegó la duda.

—¿Te llamas así de verdad? —inquirió, vacilante.

Él abrió la puerta para ella después de entregarle su teléfono, situándose prudentemente detrás para que no lo vieran los clientes del pub.

—Eso nunca lo sabrás.

En un abrir y cerrar de ojos, Maxine se vio de nuevo arropada por la agradable melodía de una canción comercial y las risas inocentes de las mujeres de la despedida de soltera, cuya vida discurría ajena a los placeres ocultos en las entrañas del edificio.

La despedida de Hurricane, tal vez Jace, resonó en sus oídos un rato más.

«Eso nunca lo sabrás»..., como tampoco sabría nunca qué habría pasado si no hubiera huido del dormitorio.

Capítulo 7

Maxine estaba desnuda. No sabía cómo ni cuándo se había deshecho del pitillo negro, los tacones de aguja y ese wonderbra que Carey había tildado de pasado de moda, pero ahora se encontraba tal y como había venido al mundo delante de una puerta con una bombilla roja sobre el marco.

«Ocupado», gritaba.

Estaba de espaldas a la cama. Tenía la sensación de que una poderosa presencia la resguardaba del frío bloqueando el aire con su corpachón, que se erguía, posesivo, detrás de ella. Notaba el calor de la piel humana sobre las nalgas, y era lo bastante persuasivo para incitarla a darse la vuelta, pero aún tenía dudas.

O, por lo menos, las tuvo hasta que una mano grande la aferró con firmeza del antebrazo.

—Tú no te vas a ninguna parte —le advirtió en un tono que no admitía réplica, enronquecido por el anhelo.

Maxine jadeó y permitió que le diera la vuelta para reencontrarse con aquellos ojos de plata gastada que había estado sintiendo clavados en su nuca. Él también estaba desnudo, y en sus pupilas dilatadas brillaba el deseo de tomarla sin contemplaciones.

Hurricane le envolvió la nuca con la mano para atraerla hacia sí. Le tiró de la base del cabello para que no apartara la mirada de la de él, intensa y decidida, mientras cubría uno de sus senos con la mano. El pezón se endureció al primer roce con sus dedos, que trazaron el volumen del pecho provocándole unas deliciosas cosquillas.

Maxine ya no podía ni tragar saliva ni coger aire. El oxígeno se había vuelto irrespirable. Él se aseguró de que su aliento permaneciera contenido prolongando una caricia por su vientre hasta llegar a la entrepierna, que unos segundos antes había tanteado con perniciosa curiosidad. Sabiendo con exactitud dónde estaba el punto que la hacía flaquear, Hurricane presionó con delicadeza el clítoris antes de continuar palpando los pliegues de su sexo, que ya empezaba a humedecerse.

Maxine apoyó las palmas en su recio pecho, salpicado de fino vello rubio, y fue a apoyar ahí la mejilla cuando notó otra vez el escozor de un tirón hostil en el cuero cabelludo.

—No —le gruñó él con la mirada endurecida—. No has venido a por mimos.

—¿Y a qué he venido? —preguntó ella, confundida.

Hurricane le retiró los rizos de la cara con una parsimonia que a ratos parecía condescendiente, y, otras veces, solo tierna. Estaba sumido en la contemplación del rostro femenino, pero a cada tanto se despistaba, como si lo llamaran desde un pensamiento lejano y tuviera que ausentarse para atenderlo.

—Has venido a que te folle como siempre has soñado —le explicó en voz baja.

Maxine se estremeció.

—No, yo... Mi novio...

Hurricane la castigó por mencionarlo empujándola contra la pared más cercana. El golpe seco hizo que tintinearan con reparo algunos de los utensilios de metal que colgaban justo al lado. Maxine ladeó la cabeza para comprobar que ninguno era usado contra ella, notando la respiración agitada.

Como si Hurricane quisiera evitar que empleara alguno de los juguetes para defenderse, le clavó las muñecas sobre la cabeza con una sola mano y con la otra le rodeó el cuello.

—A tu novio no le gusta hacer estas cosas, Maxine. Tu novio no quiere castigarte. Quiere que

le castigues tú a él. Pero no quieres infligir dolor, ¿a que no? —ronroneó, ladeando la cabeza para probar la piel satinada de sus pechos. La besó muy cerca del pezón erizado y le propinó un leve mordisco que lanzó una descarga por todo su cuerpo, llegando a engurruñirle los dedos de los pies—. Quieres averiguar cómo se siente.

—Yo ya sé cómo se siente el dolor —reconoció Maxine en voz baja, cerrando los ojos para entregarse a la sensación.

—El dolor que hiere, tal vez..., pero ¿y el dolor que se disfruta?

Maxine quiso mirarlo para averiguar con qué expresión lo había dicho. No pudo, porque Hurricane se agachó para levantarla en vilo, agarrándola con firmeza bajo los muslos, y la abrió de piernas de manera escandalosa para empujarse contra ella. Maxine jadeó, temblorosa, al sentir el volumen de la erección frotarse contra su sexo expuesto. Se aferró a sus hombros para no resbalar, afianzando los tobillos cruzados a su espalda, y rozó la nariz con la de él en busca de un beso que Hurricane le negó chasqueando la lengua con desdén.

La penetró de una inesperada embestida que le suspendió la respiración. Maxine le hundió las uñas en los duros músculos de la espalda, sin saber si quería alejarlo o acercarlo más, y él la aplastó contra la pared para hundirse aún más en su interior, que lo había recibido con un calor que la asfixiaría.

Maxine jadeó en voz alta y cruzó los codos para pegarse al pecho masculino, que le hizo cosquillas cuando comenzó el movimiento de las primeras estocadas. No se había fijado en que había un espejo al otro lado de la estancia; un espejo que le permitía ver lo que sucedía a espaldas de Hurricane. Veía los omoplatos tensándose y destensándose, los paréntesis que se marcaban en sus glúteos cuando ejercía su fuerza para empujarse hasta el fondo. Veía sus propios rizos electrizados y su rostro sudoroso mientras él le clavaba los dedos en las nalgas y le susurraba indecencias al oído.

Veía las estrellas aproximarse, la bruma espesa que enturbiaba la mirada cuando el orgasmo se acercaba...

—¡No! —gritó, incorporándose de golpe.

Maxine se aferró a las sábanas mientras comprobaba que todo seguía en su sitio. Se encontraba en la cama individual del dormitorio de su niñez, rodeada de los cojines que le gustaba abrazar mientras dormía. Las primeras luces de la mañana empezaban a filtrarse a través de las cortinas con estampado infantil.

—No... —repitió, llevándose una mano débil a la frente salpicada de sudor. Acabó guiándola al bajo vientre, que ardía fruto de la excitación—. Otra vez no, p-por favor.

Era la decimosexta noche consecutiva que soñaba con la continuación de su breve aunque impactante expedición a Vesper’s. Desde entonces habían transcurrido más de dos semanas, en las que había tratado de decidir si lo que vio y lo que vivió había sido lo bastante intimidante como para vetarle una relación sexual sadomasoquista a su prometido.

Cuando estaba consciente, se sorprendía meditando si le costaría o no asfixiar a Dylan, abofetearlo como nunca había abofeteado a nadie, tratarlo como si fuera basura, y todo esto mientras realizaba tareas cotidianas. Pero cuando cerraba los ojos al final del día, y sin necesidad de haberle dedicado un solo pensamiento aislado a Hurricane, él aparecía en sus sueños para atormentarla con la promesa de un sexo que le cambiaría la vida y que, sin embargo, acababa antes de la culminación.

Maxine lo prefería así, en realidad, porque cuando despertaba, horrorizada por las sugerencias de su subconsciente, podía consolarse aduciendo que no engañaba a Dylan del todo y correr a darse una ducha helada. Su conciencia no habría podido soportar que deslizara una mano

juguetona bajo el pantalón del pijama y acabara lo que un hombre distinto a su prometido había empezado.

Siguiendo la rutina, Maxine saltó de la cama y se encerró en el baño. El reloj de su *smartphone,* que empezó a reproducir la *playlist* de la ducha, marcaba las siete menos cuarto de la mañana. Mientras se enjabonaba la melena con rabia, recordó lo que había leído hacía unos días sobre el origen de los sueños.

Había escogido con cuidado los blogs que le dirían lo que quería escuchar: que no existían evidencias científicas de que el subconsciente hablara a través de los sueños, que estos no debían determinar las decisiones que uno tomaba, pues no tenían peso real, y que una fantasía sexual recurrente podía ser tan solo una señal de que echaba de menos acostarse con alguien. Con cualquiera, no con una persona en específico, lo cual era cierto porque Maxine necesitaba a Dylan en todos los aspectos, no solo el amoroso.

Carey tenía una opinión muy distinta.

Se habían estado mensajeando después de resolver el pequeño malentendido en Vesper's. Por lo visto, Carey abandonó la habitación en el momento en que Maxine empezó a desnudarse por voluntad propia para darle intimidad con Hurricane, y se había limitado a esperar a que terminaran junto a la cristalera. No la vio salir de manera precipitada, ni supo dónde se había metido después de huir, y estuvo llamándola hasta que Maxine tuvo a bien revisar sus notificaciones y responder al millón de mensajes que había recibido preguntando por su paradero. En muchos de ellos se disculpaba por haber pulsado el botón y haberla incitado a entrar, pero Maxine no pudo poner sobre sus hombros la responsabilidad de haber reaccionado a las peticiones del amo.

Carey y ella solo se habían visto dos veces desde entonces. Quedaron en el centro de Los Ángeles después de que Carey saliera del gimnasio, y unos días después, la dominatriz puso rumbo a Gardenstone después de terminar la jornada en Hauture, la empresa de diseños de moda en la que trabajaba como secretaria del director de marketing. A Maxine le sorprendió verla bajar del Porsche con una falda de tubo color crema, una americana entallada a juego y una blusa del mismo azul marino que los stilettos acharolados.

Nunca habría pensado que le sentaría tan bien el atuendo de ejecutiva, que coronaba con un moño sencillo y las carísimas gafas de sol de Givenchy retirándole los mechones más cortos de la cara.

—Dicen que lo último en lo que pensamos antes de dormirnos es lo que determina el tema de nuestros sueños —le había dejado caer mientras sorbía su café solo. Era lo único que la había visto consumir desde que la trataba.

—¡Yo no pienso en él! —se había defendido Maxine—. ¡Ni al final del día, ni al principio!

—Está claro que no lo haces conscientemente —la apaciguó con una sonrisilla sabedora que la sacó de quicio—, y tranquila, que yo te creo. Eres demasiado buena para fantasear con que te tiras a un tío distinto a tu novio sin sentirte culpable. Pero tu subconsciente lo tiene claro. Has soñado con ese hombre cada noche desde que lo conociste, Maxine, ¿tú qué crees que quiere decir? Te aseguro que no significa que ardas en deseos de que te haga la declaración de la renta.

—¡Tampoco significa que lo ame con locura!

Carey había agachado la barbilla para mirarla por encima de las gafas de sol con esa mezcla de candor e intriga que empezaba a resultarle familiar.

—Cariño, el amor y el deseo no tienen por qué ir de la mano. De hecho, es muy habitual que la persona que más quieres no sea la persona que más loca te vuelve en la cama. Permítete ser de carne y hueso y desear a otros hombres más allá de Dylan, por Dios.

—En el caso de que eso fuera verdad, porque no lo es —Carey terminó desistiendo con un largo suspiro, como si fuera un caso perdido—, no sería apropiado ni justo con mi prometido.

—Desde un punto de vista monógamo a rabiar, tal vez. Pero si sueñas que te tiras a alguien, es porque hay tensión sexual no resuelta, y de este carro no me vas a bajar.

—¡Que no! ¡Que no es eso! Estoy segura de que no es eso —insistió a la desesperada—. Y no voy a permitir que una fantasía descabellada me trastoque por completo. Sé muy bien lo que quiero y lo que no, ¿vale?

Carey había levantado las cejas con sorpresa y cierto respeto, como si le pareciera venerable, además de insólito, que hubiera una sola persona en el mundo con pleno conocimiento sobre sus anhelos.

—Eso es nuevo, y también es lo que veníamos buscando, ¿no? Ilumíname.

—La visita a Vesper's me ha perturbado. No estoy hecha para esa clase de prácticas... diferentes. Tengo que llamar a Dylan y decírselo, y esperar a que renuncie a esa parte de él por... por mi salud mental —determinó al fin, y con una seguridad que nadie habría dicho que en el fondo vacilaba.

—Yo preferiría que renunciaras a ese lado mojigato que bloquea la curiosidad que sigues sintiendo por el mundo del *bondage*, pero es tu vida, no la mía —apostilló Carey—, así que allá tú.

Desde esa conversación habían transcurrido veinticuatro horas, o tal vez cuarenta y ocho, porque Maxine había empezado a perder la noción del tiempo. También había albergado la esperanza de limpiar su conciencia conversando con Carey y no volver a soñar con Hurricane a raíz del desahogo, pero el peor de los pronósticos se había cumplido.

Ya no podía soportarlo más. Iba a enfrentarse a Dylan de una vez por todas para contarle los detalles de su aventura, porque había una explicación a los sueños muy sencilla que Maxine no había puesto sobre la mesa por mera vergüenza: Hurricane no abandonaba sus pensamientos porque, junto con Carey, era el único testigo del comportamiento libertino de Maxine. Soñar con él era su manera de castigarse por haber estado a punto de incurrir en el adulterio.

Tenía que contárselo a Dylan para purgarse, y rogarle que volviera con ella.

Así pues, se puso el mejor de sus vestidos, uno entallado con un escote generoso, y echó en el bolso un desodorante, el perfume y la espuma de rizos para retocarse después del trayecto de casi cinco horas hasta Los Ángeles. Calculó que llegaría apenas cayera la noche, cuando Dylan ya habría regresado al apartamento de soltero de su hermano, a donde había trasladado su nido para lamerse las heridas.

Cooper, el segundo de los hermanos Bradbury, vivía en un chalé en el barrio de Hollywood, en la misma calle que algunos de los actores y actrices más cotizados del panorama contemporáneo. No era el más carismático de la familia, pero poseía una inteligencia artística y una habilidad para ponerla al servicio de los proyectos multimillonarios de los productores a la que no se le podía resistir ni un alma del mundillo cinematográfico. Tampoco era escultural, pero cuando Maxine lo vio bajar del coche, que daba la casualidad de que acababa de aparcar a un extremo del amplio porche de la vivienda, se le encogió el estómago.

Cooper se peinó el cabello castaño oscuro con los dedos y se puso las gafas de sol como diadema mientras sacaba el móvil del asiento del copiloto. Vestía uno de sus llamativos atuendos: unos pantalones acampanados de pana color ocre, unas botas con tacón y la puntera alargada y una camisa de satén abierta al pecho.

Maxine alzó la mano para llamar su atención desde la verja automática.

—¡Coop!

El hermano se giró hacia ella, frenando de golpe su apresurado camino hacia la entrada. En lugar de alegrarse de verla allí, sustituyó la desorientación inicial por una mueca recelosa. Aun así, fue hacia Maxine con la prisa que estaba en la sangre de los Bradbury.

—¿Qué haces aquí, Max?

—Tengo entendido que Dylan se está quedando contigo —explicó con timidez, preocupada por lo que pudiera significar su falta de entusiasmo. Murmuró un agradecimiento cuando le sujetó la puerta de la verja para que pasara—. ¿Me he equivocado y no anda por aquí?

—Sí, claro, debe de estar en alguna parte de la casa. Vuelve de la oficina antes que yo. —La miró de reojo mientras subían la pequeña cuesta de gravilla—. Por fin das señales de vida. Pensábamos que a estas alturas te habrías mudado al continente vecino.

Maxine pestañeó sin comprender.

—¿Por qué dices eso? Estaba... pensando. Planteándome muchas cosas.

Cooper hizo un gesto exasperado con la cabeza mientras abría la puerta principal.

—Y yo que creía que las mujeres sabían hacer varias cosas a la vez, como plantearse qué hacer con su relación y responder los mensajes desesperados de un hombre a punto de volarse la tapa de los sesos.

Cuando Maxine pasó al recibidor, ya había comprendido que aquella conversación sería más complicada incluso de lo que había previsto. Empezaron a sudarle las manos, que se frotaba contra el regazo de forma compulsiva.

—¡Dy! —llamó Cooper. Arrojó las llaves sobre el mueble retro de la entrada, una pieza de coleccionista, y se adentró en el salón, de donde provenía el sonido de los disparos de una película de acción, mientras se quitaba el cinturón—. ¡Tienes visita!

—¿Visita? —Maxine oyó la voz de Dylan desde la entrada y el corazón se le encogió—. ¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¿El fantasma de las Navidades pasadas?

Solo había estado en la mansión de Cooper una vez; cuando, para variar, pues no le gustaba gastar el dinero ni perder el tiempo en fiestas absurdas, permitió que su secretaria le armara una fiesta de cumpleaños e invitó a más gente de la que vivía en Hollywood.

Solitaria, la casa parecía otra.

Replicó el recorrido de Cooper hacia el salón, de donde Dylan salió escopeteado apenas unos segundos después.

Se colgó del marco lateral de la puerta, bajo el umbral, para que la inercia de la carrera no lo propulsara hacia delante. Verla tuvo que sentarle bien, porque tomó una inmensa bocanada de aire que parecía la primera en días, pero las últimas semanas le habían pasado factura. Había perdido peso, como indicaba la palidez y la mandíbula más afilada, y tenía unas ojeras purpúreas que despertaron el instinto protector de Maxine.

Llevaba unos pantalones de baloncesto, unos calcetines blancos y una camiseta grande en la que ponía «*If you can read this, I'm not impressed. Most people can read*»[2].

—Dios, Max —jadeó Dylan con la voz rasposa antes de salvar el espacio que los separaba y atraparla entre sus brazos. La estrechó con tanta fuerza que Maxine llegó a pensar que era él quien le estaba exprimiendo las lágrimas que empezaron a correr por sus mejillas—. Joder... ¿Dónde has estado? —Se separó para mirarla bien con los ojos inyectados en sangre—. Veo que estás... bien. Parece que no duermes en condiciones, pero bueno... —Se pasó una mano por los rizos rubios—. Aquí tampoco es que se descanse de maravilla.

—Dylan, yo... —Tragó saliva—. He venido a hablar contigo. ¿Crees que podríamos ir a un sitio más... retirado? Para no molestar a tu hermano, me refiero.

Dylan vaciló antes de asentir con recelo, una reacción que la desorientó. Le hizo un gesto con la cabeza para señalarle la cocina, por la que cruzaron en un incómodo silencio para acceder al patio.

A Cooper le gustaba el mobiliario de los ochenta, las antiguallas de los rastrillos, los jardines ingleses; todo lo que fuera antiguo, caótico y tuviera un estilo barroco, por lo que no le sorprendió que la recibiera una selva de arbustos y plantas bien cuidadas; selva que hubo que sortear para llegar a la piscina.

Observó que Dylan se sentaba en el borde de una de las tumbonas y entrelazaba los dedos sobre los muslos. Maxine, algo más cohibida al tratarse de la casa de su cuñado, decidió quedarse de pie en uno de los escalones que conducían hasta la zona de baño.

Al verlo allí parado, nervioso y sin saber si sostenerle la mirada o apartarla, sufrió un arrebato de ternura.

Era su Dylan. Seguía siéndolo.

Quizá nunca hubiera dejado de serlo.

Le había bastado verlo para recordar cuánto lo quería.

—He estado pensando en lo que pasó, en la discusión que mantuvimos, y... —Juntó las manos y se las miró para aunar el valor que necesitaba—. Bueno, contacté a la mujer con la que te mensajeabas para saber hasta qué punto debía enfadarme. Quería respuestas, y...

—¿Cómo? —No sonó molesto, tan solo sorprendido—. ¿Has quedado con esa desconocida pudiendo preguntarme a mí?

—No estaba segura de que fueras a decirme la verdad —replicó a la defensiva—, y supongo que necesitaba que alguien me diera su punto de vista. Alguien que estuviera en ese... mundillo, ¿sabes a lo que me refiero? —Dylan apretó la mandíbula, pero asintió—. Le hice muchas preguntas sobre el masoquismo porque me di cuenta de que quizá yo... Digamos que pensé que podría esforzarme para complacerte, pero antes tenía que saber a lo que me enfrentaba, así que cuando me ofreció llevarme a un club de... intercambio, acepté. Quería una experiencia así, que me expusiera al peor de los casos, y...

Dylan frunció el ceño con lentitud.

Ni siquiera había llegado a la parte grave de la historia, pensó Maxine.

—Me dolió que insinuaras que conmigo no podías tener esa clase de relación... sexual, porque yo siempre he querido dártelo todo, y creo que me he plegado a tus deseos en todo momento, y... No quería que lo nuestro se arruinara por mi culpa, y...

—Así que durante estas casi cuatro semanas has estado yendo a un club de intercambio con la mujer a la que contraté —completó él con voz hueca. Pestañeó una vez, entre perplejo e incrédulo, antes de soltar una sola carcajada carente de ánimo—. No me lo puedo creer.

Maxine se tensó.

—¿El qué? ¿Por qué?

—¿El qué? ¿Por qué? —repitió, cada vez más anonadado—. Porque has estado un mes entero ignorando mis mensajes, Maxine. Hubo un momento en el que pensé que te había pasado algo, que habías tenido un accidente, o algo así, y estuve a punto de llamar a la policía. No dabas señales de vida, ni siquiera me salía si te metías en mi chat, no actualizabas tus redes... —Sacudió la cabeza antes de mirarla con franqueza—. Max, yo pensaba... Cuando te he visto en la puerta, me he emocionado porque... porque te quiero, porque me alegro de verte, porque he confirmado que estás de una pieza, pero...

—¿Pero? —lo animó ella al ver que agachaba la cabeza un instante.

Dylan la enfrentó con tristeza.

—Estaba seguro de que lo nuestro se había acabado. Y, pensándolo bien, es posible que sea lo mejor para ambos.

Capítulo 8

Pero yo no te dije nada, no...

—Esa es la cosa, que no me dijiste nada. —Se la quedó mirando de hito en hito, queriendo averiguar si se estaba quedando con él—. Respeté tu espacio una semana, pero viendo que no sabía nada de ti, fui a casa y vi que te habías llevado tus cosas, que habías vaciado la nevera y desconectado la luz, y... Joder, tu padre me espetó que habías vuelto con ellos, y no te habías llevado el coche contigo, y luego me llegó un correo diciendo que te habías dado de baja del gimnasio, y... —bufó de golpe, pasándose la mano por la cara—. Hostia, Maxine, ¿qué cojones creías que iba a pensar, aparte de que me habías sacado de tu vida sin considerar que nos mereciéramos una conversación de cierre?

Maxine tragó saliva.

—Es verdad que, viéndolo así, suena terrible —reconoció, retorciéndose las manos en el regazo—, pero... Verás, es que me avergonzaba hacer uso de tu dinero cuando no sabía qué iba a ser de nosotros. Yo nunca te dejaría sin decirte nada. ¿Acaso no me conoces?

Un anhelo frustrado trastocaba la expresión de Dylan. La miraba como si no hubiera nada que deseara más en el mundo que creer a ciegas en su palabra, pero se lo impedía el muro que la incertidumbre y el sufrimiento habían levantado entre los dos.

—Teniendo en cuenta cómo te has comportado este último mes, ¿te sorprendería que te dijera que no? Nunca pensé que desaparecerías de mi vida sin un solo mensaje de cortesía, ni que dedicarías todo este tiempo a divertirte en clubes con una nueva amiga, de lo cual quiero que sepas que me alegro —se apresuró a agregar, levantando las manos—, pero seguro que puedes entender que me resulte chocante y un poco... desconsiderado —concluyó en voz baja, decepcionado—. Jamás se me habría ocurrido imaginar que la Maxine que quiero cortaría por lo sano después de llamarme anormal a la cara. ¿O acaso crees que tú no empleaste palabras que me dolieron durante la discusión?

Maxine pestañeó varias veces.

—Acababa de enterarme de algo muy gordo, Dylan —replicó con tiento, esperando sonar razonable—. No puedes juzgarme por haberme enfadado contigo.

—Y claro que no te juzgo. Lo sabrías si hubieras leído mis mensajes o si me hubieras escuchado antes de largarme a gritos de mi propia casa —apostilló sin ápice de rencor, recitando los hechos objetivos con una tristeza inconsolable—. Estás en todo tu derecho de odiarme, y por eso me he deshecho en disculpas, pero yo también tengo sentimientos, y los heriste al tratarme de esa manera. Podías reprocharme la infidelidad si así la considerabas, pero ¿tratarme como un bicho raro? No te haces idea de la cara que pusiste, de la forma en que me miraste... —Agachó la barbilla para enfocar la vista en la palma de la mano, cuyas líneas recorrió con el pulgar mientras encontraba la fuerza para continuar—. Me fui convencido de que no volverías a quererme igual, y tu prolongado silencio lo confirmó.

—No te castigaba con mi silencio. Solo quería un tiempo —se justificó con voz ahogada.

Dylan alzó la barbilla de golpe.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no respondiste diciendo que necesitabas espacio? —Sonaba furioso con la Maxine del pasado—. ¿Por qué me dejaste pensar que te había perdido, joder? ¿No ves que ahora es...?

Maxine dejó de respirar.

—¿Ahora es...? —lo instó a continuar, pero Dylan no halló el valor—. ¿Es demasiado tarde?

¿Eso es lo que quieres decir?

La conversación se quedó en el aire durante unos segundos que se le hicieron eternos. Solo se escucharon los chorros automáticos de la piscina y la brisa soplando entre las hojas de los árboles.

Dylan se puso en pie despacio, como si le doliera todo el cuerpo.

—Max, ha pasado un mes. Un mes de silencio absoluto cuando yo me levantaba contigo, me acostaba contigo; cuando nos pasábamos el día entero en contacto, mandándonos mensajes, llamándonos... Pasé de eso a no tener noticias y a enterarme de que habías dejado atrás todo lo relacionado conmigo. Y me rompió el corazón, Max —reconoció con la voz quebrada, cubriéndose el pecho con la mano—. No puedes presentarte aquí de pronto y esperar que todo vuelva a ser como antes, porque yo... Sé bien que tú no eres la misma, y yo tampoco. Creo que pasaría el resto de mi vida con pánico a cometer un error, porque entonces me darías la espalda y volvería a pasar por este... puto luto tan... desesperante y... —Se le desencajó la mandíbula al tratar de describirlo.

Maxine se mordió el labio para mantener a raya el temblor de la barbilla. Dylan la había contagiado con su tristeza, con el aire a ruptura que se respiraba en el ambiente.

—Lo siento —musitó, entrecortada. Avanzó hacia él y acunó su rostro entre las manos—. No pretendía ser cruel. Supongo que no pensé en ti cuando me fui con una maleta, pero te prometo que en ningún momento se me ocurrió que tú y yo hubiéramos terminado.

—Pues a mí sí, Max —le respondió en el mismo tono. La cogió de las muñecas y se las acarició con el pulgar, pero no las apartó. Una chispa de esperanza prendió dentro de ella—. Hace un par de días te di por perdida y empecé a reorganizar mi vida de acuerdo a mis deseos y mis necesidades. El sábado pasado fue el cumpleaños de Lincoln, y cuando mi familia me vio aparecer sin ti, dieron por hecho que el compromiso quedaba cancelado, y yo no lo desmentí. Me he sentido culpable, poco mejor que una rata miserable, pero también he estado furioso contigo, Maxine. Sigo estándolo.

Ella se mordió el labio y se acercó más a él. Aunque tenía la mandíbula tensa a causa del enfado, observó que tragaba saliva, afectado por su proximidad. Las pupilas se le dilataban cuando sus pechos se rozaron.

—¿Y qué puedo hacer para que todo vuelva a estar como antes? —susurró.

—¿Podría volver a estarlo? ¿Incluso si yo no tuviera mis dudas? —replicó con una ceja enarcada—. Max, me echaste de casa porque te dio asco lo que descubriste. No sé si solo asco, o también pena, vergüenza, y... Dios sabrá qué más. ¿De verdad quieres estar conmigo? —preguntó, vacilante, pero también esperanzado—. Porque yo tengo claro que no quiero pasar el resto de mi vida con alguien que me juzga y con quien no me sentiría cómodo pensando en voz alta. Ya no estoy hablando del hecho de que le pagara a esa dominatriz, que entiendo que te resultara repugnante; me lo resulta a mí cada vez que lo pienso —confesó con amargura—, sino de mis simples... gustos. Han hecho que me pierdas el respeto.

—No digas eso —murmuró sin aliento, acariciándole la cara—. Te estoy diciendo que me metí en la boca del lobo para tratar de ser lo que quieres. Mi intención es hacerte feliz.

—Sí, me has dicho que fuiste al club, pero no has mencionado qué impresión te llevaste. No te gustó, ¿verdad? —adivinó, escrutando su rostro—. Pasaste miedo y te abochornó, ¿a que sí?

»Max, una de las razones por las que jamás se me habría ocurrido pedirte lo que quiero con exactitud es porque... Bueno, me has hablado del tipo de relación que han tenido tus padres desde que eras niña y cómo te han tratado a ti. Sé que no ves la violencia con buenos ojos.

Maxine dio un paso atrás, como si la hubiera abofeteado. Lo soltó igual que si su contacto la

hubiera quemado y le lanzó una mirada herida por la insinuación.

—¿Ahora me estás psicoanalizando tú a mí? —le espetó con la voz temblorosa—. Porque recuerdo que no te sentó nada bien que yo lo intentara contigo.

—Lo siento si me estoy extralimitando —replicó con una mano en alto—, pero no es descabellado, ¿no? Lo que pretendo hacerte entender es que a lo mejor no eres capaz de darme lo que quiero porque nunca podrás relacionar la crueldad con la satisfacción, y eso no es tu culpa. Créeme, he tenido mucho tiempo para pensarlo, y después de aceptar que no tengo por qué flagelarme por ser así, he llegado a la conclusión de que lo nuestro es un problema de incompatibilidad.

Maxine tragó saliva. No le gustaba que hablara con semejante calma. Parecía resignado a un trágico desenlace cuando ella no estaba preparada para dejarlo ir.

—Puede ser —reconoció a desgana—, pero hemos estado bien hasta ahora, ¿no?

—Porque me estaba reprimiendo —apostilló después de tomar aire—. He meditado sobre por qué diablos se me ocurriría contactar a una dominatriz para... En fin. Comprendí que me había estado conteniendo por nosotros hasta que estallé. Me he dado cuenta de que necesito más, Max. Necesito eso que llevo toda mi vida acallando. Para ti puede parecer algo prescindible o sin importancia, pero el modo en que me siento cuando... —Inspiró hondo—. No puedo ni siquiera ponerle palabras.

Maxine se envaró.

—¿A qué te refieres con eso del modo en que te sientes? ¿Has estado viéndote con otras dominatrices durante estas semanas?

—No, claro que no. Pero recuerdo cómo viví esas estúpidas conversaciones vía WhatsApp con una desconocida, y es excitante, es catártico, es... Se ha convertido en un vicio necesario para mí. No espero que lo entiendas, pero haber estado seguro de que ya no volverías y haber aceptado mis gustos me ha servido de revelación. Te quiero como nunca querré a nadie —confesó con una franqueza estremecedora. Incluso a él le tembló la voz al decirlo—, pero creo que me vas a hacer sentir incómodo en mi propia piel, y yo nunca estaré en paz sabiendo que te obligo a incurrir en prácticas que te resultan abominables.

Maxine tuvo que girar la cara para que no viera cómo un puchero le contraía el gesto. Se cubrió la boca con la mano, esperando acallar un sollozo. Como siempre, Dylan fue hacia ella y la cubrió con un brazo protector para que se desahogara.

—¿Me estás dejando? —inquirió sin voz.

—No, yo jamás te dejaría —replicó con vehemencia—. Pero creo que ambos necesitamos tiempo para explorarnos y estar muy seguros de lo que queremos. Si podemos salvar este escollo y acoplarnos el uno al otro, entonces... volvería contigo con los ojos cerrados. El siguiente paso que íbamos a dar era la boda, Maxine, y casarse es un asunto muy serio. ¿No crees que deberíamos averiguar a qué estamos dispuestos a renunciar antes de seguir adelante?

Maxine lo miró a los ojos en busca de la vulnerabilidad a la que necesitaba aferrarse para mantener la esperanza. Halló en ellos el amor que proclamaba a los cuatro vientos; un amor que había sido perfecto, y que ni siquiera las últimas revelaciones había logrado trastocar.

Pero también se topó con su determinación a hacer lo correcto.

En otras circunstancias, cuando las emociones no le estuvieran nublando el juicio, Maxine agradecería la lucidez de Dylan. Que al menos él se hubiera tomado la molestia de valorar la situación desde una perspectiva objetiva y tomar las decisiones complicadas, porque Dios sabía que ella jamás habría sido capaz.

—¿Qué hacemos, entonces? —logró articular—. ¿Cada uno por su lado? ¿Hasta cuándo?

—Quédate en casa, por favor —le pidió, tomándola de las manos—. Dispón del coche a tu antojo y utiliza mi tarjeta para lo que necesites. De veras, nunca te he percibido como una aprovechada. Yo pasaré un par de semanas en Tailandia.

Maxine se limpió las lágrimas con la manga larga del fino vestido negro.

—¿En un viaje de negocios?

Él sacudió la cabeza.

—Quiero ser sincero contigo desde el principio, si es que empezamos de nuevo. Voy a ir a un encuentro anual de sadomasoquistas que se celebra allí. Un contacto me ha conseguido el pase, porque, por lo visto, es muy exclusivo. Quizá resulta que no es para mí, después de todo, o que de verdad necesito que esté presente en mi vida; solo lo sabré allí, cuando lo haya probado.

—Un encuentro de... —repitió con la garganta atorada. Miró a Dylan con espanto—. ¿Y te acostarás con otras mujeres?

—Es lo más probable —respondió mientras le secaba las lágrimas con los dedos. Maxine creyó que la punzada de celos la doblaría por la mitad y acabaría vomitando—. Quiero que comprendas que tomé esta decisión hace un par de días, cuando asumí que era un hombre libre, y ahora que hemos puesto las cartas sobre la mesa..., no quiero renunciar a la experiencia. Creo que lo necesito.

Lo necesitaba, repitió para sus adentros.

¿Y quién era ella para negarle algo que necesitaba?

«Pues su prometida, joder», se contestó con rabia.

—No creo que «necesitar» sea el término correcto —soltó en un tono venenoso que asombró a Dylan, retirando las manos del agarre de las suyas con un gesto violento—. Nadie necesita que le azoten con una vara para seguir respirando. Puedo ver que te hace ilusión, eso sí, pero jamás habría imaginado que te gustaría más la idea de que te insultaran que volver conmigo a casa.

—Yo tampoco lo habría imaginado, pero aquí estamos. Si no recuerdo mal, tú también preferiste ir a un club de sadomasoquistas antes que responderme a los mensajes —le recordó con una ceja enarcada—, y no irás a decirme que no hiciste nada. Algún tipo se te tuvo que acercar... —La miró de arriba abajo. Craso error, porque se le tensó el músculo de la mandíbula y tuvo que recular enseguida. Maxine se había vestido para matar—, porque no pasarías desapercibida.

—Un hombre me ordenó que me desnudara en cuanto me vio, de hecho —confesó de sopetón, liberando el nudo de culpa que la había estado oprimiendo. Al comprobar que Dylan no solo no se enfurecía, sino que un destello morboso iluminaba sus ojos, apostilló—: Y le obedecí.

Dylan entrecerró los párpados y se cruzó de brazos.

—No me digas. Apuesto a que solo te quitaste la parte de arriba y luego te largaste.

Eso era justo lo que había pasado, pero no quiso confirmárselo. Tenía la sensación de que la verdad no le agradaría, y ya había notado que le gustaba imaginarla en brazos de otro. Así que, en un arranque en el que no se reconoció, contestó:

—He estado soñando que me acuesto con él todas y cada una de las noches desde entonces —agregó con lentitud, masticando cada sílaba. Dylan enarcó las cejas, intrigado, y dio un paso hacia ella. Maxine retrocedió con la barbilla alzada—. Me coge del cuello y me inmoviliza las manos sobre la cabeza, y me dice que sabe que eso es justo lo que quiero.

—No me lo creo —replicó Dylan, pero estaba tan pendiente de la narración que solo había intervenido para que Maxine se viera obligada a dar más detalles.

Observó que se humedecía los labios, tentado por la historia.

El corazón se le aceleró al imaginarse la escena desde fuera. Estaban a solas en el patio,

protegidos por la luna llena y semiocultos entre la profusa vegetación, y él la estaba acechando como un lobo a su presa a pesar de que ella le rehuía caminando hacia atrás.

En algún punto de la conversación, Maxine había empezado a excitarse. Lo sentía en el calor concentrado en el bajo vientre.

—¿No te lo crees? Me coge en brazos y me pone contra la pared... —Cerró los ojos para recordar la vívida fantasía—, y me folla sin dejar de repetirme que mi novio no me castigaría así.

Maxine se detuvo en cuanto su espalda chocó con la caseta de la piscina.

Dylan la alcanzó con un último paso, mirándola como si quisiera devorarla.

—Y probablemente tenga razón —respondió en voz baja, deslizando la mirada por su generoso escote—, pero eso no significa que no me hubiera encantado verlo.

Maxine le sostuvo la mirada, perpleja porque su descripción no le hubiera alterado de la manera en que le habría gustado. Sorprendida, también, por haber sido capaz de mencionar en voz alta aquellas guarrerías. Se acordó con vaguedad de la manera en que Carey la había mirado en la cafetería junto al gimnasio, igual que si fuera un diamante en bruto.

«Quizá no seas un caso perdido, después de todo», le había dicho. En los ojos verdes de Dylan brillaba esa misma frase, cogida de la mano de la curiosidad y de un deseo afectado que nunca antes había provocado en él.

Estaba dispuesta a aprovecharlo.

Le echó los brazos al cuello y lo besó con la desesperación que sentía ante la posibilidad de perderlo. Dylan no solo no la apartó, sino que ahondó el contacto ladeando la cabeza y desplazó las manos por sus caderas con urgencia, como si ella fuera a desaparecer de un momento a otro. Sus dedos la presionaban con el perverso afán de marcarla, de memorizar mediante el tacto las curvas de la figura de reloj de arena que tan bien conocía.

Maxine se separó lo justo para recuperar el aliento. Pretendía volver a encontrarse con su boca cálida, esta vez en busca de un beso que la arropara, tan tierno como era el propio Dylan, pero él le dio la vuelta para ponerla contra la pared de la caseta. Sintió su impaciencia al levantarle el vestido hasta la cintura, cómo respiraba con dificultad pegado a su melena suelta.

La brisa la acarició entre los muslos y en las nalgas que el tanga dejaba a la vista.

—Me ignoras los mensajes y andas por la calle con esto puesto... —gruñó Dylan, enredando los dedos en el fino hilo de la prenda interior—. No me extraña que me hayas olvidado con el primero que te ha pedido que te desnudes.

Maxine fue a darse la vuelta para abofetearlo por la insinuación, pero a pesar de tener el juicio nublado por el ardor de los besos y la promesa de su calor, comprendió que estaba cumpliendo esa fantasía para la que había necesitado a Carey.

—Solo ha dado la casualidad de que... —jadeó cuando él la cogió de la nuca con firmeza y le pegó la mejilla contra la fría superficie. Maxine colocó ahí las palmas de las manos en busca de equilibrio—. Ha dado la casualidad de que el primero que me lo ha pedido era un... bombón irresistible.

Y no mentía, por eso fue capaz de decirlo con desafío. Oyó que Dylan soltaba una carcajada nasal, tan satisfecho que sonaba incrédulo, mientras le masajeaba las nalgas como si quisiera dejar las huellas de sus dedos.

Maxine exhaló el aire contenido con gemidos entrecortados, empujando las caderas hacia atrás en busca de su miembro.

—¿Cómo era? —le preguntó al oído en tono sugerente.

—Pues era... —Maxine evocó el recuerdo de Hurricane y cerró los ojos sin darse cuenta—.

Era tan alto como tú, y algo menos robusto, pero con un cuerpo de escándalo y unas manos tan grandes que... que... me envolvió el cuello con una sola y dejé de respirar... —Dylan gruñó a su espalda y apoyó la frente sobre la nuca de ella para inhalar su olor—. Estaba... mojado... Empapado de sudor, en realidad. Una mujer había estado haciéndole una... Acababa de salir de la cama con dos mujeres cuando lo vi por primera vez.

—¿Y eso te gustó? —insistió él. Le rodeó las caderas con las dos manos para separarle el pubis de la caseta, donde había pegado todo el cuerpo, e introducir dos dedos entre sus muslos para tocarla por encima del tanga—. ¿Te gustaba la idea de que lo compartieran, o lo querías solo para ti?

Maxine se humedeció el arco de Cupido, donde se le había formado una nube de sudor, y curvó los dedos para concentrar ahí la tensión que empezaron a provocar las caricias de Dylan. Le frotaba el clítoris con lentos e insistentes movimientos circulares, provocándola para que le rogara que aumentara el ritmo.

—Lo quería solo para mí —balbuceó, echando la cabeza hacia atrás. Se acordó de la expresión vacía de Hurricane—. Yo le habría hecho disfrutar de verdad. Conmigo se lo habría pasado bien, estoy segura —decía sin pensar, sacudiendo las caderas al compás de la mano de Dylan—. Por favor... más. Más.

Él la complació introduciendo los dedos bajo la tela del tanga y tocándola por fin para separarle los pliegues. Palpó su humedad, satisfecho, y entonces se acercó para pegarle la erección entre los cachetes.

Maxine gimió en voz alta.

—¿Eso le pedías en el sueño? —la interrogó él con la voz bronca—. ¿Que te diera más?

—No. Me resistía, me... me debatía entre sus brazos, pero quería que siguiera, que no se detuviera nunca —jadeó, empujándose contra sus caderas para sentir el volumen de su erección.

Dylan le rodeó el cuello. El contraste de sus dedos fríos contra su piel caliente la hizo sisear de placer. Como si hubiera sabido que se le acababan de erizar los pezones, le metió una mano en el escote para pellizcarle uno.

—¿Por qué? —susurró contra el lóbulo de su oreja.

—Porque él... tiene algo que me hace obedecer —gruñó Maxine antes de morderse el labio con fuerza.

—Le respetas, ¿no es así? Le respetas y a mí no. Por eso estás pensando en él y no en mí mientras me froto contigo —adivinó Dylan en un tono lujurioso que la estaba excitando—. Es su polla la que sientes contra ti ahora mismo, ¿verdad?

Maxine alargó la mano hacia atrás para agarrarlo de la camiseta y tirar hacia ella, esperando fundir el pecho de él con su espalda. Lo hizo con torpeza, pero fue tan insistente en su deseo silencioso que Dylan se bajó los pantalones. Lo siguiente que notó después de que retirara el hilo de la ropa interior fue la dureza húmeda del prepucio presionando entre sus nalgas.

Por más que hizo memoria, no pudo recordar la desnudez de Hurricane. Solo su mirada cifrada, el atisbo de ternura que guardó a buen recaudo después de que se le escapara al consolarla, la manera en que pronunció que no pertenecía allí, como si le doliera, como si le molestara, como si estuviera dispuesto a llevársela al infierno, igual que un Hades egoísta, con tal de tenerla a su disposición.

—Sí —gimoteó Maxine, curvando la espalda y separando más las piernas para ofrecerle su cuerpo—. Sí..., hazlo, por favor. Quiero que me folles —rogó al borde de las lágrimas. El calor se había propagado por su cuerpo. Sentía el bajo vientre ardiendo con intensidad—. Quería que lo hicieras... Sigo queriendo que lo hagas —confesó en voz baja.

Maxine estaba tan desesperada por sentirlo dentro de ella que no se percató de que le estaba suplicando a Hurricane, a la imagen de Hurricane que tenía en el pensamiento, a los ojos grises que encontraban excitante su inocencia, sus quejas sobre la vida de ensueño del ama de casa aburrida; a la piel brillante por el sudor que habían provocado otras mujeres.

Mujeres tan afortunadas...

Dylan la penetró como si quisiera castigarla. Estaba tan mojada que se abrió para él como nunca antes y gimió en voz alta, complacida por la fluidez con la que se deslizaba dentro y fuera de ella; por lo que significaba que aún pudieran encontrar placer en el otro a pesar del escollo que parecía insalvable. Se aferró a sus propios puños y echó la cabeza hacia atrás sin parar de jadear, sus labios resecos tratando de formular un nombre en vano. Cada embestida le vaciaba los pulmones. Solo le permitía sonreír con alivio, con el perverso regocijo de una amante a la que no le importaba sentirse sucia.

Maxine buscó las caderas de Dylan para agarrarse a ellas cuando aumentó el ritmo. Notaba todo su cuerpo vibrando a merced de los embates, la sangre a punto de evaporarse, y cómo se precipitaba hacia la liberación. Cuando se acercaba al orgasmo, su mente cortocircuitó y todo cuanto quiso decir fue Hurricane. Hurricane. Hurricane. Jace.

¿Jace? Solo tal vez Jace.

Se llevó la mano al cuello que él tocó después de ordenarle que se quitara la blusa, al pecho por el que deslizó la palma abierta. Pensó esos dedos que ardían como el fuego y que se habían grabado en su piel sensibilizada desde entonces...

Y entonces Dylan habló y se quedó helada.

—Te vas a correr... Lo sé, lo siento. ¿Quién hace que te corras? ¿Mi polla o su imagen?

Maxine no fue capaz de contestar. Dylan había irrumpido en una fantasía que tenía lugar en un rincón aislado de su cabeza. La pregunta solo empeoró su desorientación y el desconsuelo que la invadió de pronto y le humedeció los ojos.

Sabía lo que Dylan quería que contestara, pero Maxine no podía decir la verdad, incluso si eso le complacía, porque para ella era tremebundo. Así que permaneció en silencio mientras trataba de ahuyentar a Hurricane. Cuanto más agitaba las manos en su cabeza para que se marchara, más lejos quedaba liberación, como si el amo encarnara el deleite o sin él ya no tuviera sentido la pasión. Notaba a nivel físico que su cuerpo se enfriaba como la cera de una vela extinguida.

Dylan se vació dentro de ella después de una última embestida que dejó sus sexos pegados, y después se desplomó sobre su espalda abrazándole los pechos con gesto posesivo.

Maxine estaba paralizada con la mirada fija en un punto perdido.

—Joder... —musitó él—. Creo que nunca me había corrido así, Max, y estoy seguro de que tú tampoco te lo habías pasado tan bien. A lo mejor, después de todo, tú y yo sí podemos... —Ella lo interrumpió sin querer con un sollozo entrecortado. Dylan reaccionó de inmediato retirándose —. ¿Max?

Permitió que la girara sujetándola del hombro, pero mantuvo la cabeza agachada para que no la viera llorar, avergonzada y asustada por lo que acababa de suceder. No sabía cómo afrontar la situación, ni cómo podría explicarle que el juego se le había ido de las manos.

Se apresuró a bajarse de nuevo el vestido. Tenía los muslos mojados y el cuerpo cubierto de sudor.

—Maxine, ¿qué he hecho? —preguntó, angustiado. Buscaba su mirada en vano—. ¿Qué pasa?

—Pasemos ese tiempo distanciados, ¿de acuerdo? —consiguió decir mientras se retiraba las lágrimas de la cara a manotazos—. Es una buena idea. Los dos lo necesitamos.

—Pero lo que acaba de ocurrir...

—Nos veremos dentro de dos semanas y hablaremos de lo nuestro —le cortó con impaciencia. Necesitaba salir de allí, ponerse a salvo de sus pensamientos conduciendo por la interestatal, echando una siesta profunda, lo que fuera; lo que rompiera el hechizo—. Es lo mejor.

—¡Max! —la llamó antes de que entrara a la casa. Ella se giró para mirarlo en la distancia. El corazón se le estremeció de puro amor, ese que de pronto había empezado a hacerla sufrir—. Te quiero, ¿de acuerdo?

Maxine torció el gesto con dolor.

Asintió con la cabeza y se marchó.

Capítulo 9

Como Maxine no quiso aceptar el guante que Dylan le tendió al animarla a regresar a casa y reapropiarse del Fiat, tuvo que tomar el metro para llegar hasta Downtown, la zona del centro de Los Ángeles donde estaba la oficina en la que Carey trabajaba de lunes a viernes. Allí se había dirigido a primera hora de la mañana después de haber pasado una noche de perros deambulando por Hollywood con el corazón en un puño.

Maxine se presentó en la empresa con el mismo vestido de la noche anterior, el rímel corrido y los rizos encrespados. Preguntó con un hilo de voz dónde podía encontrar a Carey Reynolds y siguió las instrucciones para localizarla en un moderno recibidor. Carey estaba de pie grapando un taco de papeles cuando alzó la mirada y la vio. Su gesto de concentración fue enseguida sustituido por una mueca preocupada.

—Maxine, por Dios, ¿de dónde has salido? —preguntó, rodeando el escritorio central para ir hacia ella. Le pasó un brazo por los hombros, de pronto ceñuda—. No te habrás ido de rave sin mí, ¿no?

Maxine se tragó el nudo de la garganta como buenamente pudo.

—Dylan me ha dejado.

Había pasado la noche entera intentando practicar para no romperse cuando se lo contara, pero no había logrado verbalizarlo hasta ese momento. Su cuerpo reaccionó vibrando de forma violenta, preparándose para vomitar la bilis.

Carey abrió la boca para decir algo, pero no se le ocurrió el consuelo perfecto, y no era una mujer que hiciera las cosas a medias. Ni siquiera dar sus condolencias.

—Dame un momento —le pidió con el dedo en alto.

Dio media vuelta sobre los tacones, de los que solo se veían las puntas afiladas debido al largo del pantalón de pie de elefante. Carey llevaba una camisa blanca con las mangas abullonadas y frunces en el cuello al más puro estilo Versalles. La combinaba con un chaleco con el corte por encima de los riñones. El tono ciruela del traje le sentaba de maravilla.

Maxine la observó dirigirse al despacho del director con los papeles bajo el brazo.

—Ed, cariño —oyó que le decía nada más abrir la puerta de cristal, donde rezaba «Edward Derry, director de marketing». El tipo debía de rondar los cuarenta años. Estaba reunido con una mujer teñida de negro artificial, la que sin duda habría provocado el desorden del escritorio a rebosar de coloridos bocetos—, voy a salir un momento. ¿Crees que te las puedes apañar sin mí?

—Jamás —respondió vehementemente—. ¿Te vas a tomar el descanso ahora, o es una emergencia? Tenemos una reunión con el mánager de la agencia de modelos en media hora...

—... para el anuncio de primavera, sí, lo sé. Estaré lista para tomar notas a las doce en punto, pero antes voy a vaguear un rato, si estás de acuerdo.

—Bueno, qué remedio... Queríamos que vieras las ideas de Gloria —se lamentó Edward—. No te demores, ¿eh?

—Oh, vamos, Ed, ya sé que no puedes vivir sin mí, pero no seas tan obvio, ¿quieres? Compórtate como el hombre independiente que necesitamos al frente del departamento.

Carey se giró antes de que el director pudiera rechistar, pero Maxine vio de lejos que Ed sonreía, encantado con el comentario malintencionado de su secretaria.

—No tenías por qué salir de tu trabajo, yo... —balbuceó Maxine. El nudo le apretaba la

garganta cada vez más—. Contaba con hablar contigo cinco minutos, o menos, tú... Lo que haces aquí es más importante.

—Por favor. —Carey bizqueó—. Es verdad que se me atribuyen más competencias de las que me corresponden por contrato, pero no creo que el edificio se vaya a derrumbar porque yo salga a tomarme un café.

En el camino hasta el ascensor, del ascensor a la recepción del edificio y de la recepción a la cafetería de enfrente, Maxine fue sintiéndose cada vez peor. Al shock de la ruptura se sumaba la vergüenza de haber corrido a los brazos de Carey, la única persona que estaba dispuesta a escucharla. Le dolía no poder permitirse renunciar por orgullo al consuelo de la dominatriz; no cuando la alternativa era sufrir en secreto.

Empezó a llorar en silencio mientras cruzaban la calle, y para cuando Carey estuvo cruzada de piernas delante de ella en una cómoda terraza, ya se estaba desahogando con ruidosos sollozos. Con dificultad, le contó lo sucedido la noche anterior, reservándose, por supuesto, el erótico desenlace que la había obligado a huir en desbandada.

—Por más que me moleste admitirlo, porque yo estoy aquí para darte la razón —empezó Carey con gesto pensativo—, creo que Dylan hizo lo correcto para ambos.

—El hecho de que pudiera pensar con claridad y ver nuestros errores desde una perspectiva objetiva quiere decir que sus sentimientos no le nublan el juicio; que a lo mejor me ha superado, y si me ha superado, es porque he sido injusta y lo he tratado fatal. Todo esto es mi culpa, y no se me ocurre cómo puedo arreglarlo, y, si lo pierdo, no sé qué va a ser de...

—A ver, a ver, a ver —Carey puso la mano en alto—. Para el carro, pelirroja. No has sido injusta ni lo has tratado fatal. De acuerdo a los límites monógamos que impusiste en la relación —especificó con retintín—, te engañó. Estabas en todo tu derecho de mandarlo al infierno. Si no hubieras querido volver a hablarle en la vida, no podría haberte reprochado un carajo. Otra cosa es que ignorarlo estuviera feo, más que nada porque pretendías volver con él, pero no eres el problema, créeme.

—Claro que lo soy. Le hice daño cuando descubrí su fetiche y le dije que era... anormal, y ahora siente que explorar ese mundillo y estar conmigo son opciones incompatibles. Lo he perdido para siempre, Carey —se le quebró la voz—. He sido tonta y me he confiado, y ahora él se va a Tailandia a un encuentro de sadomasoquistas, o no sé qué. ¿Te lo puedes creer?

Aquello captó la atención de Carey.

—¿A Tailandia, has dicho? ¿Un encuentro de BDSM? ¿A la isla de Koh Phangan? —completó ella, sorprendida—. Si va a participar en Fuego y Sangre, el evento en el que creo que va a participar, entonces tu novio está más metido en el sadomasoquismo de lo que parece.

Maxine pestañeó varias veces.

—¿Por qué...? ¿Por qué sabes cómo se llama?

—Porque voy a ir, claro está. —Se retiró lo justo de la mesita acristalada para cruzar las piernas y encender uno de sus cigarrillos—. ¿No te he dicho que del siete al veinte de octubre estaré fuera? Llevo un par de años yendo a Koh Phangan. Este sería el tercero. Uno más y entraré a formar parte de la lista de socios e inversores, aunque no es que no se invierta en la organización si solo eres un participante más. No basta con que te inviten; tienes que desembolsar un dineral para pasar unos días a la bartola.

—Por cuestiones económicas no echarían a Dylan de la lista de invitados —meditó Maxine en voz alta—. Por lo que me mencionó, tiene un contacto que le ha incluido de última hora en el viaje. A lo mejor es el mismo que le dio tu número.

—Puede ser —valoró Carey, mesándose la mejilla, meditabunda—. Me he preguntado varias

veces de dónde lo habría sacado, porque la mayoría de los clientes me conocen del boca a boca en Vesper's y tu novio no ha puesto un pie en el club jamás, de eso estoy segura.

Maxine se frotó los muslos ateridos. Esa mañana hacía un calor abrasador, pero tenía el frío de la noche anterior metido en el cuerpo.

—¿Qué se hace allí? —inquirió con una nota de temor en la voz—. Me ha dicho que es probable que se acueste con otras mujeres. De solo imaginarlo, yo... —Maxine se mordió el labio para no volver a llorar—. No sé cómo impedir que se vaya, ni cómo solucionar esto.

Carey la miraba de hito en hito con el cigarrillo entre los dedos.

—¿De verdad quieres solucionarlo?

—¡Claro que quiero solucionarlo! —se apresuró a responder, indignada—. Tú no lo entiendes porque tienes a un millón de hombres a tu disposición, pero yo solo lo tengo a él, y no puedo soportar la idea de haberlo perdido por prejuiciosa. —Hizo una pausa antes de agregar, vacilante —: Porque soy prejuiciosa, ¿verdad?

Carey le hizo una caída de ojos mientras daba una larga calada.

—Eres una chica de a pie, Max... aunque con potencial. Creo que te beneficiarías de dejar atrás las convenciones sociales que te retienen en este indeseable *status quo* de monogamia tradicional que tanto te hace sufrir y abrazar la curiosidad innata que sin duda sientes.

—Sí, debo demostrarle que puedo complacerlo —murmuró Maxine para sí misma—; que puedo ser la mujer que él quiere.

—Eso no es a lo que me refería —replicó, enarcando las cejas en un gesto de advertencia—, y no me gusta cómo ha sonado lo que acabas de decir.

—Carey —insistió, desesperada—, Dylan es lo único que tengo.

El semblante de su acompañante terminó de ensombrecerse.

—Eso me gusta incluso menos.

—Pero es la verdad. Y no me importa que lo sea todo para mí —le aseguró, cubriéndose el pecho con las manos—, porque es generoso, es tierno, es romántico, es...

—Es masoquista —la cortó Carey, haciendo hincapié en cada sílaba—, y eso a ti no te va bien. Por Dios, Maxine... —Bizqueó, exasperada—. No puedo ser la única persona que te dice que, al menos en este momento, no sois compatibles, y que no vas a ser feliz forzándote a comportarte como alguien que no eres para complacer a otra persona. ¿Qué opinan el resto de tus amigas, si puede saberse? ¿Avivan esta ridícula fantasía tuya de que sin tu novio no vales nada, de que tu opinión no cuenta y no tienes derecho a estar enfadada, por bestial que fuera la discusión en su día?

Maxine agachó la mirada y la concentró en las manos, que habían estado descansando en el regazo con los dedos engarrotados. La tensión acumulada en las cervicales empezaba a pasarle factura. Le costó echar los hombros hacia atrás y relajarse lo suficiente para ofrecerle una verdad resignada.

—No tengo amigas.

—¿Cómo no vas a tener amigas, si eres una dulzura? —se rio Carey con incredulidad. Que le resultara inverosímil halagó a Maxine, pero el bloqueo emocional le impidió sonreírle con agradecimiento. Carey leyó en su semblante entristecido que estaba siendo sincera y pestañeó, anonadada—. Anda ya, Max. ¿Ninguna del instituto?, ¿de la universidad?, ¿de ese trabajo que tienes en la escuela? Eras profesora, ¿no?

Maxine sacudió la cabeza, avergonzada.

Cuando les contó a las Spice Girls que seguía trabajando de maestra de castellano en un instituto público, no pensó que llegaría a verse en la difícil tesitura de admitir que había mentido

para agradar, como si aún tuviera quince años y dependiera de las bendiciones de las chicas populares para tener vida social.

—Lo era, como muy bien has dicho. Dejé de trabajar cuando Dylan y yo nos fuimos a vivir juntos. Vamos, cuando la relación se asentó. No es que él me obligara, ni nada de eso —aclaró enseguida, temiendo las conclusiones precipitadas que Carey pudiera sacar—, pero me dijo que con su sueldo estaríamos más que provistos, y que si me agobiaban los horarios exigentes del instituto, podía dedicarme a... otras cosas. A mí me gustaba dar clase, la verdad, pero tenía que conducir dos horas y media para ir hasta allí y terminaba tan cansada que me quedaba dormida cuando salía por la noche con Dylan. El estrés nos habría acabado matando, a mí y a mi relación, así que... acepté. Sé que va contra la idea de mujer independiente que tú enarbolas y que...

—Olvídate de lo que yo pienso —atajó sin miramientos—. No hay nada más indiferente para el tema que nos ocupa que la opinión ajena. ¿No te llevaste a ninguna amiga de aquel curro? ¿Otras profesoras?

—Me relacioné con ellas mientras trabajé en el instituto, sí. Pero yo acababa de cumplir los veinticinco años y mis compañeras tenían cuarenta largos, cincuenta, sesenta. Por más que saliéramos a tomar algo de vez en cuando, nuestras formas de vida nos separaban tanto que no terminábamos de encontrar un punto en común para pasar de colegas a amigas, ¿sabes?

»En el instituto fue diferente. Una chica de clase y yo éramos uña y carne —continuó después de tragar saliva, sin mirar a Carey a la cara—. Ya sabes... La típica amiga que te lleva a los viajes familiares en *spring break*, que te deja leer su diario íntimo y con la que te compras collares a juego. Pero se fue a estudiar a Yale, formó su grupo de amigos y... maduró. En definitiva, la vida hizo lo propio: seguir su curso llevándose algunas amistades por delante.

Maxine se encogió de hombros aun cuando era una herida que todavía le dolía.

Nunca se le había dado bien dejar atrás a sus seres queridos, incluso si las razones eran comprensibles y sus personalidades adultas no habrían encajado de ninguna manera.

—Pero tú formarías tu propio grupo durante la época universitaria, ¿no?

—Sí, bueno. Salía con mis compañeras de habitación de la residencia y con Dave, que primero fue un buen colega y después se convirtió en mi primer novio. Pero cuando se acercaba la graduación, Dave me dejó por una de ellas, con la que por lo visto había estado poniéndome los cuernos todos esos años, y la otra se puso de parte de la pareja feliz. Por lo visto, ninguno me había soportado nunca. —Sonrió, contrita, para restarle importancia, pero le temblaron los labios —. Me dijeron que era muy dependiente y no tenía personalidad propia; que me adaptaba a lo que ellos quisieran hacer, llegando incluso a copiar sus posturas políticas... Lo cual es cierto, lo admito, pero porque Dave siempre fue muy listo y yo en aquel entonces no tenía ni idea de a quién me convenía votar.

Maxine se rio sin ganas al recordar los días tan negros que siguieron a la graduación universitaria. Había planeado un viaje a Europa con Dave y sus amigas antes de empezar las entrevistas de trabajo a lo largo de California; un viaje que se frustró en cuanto salió a la luz la infidelidad y el resentimiento que el grupo había estado alimentando.

Aunque Maxine podría haber aprovechado los billetes de avión y el hospedaje ya reservado para conocer Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, como siempre fue su sueño, se sumió en una profunda depresión que le impidió salir de la cama durante siete meses. Solo se citaba con su psicóloga, ayudaba a su madre a hacer las compras pertinentes y realizaba viajes veloces a la farmacia para renovar su medicación. Acabó perdiendo sus ahorros miserablemente y metiéndose cada madrugada en Facebook para ver las fotos que el recién estrenado y feliz trío colgaba bajo la torre Eiffel, en el London Eye, comiéndose una deliciosa pizza en el Trastévere y

borrachos en las discotecas más modernas de Berlín, donde grabaron un vídeo burlándose de ella que no tuvieron reparo en subir a sus redes sociales.

Pero no pudo culpar a nadie más que a ella misma de su situación, porque eran ciertos los defectos que le achacaban. Siempre se había esforzado hasta el absurdo para ganarse el afecto de aquellos a quienes admiraba, y sin duda admiró a Dave, un estudiante de matrícula de honor. Aún recordaba haberlo escuchado embelesada mientras se enzarzaba en discusiones shakesperianas con sus compañeros de clase, que lo acompañaban hasta la puerta del aula o en su descanso para almorzar a fin de seguir debatiendo, maravillados con su dádiva. En cuanto a Rachel y Sabrina, le pareció menester volcarse en la relación con ellas dado que compartían habitación. En principio fue una decisión calculada: pensaba que así se garantizaría una estancia agradable, la que era su prioridad para no regresar a casa ni siquiera para celebrar las festividades. Pero conforme las fue conociendo, envidió sus virtudes y trató de parecerse más a ellas.

Maxine era consciente de que había entrado a trabajar en el instituto con el amor propio por los suelos y con la certeza de que nadie volvería a quererla, pero entonces llegó Dylan y la salvó de sí misma. Había curado su soledad y se había volcado con ella para trabajar sus inseguridades. Construyeron una preciosa convivencia a la que Maxine no podría renunciar sin sentir que volvía a quedarse a la deriva.

Dylan la había querido de verdad. Aún la quería, de eso estaba segura, y el amor no era algo que sucediera más de un par de veces en la vida. Incluso si él había cometido errores y daba la impresión de que habían llegado a un punto de no retorno, Maxine estaba dispuesta a hacer hasta lo imposible para recuperarlo. Estaba lo bastante enamorada para priorizar sus sentimientos por él sobre su idea utópica de la pareja perfecta, pues no perdía de vista que en las relaciones había que hacer sacrificios por el otro.

—Puedo arreglarlo —dijo de pronto, alzando la cabeza con ánimos renovados—. Anoche me dijo que me quería, y no solo una vez, sino varias. De hecho, estuvo a punto de pedirme que volviéramos después de... —Hizo una pausa, nerviosa—. Bueno, tuvimos sexo de la manera que a él le gusta, y creo que eso avivó sus esperanzas.

—La verdadera pregunta es si te gustó a ti. Que te prestaras a echar un polvo algo más picante una vez no quiere decir que seáis compatibles, solo que os apetecía a ambos en ese momento. —Maxine no supo qué responder, y Carey interpretó su silencio como una negativa—. Escúchame, Max. —La miraba con fijeza, ansiando meterse en su cabeza y sembrar allí una semillita de sentido común—. Las rupturas nunca son agradables, pero que duela verse de pronto sola en el mundo, con el tictac del reloj biológico pendiendo sobre la cabeza como una espada de Damocles y el juicio cruel de las convenciones sociales presionando, no es excusa suficiente para quedarse al lado de un tipo con el que una no va a ser feliz. Tú en concreto no vas a serlo, y lo digo con total seguridad porque acumulas razones de peso: te ha hecho daño, no confías en él, ha cambiado el concepto en el que lo tienes, y, para colmo, no buscáis lo mismo. Los saltos al vacío asustan, pero hay que darlos. Abandonar el barco a tiempo puede salvarte, créeme.

—Quiero que me consigas una invitación a eso de Tailandia —la interrumpió, ignorando su apasionado discurso. No había escuchado ni una palabra. Se había quedado pensando en que debía llevar a cabo un grandioso gesto romántico para que Dylan volviera a su lado—. ¿Podrías hacerlo?

Carey se reclinó hacia atrás, como si la hubiera abofeteado. Soltó una carcajada incrédula.

—¿Perdón?

—Necesito estar con él, Carey. Si nos separa una distancia de Dios sabe cuántos kilómetros

durante dos semanas en las que tiene plena libertad para hacer de lo que le apetezca, será nuestro fin. Volverá siendo un hombre nuevo, habiéndome olvidado por completo, y entonces..., ¿qué será de mí?

—Eso es justo lo que pretendo transmitirte, pelirroja. Podrás hacer de ti lo que quieras porque no tendrás la imperiosa necesidad de poner los deseos de tu pareja por encima de los...

—¿Qué hay que hacer para que te incluyan en la lista de Fuego y Sangre?

Carey puso los ojos en blanco.

—Fuego y Sangre, como la saga de George RR Martin —corrigió con la leve sonrisa que se le había congelado en la cara. En otras circunstancias, Maxine se habría anotado un tanto por haber sorprendido a una mujer que parecía curada de espanto—. Y no hay nada que puedas hacer para convencerme de conseguirte una invitación. Si no estás preparada para que un amo te diga que te quites la blusa, te morirás de la impresión presenciando lo que ocurre en Koh Phangan.

Maxine se estremeció de pensarlo, pero no la aterraron tanto los espectáculos grotescos en los que podría verse inmersa como encajar la pérdida de Dylan.

—Me prepararé. Tú podrías ayudarme, ¿no?

Carey se pellizcó el puente de la nariz.

—Max, el rol de dominatriz no es un disfraz con el que puedas dar el pego si no tienes madera de ama. Es una forma de vida para muchos. Aunque, si me niego, no es solo por eso. Puedes hacer lo que te dé la gana para salvar tu relación sentimental, pero si está en mis manos evitar que te metas en la boca del lobo para no sentirte sola, no dudes que lo haré. Ahora soy tu amiga, así que te vas a tener que joder si decido protegerte de tus decisiones.

Aunque le estaba brindando su amistad a costa de arruinar sus planes, Maxine sintió que el júbilo estallaba dentro de ella. La parte de sí que la admiraba en lugar de juzgarla por aprovecharse de los fetiches masculinos para hacer dinero tomó el mando, y, por un instante, se olvidó del contexto en el que la había conocido.

—Las amigas se ayudan entre ellas —apostilló a fin de persuadirla.

—Te estoy ayudando al vetarte la entrada, créeme. Si tan solo sintieras curiosidad por el mundo del BDSM, solo curiosidad, Max, te llevaría ante Califa para que valorara incluirte en la lista, y sacrificaría mi diversión en Tailandia para echarte un ojo cada cinco minutos. Pero si el único motivo por el que quieres ir es...

—Claro que siento curiosidad. Hui del dormitorio de Vesper’s porque habría hecho lo que Hurricane me hubiera ordenado, y anoche podría haber disfrutado del mejor sexo de mi vida si no hubiera sentido que estaba traicionado a Dylan al seguir sus órdenes. Quería que me imaginara a Hurricane encima de mí, le obedecí, y...

La dominatriz clavó en Maxine una mirada enigmática.

—Continúa, y más te vale no mentirme con un asunto tan delicado para convencerme. Entre otras cosas, porque me voy a dar cuenta, y no me gusta que me engañen.

—Es la verdad. Sabes que he soñado que... que tenía sexo al estilo... —Carraspeó—. Carey, no me hagas repetir en voz alta lo que ya te he contado sobre mis fantasías.

Su acompañante parecía muy dispuesta a exigirle que le repitiera dichas fantasías con pelos y señales, pero en el último momento se apiadó de ella y solo la sondeó como si quisiera leer sus pensamientos más íntimos.

—Si vas a Koh Phangan —replicó ella con las cejas enarcadas—, tendrás que hacer cosas peores que pronunciar la palabra «follar», Max. Y digo «si vas» porque yo no soy la única que decide si tienes madera de ama o sumisa. Tendrías que exponerte ante Califa para que te valorara, y luego él se las vería ante los mandamases de la organización internacional para

defender tu candidatura. Vesper’s es solo uno de los muchos clubes cuyos socios mayoritarios invierten en el encuentro anual.

—No me importa. Que me expongan donde sea. Acabas de decir que tengo potencial, tú misma has admitido que siento curiosidad, y no es la primera vez que hablamos de esto. No me habrías llevado a Vesper’s si no hubieras estado segura de que estaría a la altura, ¿a que no? ¡Vamos! —insistió, dando pequeños botes en el asiento—. No puede ser tan terrible.

Lo decía convencida de que estaba en lo cierto, porque su mayor pesadilla no era recibir los golpes de un amo violento, sino enfrentarse a una vida sin Dylan. Si yendo hasta el mismísimo infierno y convirtiéndose en uno de sus esbirros podía garantizar el bien futuro de su relación, lo haría arrastrándose de rodillas sobre brasas ardiendo. Y si, además, tenía que fingir que le gustaba... que así fuera.

Carey fumó en silencio durante unos segundos que a Maxine se le hicieron interminables.

—Como me pongas en evidencia con tus arrebatos mojigatos, Maxine Sagal —le advirtió con el dedo en alto—, te vas a volver de Tailandia a California con la patada que te voy a dar en ese culito respingón que tienes. ¿Te ha quedado claro?

Maxine dio un saltito entusiasta en la silla y se levantó apresurada para rodear la mesa y abrazarla. El gesto pilló por sorpresa a Carey, que le devolvió el arrebato cariñoso con una palmadita incómoda en la espalda, como si el contacto físico que ella no propiciaba no le hiciera ninguna gracia.

—¡Eres la mejor! —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo sé, y estoy muy orgullosa de que sea mi mayor virtud, así que más te vale no hacer que se convierta en una cruz para mí.

Capítulo 10

El reloj no marcaría la hora de apertura de Vesper's hasta las siete en punto, por lo que a Maxine le extrañó que Carey la hubiera llevado hasta allí en su coche después de llamar a su jefe alegando una presunta descomposición.

—No me puedo creer que le mientas descaradamente y él se lo crea.

—Es que no se lo cree. Para trabajar de directivo en Hauture te hace falta tener dos dedos de frente, y ese es un mínimo que hay que reconocerle a Ed —le había replicado Carey, bajando el volumen de la canción del estéreo para escucharla. Era un gesto de educación básica, pero a Maxine le hacía sentirse valorada. Por lo que había podido comprobar, a la dominatriz le gustaban el rap, el R&B y el trap con tintes eróticos: *Only* de Nicki Minaj estuvo sonando de principio a fin y luego la volvió a poner—, pero todos aquí sabemos que, aunque los hombres parezcan tener la cabeza sobre los hombros, piensan con la de abajo en cuanto se les pone por delante una rubia con las tetas firmes.

—¿Te has acostado con él? —preguntó antes de pararse a pensar si era buena idea—. ¿Por eso te permite faltar sin justificante?

—No —le había contestado con toda naturalidad—, pero Ed piensa que sucederá algún día si me concede ciertos caprichos, y no le he sacado de su error porque me gusta gozar de cierta independencia en el curro.

Había bajado la ventanilla para sacar el codo y echar una ojeada por el retrovisor. Maxine la miró con admiración, pensando que haría de una maravillosa agente 007 en femenino: sentía pasión por los coches caros, conducía con temeridad y coleccionaba amantes que, en el fondo, le importaban un carajo, y eso por no mencionar su estilo sexy y elegante al vestir.

—No sé si eres muy lista o muy malvada —había reconocido Maxine, mirándola de reojo.

—Me sirvo de lo poco que tengo para ganarme lo que me falta. Por mucho que se esfuerce, una mujer jamás obtendrá el respeto de los hombres de determinados sectores profesionales, así que en determinados casos no le queda otro remedio que usar la carta de la manipulación femenina.

—A veces me da la impresión de que odias al género masculino.

—No con exactitud —se había reído Carey mientras aparcaba—, pero algo de verdad tiene que haber en eso, porque también me gusta humillarlos fuera de la cama. Para muestra, un botón.

Después de la conversación, que la había ayudado a ahuyentar por un rato la sensación de orfandad y la desorientación que le había dejado la ruptura, Carey la había llevado a la parte trasera del establecimiento, que sí estaba abierta.

Maxine vio que sacaba del bolso una tarjeta similar a la llave de una habitación de hotel y la pasaba por la ranura del sistema de seguridad.

—¿Tienes acceso a Vesper's cuando está cerrado? —jadeó, cada vez más pasmada—. Pero ¿quién eres tú? Porque pareces la dueña.

—Ni siquiera insinúes eso, guapa. Me aterraría ser la propietaria de todo esto. Muchos impuestos que pagar, muchos empleados con los que lidiar... Sale más rentable ser la amiga del que tiene el poder que quien lo ostenta. —Le sujetó la puerta trasera y le hizo un gesto de invitación—. Adelante, *mademoiselle*.

Maxine se adentró con timidez. Pensó que tendría que pasar por el Vesper's apto para todos los públicos para llegar a Califa, pero accedió directa al club.

Parecía otro con las luces cálidas encendidas, los dormitorios laterales sumidos en la

oscuridad y vacío salvo por el personal de limpieza y las bailarinas ataviadas con su ropa de ensayo. Cuando Maxine siguió a Carey hacia las entrañas del salón, se cruzó con un par de *strippers* semidesnudas que la saludaron con un movimiento de cabeza. Una de ellas se quejaba de la canguro de su hijo de tres años. Sospechaba que fumaba maría delante del crío.

—Si vas a drogarte en mi casa, ten la decencia de apagar los cigarrillos en la calle —decía la morena sobre sus tacones de vértigo—. Para saltarse las normas hay que ser listo, joder.

Le impactó que mujeres que trabajaban en la noche tuvieran los mismos problemas que cualquier persona de a pie. Se ruborizó, avergonzada por lo que delataba su asombro: que concebía a todos los implicados en Vesper's como personajes del *Grand Theft Auto*, apenas caricaturas de sus roles en el club.

Carey la condujo hasta el palco a través de unas escaleras escondidas que se enroscaban sobre sí mismas. Una suave melodía llegó a sus oídos: en la parte superior, tal vez al otro lado de una puerta, sonaba *Sativa* de Jhene Aiko y Swae Lee.

La zona residencial no se diferenciaba demasiado de lo que podría encontrar en una discoteca cualquiera. Constaba de unos cuantos sofás de cuero y carísimas mesitas de diseño para depositar los cubos de champán helado. También una serie de taburetes altos y acolchados rodeaban las mesas individuales.

Carey tocó a la puerta camuflada en un extremo. La música provenía del interior.

—Adelante —la invitó una voz grave. Maxine se puso firme en el acto, comprendiendo que estaba a punto de enfrentarse al hombre que dictaminaría si podía viajar a Tailandia.

Accedieron a lo que parecía un despacho. La alfombra de motivos geométricos ocultaba la madera oscura del suelo, que replicaba el material de las estanterías y del inmenso escritorio que dominaba la estancia. Los estantes estaban decorados con figuritas africanas de ídolos con los atributos sexuales desarrollados: mujeres sin rostro con pechos grandes, hombres con falos llamativos, a veces ambos unidos en una postura del *Kamasutra*. Los cuadros colocados en la habitación circular, todos ellos enormes y rematados por marcos dorados, también llamaban al erotismo: desnudos abstractos, cuerpos tan enredados que casi había que imaginarse dónde estaban las manos y dónde se encontraban los sexos.

Aunque Maxine no habría decorado así su propio salón, pensó que había que tener mucho gusto para que el barroquismo de los colores oscuros —mezclaba el granate con el dorado, azul oscuro, verde botella, ocre y crema— combinara con el estilo moderno del mobiliario, y para que la decoración resultara, además de elegante dentro de su transgresión, acogedora. También hacía falta exudar riqueza y poder para que Maxine, aun sumida en la preocupación por lo que iba a pasar, pudiera asociar con solo un vistazo al tipo que trabajaba detrás del escritorio con el propietario de todo lo que alcanzaba a la vista.

Un hombre de raza indefinida —tal vez tuviera ascendientes afroamericanos, o árabes, o quizá indios— estaba entretenido revisando unos papeles. Llevaba el cabello rapado y un bigote con perilla que favorecía sus rasgos masculinos. Vestía una sencilla camisa blanca que se ceñía a su torso en forma de uve, lo justo para destacar los relieves de la zona pectoral y los brazos, más robustos que fibrosos.

Ya desde la puerta, Maxine tuvo la certeza de que olía de maravilla.

Casi le pasó desapercibida su compañía, una mujer menuda vestida con un chándal de falso terciopelo rosa que le recordó al que Britney Spears, Paris Hilton y Lindsay Lohan pusieron de moda en los 2000. Tenía el pelo más bonito que hubiera visto jamás: denso y tan oscuro que brillaba como el azul medianoche. Aun recogido en una coleta alta, las puntas le acariciaban la franja de piel bronceada que la prenda dejaba a la vista, donde se insinuaba un tanga de hilo y un

tatuaje tribal. Estaba sentada en el escritorio con las piernas cruzadas, tecleando en el móvil a una velocidad pasmosa.

No estaban interactuando, pero el modo en que sus cuerpos se orientaban el uno hacia el otro de forma involuntaria hizo sospechar a Maxine que tenían una relación. Había olvidado preguntarle a Carey si Califa y la que sospechaba que era Angel Face compartían algo más que la gerencia de Vesper's.

Cuando el propietario alzó la mirada hacia los recién llegados, sus ojos ámbar emitieron el mismo destello dorado que los tres discretos aretes de su oreja.

—Yellow Bird —la saludó con una media sonrisa, cambiando la postura cómoda por una pose de escucha activa—. ¿No tienes asuntos que atender en el mundo real a estas horas de la tarde? Ni siquiera hemos almorzado todavía.

—Mejor, ¿no? Así os puedo invitar cuando terminemos. —Carey le guiñó un ojo.

La mujer morena se giró hacia la dominatriz para sacudir la mano con efusividad. Maxine se quedó asombrada al verle el rostro, del que hasta entonces había obtenido un perfil difuso. Tenía cara de muñeca: los ojos rasgados y enmarcados por unas pestañas tan densas como su pelo, la boca de piñón, con los labios carnosos, y la nariz diminuta. Un hoyuelo se insinuaba en su barbilla, no muy marcada debido a la forma redondeada de su rostro.

Maxine no había visto a una mujer tan guapa jamás. Tenía que tratarse, por fuerza, de la famosa Angel Face, un nombre que le iba al pelo.

—Veo que traes compañía —dijo la susodicha con acento extranjero. Con aquellos rasgos latinos, los ojos brillantes como piedras de ónice y la piel naturalmente morena, debía de ser colombiana, o quizá chilena—. No me suena de nada.

Carey le lanzó una mirada significativa a Maxine y la invitó a avanzar con un gesto de cabeza. El mensaje estaba claro: ya era mayorcita como para esconderse detrás de sus faldas.

Carraspeó, nerviosa, y se armó de valor con una inspiración antes de acercarse.

—Ho... hola. —Forzó una sonrisa que esperó que se viera natural—. He oído hablar de vosotros y de la labor que hacéis en el... encuentro anual de BDSM, y quería... quería saber qué tengo que hacer para que me añadáis a la lista.

Califa la miraba con tanta intensidad que no supo qué más decir. Se dijo que no tenía nada que ver con que estuviera interesado en ella, sino con la tonalidad dorada de sus ojos. Daba la impresión de que ardieran incluso bajo la luz artificial de las lamparillas.

—Es broma, ¿no? —le preguntó a Carey después de escudriñar su rostro con incredulidad.

—Anda, Califa, hazme ese favor —le pidió ella con voz melosa—. Tiene madera para destacar en el evento.

Él la censuró con una mirada que habría empequeñecido a una mujer menos segura de sí misma.

—No me vengas con favores, cariño, que sabes que no me gusta que me acorralen. —Volvió a centrarse en Maxine, que estaba esforzándose para no rodearse con los brazos, como si eso pudiera protegerla de tan violenta situación—. ¿Qué experiencia tienes tú en el BDSM, chica? Porque a Fuego y Sangre no se va a encontrar el amor.

—Lo sé —repuso con aspereza.

—Permíteme dudarlo —insistió Califa.

Hubo un breve silencio antes de que se levantara del sillón de cuero ocre y rodeara el escritorio para estudiarla de cerca. Era mucho más alto de lo que parecía, como un jugador de la NBA.

Apoyó las caderas en el borde de la mesa de estudio y se cruzó de brazos.

—Seguro que Yellow Bird ya te ha explicado que no te puedes apuntar sin más, como si fuera un voluntariado en el sur de África. Solo los veteranos que forman parte de la sociedad y los clientes frecuentes reciben invitación, y yo a ti no te he visto en mi vida. Has debido de venir una sola vez, porque empiezo a recordar las caras a partir de la segunda.

Maxine alzó la barbilla.

—Pues esta es mi segunda vez en Vesper's, así que más te vale empezar a memorizar la mía.

Una sonrisa intrigada se fue extendiendo en el rostro de Califa, complacido con la respuesta. Angel Face, que había devuelto su atención al móvil, también sonrió de lado. Maxine nunca sabría si fue por su respuesta o por lo que estaba viendo en la pantalla.

—Una buena dominatriz no demuestra su experiencia siendo insolente. No lo necesita. Así que... —Se encaminó hacia ella más con la intención de incomodarla que de ponerla a prueba de verdad—, ¿cuál es tu rol, si no eres ama? ¿Sumisa? —inquirió, después de inclinarse sobre ella para mirarla de cerca. Empezó a caminar a su alrededor para valorarla de arriba abajo, un examen con claras connotaciones sexuales que le puso el vello de punta—. ¿Sádica o masoquista? ¿Mascota? ¿*Rigger*[3] o *rope bunny*? ¿Esclava? ¿*Switch*[4]? ¿*Brat*[5], quizá? —Se detuvo detrás de ella y le habló al oído—: ¿Siquiera tienes la menor idea de lo que te estoy hablando?

—Pues sí —respondió, firme como un soldado. «Para tu información», quiso agregar, «he leído muchísimo al respecto en la web»—. No tengo un rol establecido todavía, pero aprendo rápido.

—Estoy de acuerdo en que eres rápida... tomándote confianzas que no te has ganado —apostilló Califa. Le puso las dos manos sobre los hombros. Maxine respingó, y no se relajó a pesar de que empezó a masajeárselos con destreza, como si quisiera prepararla para una próxima persuasión—. ¿Sabes cuántos clientes habituales han pasado por aquí para pedirme lo mismo que tú? Les he dicho que no incluso a las que me he follado, o, mejor dicho, a las que me han follado de maravilla. ¿Por qué iba a concederte a ti ese privilegio?

Maxine se quedó paralizada al oírle hablar con crudeza. No supo cómo reaccionar en un primer momento, pero hizo contacto visual con Angel Face, que seguía en la misma postura, y vio en su expresión cómplice que no había sido una pregunta retórica: de veras estaba dispuesto a escuchar sus razones.

Dudó. ¿Qué tipo de respuesta esperaba? Una buena, porque estaba sacrificando su valioso tiempo para que ella ordenara sus ideas. Pero por más que se estrujó los sesos, la imaginación la había abandonado.

Estaba empezando a entrarle frío en el cuerpo, señal de que el valor del que se había armado se iba diluyendo como la sal en el agua, cuando una de las puertas laterales se abrió. Un hombre esbelto con el cabello casi rubio y despeinado adrede para dar impresión de informalidad frenó su avance decidido al reparar en que Califa estaba reunido. En lugar de volver por donde había venido, permaneció bajo el umbral con el pomo en la mano.

Maxine se percató de su presencia enseguida, sensible como estaba ante cualquier estímulo externo que pudiera servirle para despistar a los organizadores. Sus pies echaron raíces sobre la alfombra al reconocer el rostro pétreo de Hurricane. Le pareció que en sus ojos destellaba el asombro del reencuentro antes de volver a la inexpresividad natural en él.

Observó que soltaba el pomo de la puerta con lentitud y se recostaba contra el marco con dejadez, una postura cómoda para saciar la curiosidad que anidaba en su mirada cautelosa. Lejos de sentir que su intimidad estaba siendo violada, la aparición del silencioso Hurricane supuso una inyección revitalizante, un toque de atención.

Podía hacerlo.

—¿Y bien? —insistió el mandamás, aún a su espalda—. ¿Por qué tú eres especial, chica?

—Porque estoy dispuesta a hacer cualquier cosa —se oyó responder.

—Ajá —contestó Califa, satisfecho. Rehízo sus pasos hacia el escritorio, donde volvió a apoyarse, esta vez con las manos en el borde. La recorrió con una mirada evaluadora—. Demuéstramelo.

—¿Cómo? —preguntó ella, envalentonada.

—Quítate la ropa para que te vea.

Maxine disimuló el estremecimiento como pudo, pero algo delató su aprensión, porque él sonrió, despectivo, y fue a darse la vuelta para dar por zanjada la entrevista. Ella, guiada por algo superior al instinto de supervivencia, y manteniendo en todo momento a Dylan en la cabeza, se llevó las manos al borde del vestido y se lo quitó por la cabeza sin vacilar.

Aquello captó el interés de Califa, porque ladeó la cabeza hacia Maxine con un brillo misterioso en los ojos. También Hurricane levantó las cejas, o eso le pareció sin mirarlo de forma directa.

Se negaba a hacerle saber que su presencia no le era indiferente.

—He dicho desnuda —recalcó Califa—, no en ropa interior.

Maxine pestañeó dos veces. Pensó en negarse, pero recordó todo lo que estaba en juego y se dijo que ya estaba bien de comportarse como una mojigata. Era lo que le repetían sus compañeras de clase cuando iban a la piscina y veían que se negaba a retirar la toalla de baño de su pecho, donde la anudaba con firmeza para que nadie le viera más que las piernas.

«Solo es piel», se dijo con la voz de una de ellas. «No es tan profundo».

Se desabrochó el sujetador y lo arrojó al suelo, consciente de que se le había acelerado la respiración. Oyendo tan solo el pulso agolpado en los oídos y el silencio sofocante que se había asentado en el despacho, se bajó el tanga y lo pateó a un lado con disimulo.

Era la primera vez que se desnudaba delante de un hombre que no era su pareja. También la primera que lo hacía ante dos hombres a la vez, ambos dueños de un atractivo feroz y de un interés propio de depredador. Pensó que sería más traumático, que las inseguridades harían que se avergonzara de su físico, pero había algo en la mirada de Califa, en la de Angel Face, quizá en la de Carey, que seguía presente —aunque fuera de su campo de visión— y, sobre todo, en la de Hurricane, quien había cambiado de postura al verla en su traje de Eva, que le hizo saber que no estaba haciendo nada fuera de lugar; que la desnudez era un estado tan respetable como otro cualquiera.

Angel Face y Califa asintieron con la cabeza. Ella lo hizo para infundirle ánimos, como pudo deducir al captar la dulzura en su mirada, y él para recalcar la conformidad que ya transmitía su media sonrisa gratamente sorprendida.

Maxine empezó a frotarse las yemas de los dedos con desesperación. Ansiaba girarse hacia Hurricane y comprobar que también había reaccionado, pero se lo prohibió de forma terminante.

Aquella era la clase de curiosidad que mataba al gato.

—Camina un poco —le ordenó Califa—. Da vueltas por el despacho hasta que yo te diga que pares.

Si Maxine pudo obedecer, fue porque se había sumido en un extraño trance plagado de sensaciones novedosas. Habría preferido no verse en esa situación, pero ahora que estaba paseándose con aparente indiferencia ante cuatro desconocidos, algunos más que otros, debía reconocer que había cierto erotismo en saberse deseada.

Porque la deseaban. Lo supo cuando cruzó una mirada fugaz con Hurricane, que no había

movido una sola pestaña.

—Ponte a cuatro patas —le dijo Califa de pronto.

Maxine salió de su ensoñación de manera abrupta. Se imaginó situándose en una postura vulnerable con respecto de los demás, en una postura humillante que la dejaría a merced de los poderosos, y algo dentro de ella se rebeló.

—No.

—¿No? —Califa pestañeó, fingiéndose sorprendido.

—No.

—Si no te pones a cuatro patas delante de mí, que se sabe que de un tiempo a esta parte no toco a nadie, ¿cómo piensas follar con uno, dos, tres desconocidos ante el público de Fuego y Sangre? —inquirió, mirándola con una condescendencia burlona que la enderezó de pura indignación. No pudo defenderse, sin embargo, porque no había dicho más que verdades—. Dudo bastante que te dejaras atar, penetrar por delante y por detrás, asfixiar, azotar, abofetear o degradar de cualquier manera. Y dudo más aún que tengas la imaginación de una dominatriz como Yellow Bird —agregó, parándose delante de ella para agacharse con las manos sobre las rodillas; lo justo para quedar a la altura de sus ojos—. ¿O serías capaz de darme una orden y sonar tan convincente como para que no dudara en obedecerte? Porque no te imagino exigiéndole a tu sumiso sin que te tiemble la voz que se beba su propio semen.

—Por Dios, Califa, ¡deja de torturar a la pobre chica! —se quejó Angel Face, moviéndose sobre el escritorio para no tener que mirar la escena por encima del hombro. Se quedó con las piernas colgando del borde, balanceándolas con aire soñador—. Yo creo que es una candidata muy refrescante y distinta a lo que estamos acostumbrados. Podría aportar juventud y candor al evento. Se ruboriza cuando se desnuda, pero lo hace y luego te mira con desafío —valoró en voz alta—; no acepta las órdenes de primeras, pero cuando las acata, se siente muy orgullosa, como una niña que muestra los deberes a sus padres. No creo que ni ella misma sepa que con su actitud está pidiendo más, o que puede hacerlo mejor. Como *ageplayer*[6] podría funcionar; tiene esa inocencia de las sumisas a las que les van los roles parentales. Incluso sería una *brat* muy interesante —concluyó, sonriéndole con la cabeza ladeada por la curiosidad.

—Pero toda *brat* necesita un amo al que provocar —repuso él, todavía con los ojos puestos en ella—. ¿Tienes pareja, chica?

Maxine apretó la mandíbula, frustrada. Sospechaba que su respuesta determinaría si estaba dentro o se quedaba fuera.

—No.

Califa chasqueó la lengua.

—Es una lástima. Al encuentro se va en pareja o en trío. Una vez allí, se suelen desarmar para que todo el mundo juegue con todo el mundo, pero es uno de los requisitos para que muchas de las prácticas puedan funcionar.

—Encontraré a alguien —replicó enseguida, envalentonada.

Empezaba a verse muy cerca de la línea de meta. Ahora no podía dar marcha atrás.

—No dudo que lo conseguirías si te lo propusieras —replicó con franqueza—, pero eres una principiante. ¿Puedes localizar en menos de veinticuatro horas a una pareja lo bastante experimentada y que ya esté o pueda estar en la lista de participantes? Porque lo único que podría convencerme de incluirte, monada, es que tu compañero fuera de mi círculo.

—Yo seré su amo —intervino Hurricane, suspendiendo la conversación y las respiraciones en el acto. Posó su mirada firme en Maxine, que se había quedado paralizada al escucharlo—, si ella me acepta.

Capítulo 11

Cuando Hurricane se ofreció, Maxine tomó conciencia de la magnitud de lo que estaba ocurriendo. Su primer instinto fue cubrirse, disculparse y salir de allí, pero algo más poderoso que el sentido común consiguió que solo alternara una mirada entre Hurricane y Califa.

El segundo no estaba tan sorprendido como solo sentía curiosidad por la intervención, y el primero, que cabía esperar que pareciera decidido o dispuesto cuanto menos, mantenía la misma expresión desapegada que cuando había aparecido.

—Bueno, es verdad que tu compañera se ha lesionado y no va a poder ir, pero pensaba que escogerías esta noche a alguna de las veteranas del club —comentó Califa cuando hubieron transcurrido suficientes minutos para que todos se temieran una negativa—. La chica es un caramelo, no te lo voy a negar..., pero no parece preparada para divertirse como tú lo habrías hecho con una sumisa de la talla de Brezza.

—Quizá no me divierta igual —contestó Hurricane, cruzado de brazos bajo el umbral—, pero algo me dice que no me arrepentiré.

Lo pronunció de tal manera que el vello se le puso de punta.

Se podía imaginar las formas de entretenimiento que Hurricane contemplaba. Había presenciado un par de ellas, y no estaba segura de que pudiera igualar su concepto de diversión.

Pero ¿cuál era la alternativa? Porque darse media vuelta no era una de ellas.

—¿Qué me dices? —preguntó Califa, devolviendo a Maxine a la realidad—. Parece que Hurricane es tu única salida, porque no vas a encontrar a otro vip que te abra las puertas de Fuego y Sangre. Por si no lo conoces, Hurricane es...

—Sé quién es Hurricane. —Maxine reparó en que el aludido estiraba el cuello, alerta como un animal acechado—. Lo conocí la noche que estuve aquí. Entré... entré en el dormitorio que estaba ocupando, aunque no me quedé mucho rato.

Califa sonrió con condescendencia.

—No me digas.

—Puedo dar fe de ello —aportó Carey, levantando una mano para agitar los dedos. Había tomado asiento en uno de los sofás de cuero, y tenía sobre el regazo un pesado libro de tapa dura que habría sacado de alguna de las estanterías.

—Si él te pide que te pongas a cuatro patas —retomó Califa, mirando a Maxine con intensidad. Era evidente que la historia se había puesto interesante para él—, ¿le obedecerías?

Ella le lanzó una mirada fugaz a Hurricane, que la observaba a su vez con expectación.

—Es probable —confesó, y se ruborizó acto seguido, consciente de que no había mentido.

—No puede ser probable, cariño. Tiene que ser un sí rotundo. En Vesper’s hay exhibicionistas, voyeristas, esclavos, domadores de *brats*, incluso vainillas que de vez en cuando se animan a experimentar con alguien especial... —Ladeó la cabeza hacia Angel Face con una sonrisilla curvándole los labios. Ella le guiñó un ojo—, y todo el mundo puede rechazar una práctica si no se siente cómodo. Pero en Fuego y Sangre los participantes están dispuestos a cualquier cosa.

—Estaré a la altura —se comprometió ella.

—¿Quieres decir que harás lo que se te diga, cuando y como se te diga? ¿Harías la prueba ahora mismo?

Comprendiendo que no le quedaba otro remedio, Maxine asintió.

Aunque una parte de sí sentía que vulneraban su derecho a negarse —puesto que la alternativa era perder a Dylan, y esta no la contemplaba—, había otra más oscura y misteriosa, cuya existencia había desconocido hasta ese momento, que la incitaba a averiguar qué se proponía Califa.

No respondió verbalmente, pero insistió haciéndole saber su disposición sosteniéndole la mirada, a lo que el organizador gesticuló con las cejas, quizá complacido, y le pidió con un aspaviento a Angel Face que se acercara.

Ella, como si le leyera el pensamiento, abrió antes un cajón del escritorio y sacó una ruleta que le entregó junto con un beso en el hombro. No habría llegado más arriba; la diferencia de altura entre los dos era muy llamativa.

—¿Lo que sea? —insistió Califa, esta vez con tono aterciopelado. Le estaba ofreciendo la oportunidad de escapar a tiempo, un gesto de lo más galante al que se habría aferrado si su vida entera no estuviera en juego. Maxine inspiró hondo con disimulo y asintió de nuevo—. Muy bien. Voy a girar la manecilla, y lo que salga será lo que tendrás que hacer o lo que tu amo tendrá que hacerte. Si lo cumples sin rechistar y te veo disfrutar en el proceso, estarás dentro.

Maxine se enderezó al oírlo. Estuvo a punto de sonreír, aliviada, pero la incertidumbre ante la práctica desconocida que señalara la aguja le agrió el gesto antes de tiempo.

No podía ver qué había escrito en los bordes de la ruleta, pero se lo podía figurar: todo tipo de degradaciones y prácticas sexuales, desde una simple felación hasta la clase de fusión íntima que Maxine encontraría moralmente intolerable. Aunque Dylan y ella hubieran acordado darse un tiempo y él no hubiese ocultado su intención de aprovecharlo disfrutando con otras mujeres, no se sentiría cómoda entregándole a otro hombre lo que tiempo atrás decidió que era y siempre sería para su prometido. No por nada había tenido que huir de la casa de Cooper antes de escuchar a Dylan decirle lo que tanto ansiaba oír: que debían darse una segunda oportunidad justo ahí, justo entonces. Maxine no habría podido soportar la culpabilidad de abrazarlo cuando había otro hombre en su pensamiento. Aguantaría menos aún que dicho hombre estuviera bajo su cuerpo... o sobre ella.

Pero al imaginarlo, y como si su piel renegara de las estrictas órdenes de su cerebro, de los principios de fidelidad de los que tan orgullosa había estado siempre, se le endurecieron los pezones y empezó a notar la garganta reseca, tal vez por los nervios, tal vez por el agobio... Tal vez por la dulce expectación.

Califa giró la manecilla. Por unos segundos, Maxine vio pasar por delante de sus ojos toda su relación con Dylan. La aguja fue ralentizando las vueltas mientras de fondo sonaba *I Was Never There* de The Weeknd, la canción que ahora reproducía el móvil de Angel Face.

—Vaya —dijo Califa cuando observó el resultado, enmascarando su decepción—, no vas a tener que hacer un gran sacrificio. —Mostró dónde se había detenido la manecilla: en un círculo color púrpura cuyo significado le tuvo que explicar a continuación—. Hoy es tu día de suerte. He oído por ahí que Hurricane es un experto del oral.

Maxine se habría quedado paralizada sin importar el resultado, pero tuvo que admitir para sus adentros que era un alivio. De todas las maneras que se le ocurrían de ponerle los cuernos a Dylan, aquella era la menos grave.

Buscó con la mirada a Hurricane, que ya la estaba observando, y notó una punzada en el bajo vientre. La inminencia de la prueba la instó a fijarse en él, buscando conocerlo mejor a través de la observación; solo lo suficiente para no sentir que se iba a la cama con un extraño. Esta vez iba vestido, y la ropa le sentaba tan bien como la desnudez. Llevaba un pantalón chino negro y una camisa remangada hasta los codos metida por dentro. Se fijó en las piernas largas, los muslos

fibrosos, los antebrazos gruesos y salpicados de vello castaño. Un reloj analógico y caro destacaba su fuerte muñeca, y llevaba por fuera la chapa plateada con el grabado japonés que le llamó la atención en una primera instancia.

No era el hombre más horrible en el que podía pensar, pero de todos los que existían en el mundo, aquel era el último con el que le habría gustado engañar a Dylan.

—Siéntate en el escritorio —le ordenó Hurricane.

Esto obligó a Angel Face a desalojar el mueble, cosa que hizo con un saltito grácil para bailotear hasta Califa, en cuyo costado se refugió con una sonrisita maliciosa. Acto seguido, Maxine obedeció con la respiración agitada. Se aferró al borde de la mesa para disimular que le temblaban las manos, y juntó los muslos en un arrebato de pudor. Notaba las piernas sensibles, como si ya hubiera empezado a repartir besos por la zona.

Hurricane se acercó con la vista puesta en ella. Lejos de sentirse más tranquila porque se tratara de un hombre al que en teoría conocía, el corazón empezó a latirle desbocado, como si fuera una bestia y no un amante; una amenaza y no una herramienta de placer. Pero había algo morboso en el hecho de que un casi desconocido con el que había fantaseado estuviera allí, en carne y hueso, a punto de hacer realidad un sueño como hacía tiempo que Maxine creía imposible, pues los sueños raras veces se materializaban; sobre todo cuando salían de la cabeza de mujeres cobardes como ella.

Se avergonzó de su falta de valor, a sabiendas de que le cerrarían las puertas si no cambiaba de actitud, y se enderezó para recibirlo con una mirada enturbiada por un deseo fatídico que la desorientaba.

Hurricane no estaba desnudo y sería quien llevara la voz cantante. Era, a todas luces, el que estaba al mando de la situación. Pero cuando la acorraló entre sus brazos, empezó a acariciarle el lateral externo de los muslos con una devoción con la que parecía ponerse a su servicio. Ahora lo tenía tan cerca como aquella primera y única noche, incluso más. Descubrió las motas azules que salpicaban el gris impenetrable de su mirada fija, pendiente de ella y de sus reacciones, y los olores que lo envolvían: una fragancia dulce y amaderada con un toque de ámbar.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó sin apenas voz, aprovechando que estaba de espaldas a los demás y nadie lo oiría.

Que se preocupara de su bienestar terminó de equilibrar la balanza para Maxine. Respiró hondo y asintió sin dejar de sostenerle la mirada. Sus manos, grandes y cálidas como la caricia del verano, le separaron los muslos inexorablemente. Ella se abrió para él con los ojos cerrados. Privada de un sentido, experimentó con mayor intensidad la presión de sus dedos, que subieron desde las rodillas hasta el borde de la ingle. Notó que deslizaba el pulgar por la hendidura, de abajo a arriba, y tiraba con sutileza de los rizos púbicos.

Maxine se mordió el labio.

—No cierres los ojos todo el rato —le dijo él, inclinado sobre su oído—. Pensarán que te da miedo mirar, y eso, además de ser mentira, no les va a gustar.

«No es mentira», quiso replicar, pero tenía la garganta atorada.

Apretó más el borde de la mesa, conteniéndose para no alargar las manos hacia el cuello que despedía aquella fragancia fresca y masculina, tan deliciosa que empezaba a olvidar por qué estaba allí. Obedeció a tiempo para intercambiar una mirada rápida; luego él se pegó tanto a su mejilla que notó el inicio de la barba raspándole la piel.

El tacto áspero hizo que se estremeciera de placer.

Hurricane dibujó un círculo alrededor del pezón erecto y deslizó el dedo índice por el valle entre sus pechos. Se agachó cuando llegó hasta el ombligo, el primer punto que besó y

humedeció con la punta de la lengua. La sensación fue inquietantemente agradable. Hizo que Maxine se revolviera sobre el escritorio y agachara la cabeza, atenta al siguiente movimiento. Él esquivó su sexo como si no fuera el destino final y se desplazó hasta una de las rodillas para abandonar un beso que siguió latiendo en su piel mientras le presionaba la cara interna del muslo con los dedos, con mordiscos aislados que se reflejaban en espasmos vaginales.

Parecía que quisiera torturarla.

En un principio, Maxine fue consciente de la presencia de Carey, Angel Face y Califa, pero por algún motivo resultó ser mucho menos relevante de lo que había pensado. Toda ella estaba volcada en la lenta seducción de Hurricane. Cuando este llegó a su entrepierna, la encontró lo bastante húmeda para limpiarla con una lenta lamida que la pilló desprevenida.

Jadeó en voz baja, ruborizada hasta la raíz del pelo. Quiso hacer algo con las manos, pero él la frenó con una orden.

—Estate quieta o pararé.

Hurricane plegó la lengua para presionar los pliegues expuestos, y luego pulsó el clítoris con la punta para acto seguido atraparlo entre los labios y succionar con delicadeza. Maxine emitió un sonido que no le pareció suyo y agarró el borde hasta que sus nudillos palidecieron. No pudo contener un gemido brutal cuando él le dio un pequeño mordisco antes de penetrarla con la lengua. Sus manos le rodeaban las piernas y subían hacia las nalgas para clavar allí los dedos.

Maxine confiaba en su propia voluntad para no contravenir las indicaciones de Hurricane. Pero esta la traicionó cuando él comenzó a lamerla de arriba abajo, a usar la nariz para hacerle cosquillas en las ingles que la tensaban aún más; a distraerla de lo que pasaba entre sus piernas rodeando sus tobillos con los dedos, o empujándola hacia él, hacia su boca ardiente, con una palma extendida sobre los riñones que no aceptaría una negativa.

Cuando Hurricane incorporó el pulgar al juego de la lengua para estimularle el clítoris, Maxine no pudo soportarlo y contrajo los glúteos hacia delante. Levantó una mano y fue a cogerlo del pelo, nublada por las sensaciones que disparaba.

Hurricane la inmovilizó agarrándola por la muñeca. Tiró de ella para doblarla sobre sí misma de manera que quedaran lo bastante cerca para que pudiera ver sus ojos brumosos, enturbiados por la irritación y el placer.

—Te he dicho que no te muevas, ¿verdad? Parece que no quieres correrte.

Le soltó la muñeca para tomarla por la barbilla y deslizar el pulgar húmedo entre sus labios entreabiertos. Maxine notó el sabor de su propio sexo cuando, despacio, se lo introdujo en la boca. No fue tan consciente de que le presionaba la lengua con la yema como de la mirada oscura que él le dirigía, de que la sondeaba como si deseara devorarla.

Maxine contuvo la respiración y asintió, revolviéndose de forma discreta en un pedido silencioso. Su entrepierna empezaba a lamentarse por su ausencia. Lejos de apagar el ardor, la pausa había provocado que se extendiera por todo su cuerpo de manera que le latía incluso el centro de la garganta.

Hurricane se humedeció los labios muy despacio, procurando que ella lo viera, antes de empujarla por el pecho para que se fuera tendiendo sobre la mesa. Se clavó las anillas de un archivador, pero no le supuso ningún problema porque enseguida arqueó la espalda, sacudida por un espasmo generalizado. Hurricane había vuelto a cubrir su sexo, y lo acariciaba impíamente con envites de la lengua que no debían parecerle suficientes para saciarse, porque arremetía una y otra vez con ansiedad. Maxine intentó mover las piernas, la cabeza, lo que fuera. Necesitaba liberar la presión que le bloqueaba la respiración e iba provocándole una tensión muscular tal que creyó que le darían calambres en los dedos.

Para asegurarse de que se estaba quieta, Hurricane la agarró de los tobillos con firmeza. No se los soltó ni siquiera cuando Maxine empezó a revolverse, sollozando súplicas; víctima de un orgasmo que descendió sobre ella con la fuerza de un tornado. Abrió la boca y gimió, temblando de la cabeza a los pies, liberando el aire que le había faltado todo el tiempo y que había pensado que sería capaz de contener por el bien de su conciencia.

Pero la conciencia se le había evaporado después del latigazo de placer, y tuvo que permanecer tendida boca arriba, cubierta de sudor, mientras volvía en sí misma.

Tuvo que tardar un buen rato en recuperarse, porque lo único que la devolvió a la realidad fue el peso de un taco de papeles grapado que cayó sobre su pecho, aireándole los rizos.

Lo siguiente que oyó fue la voz de Califa.

—Muy bien, novata. Firma los papeles y nos vemos en Tailandia.

Capítulo 12

Carey ayudó a Maxine a abotonar el vestido por detrás y le alisó con los dedos las arrugas que se le formaban en la cintura. Aunque Califa, Angel Face y Hurricane la habían dejado sola para recuperarse de la sesión, todavía estaba ruborizada, como si el amo siguiera entre sus piernas.

Cuando se dio la vuelta, comprobó que no se había equivocado al asumir que Carey estaría sonriendo sabedora.

—Ni una palabra —le advirtió Maxine con voz temblorosa.

Carey fingió echarle la llave a la comisura del labio y lanzarla a la espalda, pero ni siquiera le había dado tiempo a Maxine a reacomodarse la melena cuando tomó la palabra.

—Creo que deberías reunirte con Hurricane. Estará esperándote en el reservado para hablar de vuestro nuevo acuerdo.

El corazón se le encogió de pensarlo. Aquello no podría catalogarse de cita de ninguna de las maneras, pero sería la primera vez en casi dos años que Maxine se sentaba a solas con un hombre que no era su pareja.

—Tendré que esforzarme para que no se me suban los colores cuando utilice términos como «lluvia dorada».

Carey se rio y le recolocó un rizo que se le había cruzado de una sección del pelo a la otra.

—No lo hagas. Si se ha ofrecido a ser tu amo, es porque le gustas tal y como eres, con tus inocentes sonrojos incluidos. —Le guiñó un ojo—. Te acompaño al palco y me voy, que no puedo perderme la reunión con la agencia.

Maxine se dejó guiar con la garganta atorada. No la ayudaba que Carey le dijera que podía gustarle a Hurricane, porque su plan no consistía en conquistar corazones distintos al de Dylan. Además, desde el primer momento tuvo la impresión de que Hurricane era inconmovible. No por eso le parecía frío o cruel, solo incapacitado para experimentar determinadas emociones. De todos modos, tratándose de un amo, tarde o temprano acabaría mostrando su lado cruel.

Tal y como Carey había predicho, Hurricane estaba sentado en una de las sillas altas que pegaban al barandal del palco. Le habían servido un par de dedos de whisky con hielo en un *old-fashioned*, que meneaba con aire distraído sujetándolo por el borde. Su perfil estaba orientado a la labor de limpieza del servicio, que trabajaba con disciplina espartana, y al ensayo de las bailarinas, quienes reían mientras probaban canciones en el equipo de música.

Como si pudiera olerla, Hurricane se enderezó y clavó en ella una mirada que hablaba por sí sola.

No tuvo ni que decirle que tenían una conversación pendiente.

Maxine presionó los papeles grapados con los dedos, que sujetaba muy cerca de su pecho en un burdo intento por protegerse de lo inevitable.

—Llámame esta noche con las novedades —le pidió Carey en voz alta. La besó en la mejilla y desapareció agitando los dedos en dirección a Hurricane. Este correspondió su adiós con un cabeceo sutil antes de volver a concentrarse en Maxine.

Suspiró al ver que la silla compañera no era apta para las mujeres de estatura media, y se agarró del respaldo para encaramarse. Su metro sesenta no colaboró y por poco resbaló hacia atrás cuando el pie no encontró agarre en la base de la silla.

El amo se levantó y le ofreció la mano como apoyo para que se subiera. La aceptó sin otro remedio, y fingió que no había captado su amago de sonrisita divertida con el rabillo del ojo.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó, solícito—. Los camareros no han fichado todavía, pero el bar del palco está a nuestra disposición.

Maxine se alegró de que por lo menos fuera educado. No sabía qué habría hecho si hubiera resultado ser uno de esos amos sobre los que había leído, aquellos que llevaban el papel de sádicos a cada ámbito de la vida cotidiana.

—Pues... —Clavó la mirada en el whisky—. Me gustaría algo más colorido que eso. Estoy en un pub donde la gente se llama como los cócteles; lo mínimo es probar uno, ¿no?

—¿Como por ejemplo?

—¿El hurricane?

Maxine se quedó pasmada al ver que él mismo asentía, todavía con la levísima sonrisa que le había provocado su torpeza, e iba hacia la barra del fondo para prepararlo con sus propias manos. No desaprovechó la ocasión para admirarlo a sus anchas.

Mientras Hurricane se desplazaba entre las vitrinas y sacaba una copa huracán y la botella de ron, Maxine se fijó en la manera que tenía de hacer las cosas, con una impaciencia magníficamente disimulada, como si, en señal de respeto a su acompañante, se esforzara por posponer el ataque de nervios que se cernía sobre él. Porque parecía que algo grave se cociera bajo la piel bronceada. Sus músculos se tensaban de forma dolorosa al llevar a cabo gestos naturales que no requerían ningún esfuerzo, y esa circunspección suya, presente desde que lo conoció, sugería que le rondaban pensamientos tormentosos incluso en los momentos más insospechados. Cuando tenía a una mujer de rodillas ante él, por ejemplo.

Observó que vertía zumo de limón en el recipiente con el jarabe color escarlata y lo meneaba con concienzudos movimientos de muñeca. Maxine se ruborizó, recordando la manera en que la había tocado hacía tan solo unos momentos; con la dedicación perfeccionista de un relojero suizo, la misma con la que parecía que lo hiciera todo para sacar provecho del tiempo que podía pasar alejado de sí mismo.

Cortó una rodaja de limón, clavó la pajita de metal en un extremo y se acercó a la mesa con el cóctel en una mano y una cereza en la otra. Hurricane se llevó una a la boca y la separó de su hermana gemela con los dientes para acto seguido dejar caer sobre los hielos la que no había tocado sus labios, rabito incluido.

—Gracias —balbuceó Maxine, abrazando la copa con las dos manos. Posó primero la mirada en la cereza del hurricane con un nudo en la garganta, y luego alzó la mirada con timidez para ver cómo él se sacaba el palito de la boca para dejarlo caer sobre el cenicero de la mesa.

Sus miradas se encontraron un instante, y Maxine supo que tenía que darle un sorbo. Lo hizo con desconfianza. El alcohol no era su amigo. No le sentaba bien porque le costaba controlarse cuando empezaba a beber, y le daba por decir verdades que no habría confesado ni ante sí misma.

El líquido refrescante bajó por su garganta. Primero notó el regusto del maracuyá, y después el distinguible ron.

—¡Es dulce! —exclamó, gratamente sorprendida.

Él cabeceó con sutileza y agachó la mirada hacia su propia copa, que solo acarició con un dedo.

—Solo de vez en cuando.

Maxine pestañeó en su dirección, y comprendió que no podían seguir posponiendo el momento de la verdad. Sí que se preguntó en su fuero interno si se habría empleado a fondo preparando el cóctel para que ella tuviera la oportunidad de relajarse antes de la conversación.

—B-bueno... —Se aclaró la garganta—. ¿Qué...? ¿Qué hacemos?

Por fortuna para ella, que quiso abofetearse por la estúpida duda, él solo apoyó la mejilla en la mano y la miró, pensativo.

—He pensado que podríamos conocernos un poco.

—Ah, sí, claro. —Maxine sacó pecho a fin de mostrarse dispuesta a colaborar. Le dio otro sorbo rápido al cóctel, que estaba delicioso, y luego lo puso a un lado—. Me parece muy bien, porque la verdad es que ahora mismo estoy un pelín... En fin, agradecería intimar con mi compañero. O sea, no intimar como lo hemos hecho antes, sino como la gente normal —se apresuró a aclarar con las dos manos en alto—. Que no estoy diciendo que seas anormal, ojo; ni yo, claro, porque estoy aquí, al igual que tú... Solo quería que entendieras que no estoy acostumbrada a hacer estas cosas, lo que no significa que no vaya a dar lo máximo de mí en esta experiencia, y que me complacería tratar contigo fuera de la cama, porque si no charláramos antes, me resultaría muy violento... ¡Que no es que lo hayas hecho mal, claro! —Se ruborizó—. Lo has hecho... o sea... tú... tú sabes de sobra cómo lo has hecho, no tengo ni que decirlo, y ahora voy a cortar esta parte del monólogo para ir al quid de la cuestión, si te parece bien.

»Soy Maxine Sagal, pero eso ya lo sabes porque te lo dije el otro día. Y te preguntarás de dónde viene el apellido, porque no suena muy norteamericano. Pues resulta que es indio, o, por lo menos, es en India donde está más presente, pero mi padre, que es quien me lo dio, obviamente —recalcó con un cabeceo—, no es indio, sino argentino. Verás, es que mi abuelo emigró a California siendo muy joven, cuando mi padre tenía seis o siete años, y ya se quedaron aquí. Y mi padre me ha hablado en castellano toda mi vida, desde que era un bebé, por eso lo hablo muy bien. Tan bien que decidí estudiar la lengua en profundidad en la carrera, para abrazar mis raíces... y porque era lo que se me daba mejor, no te voy a mentir. Soy demasiado comodona. Vamos, una conformista, ¿sabes? Si hago algo en condiciones, pues lo sigo haciendo. —Alzó la mirada y observó que él apartaba la mano de la cara y se incorporaba muy despacio con los labios entreabiertos, como si le hubiera dicho algo extraordinario. Eso le dio el valor para seguir hablando—. Total, que me matriculé en la estatal, en Long Beach, aprobé con muy buena nota y me hice profesora de instituto.

»Si mis alumnos supieran dónde estoy ahora, se echarían las manos a la cabeza..., pero, en fin, no creo que se enteren, porque aquí no permitís que entren menores, ¿no? Claro que muchos de ellos ya están graduados, han cumplido la mayoría de edad y podrían pasarse por Vesper’s. Dios, eso sería... —Se estremeció—. Bueno, no sería para tanto porque ya no trabajo. Soy ama de casa. O lo era. Ahora mismo estoy en el limbo. No tengo hijos, ni tampoco novio... O sea, sí lo tengo, pero nos estamos dando un tiempo, y... —Echó una mirada alrededor para disimular que le había temblado la voz al decir aquello último—. No sé qué más decirte. Mi vida es muy aburrida. ¿Qué hay de ti? Cuéntame algo. Por favor —apostilló, desesperada.

Hurricane tardó unos segundos en encontrar las palabras. Durante el silencio, Maxine lanzó una mirada hacia abajo para huir del juicio de su acompañante. Sonaba *Under The Influence* de Chris Brown.

Las *pole dancers* se habían colgado de sus barras para practicar con la ropa interior.

I don't know what you did, did to me
Your body lightweight speaks to me
I can make it hurricane on it[7]

Pensó que era una letra muy conveniente, e inquieta por el erotismo que envolvía cada rincón del club, volvió a centrarse en Hurricane. Este se peinó la ceja con el dedo y se humedeció los

labios con una expresión que Maxine no comprendió hasta que dijo con paciencia:

—En realidad, con lo de conocernos me refería a hablar de nuestros límites en el rol. Pero me ha sorprendido que tengas ascendencia latina —agregó con una pequeña sonrisa para hacerla sentir mejor—. Pareces irlandesa.

Maxine quiso que se la tragara la tierra. Lo que había visto en su semblante durante el monólogo era la risa contenida, y se había incorporado de pronto para escucharla con atención porque quería corregirla, pero con el parloteo no le había dado la oportunidad.

—Es porque mi madre es... Dios, qué vergüenza —balbuceó con un hilo de voz, acercándose el cóctel para dar tres sorbos compulsivos.

—Ha sido error mío. No me he expresado con propiedad —la apaciguó en tono amable—. Pero ya que estamos sincerándonos, confieso que no esperaba volver a verte. Habría jurado que la otra noche tuviste suficiente.

La observaba con una mezcla de cautela y desconfianza, como si de algún modo le hubiera traicionado al regresar.

—Si yo te contara —suspiró ella—. No habría vuelto si mis circunstancias no hubieran cambiado.

Hurricane enarcó una ceja interrogativa.

—¿Que son...? Supongo que tienen que ver con aquel novio masoquista.

—Me sorprende que te acuerdes.

Y lo decía en serio.

—No suelo verme en situaciones como la de aquel día. Sabes cómo hacer una entrada en la vida de un hombre.

Maxine contuvo la respiración. Sería ridículo interpretar su respuesta como un flirteo, pero de solo pensar que se le pudiera insinuar, la sobrevino un miedo infundado.

Solo se le ocurrió contrarrestarlo con la verdad.

—Mira, yo... yo... voy a ir a Tailandia porque quiero recuperarlo —confesó con voz aguda—. Es importante que lo sepas porque, una vez esté allí, procuraré acercarme a él, y no me gustaría que eso te sentara mal, o que quisieras azotarme por ir en busca de otro hombre... y todo eso. —Hizo una pausa para organizar sus pensamientos. Acabó dejando caer la cabeza entre las manos —. Escucha... —retomó, masajeándose las sienes—. No sé cómo he acabado el día así, pero... mi objetivo es que haya el menor contacto físico posible, porque no llevo muy bien el asunto de las infidelidades, y aunque ahora él y yo estamos en un punto muerto, la culpabilidad no me dejará vivir si me excedo durante el viaje, ¿comprendes lo que te digo?

Hurricane asintió muy despacio. No le pareció que estuviera decepcionado.

—Lo comprendo, pero es una decisión un tanto quimérica, ¿no crees? Va a ser imposible que no tengas contacto físico. No ya conmigo, sino con otros participantes. No podrás ir de puntillas durante las dos semanas.

—Lo sé, lo sé, solo digo que, si puedo evitarlo..., me gustaría hacerlo. —Lo miró suplicante —. Soy consciente de que te estoy pidiendo demasiado. Si me has elegido como sumisa tuya, es porque pretendes... pasártelo bien, y es muy halagador, te lo aseguro. Muy muy halagador, porque si no tuviera novio, me gustarías muchísimo, ya te digo que sí, seguro que me obsesionaría una barbaridad y no te dejaría ir solo a ninguna parte —exclamó con las manos en alto—, pero...

—Descuida —la cortó con delicadeza—. Las parejas se forman para quedar bien en el papel. Luego no tienes por qué estar pegado a ella.

Maxine abrió la boca para agradecerle su empatía, pero entonces cayó en la cuenta de un

detalle crucial que había pasado por alto y empezó a marearse.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Hurricane—. Te has puesto pálida de repente.

Maxine hizo un esfuerzo por recuperar el habla.

—¿Todo el mundo... va en pareja?

—Sí. Y si la pareja te falla, como ha sido mi caso, te quedas fuera. ¿Por qué?

—Dios —jadeó—. Dios... Dios...

Hurricane se enderezó, alerta.

—¿Qué ocurre?

—Mi... mi... novio... pretende asistir al encuentro. Y eso significa que... —Buscó la mirada de Hurricane con el horror grabado en el rostro—. ¿Cómo puedo averiguar con quién va?

—Estoy casi seguro de que es información confidencial de la que solo dispone Califa, y, conociéndolo, no querrá enseñarte la lista de participantes por razones de seguridad.

—¿Y dónde está la lista? ¿Dónde la puedo ver?

—En su despacho, quizá.

Maxine asintió con la cabeza de forma frenética, cada vez más nerviosa.

Lo más probable era que no reconociera el nombre de la mujer que acudiría con él, por lo que ¿de qué le serviría verlo sobre el papel? Sobre todo cuando en solo una semana podría verle la cara a la susodicha.

¿Dónde la habría conocido? Dylan le juró que Carey había sido la primera y única, y que no había vuelto a recurrir a las dominatrices de la web para encontrar satisfacción después de la separación. ¿Le habría mentido? Porque no podría volver a pasar por una experiencia similar a la que sufrió con Dave. No soportaría el dolor, el sentirse insuficiente, la soledad, la desconfianza a la hora de establecer vínculos nuevos...

La humillación.

—Necesito verla —determinó con voz temblorosa.

—¿La lista? —Hurricane estaba perplejo, pero se esforzaba por mostrarse compasivo, como si entendiera su angustia a un nivel que no estaba al alcance de todo el mundo—. Maxine, no creo que sea buena idea que te infiltres en el despacho de Califa y rebusques entre sus pertenencias. Lo mejor que te puede pasar si te pilla es que tache tu nombre, y lo peor... no quieres saberlo.

—Estoy dispuesta a arriesgarme. Quiero saber quién es la mujer con la que va, y de dónde la ha sacado, y... y él no me lo va a decir, porque a lo mejor me ha engañado, o me está engañando, o... —Se concentró en Hurricane en cuanto recordó que estaba ante uno de los amos más deseados del club—. Es posible que tú la conozcas, ¿no? Si vieras su nombre, ¿sabrías quién es?

—Reconocería su apodo, pero no su nombre propio, y lo más probable es que Califa los tenga apuntados con sus datos personales.

—Bueno, me puedo conformar con un nombre propio. Podría buscarla en redes sociales y ver si se tienen agregados en Facebook —murmuraba en voz alta. Se bebió lo que quedaba del cóctel de un trago y se bajó del taburete tambaleándose, no tanto por la ingesta acelerada como por la desorientación—. Es fácil pillar una infidelidad gracias a esos detalles, ¿sabes? Yo empecé a sospechar que mi novio de la universidad me los ponía porque los dos subían fotos en el mismo sitio con apenas unas horas de diferencia.

Hurricane se puso en pie también y le bloqueó el paso tan solo posando una mano sobre su hombro. Ella echó la cabeza hacia atrás para exigirle que se apartara, pero el contacto visual logró que pusiera los pies sobre la tierra.

—Maxine, cálmate —le dijo con voz tenue—. Si quieres encontrar la lista, yo te ayudaré, ¿de acuerdo?, pero no hagas nada que ponga en riesgo tu participación. Si echan a alguno de los dos,

el otro se queda en tierra, y no quiero verme fuera del evento.

—Vaya, sí que tienes ganas de hacer el guarro —balbuceó para sí, pero también lo bastante alto para que él la escuchara y enarcara una ceja—. No he dicho nada —se apresuró a aclarar—. ¿De verdad me vas a echar una mano?

—Si no lo he entendido mal, en el caso de que Califa anote a los participantes con su apodo, necesitarás a alguien que te señale quién es la dominatriz de tu novio, ¿no? Y creo que sé dónde está la lista, lo que te facilitará la tarea y evitará riesgos innecesarios. Califa nunca introduce información sensible en ordenadores. Le hackearon una vez el sistema de su antiguo club, en San Francisco, y no quiere arriesgarse, así que los anota a mano.

Maxine pestañeó deprisa.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Califa es amigo mío. Pero no tanto como para que se tomara bien que le pidiera un favor —agregó por si las moscas, previendo lo que Maxine le pediría.

—Vale... y... ¿la cogemos ya? —propuso, nerviosa.

Hurricane asintió con la cabeza una sola vez.

—Mejor ahora que cuando el club se llene de gente. A estas horas aún no ha llegado seguridad, y me consta que ahora mismo solo hay cuatro personas en la planta superior: Califa, Angel Face..., tú y yo.

Capítulo 13

En cuanto cruzaron el umbral del despacho de Califa, que había sido abandonado hacía rato por su propietario, Hurricane extendió un brazo delante de Maxine para frenarla.

—Si me pillan a mí, se creerán las explicaciones que dé —le explicó, escrutando la estancia con gesto impenetrable—. A ti aún no te conocen, y no dudes que les ha extrañado que aparezcas de repente exigiendo que te incluyeran en la lista. Quédate vigilando; yo investigaré por aquí.

A Maxine le pareció buena idea y asintió, aunque extrañada porque hubiera pasado de intentar convencerla para olvidarse de la lista a ofrecerse a rescatarla él mismo. Supo que era un buen hombre en el preciso instante en que la siguió hasta los baños de Vesper's para tenderle su blusa y consolarla sin ápice de fastidio —si lo sintió, al menos no lo exteriorizó, lo que era de agradecer—, pero exponerse a que Califa le diera unos buenos azotes era ya el súmmum de la generosidad. No tenía por qué apiadarse de ella cuando esos eran los riesgos.

Le había ofrecido una buena explicación, aun así. Sin Maxine, no podría viajar a Tailandia, la que era su prioridad.

Lo vio comprobar desde cada uno de los accesos que no había moros en la costa.

Al despacho de Califa se podía entrar por tres puertas: la que ella protegía, que daba al palco exterior, y una en cada costado. Los propietarios debían de confiar al máximo en su servicio de limpieza y sus bailarinas, porque ambas estaban abiertas de par en par. Fue gracias a este descuido que Maxine pudo oír el sonido del agua de la ducha, señal de que alguno de los dos —o tal vez ambos— estaban ocupados en el baño.

Mientras ella husmeaba cuanto se lo permitía la obligación de mirar cada tanto por encima del hombro, Hurricane abrió los cajones del escritorio y revisó por encima las carpetas señaladas.

Sus miradas se encontraron un segundo. Él negó con la cabeza.

—No los tiene aquí —resolvió en voz baja—. Deben de estar en su dormitorio. Creo que allí guarda los papeles importantes.

—¿Y dónde está su dormitorio? —respondió Maxine en el mismo tono.

Le hizo un gesto con la barbilla para invitarla a seguirlo. Ella obedeció, manteniendo la distancia necesaria para cubrir sus espaldas y echar a cada tanto una mirada hacia atrás. Pronto estuvieron en el corazón de lo que comprendió que era un apartamento.

Le costó entender la distribución de las habitaciones superiores, que le recordó a la casa de Bilbo Bolsón. La vivienda parecía haberse pensado como un laberinto para que los ladrones se perdieran, pues no había pasillos. Las estancias eran separadas unas de otras gracias a marcos monumentales con forma ojival, estos sin puerta. Para ir al baño tendrían que pasar por la cocina y por el dormitorio.

Llena de curiosidad por el diseño arquitectónico, se sumió en un silencio solo alterado por el agua de la ducha y la suave melodía de una canción lejana. Hurricane no tardó en descubrir dónde estaba el dichoso dormitorio, por el que se accedía a un segundo despacho mucho más modesto.

El corazón de Maxine dejó de latir. Estaba segura de que la sala a la que daba el palco, aquella donde había estado apenas unos minutos atrás, era solo el recibidor donde Califa le daba la bienvenida a las visitas. Era ahí, en las entrañas de su propia habitación, donde guardaba sus documentos.

Hurricane comprobó que no había nadie por allí y fue directo al escritorio. Ella se quedó de

pie bajo el marco que unía la oficina con el dormitorio para vigilar. Se fijó, con el pulso acelerado, en los movimientos pacientes de Hurricane; tenía prisa, porque se movía con rapidez, pero no se le veía agobiado. Maxine, mientras tanto, lanzaba miradas por encima del hombro, intranquila. A la cuarta o quinta revisión, reparó en un borrón blanco en la periferia de su visión y descubrió con horror que Angel Face había entrado en la habitación ataviada con la minúscula toalla de la ducha.

Y no parecía que estuviera de paso.

Maxine gesticuló hacia Hurricane para advertirle de la presencia indeseada y, aprovechando que la joven estaba de espaldas, corrió de puntillas para esconderse detrás de un grueso biombo barroco.

Quiso abofetearse unos segundos después. Si Angel Face no era una exhibicionista, iría a cambiarse allí, justo donde ella estaba. Cerró los ojos y blasfemó moviendo los labios. Empezó a sudar por el miedo a que la descubrieran. La joven, en cambio, era ajena a su presencia. La música que tenía puesta y que ahora sonaba con claridad ayudaba a sofocar la agitada respiración de Maxine, lo único que podría haberla delatado junto con los pies que se verían debajo del biombo si Angel Face se agachaba para comprobarlo.

«Cosa que es improbable que suceda», se consoló con alivio.

Se inclinó para echar una ojeada por una de las rendijas que dejaban los pliegues del biombo, lo bastante amplia para ver que Angel Face apoyaba una rodilla sobre el taburete del tocador, una magnífica obra de ebanistería antigua, para acercarse al espejo con una brocha en la mano y una paleta de sombras en la otra. Se estaba aplicando maquillaje mientras tarareaba la canción, un tema de reguetón muy viejo que se sabía de memoria y cuyas míticas estrofas cantaba en voz alta con un acento castellano perfecto.

Había estado en lo cierto al suponer que era latina.

Se arriesgó a que la pillara retirándose del biombo y asomándose de nuevo bajo el umbral para comprobar que Hurricane estaba teniendo éxito en su misión. No era la clase de subidón de adrenalina que había pensado que viviría en Vesper’s, pero no pudo quejarse cuando vio que el amo hojeaba una serie de papeles grapados antes de asentir, satisfecho, y sacar el móvil del bolsillo trasero del pantalón para echarle una foto.

Estaba a apenas minutos de descubrir quién era la dominatriz de Dylan.

Hurricane miró a un lado y a otro antes de abandonar el segundo despacho con el iPhone en la mano. Maxine señaló con la cabeza hacia el interior del dormitorio. Él comprendió que se refería a que tenían compañía y, en cuanto cruzó el umbral, se reunió con ella detrás del biombo.

Fue la decisión acertada, porque segundos después, Califa apareció por otro de los accesos mirando la pantalla de su móvil.

—Te has vuelto a dejar el grifo abierto —dijo sin mirar a Angel Face, concentrado en teclear —. Y encima no me has dicho que te ibas a duchar. ¿Desde cuándo no quieres compañía?

Maxine estuvo a punto de suspirar de alivio antes de acongojarse de nuevo: si se hubieran demorado un solo segundo más, Califa habría cazado a Hurricane con las manos en la masa. Lo miró para compartir su angustia, y captó que él ya la estaba observando como si quisiera descifrarla.

¡Como si no fuera ella un libro abierto!

Él movió los labios para transmitirle un mensaje silencioso.

«¿Quieres revisar la lista ya?».

Maxine desvió la mirada al bulto del bolsillo donde había escondido el móvil. Ese móvil que contenía información capaz de romperle el corazón una vez más. Tragó saliva, y aunque le

picaron los dedos por la necesidad de destapar el pastel, se dijo que lo más sensato sería esperar a estar a solas. Confirmar de una lectura rápida la traición de su prometido, ver que Dylan Bradbury aparecía junto a un nombre femenino, tal y como lo hacía el de ella en los diferentes diseños de las invitaciones de boda que había estado eligiendo, haría que perdiera los nervios y delatara su presencia en el dormitorio.

Sacudió la cabeza a su pesar.

—¿Ya te estás preparando para el show de esta noche? —oyó que decía Califa.

Había levantado la mirada de su *smartphone* a tiempo para ver a Angel Face empezando a moverse al ritmo de *Need To Know*, de Doja Cat. Maxine captó la sonrisa ladina del mandamás mientras se acercaba a ella por detrás como un depredador al acecho.

Había algo animal en él, de eso estaba segura.

Angel Face lo ignoró y siguió aplicando rímel mientras canturreaba, castigándolo por quién sabía qué razón. Él no aceptó su desdén y la rodeó por detrás con unos brazos posesivos que se cerraron sobre su vientre como un cinturón. Ella culebreó para librarse de su contacto, exagerando su indignación, y se escabulló por su costado con el lápiz de ojos en la mano. Cuando hubo puesto suficiente distancia entre los dos, le lanzó un beso envenenado, y siguió bailoteando al ritmo de Doja Cat.

Califa se quedó donde estaba de brazos cruzados, admirándola de lejos con un brillo en la mirada que hizo que Maxine se sintiera abochornada, consciente de que no debería estar allí. Formaban la clase de pareja que, sin necesidad de tocarse, incomodaba a terceros incluso en contextos informales. Era por el aire que flotaba entre los dos, comprendió, impresionada. La atmósfera estaba saturada de una energía magnética que no pasaba desapercibida.

A Califa no le importaba sufrir una descarga, porque se acercó a Angel Face de nuevo, esta vez más despacio, como si así fuera a obtener un resultado distinto. Debía conocerla lo suficiente para saber con qué actitud sería bienvenido cuando estaba molesta. Le rodeó los hombros con las manos y las deslizó por sus brazos desnudos. Continuó por los pliegues de la minúscula toalla, e hizo ademán de quitársela arrugando el borde inferior con una mano crispada. Su expresión contenía el doloroso deseo que estaba a punto de desatar. Ella estaba tan encantada con su sufrimiento que se dio la vuelta y movió las caderas contra él sin preocuparse por las consecuencias.

Califa gruñó y le retiró la larguísima melena para propinarle un mordisco juguetón en el hombro. Angel Face soltó un gritito divertido y luego una carcajada, pero no dejó de bailar hasta que él la giró y la inmovilizó contra su pecho.

—¿Por qué estás enfadada conmigo? —murmuró Califa, tan cerca de sus labios que podría haberla besado. Angel Face giró la cara para que tuviera que conformarse con frotar la boca entreabierta contra su suave mejilla—. No me digas que te has puesto celosa del cachorrito que nos ha visitado. Pensaba que habíamos superado esa fase.

Angel Face no contestó, a lo que Califa le devolvió el dulce castigo siendo quien frotara sus caderas contra las femeninas.

Maxine sintió que empezaba a quemarle el bajo vientre, como si fuera ella la que estaba notando el ardor de Califa entre sus piernas.

Observó que la joven cerraba los ojos y echaba la cabeza hacia atrás con una media sonrisa turbada por la sensualidad de su amo. Se relamió antes de ponerle la mano sobre la bragueta del pantalón, otro gesto que le provocó un caluroso estremecimiento interno. A la par que presenciaba el momento, era consciente de su posición y de lo que le quedaba más cerca: el biombo, la pared... y Hurricane, al que oía respirar a su espalda. El que, para colmo, estaba

viendo sin ningún derecho lo mismo que ella.

—*What's your size?*[8] —cantó Angel Face a la vez que Doja Cat.

—Creo que eso lo sabes muy bien —respondió él con una sonrisa maliciosa.

La joven se encogió de hombros, pizpireta.

—*I just can't help but be sexual...*[9]

Él se rio mientras le rodeaba la nuca con la mano para atraerla hacia su cuerpo.

—Y eso lo sé aún mejor.

Angel Face le negó el beso ladeando la cabeza con gesto de suficiencia.

—*Tell me your schedule, I got a lotta new tricks for you, baby...*[10]

—Pues resulta que estoy libre ahora —replicó, pegando la nariz a su mejilla y frotándola como un gato sediento de cariño. Eso parecía el gran Califa en ese momento, un animalillo necesitado de su dueña.

Ella sonrió, sin dejar de bailar y de cantar, y por fin le echó los brazos al cuello.

—*Might just fuck him with my makeup on... I will.*[11]

Él soltó una carcajada ronca a la que Maxine reaccionó como si se hubiera reído contra su oído. Vio que la tomaba en brazos, cortando la cháchara de raíz, y que ella le rodeaba la cintura con las piernas para dejarse llevar hasta la cama, semicubierta por un grueso dosel de terciopelo.

Maxine sabía que no debía mirar, pero los dos lanzaban chispas. Eran hipnotizadores. Su cuerpo empezó a arder cuando Califa se tendió sobre la menuda Angel Face y le retiró con los dientes la toalla, cuyo nudo había comenzado a deshacerse a raíz de la caída libre sobre el colchón. Observó que las manos femeninas trepaban desde las nalgas de él para sacarle la camisa del pantalón y luego arrojarla al suelo.

Los músculos flexionados de Califa se tensaron con la tierna caricia con la que ella le recorrió la línea marcada de la espalda, primero de abajo arriba, después de arriba abajo, y finalmente más abajo para retirarle los pantalones lo justo y necesario. Angel Face se revolvía contra la prisión de su cuerpo como si tuviera el diablo dentro. Maxine empezaba a sentirlo también, y agobiada por las sensaciones disparadas, dio un paso atrás para retirarse de la rendija.

Chocó sin querer con el cálido pecho de Hurricane.

Le habría gustado decir que no había reparado en su cercanía, pero había notado el calor de su piel incluso sin estar en contacto con ella. De lo que no se percató hasta ese momento fue de que él también había sido víctima de la escena, porque notó el bulto del pantalón apretado contra sí al no retirarse enseguida.

Maxine quiso aprovechar que los dueños estaban ocupados el uno con el otro para escabullirse, pero el vientre le ardía y se sentiría menos azorada por sus reacciones corporales si él le cubría la espalda. Y eso hizo. Hurricane se inclinó sobre su hombro, haciéndole cosquillas en el cuello con los mechones más largos de su pelo. Oyó su respiración irregular, y, en respuesta, Maxine jadeó con disimulo. O tal vez no fue en absoluto discreta, porque él le rodeó el vientre con una mano y la presionó contra sí para que la erección cobrara protagonismo.

Notaba la sangre bombeando en su sexo, los pezones tan endurecidos que empezaban a dolerle, y si hubiera tenido voz y descaro para rogar, le habría pedido a Hurricane que se hiciera cargo de ella.

Porque eso era lo que tendría que hacer a partir de entonces, ¿verdad? Atender sus necesidades.

Los roncos gruñidos de Califa y las respiraciones agitadas entre unos besos y otros llegaron a sus oídos, y ya no lo pensó más. Retrocedió hasta que supo que Hurricane estaba pegado a la pared, y arqueó la espalda para frotarse con su miembro. Oyó que él soltaba el aire bruscamente

muy cerca de su oído, y Maxine ladeó la cabeza, alineando la barbilla y el hombro, para sentir su aliento contra los labios o la mejilla; cerca, solo cerca, tan cerca como en sus sueños.

Hurricane le cubrió los pechos con las manos y la recostó contra su torso mientras le arañaba los pezones con los dedos, los frotaba y amasaba con rabia contenida. Incluso creyó que ronroneaba, complacido, con la nariz pegada a su pómulo.

Maxine se mordió el labio para no hacer ruido en el justo momento en que Angel Face emitía un lamento. Dicho lamento se convirtió en un suspiro antes de que la joven volviera a gimotear nombres y ruegos en castellano. Califa también se deshacía en halagos y carantoñas mientras la penetraba con desesperación. La llamaba Paula, mi Paula, Paulita, Lita; mi amor, mi cielo, mi vida, y alternaba esos apasionados clamores con violentas embestidas y confesiones sexuales que no hicieron sino escandalizar a Maxine.

Sobrecogida por lo que estaba presenciando, alargó las manos hacia atrás en busca de las caderas de Hurricane para pegarlo más. Él abandonó sus pechos, que consideró que había torturado suficiente, y metió las manos debajo de su vestido para abarcarle las nalgas. Hundió los dedos en su carne y le separó los cachetes para embestirla con las caderas, como si pudiera poseerla por encima de la ropa. Acompañó el empujón de un jadeo que le provocó un escalofrío placentero.

Maxine estaba tan fuera de sí que pensó que alcanzaría el orgasmo tan solo siendo manoseada, y habría pensado que era una locura imposible si él no le hubiera mordido el cartílago de la oreja y hubiera deslizado la lengua por el borde.

Perdió el control y se dio la vuelta para enfrentarlo. El corazón empezó a latirle desbocado al verlo con el puente de la nariz enrojecido. Sus ojos eran ahora de un gris tan oscuro que de lejos parecerían negros. Maxine quiso alargar las manos hacia los mechones largos que le enmarcaban la cara, enredar los dedos allí y tirar para besarlo como él la besaba en sus sueños, sueños incomprensibles pero maravillosos que, sin embargo, no podían compararse con lo excitante que era tenerlo allí delante.

Estaba vestido de la cabeza a los pies y, aun así, era tentador como el diablo mismo.

Él se humedeció los labios y ella pensó, conteniendo el aliento, que iba a besarla. Por un momento lo pareció, al menos, porque posó la mirada en su boca jadeante, y luego en su barbilla y en el escote del vestido, tan desesperado por poner los labios en alguna parte que se bloqueaba y no sabía por dónde empezar. Esa vulnerable indecisión la excitó, y le puso la mano sobre la erección para acariciársela por encima con la mente en blanco, el cuerpo en rojo; poseída por una ansiedad que pensó que podría matarla.

Hurricane le recogió los rizos en una coleta sujeta por su puño y tiró con suavidad hacia abajo para enterrar la cabeza en su cuello en un gesto de rendición que Maxine no comprendió, pero que la estremeció por dentro.

—Deberíamos irnos —le dijo entre dientes, respirando como si le faltara el aire. Pero con la otra mano le rodeó las nalgas y la apretó, impidiendo que siquiera soñara con salir de allí algún día—. De hecho, tenemos que irnos ya, Maxine.

Se negaba en rotundo. Tenía tan presentes sus fantasías recurrentes, el polvo con Dylan en el jardín de Cooper que fue, en realidad, un polvo con Hurricane, que no podía soltar al hombre que hiperventilaba delante de ella, afectado con su mera cercanía, sin obtener algo a cambio. ¿El qué? Una compensación por atormentarla mientras dormía, quizá, o por hacerla dudar de su amor incondicional hacia Dylan. O solo la satisfacción que su cuerpo, egoísta y desapegado de sus principios morales, insistía en que encontraría únicamente a través de él.

Pero Hurricane no pensaba igual, porque la agarró de la muñeca para apartarle la mano de la

erección justo cuando estaba a punto de alcanzar el orgasmo.

Maxine buscó su mirada, sin comprender el exabrupto, y se topó con su rostro ensombrecido.

—O nos vamos ahora —insistió con severidad—, o nos van a pillar.

Aprovechó que Maxine estaba aturdida para comprobar de una mirada rápida a través de la rendija que Califa y Angel Face seguían entregados el uno al otro. Aún sujetándola de la muñeca, tiró de ella y, sin apartar la vista de los dos amantes que eran ahora uno, pasaron a través del dormitorio con sigilo, luego a través del primer despacho, y así sortearon cada una de las habitaciones del laberinto.

Segundos después estaban en el reservado, donde Hurricane, aún con la mandíbula apretada por la contrariedad, le pidió que activara el AirDrop para mandarle la fotografía de la lista sin mediar palabra y marcharse acto seguido.

Estaban a salvo, se dijo Maxine, mirando la pantalla de su móvil sin verla en realidad.

Había conseguido lo que quería.

Pero, entonces..., ¿por qué se sentía decepcionada?

Capítulo 14

Aver... —Carey se giró hacia ella con un instrumento metálico en la mano—. ¿Qué es esto?

—Unas esposas —contestó Maxine, engolando la voz como si fuera idiota—. Incluso si no estuviera metida en el rol sadomasoquista, sabría lo que son.

Carey sonrió para su coleto antes de desplazarse por el pasillo de juguetes eróticos. Seleccionó uno al azar, cubrió la denominación del embalaje, y enarcó una ceja.

—¿Y esto?

—Es... —Maxine miró al techo en busca de inspiración—. ¿Estimulador de prepucios?

—¡Bingo! Estás en racha, querida. ¿Y el que tengo aquí?

—Unas bolas chinas —contestó sin pensarlo, envalentonada—. Ya has comprobado que he hecho los deberes. Ahora... —prosiguió sin ocultar su entusiasmo—. ¿Puedo contarte lo que he descubierto sobre la dominatriz de Dylan?

—Prefiero seguir jugando a esto, si te digo la verdad. El tema de Dylan me agota.

—Pues se llama Gia Kim —soltó de carrerilla— y participa en el rol de Vesper's bajo el seudónimo «White Lady». A lo mejor la conoces.

Había estado intentando contener el impulso de interrogar a Carey acerca de la misteriosa dominatriz, sospechando que no le haría ninguna gracia que tratara de conseguir información confidencial sobre la susodicha.

La curiosidad había sido superior a sus fuerzas.

Le había impedido dormir en toda la noche, que había dedicado a dar vueltas bajo las sábanas y alrededor de la habitación hasta que su padre había irrumpido, con su acostumbrada agresividad, para gritarle que dejara de hacer ruido.

Tal y como había previsto, Carey soltó los juguetes sexuales que había estado valorando y se giró hacia ella con fastidio.

—No tendrías que haberme dicho su nombre de pila, Max. En Vesper's utilizamos apodos por una razón —le recordó en tono de reproche. Luego suspiró, resignada—. Y ella, entre todos los participantes, es la que más razones tiene para no querer que sepan a qué se dedica.

—¡Entonces lo sabes! ¡Sabes de dónde ha salido!

Dejó de fingir que le interesaban los vibradores para ponerle toda su atención.

Carey había creído menester movilizarla hasta el mayor centro comercial de Los Ángeles, donde se encontraba una de las *sex shops* mejores surtidas de la ciudad. Había alegado que iba siendo hora de que Maxine se familiarizara con las herramientas que serían sus compañeras inseparables durante Fuego y Sangre. Maxine había accedido porque necesitaba que la ayudara a adquirir las prendas que encajaban con la etiqueta del evento.

—Resulta que hemos salido a tomar algo alguna que otra vez porque Hauture contrató a su agencia de publicidad —confesó a desgana—. Aparte de una empresaria de éxito, es una de las dominatrices veteranas. Llevaba casi una década de recorrido en el mundillo cuando desapareció. Fui de las pocas que se preocupó al notar su ausencia y que fue a preguntarle cómo estaba cuando volvió al club casi dos años después. Me lo agradeció bastante. Se notaba que necesitaba a alguien con quien desahogarse. —Le lanzó una mirada de advertencia a Maxine—. Por eso no pienso soltar prenda. No se merece que venda su información personal a una novia celosa.

Maxine la retó con la barbilla alzada.

—No me costará encontrarla en redes sociales.

Carey se giró hacia las estanterías con aire misterioso.

—Las redes sociales no te dirán lo que quieres saber.

—¿Qué se supone que quiero saber? —Puso los brazos en jarras, irritada—. Lo único que me interesa averiguar es si tiene una relación con Dylan, cómo se contactaron, y...

—En teoría —interrumpió con una ceja enarcada—, la misión secreta con Hurricane no terminó en cuanto le echó una foto a la lista de Califa, ¿no? Si no recuerdo mal, te prometió que te ayudaría a resolver tus preguntas sobre White Lady. ¿Por qué no se lo sonsacas a él?

Maxine se calló, incapaz de explicarle lo que había ocurrido en el dormitorio nupcial de Vesper's. Hurricane le hizo un favor marchándose acto seguido, o habría sido ella quien pusiera pies en polvorosa para no enfrentar lo sucedido. Ahora, en frío, no se explicaba cómo había podido dejarse llevar.

—Prefiero que me lo cuentes tú. Tienes más experiencia, entre otras cosas. Este es tu tercer año en Fuego y Sangre y él no ha ido nunca... de acuerdo a la información que tú misma me diste —apostilló enseguida.

No era del todo cierto. No creía más en la palabra de Carey de lo que confiaba en Hurricane, pero la ama no la descontrolaba hasta que su cuerpo le dejaba de pertenecer.

Carey se la quedó mirando de soslayo. Sabía que algo no cuadraba, pero le hizo un gesto a Maxine para que enfilara hacia la salida.

—No quieres verlo —dedujo con los ojos entornados—. Ha pasado algo, ¿no? Algo que no me has dicho.

—¡La que no me quiere decir nada eres tú! ¿Qué te cuesta darme algún dato de White Lady? No te estoy pidiendo su dirección postal, y, aunque la tuviera, no le mandaría un sicario ni cartas amenazantes con recortes de revistas. Solo dime qué clase de mujer es para no llevarme una sorpresa desagradable una vez esté allí.

—Quieres que refuerce tu autoestima y eleve tus esperanzas asegurándote que es fea con ganas y folla de pena, ¿no? —averiguó Carey con una sonrisa burlona. Maxine estuvo a punto de suspirar, aliviada. Había aceptado el cambio de tema en lugar de insistir en el delicado asunto de Hurricane—. Pues para tu información, White Lady es una mujer muy atractiva. Es difícil echarle años a la gente en esta ciudad; no sabes si tienen treinta años o un cirujano maravilloso, pero ella por lo menos aparenta la mediana edad. Me enseñó todo lo que sé sobre el bello arte de la doma. La conozco desde hace años, como te digo, por eso te puedo asegurar con pleno conocimiento de causa que Dylan y ella no se han empezado a tratar hasta hace diez minutos.

—¿Cómo lo sabes? —insistió con un nudo en la garganta.

Se estaba imaginando a Elsa Pataky.

—White Lady siempre ha tenido el mismo compañero: su marido. Como mucho se animaban de vez en cuando a hacer intercambio de parejas, pero permanecían juntos en todo momento. En función de lo que les apeteciera, adoptaban el rol activo o el rol pasivo. Se compenetraban de una manera que... —Suspiró, entristecida—. En los cinco años que llevo metida en esto, nunca he visto nada igual.

»La cosa es que su marido murió hace poco, y el luto de White Lady implicó dejar de lado Vesper's. No se le ha visto el pelo hasta hace unas pocas semanas, y en esas semanas no ha podido conocer a Dylan tan a fondo como para que tu novio te haya puesto los cuernos. Bueno, exnovio.

—Es mi novio hasta que se demuestre lo contrario. —Se mordió el labio en cuanto lo dijo, y no por el arrebato infantil, sino por compasión hacia una mujer que había decidido odiar. Estaba dispuesto a retirarle su desprecio, instigada por la empatía—. Pobre Gia.

Carey le lanzó una mirada de advertencia.

—Ni se te ocurra llamarla por su nombre de pila, Maxine.

—¡Solo lo he hecho delante de ti!

—¡No tienes que hacerlo delante de nadie, idiota!

—¡Por Dios! ¿Qué necesidad hay de obsesionarse con el anonimato? —siguió exclamando mientras se incorporaban al amplio pasillo entre los locales del centro comercial, plagado de compradores compulsivos—. ¡No es como si pertenecierais a una organización criminal! ¡Solo os gusta que os azoten!

Carey se rio y se agarró a su brazo antes de inclinarse sobre ella.

—¿Y qué te parece peor, pelirroja? —inquirió en tono sugerente—. ¿Un criminal, o un sadomasoquista? Porque hubo un tiempo en el que te parecían sinónimos.

—Mira —la cortó—, yo solo digo que lo de los apodos es... es... surrealista. Me da la risa de pensar que tengo que referirme a vosotros por apodos como Yellow Bird —recordó que se llamaba Carey. Bufó acto seguido, burlona, y Carey la castigó con un codazo amistoso—. Angel Face. White Lady...

«Hurricane», estuvo a punto de apostillar con la voz en falsete.

Las tres sílabas se le quedaron atascadas en la garganta.

Aunque hubiera podido pronunciarlo, no habría sonado burlón.

Por algún motivo, su sobrenombre sonaba diferente, quizá porque le iba como anillo al dedo. Había entrado en la vida de Maxine en un momento en el que no sentía que tuviera los pies en la Tierra, en el que parecía que el viento la hubiera desahuciado de su casa, igual que a una pobre Dorothy[12], y desde que aparecía hasta que se marchaba, tanto si lo hacía en sus sueños como si no, Maxine creía estar en el verdadero ojo del huracán. Su cuerpo entero reaccionaba igual que si una amenaza con la fuerza de una catástrofe natural estuviera a punto de llevársela por delante.

—A ti también te pondrán uno —la advirtió Carey, redirigiendo la marcha hacia la tienda de ropa interior. Tuvieron que esquivar a una familia numerosa que apretaba el paso en el sentido contrario—. A mí me parece original, o será que ya me he acostumbrado. Pero volviendo al tema que te interesaba...

»Me sorprende que White Lady se haya sumado a Fuego y Sangre. La última vez que hablé con ella, cuando se dejó caer por Vesper’s para mirar desde un palco en compañía de Califa, Angel Face y Rob Roy, me dio la impresión de que no estaría dispuesta a repetir con el mismo sumiso jamás por miedo a un mínimo compromiso. Tomar a Dylan como pareja para pasar dos semanas enteras en Koh Phangan... No sé, suena extraño. ¿Estás segura de que es ella la que le acompaña?

—Como del aire que respiro. A no ser que la lista esté mal. ¿Es un error que tú vas a Tailandia con dos hombres, Manhattan y Gin Fizz?

—Son un hombre y una mujer. Manhattan es mi encantador y dulce Elio, siempre dispuesto a complacerme, y Gin Fizz es mi *brat* indomable. Se llama Nova.

—Pensaba que no íbamos a dar nombres —le recordó con los ojos entrecerrados, exasperada y divertida a partes iguales.

Parecía que no hubiera aprendido la lección de los males que podría acarrear compartir información sensible, cuando su lengua larga había sido la causante de la amistad que ahora mantenían. Se rio pensando que se había negado en rotundo a hablarle de White Lady y había terminado soltando la sopa.

—A ellos les importa un carajo que los interpelen en público sobre sus fetiches sexuales. —Se encogió de hombros y se detuvo en medio del pasillo saturado para que una pareja pudiera pasar

por el lado. Miró a Maxine con una sonrisa ladina—. Nova se gana la vida gracias a *OnlyFans*, donde pregona sus gustos para el deleite de los pajeros que la siguen, y Elio es el *sugar baby* de un millonario al que le encanta ver cómo lo humillo...

Maxine dejó de escuchar cuando, en una de sus despistadas ojeadas alrededor, localizó un rostro conocido.

Dos hombres estaban de pie junto a la escalera mecánica hacia la que Carey y ella se dirigían. Uno le estaba tendiendo una carpeta al otro, que acto seguido la puso a buen recaudo en su maletín. Reconoció a Hurricane ya de espaldas en el simple ademán de tenderle lo que parecía documentación. Distinguiría la languidez de sus movimientos en cualquier parte del mundo.

Vestía unos sencillos vaqueros oscuros y un fresco jersey de cuello redondo sin ornamentos, de un blanco desvaído que destacaba su piel bronceada. Su acompañante debía de sacarle veinte años, y exudaba la clase de elegancia asociada a los hombres poderosos. Lucía un traje no especialmente caro, pero lo lucía con la comodidad de quien estaba acostumbrado a llevarlo a diario, y tenía el cabello canoso peinado hacia atrás con fijador.

Maxine se lo quedó mirando con especial interés, instigada por un ramalazo de familiaridad. Había visto antes a aquel tipo, estaba segura. Pero ¿dónde? ¿En una de las revistas que leía en la sala de espera del dentista? ¿En televisión? ¿Sería un amigo de Dylan? Recordaba haber estrechado la mano de cientos de ejecutivos como aquel a lo largo de las soporíferas cenas de negocios y actos benéficos a los que su prometido tenía que asistir por trabajo.

Conforme se iban acercando, Maxine se fue poniendo más y más nerviosa. Le extrañaba toparse con Hurricane en un sitio público y a plena luz del día. Hasta el momento no solo lo había asociado a los pecados de la nocturnidad, sino a un lado secreto de sí misma que nunca sacaría a relucir en determinados ambientes.

Como si la hubiera detectado entre el gentío, Hurricane ladeó la cabeza en su dirección, concentrado en una conversación que parecía profesional. Entonces, enfocó la mirada e hicieron contacto visual en la distancia.

—¿Ese es Hurricane? —jadeó Carey—. No me lo puedo creer. Parece obra del destino. Y que sepas que me he dado cuenta de que intentabas cortarme el rollo cuando te he preguntado por él. Eso es que pasó algo. ¡Vamos a saludarlo!

—¿Qué? —Maxine intentó evitarlo clavando los talones en el suelo y tirando del codo de Carey, pero esta seguía acudiendo con religiosidad al gimnasio y, además, recibía clases de defensa personal. Por el bien de su integridad física, no tuvo otra opción que resignarse—. Carey...

—Por favor, Max, que lo hayas conocido en un antro de perversión no quiere decir que tengas que ignorarlo por la calle. Ser masoquista y ser educado no están reñidos. —Se aproximó con paso seguro, arrastrando a una pálida Maxine. Por alguna razón, saludarlo le parecía descabellado. Temía que la marabunta de clientes del centro comercial averiguara tan solo leyendo su expresión qué clase de relación les unía, como si eso fuera posible—. Buenos días, caballeros. A usted no le conozco, pero a este canalla de aquí sí, o, por lo menos, un poquito mejor. Menuda casualidad, ¿no?

Maxine tenía a Hurricane por un hombre que podía rozar la frialdad con su cortesía. Como cabía esperar, en aquella situación no le costó poner su mejor cara.

—Una coincidencia, sí —contestó, mirando de forma fugaz a Maxine antes de palmearle el hombro al tipo de mediana edad a modo de despedida—. Mi jefe ya se iba, pero seguro que en otra ocasión podemos presentarnos.

—Nada me gustaría más —le aseguró el susodicho a Carey, a la que le guiñó el ojo con

coquetería—. Buenos días, señoritas.

Se marchó después de cabecear en su dirección, toqueteándose la corbata con una mano y aguantando el maletín ejecutivo en la otra. Hurricane le lanzó una mirada inexpresiva a su espalda hasta que desapareció entre la afluencia.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó por educación, metiéndose las manos en los bolsillos del vaquero.

Una parte de ella, la vanidosa, lamentó que hubiera tenido que verla de semejante guisa, con una simple camiseta de algodón sin sujetador debajo y una cazadora que no combinaba con los pitillos negros.

—Maxine tiene que cumplimentar el vestuario de Fuego y Sangre. Me ha sorprendido que este año pidan algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul en una categoría, como se recomienda llevar en las bodas. Me encanta el sentido del humor de la organización... —Carey sacudió la cabeza de pronto, inspirada por una idea—. Oye, ¿por qué no te vienes a la tienda de ropa íntima? Max se la va a comprar para el viaje a Tailandia, así que es un asunto que te concierne.

El corazón se le paró de pensar que Hurricane pudiera esperar al otro lado del probador a que se cambiara la lencería.

—¡Claro que no le concierne! No le concierne en absoluto —barbotó, agobiada—. Nada le ha concernido menos, vaya. De todas las cosas que le podrían concernir...

—Anda, corta el rollo ya, que, como te demos cuerda, sigues cotorreando hasta el día del Juicio Final. No sé si te has dado cuenta —continuó Carey, echando a andar. Esta vez agarró también el brazo de Hurricane, al que no le quedó otro remedio que dejarse llevar—, pero cuando Maxine se pone nerviosa, arranca a hablar como si no hubiera un mañana.

No supo qué la impulsó a ladear la cabeza en dirección a Hurricane y comprobar que curvaba los labios con aparente diversión.

—Me he fijado, sí —respondió, mesurado.

—No tienes por qué dejarte manipular por ella —balbuceó Maxine, azorada—. Puedes irte. Eres libre. ¡Libre como el viento!

—Quedamos en que te ayudaría a conocer de oídas a White Lady, ¿no? —replicó él en voz baja—. No tengo nada que hacer ahora mismo, y no parece que vaya a darse la ocasión de encontrarnos antes del viaje, porque no creo que pretendas volver a Vesper’s, así que...

Maxine clavó la vista al frente.

No podía negar que ardiera en deseos de saber qué había averiguado sobre White Lady, si es que había algo más que contar, pero no dijo nada porque le extrañó sobreentender que Hurricane seguía paseándose por el club la semana previa al viaje. Y suponía que el objetivo de sus visitas no era mirar. O no solo eso.

¿Sería adicto al sexo? No se le ocurría otra explicación a que condujera hasta Vesper’s cada noche sin faltar una cuando le convenía tomarse unos días de descanso y así coger con ganas la quincena en Koh Phangan, que, con toda probabilidad, le dejaría seco. Sobre todo en vista de cuánto le gustaba divertirse, con o sin la compañera que había elegido.

«¿Y a ti qué te importa?», se reprochó al tiempo que cruzaban las puertas automáticas de la tienda. Apenas había un par de adolescentes probándose sostenes atrevidos por encima de la ropa y haciéndose *selfies*, y una mujer en los cincuenta con muy buen tipo buscando su talla con frustración. La melodía de *Unholy* de Sam Smith y Kim Petras se propagaba gracias a la quietud del establecimiento, tan solo alterada por las risitas de las chicas.

Descubrió que las tiendas de lencería caras eran el hábitat natural de Carey. Maxine tuvo que

resignarse a perderla de vista. En cuanto la ama se vio entre las bragas brasileñas y los brasieres, perdió la noción de sí misma y se marchó en busca de las prendas que más se ajustaran a lo que exigía la etiqueta del evento.

Ni siquiera le tuvo que preguntar la talla, lo cual le pareció cuanto menos asombroso.

La solicitud de Carey la dejó a merced de Hurricane en un ambiente que gritaba sexo. Ella se rebeló contra esto y se fue alejando de él sin vigilar si lo dejaba atrás o no mientras canturreaba retazos de la canción.

Cuando creyó que había puesto toda una tienda entre los dos, fue a girarse, bailoteando al ritmo del estribillo, y se chocó con la espalda de él, que también se había distraído mirando su móvil. El golpe inocente hizo que se le escurriera de la mano y fuera a parar al suelo.

—Oh, lo siento, ¡lo siento! No te había visto.

—Me imagino que ese era el objetivo —comentó Hurricane, agachándose para recuperar el *smartphone*.

Aunque no había detectado un reproche en su respuesta, sino la constatación de un hecho, Maxine se preparó para disculparse a la defensiva. Se olvidó de lo que iba a decir cuando, al verlo acuclillarse, se percató de que otro iPhone sobresalía del bolsillo trasero de su pantalón.

—No te preocupes, Maxine. Entiendo que...

—¿Tienes dos móviles? —preguntó, extrañada—. ¿Has robado el otro, o qué?

Hurricane no cambió de expresión, pero la risa brilló en sus ojos.

—No es tan raro que en esta ciudad haya personas con un número personal y un número para los negocios.

—¿Y en cuál de los dos agendas a las sumisas que conoces en Vesper’s?

—En ninguno, si puedo evitarlo.

Maxine torció el gesto.

—Eso ha sido cruel por tu parte.

—Me limito a respetar el deseo mutuo de permanecer en el anonimato. Califa recomienda que no intercambiemos datos personales, y si él lo dice es porque se ha llevado disgustos.

Ahora que lo pensaba, Carey también le había mencionado que siempre llevaba dos móviles encima; uno para atender su vida personal y los reclamos de su jefe de Hauture, y otro para sus sumisos. Si Hurricane sentía la necesidad de separar su vida personal de su vida profesional, debía de ser porque era un hombre con un cargo importante. Quizá un empresario que estaba pendiente las veinticuatro horas del día de la subida o la caída de sus acciones, un importante ministro del gobierno...

O a lo mejor se dedicaba a actividades ilegales por las que no solo necesitaba un teléfono diferente, sino otra identidad.

Se dio cuenta de que la curiosidad hacia él solo crecía y, preocupada, se negó a dejarse tentar por la suculenta lluvia de ideas.

No debería importarle a qué dedicara su vida.

—¡Ya estoy con todo! —anunció Carey a unos cuantos metros de distancia. Levantó el brazo del que colgaba la selección de prendas—. ¡Venid a los probadores!

Maxine se giró hacia Hurricane con una minúscula sonrisa de disculpa.

—¿Te importa no...? O sea, no te vayas, porque quiero... quiero que me cuentes lo que has averiguado sobre White Lady y Dylan, pero ¿sería muy maleducado pedirte que...?

—En absoluto —la apaciguó él.

Maxine se lo agradeció de corazón con un asentimiento y voló hasta Carey.

—¡Vamos, vamos! ¡Métete ahí! —la alentó su amiga después de soltar todas las prendas.

Maxine obedeció sin rechistar, sintiéndose una niña a merced de las decisiones de su madre. Con la diferencia, claro estaba, de que su madre nunca había sido tan abierta a la hora de hablar de sexo.

A solas en el cubículo, suspiró y empezó a desvestirse. Lo hizo lo más lento que pudo, tratando de posponer el momento de mostrarse ante Carey para que le diera su visto bueno.

Siempre había admirado a las mujeres que salían a la discoteca con un bonito top de encaje —estilismo que tenían vetado las chicas como Maxine, con una talla de sujetador que levantaba miraditas libidinosas incluso con un recatado escote—, a las que hacían *topless* en la playa, a las que se giraban con el torso desnudo hacia sus amigas para enseñarles su nuevo *piercing* en el pezón, y en parte las admiraba porque hasta hacía unas horas se había creído incapaz de exhibir su cuerpo sin morirse de vergüenza.

Mientras se probaba un corsé granate que cubría el pecho, se anudaba detrás del cuello y dejaba la espalda al aire, comprendió con tristeza que su atrevimiento en el despacho de Califa fue fruto de un subidón de adrenalina y que no podría hacer de nuevo nada parecido.

A su manera, el mandamás la había prevenido de lo que estaba por llegar. Tendría que superar su vergüenza cada día que pasara en Koh Phangan, porque Carey allí se desnudaban y se tocaban a la mínima de cambio.

—¿Podemos verte? —preguntó al otro lado del probador.

Ese plural que incluía a Hurricane hizo que le ardieran las mejillas. Esperó, vigilándose en el espejo con el rabillo del ojo, a que el color se suavizara, y entonces abrió la puerta.

No quiso fijarse en él. Fulminó a Carey con la mirada, irritada porque lo hubiera invitado al forzoso desfile. En el fondo, se aferraba a la rabia para que no aflorara un sentimiento mucho menos respetable, como el bochorno.

—¡Magnífico! —aplaudió, encantada. ¿Estaba ignorando la manera en que Maxine la castigaba de un vistazo, o no se daba cuenta?—. Pruébate el negro ahora. Siempre hay que llevar algo negro, blanco o rojo. Los conjuntos púrpura y verde, además, te van a favorecer tanto con el color de pelo y de piel que tienes.

Maxine asintió y fue a esconderse de nuevo en el interior.

El probador era bastante más amplio de lo que recordaba, pero no tan espacioso como para que Carey mirara a un lado y a otro, asegurándose de que no había moros en la costa, y le diera a Hurricane el empujón justo para que le hiciera compañía.

Cerró la puerta justo después, dejándolos atrapados.

—¿Q-qué ha...? —balbuceó ella al encontrarse con la mirada igual de sorprendida de Hurricane a unos centímetros de distancia—. ¿Carey? —Alargó la mano hacia el pomo, indecisa —. ¿Qué haces?

—¡La opinión más importante es la de Hurricane! ¡Deja que él valore las prendas que quedan... y diviértete!

Capítulo 15

Maxine se quedó tan pasmada con el descaro de Carey que no pudo reaccionar enseguida. Buscó la mirada de Hurricane esperando verlo indignado, pero lo cazó curvando una comisura de los labios en una media sonrisa sacada de quicio, como si la artimaña de la dominatriz la pareciera entrañable de tan pueril.

Por supuesto que él estaba acostumbrado a verse en espacios cerrados con mujeres semidesnudas. No le sorprendería que fuera lo que hacía para ganarse la vida.

—Me ha arrastrado hasta aquí —se disculpó él—. Pretendía respetar tu deseo.

—No, si el problema lo tiene ella, que no sé qué se propone —refunfuñó por lo bajini.

—Quizá quiera ayudar. A que tu cuerpo se familiarice con el mío —especificó al ver que ella no lo entendía—. Vamos a estar muy pegados los próximos quince días, y es verdad que nos convendría habituarnos el uno al otro.

—¡Pero no en un probador!

—¿Y dónde, entonces? Los dos sabemos que no habrías puesto un pie en Vesper's en toda la semana que queda. No pretendo presionarte —alegó con paciencia—, pero, en realidad, no puedes pretender llegar a Tailandia de nuevas y convertirte de la noche a la mañana en una exhibicionista. El voyerismo y el sadomasoquismo como práctica son como todo; se deben ir interiorizando.

»Pero lo que yo había venido a decirte es que hablé con ella anoche —la sorprendió continuando con toda naturalidad—. Con White Lady, me refiero.

Se guardó las manos en los bolsillos, cómodo en su piel.

Maxine quiso espetarle que no era el momento de iniciar aquella conversación, que debían salir de allí de inmediato, aunque fuera para estrangular a Carey, pero se obligó a serenarse.

Él tenía razón. No podía poner el grito en el cielo cuando pasaría dos semanas exhibiendo su desnudez delante de quién sabía cuántos amos sadomasoquistas.

—¿Cómo has sabido que es White Lady quien va a Tailandia con mi novio? No te dije quién era él como para hacer la asociación en el papel.

—En realidad, sí mencionaste que se llamaba Dylan.

—¿Y te acuerdas de su nombre? Tienes una memoria privilegiada..., porque estoy segura de que no lo he dicho más de una vez —apuntó, asombrada.

Él agradeció el cumplido con un modesto cabeceo.

—Vi a White Lady anoche en Vesper's y aproveché para abordarla con la excusa de hacerle unas preguntas de novato sobre Fuego y Sangre. Sin haber ahondado en el tema, ella me comentó que acude al viaje porque Califa cree que le vendrá bien reincorporarse al mundillo del BDSM y catar cuerpos nuevos después del luto. Fue su amigo Rob Roy el que le consiguió un sumiso dispuesto para la aventura, pero, por lo que me ha dicho, ni siquiera se han visto en persona aún.

Maxine agachó la cabeza para perder la mirada en la única parte de su cuerpo que soportaba ver en ese momento: los dedos de los pies.

—Son buenas noticias, ¿no? —inquirió él, transcurridos unos segundos.

Maxine solo asintió. Estaba avergonzaba de su propio comportamiento. En apenas seis días tendría que hacer cosas mucho más comprometedoras que sostenerle la mirada a Hurricane en un espacio reducido, pero estaba tan agobiada con su cercanía que no lograba conectar un pensamiento con otro.

—Podrías haberme dado tu número de teléfono para llamarme cuando averiguaras lo de

White Lady. Alguno de los dos que tienes —fue lo que dijo. Para cuando quiso darse cuenta de lo que traslucía el comentario, un reproche despechado, fue tarde—. Si no nos hubiéramos encontrado aquí por casualidad, no me habría podido enterar hasta la semana que viene, y entonces no habría podido prepararme mentalmente para ver a mi novio con... otra persona.

Hubo un breve silencio que se le antojó violento. Tuvo que alzar la barbilla para confirmar que la había escuchado.

Se topó con su mirada cifrada.

—¿Y qué número te daría? —inquirió Hurricane al fin—. ¿El personal, dado que yo conozco tu nombre de pila y sería lo justo? No, porque prefiero mantener mi identidad a salvo, como el resto de los participantes.

—Pues el otro, el de... al que respondes bajo tu seudónimo.

—No tengo un móvil para los contactos de Vesper's, pero, aunque lo tuviera, tú no pareces formar parte de nuestro mundo. —Ladeó la cabeza para sondearla, pensativo—. Cuando te vi por primera vez, olvidé dónde estaba, y habría jurado que no volverías. Y, francamente, he pensado en lo descabellado que es que vayas hasta Tailandia para recuperar a tu novio.

Maxine presionó los labios.

—Todo el mundo parece tener una opinión al respecto —masculló por lo bajini—. Estaba claro que tú también te sentirías en el derecho de dármela, como si eso fuera a cambiar algo.

Hurricane alzó las manos.

—No pretendo disuadirte, si eso es lo que crees.

—Mejor, porque no lo conseguirías —lo retó ella.

—Solo quiero asegurarme de que no me van a expulsar porque no te expones lo suficiente.

—Tendrías que saber que no voy a ponerte en vergüenza, o no me habrías elegido como tu acompañante.

Hurricane le sostuvo la mirada antes de decir con voz lánguida:

—Sabes perfectamente por qué te elegí.

—Pues yo no sé por qué acepté —espetó, nerviosa por el repentino cambio en la atmósfera—. Mi novio quiere una dominatriz, no una sumisa... entre otras cosas, claro, porque es un hombre con unos apetitos exigentes e insaciables.

—No lo dudo —le concedió educadamente.

—Y no voy solo para sorprenderle, sino para formarme en la que es su preferencia sexual. Es decir... en el rol que prefiere para su pareja, porque lo que a él le gusta es que le sometan, y no quiere verme sometida, lo que, en parte, me parece muy feminista por su parte. —Observó que la ceja de Hurricane salía disparada hacia arriba e insistió—: ¡Es verdad! Yo siempre he visto el sadomasoquismo como una forma de dominación y humillación hacia la mujer, porque, ¡sorpresa!, la mayor parte de los amos son hombres a los que les gusta hacer llorar a su pareja, violentarla, abusar de la confianza que ella ha depositado en él...

—Eso nunca —interrumpió Hurricane—. No es así como funciona, Maxine. El machismo estructural salpica cualquier ámbito de la vida cotidiana, quizá los orígenes históricos del BDSM incluidos, pero no por eso hay que demonizar la práctica si es deseada y consensuada, y siempre lo es.

—Ya veo que estás versado en el tema —fue lo único que se le ocurrió decir. Ansiaba cubrirse el pecho con los brazos, pero no quería mostrar el menor signo de debilidad ante él.

—No hace falta estarlo para llegar a esa conclusión. Tampoco hay que meterse de lleno en el sadomasoquismo o definirse como amo para disfrutar humillando en la cama. ¿Nunca te han agarrado del cuello y te han estrangulado para que el orgasmo fuera más intenso?, ¿o te han

impedido ir a orinar cuando no podías contenerte con esa misma finalidad? ¿No te han azotado en tus sesiones de sexo vainilla?

Maxine lo miraba entre escandalizada y azorada.

—Qué preguntas tan... morbosas.

—Has sacado tú el tema, cariño —señaló con una sonrisilla.

«Cariño», repitió para sus adentros con un nudo en el estómago.

—¡Pues lo cierro! O lo guardo de nuevo... o como se diga. No es una conversación que quiera tener en un probador. Nunca me han gustado. La luz no me favorece. Parece que tengo más celulitis. Y si es estrecho de por sí... ¡Lo que estaba diciendo! —recordó de pronto—. Es que yo... yo debería haberme buscado un sumiso para practicar, como quiere Dylan, y...

—No tienes madera de ama —la cortó con simplicidad.

Maxine le lanzó una mirada indignada.

—¿Y tú qué sabes? —se quejó.

Hurricane encogió un hombro.

—Simplemente lo sé. Y, si crees que me equivoco, demuéstramelo.

—¿Cómo?

—Insúltame, por ejemplo.

—¿Qué? —jadeó, horrorizada—. ¡No!

—Dime algo humillante, vamos —la animó.

Ella solo se puso más nerviosa.

—Estoy segura de que eso del BDSM no funciona así, y de que negarme a vejarte no significa nada. Para aceptar, tengo que verme metida en el papel y en la situación propicia. Es como si me hubieras dicho «pídeme que te lleve a la cama»; tampoco lo habría hecho porque no estoy... —tragó saliva— excitada. Y que te dijera que no a esa proposición no querría decir que soy asexual, por ejemplo. ¿Me has entendido?

—¿No lo estás? —inquirió con voz queda.

—¿Qué? —Pestañeó, aturdida.

En un espacio tan reducido, su aroma corporal se concentraba de tal manera que a esas alturas ya lo tenía dentro de su sistema, como una droga que afectaba al comportamiento.

Hurricane la atrapó con su mirada plateada.

—Recógete el pelo —le dijo de pronto—. Recógete el pelo y date la vuelta.

Maxine abrió la boca para replicar a qué venía eso, pero al igual que la noche en que lo conoció, sintió aquel misterioso cosquilleo en el estómago que la incitaba a obedecer. Era morbo, se dijo, convencida, o una forma de hipnosis mucho más rudimentaria y que no implicaba péndulo, tan solo la voz enronquecida de un hombre sexy como el diablo. No le pareció, además, que fuera una exigencia humillante, por lo que obedeció sin dilación.

Improvisó una coleta con la gomilla que llevaba en la muñeca y giró sobre los talones.

—Acércame tus manos —oyó cerca de su oído. Se había aproximado más. Maxine colocó los puños en posición de cautiva, muñeca contra muñeca, a la espalda. Intentó mirarlo a través del espejo, pero él sacudió la cabeza—. Agacha la barbilla.

Así lo hizo, pero con el alma en vilo.

¿Qué se proponía?

Él la tomó por las caderas antes de inclinarse lo justo para hacerle cosquillas en el cartílago de la oreja con los labios.

—Mira qué rápido me has obedecido —susurró—. Puede que sea porque has encontrado a un hombre que te transmite la suficiente confianza o te pone lo bastante cachonda, pero no soy tan

egocéntrico como para creerme que esto es por mí. Has cedido sin rechistar porque la abnegación está en tu carácter, y la abnegación y la dominación raras veces coexisten en el mismo cuerpo.

Su deducción la contrarió.

—¿Qué tiene que ver mi carácter en todo esto?

—Más de lo que te imaginarías. El sadomasoquismo establece roles muy intuitivos, por eso suele ser sencillo reconocer a primera vista en qué categoría encaja cada uno.

—¿Qué quieres decir? ¿Que llevo «sumisa» escrito en la frente?

—Eres un libro abierto. Apuesto a que alguien te hizo pensar que no eres inteligente, que no tienes lo que hay que tener para vivir de forma independiente o que tu opinión no cuenta. Por eso, aun careciendo de experiencia en el rol, actúas conforme a quien da la orden siempre y cuando el amo en cuestión te parezca más sólido que tú misma... lo cual no es difícil, porque cualquiera sería mejor que tú, ¿verdad? —apostilló casi con ternura—. ¿No es eso lo que piensas?

A Maxine se le desencajó la mandíbula por la indignación. No le había dicho nada ofensivo, pero le dolió sobreentender que en la descripción subyacía un juicio de valor.

—Tú...

—No he terminado. Cállate —le ordenó él, y esperó unos segundos para comprobar que ella obedecía—. Tampoco me malinterpretes. No todas las mujeres inseguras quieren a un hombre que les diga qué hacer, pero tú sí.

—Ni todos los hombres con un ego desmesurado quieren a una mujer vulnerable para divertirse a su costa, pero, por lo visto, tú sí —le espetó, paralizada por la rabia. Lo desdeñaba con una mueca a través del espejo. Él le devolvía la mirada, flemático—. Ahora veo que por eso me elegiste.

—En absoluto. Como amo, no quiero a una mujer vulnerable; ese es un rasgo que ni me suma ni me resta, pero que sabría utilizar en mi beneficio y en el tuyo. Quiero a una mujer con un culo follable y unas tetas grandes —repuso con una franqueza demoledora. Su cuerpo reaccionó a la promesa implícita y a la descripción igual que si la hubiera acariciado entre las piernas—. La moraleja es que no te complacería que solo quisiera tu culo follable y tus tetas grandes, pero una parte de ti se regocijaría en el desprecio implícito de que te usara y te tirara como si no valieras nada, porque te serviría para confirmar la teoría que sostienes de que mereces desdenes. Seguro que, cuando te quieren y te cuidan, te sientes fuera de eje, y aguardas con impaciencia los problemas para tener la tranquilidad de que cada cosa está en su sitio.

Maxine se imaginó la amenaza sexual con sumo detalle, él usándola y tirándola, follándosela como un animal y luego desechándola, y se estremeció con incomprensible placer. Sentía que le acariciaba los rizos mientras le hablaba cerca del oído, y aunque el contenido del mensaje le ponía el corazón en un puño, estaba dispuesta a escucharlo con tal de tenerlo cerca.

—No es verdad —balbuceó con inseguridad, abrumada por la mezcla de excitación y rabia—. Y no me hables así.

—Así ¿cómo? Esto que acaba de pasar es una forma leve de vejación emocional, y no solo la has soportado —dijo él. Deslizó la mano por la curvatura de su vientre hasta cubrir su sexo con la mano—, sino que parece que te vas a tener que llevar las bragas a casa, porque no te van a permitir descambiarlas. Se suponía que no estabas excitada y que para demostrar tus dotes de ama necesitabas verte en una circunstancia concreta, ¿no? Pues te equivocabas. No tienes madera de dominatriz porque nunca te apetecerá humillar a nadie, estés cachonda o no, pero puedes defender el rol de sumisa porque toleras los desprecios con estoicismo. —Hizo una pausa antes de agregar—: Incluso te complace que te den donde te duele.

—¡Ya te he dicho que eso no es verdad! ¡Y deja de jugar con mi mente! —le gritó, sobrepasada por la descripción con la que odiaría identificarse. Se giró para acusarlo con el dedo —. ¡Yo no soy ni una cosa ni otra! ¡Soy una mujer normal!

Él la sondeaba con su mirada impenetrable.

—Esa es la base en la que sustentas la abnegación: en la equívoca creencia de que eres vulgar, aun cuando tu excepcionalidad salta a la vista. Pero no quieres a un hombre que sepa lo que eres y vales y te engrandezca; quieres a un hombre que te haga sentir pequeña. Por eso eres tan masoquista como tu novio, y por eso quieres volver con él; porque regresas a donde te han hecho daño.

—¡Que te den! —le espetó, furiosa. Agarró las prendas que había traído puestas, y le dio un empujón por el pecho para abalanzarse sobre la puerta.

Maxine se escabulló para cambiarse en un probador que Hurricane no acaparara con su físico, dolida por el abuso de confianza que había cometido. Se mostró vulnerable el primer día con él, y él había utilizado aquel sincericidio como arma arrojadiza contra ella.

Notó el calor de las lágrimas corriéndole por las mejillas, y un ardor aún más humillante en el vientre que confirmaba las terribles pesquisas de Hurricane.

La voz de Carey la sobresaltó cuando ya se había vestido.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Aunque le faltaban por atar los cordones de las zapatillas de lona, Maxine se incorporó y le lanzó una mirada acusadora y ahogada en lágrimas.

En realidad, Hurricane no tenía forma de saber que había hurgado en sus heridas más profundas, pero no podía ver la situación con objetividad y arremetió contra la que la había provocado.

—¿Por qué me has encerrado con ese hombre? ¿Te parecía gracioso? ¿Por eso te has acercado a mí y te has autoproclamado mi amiga?, ¿para reírte a mi costa?, ¿de mi... mojigatería, de lo asustadiza que soy, de...?

Carey torció el gesto.

—¿Qué diablos estás diciendo? ¿De verdad crees que me sobra el tiempo para echarme amigas por aburrimiento y luego torturarlas? Por Dios, Max, ¡pensaba que te estaba haciendo un favor!

Intentó cogerla de las manos, pero Maxine lo impidió dándole el perfil.

—¿Y por qué pensabas que me hacías un favor, eh? ¡Puedo intimar con mi compañero del rol sin tu ayuda!

—No es para que intiméis de cara a Fuego y Sangre, sino para que intiméis a secas. Es evidente que ese hombre te gusta, Max...

Escucharlo de la boca de alguien a quien tenía por una eminencia sabia y elocuente, supuso un mazazo de realidad para el que no estaba lista. Miró a Carey como si hubiera perdido la cabeza antes de terminar de atarse las zapatillas y salir de allí, agobiada.

No había ni rastro de Hurricane. Como la catástrofe natural, llegaba, lo alteraba todo y seguía su camino sin hacerse cargo de los destrozos.

—No sé de dónde te has sacado que me gusta un completo desconocido cuando estoy prometida a un hombre al que quiero y por el que pretendo seguir viviendo experiencias traumáticas como esta.

—¿Traumáticas? —oyó que repetía Carey a su espalda—. ¡Estabas en un probador con él! ¿Qué tiene eso de traumático?

Maxine frenó de forma abrupta. La dominatriz casi chocó con ella antes de que se diera la

vuelta con la cara descompuesta.

—No vuelvas a insinuar que tengo sentimientos por ese... tipo —le reclamó con voz temblorosa—. No lo conozco, no me da buena espina, y solo me he resignado a su compañía porque es lo que debo hacer por el bien de mi futuro...

La carcajada de Carey la interrumpió.

—Por favor... No te engañes a ti misma, Max. Eres más lista que eso. Has soñado con él todas las noches desde que lo conociste, te derrites cuando te mira, literalmente vibras si hace el ademán de tocarte, y...

—¡Cállate! —le gritó, al borde del ataque de pánico—. ¡Eso no es verdad!

Carey pareció comprender que no se encontraba en su mejor momento, porque renunció a la réplica con la que iba a contraatacar y solo se acercó despacio para frotarle los hombros.

—Max... —musitó en voz baja—. No pasa nada porque te atraiga un hombre que no es tu novio. No he dicho que lo ames con locura, solo que te resulta interesante, que te genera curiosidad. Eso no quita que estés enamorada de Dylan, ¿entiendes? Sé que puede ser complicado de entender para ti, que tienes una relación cerrada, y...

—Por favor, no digas nada más —la cortó, sin fuerzas.

Le dolía tanto el estómago que se lo tuvo que cubrir con la mano.

La tensión de haber creído durante veinticuatro horas que Dylan llevaba tiempo citándose con una dominatriz a sus espaldas, la inminencia de un viaje que en el fondo la aterraba, las crudas palabras de Hurricane, que revelaban un carácter del que sabía que debía avergonzarse, y ahora la acusación de Carey, acabaron provocando que la ansiedad se intensificara y desencadenara un ataque de pánico paralizante.

Ya había tenido otros con anterioridad. Hubo una época de su vida en la que fueron frecuentes, pero ni siquiera la costumbre la había preparado para sus efectos. Acabó vomitando a las puertas del establecimiento.

Carey no se movió de su lado. La sujetó mientras vaciaba el contenido del estómago temblando con violencia, y le hizo saber que no estaba sola posando una mano cariñosa en el centro de su espalda.

Maxine no supo cuánto rato estuvo mareada, sudando y al mismo tiempo helada, siendo bombardeada por los últimos acontecimientos y la intensidad de sus emociones; las que sí identificaba como suyas, y con orgullo, y las que no podía creerse que hubieran surgido de pronto ignorando las que ya estaban allí, como si pudieran coexistir en armonía y no contravinieran sus principios.

Ella ya quería a Dylan. No podía experimentar atracción por otro hombre.

No había más que hablar.

Sintió la presencia de Carey muy cerca mientras recordaba los bochornosos sueños sexuales y su posterior vergüenza, su asco hacia sí misma, y su incapacidad para controlarse cuando volvía a ver a Hurricane. Recordó también las discusiones con Dylan y se imaginó una vida sin él; una vida compartida de nuevo con sus padres, con los que tendría que volver en el peor de los casos si no recuperaba su empleo ni encontraba un alquiler razonable. Recordó por qué odiaba tanto vivir con ellos y se tuvo que abrazar el vientre dolorido. Sobre todo, pensó en su inutilidad a la hora de darle a Dylan lo que quería; a la hora de saber qué diablos esperaba ella misma de la vida.

Pensó con vaguedad en que seguía dolida por la traición de su prometido y podría estar cometiendo un error al tratar de recuperarlo..., pero no veía otra salida.

—Ya está —susurró Carey cuando comenzó a asomar la cabeza del pozo. Le acariciaba el

pelo con movimientos rítmicos—. No pasa nada.

Maxine ladeó la cabeza hacia ella, todavía llorosa y con dificultad para encontrar el equilibrio. Recordó las veces que sufrió un ataque delante de su madre, o en la calle, rodeada de desconocidos. A nadie se le había ocurrido reconfortarla como Carey había hecho a la primera señal de parálisis.

—¿Cómo has sabido lo que... necesitaba?

Carey sacudió la cabeza dulcemente, dando a entender que no había necesidad de ahondar en eso.

—Los ataques de pánico no perdonan —acotó con ambigüedad. La tomó de la mano para sacarla de allí después de disculparse con la encargada de la tienda—. Vamos a mi casa, cariño. Te hace falta un baño relajante y que te preparen tu comida favorita.

Capítulo 16

Carey rompió sus esperanzas de viajar juntas a Koh Phangan en clase turista. Su buena relación con Califa le había garantizado a la dominatriz un asiento de honor en su jet privado, que volaría desde Los Ángeles hasta Bangkok. Luego daría un paseo en helicóptero que concluiría en la isla.

Tampoco se cruzaría con Dylan. Él también se había incorporado al evento a última hora, pero, a diferencia de ella, no las había tenido que pasar canutas buscando a contrarreloj un vuelo comercial con escala.

—Aparte de mí, Califa ha invitado a su avión a Rob Roy, a la pareja de este y a White Lady. Cabe asumir que la ama irá acompañada de tu exnovio —le había contado Carey días antes, cuando llevó a Maxine en coche hasta su apartamento para tranquilizarla después del ataque de pánico.

Aquella tarde demostró una paciencia y una ternura que la asombraron. No había vuelto a verla desde entonces porque ambas tenían que ultimar detalles relacionados con el viaje, pero esa tarde charlaron hasta hartarse. Siguiendo los consejos que Carey le dio, debería haberse citado con Hurricane antes de la hora de la verdad para seguir explorando sus límites. Pero ya le había costado mirarlo a la cara después de la prueba a la que Califa la sometió, y más todavía cuando tuvo lugar el momento erótico tras el biombo; no quería, además, adelantar el reencuentro después de que Hurricane demostrara no tener el menor reparo en humillarla.

El amo no solo la había visto en cueros, sino que la había desnudado como ni siquiera su antiguo terapeuta se atrevió. La había obligado a mirar a los ojos a ese yo que tanto despreciaba.

Por lo que ahí estaba ahora Maxine, a punto de facturar su equipaje. Miraba a un lado y a otro con ansiedad, preguntándose cuándo aparecería Hurricane y si sería capaz de fingir cortesía para no denotar que seguía ofendida.

Mientras el encargado de la aerolínea revisaba su documentación, mandó un mensaje rápido a Carey.

Yo no sé cómo lo hacían las parejas en el pasado, cuando no había teléfonos para comunicarse. Hurricane no llega y no se me ocurre manera de contactarlo.

¿No le pediste el número al final?

Le insinué que debería dármelo, pero se hizo el misterioso. Lo intenté, ¿vale?

Por Dios, Max... Supongo que tampoco le has visto el pelo en toda la semana. Doy muy buenos consejos, ¿sabes? Podrías acogerte a alguno de vez en cuando, aunque sea por respeto al tiempo que te dedico.

Te leo muy crispada para ser la invitada de honor en el jet privado de Califa.

Carey le envió un *selfie* acomodada en el sillón de cuero color crema del avión. Llevaba sus carísimas gafas de sol de Balenciaga ocupándole media cara, y sonreía de oreja a oreja. Maxine pensó en mandarle una foto parecida, pero no se había esmerado tanto como Carey para sorprender a la concurrencia turística cuando descendiera del avión. Quería hacer una entrada inolvidable, sí, pero ya se cambiaría en el baño del avión que despegaría tras la escala en Tokio. Por el momento lucía un sencillo chándal color pistacho, un moño alto y la cara lavada salvo por

un par de toques de rímel de última hora.

Todavía estaba intentando averiguar por qué había seguido el impulso de maquillarse cuando pasaría once horas encerrada en el gran pájaro de hierro.

¿Y si me ha dejado tirada?

Te lo merecerías por haberlo ignorado de esa manera. Si yo tuviera a un hombre con esa cara a mi vera, lo habría exprimido diez veces antes de llegar a Tailandia.

Pero no lo hará. Parece un tipo legal. Es difícil saberlo con certeza, claro. También es un tanto misterioso, ¿no te parece?

No es el mejor momento para dejar caer que podría haberme aliado con un hombre extraño. Prefiero no pensar en el hecho de que no sé nada de él.

Sabía lo que no era, por otro lado: un gran ejecutivo o un empresario podrido de dinero. Si lo fuese, no habría tomado el vuelo comercial más barato hasta Tailandia. A no ser que compartiera los principios de Angel Face, quien, según le había contado Carey con perversa diversión, jamás ocupaba su lugar en el avión de Califa porque estaba en contra de los contaminantes.

Maxine no se arrepentía de haberse pasado por la casa de Carey después de comprar la lencería, por la que tuvieron que volver antes de ir al coche. Si bien hablar de naderías o criticar sin maldad fue una herramienta útil para ahuyentar los pensamientos inquietantes que la atormentaban, sobre todo agradeció la confianza de Carey por lo que el gesto de contarle cotilleos denotaba: que de veras la consideraba una amiga de la que podía fiarse.

Además, había empezado a darse cuenta de que, aunque la dominatriz tenía una larga lista de teléfonos a los que llamar, nunca recurría a ellos cuando quería desahogarse. Era una mujer solitaria y sin tanta iniciativa como había creído en un principio. Acudía con gusto y buen humor a los eventos a los que era invitada, pero nunca proponía una salida.

Pensando en ello en el aeropuerto, Maxine decidió, por el bien de sus pobres nervios, dejar de buscar a Hurricane entre los grupos de turistas. Pasó por el área de seguridad sin esperarlo y se dirigió a la puerta indicada con un nudo en la garganta.

Si Hurricane no va... ¿Me asignarían a otro amo? ¿Me mandarían a casa sin miramientos? ¿Qué es lo peor que me puede pasar si se raja?

Dice Califa que habría que verlo, pero que no te preocupes, porque aparecerá.

Califa estaba en lo cierto, porque cuando Maxine empezaba a perder la esperanza, lo vio surgir entre una marabunta de turistas asiáticos. Para calmar el ansia, ella acababa de comprar una barrita de chocolate en la máquina expendedora. No pudo dar la segunda mordida; el estómago se le cerró al reconocerlo.

Llevaba una bolsa deportiva echada al hombro y mascaba chicle con disimulo. Las gafas de sol estilo aviador colgaban del escote de la fresca camisa verde militar, que combinaba con unos vaqueros con rotos en las rodillas que le hacían aparentar un par de años menos.

Al verlo, una de las adolescentes asiáticas se sacó el *lollipop* de la boca para darle un codazo a su amiga y señalarlo con la barbilla.

Iba distraído, como si viajara solo y no tuviera que preocuparse por nadie, pero también con la seguridad de que el avión retrasaría el despegue con tal de esperarlo. Y quién podría culparlo si

lo pensara, si los viajeros se retiraban para dejarlo pasar. Andaba sumido en sus pensamientos, estos siempre protegidos detrás de un gesto de circunspección que suscitaba curiosidad.

Maxine debía reconocer que había algo en él, un elemento magnético, que atraía miradas tan inexorablemente como la fuerza de la gravedad mantenía las cosas en su sitio. Todo el mundo se percataba de que estaba ante un hombre con una energía distinta.

Entonces, localizó a Maxine inmóvil junto a la máquina. La saludó con una leve sonrisa cortés antes de rodearle la cintura con el brazo y besarla en la mejilla. Apenas rozó su piel con los labios, pero el contacto fue tan inesperado que ella por poco se estremeció.

—Perdona. He tenido problemas con el Uber —le dijo en tono conciliador—. Era el primer día del pobre chico. No sabía cómo llegar al aeropuerto.

—Si me hubieras dado tu número, no habría pensado que me estabas dejando tirada —refunfuñó por lo bajini.

—Ya te habría gustado que me rajara —comentó con la vista clavada al frente, justo en la cola que se formó delante del túnel que conduciría al avión.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella en voz alta, tensa.

Él no contestó. Arrojó el chicle a una papelera cercana y sacó su documentación.

Maxine se sorprendió mirando con el rabillo del ojo las letras estampadas en el carné de identidad. Se había preguntado más de una vez cuál sería su nombre real, porque no era tan ingenua como para pensar que se lo dio la primera noche cuando todo el mundo usaba apodos y, además, era reacio a proporcionar su número. ¡Su número! ¡Una serie de dígitos que incluso su compañía eléctrica tenía en su poder!

La luz que entraba por las cristaleras con vistas a la pista arrancaba destellos al brillante material del carné, dificultando su lectura. Tan solo reconoció una erre mayúscula antes de que una pareja gay rodeara a Hurricane para saludarlo con complicidad.

Maxine dio un paso atrás por instinto, como se había acostumbrado a hacer siempre que Dylan se cruzaba por la calle con alguno de sus amigos de la universidad o socios de la empresa, convencida de que no tenía nada que aportar en una conversación entre hombres más allá del saludo protocolario.

—Eran Spritz y Gimlet —le dijo Hurricane una vez estuvieron buscando sus asientos en el pasillo del avión. La pareja había estado zumbando a su alrededor hasta ese momento, siendo todo sonrisitas y tocamientos cariñosos—. También van a Tailandia.

Maxine echó una mirada rápida por encima del hombro para fijarse mejor en los dos participantes. Se habían sentado un par de asientos más adelante, en la fila paralela. Uno de ellos, el de estatura media, era atractivo y derrochaba carisma; el otro, en cambio, era larguirucho y desgarbado.

—No lo parece. Uno de ellos ni siquiera es... —Se calló al reparar en lo que iba a decir.

—Si lo que pretendías dar a entender es que no es guapo, a Fuego y Sangre va todo tipo de gente. No te prohíben la entrada si no encajas en un canon estético —apostilló él con paciencia. No parecía resentido con su frivolidad—. Verás amos y sumisos flacos, gordos, altos, bajos... De todas las etnias y países del mundo.

Alargó la mano para ayudar a Maxine, que llevaba un rato batallando con el ajuste del cinturón. Un mechón de su pelo, castaño claro bajo esa iluminación, le hizo cosquillas en la mejilla. Su olor le vino como una ráfaga de aire. No respiró hasta que escuchó el clic del cinturón, ni alzó la barbilla hasta que él se había alejado.

—Pensaba que el evento era más exclusivo —musitó, presionándose las mejillas ruborizadas con las manos.

—Y lo es. No vas si no puedes permitírtelo. —Se reclinó contra el respaldo y se cruzó de brazos. Llevaba la camisa remangada hasta el codo, como parecía ser su estilo. Exhibía así el vello claro, los tendones firmes y un puñado de lunares—. Como casi todo en esta vida, es una cuestión de clase.

Maxine lo miró de reojo.

—Eres una caja de sorpresas. Puedes hablar de machismo, inseguridades femeninas, psicoanálisis freudiano y ahora también jerarquía social.

—Me miras como si creyeras que me paso las veinticuatro horas del día follando —replicó con una sombra de sonrisa socarrona, fingiendo interés en el protocolo de seguridad plasmado en el folleto del asiento delantero. Acarició la esquina afilada con los dedos—. Es lógico que te extrañe que me sobre tiempo para leer.

—¡Eso no es verdad! —se quejó, ceñuda.

Pero sí que lo era.

Por alguna razón, le costaba imaginárselo en una sala de juntas o con un uniforme de Walmart, es decir; ostentando un empleo respetable con un horario de nueve a cinco. No lograba sacarlo de la habitación acristalada donde lo vio la primera vez, de la estricta definición de hombre sexy que, al igual que un vampiro, dejaba de existir en cuanto salía el sol, como si solo la noche fuera lo bastante oscura y tenebrosa para esconder sus pecados.

—Estás molesta por lo que te dije el otro día —dedujo Hurricane. Se había quedado mirándola mientras se sumía en sus pensamientos—. Lo siento. Solo pretendía demostrar mi teoría, pero es posible que me equivocara contigo y me pasara de la raya.

Hurricane enarcó una ceja inquisitiva que ocultaba cierto regocijo interno. La suya había sido una disculpa sincera, pero no retiraba sus palabras porque sabía que estaba en lo cierto.

—Me ofendiste porque no te equivocaste, y lo sabes —refunfuñó ella—. ¿A qué se supone que te dedicas para hilar tan fino? ¿Eres psicólogo, o algo así? Porque demostraste que puedes llegar a ser la versión sádica del doctor Phil.

Hurricane estuvo a punto de reírse. Se lo prohibió él mismo presionando los labios, gesto que dibujó unas graciosas arrugas con forma de paréntesis en sus mejillas.

—Me temo que trazo uno de mis pocos límites en la vida personal.

—¿Qué quieres decir?

—Que, de ahora en adelante, agradecería que no me hicieras preguntas sobre a qué me dedico, ni que intentaras leer mi carné de identidad para averiguar mis credenciales, ni que hicieras cábalas sobre el hecho de que tengo dos teléfonos. —Maxine se quedó perpleja. ¿Tan obvia era?—. Sé que no es justo —continuó con suavidad—, porque yo te conozco por nombre y apellido, pero son las reglas que le impongo a todo el mundo.

—¿Ese es uno de tus pocos límites en el rol, dices? Esperaba algo más inquietante, como que me dijeras que no te va el derramamiento de fluidos, o que no te interesa ese rollo de las violaciones consentidas. Vaya por delante que esa es una práctica a la que no pienso prestarme —advirtió con el dedo en alto.

—Como ya he dicho, mis restricciones son escasas. Solo tres, y ya conoces una.

—¿Y? —insistió a la defensiva, gesticulando con impaciencia—. ¿Estás esperando a que averigüe las demás haciendo una divertida lluvia de ideas, o piensas contármelas?

Hurricane sonrió de lado. Solo apartó la vista un segundo para mirar por la ventanilla al notar el zumbido del motor; el avión despegaba justo a la hora que aparecía en el billete.

—No parecías tan interesada en ellas los dos últimos días que nos vimos.

—No lo estaba, es verdad, pero ahora que el viaje es inminente, no me queda otro remedio.

¡Sorpréndeme! —le alentó, girando el torso hacia él para transmitirle su interés—. Y no hace falta que me hagas una descripción detallada del término que utilices. Si me dices que no eres *ageplayer* ni *rigger*, voy a entender a qué te refieres.

Él le sostuvo la mirada con una calidez conmovedora, como si encontrara adorable el orgullo con el que ella declaraba haber hecho los deberes.

Tenía una forma de observarla que le provocaba un cosquilleo interno y le levantaba los vellos de la nuca. Volcaba en Maxine toda su atención, y aunque la vestía de simple cortesía, el brillo de sus ojos insinuaba otra emoción sobre la que carecía de control alguno: le asombraba la satisfacción prohibida que encontraba en el mero hecho de estar con ella.

—No doy besos en la boca —contestó con serenidad, sumando el dedo corazón al índice que ya había sacado— y no me acuesto con nadie —apostilló, agregando el anular—, entendiendo como «acostarse» solo el coito clásico.

Capítulo 17

Maxine se quedó de una sola pieza.

—¿Y qué se supone que...? —balbuceó, transcurridos unos segundos de silencio —. ¿Qué se supone que vamos a hacer?

—¿Qué quieres decir? —Ladeó la cabeza, intrigado—. La boca no es la única parte del cuerpo que se puede besar; creo que eso te quedó claro la penúltima vez que nos vimos —le recordó sin ápice de perversión, como si hiciera referencia a un encuentro informal—. Y la penetración vaginal es solo una de millones de prácticas que existen, además de la que le suele resultar menos placentera a la mujer.

—¿Es por eso por lo que te niegas a...? —Tragó saliva, cada vez más afectada—. ¿Porque es la menos placentera?

—No, claro que no. Me gusta reservarme algunas partes de mí mismo.

Maxine soltó una carcajada incrédula.

—¿Qué eres? ¿Julia Roberts en *Pretty Woman*?

—Casi —cabeceó con una media sonrisa, resignado ante la comparación—, solo que sin la parte de la prostitución, supongo.

—Bueno, pues es obvio que estaba equivocada y no te pasas las veinticuatro horas del día follando —murmuró.

Le dio la impresión de que Hurricane temblaba por la risa contenida.

—Estaba convencido de que te alegrarías de saberlo —reconoció pasado un rato, cuando el avión ya había terminado su ascenso y sobrevolaba las aguas del Pacífico—. Si no recuerdo mal, no entraba en tus planes pasar las vacaciones en la cama conmigo.

Se fijó en la expresión de Hurricane, sucinta incluso dentro de su asombro, y pensó que a ratos parecía un monje tibetano, inalcanzable de tan elevada que era su serenidad. No le había importado en ningún momento que ella lo utilizara para recuperar su novio, lo que solo podía significar que sus parejas sexuales le eran indiferentes, una actitud fría con la que Maxine jamás predicaría. Hurricane bien podía no ser ni su amante, pero se sentiría herida en su amor propio de llegar a intercambiarse los papeles.

De hecho, ya había pasado. Sus límites la habían decepcionado de forma inexplicable.

Se dijo que no tenía nada que ver con aquel tipo le gustara; más bien con que esperaba que su asociación le resultara creíble a los participantes, y no sería posible si ni siquiera se besaban en público.

—¿Cuáles son esas alternativas al... sexo vaginal que planteas? Porque si la práctica que lo sustituye es la lluvia dorada, el *fisting* o barbaridades por el estilo, no sé por qué deberían entusiasmarme tus prohibiciones. Si quitas el sexo, no hay... nada.

—Sexo es todo lo que se hace, no solo la penetración —repuso con tranquilidad.

—Pues no es eso lo que me han enseñado.

Se arriesgó a encontrarse con su mirada para transmitirle su contrariedad, y se arrepintió enseguida. Le había salido la barba de no haberse afeitado desde que lo vio la última vez, y la cercanía acentuaba los olores. Ese perfume masculino con el que se rociaba dos puntos concretos del cuello se le hacía irresistible.

«Tendré que regalárselo a Dylan por Navidad», pensó sin darse cuenta.

—No me sorprende, pero la verdad es que ni siquiera tienes que ser sadomasoquista para experimentar más allá del sexo vainilla. El sexo tántrico, por ejemplo, abre los ojos a un mundo

de posibilidades, y no conlleva dolor en su definición.

Maxine agachó la barbilla, empezando a notar de nuevo aquella molesta y ya familiar presión en el vientre.

—¿Por qué siempre tenemos que hablar de estas cosas? —se lamentó.

Él se apiadó de ella con una sonrisa sencilla.

—Porque nos hemos conocido en Vesper's, no en una clase de literatura en la universidad, y porque vamos a Fuego y Sangre, no a un crucero de jubilados por las islas caribeñas.

Aunque no detectó la menor burla en su respuesta, su elección de palabras la irritó. No podía negar que fuera sensible a cualquier insinuación sobre su mojigatería.

—Bueno, pues yo siempre he conocido a la gente en clases y en cruceros, si es así como quieres ponerlo, y no tengo experiencia ni con el... sexo tántrico, ni con el BDSM —le espetó, más indignada consigo misma y con su ignorancia que con él. Pero también con él, porque era quien la había destapado—. Y no quiero que me echen el primer día porque no solo no estoy a la altura de los jueguecitos extremos, sino que tampoco puedo cumplir la cuota de... sexo simple y esporádico, así que por supuesto que me molesta que las dos únicas prácticas con las que estoy familiarizada y que más inocentes me parecen me queden vetadas con mi compañero, el único amo con el que me atrevería a... hacer algo.

»Tú y yo apenas nos hemos visto tres veces, me has tocado en dos, ¿y ahora me dices que voy a pasar de... de lo que ocurrió en el dormitorio de Califa, que es algo que aprendí en el instituto y que puedo afrontar, a directamente el nivel de sumisa experta, que será ponerme unas bolas chinas o sabe Dios qué? Joder... —Se cubrió la cara con las manos—. No solo voy con un hombre con el que no he tenido experiencias en la cama, sino que no las voy a tener para adquirir la confianza que necesito para permitirle que me azote hasta la muerte en una orgía pública. Qué desastre. Me van a mandar a casa y no voy a poder demostrarle a Dylan que puedo hacer esto, y que...

Sintió que Hurricane le ponía una mano en el muslo. Maxine reaccionó a su contacto como si estuviera ardiendo, e hizo contacto visual con él con el aliento contenido.

—Maxine... —empezó él con el fin de apaciguarla. A ella le costó sostenerle la mirada y buscó a la pareja que lo había saludado sin saber muy bien por qué. No ayudó a tranquilizarla comprobar que viajaban cogidos de la mano—. Son pareja dentro y fuera del rol. Están casados —añadió Hurricane, como si hubiera leído sus pensamientos—. No puedes compararnos con los amos y sumisos que encontraremos en Fuego y Sangre. La mayoría son veteranos, pero también hay unos cuantos que carecen de experiencia, Maxine. Lo fundamental para triunfar es la complicidad.

—¿Y tú crees que tenemos complicidad?

La mirada gris de Hurricane se intensificó sobre ella. Habría jurado que acababa de rescatar algún recuerdo, quizá aquel en el que se desnudó ante él sin ser apenas consciente de que había doblegado su voluntad con una sencilla orden. O el momento en el que paseó desnuda por el despacho de Califa y confesó que al mandamás no le obedecería, pero que con Hurricane sería mansa como un corderito.

Maxine no le dio pie a responder y se quitó el cinturón a trompicones. De pronto le costaba estar a su lado. Habían regresado las inseguridades que la atacaron en la tienda de ropa interior, y con más fuerza, porque había confirmado que sus temores tenían fundamento. Meterse con Hurricane en la cama habría sido traumático para ella por las implicaciones morales que habría tenido de cara a su relación con Dylan, pero siempre se había consolado asumiendo, quizá inocentemente, que podría librarse de las prácticas más violentas limitándose a hacer lo que ya

sabía, solo que con público.

Había cometido un error, y, como resultado, ahora iba directa a la boca del lobo con un hombre que no podía comprender su frustración.

Se encerró en el baño para echarse agua en la cara. El avión ya surcaba los cielos a velocidad crucero. No podía huir, y tampoco quería rendirse, pero estaba asustada. Solo conocía por encima las reglas de Fuego y Sangre, pero debía admitir que solo el nombre sonaba peligroso.

Alguien golpeó la puerta dos veces con los nudillos.

—¡Ocupado! —exclamó Maxine, aferrada al lavabo.

Los toques insistieron con más urgencia, y ella, lejos de apiadarse de quien necesitaba el excusado, fue a abrir la puerta para cantarle las cuarenta. No pudo, porque en cuanto quitó el pestillo, un hombre alto y decidido cruzó el umbral arramblando con lo que tenía por delante: ella, en este caso.

Hurricane cerró la puerta y echó el pestillo sin dejar de mirarla.

—¿Qué haces? ¿Te han visto? —jadeó Maxine—. No podemos estar los dos aquí. Se darán cuenta, se...

—No sé cómo demonios lo haces —la cortó él, acorralándola contra el lavabo. El cubículo era demasiado pequeño para contener sus cuerpos sin que se rozaran, pero, además, sus dos brazos la cercaron por los costados—, pero siempre consigues que te siga con la necesidad de demostrarte que puedo hacerte disfrutar. ¿Cuál es el problema, Maxine? —Ladeó la cabeza y se inclinó sobre ella a la vez—. ¿Que temes no tener la suficiente química conmigo para poner celoso a tu novio?, ¿o te da miedo descubrir en este viaje que has perdido el tiempo teniendo sexo vainilla desde la adolescencia?, ¿que puedes pasar por alto la ausencia de besitos para gozar como nunca?

—¿La adoles...? P-perdí la virginidad con veinti... veintiuno —musitó, sobrecogida por su repentina proximidad—. En *spring break*. Fui con mi novio Dave de vacaciones a Montecito en una caravana, y no fue tan... tan memorable. Las camas de las caravanas no están hechas para ese tipo de actividades, igual que no se debería hacer nada... sexual en un avión, si es lo que prendes, y...

Tragó saliva y presionó la espalda contra el lavabo en un fútil intento por poner distancia entre los dos. Él sacudió la cabeza, y ella casi lo hizo también, avergonzada porque siempre acabara contando su vida personal cuando se ponía nerviosa.

—Sorprende que seas tan romántica y cuadriculada a la vez. Qué se puede hacer en aviones, qué no... —enumeró con hastío, cada vez más cerca de ella.

—Lo que soy es... es sensible, ¿vale? Ese es mi problema. Soy sensible y no me gusta que intentes leerme la mente, ni que me asocies rasgos como la... inseguridad, o el masoquismo. Así que no pienses ni que quiero poner celoso a Dylan, ni que temo haber perdido el tiempo, ni me atribuyas más características, ni... ¡ni hagas nada que se salga de lo que has venido a hacer!

—Que no es follarte, cosa que te ha agobiado de pronto —apostilló él con las cejas arqueadas —. ¿Por eso te has ido corriendo? Que conste que no lo estoy asumiendo, como muy bien me has pedido. Lo pregunto con inocencia. ¿Te ha dado ganas de llorar, Maxine? ¿Te ha dado rabia? ¿Te ha decepcionado...? —Le rodeó las caderas con las manos y las deslizó hacia abajo, apretando la carne con los dedos. La levantó para sentarla en el lavabo, y sin dejar de sostenerle la mirada, introdujo una mano bajo el pantalón y las bragas—. Porque frente a eso no puedo hacer nada, pero te puedo demostrar aquí y ahora que no necesitas ni mis labios ni mi polla para correrte.

Maxine cerró los ojos, segura de que, si le devolvía la mirada, él leería en su expresión que no haría falta, que le creía porque el roce de su cuerpo con la ropa puesta había bastado para acelerarle el pulso. A esas alturas estaría mintiendo como una bellaca si no asumiera que

Hurricane tenía poder sobre ella, uno con efectos devastadores.

—Tú... tú solo buscas excusas para hacer marranadas, con quien sea y donde sea —balbuceó solo para decir algo.

Tendría que haberlo apartado, pero en cuanto apoyó las palmas sobre su pecho, sus dedos decidieron rodear con timidez los fuertes hombros y presionarlos hasta arrugarle la camisa.

—Estás muy equivocada —la advirtió con la mirada velada por el deseo reprimido—. Soy el cabrón más exclusivo con el que podrías haberte topado, Maxine.

Sonó como una frase inconclusa, una que ella decidió terminar para sus adentros con un bonito «... pero tú me vuelves loco», o «tú me excitas sobremanera», algo que la ayudara a justificar su reacción corporal y el hecho de que se revolviera en una silenciosa bienvenida cuando él empezó a tantear los pliegues de su sexo.

No la estaba besando. No la iba a besar; ahora lo sabía. Pero su forma de mirarla hacía que Maxine ya se diera por arrullada y por abrazada. Parecía que no quisiera pestañear mientras le frotaba el clítoris con las suaves yemas de los dedos, que estuviera llevando un registro mental de las emociones que iban surcando el rostro femenino conforme la masturbaba allí, en el baño de un avión.

Era una fantasía recurrente entre algunas mujeres y muchos hombres, y, como todas las fantasías habituales, Maxine ni siquiera se había planteado que fuera a vivirla en primera persona.

Entre el asombro, la incredulidad y las deliciosas sensaciones que él estaba despertando con su tacto, Maxine no cabía en sí misma. Deslizó las manos por su espalda tensa hasta cruzar los codos a la altura de su cuello, y así lo acercó a su cuerpo para que apoyara, si no la frente contra la suya, por lo menos la barbilla en su hombro. Hurricane eligió esta segunda opción, y lo último que Maxine vio antes de que se acomodara en aquel hueco, como un niño en busca de consuelo, fue la tensión de su mandíbula; la tensión de un hombre al que le excitaba la sola expectativa de complacer a una mujer.

Ella arqueó la espalda para participar de alguna manera en las morbosas caricias, buscando encerrar la mano áspera entre sus cuerpos. Lo oyó respirar profundamente casi pegado a su cuello, donde pronto empezó a repartir besos que distribuyeron los focos de calor entre sus piernas y a la altura del pecho. Pensó que se detendría cuando hubiera alcanzado el orgasmo, pero conforme sintió que se iba acercando, avivada por lo morboso e imprevisto de la situación, Hurricane la penetró con un dedo que no halló resistencia alguna.

Maxine se abrió para él separando los muslos, guiada por esa personalidad sexual que anulaba la original, la tímida, la precavida, y que hacía que se entregase a cada iniciativa de aquel hombre. Hurricane jugó a trazar pequeños círculos con el dedo en su interior, como si comprobara su flexibilidad, como si quisiera conocerla por dentro, e introdujo otro sin que Maxine hiciera más que gemir y volcar las caderas hacia él. Ladeó la cabeza en el sentido contrario de los besos que empezaban a desquiciarla, uno en el lóbulo de la oreja acompañado de un mordisco que la estremeció, otro suave y que le supo a poco cerca del nacimiento del pelo, y un tercero que dejó un reguero de saliva sutil al deslizar los labios entreabiertos hasta su clavícula.

Maxine soltó el labio que había estado mordiendo para contenerse y gimió en voz alta al tiempo que cruzaba más los codos, ansiando fundirse con él. Él la penetraba con los dedos a diferentes ritmos, con un diestro movimiento de muñeca que le permitía rozar a cada tanto, de manera aparentemente distraída pero seguramente calculada, el clítoris hinchado.

El orgasmo se había diluido durante un instante para recobrar fuerzas y volver con mayor

intensidad, pero cuando los espasmos de su cuerpo comenzaron a advertir del alivio que se avecinaba, Hurricane se incorporó lo justo para mirarla a los ojos mientras introducía dos dedos más, curvando de forma sutil la mano para que se asemejara a un cilindro.

Maxine contuvo la respiración y lo miró sin pestañear, esperando que el dolor llegara, pero comprobó gracias a la perversa satisfacción del amo que apenas notaría una leve presión. Y eso fue lo que percibió antes de que sus músculos cedieran a la invasión y la chorreante humedad de su sexo la lubricara para que siguiera masturbándola, ahora con una lentitud solo devastadora porque se había acostumbrado a la velocidad.

—Podría meterte el puño cerrado, Maxine —le susurró en el oído—, eso que hace unos segundos mencionabas con pavor. Estás dilatada de sobra, y solo has tenido que sentarte en un lavabo. Así que... ¿a qué le tienes miedo? Tu cuerpo cooperará siempre y cuando sepan cómo excitarlo.

Entre la bruma del deseo que le estaba afectando al sentido común, se repitió la pregunta hasta tres veces: cuantas necesitó para pensar una respuesta lógica.

¿A qué le tenía miedo?, se dijo, mirando a Hurricane sin verlo.

Quizá tuviera miedo de que nadie la excitara como él. Ansiaba que todos los amos del rol provocaran aquellas sensaciones en ella, que la llevaran al límite como él, que la tuvieran al borde del desespero cuando se encontrara entre sus brazos; así podría concluir que Hurricane no era ni especial, ni diferente, que era solo su habilidad en el ámbito amatorio lo que le hacía irresistible, y que cualquiera podía igualarle. Así podría sentirse menos sucia y culpable una vez Hurricane se marchara y ella se quedara a solas con sus pensamientos, que la castigarían por desear a un hombre que no era Dylan. Porque desearlos a todos, pensaba, era como no desear a ninguno. Pero desear a uno solo amando a su prometido se presentaba como la peor de las posibilidades, porque podría significar que, tal y como había deducido Carey, él le gustaba.

Y eso era terrorífico.

Pero era terrorífico cuando se las veía con el espejo, en la soledad de su cuarto o con los recuerdos más recientes de su libertinaje. En ese momento, lo único que tenía el poder de asfixiarla de angustia era la idea de que Hurricane se apartara.

Una parte de ella le estaba rogando con la mirada que la llevara al límite y pusiera a prueba su cuerpo, un cuerpo que ni ella misma había sabido tratar tan bien. Pero él o bien no se dio cuenta en un principio, o no quiso complacerla, porque todavía la penetró a un ritmo inclemente con los cuatro dedos hasta que Maxine empezó a sollozar entrecortadamente, buscando alivio.

Solo entonces sintió la presión de los nudillos al forzar la entrada.

Hurricane se inclinó sobre ella para besarla en los pómulos, un beso en uno y otro en el paralelo. Repitió lo mismo con las cejas, como si quisiera distraerla del dolor inicial, que en cualquier caso se diluía al enfrentarse con la desesperante excitación que la hacía temblar. La besó en una oreja y en otra, cerca de una comisura de los labios y en la otra, y repitió el proceso tantas veces, alternando un lado del rostro y el contrario, que Maxine se concentró en el patrón mientras él la penetraba hasta la muñeca. Se abrazó a Hurricane, vibrando y notando que el líquido se derramaba entre sus muslos. Sentía su puño empujando hacia dentro y retirándose lo suficiente para imitar el coito que le había vetado, y lo sentía también mirándola, pero no podía concentrarse en él cuando todo su cuerpo parecía evaporarse.

—Relájate —le susurró, y habría jurado que la voz de Hurricane provenía de su estómago o de su pecho.

Maxine obedeció con una facilidad tal que temió que sus órdenes estuvieran conectadas con su sistema. Se balanceó hacia delante y hacia atrás, curvando las caderas en busca de una

liberación que no parecía llegar nunca. Estaba tan tensa por el orgasmo inminente que los persuasivos roces con los que él empezó a mimar su clítoris no hicieron sino ponerla más y más rígida, hasta que no pudo soportarlo más y, con los ojos como platos y la mandíbula desencajada, se entregó a un clímax arrasador que la dejó temblando, con espasmos, durante un buen rato.

Maxine agachó la cabeza al sentir que él abandonaba su cuerpo. Las mejillas le quemaron al notar el calor de un líquido que pujaba por salir y le manchó no solo la ropa interior, sino también el pantalón.

Buscó la mirada de Hurricane con la pregunta implícita en la mirada horrorizada.

¿Se había orinado?

La serenidad del amo la ayudó a acompasar los frenéticos latidos de su corazón.

—Solo te has corrido. Se llama *squirt*. Y eso tampoco tiene nada que ver con el sadomasoquismo —apostilló con una especie de sonrisa turbada, como si a él también le hubiera asombrado el desenlace.

Maxine estaba demasiado anonadada como para percatarse de las sutilezas de su expresión. Miró hacia abajo de nuevo y se llevó las manos a la entrepierna para cubrir la zona que Hurricane ya había abandonado. Aún latía. Quería más. ¿Y qué era «más»? ¿Cómo era posible que se hubiera quedado satisfecha y, a la vez, estuviera dispuesta a continuar sin tener la menor idea de cómo seguiría?

Tragó saliva para disolver el nudo en la garganta y dejó que Hurricane la abrazara para bajarla del lavabo, donde segundos después él se estaba lavando las manos con una naturalidad desconcertante.

Y ella, mientras tanto, temblando.

—Y ahora... —musitó, palpándose el pantalón encharcado—, ¿cómo salgo de aquí?

Capítulo 18

Once horas de viaje intercontinental podían cambiar a una mujer, y sin necesidad de que un hombre la iniciara en el *fisting* vaginal en unos baños públicos de la clase turista, aunque, sin duda, esa experiencia ayudaba a moldear el carácter.

Esa fue la primera conclusión a la que llegó.

A cada tanto lanzaba un vistacito de reojo a Hurricane, a veces pasmada por la determinación con la que emprendía iniciativas como la ocurrida en el servicio, a ratos temerosa de lo que sería capaz de hacer en el ambiente adecuado, pero fundamentalmente desorientada por sus mil facetas.

En cuanto comprendió que Maxine no se atrevería a salir del cubículo con el pantalón empapado, se ofreció a regresar a sus asientos para, con disimulo, rescatar una muda limpia de su equipaje de mano. Fue una galantería de su inventiva; le salió tan natural como apenas un rato después se le vio increíblemente cómodo ignorándola con una frialdad pasmosa.

Le gustaba, comprendió Maxine con espanto. Había huido al baño a trompicones tratando de escapar de aquella verdad, como intentó no hacerse cargo de la misma en la tienda de lencería. Carecía de sentido seguir negándosela: solo aceptando el problema podría empezar a pensar en maneras de solucionarlo. Pero pasaron las horas, y por más que se estrujó los sesos, revolviéndose en su asiento como si tuviera hormigas por el cuerpo, no la iluminó ninguna conclusión.

Era la una y media del mediodía cuando aterrizaron en el aeropuerto de Tokio. La diferencia horaria trastornó a Maxine, que había pasado todo el vuelo con los ojos como platos y tenía la sensación de que ya era el momento de acostarse. Pensó que pasaría las cinco horas que tardarían en embarcar de nuevo deambulando por las instalaciones con Hurricane a su lado, pero en cuanto este hubo recuperado su equipaje y lo puso a buen recaudo tras pedirle por favor a la pareja de Spritz que se lo vigilara, se giró hacia Maxine para despedirse.

—Aprovecharé la breve estancia para ver a unos amigos. Si llego con la hora justa para embarcar, no te preocupes. No me iré muy lejos.

Maxine agradeció que le diera explicaciones, o, mejor dicho, que abriera la boca por primera vez desde su arrebato apasionado en el baño. También se alegró de que se marchara. Once horas rozándole el brazo, intoxicada por su olor, le habían supuesto un suplicio apabullante. Quería pasar un rato a solas sin castigarse por no darle conversación, sin torturarse porque él no le diera conversación.

Se sentía como una estúpida adolescente, con las inseguridades acentuadas y los nervios a flor de piel.

Aprovechó para asearse y cambiarse de ropa en los aseos del aeropuerto: se recogió el pelo en un moño alto con dos rizos enmarcándole el rostro, se puso un vestido ajustado de algodón gris con una pequeña abertura bajo el cuello halter que mostraba un escote recatado, y lo combinó con unas sandalias. Se pintó los labios de rojo y luego se quitó el carmín, así hasta cuatro veces, cuando decidió que no tenía nada que temer; solo era un labial, y era un hecho que con maquillaje se sentía preparada para enfrentar lo que fuera.

Cuando salió del baño, la pareja la localizó y estuvo dándole conversación sobre Tailandia, un destino que habían frecuentado a menudo.

—Nunca pensé que Hurricane se animaría a venir —comentó Spritz en un determinado momento. Mientras, retiraba la única hoja de lechuga que contenía su hamburguesa de

McDonald’s.

Se habían sentado en la terraza abarrotada para almorzar a una hora tardía. Apenas llevaban una hora conversando y Maxine ya había entendido por qué lo apodaron así, como el Aperol: al igual que el contenido del cóctel, que se conseguía con agua con gas, el muchacho tenía un carácter burbujeante.

—Se ha ganado la confianza de Califa y la curiosidad de los amos y sumisos en tiempo récord —repuso Gimlet, su compañero. En un primer momento le había parecido poco agraciado, pero en las distancias cortas ganaba bastante—. El hecho de que le hayan invitado no me parece cuestionable.

—No, no, a mí tampoco. Lo que me sorprende es que él aceptara la imposición de llevar una pareja. Es verdad que tener un acompañante no significa que vaya a divertirse solo con él, pero, por lo poco que sé, Hurricane no es muy dado a centrarse en una persona. En el año que lleva viniendo a Vesper’s, creo que no ha repetido con la misma mujer.

—¿Va muy a menudo? —se atrevió a preguntar Maxine—. Yo es que soy nueva, y no habla mucho de sí mismo, la verdad.

—Tranquila, ese es un defecto del que todos adolecemos en el ambiente. Ya sabes, por razones de seguridad. —Spritz le guiñó un ojo. Había descubierto rápido, nada más escucharlo hablar, que era cubano—. Y no, no va tanto. A lo mejor una semana sí, otra no... Algunas veces ha ido dos días seguidos. No es que lo tenga fichado, ¿eh? Es que nosotros sí lo frecuentamos bastante. No siempre para meternos en alguna habitación; la mayor parte de las veces nos divertimos bailando. Y, por lo que sé, Hurricane igual. Lo he visto en acción pocas veces, y debo reconocer que es de los pocos amos cuya vida personal me llaman la atención. A lo mejor es porque parece... atormentado.

—A mí no me lo ha parecido cuando lo he visto en la puerta del aeropuerto. —Gimlet hizo un gesto con la cabeza para señalar la salida—. Me he asomado a la entrada para fumarme un cigarro y he presenciado un bonito reencuentro. Parece que tiene familia asiática, porque ha estado un buen rato abrazado a una señora de unos sesenta años.

—O eso, o le van las mujeres mayores —bromeó Spritz, siempre con la complicidad de Maxine, a la que le guiñó el ojo para compartir con ella una broma que podría haberle sentado mal.

Maxine se había dado cuenta de que, en el ambiente que en un principio creyó tenebroso, la gente era más empática. Quizá fuera por lo que Carey le mencionó en una ocasión: para tener una relación sadomasoquista era necesario machacar los límites hasta el aburrimiento. Ahora se lo creía, porque, sin pecar en ningún momento de melindrosos, los implicados cuidaban de las sensibilidades ajenas con una naturalidad tal que parecían haber sido criados por la misma madre comprensiva.

—¿Una señora? —repitió Maxine, recordando la chapa plateada que colgaba del cuello de Hurricane. Solo la había visto con absoluta claridad cuando estuvo desnudo y cuando le asomó sin querer por la camisa escotada—. ¿Era japonesa?

—Supongo. Estamos en Tokio y venía en su propio coche, pero la he visto de lejos y de forma fugaz —reconoció Gimlet—. De todos modos, me ha parecido que se saludaban en inglés.

—Hurricane no tiene rasgos asiáticos —meditó Spritz. Miró a Maxine—. ¿Tú sabes algo?

—No, nada. Podría ser su familia lejana. O una amiga, como me ha dicho antes de irse.

Tenía que serlo, porque cuando Hurricane volvió, a tan solo quince minutos de que se abrieran las puertas de embarque, Maxine reconoció ya de lejos que la compañía había atemperado su ánimo saturnino. Reapareció con una bolsa de plástico en la mano y un brillo

nostálgico en los ojos.

Sus miradas coincidieron a lo lejos, y ya en la distancia, Maxine se percató de que ralentizaba el paso después de examinarla de arriba abajo. Ella se enderezó sin darse cuenta y aferró con fuerza el lector digital que tenía en el regazo.

Estaba tan convencida de que haría algún comentario sobre su aspecto ahora que se había esmerado por arreglarse que la embargó la decepción cuando tomó asiento junto a ella sin mediar palabra.

—Siento haberte dejado sola —dijo mientras sacaba una fiambrera de plástico blanco con la tapa transparente empañada por debajo—, pero hacía tiempo que no pasaba por Tokio. Necesitaba pasear por sus calles.

—¿Vienes mucho por aquí? —inquirió, dando por hecho que no era una pregunta personal.

Guardó el Kindle en el bolso discretamente, con la cautela con la que el instinto le decía que debía actuar cuando Hurricane parecía pensativo.

—Solía, sí, pero ahora el trabajo me lo impide. —Ladeó la cabeza para mirarla con una sonrisa queda—. Espero que no hayas comido. Tienes que probar el pastel de queso japonés.

—¿Eso es lo que tienes ahí? —Lo señaló con la barbilla.

—Y la mejor sopa de miso que puedas probar en tu vida. He tenido que echar mano de mis trucos de espía para que pase el control. No preguntes cómo.

Maxine se arriesgó a acercarse a él para asomarse al contenido de uno de los boles de plástico, curiosa.

—¿Qué tiene?

—¿La tarta? Apenas tres ingredientes: queso de untar, chocolate blanco y claras de huevo. Es como comerse una nube.

Maxine tenía el estómago cerrado por su inminente llegada a Koh Phangan, pero lo vio tan entusiasmado a su manera reservada que ni siquiera se le ocurrió rechazarlo.

Mientras lo observaba cortar una porción para ofrecérsela, dejó que sus pensamientos vagaran y acabó imaginando a Hurricane como el niño tímido, pero con cientos de buenos amigos, que llevaba chucherías al recreo el día de su cumpleaños y las iba repartiendo equitativamente con la misma sonrisa ensimismada con los que ahora se afanaba en prepararle un trozo. La estética de la comida japonesa ayudó a que la presentación fuera impecable incluso servida en una servilleta.

Parecía mentira que aquel fuera el mismo hombre que la había abordado en un baño para tocarla de una manera que debería estar prohibida. Era la única persona que conocía, si es que podía atreverse a decir que lo conocía, que resultaba coherente a pesar de sus numerosas contrariedades. En él, la violencia inevitable en un arrebato brutalmente apasionado y la serenidad del hombre nostálgico podían convivir en armonía, o eso pensó mientras ambos masticaban su porción con la mirada perdida en la concurrencia del aeropuerto, un lugar que siempre la dejaba melancólica.

—¿Qué tal? —inquirió él en voz baja, como si supiera que perturbar una tranquilidad como aquella era mala idea.

La estaba mirando con fijeza.

—Es verdad que se deshace en la boca —contestó después de tragar, cubriéndose con la mano la sonrisa tímida. Se humedeció los labios y se los limpió con cuidado antes de añadir—: ¿Te puedo... hacer una pregunta personal?

Él enarcó una ceja con la que revelaba que no le sorprendía en absoluto que hubiera tomado aquel camino. Lo vio reclinarse hacia atrás para estirar la espalda, y adoptar una postura desenfadada para mirarla largamente.

—Puedes hacer la pregunta y ver si te respondo.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Se supone que el misterio forma parte de tu encanto, de tu papel en el rol?

—¿Esa es la duda que tenías? —se mofó con un brillo perverso en los ojos que, sin embargo, no lograba ahuyentar del todo el cansancio.

—En realidad... —Agachó la mirada a la altura del pecho masculino—. El día que te conocí llevabas un colgante. De lejos parecía una de esas chapas honoríficas de los veteranos de guerra que solo he visto en las películas..., pero luego me fijé en que tenía un grabado en japonés. ¿Qué significa?

Él le lanzó una mirada vacilante. Se quedó muy quieto, planteándose si responder. Al final se incorporó despacio y dejó a un lado la servilleta para tirarse de la cadena que le rodeaba el cuello. Así extrajo la chapa plateada, que destelló ante sus ojos antes de que su dueño la acariciara con el pulgar.

—Es un símbolo; el *Hon Sha Ze Sho Nen*. Tiene varios significados. «Sanación a distancia», «código de ausencia», aunque el más extendido es «ni pasado, ni presente, ni futuro». —Hizo una pausa como si lo necesitara para terminar de descifrarlo—. Se dice que su poder de sanación espiritual trabaja a través del tiempo y el espacio. Se supone que tiene forma de torre en referencia a la pagoda, un centro de culto religioso de las terapias de energía, pero yo no creo en el reiki, ni en el budismo, ni en ninguna pseudociencia.

—¿Entonces? —preguntó Maxine pasado un rato, viendo que no planeaba continuar—. ¿Por qué lo llevas si no crees en ello? ¿No es una forma de apropiación injusta?

—Es mi manera de rendir homenaje a la cultura, y, aparte, da la casualidad de que me identifico con sus valores. *Hon* es el centro, la esencia. —Señaló el primer símbolo, y desde ahí fue descendiendo—. *Sha* significa «brillante». *Ze* quiere decir «avanzar en el rumbo correcto». *Sho* indica el objetivo, la integridad, el ser sabio y honesto. Y *Nen* apela a la quietud.

A Maxine se le escapó una sonrisa.

—La verdad es que no te describe nada mal.

Nunca sabría qué le habría respondido, porque anunciaron por megafonía el embarque con destino a la isla de Koh Samui. Maxine suspiró, cansada, y se puso de pie con el equipaje de mano a cuestas.

Hurricane la imitó y la instó a caminar posando una palma amable en el centro de su espalda. Ni siquiera estaba peligrosamente cerca de las nalgas, pero ella reaccionó sobreexcitándose, como si el mero roce fuera antesala de la próxima aventura entre sus brazos.

Quiso echarse a llorar, frustrada, al reconocer en ella sensaciones que ansiaba rechazar. Y él tuvo que ver la turbación en su semblante, porque la acarició, distraído, y esperó a hacer contacto visual para prometerle:

—Todo saldrá bien, te lo aseguro.

Maxine solo se preguntó para quién saldría bien. ¿Para la parte de ella que estaba desesperada por recuperar a Dylan y regresar a casa, aunque fuera a costa de fingir que no acababa de descubrir que podía amar a un hombre y sentir un deseo arrasador por otro?, ¿o para esa otra parte de sí, a la que empezaba a tenerle miedo, que buscaba el calor de Hurricane sin importar nada más? Solo una de ellas podía triunfar en Koh Phangan.

Confiaba en que durante el viaje se mantuviera su férrea decisión de priorizar lo que de verdad era importante.

Su relación.

Después de aterrizar en Koh Samui, una de las islas paradisiacas por antonomasia de Tailandia, tomaron un ferry nocturno hasta Koh Phangan. Tardarían solo una hora, pero Maxine llevaba más de veinticuatro sin pegar ojo y no pudo mantener los ojos abiertos. Se quedó dormida en el asiento, apoyada en una superficie no del todo cómoda pero sí suficiente. El suyo fue un sueño profundo, aunque no reparador. No debía haber pasado ni cuarenta y cinco minutos en la fase no REM cuando la fantasía habitual la apresó entre sus tentáculos.

Hurricane estaba de pie ante ella en una habitación oscura. Se oía el rumor de las olas, como si estuvieran cerca de la costa. Él la miraba con aquellos ojos de depredador que ya conocía, los que la atrapaban en un prometedor hechizo de fuego afrodisiaco. Se estaba quitando muy despacio el colgante, y, como si la Maxine del sueño supiera algo que ella no, suspiró de alivio: al retirar la chapa japonesa, renunciaba a las prohibiciones que tanto la habían desesperado.

Se acercó despacio. Maxine solo era consciente de su respiración agitada, del romper del oleaje y del calor que irradiaba aquella piel bronceada. Posó las manos sobre su pecho y delineó sus contornos con un dedo más ansioso que juguetón, como si su cuerpo fuera el mapa del tesoro y tuviera que estudiar las trampas. Su cuerpo sí era un mapa del tesoro, sobre todo el del Hurricane de sus sueños, que no sentía inexpugnable ni laberíntico, sino dispuesto a abrirse para ella. Lo acarició por todas partes mientras él la observaba con fijeza, con esa emoción profunda y llameante que avivaba sensaciones novedosas; sensaciones que creía que debía escuchar como si fueran la sabia palabra de un monje, porque nunca mentían.

Ahuecó su rostro entre las manos y continuó su exploración por sus rasgos, relajados en una expresión serena.

Hurricane cerró los ojos.

—No, no, mírame. Me gusta que me mires —le confesó ella en un susurro, y él la obedeció.

—¿Y qué más te gusta? —le preguntó con voz queda, alargando las manos hacia Maxine.

La salvó del vértigo rodeándola con sus brazos.

Ella estaba exultante. Sentía que su corazón henchido no cabría entre los dos.

—Me gusta... me gustaría que me besaras. Bésame, por favor —le suplicó con un hilo de voz, poniéndose de puntillas. Pero Hurricane era demasiado alto; medía más de metro. Más de dos metros. Pronto, creció hasta los tres, los cuatro metros, y ella se fue quedando poco a poco más cerca del suelo, mirándolo con la cabeza descolgada y los ojos húmedos—. ¡No! —exclamó, estirándose con desesperación—. ¡No te alejes! Bésame..., te lo ruego.

Pero Hurricane era ahora un gigante del tamaño de un rascacielos, y con solo levantar el pie, proyectó una sombra peligrosa sobre Maxine. El sonido de las olas se intensificó y ella gritó, protegiéndose con los brazos, para tratar de salvarse del aplastamiento.

Despertó de forma brusca. No se puso en funcionamiento hasta que hubo asimilado lo que pasaba a su alrededor, dónde se encontraba... y con quién.

Las respuestas a esas preguntas eran obvias, o lo fueron cuando reconoció el leve rastro de perfume, el discreto bamboleo del ferry. Maxine se incorporó despacio y comprendió que se había dormido sobre el hombro de Hurricane. La estaba mirando de un modo en que no la había mirado antes, con un auricular en la mano y el otro puesto.

Por un momento, Maxine temió haber gritado su nombre en sueños. Era posible. De niña tenía pesadillas explícitas y absolutamente terribles, y cuando su padre la despertaba entre violentas sacudidas, llegando a abofetearla por haberlo sobresaltado cuando por fin había conciliado el sueño tras un largo día de trabajo, no conseguía sino empeorar el modo en que sufría los terrores nocturnos: los gritos, los llantos y las sacudidas se acentuaban, y, a veces, también el

sonambulismo.

—Perdón —musitó, retirándose con la mano en la mejilla que había apoyado en su hombro—. No me he dado cuenta. Deberías haberme despertado.

Hurricane la miraba de hito en hito. Quería preguntarle sin tapujos si había mencionado su nombre, pero si la respuesta es afirmativa, se moriría de vergüenza.

—Parecías estar soñando algo bonito hace un rato —se justificó quedamente.

—Era más bien una... pesadilla —mintió a medias.

—¿Las tienes a menudo?

—Sí, pero lo controlo —se apresuró a aclarar, arreglándose los mechones sueltos—. Suelo tomar pastillas para dormirme. Te prometo que no te molestaré.

Maxine le dirigió una sonrisa frágil y se levantó con la excusa de ir al baño. Necesitaba lavarse la cara y convencer a su reflejo de que no podía ir por ese camino.

Ya estaba en pie y de camino al pasillo cuando le pareció oír la voz de Hurricane, que de seguro provino de su sueño:

—Todo sería mucho más fácil si me molestaras.

Capítulo 19

Teniendo en cuenta la cantidad de dinero que había desembolsado para vivir la experiencia, Maxine imaginaba que se toparía con un hotel endemoniadamente lujoso, pero la visión de los bungalós conectadas por preciosos senderos de madera que recordaban a puentes colgantes e iluminados por farolillos dorados superó sus expectativas.

Hurricane la miraba de reojo, sorprendido porque su reacción fuera tan genuina. Lo más probable era que Carey le hubiera informado de los escasos detalles que dejó a la imaginación cuando le habló de sí misma, como que solía vivir de forma holgada gracias a la fortuna de Dylan, y ahora le extrañara que sus viajes al Caribe no la hubieran acostumbrado a aquella clase de visiones espectaculares. Pero Maxine nunca terminó de hacerse a la idea de que participaba en la riqueza y el privilegio de los ricos. Quizá por eso llevaba toda la relación con Dylan teniendo la sensación de que estaba inmersa en un sueño, y tal vez por esta misma razón hubiera sido tan duro despertar de golpe.

Para formalizar el contrato, Maxine solo había tenido que realizar una transferencia bancaria al número de cuenta de Califa. No le quedó otro remedio que juntar sus escasos ahorros y pedir un préstamo para permitirse la experiencia.

Ni siquiera sabía cómo lo pagaría más adelante, pero no era su problema más acuciante.

Por un momento olvidó todo lo relacionado con lo que había ido a hacer allí y se regocijó en el honor de haber sido elegida para asistir. Inspiró hondo para empaparse del aire húmedo que flotaba en el ambiente. Nada más bajar del avión en Koh Samui había notado el calor bochornoso de las zonas costeras, un cambio refrescante con respecto de las temperaturas en Los Ángeles, igualmente agradables, pero que no gritaban «vacaciones». En las islas paradisiacas como Koh Phangan, podía llegarse a los treinta grados en el mes de octubre.

El guía que los condujo a su bungaló, contratado para la ocasión, se detuvo en el porche para entregarles las dos llaves. Utilizó una para abrir la puerta y les dio la bienvenida con un ademán educado.

El amplio espacio estaba decorado al estilo rústico, pero al mismo tiempo mantenía su esencia oriental, influenciada por el *feng shui* y la combinación de bambú y madera de cedro. Era bastante más colorido que el minimalismo que caracterizaba la decoración asiática, pero eso, el techo bajo y el olor a velas aromáticas lo hacía el doble de acogedor.

—Hay dos dormitorios —explicó el guía en un inglés con acento—. Están conectados por una puerta. Se ha pensado de esta manera para que ambos miembros de la pareja puedan traer invitados sin molestar al otro. Sobre las camas encontrarán el dossier del evento con algunas indicaciones.

Maxine siempre había soñado con vivir durante una o dos semanas sin la influencia de los coches, de los móviles, tan solo respirando la naturaleza, pero nunca había tenido la oportunidad. Si no se estuviera jugando la vida con aquel viaje, habría celebrado la ocasión dando un saltito infantil.

Hurricane la sacó de sus pensamientos poniéndole una mano en el hombro. Le señaló las habitaciones, indicándole que tenían prisa.

Al ver la tarjeta metida en un elegante sobre negro con las letras doradas y un collar de sumisa con un rombo púrpura en el centro, se olvidó de correr las cortinas para admirar el bosque tropical.

—Mimosa —leyó, perpleja. Buscó a Hurricane con la mirada, que justo salió de su habitación

con el mismo sobre en la mano. En el suyo habían escrito su apelativo con una caligrafía historiada—. ¿Este va a ser mi apodo? Parece el nombre de una *stripper*.

Hurricane se cruzó de brazos bajo el umbral.

—No te queda del todo mal —reconoció, ladeando la cabeza—. Es un cóctel clásico con un sabor suave y refrescante. Tiene champán, una bebida elegante con energía femenina, y zumo de naranja, un cítrico natural. Y la graduación alcohólica es mínima.

—¿Me estás llamando sosa? O, peor... ¿me estás llamando bebida conveniente? Porque no creo que eso sea un halago en este contexto.

—De hecho, creo que te he llamado elegante, femenina y natural.

Cogió el collar por el borde, como si apestara.

—¿Y esto qué es?

—Lo pone en el contenido de tu sobre, pero ya te lo adelanto: lo tienes que llevar puesto en el encuentro de esta noche. Nos han citado a las doce, lo que nos da exactamente... —Consultó su reloj de pulsera— unos veinticinco minutos para prepararnos.

—¿En serio? —se lamentó Maxine—. Pensaba que nos iban a dejar dormir esta noche.

—La mayoría de los invitados han venido en jet privado. Llevan horas descansando en sus asientos reclinables, bebiendo cava y follando a treinta mil pies de altura.

—Treinta mil pies de altura —repitió ella, dejándose caer en el borde de la cama con un bufido—. Podrías haber dicho diez mil metros, pero como eres enrevesado como tú solo...

Hurricane seguía recostado en el marco de la puerta, mirándola, esta vez, con una media sonrisa.

—¿No piensas vestirte? Creía que te morías de ganas de ver a tu novio.

—Es mi prometido, en realidad.

—Peor me lo pones —bromeó, atreviéndose a mostrar los dientes.

La primera sonrisa que le había visto —y ni siquiera podía considerarse como tal, porque no le llegó a los ojos; parecía un gesto de histerismo, como si no pudiera esperar para reunirse con el resto de los invitados— provocó la aparición de las arrugas con forma de paréntesis que ya había insinuado en previas ocasiones. Maxine le sostuvo la mirada un instante, rendida a su encanto personal, pero en cuanto giró la cara, no pudo seguir bloqueando los nervios que el cansancio había estado manteniendo a raya.

—No es que no quiera, es que... —Acarició la colcha, nerviosa—. Dios, voy a ver a Dylan. Solo ha pasado una semana desde que lo vi por última vez, pero... tengo miedo.

Se frotó los muslos para calentarse la piel, que notaba aterida a pesar de la buena temperatura. No esperaba que Hurricane le ofreciera ningún tipo de consuelo, por lo que se levantó, obligándose a armarse de valor, y fue hacia sus maletas para buscar un modelito acorde a la velada nocturna.

—Maxine —la llamó Hurricane desde la puerta.

Ella se giró con el conjunto púrpura en la mano. Lo vio de pie bajo el umbral, seguro sobre sus pies, y por primera vez pensó en lo afortunada que era de que un hombre con su determinación y experiencia la acompañara en la aventura.

—¿Qué pasa?

—Me fío de la intuición femenina —le confesó—, y si sientes que venir hasta aquí es lo que Dylan necesita para volver contigo es porque tienes una posibilidad. Así que no te preocupes. Y si no sale bien... —Palmeó el marco de la puerta antes de darse la vuelta—, siempre podrás decir que por lo menos lo intentaste.

—A veces, haberlo intentado no es un consuelo.

—Lo es, a no ser que seas muy duro contigo mismo. Hay cosas que siempre escapan a nuestro control.

—Pues a tu control en concreto no parece escapar nada. Eres tan... sólido.

Él curvó los labios sin llegar a sonreír y se encerró en su dormitorio. Aturdida por la respuesta que no le había dado, pero que creía haber deducido en la resignación de su rictus, abrazó el conjunto de lencería contra el pecho y lanzó una mirada al techo, como si allí se hubieran quedado flotando los ánimos que le había dado.

Con sencillez, Hurricane la había convencido de renovar sus esperanzas.

Estaba preparada para el primer asalto.

Temerosa e insegura, sí, pero también preparada.

Maxine se puso una capa de raso púrpura encima del picardías. Aunque el recinto era privado, no le parecía adecuado bajar las escaleras y pasearse entre los bungalós con tan solo la lencería, que, si bien componía un conjunto bastante discreto para lo que se estilaba en el mundo BDSM —no llevaba los pezones al descubierto; ni siquiera un tanga fino— le seguía pareciendo revelador. Consistía en una braga brasileña y un brasier que se prolongaba, ajustado, hasta rozar el ombligo, simulando un corsé.

Había podido ducharse antes y soltarse el pelo, del que ahora estaba orgullosa. La humedad de la isla ayudaba a darles a sus rizos el volumen que le gustaba.

Esperó a Hurricane sentada en el porche, jugueteando con el colgante en forma de rombo que pendía del collar. Los nervios se la estaban comiendo.

¿Qué iban a hacer esa noche? ¿Que tendría que ver el dichoso símbolo?

La puerta se abrió, proyectando un haz de luz sobre Maxine. Se puso en pie con torpeza —los tacones, por lo visto, eran un requerimiento—, y fue a mirarlo con disimulo.

Hurricane llevaba un pantalón de cuero, el torso al aire y una muñequera del mismo estilo que su collar, pero con otra forma geométrica: un círculo color topacio. La chapa plateada descansaba sobre su pecho, donde se entrecruzaban un par de correas creando un patrón sencillo pero sorprendentemente favorecedor.

Su desnudez la afectó más de lo que había previsto. A la escasa luz de los farolillos que iluminaban los caminos de madera, su piel parecía terciopelo ámbar. No era un hombre robusto, más bien del tipo delgado pero fibroso. El tiro bajo del pantalón destacaba los oblicuos y el camino de fino vello rubio que iba a morir a su ombligo.

Hurricane bajó al porche ajustándose la muñeca y el reloj con aire distraído. Le hizo un gesto a Maxine, indicándole que se pusiera en marcha, sin molestarse en supervisar su atuendo.

No esperaba que se regocijara en su contemplación, ni tampoco un halago, en parte porque él sabía lisonjear a una mujer simplemente mirándola a la cara con su inquietante detenimiento, pero... A lo mejor acababa de comprender que estaba comprometida y más le valía no ser demasiado consciente de su presencia física, por si acaso se sintiera atraído. El juego empezaba esa noche y ya no tenían tiempo que perder manoseándose o inmersos el uno en el otro.

Pensó en ello mientras se acercaban al punto de encuentro sorteando los caminos serpenteantes. Quiso la casualidad que se cruzaran con un hombre acompañado al que reconoció enseguida.

Califa destacaba por su impresionante altura, el brillo de los aretes en la oreja y la elegancia al vestir. Llevaba unos chinos negros y una camisa de satén de un verde suave que destacaba el

inusual color de sus ojos. Angel Face iba a su lado ataviada con un *mini dress* palabra de honor de cuero granate.

—¿Lo habéis encontrado todo de vuestro gusto? —preguntó Califa, que detuvo la marcha en cuanto los reconoció.

Angel Face, en su línea de hablar poco pero decir mucho con la mirada, se cruzó de brazos y le guiñó un ojo a Maxine, dándole su aprobación.

—Casi todo —contestó Hurricane, y chasqueó la lengua—. A Mimosa no le ha gustado demasiado su apodo.

—No me digas. —Califa miró a la aludida por encima del hombro con aquella sonrisa perversa que Maxine no sabía si temer o encontrar excitante—. Yo creo que le va como anillo al dedo. Apuesto a que es de las que no se van a dormir después de los azotes sin su buena dosis de arrumacos.

No se equivocaba, pensó Maxine, pero no quiso darle la satisfacción de confirmarlo. Estaba cansada de ser transparente incluso para los desconocidos.

—Creo que habría preferido algo más interesante —valoró Hurricane en voz alta, con ese tono jocoso que empleaban los hombres para reírse a costa de sus parejas. Combinaba la ternura y la condescendencia—. Quizá le hubiera sentado bien algo escocés, Mamie Taylor, o The Presbyterian.

Califa soltó una carcajada y miró a Maxine con sorna mientras echaban a andar.

—¿Mamie Taylor?, ¿por la cantante de ópera? Solo sabremos si se lo merece cuando la oigamos gritar, pero sospecho que es más bien discretita. Por eso The Presbyterian le habría ido mejor. Me encaja como feligresa protestante... Porque sigue gustándote protestar, ¿no?

Le sonrió a Maxine, dándole a entender que bromeaba con ella, no contra ella. Lástima, porque se lo tomó como algo personal. Su mojigatería había empezado a ser una herida al rojo vivo desde que Dylan insinuó que lo había castrado con sus prejuicios.

Como si Angel Face tuviera un don para leer los ánimos ajenos, en concreto el de las mujeres que la rodeaban, apostilló:

—Se os llena tanto la boca pronunciando nombres de cócteles que parece que os emborrachéis. Solo que fuerais ciegos como piojos explicaría que se os olvide que estáis hablando de mujeres.

Califa la tomó de la barbilla y se inclinó para decir contra sus labios:

—¿Mujeres? Yo solo hablo de ángeles.

Angel Face le apartó la mano con un aspaviento impaciente y puso los ojos en blanco.

—Tú lo has dicho, campeón —le dijo con una sonrisa maliciosa. Maxine admiraba el que creía su juego seductor: lo rechazaba con desdén y seguía tentándolo con descaro, y nunca pagaba los platos rotos con azotes porque tenía a su hombre hechizado—. Vas a hablar *de* ángeles, porque *con* ellos, esta noche, no intercambiarás más que unas palabras.

—¿Y? —la retó. Angel Face había echado a andar, pero a Califa no le costó alargar el brazo y darle un azote en el cachete—. Para lo que tengo en mente no es necesario conversar.

Angel Face le sacó la lengua, coqueta y juguetona como la ninfa de bolsillo que era, y se unió a un grupo que pasaba por allí.

Califa se giró hacia Maxine cuando consideró que ya llevaba demasiado rato observando a su pareja.

—Estás a tiempo de pedir otro nombre. Soy el hada madrina. Puedo hacer tus deseos realidad. ¿The Presbyterian te complace?

—No evoca una cara bonita, precisamente —reconoció Hurricane. Guio una mano hacia su

rostro femenino y lo elevó a la luz de los faroles para exhibirla como un artista hacía con su obra. El corazón se le aceleró al tenerlo tan cerca, escrutándola con cálculo—. ¿Qué tal Kir Royale? Es elegante y bonito.

Califa sacudió la cabeza.

—Ya hay una Kir Royale —acotó sin necesidad de hacer memoria—. O la había, no lo sé, pero era única en su especie.

—¿Única en su especie? —Hurricane enarcó una ceja—. Suena como si te hubiera enamorado.

—Mi corazón es asquerosamente monógamo —replicó Califa, sacudiendo la cabeza—, pero me gustaba Kir Royale. Desconozco si ha venido. Yo me encargo de una parte de la lista de invitados, y ella no se apuntó desde Vesper's, si es que lo hizo. El que seguro que no estará, y cuyo nombre no se volverá a utilizar en señal de respeto, es la antigua pareja de White Lady.

»En cualquier caso, el Kir Royale no va con esta chiquilla. No tiene un pelo de francesa —concluyó, devolviendo su atención a Maxine—. Seguro que sí que sabe un poco a champán —apostilló, dirigiéndole una mirada de regocijo—, pero ¿a crema de cassis? No lo creo.

Maxine no supo si interpretar el comentario como una referencia insultante a su santurronería o como una simple descripción de su carácter.

Si ella tuviera que relacionarse con un tipo de licor, tampoco escogería el de grosella.

En cualquiera de los casos, le sorprendió que Hurricane hubiera llevado la conversación con Califa por aquellos derroteros cuando ella. Quiso preguntarle por qué había tenido que dejarla de quejica delante del mandamás, pero el pasillo desembocó justo en la velada y perdió su oportunidad.

Se había montado una pequeña *soirée* al aire libre. En torno a una piscina iluminada por los focos sumergidos, se distribuían una serie de tumbonas de dos plazas con cuatro postes y velos que se mecían al capricho de la brisa, la justa para que la temperatura en el corazón de lo que parecía la selva fuera agradable.

No tanto para Maxine, que se estremeció conforme paseó la mirada por la concurrencia. Se frotó los brazos por debajo de la capa, que la cubría hasta medio muslo, y se pegó al costado de Hurricane como si él pudiera protegerla de sus propias decisiones.

Maxine llamaba la atención en un grupo donde la mujer más recatada exhibía el vientre y los pechos con apenas un tanga. Había invitadas que se habían desnudado ya, otras que lucían un intrincado sistema de correas que no tapaban ni lo necesario, y unas terceras que alternaban el cuero y el vinilo. Toda la ropa era fetichista.

Reconoció a Carey a lo lejos. Llevaba un vestido ceñido de látex negro que enseñaba la curva inferior de las nalgas, y lo combinaba con unos ligueros atrevidos y unos tacones de vértigo. Llevaba a sus dos acompañantes agarrados por el extremo de la cadena que colgaba de sus collares. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que les habían proporcionado un grueso brazalete a los amos, y una gargantilla a los sumisos. Se fue fijando, con un nudo en la garganta, en los símbolos de cada complemento: había rombos color púrpura, como el suyo, círculos de una tonalidad similar al topacio, triángulos verdes esmeralda... y no atinó a ver nada más porque justo cuando empezaba a entremezclarse con los invitados, reconoció a lo lejos unos rizos rubios.

Maxine estuvo a punto de agarrar a Hurricane del antebrazo. Se aferró a sí misma para no desvanecerse por la impresión y acabó hundiéndose las uñas en el muslo. El dolor físico alivió la bofetada de realidad que le supuso ver a Dylan acompañado de la misteriosa White Lady.

Su prometido llevaba un *body* negro de manga corta y cuello vuelto, tan fino y ceñido que se marcaban los deliciosos contornos de su cuerpo. Ella iba a juego con él. Gracias a los tacones,

era igual de alta que su prometido, y tan despampanante ya de lejos que Maxine se olvidó de cómo respirar, sacudida de pronto por los celos. Se trataba de una mestiza con el pelo castaño, largo y ondulado, y los ojos de un insólito verde azulado. Su parecido con Tyra Banks era reseñable... y, para ella, la peor de las noticias.

Se dijo que no tenía por qué establecer ridículas comparaciones físicas con ella; al fin y al cabo, Dylan solo pidió participar en el rol y le consiguieron una compañera, no la escogió por gusto... Pero estaba convencida de que lo había deslumbrado.

Parecía una modelo de pasarela. No solo alta, sino distinguida, ni tampoco únicamente delgada, sino fibrosa. Tenía el rostro anguloso, y paseaba una mirada afilada como la hoja de un cuchillo por los invitados, como lo haría un depredador a la hora de escoger a su presa. Derrochaba esa clase de seguridad en sí misma, de energía vibrante y cautivadora, que cabía esperar en una dominatriz.

Era lo que Dylan quería, ni más, ni menos.

Cuanto más la miraba, más demostraba que Hurricane tenía razón y había un lado masoquista dentro de ella. Se sentía cegada como un perro callejero por los faros de un coche, le quemaban las lágrimas en las cuencas de los ojos, y, aun así, allí estaba, memorizando la imagen de aquella mujer con la que no había hablado y ya odiaba con todo su ser.

Debería haber trasladado ese desprecio antagónico a Dylan, el hombre que la seguía como un perro faldero, pero si lo miraba a él, el corazón se le ablandaba y empezaba a sufrir. Perderlo de vista había contribuido a que comenzara la primera fase del luto. No le extrañaba que el contacto cero entre exparejas se vendiera como la solución definitiva a una ruptura trágica, pero poco se hablaba de cómo reaccionaba una mujer con el corazón roto y las hormonas disparadas cuando volvía a encontrarse con el objeto de su amor.

Le vinieron de pronto recuerdos de toda clase, los más recientes y los más antiguos, cuando ella era aún una profesora de instituto y se sentía la doncella cortejada por el príncipe del cuento que iba a buscarla a la salida del trabajo y la llevaba a su mundo ideal.

Supo que los ojos se le habían cristalizado cuando empezó a perder la visión, y descubrió que estaba mareada en el momento en el que un hombre tomó la palabra.

—Bienvenidos y bienvenidas a la novena edición de Fuego y Sangre —dijo una voz masculina a través de unos altavoces discretamente colocados. Habían tenido que bajar la música para que se hiciera oír. Maxine no pudo localizarlo. Algunos de los invitados la rodearon y sintió que le faltaba el aire—. Los organizadores esperamos que lo hayáis encontrado todo de vuestro gusto. Como los veteranos ya sabréis, la noche de llegada nos la tomamos con más calma, pero no podíamos dejar que os fuerais a dormir sin haberos presentado los unos a los otros. Por esa razón hemos programado un pequeño juego relacionado con los complementos que os han sido entregados en vuestras habitaciones.

Maxine lanzó una mirada por encima de los hombros ajenos para localizar a Dylan. Observó su perfil iluminado. Estaba pendiente de la descripción del organizador.

—No sería divertido si no nos mezcláramos, así que os vamos a pedir que os fijéis en el símbolo de vuestro collar o brazalete y vayáis al encuentro de aquellos que tengan el mismo. Habrá oportunidades de yacer con vuestra pareja, pero, por hoy, disfrutaremos de lo desconocido.

Maxine entrecerró los ojos, tratando de averiguar desde la distancia cuál era el símbolo que lucía el collar de Dylan. Los focos iban cambiando de color, manteniendo siempre tonos íntimos y favorecedores, por lo que no consiguió averiguarlo.

Empezó a ponerse nerviosa. No había ido hasta allí para intimar con desconocidos, sino para

estar con Dylan en cuanto lo localizara.

Se fijó en la dirección que había tomado, e inspiró hondo para ir en su busca con la mente en blanco.

—Mimosa.

Tardó en comprender que se referían a ella. Hurricane la estaba mirando a espaldas de las luces que bailaban a su alrededor, arrancándole destellos coloridos.

—¿Estarás bien? —le preguntó en voz baja.

Maxine se humedeció los labios. El corazón le latía muy deprisa. La concurrencia la oprimía por los costados, como si estuviera en un festival masificado. De no haber sido por la capa, habría notado el roce de los cuerpos.

—Sí. Disfruta —le dijo, distraída, antes de abrirse camino entre los invitados a brazadas, como si fueran las molestas aguas donde ella nadaba a contracorriente.

Clavó la mirada en Dylan, que también husmeaba en busca de su presa.

El inminente reencuentro le aceleró el pulso y le secó la boca.

¿Qué sucedería?

En el camino, hizo como que no se daba cuenta de que la miraban, algunos en busca de un símbolo que encajara con el que le habían asignado, y otros tentados por su mera visión. Maxine estaba a punto de cruzarse con Dylan, pero un hombre se interpuso en su camino, bloqueándole el paso con su inmenso corpachón.

Alzó la barbilla, al principio irritada, e intercambió miradas con un amo de intensos ojos verdes y barba descuidada. Debía de rondar los cuarenta, tal vez cuarenta y cinco, y su cuerpo parecía esculpido en piedra. Si le hubieran dicho que se dedicaba al culturismo, no le habría sorprendido. Unos instantes de observación bastaron para que le viniera un flashback reciente de Vesper's, el de un máster penetrando por detrás a una sumisa con los ojos en blanco.

Aquel que Carey había saludado con la mano.

—Rob Roy —jadeó sin darse cuenta.

El ruido de la música sofocó su señal de reconocimiento, pero él le leyó los labios y curvó los suyos en una sonrisa complacida. Tenía una cicatriz muy similar a la de Dermot Mulroney en el labio superior, y el gesto le torcía la boca a un lado como a Milo Ventimiglia.

Era innegablemente atractivo, se permitió pensar Maxine, pero enseguida descubrió que la impresionaba tanto que con la curiosidad inicial se mezclaba con el miedo.

—Así es, preciosa. —La tomó de la barbilla para alzarle el rostro y contemplarla con una mirada lujuriosa que la hizo sentir pequeña y valiosa a la vez—. No sabes cuánto me alegra que sepas quién soy. Nos ahorrará tiempo de presentaciones.

—¿Presentaciones...?

No llegó a acabar la oración. Rob Roy levantó uno de sus puños para señalar con un gesto de cabeza el símbolo del brazalete: un rombo morado. Acto seguido, su sonrisa se ensanchó, adquiriendo un cariz malicioso.

Maxine tragó saliva, recordando cómo le había visto tratar a su compañera de cama.

—Vamos a desenvolver al caramelito para ver qué contiene... —decidió él, tirando de la cinta de seda que mantenía la capa en su sitio.

Maxine miró a un lado y a otro en busca de un héroe listo para socorrerla, pero en cuanto sintió que la tela se escurría por sus brazos, el instinto la instó a enfrentar a Rob Roy con entereza.

Nunca había sido deseada, más por su actitud cohibida que porque no tuviera atributos exuberantes con los que conquistar al público masculino. Pero en aquel círculo, los hombres se

mostraban encantados con la timidez, las cabezas gachas y las mejillas ruborizadas, como pudo comprobar al ver que Rob Roy se deleitaba con su semidesnudez. Maxine no se movió cuando él se inclinó para hacerle cosquillas en la oreja con la punta de la nariz. Sintió el roce de sus labios en la curva del cuello, donde le oyó respirar con agitación.

—Tienes un olor delicioso —dijo con la voz ronca.

Notó que su mano áspera la agarraba con rudeza de la cadera y la pegaba a él. Su cuerpo reaccionó en consecuencia encendiéndose, pero su mente no acompañaba ni al estremecimiento placentero ni a lo que creía que estaba por suceder.

No era inmune al deseo de un hombre atractivo. Su vanidad femenina celebraba la cercanía y podría disfrutar de ella, mas no la deseaba. No lo deseaba a él, a secas, y se apresuró a separarse para mirarlo a los ojos.

—Prefiero dar una vuelta para ver lo que hay antes de decidir si me quedo contigo.

No supo de dónde había salido aquel arrebato retador, pero estaba claro que desafiando a un amo no llegaría muy lejos.

Él enarcó una gruesa ceja tan oscura como su cabello cortado al ras.

—Tú aquí no decides, pelirroja —le recordó con acento. En un primer momento no lo había notado por el volumen de la música, de las conversaciones y de su propia agitación, pero ahora sí lo ubicaba: era escocés, al igual que el cóctel que le daba nombre—. Te quedarás con quien tu máster te diga.

Maxine posó la mano sobre su pecho y trazó el contorno de uno de los numerosos tatuajes *old school* que salpicaban su torso. Se regocijó inexplicablemente al observar que Rob Roy reaccionaba con gusto: el vello se le levantó y los pezones expuestos, ambos perforados, se le encogieron.

—Pero tú no eres mi máster... y los privilegios y el poder hay que ganárselos.

No esperó a que respondiera y se escabulló por su lado con el corazón latiéndole a toda pastilla. Mientras se alejaba y escudriñaba a los que aún no estaban emparejados, se dio cuenta de que habría besado al amo o habría hecho lo que este le hubiera ordenado con tal de sacárselo de encima rápido y continuar su plan.

Ver a Dylan, aunque fuera en la distancia, había sacado a la luz su instinto de supervivencia y le había devuelto la confianza.

Aquel hombre era suyo, e iba a recuperarlo.

O eso pensó hasta que lo reconoció a los lejos, a los pies de una de las impresionantes hamacas que ejercerían esa noche de cama.

No estaba solo, tampoco desocupado, y su sonrisa revelaba que le encantaba lo que le tenía entretenido.

Capítulo 20

Los organizadores no daban puntada sin hilo. Se habían encargado de que ninguno de los participantes tuviera el mismo símbolo que su acompañante original.

Esa era la explicación lógica que Maxine podría haberle dado al hecho de que Dylan estuviera de rodillas delante de una mujer con el pelo teñido de negro artificial, una mujer que no era su ama y de la que, sin embargo, era igual de devoto. Parecía que le estuviera rindiendo culto al agacharse despacio, deslizando las manos por el menudo cuerpo femenino hasta enterrar la nariz en su ombligo, visible gracias a su atuendo revelador, y presionar los labios contra el pubis.

La dominatriz blandía un látigo de nueve colas. Mientras Dylan la aferraba por las caderas y besaba su ingle, sus muslos, su bajo vientre, ella decidía qué hacer con la herramienta. Por el momento solo acariciaba los hombros de su nuevo sumiso con las correas de cuero. La ama lo apartó de su cuerpo de un tirón de pelo, de esos rizos que Maxine conocía tan bien y quería con locura, y le acarició la cara con las colas antes de espetarle una orden que ella no pudo oír.

Se había quedado rígida a unos cuantos pasos de acudir a su encuentro. Si Dylan no hubiera estado concentrado en obedecer las órdenes de la dominatriz, la habría localizado nada más levantar la cabeza. Y, entonces, Maxine habría contemplado la viva imagen del placer.

No recordaba haberlo visto así de desatado. Actuaba con seguridad y al mismo tiempo mostrándose cauteloso y vulnerable, tal y como lo quería la mujer que le había ordenado que le quitara la ropa interior con la boca.

Maxine se preguntó si en algún rincón de su mente habría espacio para la novia a la que se había prometido, la chica de Los Ángeles que había abandonado a cambio de la experiencia. A primera vista, no parecía sentirse culpable o cohibido. El morbo le iluminaba la expresión y hacía que pareciera otro.

El reloj que habían colgado de la cabaña donde guardaban el material de limpieza delataba que solo veinte minutos habían transcurrido desde el comienzo de la velada. Dylan se había arrojado a los brazos de su compañera sin antes tomarse el tiempo de conocerse, como Maxine intentaba hacer con Hurricane para apaciguar sus cargos de conciencia. «Le has sido infiel a Dylan», se reprochaba. «Pero no con cualquiera», añadía a continuación para consolarse. «No con un desconocido, sino con un hombre al que he tratado».

¿Cómo se perdonaría Dylan cuando se fuera a la cama? ¿Cómo podía lamer de arriba abajo a una mujer sin nombre, solo para empezar?

Maxine trastabilló hacia atrás al intentar retroceder. Apartó la mirada un instante, y cuando volvió a fijarla en el espectáculo, se fijó en el destello púrpura de la joya de la dominatriz.

Era un rombo. El mismo que el suyo.

Idéntico al que lucía Dylan.

Inspiró hondo para tratar de ordenar sus emociones, pero lo veía todo rojo cuando se encaminó hacia la pareja.

Ni siquiera les había importado que hubiera más participantes. Se habían arrojado a los brazos del otro sin dudarlo, desesperados por tocar y ser tocados. Y podía entenderlo viniendo de la desconocida, pero no de Dylan.

Y, aun así, cuando interrumpió, fue para arrojarse sobre la susodicha y no sobre su pareja. Aprovechó que estaba inmersa en la práctica para abofetearla sin miramientos. La inercia de la precipitada entrada y de la mano que había estado preparando con antelación provocaron un efecto el doble de impactante al que Maxine había previsto: le giró la cara a la ama, y de tal

manera que casi perdió el equilibrio sobre los tacones.

No se preocupó por ella, sin embargo. Estaba temblando por la indignación, y solo quería hacerse notar ante Dylan. Él la reconoció nada más alzar la barbilla, aún arrodillado.

Se quedó absolutamente descompuesto.

—¿Ma...? —No terminó de hablar.

—Ma ¿qué? ¿Ya has olvidado mi nombre? —Maxine empujó a la desconocida por el pecho para que a Dylan no le quedara otro remedio que apartar las manos de sus caderas—. ¿Dirías que estoy siendo lo bastante violenta para ti? —le espetó en tono beligerante. Le mostró la palma de la mano con la que le había cruzado la cara a su acompañante—. ¿No es esto lo que hace una dominatriz?

La dominatriz estaba tan aturdida por lo que acababa de ocurrir que no se movió del sitio. Solo se había llevado la mano a la zona afectada.

—Oh, niña... —masculló, con un brillo hostil en la mirada—. Creo que te has equivocado de rol. Yo no soy la que recibe.

Maxine se perdió el gesto de advertencia de la ama. Solo tenía ojos para el Dylan arrodillado, ese Dylan humillado y suplicante que debió hacer acto de presencia cuando ella descubrió los mensajes de Carey. Eso tendría que haber hecho la noche que todo cambió, ponerse de rodillas y besarle los muslos con fervor religioso hasta ganarse su perdón.

Pero allí estaba ahora, abrazado a la cintura de otra mujer y sonriendo como si nunca hubiera herido a nadie.

—Yo pensaba lo mismo —respondió Maxine con los ojos cristalizados. Había empezado a respirar con dificultad—, pero resulta que todos recibimos golpes inesperados tarde o temprano.

Se dio la vuelta antes de llamar la atención con la escena, o peor: de que la ama se vengara. Por suerte para ella, los invitados estaban tan ocupados y la música sonaba tan alta que nadie se había percatado de su interrupción.

Se adentró en la muchedumbre con una sensación de ahogo asfixiante. Conforme esquivaba a los participantes que sí se estaban tomando la molestia de presentarse antes de pasar a la acción, Maxine iba notando que el subidón de adrenalina mermaba para devolverla al shock del primer momento.

—¿Has encontrado algo de tu gusto? —oyó que le preguntaba Rob Roy. Lo reconoció por el deje escocés, porque esa vez no le cerró el paso, sino que la abordó por la espalda. Maxine no iba a responderle, y el amo, como si lo supiera, la cogió del antebrazo y la obligó a enfrentarlo—. Mírame a la cara cuando te hablo, bonita.

No lo dijo con desdén ni con el objetivo de amedrentarla, tan solo con la impaciencia que cabía esperar de un hombre en su rol dominante. Pero tuvo que pensar que se había excedido, porque Maxine observó que la extrañeza suavizaba su rictus canallesco.

Debía de haber reconocido el brillo de las lágrimas en sus ojos.

No le hizo preguntas, pero sí aflojó el agarre lo justo para que ella se librara de él y pudiera continuar su paseo sin rumbo.

Lamentaba que nadie hubiera visto la violencia ejercida contra la ama, porque habría agradecido que la echaran por su comportamiento en ese preciso segundo. Maxine ya no quería estar allí, sino en un avión con destino Los Ángeles donde pudiera llorar sin avergonzarse.

Sabía que Dylan iba a acostarse con otras mujeres, y sabía que le hacía ilusión la expectativa de estar rodeado de gente que compartiría sus gustos, pero verlo con sus propios ojos había supuesto una conmoción para la que nada ni nadie podría haberla preparado. A pesar de haber intentado mantener una actitud realista en la previa a Fuego y Sangre, ahora se daba cuenta de

que había sido demasiado optimista.

En el fondo, había esperado un reencuentro de cuento de hadas, y los cuentos de hadas no tenían cabida en la vida real.

Pensaba que deambularía sin rumbo hasta internarse más allá de las instalaciones y perderse en campo abierto, pero acabó alzando la barbilla, por orgullo y no por curiosidad, y encontrándose con la estampa de Hurricane. Estaba a apenas unos metros de distancia, acompañado de una sumisa que le llenaba la espalda y los hombros de besos cariñosos. Su pose era la de un hombre aburrido que esperaba que la vida o el amor de la desconocida le dieran una grata sorpresa: sentado en el borde de una de las tumbonas, con las manos apoyadas a la espalda y el pecho hundido, observaba en su dirección con la ceja enarcada.

Hurricane le hizo un gesto con la cabeza para que se acercara, y ella obedeció a paso lento, como si estuviera hipnotizada. Su acompañante femenina se dio cuenta de que alguien interrumpía y fijó la mirada oscura en el rombo del collar de Maxine.

—Tú no puedes jugar con nosotros —le espetó—. ¿No ves que tenemos otro...?

—Cállate —atajó Hurricane, sin despegar la mirada de Maxine. La sumisa obedeció esa orden y la que siguió a continuación, y con un placer que saltaba a la vista—: Ponte a cuatro patas ahí encima. Ni se te ocurra moverte hasta que vuelva a por ti.

Hurricane se levantó y fue hacia Maxine, que se había quedado sorprendida al escucharlo. Pensaba que, de cara al rol, dotaría su voz de una inflexión despiadada, pero apenas cambiaba respecto de su tono habitual, de por sí llano y severo. Comprendió entonces por qué siempre le había resultado tan sencillo obedecerle: porque aquel era un hombre que no tenía que forzar su papel. Era absorbente por naturaleza, y que no se regocijara en su autoridad, sino que solo se sentara en ella con la seguridad de estar donde pertenecía, le hacía atractivo incluso para las mujeres a las que les intimidaba la idea de que usaran la violencia para producirles placer.

Porque Hurricane no era violento, sino contundente.

—¿No puedo quedarme contigo? —preguntó en voz baja, con un hilo de voz—. Sé que estás ocupado, pero... Si tengo que acostarme con otro hombre por el simple hecho de que lleve un rombo en el brazalete, ahora que acabo de cruzarme con... —Se obligó a callar, frustrada con su propia debilidad. Infló el pecho con una profunda inspiración—. No quiero, joder. No pueden forzarme. ¡Estoy cansada y me voy a largar!

Para su sorpresa, no la regañó.

—Hay una forma fácil de irse sin dar explicaciones.

—¿Cuál?

—Si consigo un rombo púrpura que conjunte con el tuyo, podremos retirarnos al dormitorio con la excusa de que hoy preferimos intimidad. No seríamos los primeros. El propio Califa se las ha apañado para sobornar al tipo que tenía a Angel Face entre sus garras.

Maxine lanzó una mirada a la amante temporal, que empezaba a revolverse incómoda sobre sus manos y rodillas después de un rato.

Luego volvió a mirarlo a él, vacilante.

—¿En serio estás dispuesto a cancelar tu... entretenimiento para ayudarme?

—Yo también llevo dos vuelos de once horas en el cuerpo. Además, el instinto no siempre acierta. —Hurricane echó una ojeada por encima del hombro para referirse a la sumisa—. No me ha gustado.

Con la indiferencia con la que parecía moverse para todo, supuso que Hurricane habría escogido a aquella mujer en cuanto comprobó que su collar lucía un círculo color topacio, sin tener en cuenta otras consideraciones.

—Pues Rob Roy tiene un rombo —le informó, dudosa—, y estaba solo hasta hace un momento.

Hurricane alzó la barbilla para localizar al susodicho, que estaba hablando muy cerca de los labios de una ama con el símbolo que esperaban conseguir. Ambos sujetaban un cóctel muy elaborado.

Cuánto le habría gustado leer la mente de Hurricane en ese momento. No solo le permitiría refugiarse en los pensamientos de otro para huir de su propio patetismo, sino adivinar qué le motivó al acercarse a la pareja sin dar a conocer una pista de su plan.

Transcurridos unos segundos, Maxine lo siguió con un nudo en la garganta. Estaba enzarzado en una conversación con Rob Roy, que se había apartado unos pasos de la dominatriz, y el tema principal era ella. Lo sabía por las miradas que el escocés le había estado lanzando.

—Así que te quieres ir a casa con papá —comentó el escocés—. Si hubiera sabido que estás tan apegada a tu amo, ni se me habría ocurrido acercarme... o quizá sí. ¿Qué tiene él que no tenga yo?

La condescendencia del comentario la erizó.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó Maxine a Hurricane. Acompañó el tono hostil de una mirada fulminante. No iba a soportar más humillaciones esa noche, aunque fueran necesarias para sacarla de allí, y parecía que Hurricane le hubiera dicho a las claras que Maxine estaba triste y asustada. Devolvió su atención a Rob Roy—. No estoy apegada a mi amo. Soy libre y puedo hacer lo que quiera y cuando quiera, pero hoy no me apetece estar con nadie más. Seguro que me entiendes. Tú tampoco habrás venido solo, y apuesto a que prefieres la compañía de tu sumisa.

—No creas —replicó él con una sonrisa ladina. Dejó la copa sobre una de las mesitas de cócteles y se acercó—. A mí lo que más me apetece ahora mismo es ponerte de rodillas, *Mimosa*. Hasta tu nombre me excita —susurró, rodeándole la nuca con la mano. Lo repitió remarcando cada sílaba mientras le acariciaba el cuello con el pulgar—. Fíjate cómo se mueven los labios al pronunciarlo. Es una delicia.

Ella ni se inmutó.

—¿Qué quieres a cambio del brazalete? —le preguntó Maxine sin rodeos.

—¿Cómo? —fingió no comprenderla—. ¿Cómo quieres que juegue sin brazalete?

—El de Hurricane por el tuyo —aclaró con impaciencia—. Y te quedas con la chica que espera a cuatro patas por allí. —Señaló en dirección a la sumisa con un gesto de cabeza, sin apartar la mirada de Rob Roy—. Yo no me pienso poner de rodillas. Hay privilegios que solo le reservo a mi amo. —Vaciló, a sabiendas de que el escocés no se iría de vacío—. Pero puedes pedir lo que quieras, siempre y cuando sea razonable.

—Lástima. —Chasqueó la lengua—. No soy un hombre muy razonable.

—Sí que lo eres —replicó ella con seguridad.

Apenas habían pasado veinte minutos desde que Rob Roy la soltó nada más comprender que algo no iba bien, renunciando a su diversión en el proceso. El amo leyó en su semblante que era aquel rasgo de carácter el que ella le aplaudía, y bajó la guardia.

—Bueno, si te pones así... —Se llevó una mano al brazalete que le rodeaba la muñeca izquierda y lo desabrochó con facilidad. Lo sostuvo entre el dedo índice y el pulgar, y fue a ofrecérselo. Maxine estaba exultante de emoción, creyendo que el trato le parecía de sobra tentador, pero entonces él sonrió con malicia y agregó—: Te lo daré a cambio de un beso. Un beso bonito, ¿eh? Un beso que me deje satisfecho.

Maxine vaciló. No era lo más descabellado que podría haberle exigido como peaje, y había viajado a Tailandia sabiendo que estaba dispuesta a besar; otra cosa era que Hurricane se hubiera

declarado enemigo público de los arrumacos.

Se concentró en el rostro más bien bruto de Rob Roy, en su boca generosa. La imagen de Dylan acudió a su mente, pero la ahuyentó como si fuera vapor de agua y plantó los pies en el suelo para recordarse que esa era su realidad ahora. Más le valía actuar.

—¿O me vas a decir que no te gusto ni un poco? —continuó Rob, pasándole un brazo por la cintura para acercarla a él—. Créeme, reconozco la curiosidad en una mujer cuando la veo.

Maxine ladeó la cabeza hacia Hurricane. Él gesticuló con las cejas, dejando la decisión sobre sus hombros. Y lo que había que decidir era más bien poco. Era una mujer soltera. Era una mujer herida. Era una mujer que quería olvidar, y cualquier manera de hacerlo sería bienvenida.

Rodeó el grueso antebrazo de Rob Roy con la mano y lo acarició hacia el codo. Tenía la piel de cuero salpicada de vello oscuro y decorada con dibujos desvaídos, tatuajes que se habría hecho dos décadas atrás y que no había sabido cuidar. De algún modo, la tinta desgastada le favorecía. Le daba un aspecto decadente y macarra, de estrella del rock venida a menos pero cuyo legendario carisma trascendía a lo físico. Y aunque parecían haber tallado su rostro con tosquedad, el conjunto de pirata zafio seguía resultando agradable a la vista.

Como mínimo le sacaba quince años. Jamás se había enrollado con un tipo de su edad, pero eso solo avivó su curiosidad.

Siguió acariciando el hombro con los dedos, el cuello recio y la arrugas de expresión de los ojos, ojos que reían sin parar. Tenía menos marcadas las de los labios, señal de que había sufrido lo justo para adquirir sabiduría. Ver grabada en su piel una historia real de victorias y derrotas le hizo más encantador... porque lo era. Era la definición de canalla que siempre conseguía lo que quería recurriendo a ardides traicioneros; la clase de tipo con la que Maxine no se mezclaba. Los hombres con su testosterona raras veces se fijaban en mujeres con su carácter.

Rozó sus labios con los dedos y se puso de puntillas. Hizo el amago de besarlo, pero solo acarició la boca entreabierta de Rob Roy con la suya. Lanzó una ojeada veloz a Hurricane, que asistía como espectador. Su mirada fija, sumergida en una emoción oscura e impenetrable, hizo que se estremeciera, repentinamente presa de un placer perverso que no se pudo explicar.

El placer de que alguien, y no cualquiera, la estuviera vigilando.

Fantaseando con que Dylan también podía verla y sufrir en el proceso, Maxine le rodeó el cuello con los brazos a Rob Roy. Lo besó con los labios entreabiertos como solo besaba a sus hombres en la cama, con pasión pero siempre cohibida por la timidez.

Pero Rob Roy le borró los reparos de un plumazo. La agarró con ganas por las nalgas, donde, además de apretar, extendió sus manos de bruto para no dejar rincón sin cubrir, y la ciñó a su cuerpo para restregarse contra ella mientras la devoraba. Maxine jadeó contra la boca exigente del amo y soltó su cuello para sujetarlo por los hombros y luego posar las palmas en su pecho, sin saber qué hacer en realidad. Mientras, él tomaba cuanto quería amasándole los cachetes y presionando su lengua con la propia.

Al no permitirle que se separara, Maxine se veía obligada a jadear entrecortada contra él antes de que sus labios volvieran a juntarse. Rob Roy le dio un pequeño mordisco en el labio inferior, la besó en una de las comisuras, y siguió arrastrando su cuerpo hacia delante como si quisiera cubrirla por entero, introducirla en él; acoplarla como la última pieza del rompecabezas inacabado que era un hombre con el miembro duro. Maxine sentía la presión de su erección muy cerca de su propio sexo, y aquello la excitó tanto que se sorprendió sacudiendo las caderas para potenciar la sensación, para demostrarse en parte a ella misma que no le faltaba de nada y podía enloquecer a un hombre.

Rob Roy la toqueteó con impaciencia metiendo una de sus manos, veloces como el rayo y

terriblemente traviesas, entre sus cuerpos. Le apretó los pechos, la cintura y las caderas, quiso cogerla por los muslos. Parecía que no hubiera tenido nunca a una mujer entre sus brazos pero hubiera soñado con ello desde niño, porque nada podía detenerle, y esas ansias devoradoras representaban la clase de halago que Maxine necesitaba... Que llevaba necesitando desde la ruptura, en realidad, porque Hurricane, si bien la excitaba con su sola presencia, no se había permitido tocarla de aquella forma animal, como si fuera adictiva.

Fue Maxine quien puso fin al beso dando un paso atrás, jadeante y sin equilibrio.

—Eso no ha sido un b-beso —tartamudeó—, sino uno detrás de... uno detrás de otro.

El risueño Rob Roy evitó que trastabillara sujetándola por la muñeca. La atrajo hacia sí con una risa ronca y, mientras le separaba los dedos de la palma para ponerle el brazalete que se había ganado merecidamente, le susurró al oído:

—La próxima vez que te pille, te voy a follar tan fuerte que te ruborizarás cada vez que oigas mi nombre. —Maxine sintió que la cara empezaba a arderle, a lo que él curvó los labios en una sonrisa salaz—. Veo que te estás adelantando. No agotes tus fuerzas, que ya te daré yo motivos para ponerte roja.

—Ya está bien —intervino Hurricane.

No tuvo que alzar la voz ni proyectarla con desdén para que restallara como un látigo. Cuando Maxine se giró hacia él, Hurricane ya la había rodeado por la cintura para alejarla de Rob Roy. Le hizo entrega al amo de su propio brazalete, el de la piedra topacio, y gesticuló con rigidez hacia Maxine para indicarle que se pusiera en marcha.

Desechó que pudiera haberse puesto celoso. Y aunque lo estuviese, no parecía de los que expresaban sus emociones en público. Tenía la frialdad de un monarca británico.

¿O las habilidades actorales de una estrella de teatro?

Mientras se dejaba guiar de regreso al bungaló, Maxine lanzó una mirada por encima del hombro hacia la fiesta que abandonaba. Había querido la casualidad que ahora sí tuviera el cuerpo listo para quedarse un rato más, caliente y gelatinoso. Solo pretendía barrer el perímetro y fijarse en los participantes, como no pudo al principio en su fijación por localizar a Dylan, pero sus ojos se quedaron estancados en la figura de un hombre que detuvo su búsqueda frenética en cuanto la localizó a lo lejos.

Su prometido estaba pálido como un fantasma. Paró de abrirse camino entre el gentío en cuanto hicieron contacto visual, y entonces dejó caer los brazos con resignación.

A Maxine se le encogió el corazón al verlo tan desamparado, pero enseguida devolvió la vista al frente y se concentró en el camino de vuelta, en lo que tenía delante.

Mirar atrás no tenía ningún sentido, pensó. Solo servía para perder el equilibrio.

Capítulo 21

El reloj marcaba la una y media de la madrugada cuando el crujido de los tablones de madera alertó a Maxine.

No había conseguido pegar ojo. Lo ocurrido en las últimas horas daba vueltas en su cabeza como una bola de *pinball*. Estaba ojo avizor, quizá esperando que Dylan averiguara, más por ciencia infusa que con ayuda ajena, dónde se hospedaba, y tocara a la puerta para darle una explicación que no se creería y que tampoco necesitaba.

A fin de cuentas, todo había quedado muy claro.

Su cuerpo no podía más. Lo notaba pesado, dolorido después de un día entero de viaje y una noche de tensión. Pero su mente estaba más despierta y afinada que nunca. Por eso captó los pasos que provenían del dormitorio anexo.

—¿Hurricane? —lo llamó en voz baja. Por un momento se sintió estúpida; ese momento que él tardó en contestar.

—Pensaba que estabas dormida —dijo él. Tras una pausa, añadió—: Iba a dar una vuelta.

Maxine se incorporó con brusquedad.

—¿A dónde?

—Pues he oído que hay un mercado nocturno cerca de aquí, en la costa sur.

«Por favor, invítame», rogó para sus adentros, y con tal intensidad que estuvo segura de que estaba enviándole persuasivas ondas mentales. «Por favor, sálvame de mis pensamientos y de mis pesadillas. No me dejes sola en medio de la jungla», insistió, enfocando la mirada en la oscuridad como si así pudiera adivinar su silueta.

Un fogonazo de luz la cegó de repente. Maxine no comprendió qué había pasado hasta que vio que Hurricane tenía la mano sobre el interruptor. Se había puesto unos sencillos vaqueros largos y una camisa blanca remangada con los dos últimos botones sin abrochar.

Debía de ser verdad que iba al mercado nocturno, pensó Maxine, y no le estaba mintiendo para huir a los brazos de alguna sumisa.

Cosa que no le importaría en absoluto, por otro lado.

Maxine lo miró con tanta desesperación que Hurricane acabó riéndose flojito, tan flojito que pareció la carcajada de un mudo.

—Por Dios, basta, Gato con Botas —se burló antes de pronunciar la pregunta del millón exagerando su solemnidad. La acompañó de una cómica genuflexión—. ¿Quieres venir, Maxine?

—¡Sí! —Saltó fuera de la cama—. ¡Pensaba que nunca me lo pedirías! —Rodeó el colchón a toda prisa—. Solo tengo que ponerme unos zapatos, porque no encontraba el pijama, así que me he puesto lo que ves... Joder, me habría vuelto loca si me hubiera quedado aquí. Parece mentira que me haya tirado once horas en un avión, once horas en otro y no haya dormido nada más que en el ferry. Mañana me querré morir. Pero mañana es mañana, y hoy es hoy —proclamó con seguridad. Se giró hacia Hurricane, ya lista, y lo pilló mirándola con incredulidad—. ¿Qué pasa?

Él encogió un hombro y se metió las manos en los bolsillos. Asumiendo que no diría nada, Maxine se cruzó al pecho la única bandolera que había traído consigo para hacer turismo. Según Carey, hasta medianoche no se reunían para los juegos. Disponían del resto del tiempo para tomar el sol, ir a la playa, bucear o, en sus palabras, «tener sexo desenfrenado con cualquiera de los participantes, solo que en privado».

Salvo por la flamante melena, que había sido el orgullo de la noche, estaba hecha un desastre. Llevaba unos pantalones cortos y rojos de algodón que se asemejaban al uniforme de una

animadora, y una camiseta de tirantes con la cara de Jessica Rabbit. Ni siquiera podía recordar dónde la había comprado.

Le sorprendió descubrir que algunos de los trabajadores seguían despiertos. Una vez fuera, Hurricane se dirigió a uno con rasgos asiáticos y piel oscura para que le cediera uno de los coches a disposición de los huéspedes.

—Pensaba que el mercado estaba al lado —comentó Maxine.

—No tan al lado como para cubrir la distancia en plena oscuridad.

Les ofrecieron un monovolumen de la marca BMW negro brillante con los asientos tapizados en cuero beis. Les recomendaron que fueran antes de que empezaran a cerrar los negocios.

Cuando llegaron, Maxine se quedó maravillada. Era un bazar como cualquier otro que hubiera visitado durante sus viajes, si acaso mejor provisto y con un ambiente acogedor. Quizá la magia estuviera en que eran las dos de la madrugada y aún flotaba en el aire el olor a comida recién hecha, se regateaban los precios y se podían ver turistas paseando por allí con sus hijos de la mano, a los que después llevarían a la feria cercana.

Por lo que pudo observar mientras husmeaba entre los puestos del mercado nocturno de Pantip, en Thong Sala, se vendían pinchos de distintos tipos, *pad thai*, sushi, dulces —tortitas, sobre todo— y arroces. No era un mercado específico para extranjeros; también había lugareños riéndose con sus vendedores de confianza.

—¡Qué fuerte! —exclamó Maxine—. ¡Un zumo de guayaba solo vale treinta bahts[13]!

—El ocio en las islas del golfo de Siam es caro por definición —le explicó Hurricane—, pero este mercado se encuentra en el extremo opuesto a Haad Rin, el área turística por excelencia.

No solo había comida. Se vendían ropa y aparatos electrónicos, y hasta gozaba de una feria en el muelle que contaba con barracas, atracciones, puestos de tiro, escenarios para celebrar conciertos y terrazas para disfrutar de un delicioso tentempié, entre los que se encontraba el clásico plato autóctono, el *khao niao mamuang*[14].

Hurricane pidió uno para probar y la dejó picar de su plato.

Se llevó una grata sorpresa.

Tomaron asiento en una de las terrazas al aire libre habilitadas en el corazón de la feria, lo bastante cerca del muelle para que les llegara la brisa, las luces de colores del escenario y el olor de los insectos que estaban friendo en un puesto de gusanos, escarabajos, saltamontes y grillos sazonados con pimienta y mojados en salsa de soja.

Había visto a Hurricane quedarse rezagado en un par de ocasiones para preguntar a los vendedores en qué consistían sus platos. Incluso entablaba conversación con ellos mostrándoles en la pantalla de su móvil lo que se estilaba en la cocina de su tierra. Al menos, eso le explicó que hacía cuando se acercó a él, viendo que se demoraba, y le preguntó por qué gesticulaba hacia su *smartphone*.

Parecía tan hastiado de la vida —hastiado en silencio, como si se hubiera comprometido a no salpicar experiencias ajenas con su amargura— que le sorprendía que tuviera un lado aventurero.

—La comida saca al niño que llevas dentro —bromeó ella, sorbiendo despacio de su zumo de guayaba. Él enarcó una ceja mientras masticaba un trozo de mango del *khao niao mamuang*—. Solo te he visto emocionarte por el pastel de queso japonés y los pinchos que sirven en los puestecitos del mercado.

Hurricane agachó la cabeza con humildad para perder la mirada en su plato.

—Últimamente no como nada. Cuando me da apetito, intento compensar los ayunos.

—No me digas que es porque pasaste hambre de niño, como el personaje de Christian Grey —comentó ella, desesperada por entablar conversación. Ya no solo para ahuyentar lo sucedido

en la velada hasta tener la impresión de que había ocurrido el día anterior, sino por genuino interés—. Se supone que tenía un pasado muy dramático relacionado con la pobreza.

Hurricane se reclinó en la silla de plástico y cruzó las piernas.

—Ah, sí... Hablas de ese libro que insinúa que tienes que tener un trauma para que te guste el BDSM —se mofó. Le hizo una interesante caída de ojos—. No es mi caso.

—¿No es tu caso? ¿Porque... —tanteó— no tienes un trauma?

—Porque no he pasado hambre —corrigió él—. De hecho, hasta hace poco era un glotón.

—¿Pero sí tienes un trauma?

Hurricane ocultó una sonrisa burlona detrás del pedacito de mango cortado en forma de medialuna.

—La vida nos ha abofeteado a todos, ¿no? —Lo introdujo en la boca y masticó despacio.

—¿Por eso ahora tú abofeteas mujeres? —inquirió, intrigada—. ¿Por venganza?

Lo vio atragantarse con la fruta por culpa de un acceso de risa que le obligó a golpearse el pecho. Hurricane tardó unos segundos de más en recuperarse, y no porque el mango se hubiera ido por el lado equivocado en su camino a la digestión. El asombro le hizo parpadear desorientado, como si no supiera de dónde había salido el sonido de su carcajada.

—Esa que propones es una teoría interesante —le concedió con caballerosidad—, pero me temo que no es cierta.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

Hurricane fijó la mirada en ella con un brillo de regocijo.

—Pensaba que ya lo habías hecho.

—Pues otra.

Él suspiró.

—Tengo la sospecha de que habré de acostumbrarme a esa coletilla.

—¿Cómo llegaste al mundillo del BDSM? —preguntó de corrido, aprovechando que parecía receptivo.

—Pues como llegué a este mundo en primer lugar. —Se inclinó sobre el plato para dar otro generoso bocado. Cuando tragó, encogió un hombro—. Gracias a una mujer.

—¿Una sumisa apareció de repente y te pidió que la azotaras?

—No era una sumisa, sino una dominatriz.

—¿En serio? Me cuesta imaginarte en el papel abnegado. Te enseñaría lo que sabes, ¿no?

—Ajá. Las parejas son una buena escuela... como tú bien sabrás también.

—¿«Como yo bien sabré»? —Maxine pestañeó, aturdida por la insinuación—. ¿Qué se supone que me ha enseñado Dylan? ¡Y no me salgas con una teoría psicológica! —le advirtió con el dedo en alto.

—Hace un segundo me has preguntado si estoy traumatizado —puntualizó con una sonrisa sardónica—. Estaría en el derecho de tomarme ciertas confianzas.

—Vale, adelante —cedió a desgana. No debería haberse metido donde no la llamaban—. ¿Qué ibas a decir?

—Me da la impresión de que preferirías no hablar de eso —señaló, acercando la silla a la mesa para rodear el borde del vaso con el dedo.

Se había pedido un refresco de marca tailandesa para probar.

—Da igual si no hablo de él. Lo tengo grabado en el pensamiento. De hecho... —Estaba decidida a contarle lo que había ocurrido en la velada, pero en el último momento recuperó el sentido común. ¿Acaso le importaba a él lo que hubiera pasado?—. No tiene importancia. El reencuentro no ha sido idílico que digamos.

—Lo siento —dijo Hurricane, mirándola mientras daba un sorbo a su bebida—. Supongo que lo has visto con White Lady.

Maxine le devolvió la mirada con incredulidad, dudando de las razones por las que él quería continuar la conversación sobre Dylan. ¿No estaba cansado del tema? ¿Y si solo redirigía la conversación a ella para evitar hablar de su propia vida?

—Es muy guapa —reconoció en tono sombrío. Agachó la cabeza para sorber de su zumo de guayaba. Se mordió el labio después de tragar, y murmuró, a pesar del miedo que tenía a oír una afirmativa—: ¿Crees que le gusta? White Lady a Dylan, digo.

Él no respondió enseguida. Terminó de degustar el último pedacito de mango y lanzó una mirada pensativa al cielo, donde brillaba una luna afilada como la dentadura de un vampiro.

Se decantó por la respuesta con la que no tendría que mojarse.

—No le conozco como para saber sus preferencias.

—¿A ti te gusta?

—¿White Lady? Gustar es una palabra muy grande.

—¿Qué dices? —se rio con su solemnidad—. ¿Desde cuándo «gustar» es el término peligroso cuando existe «querer» o «desear»?

—La atracción siempre es peligrosa. Y lo creas o no, hay una diferencia abismal entre que una mujer me parezca guapa y una mujer me guste. White Lady es muy atractiva, pero no, no me gusta. En cualquier caso, no veo qué tendría que ver mi opinión con la de tu novio. —Y dio otro sorbo con aire desenfadado.

—Me fío de la visión de un hombre sexy —soltó sin pensar. Él levantó las cejas, a lo que ella se puso a la defensiva—. ¡No finjas que mi valoración te pilla por sorpresa! Seguro que cuando vas por la calle te tienes que parar en cada esquina para pedirle a una horda de mujeres que paren de seguirte con las bragas en la mano.

—No me sorprende tu valoración porque sea halagadora —repuso, aunque no se le veía en absoluto complacido por la adulación—, sino porque no veo la correlación con lo que estábamos hablando. ¿Determinas la belleza de una mujer en función de lo que piensan quienes tú percibes como atractivos, como si la gente guapa fuera una élite con la verdad absoluta? ¿Qué hay de tu propia opinión? —Apoyó la barbilla en la mano y gesticuló hacia ella—. ¿A ti qué te parece White Lady?

—Lo que yo piense da igual, porque incluso si White Lady me pareciera más fea que Picio, Dylan seguiría tirándosela. Me fío más de la percepción de otro hombre metido en el mundo del BDSM para decidir si echarme a llorar o conservar mis esperanzas.

—No veo por qué tendrías que abandonarlas solo porque se acueste con White Lady. —La miró con fijeza. La brisa le acariciaba los mechones más largos, ondulados a causa de la humedad—. Eres la primera que sabe diferenciar entre amar y desear. No por acostarnos con unos y con otros cambian nuestros sentimientos.

Maxine se ruborizó por lo que implicaba su respuesta.

«Eres la primera que sabe diferenciar entre amar y desear».

Por desgracia, sí lo sabía, y la avergonzaba enormemente.

—Pero la atracción es peligrosa, como tú mismo has dicho, y el roce hace el cariño. Podría enamorarse de ella después de compartir la cama. Podría empezar a... gustarle. Y una persona tiene más papeletas para empezar a gustarte si la ves guapa desde el principio, lo que nos devuelve a mi pregunta principal. ¿Crees que le parece sexy? —insistió, agobiada.

—Creo que si tú eres su tipo de mujer, es difícil que White Lady le atraiga. Sois muy distintas —contestó con tiento. Maxine agradeció que no escurriera el bulto aun cuando podía meter la

pata—. Dicho eso, no creo que el enamoramiento suceda siempre que alguien te gusta. Es el siguiente paso, sí, pero se puede dar o no dar. Depende de diversos factores que escapan a nuestro entendimiento. Aun así, entiendo que te preocupe. La atracción nos lleva a hacer lo impensable —agregó más para sí mismo, pensativo—. Siempre he pensado que es más sencillo pasarle por encima al amor para entregarnos a los beneficios de la atracción, que ignorar la atracción en señal de respeto al amor.

—Eso no es verdad. El amor lo puede todo —determinó Maxine con seguridad; una seguridad que se tambaleó cuando él apartó el refresco de sus labios humedecidos y se pasó la lengua por el inferior.

Su mirada plateada la escrutó enviando un claro mensaje de incredulidad.

—¿Lo puede? —inquirió con voz queda.

Había logrado desarmar su argumento con una facilidad pasmosa, y todo porque su mera presencia confirmaba que el instinto animal podía hacer trizas los sentimientos más bellos. ¿O acaso no era cierto que Maxine ni siquiera había llegado a Fuego y Sangre cuando no solo dejó que aquel hombre la tocara, sino que disfrutó de cada una de sus caricias?

El amor de Dylan no importó entonces. No podría ni haber conjurado su rostro. El deseo poseía una fuerza arrasadora a la que todo el mundo era vulnerable, lo cual era fascinante de un modo terrorífico.

—Lo planteas como si poner los cuernos fuera inevitable —replicó, aun así—. Los seres humanos no somos víctimas de nuestros impulsos. Tenemos la capacidad de pararnos a pensar y no hacer algo si es reprobable.

—Cuando lo único que te detiene a la hora de acostarte con alguien distinto a tu pareja es la moral y no la falta de ganas, estás en problemas —contestó con llaneza—, y no sentir ese impulso en primer lugar escapa a nuestro control. Puede que no hagas nada físico, por lo que en teoría sigues siendo fiel, pero el hecho de que pienses de forma constante en otra persona ya determina que el amor no vale nada comparado con la atracción.

—Es que eso que has descrito es el amor para mí: pensar siempre en esa persona.

—No estoy de acuerdo. El amor no es obsesivo. Cuando uno ama, está en paz; al menos mientras tiene al ser amado a su lado. El deseo sí es pernicioso, por eso nos acapara y nos vuelve locos.

—Pues al final, según tú, me convendría que Dylan se enamorara de White Lady y a mí solo me deseara —bromeó con amargura.

A su comentario siguió un largo silencio en el que cada uno se sumió en sus pensamientos.

—En realidad, el tema es sencillo —retomó Hurricane, transcurrido un rato. Sacudió la cabeza, descontento con el comienzo—. Quiero decir que lo importante no es que ella le guste, sino que te quiera. Si te quiere... —Volvió a callarse, igual de frustrado que al principio porque las palabras se le escaparan. Lanzó a la atenta Maxine una mirada sombría—. Si te quiere, lo hará pase lo que pase, y lo que es más importante: pase quien pase —recalcó con vehemencia.

Respiró tranquilo después de dar por zanjada la cuestión, como si hubiera sido él quien necesitaba la reafirmación. Maxine volvió a tener la sensación de que cuando Hurricane trataba de tranquilizarla, lo que pretendía era convencerse a sí mismo.

Para el viaje de vuelta, y como si hubiera sabido que no estarían de humor para seguir charlando, Hurricane sintonizó una emisora al azar. Maxine siguió cada uno de sus movimientos con el rabillo del ojo: puso la llave en el contacto, arrancó el motor, empujó la palanca de cambios, ajustó el retrovisor y acarició el borde del volante.

Conducía con la misma seguridad con la que actuaba. Y no era una seguridad jactanciosa,

porque no habría sido consciente de lo claras que Hurricane tenía las cosas si no se hubiera sentido protegida y cómoda a su lado, pues él no se regocijaba en sus virtudes.

Las luces de las escasas carreteras principales de la isla iban proyectando dibujos abstractos y sombras en su gesto concentrado, marcándole a veces la mandíbula, el cuello, y a ratos dándole un aire de misterio que le iba como anillo al dedo. Había bajado la ventanilla lo suficiente para ventilar el coche, que aún olía a nuevo y al ambientador de pino que colgaba del retrovisor, y el viento le agitaba ahora los mechones más largos que le enmarcaban la cara.

Sonaba *Streets* de Doja Cat, una canción con un ritmo cadencioso y erótico.

I can't sleep no more
In my head, we belong
And I can't be without you
Why can't I find no one like you?[15]

Maxine se secó las palmas sudorosas en el pantalón y por fin se atrevió a mirarlo sin disimulo.

—Oye, siento haberme acoplado sin más a tu... paseo nocturno. A lo mejor querías evadirte, o solo alejarte de la persona que has tenido pegada a tu derecha durante dos vuelos y un viaje en ferry —apostilló con una risita angustiada.

—Eres una buena compañía.

Lo más probable era que lo hubiera dicho para tranquilizarla, pero Maxine sintió que el pecho se le llenaba de orgullo.

—Me alegro mucho de que seas tú —confesó de sopetón. Hurricane apartó la vista de la carretera solo un instante para mirarla conteniendo su expectación—. O sea... —Entrelazó los dedos y empezó a jugar con las manos—. Podría haberme tocado con cualquier tarado, y ahora veo que no me ha salido tan mal. Perdón por decir la palabra tarado, no iba en un mal sentido —aclaró enseguida—. Ya me ha quedado claro que no estáis locos por el simple hecho de que os guste el sexo. El sexo le interesa a todo el mundo, al final; más intenso o menos... Salvo a una parte de los asexuales, me imagino. Para ellos debe de ser una tortura, por eso la mayoría no lo practica. Con tarado me refería a... a que podría haber ido a parar con un amo de esos que no bajan la pose dominante ni para ir al baño, no tienen paciencia y tratan a su sumisa como si debiera obedecerle... Que sí, vale, es lo que tiene que hacer una sumisa, ¿no? Porque, si no, para qué queremos más, ni es una sumisa, ni es nada, será una rebelde, o una maleducada o lo que sea, pero ¿una sumisa? Eso desde luego que no. Y, mira, yo no soy una sumisa, y creo que tampoco soy una rebelde, ni una maleducada, pero sí soy un poco... Vamos, que saco de quicio a la gente, ¿entiendes? —Le lanzó una mirada de reojo, agobiada, antes de devolverla a las manos sudorosas—. Estoy pasando por un momento complicado en mi vida, y tú eres... eres... eres comprensivo y amable conmigo, y te preocupa que esté cómoda, y... Bueno, fuiste un pelín cabrón en el probador. Deberían haberte dicho que comentarios como esos no se pueden hacer sin tener en cuenta la sensibilidad ajena, pero vaya, que todo el mundo comete errores, y si no te parece un error, pues también lo entiendo, porque me merezco que me griten de vez en cuando, y...

»Me estoy yendo mucho de la cuestión. —Sacudió la cabeza—. Solo quiero que sepas que lo valoro, que *te* valoro, y que soy consciente de que esto podría haber salido mil veces peor con otra persona a mi lado, y que me alegro de haberte conocido. O de no conocerte mucho, o de conocerte lo suficiente, o de... tener la oportunidad de conocerte aunque no lo haga aún, ¿o de que...? —Tragó saliva—. En fin, no es que me sepa ni tu carta astral, ni cómo se llama tu madre,

ni si prefieres los perros o los gatos, pero puede decirse que nos... tratamos. Y me alegro de tratarte. Y muchas gracias. Ya está. Fin de escena. —Hizo una pausa—. Creo.

Maxine se quedó concentrada en los dedos, que había estado doblando y estirando. Se había alargado más de la cuenta, pero Hurricane era un tipo inteligente. Sabría extraer la conclusión, aunque para sacarla entre tanta palabrería necesitara un cirujano experto.

Alzó la barbilla con timidez para darle las gracias por no haberla cortado con sequedad. Le sorprendió ver que una leve sonrisa amarga curvaba sus labios.

¿Era amarga, en realidad? ¿O nostálgica?

¿Despectiva hacia sí mismo?

El juego de luces de la carretera le impedía apreciarlo con claridad.

—He entendido lo que me querías decir —dijo cuando ya no tenía la menor esperanza de que contestara.

Ni siquiera se había dado cuenta de que ya estaban en el resort, y de que acababa de poner el freno de mano para girarse hacia ella. Cuando apagó el motor, el silencio fue ensordecedor a pesar de que lo atenuaba el canto de los grillos.

Hurricane no salió enseguida del coche. Se quedó tamborileando los dedos contra el volante.

—Mi madre se llama Susan —retomó después de quitarse el cinturón—, y como me regaló un cachorro de pastor alemán cuando cumplí siete años, me obligó a preferir a los perros de por vida. Pero, por alguna razón inexplicable, los gatos me adoran, me persiguen; acaparan mi regazo, incluso aquellos que sus dueños describen como ariscos. Soy escorpio, y, aunque no creo en los horóscopos, no me molesta en absoluto que los demás sí. De hecho, me divierte escuchar a las adolescentes discutir en el transporte público sobre si los hombres acuario son peores que las mujeres géminis. Acabo tan implicado en la conversación que las chiquillas se despiden de mí al bajarse en su parada. Pero al mismo tiempo pienso como la Tana —cabeceó hacia un lado—, el personaje aquel de la comedia romántica argentina.

—¿El de *Un novio para mi mujer*? —preguntó, entusiasmada porque conociera la película.

—Ajá. Cuando alguien empieza a calentar la cabeza con las coincidencias de que tres personas de un grupo de sesenta sean sagitario, me pongo de mal humor, porque la vida no es un conjunto de coincidencias, sino de decisiones... —Se humedeció los labios un instante antes de mirarla—. O eso pensaba hasta ahora, porque no sé de qué otra manera explicar que tú y yo acabáramos aquí si no es gracias a las conspiraciones del universo. Tenías un novio, y yo una sumisa; mi sumisa sufrió un accidente el mismo día que llegaste al club. Nunca había pasado al despacho de Califa ni me había presentado en Vesper’s en horario diurno hasta que él me pidió que fuera una mañana; la mañana que tú necesitabas un amo.

»Y, aun así —prosiguió, esta vez mirándola con gravedad—, no puedes seguir confiando en mi paciencia o en estas casualidades. Hoy te he podido cubrir para que te libraras de la velada, pero no vas a tener suerte dos veces, y aunque sea en cierto modo responsable de ti porque eres mi acompañante, no quiero sacrificar el viaje. Todos estamos aquí por una razón, Maxine, y todas las razones son importantes. No podemos pisar las del otro siempre que lo necesitamos. Nos tenemos que organizar mejor —concluyó con suavidad.

Maxine se había envalentonado al oírle hablar de una comedia romántica, pero el giro drástico en la conversación le enfrió los ánimos. Tenía razón, por supuesto. Ya que estaba allí y no podría marcharse sin arruinarle el viaje a él, debería esforzarse por encajar.

—Es verdad lo que dices —dijo con voz queda—. Te prometo que estaré a la altura.

—Bien —atajó él.

Había aparcado el coche junto al bungaló. El silencio durante el trayecto de regreso, pues, no

sería incómodo gracias a su brevedad, aunque Maxine tuviera la certeza de que lo había decepcionado.

Ahora sí estaba cansada, ahora sí quería irse a dormir, pero un bulto oculto en el porche los sobresaltó a ambos: un bulto que se desdobló en un hombre de metro ochenta cuando quiso levantarse del escalón donde quién sabía cuánto rato llevaba sentado.

La débil luz recortó su silueta masculina.

—¿Maxine? —jadeó Dylan—. Maxine, por fin...

Capítulo 22

La paz que Maxine había sentido durante el paseo por el mercado nocturno se disolvió en el acto. El recuerdo de Dylan entregado a la contemplación de su ama y a las órdenes de aquella otra mujer desconocida regresó con tanta fuerza que se quedó paralizada al verlo allí, de pie en el porche.

—Dylan —musitó.

—¿Se puede saber dónde has estado? —bramó, bajando los tres peldaños. La iluminación de los pasillos entre bungalós le alumbró. Lucía unas bermudas vaqueras y una camiseta de algodón blanca. Se había duchado y cambiado después del encuentro—. Llevo horas dando vueltas por todo el resort, haciendo mil y una preguntas a los guías para averiguar dónde podría encontrarte, y para cuando he llegado, ni siquiera estabas aquí... —Su voz se fue apagando al reparar en la silenciosa presencia de Hurricane. El gesto irritado de Dylan mudó a uno receloso. Cuadró los hombros y se obligó a bajar el tono—. Hola.

—Buenas noches. —Hurricane cabeceó en su dirección cortésmente. Pasó por su lado sin levantar ni una ráfaga de aire. Maxine lo vio apoyarse en el barandal de madera para subir las escaleras. Ya estaba a punto de entrar, con la llave en la cerradura, cuando se despidió sin girarse —. Os dejo intimidad para que habléis.

La puerta se cerró, y ella se vio frente a frente con el hombre que le había roto el corazón apenas unas horas atrás. Fue él quien dio un paso adelante y señaló a su espalda con el dedo pulgar.

—¿Qué es eso de «os dejo intimidad para que habléis»? —planteó, anonadado—. ¿Por qué ha sonado como si me conociera o supiera qué pasa? ¿Es que le has mencionado algo sobre mí?

—Es mi compañero durante el viaje —se defendió Maxine. No había previsto que la conversación empezara con un reproche. Se abrazó a sí misma—. Por supuesto que conoce mi situación.

—¿Y cuál es tu situación con exactitud? ¿Tiene tu situación nombre y apellidos? Porque, joder, Maxine, si estás aquí, debe de ser porque te has leído las normas del evento. No se puede compartir información personal, y menos todavía la mía, ¿o se te ha olvidado que soy un personaje público? Maldita sea... —Se pasó una mano nerviosa por los rizos, evitando su mirada —. ¿Qué le has dicho de mí?

—Siendo, como dices, un personaje público, ¿qué más daría que le diera o no tu apellido? ¿Crees que no habrá quien te reconozca solo por la cara gracias a las fotos tuyas que hay pululando por internet? —«Sin mencionar que no eres tan famoso. No como tus hermanos, al menos», estuvo a punto de espetarle para hacerle daño. No se reconoció en aquel impulso malicioso—. Lo importante es que todos han firmado contratos para no revelarlo a las grandes masas, así que puedes estar tranquilo y volver a los brazos de tu White Lady.

Intentó esquivarlo pasando por su lado, pero Dylan la cogió del brazo. No tuvo que ejercer fuerza. Maxine se había debilitado nada más verlo, y el contacto terminó de ablandarla.

—¿Cómo sabes con quién he venido? —le preguntó en voz baja, tan cerca de su oído que Maxine se estremeció—. ¿Estabas metida en el mundillo y no me he enterado?

—Me he metido a la vez que tú esperando entenderte, pero llevo semanas entre amos y sumisos y cada día me pareces más incomprensible. ¿Has venido hasta aquí para algo distinto a hacerme un interrogatorio?

Dylan bajó la guardia al detectar la vulnerabilidad en su voz trémula.

—No, claro que no —musitó él—. Verte ha sido... Era lo último que esperaba que pasara. He tenido que sobornar a cinco o seis trabajadores para que me dijeran dónde diablos duerme la pelirroja de los ojos castaños, y empezaba a pensar que me habían engañado... o que no volverías.

—¿Acaso te habría supuesto algún problema? —Se zafó de su brazo, recordando que debía estar indignada—. Parecías divertirte de lo lindo sin mí.

Dylan la miró perplejo.

—Es a lo que he venido. A lo que, en teoría, hemos venido los dos. Y te lo dije, Maxine; esto no era ningún secreto entre nosotros. Íbamos a pasar estas semanas separados para encontrarnos a nosotros mismos... ¿o lo entendí mal?

—¿Y bien? ¿Has tenido suerte? —le espetó con aspereza—. ¿Te has encontrado a ti mismo en el coño de White Lady?

El asombro de Dylan no hacía sino crecer.

—Pero ¿qué esperabas que pasara?, ¿que te viera y abandonara el evento, que me ha costado un riñón, para volver a casa como si nada? Estuve a punto de hacerlo la última vez que te vi, en casa de Coop. Te lo juro que sí. Me habría ido de tu mano después de lo de la piscina, pero te fuiste dejándome con la palabra en la boca e ignoraste mis mensajes. Otra vez —recalcó, mirándola con los ojos llenos de incertidumbre—. ¿Y soy yo el que es imposible de entender? Manda narices, Maxine.

—Aquí soy Mimosa —le replicó en tono adusto—. No me llames por mi nombre de pila ni cuando estemos a solas, ni cuando tengamos público. A lo mejor no soy un empresario millonario, pero sigo teniendo una vida real, te parezca respetable o no, y no quiero que me relacionen con esto.

—¿Qué se supone que pretendes decir con la pullita? ¿Y qué si no eres un empresario millonario? Porque si lo que esperas es tener la discusión de que dejaste tu trabajo... —Dylan se calló y se pellizcó el puente de la nariz—. Mira, vine a Tailandia con el deseo de comprobar si una vida adaptada a mis normas era posible. No quiero pasar ni la primera ni ninguna noche discutiendo contigo. Y agradecería que contuvieras todos tus impulsos, no solo el de reprocharme —apostilló con una ceja enarcada—, porque no quiero verme otra vez en medio de una reyerta como la que has iniciado esta noche.

Maxine se enderezó, indignada.

—¿Y cómo esperabas que reaccionara al verte en brazos de otra mujer?

—¿Cómo creías que ibas a verme en un evento destinado al placer sexual? ¿Deshojando margaritas y preguntándome si me querrías o no me querrías?

Su tono no había sido burlón, pero su condescendencia la envaró.

—¡Esperaba que te costara un poco más entregarte a otra persona, solo para empezar!

—Maxine —suspiró, hastiado, como si hubiera tenido que explicar lo mismo mil y una veces —, que sea capaz de disfrutar con mujeres distintas a mi pareja no quiere decir que no la quiera. Tú has sido el objeto de mis deseos desde el momento en que te conocí, y eso no ha cambiado.

—Oh, sí, claro, ahora me vas a salir con la ridícula excusa de que estabas pensando en mí cuando lo hacías, ¿no? Como cuando le mandabas fotos de tu polla a Carey, aventura que emprendiste porque me deseas tanto y de tantas maneras que yo sola no puedo satisfacerte —siseó con los puños crispados—. Me dijiste que yo era la pieza clave de tus fantasías, pero no he visto que pronunciaras mi nombre mientras frotabas la cara contra las bragas de esa mujer.

—Fantaseo contigo más de lo que me lo puedo permitir, pero estando nuestra relación como está, me estoy obligando a sacarte de mi cabeza para no pasar todas las sesiones con cara larga.

Pensar en ti dejó de ser un placer hace tiempo.

—¿Y se supone que ese es mi problema? —Alzó la voz, furiosa—. «Estando nuestra relación como está», dice, como si no fuera su culpa... —Sacudió la cabeza y lanzó una mirada exasperada al cielo, preguntándole a Dios y a los ángeles si ellos se creían lo que acababan de escuchar—. ¡Como no va a solucionarse es con la actitud que estás teniendo! ¡Ni follándote a otras!

—¿Y cómo iba a solucionarse? ¿Contigo viniendo hasta aquí, pagando el evento con mi dinero, presupongo...?

—Para tu información, he pedido un préstamo bancario —lo cortó, abochornada—. Yo nunca haría algo así.

—¿... y vigilándome de lejos para asegurarte de que no respiro en la dirección de otras mujeres?, ¿llegando a abofetearlas de ser necesario? —continuó él con la cabeza ladeada—. Voy a hacer lo que me plazca, Max. Y lo voy a hacer porque eso es en lo que quedamos. Me puedo imaginar que verlo no es agradable, pero, en serio, ¿qué esperabas?

—Esperaba ser más importante para ti que esta mierda. —Abarcó la isla entera con un aspaviento—. Y si tú vas a hacer lo que te plazca, ten por seguro que yo haré lo mismo, porque no he venido sola y no me pienso quedar de brazos cruzados —le advirtió—. Aunque, conociendo tus fantasías, lo más probable es que verme encima de otro te encante.

Estaba segura de que Dylan tendría que contener una sonrisa de satisfacción al saber que Maxine pasaría por unos brazos y otros, pero, para su sorpresa, una sombra de inquietud se adueñó de su semblante.

—¿Y con quién has venido, eh? —Dio un paso adelante hasta que sus narices casi se rozaron —. No será el tipo ese del que me hablaste cuando nos vimos por última vez, ¿no? Porque, de ser así, estaría en el mismo derecho que tú de armar un espectáculo de celos. Recuerdo que lo describiste como si te pusiera cachonda.

—Sí, he venido con Hurricane. Pero ¿tus fantasías no consistían en eso? ¿Imaginarme con otros hombres? Ahora podrás verlo en vivo y en directo. Solo estoy cumpliendo tus sueños. —Apartó la mirada de él, una mirada vidriosa por las lágrimas de impotencia—. El hecho de que tú no te pongas celoso de solo pensar que pueda acostarme con él lo dice todo. Soy la única persona enamorada en esta relación.

—El amor no se mide por la intensidad de los celos. Como sí puedes demostrarle a alguien que lo quieres, es dejándolo ser, como yo te pedí aquella noche. ¿O eres tan egoísta que estás dispuesta a pasar por alto mis deseos y mis decisiones e imponerme tu presencia después de haberme tenido un mes con el alma en vilo?

—¡¿Yo soy egoísta?! ¡¿Yo te tengo con el alma en vilo?! —repitió con los ojos como platos —. ¡Que te den, Dylan!

Intentó esquivarlo de nuevo, pero él le cerró el paso con su propio cuerpo y la sujetó por la cintura antes de inclinarse sobre su oído.

—No me creo que hayas venido para cumplir mis sueños. Has venido para vigilarme y reventar mi burbuja, Max; para sabotearme. Admítelo —la instó con severidad—. Y para llegar hasta aquí has tenido que pecar de lo mismo de lo que me acusas. Miénteme y dime que no te lo has follado.

—Pues no. Y tampoco lo voy a hacer —proclamó con seguridad. Se cuidó de aclarar que poco tenía que ver con ella esa decisión.

Dylan la soltó. Su mirada endurecida se había suavizado al oír la respuesta, como si le agradara su lealtad. Pero no estaba dispuesto a admitirlo, y, en su lugar, respondió:

—Esa será tu pérdida. Ya que te has unido al evento, te sugiero que lo aproveches, porque yo voy a hacer lo mismo.

Maxine abrió la boca para preguntarle qué sería de ellos después, cuando ya hubieran entregado sus cuerpos a terceras personas. La alternativa a revelar su vulnerabilidad era espetarle que era un hijo de puta, pero al final se calló.

Una vez más, había hecho un ridículo estrepitoso.

Dylan anunció que viajaría a Koh Phangan, Dylan le advirtió que se acostaría con otras mujeres, y Dylan había intentado contactar con ella durante todo ese tiempo para solucionar la situación. Y Maxine, aunque tuviera sentimientos y le doliera lo que estaba viviendo, debería haber actuado en consecuencia.

—La verdad, Max... —musitó él antes de soltarla. Rozó su sien con los labios entreabiertos. Ella se estremeció con los ojos cerrados—, es que me gustas mucho más cuando me miras como si me odiaras.

El comentario le dio ganas de vomitar. Había dicho con todas las letras que le excitaba su sufrimiento.

Lo empujó por el pecho, asqueada.

—Pues sigue actuando como un cabrón y será la mirada que recibas cada día de tu vida —le espetó en tono de advertencia. Puso distancia entre los dos con un par de zancadas y se apresuró a refugiarse en el bungaló.

Cerró con la llave por dentro, incluso, como si se tratara de un malhechor del que debía protegerse. Jamás se le habría ocurrido pensar que vería con aquellos ojos a su dulce y tierno Dylan. Apoyó la espalda contra la puerta, temblando por la tensión acumulada durante la discusión. Sus rodillas se rindieron al peso de su cuerpo, y se fue deslizando hasta quedar sentada en el suelo con las piernas abrazadas.

Maxine había intentado no llorar por todos los medios, pero al saberse a solas, no pudo contenerse. Y no solo lloró porque acabara de confirmar que todo estaba perdido y que era, en gran parte, su culpa; lloró porque él no era el único que se había entregado a otra persona y lo había disfrutado. Ella llevaba más de un mes ardiendo por un hombre que no era su pareja, y bastó con que la mirase para que todo cambiara.

No tenía derecho a reprocharle nada. Era la misma basura.

Perdió la noción del tiempo de tal manera que no supo qué hora era ni cuánto tiempo llevaba sollozando cuando una mano le acarició la melena. Maxine apenas logró discernir un rostro emborronado a través de las lágrimas.

—Vamos a la cama —le dijo Hurricane con voz aterciopelada.

Ella sacudió la cabeza, confesando que era incapaz de moverse. La indignación y la vergüenza la habían paralizado, y presentía que acabaría sufriendo un ataque de pánico si osaba mover un dedo.

Su Dylan. Su vida. Su futuro.

¿Quién era ella sin él? Nada. Un vacío rotundo.

Como si supiera por lo que estaba pasando, Hurricane se las apañó para cogerla en brazos. Maxine emitió un jadeo ahogado al dejar de sentir la tierra bajo sus pies, la pared a su espalda, pero se aferró a sus hombros para no caer en el camino al dormitorio.

Le pareció reconocer la melodía de *Mirrors*, de Justin Timberlake.

—¿Has puesto música para no oír la discusión? —balbuceó con voz nasal.

—Una chica tiene derecho a perder los papeles con su novio en la más absoluta intimidad.

Maxine soltó una risita entrecortada que enseguida se convirtió en un sollozo.

—Me pregunto qué pensarán nuestros vecinos.

—Espero que nada. La he puesto lo bastante alta para que nadie pueda juzgarte.

Sintió la suave textura de la colcha cuando Hurricane la dejó encima. Ahora que él estaba inclinado sobre ella con una mano a cada lado de su cabeza, se fijó en su expresión serena, en la sombra de tristeza resignada y al mismo tiempo brillante por la inteligencia que le había llamado la atención la primera vez.

—Tú no me juzgas, ¿a que no? —musitó ella, alargando una mano indecisa a los mechones más largos de su pelo. Rozó la punta rubia con el dedo.

Él se encogió de hombros.

—Parto de la idea de que solo el que está libre de pecado puede tirar la primera piedra. No has hecho nada malo, Maxine —la tranquilizó en voz baja—, pero, desde luego, te has equivocado. Suerte que lo podrás arreglar.

Hurricane le acarició el borde de la cara con el pulgar y se retiró un segundo después, demasiado rápido para que Maxine pudiera preguntarle cómo; cómo se solucionaba el problema estructural de una relación, cómo se retrocedía en el tiempo, cómo se cambiaban los aspectos que no gustaban del ser amado, y, sobre todo, cómo se perdonaba a sí misma. Sus lágrimas no tenían otra razón de ser que el hecho de que Dylan no era un capullo, o no solo un capullo, sino un espejo donde admiraba un reflejo en el que no se reconocía.

Su prometido y ella eran la misma cosa, una persona con fuego dentro. Fuego reprimido hasta el momento, y que solo ardía hasta fundirse cuando se hallaba en brazos de un amante distinto a su pareja.

Y lo que era aún peor... Eran una persona que, en el fondo, no quería renunciar a lo que el nuevo amante le hacía sentir.

Ni siquiera por el sentido común.

Y ni siquiera por el amor que habían creído incorruptible.

Capítulo 23

Maxine se despertó con la sensación de no haber descansado. Por eso se quedó de una pieza al ver que el reloj de la mesita de noche marcaba las ocho y media de la tarde.

Había dormido de un tirón desde la madrugada anterior hasta unas horas intempestivas.

Se incorporó enseguida, retirándose los rizos mojados de la cara. El calor húmedo de la tarde le había cubierto la piel con una fina película de sudor, y la tenía tan aletargada que le costó recordar qué la había arrancado de sus sueños: el sonido de unos golpes a la puerta.

Buscó a su alrededor unas zapatillas para ponerse, pero para cuando las encontró, los visitantes ya estaban bajo el umbral de su dormitorio. Maxine tuvo que frotarse los ojos para convencerse de que no era un espejismo y de veras Califa en persona había ido a verla.

Y, como advertía su rictus serio, no con el objetivo de tomar un aperitivo.

Carey lo seguía muy de cerca.

Maxine estaba demasiado soñolienta todavía para captar sutilezas expresivas, pero le pareció que su amiga le hacía señas admonitorias.

¿Admonitorias? ¿Por qué?

—Hurricane me dijo esta mañana que te tuviera paciencia y esperara a que despertaras para venir a informarte de las últimas noticias, pero en vista de los magníficos horarios de sueño que tienes, no me has dejado otro remedio que ser descortés —comentó Califa, barriendo la estancia en busca de un sitio cómodo donde sentarse. Localizó una butaca con el asiento almohadillado y las patas de madera, y allí se cruzó de piernas para mirar con gravedad a Maxine—. ¿Te lo pasaste bien anoche, Mimosa?

La aludida siguió con la mirada a Carey en busca de una pista del porqué de la repentina aparición. Ella solo meneó la cabeza, dando a entender que todos estaban decepcionados, y tomó asiento a su lado en el borde de la cama.

—Sí —respondió Maxine. ¿Acaso era posible responder algo diferente?—. Fue divertido.

—¿Y cuál fue el momento más reseñable de la velada para ti? —Califa tamborileó los dedos sobre el reposabrazos, pensativo—. ¿Cuando Rob Roy te dio un beso de tornillo, o cuando abofeteaste sin ningún motivo y fuera del rol a Aqua Velva? —A Maxine le costó tragar saliva. Buscó la mirada de Carey para confirmar que el problema había sido su arrebato violento—. Deja de mirar a Yellow Bird. Desde que esto ha sido puesto en el conocimiento de la organización, ha pasado a ser un asunto entre tú y yo.

—¿Le hice...? —Carraspeó—. ¿Le hice mucho daño?

—Ah, no —desestimó con un aspaviento—. No ha sido Aqua Velva quien se ha quejado. Si lo hubiera hecho, ya llevarías nueve horas en un avión con destino California. —Maxine se quedó perpleja. Habría jurado que nadie la había visto. Por lo visto, Califa sabía leer mentes, porque respondió a su duda—. Fuiste bastante sutil dentro del espectáculo que armaste, porque no se han podido encontrar testigos más allá del que lo ha reportado. Por eso te he concedido el beneficio de la duda y te he dejado dormir, pero tu cara me lo ha dicho todo.

—Lo siento —dijo Maxine. ¿Cómo le explicaba el porqué de su arrebato?—. Sé que no tengo justificación, pero quiero que comprendas que yo no soy así, que fue...

Califa la calló alzando una mano. La miraba con fijeza.

—Me importan una mierda las razones de tu enfado. He venido a confirmar que te leíste concienzudamente las normas del evento. No se puede agredir a ninguno de los participantes si

no es por consenso y dentro del rol, y es obvio que tú no estabas actuando ni pretendías proporcionarle placer a la dominatriz. De todos modos —prosiguió, ladeando la cabeza. Acarició, distraído, el borde del reposabrazos—, y como ya te he dicho, que la propia Aqua Velva no lo haya denunciado quiere decir que carece de importancia. Por eso, porque no me gustan los chivatos y porque no querría que el resto de los organizadores me llamaran la atención por meter a una niñita violenta en Fuego y Sangre, he decidido pasarlo por alto.

Maxine fue a darle las gracias enseguida, pero una palabra captó su atención.

—¿Chivatos? —repitió con un mal presentimiento.

—El que me ha venido con el cuento tenía toda la intención de echarte —le confirmó Califa, concentrado en sus uñas con aire desdeñoso. Le lanzó una mirada inquisitiva—. Me conozco a unos cuantos invitados que saben cómo disgustar a la gente, pero no me había topado con nadie que en el curso de una sola noche pudiera ganarse un enemigo.

—¿Quién ha sido?

—Eso no te lo puedo decir —fingió lamentarse Califa. Se puso en pie y se palmeó los muslos. Le sostuvo la mirada a Maxine con determinación—. Esta te la perdono porque me gustas, Mimosa, y porque le interesas aún más a Rob Roy, que es mi mano derecha. Si, además, Hurricane no hubiera intercedido por ti, estarías de patitas en la calle. Una más, solo una, y te la cargas, ¿me has entendido?

A Maxine no le quedó otro remedio que asentir.

Califa no permaneció allí mucho más rato. Se despidió de ella con una ceja enarcada, recalcando su advertencia, y la dejó a solas con una Carey que llevaba bullendo por la necesidad de hablar desde que había llegado.

—Ha sido Dylan, ¿no? —le preguntó Maxine con voz queda—. Se ha chivado él. Es el único que podría haberlo visto. No fui tan obvia, nadie nos estaba mirando, y si esa Aqua Vecna...

—Aqua Velva, no Vecna, fanática de *Stranger Things* —corrigió Carey en tono divertido. Le puso una mano en el muslo y se lo palmeó a fin de suavizar el golpe—. Sí. Estaba desayunando con Califa, Angel Face y los demás cuando el tipo se ha acercado para ponernos al corriente de «algo sobre lo que deberían tomarse medidas inmediatas» —parafraseó, engolando la voz. Bizqueó, asqueada—. No lo he reconocido porque no había visto su cara hasta el momento, pero vamos, se ha presentado como el hombre con el que Aqua Velva estaba cuando Mimosa la abofeteó, y no hace falta ser muy lista para saber a quién le querrías romper los dientes a la media hora de empezar los juegos.

A Maxine se le heló la sangre.

—Tal vez lo malinterpretara, pero cuando anoche vino a hablar conmigo, me dio la impresión de que... de que me animaba a seguir adelante con esto.

Carey pestañeó varias veces.

—¿Lo dices en serio? Porque yo lo vi más que decidido a largarte de Fuego y Sangre. A ese hombre no solo no le hace gracia que estés aquí, sino que ya ves que está dispuesto a evitarlo. Y casi lo consigue.

Maxine recordó las palabras de Califa.

—¿Es verdad que Rob Roy y Hurricane han intercedido por mí?

—Y tanto. En cuanto Dylan se piró, Rob Roy le restó importancia alegando que te habrías dejado llevar por la pasión del momento. —Se rio al recordarlo. Así fue como Maxine comprobó que el amo escocés era muy apreciado en el mundillo—. Y Hurricane dijo sin rodeos que, si la habías abofeteado, por algo sería. Ya sabes que no es muy hablador, pero cuando dice algo, se hace notar.

De hecho, se imaginaba perfectamente la situación: Dylan enfrentado a una mesa amplia de comedor medieval, igual que un humilde siervo a punto de presentar sus respetos a la realeza, y Califa, Rob Roy, Angel Face, Carey y Hurricane mirándolo desde el otro lado y cada uno en su línea; el primero con su irrefutable soberanía, el segundo con amistosa mofa, la tercera con una indiferencia que captaba más detalles de los que parecía, la cuarta con diversión y el último con absoluto desdén.

Cerraba los ojos y era como si lo estuviera viendo afanado en rebañar su plato del desayuno y sin mirar a nadie al dictar sentencia con una frase de apenas siete palabras.

—Hijo de puta —masculló, perpleja. Al caer en la cuenta de lo que Dylan había estado a punto de conseguir, de lo que había hecho, se envaró y lo repitió con más ganas—. Pero... qué hijo de la gran puta. A la cara me dijo que... No lo entiendo.

Carey se encogió de hombros y se dejó caer hacia atrás con los brazos como un crucificado. Siguió hablando con la vista clavada en el techo.

—A lo mejor, pensándolo luego largo y tendido, llegó a la conclusión de que estaba celoso y necesitó hacer algo al respecto. O a lo mejor es simple y llanamente un hijo de puta. —Se incorporó lo justo para mirarla esperanzada—. Porque ya hemos superado la etapa de justificarle haga lo que haga y diga lo que diga, ¿verdad que sí? Hemos llegado a la segunda fase del duelo: ¡la ira!

Maxine no estaba tan segura de eso. En ese momento la embargaban la incredulidad, la decepción y la rabia. La noche anterior había sido cruel, ¿y ahora se atrevía a sabotearla? Oh, sin duda, era un cabrón con todas las de la ley... pero todavía se sentía impelida a tratar de comprenderlo.

—No sé —musitó, frotándose los muslos.

—Ese hombre te ha hecho pensar que hay un problema contigo, Max —le recordó Carey, y no con la contención iracunda de los que hablaban con el objetivo de echar más leña al fuego; no quería ser el insidioso diablo en el hombro, sino la voz de la razón—. A lo mejor no lo ha hecho de forma directa; a lo mejor ni siquiera tenía esa intención y es tu... baja autoestima la que ha empeorado la situación, pero, créeme, te lo ha dado a entender, y tú llevas más de un mes tratando de ganarte su amor a costa de convertirte en alguien que no eres.

—Tal vez no sea sadomasoquista —admitió ella en voz baja, tras pensarlo un momento—, pero tampoco soy tan puritana como pensaba.

Carey enarcó una ceja.

—¿Qué quieres decir con eso?

Maxine solo se mordió el labio. Su amiga se imaginó lo demás. Y con todo género de detalles, porque puso los ojos como platos y se levantó de un salto para sujetarla por los hombros.

—¡No jodas! ¿Te has follado a Hurricane, o algo así? ¡No me lo puedo creer!

—No, no, ¡no! —exclamó, horrorizada—. No he hecho nada de eso, pero...

—Pero quieres —completó Carey con una sonrisita maliciosa—. ¡Y tanto que quieres! Te lo dije, pelirroja. Ese hombre es tu kriptonita.

—No lo cantes como si fuera una victoria.

—¿Y por qué no va a serlo? Hurricane es tu compañero y eres una mujer soltera. Puedes hacer todas las guarradas que se te ocurran, ¡y sin pedir perdón después!

—Que esté objetivamente soltera —replicó con retintín— no quiere decir que me sienta lista para aprovecharme de los beneficios que conlleva sin sentirme culpable, y...

—Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa —entonó en tono litúrgico, dándose golpes en el pecho—. ¡Déjate de sentimientos cristianos, mujer! ¡Apuesto a que la última vez que

pisaste una iglesia fue el día de tu bautizo! ¿Qué problema hay más allá de eso?

—Que Hurricane no se acuesta con nadie. Ni da besos. Y yo todavía estoy luchando contra el extraño e incomprensible deseo de... de que haga una excepción conmigo —reconoció en voz alta. No había podido ni querido hacerlo hasta el momento, aterrada por si verbalizarlo le daba una dimensión real.

Carey la miraba con ternura.

—Cariño mío, vas a convivir con él dos semanas enteras, y las veladas nocturnas están organizadas de manera que las parejas tengan contacto carnal sí o sí. No vas a poder luchar durante mucho tiempo contra «el extraño e incomprensible deseo» —hizo las comillas—, que, por cierto, no es ni extraño ni incomprensible en cuanto le ves la cara. Tarde o temprano te lo cruzarás saliendo de la ducha o verás cómo alguna sumisa le hace una mamada y explotarás, y más te vale estar preparada para ese momento.

Maxine recordó el día que lo conoció. Apenas le echó un vistazo a través del cristal, y su mera contemplación la sumió en una fantasía erótica. Su cuerpo reaccionó a la reminiscencia y se ruborizó.

—¿Dónde ha estado, por cierto? —balbuceó a fin de cambiar de tema.

—Haciendo turismo, supongo, como todos los demás, pero no con mi grupo numeroso. Yo he ido a la playa de Haad Rin. ¡Una maravilla! ¡Tienes que ir!

Maxine sonrió con timidez al verla tan entusiasmada.

—Me alegra que te lo estés pasando bien —le confesó.

Carey le devolvió el gesto.

—¡Qué tierna eres! —Le pellizcó la mejilla—. Anda, vete para la ducha, que son ya casi las nueve y a las doce hay que estar listo. Ponte algo que llame la atención, y que se joda tu exnovio.

Por primera vez, Maxine sintió un placer perverso al oír a Carey. A pesar de haberle ofrecido una perspectiva objetiva de su relación, la dominatriz había traslucido en todo momento el desprecio que sentía hacia su expareja, y si bien Maxine no estaba de acuerdo con barrer toda la culpa hacia él, ahora sí estaba dispuesta a aceptar que tampoco había sido el novio perfecto.

Aun así...

—No veas a Dylan como el diablo —le pidió antes de que se marchara.

Carey la miró desde la salida con la mano en el marco de la puerta.

—No es el peor de los villanos, pero si percibirlo como el cabrón que ha intentado sabotearte y que te puso los cuernos te va a ayudar a olvidarlo o, por lo menos, a dejar de agobiarte pensando que tienes que hacer algo para que te quiera de nuevo... pues que así sea, Max. Si la objetividad no te puede librar de tus sentimientos dañinos, que lo haga el odio. En la guerra y el amor, todo vale.

—Si me hubiera dejado llevar por el odio, a ti te correspondería una parte —le recordó con la ceja enarcada.

Carey le copió la mueca con los brazos en jarras.

—¿De veras sigues pensando que soy la mala? Creo que he compensado con creces el daño que pude hacerte. Te he traído hasta aquí, tal y como querías, y no voy a parar hasta que abras los ojos, cosa que me acabarás agradeciendo.

—¿Por eso te has acercado a mí? —inquirió con voz queda, luchando contra el desánimo—. ¿Para... resarcirme por lo que hiciste?

—Mira que eres retorcida, ¿eh? Por supuesto que no. Me he acercado a ti porque eres estupenda. Y tú deberías empezar a alegrarte de haberme conocido. Si no lo hubieras hecho, jamás habrías descubierto quién es tu novio en realidad. Tal vez ni siquiera habrías descubierto

quién eres tú en realidad —recalcó con aire misterioso.

Le lanzó un beso y desapareció armando un escándalo de alegres pisotones.

Maxine acabó sacudiendo la cabeza, sonriendo con sarcasmo porque Carey siguiera sin aceptar que entrometerse en una pareja no tenía justificación, incluso si ella no creía en la monogamia y se estaba limitando a desempeñar su trabajo. Pero también sonreía con calidez, porque en algún momento había dejado de tenérselo en cuenta y se alegraba de que estuviera en su vida.

Obedeció sus últimas órdenes y se metió en la ducha. Pasó veinticinco minutos bajo el chorro de agua ardiendo, canturreando canciones de Ariana Grande y pensando en lo descabellado que era que Dylan hubiese intentado echarla. Cuanto más lo pensaba, más se enfurecía, y más ganas tenía de darle en las narices con su participación activa.

Salió de la ducha envuelta en el vapor de agua, con el cabello mojado sobre los hombros y una toalla anudada al pecho. Por poco chocó de golpe con Hurricane.

El único baño estaba dentro de su dormitorio.

—Perdón, no te... —Se le atascaron las palabras al ver que la estaba mirando con intensidad. Se encogió bajo la toalla—. No te había visto.

Hurricane no contestó, recalcando así la escasa importancia de lo ocurrido, y fue hasta el armario para empezar a escoger las prendas que él, a diferencia de ella, sí había tenido la gentileza de sacar de la maleta.

Maxine no se movió de donde estaba, todavía aturdida por la mirada que le había dirigido al verla aparecer semidesnuda.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí —contestó él.

—¿Has hecho turismo? Ca... Yellow Bird me ha dicho que han ido en grupo a la playa de no sé dónde —comentó como quien no quería la cosa.

—No.

—¿Entonces? No me digas que lo que te estoy preguntando se puede encuadrar en el ámbito personal y por eso te haces el misterioso —bromeó Maxine, nerviosa y también avergonzada por insistir. ¿Qué le importaba a ella?

Hurricane tenía que pensar lo mismo; o eso, o estaba de mal humor, porque se giró con cierta impaciencia.

—¿Tú qué crees que he estado haciendo en un viaje enfocado al sexo?

Maxine se hizo pequeña al escucharlo. Había pronunciado la pregunta con languidez, sin la intención de castigarla por su curiosidad o de iniciar una conversación, pero la sintió como un ataque.

Una parte de ella lo había sospechado. No sería el primero que dedicaba las mañanas además de las noches a conocer íntimamente a las invitadas.

—Ah, vale... —Agachó la barbilla y se miró las uñas de los pies, pintadas de rojo—. Me imaginaba que querrías aprovechar la tarde para eso. A fin de cuentas, anoche no te di la oportunidad... Como intervine de esa manera, tan de pronto, apartándote de la mujer que... Vamos, que no me sorprende que recuperaras el tiempo perdido. —Hizo una mueca al escucharse. No, no le sorprendía, pero no podía decir que le importara un carajo, y eso se le notó al atajar la cuestión con aspereza—. Da igual, me alegro. Espero que te hayas divertido.

Las últimas cinco palabras salieron disparadas contra él con un retintín que no le pasaría desapercibido.

Dios, ¿por qué todos los hombres eran insaciables?, quiso clamar al cielo.

Hurricane se tuvo que dar cuenta de que la información le había caído como un jarro de agua fría, porque Maxine estaba a punto de quitarse la toalla cuando lo vio recostarse contra el marco de la puerta.

—¿Hay algún problema? —inquirió con aparente cortesía.

Maxine lo miró de arriba abajo por acto reflejo.

Para haber regresado de acostarse con alguien, se le veía tan ajeno a la escena como de costumbre. Solo una emoción recalcitrante hacía brillar sus ojos.

—¿Yo? Yo no tengo ninguno. —Se encogió de hombros—. El que parece ofuscado eres tú, y me extraña teniendo en cuenta que vienes de pasarlo bien. ¿No has encontrado satisfacción?

No tenía ni la menor idea de dónde salía el reclamo.

—¿Por qué? ¿Estarías dispuesta a dármela tú en el caso de que te dijera que no? —Ladeó la cabeza, como si ella en sí le intrigara—. Dime que me equivoco al tener la impresión de que te molesta que me divierta por mi cuenta.

—Por supuesto que te equivocas —aclaró, elevando el tono indignado—. Bastante ocupada estoy preocupándome por lo que hace Dylan como para dolerme también lo que quiera que andes haciendo tú. Porque te recuerdo que tengo novio.

—Lo sé —respondió con displicencia—. Lo repites cien mil veces al día.

Maxine se tensó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que he dicho —acotó sin más, protegido detrás de su máscara de indiferencia. Cruzó los tobillos, todavía recostado—. Que lo repites cien mil veces al día.

—Y qué pasa, ¿eh?

—Nada, ¿qué va a pasar? —Parecía que iba a dejarlo ahí, pero entonces se enderezó y le lanzó una mirada introspectiva—. Solo me pregunto si él también lo repetirá cien mil veces, o si solo lo dirá diez a lo largo del día, o si no lo habrá mencionado en absoluto.

—Pues deberías dejar de preguntártelo, porque la respuesta no sería asunto tuyo —le espetó sin poder controlarse. El asunto de Dylan la tenía muy sensible, y de entre todos los hombres del mundo, aquel era el último que le gustaría que sacara el tema a colación.

—La verdadera pregunta es... —Avanzó hacia ella con gesto indescifrable y le retiró un rizo que le estaba entorpeciendo la visión— ¿y tuyo, Maxine? ¿Es asunto tuyo?

—Pues... pues... —Tragó saliva—. ¡Pues claro que lo es!

—En ese caso, pon tus energías en encargarte de ello. De tu asunto —le recomendó con un tono aterciopelado que ocultaba una hoja afilada—. No te metas en otros que no te corresponden o te acabarás cansando. Como tú muy bien has dicho, no puedes preocuparte por tu novio y por dónde me meto yo al mismo tiempo sin volverte loca.

Lo vio darse media vuelta y regresar a su dormitorio.

Odió que la hubiera dejado con la palabra en la boca y exclamó a la defensiva:

—¡No te lo he preguntado porque me importe! ¡Solo sacaba conversación!

—Y yo aprecio el esfuerzo —oyó que respondía desde su propia habitación—. Se agradece que la conversación se salga por una vez de las cien mil veces que mencionas a tu novio...

Maxine cruzó el umbral apuntándole con el dedo índice.

—¡Deja de repetir lo de las cien mil veces! —se quejó, al borde de su paciencia.

—... pero me temo que no me gusta que sea a costa de interrogarme a mí —contestó, concentrado en preparar su neceser y su toalla de baño para ocupar el servicio.

—Muy bien, te parezco una pesada. Lo pillo. Me callaré —le prometió con aspereza—. ¡Pero tengo derecho a que me moleste que andes escabulléndote para acostarte con otras mujeres! ¡Se

supone que eres mi compañero!

—¿Y eso qué significa? —preguntó, deteniendo lo que estaba haciendo para mirarla con intriga—. ¿Que debo encerrarme en el dormitorio solo contigo, o que tendríamos que hacer turismo juntos, como dos buenos amigos?

—¡Significa que...! Mira, no me gustaría que mi nov... —bufó al ver que la ceja de Hurricane escalaba. «Y dale, erre que erre», parecía decir— que Dylan pensara que he venido aquí sin tener ningún tipo de complicidad contigo. Quiero que sepa que, más allá de los juegos nocturnos, tú y yo disfrutamos en privado, y eso no será posible si te largas a primera hora y no vuelves a dirigirme la palabra hasta las tantas de la noche porque andas acostándote con Dios sabe quién desde...

—O sea, que pretendes ponerlo celoso conmigo —la cortó con llaneza—. Estoy dispuesto a ayudarte y a consolarte, ya lo sabes, Maxine, pero no a costa de sacrificar mis divertimentos. Y si quieres que nos vean juntos para encabronar a tu novio... —La miró de arriba abajo—, entonces tendrás que acompañarme a las camas que me interese visitar. Pero no creo que eso te apetezca. ¿O sí?

—O podríamos quedarnos solos en esta misma —se le ocurrió de pronto, y señaló hacia su dormitorio. Cayó en la cuenta de que estaba diciendo que quería una relación exclusiva, y se apresuró a aclarar—: Es decir..., no para darle uso, sino para... No sé, podríamos estar aquí un par de horas al día, solo un par, para que la gente no piense que no me soportas. Ca... Yellow Bird me ha dicho que los participantes hablan más de la cuenta, y no me gustaría que se comentara que me rehúyes.

Hurricane la miraba como si de veras se planteara aceptar su propuesta. La rondó con la cabeza ladeada.

—¿Y qué haríamos esas dos horas?

—¿Ver una película? —sugirió, vigilando su paseo con el rabillo del ojo. Se apretó más la toalla contra el pecho, como si sintiera que corría peligro—. Los cuartos tienen televisión. O... o podríamos jugar a las cartas. Se me da muy bien el póquer. Y el continental. O escuchar música... Si te gusta Justin Timberlake, podríamos tener algunos cantantes favoritos en común. ¡A mí también me va el pop!

Hurricane la escrutaba con la mirada de tal manera que parecía que pudiera leer sus pensamientos.

No vio venir su pregunta.

—¿Tan desesperada estás por poner celoso a tu novio que te expondrías al peligro de permanecer dos horas enteras en un dormitorio conmigo?

—¿P-peligro? —tartamudeó—. ¿Por qué sería peligroso? Yo... yo confío en ti. Y si no puedes tener sexo ni... ni dar besos, pues...

—Pues ¿qué? —la animó a continuar, con los párpados entornados—. ¿Necesitas otra demostración de que follar no es lo único que puede hacer que una mujer se corra?

Maxine se estremeció solo de pensarlo. Presionó los labios, escarmentada, y se limitó a sacudir la cabeza. A sabiendas de que no estaba ante el hombre indicado al que exigirle fidelidad, ni mucho menos en el lugar oportuno, se dio media vuelta para regresar al dormitorio. Quiso la mala suerte que el precario nudo de la toalla se deshiciera al girar sobre sí misma y no fuera lo bastante rápida para retenerla contra su cuerpo.

Ruborizada, Maxine se cubrió los pechos con un brazo y giró despacio para recoger la dichosa toalla. Se intentó convencer de que Hurricane no le prestaba atención, pero sus miradas se encontraron en silencio, formándole un nudo en el estómago.

Claro que le estaba prestando atención, y con un regocijo perverso que le dio ganas de abofetearlo y besarlo a la vez.

Hurricane se agachó para recoger la toalla. En lugar de entregársela, la utilizó para secar un reguero de agua que brotaba de su melena y que había descendido desde su cuello hasta su pecho. Pasó entre medias por las clavículas y los hombros. Maxine seguía cubriéndose los senos en un gesto protector cuando Hurricane le secó el brazo que ejercía de precaria muralla y descendió por su vientre. Lo rodeó para frotarle la espalda en suaves círculos y recorrerle las nalgas. Lo hizo mirándola en todo momento con los ojos entrecerrados y los labios separados, como si se hubiera quedado a punto de decir algo importante.

Maxine respingó cuando deslizó la tela por su bajo vientre y llegó al sexo, que cubrió con la mano y acarició muy despacio. Ella le sostuvo la mirada, sin aliento, y separó los muslos lo suficiente para facilitarle el trabajo. Él estaba tan cerca, pero tan cerca, que sus narices casi se rozaban.

Olía tan bien que podría haberse mareado. Tuvo que aferrarse a su escaso autocontrol para no ponerse de puntillas y robarle un beso. No había nada como que prohibieran un manjar para empezar a obsesionarse con él.

—Llevamos menos de diez minutos juntos —fue todo lo que Hurricane dijo, y con un tono informativo que la despertó del trance.

Al principio no supo a qué se refería, pero leyó el significado en el brillo admonitorio de sus ojos: solo diez minutos, y ella pretendía que permaneciera a su lado durante dos horas cada día. Dos horas encerrados en una habitación de menos de diez metros cuadrados.

Cuando acabó de secarla, en lugar de devolverle la toalla, se la echó al hombro con gesto satisfecho y puso rumbo al baño para seguir con sus propios preparativos.

Ella, sin saber cómo verbalizar su angustia, selló sus labios y se refugió en su dormitorio cerrando la puerta con las manos temblando.

Capítulo 24

Ayudada por la elección de modelito, Maxine se armó con una actitud diferente para afrontar la noche. Se había decantado por el salto de cama oscuro, que constaba de un corsé con transparencias y correas entrecruzadas, y de unas medias por encima de la rodilla con ligueros.

Hurricane tampoco se recreó mirándola esta vez, pero procuró que no le importara. Tenía que cejar en su empeño de buscar validación externa y cambiar de actitud.

Que les dieran, pensaba. Que les dieran a todos. Hurricane era un capullo que solo pensaba en acostarse con cuantas mujeres se le cruzaran por banda, y Dylan era otro cabrón que vulneraba la bella experiencia de una vida en común con tal de recibir azotes de desconocidos.

¡Y había intentado echarla, por Dios!

Se presentó en la misma explanada rodeada de jardines exóticos de la última velada. Le pareció diferente al día anterior. Quizá porque no sentía la angustia paralizante que le impidió apreciar los detalles la primera noche.

Habían invertido en condiciones el dinero de la participación. Los setos recortados formaban figuras inverosímiles, dignas de los jardines de Versalles. Los farolillos, situados en puntos estratégicos para iluminar u oscurecer dependiendo del efecto deseado, evocaban un ambiente íntimo, y el suelo que pisaban era de una madera muy cara.

Todo estaba en su sitio.

Observó con detenimiento a los invitados. Tal y como Hurricane le comentó en el avión, había de todas las etnias, complexiones y actitudes: asiáticos, latinos, caucásicos, afroamericanos; altos, bajos, delgados, gordos, veinteañeros y cincuentones, todos ellos con unas ganas de devorarse que saltaban a la vista. Había, también, mujeres espectaculares y sin acompañante. Quizá hubieran sido contactadas para animar la fiesta. ¿Acompañantes de lujo, a lo mejor? Lo más probable era que las hubieran invitado para embellecer el cuadro.

Localizó a Rob Roy con su pecho de culturista al descubierto. Como si dispusiera de un radar para captar el interés femenino, se percató de que tenía su atención y se giró hacia ella con una copa en la mano para brindar en su honor.

Maxine le sonrió sin darse cuenta.

No había vuelto a pensar en su advertencia de la noche anterior, pero debía reconocer que sonó... excitante. Cuando recordaba el beso, le ardían las mejillas.

—Buenas noches a todos y a todas —saludó la voz bronca de la primera velada. Maxine alzó la barbilla hacia los altavoces situados en las esquinas de algunos de los bungalós que los rodeaban, pero esta vez provenía de una tarima que simulaba un escenario situada a un extremo de la piscina. Distinguió una figura masculina ataviada con una capa oscura y una máscara de cuero que le cubría la totalidad del rostro. Solo se distinguía una media melena rubia, un atributo casi femenino que contrastaba con su tono grave y su marcado acento eslavo—. La diversión de esta noche girará en torno a una herramienta indispensable para los amantes del morbo... —Se llevó las manos al cuello y desató lo que parecía una gargantilla de seda para mostrarla al público: era una gruesa cinta—. Las vendas para los ojos. La pregunta que nos haremos hoy será... ¿Reconocerías a tu hombre o a tu mujer con tan solo tres de tus sentidos... entre una larga hilera de pretendientes?

Maxine observó que una fila de camareros salía en tropel de uno de los bungalós. De sus

antebrazos pendían cintas idénticas a la que el organizador había enseñado. Las fueron repartiendo entre algunos de los presentes.

Una trabajadora con el cabello recogido en un moño apretado se situó a su lado, dando a entender que procedería a ponerle la venda cuando el organizador hubiera explicado las reglas.

—Los que habéis sido escogidos para llevar los ojos cubiertos os colocaréis en fila donde nuestros ayudantes os indicarán. Los que no os la pongáis, pasaréis por delante de los sujetos pasivos y escogeréis a por lo menos tres víctimas para tocarlas como os plazca. Si alguna de ellas os identifica como su amo o sumisa y no lo sois, lo castigaréis; si su afilado instinto resultara, por el contrario, estar en lo cierto, habréis de gratificarla. Porque esto va del instinto. Los roces, las pieles, los olores... Deberíais reconocer a vuestra pareja con solo sentir su cercanía. En el caso de hacerlo, seréis premiados. Si no... preparaos para el fuego y la sangre.

Maxine miró a la muchacha que esperaba con paciencia. Le hizo un gesto hacia la venda, y esta negó con la cabeza. Comprendió que ella formaría parte del segundo turno.

El corazón se le aceleró al reconocer a Dylan entre los hombres con los ojos tapados. Estaba desnudo salvo por la ropa interior. Se tocaba los rizos de forma compulsiva, como hacía cuando estaba nervioso.

Ojalá la decepción que sentía se hubiera llevado por delante el amor que aún reservaba para él, ese amor testarudo que empezaba a sospechar que no la conduciría a ninguna parte. Pero las cuestiones del corazón nunca eran tan fáciles.

La mujer vestida de camarera le tocó el hombro y la invitó a inaugurar el juego. Maxine tardó en movilizarse. Los miembros le pesaban de pronto. También la pena, la incomprensión, la impotencia; ese cóctel explosivo de emociones contradictorias que terminaría venciéndola, igual que la noche anterior.

¿O no?

Se rebeló contra la derrota. No había viajado hasta Tailandia para encerrarse en una habitación a llorar por un hombre que había ido a recuperar. Además; se le acababa de presentar la oportunidad perfecta de llegar hasta él. Tal vez Dylan reconociera sus caricias y la señalara como su ama a pesar de no serlo con tal de mantenerla a su lado, demostrando que ella aún era su debilidad.

Inspiró hondo y se preparó. Entre los vendados se encontraban Rob Roy y Carey. Pensó que si era obligatorio acariciar a tres participantes como mínimo, era una chica con suerte. No le desagradaba la idea de provocar al primero y reírse con la segunda prodigándoles un par de caricias tontas. A decir verdad, era un juego divertido, mucho menos agresivo que el de la primera noche.

Cuando el organizador dio la señal y *Feel a Way* de Darius Martin empezó a sonar, Maxine se humedeció los labios y se paseó con las manos entrelazadas a la espalda por delante de los amos y sumisas de la primera tanda. Con el rabillo del ojo, se fijó en que el participante que encabezaba su fila se detenía con una morena impresionante y se inclinaba para rozarle los labios antes de que esta alargara los brazos para palparlo.

Maxine se inspiró con el comportamiento de los demás, y para cuando se plantó delante de Rob Roy, lo tuvo claro. Se puso de puntillas y recorrió sus facciones marcadas con el dedo, empezando por el centro de la frente, descendiendo por la nariz y acabando en la barbilla, haciendo especial hincapié en el delineado de los labios protuberantes. Empezaba a familiarizarse con su complexión más bien tosca, con su rostro de bruto.

Le gustó que él sonriera, divertido.

Siguió erguida sobre los dedos de los pies para moldear sus amplios hombros, sus brazos

gruesos. Era un hombre que, en otras circunstancias, la habría impresionado de tal manera que no se habría atrevido a mirarlo a los ojos.

No quería entretenerse con él, aun así. Quería llegar a donde estaba Dylan. Se limitó a hacerle cosquillas en la piel con los labios entreabiertos, reconociendo el aroma del que estaba impregnado, una colonia masculina muy personal e intensa que no le disgustó.

Rob Roy acabó soltando una carcajada bronca.

—Esta monada revoltosa pero inocentona solo puede ser cierta pelirroja, o ya me habría puesto la mano en la bragueta... —Se inclinó hacia delante, como si supiera dónde estaba a pesar de llevar los ojos vendados—. ¿Me equivoco, acaso?

Maxine sonrió, aunque no pudiera verla, y aprovechó que había quedado en la postura perfecta —reclinado sobre ella— para robarle un beso rápido en los labios y apartarse antes de que él la apresara entre sus brazos.

Rob Roy, en lugar de ofenderse, se rio.

No se lo podía creer, pero aquel descarado le caía de maravilla, como esos amigos con derecho a roce que solían tener sus amigas de la universidad.

Aunque sabía que Rob Roy quedaba lejos de ser su colega.

Siguió paseando hasta detenerse delante de Carey. Se había fijado en que los ayudantes pululaban con bandejas a rebosar de todo tipo de artilugios para hacer más excitante el juego: cadenas, fustas, plumas... Apenas estaban empezando y ya había sujetos activos acariciando el cuerpo de sus elegidos con las nueve colas de un látigo, o penetrándolos con juguetes sexuales.

Ella se decantó por la pluma y le hizo cosquillas en el cuello a Carey. Esta por poco se echó a reír, susceptible a las caricias, y alargó las manos hacia Maxine para intentar averiguar quién era. Levantó las cejas castañas al toparse con una figura femenina tan diferente de la de su propia sumisa, una chica delgada y fibrosa, pero no pareció decepcionada.

Maxine se dejó palpar con las mejillas ruborizadas. Reconocía la lujuria en la media sonrisa de Carey, en la manera en que le devolvía las caricias que Maxine ejecutaba con la pluma, concentrada en relajar su cuerpo.

Al tener a su amiga delante con un conjunto rojo que dejaba poco a la imaginación, pudo fijarse en detalles que le habían pasado desapercibidos. La adicción al gimnasio y la dieta hipocalórica le habían endurecido el vientre de manera que se le marcaban los abdominales. La cicatriz a la altura de las costillas flotantes le llamó la atención y se dijo que le preguntaría por ella más tarde.

—Tú no eres mi Gin Fizz... —dijo Carey en voz baja, y se mordió el labio—, pero me gustas de todos modos.

Maxine encogió un hombro coquetamente, como si Carey pudiera verla, y la abandonó para desplazarse hasta Dylan. Una mujer acababa de dejarlo solo, tal vez porque él mismo le había dicho que ella no era su ama.

A pesar de que sus esperanzas de futuro habían menguado de manera significativa, Maxine se negaba a rendirse tan pronto. Detectó un interés morboso en los ojos de Dylan al reprocharle que estuviera allí, como si todavía no hubiera decidido si sería una molestia, y pensaba aprovecharse de esto para demostrarle que podía darle lo mismo que su dominatriz.

Había viajado a Tailandia para ello. ¿Qué clase de persona sería si no lo intentaba?

Maxine se puso de puntillas y le rodeó los hombros, como hacía siempre que se sentía coqueta y quería arrumacos, y lo besó en los labios. El hecho de que se mostrara dispuesto a devolverle las caricias, adentrando la lengua en su boca y ladeando la cabeza para facilitarle la exploración, la dividió: ¿la habría reconocido por la caricia inicial, o solo se prestaba a besarla porque en eso

consistía el juego?

En realidad, podría negarse, pensaba Maxine mientras enroscaba la lengua con la de él, racionalizando tanto el contacto que ni siquiera lo estaba disfrutando. No lo había hecho porque quería los besos de todo el mundo. Aceptaría los besos de todo el mundo.

Se pegó a su cuerpo de manera que Dylan pudiera sentir todos sus relieves, y deslizó las manos por sus hombros y brazos.

Apenas unos meses atrás, la cercanía de Dylan y la promesa de sus caricias la habrían estremecido de pasión, pero ya fuera porque estaba enfadada o muy pendiente de su reacción, Maxine no sentía que la llama se estuviera prendiendo. Estaba tan fría como al comienzo de la velada, defraudada porque él no se separara para decirle que la reconocía.

Cuando soltó sus labios a la espera de su veredicto, Dylan solo dijo:

—No besas mal, pero prefiero esperar a mi ama.

El comentario le cayó como un jarro de agua fría. No solo no sabía que era ella, cosa que supo por el tono de disculpa que utilizó, aquel que se empleaba con los desconocidos, sino que acababa de decir en voz alta que prefería a White Lady por encima de los demás.

Todos los demás.

Maxine se separó, repelida. Dio tantos pasos hacia atrás que uno de los camareros tuvo que sujetarla por un brazo para que no cayera a la piscina, y en todo el retroceso estuvo contemplando con dolorosa decepción al hombre que quería.

¿Cómo no podía haberla reconocido? Su olor, la textura de su boca, la forma en que lo besaba... ¿Acaso no significaba nada para él? A lo mejor el problema era que no resultaba tan sencillo distinguir unos labios de otros, a lo mejor todos los alientos eran iguales, todas las manos se sentían idénticas sobre la piel. Intentó justificarlo, pero supo que estaba dibujando castillos en el aire cuando White Lady en persona se detuvo delante de Dylan y, en cuanto esta le rodeó el cuello con la mano y se ciñó a su torso para restregarse sinuosamente, el sumiso musitó:

—Eres tú.

Y apenas lo había tocado.

Maxine concentró en un simple pestañeo toda la tristeza que se negaba a exteriorizar.

¿Cuántas veces podía decepcionarla un hombre?, se preguntó. ¿Cuántas veces podía romperle el corazón en el transcurso de veinticuatro horas? Incluso estando profundamente dormida desde la madrugada anterior hasta la tarde del día que acababan de dejar atrás, había sentido el nudo de angustia en el estómago, pulsando y apretando para recordarle que la esperaba un luto cuando abriera los ojos.

White Lady le quitó la venda, como los participantes tenían permitido hacer cuando su pareja acertaba. Maxine no quiso saber cómo lo gratificaba. Temblando, se dio la vuelta para ir en busca de una bebida.

Los bármanes no habían dejado de servir con diligencia a los que aún no participaban. Cogió una copa cuyo contenido desconocía solo porque necesitaba bajar el nudo en la garganta y la vació de un trago.

—Ahora sí te toca —le dijo una voz a la espalda.

Se giró y vio que la camarera gesticulaba con amabilidad para facilitarle el ajuste de la venda. Le pareció intuir en sus ojos una chispa de complicidad, como si de alguna manera supiera de su tristeza y lo que la había motivado y quisiera hacerle saber que la apoyaba.

Se dejó hacer con resignación, tan cansada que tenía la impresión de que le hubieran caído encima veinte años de tragedias. Luego, cuando la camarera la guio de la mano para situarla donde se formaría la siguiente fila, una vocecita insidiosa le echó en cara su abnegación.

No podía permitir que Dylan le arruinara cada noche de juegos. No podía permitirse sufrir desde que se levantaba hasta que se acostaba. La tristeza escapaba a su control, sí, pero no lo que hacía con ella. Debería convertirla en una motivación para demostrarse que podía pasarlo de maravilla.

Si utilizar el viaje para recuperar a su novio era un caso perdido, ¿por qué no usarlo para explorar el mundo del sexo? Hasta el momento, nada de lo que había vivido le había resultado traumático. Todo lo contrario.

Además, quería restregarle en la cara a Dylan que estaba allí a pesar de que él hubiera intentado echarla con cajas destempladas.

«Que se joda», pensó con perversa satisfacción, irguiéndose a la espera de que llegaran las primeras caricias de los sujetos activos del juego. Aceptaría a cualquiera que la rozara con tal de no darle a Dylan siquiera la oportunidad de llegar hasta ella, si es que lo intentaba.

Cosa que dudaba.

El organizador añadió un elemento extra a la siguiente tanda: también les atarían las manos a la espalda, complicando la averiguación de la identidad del provocador.

Maxine no opuso resistencia ni se quejó cuando la empleada apretó el nudo alrededor de sus muñecas.

La voz profunda del coordinador dio la indicación para que comenzaran a desfilar. Maxine contuvo el aliento, debatiéndose entre la aprensión y el entusiasmo. Nunca le habían gustado las emociones fuertes, pero ahora se daba cuenta de que no estaban nada mal en según qué circunstancias.

Supo que ya no estaba sola cuando un corpachón bloqueó el soplo de la brisa que le había estado revolviendo los rizos. Maxine intentó no reaccionar de forma desproporcionada cuando dos manos grandes la sujetaron por las nalgas y las masajearon despacio.

—Vengo a devolverte las caricias, Mimosita —le susurró Rob Roy en el oído.

Maxine no pudo evitar sonreír, aunque atribulada. Aún estaba en proceso de fiarse de aquel tipo. Era lo bastante traicionero para resultar excitante... y también para temerlo.

Se puso en tensión, preguntándose de qué manera la retribuiría.

—¿Tanto me quieres que has venido volando hasta mí en cuanto ha sonado el pistoletazo de salida? —le preguntó sin poder resistirse a provocarlo.

Escuchó su risita exhalada al tiempo que sintió las manazas alrededor de su cuello, presionando con delicadeza el centro de la garganta y obligándola a descolgar la cabeza hacia atrás para recibir sus besos en el escote. Los alternó con mordiscos que le pusieron el vello de punta.

—Digamos que, cuando quiero algo, siempre lo consigo —admitió en un tono inocente que no casaba con él.

—Pues no te pases ni un pelo, que no tienes el consentimiento de mi amo.

—Tu amo, tu amo, tu amo... —repitió con hastío fingido. La agarró por un pecho y lo masajeó hasta que la punta se endureció. Ella jadeó en voz alta sin darse cuenta—. Ojalá encontrara yo una sumisa tan devota como tú.

—Ojalá no fuera tan devota de mi amo, como dices —corrigió Maxine—. No dudes que iría a buscarte si Hurricane no existiera.

—No me hagas esas insinuaciones —le advirtió, metiendo los dedos en el interior del sujetador para estimular sus pezones—, o me las apañaré para echarlo de la partida y quedarme con la reina.

—¿Ahora soy la reina y no la... sumisa? —musitó con la voz entrecortada.

No sabía de dónde salía aquella actitud coqueta. Quizá de que la atracción sexual fuera lo bastante tolerable para no cohibirla, como sí le sucedía con Hurricane, quien la volvía callada y vulnerable.

—Oye, hay que ser un poco más rápido y no acaparar tanto a las muñequitas —oyó que decía un hombre desconocido con un marcado acento asiático—. Los demás también queremos parte del pastel.

—Ya te he escuchado y sé que no eres mi amo, así que más te vale pasar de largo —le advirtió Maxine en voz alta.

Escuchó un lamento y la profunda carcajada de Rob Roy.

—En realidad eres una fierecilla, ¿no? —bromeó el escocés.

—Lo que seguro que no soy es tu sumisa. Quiero ganar el juego, así que ve tirando, guapo.

—Cuidado con cómo le hablas a un dominante, cariño.

—A los que no son mi dominante les hablo como quiero.

Rob Roy se carcajeó.

—El día que caigas en mis garras... —insinuó, y se lo imaginó sacudiendo la cabeza con el labio inferior atrapado entre los dientes, mirándola de esa manera tan ardiente que la hacía dudar de todas las ideas que había tenido siempre sobre sí misma.

Tal vez, y después de todo, sí fuera una mujer deseable.

O a lo mejor al canalla le gustaban todas.

Maxine esperó con el alma en vilo a que se acercara el siguiente mientras escuchaba la entrada de una canción que solía poner cuando conducía para evadirse: *Get On Your Knees* de Nicki Minaj y su cantante favorita, Ariana Grande.

Respingó al sentir unas manos firmes sobre la cintura. Tragó saliva, intimidada por la posibilidad de que se tratara de un hombre dispuesto a llevarla al límite quitándole la ropa interior. Pero no era ningún amo extremo, porque recorrió su torso con reverencia hasta delinear el contorno de sus pechos con el borde de los pulgares. La insinuación de la tentadora caricia envió un latigazo directo a su entrepierna. Sintió que se acercaba para rozar su mejilla con los labios entreabiertos, la línea de su mentón y su barbilla.

Maxine suspendió la respiración para concentrarse en los mimos del desconocido. Con un dedo transitó la orilla de una de sus orejas. Sus dientes le propinaron un delicioso mordisco en el lóbulo.

Se estremeció, de pronto volcada en sus atenciones.

No era ningún desconocido, comprendió, sino Hurricane. Y era él por la sencilla razón de que repartió besos por todo su rostro sin tocar sus labios en ningún momento. Olía a aquella colonia masculina que la intoxicaba y que había provocado, incluso, que se escabullera al baño compartido para comprobar que era de Jean-Paul Gaultier.

En un principio había querido que Dylan se detuviera ante ella para demostrarle que era capaz de avivar sus fantasías, pero el deseo de vengarse de él y la cercanía de Hurricane, con todo lo que eso provocaba, la instaron a dar un paso adelante y agachar la barbilla para pegarle la frente al pecho para frotarse como un gatito mimoso.

Sonrió de lado, orgullosa de su instinto, al notar el frío de la chapa metalizada contra la mejilla.

Por supuesto que era Hurricane. Lo reconocería desde el otro extremo del océano.

—¿Qué he ganado? —preguntó sin aliento—. Sé que eres tú.

Hurricane alargó el silencio, avivando más la fantasía.

—¿Qué quieres? —transigió dócilmente.

«Un beso», pensó.

Pero eso no podía ser. Estaba prohibido.

¿El qué, entonces? ¿Qué era lo que deseaba de aquel hombre? Todo, decidió. Todo lo que era posible. Todo lo que él quisiera darle. Todo lo que ella pudiera tomar.

En lugar de responder con palabras, pasó a la acción. No podía utilizar las manos, pero no importaba, porque a nadie le cupo la menor duda de que acababa de elegirlo como amo. Restregó la nariz y los labios entreabiertos contra su zona pectoral, salpicada de un vello tan fino que le hacía cosquillas. Estaba preparada para ganarse el apodo que le habían elegido.

Sin darse cuenta, estiraba y doblaba los dedos a la espalda. Deseaban tocar al hombre cuya piel ardiente había empezado a recorrer con la boca. Por fin había encontrado una excusa para catarlo. Nunca había experimentado el morboso placer de reconocer los contornos de un hombre, sus gruesos tendones, sus músculos, cicatrices y relieves, usando los labios, los dientes, la lengua. El hecho de tener los ojos vendados la animaba a mostrarse más valiente.

Maxine se fue agachando despacio, agradeciendo por primera vez la sorprendente sujeción de los tacones en el momento de doblar las rodillas, hasta que notó en su arco de Cupido el caminito de vello bajo el ombligo de Hurricane. Se separó lo justo para hacer un gracioso mohín que ahuyentara las cosquillas antes de volver a presionar los labios contra el borde del pantalón e inspirar hondo allí abajo, donde se concentraba su olor corporal. Sintió el frío de la hebilla en el mentón, y tuvo que tantear con la boca y los dientes la abertura del cinturón antes de pensar en una manera de quitárselo.

No lo conseguiría sin manos, y eso él lo sabía. Quizá por eso la separó un segundo, acariciándole la barbilla, para trastear a la altura de la bragueta. Maxine escuchó el tintineo de los metales y el roce de la prenda deslizándose por sus muslos.

Maxine acercó la cara hacia delante, atraída por el calor que emanaba, y descubrió que no llevaba ropa interior al reconocer la piel suave del miembro contra su mejilla. Maxine ladeó la cabeza para familiarizarse con la textura y el grosor de su semierección, la primera que acariciaba desde la ruptura con Dylan...

Dylan.

Dylan estaría presente en ese momento.

La mera posibilidad de que su novio la viera la llenó de un perverso regocijo, y se preguntó, mientras besaba lo que supo que era la punta salada con los labios entreabiertos, si no sería ella tan exhibicionista como el resto de los invitados.

Sintió que Hurricane aflojaba el nudo de la venda. No así el que mantenía sus manos cautivas, por lo que siguió siendo impotente ante su amo cuando pudo alzar la barbilla e intercambiar una mirada con él, confirmando su sospecha.

Era Hurricane. Se había armado con ese rictus displicente que le servía para recordarle a sus sumisas que no se podían confiar, pero también con una mirada oscurecida que le puso el vello de punta e hizo aflorar su afán competitivo.

Podía excitar a ese hombre, estaba segura.

Sin dejar de mirarlo desde abajo y sobrecogida por su belleza, Maxine buscó la semierección con la boca abierta. No precisó su ayuda para introducírsela hasta la campanilla y succionarla despacio, enroscando la lengua en torno a su longitud, hasta que los tensos músculos de la garganta le suplicaron un respiro. Le dio la sensación de que algunos participantes murmuraban a su alrededor y la música seguía sonando, pero sus sentidos estaban puestos en Hurricane y en su rostro, que quería ver muerto de deseo por obra y gracia de sus atenciones.

Maxine lo fue endureciendo con insistentes succiones. Su sabor salado y el líquido preseminal

le inundaron la boca enseguida. Algo que no siempre le había gustado se convertía en un detalle tan morboso que le costaba respirar, y no por contener el miembro alojado en la garganta hasta que las arcadas la obligaran a apartarse. Estar conectada con la mirada fría y a la vez abrasadora de Hurricane la excitaba tanto que le sorprendió tener que revolverse y apretar los muslos para contener los espasmos vaginales. Empezaba a dolerle el bajo vientre, y aquello no había hecho más que empezar; Hurricane se lo hizo saber dando un paso adelante, empujándose así al fondo de su boca, y cogiéndole los rizos entre las manos para armarle una coleta desenfadada.

Su simple contacto, su mera participación, hicieron que Maxine se entusiasmara y lo chupara con más ímpetu, sin miedo a las lágrimas. Quizá fuera humillante tener que ladear la cabeza o agacharse más para volver a engancharse a su erección cuando hacía una pausa porque no podía sujetarla entre los dedos y se escurría fuera de su boca, pero Maxine no lo apreciaba, no se daba cuenta de nada más. Lo buscaba con las mismas ansias con las que lo lamía de arriba abajo, hambrienta de él. Solo en momentos contados, Hurricane se agarraba la polla por la base y se lo introducía en la boca, o le acariciaba tentadoramente la boca con el prepucio, amenazando con penetrarla.

Estaba acostumbrada a experimentar placer durante una felación, pero no esa desesperación exacerbada. Maxine lo exprimía sin apartar la mirada de él, queriendo hacer notar lo bien que se le daba, cómo se desenvolvía. Ella podía complacerlo, se decía. Lo estaba haciendo, como comprobó al ver que se le endurecía un músculo de la mandíbula y cerraba la mano en torno a sus rizos.

Maxine seguía moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás, haciendo brevísimas pausas para que los fluidos se derramaran por las comisuras de sus labios y así solo la asfixiara el tamaño del miembro. Se revolvió por el deseo tocarlo además de bebérselo, pero no podía. Seguía atada. Comprendía dónde residía la parte sadomasoquista del juego.

Hurricane le tiró del pelo hacia atrás lo suficiente para que dejara de lamerlo. Maxine lo vio mejor que nunca con la cabeza descolgada, a merced de lo que quisiera hacerle. Vio con el rabillo del ojo que se agarraba el miembro y presionaba sutilmente con los dedos para correrse sobre ella.

Maxine cerró los ojos, aliviada y satisfecha, mientras él se vaciaba salpicándole la cara. Tragó el líquido que aún tenía en la boca enfrentándolo con tímido orgullo. Hurricane se guardó la polla en el pantalón y se ajustó el cinturón sin dejar de mirarla de soslayo, disimulando su respiración entrecortada.

Cuando estuvo listo y Maxine empezaba a recuperar el aliento, Hurricane se inclinó en su dirección y la tomó de la barbilla con los dedos índice y corazón. Con el pulgar, limpió un pequeño rastro de su propio semen que había quedado en su arco de Cupido. Lo siguió deslizando por las comisuras salpicadas, la barbilla manchada, y cuando hubo terminado de limpiarla, lo introdujo en la boca de Maxine.

Sabiendo lo que quería, ella lo succionó con ganas, aguantándole la mirada. Hurricane sacó el dedo, brillante de saliva.

—Buena chica —le dijo él en un susurro, tan cerca de su boca que Maxine se excitó ante la mera posibilidad de que la besara.

No lo haría, recordó con tristeza, pero por una vez no importó. A Hurricane le había gustado su iniciativa, y que eso la hiciera retorcerse de orgullo fue una revelación.

Tal vez nunca pudiera ser una dominatriz, mas sí poseía el alma de una sumisa.

Por lo menos con su amo, porque estaba completamente a sus pies.

Capítulo 25

Nada más darse un paseo curioso por delante de la mesa de comedor, Maxine lamentó haberse perdido el desayuno el día anterior. Había manjares y frutas tropicales que no había visto nunca, ni siquiera en fotos o en el menú de las cafeterías más exclusivas de Los Ángeles.

Carey caminaba a su lado armada con un plato llano.

—Eso es fruta del dragón o *keo mangkon* —le señalaba, encantada de ser su guía—. La guayaba ya la conocerás, igual que la papaya, el mango o el pomelo. Eso es manzana de agua o *champoo*; rambután, longan, lychee... Todo sabe a gloria, te lo aseguro. Yo no soy de comer mucha fruta porque contiene cantidades de azúcar que no me puedo permitir, pero tú sírvete y disfruta.

Maxine lanzó una mirada dubitativa a su propia bandeja —*porridge*, fruta, algunos cereales para probar, bollería artesanal, leche y tostadas con aguacate o mermelada— y luego se fijó en el escaso contenido del plato de Carey, en el que apenas había dispuesto un par de piezas de la fuente de macedonia que destacaba en el bufé y un café negro.

—¿Eso es todo lo que vas a comer? —le preguntó, vacilante. Si algo le había enseñado relacionarse con las mujeres de Los Ángeles que antes de casarse habían sido modelos o actrices era que debía abordar el tema de la alimentación con sensibilidad—. ¿No vas a añadir algo de hidratos y proteína? Lo necesitarás para recomponerte de la sesión de anoche, que, conociéndote, seguro que alargaste hasta las tantas de la mañana.

Carey le lanzó una miradita maliciosa.

—Tú llevas hidratos y proteína en tu bandeja. ¿Me estás queriendo decir algo con eso? ¿Continuaste la fiesta en tu nidito de amor después de darnos un espectáculo?

Por acto reflejo, Maxine echó una ojeada a su alrededor para confirmar una vez más que algunos de los huéspedes del resort la estaban vigilando de lejos. Nada más entrar en el comedor, un par de participantes la habían saludado con especial interés por razones por las que a Maxine no le habría gustado llamar la atención.

Se mordió el labio, pensando que se lo tenía merecido por exhibicionista.

—No pasó nada. Caí redonda en cuanto me senté en la cama. Y ya sabes que con Hurricane no se puede hacer gran cosa —prosiguió, procurando proyectar su voz con indiferencia—. No quiere sexo, y no es de los que se ponen románticos o cariñosos después de que tú les hagas un... favor.

—Pues menudo alivio que no sea un babas, ¿no? —bufó Carey, usando el cucharón de la macedonia para verter el zumo sobre las piezas de kiwi—. No hay nada peor que divertirte con un tío, decirle «hasta aquí hemos llegado» y que siga siendo un plasta. Es el típico comportamiento incel que no soporto. ¿Vamos a sentarnos?

Las mesas del comedor se repartían bajo un toldo de madera en el que el sol incidía de lado. Maxine se detuvo un instante en el borde de la terraza y cerró los ojos para deleitarse con la caricia de los rayos. Luego los abrió y, sin quererlo, localizó de lejos a Dylan de pie con el plato vacío, señal de que pronto iría en busca de su segundo desayuno.

El corazón le dio un vuelco al intercambiar miradas con él.

Se le veía tan turbado como la noche anterior.

Maxine recordaba haberse levantado después de cumplir con su amo y haber visto a su novio pálido y tenso como la cuerda de una guitarra. No se habían vuelto a dirigir la palabra desde el

encontronazo, y no sería ella quien reiniciara el contacto. Aún estaba ardida porque hubiera intentado sabotearla.

Le retiró la mirada muy a su pesar y siguió a Carey en su paseo coqueto hacia una mesa de dos. Se levantaba ya preparada para alterar al personal, y se vestía acorde con el propósito. Lucía un trikini verde con dibujos azules y un pareo semitransparente anudado a la cintura. Combinaba un par de brazaletes plateados con unas sandalias con plataforma.

—Deja de mirarlo, mujer —suspiró Carey en tono cansino, arrojándose en la silla.

—No, si no quería llamar su atención —se justificó enseguida. Se puso delante el bol con avena y frutas del bosque y hundió la cucharilla con desgana—. Solo he pensado... «Vaya, seguro que va a por más café, porque lo bebe de forma compulsiva le regañes cuanto le regañes, y apuesto a que esta vez vuelve con un muffin de chocolate o algo así, porque empieza a darle antojo de dulce en torno a estas horas de la mañana, cuando ya lleva un buen rato despierto». —Maxine sacudió la cabeza y rodeó el cuenco con las manos a fin de ocuparlas en algo. Miró a Carey con una sonrisa débil—. ¿No te da una pena terrible?

—¿El qué? ¿Quitarte de en medio a un fetichista que no respeta tu relación?

—Saberlo todo de alguien —corrigió—. Cómo le gusta el café, qué sección del periódico lee primero, el orden en que empieza a vestirse... Memorizar los pasos que da por la mañana y amoldarte a ellos para empezar el día en armonía, y verte obligada de buenas a primeras a olvidar sus manías porque ya no sirven para nada. Pasar de despertarte con ilusión porque lo primero que vas a hacer es darle un beso en los labios, a abrir los ojos sabiendo que ni siquiera os saludaríais por la calle.

Carey la había estado escuchando con atención, como siempre hacía, pero con el gesto exasperado de quien tenía prisa por cortar el rollo.

—Nena, es un tema un tanto deprimente para debatir antes del cóctel, ¿no te parece? —Le dio un sorbo al café—. Si quieres hablar de ello, haré un esfuerzo, pero a estas horas no estoy muy inspirada para dar consejos.

—Solo estaba pensando en voz alta. Me acuesto pensando en él y me levanto con el asunto en la cabeza, no lo puedo evitar. Pero estoy aprendiendo a desentenderme durante el resto del día —le aseguró con renovado entusiasmo, y no mentía—. Se supone que ahora hay programada una excursión a Sail Rock. Tengo muchas ganas.

—Es el mejor punto de inmersión del golfo. Te va a encantar. ¿Has visto fotos? Se bucea alrededor y debajo de un monolito; de lejos parece un barco encallado. Yo voy todos los años, pero hoy me apetece un plan relajado. Así estoy fresca para el juego de esta noche. —Se acercó la taza a la boca para agregar en voz baja—: Un pajarito me ha chivado en qué consiste.

—¿En serio? ¿Quién? —inquirió, muerta de curiosidad—. ¿No se supone que es una sorpresa para todos?

—Se supone.

—¿Y? ¿No me lo vas a decir?

—Hombre, pues claro. Así, si vas a Sail Rock con Hurricane, practicáis antes de esta noche y vuelves a impresionarnos..., pero con algo diferente a tu garganta profunda —se rio.

Maxine enrojeció al recordar de lo que había sido capaz. Por la noche, los pecados no solo parecían más perdonables, sino de obligado cometimiento. Con los ojos y las manos vendadas, de rodillas ante un hombre que la volvía loca, había perdido los escrúpulos que le quedaban. Y no se arrepentía.

Le encantaba mantener conversaciones adolescentes con Carey. Sentía que volvía a los dieciséis años, cuando las charlas más interesantes entre amigas versaban sobre el sexo y los

chicos que las traían de cabeza. Recordaba haberse divertido de lo lindo con su mejor amiga del instituto narrando con pelos y señales dónde había puesto la boca cuando se escabulló detrás de las gradas con Marvin Phillips. Estaba volviendo a lo primario e instintivo gracias a Fuego y Sangre, pero con la falta de prejuicios y vergüenza que antaño solían frenarla.

—El juego consistirá —prosiguió Carey, acodada sobre la mesa e inclinada hacia Maxine como si le contara un secreto— en ver quién se corre más tarde. No va tanto de aguante como del control del amo sobre el cuerpo de su sumisa. Este habrá de dirigir las sensaciones de su compañera y conseguir que alcance el clímax cuando se lo ordene.

—Pero eso es imposible, ¿no?

—No te creas. Es una práctica tántrica muy interesante, y también algo sádica, porque para posponer el orgasmo, el que lo está provocando tiene que alternar placer y dolor. Es una tortura de lo más excitante.

—Y eso lo sabes por experiencia, claro —dedujo Maxine, mirando a su amiga con recelosa fascinación—. ¿Qué parte disfrutas más? ¿La del placer, o la del dolor? Anoche me dio la impresión de que había quienes se lo pasaban mejor recibiendo los azotes que las caricias.

Carey se encogió de hombros y dio un sorbo al café.

—Depende del ánimo que lleve.

—Pero si eres dominatriz, tendrás que preferir infligir dolor antes que placer, ¿no?

—Dominar no consiste simplemente en golpear y golpear. Hay que conocer muy bien el cuerpo del sumiso, tan bien como para ver cuándo se acerca al orgasmo y redirigirlo a la sensación que tú quieras provocar, posponerlo o adelantarlo, y para saber cómo convertir ese dolor que provocas en un placer indescriptible. Todo el mundo sabe hacer daño. El don de transformarlo en algo bello, en cambio, solo lo tienen unos pocos.

Su perla de sabiduría picó la curiosidad de Maxine.

—¿Cómo es que te metiste en esto del sadomasoquismo, Carey?

La joven agachó la mirada al borde de su tazón, que delineó con el dedo antes de curvar los labios en una sonrisa tenebrosa.

—Digamos que siempre he tenido algo de masoquista, y las mujeres con esta tendencia atraen a la clase de hombre del que se puede aprender bastante del oficio.

Maxine fue a preguntarle a qué se refería, pero justo entonces, Hurricane salió del bufé con una taza humeante en una mano y un libro de bolsillo en la otra.

No lo había visto desde la noche anterior. El amo se desmarcó del juego antes de que a Maxine se le pudiera ocurrir terminar lo que habían empezado, y para cuando llegó al bungaló, él ya había cerrado la puerta de su dormitorio.

Hurricane no pareció darse cuenta de que Maxine seguía su paseo hasta una de las tumbonas dispuestas alrededor de la piscina. Llevaba un bañador negro con rayas blancas a los lados y una camisa de lino desvaída. Lo vio tomar asiento con las piernas extendidas, cruzar los tobillos y abrir el libro por la mitad.

Aunque ni siquiera había reparado en ella, Maxine sintió que su retraimiento no era muy diferente del que demostró después de seguirla al baño del avión. Pensó, dudando sobre si se daba o no más importancia de la que tenía en la vida del amo, que un ánimo saturnino se apoderaba de él, a la misma vez que la necesidad de poner distancia entre el mundo y sus pensamientos, justo después de una experiencia sexual.

¿Le pasaría cada vez que disfrutaba con una mujer, o solo con ella?

Carey le mencionó que Hurricane parecía disociarse durante el sexo porque ese era el rol que había elegido desempeñar como amo, el de hombre inaccesible y permanentemente insatisfecho,

pero Maxine empezaba a sospechar que no era un papel impostado, sino parte de su carácter. Ella era la primera que, después de compartir un orgasmo con un hombre que aún sentía como un perfecto desconocido, necesitaba un rato para reposar lo ocurrido. Pero se suponía que Hurricane estaba acostumbrado a esa clase de prácticas.

¿Por qué, entonces, parecía que le hiciera falta tomarse un respiro?

Como si él se hubiera percatado de su escrutinio, giró la cabeza hacia ella con la expresión velada. Lo vio levantarse y dejarse caer hacia su mesa con toda naturalidad.

—Esta tarde estaré en la playa de Haad Nam Tok —la informó con voz lánguida. Maxine pestañeó sin entender qué pretendía decirle, a lo que él especificó—: Me quedaré un par de horas.

Relacionó el comentario con la conversación que habían mantenido la tarde anterior: Maxine le había pedido que echara un rato con ella cada día para que los chismosos participantes no corrieran el rumor de que no se soportaban fuera del rol.

Él, a su manera, había decidido complacerla.

Se humedeció los labios, en parte sorprendida, y aceptó la invitación con un tímido asentimiento. Enseguida, y como si su subconsciente supiera algo que a ella se le escapaba, ladeó la cabeza hacia un punto alejado de la mesa; ese punto desde el que Dylan la vigilaba con los labios apretados.

«Has intentado echarme de aquí», le transmitió Maxine con solo sostenerle la mirada. «Buena suerte si crees que me voy a quedar sentada en mi cama siendo una buena chica».

Esa buena chica se había quedado en Los Ángeles.

Desde la noche anterior, Maxine era una mujer con todas las de la ley.

Maxine pudo disfrutar de un rato a solas consigo misma y en contacto con la naturaleza en Sail Rock Divers, el mejor centro de inmersión de Koh Phangan. Le agradó iniciarse en el buceo de profundidad sin tener que preocuparse de que Dylan o Hurricane estuvieran cerca. Le supuso todo un respiro dejar la mente en blanco mientras duró la experiencia, que superó todas sus expectativas.

Pudo alejarse por un rato del resto de los participantes de Fuego y Sangre y tratar con turistas de distintas partes del mundo. Después de entregar el equipo de buceo, estos la animaron a acompañarlos a un bareto decorado al estilo caribeño. Allí, entre presentaciones informales, cócteles de colores y anécdotas divertidas, Maxine sintió que renacía. Las horas se le pasaron volando, y para cuando quiso darse cuenta, el reloj marcaba las cuatro de la tarde. Tenía que conseguir un transporte veloz para bajar desde el norte de la isla hasta la playa de Haad Nam Tok, donde se suponía que Hurricane la estaría esperando.

Y así era. Se bajó del taxi, insegura sobre los pies por culpa del alcohol, y oteó alrededor con una gran sonrisa satisfecha en los labios. Localizó a un único hombre tendido junto a la orilla. Los colores del atardecer teñían de ámbar las aguas cristalinas y arrancaban los destellos del diamante a la espuma de las olas. La arena era fina y blanca salvo en la zona este, más rocosa, donde empezaba la irregularidad de un pequeño arrecife. Era una playa muy pequeña y poco frecuentada, y se encontraba a la entrada de un bosque selvático que crecía montaña arriba.

Lo encontró tumbado con el torso al descubierto, las gafas de sol puestas y concentrado en su lectura. No había pasado muchas páginas desde la mañana. Debía de haber ocupado la mayor parte del día en otras actividades.

—¡Hola! —saludó, posicionándose justo delante de él. No se dio cuenta de que le tapaba el sol a pesar de proyectar sobre su cuerpo una sombra alargada.

Hurricane utilizó el pulgar como marcapáginas e hizo ademán de cerrar el libro.

—¿Te ha gustado Sail Rock? —le preguntó con su cortesía habitual.

Maxine dejó caer la toalla y el bolso de la playa a su lado para hacer aspavientos, encantada con la oportunidad para explayarse.

—¡Ha sido precioso! —exclamó, entusiasmada—. ¿Tú has estado? Si no has estado, te lo recomiendo muchísimo, porque yo raras veces he visto algo tan espectacular. Nos hemos ido con el instructor a un chiringuito cercano de la playa y hemos estado probando algunos cócteles típicos de la zona. Eso ha sido después de bucear, claro, porque imagínate hacer la inmersión a doce metros bajo agua con todo el equipo borracho como una cuba, habría sido una irresponsabilidad, y lo peor es que no habría podido apreciar toda la fauna marina... ¡Cuántos peces de colores! ¡Ni te lo imaginas! No podíamos hablar bajo el agua, como es natural, así que tuve que reservar todas las preguntas sobre las especies para más tarde: que si peces ángel, que si peces payaso, como los de *Buscando a Nemo*... ¡He visto hasta tortugas y caballitos de mar! Es increíble apreciar por una vez a los animales marinos en su hábitat natural y no topártelos muertos y envueltos en plásticos en la orilla de la playa, como me ha pasado tantas veces en los últimos años por culpa de esas fotografías tan violentas que rulan por internet y que la dejan a una amargada el resto del día. —Hizo una mueca—. Me habría gustado ver mantas, eso sí. *Mantas raya*, o *manta rayas*, o *mantas-rayas*, no sé cómo se dice. En fin, unos peces enormes, si es que entran en esa categoría, que parecen planear bajo el agua, pero en octubre no hay. De lo que sí es temporada es de tiburones, ¿te lo puedes creer? No sé qué habría hecho si hubiera visto uno nadando a mi alrededor, porque con la mala suerte que tengo en la vida, todavía me cogía y me devoraba a dentelladas... O no, porque según el instructor y lo que vi en un documental de estos que te pones a las tres de la madrugada cuando no puedes dormir, los tiburones no sienten el deseo desesperado de matar a quien pillen por banda. Obviamente, si tienen hambre, pues se comerán algún pececillo despistado, pero vamos, no es que la gente sea, en su opinión, un manjar al que no se puede renunciar.

»¡Tampoco había medusas, por cierto! Solo hay en agosto y en noviembre, así que me he salvado por los pelos, ¡y menos mal, porque si me picaba una, me tenían que llevar al hospital! Soy alérgica a las picaduras. De niña pisé una que estaba tirada en la orilla, y aparte de rematarla, porque la pobre estaba agonizando, me llevé un susto y pillé una infección que casi me tienen que amputar el pie. Fue culpa de los niñatos estúpidos que van con redes a la playa para sacar a los peces y torturarlos por diversión. Los críos, a veces, son unos sádicos. Vamos, espero no tener un hijo con ese deseo de causar daño a las pobres criaturitas. Las medusas no serán santas de mi devoción, ni tampoco los animales más bellos de la naturaleza, pero el perro que me mordió en el parque cuando tenía siete años tampoco era ni una cosa ni la otra y no por eso voy deseándole la muerte a toda la raza o incluso tomándome la justicia por mi mano...

Hurricane dejó correr unos segundos de silencio antes de contestar para asegurarse de que Maxine había terminado. Y tanto que había terminado, porque necesitó detenerse para coger aire.

Por unos instantes, solo sonó la música que él tenía puesta en el móvil, en la que no había reparado hasta el momento.

—Sí, he estado en Sail Rock —acotó en tono aterciopelado, ese que utilizaba para zanjar una conversación que ella hubiera iniciado con un monólogo extenso—. Es incomparable.

Ella dejó de bregar con el dichoso bolso de playa, en el que habían desaparecido sus gafas de

sol y la crema de factor cincuenta, y lo miró bufando.

—Dios, ¡siempre haces eso! —exclamó antes de volcar el contenido del bolso sobre la toalla.

Hurricane pareció divertido.

—¿El qué? —replicó con fingida inocencia.

—¡Pues eso! —Gesticuló, frenética—. ¡Me dejas irme por las ramas hasta que me quedo sin respiración, o, peor, me pongo en evidencia, cuando podrías haberme cortado desde el principio para aclarar que me has entendido o que no te estoy respondiendo a la pregunta! ¡Incluso que la he malinterpretado, como pasó cuando nos conocimos! Podrías haber dicho enseguida que sí has estado en Sail Rock, y así yo me habría ahorrado la respuesta larga.

—¿Por qué te voy a interrumpir? Tal vez quiera la respuesta larga —se justificó con un simple encogimiento de hombros.

A ella le extrañó tanto su respuesta que solo pestañeó.

—¿Por qué querrías participar en mis reflexiones peregrinas?

—Me gusta escucharte hablar.

Maxine abrió la boca para seguir quejándose, pero el halago implícito la desarmó.

El color regresó a sus mejillas con más fuerza.

—No digo más que tonterías —refunfuñó por lo bajini.

—Dices lo que nadie se atrevería a decir. Además, tienes una habilidad encomiable para relacionar unos temas con otros y abrir un millón de puertas a la conversación en apenas... —Consultó su modesto reloj de pulsera— diría que tres, cuatro minutos.

—Pues si tan encomiable te parece, podrías responder algo más aparte de «me ha gustado mucho» —le reprochó, imitando su voz y haciendo las comillas con los dedos. Él apretó los labios para contener una carcajada mientras ella se tendía boca arriba sobre la toalla con movimientos airados, evitando mirarlo—. He propuesto temas suficientes para que siguieras alguno. A lo mejor te pasa como a toda la gente que conozco, que se te olvida lo que he dicho en cuanto he terminado y por eso no sabes cómo contestarme.

Él suspiró, más para ganar tiempo y reorganizar sus pensamientos que porque estuviera cansado de sus recriminaciones. Hasta el momento, no parecía hastiado de su verborrea.

—Se dice «mantarraya», ambas palabras en singular, y se escribe en una sola, sin guion. Por otro lado, claro que hay que temer a ciertas razas de tiburón, como el blanco, el tigre y el toro, porque sí que cazan humanos si se les presenta la oportunidad, y... —Se frotó una sien, fingiendo que necesitaba hacer memoria. De pronto, chasqueó los dedos—. ¡Ah, ya! —Le lanzó una mirada fugaz impregnada de compasión—. Siento mucho que te atacara una medusa. Como me la encuentre, le pego una paliza.

Ella se rio con asombro por su respuesta.

—Todavía conservo la cicatriz, ¿sabes? —añadió envalentonada. Hizo un quiebro para acercarle el pie y se señaló un punto entre el pulgar y el índice.

Hurricane no cambió de postura. Tan solo acercó la mano en la que no estaba recostado y le separó los dedos para acariciar con la yema la escueta marca de la picadura. Ella se estremeció y fue a retirarse, pero antes se fijó en su expresión pensativa. Sus miradas coincidieron un segundo, ese segundo que bastaba para que el calor se le concentrara en la nuca y tuviera que decir adiós a su escaso autocontrol.

—Bueno. —Carraspeó—. Creo que voy al agua.

Se dio la vuelta enseguida para no darle oportunidad de contestar. Le pilló un indicio de sonrisa socarrona antes de enfilar a la orilla con un nudo en el estómago.

¿Y qué si era la primera vez que alguien le decía que le gustaba escucharla hablar?

El objetivo de sumergirse en el agua era, aparte de refrescarse después de un largo y sofocante viaje en taxi, ahuyentar el sopor que le habían dejado los cuatro cócteles. Pero cuando volvió a la toalla, empapada y con el pelo retirado del rostro, estaba incluso más amodorrada. El sol había estado acariciándola mientras flotaba en la superficie.

No supo si Hurricane la estaba mirando por culpa del cristal oscuro de las gafas, pero un sexto sentido especialmente afinado cuando estaba en su compañía le dijo que así era, y que le estaba gustando lo que veía: un sencillo bikini azul marino de triángulo. Esa sospecha sirvió para hacerla consciente de su cuerpo al tomar asiento a su lado. Hurricane estaba leyendo tendido sobre el costado.

Se fijó en el título de la novela.

—*Alguien voló sobre el nido del cuco* —leyó en voz alta—. ¿Te está gustando? ¿De qué va? Creo que vi la película de pequeña, pero no me acuerdo.

Hurricane la miró por encima de las gafas de sol, que se le escurrieron por el puente de la nariz. La luz del atardecer le otorgó una calidez melancólica a sus ojos transparentes. En Koh Phangan anochecía a las seis y media.

—Pues no es un argumento apropiado para niñas pequeñas.

—Ken Kelsey —murmuró para sí, fijándose en la pequeña biografía del autor de la parte inferior de la contraportada—. Es un nombre que te pega. Ken —repitió, despacio.

—¿En serio? —Cerró la novela con lentitud. Su rato de paz había acabado—. ¿Por el novio de Barbie?

—No, en verdad no. No te imagino llamándote Ken a secas, sino Kenneth —se corrigió—. Creo que tiene personalidad, pero no carece de la fuerza de los nombres con tilde, que yo asociaría a un hombre difícil de tratar. Que no es tu caso, claro. Tampoco es exótico, sino cien por ciento americano, como sospecho que lo eres tú a pesar de tu interés por lo asiático. Sí, podría llamarte así en lugar de Hurricane: Kenneth. O... ¿crees que Cody va con tu carácter?

Él encogió el hombro, como si el tema propuesto para la conversación y la forma en que habían llegado a este le resultara de lo más natural.

—Kenneth, quizá. ¿Cody?, no. Mi madre estuvo a punto de ponerme Jonathan, si te sirve de algo para el que sea el juego que estás jugando.

—No es ningún juego, solo intento bautizarte. Tú me llamas Maxine, ¿verdad? Pues no me parece justo que yo me siga teniendo que dirigir a ti como Hurricane. Y tu madre estaba muy equivocada, que lo sepas —apostilló en tono sabiondo—. Jonathan es un nombre bonito, pero no se ajusta a ti. Demasiado básico. ¿Qué tal Maverick? Es sexy.

—¿Soy sexy? —contraatacó con visible regocijo.

—Bueno, a ver... —Tragó saliva—. Feo no eres.

Hurricane parecía entretenido.

—¿Me estás preguntando cómo me llamo, Maxine?

—No te lo pregunto, porque no me dejas indagar en cuestiones personales —replicó con retintín—. Intento adivinarlo, que es diferente.

Él negó con la cabeza dulcemente, y apoyó la mejilla en la palma de la mano.

—No creo tener un nombre sexy —respondió con paciencia.

—¿James? ¿Joe? Te pega un nombre clásico, porque no creo que tus padres te pusieran uno exótico para que te pegaran en el recreo, ni se inventaran una combinación para que destacaras. No tendrías un carácter templado de ser así. Te habrías derrumbado bajo el peso de la responsabilidad de defender un nombre especial, de la obligación de convertirte en una estrella de cine o de rock para compensarlo, y habrías acabado frustrado. Aunque quizá sí te pusieran el

nombre de un actor famoso o de un cantante. No me extrañaría que te presentaras diciendo que a tu padre le encantaba Mick Jagger, y por eso eres Michael, o que de joven tu madre estaba obsesionada con Robert Redford y de ahí que tus amigos te llamen Bob. —Torció la boca y lo miró con espanto—. Por favor, dime que tus amigos no te llaman Bob.

—Mis amigos no me llaman Bob —la tranquilizó con una sonrisa divertida—. Interesante y acertada deducción: es verdad que no tengo un nombre exótico.

—Descartamos Makai y cosas así, entonces. ¿Ethan? Me gusta Ethan para ti.

Él exhaló la carcajada vergonzosa de un niño tímido y la miró a través de las pestañas.

—¿Por qué es tan importante que sepas cómo me llamo?

—Pues verás, resulta que tengo la tonta costumbre de querer conocer a la gente con la que me acuesto —reconoció con sarcasmo.

—No te vi tan preocupada por averiguar el apellido de Rob Roy después de que te besara —comentó sin ápice de reproche, pero no era la clase de afirmación que un hombre pudiera hacer sin que se le viera el plumero. Maxine pestañeó una sola vez, sorprendida—. ¿Asumiste que se llamaba así para quedarte tranquila? ¿Rob Roy? ¿Robert Roy? O quizá Robert Royce. ¿Qué te sugiere su nombre? —meditó, mesándose la barbilla—. A mí que vende coches de lujo.

—Me da igual, porque con Rob Roy no comparto ni dormitorio ni aventura. ¡Y tampoco lo pretendo! Además de que en un futuro cercano no voy a tener contacto con él. Yellow Bird se ha enterado de qué tipo de juego se celebrará esta noche e implica solo a las parejas ya formadas.

—¿Ah, sí? —Se incorporó, intrigado—. ¿De qué se trata?

—Pues me ha comentado que... —Le costó continuar cuando Hurricane dejó el libro a su espalda y le puso toda su atención. La canción que sonaba desde el móvil fluyó mejor en el breve silencio: *Summerlove* de David Tavaré—. Consiste en demostrar que se tiene tal control sobre el cuerpo del otro que puedes decidir cuándo llega al orgasmo.

—Es bastante habitual —decretó quedamente. La sondeó con la mirada, tratando de averiguar cómo le sentaba el descubrimiento a ella.

—Eso ha dicho ella, pero a mí me cuesta imaginarme plegándome a las órdenes de un hombre hasta ese punto. Vale que yo esté obsesionada con complacer a los demás, pero me parece que eso de correrme cuando alguien me lo diga escapa a mi control.

—Me alegra que seas consciente de ello.

—¿De qué? ¿De que es un juego imposible de ganar?

—De que eres por naturaleza una persona que intenta tener a todo el mundo contento, aunque sea a costa de sacrificar sus propios deseos. —Antes de que Maxine pudiera preguntar a qué diablos venía eso, él se sentó con la vista fija en ella—. ¿Quieres que hagamos una prueba?

Capítulo 26

Aquí? —Barrió el perímetro de un vistazo nervioso—. ¿En medio de la playa?

—Solo estamos tú y yo.

—¿Y si viene alguien?

—Anoche había más de un curioso en la sesión y eso no te detuvo. Además... —La miró de arriba abajo con premeditación—, no me gusta estar en deuda con nadie.

—¿Qué?

—Tengo que compensarte por lo de ayer.

Maxine sintió que se le encogía el estómago de tan solo recordar el numerito. Él no había dado muestras de tenerlo presente, ni siquiera al mencionarlo. Permanecía refugiado detrás de su expresión cordial, a menudo demasiado fría para el tema sexual que estuvieran debatiendo. De hecho, le estaba proponiendo Dios sabía qué con tal desahogo que Maxine vaciló, preguntándose cómo se las apañaría para pasar de una conversación inocente a un encuentro carnal en apenas segundos. Quizá Hurricane fuera consciente de que Maxine cambiaba de actitud en cuanto él se insinuaba; de que no hacía falta que llevara horas estimulándola para que reaccionara dispuesta a recibir sus caricias.

—Ven aquí —dijo ante su silencio.

Maxine lo complació sin pensarlo.

Gracias a esos sueños fantasiosos que se negaban a arrebatarle el papel protagonista a Hurricane, había pasado la noche anterior en sus brazos. Como resultado, se había despertado con su imagen en la cabeza y el cuerpo sensible a su mero contacto. Se arrastró hasta su regazo con disimulo, como si no quisiera que nadie se enterase de que era inquietantemente obediente cuando se trataba de él. Hurricane acababa de sentarse en posición de loto, dejando un hueco perfecto entre las piernas flexionadas para que Maxine pudiera encajarse como la última pieza del puzle. Lo hizo en silencio y mirándolo a los ojos con actitud cautelosa, preguntándole con su lenguaje no verbal si podía tomarse aquella confianza.

Con gesto pensativo, Hurricane le retiró un rizo húmedo de la cara y recorrió su cintura de abajo arriba con las manos, secando en el proceso las gotas de agua que aún corrían por su cuerpo. Maxine tenía el bikini todavía mojado y la piel aterida, pero dejó de ser consciente de la temperatura exterior en cuanto se dejó cautivar por la expresión de Hurricane. Cuando la trataba con gentileza, daba la impresión de tener entre los brazos un objeto precioso.

—¿Te fías de mí? —le preguntó en voz muy baja—. Porque eso es lo más importante para este juego. Si uno quiere posponer el orgasmo, ha de alternar placer con dolor, y debes tener claro desde el principio que el dolor no será para siempre y que no te lo procuraría si no fuera para que gozaras todavía más.

Maxine estaba encandilada con el modo en que la tenue iluminación crepuscular suavizaba sus rasgos afilados, su mirada felina, y con las caricias lentas que le prodigaba a su cuerpo excitado. Se humedeció los labios y le pasó los brazos por los musculosos hombros, calientes por la exposición al sol, antes de asentir con la cabeza.

El estómago se le encogía con agonía cuando lo miraba, como si estuviera presenciando un espectáculo arrebatador. Tuvo que apretar los puños para no guiar los dedos a su rostro y recorrerlo para confirmar que era real.

Hurricane no actuó enseguida a pesar de que ella acababa de darle su beneplácito. Se quedó donde estaba repartiendo caricias por el cuerpo de Maxine, como si lo necesitara para apaciguar

los nervios, los males de conciencia; lo que quiera que le atormentara cuando no se ocupaba del deseo femenino, al que no parecía tan adicto como vulnerable.

El corazón le dio un vuelco al verlo acercarse para rozar la punta de su nariz con los labios entreabiertos. Siguió por las mejillas mojadas, las cejas despeinadas, la línea del mentón.

Maxine soltó un suspiro trémulo.

—Eres una preciosidad —oyó que decía él con un hilo de voz. Si no lo hubiera susurrado con la boca casi pegada a ese punto que unía la mandíbula con la oreja, Maxine se lo habría perdido, y no lo habría soportado. En su oído, ordenó—: Ponte a cuatro patas.

Ella vaciló. Era una postura comprometedora que no se imaginaba disfrutando.

—Nunca he tenido sexo así —confesó en cuanto hubo obedecido—. Ni... ni en la playa.

—Para todo hay una primera vez —escuchó a su espalda.

Oírlo tan cerca de ella y al mismo tiempo demasiado lejos para tocarlo le produjo un estremecimiento placentero. Fue a preguntarle si quería que se quitara la parte de abajo del bikini, lo que le podría facilitar lo que fuera que se hubiese propuesto, pero él se adelantó tirando del extremo del lazo que mantenía la braga en su sitio.

Al ser ajustable, la prenda se descompuso con solo deshacer el nudo.

Enseguida sintió la caricia del aire en su zona íntima.

—Espero que no venga nadie —musitó antes de morderse el labio, concentrada en el borde de la toalla. Era lo único que había en su campo de visión si agachaba la barbilla.

La preocupación de si tendría o no público quedó en segundo plano cuando notó que Hurricane le cubría las nalgas con las manos y trazaba su curva redondeada hasta rozar con las yemas la sensible hendidura.

Maxine jadeó en voz baja y dobló los dedos para hundirlos en la arena. Se tensó de arriba abajo al sentir que presionaba la abertura del ano con el pulgar.

—¿Alguna vez te han tocado aquí? —le preguntó él con ese tono quedo que delataba que necesitaba contenerse para no airear sus emociones.

—N-no...

—¿Porque no le has dado permiso a nadie, o porque no se les ocurrió?

—Más bien por lo p-primero, pero tampoco me lo han pedido m-mucho.

Él se acercó a sus caderas hasta pegar la parte delantera del bañador a su entrepierna. Se inclinó sobre su espalda para preguntarle en tono persuasivo:

—Pero a mí sí me vas a dar permiso, ¿verdad?

—Nunca he estado del todo segura de que una... práctica anal pudiera gustarme. Se supone que solo existe el orgasmo vaginal, así que no tiene mucho sentido.

—El sexo no se disfruta exclusivamente cuando termina en un clímax. Todo lo que hay en medio produce sensaciones igual de placenteras. Pero te equivocas, porque existe también el orgasmo anal y hay muchas mujeres que lo prefieren. A lo mejor eres una de ellas —sugirió con suavidad, y sonó terriblemente irresistible al preguntar—: ¿No quieres descubrirlo?

Lo que tuvo claro fue que, si lo hacía, sería de su mano. O gracias a sus manos, que con solo recorrerle las caderas, la baja espalda y los muslos ya le daban ganas de echarse a llorar de alivio. A veces la asombraba tanto su poder para enloquecerla que se quedaba paralizada, temblando por obra de una deliciosa impotencia.

Hurricane empezó a tocarla entre los pliegues del sexo. Con la mano libre seguía estudiando la forma de sus nalgas sobreexpuestas por la postura, emulando unas caricias insinuantes que avivaron las fantasías recurrentes de Maxine. Cerró los ojos y pensó en cuánto daría por ver su rostro en ese momento y averiguar sus pensamientos cuando la tenía así, a su disposición.

Tenía que desearla si se empleaba tan a fondo con ella, pero era verdad que las primeras veces, cuando se encontraron en el dormitorio de Vesper's y cuando se ofreció a ser su amo en el despacho de Califa, no vio la pasión desesperada que sí arrampló con él y con su autocontrol cuando la acorraló en el baño o cuando se frotaron como dos incautos adolescentes detrás del biombo. A veces parecía desconectado del momento, y otras, en cambio, tan seducido por Maxine que ella no podía sino enorgullecerse.

¿Cómo se sentiría ahora, mientras la mimaba entre las piernas hasta que empezaba a humedecerse y a moverse al son de sus movimientos rítmicos? ¿Estaría disfrutando?

La había llamado «preciosa». ¿Lo pensaba de veras?

Las sensaciones se impusieron a los pensamientos. Al cabo de unos segundos, Maxine ya estaba respirando de forma entrecortada con la cabeza descolgada, empujando las caderas hacia él con la espalda curvada para sentirlo más cerca. Hurricane la tocaba de forma superficial, estimulando su clítoris y empapándose los dedos con los fluidos que la excitación ya estaba produciendo, pero su destreza y el hecho de que se tratara de él quien se encontraba a su espalda bastaban para complacerla. No para complacer a Hurricane, sin embargo, que, como si no hubiera tenido suficiente, empezó a tantear la abertura del ano con la otra mano.

Maxine forzó la postura para mirarlo por encima del hombro. Lo capturó sacándose el dedo corazón de la boca, empapado en saliva, para acto seguido presionar la entrada rugosa. Él la miró con los párpados entornados mientras lo introducía muy despacio, sin dejar de distraerla con la suave y tentadora masturbación.

La sensación fue extraña. Su primer impulso fue apretar los glúteos para imposibilitar el deslizamiento, pero Hurricane la calmó con dos largos «chis». Se inclinó lo justo para besarle el centro de la espalda, el hombro, y separar los pliegues de su sexo para penetrarla con dos dedos.

Maxine gimió en voz alta.

—Está claro... que Dios... te ha dado dos manos por una razón.

—Y a ti te dio dos orificios por otra. —Detectó la risa ahogada en su tono—. ¿Te duele?

—N-no... —logró articular. Y le sorprendió que así fuera.

Quería concentrarse en la curiosa presión anal, en lo vergonzoso de que la estuviera tocando ahí, pero la dilatación no era ni de lejos dolorosa, como había pensado, y él sabía distraerla repartiendo caricias por su cuerpo. Acabó intentando echarse para atrás, pidiéndole que rotara los dos dedos dentro de ella, que introdujera un tercero o la masturbara más deprisa; que hiciera algo, lo que fuera.

Con el desplazamiento horizontal hacia él, provocó que la penetración anal también se intensificara y Hurricane pudiera empezar a dilatar la abertura trazando pequeños círculos y retirando el dedo lo justo antes de volver a introducirlo. Maxine estaba ruborizada por el esfuerzo de aguantar el peso sobre las manos y sudaba como resultado de la actividad, que se tornaba más y más aguda conforme Hurricane aumentaba el ritmo.

—Contrólalo. Controla el orgasmo —le ordenó él—, y si no puedes, si sientes que te vas a correr, avísame.

Ella no tardaría mucho en jadear en voz alta y sacudir la cadera, un signo admonitorio de que estaba por alcanzar el clímax. Hurricane reaccionó enseguida curvando el dedo introducido en el ano para presionar las finas paredes, provocándole un chispazo de dolor que ahuyentó el orgasmo durante un instante..., pero solo para que cobrara más fuerza y amenazara con derrumbarla más adelante.

—Me voy a...

Hurricane lo evitó retirando la mano de su sexo de forma abrupta. Ella notó el frescor de la

brisa entre los pliegues inflamados, los fluidos derramándose por sus muslos. Emitió un quejido doloroso y empujó las caderas hacia él otra vez, haciéndole saber su irritación y exigiéndole que volviera a penetrarla. Hurricane posó la palma entre sus nalgas y las amasó hundiéndole las yemas con la misma y perversa angustia con la que seguía ensanchando el ano.

—O te corres con esto —le advirtió, rotando y doblando el dedo dentro de ella—, o no te corres.

Quiso decirle que aquello no la estaba excitando, pero estaría mintiendo. Su cuerpo no había aceptado el abandono de su sexo, y había trasladado el calor y el palpitar de los músculos vaginales al único punto que él seguía estimulando.

Maxine jadeó en voz alta cuando él retiró el dedo corazón y, de una larga y concienzuda caricia a los pliegues de su entrepierna, se untó la mano de fluidos que le facilitaron la nueva penetración anal. Esta vez, Hurricane introdujo el corazón y el anular, y aunque al principio la presión fue vagamente desagradable, una caricia atrevida al clítoris concentró toda la deliciosa tensión en su bajo vientre.

—Dios, ¿qué me... estás haciendo? —gimoteó, cerrando las manos en dos puños y dejando que se escurrieran hacia delante para poder soportar las sensaciones que la sacudían—. ¿Qué más vas a hacer... hacerme?

Hurricane la sujetó por la cadera y se ayudó de este apoyo para introducir los dedos hasta que topó con los nudillos. Maxine gritó, y el eco de su voz rebotó entre las montañas rocosas que rodeaban la playa. Recordó entonces que estaba desierta, que nadie los molestaba, y arqueó la espalda para ofrecerse de una manera escandalosa. Balbuceó el nombre que conocía una y otra vez, y se bamboleó hacia delante y hacia atrás como si fuera ella la que lo estaba montando y no al revés.

—Deja que me corra, por favor —le rogó con la voz entrecortada. Miró por encima del hombro y lo vio con la mandíbula apretada y la vista fija en sus nalgas—. Hurricane...

—Todavía no. Aguanta.

—¿Cómo aguanto? —sollozó, sintiendo que le empezaban a temblar los brazos.

Se estremeció al notar que su entrepierna seguía segregando líquidos que quemaban. Estuvo a punto de suplicarle que la atendiera ahí abajo; que enfundara su polla en la abertura preparada para él. Ya ni siquiera podía recordar las prohibiciones de Hurricane. Solo quería alcanzar el orgasmo.

Nunca había rogado tanto por uno ni se había desesperado hasta ese punto.

—No puedo más —jadeó cada vez más deprisa. Se aferró al borde de la toalla para reprimir un violento escalofrío—. No puedo más.

Como si Hurricane hubiera sabido el segundo exacto en el que el clímax la sobrevendría, sacó los dos dedos y la azotó con la mano abierta en una de las nalgas. La sangre que estaba concentrada en su sexo le dio un pequeño respiro para ir a formar la huella de la palma de Hurricane, que latió en su cachete como un hierro candente. El golpe la había pillado con la guardia baja, pero la hizo gemir en voz alta, y fue tan solo una distracción momentánea de la desesperación que la embargó a continuación.

Maxine emitió un sollozo y se obligó a aguantar el peso sobre una sola mano para guiar la otra hacia sus muslos.

—No —gruñó Hurricane, agarrándola de la muñeca.

Ella casi pierde el equilibrio, pero él alargó el brazo libre para cogerla de la otra muñeca y aguantarla en vilo, con las manos inmovilizadas a la espalda, mientras pegaba su bañador abultado a las caderas femeninas.

Maxine gimió con una mezcla de alivio y agobio al sentir el bulto de su erección contra los pliegues empapados, sofocando el desconocido y al mismo tiempo placentero latir de ambos agujeros.

Hurricane se restregó contra ella con una lentitud que la desquició e hizo que se revolviera como si estuviera poseída.

—¡Suéltame y déjame que termine! —le gritó con toda la piel ardiendo—. ¡Cabrón!

El amo tiró de las dos manos que le tenía agarradas a la espalda para incorporarla sobre las rodillas. De buenas a primeras, Maxine se vio con el perfil pegado a la mejilla rasposa de Hurricane, que para colmo había separado sus caderas, privándola del roce con su miembro. Las únicas partes de su cuerpo que permanecieron en contacto con el de ella fueron los dedos con los que le rodeó el cuello y los que aún le sujetaban las muñecas.

—No puedes hablarme así en el rol, Mimosa —le advirtió con la voz tan ronca que sonó irreconocible—. Aquí se hace lo que yo digo, y tú tienes que aguantarlo como puedas.

—Pero es que no puedo —sollozó con los ojos cerrados. Buscó su polla reclinándose hacia atrás, retorciendo las caderas para encontrar la costura del bañador—. ¿Cuánto más tengo que aguantar...?

Hurricane se tuvo que apiadar de ella, porque guio la mano con la que le cubría la garganta hasta su sexo descubierto. Abrió sus pliegues con los dedos índice y corazón. Con la mano que le soltó las muñecas, le agarró uno de los pechos.

—Te vas a correr dentro de quince segundos —le dijo, muy cerca del oído—, cuando mis manos no estén encima de ti. Cuenta.

Al intentar tragar saliva, se dio cuenta de que tenía la garganta seca.

Perdió la noción de sí misma. Solo fue consciente de las apabullantes sensaciones que le habían tensado el cuerpo entero, que se movía sin seguir sus órdenes, poseído por una necesidad superior al sentido común. Se restregaba contra él y lo buscaba a tientas con las manos, que solo consiguieron agarrarle del borde del bañador.

—¿Cuando tus manos no...? ¿Y qué va a estar encima de mí? ¿No me vas a...? ¿Qué vas a hacer? —Maxine recostó la cabeza en el hombro masculino. El olor del perfume que no lo abandonaba y que ya tenía su sello personal; el aroma salitre, a toda una tarde expuesto al sol, a la fina película de sudor que le cubría; todo eso entró en su sistema después de tomar una profunda inspiración y acabó con su autocontrol—. ¿Vas a follarme? Dime que sí, por favor. Por favor...

—Te he dicho que cuentes.

—Uno... —Se atragantó, temblando. Notó que la mano que había estado tanteando sus pliegues con una lentitud que la enfermaba le rodeaba ahora las nalgas para frotarle el ano de manera superficial, pero no por ello menos tentadora—. No, ¡no!, no, por favor, no dejes de tocarme. —Hizo cuanto pudo para evitar que abandonara su cuerpo presionando su palma sudorosa contra el dorso de la de Hurricane, que en ese momento aferraba uno de sus pechos. Lo apretó tanto que el amo habría sentido el latido de su corazón—. Cinco... Ya han pasado quince segundos, estoy segura. Ya han... ya... Diez, once... ¿Doce?

Maxine no pudo seguir hablando. El orgasmo que llevaba Dios sabía cuánto rato conteniendo llegó por fin, arrasando con todo: con su equilibrio, con la tensión acumulada en los músculos encogidos y con la vibración de sus cuerdas vocales, que emitieron un gemido gutural. Tuvo que cerrar los ojos en cuanto se le emborronó la visión, y se estremeció desde la primera vértebra hasta la última.

Se quedó temblando en brazos de Hurricane. La seguía sujetando con el brazo protector que le

cubría los senos. Nada apuntaba a que fuera a dejar de hacerlo, ni mucho menos cuando él respiraba entrecortado a su espalda, señal de que también necesitaba recuperarse.

—Habían pasado nueve segundos —dijo él con voz queda.

Maxine no pudo responder. Lejos de retirar la mano con la que mantenía la de Hurricane pegada a su pezón endurecido, le hundió las uñas en el dorso para obligarlo a permanecer ahí, y se las arregló para cogerle de la muñeca contraria y guiarla hasta su entrepierna empapada, en la que aún palpitaban los ecos del clímax.

—Por favor... —musitó con angustia—. Me sigue doliendo. Todo me quema.

En un primer momento, Hurricane no reaccionó. Tuvo que ser Maxine quien separara un poco más las rodillas, hincadas en la arena, y se frotara contra la mano inmóvil del amo. Pero al cabo de unos segundos que se le hicieron eternos, él empezó a rozarle el clítoris con los dedos. Roces circulares, verticales, pulsaciones y frotes que le arrancaron una serie de gemidos descontrolados.

—No voy a follarte —le dijo en voz baja—, pero imagínate que lo estoy haciendo. Imagínate que esto... —Introdujo tres dedos en su vagina y pegó los labios al punto de unión entre su mandíbula y su oreja— es mi polla.

Gracias a los sueños en los que aquello sucedía, Maxine pudo imaginarlo con todo género de detalles. Recibió el sustituto de su miembro con tanto entusiasmo que esperó que le quedara claro que lograría complacerlo si hacía una excepción; que su cuerpo entero se abriría y lo apretaría con tanto ahínco que lo volvería loco. Luchó por juntar los muslos y lo succionó con los músculos internos cada vez que intentaba retirar los dedos para volver a penetrarla, al principio a un ritmo tolerable. Conforme ella se humedecía más y más y perdía los papeles, alcanzó una velocidad a la que a Maxine le habría gustado verlo moviéndose encima de su cuerpo, colmándola como la noche anterior había llenado su boca.

El nuevo orgasmo la alcanzó antes de lo que le habría gustado, guiada por su fantasía erótica y la mezcla de olores masculinos que la hacían consciente de quién estaba a su espalda. Maxine se corrió entre ardorosos escalofríos, agarrándose de los pechos y frotando la palma contra los pezones erizados.

Con el gemido de liberación se fueron asimismo un suspiro y el resto de su cuerpo. Se recostó contra el pecho de él, sin poder tenerse erguida, y cerró los ojos.

Un pensamiento entre angustiado y perversamente excitante la invadió de pronto.

«Y solo es el segundo día».

Capítulo 27

Maxine sabía que estaba viviendo la falsa euforia posterior a una ruptura aparatosa. Se figuraba que la caída sería en picado una vez superara la fase de energía, pero mientras llegaba, disfrutaba de lo que tenía que ofrecer: ratos de diversión tan celebrados como el que estaba bebiéndose mientras se preparaba para la velada nocturna.

Aprovechando que Hurricane se había metido en la ducha en cuanto ella terminó sus abluciones, Maxine había subido la música al máximo volumen y se había armado con el desodorante *roll on*, que esa noche ejercería de micrófono, para cantar la letra que tan bien se sabía.

En el silencioso —pero no por ello incómodo— trayecto de vuelta, Maxine había querido echarse las manos a la cabeza por su libertinaje, pero ¿cómo sentirse culpable cuando horas después del encuentro en la playa seguía flotando en una nube? Cuando una mujer se sentía tan satisfecha, le era imposible flagelarse. Y si bien los remordimientos no habían desaparecido, sí menguaron de forma significativa después del reencuentro con Dylan.

Notaba el cuerpo relajado, se sentía sexy y descarada, libre de una cárcel autoimpuesta.

Se puso de pie en la cama, con tan solo unas bragas y una camiseta ancha de propaganda, y cantó a pleno pulmón.

Somethin' 'bout you
Makes me feel like a dangerous woman
(...)
Makes me wanna do things that I shouldn't[16]

Bajó de la cama de un salto y bailoteó moviendo las caderas hasta el espejo de cuerpo entero del que gozaba su habitación para admirarse con gusto. El sol le había tostado la piel. Tenía el puente de la nariz enrojecido y los ojos luminosos.

Esa noche estaba encantada de haberse conocido.

No recordaba la última vez que se había sentido así.

Subió de un salto a la cama, sacudiendo la melena. Miles de gotitas saltaron de las puntas de su pelo para ir a parar a los cuadros, a la lámpara y a la ropa de cama, y siguió cantando.

All girls wanna be like that
Bad girls underneath, like that
You know how I'm feeling inside[17]

Giró sobre los talones, pasándose una mano por el pelo, y por poco se le para el corazón al ver a Hurricane recostado bajo el umbral de la puerta con tan solo unos pantalones de cuero y los brazos cruzados en el pecho. Tenía el pelo húmedo de haber salido de la ducha, y la miraba con un conato de sonrisa traviesa.

Maxine, en lugar de hacerse pequeña por el bochorno, se encogió de hombros con inocencia y dio una vueltecita sobre la cama. Cuando volvió a mirar a la puerta, Hurricane no estaba debajo, sino junto al discreto piecero de madera. Le rodeó la cintura con una mano segura para instarla a bajar.

Con un nudo en la garganta y el rostro iluminado, Maxine se dejó tomar en brazos y se

escurrió, pecho con pecho con él, hasta tocar el suelo con las puntas de los dedos. Soltó el desodorante para tomar la mano de Hurricane y dirigir una marcha torpe que simulaba un vals. Hurricane se rio por lo bajo, la única manera que conocía de reírse, y canturreó por lo bajo la letra del estribillo.

Maxine lo acompañó en las carcajadas, solo que con mayor estridencia, y se aferró con decisión a la cinturilla trasera de su pantalón para girar en círculos.

—¿Cómo es que te sabes una canción de Ariana Grande? No parece la clase de música que le gusta a los Hombres Machos Y Muy Machos —recalcó con voz grave.

—¿Así me concibes? ¿Como un Hombre Macho Y Muy Macho? Tengo conexión a internet, ¿sabes? Y a veces pongo la radio. Además, me he echado algunas novias a lo largo de mi vida —aclaró con la pizca justa de sarcasmo; la que hacía de la ironía una broma que invitaba al interlocutor a reírse, no de la que resultaba hiriente.

—Novias, ¿eh? —Maxine se relajó entre sus brazos y permitió que él llevara la voz cantante. Hurricane ralentizó el ritmo de sus movimientos, al principio exagerados, y bailó en un solo cuadrante sujetando a su compañera por una mano y por la cintura—. ¿De cuántas estamos hablando? ¿Puedo hacerte esa pregunta personal en concreto?

—¿Puedo evitar, acaso, que me la hagas? —Enarcó una ceja—. A lo mejor debería imponer un número de preguntas; así te obligas a elegir las que más te interesan y yo no me veo acorralado.

—Tampoco te he interrogado tanto —se quejó ella, divertida, y no tanto por el estúpido bailecito, sino porque en los ojos de Hurricane veía la misma y peligrosa ilusión—, y eso que siento curiosidad por un montón de cosas.

—La curiosidad no justifica el acoso, señorita —replicó en tono pedante.

—¿Acosarte?, ¿yo? —Soltó sus manos y retrocedió meneando el dedo índice—. Estás muy equivocado. No me has visto en mi máximo esplendor.

Hurricane la recorrió con una mirada de arriba abajo que le subió la temperatura corporal.

—Permíteme discrepar —repuso, cruzándose de brazos. Ella se estremeció—. Miedo me das, Mimosa... Miedo me das —agregó en voz baja, volviendo a su parquedad. Giró en redondo para regresar a su dormitorio—. Van a dar las doce dentro de quince minutos. Será mejor que te des prisa si no quieres presentarte a deshoras.

Maxine se apresuró a ponerse una cortísima falda con gruesas tiras de cuero que simulaba el uniforme de una animadora y un corsé sin mangas del mismo tono granate. Acababa de calzarse los zapatos de tacón cuando Hurricane salió con su atuendo más discreto, los pantalones del primer día y una camisa con transparencias que insinuaba lo que había debajo.

Ese día sí la miró cuando estuvo lista, y Maxine sintió que volvía a flotar.

La sensación que no le duró demasiado. En cuanto emprendieron la marcha, recordó que, como cada día durante las siguientes dos semanas, tendría que ver a su exnovio con White Lady. Cuando llegaron a la explanada del jardín donde se celebrarían los terceros juegos, Maxine fue víctima de un impulso masoquista y miró en derredor para localizar a Dylan.

—No deberías buscarte el problema antes de tiempo. Sabes que tarde o temprano te lo encontrarás —oyó que le decía Hurricane, de pie a su lado. Lo vio tomar una copa de una bandeja de tantas que los camareros paseaban alrededor de la piscina—, ¿por qué no dejar que llegue el momento y, mientras tanto, disfrutar de la noche?

—Prefiero saber dónde está. Así no me quedo helada si me lo topo de frente cuando ya me he confiado creyendo que la coincidencia no se dará, y evito que el choque me amargue el día. —Hizo una pausa para estirar el brazo en dirección a otro cóctel, el que más le llamó la atención:

un aperol spritz bien cargado—. ¿Sabes que intentó echarme de Fuego y Sangre? Sí, el mismo hombre que le pagaba a una mujer para que le ayudara a imaginarme acostándome con otros. Tenía la fantasía de que le pusiera los cuernos, pero parece que no soportaría que sucediera de verdad. Y si esa no es la razón por la que ha procurado largarme, pues hace rato que yo no entiendo nada.

—Su actitud es más comprensible de lo que crees —le sorprendió diciendo.

Maxine apartó la mirada de la concurrencia y se fijó en su perfil. Hurricane barría el perímetro con el borde de la copa tentadoramente cerca de los labios.

—¿Ahora te vas a poner de su parte?

Él se sorprendió con la réplica.

—¿Acaso estáis cada uno en un bando? Lo último que se me dijo fue que el resultado deseado era retomar la relación, y que ambos estabais en el mismo barco en ese aspecto.

—Eso pensaba yo, pero es posible que cada uno ande surcando un mar distinto —se lamentó con amargura—. Explícame eso que dices de que el comportamiento de Dylan es comprensible, porque sola no voy a llegar a ninguna conclusión.

—A priori puedes pensar que los sadomasoquistas perdonarían una infidelidad porque algunos realizan intercambios de parejas y se pueden sentar a mirar con satisfacción cómo su amo o sumisa se acuesta con otro —empezó con el tono paciente que la hacía sentir que su ignorancia no era un problema—, pero ahí te equivocarías. La base que sustenta el BDSM es el consentimiento. Uno solo se encama con una tercera persona si así lo ha permitido su máster, que ostenta el poder de elegir cómo, cuándo y de qué manera, o si el sumiso lo incluye en la lista de prácticas autorizadas. Si te acuestas con otro sin el visto bueno de tu pareja o pasando por alto sus prohibiciones, vulneras la autoridad o bien los límites, y has de ser castigado. Lo más probable es que a Dylan le excitara verte con otros en su imaginación porque tenía la autoridad de cederte a terceros para su placer voyerista; el hecho de que estés aquí sin su aprobación y hagas lo que te venga en gana, en cambio, sí puede verse como una traición.

Maxine pestañeó, sorprendida.

—No sé qué pensar al respecto, si ofenderme o seguir pensando lo mismo: que es una locura —reconoció después de dar un sorbo a su bebida.

Hurricane giraba la suya entre los dedos, pero no la probaba.

—Este no es el sitio indicado para ponerse a pensar en nada —le recordó—, sobre todo cuando tu Dylan está mirando. Mejor sería pasar a la acción.

—¿De qué manera?

Hurricane viró sobre los talones para quedar enfrentados. Después de un instante de vacilación, le retiró un rizo de la cara y se lo colocó detrás de la oreja con una lentitud que la desconcentró.

—¿Quieres ponerlo celoso?

Ella pestañeó, sorprendida.

—¿Contigo? Pensaba que... Tú me dejaste muy claro que no pretendías... No estabas de acuerdo, quiero decir.

—Mientras me cuadre, no me importaba qué papel desempeñar en este teatrillo. Recuerdo haber prometido dedicarte dos horas al día además de las veladas, y ya es medianoche. Estamos en el momento y el lugar perfectos para que me uses.

Lo último para lo que Maxine utilizaría a Hurricane sería para devolverle el golpe a Dylan. Pero en el fondo seguía queriendo hacerle sentir algo parecido a lo que ella había sufrido.

—¿Y cómo piensas despertar sus celos? Porque le pone saber que te tengo presente, te lo

aseguro. —Se mordió la lengua en cuanto lo soltó, sobre todo cuando la ceja de Hurricane escaló en señal inquisitiva—. Ignora que he dicho eso. Preferiría no explicarme. —Antes de que el amo insistiera en preguntar y ella acabara confesándole que tuvo sexo con Dylan pensando en él, prosiguió, agobiada—: Sería fácil si pudieras besarme, porque lo vería de lejos y quizá le molestaría, pero...

—Tienes los besos y la penetración en demasiada estima —comentó, todavía con la ceja arqueada.

—Es que tus prohibiciones me despiertan curiosidad, ¿vale? ¡No las comprendo! —bufó—. Me dijiste que eras como Julia Roberts, pero sin el tema de la prostitución, ¿no? ¿Y en el tema de la ópera, por ejemplo?

—¿Te refieres a si me conmueve? —tanteó, extrañado por el giro—. No me desagrada, pero no sería lo primero que haría si tuviera la noche libre.

—Vale —lo cortó. Había esperado esa respuesta—. ¿Irías conmigo?

—¿Por qué no? —respondió después de pensarlo un instante.

—¡Eso desmonta mi teoría! —exclamó, haciendo grandes aspavientos—. Si saldrías conmigo a la ópera, quiere decir que no te niegas a dar besos porque rehúyas del romanticismo de las citas, que se suelen tener con el objetivo de acabar en un noviazgo; te niegas por una razón misteriosa que me tiene en ascuas.

Hurricane parpadeó varias veces.

—No veo la correlación entre ir a la ópera juntos y tener un compromiso. Iría contigo a la ópera porque sería divertido escuchar tus opiniones en el entreacto. No tendría nada que ver con mi disposición a empezar una historia de amor.

Aunque la conmovió saber que prestaría atención a sus divagaciones, no se quedó solo con eso y continuó con su hipótesis.

—Déjame reformular. —Infló el pecho con una inspiración—. ¿Me llevarías a la ópera en plan cita, como hace Richard Gere con Julia Roberts?

—Se tendrían que dar determinadas circunstancias —respondió con ambigüedad—, pero, insisto: ¿por qué no?

—La única razón por la que entendería que pusieras un beso inocente como límite es que no quisieras intimar más allá de lo físico con tu pareja sexual. Pero si puedes sacrificar tu soledad para salir conmigo por ahí, ¿por qué no para besarme? Los besos se dan entre personas que se gustan y están dispuestas a pasar tiempo la una con la otra, ¿no?

Se arrepintió de haber llevado su teoría tan lejos por lo que estaba revelando, algo de lo que él tendría que haberse dado cuenta a esas alturas pero que prefería no ponerle en bandeja: que la frustraba no tenerlo entero para ella.

Hurricane le sostuvo la mirada sin mudar la expresión. Lentamente, fue curvando los labios en un amago de sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Es algo simplista concebir la naturaleza del hombre como una dicotomía entre el que tiene corazón para amar y el que no. Se supone que el primero te lleva a la ópera y te besa, y el segundo, ni la una ni la otra, ¿no? El segundo solo quiere follar y que no le pidan que se responsabilice de los sentimientos ajenos. —Maxine asintió con la cabeza—. ¿No has pensado que pueda existir un hombre que se divierte contigo, te cuida como mereces por el simple hecho de ser una criatura y, aun así, es incapaz de amarte... o, en su defecto —agregó con tiento—, de besarte como si lo hiciera?

Maxine pestañeó varias veces, fingiendo confusión cuando había captado al vuelo el mensaje.

Era cierto. En su afán por diferenciar entre el tipo de las relaciones serias y el perverso

libertino, había pasado por alto la existencia del hombre que no estaba emocionalmente disponible.

—Entonces... ¿no besas a nadie porque no sabrías hacerlo con sentimiento?

—No beso a nadie porque no quiero —zanjó sin más. Que no sonara áspero solo tensó más a Maxine. Habría preferido que su curiosidad le molestara a que fuera capaz de afirmar algo así, tan doloroso para ella, como si fuera una verdad irrefutable que ya debería haber aceptado. Aun así, pareció que pudiera refutarla cuando se inclinó en su dirección y ladeó la cabeza para amenazar con rozarle los labios—. Pero eso tu novio no tiene por qué saberlo.

—¿Qué vas a hacer? —musitó, inmóvil en el sitio. Solo alzó una mano para apoyarla en el pecho masculino—. ¿Sigue mirando?

—No ha dejado de hacerlo.

Hurricane se arrodilló sobre el entarimado de madera para quedar a la altura de sus caderas. Dejó a un lado la copa y agachó la cabeza para concentrarse en lo que había ido a hacer: ajustar los ligueros en condiciones, que Maxine había estado toqueteándose desde que habían salido porque no sabía cómo ponérselos.

Aguantó el aliento mientras él, a fin de evitar que las ligas le quedaran holgadas y realzaran las curvas de las nalgas y los muslos, acomodaba las hebillas.

Maxine encontró irresistible la oportunidad de ofrecerle a Dylan una escena digna de un arranque celoso y hundió la mano en el cabello suave de Hurricane, aún húmedo después de la ducha. Él le pidió permiso desde abajo, como si de un humilde siervo se tratara, y ella se pasó la lengua por los labios.

El corazón le dio un vuelco al verle acercar la nariz al muslo y besarle la franja de piel que la raja de la falda y el liguero dejaban a la vista. No se conformó con un beso corto y ladeó la cabeza para extender la caricia con la boca entreabierta hacia la cara interna del muslo.

Continuó subiendo hacia arriba...

—Buenas noches a todos y a todas —irrumpió la voz del organizador a través de los altavoces.

Maxine intercambió una mirada con Hurricane que dijo a gritos cómo se sentía respecto a la interrupción. Él fue más comedido, pero creyó leer la irritación en su semblante. Se enderezó y, sin desaprovechar que tenía la atención de Dylan, le acarició la espalda desde las nalgas hasta el cuello y se lo rodeó por detrás con la mano para ladearle la cabeza. Le dio un beso en la línea del mentón y otro en el cuello, y no dejó de mimarla con la nariz enterrada en su garganta mientras el organizador coordinador explicaba las reglas.

—Ha llegado a mis oídos que se ha corrido el rumor del juego que teníamos planeado para hoy. Es una lástima, porque nuestra prioridad es sorprenderos con nuevos retos, no daros la oportunidad de enfrentaros a ellos en la intimidad, donde el resto de los participantes no podrán compartir vuestra dicha. Aun así, nos gustaba tanto la idea de averiguar qué nivel de control tenéis sobre el cuerpo de vuestra pareja que hemos decidido realizar una pequeña modificación de última hora.

»Tendréis entendido gracias a este... pajarito amarillo que los amos y amas iban a encargarse de llevar al límite a su sujeto abnegado y cronometrar cuánto tardaría en alcanzar el orgasmo. El que soportara la tortuosa experiencia durante más tiempo, se llevaría un regalo sorpresa. Pues bien: habrá un intercambio de roles. Serán los sumisos y sumisas los que pongan a prueba el control de su dominante.

Capítulo 28

Una Maxine angustiada por el giro de última hora se encontró con la mirada más serena de Hurricane. Había olvidado que nada conseguía perturbarlo. No pasaba así con ella, que prefería no hacer un ridículo estrepitoso; justo lo que se estaba temiendo que ocurriría si tenía que llevar la voz cantante.

—No te preocupes —le dijo él, todavía sujetándola por la cintura. Su mera cercanía la apaciguó—. Girarán una ruleta para señalar a la pareja elegida. De las veinte que habrá por aquí, no creo que les toque a todas.

—¿Y si nos eligen a nosotros? Yo no sé cómo... Creo que sé cómo conseguir que un hombre llegue al orgasmo, pero la manera de prolongarlo se me escapa. No me gustaría hacerte sufrir mientras lo intento.

—Pues se trata justo de eso —bromeó él, mirándola con confianza—, y ponerme a penar se te da mejor de lo que piensas.

—¿Qué quieres decir con eso?

Para variar, no contestó.

—Tienes las herramientas para conseguirlo. Esta tarde has aprendido lo que hay que hacer: ser malo.

—Tú mismo me dijiste una vez que eso es algo que no está en mi carácter —replicó de forma atropellada. El organizador seguía explicando las reglas a través de los altavoces. Mientras, dos de sus ayudantes aparecían cargando una gran ruleta de estilo barroco entre los dos—. ¿Cómo me voy a convertir en un segundo en una... ama?

—No han mencionado en ningún momento que tengas que ser la ama; solo la que usa las manos. Si nos toca jugar esta noche, yo puedo dar las órdenes.

Aquello no solo tranquilizó a Maxine, sino que le provocó un estremecimiento placentero al que Hurricane no fue inmune. En cuanto la sintió temblar, afianzó la mano sobre su cintura. Ella se resistió a mirarlo por miedo a que viera en su semblante que, superada la inquietud inicial, no le importaba que la ruleta los escogiera para experimentar delante de todo el mundo. Confiaba a ciegas en la habilidad de Hurricane para conseguir que se olvidara de la concurrencia en cuanto sus cuerpos entraban en contacto, y que uno de los voyeristas fuera Dylan solo añadía leña al fuego.

Desde que conoció a su prometido, lo único que Maxine había querido era que la amara. Siempre había procurado garantizarse un lugar de honor en su vida mostrándose abnegada, y ahora descubría que lo que en realidad tenía que hacer para mantener el interés de Dylan era justo lo contrario: situarse fuera de su alcance y gozar en brazos de otro hombre.

Incluso sin girarse hacia donde estaba, sentía la intensidad de su mirada sobre ella, lanzándole preguntas que se negaba a contestarle: «¿Qué haces? ¿Por qué ese hombre te agarra como si le pertenecieras? ¿A qué estás jugando?».

Estaba jugando a su juego. Ni más, ni menos.

—La ruleta escogerá a la pareja que abrirá la velada de esta noche. Serán los únicos admirados por cada uno de los presentes. Después, todos podrán gozar con sus acompañantes en público o en privado, y a la vez —decía el coordinador.

Hubo un breve silencio mientras la aguja de la impresionante ruleta, con el mismo acabado dorado que los remates del borde y los nombres grabados, giraba a ciegas en busca de sus víctimas. Una corazonada le dijo a Maxine que esa noche no podría librarse de su destino, y así

fue. La aguja apuntó a sus dos apodos en el rol: Mimosa y Hurricane.

Oyó la respiración profunda del amo muy cerca de su oído. Su cuerpo la interpretó como un preliminar más y tembló de anticipación. Alzó la barbilla hacia él, quien correspondió su mirada con una expresión infranqueable. Con tan solo un gesto, la instó a seguirlo hasta una de las amplísimas hamacas de dos plazas y cuatro postes que rodeaban la piscina. Maxine lo tomó de la mano en el camino para infundirse valor.

Lo encontró cuando él entrelazó los dedos con ella.

Hurricane tomó asiento en el borde, manteniendo su atención fija en Maxine, y echó las caderas hacia atrás para ponerse cómodo. Ya recostado, cruzó los brazos detrás de la nuca. La postura oferente y provocativa le hizo la boca agua.

Maxine se quitó los zapatos, atraída por la energía sensual que se exudaba, y trepó por su esbelto cuerpo muy despacio, sosteniéndole la mirada. Se sentó a horcajadas sobre él a la altura de los muslos.

—Desnúdame —le ordenó él.

Maxine tragó saliva y le bajó la cremallera del pantalón.

Le daba la impresión de que el mundo entero se había sumido en un silencio sepulcral, y que algo tan discreto como la liberación de un botón y el deslizamiento de la tela sobre la piel provocaba un eco atronador. También escuchaba su propia respiración entrecortada. La expectación la devoraba.

Estaba ansiosa por tocarlo por fin. Sería la primera vez que lo acariciaba íntimamente. Aunque era algo que le imponía respeto por la experiencia que Hurricane llevaba a cuestas y la aparente imposibilidad de impresionarlo, se armó de un valor inusitado.

Podría conseguirlo, se dijo. Podría borrar aquel rictus imperturbable de su rostro y sustituirlo por los millones de matices expresivos de un deseo sin precedentes. Quizá las otras no, quizás las otras nunca, pero ella era diferente para él.

Ella era especial.

Maxine le bajó el pantalón y la ropa interior hasta medio muslo, de manera que los testículos también quedaran a la vista. Tragó saliva antes de acariciarlos con los dedos, reconociendo la textura suave y rugosa a la vez, y presionarlos con delicadeza. Observó que Hurricane tensaba la musculatura del vientre, e intercambió una mirada rápida con él antes de volver a concentrarse en su miembro.

Algo debía de haberlo excitado, porque empezó a endurecerse.

Maxine lo rodeó con los dedos a la altura de la base. El vello púbico le hizo cosquillas en la base de la mano. Se humedeció los labios. Quería volver a devorarlo, pero antes lo exploró con caricias verticales: la suavidad de la piel satinada y más delicada de su cuerpo, marcada por las venas que sentía bajo el tacto; la humedad incipiente en el prepucio, por donde deslizó el pulgar con delicadeza.

Maxine se llevó la yema a los labios y la lamió ante la mirada oscurecida de Hurricane, que, sin saberlo él, o quizá sabiéndolo demasiado bien, la incitó a perder los papeles. También se humedeció la palma escupiendo de forma discreta. Al deslizarla por su miembro semierecto, discurrió con una facilidad deliciosa. La saliva imprimió un sello brilloso a su dureza conforme lo masturbó con lentitud, vigilando su expresión en todo momento.

—¿Te gusta? —susurró ella con el aliento contenido.

—Tú no eres la que hace las preguntas —la regañó, sacudiendo la cabeza. Amusgó los ojos grises—. ¿Te gusta a ti?

Maxine se mordió el labio.

—Me encanta —reconoció en voz baja.

—¿Te encanta mi polla? ¿Te encanta tocarme?

—Las dos... cosas —admitió con las mejillas ruborizadas. Él había sonado provocativo.

Aumentó la velocidad, quebrando cada vez más la muñeca al ordeñarlo.

—Eso es —gruñó él—. Yo no te voy a decir cuándo estoy a punto. Tendrás que ir fijándote tú.

Maxine fue a decir que entonces estaba metida en un problema, porque él no era el hombre más expresivo del mundo, pero en cierto modo estaría mintiendo, porque iba aprendiendo a interpretar sus microexpresiones.

Asintió con disimulo antes de echar las caderas hacia atrás para inclinarse sobre él y posó los labios en los testículos.

Cerró los ojos y se concentró en la suavidad que le hacía cosquillas en los labios mientras repartía besos allí, mientras machacaba su carne cada vez más deprisa. Maxine recorrió con la lengua la zona del frenillo y sonrió al notarlo tensarse. Deslizó la punta húmeda por los testículos antes de meterse uno en la boca y succionarlo hasta que salivó lo suficiente para humedecerlo entero. Lo sentía cada vez más caliente contra su mano, las venas más visibles. Aumentó el ritmo, dispuesta a empujarlo a un orgasmo precoz para arrebatárselo enseguida. Supo que estaba cerca cuando vio sus puños crispados. Le pareció que estaba a punto de levantar las caderas, liberado, y aprovechó para propinarle un mordisco traicionero. El impacto físico en los testículos hizo que el orgasmo se desinflara antes de explotar.

Hurricane gimió en voz alta, pero no de dolor.

Maxine se incorporó lo justo para mirar el cronómetro que habían prendido al comienzo de la práctica. Contaba siete minutos desde que se habían encontrado entre los cuatro postes. Tenía que llegar a los veinticinco provocándolo con malicia.

Envalentonada porque sospechaba que podría conseguirlo, retomó las caricias, esta vez cerrando las dos manos en torno a la erección para apretarla más de la cuenta. Un músculo apareció en su mandíbula, señal de represión, y Maxine sonrió, perversa. Empezó a masturbarlo despacio, pero presionándolo con los dedos en determinados puntos para sentirlo palpitar bajo su tacto. Solo a veces se inclinaba para plegar la lengua sobre el prepucio, que empezaba a segregar fluidos preseminales, y lamerlo con deleite para compensar la tortuosa compresión de sus manos.

Hurricane intentó cambiar de postura moviendo las caderas con incomodidad. Tenía el puente de la nariz enrojecido y los ojos vidriosos. La mera contemplación de su deseo excitó a Maxine, que quiso sentarse sobre su polla o metérsela en la boca para llevarlo al orgasmo de la forma más obvia. ¿Estaría salivando como lo hacía ella de pensar en volver a saborearlo? ¿Le arderían las ingles por el deseo de poseerla, como a ella le picaban por las ansias de montarlo? Nunca había pensado en hacer el amor bajo otros términos, nunca lo denominó sexo, sexo sucio, polvo, quizá porque siempre hubo sentimientos involucrados en sus encuentros carnales, pero a aquel hombre quería follárselo con la crudeza de la palabra; quería que la pervirtiera con insultos, que le tirara del pelo, y todo porque así demostraría que tenía fuego dentro reservado para ella.

Solo para ella.

Se entregó a la fantasía de cabalgarlo y colmara todos sus orificios, de recibir sus mordiscos en zonas vulnerables... y lo tocó acorde a la línea que seguían esos sueños imposibles, apretando su miembro hasta que oía sus gemidos agónicos. Repartió pequeños mordiscos por sus muslos e ingles y succionó sus testículos. Siguió el caminillo de vello que desembocaba en su ombligo con la lengua, y allí la introdujo con un ronroneo antes de bajar a lamer los oblicuos marcados.

Maxine estaba tan concentrada en su tarea que no se dio cuenta del barullo que se había formado a su alrededor. Nada podría haberla detenido... a excepción de la voz del coordinador.

—El juego de esta noche queda suspendido hasta nuevo aviso —anunció a través del altavoz —. Por favor, desalojen el recinto.

Hurricane fue quien, desorientado, apartó la mirada de Maxine y oteó los alrededores. La tensión que le apretaba la mandíbula se transformó en rotunda rigidez por obra de la extrañeza, la misma emoción que la embargó a ella al comprobar que el público se disolvía.

Se retiró despacio y a regañadientes del cuerpo aún caliente del amo. Frunció el ceño cuando le pareció reconocer a Carey agobiada al otro lado de la piscina. Gesticulaba, frenética, ante un Califa con gesto sombrío. No muy lejos de ella, sentado en el borde de un escalón, un hombre fulminaba con la mirada a la dominatriz con el único ojo que podía utilizar. Se cubría el otro con la mano salpicada de la misma sangre que corría mejilla abajo.

Ante la mera posibilidad de que hubiera sido atacado, se puso en pie enseguida e hizo ademán de acercarse, pero uno de los ayudantes extendió un brazo, pidiéndole que se quedara en el sitio. Comprendió por qué cuando un par de paramédicos irrumpieron en el recinto empujando una camilla plegable.

Fue cuando los especialistas llegaron hasta el supuesto agredido cuando este por fin retiró la mano del rostro y se vio, ya de lejos, que alguien había estado a punto de saltarle un ojo.

—Dios santo —balbuceó Maxine.

En lugar de preguntar qué había pasado, se giró hacia Hurricane, que a duras penas se había repuesto. Supo que él no le daría una respuesta, y desoyendo las indicaciones de los ayudantes que pululaban por allí calmando a las masas, recortó por un lado de la piscina para acercarse a Carey.

Califa no era el único que hablaba con ella. Se había sumado un hombre de cabellera rubia con el aspecto de un vampiro victoriano, aquel que la segunda noche apareció con una máscara integral.

Esta vez mostraba su rostro, pero Maxine solo se concentró en captar la conversación.

—¡Se supone que esto está organizado para que no ocurran cosas así! —espetaba Carey con los ojos inyectados en sangre. Verla de aquella guisa la sobrecogió. Ni siquiera había imaginado que su amiga pudiera perder los estribos de semejante manera, pero allí estaba, sujetando aún la fusta con la que parecía que había agredido al participante—. ¡Lo dejé muy claro en mi lista de límites infranqueables! ¡Yo no permito que nadie me domine!

—Para evitar este tipo de malentendidos se pronuncia la palabra de seguridad, Yellow Bird —repuso Califa en tensión—. Lo que has hecho va contra las normas. Tendrás que recoger tus efectos personales a la mayor brevedad y marcharte de aquí esta misma noche.

—No me lo puedo creer —seguía bufando Carey. Señaló con la fusta al amo que los paramédicos estaban atendiendo—. ¡Es él quien se ha saltado el reglamento! ¡No tenía derecho a abalanzarse sobre mí! ¡Lo que ha hecho entra en la definición de abuso!

—De ser así, será inmediatamente expulsado —le aseguró el rubio con acento eslavo. Hablaba con calma; una calma fría—, pero no podemos hacer la vista gorda contigo. Has estado a punto de dejarle ciego.

—¡No ha sido tan grave! ¡Y, en cualquier caso, él ha estado a punto de violarme! ¡¿Es que eso no cuenta?! ¡Vamos, Califa! ¡No puedes estar de acuerdo con esto!

Maxine se estremeció de la cabeza a los pies al escuchar la acusación. Estaba fuera de sí, roja hasta la raíz del pelo, y en sus ojos ambarinos brillaban las lágrimas de impotencia que un carácter orgulloso como el suyo no se permitiría derramar.

Aun sabiendo que no tenía derecho a interrumpir, salvó el espacio que las separaba, captando la atención de los organizadores, y la tomó de la mano.

Carey tardó en enfocar la mirada.

—Max... —musitó de forma que solo ella la oyó. Le dio un apretón, no supo si con afecto o en un pedido de auxilio—. Ha habido un malentendido. Yo... yo... me había ido con ese tipo a cumplir el reto de la velada, y de pronto... Solo me estaba defendiendo —insistió, mirándola como si ella pudiera indultarla—. ¡Porque claro que usé la palabra de seguridad! ¡Pero él no se detuvo porque se suponía que no me estaba haciendo nada aún! —La vio girar en redondo y barrer el perímetro con una mirada vidriosa antes de localizar al aludido, cuya herida seguían valorando los especialistas. Carey fue a abalanzarse sobre él blandiendo la fusta—. ¡Cabrón de mierda! ¡Tendría que haberte saltado los dos ojos!

Califa la frenó antes de que hiriera en el proceso a alguno de los enfermeros. Tuvo que agarrarla de la muñeca y rodearle la cintura con el brazo contrario, y, aun así, Carey siguió debatiéndose con muchas papeletas para escabullirse.

Maxine no supo si hacía lo correcto al interponerse entre el agresor y su amiga con las manos en alto.

—Tranquila —le dijo en voz baja, esperando que su tono bastara para apaciguar los ánimos —. Creo que hablaremos más relajados y cómodos en algún sitio privado —sugirió, mirando a Califa por encima del hombro de la agitada dominatriz. Este la estaba observando a su vez con cautela—. Antes de tomar decisiones precipitadas, quizá deberíamos escuchar la historia de Yellow Bird con detalle. De algo tendrá que servir que la conozcáis de otros años y de acudir al club con frecuencia, ¿no? Ella no reaccionaría de esta manera si no tuviera razones.

—No, desde luego que no —concordó Califa con voz queda—, pero eso no significa que pueda permitir que se quede. Iremos al despacho de Black Russian para hacer un parte de lo ocurrido; ahora bien... la conclusión es la que es. Tanto Yellow Bird como Clericot quedan expulsados de Fuego y Sangre. Ningún tipo de violencia está permitida, tenga su justificación o no.

Maxine abrió la boca para defender a Carey, pero después de intercambiar una mirada con ella, comprendió que no era una guerra que tuviera que librar en su nombre.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó con el corazón en un puño.

Antes de que Carey pudiera responder, el que solo podía ser Black Russian dijo:

—Me temo que es un asunto que concierne a los afectados y a la organización en exclusiva. Pero se le pagará una noche de hospedaje a Yellow Bird en alguno de nuestros hoteles de referencia para que esté cómoda y sus amistades puedan visitarla una vez hayamos puesto en regla todo el papeleo.

Maxine fue a preguntar a qué papeleo se referían, pero se lo podía figurar. Había entrado en Fuego y Sangre después de echar una firma debajo de un riguroso listado de condiciones. Para salir, habría de hacer lo mismo.

Se mostró reacia a ver marchar a Carey en aquel estado y sin compañía, pero confió en que el impotente Califa abogaría por su causa. Debía de ser el primero al que no le divertía que hubiera sucedido algo así con alguien a quien consideraba mucho más que una clienta habitual.

Fue cuando los organizadores y la afectada desaparecieron que Maxine cayó en la cuenta de que el recinto se había vaciado. Hasta los paramédicos se habían marchado ya para atender al afectado.

Los ayudantes habituales debían de haber despejado la zona después del anuncio.

No le quedó otro remedio que regresar al bungaló con un nudo en la garganta. Pero en lugar

de meterse y contarle lo sucedido a Hurricane, se sentó en el primer escalón del porche, desde donde obtendría una vista clara del paseo entre bungalós. Contaba con ver llegar a Carey por allí y ayudarla a recoger sus pertenencias, escucharla, ofrecerle consuelo. Aquel era un punto de confluencia por el que solían pasar todos los participantes.

No supo cuánto rato estuvo allí sentada, girando una de las pulseras de plata que se había puesto como complemento. Pensó en lo rápido que había sucedido todo, en las posibles consecuencias psicológicas de lo que había vivido Carey, en Dylan, en ella misma, en la experiencia que había estado disfrutando antes del altercado, tan especial y diferente, y en lo incómodo que debía de encontrarse Hurricane en su propio cuerpo después de la interrupción.

Sus pensamientos apenas sobrevolaron aquel tema durante la hora, quizá hora y media que esperó la conclusión de los organizadores. Sobre todo se estremeció por lo que podría haberle pasado a Carey si no hubiera tenido carácter para enfrentar una injusticia.

Maxine se puso en pie de un salto en cuanto reconoció la figura femenina de su amiga caminando de regreso a su bungaló. La acompañaba un hombre que le sacaba una cabeza de alto y casi un cuerpo de ancho. Solo podía ser Califa. A juzgar por el volumen comedido de la conversación que estaban manteniendo y la poca prisa por separarse, no habían quedado enemistados después de la reunión con Black Russian.

Bajó del último peldaño de un salto y fue a su encuentro con el aliento contenido.

—¿Te han indultado? —preguntó, esperanzada.

Carey sacudió la cabeza con algo de la familia de la dulzura.

—No, pero por lo menos he conseguido que me devuelvan la mitad del dinero. Me habría jodido perder lo equivalente a un sueldo por culpa de un hijo de puta.

—Lo siento de nuevo —oyó que decía Califa. Vestido de riguroso negro, se habría camuflado en la oscuridad de no haber sido por las chispas de sus ojos ámbar.

Carey hizo un ademán con la mano para restarle importancia.

—Ni que fuera tu culpa.

—¿Qué ha pasado, entonces? —preguntó Maxine.

—Que Clericot se va a su puta casa, y yo más de lo mismo. A él no le van a embolsar ni un dólar, y le han vetado la entrada a Fuego y Sangre a perpetuidad. Eso me deja más tranquila. Lo que me apena es que mis sumisos se tengan que volver también. Voy ahora a comunicarles la noticia —suspiró, frotándose la sien como si todo hubiera quedado reducido a una dolorosa jaqueca.

—¿Quieres que te acompañe? —inquirió Maxine, preocupada. Se mordió el labio antes de continuar—. Siento mucho que esto haya acabado así. Sé que te hacía ilusión estar aquí.

—No es una ilusión ahora que sé que hay putos abusadores en la lista. Me largo encantada de la vida, créeme... —le aseguró con desdén—, pero no veo razón por la que tú no puedas disfrutar de lo que queda. Tu amo no es un cabrón, y dudo bastante que te vayas a despegar de él para gozar con otro desconocido. Hurricane es tu desconocido preferido. —Le guiñó un ojo—. Y no temas estar sin mí, que el tipo te va a cuidar de maravilla.

—Pero ¿qué dices? ¿Es que te vas ahora mismo? ¿Recoges tus cosas y... y ya está?

—Me han conseguido hospedaje de última hora en un hotel cercano a la playa de Haad Rin, y mañana me quedaré todo el día porque es la fiesta de la Luna Llena de Koh Phangan, una experiencia de *techno*, drogas duras y bailoteo que no me puedo perder. Estás más que invitada a acompañarme, por cierto.

A Maxine le asombró su capacidad de recuperación. Una hora atrás había estado increpando a su agresor al borde del ataque de nervios y ahora se lo tomaba con filosofía. La observó a la luz

de los farolillos con una mezcla de admiración y recelo, y enseguida determinó que nadie tenía esa habilidad para sobreponerse a la adversidad; al menos, no Carey, en cuya sonrisa reconoció un matiz forzado, y a la que vio doblar y estirar los dedos tratando de expulsar en vano la tensión que seguía alineando sus hombros.

Quiso abrazarla, pero no le pareció buena idea. Además de no querer mostrar debilidad ante nadie, Carey se estaba esforzando por dar a entender que no necesitaba consuelo.

—¿Te llevas el móvil y nos escribimos? —le preguntó, esperanzada—. Para cuadrar eso de la fiesta, digo... Siempre y cuando los organizadores me disculpen la ausencia, claro —apostilló, mirando de reojo a Califa.

Este solo asintió con la cabeza.

—Puedes perderte hasta tres veladas por razones personales, no más. Pero esta no te la contaré. Será mi regalo por haber evitado que Yellow Bird le sacara el segundo ojo a Clericot.

Lo pronunció en tono afable, intentando distender la tensión que volvía a flotar en el ambiente, pero ni Maxine ni Carey encontraron el valor para sonreír.

Con la excusa de despedirla hasta el día siguiente, dio un paso adelante y la envolvió entre sus brazos. Le frotó la espalda con caricias pausadas.

—Por suerte, no ha pasado nada —la tranquilizó Maxine.

—Eres un encanto, Max —musitó Carey, hablando muy cerca de su oído—. Sabía que nada de este mundo de pervertidos conseguiría cambiarte.

A Maxine le extrañó que le hablara con tanta pasión, como si acto seguido pretendiera emprender un viaje muy largo. Supuso que las emociones la habían sobrepasado esa noche y solo la estrechó, sospechando que lo necesitaba.

Cerró los ojos para disfrutar del abrazo por la parte que le tocaba.

Era oficial. Se alegraba de haber conocido a Carey Reynolds a pesar de su mal comienzo.

A veces, era mejor dar el paso equivocado a no darlo en absoluto.

Capítulo 29

Maxine estaba entusiasmada. Iba a hacer un plan diferente con Carey en la isla. Aunque se trataba de una fiesta de despedida, porque su amiga regresaría a California a la mañana siguiente después de empalmar el festival con el ferry hasta Koh Samui, estaba dispuesta a vivirlo como si no tuviera un sabor amargo.

Andaba indecisa entre los tres modelitos que había extendido sobre la cama cuando oyó los pasos de Hurricane.

Había aprendido a reconocer los sonidos que emitía no solo al caminar, siempre de forma pausada pero firme, sino también al tomar aire; diferenciaba las respiraciones profundas de cuando por fin había conciliado el sueño de las respiraciones entrecortadas cuando estaba excitado y trataba de controlarlo. Se estaba habituando a su compañía, y, aun así, cuando lo vio aparecer, reaccionó con una ilusión desmedida, como si su presencia fuera insólita.

Cabeceó a modo de saludo y fue directo a su habitación. No la había pisado desde que se acostó la noche anterior, sin esperar su regreso ni pedir explicaciones sobre lo ocurrido con Carey. Cuando Maxine había despertado esa mañana, lista para practicar deportes acuáticos en la playa de Chaloklum, Hurricane ya no estaba. No lo encontró ni en el comedor, ni en la excursión al muelle para estrenarse en el *wakeboard* y el *kitesurf*, ni echando la siesta.

Aunque le habría gustado preguntarle dónde había estado, se mordió la lengua. Aprendió la lección la única vez que se le ocurrió interrogarlo sobre su paradero.

Pero quería estar cerca de él. No había podido sacarse de la cabeza la manera en que la había mirado la noche anterior mientras duró el juego, como si fuera un milagro. Había confirmado las corazonadas que la acompañaron desde el día en que lo conoció: ella era capaz de conmover al amo de hielo. Porque lo había complacido, eso sin lugar a dudas..., pero no lo suficiente, o eso se había estado repitiendo todo el día.

Fue la sensación de haberse quedado cortos durante la sesión lo que la impulsó a asomarse bajo el umbral de su habitación. Lo encontró tendido sobre la cama de cualquier manera, mirando, inexpresivo, el libro que llevaba días entreteniéndole. Llevaba unos pantalones de lino blancos y una camisa de manga corta del mismo tejido, pero de un tono celeste que arrancaba destellos azulados a sus ojos casi siempre en blanco y negro.

Hurricane se percató de que estaba allí y alzó la barbilla.

—¿Pasa algo? —inquirió sin rodeos.

—Yo... Me supo mal que te tuvieras que conformar con... Digamos que ayer por la noche tú no... Fue una faena que no... acabaras, ya me entiendes —balbuceó Maxine, jugueteando nerviosa con el conjunto de pulseras. Le daba vergüenza mirarlo a la cara. Quizá incluso miedo, por si encontraba en su expresión un reflejo de su sugerencia fuera de lugar—. Con todo el tema de Yellow Bird, te quedaste a medias.

—Como debía ser —resolvió con sencillez—. Lo que no habría sido justo es que no hubieran parado los juegos para abordar el problema.

—Sí, claro, por supuesto —se apresuró a contestar, ceñuda—. Anoche tardé en volver porque estuve con ella y se encontraba muy... afectada, como te podrás imaginar. No sabría decirlo, pero si no se hubiera tomado la justicia por su mano, podría haber ocurrido algo mucho peor. Mi preocupación por Yellow Bird no quita, por otro lado, que me sienta cómoda con la idea de que... No me malinterpretes; me parece muy serio lo que pasó y eso es incomparable con ninguna otra cosa, sin peros. Solo estaba sacando a colación el hecho de que tuviste que irte a dormir... muy

incómodo.

Hurricane centró en ella una mirada intensa que no supo con qué relacionar. En sus ojos parecía brillar la molestia de un enfado pulsante, pero ¿acaso había dicho algo malo?

—Solo estabas sacando a colación un hecho —repitió muy despacio—. No creo que me recuerdes lo de anoche para regocijarte en el gatillazo, porque no eres una sádica. ¿Qué me estás queriendo decir, entonces? ¿Que podrías encargarte de compensarme?

Aunque había sido ella la que había sacado el tema, se sintió violenta de pronto.

—Bueno, tú hablaste de compensaciones ayer mismo en la playa —se justificó con torpeza. Tenía la impresión de que Hurricane condenaba su iniciativa—. No te gustaba que te debieran nada, dijiste, y supongo que yo también me siento en deuda sabiendo que dejé insatisfecho a mi... amo.

—Pensaba que solo éramos amo y sumisa fuera de estas cuatro paredes —respondió en tono inexpresivo—. Me acuerdo de lo mucho que te esforzaste por aclararlo aquel día en Vesper's, cuando intentamos hablar de nuestros límites y tú enseguida mencionaste a tu novio.

—¿Qué tiene eso que ver? —replicó con aspereza.

No le gustó que mencionara a Dylan, y menos para insinuar que debería sentirse culpable.

Hurricane se incorporó en la cama haciendo acopio de su paciencia.

—Tiene que ver con que en privado no habría compensaciones de ningún tipo a no ser que fueran a beneficiarnos en el rol de alguna manera, porque tú habías venido aquí a recuperar a tu novio, no a follar con nadie. ¿O no me propusiste que nos quedáramos dos horas aquí para evitar chismorreos, pero jugando a las cartas o viendo la televisión?

—¿Y qué tiene de malo cambiar de opinión? —le espetó, agarrada a los puños.

—Tú sabrás qué tiene de malo cambiar de opinión, Maxine —respondió con suavidad impostada. Se fue levantando muy despacio en dirección al baño—. Entiendo que despertar los celos de tu novio en público pueda ser una estrategia para que vuelva contigo, pero ¿qué conseguirías masturbándome en tu dormitorio? ¿En qué beneficiaría a tu propósito?

—Hace rato desde que no hago lo que hago solo para llamar la atención de Dylan —masculló entre dientes.

Hurricane la miró desde el acceso al servicio con el pomo de la puerta en la mano.

—¿Y para qué lo haces? Porque me parece que estás perdiendo de vista tus objetivos a costa de poner tu interés en la persona equivocada.

El miedo la embargó al comprender lo que acababa de insinuar.

—Pero ¿qué te pasa? ¡Es solo sexo! —exclamó, ruborizada por la impotencia—. ¡Pensaba que estábamos aquí para eso!

Hurricane soltó el picaporte y se encaminó hacia ella con gesto sombrío.

—Es solo sexo hasta que no puedes pasar ni cinco minutos sin ponerle la mano encima a una persona —la cortó con la voz afectada por algo de la familia de la ira, pero que seguía sin serlo. Su filtro de disciplina impedía que las emociones afloraran en su estado más puro, y, aun así, Maxine se quedó inmóvil, asombrada por el arrebato—. Es solo sexo hasta que te ves de pie en su dormitorio inventando maneras de pedirle que te preste su cuerpo. Es solo sexo hasta que sacrificas tus principios, tus intereses y tu vergüenza para captar su atención.

—¿Y en qué se convierte el sexo a partir de ese momento, eh? ¿En amor? —lo retó, haciendo un esfuerzo hercúleo para disimular que temblaba por dentro, aterrorizada por la descripción que había dado de sus emociones—. Si no das besos, no te involucras y les saltas de esta manera a tus sumisas porque temes que se enamoren de ti, descuida, que yo estoy muy a salvo de tus encantos.

Él apretó la mandíbula para mantener a raya una sonrisa amarga.

—Tan a salvo que no puedes estar en la misma habitación que yo sin improvisar una manera de estrechar el espacio que nos separa.

—Te debes de creer irresistible —jadeó, indignada.

—¿Me lo creo yo —ladeó la cabeza para mirarla desde otro ángulo— o te lo has creído tú?

Maxine tragó saliva.

—Hemos hablado suficientes veces de mí como para que te quedara claro que mi corazón está comprometido —se defendió sin tenerlas todas consigo—, pero que estoy dispuesta a experimentar con mi cuerpo. Supongo que ha sido mi error dar por hecho que eres más listo de lo que pareces y me entenderías mejor.

—No todo el mundo puede follar durante un tiempo indefinido sin comprometer sus sentimientos, Maxine, y me temo que hay partes de ti que no cederías nunca si no hubieras entregado antes tu corazón.

—Gracias por darme una clase magistral sobre quién soy —ironizó con el cuerpo en tensión, en el fondo avergonzada porque hubiera acertado—. ¿Qué se supone que te he cedido para que hayas llegado a la conclusión de que te amo con locura? ¿Mi culo? Que valore tus habilidades manuales no quiere decir que pretenda casarme contigo. Nunca pensé que a un amo sadomasoquista le molestaría descubrir que su compañera le desea..., pero si tienes un problema con eso, no seré yo la que se haga cargo.

Dicho aquello, se dio media vuelta camino de su armario.

Se sentía tan avergonzada por el desarrollo de la conversación que había perdido la sensibilidad de la cara. Estaba agradecida con el cielo porque Carey la hubiera citado en la fiesta de la Luna Llena; así podría pasar el resto de la noche lejos de Hurricane y de sus insinuaciones, a cada cuál más terrible que la anterior.

—Solo quería establecer los límites de nuestra relación para que no haya confusiones —oyó que le decía él. Había recuperado su voz queda, ese tono lánguido y a la vez sólido que protegía sus verdaderas emociones.

Maxine fingió que estaba ocupada guardando los modelitos que no se pondría.

—Me alegra que lo hayamos aclarado —acotó sin más—. Por mi parte, estate tranquilo, que no volverá a haber un malentendido.

Maxine decidió seguir una página web de consejos de estilismo para decantarse por un conjunto festivalero: vaqueros cortos de talle alto y deshilachados por los bajos y top con tiras entrecruzadas que dejaba parte de la espalda al aire. Se calzó unas zapatillas de lona y pisó fuerte hasta el lugar de reunión donde Carey la había citado, uno de los callejones de acceso a la fiesta donde adquirirían las entradas por doscientos bahts.

La fiesta playera más famosa del mundo se celebraba en Haad Rin cada noche de luna llena. En cuarenta años se había alzado como una de las actividades lúdicas imprescindibles de los viajeros no ya en su paso por Koh Phangan, sino por Tailandia a secas. Congregaba de diez a treinta mil asistentes dependiendo de la época.

Carey estaba entusiasmada cuando se reunió con ella a las puertas del recinto. Ya desde aquel punto, pudieron ver los diversos escenarios con DJs, los puestos de comida y bares repartidos a lo largo de la misma orilla, ejerciendo de muralla entre el mar y la arena, y a gente de todas las edades, pero sobre todo veinteañeros. Bebían de cubos de playa hasta los topes de combinaciones

imposibles de alcohol. En cuanto Carey le ofreció del suyo, que también compartía con Gin Fizz y Manhattan, dio un generoso sorbo a la pajita.

Le habría gustado decir que sonaba «de fondo» una combinación de *techno, house, drum & bass, R&B* y reguetón, pero tuvo la música incrustada en el oído y vibrando dentro de su pecho desde que se adentró en la playa.

—Ni se te ocurra quitarte los zapatos, ¿eh? —gritó Carey para que la escuchara, pasándole el brazo por los hombros—. Puede sonar muy bonito eso de sentir la caricia de la arena bajo los pies, pero aquí la gente está fumando, bebiendo y probablemente también follando. No creo que quieras pisar un condón usado, un cristal roto o volverte a casa con una colilla entre los dedos, ¿a que no?

Maxine negó con la cabeza y le sonrió al verla tan emocionada. Estuvo a punto de suspirar de alivio, feliz de haber perdido de vista a esa Carey conmocionada que habría preferido no conocer. Le aterraba pensar que algo pudiera afectar a una mujer con su carácter.

Se había arreglado para la ocasión con un maquillaje de noche —labios rojos, ojos ahumados —, un moño desenfadado y un vestido ajustado de croché con ropa interior del color de su piel debajo. De lejos, parecía que no llevaba nada. Se había pintado dos banderas estadounidenses, una en cada mejilla. No era nada fuera de lo común: reconoció a un par de suecas y a un grupo numeroso de canadienses gracias a los símbolos representativos que portaban.

—¿Te pasa algo, pelirroja? —le preguntó Carey en voz alta, deteniéndose en medio de la explanada antes de reunirse con los dos sumisos que bailaban al ritmo de B.I.T.C.H. de Megan Thee Stallion. La tomó de la barbilla y se la alzó—. ¿Qué es esa carita de perro?

—Lo siento —se apresuró a decir con las mejillas ardiendo—. Dame un poco más de ese mejunje asqueroso y estaré bailando como la que más. Me encanta la música comercial.

Carey se rio con ternura.

—No era un reproche, idiota. Yo te quiero tal y como eres, incluso tristona en un festival. —Le robó un beso rápido en la mejilla—. ¿Ha habido problemas en el paraíso, aka con Hurricane?

—¿Es el mejor sitio para hablar de eso...? ¿O para hablar, a secas? —vaciló, dubitativa—. Porque me habría gustado preguntarte si te sientes con ganas de contarme lo que pasó ayer...

—Ah, no, no, no, de eso no vamos a pronunciar ni media palabra. Los problemas hay que enterrarlos enseguida. Como te sientes sobre ellos, se te acaba pegando el culo a la silla y no te vuelves a levantar. —Aireó la mano para cortar la conversación y le ofreció el cubo, que olía a una mezcla de ginebra, ron blanco y whisky que echaba para atrás. Maxine torció el morro antes de dar un segundo sorbo. Le gustaba cómo el alcohol quemaba al bajar por la garganta—. ¿Y?

—Resumiendo mucho —articuló con dificultad después de tragar—, me ha dicho que cuidadito con enamorarme de él porque soy la clase de chica a la que le guiñas un ojo y ya se pone a mirar destinos de luna de miel.

Carey soltó una potente carcajada.

—¿Y acaso es mentira? —se burló en tono amistoso—. Es una de las cosas que me gustan y me sacan de quicio de ti, que todavía crees en el romanticismo tradicional y ves magia donde solo hay un tío que se sabe un truco barato. Es enternecedor y también inquietante, porque no le ha traído nada bueno a las mujeres. —Sacudió la cabeza e hizo una pausa para sorber con ganas del cóctel—. ¿Por qué Hurricane te lo diría como algo malo?

—Supongo que nada le horrorizaría más que tener que lidiar con una mujer obsesionada con él —bufó con sarcasmo. Le habría gustado poner los ojos en blanco, pero se le escapó una nota de amargura al agregar—: Tiene pinta de que le ha pasado un millón de veces.

—¿Por qué? ¿Te ha insinuado que es un rompecorazones?

—No. Simplemente le he visto la cara —respondió con desahogo, encogiéndose de hombros. Carey se rio con ganas sin dejar de menear los hombros al ritmo de la canción—. Es tan descabellado que sugiera que podría desenamorarme de Dylan, pasar el duelo y obsesionarme con él en apenas tres o cuatro días que no sé cómo no le ha dado vergüenza insinuarlo. Menudo chalado —apostilló con desdén.

—Esto se remonta a un mes vista, cariño; tanto la ruptura con Dylan como el encuentro con Hurricane. Llevas desde que me rompiste el móvil y fuiste a Vesper's con el duelo y la obsesión, que, por cierto, se pueden vivir a la vez. —Carey se la quedó mirando. El alcohol la estaba afectando, pero no parecía perder la noción de sí misma por culpa de las sustancias, sino todo lo contrario. La bebida la elevaba espiritualmente, como la ayahuasca a un chamán canario—. Me recuerdas tanto a mí que a veces no sé si sacudirte o consolarte con un abrazo.

—¿Que yo te recuerdo a ti? —repitió Maxine después de sorber de la pajita. Echó una ojeada alrededor, buscando la complicidad de un público que encontrara igualmente irrisorio su comentario. Las luces de neón de la decoración de la playa y la comba de fuego en la que saltaban los más atrevidos la obligaron a entrecerrar los ojos—. Vaya estupidez. Ya me gustaría parecerme un poco.

—No tienes nada que envidiarme. Ni a mí, ni a nadie. Y el carácter se forja —le advirtió con las cejas enarcadas—. Ninguna mujer nace en este mundo con la seguridad en sí misma que yo derrocho. Una tiene que luchar contra convenciones sociales, el desdén de los hombres que creen que debes de hacerte pequeña bajo su mirada o conformarte con puestos inferiores al que mereces, los prejuicios y el romanticismo carcelario que nos inculcan.

»Yo fui como tú —insistió, mirándola con una mezcla de afecto e inquietud—. Una chica que habría hecho cualquier cosa con tal de garantizarse el amor de a quien creía que necesitaba para ser feliz. Reconozco a una mujer dependiente cuando la veo; por eso sentí una conexión contigo el día que te conocí.

Maxine no supo si tomárselo como un halago.

—¿Y qué hiciste para cambiar?

—Llega un momento crucial en el que no queda otro remedio que abrir los ojos y poner los pies en la Tierra. —Maxine tenía que fijar la vista en sus labios para comprender lo que decía. La música y el abuso de alcohol trataban de sofocar sus palabras. Eran importantes para Carey, porque perdió la mirada en un punto por encima de su hombro mientras se acariciaba una zona concreta bajo el pecho—. Por eso al final siempre me decanto por consolarte con un abrazo y no te sacudo. Cada uno tiene su proceso, y sé que tarde o temprano llegarás a la conclusión obvia, que es que no puedes seguir poniendo tu vida al servicio de un hombre por más que lo quieras. Ni de Dylan, ni de Hurricane.

Maxine bajó la mirada al punto donde Carey había posado la mano.

—El otro día me fijé en que tienes una cicatriz un poco aparatosa a la altura de las costillas flotantes —se oyó decir entre balbuceos—. Estábamos... estábamos jugando a eso de acariciar a los participantes con los ojos vendados y lo noté. ¿Qué te pasó?

La sonrisa de Carey no se tambaleó ni un ápice, pero la luz se apagó en sus ojos.

—Oh, eso —dijo con frialdad—. Ya sabes. A veces, las mujeres se caen por las escaleras.

Maxine arrugó el ceño. Creyó haber entendido el trasfondo de la contestación, pero se rebeló contra el amargo sentimiento que la invadió e inquirió:

—¿Estuviste casada?

—Con el diablo en persona —confirmó con un tono afilado que no le había oído nunca—, pero por eso ahora sé caminar sobre las brasas. No te voy a decir que no hay mal que por bien no

venga, porque ese dicho es una mierda como un castillo, pero sí es verdad que si sales de ahí de una pieza te conviertes en una jodida eminencia espiritual.

—¡Aquí estabas! —exclamó una mujer menuda con un corte de pelo pixie. Lo tenía teñido de rosa. Era Gin Fizz, la sumisa que Carey había paseado por el recinto de Fuego y Sangre con orgullo—. ¿Qué haces que no bailas? No será que necesitas una ayudita para animarte...

Maxine vio sonreír con malicia a Gin Fizz mientras rebuscaba en la riñonera que llevaba cruzada al pecho. Del interior sacó un frasco minúsculo, una bolsita de plástico que contenía una buena dosis de polvo blanco y otra repleta de pastillas de colores. Sacudió las tres cosas en las narices de Carey, que meneó la cabeza, como si la diera por perdida, antes de arrebatarle las píldoras.

—No se te puede dejar sola ni cinco minutos, ¿eh? —la regañó la dominatriz—. ¿De dónde has sacado todo esto, cabrona?

—Se lo he comprado a un tailandés guapísimo que se pasea por la playa con más ropa encima de la que yo llevaría si tuviera su cuerpo. Tienes que venir conmigo y conocerlo, ¡te va a encantar! —Luego se giró hacia Maxine, en la que había tardado en reparar. Supo por qué en cuanto la muchacha clavó sus pupilas dilatadas en ella y le sonrió como si no tuviera el control de sus expresiones—. ¡Tú eres Mimosa! ¡Qué bien! ¡Se une más gente a la fiesta! ¿Te apetece tomar algo? Tengo *popper*, coca y MDMA... por ahora. Personalmente no me interesa ni probar la heroína ni los alucinógenos, en plan LSD, pero si esa es tu preferencia, te lo consigo en un periquete. Soy un imán para los camellos. Solo tengo que esperar de pie para que se me acerque un tío con la pinta de un tatuador de sótano y me enseñe lo que guarda en los bolsillos de la gabardina. ¡Que te lo diga Carey!

—¿Os habéis dado los nombres? —preguntó, dudosa. Todavía estaba demasiado afectada por lo que su amiga había dado a entender sobre un tumultuoso matrimonio.

—Hombre, ¡pues claro! —exclamó Gin Fizz, pasándole el brazo por los hombros a Carey, que le sacaba veinticinco centímetros de estatura. La miró con afecto—. No puedes meterle toda clase de artilugios por el culo a una tía y no decirle cómo te llamas.

Carey soltó una carcajada.

—¿Y Elio? ¿Dónde está?

Gin Fizz echó una ojeada alrededor antes de localizar a un chico bailando a solas, no tan poseído por el ritmo de los primeros acordes de un tema clásico de David Guetta como por las sustancias de las que había abusado. Era el veinteañero que seguía a Carey a todas partes con la devoción esperada en un sumiso. Tenía facciones delicadas y era delgado y esbelto.

Le recordaba a Timothée Chalamet.

—¡Vamos! —la animó Carey, cogiéndola de la mano y tirando de ella hacia la masa de gente, donde el aire era irrespirable.

Maxine se dejó llevar, aun así, por el entusiasmo de las dos mujeres.

Gin Fizz estaba sobreexcitada, como delataban los tics mandibulares y los movimientos frenéticos, y suponía que Carey lo estaría pronto también. Acababa de colocarse una pastilla en la lengua.

Los espectáculos con fuego de los malabaristas se desarrollaban en la otra parte de la playa, iluminando a una muchedumbre que botaba al ritmo de *Memories* de David Guetta. Maxine se vio transportada a la época adolescente, cuando aquella canción se popularizó y su mejor amiga y ella la bailaban en los campamentos y fiestas sin alcohol. Le traía tan buenos recuerdos que pronto estuvo saltando como la que más cogida de la mano de Carey.

—*All the crazy shit I did tonight* —cantaba su amiga a pleno pulmón, señalando al cielo con

el dedo y con los ojos brillantes—. *Those will be the best memories*[18]*!*

—*I just wanna let it go for the night* —coreó Maxine entre carcajadas—. *That would be the best therapy for me!*[19]

Gin Fizz y Manhattan se unieron al baile informal, el segundo cubriendo el vaso con una mano para que el líquido no saliera volando. Carey había dejado el cubo casi acabado en el suelo para pasarse a las drogas. Maxine dio por hecho que sabría controlarse y no hizo ningún comentario al respecto. La veía especialmente contenta y no quería arruinarlo.

Carey la hizo girar cogiéndola de la mano y la sujetó por la cintura para bailar pegadas. Le robaba besos cariñosos en la cara que Maxine correspondía, borracha y feliz.

De cuando en cuando, Gin Fizz se pasaba con el bote de *popper* y Carey inhalaba con cada fosa nasal para acto seguido bailar con más ganas.

—Qué guapa eres —creyó leer en el movimiento de sus labios. Le colocó un rizo detrás de la oreja y le sonrió con abandono, centrada en la boca entreabierta de Maxine—, y qué poco te lo crees.

—Gra... gracias —musitó ella. Era improbable que la hubiera escuchado, pero pensó que lo deduciría por la sonrisa tímida que le devolvió—. Tú también.

—Hombre, debo de parecértelo si aprovechaste el jueguecito de hace dos noches para venir a hacerme cosquillas con una pluma. Algo me decía que podías ser tú, pero no lo saqué a colación porque siempre me ha dado respeto la posibilidad de espantarte —confesó. Había tenido que inclinarse sobre el oído de Maxine para que pudiera entenderla. Carey la sujetaba por la cintura con firmeza—. Eres tan tierna... —La vio morderse el labio mientras le acariciaba la cara—. ¿Sabes que me gustabas cuando te veía por el gimnasio? Bueno, me gustas todavía.

Maxine fue ralentizando los pasos de baile, como si así pudiera asimilar mejor lo que acababa de oír.

—¿Cómo? —inquirió con un nudo en la garganta.

Carey se acercó más.

—Es verdad que me gustan casi todas las mujeres comparadas con el escaso número de hombres en los que me fijo, pero tú llamaste mi atención enseguida. Estuve encantada de que vinieras a reprocharme lo de tu novio... —Hundió los dedos en su melena y sonrió contra su sien —. Así tenía una excusa para conocerte mejor.

—¿Qué quieres decir? —se rio Maxine, nerviosa. Se separó lo justo para mirarla de frente, tan cerca que sus narices casi se rozaron—. Creo que te estás pasando entre el *popper* y el MDMA, ¿eh? He leído, por cierto, que el tema de las drogas está muy perseguido en Tailandia, así que no te conviene seguir dándole al botecito.

—No digas tonterías. La pasma hace la vista gorda durante la fiesta de la Luna Llena. Priorizan el dinero que los asistentes meten en la isla antes de promover el buen uso de las drogas recreativas —se mofó, acariciando distraída su cabello—. Y no me cambies de tema, pelirroja. Me imagino que es un shock para ti que una mujer te entre, pero no actúes como si yo no te gustara. Es verdad que entre las amigas siempre hay cierta admiración, que algunas nos comportamos las unas con las otras como un puñado de lesbianas, pero lo tuyo es más que eso... ¿o me equivoco? ¿Qué es lo que te pasa? ¿Quieres ser como yo, o quieres estar conmigo?

El corazón empezó a latirle a toda pastilla, casi al mismo ritmo de la nueva canción de *tech house* que rompió los altavoces: *Lose Control*[20].

—¿C-cómo? ¿Qué dices de que yo te... gusto? Carey, escucha, creo que estás demasiado borracha, o drogada, o... Y yo no... A mí no me gustan las mujeres, ¿entiendes?

—¿No? —Carey enarcó una ceja. Dejó de jugar con los rizos sueltos y le rodeó la nuca para

atraerla hacia sí. En tono sugerente, apostilló—: Solo hay una manera de confirmarlo.

Maxine sintió que se desmayaría por la impresión cuando notó la presión de los labios aterciopelados de Carey contra los suyos, pero solo fue el arrebato de emoción que la sobrevino, una mezcla de nervios y acuciante curiosidad.

Una parte de ella sintió rechazo por lo que conllevaban las declaraciones de su amiga, que, según parecía, no lo había sido jamás y solo se le acercó por razones sexuales. La otra, quizá porque estaba demasiado borracha como para negarse una experiencia, correspondió el tentador movimiento de su boca.

Pensó que solo sería un beso, un pico corto y sin mayor importancia, pero Carey separó los labios y la instó a hacer lo mismo con persuasivas caricias en la nuca. Maxine obedeció, turulata y sin poder creerse lo que estaba haciendo. Se estremeció cuando la dominatriz introdujo la lengua en su boca para hacer del beso una declaración de intenciones. Se oyó gimotear algo ininteligible, todavía pegada a Carey, mas no era una queja. La mano de su amiga bajó de la nuca a lo largo de la espalda y la posó en la medialuna de las nalgas, que quedaban a la vista debido al corte del *short*.

Maxine se tensó, no supo si de excitación o de anticipación, cuando le hundió los dedos y profundizó el beso ladeando la cabeza.

No era tan consciente de lo que estaba pasando como de que no le disgustaba en absoluto. Enredarse con una buena besadora no era tan distinto de enredarse con un buen besador; Carey era más suave y olía y se sentía de otra manera, sin duda era una mujer, pero lograba despertar en ella sensaciones muy similares a las que provocaba un tipo que sabía lo que hacía.

Y, aun así, no se trataba de una buena besadora a secas, sino de Carey.

La asociación de su amiga y lo que estaba sucediendo la espabiló e hizo que rompiera el beso entre jadeos. Dio un paso atrás, mirándola con los ojos como platos.

—¿Por qué...? —Tuvo que callarse para recuperar la respiración—. ¿Qué significa esto, Carey? ¿Te habías acercado a mí para... liarte conmigo? ¿Se supone que me has estado consolando porque esperabas que yo...?

—¡Por Dios, Max! —exclamó ella, en absoluto afectada—. Claro que no. Esto es algo que ha pasado porque me apetecía, porque me gustas, pero no significa que no te considere mi amiga. No hace falta que te lo tomes a la tremenda, ¿eh?

—¿Cómo no quieres que me lo tome a la tremenda? ¡Yo no me enrollo con mis amigos! ¡Y antes de que digas nada, es una prohibición que le pongo tanto a las mujeres como a los hombres! —insistió, acusándola con el dedo.

—Es una idea un poco cuadriculada, ¿no te parece? —Puso los brazos en jarras—. No es como si ahora te fuera a pedir matrimonio o no vaya a poder mirarte a la cara. Mujer, ¡solo es un beso! Y no me ha parecido que te disgustara. —Le guiñó un ojo.

Aunque Carey tenía la actitud perfecta para normalizar lo ocurrido, Maxine estaba demasiado conmocionada para entrar en razón.

Tal vez la dominatriz estuviera acostumbrada a abalanzarse sobre sus amistades, tan abierta como era con el sexo, pero no compartían ese rasgo. Le había chocado descubrir que cuando necesitó un hombro en el que llorar, ese hombro se ofreció porque esperaba cobrarse el favor más adelante... y a través de su cuerpo. Estaba avergonzada por no haberse dado cuenta antes. O por no haber querido hacerlo. Carey había coqueteado con ella en más de una ocasión, pero dio por hecho que ocurrió porque estaba en su naturaleza.

Le dolió darse cuenta de que ni una sola de sus relaciones era genuina. Ni tenía una amistad con Carey, ni un noviazgo en condiciones con Dylan. En ambos casos se le había ocultado

información crucial.

Si no se le saltaron las lágrimas, fue porque estaba todavía en shock.

—Me largo —anunció, sacudiendo la cabeza con decepción.

—¿Qué? ¡Anda ya! ¡No digas tonterías y ven aquí...! —Conforme se iba abriendo paso entre los asistentes, la mayoría de ellos borrachos como cubas o drogados, la voz de Carey se perdía —. ¡Maxine! ¡No seas radical...! ¡Max...!

Capítulo 30

Un rato después, Maxine llegó al resort con un significativo agujero en la cartera —los taxis de la fiesta de la Luna Llena se aprovechaban de la demanda— y sin saber muy bien por qué necesitaba desahogarse con Hurricane. Sobre todo después de los términos en los que lo había despedido.

La velada de juegos habría terminado un buen rato atrás, por lo que al menos esperaba encontrarlo en su dormitorio, pero estaba vacío cuando subió para quitarse las zapatillas y tenderse en la cama a contemplar el techo.

Estaba abochornada, decepcionada y sorprendida. En ese orden. No podía creerse que Carey se hubiera acercado con ese propósito a ella, pero más le costaba comprender por qué había aceptado el beso y por qué le había parecido... interesante. Había despertado sensaciones similares al que Rob Roy le dio.

No podía decir que el amo escocés le atrajera como Hurricane, como incluso Dylan lo conseguía al principio de su relación, pero sí le resultaba encantador y no le disgustaba que le prestara atención. Tal vez eso fuera lo que le había pasado con Carey, una mujer a la que había admirado desde el primer día.

Porque no era lesbiana, ¿verdad?, se preguntó, sin saber muy bien cómo tomarse la posibilidad. ¿Bisexual, quizá? Porque la noche anterior habría sacrificado su cordura y su sentido común para seguir en brazos de Hurricane un solo minuto más.

Estaba demasiado borracha para darle vueltas al asunto.

Salió del bungaló para pasear por el recinto, esperando que el aire le refrescara las ideas.

Por el camino se encontró con un grupo de mujeres. Con el descaro que proporcionaba el alcohol, se acercó a ellas. Dejaron de carcajearse, muertas de curiosidad, en cuanto se plantó a una distancia razonable.

—Eh... Hola. ¿Alguna de vosotras estaba con... Hurricane? —planteó sin rodeos—. Ya sabéis, el tipo alto y con el pelo castaño muy claro, los ojos grises...

—Sabemos quién es Hurricane —aclaró la morena menuda.

La que tenía el pelo rubio recogido en dos coletas y un chándal ajustado emitió un suspiro soñador.

—¿Cómo no saberlo?

—Pues lo estoy buscando para contarle una cosa... personal, y no lo he encontrado en el dormitorio. Supongo que estaría con alguna sumisa —intentó sonar indiferente, incluso congraciada con la idea, pero hasta ella se notó la sonrisa forzada—. ¿Tenéis alguna idea de con quién?

—¿Hurricane? ¿Con una sumisa? ¿Una que no seas tú? —repitió la tercera presente, otra morena con aspecto exótico y acento indio—. Que yo sepa, no se ha encamado con nadie desde que llegó. De hecho, hablamos bastante entre nosotras de quiénes nos llaman la atención, y Hurricane está tanto en la lista de amos interesantes como en la de inaccesibles. Sunny, aquí presente, se le insinuó el primer día. El tío le dijo que era fiel a Mimosa y que se olvidara de él.

—No con esas palabras, claro —apostilló la pequeña pelinegra—. Es más cordial que eso.

Maxine buscó la mirada de la aludida para confirmar que así era, notando una desagradable presión en el estómago. Sunny, la chica de las dos coletas, se encogió de hombros como si no le importara, pero sonó ardida al confirmarlo.

—Me dieron ganas de preguntarle para qué había venido. Si lo que quieres es acostarte

exclusivamente con tu compañera, puedes quedarte en el club sadomasoquista que frecuentes por cercanía y no atravesar medio mundo para desairar a una tía con mi cuerpazo.

—Hombre, la chica se merece la lealtad que le profesan —comentó la morena menuda, guiñándole un ojo.

En lo que llevaba de noche, Maxine había rebasado el cupo de insinuaciones viniendo de mujeres. Dio un paso atrás con una sonrisa turbada, advirtiendo que no se haría cargo del halago, y les dio las gracias de forma atropellada.

—Bueno, os dejo con lo que quiera que estuvierais haciendo.

Se escabulló antes de que respondieran.

En un primer momento no asimiló lo que le habían dicho, pero en cuanto empezó a repasar la conversación y cayó en la cuenta, frenó el paseo, ceñuda.

¿Cómo que Hurricane era leal a su sumisa? ¿Cómo que no se había acostado con ninguna mujer porque era exclusivo?

¿Y por qué diablos le había dicho lo contrario?

La tentó investigar en el resort un punto elevado desde donde apreciar el amanecer, pero lo pospuso por su propio bien. Seguía con la cabeza embotada y el equilibrio viciado. Regresó al bungaló, y supo por el aroma que flotaba en el ambiente que Hurricane también había vuelto.

Lo encontró consultando el móvil con tan solo el pantalón de algodón del pijama.

Esta vez, cuando sus miradas se encontraron en silencio, Maxine no se reprimió a la hora de satisfacer sus dudas.

—¿Dónde estabas? ¡He llegado a las cuatro de la mañana y no te he visto, y el juego habría acabado para entonces! ¡Y no me digas que estabas divirtiéndote con otras sumisas, porque dando un paseo me he encontrado a no una ni dos, sino a tres que me han afirmado con rotundidad que tú no has pisado otra cabaña distinta a esta en lo que llevamos de experiencia!

Hurricane enarcó una ceja, como si no entendiera el reclamo.

—He estado aquí todo el tiempo —fue lo único que respondió.

—Dios, ¡odio cuando los hombres hacéis eso! —rezongó ella, exasperada. Empezó a moverse de un lado para otro, frenética—. ¡Os hago mil preguntas y solo contestáis lo que os conviene! Y no —apostilló, frenando en seco para acusarlo con el dedo—, guapito de cara, no has estado aquí, porque he llegado hace un rato y tu dormitorio estaba vacío.

Le pareció que el amo pestañeaba deprisa para ahuyentar una carcajada inoportuna.

—Pues el «guapito de cara» estaría dentro del baño, porque te aseguro que no se ha movido de aquí —insistió con una calma que intentaba poner de relieve el histerismo de Maxine.

—¿Por qué me mientes? —le espetó, ya sin paciencia. Lo ocurrido con Carey y el cansancio generalizado no ayudaban a que contuviera sus impulsos—. ¡No estabas! ¡Te habría visto! ¡Y un puñado de sumisas me han dicho que vas por ahí proclamando que eres fiel a tu acompañante! ¿Se puede saber qué necesidad había de hacerme creer que te escabulles todo el día para follar con otras cuando podrías haberte callado?

—¿Estás segura de que quedarme callado es una opción cuando no dejas de bombardearme con preguntas? ¿Acaso aceptarías mi silencio? —inquirió, forzando su divina paciencia para no devolverle los gritos.

—¡Lo habría aceptado a priori, pero ahora ya no! —rugió, fuera de sí—. ¿Por qué querrías que pensara que te acuestas con otras sumisas?

—¿Por qué te creerías lo que te han dicho tres mujeres de las treinta que tiene que haber en Fuego y Sangre? —contraatacó, aguantándole la mirada—. No es como si pudieran hablar por el resto. ¿Y qué sabrán ellas, o qué sabrás tú, ya puestos, de si le pido o no a mis amantes que no

vayan pregonando por ahí que nos vemos en privado? Que soy un hombre discreto no es nada nuevo, Maxine. Toda la que se mete en la cama conmigo sabe que no va a poder convertirlo en un jugoso cotilleo.

Se sintió estúpida, porque tenía razón. Lo más probable era que Hurricane, en su papel de caballero de brillante armadura, hubiera querido evitarle una crisis de autoestima a una mujer soltándole una patraña sobre su exclusividad. Así no tendría que decir la verdad: que no se sentía atraído por ella.

Aparte, ¿qué razones podría tener para mentirle sobre su paradero? No tendría sentido...

... A no ser que fuera un mitómano.

Aun así, volvió a la carga con la excusa que se le ocurrió.

En el fondo, solo quería desfogarse.

—¿Lo de que me mientas a la cara diciendo que estabas aquí cuando he llegado también se debe a que eres un tipo discreto? —se burló, cruzándose de brazos.

—No es por nada, Maxine, pero estás borracha como una cuba —replicó con calma, aunque se notaba que estaba al límite de la paciencia—. No me sorprendería que hubieras perdido la noción del espacio y la compañía.

Maxine jadeó, perpleja.

—¿Me estás haciendo luz de gas, capullo? ¡Estoy borracha, no ciega!

—Y también de mal humor, por lo que veo. —Hurricane se incorporó por fin en señal de respeto a la discusión y tomó asiento en el borde de la cama. Estaba despeinado y soñoliento, o cuanto menos desanimado, y llevaba la ropa de dormir. Debía concederle que no parecía haber regresado de ninguna parte—. ¿No se supone que ibas a la fiesta de la Luna Llena a divertirte?

—¿Y no se suponía que tú y yo no íbamos a cruzar límites personales? Todavía estoy intentando entender qué límites se supone que hemos cruzado, pero tú parecías tenerlo tan claro que no entiendo por qué te preocupa de pronto mi bienestar. ¿O ahora sí podemos tener conversaciones sobre nuestros sentimientos?

Pensó que Hurricane se armaría con la actitud fría que la había descolocado esa misma noche, pero se resignó a sostenerle la mirada con los brazos derrumbados sobre el regazo, sin energía para nada más.

—He estado pensándolo y tal vez me comportara como un capullo —reconoció, contenido. Y no porque le limitara el orgullo de los hombres que odiaban pedir disculpas, porque no era una persona a la que se le cayeran los anillos por reconocer sus errores—. Las formas no fueron las mejores, pero lo dije con la mejor de las intenciones. Creo que no nos conviene involucrarnos con el otro, Maxine, y tú y yo estamos... —Se pasó los dedos por los mechones más largos, ondulados por la humedad. «La humedad de fuera», pensó, señal de que no había estado en el bungaló—. Tú y yo estamos tensando la cuerda.

—¿A qué te refi...? —Maxine se tropezó con el borde de la alfombra al tratar de avanzar hacia él. No dio de bruces gracias a que recuperó el equilibrio a tiempo, pero se quedó arrodillada ante él con las manos sobre sus muslos. Si no se movió enseguida fue porque no le pareció que a Hurricane le molestara el contacto. Tampoco era capaz de moverse. Notaba el cuerpo pesado, y la cabeza más aún—. Perdón, es verdad que estoy... un poco perjudicada todavía. Pero te estoy escuchando.

Hurricane se humedeció los labios muy despacio.

—Cuando fuimos al mercado nocturno, te advertí que la atracción puede llegar a ser muy peligrosa. Regodearse en ella como podríamos hacer revolcándonos fuera del rol, además de causar malentendidos, nos conduciría a lugares de los que luego no podríamos salir.

—Podrías habérmelo dicho así en vez de ladrarme como un perro rabioso.

Hurricane exhaló aquella risita desinflada que la llenaba de anhelos.

—Creo que se me puede perdonar que a veces sea humano —murmuró, más para él que para ella. Estaba rogando para sí mismo una absolución que sentía que no llegaría.

—Entiendo que a veces nos pueden las formas. —Sin preguntar, Maxine se apoyó en sus muslos para incorporarse y se dejó caer boca abajo sobre la cama de Hurricane. En cuanto su mejilla tocó el colchón, sintió el impulso de cerrar los ojos y rendirse al descanso, pero todavía estaba sobreexcitada por lo sucedido, y no se le ocurriría desaprovechar una conversación con Hurricane—. En fin, yo creo que no es incompatible follar y ser amigos. O eso me ha dicho C... Yellow Bird esta noche. Se ha abalanzado sobre mí y me ha pegado un morreo que creo que todavía estoy en shock.

—No me digas —comentó Hurricane, que no sonó sorprendido. A Maxine le gustaba que hablara a su espalda. Su voz le llegaba como si fuera la de Dios—. ¿Y cuál es el problema?

—Que yo quería una amiga. No tenía ninguna hasta que Yellow Bird llegó, y pensar que tendré que... cortar el contacto con ella porque solo estaba fingiendo preocuparse por mí para meterse en mis bragas... me entristece, ¿vale? ¡Y me da igual si soy radical! Dudo ser la única persona que ha pasado por esto.

—Yellow Bird parece una mujer a la que le gusta jugar y que toma lo que quiere cuando y como lo quiere, lo que puede descolocar a la gente que no está acostumbrada a este tipo de caracteres frívolos —la apaciguó. Maxine sintió en la redistribución de pesos del colchón que se tumbaba a su lado. Giró la cabeza hacia el amo, aún con los brazos extendidos tal cual había caído boca abajo. Hurricane miraba al techo con la mano sobre el corazón—, pero no creo que su comportamiento de esta noche desmerezca la forma en la que te ha estado tratando. Lo más probable es que solo le apeteciera besarte, lo que no significa que no te aprecie como una amiga. Carey tampoco sería la primera persona que se siente atraída por un colega además de preocuparse por él genuinamente.

Maxine se incorporó sobre los codos, ceñuda, y preguntó:

—¿Cómo sabes que se llama Carey?

Él enarcó una ceja, como si no entendiera la pregunta.

—Lo habrás mencionado en algún momento. Te cuesta recordar su nombre en el rol.

—Vaya, pensaba que era más discreta.

—No eres nada discreta —replicó, divertido—. Nunca, de hecho.

Maxine le dio un manotazo en el hombro. Hurricane ni siquiera intentó defenderse.

Viendo que mantenía la sonrisa nostálgica en los labios, que estaba relajado y habían resuelto el rifirrafe, se dejó llevar por el impulso de tocarlo y se arrastró hacia él. Vigiló su expresión mientras trepó por su cuerpo, asegurándose de que no estaba en desacuerdo, hasta tenderse sobre él con la nariz muy cerca de la suya.

Absorta en su contemplación, Maxine recorrió el perfil masculino con el dedo: la hendidura entre la frente y el puente de la nariz, la escalada hasta la punta y el descenso hacia el arco de Cupido; el rictus serio que rehusaba abandonar sus labios y que solo podría favorecerle a un hombre como él.

—¿Por qué estás siempre tan triste? —preguntó en un susurro.

Sospechaba que la respuesta era un secreto.

Hurricane le rozó la barbilla con los dedos. Tenía la vista clavada en los labios de Maxine, entreabiertos por el deseo de que la besara. Ese que nunca la abandonaba.

—¿Cómo voy a estar triste cuando no dejas de revolotear a mi alrededor? —replicó con una

resignación impregnada de ternura. Aquel tono aterciopelado ablandaba a Maxine.

Él empezó a recorrer su espalda con lentas caricias.

—¿Por qué no ha sonado como si fuera algo malo?

—Supongo que se debe a que me gustan tu sensibilidad y tus... ¿cómo las llamaste? —fingió meditar con un brillo divertido en los ojos—. ¿«Reflexiones peregrinas»?

—¿Lo dices de verdad? ¿No te molesto?

—Quizá un poco —reconoció con un cabeceo—, pero no de la manera que piensas.

—¿De qué manera pienso que te molesto, según tú?

—Tú sabrás, que eres la que parece tan segura de que es un incordio para los demás.

—Siendo sincera —empezó con timidez—, creo que mi torpeza e inexperiencia podrían sacarte de quicio. Lo mejor que puedo decir es que te hago gracia. O que te pongo cachondo. —Lo miró a los ojos, y, en un arrebato, preguntó—: ¿Es cierto? ¿Te pongo cachondo?

Hurricane cerró un ojo para mirarla con cautela.

—Siento que es una pregunta trampa.

—Lo es. Si me decías que sí, te iba a preguntar por qué no me besas.

Hurricane suspiró. Había afecto detrás del hastío hacia su insistencia.

—Me hice una promesa hace tiempo —resumió con parquedad—. Eso es todo.

—¿Es una penitencia, o algo así? ¿O no te gustan? Son un poco babosos, la verdad.

—Sí —concordó, enredando un dedo en uno de sus rizos—. No me parecen para tanto.

—Pero tampoco tienes sexo, y eso sí es para tanto.

—No sigas con las preguntas personales, Maxine —le rogó, cansado.

—Mimosa —corrigió ella, irguiendo el cuello con orgullo.

El gesto de advertencia de él dio paso a uno malicioso.

—Un poco mimosa sí que eres —valoró para sí mismo. La escrutó en silencio sin dejar de acariciarle el pelo—. ¿Qué quieres de mí, Maxine? ¿Por qué tanta insistencia y curiosidad?

Podría haber respondido una frivolidad en tono casual, pero la intensidad de su mirada le hizo saber que buscaba una respuesta trascendente al problema de la atracción.

—No lo sé. No entiendo nada de lo que está pasando. Yo tenía una pareja y estaba empecinada en recuperarlo, pero entonces... —Se incorporó lo suficiente sobre él para admirarlo en todo su esplendor, los ojos tristes, las cejas permanentemente enarcadas en un gesto expectante, como si esperara de ella las mayores maravillas—. ¿Por qué, de pronto, solo pienso en...? Supongo que lo que me gustaría obtener de ti es... una explicación. Que arrojaras un poco de luz al asunto.

—Quieres que te diga por qué me deseas —dedujo Hurricane con voz queda.

La respuesta se le atascó en la garganta.

—Sí. —Hizo una pausa para tragar saliva y apoyó la mejilla sobre su pecho para descansar por fin. Cerró los ojos y se concentró en su ritmo cardiaco—. Por favor.

—No puedo darte una explicación racional. Estas cosas pasan, sin más.

—Entonces solo dime que no estoy sola en esto —le suplicó con balbuceos. Los latidos de su corazón la estaban sumiendo poco a poco en un sueño reparador—, que no soy la única y tú... me correspondes.

Hurricane dejó correr el tiempo suficiente para que Maxine acabara durmiéndose. Solo cuando estuvo en el quinto sueño, tendida sobre su pecho como si fuera una capa más de su piel, él le cubrió la cabeza con una mano protectora y se dejó caer hacia atrás con un suspiro rendido.

Se quedó valorando el techo con la mirada perdida, incapaz de apartarse de ella o detener las caricias que prodigaba a su melena. No se atrevió a pronunciarlo en voz alta, por si los demonios

se lo llevaban, pero cerró los ojos y, muy despacio, asintió con la cabeza.

Capítulo 31

Por qué miras tanto el móvil?

Maxine ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba un buen rato con el chat de Carey abierto. Los últimos mensajes que habían intercambiado eran relativos a la quedada en la fiesta de la Luna Llena, y desde entonces había transcurrido casi un día entero.

—No sé si escribirle a Carey —reconoció. En vista de que se le había escapado su nombre real, no veía la necesidad de seguir llamándola por su apelativo en el rol. Además, la dominatriz ya no formaba parte de él—. No estaría mal desearle un buen viaje de vuelta.

Hurricane enarcó una ceja. Estaba terminando de doblar unas prendas sobre la cama.

Maxine no podía mirar su torso desnudo sin ruborizarse. Había dormido sobre él toda la noche, y aunque no se había quejado, temía que le recordara los límites que debían respetar.

—¿Y por qué no lo haces? —inquirió en tono conciliador.

—Porque ella no me escribió anoche para preguntarme si había llegado sana y salva al resort. Ni para pedirme disculpas por lo sucedido. Ni para decirme imbécil o sensiblera por reaccionar como reaccioné... ¡Nada! —exclamó, entre angustiada y molesta.

—¿Y? Alguna de las dos tendrá que iniciar la conversación, ¿no? ¿Tan importante es quién lo haga?

Maxine le lanzó una mirada perdonavidas a Hurricane. Este agachó la barbilla con una sonrisita traviesa, a sabiendas de que su réplica había sido una provocación en toda regla.

—¡Cuánta ignorancia! ¡Pues claro que es importante! Igual que el cuándo y a propósito de qué. Lo de enviarse mensajes cuando uno está enfadado es toda una ciencia codificada, ¿sabes?

Hurricane se hizo el tonto.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Por ejemplo: si te gusta un tipo, no puedes demostrar demasiado interés respondiéndole de inmediato. Al menos en esa primera fase de flirteo en la que no hay un compromiso, porque, si no, lo espantas. Cuando ya sois novios, claro está, sí tienes que estar pendiente de él. Lo contrario podría interpretarse como una falta de interés. En los enfados también hay un código. El que escribe primero después de una discusión es el que se baja las bragas.

—Y tú no quieres ser la que se baje las bragas —completó, asintiendo—. Comprendo.

—A ver, yo querría desearle un feliz viaje, pero que no me haya escrito nada... me frena, la verdad —reconoció, volviendo a consultar la pantalla—. Como tiene desactivada la última conexión, no sé hasta qué hora estuvo despierta. A lo mejor se ha quedado dormida en el hotel o en la misma playa durante la fiesta y por eso se ha olvidado de escribirme, pero vaya, que eso no es excusa, porque si mi amiga se larga de la nada en plena noche y no me avisa cuando llega a casa, pues yo me preocupo y le fundo el teléfono a llamadas, aunque sea desde el único móvil con batería que encuentre en veinte kilómetros a la redonda. ¡Incluso si ese móvil pertenece a un narcotraficante de dos metros y medio que me pide a cambio un favor sexual!

»Pero si no se ha quedado dormida o tiene el móvil operativo y simplemente no me habla porque está enfadada conmigo —prosiguió—, me cabrearía el doble, porque no veo qué motivos podría ella tener para enfurecerse. No solo me quedé corta a respetarle que era una fresca, sino que correspondí su beso, así que tampoco puede mosquearse alegando que la dejé a dos velas.

»Y si no me contesta porque en vez de molesta está avergonzada, pues yo no tengo forma de saberlo, pero estoy segura de que esa no es la razón. Carey no suele tener remordimientos. Sin ir

muy lejos, cuando descubrí que mi novio le mandaba fotos comprometidas, no asumió su responsabilidad. Insistió en que sentía que yo me lo hubiera tomado mal, y no que ella hubiera sido una zorra. —Hizo una pausa dramática, en parte para recuperar el aliento—. Perdón por utilizar esa palabra, que es muy sexista y peyorativa, pero es que no me ha venido otra mejor a la cabeza. Solo quiero dejar claro que no pienso eso de ella y que incluso si tuviera un problema con su manera de ganarse la vida, no se lo echaría en cara. Es lo bastante mayorcita para hacer lo que quiera.

»Otra alternativa es que no me haya escrito porque está esperando a que se me pase el cabreo a mí. Es la más loable, considerando su carácter y el mío, pero no sé si me siento inclinada a pensar lo mejor de ella porque me gustaría solucionarlo o porque de verdad me parece posible que Carey sea considerada conmigo. Sería curioso que lo fuera ahora cuando anoche no tuvo en cuenta ni mis sentimientos, ni mi estado, ni mis preferencias sexuales, ni absolutamente nada. En fin, ¿tú qué opinas?

Hurricane la estaba mirando con ese gesto a caballo entre la incredulidad y la fascinación que trataba de domesticar cuando Maxine hablaba demasiado.

—Me parece que lo has dicho todo.

Maxine suspiró, hastiada.

—Supongo que no puedo esperar un gran consejo femenino viniendo de un hombre.

—Mi consejo siempre será que, mientras puedas, hagas lo que sientas. Reprimirnos por estúpidas convenciones sociales solo nos hace perder el tiempo.

Maxine dejó caer la mano que sujetaba el móvil.

—¿Has estudiado filosofía?

Hurricane se rio con incredulidad.

—No, ¿por qué?

—Curiosidad. De todas las que conozco, y he de reconocer que no son muchas, eres la persona que más reflexiones interesantes ha hecho a propósito de algún problema que he tenido. En fin. Date prisa, Hurricane, que ya vamos a llegar tarde... —Se paró a pensar en lo que acababa de decir y lo buscó con la mirada para compartir con él su asombro—. Caine. ¡Caine! ¡Eso es!

—¿Qué pasa?

—He dicho «date prisa, Hurricane», y ha sonado tan redundante que he pensado que, para que no lo fuera, tendría que decir «date prisa, Caine».[21] Y entonces he caído en que es un nombre que se ajusta a ti: bonito, masculino, con fuerza y sensualidad... y también interesante. Un nombre que me permitiría llamarte por algo distinto a tu apodo, pero sin que tuvieras que darme datos personales. ¿Qué te parece? —Puso los brazos en jarras y repitió con solemnidad—: Caine.

Hurricane sacudió la cabeza, dándola por perdida.

—Puedes llamarme como quieras.

Maxine le sonrió, y él le correspondió el gesto con su comedimiento habitual.

Se alegraba de que tras el acercamiento del día anterior no hubiera vuelto a retraerse. Se comportaba con naturalidad, al igual que ella, e incluso parecía con los pies en la Tierra, no sumido en aquel estado de disociación melancólica que le generaba tantas dudas.

Como había previsto, llegaron tarde al punto de encuentro de la velada. Con cada día que pasaba, Maxine se sentía más y más segura, incluso emocionada por la manera en que el rol fuera a ponerla a prueba.

Nada más aproximarse a las parejas, que habían tomado asiento alrededor del escenario habilitado cerca de la piscina, le sorprendió toparse con que algunas de las sumisas y amos más cotizados aguardaban de pie sobre la plataforma. Llevaban puesta una banda negra con un

número de dos dígitos.

Estaba intentando comprender lo que ocurría cuando sintió que alguien le ponía las manos sobre los hombros.

—Te estábamos esperando —oyó que le decía Califa—. Eres una novedad demasiado tentadora para no formar parte de la subasta.

—¿Subasta? —repitió, confusa. Dejó que el organizador la condujera hacia el escenario, sobre el que ahora se paseaba una preciosa chica rubia de no más de veinticinco años.

Maxine fue a preguntar el porqué de la dinámica, pero todo sucedió muy deprisa. Una mano salpicada de tatuajes eslavos la invitó a saltar el último peldaño. Era Black Russian en persona quien la quería entre las sumisas, que, según comprendió después de que un hombre enmascarado y semidesnudo golpeara el atril con una maza, se adjudicaban al participante que más interés tuviera en pasar...

—¡Media hora con Bloody Mary en la cabaña número trescientos dos! —aplaudió el apoderado, al que pudo ver sonreír gracias a la abertura de la máscara.

Maxine buscó con la mirada a alguien que pudiera explicarle lo que estaba sucediendo. Fue Black Russian, situado a su lado en una pose defensiva, quien arrojó luz a la situación.

—Si hubieras llegado a tu hora, no estarías perdida —comentó con languidez, sin apartar la mirada del frente—. Nuestros vips listaron esta mañana los nombres de los participantes que les apetecía que se subastaran esta noche.

—¿Como... esclavos sexuales?

—Como amantes. Pasado el rato mínimo fijado, el subastado puede decidir si marcharse o bien dedicarle al comprador el resto de la noche.

—¿Y mi nombre estaba escrito en...? ¿Me han apuntado sin mi consentimiento? ¿Qué es esto? ¿El cáliz de fuego?

Black Russian se giró hacia ella como si no comprendiera su sentido del humor.

Su frialdad la intimidó.

Sorprendía que exudara el peligro de una criatura sobrenatural cuando tenía la apariencia del príncipe azul: cabello rubio, facciones masculinas y ojos transparentes. Eran los tatuajes de los brazos y la forma que tenía de mirar, como si nada le diera miedo, lo que contribuía a su perfil amenazador.

—Diste tu consentimiento en los papeles que firmaste, pero siempre puedes utilizar la palabra de seguridad.

Black Russian sacó de solo él sabía dónde una banda similar a la del resto de subastados y se la ajustó al hombro. Mientras se dejaba hacer, atraída por la dinámica, Maxine se preguntó quién diablos le habría tendido la trampa. Tal vez Rob Roy, pensó, barriendo el perímetro con una mirada cargada de sospecha.

O, quizá...

Tragó saliva al reconocer a Dylan entre el público. Estaba sentado en una de las mesas más cercanas, degustando un cóctel anaranjado, y la observaba con una mezcla de anhelo reprimido y hambre animal que la estremeció.

—¡La número veinticuatro! —exclamó el apoderado, haciéndole un gesto a Maxine para que se aproximara. Ella lo hizo sin apartar la mirada de Dylan—. La sumisa de Hurricane, ¡Mimosa! ¿Quién quiere media hora con ella en una de nuestras habitaciones? Recordamos que para participar en la subasta solo hay que alzar la mano y ofrecer una cifra. El dinero recaudado irá a la fundación dedicada a conservar los parajes naturales de la isla de Nang Yuan, entre otras zonas de nuestro querido golfo, por el momento afectados por el turismo masivo...

—Yo la quiero —anunció Dylan antes de que el apoderado terminara de hablar. Su mano había salido disparada hacia arriba. Sujetaba una paleta con un número grabado.

—Y yo también —intervino Rob Roy, imitando su movimiento desde otra de las mesas cercanas. Maxine lo vio sonreírle con desafío a Dylan—. Tendremos que vérnoslas con pistolas al amanecer.

—¡La subasta empieza en quince dólares! —cacareó el apoderado.

—La subo a quince mil —acotó Dylan, sin apartar la mirada de Maxine.

Se mareó al oír la cifra.

Sabía que el dinero no significaba nada para él. Hacía esos números después de tres o cuatro horas de trabajo. Pero Maxine no terminaba de acostumbrarse a lo que significaba una cuenta bancaria saneada. Con quince mil dólares, pensaba, podría comprarse un coche, o pagar la entrada de un piso modesto, o viajar por Europa. Lo que no haría sería gastarlos en una estúpida subasta alegando que quería a su novia cuando podría habérselo demostrado desde el principio.

—No jodas —rezongó Rob Roy—. Sospecho que la chica lo vale, pero... —Chasqueó la lengua y bajó la paleta a desgana—. Este tío no sabe cómo funciona el tema. Le ha quitado toda la diversión.

Maxine le sostuvo la mirada a Dylan en la distancia, entristecida. Le vinieron a la cabeza todas las veces que trató de solucionar un problema entre los dos sacando la cartera, o que dio por hecho que un regalo caro o una escapada a un destino lujoso le harían más ilusión que una manualidad o quedarse en el sofá viendo una película. Era ridículo que también intentara solventar las diferencias de su relación soltando quince mil dólares al contado.

Bajó las escaleras ayudada por Black Russian y se reunió con Dylan a los pies del escenario. Le lanzó una mirada decepcionada y echó a andar en la dirección que el apoderado les indicó. Ocuparían el bungaló doscientos cuatro. Tendrían que atravesar unos jardines hasta localizar al ayudante que los esperaría con la llave.

—Has comprado media hora conmigo —le recordó con desdén cuando ya habían iniciado la marcha—, pero no te has ganado ni mi cariño, ni mi perdón.

—¿Tu perdón? —oyó que preguntaba.

Maxine se giró hacia él, obligándole a frenar antes de chocarse con ella.

Su tonillo incrédulo había bastado para alterarla.

—Sé que intentaste echarme yéndole a Califa con el cuento de que abofeteé a Aqua Velva —le espetó con todo el rencor acumulado—. Deberías habértelo pensado mejor, ¿sabes? En algunas esferas tú tienes más influencia que yo, pero aquí cuento con la simpatía de la cúpula organizativa.

Estaba tirando un farol, porque no era del todo cierto. Había llegado hasta allí gracias a Carey y se quedó después del incidente porque Califa intercedió por ella, pero dudaba que pudiera considerarlos sus amigos.

Ni siquiera a la dominatriz, visto lo visto.

Le sorprendió reparar en que le urgía más llamarla que reconciliarse con Dylan.

—Ya veo —murmuró él, mirándola de arriba abajo. Esa noche, Maxine se había decantado por un salto de cama negro—. No sé qué si es que te has juntado con las personas adecuadas o yo estaba equivocado y en el fondo sí eres... fetichista, pero te noto diferente.

Lejos de regodearse en su tono admirativo, Maxine estuvo a punto de venirse abajo.

Llevaba queriendo escuchar aquello desde que emprendió el viaje. Ahora se daba cuenta de que uno tenía que tener mucho cuidado con lo que deseaba.

—¿Por eso ahora no solo te resignas a verme por aquí, sino que intentas pasar la noche

conmigo?, ¿porque ya no parezco esa mojigata con la que no podías conformarte? ¿Ahora soy digna de ti?

Dylan apartó la mirada, no tanto por vergüenza como por hastío hacia la situación. Hasta ella empezaba a cansarse a sí misma de la misma perorata. Llegó a la conclusión de que quería soltar el tema de una vez por todas, solucionar para bien o para mal su relación con Dylan y no volver a llorar por amor ni a sufrir ataques de pánico nunca más.

—A mí también me sorprendió reaccionar así. No creas que pasé la noche dando vueltas en la cama pensando en cómo joderte. Simplemente vi a Califa a la mañana siguiente del altercado, y... y me salió. Me conoces, Max —insistió en tono suplicante—. Sabes que yo no hago las cosas por malicia, casi siempre es el resultado de un comportamiento negligente. O de los putos celos —reconoció con dificultad.

—¿Celos? —repitió, anonadada—. ¿No era esto lo que querías?

Dylan miró a Maxine como si se hubiera vuelto loca. Dio un paso adelante, refugiándose bajo la sombra de la misma palmera en la que ella se había detenido al cruzar el jardín.

—¿Ver cómo se la chupas a un desconocido como si estuvieras enamorada de su polla? No, no es lo que quería —jadeó, pasmado porque tuviera que explicarlo—. Mis fantasías no contemplaban que ese hombre y tú os pasearais como dos novios adolescentes.

Maxine contuvo la respiración.

—Eso... eso no pasó hasta varios días después de tu chivatazo, Dylan —fue lo único que se le ocurrió decir para justificarse.

—Pero la primera noche me dijiste que habías venido con Hurricane, el tipo que te gustó cuando fuiste al club, y eso ya delató tu fijación. Cuando ocurrió lo de Aqua Velva, pensé que podrías estar obsesionándote con él, o... o follando con él sin parar; que sería más un amante que un compañero puntual, y... —Se pasó la mano por el pelo y la miró avergonzado—. De acuerdo, sí que di vueltas en la cama, pero no pensando en cómo expulsarte del rol, sino en lo que podrías estar haciendo con el maldito Hurricane y... y en cómo podría yo impedirlo.

—Cómo cambian las cosas —se limitó a murmurar con frialdad.

—No puedes llamarme cabrón por eso —la advirtió con el dedo en alto—. Tú también trataste de evitar mi contacto con Aqua Velva a tu manera, Maxine.

«No volvería a evitarlo», estuvo a punto de responder, asombrada porque esos fueran sus sentimientos. «Si ahora quisieras acostarte con Aqua Velva, apartaría la mirada y me metería en mis asuntos, y es probable que no me doliera en absoluto».

No fue eso lo que dijo, aun así.

—¿Se supone que estás celoso de Hurricane?

—¿Acaso no tengo motivos? —contraatacó él.

A Maxine le habría encantado romper a reír por lo absurdo de la pregunta. ¿Dylan Bradbury, su novio desde hacía años y ahora prometido, el hombre con el que compartía su vida y por el que dejó su trabajo, poniéndose celoso de un perfecto desconocido? Planteado así, la respuesta parecía obvia, pero Maxine se quedó en silencio sin saber qué decir. Porque la verdad era que Dylan Bradbury, su novio, prometido, conviviente, príncipe azul y salvador tenía más de un motivo y más de dos para sentir celos de Hurricane; Hurricane a secas, sin adjetivos que distrajeran de lo que era. Aquella palabra de nueve letras que ni siquiera era un nombre propio conjuraba sensaciones que en ese momento significaban mucho más para Maxine que los múltiples títulos de Dylan, títulos que antaño habría defendido hasta la muerte. Hurricane era un término que se valía por sí mismo y cuya mera pronunciación estremecía su cuerpo, un apodo que evocaba la belleza, la lujuria, el misterio, la aventura, la pasión, la ternura.

En lugar de responder, reanudó la marcha hacia el bungaló para acabar de una vez por todas. Intercambió una mirada rápida con el ayudante, que le abrió la puerta en completo silencio.

Ya no le parecía tremebundo dejar de querer a Dylan y engancharse a un hombre enigmático. De hecho, se le planteaba como una alternativa excitante y justa con sus nuevos sentimientos.

Maxine inspiró hondo, sobrepasada por el giro de los acontecimientos, y se giró hacia Dylan en cuanto lo oyó entrar.

—¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Para qué has pagado ese dineral por media hora? —tanteó con aspereza—. ¿Quieres que te humille? ¿Es eso? ¿Que haga lo que se supone que deseabas tanto que no te importaba sacrificar todo lo que teníamos?

En los ojos esmeralda de Dylan brilló el anhelo de pecar.

—Sí.

Capítulo 32

Maxine disimuló su decepción tras una máscara de indiferencia y lo rodeó como si fuera un obstáculo molesto para coger el extremo de una de las cuerdas ajustables a la muñeca. Habían preparado el bungaló de manera que los participantes no echaran de menos ni un solo juguete. Contaba incluso con un columpio sexual y con las amarras perfectas para inmovilizar al sumiso con los brazos en aspas. Los arneses pendían del techo y quedaban lo bastante a mano para que Maxine pudiera abrocharlos sin dificultad.

—Muy bien —determinó sin vacilar.

Cerró el velcro de una de las cuerdas en torno a la muñeca de Dylan.

Aunque sabía que el rencor no debería motivarla ni siquiera en un juego de rol, dentro de ella hervía el perverso deseo de hacerle daño. Estaba dispuesta a cumplir con el que había sido su objetivo inicial: demostrarle que podía ser la mujer que a él le habría gustado que fuera... solo que ya no quería serlo. No le interesaba impresionarlo.

Cuando Dylan estuvo inmovilizado de manos, Maxine se dirigió a una de las bien provistas estanterías en busca de un juguete concreto. Sentía la mirada ávida de su exnovio pendiente de ella, tratando de anticiparse a su siguiente paso.

Maxine no pretendía ser original. Se había propuesto cerrar el círculo haciendo un guiño al momento que lo desencadenó todo, y por eso se hizo con unas pinzas para los pezones. Se irguió para colocárselas sin preocuparse por si le hacía daño.

Dylan gimió de dolor cuando sintió el metal apretando la carne sensible.

—No me mires a la cara —le espetó Maxine—. Agacha la barbilla.

Él obedeció diligentemente, mordiéndose el interior de la mejilla para soportar el deseo de quejarse. Maxine vaciló un instante, preguntándose si no estaba siendo demasiado dura antes de empezar siquiera, pero abandonó todo escrúpulo al recordar por qué estaba allí.

Se armó con una de las fustas de equitación que colgaban de las paredes y se plantó ante su víctima acariciando el extremo de cuero.

—Quiero que recuerdes aquel día que, siguiendo las órdenes de una mujer que habías contratado por internet, te colocaste unas pinzas como estas donde las tienes ahora —le dijo con la voz hueca. Estaba pendiente de su expresión, semioculta debido a la pose rendida—. Quiero que te acuerdes de lo que sentiste, lo que pasó por tu cabeza. ¿Pensaste en mí, como tanto me juraste? ¿Me imaginaste siendo la que te proporcionaba este dolor? —Presionó el extremo de la fusta contra una de las pinzas, intensificando la compresión—. ¿O era la mierda que te decías para no sentirte un infiel?

—El juego no iba de sentirme bien conmigo mismo, sino de...

Maxine ni siquiera tuvo que mentalizarse para darle un latigazo en un costado. En el fondo lo estaba deseando.

Dylan se quebró hacia el lado contrario, gimiendo con una mezcla de sorpresa y... ¿regocijo?

—No te he dicho que hables —le gruñó Maxine—. Cuando espere respuesta, te daré la orden, pero no quiero oír tus patéticas excusas. Que yo era la protagonista de tus fantasías, decías... —continuó en voz baja, apretando la mandíbula por momentos para contener un acceso de ira. Aferró la fina caña de la fusta mientras paseaba alrededor de Dylan—. Te voy a decir yo cuál era tu verdadero deseo: dejar de ser un cobarde. Tú solo soñabas con tener el valor de cortar con tu novia vainilla y venir hasta aquí, o de lo contrario no te habrías tirado a todas las mujeres de Fuego y Sangre.

—Yo solo te deseo a...

Maxine lo silenció con un segundo golpe, esta vez en el hombro. Dylan gimió más alto y se encogió, llegando a echar la cabeza hacia atrás. La buscó con la mirada, pero ella se había situado a su espalda para no tener que verle la cara.

Los ojos se le humedecieron al recordar la angustia de los primeros días tras la ruptura, cuando no sabía qué sería de ella. Pensó en las semanas posteriores a la visita a Vesper's, marcadas por los remordimientos; entonces creía que debía ser el adalid de los principios de fidelidad que Dylan jamás había compartido, y no se perdonaba andar soñando con otro hombre. Atrajo la noche del reencuentro en Koh Phangan, y revivió el deseo de desaparecer que experimentó cuando su novio la despachó sin miramientos, poco más que burlándose de su sensibilidad por no ser inmune a su interés en otras mujeres.

—Y pensar que esto es lo que te gusta... —murmuró Maxine. Deslizó la fusta por la línea vertical de su espalda, contraída por la tensión. Dylan se estremeció con la sugerente caricia—. ¿Tienes idea de lo humillada que me sentí cuando lo descubrí? No me importaba que le mandaras fotos de tu polla a una desconocida. Eso podría habértelo perdonado, porque así era yo, tu humilde servidora —masculló entre dientes. Siguió explorando los relieves de su cuerpo, esos que había memorizado con las manos y cubierto de besos no mucho tiempo atrás—, pero resultaste ser uno de esos fetichistas asquerosos que mantienen a su mujer en la sombra mientras piden a otras que les hagan lo que no se atreven a decir.

»Ahora me pregunto si, cada vez que te acostabas conmigo, tenías en la cabeza tu fantasía sadomasoquista. ¿Qué era lo que te excitaba, Dylan? ¿Mi cuerpo y mis caricias, o la historia que te montabas en la que yo te vejaba? ¿Alguna vez te gusté por lo que era? Seguro que no. Solo por los disfraces que me ponías en tu imaginación. Solo por la esperanza de que algún día fuera lo que tú querías.

—Max...

Le propinó un azote entre los omoplatos para acallar la respuesta. No quería saberlo, pero le sorprendió darse cuenta de que habría estado preparada para escuchar su confesión.

Aferró con fuerza el mango de la fusta y lo golpeó en una de las nalgas. Dylan se arqueó entre alaridos que se entremezclaban con suspiros placenteros.

—No me mereces —le espetó con la voz teñida de dolor. Se encaramó a sus hombros para hablarle cerca del oído—. No te merecías que viniera hasta aquí, ni que intentara comprenderte, porque tú nunca me prestaste atención. Nunca te molestaste en conocer mi opinión o mis sentimientos sobre la vida que llevaba para complacerte. Te daba igual si no encajaba en tu círculo, si no me sentía cómoda en mi papel de ama de casa, si mi vida no tenía sentido hasta que no llegabas a casa... Te importaba una mierda. Lo único que debía hablarse eran tus problemas con papá, tus problemas con mamá, tus problemas con tus hermanos.

Maxine lo rodeó con el gesto torcido y se detuvo ante él para presionar las pinzas sobre sus pezones. Él se sacudió como si estuviera poseído antes de alzar la barbilla. Como había desoído la orden directa de no mirarla, ella ejerció su derecho de abofetearlo.

En los ojos brillantes de Dylan se entremezclaban la indignación y el placer hasta hacerlos indistinguibles. Eran un reflejo de las emociones que bullían dentro de Maxine, a la que la tortura le estaba resultando inquietantemente catártica.

—Eres patético —le dijo. Las palabras resonaron en el dormitorio como si estuvieran de su parte y quisieran regocijarse en el sufrimiento de Dylan—. ¿De verdad te parece que ahora, solo ahora, estás en un juego de rol? Nunca has sacado la cabeza de la realidad privilegiada en la que vives. Si lo hubieras hecho, te habrías dado cuenta de que no era normal tener en casa a una

muñeca hecha a tu medida, y no te habrías sentido cómodo con su continua sensación de inferioridad. —Lo agarró de la mandíbula y esta vez sí lo obligó a mirarla—. ¿Crees que no ser el favorito de papá es un problema? ¿Crees que no poder follar con quien quieras, cuando y como quieras, es un problema? ¿Crees que el hecho de que tu novia no satisfaga tus fetiches es un problema? Búscate un problema real, Dylan.

Maxine dio un paso atrás, asombrada por la magnitud de su rencor. Se había dejado llevar y había acabado olvidando que debía medir lo que decía; que el juego consistía en hacerle daño para que encontrara placer, no en herirlo de muerte.

Pero pensaba de corazón todo cuanto había salido de sus labios.

Quizá no hubiera sido su opinión durante la relación, pero siempre supo que le tocaría resignarse porque era un apéndice de Dylan, un niño caprichoso y con ínfulas de grandeza. En lo que no reparó hasta que Carey apareció fue en que eran defectos que estaba en el derecho de no perdonarle... y que esa no era la relación que quería.

Dylan Bradbury no era el hombre que deseaba en su vida, en definitiva. Aceptarlo la desequilibró, y siguió retrocediendo hasta chocar con la puerta, como si así pudiera huir de la sensación de orfandad.

Sin comprobar antes si había cumplido la media hora estipulada por la subasta, Maxine abrió la puerta y se arrojó al exterior cubriéndose la boca. Necesitaba vomitar, pero trató de controlar el impulso y se adentró en los cuidados jardines del resort. Estaban sumidos en la oscuridad salvo por las luces que llegaban del recinto.

Maxine apoyó las dos manos en una fuente de piedra y cerró los ojos hasta recuperarse de la impresión. No era así como había imaginado la despedida con Dylan, pero no importaba. No era lo peor que podría haberle pasado, se repitió con la esperanza de creérselo.

Cuando empezaba a recuperarse, se atusó los rizos con las manos temblorosas y echó a andar hacia la explanada. Los participantes menos afortunados de la subasta bebían ajenos a su ansiedad en torno a la piscina. Por más que intentaba enfocar la vista, el shock la tenía desorientada. No pudo fijarse en la hora que marcaba el impresionante reloj de hojalata o en quiénes eran los hombres que se acercaron para hablarle.

—¿Qué? —balbuceó sin comprender, abrazada a sí misma.

—Aún no son las dos —señaló una voz familiar—. Has abandonado a tu comprador antes de que transcurriera la media hora fijada.

—Sí —musitó, porque no tenía sentido negarlo—. ¿Y qué?

—Que la desobediencia se paga con un castigo.

La palabra «castigo» la despertó de golpe.

Reconoció el rostro pálido de Black Russian.

—¿Cómo? ¿Castigarme? ¿Por qué? ¿Por quién?

—Por tu amo, por supuesto. Esta noche has sido cedida para la subasta y no has cumplido con el tiempo prometido. Hurricane tendrá que demostrarte que la rebeldía sale muy cara.

Maxine pestañeó y buscó al aludido entre la concurrencia con un nudo en el estómago.

No le haría caso a Black Russian, ¿verdad? Ni a nadie que le exigiera que le pegara.

Quiso negarse, pero Black Russian y otro de los ayudantes la tomaron cada uno por un brazo. Como si de un ajusticiamiento público se tratara, la alzaron sobre el pequeño escenario provisto de las mismas amarras que le habían servido a ella para inmovilizar a Dylan.

Antes de comprender lo que estaba pasando, vio a Hurricane subir las escaleritas en su dirección. Maxine lo miró con los ojos como platos, rogándole en silencio que no le hiciera daño. Como no pareció dar muestras de haberlo entendido, esperó a que se acercara para cerrarle los

grilletes en cada muñeca y musitó:

—Por favor, Hurricane, no quiero. No quiero esto...

—Hay que hacerlo. Firmaste el contrato, ¿recuerdas? —Maxine halló en su mirada firme la confianza que necesitaba—. Conseguiré que te guste, Maxine. Te lo prometo.

No las tenía todas consigo, pero no era la primera vez que la invadía la extraña sensación de que podía confiar en él. Y era extraña porque, al final del día, ¿qué sabía de Hurricane? Nada. Y, sin embargo, no volvió a mediar palabra mientras el amo terminaba de inmovilizarla. La plataforma que la mantenía en pie se retiró, como si de la trampilla de la guillotina se tratara, para dejarla colgada como al hombre de Vitruvio.

Maxine se sintió observada por el público. Aunque pudiera delatar su debilidad, cerró los ojos y rezó para que Hurricane no la desnudara. Y no lo hizo, pero no disfrutó de un solo segundo de paz: el amo inauguró el castigo recorriéndola entre las piernas con las colas de cuero de una fusta.

Se tensó de tal manera que apretó los puños para desahogar la frustración. Fue trabajo de Hurricane tratar de tranquilizarla paseando por su cuerpo las correas letales del instrumento, que le hicieron cosquillas en la cara interna de los muslos desnudos, entre los pechos expuestos por obra del corsé, en las nalgas que el hilo del tanga dejaba a la vista.

Maxine abrió los ojos al sentir la respiración de Hurricane muy cerca de su escote. La estaba observando con seriedad mientras deslizaba lentamente el extremo de la fusta por su vientre y su pubis. Se detuvo en la unión entre sus piernas y presionó el borde contra su sexo antes de frotarlo verticalmente. Las relajantes caricias sustituyeron la rigidez inicial por la más soportable y morbosa del deseo. Siguió tocándola con la fusta entre las ingles hasta que empezó a humedecerse.

Estar atada en forma de aspa le impedía juntar las piernas. Tenía que conformarse con sofocar los espasmos vaginales apretando los glúteos.

Hurricane descargó un primer e inesperado azote en su bajo vientre. La sangre ya estaba concentrada a esa altura debido a la excitación, por lo que la sensación del golpe no fue como la recordaba. Experimentó dolor, pero fue apenas un pellizco que se disolvió enseguida en la piscina de lava que era su cuerpo excitado.

Jadeó, no supo si por la sorpresa, porque le había gustado o por ambas. El asombró solo fue en aumento cuando la atizó otras dos veces en cada uno de los pechos, pillándola desprevenida. El dolor fue más agudo, pero redistribuyó una serie de sensaciones turbadoramente deliciosas por todo su sistema. El ardor se aglutinó en los pezones endurecidos, que ahora también latían por culpa del azote.

El cuarto golpe fue menos tolerable. Las varillas del corsé no amortiguaron del todo el latigazo. Maxine emitió un gemido entrecortado y fulminó a Hurricane con la mirada. Por una vez, no la estaba observando. Examinaba su cuerpo con la fusta sujeta por ambos extremos. La doblaba con aire pensativo, como si averiguar el punto del próximo golpe fuera una ciencia exacta; un problema matemático que debía resolver.

Su ceño fruncido, su expresión sombría, su belleza nostálgica... Todo eso estremeció a Maxine, que alargó el cuello como si en el fondo se enorgulleciera de que fuera él quien la estuviera castigando.

Sintió que el hecho de que la rodeara, desapareciendo su campo de visión, formaba parte del castigo. Lo hacía más cruel, porque significa que cualquiera podía estar torturándola. Se puso alerta, esperando prevenir su siguiente movimiento.

Notó que posaba las tiras de cuero de la fusta sobre la curva de sus caderas y la delineaba para

tantear sus nalgas trazando eses. Las caricias la hacían suspirar, pero también la tensaban de pies a cabeza; escondían el propósito de disparar un azote traicionero.

Maxine se tuvo que morder el labio inferior para reprimir un grito cuando Hurricane la atizó bajo la media luna del cachete.

—Solo llevas cinco y serán diez —oyó que le decía—, porque ese es el rato que has tenido a bien ventilarte. Contarás del uno al cinco con claridad y concisión.

Maxine fue a tragar saliva, pero se quedó sin respiración cuando llegó el primer azote, que no había previsto que cayera tan pronto.

Presionó los párpados.

—U... uno —masculló.

Gritó cuando sintió que la agarraban del pelo y le tiraban hacia atrás sin tacto.

—He dicho con claridad y concisión —siseó él.

—¡Y yo he dicho uno! —le espetó, rabiosa. El segundo azote aterrizó en respuesta a su insolencia. Maxine aulló antes de que el picor se extendiera por toda la nalga, donde parecía que pretendía descargar todos los golpes—. ¡Dos!

—Así es... —Abandonó una caricia estremecedora en su cuello—. Buena chica.

Recordó en qué otra circunstancia Hurricane le había dicho aquello. Entonces estaba de rodillas ante él con las manos atadas y los ojos tapados, y la excitación había sido tal que, sin que la hubieran tocado, ya había estado lista para que la tomara entre sus brazos y le hiciera el amor con la misma brusquedad con la que ahora la trataba.

La reminiscencia ayudó a que su cuerpo se armara de la fuerza necesaria para convertir cada golpe de fusta en una caricia. Los notó en el escozor de la piel y también en los espasmos de su sexo, necesitado de atención. Creyó que el hecho de no atizarla en el mismo sitio ayudaría a que le doliera menos, pero al cabo de otros dos azotes dirigidos a distintos puntos de las nalgas, Maxine empezó a notar que la carne le ardía. No habría sabido decir si quería que la acariciaran hasta calmarla, la sumergieran en agua helada o la dejaran en paz, pero con los últimos azotes, su ánimo fue empeorando hasta que solo rugía el número correspondiente.

Hurricane dirigió el golpe de gracia entre los dos cachetes, un punto al parecer sensible que hizo que se le saltaran las lágrimas de impotencia y se rindiera al dolor descolgando la cabeza hacia delante.

No quiso saber nada de nadie. Ya había tenido suficiente. Por eso no se movió de donde estaba, aunque tampoco habría podido, mientras le retiraban las cadenas que la habían mantenido suspendida en el aire.

Odiaba a Hurricane porque había incumplido su promesa: no lo había disfrutado. Lo odiaba porque no se podía confiar en él, como no podía confiar en Dylan o en Carey. Lo odiaba porque estaba harta del mundo entero. Y, sin embargo, se sentía demasiado débil como para impedir que Hurricane la tomara entre sus brazos y la bajara del escenario.

—Te odio, cabrón —sollozó ella, negándose a pasarle el brazo por los hombros.

—Ya somos dos en el club —reconoció él en voz baja.

Capítulo 33

En algún punto del trayecto de vuelta al bungaló, Maxine se zafó de los brazos de Hurricane a manotazo limpio. Lo adelantó unos cuantos pasos con tal de no verle la cara, furiosa como solo podría estarlo una mujer con las nalgas en carne viva.

No fue hasta que estuvo refugiada en su habitación, a salvo de miradas juiciosas, que valoró los daños rozando las rojeces con los dedos. Tuvo que morderse el labio para no romper a llorar, y no tanto por el dolor como por la indignación.

—Ven —le dijo Hurricane en tono conciliador. La había llamado desde la puerta que conectaba los dos dormitorios. Al menos era consciente de que estaría cruzando una línea de fuego si se atrevía a pasar—. Te he preparado un baño.

—¡¿Y por qué no te preparas tu cepillo de dientes, tu ropa y el resto de tus cosas y te vas a la mierda?! —le gritó desde su cuarto.

Él suspiró como si ella estuviera siendo irracional.

—¿Qué querías que hiciera? Si me negaba, lo más probable es que te hubieran endosado a otro amo, uno bastante más violento, y entonces no tendrías el culo rojo, sino morado. ¿Lo habrías preferido?

Maxine apretó los labios, molesta.

—Estoy harta de que todo lo que dices tenga sentido. ¡Y de que parezca que siempre tienes la razón! Déjame estar enfadada, aunque esté equivocada, y no me molestes, ¿vale?

—De acuerdo —le concedió él—, pero te sugiero estar dentro de la bañera además de enfadada. El agua fría te aliviará.

—Espero que lo digas por experiencia —refunfuñó entre dientes, pasando por su lado con los puños apretados—, porque te han dejado el culo así más de una vez y has pasado noches enteras llorando de dolor. Es lo que te mereces.

—No te duele tanto —oyó que decía con la risa en la voz—, no seas mentirosa.

Maxine lo encaró con las mejillas ardiendo de rabia.

—¡Acabas de decir que estás de acuerdo con lo de dejarme estar enfadada!

—Enfadada sí, pero no me has mencionado nada sobre permitirte exagerar y hacerme quedar como un tirano.

—Como si te importara una mierda lo que yo pienso de ti —espetó por lo bajo, peleándose con el cierre del sostén.

No consiguió quitárselo ni al tercer ni al cuarto intento, y estaba tan desesperada por cerrar el día tan pésimo que no se opuso a que Hurricane la ayudara cuando sintió sus manos rozándole la espalda. Alzó la barbilla y se fijó en el espejo del baño, donde aparecía su reflejo y el del amo. La visión de los dos juntos, vestidos con lencería y cuero respectivamente, él tan alto y atractivo y ella tan menuda y femenina, le provocó una sensación placentera en la que no quiso pararse a pensar.

La mirada de Hurricane se encontró con la de ella a través del cristal.

—Sería lo conveniente —acotó con circunspección.

—¿El qué?

—Que me importara una mierda lo que pienses de mí. Vamos. —La tomó de la mano y la condujo hasta la amplia bañera de piedra, donde cabrían hasta tres personas con comodidad.

Maxine fue a espetarle que no tenía ningún tipo de discapacidad que le requiriera su ayuda, pero en el fondo necesitaba su apoyo.

Temía estar sola con sus pensamientos.

Pensó que le daría vergüenza desnudarse entera delante de él, pero nada más lejos de la realidad. Habían dejado la lujuria en la puerta del aseo, donde no les interrumpiría mientras solucionaban la disputa.

—No sé cómo pretendes que plante el culo —refunfuñó mientras se sumergía bajo el agua. La temperatura haría que pronto le castañetearan los dientes, pero por el momento disfrutó del contraste entre el calor sofocante de su cuerpo y el frescor de la bañera. Se arrodilló al confirmar que le dolía apoyar los cachetes en la piedra lisa, y cerró los ojos con fuerza para contener las lágrimas rabiosas—. Dios... Te mataría ahora mismo. Si esto es ser amable con los azotes, no quiero ni imaginarme los castigos de un amo sanguinario.

—Intenta sentarte en posición de loto, echando el peso sobre las piernas. La densidad del agua intentará llevarte a la superficie de todos modos. O prueba a reposar en los isquiones. ¿Sabes a lo que me refiero? —preguntó sin condescendencia, dándose media vuelta para trastear en su teléfono móvil.

Una melodía empezó a sonar a la vez que la réplica brusca de Maxine.

—Sí, no soy imbécil. Y no hace falta que te quedes —añadió al ver que alargaba el brazo hacia el gel y vertía una cantidad generosa sobre la palma—. Ni que me bañes como si no tuviera brazos.

—He sido yo quien lo ha provocado, así que seré yo quien te atienda —determinó sin opción a réplica—. El sexo duro sin cuidados después es violencia gratuita.

—Bonito eslogan, pero ¿sexo duro? Me acabo de enterar de que hemos follado —refunfuñó en tono venenoso. Se le pasó parte del mosqueo al reparar en el término que había escogido—. Caray... Hace un par de semanas habría sido incapaz de decir eso. A lo mejor vuelvo a casa sabiendo expresarme sin miedo a sonar vulgar.

—No era algo que te hiciera falta aprender, de todos modos —repuso Hurricane. Había empezado a enjabonarle los hombros—. Quiero decir que no era nada malo que no fueras descarada o no te gustase el lenguaje explícito. Estabas perfectamente como estabas.

Maxine agradeció que el pelo le cubriera parte del rostro, o Hurricane habría visto cómo le sentaba su sencilla afirmación.

No había podido sacarse de la cabeza la expresión fascinada de Dylan al descubrir que podía ser fetichista y exhibicionista. Nunca la había mirado de esa manera siendo la chica retraída que dejó en California, por lo que no estaba maravillado con la nueva Maxine porque se alegrara de que hubiera superado sus prejuicios y reservas, sino porque, en sus palabras, parecía una persona diferente.

Diferente de la que no había querido lo suficiente.

Hurricane había aparecido en el momento justo para contrarrestar el golpe en su amor propio, y eso sin tener ni la menor idea de que aquello era lo que necesitaba oír.

No era nada que le hiciera falta aprender. Estaba perfectamente como estaba.

Maxine era feliz sin desnudarse ante desconocidos. Dudaba bastante que siguiera haciéndolo en Los Ángeles. Tampoco frecuentaría clubes de sadomasoquismo: acababa de descubrir que la violencia de la mayoría de sus prácticas solo le traía amargos recuerdos.

—¿Qué está sonando? —inquirió pasado un rato. Ya se había tranquilizado. Estaba cómoda flotando en aquel silencio, pero cuando Hurricane se mostraba propicio a mantener una conversación, no podía resistirse a coger el guante.

—Kali Uchis. Me gusta mucho.

—¿Y sabes lo que dice la canción?

—Nada ingenioso. «Con un poco de aguardiente y limón sabes tan dulce»[22] —tradujo al inglés con gesto irónico, concentrado en escurrirle el pelo antes de instarla a levantarse—. Tengo un nivel aceptable de español.

—¿En serio? Eres una caja de sorpresas. ¿Cómo es eso?

—Digamos que en mi trabajo valoraban favorablemente que supiera hablarlo.

Maxine se mordió el labio antes de arrojarse a decir en voz baja:

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Hurricane lanzó una mirada de auxilio al techo mientras la envolvía en una toalla.

—No voy a decirte en qué trabajo —suspiró en tono cansino.

—Siempre puedo sacar mis propias conclusiones —replicó, sacándole la lengua.

Él le guiñó un ojo. El simple gesto le encogió el estómago.

—Me encantaría escucharlas.

—Bueno —arrancó a hablar—, entiendes el castellano, sabes lo que son los isquiones y tienes dos móviles, como los infieles y los tíos chungos. El único trabajo que se me ocurre que reúne estas características es... Ajá. —Chasqueó los dedos—. Eres el médico de un narcotraficante colombiano.

Hurricane le cubrió la cara con la toalla con la excusa de secársela, como si no quisiera que le viera reír. Fue un ataque a traición propio de un niño encantado de chinchar a la chica que le gustaba. Maxine se la quitó de encima entre risas. Sin darse cuenta, acabó agarrándolo de la muñeca.

Él sonreía a su manera contenida cuando sus miradas se encontraron en el silencio.

—¿Por qué eres bueno conmigo? —preguntó en voz baja—. No tienes ninguna necesidad.

—Ah, así que resulta que soy bueno. —Enarcó una ceja—. Antes era «un cabrón al que odias tanto que matarías ahora mismo». —Hizo las comillas con los dedos manteniendo el gesto serio, pero en sus ojos brillaba la risa.

—Te habría matado en ese momento; el ahora de *ahora* no es el ahora de antes. Deja que muera el pasado, Caine —pronunció con solemnidad.

Él hizo ademán de sonreír al escuchar su nuevo nombre, pero la respuesta amistosa apagó la luz en su mirada gradualmente, como si poco a poco hubiera vuelto a poner los pies en esa tierra que tan hostil se le debía de antojar y a la que sin embargo regresaba todos los días.

Incluso apartó la mirada. Parecía que de pronto no soportara su presencia, pero batalló contra ese instinto autodestructivo y la condujo al dormitorio envuelta en la toalla.

—Creo que todos los baños vienen equipados con talco y crema para estas cosas —comentó después de carraspear.

—¿Pretendes dejarme con el culito de un bebé? —inquirió ella con excesiva benevolencia. Quería volver a la complicidad de hacía unos segundos—. Porque puedo encargarme yo.

—El talco se te escurrirá si te lo echas de pie y acabarás poniéndolo todo perdido, y te resultará incómodo aplicarte la pomada tú sola estando tumbada.

—¿Y no será que me quieres tocar el culo? —se burló, desesperada por verlo sonreír otra vez. Él le concedió una pequeña victoria lanzándole una mirada más o menos divertida.

—Para eso no necesito excusas.

A Maxine le habría gustado seguir la provocación, pero no era la clase de chica ingeniosa que dejaba boquiabiertos a los hombres con sus respuestas coquetas. Esperó junto a la cama a que Hurricane localizara el talco y la loción, temblando anticipadamente por si se le ocurría seguir flirteando con ella. El amo regresó segundos después. Se sentó en el centro del colchón y gesticuló para que se tendiera boca abajo situando el vientre sobre el regazo de él.

Con la postura, Maxine ofrecía su desnudez de una manera escandalosa. La lujuria que habían dejado en la puerta empezaba a acecharla. Suerte que él no podría verle la cara.

Contuvo sus emociones mientras él esparcía el talco con pequeños toquecitos, presionando lo justo con la palma.

Tenía las manos calientes.

—Siento que no te haya gustado el castigo —oyó que decía—. Supongo que me he confiado en que te has adaptado bien a todo y di por hecho que esto tampoco te espantaría.

—El castigo ha sido lo de menos. Encerrarme con Dylan no será algo que me guste recordar en el futuro. —No ahondó en la explicación, de pronto enemistada con la idea de hablar sobre su exnovio con Hurricane—. Creo que me he divertido en los juegos porque no eran sadomasoquistas como tal, sino... exhibicionistas o voyeristas. No había violencia involucrada, quiero decir. Ese ha sido siempre mi problema con el mundillo del BDSM; la razón por la que, en parte, me quedé horrorizada al descubrir que esto es lo que le gustaba a mi pareja. Por lo menos no era él quien quería hacerme daño —prosiguió con un intento de sonrisa. Se le quebró a medio camino, y tuvo que renunciar a restarle hierro al asunto—, sino que era de mí de quien esperaba un comportamiento dominante. Ahora pienso que hizo bien al ocultármelo, porque he lidiado con la violencia toda mi vida, y esto... esto no me habría gustado un pelo. Lo habría dejado enseguida.

Hurricane esperó a que ella se recuperara de la confesión para ahondar.

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre tiene un carácter difícil —resumió con un nudo en la garganta—. No es que sea de mecha corta o que se le vaya la mano con el alcohol. Simplemente él fue educado de... de cierta manera, y decidió difundir esos... valores entre sus hijos. Suerte que solo me tuvo a mí. —Tragó saliva—. Esa es la razón por la que me he alegrado siempre de ser hija única, porque la verdad es que me habría gustado tener hermanos —confesó de forma atropellada, y aprovechó para cambiar de tema—. ¿Tú tienes hermanos?

Él aceptó el guante que le había tendido.

—¿Por qué te crees que pego tan bien? Llevo toda la infancia practicando con los capullos que vivían conmigo —bromeó con malicia—. Aunque solo en defensa propia, ¿eh?

A Maxine se le entrecortó la carcajada.

Mencionar a su padre le había secado la garganta.

—Ahora sé que no me moriré si no vuelvo con Dylan —admitió tras un rato de silencio—. Me he pasado el último mes pensando que el fracaso de mi relación me mandaría de vuelta a casa de mis padres, y la necesidad de evitarlo me ha llevado a los lugares más oscuros. Bueno, me ha traído hasta aquí—corrigió en voz baja—, y no está tan mal en comparación. Pero cuando rompimos, regresé a mi barrio y me di cuenta de que... no he perdido mis habilidades ninja. No se me ha olvidado cómo debo comportarme para evitar una trifulca. Si la vida me obliga a permanecer en casa de mis padres durante el resto de mi vida —se dijo en un intento por convencerse—, no será tan malo.

—Esas no son las únicas dos opciones que tienes, Maxine —le recordó él con paciencia.

—¿Ahora mismo? Sí. No tengo trabajo, y los profesores de instituto público no ganan un sueldo que les permita alquilar en Los Ángeles.

—¿Y no prefieres compartir un cuchitril a las afueras que vivir bajo el mismo techo que tu padre? Me da la impresión de que...

—¿De que? —le animó, viendo que se quedaba callado.

Intentó mirarlo por encima del hombro, pero la postura no ayudaba.

—No te gustaba que hiciera suposiciones sobre tu carácter, ¿recuerdas?

—Tampoco me gusta que me dejen el culo como la bandera de Japón, pero henos aquí.

No lo vio, pero lo sintió sonreír.

—Iba a decir que me da la impresión de que siempre vuelves a donde te han hecho daño, y por una razón que escapa a mi entendimiento. Sabes que Dylan no es el hombre de tu vida, que el señor Sagal no es el padre del año, y sí, hete ahí, como tú has dicho. ¿Por qué? ¿De verdad piensas que no mereces nada mejor?, ¿que esas son todas las posibilidades?

Recordó la descripción que Carey dio de ella en la fiesta de Luna Llena.

«Una chica que habría hecho cualquier cosa con tal de garantizarse el amor de a quien creía que necesitaba para ser feliz».

Carey le había asegurado con una sorna fúnebre que reconocía a una mujer dependiente cuando la veía. Quizá eso fuera ella, pensó con desánimo. Quizá esa fuera su cualidad definitoria. La pregunta era de qué era dependiente, si del dolor que le infligían, de que le pasaran por encima, de que cuestionaran su valía.

—Tal vez solo me siento con ganas de ser valiente cuando me han subestimado —meditó en voz baja—. Por eso busco que me infravaloren; para demostrarme que puedo superarme y estar a la altura de lo que me piden. En realidad, tú mismo me lo dijiste en el probador. No sé si quiero a los hombres que me hacen sentir pequeña o solo los busco por instinto, pero desde luego tolero los desprecios con estoicismo porque me complace que me den donde me duele.

—¿Te complace —corrigió— o te has acostumbrado? Porque si te gusta que te infravaloren y te juntas con quien lo hace, solo eres masoquista. Pero ¿puedes decir con el corazón en la mano que te han tratado bien y no te ha gustado la experiencia?

No, no podía. Tal vez un mes atrás sí, y por eso había dado la vuelta al mundo, hipotecándose en el proceso, para recuperar a Dylan, que era lo que entendía por hombre perfecto.

Pero ahora no.

Ahora que había descubierto lo que era el verdadero hombre perfecto, lo que era que la cuidaran en sus momentos bajos, ante los demás y también en privado, se había vuelto adicta. Y es que no había sido el amor o el deseo de recuperar a Dylan lo que la habían convertido en el transcurso de un par de días en una mujer atrevida, sino la confianza que Hurricane puso en ella.

«Dylan no ha sido tan malo», le replicó la voz de la conciencia.

Y era verdad. Su exnovio estuvo en lo cierto al decir que lo peor que se podía decir de él era que pecaba de negligente. A Maxine jamás se le habría ocurrido quejarse al respecto. Entendía que todo el mundo tenía defectos y era su deber disculparlos si esperaba que a ella también la quisieran por lo que era.

Dylan no la cortaba cuando le contaba una situación que la había incomodado, pero nunca tomaba la iniciativa de preguntar cómo le había ido el día si no era por cumplir con la mínima cortesía, y si a Maxine se le ocurría dar la respuesta larga, aunque parecía escuchar, más adelante demostraba no haber estado pendiente preguntando por lo mismo o haciendo un comentario que delataba su «memoria de pez», el embuste con el que justificaba su falta de atención.

No la presentaba ante sus amistades con orgullo. Le preocupaba llevarla a cenas y eventos familiares por miedo a que lo avergonzara hasta tal punto que exigía saber con antelación qué pensaba ponerse, y la enterraba en sugerencias que sonaban exigentes sobre temas de conversación a proponer durante todo el camino en coche.

Cuando las esposas de sus amistades hacían un comentario desagradable sobre ella, fuera velado o tan flagrante que incluso sus parejas se ruborizaban abochornadas, no saltaba a defenderla de inmediato, ni con sutileza ni sin ella. Fingía no darse cuenta, y esperaba a estar a

solas en casa para despotricar a gusto sobre la maldad de las víboras.

Pensó de nuevo en Carey y en su sabiduría inagotable, a la que había hecho oídos sordos por miedo a la verdad y por vergüenza a reconocer ante sí misma que había endiosado a quien no lo merecía: Dylan le había dado a entender que había un problema con ella sin él darse cuenta. Pero Maxine sí se había dado cuenta por fin.

Lamentaba que hubiera tenido que aparecer un hombre diferente para abrirle los ojos, que no le hubiesen bastado ni su propia experiencia ni las advertencias de Carey, pero se dijo que por lo menos podía respirar aliviada porque ya lo había entendido. Hurricane era tan sutil con todo que le parecía un milagro haberse percatado de que esa era la forma en la que quería que la trataran siempre: con paciencia y respeto.

Maxine perdió el hilo de sus pensamientos cuando notó una fría y viscosa textura sobre las nalgas. Supuso que se trataba de la loción de aloe vera y volvió a relajarse, aunque no lo suficiente. Para aplicarla, Hurricane empezó a masajearle los glúteos muy despacio desde el borde inferior hasta la zona lumbar.

Se mordió el labio para no emitir sonido alguno cuando le separó los cachetes lo justo para expandir la crema por la zona del sacro.

—Espero no haber estado contándote lo de mi padre mientras tú me mirabas el culo —comentó, confiando en aligerar el ambiente.

—Te lo tenía que mirar irremediablemente. Ya estás lista.

Maxine se incorporó echando las caderas hacia atrás hasta quedar de rodillas. Había olvidado que estaba desnuda, y parecía que Hurricane también, porque paseó una mirada cifrada por su torso expuesto, en el que la colcha había dejado impresas sus formas geométricas. El amo alargó una mano vacilante para delinear con el dedo las líneas rojizas que pronto desaparecerían.

Ella aguantó la respiración.

Siempre era excitante que Hurricane la tocara o solo insinuara que lo haría, pero después de la intimidad compartida, de las confesiones, la caricia resonó dentro de sí, disparando todas las alarmas. No con la suficiente sonoridad para hacer que se apartara por prudencia, aun así.

Era difícil no sentirse cómoda en su propia piel cuando la persona que la acompañaba la miraba de aquella manera, como si fuera un milagro.

Maxine no pudo resistirse y también acercó la mano, pero para recorrer el contorno de su boca. Se inclinó sobre él, atraída por su expresión y convencida de que no se opondría a un beso que sellara la noche. Se reafirmó en su sospecha con el corazón aleteando desbocado cuando Hurricane también posó la mirada en sus labios e hizo el ademán de cabecear en su dirección.

Maxine estaba a punto de besarlo cuando Hurricane pareció reparar en lo que estaba sucediendo. Fue como si lo hubieran devuelto de una patada a la casilla de salida. Ella se sentía así cuando él regresaba de pronto al que parecía su estado natural —pero no podía serlo de ninguna manera, porque nadie tenía de nacimiento predisposición a la tristeza— después de haberse dejado seducir por la fascinación. Rompía todos sus lazos con el mundo y se retraía detrás de su máscara de hielo, que, sin embargo, no estaba tan conseguida como para evitar que Maxine percibiera su desconsuelo.

—Será mejor que me vaya a la cama. Y tú deberías hacer lo mismo. Ha sido un día muy... —Se pasó una mano por la nuca, levantando sin saberlo los mechones más largos. Le dio la espalda, y Maxine tuvo la extraña impresión de que había aprovechado al darse la vuelta para componer una expresión ajustada a lo que en realidad sentía— muy largo.

«Y vendrían unos más largos aún», pensó ella cuando estuvo sola en la cama.

El tiempo parecía no pasar cuando uno no tenía lo que en realidad deseaba.

Capítulo 34

Maxine había viajado hasta Ban Tai, al oeste de la isla de Koh Phangan, para probar los masajes tailandeses tradicionales y saunas herbales del templo Wat Po. Pero por mágicas que fueran las manos de la silenciosa profesional que le habían adjudicado para la tarde de cuidados, ella seguía obsesionada con el silencio de Carey.

Al final siguió el consejo de Hurricane: se dejó de convenciones sociales que solo le producían ansiedad y le escribió un mensaje cariñoso alegando que lamentaba haberla dejado tirada en la fiesta de la Luna Llena, y que esperaba que hubiera tenido un buen viaje de regreso. Desde entonces habían pasado más de seis horas, y no solo no había recibido respuesta, sino que el texto no había llegado a su destino. Desoyendo las recomendaciones de la masajista —desconectar los aparatos electrónicos y relajarse—, Maxine consultaba cada dos minutos que Carey no había dado señales de vida. Y era insólito, porque a su amiga podría caerle encima un meteorito que seguiría tardando menos de diez segundos en contestar a los mensajes. No apagaba las notificaciones ni antes de irse a dormir.

Maxine soltó el móvil y se concentró en los diestros dedos de la masajista, que trataba de deshacer los nudos de los músculos. De fondo sonaba la clásica canción interpretada por flautas de bambú y rasgueos de arpa que no hacía sino crispar más su ánimo.

Necesitaba hablar con Carey, y no solo porque le hiciera falta compartir con alguien sus últimas revelaciones, sino porque su silencio empezaba a preocuparla.

—¿Y si le ha pasado algo? —preguntó en voz alta, como si la masajista pudiera arrojar un poco de luz al misterio—. He estado consultando en internet si algún avión ha aterrizado en el Índico en las últimas horas, pero parece que no, que todos los pasajeros de los últimos vuelos han llegado sanos y salvos a su destino. No creo que tenga el móvil apagado porque quiera centrarse en su trabajo, tampoco. Carey se toma sus responsabilidades por el pito de un sereno, y, de todos modos, le hace falta estar permanentemente conectada porque su jefe la trata como si fuera su madre y demanda su visto bueno antes de dar un paso en falso. Por no mencionar que tiene un montón de sumisos pendientes de recibir órdenes. La única alternativa razonable que se me ocurre es que me haya bloqueado porque no quiere saber nada de mí, pero, si me hubiera bloqueado, no me saldría su foto de perfil... y hela aquí.

»Dios, tengo un mal presentimiento. ¿Se cambiaría de número con tal de no hablar conmigo? ¿O algún sadomasoquista pirado se ha puesto pesado y la ha obligado a contratar otra línea telefónica?

Lo único que la calmaba era saber que Hurricane iría a recogerla al templo para llegar a tiempo al resort y empezar a prepararse para la velada nocturna.

Siempre le había costado sobrellevar la soledad, aunque fuera una soledad de breve duración, pero desde que cortara por lo sano su relación con Dylan, se sentía tan vulnerable que necesitaba un hombro en el que llorar. Que Hurricane estuviera mostrando consideración después del altercado de la noche anterior le calentaba el corazón.

—¿Puedes poner otro tipo de música? Algo también relajante, pero más... comercial.

—Por supuesto —le concedió la masajista. Se retiró un instante y no regresó hasta que los acordes iniciales de *Come Through* de H.E.R y Chris Brown empezaron a sonar—. Ya está usted lista. Puede quedarse descansando veinte, veinticinco minutos, vestirse a su ritmo y salir cuando considere. Le dejo intimidad.

Maxine oyó el clic de la puerta cerrarse. Cerró los ojos y se convenció de descansar un rato

por todo lo que no había dormido esa noche. Después daría un paseo por el bosque que caracterizaba el oeste de la isla y se embebería de la preciosa arquitectura tailandesa, sus tejados empinados y su ornamentación con motivos hinduistas. Vería también el árbol sagrado de Yang Na Yai, el más grande —cincuenta y cuatro metros de altura— y antiguo —cuatrocientos años— de Koh Phangan.

Arropada por la voz de H.E.R. y por el olor a hierbas de limón y hojas de tamarindo, los compuestos principales del rústico mejunje que habían utilizado para el masaje tailandés, se fue adentrando en la primera fase del sueño, que la recibió con los brazos abiertos.

No escuchó el sonido de la puerta al abrirse, ni los pasos que se abrieron camino con sigilo hasta la cómoda camilla donde Maxine seguía tendida con la mejilla sobre los dedos entrelazados. Sonrió, medio dormida, al sentir el suave tacto de la toalla que cubría su desnudez acariciándole la piel hasta que nada la tapaba. Solo estuvieron ella y el roce del aire caliente. Aún tenía la piel embadurnada de todas las sustancias que la profesional había estado aplicando.

Notó que unas manos rodeaban sus nalgas todavía enrojecidas, esas que se había alegrado de no tener que mostrarle a la especialista, evitando así una situación incómoda. Dichas manos redistribuyeron los aceites con una caricia erótica desde la parte superior de sus muslos hasta la baja espalda.

Maxine se relajó bajo la leve presión de los dedos. Estos la abandonaron un instante, y entonces escuchó el leve chirrido de las patas de la camilla. Alguien se había encaramado para situarse de rodillas entre sus caderas.

No se quejó. Solo podía tratarse de Hurricane. Era el único que sabía que estaba allí.

Suspiró al sentir que le separaba los cachetes con su masaje cada vez más insistente, y que las corrientes de aire caliente acariciaban su zona íntima. Le oía respirar con irregularidad, quizá porque la visión le estaba tentando tanto como a ella la iba calentando el morbo de la situación.

Jadeó cuando un dedo travieso recorrió su hendidura desde el ano hasta el clítoris.

Se revolvió entre ronroneos y susurró su nombre, ansiando girarse para verle la cara. Su expresión anhelante obraba la magia la mayor parte de las veces.

—¿Cómo que Hurricane? —bramó una voz masculina—. ¿Qué coño dices?

Maxine estaba tan aturdida por las sensaciones a flor de piel que tardó en reconocer a Dylan en el tono cortante. Entonces se le heló la sangre.

Se apresuró a girarse e intentar incorporarse para confrontarlo en una posición que no la hiciera sentir en desventaja. Pudo darse la vuelta y quedarse mirando hacia arriba, pero no levantarse, pues Dylan estaba sentado a horcajadas sobre ella, inmovilizándola.

La traición ensombrecía su gesto descompuesto.

—¿Qué haces aquí? —articuló Maxine. El corazón le latía a toda velocidad, no sabía si por un miedo inexplicable o por mera irritación—. ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Casi todos los participantes del rol venían hoy a Wat Po, y te he visto antes paseando por el recinto, pero esa no es la cuestión —apostilló en tono furioso.

—Desde luego que no —rezongó Maxine, apoyándose en la camilla para incorporarse—. La cuestión es por qué te has creído en el derecho de entrar aquí y empezar a tocarme sin mi consentimiento.

—No te has quejado cuando pensabas que era Hurricane, así que está claro que lo de acariciarte es algo que solo tienen permitido unos pocos —gruñó con un fondo de desespero. La miraba de hito en hito, como si no la reconociera, y aunque Maxine consideraba estar curada de espanto desde la noche anterior, en la que tomó la decisión más dura, no pudo sino ablandarse. Seguía siendo Dylan, el hombre con el que había convivido en los últimos tiempos, y se sentía

culpable por haberle hablado con crudeza en un momento en el que él estaba vulnerable—. No me lo puedo creer... Se suponía que habías venido hasta aquí para recuperarme, porque no soportabas la idea de que estuviera con otras, ¿y ahora te atreves a mirarme como si fuera un abusón? ¡Soy yo! ¡Tu prometido!

—¿Que eres mi...? —repitió, anonadada—. Quítate de encima antes de que lo haga yo de un manotazo, Dylan. Pensaba que dejaste de ser mi novio en el momento en el que fui a la casa de tu hermano a pedirte que volvieras conmigo y tú preferiste venir aquí. Si has cambiado de opinión, ya no es mi problema. Ayer te lo dejé claro.

Se las apañó para recoger las piernas que Dylan había estado acorralando para que no se moviera y bajó de la camilla de un salto.

No se podía creer lo que acababa de ocurrir. Había sido una ilusa al pensar que Hurricane actuaría así, colándose con sigilo en la sala y aprovechando que estaba desprevenida para manosearla sin su consentimiento, pero más le costaba aceptar que Dylan se creyera en el derecho de hacer algo semejante.

—La que ha cambiado de opinión respecto a sus prioridades eres tú —oyó que le espetaba en tono crispado—. Me has olvidado de la noche a la mañana y en cuanto ha aparecido un tío cualquiera. Yo vine aquí a experimentar, Maxine, no a encontrar el amor, pero tú has pagado el viaje para buscarte un novio nuevo. ¿O me vas a mirar a la cara y me vas a mentir otra vez diciendo que soy el motivo por el que estás en Koh Phangan, y no el hecho de que te morías por estar con ese hombre?

Maxine se giró hacia él una vez tuvo puesto el albornoz. De pronto no le parecía correcto pasearse desnuda delante de Dylan, y menos aún cuando parecía fuera de sí. No le inspiraba ninguna confianza.

Le dolió en el alma reconocer la emoción que predominaba ahora cuando estaba en su compañía: la inquietud. Le preocupaba lo que Dylan pudiera hacer mientras le invadiera la ira, una ira candente e irracional que nunca antes se había apoderado de él.

Pero no dejó que la asustara.

—¿A qué viene esto? ¿Es que quieres que siga alimentando tu fantasía? No te voy a dar el gusto de hablarte de Hurricane o decirte la estupidez humillante que necesites escuchar para ponerte a tono. Me parece increíble que pensaras que después de lo que te dije ayer podrías disponer de mi cuerpo sin preguntarme. —Se abrazó los hombros en un intento por cubrirse aún más, alejarse de la mirada fría de Dylan—. Yo no te pertenezco.

—¿Y a quién perteneces? ¿A él? —Sonó amenazante, y también lo pareció al avanzar hacia ella con los puños crispados—. ¿Me has sacado de tu corazón para hacerle sitio a un jodido desconocido que solo quiere follarte?

«Si tú supieras», pensó ella.

—No tienes derecho a reprocharme nada. Tú ya tomaste tu decisión. Siento que no la hayas podido mantener en el tiempo y ahora estés arrepentido, pero has de respetar que yo haya elegido algo diferente. Anoche fui muy dura contigo y dije un montón de barbaridades que en el fondo no pensaba, pero mantengo el fondo del mensaje.

—¿Qué me estás queriendo decir? —insistió, angustiado—. ¿Me dejas? ¿Me dejas en serio, y después de todo?

—¡Sí, te dejo en serio, y especialmente te dejo después de todo! —exclamó ella, perdiendo los papeles—. Porque ¿sabes qué significa ese «después de todo»? Después de que me ocultaras tus gustos sexuales durante toda la relación, después de que me pusieras los cuernos con una mujer por internet; después de que antepusieras noches de sexo desenfrenado con desconocidas

al bienestar de tu prometida y a tu futuro con ella. «Después de todo» quiere decir después de muchas cosas, Dylan, después de tantas que no puedo hacer la vista gorda.

»Te quería —le aseguró con voz temblorosa—, pero el amor que yo sentía por ti no hace milagros. No lo has cuidado tan bien como para que sobreviva la adversidad, y me has puesto en situaciones tan complicadas que la palabra adversidad se queda corta para alcanzar a describirlas.

Dylan permaneció inmóvil mientras la escuchaba, como si de pronto Medusa lo hubiera mirado a los ojos.

En cuanto la rabia se disipó de su expresión, Maxine pudo relajarse, y no solo eso, sino que se compadeció de él. En su gesto indefenso vio a esa parte de sí misma que había pasado el último mes sufriendo sin medida.

Se apiadó de él por todo lo que él no se había apiadado de ella.

—¿Ya no me quieres? —murmuró Dylan, sosteniéndole la mirada con la esperanza de ver en esta alguna chispa que desmintiera su afirmación.

Maxine apretó los labios sin saber qué decir para no pecar de cruel.

—Ya no quiero estar contigo —corrigió con prudencia unos instantes después—. Eso es cuanto tienes que saber. No somos compatibles, tú no vas a cambiar y yo estoy cansada de ceder. Quiero recuperar mi independencia y descubrir qué me hará feliz.

La barbilla de Dylan tembló. Trataba de reprimir un sollozo... ¿o una sarta de improperios?

—Tu independencia, ¿no? ¿Te crees que soy imbécil? —bramó, para su sorpresa—. ¡No sabes estar sola! Necesitas a un hombre que te organice la vida, y lo sé porque he compartido techo y cama contigo durante años y te conozco. Tú solo me dejarías si hubieras encontrado a un tío que respetas más que a mí, o que simplemente te folla mejor —apostilló con una inquina que le ensombrecía la expresión.

—No digas cosas de las que más adelante te arrepentirás, Dylan —le suplicó con el corazón en un puño, temiendo que estuviera en lo cierto—. No eres la clase de persona que hace esos comentarios malintencionados.

—Lamento muchísimo que interpretes la pura verdad como un comentario malintencionado —la cortó sin rodeos, y con un cinismo impropio de él—. Vamos, dime: ¿es que acaso no pretendes volver con Hurricane a California? ¿No hay una parte fría y lógica en ti, pero al mismo tiempo ingenua y romántica, que ha dicho «ahora que Hurricane es una alternativa real, podemos dejar a Dylan»? —Afianzó la mirada en ella con la soberbia de quien sabía que había ganado la discusión—. Venga, respóndeme.

Maxine le negó la mirada y se escabulló por su costado, temiendo más que nunca que tuviera razón.

Era posible que Dylan no le hubiera prestado toda la atención que le hubiera gustado, quizá porque la atención que Maxine le daba, por comparación, rozaba la servidumbre, pero quedaba demostrado que sí la había estado observando, y con el detenimiento suficiente para sacar conclusiones a las que ella habría preferido no llegar jamás.

—Estoy cansada de que todo el mundo intente decirme cómo soy —masculló en lugar de asentir, acercándose a la puerta. Notaba los ojos húmedos por las lágrimas de impotencia—. Incluso si pretendiera empezar una relación de rebote con otra persona, ese no es tu asunto, Dylan Bradbury. Tú lo único que tenías que hacer era respetarme. No pudiste, y, de hecho, me pasaste por encima porque por lo visto estaba pidiéndote demasiado, así que ahora te toca atenerte a las consecuencias.

Batalló con la puerta hasta que recordó que era corredera. Al otro lado del umbral la estaban esperando la masajista que la había atendido y el rey de Roma, un Hurricane sereno y entretenido

con la conversación distendida que mantenía con la profesional.

O al menos lo estuvo hasta que vio el estado en el que se encontraba Maxine, momento en el que cortó lo que estaba diciendo.

La calma contenida de siempre fue sustituida por un ánimo tenebroso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin rodeos. Encontró la respuesta alzando la barbilla y localizando a Dylan al fondo de la salita. La hostilidad se apoderó de su mirada—. ¿Qué te ha hecho ahora?

—¿Que qué le he hecho ahora? ¿Qué le has hecho tú, hijo de puta? —corrigió Dylan entre bramidos. Parecía que hubiera estado esperando la provocación de Hurricane para terminar de perder los papeles, porque cruzó la estancia con seguridad apretando los puños. La inercia de la acelerada avalancha le sirvió para empujar al amo con tal ímpetu que lo obligó a retroceder varios pasos. Hurricane chocó con la pared contraria del pasillo, pero se recompuso a una velocidad admirable y lo encaró con frialdad—. ¡¿Quién eres tú, eh?! ¡¿Quién coño eres tú?! —vociferó a un palmo de su cara.

La masajista, en lugar de ponerse nerviosa, retrocedió unos pasos y sacó del bolsillo del uniforme un mando con una serie de botones. Pulsó uno, vigilando la pelea con el rabillo del ojo, y se retiró con sigilo.

Hurricane alzó las manos en señal de amnistía, aunque su mirada letal pedía sangre.

—Te sugiero que te tranquilices antes de tomar una decisión que te pueda perjudicar.

—¿Me vas a dar tú consejos sobre lo que me puede perjudicar? —seguía ladrando Dylan—. ¡El que va a salir perjudicado eres tú, hijo de puta! ¡Soy muy tranquilo hasta que me dan donde me duele!

Maxine fue a pedirle que se apartara, pero el pasmo y el espanto le impidieron actuar a tiempo. Dylan le propinó a Hurricane un puñetazo en el centro de la cara. Ella gritó, horrorizada por la violencia y asombrada por lo inesperado del golpe. Rezó para que el altercado acabara allí e intentó abalanzarse sobre sus hombros para apartarlo, pero la adrenalina le confería a Dylan una fuerza sobrenatural y una puntería perfecta.

Hurricane, lejos de defenderse de la lluvia de puñetazos, se limitó a esquivar los golpes con asombrosa agilidad. Esto no hacía sino enfurecer más a Dylan.

—¡Basta! —gritó Maxine—. ¡Por favor! ¡Para!

Pero el agresor se había sumido en un preocupante estado de disociación. Maxine se quedó paralizada al ver su rostro desfigurado por la rabia, el rostro hermoso y casi siempre risueño que, según parecía, estaba viendo peligrar lo que más amaba.

Salvo por el detalle de que no era lo que más amaba.

O, por lo menos, era tarde para demostrarlo.

Guiada por un arrebato impotente, Maxine lo agarró por el cuello de la camisa y tiró con tanta fuerza que, si bien no logró separarlo de Hurricane, por lo menos consiguió llamar su atención.

—¡Ya basta con la exhibición de macho herido! Desde luego que te han dado donde te duele: en el orgullo, no en la mujer a la que crees que quieres. A ti solo te molesta que te hayan dejado porque ni siquiera se te pasó por la cabeza que podría suceder; porque creías que siempre estaría a tus pies. Has hecho el ridículo suficiente por hoy. Márchate, por favor.

Nunca sabría si la habría obedecido, porque los guardias de seguridad irrumpieron en la escena. Sin decir media palabra, y mirando en todo momento a Maxine como si no la reconociera, Dylan se dejó escoltar como el criminal en el que se había convertido.

Capítulo 35

Los gorilas lo sacaron a empellones del pasillo. Algunos de los masajistas de cabinas anexas y un par de clientes se habían asomado bajo el umbral de sus habitaciones. Regresaron discretamente a su oasis de relajación en cuanto el problema estuvo controlado.

Maxine y Hurricane se quedaron a solas en la amplitud del corredor, decorado con paneles de madera y cañas de bambú, papel con dibujos florales minimalistas y farolillos de estilo asiático que emitían una tenue luz ambarina. Incluso con la pésima iluminación, Maxine vio que Hurricane supuraba por la nariz, y que una rojez en el contorno del ojo inyectado en sangre se convertiría pronto en un moratón.

Sobrecogida, dio un paso hacia él y le cubrió la mejilla con la mano.

—Lo siento muchísimo —murmuró de corazón.

—No te responsabilices de sus actos. No eres su madre.

—Pero ha sido mi culpa.

—Que no sepa controlarse no es tu problema, Maxine.

Ella se mordió el labio.

—¿Por qué no le has devuelto los golpes? Algo de defensa personal tendrás que saber como médico de narcotraficante colombiano que eres.

Logró su propósito: suavizar la tensión de su semblante.

—Sé más defensa personal que el médico de un narcotraficante colombiano, pero habría preferido no romperle la cara a tu exnovio delante de ti, un público impresionable que todavía tiene un vínculo con él. —Como si no quisiera ofenderla, retiró muy despacio la mano con la que Maxine estaba acariciándole la cara—. Además de que no me apetecía que me largaran de Fuego y Sangre por un simple puñetazo, que es lo que le va a pasar a Dylan en cuanto la organización se entere.

—¿Se lo vas a chivar?

—No tendré que hacerlo. —Encogió un hombro mientras se reacomodaba la camisa azul marino que Dylan había estado a punto de darle de sí—. Se han asomado unos cuantos participantes, entre ellos Angel Face. Seguro que se lo comentará a Califa, aunque sea por el gusto de cotillear.

Maxine lo vigilaba de hito en hito, convencida de que estallaría en cualquier momento.

—Me sorprende que estés tan... tranquilo considerando que han estado cerca de romperte los dientes.

—Pues yo a ti te veo muy poco entusiasmada. —La lanzó una mirada fugaz con un aire tan risueño como perverso—. ¿No es la fantasía de las mujeres que dos tipos se peleen por ella?

—Yo no te he visto participar en la pelea, guapito de cara, y creo que esa fantasía dejó de llevarse con el auge del feminismo. —Seguía mirándolo de hito en hito, anonadada con la calma que exudaba mientras se arreglaba los puños de la camisa—. ¿Ni siquiera estás enfadado? ¿Te ves en situaciones así a menudo?

—Solía —confesó, para el inmenso asombro de Maxine.

—¿Y no has aprovechado para... airear tu sabiduría de peleas callejeras?

Hurricane se rio rascándose el puente de la nariz.

—Lo primero que me enseñó el cuerpo de marines estadounidense cuando me transmitió los valores del *semper fu* es que nunca nos convendrá matar de un golpe al primero que nos provoque. La formación reglamentaria viene con la condición de tener claro cuándo actuar.

—Entonces eres marine —musitó Maxine, asombrada tanto por el descubrimiento como porque Hurricane se lo hubiera contado.

—Lo era —respondió con austeridad. Le hizo un gesto hacia la cabina para que entrara a cambiarse, y entonces Maxine recordó que todavía llevaba el albornoz—. Hace años que dejé el cuerpo, pero he seguido practicando artes marciales. Y cuando uno está federado, si manda al hospital a un civil, le quitan la licencia en el mejor de los casos. Se me considera un arma blanca.

Maxine pestañeó repetidas veces, bebiéndose la información con tal ansiedad que parecía que le estuvieran contando un secreto.

—Artes marciales... —repitió, maravillada e intimidada a partes iguales—. ¿*Semper fu*, has dicho? ¿Eso qué es?

—Viene de *Semper fidelis*, el lema del cuerpo: «Siempre fiel». Es una mezcla de judo, kárate y jiujitsu, pero con movimientos para desarmar al contrincante, ya cargue una Glock o un fusil de asalto.

—Entonces es como un... deporte.

Hurricane la miró como si su ingenuidad le produjera ternura.

—El objetivo del *semper fu* no es ni ejercitar el cuerpo ni defenderse, como otras disciplinas que me entretienen, sino matar al contrincante —respondió, parco y severo. Miró a Maxine con el rabillo del ojo—. La verdad es que no me apetecía acabar en la cárcel por culpa de tu novio.

Ella se estremeció.

Le asombraba que el hombre que prodigaba las caricias más tiernas, que era capaz de mostrar una ternura inusitada y la paciencia de un santo tuviera habilidades ocultas tan letales como una bomba nuclear. Y, al mismo tiempo, no le extrañaba en absoluto. Además de protector y eficaz con las manos, dos características que siempre había asociado a los cuerpos militares, siempre le había parecido que Hurricane tenía el don de la observación; una facilidad para leer caracteres de la que solo podría hacer gala quien hubiera estudiado patrones de conducta y perfiles psicológicos, como hacían las Fuerzas Armadas.

Si bien Hurricane no se mostraba hostil con los demás y evitaba rivalidades innecesarias, sí se andaba con el cuidado de un hombre acostumbrado a que le atacaran por la espalda. No daba a conocer su frialdad a través de la descortesía, sino de la desesperanza con la que miraba el mundo, como si hubiera visto su lado oscuro.

Y, sobre todo, se lo creyó por el modo en que operaba dentro y fuera del rol, procurando emplearse a fondo en un plano físico pero manteniéndose distante en el emocional.

Justo como haría un marine en una operación de riesgo.

—Ve a cambiarte, anda —le sugirió en tono aterciopelado, como si acabara de recordar que Maxine también había salido herida, solo que de otra manera, tras el altercado—. Yo iré a pedirle agua oxigenada y una bolsa con hielo a algún responsable.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —tanteó cuando ya estaban refugiados en la salita y se había armado con el bote de alcohol.

La masajista de turno les había cedido la amplia cabina aprovechando que no tenía cita hasta pasados cuarenta y cinco minutos, en parte haciéndose responsable de lo sucedido.

Maxine empapó el algodón sin apartar la mirada de Hurricane. Al escuchar su pregunta, convertida ya en una coletilla, él había cerrado los ojos con tierna exasperación.

—¿Por casualidad quieres saber por qué dejé el cuerpo? —adivinó en tono cansino.

—¡Qué listo eres! —aplaudió ella con una sonrisa que en el fondo no sentía. Conocer en

profundidad al amo la llenaba de satisfacción, pero le costaba olvidar el episodio con Dylan.

Tuvo que sentarse a horcajadas sobre el herido para presionar el disco de algodón contra la nariz. La hemorragia se había detenido por sus propios medios.

Hurricane puso los ojos en blanco. Le pareció que así disimulaba la turbación de tenerla tan cerca. Maxine sentía que solo se conducía con seguridad si había tenido tiempo para mentalizarse de que intimarían, pero el deseo le consumía si ella lo pillaba desprevenido.

—Porque encontré otro trabajo.

—¿Que es...? —Enarcó una ceja inquisitiva.

—Por lo visto, lidiar con tu curiosidad. Y no me pagan lo suficiente —se quejó en tono bromista. Tuvo que cerrar los ojos para que Maxine le limpiara una herida superficial en la ceja, en la que no se había fijado hasta ese momento.

—¿Me contarías a qué parte del cuerpo pertenecías? Uno piensa en marines y solo le vienen a la cabeza los que realizan expediciones marítimas, pero los hay conduciendo... aviones, ¿no?

—Estaba en el Regimiento Raider de los Marines, una fuerza de las operaciones especiales —dijo después de ordenar sus ideas. O de resignarse a responder sus dudas. ¿O de formular una mentira creíble que la satisficiera lo suficiente para librarse él de un interrogatorio más exhaustivo? Poco le importaba. Maxine adoraba que hablara de sí mismo porque nunca la trataba con condescendencia por no saberlo todo sobre el tema—. Hasta el año 2015, que fue cuando la misión me llevó a Mali, no se hizo oficial el cambio de nombre. Antes era simplemente «Regimiento de Operaciones Especiales de la Marina». Sería más justo decir que fui un raider, en definitiva, no un marine.

—¿Qué hacías en Mali? —preguntó mientras limpiaba los restos de sangre seca.

—Rescatar a casi ciento cincuenta rehenes de Al-Qaeda que estaban retenidos en el hotel Radisson Blu. Es de lo que fundamentalmente se encargaba mi destacamento, de lidiar con el terrorismo nacional y extranjero.

—¿Y qué edad tenías cuando entraste en la Marina?

Él se mordió el labio con una sonrisa entre hastiada y divertida, dándola por perdida.

—Dieciocho, pero hasta los veintidós no me mandaron a mi primera expedición. Antes de que preguntes, también he estado en Irak y en Filipinas a propósito de otros ataques terroristas, pero después de la batalla de Marawi, me dejé convencer por mi actual jefe para dejar la vida de emociones fuertes.

—¿Tienes estrellas de plata, y todo eso? —siguió preguntando, asombrada. Si no recordaba mal, era la cuarta condecoración más importante y tercera de valor de las Fuerzas Armadas. Él asintió a desgana—. Entonces eres un héroe nacional, ¿no?

—En absoluto —replicó con ánimo sombrío. Hurricane parecía haberse resignado a que quienes conocieran su historia enaltecieran el patriotismo—. Hicimos mucho bien en algunas partes, pero en otras... no tanto. Utilizar un arma contra alguien no es nada de lo que estar orgulloso.

La pregunta salió de sus labios antes de que pudiera contenerla, y con una voz temblorosa que cambió el tono informal de la conversación.

—¿Has matado a alguien?

Hurricane hizo contacto visual con ella por primera vez desde que se habían sentado. Como si quisiera contrarrestar la tenebrosidad de la legítima duda, le rodeó la cintura con las manos y las entrelazó en su baja espalda.

—¿Tú qué crees?

—Creo que —empezó con tiento, vigilando su semblante—, en el caso de haberlo hecho,

sería algo que te pesaría bastante.

Hurricane levantó las cejas, como si le sorprendiera su afirmación.

—Pues yo creo que, en el caso de haberlo hecho, me pesaría que no me pesara tanto.

Maxine no había visto venir su respuesta. Daba por hecho que los marines y soldados de la Armada norteamericana eran igual que los personajes masculinos atormentados de sus libros preferidos; hombres que se habían alistado en el ejército para llevar honor a su casa y que regresaron años después con pesadillas por la cantidad de víctimas, inocentes o no, que se habrían llevado por delante.

En el rictus serio de Hurricane veía el respeto hacia el hecho de arrebatar una vida, pero no el arrepentimiento de quien recitara los nombres de sus víctimas antes de irse a dormir.

—Bueno, eran... —Tragó saliva y aprovechó para arrojar el algodón teñido de escarlata a la papelera cercana. Hizo contacto visual de nuevo—. Eran malas personas, ¿no?

—A veces —respondió con total sinceridad. Maxine pensó que la estaba castigando por haber metido las narices en un asunto que le era ajeno. Su mirada así se lo decía: «¿No querías conocerme? Ahora verás que hay preguntas que es mejor no hacer»—. En otras ocasiones, aprietas el gatillo y el fuego amigo alcanza a las que no lo son tanto.

—Pero eso es un error de cálculo, un accidente que le puede pasar a cualquiera...

—Por Dios. —Puso los ojos en blanco, hastiado. Era la primera vez que lo veía hacer un gesto tan humano—. No quiero que tú también me mires de esa manera, como si dos estrellas de plata me convirtieran en el gran libertador de los Estados Unidos, ni que justifiques los horrores de las misiones. Tengo razones personales para no querer contar estas batallitas que se interpretan como heroicidades, y no solo por mi madre, que puedo entender que me vitoree incluso cuando me equivoco, sino por los patriotas que insisten en perdonármelo todo.

—Oye, que yo no te lo perdonaría todo —se escuchó decir, sin tenerlas todas consigo. Porque quizá sí que lo haría. O, por lo menos, le disculparía un gran número de afrentas.

Le vinieron a la cabeza las palabras de Dylan, palabras que odiaba y que habría deseado no oírle decir: «Tú solo me dejarías si hubieras encontrado a un tío que respetas más que a mí».

No era cierto, se dijo con el corazón en un puño. Pero el propio Hurricane la miró con la ceja alzada, cuestionándola sin darse cuenta.

—¿No? —preguntó en voz baja. Sus manos descendieron por la curva de la espalda femenina para rodearle las nalgas con posesividad—. ¿No me habrías admirado sin importar a lo que me hubiera dedicado?

—Bueno, ya no te dedicas a matar a nadie, ¿no? —musitó ella, acomodándose en su regazo con disimulo. Su mero contacto la había activado, y quería que la hiciera olvidar lo que acababa de suceder en la cabina—, y supongo que, aunque no te arrepientas de lo que hiciste, mucha gracia no te haría. Puede que no deba admirarte, pero mereces cierto reconocimiento por tu intervención. Venciste al terrorismo, a fin de cuentas.

Él apretó la mandíbula. No le había gustado su respuesta. Por eso no entendió que la recompensara acercándose a ella para hablar cerca de sus labios.

—Te estás adentrando en lugares muy peligrosos, Maxine —susurró—, y te lo advertí en su día para que los sortearas.

—No... —balbuceó, de pronto nerviosa— no sé a qué te refieres.

—A que la curiosidad mató al gato —le explicó con paciencia, estudiándola con fijeza—. Tienes que dejar de acurrucarte en mi regazo, tienes que dejar de hacerme preguntas personales, pero, sobre todo, tienes que dejar de sentir esa curiosidad que te digo. En el momento en el que quieres conocer hasta el último de los secretos de alguien, estás perdido.

Maxine había estado manteniendo la conversación en terreno neutro, como si así pudiera restregarle a Dylan que se equivocaba y no saltaría a los brazos de otro después de abandonar los suyos. Pero no pudo seguir negándose a hacer lo que tanto ansiaba cuando Hurricane la agarró de las nalgas y apoyó la mejilla en la suya, haciéndole cosquillas con la aspereza de la barba que siempre estaba por salir.

—¿Por qué iba a estar perdida cuando es recíproco? —replicó ella, posando las manos en sus hombros y acercando las caderas a la bragueta de su pantalón. Se sentó sobre el botón del vaquero y se frotó con él con toda la intención, con brusquedad, haciendo ruido en el proceso. El perverso roce del *short* de algodón se oía casi como un estruendo al rascar la más áspera del modelo *denim*—. Tú no sientes curiosidad por mí porque ya lo sabes todo, pero algo tiene que atraerte, porque no me has apartado nunca. Solo cuando he puesto a prueba tus límites, y muy a regañadientes.

Hurricane la miraba a los ojos sumido en un silencio cauteloso.

—No es ningún secreto que me pones cachondo —repuso con un susurro recatado que no casó con la fiereza de su mensaje. El cuerpo de Maxine reaccionó a la confesión poniéndose firme—, pero no voy a permitir que la atracción se convierta en una obsesión.

«Es demasiado tarde», pensó Maxine, regocijándose en lo placentera que era una fijación cuando la otra persona la alimentaba demostrando el mismo interés. ¿Cómo no iba a celebrar la obsesión si Hurricane no se oponía a que se frotara con el bulto de su entrepierna? Estaba tan obcecada en tenerlo en cuerpo y alma que no le importaba nada, ni que tuviera la cara marcada por la violencia de su exnovio, ni dicho exnovio, ni su propio bienestar futuro.

Tampoco le importaría que el amo hubiera matado a mil inocentes. Lo deseaba de tal manera que no podía sino confirmar los temores de Hurricane: se lo perdonaría todo siempre y cuando siguiera tocándola así.

—¿No? —musitó Maxine, reclinándose sobre su pecho para volcar las caderas hacia delante y empezar a moverlas en círculos sobre su erección—. ¿No lo vas a permitir?

Hurricane seguía mirándola con una mezcla de sentimientos encontrados. En sus ojos grises veía reflejada la astucia con la que ella se estaba comportando. Con discursos no podría convencerlo, pero la pasión era tan persuasiva que esperaba que hablara por sí sola.

Ya fuera por seguirle el juego o porque de veras lo estaba excitando, Hurricane hundió los dedos en sus nalgas y la atrajo hacia él. Soltó un gruñido animal al sentirla ardiendo sobre su miembro. Maxine se mordió el labio y afincó una mirada sedienta en el amo. El ataque de Dylan la había asustado en un principio, pero le había dejado en el cuerpo una tensión que solo Hurricane podría transformar en una deliciosa liberación.

—No sé qué te limita —reconoció ella sin detener el movimiento—, pero no tiene sentido contenerse.

—¿Quién eres y qué has hecho con la chiquilla asustada que lloraba en el baño de Vesper’s? —le preguntó al oído con la voz ahogada en deseo.

—Sea lo que sea que le haya pasado... —replicó—, tú eres el responsable.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, Maxine guio las manos a la bragueta del pantalón y empezó a bajar la cremallera.

Había soñado con ese momento durante tanto tiempo, en el sentido literal y figurado, que empezó a hiperventilar mientras buscaba la erección. Se inclinó sobre Hurricane con los ojos entrecerrados y ladeó la cabeza como si fuera a besarlo, pero se quedó a las puertas de sus labios para tan solo respirar su aliento. Él también se dejó cautivar por su cercanía, por el sudor nervioso que empezaba a envolverles como la nube de una tormenta eléctrica, y la estrechó más

contra su cuerpo.

Maxine sabía que no podía tomar su boca sin permiso. Debía ser Hurricane quien tomara la iniciativa. Y le pareció que eso era lo que hacía al humedecerse los labios. Su respiración y sus pestañeos se habían ralentizado, como si estuviera sumido en un sueño; y cuánto le favorecía ese aire de fragilidad. Maxine se regocijaba en el hecho de que no fuera inmune a ella, de que el mismo hechizo los tuviera cautivos. Jamás se habría atrevido a fantasear con una pasión semejante, pero con que sería correspondida, menos todavía.

Y, sin embargo, Maxine estaba a punto de retirarse la ropa interior y montar su erección cuando Hurricane la agarró de la muñeca. Ella alzó la barbilla en su dirección a tiempo para ver cómo la neblina del deseo se disipaba en su mirada empañada.

Una sombra hostil había nublado el brillo de sus ojos.

—Basta —bramó con voz queda—. ¿Es que no puedes respetar mis límites? ¿Cuál es tu maldito problema?

Maxine se ruborizó de vergüenza al oírle hablar con una ira contenida que jamás habría imaginado viniendo de un hombre con su facilidad para enmascarar los sentimientos. Se habría quedado helada en su regazo si Hurricane no se hubiera encargado de romper la postura, volviendo a recolocarse la ropa interior y subiendo la cremallera del vaquero con movimientos airados. Acto seguido, y como si pesara menos que una pluma, la tomó por la cintura y la apartó sentándola en el sofá.

No se quedó al lado de Maxine mientras recuperaba el aliento, todavía agitado, sino que se levantó de inmediato, igual que si hubiera recibido una llamada urgente, y se marchó de allí.

Solo cuando estuvo sola, con el cuerpo ardiendo y el corazón en un puño, pudo repasar lo que acababa de suceder y llegar a una conclusión inquietante.

Ni siquiera la había mirado al espetarle que se detuviera, y lo había mascullado entre dientes, como si en realidad se lo estuviera reprochando a sí mismo.

Capítulo 36

Maxine estaba mirándose en el espejo para ultimar los detalles de su atuendo nocturno cuando tuvo una revelación.

No podía permitirse darle la razón a Dylan, y no por orgullo, sino por salud mental.

Pasar el resto de la tarde angustiada por si había ofendido a Hurricane le hizo saber que estaba cayendo en el mismo círculo vicioso. No podía depender de lo que un hombre pensara, quisiera o esperara de ella para, en función de cómo la tratara, decidir si estaba teniendo un buen día. Debía hacer algo para protegerse de su tendencia natural a obsesionarse con las personas que le despertaban curiosidad o admiración. No sabía el qué, pero se juró averiguarlo.

Habría preferido empezar su camino de descubrimiento con ayuda de Carey. Lamentablemente, seguía sin dar señales de vida. Y, al final, su amiga solo era una de las personalidades por las que sacrificaría su amor propio con mucho gusto.

Terminó de ajustarse la coleta y procedió a enrollar los rizos en un rodete que le retirara todo el pelo de la cara. Se había maquillado los ojos y los labios, todo un hito en una chica que se agobiaba delante de una paleta de sombras. Estrenaba el salto de cama verde botella, que constaba de un corsé con manga caída de seda y una pequeña faldita semitransparente que cubría lo justo. Incluso se había puesto complementos esta vez, unas pulseras tobilleras doradas y un par de cadenas a juego que se perdían en el escote.

Se había arreglado a conciencia, pero no para sorprender a nadie. Después de lo ocurrido en el templo de Wat Po con el uno y con el otro, tenía ganas de verse atractiva.

No esperó a Hurricane para emprender la marcha al recinto de juegos. Supuso que seguiría enfadado, y prefirió darle su espacio mientras solucionaba lo que quiera que le pasara con ella.

En el camino, que hizo sobre unas sandalias romanas con plataforma, le llegó una melodía veraniega y pegadiza que la atrajo como el fuego a las mariposas. *Privado,* un remix de reguetón, llenaba de música el resort.

Que llegara sola llamó la atención de algunos de los invitados, pero de un tiempo a esa parte, a Maxine había dejado de importarle ser el centro de las miradas. Aceptó el cóctel que le ofreció uno de los camareros que paseaban alrededor de la piscina y se recostó en una de las columnas del toldo replegado. En lo que iniciaba la velada, se perdió contemplando el cielo estrellado.

En esos momentos, preferiría estar en Los Ángeles.

Esa tarde, pensando en su vida y en su futuro, llegó a unas cuantas conclusiones: tendría que ponerse a buscar empleo en cuanto bajara del avión, algo que la ilusionaba y aterraba a partes iguales; localizar un alquiler que no le sangrara la cartera, y conocer gente nueva.

Sí, se sentía inspirada para abrirse a los demás. Que Carey la considerara su amiga le había supuesto una inyección de optimismo en el ámbito social.

También tendría que mantenerse alejada de los hombres por un tiempo, aunque no en un plano físico. Ahora que había conectado con su lado más sexual, era reacia a renunciar al placer que podría encontrar en un amante experimentado. Pero sí debía aprender a poner barreras emocionales, porque Dylan no se equivocaba: una parte muy ingenua de ella había llegado a pensar, en contra de todo sentido común, que podría sustituir a su exnovio por Hurricane.

¡Como si el amo le hubiera dado esperanzas en algún momento!

Maxine se sentía ridícula. Le daba la impresión de que en el fondo debería darle las gracias al amo por haberla frenado a tiempo, porque lo último que necesitaba era llegar a la cuarta base con un hombre por el que sentía una debilidad preocupante. El sexo con Hurricane sellaría la

obsesión, y Maxine desaparecería en dicha obsesión como se diluyó también en la relación con Dylan.

Porque estaría mintiendo si negara haber sentido una peligrosa corazonada nada más conocer al amo: la certeza de que se enamoraría de él si no se andaba con pies de plomo.

Alejó sus pensamientos cuando vio que Angel Face se acercaba a ella con las manos entrelazadas a la espalda y ese amago de sonrisa traviesa que la caracterizaba. Sentía simpatía por ella. Parecía que su cometido en Fuego y Sangre fuera proteger a las mujeres y recordarles a los hombres que no les convenía creerse imprescindibles.

Angel Face se situó a su lado de un pequeño saltito. Se quedó mirando a la concurrencia un buen rato mientras sorbía de un cóctel manhattan.

Ella era la única que no se había puesto lencería fetichista ni un solo día. Con más o menos escote, más o menos provocativa, Angel Face siempre iba vestida. Esa noche lucía un *little black dress* con transparencias en los costados que demostraban que no llevaba ropa interior.

—Echaron a tu exnovio —dijo en castellano con acento chileno.

Maxine se giró hacia ella, sorprendida.

—¿Cómo sabes que era mi exnovio? —le preguntó en el mismo idioma.

—Me dedico a observar, y saltaba a la vista. Lo que no sé aún es si se trataba de tu exnovio de hace cinco años, al que aún no habías superado, o del exnovio que rompió contigo para venir aquí. Tranquila, no hace falta que respondas —la cortó, viendo que abría la boca—. Me vuelve loca una buena historia de amor, pero sospecho que eso que había entre Grasshoper y tú no era ni amor ni nada parecido. En fin... —Se separó del lateral de la columna en la que se había apoyado y encogió un hombro—. Solo quería que lo supieras.

—¿Y sabes algo de Yellow Bird? —inquirió antes de que la dejara sola. Angel Face la miró con recelo y también extrañeza, como si la dejara de una pieza que le importara tan poco lo relativo a Dylan—. No sé nada de ella desde que se fue. A lo mejor ha hablado contigo... o con Califa. Se supone que os conocéis, ¿no?

—Nos llevamos —respondió con ambigüedad—, pero no hemos intercambiado datos personales. Iba a ser difícil que me mandara un mensaje anunciando que está sana y salva. De todos modos, si su vuelo tenía una o dos escalas, no habrá llegado a casa hasta hace unas horas.

La introducción del juego abortó su respuesta.

—Buenas noches a todos y a todas —anunció la voz ronca de Black Russian a través de los altavoces. Por los extremos del recinto salieron los ayudantes habituales, ataviados con sus elegantes uniformes. Cargaban una ruleta similar a la que Califa extrajo de su cajón para ponerla a prueba—. Esta noche echaremos mano de un clásico adolescente para divertirnos.

Maxine siguió a Angel Face en su lánguido paseo hasta la explanada.

Se fijó en el modo en el que los hombres y algunas mujeres miraron a la pareja de Califa. Por lo que sabía, era la sensación de la velada; la rara joya de una leyenda egipcia, tan difícil de ver en vivo y en directo como un animal en peligro de extinción. Todos estaban hambrientos de ella, y a Maxine no le cabía la menor duda de que se debía a que la joven actuaba como si fuera inmune al deseo ajeno.

Siguiendo el gesto oferente de Angel Face, que levantó un coro de murmuraciones al tomar asiento —¿participaría, acaso? Lo más probable era que su presencia solo fuese un reclamo para captar más público—, se acomodó a su lado en completo silencio. Justo frente a ambas se encontraban Rob Roy y su compañera, una mujer más alta que él y de edad similar que llevaba con estilo un corte de pelo atrevido.

Un cosquilleo de anticipación la recorrió al intercambiar miradas con el amo. Con una sonrisa

maliciosa, le advirtió que esa noche no escaparía de sus garras, así tuviera que sobornar al destino. Su interés era halagador e intimidante a partes iguales, pero pensaba aprovechar el resto de la experiencia para ponerse a prueba y ver hasta dónde podía conducirla la curiosidad.

—El amo o ama del sumiso o sumisa al que le toque con un participante distinto tendrá que dar su aprobación para que se celebre el juego —advirtió Black Russian.

Quiso la casualidad que se cumpliera el deseo del amo escocés y, después de girar la ruleta con ímpetu, la aguja los señalara a Rob Roy y a ella.

No habría sabido explicar lo liberada que se sentía después de haber comprendido que no podía seguir dependiendo de la aprobación ajena para hacer, decir, existir. Tanto así que no le dio miedo pecar de exhibicionista o estrenarse con un desconocido simple y llanamente porque se sentía atraída por él. Por primera vez en mucho tiempo, no le parecía que le debiera nada a nadie. Ni lealtad, ni amor, ni consideración alguna. Se debía a sí misma y a sus impulsos momentáneos, como lo fue gatear hacia Rob Roy meneando las caderas para tomar sus labios.

El amo le devolvió el beso sin dudarlo. Le plantó las manos en las nalgas, que palmeó y masajeó emitiendo ronroneos de lo más excitantes. Maxine sonreía de incredulidad y sorprendido placer al besarlo. Le gustaba que supiera a calor ardiente, a alcohol y a chocolate. Le gustaba la forma que aquel hombre tenía de desearla, sin miedo a entregarse del todo, sin contener sus instintos, aireando lo que pensaba en el momento en el que lo pensaba.

Maxine le puso las manos en la bragueta y se separó lo justo para mirarlo a los ojos.

—¿Qué nos ha pedido que hagamos? —Señaló hacia atrás con un gesto de cabeza—. La ruleta, digo. ¿Ha indicado algo en especial?

—No, cariño. Puedes hacer conmigo lo que quieras —contestó, enredándole los dedos en los rizos. Añadió, en tono ronco—: O, en su defecto, lo que yo quiera.

—¿Y qué es lo que quieres, amo? —inquirió en voz baja, jugando a rozarle los labios con la boca entreabierta.

Maxine respingó cuando Rob Roy deslizó un dedo desde su hendidura hasta el coxis, recorriendo la separación de sus nalgas en una caricia atrevida.

—Esa es una pregunta peligrosa, Mimosita, porque yo quiero muchas cosas. Si tuviera los tres deseos del genio, le pediría que me dejara follarte el culo, el coño y la boca. Pero solo me vas a conceder uno, ¿verdad?

Maxine chasqueó la lengua como si no la hubiera impresionado que le hablara así.

—Me temo que sí, porque no soy tan generosa.

—Pues... me puse muy celoso cuando te vi de rodillas ante tu querido Hurricane —reconoció, apartándole un mechón de la cara con paciencia. Le hablaba como si la quisiera, lo que contrarrestaba la crudeza de sus palabras—, y mira que no soy un tipo envidioso. Pero ahora resulta que yo también quiero que me la mames así, como si estuvieras obsesionada con mi polla. ¿Lo harías?

A Maxine le sorprendió su propia disposición a complacerle. Rob Roy no llevaba la dominación en las venas tal y como la presentía en las órdenes de Hurricane. Su amo no necesitaba persuadir para hacerla temblar; bastaba con hacerle una caída de ojos para que ansiara cumplir su voluntad. No obstante, Rob Roy le resultaba simpático, y a diferencia de Hurricane, se mostraría agradecido por lo que Maxine quisiera hacerle.

Siguiendo las reglas, miró por encima de su hombro al amo que debía dar su permiso. No cambió la postura. Siguió a cuatro patas, ofreciendo su trasero con descaro, mientras sostenía la mirada de ojos grises.

—¿Consientes, amo? —le preguntó con una ceja enarcada.

Le dio la impresión de que acababa de ponerle en una situación muy complicada. Aunque no pestañeó de más, no hizo ninguna mueca y tampoco fulminó con la mirada al escocés, Maxine supo que se estaba esforzando para no ponerse en evidencia con una negativa. Pensó en cuánto le habría gustado que se plantara allí mismo sin miedo a las consecuencias después de responder un no rotundo, y que la hubiera sacado del círculo alegando que era suya y de nadie más. Le habría gustado presenciar un despliegue de posesividad de la que siempre había despreciado viniendo de hombres autoritarios, pero que en él interpretaría como una anhelada muestra de emoción. La habría excitado, pero sobre todo la habría conmovido, porque habría dado a entender que Maxine no le era indiferente.

Por desgracia, Hurricane dijo:

—Consiento.

Manteniendo el rictus serio, hizo un elegante ademán con la mano, invitándolos a comenzar. Su indolencia avivó la rabia que Maxine había estado tratando de controlar durante todo el día, y la impulsó a tomar una firme determinación. Cumplió a rajatabla con el permiso de Hurricane bajándole la bragueta a Rob Roy y trasteando bajo la ropa interior para liberar una lección protuberante y casi tan gruesa como su muñeca.

Más allá de que estuviera eufórica por la ruptura o quisiera darle en las narices a Hurricane, le apetecía devorarlo. Salivaba con la sospecha que darle placer al escocés le produciría un regocijo indescriptible, y descubrió que no se equivocaba en cuanto rodeó la cabeza púrpura con los labios y empezó a succionar.

Rob Roy le rodeó la nuca con una mano y la empujó hacia abajo con un gruñido ronco.

El sexo oral siempre le había resultado vergonzoso y, cuando no, humillante, pero ahora se daba cuenta de que aquella era la única postura en la que una mujer arrodillada tenía todo el poder. Lo masturbó de arriba abajo mientras intentaba introducirla entera en la boca, presionando con la lengua las partes donde creyó que sería más sensible. Rob Roy participaba en la felación agarrándola del pelo y elevando las caderas para introducirse más en su boca, que no podía negarse que le estuviera recibiendo con entusiasmo.

Maxine cerró los ojos y mamó con ímpetu hasta que la garganta se expandió para acogerlo en su totalidad, momento en el que empezó a temblar por las arcadas.

—Eso es —susurró él entre jadeos—. Tienes una boca de ensueño.

Alentada por sus halagos, aumentó el ritmo y la intensidad de los movimientos, presionando más la base de la erección y el prepucio cuando descuidaba el falo para lamer los testículos y presionar el punto del frenillo. Se animó a jugar con él delineando las venas del tallo con la punta de la lengua, y le guiñó un ojo que le hizo sonreír con perversión.

—En realidad eres una guarra, ¿eh? —le dijo Rob Roy, mirándola complacido—. Solo que te gusta hacerte la buena.

Maxine le dio un mordisco intencional; no tan fuerte como para hacerle daño, pero sí para sobresaltarlo. Rob Roy la tomó de la barbilla y la besó en la boca, encantado de mezclar la saliva y los fluidos en un intercambio sensual a rabiar.

No dejó de masturbarlo mientras se besaban cada vez más rápido, más frenético, de una manera tan pervertida que empezó a arderle la cara y el bajo vientre.

No por eso se detuvo, aun así. El beso no acababa nunca, y se le antojó una forma menos explícita de tener sexo, pero igual de sucia.

—Métetela en la boca —ordenó él contra sus labios—. Quiero que te lo tragues todo.

Maxine obedeció sin poner objeciones y succionó su miembro dos, tres y hasta cuatro veces hasta que lo sintió estremecerse y vaciarse con un gemido liberador. El semen la inundó. Lo

mantuvo en la boca un instante antes de bajarlo por la garganta con orgullo.

Excitada, miró a Rob Roy, que ya la estaba observando con un brillo especial en los ojos.

—Oh, Mimosita... Tú —le pasó el pulgar por el labio inferior, manchado de humedad— no te vas a librar de mí hasta que te haya hecho todo lo que tengo en mente.

Capítulo 37

Aun sin girarse para confirmarlo, Maxine podía sentir la rabia contenida de Hurricane. No había dejado de notarla desde que el juego tocara a su fin y pusieran rumbo de vuelta al bungaló.

Subieron al dormitorio en completo silencio. Con el rabillo del ojo, Maxine vio que Hurricane se internaba en el baño con la mandíbula tensa. Le oyó abrir y cerrar cajones, abrir y cerrar la llave del agua; seguro que abría y cerraba las manos para crispar los puños y relajar los dedos. Le pareció que mascullaba una imprecación al no encontrar algo concreto.

Salió al poco rato, cuando ella estaba terminando de descalzarse.

—Ha sido una buena noche, ¿no? —comentó Maxine desde el borde de la cama, esperando aligerar la carga en el ambiente. Creía conocer el porqué del aire electrizado, y no estaba segura de si quería suavizar la tensión o presionarlo hasta que estallara.

—¿Para ti? Desde luego —respondió con un deje irónico que no le pasó desapercibido.

Maxine se levantó con las sandalias en la mano. Las arrojó con desgana a una esquina antes de asomarse bajo el umbral que unía los dormitorios.

—¿Qué has querido decir con ese tonito, si se puede saber? ¿Estás enfadado porque la ruleta no te eligiera? Lástima. —Chasqueó la lengua con sarcasmo—. Seguro que la próxima vez tienes más suerte.

Vio que los músculos de la espalda de Hurricane se tensaban. Dio por hecho que dejaría correr la provocación, pero, para su sorpresa, la encaró con los ojos echando chispas.

—¿Se puede saber a qué juegas? —le espetó con un tono gélido que la puso en guardia.

—A Fuego y Sangre —contestó con voz firme—. ¿Y tú? ¿A qué estás jugando tú?

—A aquello por lo que firmé, pero creo recordar que tú tenías planes muy distintos de pasar de unos brazos a otros. Me suena que estabas aquí para mirar y aprender y así poner en práctica tu nueva sabiduría con tu novio, pero Dylan ni siquiera está ya aquí —le recordó con retintín. No se habría dado cuenta de lo que acababa de delatar: sonaba complacido con la expulsión—. Así que... ¿qué es lo que pretendes?

—¿Se supone que porque mi exnovio —recalcó con una ceja enarcada que decía «por si acaso se te ha olvidado»— no esté presente, yo tengo que privarme de la experiencia? ¿Qué pasa?, ¿que si juego contigo estoy haciendo lo que debo hacer, pero si juego con otro ya me estoy contradiciendo? —Fue hacia el espejo de su habitación para quitarse las horquillas del moño—. Elige de una vez por todas con qué te vas a preocupar. Como un sabio me dijo una vez, estar en dos cosas al mismo tiempo te puede volver loco.

Vio a través del cristal que él permanecía impertérrito.

—Es curioso cómo nunca aplicas los consejos de los demás, pero te atreves a utilizarlos como arma arrojadiza contra quienes te los dan.

Maxine dejó de soltar las horquillas en el cajón de la cómoda donde guardaba el neceser. Habían empezado a temblarle las manos por lo que preveía una discusión acalorada.

Miró el reflejo de Hurricane antes de contestar.

—A mí me parece más curioso cómo tú te crees en el derecho de dar consejos cuando no eres ejemplo de nada. Me dices que me centre, pero vives a caballo entre la indolencia del hombre que no siente nada y la pasión del que siente demasiado.

—Que eso te extrañe revela que no entiendes de qué va todo esto —la sorprendió respondiendo—. Cuando uno se interna en un mundo en el que estará piel con piel con una

mujer, tiene que ponerse una armadura para no implicarse.

—¿Y por qué no? —inquirió con aparente desinterés, como si no temiera la respuesta.

—Porque amar es un asunto delicado, Maxine. Tú misma deberías saberlo viendo a dónde te ha traído.

Cerró el cajón de un golpe airado y se giró hacia él con los brazos en jarras.

—¡Deja de redirigir la conversación a mí, a Dylan o a mis contradicciones! ¿Qué es lo que pasa, eh? ¿Por qué no me hablas claro? ¿Estás celoso? ¿Es eso? ¿Me vuelves loca con tu manera de tocarme para luego decirme que mantenga las distancias y, justo después, montarme un pollo porque se supone que tengo novio y no te convengo? ¿O, mejor dicho, porque no te conviene que te guste más de la cuenta?

—¿Celoso? ¿De quién? —contraatacó, perplejo—. ¿De tu exnovio?

—Vaya, aquí tenemos de nuevo a don respondo-lo-que-me-interesa —bufó Maxine.

Hurricane esbozó una sonrisa socarrona y se cruzó de brazos.

—No seas ridícula. Nunca he estado celoso de ese tipo porque a ti nunca te ha importado. Solo te obsesionaba la idea de recuperar tu vida.

Maxine apretó los puños, enfurecida por la condescendencia con la que le habló.

—Pues mira, justo porque ahora he recuperado mi vida no me hace falta seguir escuchando tus consejos. Voy a divertirme, y si no lo soportas porque eres un cabrón indeciso y no sabes lo que quieres, no es mi problema.

Hurricane entornó los ojos.

—Te convendría limpiarte la boca antes de decir a la ligera que soy yo quien no sabe lo que quiere —respondió con una frialdad inquietante—. Hace un rato te has enganchado a la polla de Rob Roy porque yo me he negado a darte la mía.

Aquello le sentó como una patada en el estómago. El color le subió a las mejillas, no tanto por la gravedad de la ofensa, que jamás habría esperado viniendo de él, como por el miedo a que fuera cierto y pasara de unas manos a otras porque no podía estar con quien en realidad deseaba. Pero antes de meditarlo con madurez y reconducir la conversación por el camino de la asertividad, salvó el espacio que los separaba y le soltó una bofetada que le giró la cara.

El sonido del impacto reverberó en las paredes de la estancia, sentando un silencio tan tenso que podría haberlo cortado con un cuchillo.

—No me vas a llamar puta ni lo vas a insinuar porque me esté adaptando a las costumbres del sitio en el que me encuentro —le advirtió entre dientes, iracunda. Lo señaló con el dedo—. Estoy harta de vosotros, ¿me oyes? Estoy harta. Harta de que algunos me consideréis demasiado mojigata, harta de que otros me crean una zorra insaciable, harta de que hoy me quieran y mañana ya no, harta de que me manipuléis para que encaje en vuestro elevado concepto de mujer deseable. Que os jodan a todos, ¿te enteras? ¡Haré lo que me dé la gana, cuando y como me dé la gana! ¡Y, sobre todo, con el hombre que me salga de las narices!

—¿A quiénes te estás refiriendo con el plural? —inquirió con los párpados entornados, ignorando la mejilla que debía de estar palpitándole—. Solo estoy yo en esta habitación.

—Tal vez me refiera a tus múltiples personalidades: a la que es capaz de seguirme al baño de un avión y luego no dirigirme la palabra, como si no hubiera sido la gran cosa, y a la que ahora se atreve a recriminarme, igual que un marido celoso, que me divierta en un encuentro sadomasoquista. Si tanto te molestaba que me enganchara a la polla de Rob Roy, podrías haberlo detenido —agregó en tono acusador—. Tú tenías la última palabra. Pero no lo hiciste porque habrías tenido que dar una explicación, y entonces ¿qué me habrías dicho, si no te entiendes ni a ti mismo?

—Le dijo la sartén al cazo —espetó él con los ojos lanzando chispas—. Rompes con tu novio y te dedicas a ponerte en bandeja de cualquiera que te dé un par de arrumacos, y todo ¿por qué? ¿Tú sí podrías darme una explicación coherente de tu comportamiento?

—¡Yo a ti no tengo por qué explicarte nada! ¡A ti en concreto menos que a nadie! —le gritó, y fue a golpearle de nuevo, pero Hurricane la agarró a tiempo por la muñeca.

La contundencia de su mirada hostil la clavó en el sitio.

—¿A mí menos que a nadie? —Sus ojos grises emitieron un brillo acerado que quemó como la escarcha—. ¿Acaso pensabas que no empezarías a responder ante mí si llegaba a sacrificar mis límites por ti?, ¿que podrías hacer lo que quisieras y con quien quisieras después de acostarte conmigo?

—Pero al final no los sacrificaste, porque no nos acostamos. Y, si no recuerdo mal, eres tú quien se detuvo. ¿Con qué derecho me reprochas ahora que busque calor en otro lado?

No le importó admitir que se había arrojado a los brazos de Rob Roy por múltiples razones, pero que una de ellas había sido el despecho. Tampoco le importó el mundo que la rodeaba cuando Hurricane se inclinó sobre ella. Seguía sujetándola por la muñeca, presionando con los dedos en un punto sensible.

Maxine le sostenía la mirada, tan furiosa que no se sentía la cara.

—Con los derechos preferentes que tú me concediste al insinuar que solo yo te hago vibrar —le respondió en un siseo ferviente—. No debiste provocarme si por la noche ya ibas a estar dándote besitos con otro.

Maxine se zafó de su brazo sacudiéndose con violencia.

—Alguien tendrá que darme los besitos que quiero, y está claro que tú no vas a ser ese alguien —le reprochó con resentimiento—. No puedes ofenderte porque no me baste con lo que ofreces, que está condicionado por un millón de prohibiciones, y me busque a quien supla esas carencias. Si no puedo tenerte a ti, ¿por qué no a otros, eh? —acabó balbuceando con un nudo en la garganta.

Odió que se le quebrara la voz. Hasta el momento había estado orgullosa de su templanza.

—Claro que me has tenido —gruñó él, rodeándola por la cintura—. Hemos hecho todo lo que pueden hacer dos personas para las que solo follar no sería suficiente.

—¡Y una mierda! —Maxine lo apartó de un empujón impaciente—. ¡No hay «hemos»! ¡Jamás lo ha habido! ¿Y sabes por qué? Porque no es una cuestión de sexo. Va más allá. La mitad de las veces, tú nunca estás ahí del todo, envuelto en el calor conmigo. No creas que no me doy cuenta de que desconectas cuando nos tocamos, como si te viniera grande. Nunca te he tenido —insistió, ahora con un hilo de voz y una frustración que le cortaba el aliento—. Hemos estado tu cuerpo y yo, pero tu mente siempre se me ha escapado.

El gesto furioso de Hurricane se fue resquebrajando como si se tratara de una máscara de arcilla. Abrió paso a una desorientación que no le había visto nunca, pero que no permitiría que la ablandara.

Maxine se encaminó al baño conteniendo un llanto impotente a base de fuerza de voluntad. Apoyó los codos sobre el lavabo, delante del espejo, y se miró la cara congestionada y los ojos inyectados en sangre. Se limpió de un manotazo las lágrimas que se le habían escapado y agarró el cepillo de dientes.

Salió con la boca fresca, pero con la garganta todavía reseca y dolorida por la angustia que trataba de sofocar.

Hurricane la miró en cuanto oyó el sonido de sus pasos. Estaba de pie junto al servicio con los brazos lánguidos a cada lado del cuerpo, como si su intención hubiera sido ir a consolarla pero se

hubiese arrepentido.

—Ya me he lavado la boca —le espetó, furibunda—. ¿Contento?

Temblando todavía, pasó de largo en dirección a su dormitorio. Cerró la puerta que conectaba ambos cuartos y descansó la frente en la misma superficie de madera para tomar aire.

¿Por qué le afectaba tanto que aquel hombre no la quisiera?

—Esto no es una pataleta de cría porque me estés negando lo que quiero —reconoció en voz baja, más como desahogo que porque esperara una respuesta de él—. ¿A mí qué más me da que no te acuestes conmigo, si puedo divertirme en la cama de cualquiera? ¿Qué me importa, si no se debe a que yo no te guste? Lo que me duele es... es la certeza de que, por más que lo intento, no llego. Nunca llego hasta ti. No puedo alcanzarte porque hay algo ahí, bloqueándote; hay una puerta que me cierras en las narices todo el tiempo, y... —Un sollozo interrumpió su monólogo. Se llevó el puño al pecho, donde el corazón latía desenfrenado. Lo presionó con los nudillos, esperando así calmarlo—. Que hicieras la excepción conmigo y me entregaras tu cuerpo significaría que yo ya no estoy fuera, que he podido salvar esa maldita barrera. Significaría que no habría de afrontar sola todos estos anhelos que tú...

Maxine perdió el apoyo de la puerta cuando alguien la abrió; alguien que solo podía ser él. Recuperó el equilibrio a tiempo para perderlo de un plumazo en cuanto intercambió una mirada con Hurricane.

Tenía los ojos vidriosos, no sabía si por el dolor o por el deseo, quizá por ambos, porque para él siempre habían ido de la mano, porque para *ellos* siempre habían ido de la mano: doloroso deseo, dolor deseable. Su trágica expresión la golpeó de tal manera que se quedó sin respiración, a merced del paso que diera acto seguido. Hurricane respiraba de forma entrecortada, y una especie de determinación sombría le hacía agarrar el borde de la puerta abierta como si quisiera atravesar sus fibras con las uñas.

En ese momento, eso era lo único que lo contenía para no abalanzarse sobre ella.

Pero no fue suficiente para evitarlo.

Hurricane sacudió la cabeza antes de acorralarla entre sus brazos. La obligó a retroceder al tiempo que él avanzaba hasta que la espalda de Maxine tocó la pared, y, entonces, la aplastó con su recio pecho como si quisiera esconderse dentro de ella, donde nadie vería la emoción arrasadora que había extraditado su indiferencia natural. Hurricane la sujetó por las caderas y hundió la nariz en el lateral de su cuello. Empezó a regarlo de besos ardientes como el infierno; besos que le dejarían marca. Maxine temblaba contra su cuerpo, sin saber de qué manera afrontar el torrente de sensaciones que amenazaba con abrumarla.

Por fin lo rodeó por la espalda y se puso de puntillas para estar más cerca de él.

A veces parecía que aquel había sido su único cometido desde el principio: impulsar ese acercamiento.

—No puedo más —le oyó jadear en agonía. Clavó los dedos en su cintura, que pronto estaría recorriendo con caricias desesperadas—. No puedo más, Maxine...

Como si aquellas palabras anunciaran la rendición en su idioma cifrado, los besos por la cara y el pecho crecieron en intensidad. En un momento dado, Maxine se vio tan sobrepasada por las sensaciones que empezó a arderle la piel entera y ya no distinguía un beso de la huella lejana de unos labios que la habían abandonado rato atrás.

Ella recorrió su cuerpo con las mismas ansias, ese cuerpo que se sentía tan ajeno y a la vez familiar. Fue desabrochando los botones de la camisa, y casi tuvo que pelearse con él para que se apartara lo suficiente para sacársela por los brazos, reacio como estaba a soltarla un solo instante. Parecía ensimismado mimando con la boca los puntos secretos del cuello y el escote que le

doblaban las rodillas.

Sintiendo que la mano de Maxine quería explorar su torso, Hurricane le dio la vuelta al molesto collar para que la chapa metalizada con la inscripción japonesa descansara en su espalda. Ella se maravilló con la suavidad de sus hombros, el vello que protegía la línea vertical de su tronco, como una muralla protectora; la tensión de los músculos y tendones que soportaban el peso de su deseo arrebatado.

Maxine temía que sus secretos y misteriosas penurias lo alcanzaran antes de tiempo y lo frenaran; por eso obró con rapidez, sin permitirse contemplarlo. Llevó las manos entorpecidas por los nervios hasta el cinturón y se lo quitó sin hacer preguntas, cada vez más enajenada con la presión de su boca y las caricias de sus manos, que se empecinaron en amasarle los pechos por encima del corsé. No se dio por satisfecha hasta quitarle los pantalones. Con tan solo la ropa interior, Hurricane se separó para tomarla en brazos y llevarla a la cama.

Allí la soltó, y, sin permitirse tampoco un segundo de admiración, la inmovilizó sentándose a horcajadas sobre ella. Le quitó las últimas horquillas del moño con una parsimonia excitante, respirando con tanta dificultad que incluso Maxine se puso nerviosa.

—Adoro esta melena tuya —reconoció en un murmullo después de retirarle la gomilla.

Solo cuando hubo esparcido sobre la almohada el cabello rebelde de Maxine, apoyó las manos a cada lado de su cabeza y se quedó inclinado sobre ella para observarla con los cinco sentidos.

Aquella mirada insondable tocó una fibra sensible. Parecía que quisiera decirle que ahora sí estaba con ella, que no se desconectaría, que la barrera había sido retirada.

—No sé quién te puso a ti en mi vida, si Dios o el diablo —musitó—, pero te juro que eres algo que de mi imaginación no habría podido salir.

Maxine quiso hacer algo; besarlo, acariciarlo, pero solo pudo estremecerse, llena con tan solo el halago. Lanzó un suspiro al aire y dejó que él le recorriera la cara con los dedos. Se concentró en el trazo de la caricia, que descendió por el cuello hasta llegar al escote del corsé. No le costó quitárselo gracias a la abertura delantera. Maxine jadeó, aliviada, al dejar de sentir los pechos comprimidos, jadeo que se prolongó cuando Hurricane los ahuecó con la palma y empezó a amasarlos con una dedicación que estuvo a punto de humedecerle los ojos.

—Me... me duelen... —reconoció con un hilo de voz.

—¿Cómo no te van a doler, si mira cómo los tratas? —murmuró él, inclinándose para besar las marcas rojizas de las costuras y las varillas del corsé—. Joder... —masculló entre dientes con los labios pegados a la carne tierna—. Tu cuerpo me envenena.

Maxine se revolvió debajo de Hurricane y cubrió el dorso de una de las manos que la acariciaban para presionarla contra el pezón erecto. Él complació su pedido silencioso prodigándole un trato menos cariñoso. La provocó con pequeños pellizcos que le concentraron la sangre alrededor de la areola endurecida, que Hurricane se introdujo en la boca y succionó con ahínco. Maxine hundió los dedos en su pelo despeinado y se sacudió, buscando rozar sus cuerpos, pero él aún se quedaría un rato lamiendo sus senos, mordiéndolos hasta dejar la marca de su dentadura, apretando con los dedos aquel que no recibiría las atenciones de su boca hasta unos segundos después.

—Por favor... —sollozó ella, arqueando la espalda—. Tócame... más... abajo...

Sin apartar la boca del pezón húmedo de saliva, Hurricane bajó la mano hasta el tanga que aún llevaba puesto. Coló los dedos bajo la delicada seda y empezó a curvarlos para insinuar la penetración, para la que estaba mucho más que preparada.

—Mira cómo te pones —gruñó él, introduciendo el corazón y el anular en la jugosa hendidura.

—Mira cómo me pones —replicó ella, revolviéndose entre jadeos.

Hurricane alzó la barbilla para mirarla a través de las pestañas.

—¿Rabiosa como una loba? —se burló con ternura. Le acarició la mejilla con la punta de la nariz y añadió en tono malvado—: Puedo enfadarte más que nadie.

—No es nada de lo que sentirse orgulloso...

—Eso crees tú. Sacar tu lado respondón es un privilegio.

Maxine gimió en voz alta cuando Hurricane giró los dedos en su interior y presionó el empuje hasta que los nudillos toparon con su carne. Se incorporó lo suficiente para centrarse en la ropa interior que aún llevaba puesta y que él solo había retirado lo justo para masturbarla. Tan estrecha era la tira lateral de la lencería que no le costó romperla y quitársela sin más dilación.

Le dobló la rodilla sin dejar de doblar los dedos en su interior para besarle la pantorrilla, el tobillo; la pulsera dorada que había lucido sobre el empeine como una princesa hindú. Ella alargó las manos hacia él, rogando más, y no se detuvo en su búsqueda hasta que llegó a la cinturilla del bóxer.

—Quítatelo —suplicó con voz ronca.

Hurricane obedeció sin objeciones. Fuera lo que fuera que le hubiera estado deteniendo las primeras veces —un demonio, un fantasma o una pesadilla—, no estaba presente esa noche.

Para complacerla, tuvo que levantarse de la cama un momento; momento en el que Maxine aprovechó para incorporarse también y asegurarse de que cumplía su orden. Lo devoró con una mirada hambrienta que se recreó en los muslos firmes, los hombros amplios y la cintura estrecha. Se mordió el labio al contemplar el grueso miembro, tenso como una vara.

En cuanto Hurricane volvió a la cama, ella le puso una mano en el pecho para indicarle que no sería él quien llevara la voz cantante. Se las apañó para empujarlo de espaldas al colchón, y se situó tal y como segundos antes estaba Hurricane, cercándolo con su cuerpo.

El amo la miraba de verdad. La miraba *de verdad, por fin*. La miraba viéndola, presente en aquel momento, viviéndolo con todos los sentidos alerta y las emociones a flor de piel.

Maxine rodeó la erección con los dedos y se regocijó en el calor que emanaba con un ronroneo que fue la perdición de él.

—Maldita seas... —Hurricane la tomó de las mejillas presionando sus músculos maxilares con los dedos. Tenía los ojos nublados por el deseo—. Tú y tus soniditos vais a acabar conmigo.

Intentó incorporarse y atraparla entre sus brazos, desesperado por hacer con ella lo que le pedían las ansias, pero ella le puso un alto alzando las caderas para situar el prepucio en su entrada.

—No, no... —Le plantó la mano en el pecho, y con la otra se ayudó a deslizarse lentamente por el tallo venoso. Le sostuvo la mirada con determinación, pero temblando como una hoja—. Esta noche mando yo.

Maxine gimió en voz alta cuando se insertó hasta la empuñadura. Estaba tan caliente que sintió que ardía por dentro, como le ardían la piel, los ojos; toda ella en llamas, sumergida de cabeza en el infierno.

Empezó a cabalgarlo desbocada, sin preocuparse por si se acostumbraba o no a su tamaño, sin importarle porque al principio le dieran pequeños y dolorosos pellizcos. Lo montó con desesperación desde el primer momento, aferrada a sus hombros, a su pelo, a su cintura, a lo que iba necesitando para marcar un ritmo u otro y recordarse que se trataba de él; de sus hombros, de su pelo, de su cintura. Se notaba más empapada que nunca, por dentro y por fuera, pero, aun así, su polla la apretaba cada vez que resbalaba sobre él. Ella misma estaba ejerciendo presión al juntar los muslos para que la sintiera prieta y deliciosa. Haría lo que fuera para que Hurricane no

pudiera pensar en otra cosa que no fuera repetir.

Él no aguantó mucho rato tendido boca arriba y se incorporó para agarrarla de las nalgas y marcar un ritmo furioso. Tenía la mandíbula apretada y no apartaba la vista de ella, como si se alimentara de sus microexpresiones de pura gloria. Solo dejaba de apretar los dientes para soltar un profundo gemido o un gruñido que le ponía el vello de punta, que la instaba a seguir botando sobre él cada vez más desinhibida.

Hurricane le dio un mordisco en el hombro y un azote en un cachete; ella gritó en ambas ocasiones y se pegó más a él para empezar trazar movimientos circulares con las caderas.

—Eso es... —Sonó sofocado al hablar con la boca pegada a su mejilla—. Muévete así.

—¿Y qué más? —preguntó en voz baja—. Dime qué quieres, y yo... yo... te lo daré.

—Aguanta el orgasmo y dúrame toda la noche.

—No sé... si... puedo... Voy a... correrme —gimoteó.

—Ni se te ocurra —gruñó él en su oído. La ciñó a su pecho—. O atente a las consecuencias.

—¿Qué... consecuencias?

Hurricane la rodeó con los brazos, llegando a cruzar los codos a su espalda, y la estrechó tan fuerte que ella llegó a pensar que la adoraba con todo su corazón. Lejos de prolongar el orgasmo, la esperanza hizo que se precipitara hacia este irremediablemente.

—No puedo... —susurró, rendida, mientras se estremecía víctima de un clímax poderoso.

Y entonces supo a qué se refería con que se atuviera a las consecuencias. Hurricane la apretó más, si acaso eso era posible, y giró con Maxine entre sus brazos para llevar la voz cantante durante las últimas estocadas. La embistió deprisa pero profundamente, y gracias a la postura logró llegar tan hondo que sintió que se quedaba sin aire en los pulmones. Ese orgasmo que había abrazado y que todavía estaba haciéndola temblar se convirtió en una serie de espasmos incontrolables, en un temblor generalizado y un vértigo hacia algo aún más poderoso y excitante. Supo que se proponía que se corriera una segunda vez antes que él, y pensó que era imposible, que solo lo había logrado una vez a solas en su cama, masturbándose sin hacer una pausa entre un clímax y el otro...

Pero lo consiguió.

Maxine percibió la nota de asombro en su propia voz al gritar y sacudirse sin control alguno mientras Hurricane asestaba la última estocada y se vaciaba dentro de su cuerpo. Emitió un gemido tan bronco a las puertas de su oído que se le puso todo el vello de la nuca.

Ella encogió los músculos internos, exprimiéndolo una última vez mientras se descargaba. Enterró la nariz en el hueco de su cuello como una niña asustada por las pesadillas.

Maxine no tenía de qué huir por el momento, ni de terrores nocturnos ni de fantasías, pero después de la liberación tuvo la seguridad de que sería imposible mejorar lo presente, y de que el futuro se presentaba tan tentador como peligroso ahora que Hurricane, por fin, la había aceptado entre sus brazos.

Capítulo 38

En cuanto despertó, Maxine se lavó los dientes, se vistió, se calzó unos zapatos y salió de la cabaña para dar un paseo que le refrescara las ideas.

La había sorprendido amanecer en brazos de Hurricane. No solo no se marchó después de saciarse, sino que no soltó su cintura después de quedarse dormido. Nada la habría hecho más feliz que permanecer a su lado un rato más, pero sospechaba que habría tentado a la suerte. Conociendo a Hurricane, habría apostado por que se arrepentiría de lo ocurrido nada más abrir los ojos. Estaba dispuesta a darle tiempo y espacio para que lo asimilara.

Además, ella ya había disfrutado de la experiencia de despertar con él. Se había aprovechado de su sueño indefenso para contemplarlo a sus anchas. Había acariciado el aire que le rozaba la nariz y las mejillas como si estuviera tocando su cara, había sentido el aliento que espiraba como una suave brisa chocando contra sus labios, había admirado la paz con la que parecía dormir...

No estaría exagerando si dijera que escabullirse de la cabaña había sido una medida de seguridad para no comprometer su corazón.

La excursión del día contemplaba conocer Surat Thani, una ciudad del sur de Koh Phangan que solía acoger más turistas de los que cabían. En teoría, una vez hubieran paseado por sus calles, visitarían el parque nacional de Khao Sok, una reserva de selvas vírgenes. Durante la visita, se rezagó para disfrutar de una introspectiva soledad. Solo sacaba el móvil cada media hora para confirmar que Carey no había contestado aún.

Al final de la mañana, se rindió ante la evidencia. Lo más probable era que no quisiera saber nada de ella después de lo ocurrido en la fiesta porque, tal y como sospechó en su momento, las intenciones de Carey nunca fueron honestas. Era algo que le dolía, pero ¿qué podía hacer al respecto? Nada salvo encajarlo con madurez.

Mientras paseaba por la playa de Chaloklum, donde se anclaban coloridas embarcaciones de todos los tamaños, se fijó en que dos lugareños hablaban con grandes aspavientos. Uno de ellos, acalorado y vestido con unas bermudas, se presentaba como el posible dueño de uno de los barcos; la mujer que le rebatía llevaba lo que parecía el uniforme de un hotel. Pero no fue ninguno de los dos tailandeses lo que le llamó la atención, sino el pañuelo de seda con motivos geométricos, similar al mítico estampado de Versace, que ella llevaba en la cabeza.

Maxine lo reconoció enseguida, y como para no hacerlo. Se trataba de la pieza artesanal que había pagado a precio de oro para regalarle a Carey como agradecimiento por el modo en que la cuidó después de su ataque de pánico. Recordaba haberlo visto en una tienda escondida de Los Ángeles y haber pensado que solo su amiga podría defender un complemento de un tono tan vibrante.

El corazón se le aceleró, y antes de pensar dos veces lo que hacía, echó a andar a toda prisa hacia los dos trabajadores. Por el modo en que gesticulaba, a Maxine le pareció que la mujer estaba regateando el precio de una travesía en barco en nombre de la familia de turistas británicos que esperaba unos pasos atrás.

Este se negaba a aceptar su tarifa.

—Disculpe... —Ninguno de los dos le prestó atención—. ¡Disculpen! ¿Hablan inglés? ¿De dónde ha sacado ese pañuelo? —Maxine le señaló la cabeza.

La mujer fue a dirigirse a ella con desdén por interrumpir la conversación. Torció el gesto al comprender que el reclamo iba dirigido a su complemento y empezó a sacudir la cabeza con las manos en alto.

—¡No hablo inglés, no hablo inglés! —repitió.

Dudaba bastante que eso fuera cierto, porque en una zona turística no se le permitiría semejante falta de formación a los trabajadores. Pero a fin de no irritar a la mujer, que la miraba con desconfianza, Maxine barrió el perímetro en busca de un lugareño que pudiera ejercer de traductor. Se acabó acercando a un muchacho tailandés que frotaba con dedicación los tablones de una barcaza.

—¿Hablas mi idioma? —le preguntó sin rodeos. El chico se incorporó y asintió—. Necesitaría que me ayudaras a traducir una conversación de inglés a tailandés y viceversa. ¿Sería posible?

—Puedo intentar —le contestó, vacilante. Se dejó guiar hasta donde los dos regateadores seguían hablando. Maxine se percató de que la mujer había dado unos cuantos pasos en la dirección contraria, como si hubiera intentado darse a la fuga o por lo menos tuviera la intención. El recelo de la lugareña hacia ella solo se acentuó al ver que volvía acompañada: se llevó la mano a la tela naranja para ajustarla con posesividad.

Maxine quiso exigir explicaciones sin rodeos, pero sospechaba que solo conseguiría espantarla.

—Discúlpeme por haberla abordado así —le dijo, juntando las dos manos en un ruego—. Es que su pañuelo me suena muy familiar. Estoy segura de que es el que le regalé a una amiga mía hace no mucho tiempo. Lo hizo una artesana californiana, como podrá comprobar, si se fija en el bordado de la esquina inferior. Ahí deberían de poner sus iniciales, S.M.

La mujer no hizo ni el amago de quitárselo para confirmarlo. Maxine esperó con una paciencia que no tenía a que el muchacho empezara a traducir a tailandés lo que había dicho, pero le constaba que la desconocida la había entendido.

Se puso a lanzar exclamaciones en su idioma materno, que el muchacho le tradujo con un inglés tosco, pero con una disposición admirable.

—Dice ella no ladrona, ella tener trabajo honrado y bien costeado... ¿pagado? —se corrigió, dubitativo—. Dice tú la acusar de robar.

—¡No, no! —Alzó las dos manos y miró a la señora con una disculpa—. Escuche, nada más lejos de la realidad. Estoy segura de que alguien se lo dio, o usted lo encontró por casualidad en alguna parte... Sé que me estoy entrometiendo, pero, por favor, ¿podría decirme de dónde lo ha sacado? Creo que mi amiga podría estar en peligro.

De eso último no estaba convencida, pero teniendo en cuenta que las autoridades tailandesas solo se tomaban en serio la seguridad de las zonas turísticas y era fácil deducir que su amiga era de su misma nacionalidad, la trabajadora entendería que le convenía colaborar para no verse inmersa en una investigación.

Todo en su expresión cambió, e incluso se animó a hablar en inglés.

—Trabajo en consigna de hotel —aclaró con la barbilla alta, retándola a que insinuara que había conseguido el pañuelo burlando la legalidad—. Huésped no vino a maleta recoger, y maleta acabó en depósito. A veces, mujeres del pueblo tomar prestadas algunas cosas porque nunca regresan por ellas, y es una pena que nadie las use. Pero si dueñas vinieran, ¡nosotras devolveríamos ya! —aclaró en tono de advertencia.

—¿En qué hotel trabaja? —preguntó, recordando que Carey había pasado su última noche en otro resort.

—No diré. No quiero denuncias. Toma esto y en paz. —Se quitó el pañuelo y lo dejó en sus manos, pero Maxine sacudió la cabeza y se lo devolvió.

—No la denunciaré, se lo juro, y se lo puede quedar si le ha gustado. —Se puso la mano en el pecho—. Solo quiero preguntarles cuándo fue la última vez que la vieron. Repartiré lo que haya

dentro de la maleta con usted, si hace falta, pero tiene que ayudarme. Por favor.

No supo qué la tentó más, si hacer el bien o ponerse los trapitos que habría visto en la American Tourister de Carey. No dudó mucho más. Le hizo un gesto seco a Maxine para que la siguiera.

Podría haberle preguntado a Califa en qué hotel reubicaron a Carey, pero se podía figurar que la estricta política de confidencialidad le prohibiría revelar información semejante.

Maxine fue tras la lugareña hasta que llegaron a un edificio de tres plantas con grandiosas cristaleras y aspecto moderno situado en primera línea de playa. Sin intercambiar ni media palabra con la recepcionista, la mujer sacó de su bolsillo un manojo de llaves y le hizo un gesto para que la acompañara al almacén donde guardaban los objetos perdidos.

Había esperado toparse con un cubículo oscuro y lleno de telarañas con prendas amontonadas. Le sorprendió que lo tuvieran organizado en modernas taquillas marcadas con el número de la habitación correspondiente. Con una de las llaves abrió la ciento dos, y se retiró con una mirada expectante para que Maxine pudiera confirmar que, en efecto, se trataba de la maleta de Carey, la preciosa American Tourister azul cian con neceser a juego.

Empezaron a sudarle las manos.

—¿La huésped de la maleta hizo el *check out*? —preguntó con la voz temblorosa.

—Recepción saber. Yo camas hago, solo.

Maxine le dio las gracias antes de salir de allí y encaramarse al mostrador central para fundir a preguntas a la recepcionista a cargo de los registros de llegada y salida.

Con diligencia, esta consultó el ordenador.

—No tenemos ninguna señorita Reynolds —contestó la joven, pero al verla angustiada, se apiadó de ella con una sonrisa circunstancial y agregó—: Aunque es habitual que en Excel anotemos el nombre de las empresas que reservan para que vengan sus representantes. Cuando llegan al hotel, ya les pedimos su identificación particular. ¿Es posible que alguien llamara y solicitara una habitación en nombre de la señorita Reynolds?

—No sé quién podría haber llamado —balbuceó. ¿Califa? ¿Black Russian? No conocía el nombre propio de ninguno de los dos, y dudaba que se hubieran presentado con sus apodos—, pero estoy segura de que durmió aquí la noche del diez al once de octubre... o del nueve al diez... No lo sé, ando un poco confusa con las fechas. Sé que se quedó en la habitación ciento dos, o eso creo que me dijo. Me imagino que no pueden decirme quién reservó por ella, y eso no me importa. Solo quiero saber si se marchó al día siguiente y olvidó su maleta.

«Como si eso fuera posible», pensó. Carey jamás dejaría atrás sus preciados zapatos.

—De hecho, no —confirmó la recepcionista después de consultarlo. La miró con turbación—. La huésped de la habitación ciento dos no llegó a entregarnos la tarjeta, y, por lo que hemos anotado aquí —señaló una serie de círculos en rojo en una agenda física—, no coge el teléfono. Hemos tenido que contratar un servicio de cerrajeros para que cambien el imán de la puerta del dormitorio que usó. Ya sabe, por seguridad.

«No coge el teléfono», repitió para sus adentros.

Entonces Carey no la estaba ignorando solo a ella, sino a todo el mundo.

Le dio las gracias a la mujer, que no había dejado de compadecerla.

—Señorita... Si ha ocurrido algo, le sugiero que contacte a las autoridades. Una desaparición no sería responsabilidad de la cadena hotelera —aclaró en tono profesional—, pero estaría encantada de ayudarla proporcionándole los números de atención y dando parte de lo que sabemos. Entre usted y yo, las desapariciones forzadas no son un crimen en Tailandia, y el gobierno tiende a silenciar las cifras oficiales de turistas que no vuelven a sus casas. Si puedo

hacer algo más...

Maxine se lo agradeció de corazón. Anotó en su móvil los teléfonos de emergencia y se marchó de allí con todas las alarmas disparadas. Tomó un taxi para regresar al resort lo antes posible y comunicarle lo ocurrido a los organizadores del evento, a los que no supo dónde localizar: Black Russian jamás se dejaba caer por las zonas comunes, y parecía que era a él a quien debía informarse de los problemas.

Fue preguntando a cada uno de los trabajadores del resort dónde podría encontrar a Black Russian. Al cabo de media hora, recibió por fin indicaciones concretas que la llevaron hasta la «Red Cabin», uno de los bungalós más pequeños y con vistas a la playa. Tocó a la puerta y entró sin que la invitaran, y no empequeñeció ni siquiera cuando las miradas de tres hombres cayeron sobre ella.

Black Russian estaba acompañado de Califa y de un hombre con rasgos asiáticos.

—Mimosa —se sorprendió el primero, dejando la copa sobre el impresionante escritorio de madera. Hasta el momento había estado recostado con dejadez, pero no sin tensión, en un bonito sofá color crema—. ¿Qué te trae por aquí?

—Estoy segura de que Yellow Bird no ha regresado a California. De que nunca llegó al aeropuerto porque le ha pasado algo, en realidad —soltó de corrido, doblando y estirando los dedos. Su agobio era palpable.

Black Russian enarcó una ceja tan rubia que se confundía con su piel pálida.

Califa arrugó el ceño y se giró hacia ella.

—¿Cómo dices?

Maxine les contó por encima sus averiguaciones en la playa de Chaloklum y el hotel. No le importó que el desconocido también se enterara de lo que estaba pasando, sobre todo porque le estaba poniendo más atención que el propio Black Russian, quien acabó volviendo a recostarse como si el asunto no mereciera su preocupación.

—¿Y qué puedo hacer yo? —El organizador la sondeó con una mirada seria—. En el momento en que tu amiga firmó los papeles en los que abandonaba Fuego y Sangre y trasladó su maleta a otro hotel, dejó de ser responsabilidad de Fuego y Sangre. Lo que quiera que le haya pasado, si es que le ha pasado algo y no anda empalmando los festivales de la isla con un móvil sin batería en la mano, no es asunto mío.

—¿Cómo puedes decir eso? —jadeó Maxine, indignada—. ¡Cabe la posibilidad de que una persona haya desaparecido! ¡Por lo menos deberíamos avisar a la policía!

—Me parece que hay que esperar cuarenta y ocho o setenta y dos horas para denunciar una desaparición —repuso Black Russian, sin inmutarse por la acusación implícita en el tono ofendido de Maxine—. ¿Cuánto la viste por última vez?

—En la fiesta de la Luna Llena. Estaba con dos participantes más de Fuego y Sangre. Si ellos tampoco dan señales de vida, es como para preocuparse, ¡y como para hacer algo al respecto! —se empecinó, al borde de un ataque de nervios.

—Hay que poner al corriente a las autoridades pertinentes —intervino Califa, lanzándole una mirada de advertencia a Black Russian: «Deja de comportarte como un desalmado», parecía decirle—. Si no te preocupa lo que sea de la chica, al menos hazlo para que no salpique al negocio —apostilló con notable retintín.

—*Khorosho, khorosho*. —Black Russian alzó las dos manos en señal de amnistía—. Llamaré a unos amigos que tengo en el cuerpo de policía turística y os contaré qué me dicen esta misma noche. Pai —llamó al tailandés que guardaba silencio a su lado y le hizo un gesto desganado con la mano—, tráeme el teléfono.

Maxine apretó los puños con impotencia.

Aquel tipo no pensaba tomarse en serio la desaparición de Carey; lo veía en su postura tranquila. Califa le apretaría las tuercas si fuera necesario, pero ¿tenía él la última palabra cuando se enfrentaba a Black Russian?

Tuvo que abandonar la cabaña y dirigirse a la suya para mantener la esperanza de que al menos a alguien le importara su preocupación. No sabía si Hurricane habría despertado o si estaría cerrado en banda a hablar con ella después de lo ocurrido la noche anterior; no la había besado en los labios en ningún momento, lo que significaba que seguía poniendo barreras entre los dos y que no estaba convencido de que debieran entregarse el uno al otro, pero eso había quedado en un segundo plano ya.

Todo dejó de importar en cuanto Maxine vio el pañuelo de Carey en la cabeza de otra mujer.

Capítulo 39

Para cuando llegó al dormitorio, Maxine estaba sin aliento.

Hurricane alzó la mirada del móvil. Su expresión sombría solo se acentuó al verla con los ojos vidriosos bajo el umbral de la puerta.

—Carey ha desaparecido, estoy segura —anunció con la respiración entrecortada—. Le ha tenido que pasar algo, algo grave, y no sé qué hacer, cómo buscarla o ayudarla. Black Russian dice que no es su problema, y la chica de la recepción de su hotel ha recalcado que las autoridades se toman las abducciones a la ligera, y... y... No sé por dónde empezar a investigar, no sé si está de fiesta por ahí y con el móvil apagado como me han dicho, no sé si está... en alguna zanja, yo... —empezó a gimotear con el puño apretado contra el pecho—. Dios, a lo mejor estoy exagerando y no debería tomarme en serio una corazonada, pero es posible, ¿no? Es posible que le haya ocurrido algo muy feo, y las primeras setenta y dos horas de desaparición son clave para encontrar a alguien vivo o muerto, y la última vez que la vi no habría podido defenderse de un agresor, porque estaba drogada, y borracha, y... y...

Hurricane soltó el móvil, al que no había vuelto a dirigir la mirada desde la entrada de Maxine, y fue hacia ella para envolverla entre sus brazos. Había estado intentando contener el llanto, pero en cuanto él la estrechó contra su pecho, rompió a llorar con fuerza. Y no solo por Carey. Rompió a llorar por la tensión que llevaba acumulando desde que le mandó el mensaje conciliador y ella no contestó, por lo que había ocurrido con Dylan, por lo que seguía pasando con Hurricane, porque sus emociones eran un desastre y no sabía qué hacer ni con uno ni con otro, ni siquiera consigo misma.

—¿Dónde fue la última vez que la viste? —preguntó Hurricane en cuanto notó que empezaba a calmarse. Siguió acariciándole la espalda con lentitud—. ¿Existe la posibilidad de contactar con alguien que se quedara con ella después de que tú te marcharas?

Maxine se separó de él y puso la mente a trabajar mientras se limpiaba las lágrimas. Recordó a sus dos sumisos, Manhattan y Gin Fizz. Tuvo que remontarse a una conversación que Carey y ella mantuvieron en Los Ángeles sobre los que serían sus acompañantes. Le mencionó que el chico se llamaba Elio. Y la chica...

—Aunque sepa sus nombres de pila, ¿cómo voy a contactarlos? A lo mejor Carey los seguía en Instagram —musitó para sí. Sacó el móvil del bolsillo y, esperanzada, buscó a Manhattan en las redes sociales de su amiga. Alzó la barbilla hacia Hurricane, que la estaba mirando con expectación—. Nada. Por supuesto que sus sumisos no tienen contacto con ella en la vida real, y yo tampoco es que sepa gran cosa... —Hizo contacto visual con él—. Espera. Me dijo que Gin Fizz era famosa en OnlyFans, y que usaba su nombre propio en la cuenta porque se ganaba la vida con eso. ¡Nova! —recordó tras un momento de inspiración—. Nova vendía fotos en OnlyFans. ¿Podría contactarla a través de la cuenta?

—No sé cómo funciona, pero debe de tener un sistema de mensajes privados y comentarios —respondió, manteniendo la calma de una forma admirable—. Si dedica el día entero a gestionar la cuenta, lo verá más o menos rápido.

—Vale... —Maxine se retiró el pelo de la cara—. Vamos allá. Voy a buscarla.

Una vez se registró y estuvo en la web, casi rompe a llorar de puro alivio. Gin Fizz aparecía entre los primeros resultados de la búsqueda. Se hacía llamar Nova Olivier, y no le daba miedo mostrar su cara en un primer plano, ni tampoco su cuerpo entero, cubierto por un bikini minúsculo en un elaborado encabezado.

Se apresuró a pagar la primera suscripción mensual para contactarla. Con dedos torpes, y sintiendo en todo momento la sólida presencia de Hurricane a su lado, redactó un mensaje.

Hola, Gin Fizz, Nova, no sé cómo referirme a ti. Soy Maxine, la amiga de Yellow Bird, aunque supongo que conoces su nombre real al igual que ella conoce el tuyo. Siento muchísimo contactarte así, sin más. A lo mejor querías mantenerte en el anonimato, como la mayoría de los participantes de Fuego y Sangre, pero te juro que no habría invadido tu privacidad de esta manera si no fuera porque estoy muy preocupada. Necesito saber si cogiste el avión de regreso a California con Yellow Bird. Por favor, cuando veas esto, llámame por teléfono; te dejo mi número aquí abajo... Es urgente.

Creo que ha desaparecido.

En cuanto lo envió, soltó el teléfono sobre la cama y se llevó los dedos a la boca para empezar a morderse las uñas. Mientras vigilaba la pantalla encendida, notó que Hurricane le frotaba la espalda con movimientos rítmicos, en los que pudo concentrarse para no perder los nervios.

—¿Cómo es que Black Russian se ha mostrado poco colaborador? —inquirió él, asombrado.

—Me ha dicho que contactaría a sus amigos de la policía turística, pero me da la impresión de que no habría movido un dedo si Califa no lo hubiera presionado. Lo he dejado justo cuando iba a llamar. La verdad, no sé qué datos iba a dar sobre Carey, si no sabrá ni su nombre propio ni a quién me estaba refiriendo —masculló en voz baja.

—Claro que lo sabrá. Piensa que en el contrato se ponen por escrito los datos personales del participante: nombre y apellidos, número del documento de identidad, domicilio, fecha de nacimiento... —recitó—. No sé si llegaste a leer una de las últimas cláusulas, pero en el caso de darse una complicación, los organizadores estarían en el derecho de proporcionar esta información a las autoridades pertinentes.

A Maxine no le dio tiempo a responder. El politono predeterminado que anunciaba una llamada telefónica rompió su silencio.

—¿Nova? —balbuceó con ansiedad.

Reconoció la voz aguda de la chica en cuanto le respondió con fría serenidad.

—*Hola, Maxine, acabo de ver tu mensaje. Estos días he estado más pendiente del teléfono porque también tenía un mal presentimiento con el tema de Carey* —admitió sin rodeos. Le gustó que hubiera ido al grano—. *Es verdad que acordamos no seguirnos en redes sociales ni hablar a menudo para que la gente de su trabajo no le hiciera preguntas sobre su contacto con una chica que se gana la vida vendiendo fotos de pies... entre otras, pero intercambiamos teléfonos para citarnos en Vesper's por si ocurría algún problema, y... y me ha estado extrañando que me saliera apagado o fuera de cobertura. Quien conoce un poquito a Carey, sabe que no apaga el móvil ni para follar.*

—Entonces no subió al avión contigo —musitó Maxine, angustiada.

—*Eso no me extrañó porque ella compró otro billete. Yo ya tenía las dos semanas de vacaciones pilladas, y en lugar de tirar para casa, me cogí un avión a Singapur. Elio ha venido conmigo. Carey era la única que volvía a California a la mañana siguiente de la fiesta de la Luna Llena, ¿recuerdas? Iba a empalmar la noche y dormir la mona durante los vuelos. Me mencionó que por la precipitación de la vuelta tendría que comerse dos escalas; de Koh Samui a Bangkok, de Bangkok a Tokio, de Tokio a Los Ángeles. Acordamos que me llamaría cuando llegara a las capitales tailandesa y japonesa para que la entretuviera, porque dice que se aburre de cojones en los aeropuertos, pero no lo hizo.*

—Yo también la estuve llamando, pero supuse que estaría enfadada conmigo por lo que pasó con... con lo de que me... No sé si sabes que ella me...

—Sí, lo vi, y ella me lo contó luego. Claro que no se enfadó contigo. De hecho, le afectó bastante que te largaras y estuvo un rato sin saber si escribirte o no para darte espacio. Ya sabes que Carey no es de las que se arrepienten, pero le preocupó que pensaras que solo se había acercado a ti para meterse en tus bragas... En fin. ¿Cómo estás tan segura de que ha desaparecido?

Con la garganta atorada, Maxine le contó por encima lo que había ocurrido esa misma mañana. Mientras hablaba, pensaba en lo estúpida que había sido por pensar que Carey se borraría del mapa después de un beso.

—Cuando yo me fui de la fiesta, ¿qué pasó?

—Lo tengo borroso porque iba bastante ciega, y ya sabes cómo son las raves: uno va con sus amigos, pero se separa todo el rato para conocer gente nueva. Creo recordar que Elio se me acercó, riéndose, y me dijo algo como: «Mira qué rápido se repone, la muy zorra», y señaló hacia Carey, que estaba flirteando con un lugareño. Al menos lo parecía por la piel oscura y los ojos rasgados. Juraría que se largó con él... La verdad, no sé qué más información puedo darte. —Hubo un silencio al otro lado de la línea—. *El último mensaje suyo decía que lo iba a dejar seco. Es de las cinco y media de la madrugada.*

—¿Crees que ese tío pudo hacerle algo? —balbuceó, angustiada. Miró a Hurricane en busca de apoyo, y lo encontró en su semblante pensativo—. ¿Recuerdas algún detalle del desconocido con el que se le pueda reconocer a simple vista?

—Estaba demasiado oscuro —se lamentó Nova—, *pero tenía tatuajes hasta en la cara. No sé si era una cruz, o una estrella, o qué coño tenía en la mejilla, pero recuerdo que cuando Carey se despidió de nosotros sacudiendo la mano con el tío cogido de la cintura, pensé que le costaría encontrar trabajo con ese jeto... Aunque era guapo* —añadió, meditabunda—. *Y joven. No más de treinta.*

—De acuerdo... de acuerdo —asintió Maxine, frotándose el punto del estómago donde notaba el nudo apretando—. Creo que esa descripción bastará para dársela a la policía. Gracias, Nova. Si recuerdas algo más o te enteras de algo, por favor, llámame.

—Lo mismo te digo. Si no te enteras de nada en las próximas horas, avísame también y contactaré a la embajada estadounidense. Tengo un contacto allí del que puedo echar mano.

Maxine se despidió unos segundos después. Se quedó mirando la pantalla del móvil con un nudo en la garganta, intentando averiguar dónde estaría a Carey y negándose a imaginar los peores supuestos al mismo tiempo.

Su cabeza era un hervidero de preguntas sin respuesta.

—Antes de recurrir a la policía turística —habló Hurricane. Estaba sentado a su lado en el borde de la cama—, creo que podríamos ir a preguntar por nuestra cuenta. Si la recepcionista del hotel te dijo que aquí la seguridad brilla por su ausencia y que se ocultan las desapariciones de los visitantes, sería arriesgado confiar en el cuerpo.

—¿Y qué hacemos? —se desesperó ella—. ¿Tomarnos la justicia por nuestra mano?

—Solo digo que no parece razonable apostarlo todo a una carta —replicó con paciencia.

—Pero yo carezco de recursos. No tengo hombres que desplegar para la búsqueda, no conozco los recovecos de la isla. Aunque puedan ser inútiles, tenemos que ponerlos sobre aviso.

—De eso ya se iba a encargar Black Russian, ¿no es así? Dejemos que él llame y tire de sus hilos. Seguramente se lo tomarán más en serio y situarán la búsqueda en la lista de prioridades, a diferencia de lo que harán si les llamas tú. Te puedo asegurar que después de interrogarte darán por hecho que Carey ha apagado el móvil porque no quiere hablar contigo, y no porque se haya metido en problemas.

Maxine lo miró con un nudo en la garganta.

—¿Estás hablando desde la intuición, o te basas en tu experiencia como marine?

—Los marines tienen poco que ver con la pasma. Créeme, Maxine: uno no se mete en la policía turística de una isla paradisiaca porque tenga vocación de salvador, sino porque quiere ganar un sueldo decente sin que le molesten demasiado —apostilló con desdén.

—¿Y qué hacemos? No puedo quedarme de brazos cruzados —musitó, mirándolo a los ojos con un ruego silencioso. «Dime que no soy inútil»—. Se trata de mi amiga.

Hurricane meditó durante un buen rato.

—Podemos investigar si alguien conoce a ese tipo con el tatuaje en la cara. Ir a la playa donde se celebra la fiesta de la Luna Llena, enterarnos de dónde viven o trabajan los dueños de los chiringuitos que se montan en la orilla del mar y hablar con ellos por si vieron algo. La mayoría de los hosteleros que levantan sus puestos en Haad Rin tienen un permiso para pasar allí toda temporada. Deben de haberse familiarizado con las caras.

—¿Y si el tío con el que se fue, aunque parezca un lugareño, es un turista de Bangkok que vino solo para la fiesta? A Haad Rin acuden diez mil personas como mínimo; treinta mil en fechas puntuales. No se acordarían de su cara ni aunque tuviera un tatuaje espectacular, entre otras cosas porque está oscuro.

—No perdemos nada por intentarlo, ¿no te parece? —Le puso una mano apaciguadora en el muslo—. Si quieres colaborar de verdad, yo te ayudaré. Estaré contigo, ¿de acuerdo?

Maxine le sostuvo la mirada con el corazón conmovido.

Siempre había sabido que Hurricane era una buena persona. Lo demostró el preciso día en que lo conoció, cuando abandonó el dormitorio de Vesper’s y, por extensión, sus divertimentos, para devolverle la ropa y consolarla. Ofrecerse a encontrar a Carey era lo que haría un buen tipo, sí; pero que ofreciera alternativas era algo de lo que no tenía por qué ocuparse, y ahí estaba él, volcándose de lleno porque el deseo de garantizar el bienestar ajeno estaba en su carácter.

O, quizá, solo quizá, porque le importaba que Maxine estuviera tranquila.

Respiró hondo y tomó la mano de Hurricane entre las suyas en un gesto de silencioso agradecimiento. Él se dejó hacer, y así permanecieron un buen rato mientras sus pensamientos volaban hacia el peligro que podría estar corriendo Carey.

Capítulo 40

Maxine se saltó el almuerzo, las actividades programadas para la tarde y la velada nocturna y dedicó el día siguiente a memorizar toda la información disponible sobre la fiesta de la Luna Llena. Buscó en redes sociales referencias sobre los hoteles en los que se hospedaban los asistentes y trató de averiguar qué restauradores tenían licencia para montar sus puestos de comida y bebida en la orilla de la playa.

Hurricane hizo lo mismo por su cuenta, y una vez pusieron en común las pocas direcciones que habían averiguado, tomaron el coche que el resort les había ofrecido para ir a indagar.

—¿Crees que solo haciendo preguntas nos dirán lo que queremos saber? —le preguntó Maxine mientras él conducía. Se frotó la piel de gallina de los brazos y los muslos, ambos expuestos gracias a un vestido vaporoso color violeta.

Hurricane le contestó sin apartar la vista de la carretera.

—Hay que saber a quién preguntar. Nunca a los lugareños desconfiados, por ejemplo, que suelen ser ancianos, gente que no habla el idioma o desprecia el turismo masificado. Los niños pequeños sí suelen ser una fuente fiable, solo que hay que desentrañar lo que quieren expresar. También conviene acercarse a los trabajadores que están dispuestos a ser sinceros a cambio de unos bahts. El dinero hace que los reacios sientan de pronto la llamada del deber. Pero nadie va a darnos ninguna información que pueda ponerle en un compromiso —apostilló, lanzándole una mirada de soslayo—. Eso tenlo por seguro.

—Y si preguntamos por algún camello que suela pulular por la fiesta, tal vez se cierren en banda. Ahora que me acuerdo, la amiga de Carey le compró toda clase de drogas al mismo hombre, y según me ha escrito en el último mensaje, parecía tailandés por el acento. La clase de tipo que trafica *popper*, coca y MDMA al mismo tiempo debe de ser famoso en estos lares —meditó con gesto aprensivo, mirando por la ventanilla—. Suena a que tiene el monopolio de las sustancias psicotrópicas, por lo menos en esa zona de la isla.

—Es muy probable, sí. ¿Te ha dado una descripción del sujeto?

—No se acuerda. Solo de que se había pintado con colores fosforescentes, algo típico de la fiesta, y que lo llevaba todo dentro de una chaqueta raída con un montón de bolsillos interiores. Pero con suerte sabrán a quién nos referimos con solo mencionar lo del tráfico de mercancías. Siempre es un secreto a voces el nombre o el apodo del tío que pasa drogas. Por lo menos, es así en Los Ángeles.

Hurricane la miró de soslayo con una ceja enarcada.

—¿Acaso has consumido tú muchas drogas? —replicó en tono divertido.

—Si lo hubiera hecho, no se lo diría a un antiguo marine —respondió, tratando de corresponder el desenfado de Hurricane.

—Mis competencias no eran mandar a los adictos a la cárcel, descuida.

—Más allá de que en el círculo social de mi ex se consumieran drogas con frecuencia, vivo en Los Ángeles y me muevo bastante por Hollywood —respondió, como si eso lo aclarara todo—. No creo tener que justificar más mi conocimiento sobre el tema.

—Desde luego que no —confirmó él con una sonrisa amarga. Maxine se podía imaginar el porqué de su expresión sombría. La epidemia del fentanilo, por nombrar el opioide de moda, se estaba cobrando un sinnúmero de muertes en Estados Unidos.

La radio sintonizó una melodía popular en su momento, *La noche de anoche*, de Rosalía y Bad Bunny. Maxine la canturreó para sus adentros sin darse cuenta, concentrada en el paisaje.

Pero al girarse para mirar a Hurricane con una pregunta en la punta de la lengua, le entró una comprensible timidez que solo se acentuó al prestar atención a la letra.

La preocupación por su amiga la había distanciado durante casi dos días de la incertidumbre hacia Hurricane. ¿Qué harían ahora que habían vulnerado una de sus reglas? Maxine no esperaba una pedida de mano, y tampoco estaba segura de querer engancharse a él después de una ruptura que la obligaría a darle un giro de ciento ochenta grados a su vida, pero... ¿acaso podía evitarlo? ¿Estaba en un punto en el que era posible dar marcha atrás y olvidarse de Hurricane?, ¿disminuir la creciente obsesión?

«La noche de anoche fue algo que yo no puedo explicar», decía la canción.

¿Y debía buscarle explicación? ¿Debería poner el asunto sobre la mesa una vez encontraran a Carey? Porque Maxine se negaba tanto a perder la esperanza de localizarla como a priorizar sus sentimientos por Hurricane en momentos delicados.

Lo primero era lo primero.

—Ya estamos. —Hurricane puso el freno de mano y salió del coche.

Habían conducido hasta uno de los muchos hoteles cercanos a Haad Rin que daban cobijo a buena parte de los miles de asistentes de la fiesta. En su lista habían apuntado Paradise Bungalows, House of Sanskara, Tommy Resort, Dreamville y Anantara Rasananda Koh Phangan Villas, entre otros.

Su primer destino, Paradise Bungalows, decía ser el alojamiento top para acudir al evento masivo debido a sus precios razonables y a su vinculación histórica con la primera fiesta de la Luna Llena celebrada en Koh Phangan. En The Rock Bar, el establecimiento emplazado en el hotel, se celebró el primer acontecimiento lunar y muchos de los que siguieron en años posteriores hasta que se popularizó. En el recinto se podía encontrar una inscripción en piedra que le rendía culto a sus orígenes.

Los jardines tropicales de la entrada le recordaron al resort donde se hospedaba ella misma. Una vez se adentraron en la zona de bungalós, Hurricane le hizo un gesto a Maxine para que le siguiera por el camino a la derecha.

—Las indicaciones dicen que la recepción está por ahí. —Señaló a la izquierda.

—Lo sé. Ahora iremos para allá. —Y le tendió la mano.

Vacilante, porque no sabía qué se proponía ni podía averiguarlo en función de su semblante, entrelazó los dedos con él y lo siguió camino arriba. Estaba nerviosa por lo que pudieran descubrir, y el calor que emanaba su palma y las sensaciones que su cercanía provocaba no la ayudaban a tranquilizarse.

Casi se alegró de que la soltara cuando localizaron a una pareja a lo lejos del camino entre los bungalós. Vio que Hurricane sacaba un pequeño bloc de anillas y un bolígrafo del bolsillo del vaquero con la intención de captar su atención.

—Buenas tardes —oyó que les saludaba. Había empleado el tono que le servía para persuadir o ablandar a su interlocutor—. Imagino que se hospedan ustedes en Bungalows Paradise. ¿Podría hacerles un par de preguntas sobre su estancia?

—Sí, claro, sin problema —respondió la mujer con un marcado acento francés. A juzgar por el elegante atuendo que lucían los dos, ya habían dado por terminado el día de playa y se habían preparado para que les sorprendiera la noche tailandesa.

—Lo primero de todo, encantado de conocerlos. —Hurricane les tendió la mano—. Soy el señor Sutti, hijo del señor Sutti, naturalmente; el creador y propietario de todo lo que alcanza a la vista. Mi padre me ha mandado esta tarea de encuestador para que me vaya familiarizando con las querencias de nuestros huéspedes, y soy el primero al que le da una pereza increíble —

suspiró, fingiendo agotamiento—, así que seré muy breve. ¿Cuánto llevan en nuestro hotel?

De pie y alejada por unos pasos, Maxine observó que el gesto del marido, al principio irritado por la interrupción, se suavizaba. Se solidarizó enseguida con Hurricane, al que la actuación se le daba de perlas, y contestó:

—Pues hoy es nuestro último día de luna de miel. Hemos estado una semana y media.

—¿Se han quedado en la suite nupcial? —inquirió en tono juguetón.

—No, estaba cogida. —Ella chasqueó la lengua—. Pero hemos estado cómodos en la... ciento diecinueve, creo recordar. ¿No? —se aseguró mirando a su esposo.

Este asintió y se palmeó el bolsillo donde debía de guardar la llave.

—No saben cuánto me alegro. ¿Han tenido algún problema que les obligara a recurrir a los recepcionistas?, ¿algún percance con la habitación o las instalaciones?

—En absoluto. —La mujer le sonrió—. Hemos estado *à l'aise*[23].

—De cara a la introducción de más servicios relativos a la fiesta de la Luna Llena, estoy intentando hacer una estimación de cuántos de nuestros huéspedes vienen para asistir al evento y cuántos por diferentes propósitos —explicó Hurricane con su mejor tono informativo. Estaba de espaldas a Maxine, pero lo veía gesticular con elegancia—. ¿Acudieron ustedes a dicha fiesta?

Con coquetería, la turista balanceó el brazo que tenía entrelazado con el de su marido.

—*En effet.* Nos conocimos aquí hace diez años y el plan era revivir la experiencia.

Maxine empezó a ponerse nerviosa. No iría a preguntar si habían visto a una rubia marcharse con un tipo tatuado, ¿no? Ni a pedir los datos del camello.

—Pues no les entretengo más. Solo un detalle... ¿Me darían sus apellidos para que pueda formalizar la encuesta? —pidió Hurricane—. O su apellido en singular, si es que lo ha tomado usted después de la boda.

—Yo decidí conservar el mío. *Monsieur* Dubois y *madame* Martin.

—*Parfait, monsieur, madame*. —Les hizo un gesto que se asemejaba a una despedida informal. Maxine vio por fin su expresión solícita—. Felicidades, eso lo primero. Disfruten de la última velada. Si les encarta pasarse por el bar del hotel, den mi nombre y podrán beber lo que quieran. *C'est la maison qui invite*[24].

La pareja dio las gracias, entusiasmada, y se marchó camino abajo.

En cuanto desaparecieron, Hurricane cambió la expresión de su identidad paralela y volvió a ser el hombre taciturno que había conocido. Guardó el bloc en el que había anotado los datos y gesticuló hacia Maxine para, ahora sí, dirigirse hacia los mostradores de recepción.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó en voz baja—. ¿Estabas practicando?

—¿Crees que se puede entrar en un alojamiento a pedir datos sensibles como dónde se consigue la droga que corrió en la fiesta de la Luna Llena sin ser huésped? Cuando uno ha desembolsado una indecente cantidad de dinero en el hotel, el hotel se siente más inclinado a darle lo que quiere. Incluso el número de un camello —apostilló con sabiduría.

—¿No estaría el recepcionista metiéndose en camisa de once varas al conseguirle droga a un huésped?

—Es habitual en alojamientos de lujo. Se sabe de unas cuantas celebridades que han conseguido polvo de hada llamando al recepcionista.

—¡Pero nosotros no somos celebridades! —fue lo último que exclamó antes de que se adentraran en la recepción.

Un par de chicas de la edad de Maxine charlaban en tailandés. Una se limaba las uñas, y la otra se retocaba el brillo de labios. La segunda por poco deja caer el gloss al ver entrar a Hurricane. Se preparó para atenderlo enderezando la espalda y apartando a su compañera sin

disimulo.

—¡Buenas noches! —dijo con una sonrisa de oreja a oreja. Su acento inglés era impecable—. ¿Cómo está? ¿En qué le puedo ayudar?

«Un singular muy desacertado», pensó Maxine, reparando en que solo batía las densas pestañas postizas en dirección a Hurricane.

—Buenas noches, señorita. Somos los huéspedes de la ciento diecinueve, el señor Dubois y la señora Martin. —Se acodó en la mesa, inclinándose sobre la joven lo suficiente para obligarla a tragar saliva. «Un método de persuasión muy efectivo cuando se es más guapo que el diablo», pensó Maxine—. Esperaba que me ayudaran con un asunto un tanto... delicado. No quiero abusar de su confianza, pero es la última noche que pasaré aquí con mi esposa y nos gustaría divertirnos por todo lo alto.

Maxine observó que ni siquiera la mención de su matrimonio desalentaba a la chica. A ninguna de las dos, porque la que se estaba limando las uñas también alzó la barbilla y se dio por cautivada con el hombre que tenía delante.

—¿De qué se trata? —preguntó la segunda, avanzando hasta pegar el pecho al mostrador.

—Verán... —Hurricane agachó la cabeza y acarició el borde de la madera de la mesa con un dedo distraído—. Vinimos aquí para no perdernos la fiesta de la Luna Llena, y allí... digamos que allí puedes conseguir lo que quieras; todo tipo de alcohol, entre otras cosas —apostilló en voz baja. Acompañó el sugerente movimiento de cejas con una mirada elocuente—. Ya saben a qué me refiero, ¿verdad? Recuerdo que recurrimos a un lugareño que pululaba por allí. Vendía de todo. Pero ahora no tenemos forma de contactarlo, ni siquiera un nombre, y nos gustaría... animar la noche.

—Sí, claro, entiendo. —La chica del gloss asintió de forma frenética—. Pues no me extraña que quiera comprarle la mercancía a ese chico. No hay nada que no tenga, y lo distribuye a muy buen precio. Es el que le pilla más cerca del hotel, además, porque suele moverse por...

—¡Tukta! —exclamó su compañera con los ojos como platos. Había tardado media fracción de segundo en deshacerse del hechizo—. ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo le vas a decir...? ¿Es que no sabes la de sanciones que pone la policía con el tema de las drogas? —Siguió regañándola, pero en su idioma materno, a toda velocidad y en un tono indignado.

Tukta se defendió, ceñuda, y acabó restándole importancia con un ademán.

—No le haga caso, es que se pone muy neurótica. No nos van a meter en la cárcel por darle un nombre, ni tampoco chaparán el hotel, así que... —Encogió un hombro y buscó con la mirada papel y un bolígrafo para anotar un nombre y un número. Se lo entregó con un guiño—. Si lo llama, dígale que viene de parte de Tukta y que les haga un descuento, ¿vale? ¡Y no olviden dejar una reseña positiva del hotel en TripAdvisor cuando se vayan!

—Desde luego que no. —Hurricane le guiñó un ojo. La chica por poco se derritió. Él se abanicó con el papelito e hizo ademán de marcharse, pero en el último momento rehízo sus pasos y volvió a acodarse en el mostrador—. Por cierto... ¿dónde se pueden comer las delicias de los puestos que había en la fiesta de la Luna Llena? ¿Los ponen feriantes que solo trabajan ese día del mes, o tienen algún restaurante en la isla al que pueda ir?

—Suelen ser ambulantes —gruñó la chica de la lima. Había recordado sus principios laborales y estaba deseando que Hurricane desapareciera—. Solo dos tienen un puesto habitual en el mercado de Thong Sala y cierran su chiringuito allí para trasladarlo a Haad Rin la noche de la fiesta: Somboon vende comida occidental para los turistas y Jaisai y su mujer hacen típicos platos tailandeses. A los dos los encontraréis esta noche en el muelle del este, como todas las siguientes.

—Muchísimas gracias... —Hurricane se fijó en su placa—, Hansa. Significa «cisne», ¿no?

Hansa se relajó al ver que había traducido su nombre de forma correcta, y a Tukta se le iluminaron los ojos. La segunda le hizo una pregunta en tailandés que él contestó con una sonrisa modesta.

—*Māk hn̄r ụ̄x nx̂y*[25]. Las lenguas tai-kadai son muy complejas. —Se despidió pronunciando la única palabra que Maxine conocía, que podía significar «adiós» y «gracias» a la vez—: *Sawasdee*.

Ya estaban camino al coche cuando ella preguntó:

—¿En serio? ¿Hablas francés, castellano, inglés y también tailandés?

—Tengo facilidad para los idiomas. ¿Te acuerdas de los nombres que nos han dado?

—Somboon y Jaisai —recitó de memoria, irritada porque descubriera curiosidades de Hurricane en los momentos más insospechados, nunca porque él lo compartiera con ella—. Escríbelos por si acaso se me olvidan, no son precisamente fáciles. ¿Cómo se te ocurre decir que eres el señor Dubois? ¿Y si te hubieran pillado?

—No me iban a pillar. Ya oíste a la señora Martin: no han tenido ningún inconveniente durante la estancia que les obligara a acercarse al mostrador y presentarse. No se enterarán nunca del error, Max —insistió al ver que no se daba por aplacada—. Cuando hagan el *check out* antes del mediodía, las chicas no estarán, sino los recepcionistas del turno de mañana, así que ninguno tendrá pesadillas sobre impostores que llegan preguntando por los camellos de Haad Rin.

—No creo que ellas catalogaran de pesadillas los sueños que tuvieran contigo —bufó, poniendo los ojos en blanco. Incluso sin mirarlo, supo que sonreía burlón—. Enséñame el papel, anda. Voy a llamar al camello, a ver si vio algo.

Hurricane se lo entregó en cuanto estuvieron de nuevo en el coche. Arrancó para aparcar lo bastante lejos de Bungalows Paradise para no despertar sospechas, en un lado del camino donde apenas había tránsito.

Maxine frunció el ceño al escuchar una voz grabada. Le tendió el móvil a Hurricane con la esperanza de que tradujera del tailandés al inglés.

—Dice que el teléfono al que llamas no existe —le dijo.

—¿Se habrá equivocado al dártelo? ¿Y si ha puesto uno falso?

—Lo dudo. No me habría dicho que le comentara que llamo de su parte. ¿Cómo se llamaba el camello?

—Daeng, según el papel.

Hurricane sacó el móvil del bolsillo del pantalón, un chino que le sentaba como un guante. No le extrañaba que los turistas franceses se hubieran tragado que era el hijo del propietario, el señor Sutti —detalle que habría sacado de internet, seguramente, y que ella había comprobado tras una rápida consulta en Google—: exudaba elegancia, y confiar en hombres elegantes resultaba tan fácil como respirar.

Al cabo de unos minutos, cuando Maxine empezaba a agobiarse porque habían topado con el primer bache, Hurricane le mostró la pantalla de su móvil: había traducido una página escrita en tailandés, un medio de comunicación local que databa del día anterior en el que se mencionaba que las autoridades habían conseguido darle caza al famoso camello Daeng, de nombre real Malee Saelim.

—¡Joder! ¡Ya podrían haberlo detenido mañana, cuando hubiéramos hablado con él!

—Nos siguen quedando los hosteleros de Thong Sala —apuntó Hurricane sin caer en el desánimo. Giró la llave del contacto y pisó el acelerador con gentileza—. Daremos con una respuesta, te lo prometo.

Maxine lo miró de soslayo.

—Parece que esto solo saldrá bien si te quedas a mi lado. Eres astuto, aturdes a las chicas con tu belleza misteriosa y hablas hasta chino mandarín. Se ve que los raiders no solo les hacéis jiujitsu al enemigo.

Hurricane sonrió a la carretera, a la que se incorporó después de prender las luces largas. Empezaba a anochecer, y la mayoría de los caminos de tierra de la isla no se caracterizaban por su seguridad.

—El chino mandarín no lo entiendo —se defendió con sencillez. Luego añadió, divertido—: El cantonés... más o menos.

Aunque le encantó que estuviera de buen humor y pareciera dispuesto a charlar en clave amistosa, Maxine no pudo evitar redirigir la conversación a sus dudas acuciantes.

—¿Puedo hacerte una pregunta...?

—¿... personal? —completó Hurricane, esta vez sin la exasperación habitual—. ¿Dónde aprendí tailandés, quizá? Te puedo mandar la dirección de mi academia.

—¿Por qué me ayudas? —lo cortó Maxine. Tenía las manos entrelazadas en el regazo. Le sudaban por miedo a lo que pudiera descubrir sobre Carey y con la respuesta de Hurricane—. Sé que te lo he preguntado antes, pero...

Él suspiró.

—¿Cómo no iba a ayudarte a encontrar a una persona que ha desaparecido, mujer? —replicó enseguida, asombrado porque cuestionara sus motivaciones—. Incluso si no me metiera en problemas por costumbre, porque ya ves que lo he hecho toda mi vida, estaría siendo un capullo si actuara como los organizadores e ignorara que hay alguien en peligro.

«En peligro», repitió Maxine para sus adentros. Odiaba pensar en Carey en semejantes términos; en su Carey, tan espontánea, tan viva, tan por encima del bien y el mal.

—Entonces... ¿lo haces para no quedar como un capullo? —bromeó, aunque desinflada—. Te lo pregunto, en parte, porque me has echado una mano siempre. Con Dylan, con el tema del BDSM, en los juegos de rol... En eso no tendrías por qué haberte molestado. Nadie te lo habría reprochado.

—No suelo ni hacer ni deshacer las cosas para evitar reproches, sino para sentirme en paz. Y solo me siento así cuando obro de acuerdo a lo que creo que está bien. —Lo vio apretar el volante, en tensión—. Lo que no significa que no me equivoque a menudo.

Maxine se vio impelida a consolarlo. Esa sombra tortuosa que a veces intentaba apagarlo había vuelto a posarse sobre sus hombros, obligándolo a replegarse dentro de sí mismo.

—Nadie hace siempre lo correcto. Todos erramos.

—Pero hay formas y formas de cometer un error. Puedes equivocarte por torpe o por negligente, pero ¿equivocarte porque quieres? —Meneó la cabeza con desaprobación—. Eso no tiene perdón de Dios.

—No te tengo por la clase de hombre que la caga por placer. Solo cuando hay en juego algo que te importa, o cuando... —Tragó saliva, recordando su voz enronquecida y la manera en que la abrazó aquella noche juntos— no puedes más.

Hurricane entendió la referencia y se humedeció los labios, quizá para ganar tiempo, o tal vez tan tentado como ella con los recuerdos recientes.

—Siempre se puede aguantar más dolor —replicó quedamente, centrando la vista al frente—. El problema es que no siempre se quiere.

Capítulo 41

La última vez que Maxine pisó el mercado nocturno de Thong Sala tenía el corazón roto después del reencuentro con Dylan, pensaba que podría arreglar su relación y habría jurado que no volvería a amar a otro hombre en lo que le quedara de vida. Desde entonces apenas había transcurrido una semana. Ahora se sentía una persona diferente.

Esa noche paseó con la mente en blanco, dejándose maravillar por las luces de colores; en esta ocasión tuvo que concentrarse en los rostros cansados de los tenderos, a los que se les acumulaban las noches sin dormir y el hartazgo de tratar con turistas maleducados. Debía espabilarse para que no se le escapara ninguna pista.

—¿Sabe dónde podemos encontrar a Somboon y Jaisai? —preguntaban Hurricane y Maxine. Cada uno cubría un extremo paralelo del mercado—. Los dueños del puesto de comida occidental y tailandesa, respectivamente.

No tuvieron que indagar mucho. La mayoría de los hosteleros se conocían de toda la vida, y los nuevos habían gozado de la hospitalidad de los veteranos para adaptarse a la vida nocturna del mercado.

Somboon tenía su puesto de pizza, bocadillos, hamburguesas y otros ejemplos de comida rápida característicos de América y Europa al final del paseo. La fila de turistas ansiosos por pedir casi le daba la vuelta al recinto, pero Maxine estaba dispuesta a esperar lo que hiciera falta.

Aguardaron en vano, porque en cuanto intentó hacerle la primera pregunta al propietario, un lugareño de cincuenta, quizá sesenta años, párpados caídos y muy malas pulgas, este la ahuyentó con movimientos frenéticos.

—¡Si no comida, no servicio! —le espetó—. Además, no hablar inglés. Solo sé carta.

Hurricane intentó entablar con él una conversación breve echando mano de su conocimiento del idioma nacional, pero Somboon negó con la cabeza, empecinado en que no le molestaran. Maxine se prometió volver cuando estuviera cerrando para insistir.

El puesto de Jaisai y su mujer se encontraba en la otra punta del mercado, y por extraño que pudiera parecer, dado que eran quienes ofrecían los platos más demandados de la cocina tailandesa, no estaba tan requerido. Había sido el jovial —aunque estresado— matrimonio el que les sirvió la cena la última vez que visitaron la zona.

—¡Volvieron! —aplaudió Jaisai, un hombretón de alrededor de cuarenta y cinco años que hablaba agitando el cucharón con el que servía el arroz. Algunos granos salieron volando—. Les recuerdo de la otra noche. Una pareja muy atractiva, sí, sí.

Hurricane ni siquiera se molestó en desmentir su relación. Parecía ser de la opinión de que convenía tener contenta a la gente cuando se la pretendía interrogar.

—Me encantaría que me pusieras otro plato de ese delicioso arroz con mango tuyo... y que me respondieras una pregunta sobre la fiesta de la Luna Llena —agregó Hurricane con una media sonrisa amable—. Tengo entendido que trabajas allí una vez al mes.

—Sí, sí, buen trabajo, no se puede rechazar —confirmó con una serie de cabeceos—. La gente tiene hambre en esa fiesta, es generosa al pagar, casi gano más que en todo el mes —se rio el hombre, gesticulando hacia su mujer. Apenas le veían la coronilla oscura—. Som, necesito mango.

—Ya va —respondió en tono cansino. Arrastró los pies por el puesto con el plato lleno de trozos de fruta cortados en forma de medialuna. Miró a Hurricane—. ¿Qué pregunta tienes?

—Llevamos sin ver a una amiga nuestra desde la fiesta, y ya han pasado los tres días de rigor

para poner una denuncia en comisaría —anunció Maxine, avanzando, agitada, para llamar su atención. Decir aquello en voz alta la trastocó. Le daba una dimensión real a la desaparición de Carey—. Lo último que supimos es que se marchó con un lugareño muy tatuado. Tenía una estrella o una cruz en la cara, no lo sé con seguridad. A lo mejor, como ustedes trabajan allí cada fiesta sin faltar una, les suena este tipo o saben dónde encontrarlo.

Jaisai y Som intercambiaron una mirada rápida. El hecho de que la sonrisa solícita desapareciera del rostro del primero captó la curiosidad de Maxine.

Avanzó un paso más, atraída por la historia secreta que había oscurecido sus semblantes.

La mujer, aunque ya estaba desanimada, llegó a apretar los labios con rabia reprimida. Dijo algo en tailandés que ni siquiera Hurricane comprendió.

—¿Perdón? —Maxine acercó la oreja—. ¿Saben algo?

—Es mejor llamar policía —le contestó Jaisai. Se concentró en la presentación del plato de arroz con mango para no mirarla a los ojos—. Pinta asunto serio. Ellos sabrán qué hacer.

—Pero ¿saben de quién hablo?

—Todo el mundo sabe de quién habla —contestó la mujer, dándole la espalda para volver a la estrecha cocina. La miró por encima del hombro—, pero no se menciona.

Maxine se estremeció.

—Por favor, Som. Eres Som, ¿verdad? —insistió ella, estirándose para apoyar las manos en el mostrador—. Si sabes de lo que hablo, necesito que me ayudes. Puede que mi amiga esté en peligro, y la policía de Koh Phangan no parece muy... efectiva.

—Si tu amiga es yanqui, la embajada intervendrá. Aquí turistas con dinero desaparecen pocos, y se suelen encontrar porque el gobierno no quiere problemas. Toma. —La mujer le tendió el plato de arroz y mango pegajoso a Hurricane. Lo aceptó en silencio, escrutando la expresión de Som y la de Jaisir. El tendero había enmudecido de pronto—. Puede pagar en dólares. ¡Aranya! —gritó, mirando hacia el interior del puesto. Arrancó a hablar en tailandés.

A Maxine no le quedó otro remedio que poner en marcha sus huesos ateridos. Se negó a intercambiar una mirada con Hurricane, preocupada por si en ella veía la derrota.

—Confieso que no esperaba que nadie tuviera la menor idea de quién es el tío del tatuaje —murmuró, emprendiendo la marcha hacia delante. Hurricane miró el plato un instante antes de entregárselo a un turista que pasaba en la dirección contraria. Este se quedó sorprendido, pero lo agradeció con una sonrisa incrédula—. Ahora creo que lo hubiera preferido así, porque lo que dan a entender no es nada alentador.

Un golpe sordo a su izquierda la sobresaltó. Se asustó incluso más al girarse hacia el lado y toparse con el rostro moreno de una adolescente a apenas un palmo de su cara. La chica sujetaba un cigarrillo a medio consumir entre los dedos. El ruido lo habían provocado las gruesas suelas de sus zapatillas al saltar del puesto de comida a la plataforma de latón que lo sujetaba.

—Yo sé quién es el hombre de la estrella —dijo en voz baja, en la clase de inglés depurado con acento británico que indicaba su profundo estudio del idioma desde una temprana edad—. Ahora tengo que ayudar a mis padres, pero venid cuando vayamos a cerrar, sobre las dos de la madrugada, y os contaré lo que sé.

—¿Quién eres tú? —inquirió Hurricane.

—Aranya. —Señaló el mostrador de comida tailandesa con un gesto de cabeza—. La hija de los dos obtusos con los que acabáis de discutir. No me puedo creer que no quieran deciros nada. —Sacudió la cabeza, decepcionada.

—¿No te puedes escapar ahora? —preguntó Maxine con ansiedad.

—¡Uf! ¡Qué va! Me matarán. Venid luego —insistió ella, volviendo a poner un pie sobre las

escaleritas que conducían al reducido espacio de la cocina—. Os lo diré todo.

¿Y qué era todo? Eso le habría gustado saber a Maxine, a la que le costó mover las piernas hacia el final del paseo sabiendo que la niña podría tener la respuesta a sus preguntas.

Lo dudaba bastante, aun así. ¿Qué iba a saber una chica de diecisiete años a lo sumo sobre lo que sucedía en la fiesta de la Luna Llena? Estaba prohibido que asistieran menores de edad por la cantidad de alcohol y drogas que corrían a lo largo de la noche.

Cuando se asomaron al puesto de nuevo a las dos de la madrugada exactas, se toparon con que las luces estaban apagadas y los propietarios se habían marchado. Solo quedaba Aranya, que, fregona en mano y con otro cigarrillo industrial entre los labios, terminaba de limpiar los restos de salsa que habían salpicado el suelo.

Al ver a Maxine allí de pie, Aranya soltó la fregona, miró a un lado y al otro y se quitó el pitillo de la boca.

—No tengo mucho rato porque mi madre se niega a dejarme sola cerrando. Se ha ido un momento al servicio; eso es todo lo que tengo antes de que interrumpa poniéndose como una loca.

Soltó el humo que no había expulsado ya con su precipitada aclaración.

Aunque la luz escaseaba, Maxine se percató de que poseía una belleza que saltaba a la vista. Tenía los ojos rasgados de un negro tan oscuro que no se distinguían pupila e iris, y las pestañas tupidas de una muñeca para niñas. La densa melena, que caía hasta la cintura, enmarcaba una preciosa cara redonda con la piel libre de imperfecciones. Era alta y esbelta, además, y ella era consciente de su encanto, porque potenciaba estos atributos con un *crop top* blanco que acentuaba su bronceado natural, y con un vaquero corto y deshilachado.

—Al tío que buscáis lo llaman Dao, un apodo que significa «estrella», por el tatuaje que tiene en la cara. Algunos creen que su nombre real es Apinya; otros que es Paithoon... —Dio otra calada rápida al cigarrillo—. Yo dudo bastante que sea alguno de esos, porque el cabrón sabe protegerse. Lo que sí es seguro es que no nació aquí. Sus amigos, que son la misma chusma, se refieren a él como «Bangkok», así que es probable que venga de allá. Va a todas las fiestas de la Luna Llena y siempre hace lo mismo: pegarse a una o varias chicas guapas, en todos los casos de aquí o, como mucho, asiáticas, y llevárselas.

—¿Cómo lo sabes? —planteó Hurricane con mesura—. ¿Es un rumor que corre por ahí?

Aranya clavó en él su mirada negra.

—Lo sé porque a mí me intentó llevar —replicó en tono cortante, retándolo a negarle una experiencia que llevaba grabada en el nervio con el que supervisaba cada tanto que nadie la vigilaba—. Mis padres no quieren hablar de ello porque les da vergüenza, y si hubieran ido a la policía para denunciarlo, lo primero que habrían hecho los agentes habría sido multarlos a ellos por permitir que estuviera en la fiesta siendo menor de edad... Pero, en fin, tampoco sería la primera que falsifica su edad, y la verdad es que casi siempre he estado allí trabajando en el puesto —se justificó con rapidez—. Lo que pasa es que ese día me quise divertir con mis compañeras mayores y casi me sale el tiro por la culata. A mi amiga Nam no la he vuelto a ver desde entonces —confesó con un hilo de voz, agachando la mirada—, y es la única que se quedó con él hasta el final de la noche.

»A raíz de lo de Nam —continuó, envalentonada—, que ocurrió el diciembre pasado, me puse a investigar y se han denunciado en redes sociales unas cuantas desapariciones posteriores a la fiesta de la Luna Llena y el festival de la Media Luna, que se celebra cada dos semanas. La mayor parte de los familiares de las desaparecidas no tienen ni idea de qué puede haber pasado, pero hay algunas amigas cercanas de las víctimas que han dado parte de que lo último que

hicieron fue seguir a este... —Masculló una palabra en tailandés.

—¿A dónde? —logró articular Maxine, que notaba la garganta apretada.

—No lo sé, y ojalá tuviera la menor idea, porque iría yo misma a ver qué pasa. —Le dio unos toquecitos al cigarrillo para que se desprendiera la ceniza—. Lo que dice mi madre es verdad, aun así. Dao nunca se lleva mujeres caucásicas. Siempre son de la zona, seguro que para evitar que intervengan la embajada y los cuerpos de seguridad extranjeros. Ese hijo de puta tiene muy estudiado su trabajo —les advirtió, alternando una mirada entre uno y otro—. Va a todas las fiestas de la Luna Llena sin faltar una y les hace algo a las mujeres que encuentra, estoy segura.

—¿Cómo las atrae? —inquirió Hurricane.

—Es guapo. Gusta a las chicas. —Aranya se encogió de hombros—. Aparte, siempre va por las que están drogadas. Yo siempre he pensado que Dao y el camello de Haad Rin, un capullo apodado Daeng, están compinchados. No me parece casualidad que Daeng siempre deje la droga a mitad de precio a las mujeres jóvenes y monas, y que la ofrezca en lugar de esperar a que ellas vengan a pedírsela.

—¿Qué crees que les hace? —preguntó Hurricane.

Aranya perdió la mirada en el suelo.

—No sé. Matarlas... —murmuró—. O algo peor.

—¿Qué podría ser peor? —se horrorizó Maxine.

—La trata, por ejemplo —replicó con sencillez. Aquello revelaba que era un problema social muy arraigado en su país—. A mí me encantaba la fiesta cuando tenía dieciséis años, pero luego Nam desapareció allí, y me pasó aquello, y... y empecé a leer todo lo que podía sobre mujeres que no volvieron a casa, sobre el pasotismo de la policía. El tráfico sexual está a la orden del día. Si Dao hubiera conseguido arrastrarme consigo, habría preferido que me matara a que me llevara a alguna de las casas forzosas que abundan en el norte de Tailandia.

—¿Cómo conseguiste librarte de él? —siguió ahondando Hurricane, el único que estaba consiguiendo mantener la compostura.

—Yo no estaba drogada —respondió con llaneza—; Nam sí. Cuando Dao empezó a forcejear con nosotras para meternos en un coche, no me costó darle una patada y salir corriendo. Me arrepiento cada día, desde que me levanto hasta que me voy a dormir —prosiguió con la garganta atorada—. Tendría que haberme quedado con Nam. Tendría que haberla ayudado, pero... —Agachó la cabeza para ocultar una lágrima de impotencia—. Me asusté y hui.

Hurricane le puso una mano en el hombro, y solo al ver que no se sobresaltaba ni la incomodaba, la estrechó para infundirle ánimos.

—Si hubieras tratado de salvarla, ahora seríais dos desaparecidas en lugar de una. Esos tipos nunca ponen a prueba su fuerza; si os cogieron a un par, es porque pueden con un par. —Hizo una pausa antes de preguntar—: ¿Qué edad tenía Nam?

Aranya lo miró con los ojos anegados en lágrimas.

—Dieciocho cuando desapareció. —Se humedeció los labios cortados—. Este uno de octubre habría cumplido diecinueve.

—¿Y cuál era su perfil? ¿Estudiaba? ¿Trabajaba? ¿Tiene familia en la isla?

—Se vino a vivir aquí en cuanto cumplió la mayoría de edad porque su padre era un cabrón. Su madre murió siendo ella muy pequeña. Por eso nadie excepto yo la está buscando, y por eso seguramente nunca la encontraremos. El padre no quiso poner la denuncia, y... Ojalá pudiera volver atrás. Nam nunca me lo perdonará, y yo tampoco.

Al escuchar su confesión con voz trémula, la culpabilidad sacudió a Maxine.

Ella tampoco se lo perdonaría. Si a Carey le había pasado algo, jamás volvería a pegar ojo,

porque podría haberlo evitado si se hubiera quedado. Pero se marchó, ofendida por un estúpido beso, y ahora su amiga podría estar en cualquier punto de Tailandia... o a tres metros bajo tierra.

Capítulo 42

Por una vez, fue Maxine la que impuso el silencio en el trayecto de regreso.

Ni siquiera refugiada entre las cuatro paredes de su dormitorio encontró la voz para verbalizar lo que estaba sintiendo. Habían descubierto información sensible, tenían pistas y nombres de los que tirar, pero la culpabilidad la bloqueaba. Por más que lo intentaba, no conseguía poner en marcha un plan de acción, que era lo que Carey necesitaba.

Porque Carey la necesitaba. A ella. No le constaba que tuviera en California una familia que fuera a poner el grito en el cielo al conocer su desaparición, y mantenía a sus amistades en un plano superficial para que jamás la conocieran en realidad. Estaba ese marido que había insinuado que tenía, sí, pero si Maxine no lo había entendido mal, no podía contar con él.

Se vistió por primera vez con el pijama que había traído consigo, un fino camisón de satén de un intenso color morado que Dylan le regaló por su cumpleaños. No sintió la melancolía que pensó que la paralizaría cuando se pusiera alguna de las prendas que él le compró.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró, sentada en el borde de la cama. Hurricane dejó lo que estaba haciendo en su habitación y cruzó el umbral para mirarla desde allí con expectación—. No sabemos dónde está Dao, la policía no le ha hecho ningún caso a Black Russian, o ya nos habría dicho algo...

—No sabemos dónde vive Dao, pero sí dónde estará dentro de cuatro días —replicó con una ceja enarcada—: en el festival de la Media Luna. Aranya ha mencionado que capta a las chicas en la fiesta de la Luna Llena y en este segundo evento, que da la casualidad de que ocurre una semana antes y una semana después.

—¿Y qué te propones? ¿Emboscarlo?

—Bueno, es fácil de reconocer.

Fue hacia ella con cautela, como si Maxine fuera una bomba de relojería a punto de estallar.

—Eso sí —musitó, pensativa. Se miraba las palmas de las manos con impotencia, reprochándoles su inactividad—. Siempre me ha resultado cuanto menos curioso que los criminales se marquen la cara con tatuajes que los hacen reconocibles a simple vista.

—Puede parecer una ventaja para la policía, pero esos tipos no tienen un pelo de tontos. Si se ponen a tiro, es porque están blindados por una compleja red de protección.

—Eso no me anima —reconoció con un hilo de voz. Buscó consuelo en su mirada—. ¿Qué hacemos, entonces? Lo buscamos, lo encontramos, y luego... ¿qué? Necesita que le pillemos haciendo algo malo para poder llevarlo ante la justicia. —Pestañeó, de pronto seducida por una alternativa con posibilidades de éxito—. Espera, creo que tengo una idea.

Hurricane se mostró tentado al principio, pero tuvo que interpretar correctamente la determinación en el gesto iluminado de Maxine, porque enseguida se envaró.

—De ninguna manera —atajó sin contemplaciones.

—¡Piénsalo! —insistió, botando en la cama—. Si yo le gustara lo suficiente y me hiciera la drogada para dejarme captar, Dao podría conducirme hasta donde está Carey. Y tú, mientras, podrías encargarte de atraer a la pasma para pillarlo con las manos en la masa. No es una mala idea, ¿no? Así fue como Aranya se libró de pasarlo peor que su amiga: estando sobria y corriendo lo bastante rápido. ¿Qué te parece?

—Muy arriesgado, Maxine. Iba a proponer eso mismo, pero no que lo hicieras tú.

—¿Y quién lo iba a hacer? —le replicó—. No nos consta que a Dao le interesen los hombres, por lo que tú quedas descartado. Sí, lo óptimo sería que un raider se encargara de esto, no una

chica que apenas ha dado cinco clases de pilates y lloraría si la atracaran, pero ¿qué otra salida tenemos? Porque hay que hacer algo, y yo soy la que debe hacerlo con más razón, porque... —Se le atragantó la culpabilidad y no pudo seguir hablando.

Hurricane se acuclilló a sus pies para poder mirarla a la cara. Maxine la había escondido pegando la barbilla al pecho por si alguna lágrima rebelde osaba cruzar su mejilla.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó con dulzura.

—Porque por mi culpa ha desaparecido —confesó con un hilo de voz. La angustia le impedía respirar—. No lo habría hecho si yo no me hubiera marchado. Debería haberme preocupado por ella; debería haber recordado que ninguna mujer está libre de peligro por más segura de sí misma que sea, y Carey se encontraba en una situación vulnerable porque se había drogado, y sus amigos iban y venían por allí, dejándola sola... No digo que ellos sean los causantes de la situación —se apresuró a aclarar—, solo que...

—Si ellos no son culpables, ¿por qué tú sí? —interrumpió con suavidad. Le puso las manos sobre los muslos—. Entiendo que cuando uno está preocupado tiende a atribuirse responsabilidades para sentir, aunque sea una sensación engañosa, que tiene el control de la situación. Pero intenta ser razonable, Maxine.

—¡Estoy siendo razonable! —Tuvo que sorber por la nariz, que empezaba a notar tan irritada como los ojos cristalizados—. Carey no considera sus amigos a Manhattan y a Gin Fizz. Son sus sumisos, gente que ni sigue en redes sociales, cuyo apellido no conoce y por los que no se preocupa. A mí sí me ha hablado de su pasado, y siempre ha estado ahí para ayudarme. Me correspondía garantizar su bienestar, y lo que hice fue largarme —recordó con amargura—, ofendida por una estupidez.

—¿Qué crees que habría cambiado si te hubieras quedado? La habrías reprendido igual por abalanzarse sobre ti, y luego habría flotado entre vosotras una extrañeza o incomodidad de la que Carey habría huido refugiándose en los brazos de Dao. Tratándose de una mujer sexualmente activa que entiende la fiesta como una oportunidad de conocer a nuevos amantes, no se habría quedado a tu vera a no ser que tú le hubieras devuelto el beso y os hubierais acostado, Maxine.

—Pues si pudiera viajar en el tiempo sabiendo lo que sé, me habría dejado hacer con tal de tenerla bien amarrada. ¿No ves que la alternativa a un pasado en el que me quedo es que Carey desaparezca? Dios... la he decepcionado tanto —musitó, mirando al techo para contener las lágrimas—. Y me he decepcionado a mí, porque de verdad quería ser una buena amiga para ella.

»¿Tienes idea de las molestias que se ha tomado para abrirme los ojos? —continuó, ahora centrada en la expresión serena de Hurricane—. ¿De la cantidad de tiempo y energía que ha invertido en consolarme? Si no hubiera conocido a Carey, no habría descubierto la verdadera naturaleza de mi relación, ni quién soy yo o lo que quiero en realidad. Puede que sea una locura decir esto, porque no hace ni dos meses que la conozco, pero hay gente que te... que te inspira, te impulsa a ser mejor, saca lo bueno que hay en ti y te enseña a perdonar y a comprender. Carey ha sido ese milagro para mí. Sea lo que sea que le esté pasando, no se lo merece.

Hurricane dejó correr unos segundos de cortesía por si quería añadir algo más.

—¿Te has parado a pensar que las relaciones de amistad podrían no basarse en un intrincado sistema trueques? —Maxine pestañeó, sin entender, y él le sonrió—. No se trata de que le debas tiempo, energía y lealtad a Carey porque ella te haya entregado todo eso. Se trataría de que tú te sintieras inclinada de forma natural a darle tu tiempo, energía y lealtad porque la quieres.

—Claro que lo siento así.

—Lo sé, lo sé, pero sin darte cuenta lo planteas como eso, un sistema de trueques. No es así. El amor y la amistad se agradecen y se corresponden, no se retribuyen como un favor. Todo lo

que Carey te haya dado, si es de veras una buena persona, te lo ha entregado sin esperar que se lo pagues.

—La teoría suena muy bien, pero no me digas que no entiendes cómo me siento ahora.

—Claro que sí. Conozco muy bien la culpa. —En sus ojos brilló el reconocimiento—. Por eso intento que te desprendas de ella antes de que te arrastre consigo.

—No me merezco que me protejas del dolor —sollozó con un nudo en la garganta.

Él sacudió la cabeza, enemistado con la afirmación.

—Nadie se lo merece más que tú.

Maxine cerró los ojos y por fin permitió que las lágrimas humedecieran su rostro. A fin de evitar que Hurricane la viera, porque en bastantes episodios dramáticos había ejercido de invitado forzoso, se levantó de la cama y fue hasta el balcón del dormitorio.

Se asomó para que la brisa le acariciara la cara y escuchar algo distinto a sus pensamientos turbulentos: los grillos, el aire meciendo las hojas de las palmeras, la melodía lejana de la canción que tenían puesta en el recinto del rol.

La reconoció enseguida, porque en sus ratos libres, en la ducha o mientras se echaba la loción, había estado escuchando los discos de Kali Uchis.

Podía entender por qué a Hurricane le gustaba.

La noche y tú
La noche y tú
Vive la luna enamorada[26]

El eco de la canción reverberaba en la vastedad del bosque mientras ella se entregaba a las lágrimas. Lloró en silencio, agarrada a la baranda con los párpados cerrados, hasta que sintió que unos brazos la rodeaban desde atrás. Maxine se giró con lentitud, pero no abrió los ojos. Permaneció en el sitio, sollozando con disimulo mientras Hurricane limpiaba su llanto, primero con los dedos, luego con los labios. Reconoció el hábil aleteo de su boca posándose en los puntos húmedos, en el borde de las ojeras que las pesadillas de la noche anterior le habían dejado, en la barbilla, en la comisura de la boca. Sus manos la sostenían por las sienes, retirándole los rizos de la cara con caricias que encerraban una ternura casi dolorosa.

Maxine abrió los ojos a tiempo para verlo inclinarse sobre ella. La vaga iluminación del balcón le daba matices oscuros a su mirada transparente, como las aguas más puras y antiguas del mundo que el hielo de la Antártida protegía. La oscuridad y la luz competían por crear contrastes en su semblante.

Era tan guapo que a veces sentía que mirándolo se le rompería el corazón en mil pedazos. Pero en realidad solo existía una cosa con la capacidad de conmoverla hasta la desesperación, y fue aquello que Hurricane le entregó al posar los labios sobre los de ella.

La canción seguía expandiéndose por la naturaleza, como el canto de una tribu, como un grito de guerra, pero todo desapareció a su alrededor cuando él la besó muy despacio. Maxine se quedó inmóvil y con el aliento contenido, sospechando que se separaría de forma abrupta, avergonzado o furioso consigo mismo, pero pasaban los segundos y Hurricane seguía besando sus labios con ternura, rendido por fin a lo que fue inevitable desde el principio.

Ella lo agarró por los antebrazos y se entregó al contacto después de jadear con un alivio desgarrado. Estaba tan fuera de sí que no se sentía la cara, solo lo que él hacía con su boca, solo la lengua que introdujo en su cavidad y que sacó a jugar con la suya para entrelazarse en una danza peligrosa; solo los dientes que la mordisqueaban con tiento, los labios con los que

succionaba los suyos, el contraste de alientos, los suspiros que se perdían en la boca del otro, el sonido al despegarse lo suficiente para respirar lo justo, las caricias por la cara, los hombros, el pelo, el camisón; caricias que sonaban como el tejido de la piel, el susurro de la melena, el crujido del satén; caricias que amenazaban con sumirla en el único sueño que al fin se hacía realidad.

No supo cuánto rato estuvieron allí de pie, besándose una y otra vez con la timidez de un par de adolescentes que todavía estaban descubriendo el amor; besándose despacio para no acabar nunca, para prorrogar el momento de la separación; besándose lento con la esperanza de que el tiempo se acompasara a su ritmo y el mañana no llegara jamás.

No, Maxine no supo cuánto rato estuvieron allí de pie, solo que su cuerpo despertó y empezó a pedirle más, y que notaba los labios ya pesados, hinchados; que sabía más a él que a ella misma. Y nada le había parecido jamás tan erótico como eso.

Se separaron por necesidad, no por gusto, y se miraron para acordar tácitamente no hablar sobre ello. ¿Para qué? Al verse reflejada en sus ojos brillantes, Maxine tuvo la certeza de que volvería a suceder, y esa era la única duda que ansiaba satisfacer.

Ocurrió segundos después, cuando ella se tendió en la cama y extendió los brazos para invitarlo a recostarse sobre su cuerpo. Hurricane obedeció sin poder contener los temblores, provocados por la clase de anhelo que podía destruir una vida, y siguió explorando su cavidad con mayor empeño. Jadeaba contra la boca de Maxine como si le estuviera hablando en un idioma que solo entendían los cuerpos encendidos. «Te necesito», parecía decir.

—No sé si esta noche tengo fuerzas o energía para... —musitó sin aliento.

—Tranquila —la cortó él con los ojos todavía cerrados. Le acarició el óvalo de la cara con los nudillos—. Lo sé.

—¿Te quedarás conmigo esta noche? —le preguntó con un hilo de voz, memorizando la sombra que sus pestañas proyectaban sobre los pómulos, las líneas de su rostro, el mentón marcado. Se acercó hasta que sus cuerpos estuvieron pegados y lo abrazó para retenerlo si fuera necesario.

Más que nostálgico o aliviado, el suspiro de Hurricane sonó como si se hubiera rendido.

—Todas las que me lo pidas.

Capítulo 43

Tenía la esperanza de que la rocambolesca idea se te olvidara al día siguiente —reconoció Hurricane mientras terminaba de ajustarse los puños de la camisa.

Maxine estuvo a punto de poner los ojos en blanco.

—No empieces otra vez, por favor. Ya hemos acordado que vamos a seguir adelante con el plan, así que no tiene sentido darle más vueltas.

Los días transcurridos hasta el festival de la Media Luna se le habían hecho insoportablemente largos, en parte porque tuvo que convencer a Hurricane cada día y a todas horas de que estaba dispuesta a ser el cebo de Dao, tal y como le sugirió en cuanto regresaron del mercado nocturno. El amo había tratado de disuadirla alegando que pensarían en otra cosa, que debía existir una alternativa menos arriesgada, pero bastaba con que Maxine le preguntara cuál para que él se sumiera en un silencio impotente.

Habían determinado que en el festival se dividirían por el perímetro en busca de Dao. Si era cierto lo que Aranya les había dicho y el criminal no se perdía una fiesta, tendrían que encontrarlo por allí. Lo reconocerían con facilidad gracias al tatuaje de la estrella.

Por primera vez desde que comenzaron la búsqueda, Maxine tendría el peso del buen desempeño de la misión sobre los hombros.

—Hay factores que no dependen de tu buen hacer —le había insistido Hurricane en una ocasión—. Fíjate en lo que dijo Aranya: suele establecer el contacto con lugareñas o mujeres con rasgos asiáticos para no meterse en problemas con la seguridad internacional.

—Carey no parecía exótica y se la llevó de todos modos. Es obvio que ha cambiado su modus operandi.

—Eso solo puede significar que se cree a salvo de las agencias de inteligencia, y si lo cree, debe de ser porque están blindados. Aunque no te emborraches y estés con los cinco sentidos alerta, seguirás en peligro.

—Podría llevarme un arma —sugirió ella con inocencia—. Siempre cargo un spray pimienta conmigo. Si en última instancia se pusiera baboso, yo...

—Maxine —la cortó con gesto sombrío—, que se pusiera baboso sería el último de tus problemas. Mucho antes podría ponerse violento. ¿Y si le da un golpe en la cabeza a las víctimas en cuanto las mete en el coche? El conductor estará en el ajo, eso por supuesto...

—Oye, que un spray pimienta no es tan inofensivo como crees —se había defendido, irritada con su falta de confianza en ella—. Y sé cómo usarlo: debes llevarlo en el mismo sitio para dirigir la mano allí en el acto, sin pensar, por si acaso te bloquearas en la situación, y en espacios cerrados no es conveniente aplicarlo porque te puede irritar los ojos a ti misma. De todas maneras, siempre puedo probar con una navaja —apostilló con orgullo.

—De ninguna manera. —Hurricane había negado con la cabeza rotundamente—. Si una persona que no tiene experiencia usando cuchillos blande uno, lo más probable es que acabe pinchándose. A Dao no le costaría quitártelo y usarlo contra ti.

—¿Y qué hacemos, Caine? —bufó ella con hastío—. Porque quedarnos de brazos cruzados no es una opción. ¡Deja la negatividad a un lado y propón ideas!

Al final, Hurricane había estado de acuerdo con que se llevara el spray pimienta, aunque había seguido insistiendo mil y una veces en que preferiría que no se pusiera en evidencia.

—Tengo entendido que ser un agente encubierto no es tan sencillo, Maxine. Es la clase de trabajo para la que se entrenan durante largos meses.

—Me encantaría entrenar largos meses, pero dudo que Carey tenga tanto tiempo.

Maxine se había acostumbrado a ganar las discusiones durante los últimos tres días, en los que terminaron de ultimar detalles. Ahora, ya vestida para el festival y exonerada de asistir a la velada de Fuego y Sangre gracias a Califa, que le había permitido ausentarse durante tres días seguidos usando los escasos permisos de los que disponían los participantes, estaba preparada para lo peor.

La adrenalina corría por sus venas. O tal vez fueran nervios simples y llanos. En cualquier caso, prefería esa sensación de falsa euforia que la angustia que le había estado causando ataques de ansiedad durante las setenta y dos horas posteriores a la conversación con Aranya. Le habría gustado seguir acudiendo por las noches a las veladas BDSM para no levantar sospechas, pero no habría podido actuar como si nada estuviera ocurriendo. Se hallaba en un shock tal que no soportaba la idea de gozar con un hombre cuando había una inocente que dependía de ella para volver a casa.

Sintió la mirada turbada de Hurricane en la nuca mientras terminaba de vestirse, pero la ignoró para ponerse en la piel de su personaje.

—Dao espera un perfil concreto de mujer —le explicó Hurricane, ya hecho a la idea de que no lograría disuadirla—. Además de lo bastante drogada para inhibir el miedo ante el peligro, quiere una chica joven, inocente y que sienta atraída por él. Así se asegura de que lo sigue al fin del mundo con la excusa de quedarse a solas. —Entonces se había acercado a ella por detrás para señalar unos pendientes de perlas falsas—. Ponte esos. Te favorecen.

Maxine se lanzó una última mirada en el espejo con aquella recomendación en mente, confirmando que le sentaba de maravilla el color marfil de las bolas.

No sabía si le gustaría a Dao. Había descubierto que fuera de Los Ángeles, donde las mujeres de Rubens no tenían cabida, o no en los círculos donde ella se movía, tenía su público. Pero ¿sería el secuestrador de los que preferían las curvas? Carey estaba muy delgada, y Aranya también. No sabía cómo sería la amiga de la adolescente, pero apostaba por que Nam también encajaba en el canon estético de los años 2000.

Maxine rezaba para que la considerara una interesante incorporación.

Le hizo un gesto a Hurricane, indicándole que estaba lista. Al verlo con la intención de volver a sermonearla, salió del bungaló a toda prisa. No se detuvo a mirar atrás hasta que estuvo de pie junto al coche, esperando que a esas alturas Hurricane no cambiara de opinión.

Él captó la indirecta y no medió palabra en todo el camino hasta Surat Thani, donde se celebraban todos los festivales de la Media Luna; a veces en el Harmony Beach Club, y a veces en Halfmoon Jungle, pero siempre en la zona de Ban Tai. Maxine ni siquiera se había detenido a ver el cartel de artistas. Daba por hecho que le tocaría escuchar *techno* mientras intentaba hacerse entender con Dao.

El viaje fue tenso. Ninguno de los dos abrió la boca hasta que Hurricane logró aparcar milagrosamente cerca del recinto. Solo entonces, volvió a la carga una última vez.

—Estás a tiempo de cancelar el plan —le dijo, lanzándole una mirada fugaz.

Las luces de neón que provenían del festival le iluminaron un lado de la cara; el otro permaneció sumido en la oscuridad. Fue una curiosa manera de recordarle su naturaleza dual, la existencia de dos hombres radicalmente opuestos que convivían dentro de él, uno frío, otro tierno.

Maxine suspiró.

—¿Crees que voy a hacer esto sin despeinarme? Me tiemblan las piernas, tengo un nudo de ansiedad en el pecho y el miedo a fracasar está a punto de provocarme un ataque de pánico, pero

sabiendo lo que sé, que es que las autoridades no se molestaron por Nam a pesar de las denuncias de su amiga, no puedo confiarle esto a la policía y lavarme las manos. Alguien tiene que hacer algo. Es injusto que nos quedemos de brazos cruzados cuando mujeres están siendo interceptadas con quién sabe qué objetivo. No solo lo haré por Carey, ¿entiendes? —insistió, desesperada porque la comprendiera—. Si puedo pillar a ese tipo con las manos en la masa, si puedo meterlo entre rejas, evitaré que esto le pase a la siguiente. Porque siempre habrá una siguiente si no les paran los pies. No es por hacerme la heroína, ni porque me aburra. Créeme cuando te digo que no estoy hecha de la pasta de Wonder Woman. Es por mera humanidad. Así que, por favor, te lo ruego. —Juntó las manos y lo miró suplicante—. Apóyame y deja de intentar convencerme de huir, porque si vuelves a pedirme que me raje, es probable que lo haga, y no me lo perdonaría jamás.

Hurricane le sostuvo la mirada con la mano todavía sobre el volante. Estaba demasiado oscuro para saberlo, pero le pareció que en sus ojos brillaba el orgullo fascinado de quien se hallaba ante una persona a la que respetaba profundamente.

—Eres muchísimo más valiente de lo que piensas, Maxine —susurró en un momento dado—. No te das el crédito suficiente.

—Esto no va sobre mí, Caine. No lo hago para recibir cumplidos.

—Lo sé, sé que no quieres que te regale los oídos, pero no digas que no va sobre ti, porque sí va sobre ti. —Apretó el volante con los dedos en tensión. Dirigió una mirada al frente, a las palmeras iluminadas por las luces largas del vehículo aún en marcha—. Si te pasa algo, no me lo voy a perdonar jamás. Te considero mi responsabilidad, y soy consciente de que puede sonar estúpido porque no te he forzado a nada, pero participo en esta... misión tanto como tú, y si no sale adelante... Max —musitó, devolviendo la vista atormentada a la joven—, no te pediré que abandones el barco otra vez, pero déjame estar asustado, ¿vale?

Ella se ablandó con su confesión, y, sin pensarlo dos veces, se quitó el cinturón para encontrar sus labios en un beso de mudo agradecimiento. Él le rodeó la nuca con la mano y le acarició los rizos aún húmedos mientras movía la boca contra la de Maxine con la confianza de quien, con el paso de los días, había ido adquiriendo familiaridad con su amante.

En realidad, no habían necesitado intimar ni buscarse a todas horas para aprender a tocarse con la naturalidad de los que llevaban años emparejados. Maxine estaba maravillada y al mismo tiempo aterrorizada por la facilidad y rapidez con la que habían hecho clic, no solo después de que Hurricane se rindiera ante el poder de los besos, sino desde que se conocieron.

La situación con Carey no le había permitido pensar en lo que sentía por él, ni tampoco regocijarse en que hubiera atravesado sus firmes barreras. Para Maxine, lo primero era lo primero. Pero sí era consciente de su presencia, de su apoyo y su consuelo; sí que reaccionaba a su cercanía calmando los nervios y la tristeza que la invadían cuando se temía lo peor.

Maxine se separó y le acarició la cara con los dedos. Lo miró en silencio, consciente de que el corazón le bombeaba más deprisa y de que mirarlo, tocarlo, sentirlo; todo eso descargaba una intensa sacudida dentro de ella que llegaba incluso a doler.

En algún momento, todas las partes de su cuerpo que podían sentir no ya pasión, sino también ternura, habían empezado a inflamarse, como si el cariño hacia Hurricane fuera alguna clase de enfermedad infecciosa, un estado febril.

Maxine no sabía cómo llamar a lo que sentía. Solo que le daba miedo.

—Estaré bien. Vamos a mantenernos en contacto todo cuanto podamos, ¿verdad? Y ya he activado la geolocalización.

Hurricane abrió la boca para volver a apostillar en tono cansino lo que le había repetido varias

veces: que un criminal profesional podía disponer de un inhibidor de señales. En su lugar, honró la promesa que le había hecho a Maxine y no fue más pesimista de la cuenta.

Ella prefería aferrarse a la tal vez ingenua posibilidad de que Dao no estuviera tan curtido y se limitara a romper el móvil de la víctima cuando ya la hubiera llevado a su destino. Destino en el que podrían intervenir las autoridades, a las que en teoría Hurricane reuniría echando mano del respeto que infundía la voz de alarma de un exmarine estadounidense. Que, por desgracia, no era el respeto que demostraron con Aranya cuando suplicó por su amiga.

Maxine bajó del coche y se separó de Hurricane en cuanto entregaron su entrada al trabajador del acceso principal. Ella estaba preparada para emprender la marcha sin mirar atrás, y pensaba que Hurricane también, pero justo cuando ya se había dado la vuelta, sintió que la agarraba de la muñeca empleando toda la fuerza de su desesperación.

Fue a decirle que le estaba haciendo daño, pero se ablandó al ver en sus ojos vidriosos que era él quien verdaderamente sufría.

Dejó que la atrajera hacia sí y la abrazara sujetándole la nuca con la mano.

—Por favor —le rogó con voz trémula. El corazón se le aceleró de pensar que Hurricane pudiera romper a llorar—. Ten cuidado, Maxine. Si te pasara algo...

—Me estás asustando. —Intentó decirlo en tono burlón, pero se le quebró la voz.

—Sé lo que duele perder a alguien. No podría soportarlo otra vez.

Maxine quiso separarse para mirarlo a los ojos, pero él la mantenía atrapada en un abrazo que no solo la protegía a ella, sino también a sus enigmáticos sentimientos.

—¿Me lo contarás cuando vuelva? —preguntó con el aliento contenido.

—Te lo contaré todo cuando vuelvas —le aseguró con vehemencia.

—Entonces volveré, te lo aseguro. Mi curiosidad puede obrar milagros.

—No sería lo único milagroso que hay en ti.

Hurricane se separó justo cuando Maxine más lo necesitaba. Se quedó tambaleándose después de escucharle hablar sobrepasado por las circunstancias. Antes de que pudiera contestar, él le soltó la mano y dio unos pasos atrás, como si no confiara en ser capaz de dejarla ir si permanecía a su lado un solo segundo más.

Maxine se vio sola de buenas a primeras, temblando por su último intercambio y por la inminencia de lo que estaba a punto de suceder.

Todavía no habían empezado los conciertos, y los asistentes paseaban por el amplio recinto de tierra con sus bebidas alcohólicas y sus pinturas de colores. Maxine preparó un vaso hasta arriba de cubitos de hielo y dio un par de sorbos al ron barato para infundirse valor. Tenía que oler a alcohol si quería que su actuación fuera creíble.

Pensó que la oscuridad le dificultaría localizar al secuestrador, pero los fuegos encendidos y la iluminación de algunos puestos, necesaria para que los fotógrafos del festival capturaran a los grupos de amigas y amigos que querían llevarse un recuerdo, era más que suficiente para ver las caras de los asistentes.

El corazón se le encogió al ver a algunas chicas demasiado perjudicadas para ser primera hora de la noche.

¿Y si Dao se llevaba a alguna de ellas? ¿Debería acercarse a ponerlas sobre aviso?

Recibió un mensaje de Hurricane preguntándole si estaba por aquella zona. Le respondió que no, a lo que él confirmó que tampoco lo veía por allí.

Volvió a recibir un mensaje.

No tengas miedo. Estaré pendiente y cuidaré de ti todo el tiempo.

El corazón se aceleró.

Sabía decirle lo que necesitaba oír, y quizá fuera por eso, porque estaba aterrorizada, porque era su único aliado no ya en Koh Phangan, sino en el mundo entero, pero sintió unas irrefrenables ganas de decirle que lo quería. No de forma romántica, como se dijo inmediatamente después; eso sería descabellado. Pero sí lo quería a secas. Lo quería porque lo admiraba, lo respetaba, lo deseaba y le estaba agradecida.

Dio otro sorbo compulsivo a la copa con las dos manos temblando y, sin pensarlo otra vez, tecleó un mensaje.

No sé qué habría hecho sin ti en este sitio.

Exactamente lo mismo. Apostaría mi vida por ello.

Gracias por creer en mí. De verdad, gracias. Y antes de asustarte con lo que te voy a decir o recordarme que estamos en medio de una misión que ni los raiders norteamericanos, que tengo que concentrarme y dejarme de tonterías, porque este tío no ha aparecido aún y me queda un poco de margen, quiero que sepas, que entiendas y que me perdones, que no pienses que estoy loca ni me odies por lo que te voy a decir. Total, a lo mejor me muero esta noche, jajajajaja. Mejor morir siendo sincera, ¿no?

Maxine lanzó una mirada angustiada al cielo, donde le parecía que las estrellas brillaban más que nunca. Se humedeció los labios, que se había pintado para llamar la atención.

Te quiero. Ya sé que he salido de una relación, y que no es el momento, y que conste que no te estoy pidiendo salir. O sea, iría a la ópera contigo, créeme, y a lo mejor hasta volvería a Vesper's de tu mano, pero soy consciente de que sería una locura enganchar un novio con otro, y sé que tú no te sientes así, o, por lo menos, eso creo, no es que seas el tío más expresivo de la faz de la Tierra... En fin, no quería reprocharte, perdona, solo decirte eso. Que no es ni siquiera una declaración de amor, porque se puede querer a la gente de muchas formas. Yo quise mucho a mi perro, un border collie llamado Sansón, porque el poder estaba en su melena, y adoro a mi madre, y me importa muchísimo Carey, y todavía aprecio a Dylan porque, joder, no soy un monstruo. Cuando te digo que te quiero, en definitiva, no significa que quiera ser tu novia, ni que esté enamorada de ti, ni que daría mi vida por ti, ni que esté loca por tus huesos. Vamos, no significa tantas cosas, como puedes ver. Parece que no significa un carajo, pero sí significa algo para mí. Solo espero que para ti también signifique algo, o que solo te haga un poco de cosquillas en el estómago. Las cosquillas siempre son buena señal. Bueno, a veces significan que tienes hambre.

Pero en mi caso solo significan que te quiero.

Lo envió sin revisarlo siquiera, y acto seguido guardó el móvil con una sensación de alivio que podría haberla elevado.

No esperaba una respuesta romántica. No esperaba ninguna respuesta, en realidad. Pero se conformaba con haberse expresado, haberse sacado esa espina de dentro, haber vivido en el presente por una vez y haber actuado conforme a sus impulsos y deseos momentáneos sin preocuparse por lo que el otro pudiera decir.

Y entonces pensó, con un sentido del humor oscuro, que no dejaba de ser retorcidamente paradójico que hubiera tenido que arriesgar su vida para aprender a vivirla como quería.

Capítulo 44

Maxine se dedicó a dar vueltas por el recinto, procurando dar impresión de desamparo, y sorber de su copa para reforzar su coartada de mujer vulnerable.

Se había negado a valorar la posibilidad de que Dao no acudiera esa noche al festival. Quería darlo por hecho porque era la única oportunidad que tendría de implicarse en la búsqueda de Carey. Si no lo localizaba allí y captaba su atención, tendría que esperar una semana hasta el siguiente festival, y su hospedaje en Koh Phangan no se extendería tanto tiempo. Tampoco tenía dinero para costearse otros siete días en la isla.

Estaba pensando en ello, dando otro paseo más por el recinto, cuando chocó con alguien.

No había tenido que fingir que estaba borracha. La masa de gente, el calor sofocante que se concentraba allí, los nervios; todo ello le había jugado una mala pasada y al mismo tiempo la ayudaba a moverse como si se encontrara mal.

Al dar de bruces con el desconocido, se le cayó el vaso al suelo.

Se agachó enseguida para buscarlo con las manos temblorosas.

—No te preocupes —le dijo una voz lánguida. Le costó escucharla: la música había empezado a sonar ya, pero distinguió el acento tailandés—. Te conseguiré otra.

Maxine sintió que una mano la sujetaba por la muñeca para instarla a incorporarse de nuevo. Alzó la barbilla, desorientada, y el corazón se le encogió el pecho al reconocer el tatuaje de la estrella. Era más discreto de lo que había pensado, y estaba alineado con la comisura exterior del ojo derecho.

No supo de dónde sacó el valor para sonreírle de forma creíble.

—No sé... c-creo que ya he b-bebido suficiente.

Dao no la soltaba. Había empezado a acariciarle la cara interna de la muñeca con el pulgar, y le sonreía de lado tan consciente de su atractivo que Maxine casi se creyó que había belleza en aquel hombre podrido.

—¿Cómo vas a haber bebido suficiente, si la fiesta acaba de empezar?

—Vengo del hotel, d-de... de celebrar con unas amigas que... —Barrió la muchedumbre con una mirada, como si estuviera buscando a alguien. Forzó una risita nerviosa— que me han abandonado, según p-parece. Para mí la fiesta comenzó hace largo r-rato, aunque si... si tú me invitas... —Pestañeó en su dirección con timidez.

—A lo que tú quieras, monada. —Deslizó los dedos por su muñeca para tomarla de la mano y llevársela a los labios. La besó entre los nudillos sin apartar la vista de ella—. ¿Qué es lo que prefieres? ¿Vodka? ¿Ron? Los principales inversores del festival son Absolut y Bacardi, así que lo que sea de tu gusto. A no ser que te gusten más otras cosas. —Le guiñó un ojo.

—¿Cómo sabes lo de los inversores? ¿Eres... embajador del festival?

—¿Embajador? ¿Yo? —se rio con sorna—. Qué monada. Ven conmigo, cariño.

Le hizo un gesto de cabeza hacia la zona oeste del recinto, y ella lo siguió enmascarando los nervios con timidez, un rasgo que a él debió parecerle muy atractivo, porque su sonrisa solo se ensanchaba al verla morderse el labio y mirar a un lado y al otro.

Debía sacar el móvil en un descuido de Dao, avisar a Hurricane de que ya se habían encontrado y enviarle su ubicación.

—¿Cómo te llamas, cielo? —le preguntó en cuanto empezaron a mezclarse con un grupo de lugareños. Maxine se sintió intimidada cuando las miradas oscuras de dos hombres asiáticos se posaron en ella.

—Max —musitó.

Tuvo que repetirlo varias veces hasta hacerse oír.

—¿Y de dónde eres, Max?

—De Argentina.

Hurricane le había recomendado que aprovechara su contacto con América del Sur para avivar la confianza de Dao. Incluso si se estaba acostumbrando a secuestrar mujeres blancas, convenía que la creyera una presa fácil, y no era ningún secreto que la mayoría de las víctimas de trata eran latinoamericanas o asiáticas sin recursos.

—¿Y cómo es que hablas inglés tan bien?

—Puede que en ciertos lugares de Argentina haya escasez de recursos, pero existen las academias de idiomas.

Los amigos de Dao se echaron a reír después de intercambiar una mirada significativa.

—Mírala, si tiene dientes y todo —se burló uno de ellos, también tatuado. Tenía una serie de letras tailandesas grabadas en las sienes, visibles gracias a un corte de pelo que le dejaba el cráneo a la vista. Se acercó a ella para presentarse—. Me llaman Daeng.

Intimidada, Maxine se preguntó si aquel sería el famoso camello de Haad Rin que en teoría capturaron la semana anterior. Lo más probable era que así fuese, porque del bolsillo trasero de su vaquero sacó una bolsita transparente con una buena dosis de polvo blanco y la agitó delante de ella con una sonrisa.

—¿Quieres divertirte con nosotros, Maxine?

El miedo la paralizó por un momento.

¿Y si Dao no la había abordado porque quisiera secuestrarla, sino solo abusar de ella? ¿Y si lo que pretendía era hacerle daño, simple y llanamente?

—Va... le —musitó, aun así. Buscó con la mirada a Dao y, en contra de sus principios, y forzándose a mantener la bilis en el sitio, se recostó contra su cuerpo para dar a entender que era a él a quien prefería, y que no querría que la dejara a solas con sus amistades.

Mientras Daeng preparaba la cocaína en líneas con la eficacia de la costumbre, Maxine pensó que su presencia confirmaba sus peores temores. No habían conseguido mantener al narcotraficante entre rejas por mucho tiempo, lo que significaba que estaba protegido.

Hurricane se lo había advertido.

También confirmó la teoría de Aranya: Daeng era el compinche de Dao, o eso sacó en conclusión al verlos interactuar como buenos colegas.

El tercero presente, un hombre alto y con tatuajes pero silencioso, parecía no querer saber nada de lo que estaba ocurriendo. Se mantenía en un discreto segundo plano, y su lenguaje corporal indicaba que no se sentía cómodo con la situación.

Por más que estuvo pendiente de los movimientos de los tipos para sacar el móvil y teclear un mensaje de aviso, no pudo. Dao estaba muy cerca y aprovechaba cualquier excusa para tocarla —ella debía mostrarse encantada con sus atenciones—, y temía que se pusieran violentos o perdiera su oportunidad en cuanto la vieran hablando con un hombre que podía ser su pareja.

Hurricane le había sugerido que se presentara como la víctima perfecta cuando le hicieran preguntas personales: era huérfana o había perdido el contacto con sus padres, que vivían muy lejos, no tenía novio, había viajado con unas compañeras del trabajo con las que no mantenía una relación muy estrecha, estaba en el paro o acababa de dejar su empleo, o estaba realizando unas prácticas no remuneradas, o estudiaba sin ayuda de préstamos en alguna escuela pública.

Dichas preguntas no tardaron en llegar, todas ellas pronunciadas por Dao.

—Por favor, dime que no tienes pareja.

—¿Acaso eso te detendría? —le replicó Maxine con coquetería.

—Puede que no —reconoció él sin perder la sonrisa. La observaba recostado en el tronco de una palmera con el pulgar metido en el bolsillo—. ¿Dónde están esas amigas tuyas que me has mencionado? ¿No me las quieres presentar?

—A saber dónde se habrán metido. Si te digo la verdad, he acabado deambulando por ahí porque nos hemos peleado. No quiero saber nada de ellas. Ni siquiera son mis amigas, sino unas falsas de manual. Se creen que no sé que me ponen verde en cuanto me doy la vuelta. Mejor sola que mal acompañada —determinó con seguridad, y se llevó el vaso de plástico a los labios para disimular que le temblaban.

Dao se había encargado de que tuviera las manos ocupadas en cuanto empezaron a servir una mezcla de vodka y ron que le revolvió el estómago en cuanto la olió.

No bebió. Solo se mojó los labios y tragó de manera copiosa.

—Vaya, parece que alguien necesita que le alegren la noche —comentó Daeng, que ya había consumido su segunda raya. Le ofreció la cartera donde había dispuesto el resto del material—. Te toca, cariño. —Al ver que Maxine vacilaba, insistió—. No seas tímida. Con esto te animas seguro.

Ella dio un paso adelante y pensó, horrorizada, que con los tres tipos mirándola con fijeza no podría fingir esnifar. Pensó en negarse, en alegar que con el alcohol tenía suficiente, pero su obligación era convertirse en la víctima perfecta, y la víctima perfecta estaba indefensa.

Con el estómago ya revuelto, aceptó el cartón cilíndrico que Daeng le tendió y aspiró su primera raya.

—Dios —balbuceó al incorporarse.

—¿Qué? ¿No la habías probado antes? —Daeng se le acercó y le retiró el resto de polvo blanco del arco de Cupido. Se lo llevó a la boca y lo chupó sin dejar de mirarla con ojos brillantes—. Me alegra ser tu primera vez.

—Cuidadito con cómo le hablas a mi chica —se quejó Dao, rodeándola por la cintura para pegarla a su costado—. Búscate a la tuya.

—Como esa no creo que encuentre otra —se rio Daeng. Alargó las manos hacia el top escotado de Maxine y le rodeó los pechos sin pudor—. Unas tetas como estas solo se ven una vez en la vida.

Ella aguantó con estoicismo que la manoseara, o lo intentó hasta que vio que Daeng pretendía acercarse más y continuar las caricias más abajo.

Entonces se pegó a Dao y lo miró suplicante.

—¿No podemos irnos a otra parte...? —balbuceó, angustiada—. Ya sabes, tú... tú y yo.

Este le guiñó un ojo y tiró de ella para apartarla de las manos largas de Daeng, que se quejó en su idioma materno. Dao se inclinó sobre su oído y susurró:

—Pensaba que nunca me lo pedirías. ¿A dónde te apetece ir? ¿Un sitio más tranquilo?

Maxine asintió y dejó que se la llevara de allí.

Una parte de ella se sintió curiosamente aliviada al quedarse a solas con Dao, como si el secuestrador en sí mismo no presentara una amenaza por el hecho de haberla salvado de un baboso.

Aunque la droga empezó a hacer efecto mientras cruzaban el recinto, no dejó de pensar en lo importante que era que mandara aquel mensaje a Hurricane.

Se preguntó por qué le habrían ofrecido cocaína si su objetivo era llevársela en contra de su voluntad. Había leído sobre los efectos de consumir drogas activadoras del sistema nervioso, y ahora los experimentaba en sus carnes. No debía convenirle a Dao que su víctima estuviera

alerta, reaccionara a los estímulos visuales y auditivos con especial sensibilidad y se sintiera lo bastante eufórica para correr más rápido de lo normal.

Tenía que haber una razón, pensó Maxine mientras aprovechaba un silencio para sacar el móvil del bolsillo vaquero.

Estaba a punto de meterse en la conversación con Hurricane cuando Dao la miró.

—¿A quién le escribes? ¿A tus amigas?

—Sí, voy a d-decirles que me voy de la fiesta. Porque nos vamos..., ¿no?

Dao enarcó una ceja con sospecha.

—¿Por qué las avisas si no te caen bien?

—Para que luego si se sienten culpables no me busquen por todas partes, o no me interrumpan después con llamadas..

—No va a ser necesario, mujer. Si volveremos enseguida. —Le guiñó un ojo.

Por un momento, Maxine se lo creyó. Volvió a preguntarse si el objetivo de Dao no sería acostarse con ella; si no aprovechaba algunas noches para divertirse en lugar de contribuir a los negocios sucios de su jefe.

Guardó el teléfono con un nudo en la garganta, sospechando que insistir podría desembocar en una pelea. Pronto comprendió por qué la cocaína no era mala droga para llevar a una mujer a su terreno; estaba tan receptiva a las conversaciones que oía, a la música que la envolvía, a los gritos, a las risas, que resultaba abrumador. Al estar pendiente de todo lo que sucedía a su alrededor, acababa desorientada y exhausta.

Abandonaron el recinto poco después. Dao la condujo a través del aparcamiento, donde localizaron a unas cuantas parejas abrazadas. Llegaron a una explanada de tierra más o menos vacía. Un hombre caucásico los esperaba fumando recostado contra la puerta del piloto. Su reacción al verlos llegar fue inquietantemente fría. Solo entornó los párpados un instante antes de meterse en el coche sin necesidad de que Dao le diera una indicación.

—¿Quién es? —preguntó Maxine con inocencia.

Hurricane le había recomendado que no pecara de ingenua en exceso. No solo porque los abusones disfrutaran de una víctima que se resistía lo justo, sino porque llamaría la atención que no reaccionara a la defensiva ante una situación de peligro. Tenía que señalar en todo momento lo que fuera extraño para que no sospechara que se trataba de una emboscada.

—Mi chófer. Aquí donde me ves, tengo pasta para gastar en caprichitos como este. Nunca me pude sacar el carné de conducir, ¿sabes? Y de todos modos, preferiría no hacerlo borracho. —Le dedicó una sonrisa encantadora mientras le abría la puerta como todo un caballero—. Pasa, cariño, y ponte cómoda. Tardaremos un poco en llegar a casa.

Maxine obedeció con la mano sobre el bolsillo donde llevaba el móvil. Los cristales tintados del vehículo, un todoterreno con el parachoques embarrado, le impidieron ver que no estaría sola en la parte de atrás. En cuanto tomó asiento, un desconocido se hizo notar poniéndole una mano en el muslo. Maxine se giró hacia él, primero sorprendida y, después, al ver que empuñaba una jeringuilla, absolutamente horrorizada.

No pudo hacer nada salvo gritar cuando el tipo le clavó la aguja en el muslo y descargó el contenido presionando el émbolo. Apenas le dio tiempo a preguntar en un balbuceo qué era aquello o por qué haría algo así, porque enseguida perdió el conocimiento.

Capítulo 45

Maxine despertó con la cabeza embotada y la boca reseca. Le costó ubicarse en tiempo y espacio, pero cuando lo hizo, le extrañó no encontrarse sobre la tapicería desgastada del todoterreno.

Dao había desaparecido. Ahora la acompañaban un par de extraños.

Hablaban en un inglés que le habría resultado comprensible si hubiera estado en condiciones de poner su mente a funcionar. Le daban la espalda, concentrados como estaban en lo poco que se atisbaba a través de la cristalera de lo que parecía... ¿un helicóptero?

Maxine luchó por incorporarse. La habían tirado de cualquier manera sobre dos asientos. Fue entonces cuando reparó en que estaba maniatada. No podía ver nada a través de las ventanillas, pero se imaginó que sobrevolaban el océano.

Creyó distinguir unas cuantas palabras familiares en la conversación: Koh Phangan, Koh Samui, aeropuerto de Surat Thani.

Antes de poder descifrar el mensaje, volvió a quedarse dormida.

Cuando despertó de nuevo, ya no estaba en el helicóptero. Uno de los blancos que se había encargado de pilotarlo la despertó a base de bofetadas y le tiró del brazo para arrastrarla fuera de un coche sin ninguna gentileza. A Maxine le costó despegar los ojos. Estaba tan aletargada por lo que fuera que le hubiesen inyectado que no lograba conectar dos pensamientos. Oía gritos a su alrededor, el sonido de las hélices de un helicóptero volviendo a despegar, el motor de un avión... Le pareció que se encontraba en la explanada de un aeropuerto. Corría aire caliente y olía a gasolina.

Se palpó los pantalones recordando que le debía un mensaje a Hurricane.

—Si lo que buscas es tu teléfono —oyó que le decía el tipo que tiraba de ella en un inglés con acento eslavo—, no lo vas a encontrar. Lo pisaron con las ruedas del todoterreno en cuanto te subiste.

Incluso aturdida por las sustancias que corrían por sus venas, Maxine comprendió que aquello era un problema. Un problema tan gordo que podría desencadenar el final de su vida tal y como la conocía.

Pensó en Hurricane, en que ni siquiera lo había avisado de que Dao ya la había capturado. Lo más probable era que siguiera en la fiesta, buscándolo... o buscándola a ella.

¿Cuánto rato habría pasado desde entonces? Aún era noche cerrada.

—¿A dónde vamos? —logró articular conforme la empujaban hacia las escaleras que conducían al avión.

Aquel no sería un vuelo comercial, de eso estaba segura.

—A algún rincón de China, lo más seguro. —Le sorprendió que se dignara a responder. El tipo sonreía al agarrarle una de las nalgas. Se la apretó hasta arrancarle un gemido de dolor—. Allí se pegarán por una zorra como tú.

Maxine cometió el error de intentar forcejear con el cerdo que la instaba a subirse al avión. Este no tuvo el menor problema en girarle la cara de un bofetón que le cortó la respiración, y que supo que le dejaría un cardenal. Si no se tropezó con uno de los escalones por la fuerza del impacto, fue porque el secuestrador la agarró del pelo antes de que se rompiera los dientes. El tirón le dejó el cuero cabelludo ardiendo.

Pensó, tratando de disipar la neblina mental que la aturdía, que había más personas en el ajo de las que había imaginado. Tenía que acordarse, se dijo con severidad; tenía que acordarse de

las caras, memorizar los nombres y datos que escuchara. Se lo prometió a sí misma mientras subía las escaleras, convenciéndose a la vez de que aquello era un mal sueño y no tenía por qué estar asustada. Porque en el momento en que el miedo la paralizara, todo habría terminado para ella.

Descubrió que no estaría sola durante el vuelo. Un par de compinches, uno de ellos asiático y el otro de aspecto eslavo, la escoltaron hacia los asientos portando fusiles de asalto. Maxine miraba con aprensión en la misma dirección que el resto de las mujeres que ya habían arrastrado hasta allí: hacia las armas que no dudarían en usar para silenciarlas. Había una tailandesa de catorce, tal vez quince años hecha un ovillo en el asiento que pegaba a la ventanilla. Lloraba a lágrima viva, pero tratando de no hacer ruido, como si hubieran amenazado con matarla si se atrevía a rechistar. Otra chica con apariencia también exótica, pero mayor de dieciocho, luchaba por mantener la compostura en otro de los asientos, al que la habían atado por la cintura, las manos y los pies.

Maxine buscó en los rostros de las mujeres unos rasgos familiares: los ojos ambarinos de Carey, su rubio teñido, la ropa que llevaba la noche que la perdió de vista..., pero ninguna de las mujeres del avión compartía sus características. Había seis pasajeras en total, dos de ellas menores de dieciséis años, tres caucásicas de su edad y una niña que no habría cumplido los once.

Era la única que dormía plácidamente.

Una de las blancas rogaba compasión sin dejar de llorar y ofrecía dinero a cambio de su libertad. Otra, además de tener la cara ensangrentada por los golpes, estaba sumida en un shock traumático. La tercera, aunque le habría parecido caucásica a primera vista, no lo era, o no del todo. Debía de tener ascendencia asiática. Era la única que no estaba atada y vestía con una elegancia tal que cualquiera habría dicho que era una invitada de honor. Era el modo en que observaba con cálculo la situación, como si estuviera barajando rutas de escape, lo que daba a entender que su libertad era engañosa.

Estaba atrapada igual que las demás.

Ninguna hizo contacto visual con Maxine. Parecía que se hubieran propuesto ignorar que estaban juntas en un problema de proporciones épicas para no sentirse culpables si, de llegar a presentarse una vía de salvación, la aprovechaban sin pararse a ayudar a las demás.

Cuando la ataron al respaldo del asiento, Maxine comprendió por fin que no saldría de allí. Por lo que sabía, la habían llevado en coche hasta un helipuerto, la habían trasladado a la isla más cercana que contaba con un aeropuerto, quizá Koh Samui, y pretendían llevársela a China, donde a nadie se le ocurriría buscarla.

En cuestión de horas, Maxine Sagal desaparecería para siempre del radar de las personas que podrían haberlo evitado.

Hurricane ni siquiera podría empezar a imaginar dónde estaba, y nadie más daría la voz de alarma. Su padre nunca la había querido, a fin de cuentas, y daría por hecho que su desaparición se debía a una rabieta o a un simple deseo de independencia, tal y como interpretó el hecho de que pasara sus años universitarios huyendo del seno familiar. Su madre era una marioneta de su padre, y aunque la quisiera y pusiera el grito en el cielo, no tendría la fuerza o el valor para tomar cartas en el asunto. Ni siquiera sabría por dónde empezar, porque la señora Sagal se bloqueaba ante la adversidad.

Dylan ya no querría oír hablar de ella, y Carey, la única amiga con la que contaba, había desaparecido también.

Nadie lucharía por localizarla. Nadie lo conseguiría de llegar a emprender la búsqueda.

Estaba empezando a vislumbrar el que sería su futuro cuando escuchó una serie de disparos y voces provenientes del exterior.

Maxine no estaba en posición de diferenciar entre realidad y ficción, de averiguar si estaba soñando o algo ocurría de verdad fuera del avión. El sedante que le habían inyectado seguía corriendo por sus venas. Pero a través de la ventanilla, y a pesar de la oscuridad de la noche, le pareció ver una serie de coches oficiales amontonados a unos pasos del avión, un par de ellos con las características de una ambulancia. Un puñado de hombres armados hasta los dientes salían en tropel de los vehículos, siguiendo a los dos cuerpos de seguridad que encabezaban la marcha apuntando con sus fusiles de asalto a los controladores aéreos que pululaban por allí vestidos con chalecos reflectantes.

Los criminales que vigilaban a las víctimas empezaron a mirarse entre ellos y a hablar en una incomprensible mezcla de idiomas. Tanto el eslavo como el tailandés lucían un pinganillo en la oreja, al que exigían órdenes inmediatas sin dejar de observar a los rehenes con turbación. Las súplicas de los secuestradores fueron *in crescendo* conforme los cuerpos desplegados en la explanada aérea empezaron a subir las escaleras.

Una de las víctimas, la caucásica que lloraba en voz alta, empezó a gritar de júbilo y se revolvió en el asiento. Maxine supo que había sido una pésima decisión en el momento en que el eslavo clavó en ella su mirada gélida y la apuntó con el arma.

Ni siquiera dudó. Apretó el gatillo y la bala atravesó el cráneo de la joven de parte a parte, silenciándola para siempre. Las demás gritaron de horror y se entregaron a un llanto desesperado. La niña siguió durmiendo, ajena al escándalo. Maxine y la mestiza fueron las únicas que mantuvieron la compostura, comprendiendo cuál había sido la orden que su jefe les había dado: acabar con los testigos.

Maxine no movió una sola pestaña, paralizada por el espanto. Observó cómo el eslavo y el tailandés iban disparando en la cabeza a las adolescentes, a la niña que estaba en el quinto sueño y ya nunca más volvería a despertarse, a las caucásicas. Pasaron de largo por el lado de la mestiza, sin ni siquiera mirarla, para ir directamente a por ella.

Estaba a punto de cerrar los ojos, sabiendo que nada podría hacer para defenderse, cuando oyó el sonido de dos disparos. El hecho de haberlos escuchado y haber vivido para contarlo le hizo saber que no había sido la víctima de la bala. Pasmada, comprobó que alguien había derribado con eficacia a los dos guardianes: los dos proyectiles se habían incrustado en el hueso sacro del uno y del otro, inmovilizándolos de cintura para abajo.

El corazón dejó de latirle al alzar la mirada y reconocer a Hurricane, con su cabello casi rubio y despeinado, su mirada fría, su inquietante serenidad. Estaba de pie en la entrada del avión, y tenía el fusil de asalto colocado en posición de ataque.

En cuanto hubo neutralizado los objetivos, bajó el arma. Hasta entonces, el visor nocturno había estado ocultado su rictus sombrío.

—Objetivos neutralizados —dijo en voz alta, y entonces se fijó en que él también tenía un dispositivo de comunicación en la oreja.

Llevaba la misma ropa con la que se habían despedido en el festival. Solo se había puesto un chaleco antibalas con tres letras estampadas en el pecho: FBI.

Maxine se revolvió, tratando de llamar su atención, pero ya la tenía. Hurricane emprendió el camino hacia ella sin pestañear, como si nada en el mundo pudiera detener su avance decidido, mientras daba instrucciones claras: «Coged al conductor», «llevaos a estos cabrones e interrogadlos», «desplegad a la unidad por todo el aeropuerto y detened a cualquiera que se encuentre en diez kilómetros a la redonda. Da igual si parece sospechoso o no».

Estaba a punto de ponerse a llorar de alivio, tan feliz porque la hubiera encontrado que no cabía en sí de gozo, cuando Hurricane frenó en seco en medio del avión. ¿Habría visto el cadáver de la niña? No, no era la inocente criatura lo que había desviado su atención, sino la mestiza que temblaba violentamente hecha un ovillo contra la pared.

Maxine fue testigo del cambio brutal que sufrió su expresión. Pasó de la frialdad de un asesino con un objetivo firme a la confusión; de la confusión, a un asombro que no le dejó respirar, y de ese asombro a una emoción intensa y sobrecogedora que no había visto antes, y no solo en él, sino en nadie.

—Ayane —musitó el nombre como un reclamo divino—. Ayane, no... no puede... no...

No dijo nada más porque no habría podido. Las cuerdas vocales no fueron lo único que le falló cuando se encontró con la mirada aterrada de la joven; también las piernas. Arrojó el fusil al suelo y se abalanzó sobre ella. La cubrió con la clase de abrazo protector que solo Hurricane daba, y que Maxine sabía que podría sanar las heridas de una nación. Ayane miraba alrededor, como si temiera que de un momento a otro alguien saliera a hacerle daño, o tal vez todo lo contrario: como si ansiara que alguien interrumpiera el momento. No le devolvió el abrazo ni dijo nada, quizá porque estaba tan en shock como la propia Maxine, o quizá porque no reconocía al hombre que la estaba tocando como el ídolo más sagrado.

No pudo seguir admirando la escena porque un agente del FBI cruzó el pasillo a toda velocidad para atenderla.

—Señorita —la llamó, tratando de devolverla a la realidad—. Señorita, ¿está herida?

—No... —balbuceó con la boca pastosa. Intentó estirar el cuello para no perder de vista a Hurricane y a la misteriosa desconocida. El agente se había inclinado sobre ella para desatarla—. No, estoy... estoy bien... ¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando? —preguntó en referencia a la pareja.

—La vamos a sacar de aquí. Es usted Maxine Sagal, ¿verdad? —Le pareció que el agente le sonreía, pero no podría haberlo jurado—. Gracias a su valentía hemos conseguido llegar a tiempo. —Torció el gesto con tristeza—. A tiempo para algunas, me temo, pero no dude que su inestimable ayuda ha servido para salvar a un sinfín de víctimas.

—Como esa... esa de ahí —musitó, señalando a Ayane con un gesto de barbilla—. ¿Quién es?

Sin resolver su duda, el agente la tomó en brazos y desalojó el avión como si ella pesara menos que una pluma. Maxine se sintió culpable por no haberse fijado en sus rasgos o haberle preguntado su nombre, por estar pendiente de lo que Hurricane hacía o dejaba de hacer, un Hurricane que la había olvidado igual que si nunca hubiera existido.

Quiso llamar su atención dentro del avión, pero él le daba la espalda y estaba concentrado en frotar los hombros de Ayane y dedicarle palabras tiernas en aquel tono aterciopelado que ella conocía tan bien.

Los paramédicos esperaban en torno a una de las ambulancias que se habían amontonado en la explanada de despegue. En cuanto la vieron bajar, se apresuraron a sentarla en una camilla y hacerle un reconocimiento rápido. Maxine ya no sentía los efectos de la cocaína, pero sí los del sedante. Esto no le impidió fijar la mirada en la salida del avión y esperar con un mal presentimiento a que Hurricane apareciera.

Segundos después, el agente se personó cargando a Ayane entre sus brazos. La joven tenía el rostro enterrado en el hombro de él, como si temiera que la cegara la luz del mundo exterior.

Una enfermera le echó una manta por los hombros. Maxine ni siquiera se había dado cuenta de que estaba temblando por la sucesión de los hechos. Dos agentes, el que la había sacado del avión y otro con el cabello rapado, se enzarzaron en una pequeña discusión con los paramédicos sobre si sería buena idea o no hablar con ella en ese momento.

Maxine tenía la mirada fija en Ayane, a la que Hurricane sentó con gentileza en la camilla de otra de las ambulancias.

No se separó en ningún momento.

Le llovieron preguntas, pero Maxine no contestó ninguna e hizo las suyas.

—¿Cómo me habéis encontrado?

A sabiendas de que no recabaría la información que estaba buscando si antes no la complacía, el agente le señaló el pendiente.

—Lo bueno de las perlas falsas es que, cuando las abres, están huecas. El agente Ryder pudo introducir un pequeño localizador por si el móvil fallaba, cosa que hizo en cuanto salió usted del recinto del festival. Nuestras unidades siguieron el coche del secuestrador hasta el helipuerto de Koh Phangan, y posteriormente cubrieron el trayecto en coche del helipuerto de Koh Samui hasta aquí. De acuerdo al GPS del avión, el destino de la ruta era Dongguan, una ciudad china.

—¿Agente Ryder? —repitió con voz temblorosa, dirigiendo una mirada indecisa a Hurricane.

—Jace Ryder —completó, impaciente por ir al meollo de la cuestión—, el agente encubierto que se infiltró en Fuego y Sangre para seguir las últimas huellas de las mujeres norteamericanas que han desaparecido en el transcurso de tres ediciones del evento. Creemos que los organizadores están relacionados con la red de trata más grande del mundo. Con ayuda de las autoridades tailandesas, hemos trabajado codo con codo para llegar hasta aquí..., pero no habría sido posible sin su ayuda, señorita Sagal. Por eso compartimos esta información sensible con usted.

—Jace Ryder —musitó, solo para ver cómo le sentaba a sus labios pronunciar el nombre de Hurricane; el verdadero nombre de Hurricane—. Jace. Se llamaba Jace —repitió para sí—. Me dijo la verdad.

Los dos agentes se miraron entre ellos con preocupación.

—¿Perdone? —inquirió amablemente el rapado.

—¿Quién es esa mujer? —quiso saber, abrazándose a la manta con más fuerza.

—¡Oigan, ya está bien de preguntas! Podrán interrogarla cuando ya haya pasado los reconocimientos sanitarios pertinentes en el centro médico más cercano —interrumpió en tono desagradable la enfermera que se había enfrentado a los agentes—. Nos la vamos a llevar al hospital Bangkok Samui. Allí podrán alterarla todo lo que quieran cuando esté en condiciones.

Sin pedir permiso a los agentes, los paramédicos ayudaron a Maxine a entrar en la ambulancia. No consiguieron que se recostara, pero como no estaba grave, no insistieron; dejaron que se quedara sentada en el borde con la mirada clavada en la espalda de Hurricane, que se había acuclillado para seguir hablando con una muda Ayane.

No sabía en qué consistía la conversación, pero aun conmocionada y drogada, tuvo la rotunda certeza de que Hurricane amaba a esa mujer.

—Es la agente Ayane Nagai-Ryder —atinó a contestarle el rapado—, la esposa de Jace. Llevaba un año desaparecida.

Entonces, todo cobró sentido, desde el principio hasta el final.

Por qué le dijo la primera noche que no volviera y lamentó en el segundo encuentro que no hubiera escuchado su advertencia: porque sabía que se metería en la boca del lobo; por qué se ofreció a ser su amo: porque habría hecho cualquier cosa para viajar a Koh Phangan y llevar a cabo la misión, y, sin Maxine, se quedaría fuera; por qué no le molestaba no acostarse con ella ni que estuviera obsesionada con recuperar a su novio: porque él mismamente estaba obsesionado con sus propios y encomiables objetivos: por qué desaparecía durante el día y no quería decirle nada; porque andaba investigando. Incluso comprendió por qué se rezagaba para hablar con los

tenderos del mercado nocturno de Thong Sala: con toda probabilidad estaría recabando información.

Pero, sobre todo, comprendió que Hurricane no estaba solo triste, sino profundamente deprimido. Y por fin entendió que la razón era una mujer.

Como si el aludido hubiera escuchado a lo lejos la mención de su esposa, echó una mirada por encima del hombro y estableció contacto visual con Maxine, que había recibido la noticia como una puñalada en el corazón.

No pudo prolongar la mirada ni hacerle saber con su expresión que acababa de descubrir su secreto, la razón de sus desvelos, de su tormento, de su eterna tristeza, de su inaccesibilidad, de su dolor. Los enfermeros cerraron las puertas traseras y la ambulancia arrancó cuando Hurricane dio el primer paso al frente para ir en su busca, dejándolo donde había estado desde el principio de todo.

Tan lejos de ella que jamás podría alcanzarlo.

FURTIVO II

Esta noche mandas tú

ELEANOR RIGBY

© 2023, Eleanor Rigby
Título: FURTIVO: *Esta noche mandas tú*
Primera edición: octubre de 2023
Sello: *Independently published*
ISBN de Amazon: 9798856883434
Diseño de portada: H. Kramer
Maquetación: Elena Salvador
Imagen: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Capítulo 1

Jace pasó su identificación por el lector de acceso y esperó a que las puertas le dieran la bienvenida un día más. Antes de volver a guardar la tarjeta azul en la cartera, consultó el nombre y los apellidos que rezaban junto al sello del Departamento de Justicia.

«Agente especial Jace M. Ryder».

Acarició con el borde del pulgar la misteriosa inicial, aquella por la que nunca le había preguntado ningún miembro del cuerpo, y sus labios se curvaron en una sonrisa amarga.

La «M» acortaba un segundo nombre que su madre le puso después de ser incapaz de llegar a un acuerdo consigo misma. Según la historia oficial, una señora Ryder indispuesta tras el parto le había dado dos posibilidades a su marido, quien fue el encargado de salir volando desde el hospital de San Thomas, en Nashville, hasta el registro. Tenía una única obligación: complacer a su esposa, que le había pedido que eligiera por ella una de las opciones. El señor Ryder optó por bautizarlo con los dos, preocupado por si era una trampa y elegía el nombre equivocado.

Eso sí, puso primero el que más rabia le dio.

«Conforme crezca», decía su padre, «ya decidirá si quiere que le llamen Jace o Maverick».

Cuando tres meses atrás le preguntaron a Jace si, entre una lluvia de posibilidades, su nombre real era Maverick, podría haber asentido. No habría faltado a la verdad. Pero por esa misma regla de tres, cuando tres meses atrás le preguntaron por qué estaba siempre tan triste, también podría haber sido sincero. Cuando tres meses atrás le preguntaron, a secas, una de tantas dudas que giraban como una espiral mareante en torno a él, podría haber respondido.

A secas.

Quizá no a todo, pero sí a lo que ahora le parecía tan importante. Porque, por alguna razón, le partía el alma que hubiera cierta persona en el mundo sin saber que también se llamaba Maverick.

Jace guardó la documentación junto a la placa de agente con un nudo en la garganta.

Un carné plastificado en PVC con un imán que pasara por la ranura del sistema de seguridad y el escudo dorado del FBI bastaban para abrirle las puertas del edificio J. Edgar Hoover, ubicado en el 935 de la Avenida Pensilvania. Allí era donde hacía en torno a noventa días Jace era citado cada jueves con un objetivo muy específico.

Cruzó el pasillo sin apartar la mirada del frente, ignorando que uno de los abogados que trabajaban para el departamento ralentizaba el paso para observarlo de cerca, y que una pareja de agentes bajaba el tono de su conversación para sumirse en un silencio... ¿compasivo? ¿Receloso?

¿A quién diablos le importaba?

El complejo de once plantas de aspecto brutalista que antaño había sido su casa era ahora territorio minado. Jace se movía con suma prudencia para no agitar aún más las aguas.

Detrás de una puerta moderna y rematada por una placa plateada con el grabado del especialista de rigor, le solía esperar Ben Chambers sentado en su sillón de cuero desgastado con las piernas cruzadas, el cuaderno en el regazo y el bolígrafo en la mano. Aquella mañana de mediados de enero no fue diferente al resto de la última decena. La escena se estaba reproduciendo paso por paso, tal y como la había anticipado.

Vio que Chambers movía los labios nada más localizarlo bajo el umbral, presumiblemente dirigiéndole un saludo. Aunque le tentó pasar toda la hora fingiendo que no se daba cuenta de que no se había retirado los auriculares, la buena educación vencía sus bajos instintos en todos

los casos: Jace pausó *Black Is The Colour of My True Love's Hair*, una canción de Nina Simone, y se resignó a dejarse caer en el diván de los locos con gesto impasible.

—Buenos días, Ryder —le saludó Chambers con su ceremoniosa cortesía—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien. —Se recostó en el asiento como si no notara un millón de alfileres atravesándole la carne—. Había tráfico esta mañana. Suerte que sigo viniendo a pie. ¿Y tú, Chambers? No es ni mediodía y ya debes de haber tratado a cuatro o cinco agentes con problemas de los gordos.

—Le recuerdo que usted también tiene un problema «de los gordos», Ryder. O, por lo menos, uno que requiere tratamiento —replicó con suavidad.

Jace enarcó una ceja inquisitiva. Le extrañaba que Chambers no le hubiera permitido marear la perdiz con banalidades cotidianas, como ya había tomado por costumbre. Se habría cansado de perder quince o veinte minutos por sesión, o por fin habría entendido que dándole espacio a Jace para entretenerlo con tonterías no iba a conseguir que confiara más en él.

—¿Cómo estás tan seguro? —inquirió en su lugar, cruzando el tobillo sobre la rodilla contraria. Por un momento solo se escuchó el roce de los vaqueros—. No he abierto la boca en las últimas once citas.

—Lo que solo confirma mis sospechas —cabeceó con una sonrisa tan resabida como entristecida—. El hermetismo suele ser indicador de que existe un problema.

Jace le sostuvo la mirada.

—O simplemente soy un tipo callado.

—Eso también —le concedió Chambers, curvando la sonrisa hacia la resignación—, pero tu silencio nunca había sido un problema hasta ahora. —También a diferencia de previas sesiones, Chambers rompió la pose profesional y retiró el cuaderno para apoyar los codos sobre los muslos. Lo miró a través de los cristales de las gafas, cuadradas y sin pasta. Es decir, demasiado pasadas de moda para siquiera entrar en la respetable corriente «*old-fashioned*»—. Tienes que empezar a hablar conmigo, Jace. No se me ocurriría decírtelo así, como si nada, si no fuera porque todo el departamento anda inquieto. Lo que sucedió a raíz de la desaparición de la agente Nagai no ha sido moco de pavo. Has de estar sufriendo lo inimaginable.

Jace esperó a que terminara su apasionado discurso para comentar en tono neutro:

—La psicología es apasionante. —Dejó que su mirada vagara por el amplio despacho del terapeuta. Maderas oscuras, asientos forrados en cuero beis y algún que otro tejido estampado, piezas decorativas de estaño, cobre y latón, cuadros y figuritas africanas; un estilo étnico un tanto arriesgado y tal vez inapropiado para lo que era, un psiquiatra del FBI, aunque también acogedor para quienes solo necesitaban un entorno cálido para colaborar—. Veo que sobre todo consiste en hacerse castillos en el aire.

—Que estuviste en Koh Phangan desempeñando una misión de vida o muerte no es un castillo en el aire. Es un hecho —señaló con esa paciencia suya que le sacaba de quicio—. Ahora que ha pasado un tiempo prudencial, más que de sobra para que entres en confianza conmigo, tal vez deberíamos empezar a abordarlo.

Jace nunca había tenido nada en contra de Chambers. Había quienes señalaban su juventud como un punto flaco, pero el agente no apoyaba esas sandeces cuando él mismo demostró en su día que se podía ser un activo valioso en las Fuerzas Armadas sin haber alcanzado la treintena. A fin de cuentas, la lozanía siempre iba relacionada con las ganas de aprender y la energía, dos claves del éxito de las que muchos de los veteranos como Jace carecían.

Otros relacionaban la falta de experiencia de Chambers con la ingenuidad, y daban por hecho que el tipo era tan blando por dentro como lo parecía por fuera. Porque desde luego que lo

aparentaba con el cabello permanentemente despeinado y las americanas ochenteras dos tallas más grandes.

Jace se jactaba de ver más allá de la apariencia y reconocía en él a un hombre con las habilidades del camaleón. Sabía adaptarse a las necesidades de sus pacientes, y era implacable a la hora de redactar sus informes.

Él lo sabía mejor que nadie. Por más que había intentado convencerlo, Chambers se había negado a darle el alta que necesitaba para reincorporarse a la oficina federal.

Siempre habían mantenido una relación cordial, propia del contexto en el que se movían y acorde con sus roles. Saltaba a la vista que era un buen hombre con una carrera vocacional, y eso, Jace lo respetaba. Además, no le cabía la menor duda de que, a diferencia de sus superiores, que se mostraban impacientes por una señal de mejoría que les permitiera destinarlo a la próxima misión, quería ayudarle por razones de humanidad.

Por desgracia, todo hombre o mujer que tuviera como objetivo inmiscuirse en sus intimidades estaba condenado a disgustarle, así fuera el más bienintencionado de los profesionales.

O, bueno, quizá no todo hombre o mujer.

No toda mujer, al menos.

—Sé que forzándote a sincerarte estoy violando uno de tus límites —insistió Chambers. La palabra «límites» avivó los recuerdos de Jace. Creyó que podría frenarlos con solo cerrar los ojos —, que, de acuerdo a previos informes de otros especialistas, no crees en la psicología, y que lo que te estoy pidiendo que compartas con un terapeuta no lo has comentado con nadie, pero si quieres volver al ruedo, Jace, tendrás que abrirte conmigo.

El agente apoyó las manos en el reposabrazos igual que un rey hastiado, disimulando una sonrisita taimada. Admiraba la perspicacia de Chambers. En poco tiempo había averiguado que con él solo funcionaban esa clase de amenazas veladas, las que empezaban con «si quieres volver al ruedo».

En el fondo sabía que el psiquiatra se limitaba a desempeñar su trabajo, y que si él no quería poner trabas a las investigaciones y colaborar en las resoluciones del cuerpo, tendría que ganarse el alta mostrándose cooperativo. Pero en esos días todo le irritaba. Todo lo veía rojo. Una mirada más fija de la cuenta hacía que empezara a hervirle la sangre. Que el datáfono diera error al intentar realizar una compra rápida en el supermercado, que un transeúnte se cruzara con él y, al intentar tomar el camino de la derecha, volvieran a tropezar; todo, hasta el más nimio detalle, hacía que quisiera emprenderla a golpes.

—Chambers, te aseguro que no necesito ayuda —repuso con aparente calma, como cada vez que le invadía la hostilidad y tenía que serenarse. Nunca se había permitido pagar sus frustraciones con los demás. Ese día no sería diferente—. En esos informes que tienes ahí debe de constar que mientras estuve en la Marina participé en expediciones bastante más arriesgadas que esta última y salí ileso tanto física como psicológicamente. En palabras de mis superiores, estoy hecho para el trabajo. Fuego y Sangre también forma parte del pasado.

—Según me consta, sigues viviendo con tu mujer, y tu mujer ha pasado por una experiencia tan traumática que debes de tener muy presente ese pasado que mencionas.

Jace levantó la mirada con lentitud, aferrándose a todo su autocontrol para no sacudirlo por la pechera de la camisa.

De pronto tenía la boca seca y le ardía la nuca.

—En efecto —le concedió muy despacio, pensando bien lo que iba a decir—, mi mujer ha pasado por una experiencia traumática. Entonces, ¿por qué soy yo el que está aquí y no ella?

—Sabes muy bien que también la estamos tratando. Ella lo ha vivido en primera persona, pero

tú eres incuestionablemente un daño colateral. Incluso si tu investigación en Tailandia salió a pedir de boca, cada día miras a la cara a una persona que encarna el daño que la trata de blancas es capaz de causar. —Hizo una pausa antes de volver a introducir la compasión—: Ha de ser muy duro.

—Sí —reconoció en tono templado. Chambers reaccionó a la posibilidad de que comenzara a hablar reclinándose hacia delante con interés—. Es muy duro estar aquí sentado, conversando contigo, en lugar de emprendiendo acciones para paliar ese daño que provoca la trata. Si tan solo pudiera ponerle remedio a eso consiguiendo que el terapeuta de turno me firmara el alta, todos nos quedaríamos satisfechos: los de arriba y los de abajo.

Chambers volvió a apoyarse en el respaldo, derrotado en la batalla, pero jamás resignado a perder la guerra.

—Sé que eres un hombre de acción, Jace —suspiró—, pero si no estás preparado psicológicamente para volver a infiltrarte, una vez te enfriaras después de los asaltos y te quedaras solo contigo mismo, no podrías ni respirar.

—He podido respirar durante el año entero que Ayane ha pasado en paradero desconocido. A duras penas, tal vez —reconoció sin pararse a pensar, al límite de su paciencia. La mención de su mujer tenía el poder de invocar a sus demonios—, pero he sobrevivido. ¿Qué te hace pensar que no lo haré ahora también?

Chambers pestañeó una sola vez con lentitud, y Jace supo que no le iba a gustar lo que tenía que decirle.

—¿Acaso quieres que te destinen de nuevo y lo antes posible cuando tu esposa apenas lleva tres meses en casa? ¿No pretendes quedarte un tiempo para cuidar de ella?

Jace se tensó, creyendo haber entendido una insinuación malintencionada en su pregunta.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó sin rodeos.

Chambers chasqueó la lengua.

—Nada que pueda referirte, me temo. Mis sesiones con la agente Nagai son confidenciales, al igual que todo lo que tú me quieras decir quedará en la más estricta...

—¿Nada? —insistió Jace, sin percatarse de que su tono de voz revelaba la angustia que Chambers ansiaba sacar a la luz—. ¿Ni siquiera la relación que nos une a ella y a mí podría permitirte darme una pista de lo que habláis?

—¿Por qué querrías una pista? —Ladeó la cabeza, intrigado—. ¿La agente no te pone al día de sus progresos? ¿Siquiera habéis comentado entre vosotros lo ocurrido?

Jace apretó la mandíbula, reacio a contestar una duda que creía demasiado personal. Devolvió la mirada a las manos que descansaban sobre los muslos. Empezaban a sudarle.

La respuesta estuvo clara a pesar de su silencio. No, no hablaba con Ayane, y en teoría se debía a que ella no hablaba con nadie, lo que también en teoría Jace debía comprender y respetar. Salvo por el pequeño detalle de que con su psiquiatra, el hombre que tenía justo delante, hacía una excepción.

Con él sí se sinceraba, pero no con su marido.

Jace acudía religiosamente a sus sesiones de terapia con Chambers porque se lo exigía el departamento, pero una parte de él albergaba la ingenua esperanza de que este pudiera arrojar un poco de luz al misterio infranqueable en el que Ayane se había convertido.

El primer mes se obligó a ser paciente con ella, como le exigía su rol de apoyo moral, pero conforme los días fueron pasando y siguió sin ver ninguna mejoría, empezó a perder la esperanza e interrogó tanto a su esposa como a su psiquiatra para que le dijeran, por lo menos, qué diablos había ocurrido durante el último año. Solo para saber a qué se enfrentaba, si a una mujer

torturada, a una mujer abusada o, como se temían algunos cargos del FBI pero él prefería mil y una veces, a una mujer cómplice de los secuestros.

En el transcurso de las últimas semanas, si bien no se había rendido, Jace había adoptado una actitud vigilante y bastante menos irascible, a la espera de que un detalle le diera la respuesta definitiva y por fin averiguara cuál era la forma adecuada de abordar a Ayane.

Dios sabía que ni con cariño ni con paciencia había obrado un resultado.

—Espero que tú sí consigas que se desahogue —reconoció Jace pasado un rato, mirando a los ojos al terapeuta. Decidió que carecía de sentido actuar como si la situación no se le hubiera ido de las manos, y confesó ante él su inutilidad—. No sé qué ocurre, pero ella necesita confiar en alguien, y si ese alguien no soy yo, que por lo menos lo seas tú.

Chambers asintió con la cabeza, agradeciendo el halago implícito, y cruzó las piernas.

—¿Cómo te hace sentir que no se apoye en ti durante esta complicada recuperación?

Jace exhaló, simulando una risa cansada, y le dio el perfil para concentrar la vista en el mural que exhibía a un grupo de mujeres africanas bailando.

—¿Qué clase de pregunta es esa, Chambers?

—¿Te apoyas tú en ella, Jace? —le sorprendió replicando—. ¿Te has abierto tú?

El agente le lanzó una mirada de censura.

—Yo no tengo nada que contar al respecto. Al menos, nada que no sepan ya los altos mandos del departamento. Y es información con la que no se debe de aturdir a Ayane.

—Sí, claro, hay información objetiva que la agente Nagai no debería conocer mientras dure la terapia —convino con un cabeceo—, pero seguro que hay particularidades relacionadas con la infiltración en Fuego y Sangre, mas no con la trata, sobre las que a ti te gustaría desahogarte. ¿No te ocurrió nada a nivel personal que merezca una mención en este despacho? —Abarcó la estancia con un ademán.

Jace le sostuvo la mirada, convertido en un nudo de tensión. La pregunta era tan específica que por un momento saltaron todas sus alarmas. Dudó sobre el conocimiento y la experiencia de los psiquiatras. Tal vez, y después de todo, supieran leer el pensamiento, porque por más que Jace se devanó los sesos, no logró encontrar una sola pista delatora en el comportamiento que exhibía con meticulosidad para no delatar su verdadero sentir.

—Tú solo limítate a sanar a Ayane, Chambers —le advirtió, levantándose para dar por concluida la sesión—, y ya verás cuánto mejoraré yo cuando por fin perciba un avance con ella. Plantéatelo como una doble terapia, solo que únicamente verás a una de las dos personas involucradas.

No esperaba que la propuesta le tentara, pero sus palabras surtieron el efecto deseado.

—Bueno... —El terapeuta se puso en pie también y, suspirando con resignación, se dirigió al amplio escritorio de madera oscura donde había organizado con pulcritud sus utensilios de escritura. Tomó una estilográfica de aspecto caro y empezó a garabatear en la hoja de un dossier —. En vista de que no voy a sacarte ni media palabra y ya has consumido más de las ocho sesiones de terapia que te mandó el director, voy a firmarte el alta y redactaré un informe positivo sobre tu estado mental. En unos días, mis superiores lo valorarán y te considerarán apto para volver a participar en el caso. —Chambers lo miró por encima del hombro con las dos manos apoyadas en el escritorio—. Resumiendo el contenido de mis anotaciones, que espero que de ningún modo catalogues de engañosas por el hecho de haberte dejado ir antes de lo que yo estimo conveniente, no tienes síntomas de estrés postraumático ni creo que padezcas ningún tipo de trastorno. Estás sano y listo para retomar tu puesto.

Jace intentó no sonar exasperado al preguntar:

—¿Y por qué me has tenido aquí metido cada jueves desde hace tres meses si crees de verdad lo que me acabas de decir?

Chambers se incorporó con una mueca de dolor que quedó justificado en cuanto se llevó una mano al hombro para masajearlo.

—Porque sí estás atormentado —aclaró, empujándose las gafas hacia el entrecejo—, y dado que tu perfil psicológico te describe como un hombre cerrado a cal y canto y ahora no puedes contar con tu esposa, una de las pocas personas en las que creo que confiabas, pensé que te aliviaría tener a alguien con quien hablar. Alguien con quien tuvieras la plena certeza de que no serías traicionado, certeza que me consta que necesitas para bajar la guardia. —Compuso una sonrisa apenada—. Lamento que no haya podido ser, Jace.

Él se limitó a aguantarle la mirada con rigidez, no sabía si por el asombro de que alguien le hubiera tendido una mano amiga, por el bochorno de no haber correspondido sus esfuerzos cooperando durante las citaciones o por el repentino deseo de vomitar todo lo que se guardaba dentro, un anhelo inesperado que le partió como un rayo y que no supo por dónde empezar a abordar. A fin de cuentas, lo suyo siempre había sido el silencio. Por eso le fueron encomendadas misiones de alto riesgo mientras formó parte de los marines, y por eso fue galardonado a posteriori. Por eso lo reclutaron en el FBI pasado un tiempo, y por esa misma razón tenía detrás a la CIA, otro cuerpo de seguridad que valoraba enormemente su habilidad para guardar los secretos más sensibles.

Pero nunca había contado con que el silencio resultaría tan doloroso, como una enfermedad infecciosa y letal que se iba propagando muy despacio por su sistema.

Jamás pensó que su propio veneno lo acabaría paralizando.

Jace le hizo un gesto en reconocimiento de sus esfuerzos, una escueta manera de agradecerle su humanidad, y se dirigió a la puerta con los músculos agarrotados, como si hubiera pasado toda la sesión atrapado en una caja de cartón.

Se colocó los auriculares, que de inmediato empezaron a reproducir la canción por el segundo en el que la había dejado.

Black is the color of my true love's hair
(...)
And where he goes
Yes, I love the ground on where he goes
And still I hope
That the time will come
When he and I will be as one[27]

La letra de la canción le crispó los dedos, que apenas habían llegado a acariciar el pomo de la puerta. Luchó contra su instinto un segundo, llegando a agarrar la manivela con firmeza, pero no pudo tirar para salir. Se quedó donde estaba con la mirada desenfocada apuntando hacia la puerta.

No, negro no era el color del pelo de su amor verdadero. Y no, Chambers tampoco era ni sería nunca la persona con la que tenía la plena certeza de que no sería traicionado. Pero en ausencia de quien sí lo era, y en vista de que necesitaba verbalizar su nombre, otorgarle una dimensión real para convencerse de que no había sido un sueño, ¿por qué no darle ese voto de confianza al psiquiatra?

Aunque solo fuera para desahogarse.

—Conocí a una mujer —dijo con voz queda. A pesar de estar dándole la espalda, supo que Chambers le había oído, porque dejó de escuchar el trajín de los cajones abriéndose y cerrándose. Ni siquiera se planteó girarse. Mirar a los ojos al psiquiatra para admitirlo le aterraba —. Hice lo que pude para evitarlo, pero lo peor acabó pasando.

Hubo un breve silencio en el que Jace creyó que se ahogaría con sus propias palabras, como si al pronunciarlas hubieran adquirido la forma de una soga.

—¿Quieres que hablemos de ella? —inquirió Chambers en tono aterciopelado.

Jace sacudió la cabeza con lentitud sin soltar el picaporte.

¿Qué podría decirle sobre ella? Uno no iba a terapia a describir las ocurrencias de una mujer que parecía vivir en un mundo paralelo al suyo. O no al psiquiatra del FBI, al menos. A Chambers no le importaba —o no debía importarle— que Jace se hubiera descubierto a sí mismo como un tipo quizá no enamoradizo, pero sí con la suficiente esperanza en un futuro feliz para caer a los pies de una persona que prometía candor.

¿Qué le iba a contar? ¿Qué podría decirle en una o dos frases que la resumiera, cuando ni siquiera dos semanas y unos cuantos días habían logrado condensarla en su plena definición?

Jace resistió el deseo de apoyar la frente en la puerta y dejarse vencer por un momento. No lo hizo porque una vida fracasada le esperaba al otro lado. Recostándose estaría ignorando que si no iba por voluntad propia a los brazos del diablo, serían sus esbirros los que acudirían en su busca.

Aun así, mientras abría la puerta, dijo:

—Es todo lo valiente que yo no soy.

Capítulo 2

Perdona?! —Carmen le llamó la atención desde el umbral del aula con una de sus graciosas muecas—. ¿Que no te vienes con nosotras? Es viernes, mujer, ¡anímate! Te prometo que no haré que te gastes el sueldo en cócteles de colores. —Se lo pensó antes de especificar con un dedo en alto, sabiendo el reproche que vendría—: ¡No esta vez!

—Si yo tuviera tu historial, no haría esas promesas a la ligera. Pero tranquila, que luego me uno —le prometió Maxine con una sonrisa, agitando el bolígrafo rojo en el aire—. Es que tengo que corregir los parciales, y a las cinco y media viene el padre de Tavish. Ha solicitado una tutoría conmigo.

—¿El padre de Tavish? —repitió Carmen, abriendo sus ojos de por sí grandes y redondos. Se recolocó la bandolera sobre el hombro huesudo. Según su dueña, tenía demasiado valor sentimental como para deshacerse de ella a pesar de lucir un sinfín de remiendos. Le lanzó a Maxine una mirada lasciva—. Uf, nena... —Meneó el archivador que llevaba en el otro brazo para airearse la fina melena castaña, como si fuera el abanico de la gitana sevillana de la obra de Bizet que le dio nombre. Este contenía los últimos exámenes de Historia de los alumnos de último curso—. Pues prepárate, porque ese hombre está para comérselo.

—A ti te gustan todos —se burló Maxine, volviendo a su labor con una sonrisa divertida.

—Bueno, vale, sí. ¡Pero ese es el que más me gusta! —Carmen le sacó la lengua—. Está muy implicado en los estudios de su hijo. En su hijo en general, mejor dicho. Tendríamos que ponerle una cama en el instituto. En lo que va de curso, ya ha hablado tres veces con el entrenador para saber si el crío tiene posibilidades de convertirse en el quarterback estrella de los equipos escolares, conmigo por sus pésimas notas y también con el director, pero para advertirle de que Tavish es un chico muy sensible y quizá le convendría tomar clases de refuerzo. Yo ya se lo dije en su día: Tavish estaría encantado de aceptar la ayuda de una profesora particular, pero no de cualquiera. Está esa monada de su clase, Jessica Saxton, que le trae por la calle de la amargura y que da la casualidad de que estudia como una bestia.

Maxine soltó una carcajada y dejó el bolígrafo a un margen del examen.

—Eres incansable, ¿eh? No te basta con conocer los cotilleos del profesorado. También tienes que meterte en la vida sentimental de los niños.

—Lo llamo investigación de campo —repuso en tono resabido, cruzándose de brazos de manera que el archivador le protegiera el pecho como una armadura—. Una pobre maestra tiene que conocer al enemigo para enfrentarse a él con las armas adecuadas. De lo contrario, jamás sobreviviría en la selva.

Maxine entrecerró los ojos.

—Creo que eso de referirte al alumnado como «el enemigo» podría costarte una sanción.

Carmen batió las pestañas con coquetería.

—Suerte que no se lo vas a contar a nadie porque me adoras.

No le faltaba razón.

—Ni falta que haría. Estás hablando con tu tono de voz habitual, el que se utiliza para pedirle un gin-tonic a tu amiga desde la otra punta del garito, y con un pie en el pasillo.

Maxine señaló el calzado de Carmen, unas cómodas bailarinas que le habían costado las burlas de los alumnos más despiadados. Esta, como si se hallara sobre la línea de fuego, dio un gracioso saltito hacia el interior del aula.

—Yo solo me limitaba a hacerte recomendaciones. —Carmen se encogió de hombros—. Si el

señor Vass te pregunta qué puede hacer para que el crío mejore sus notas, solo pronuncia esas palabras mágicas: Jessica Saxton. Por ella, Tavish sería capaz de estudiarse la tabla periódica en vertical y en horizontal.

La sonrisa risueña de Maxine se fue atenuando hasta quedar reducida a un gesto sutil que reflejaba su cariño incondicional hacia Carmen. Le recordaba tanto a Carey, y al mismo tiempo eran tan diferentes la una de la otra, que su relación no podría haberse dado de otra manera.

Aunque ejercer de profesora de Español estuviera siendo un sueño, el puesto no le había caído del cielo. Maxine tuvo que pelear el contrato temporal en el instituto público Benjamin Franklin, y no porque fuera su opción preferente. Antes había llamado a la puerta del colegio donde impartió clases después de terminar su período de prácticas, pero no tuvo suerte. Todas las plazas que podía defender con sus conocimientos específicos estaban ocupadas en cuantos institutos visitó, a excepción del que la había acogido, y más por hartazgo que porque tuviera un currículum impresionante. El director no se había cortado a la hora de decirle que la premiaba con el trabajo solo por el entusiasmo desesperado que había mostrado.

Y tanto que lo había mostrado.

En cuanto Maxine llegó a Los Ángeles, se puso a buscar frenéticamente un empleo. Llamó a todos los centros de estudios de California, llegando a presentarse sin cita previa en algunos; contactó con sus antiguas compañeras de trabajo por si podían echarle un cable, tan preocupada por su futuro que no le quedaba energía para preocuparse por si resultaba invasiva o descarada. Al final, quiso la buena suerte que la profesora de Español del Benjamin Franklin pidiera la baja de maternidad una semana después de que Maxine saliera a la caza y captura de una oportunidad como aquella.

Para su inmenso alivio, dicha baja se estaba prorrogando más de la cuenta.

Gracias a los dos meses y dos semanas completos que llevaba cubriendo el puesto, había podido alquilar una habitación en Morgan Avenue, situada en el sureste de Los Ángeles, por tan solo seiscientos cincuenta dólares. Seiscientos cincuenta dólares que se redujeron a la mitad en cuanto encontró una compañera a la que no le importó que tuvieran que compartir el único dormitorio y, por supuesto, el baño.

A pesar de percibir el salario base de un profesor de la enseñanza pública, que apenas subía de los veinticinco mil dólares anuales, Maxine podría haberse permitido disfrutar del estudio ella sola, pero era consciente de que tarde o temprano le darían la patada y entonces tardaría unos cuantos meses en volver a recibir una llamada que le diera buenas noticias. Prefería ahorrar todo cuanto le fuera posible para no verse en la tesitura de regresar con sus padres.

Por el momento, todo marchaba a las mil maravillas.

Especialmente el ámbito social.

Algunas profesoras del Benjamin Franklin eran jóvenes solteras y estaban decididas a sacarle el máximo provecho a esto mientras pudieran. Carmen apenas había cumplido los treinta, Emily tenía veintisiete, y Gina, como profesora de prácticas, acababa de salir de la universidad. Si contaba a Luna, su encantadora aunque excéntrica compañera de piso, Maxine no se había visto en otra igual en su vida. Por fin estaba rodeada de personas que no solo no disparaban sus inseguridades, sino que le demostraban cada día cuán presente la tenían en sus planes de ocio y cuánto valoraban su quizá no sabio pero sí bienintencionado consejo.

Aun así, y ya fuera porque Carmen tenía su mismo desparpajo o por las condiciones en las que se dio su desaparición, Maxine no conseguía olvidar a Carey. Aunque cada día que pasaba perdía un poco más la esperanza de encontrarla con vida, eso no hacía que la quisiera menos. De hecho, la pérdida traumática había convertido a Carey en una figura intocable. Siempre la había

admirado por su fuerza y su sabiduría, pero había acabado glorificando todo lo relacionado con ella. Era consciente de esto, pero no le importaba porque no lo consideraba dañino. Alguien tenía que mantener viva a Carey Reynolds, ya fuera hablando de ella o transmitiendo su mensaje de amor propio y libertad. Alguien tenía que seguir insistiendo. Y en vista de que Gin Fizz, Manhattan y las Spice Girls, sus amigas del gimnasio, se habían rendido ya, a Maxine no le quedaba otra que ser quien llevara la cruz de guía. Y no le importaba cargar con esa responsabilidad.

—Luego te contaré cómo me ha ido con él, ¿vale? —le prometió Maxine—. Y si no es tan atractivo como me lo describes, que sepas que me sentiré muy decepcionada.

—Chica, para gustos, los colores, ¿no? Pero yo creo que si a una le gustan los hombres en su plena definición, no le puede poner una pega a Magnus Vass.

—Tiene un nombre poderoso —le concedió Maxine, dándose golpecitos en la barbilla con el capuchón del bolígrafo—. No sé qué pretendes, si chismorrear sobre los padres probablemente casados de los alumnos o incitarme a tener una aventura por la que podrían echarme del instituto.

—Lo primero es que Vass está divorciado —replicó en tonillo repipi, como en realidad lo era toda ella. Lejos de sentarle mal el estilo Desigual y Ágata Ruiz de la Prada, que, según algunos alumnos, era una tendencia de moda entre las profesoras de determinadas asignaturas, la favorecía de manera que destacaba allá donde iba. Si hubiera lucido un estilo más sobrio, sus rasgos más bien mundanos y su cuerpecillo afectado por el hipertiroidismo habrían pasado desapercibidos—. Lo segundo es que esto es un país libre y podrías acostarte con quien te diera la gana sin que hubiera represalias de ningún tipo. ¿Por qué no con un padre? ¿Eres... *padréfoba*, o algo así? —Tuvo que esperar a que Maxine dejara de reírse para continuar, alzando el tono con indignación—. A ver si va a ser mentira que necesitas darle una alegría al cuerpo, cariño, que te conozco desde hace casi tres meses y no te he visto ni respirar en la dirección de un tío.

Maxine apartó la mirada, a sabiendas de que una sombra de tristeza y decepción podría delatarla. Como si Carmen y las demás no supieran ya que el asunto sexoafectivo era delicado para ella. No podrían no haberse dado cuenta cuando hasta Maxine se había percatado de que un nubarrón oscuro se cernía sobre su cabeza en cuanto la conversación tomaba ciertos derroteros.

—No me apetece tener ninguna aventura —acotó con prudencia. No estaba siendo del todo sincera, porque sus últimas experiencias habían sido tan intensas que añoraba el contacto humano, pero tampoco mentía. No deseaba complicarse la vida, y no cualquier amante podría satisfacerla—. No salieron bien ni la última relación sentimental que tuve, ni... ni el último rollo ocasional, y creo que me conviene pasar un tiempo alejada de los hombres. Por lo menos hasta que haya encontrado el equilibrio.

Carmen le sonrió desde la puerta. Tendía a hacer eso, despedirse y quedarse hablando una hora más bajo el umbral, aunque tuviera que gritar, aunque le dolieran las piernas, y no solo cuando su interlocutora era una profesora o profesor; se quedaba charlando sobre naderías como la mejor chismosa en la entrada de la panadería, de la lavandería, de la *boutique* de su hermana.

Cualquier lugar y momento era perfecto para entretenerse.

—Yo creo que lo has encontrado de sobra. Cuando te conocí, eras muy calladita, y tan tierna que daba miedo hablarte, ¡no te fuéramos a corromper! Se notaba que te había pasado algo... algo muy grave, eso lo sé ahora —reconoció con un cabeceo apenado. Carmen estaba al tanto de que Maxine buscaba infructuosamente a su amiga desaparecida, e incluso la había ayudado a difundirlo en redes sociales—. Pero ya no me miras como si debiera perdonarte la vida cada vez que te invito a una copa. No veo qué daño podría hacerte seguir involucrándote con gente, esta vez de forma romántica.

Carmen asociaba la baja batería social de Maxine al dolor de la pérdida de Carey, y no se equivocaba. Estaba tan preocupada por lo que estuvieran haciendo con la joven que no tenía tiempo para pensar en nada más. Ni siquiera en lo que le ocurrió a ella misma en Koh Phangan. Era cierto que el pasado le había hincado sus colmillos venenosos en el corazón, impidiéndole avanzar tanto como le habría gustado, pero no todo se reducía a Carey Reynolds. Quedó demostrado cuando una vez Carmen se marchó del aula, Maxine levantó la tapa de su portátil y deslizó el dedo índice sobre el ratón para entrar en el buscador.

Ni siquiera tuvo que teclear su correo y su contraseña. Ya tenía la pestaña de Facebook abierta, tal y como debió dejarla la noche anterior antes de quedarse dormida en el sofá.

El corazón le dio un vuelco al toparse con la única foto que tenía de él.

Tal y como Maxine se figuró antes de utilizar su nombre para seguirle la pista en secreto, no era muy activo en redes sociales. Sería más acertado decir que solo tenía página de Facebook, y tan escueta en detalles como lo era él mismo. Ponía dónde había estudiado —en una escuela secundaria de Nashville, Tennessee—, que tenía treinta y dos años y que se llamaba Jace Ryder.

Ni siquiera especificaba su estado civil.

A Maxine le costaba relacionar al hombre que sonreía a la cámara sin mostrar los dientes con un nombre y un apellido. En la imagen de perfil, aparecía con un pie apoyado orgullosamente en una roca, y con la cabeza ladeada hacia la mujer a la que sujetaba por los hombros.

La primera vez que vio la foto, cuando por fin reunió el valor para clicar sobre el único Jace Ryder que vivía en Washington D.C. y tenía menos de cuarenta años, ni se percató de que estaba acompañado. Devoró la imagen como si uno pudiera quedarse satisfecho a través de la mirada: la camiseta de licra sudada por el cuello y ceñida al fuerte bíceps, los pantalones de baloncesto por la rodilla, las discretas zapatillas Adidas, negras como el resto del atuendo; la mochila de montañero que colgaba de los hombros, la sonrisa que no era una sonrisa, o quizá solo la de la Mona Lisa, una sonrisa de visualización única que solo veías si te fijabas la primera vez; después, perdías tu oportunidad.

Tenía el pelo más largo, húmedo y le caía sobre los ojos guiñados. El sol le daba de frente porque llevaba la gorra hacia atrás, como un niño bueno que se las daba de pandillero. Le había salido al coste de quemarse levemente las mejillas y el puente de la nariz.

Pesaba al menos seis o siete kilos más que cuando lo conoció, como debía de recomendarle su IMC, porque se le veía sano y satisfecho con la escalada.

En una primera instancia, le costó reconocerlo. Pensó que se debía a que, para sobrevivir al impacto vital que tuvo intimar con él, su mente desdibujó su recuerdo. O tal vez pasó tanto rato mirándolo que su cara perdió todo el sentido. Al final, resultó que se debía a una razón más sencilla; una que comprendió cuando por fin reparó en que abrazaba a una mujer de su edad, tan bella y atlética como él.

No lo reconoció porque, en aquel entonces, Jace Ryder todavía no estaba triste. Si sonreía poco convencido era porque no le gustaban las fotos, porque aún era solo tímido, no un alma extraviada y esquiva.

En aquella imagen, Jace Ryder era feliz.

Era evidente que el personaje de Hurricane le había arruinado la vida. Convertirse en el amo sadomasoquista había sido su perdición.

También la de ella.

De la noche a la mañana, fue arrojada sin contemplaciones a la incertidumbre, a la incomprensión, a la dolorosa decepción, a la preocupación, a la desesperación, a la traición... y, finalmente, al odio. Al odio con atenuantes, porque incluso sin explicaciones de ningún tipo,

Maxine podía entender su proceder y solidarizarse con su sufrimiento. Pero al odio, a fin de cuentas, porque no hubo explicaciones.

Porque no hubo verdad en lo vivido.

Maxine bajó la tapa del portátil antes de que alguien la cazara husmeando. No sería la primera vez que Carmen se olvidaba algo en el aula, desde su gomilla del pelo preferida hasta los exámenes que debía entregar al día siguiente, y reaparecía a tiempo para pillarla contemplando a Hurricane y preguntándole en silencio por qué, dónde estaba, qué hacía, si se acordaba de ella, y luego martirizándose porque le importara.

Unos días atrás, Carmen había rehecho sus pasos para preguntarle si ella tenía su bolígrafo rosa, con el que tenía que corregir todas las pruebas o de lo contrario se enfrentaría a mil años de mala suerte, y se había enterado del secreto de Maxine.

—¿Quién es ese bombón? —le había preguntado, asomada por encima de su hombro—. ¡Qué callado te lo tenías! ¿Andas ligando por Facebook, como los cuarentones desesperados? Oh, Max, tú no necesitas recurrir a eso. Con ponerte un vestidito y sentarte en la barra de un bar te iban a llover pretendientes, te lo digo yo... —Acercó más la cara a la pantalla para continuar en tono pensativo—: Aunque si es así como está el patio en las redes sociales, lo mismo hasta me reactivo la cuenta y empiezo a chatear con todo el que no me abra la conversación con una foto de su rabo.

—No es nadie, es... —Maxine se había apresurado a ocultar el ordenador de la mirada juguetona de Carmen—. Es un antiguo compañero de trabajo.

—¿En serio? —A pesar de su apariencia *naïf*, era imposible mentirle a Carmen—. Pensaba que llevabas sin currar unos cuantos años. Ya sabes, esos que pasaste viviendo el sueño de toda mujer: yendo a clase de pilates en tu 4x4 con Madonna sonando a toda leche en el estéreo, y pasando el resto del día bañándote en billetes de mil dólares.

—Ya no existen los billetes de mil dólares. Y... ¿por qué Madonna? —Se lo preguntó genuinamente sorprendida por el comentario, porque lo cierto era que las asociaciones mentales de Carmen la tenían fascinada, pero también le sirvió para desviar el tema—. Es de un curro del que no me gusta hablar porque ni estaba asegurada ni me trataron todo lo bien que debieron. Una mancha en mi expediente.

—Yo me referiría a ese hombre de muchas maneras, pero «mancha en mi expediente» no sería el eufemismo elegido...

—Está casado —había zanjado Maxine, y con más aspereza de la esperada—. Olvídalo.

Carmen demostró diferenciarse de Carey en aquel aspecto fundamental: el hecho de que Hurricane tuviera esposa bastó para disuadirla de insistir, y no volvió a pronunciarse sobre el misterioso hombre al que Maxine vigilaba desde la comodidad de su portátil.

Y pensando en Carey una vez más... ¿Cómo habría reaccionado ella al descubrir lo que Maxine destapó en las circunstancias más insólitas? ¿Le habría insinuado con su humor oscuro que, donde caben dos, caben tres?, ¿o al enterarse de que cada día se metía por lo menos diez veces en su perfil de Facebook con la esperanza de que hubiera actualizado el centro de noticias, le habría pillado los dedos con la tapa del portátil y la habría reprendido con severidad? Lo que tenía claro era que Carey habría intentado protegerla de sí misma. Era lo que había estado haciendo desde que la conoció, con mayor o menor sutileza, pero siempre con la mejor de las intenciones. Porque Carey sí la quería, o por lo menos sentía que le importó de verdad. Maxine lo sabía, estaba segura. Carey la quería porque ella era la única a la que le contó que estuvo casada y fue maltratada, la única a la que invitó a su casa. Y Maxine quería retribuirle ese amor a toda costa.

Carey no era lo único que había dejado en Tailandia en contra de su voluntad, pero sí lo único que estaba dispuesta a recuperar a cualquier precio, así tuviera que pelearse periódicamente con el comisario de la policía de Los Ángeles, con los federales y con los cerdos que, refugiados en un perfil anónimo, se reían de su desesperación citando con burlas la cuenta que utilizaba para difundir su desaparición.

Maxine se levantó del asiento con un nudo de angustia en el pecho y salió del aula para tomar el aire en el pasillo. A excepción de un par de profesores que también habían sido citados para una tutoría particular y el grupo de gamberros que pagaba por sus travesuras permaneciendo castigados hasta el cierre del centro, no había un alma por allí. En cuanto sonaba la campana, el instituto se quedaba desierto y dejaba de parecer un lugar rebosante de vida y oportunidades, refugio de anhelos juveniles, besos clandestinos y preocupaciones académicas para convertirse en el escenario de una película de miedo. Los chicos castigados estaban en el aula vecina; Maxine lo supo porque le llegaron carcajadas y la melodía de una canción de *hip-hop* de Montell Jordan, *Somethin' 4 Da Honeyz*.

Fue estando apoyada contra los azulejos de la pared entre las taquillas y la entrada a la clase, escuchando una canción quizá un tanto pasada de moda para la gente joven, cuando vio llegar a Magnus Vass.

Lo primero que pensó fue que era un hombre con puntualidad británica, un rasgo que favorecería a cualquiera. Lo segundo que pensó fue que no todos podían combinar unas gafas de aviador y una chaqueta militar sin parecer un inquietante agente federal. Había que tener por naturaleza un atractivo macarra que distrajera al observador, que lo hiciera más simpático a sus ojos, y exudar una energía lo contrario a solemne.

Magnus Vass se quitó las gafas después de mirar a un lado y al otro y se las colgó del escote de la camiseta básica, blanca y con un escote de pico que insinuaba los tatuajes *old-school*. Ese detalle le sonó tan familiar como otros aspectos de su físico en los que fue reparando conforme caminaba hacia ella moviéndose en bloque, como hacían los hombres inflexibles de tan musculosos.

Maxine sintió que empezaba a dolerle la boca del estómago, primer síntoma de angustia, cuando por fin él se dio cuenta de que lo estaban observando. Entonces clavó en ella una mirada al principio curiosa; después, gratamente sorprendida, y, al final, apreciativa de ese modo que ruborizaba a las mujeres.

No se pudo mover, aunque su cuerpo reaccionó como cualquier víctima de estrés postraumático después de toparse de golpe con una persona relacionada con la dura experiencia. Quiso echar a correr, cubrirse, enterrarse viva, cualquier cosa para escapar de él, aun cuando él en concreto no le hubiera causado el menor daño.

Se tuvo que resignar a quedar a merced de cómo quisiera saludarla, si sacando a la luz su pasado común o fingiendo que no la conocía, cosa que tal vez les convendría a ambos. Y aunque habría pecado de temeraria si no hubiera sentido aquella preocupación, también tuvo que reconocer que la recorrió un estremecimiento de satisfacción cuando él se detuvo ante ella con una pequeña sonrisa de asombro fascinado.

Rob Roy agachó la cabeza para intentar quedar a la altura de sus ojos y le tendió la mano.

—Usted no puede ser otra que la mujer que vengo buscando.

Capítulo 3

Su voz rasposa la mandó de cabeza a varios momentos vividos tres meses atrás.

Un paraíso diferente, una temperatura tropical, unas sensaciones irrepetibles.

Mientras le estrechaba la mano sin ser capaz de apartarle la mirada, guiada por la curiosidad que siempre había sentido por él y también por la cautela, se acordó del modo en que aquel hombre la besó, como si ansiara beber de ella hasta agotar las reservas de su cuerpo; la manera en que el disfrute le cambió la expresión cuando ella se arrodilló a sus pies e hizo justo lo que le pedía. Recordó cómo se estremeció al escuchar sus eróticas advertencias, aun cuando su mente estaba en otra parte, su cuerpo pertenecía a otro hombre y su corazón, teóricamente, seguía comprometido con Dylan.

«El día que caigas en mis garras...», le insinuó en una ocasión.

Pero si Maxine cerró los ojos para resistir la repentina oleada de sensaciones que la sacudió, fue porque revivió otra de sus promesas.

«La próxima vez que te pille, te voy a follar tan fuerte que te ruborizarás cada vez que oigas mi nombre».

—Sí... sí —balbuceó Maxine, retirando la mano en cuanto él dejó de estrecharla. Carraspeó para aclararse la garganta y se dio media vuelta para entrar al aula—. Acompáñeme, señor Vass.

Se preguntó si la estaría mirando en su camino hacia el escritorio, y, de ser así, con qué intención.

El alumno o alumna estaba presente en las citaciones en muy raras ocasiones. Era preferible que se vieran a solas el educador y el padre para poder mantener una conversación adulta y sin tapujos.

Tomó asiento y le hizo un gesto nervioso para que la imitara. Cuando lo miró de frente, los recuerdos regresaron con mayor intensidad, y no solo los que compartió con Rob Roy, ahora Magnus Vass, sino con Hurricane.

Hasta el momento, había logrado con relativo éxito mantener sellada la caja de Pandora. Solo durante las noches, sus sueños se veían invadidos de imágenes familiares, pesadillas y referencias a dos semanas que Maxine había tratado de olvidar. Y si no le costó tanto como imaginó se debía a una sola razón: que sucediera a miles de kilómetros de su hogar y en un ambiente que no volvería a frecuentar la había ayudado a diferenciar su nueva realidad de lo que decidió tildar de sueño vívido.

Que Rob Roy estuviera allí en carne y hueso amenazaba con derrumbar su castillo de naipes. Su solidez era irrefutable. Se trataba de un hombre que exudaba vitalidad. Maxine había olvidado que tenía los ojos de un verde oscuro que en primera instancia podía parecer negro. Estaba bronceado y había dejado que el rapado le creciera lo justo para que empezaran a insinuarse las ondas de una densa cabellera rizada.

Seguía luciendo la barba de guerrero espartano que una vez le hizo cosquillas en el labio superior.

—Maxine Sagal, ¿verdad? —inquirió él cortésmente.

Ella se enderezó, recordando dónde estaba y cuál era su deber, y asintió. Le preocupó que supiera su nombre de pila y su apellido, dónde encontrarla, a qué se dedicaba. Si resultaba ser un bastardo perverso y la delataba ante sus empleadores, Maxine se quedaría sin empleo en un abrir y cerrar de ojos. No sería la primera vez que algo así ocurría.

—Tavish habla mucho de usted. Dice que hace las clases muy amenas.

—Pues... se lo agradezco. —Intentó esbozar una sonrisa, pero como se le torció a un lado, optó por carraspear e ir al grano. Rob Roy la intimidó incluso al final de la etapa de Fuego y Sangre, cuando descubrió que en el fondo solo buscaba divertirse—. Bueno, señor Vass, usted dirá. Su hijo no es un alumno problemático, ni sus notas son mediocres. Me sorprendió que quisiera citarse conmigo.

¿Y si sabía quién era ella y por eso había solicitado la tutoría?

La mera posibilidad la tensó de la cabeza a los pies.

—Sí, me imagino que tiene usted mejores cosas que hacer que reunirse con el padre de un alumno que no encaja en la descripción de difícil —rio. Conservaba el acento escocés intacto, pero en el hombre educado que tenía delante sonaba diferente a como se expresaba Rob Roy—. Estoy viéndome con todos sus profesores para asegurarme de que se adapta al cambio de ciclo y encuentra su sitio. Hasta hace poco vivíamos en San Francisco. Es nuevo en el instituto, y Tavish es un chaval muy sensible, ahí donde lo ve, y... —Cruzó el tobillo sobre la rodilla contraria y se incorporó con impaciencia—. Mire, voy a serle muy sincero. Para eso estoy aquí, ¿no?

—Por favor —le invitó ella, aunque recelando. Le costaba entender cómo era posible que estuviera cómodo en su piel y charlara con absoluta normalidad con una mujer con la que había vivido una experiencia sexual.

—Hace menos de dos años desde que la madre de Tavish y yo nos divorciamos. El proceso de separación ha sido bastante... ruidoso. Intentamos que no fuera así —le aseguró con la mano sobre el pecho—, pero ya se imaginará cómo son estas cosas; cuando interfieren los sentimientos, es fácil perder los papeles. Hubo numerosas reuniones con abogados, intentos de saboteo, un par de juicios desagradables... —Meneó la mano para abarcar un inquietante etcétera —, y la cuestión es que Tavish nunca se ha pronunciado al respecto ni ha dado muestras de sufrir con el tema. Por eso estoy ojo avizor con él y lo vigilo dentro y fuera del instituto, para averiguar por dónde podría salir la ira y el dolor que estoy seguro de que se está guardando. Al final, conozco a mi hijo y sé cuándo algo no cuadra.

»No debería alertar a todo el profesorado por esta razón, y soy consciente de que sería más conveniente buscar a un buen terapeuta —continuó, reclinándose con las palmas de las manos levantadas. Sonreía con resignación—, pero se pone a la defensiva cuando se le menciona la psicología, ¿entiende? Durante el divorcio tuvo que hablar con unos cuantos profesionales por orden del juez, y, por alguna razón, salió escarmentado. El caso es si ha notado usted algún comportamiento extraño viniendo de Tavish.

—En absoluto —le aseguró, jugando con una de las esquinas superiores del taco de exámenes. Clavó allí la mirada para huir de las sensaciones que le provocaba la cercanía con Magnus, pero intentó proyectar su voz con seguridad—. Es un chico perfectamente normal. Por lo que he visto, tiene amistad con unos cuantos chavales bastante aplicados, así que no corre el riesgo de malograrse por culpa de malas compañías. En clase presta atención, hace sus deberes, bromea con sus compañeros... Incluso he oído que le gusta una chica.

Magnus levantó las cejas con visible placer.

—Conque ya le gusta una chica, ¿eh?

Maxine esperó un comentario insinuante, como «ha salido a su padre», pero no llegó.

—En definitiva, no se corresponde con el perfil de alumno que tiene problemas en casa. Podría sacar mejores notas, claro está... —continuó, lanzándole una mirada fugaz antes de volver a concentrarse en la esquina del cuaderno—. Tavish es muy inteligente. Tiene las capacidades. Pero si la asignatura no le motiva y, además, está inmerso en actividades extraescolares que sí le

entusiasman y que consumen todo su tiempo, poco puede hacerse.

—La verdad es que esto del fútbol americano le vuelve loco. No le voy a quitar horas de deporte para que saque dieces. A mí los notables me parecen de lujo... —Al levantar la barbilla, Maxine se fijó en que Magnus la estaba mirando de soslayo con una expresión difícil de interpretar. Suerte que no quiso mantener el misterio por mucho tiempo y solo suspiró antes de inclinarse más hacia delante y cambiar el tono—. Oye, puedes relajarte conmigo, ¿eh? No te voy a comer.

—Eso no fue lo que me dijiste la última vez —se le escapó.

Magnus curvó los labios en una sonrisa perversa. Le lanzó otra mirada en clave risueña.

—Bueno, pero te dije aquello en otro lugar, en otro momento... Cuando éramos otras personas. No te voy a negar que haya sido toda una sorpresa toparme contigo, y una de las gratas —apostilló con un guiño—, pero estoy aquí por mi hijo. Te aseguro que no voy a dedicar la tutoría a flirtear contigo, si es lo que te preocupa.

Maxine sacudió la cabeza.

—No es eso, o no con exactitud —se justificó enseguida—, es solo que... que yo... no esperaba reencontrarme con un... participante de Fuego y Sangre en la vida real. —Se frotó la arruga de la frente con frustración—. La colisión de los dos mundos está siendo un tanto... Me he quedado descolocada, eso es todo. Y la posibilidad de que comentaras esto con alguien... He leído unas cuantas noticias en las que precisamente profesoras de instituto fueron largadas de su trabajo por el simple hecho de haberse involucrado con el padre de un alumno, o... ¡No quiero decir que vaya a involucrarme contigo! Aunque ya nos hemos involucrado, por lo que... ¡En fin! Lo que iba diciendo es que... que... se ha castigado a profesoras por tener un pasado más que pisado en el cine para adultos, por ejemplo. ¡Que no es que yo haya grabado películas porno! ¡Ni siquiera cintas caseras con mis parejas, vamos! ¡Odiaría verme en la tele! —Se ruborizó hasta las orejas por los derroteros que tomaba la conversación—. Mira, es solo que esa... información que conoces de mí, de mi alter ego de Vesper’s, es...

Magnus la interrumpió con una carcajada sincera.

—Maxine... Puedo llamarte Maxine, ¿verdad? —Esperó a que ella asintiera para hacerlo él también—. Escucha, Maxine, a mí me conviene tan poco como a ti que se den a conocer mis gustos en la cama. Soy el rostro de una conocida multinacional, y ni a mí ni a mi equipo de publicidad nos gustaría que se armara un escándalo tras la jugosa primicia. Y aunque yo fuera un hijo de puta y quisiera ponerte contra las cuerdas, no podría. Firmamos contratos de confidencialidad, ¿recuerdas?

—¿Esos contratos aplicaban para la vida real? Es decir, una vez concluyera el... evento.

—El acuerdo estipulaba que lo que ocurriera durante Fuego y Sangre tendría que quedarse en Fuego y Sangre. Incluidos nuestros nombres. —Hizo una pausa para escudriñarla antes de sonreír para su coleto, como si de pronto le hubiera invadido un pensamiento colmado de ternura, y agregó en tono aterciopelado—: ¿Te quedas más tranquila ahora?

—Supongo que sí. Nunca me he visto en la situación de tratar en mi trabajo con un hombre con el que he... compartido intimidades —reconoció en voz baja—. Es raro. Y nunca habría imaginado que tendrías un hijo y que te interesarías por él —añadió guiada por la curiosidad. Se percató enseguida de cómo había sonado, y se apresuró a disculparse—. Quiero decir que no es lo habitual que los padres concierten tutorías. Hay excepciones, sí, hay padres solteros y padres divorciados estupendos, pero este tipo de responsabilidades suelen recaer en las madres. Que puede parecer una generalización absurda —insistió, abochornada—, pero hay estudios que la avalan. Hablo con conocimiento de causa, ¿eh? Y, bueno, también tengo cierto conocimiento

sobre ti, el conocimiento... amatorio, por lo que entenderás que me cueste imaginarte en otros contextos... Lo que no significa que no sea consciente de que un individuo es plural y versátil y puede ser un amo sanguinario y un esposo ejemplar a la vez, porque no soy tan obtusa... —Hizo una pausa para tragar saliva y cerrar los ojos, tan avergonzada que no se sentía la cara—. Yo... yo...

—Te sorprende que un hombre tatuado hasta las cejas y aficionado al culturismo y al sadomasoquismo pueda verle la belleza a la experiencia de la paternidad —resumió Magnus, divertido—. No es nada que no me hayan dicho antes, Maxine. Yo tampoco me imaginaba con una esposa y un crío hasta que los tuve. —Se reclinó y cruzó el tobillo sobre la rodilla contraria, observándola con aire apreciativo—. A ti sí te imaginaba siendo profesora, la verdad.

Su afirmación estuvo a punto de hacerla suspirar con alivio. Fue un gesto de caballerosidad, sin duda. La estaba viendo agobiada y quería reconducir la conversación a terreno neutral para que se tranquilizara.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Derrochas esa ternura característica de la maternidad, pareces una persona empática y tienes un carácter templado, ideal para no perder la paciencia con facilidad.

—¿Todo eso lo has deducido del rato que llevamos hablando?

—Lo deduje en cuanto te conocí, Mimosa. Eres un libro abierto.

—Supongo que eso no es algo bueno para un hombre que busca emociones fuertes y misterio en sus amantes —murmuró, cansada de que todo el mundo se lo señalara. No parecía un halago.

—Es algo magnífico para un hombre que busca sexo sin ataduras. Con una persona sincera, uno siempre sabe a lo que atenerse. Pero me parece que nos estamos yendo por las ramas, señorita. —Enarcó las cejas, juguetón—. Te prometo que, por tentador que sea, no he venido a flirtear contigo.

Maxine se quedó de una pieza al reparar en que no exageraba. Era cierto que llevaban un rato flirteando, y ella no se había dado ni cuenta. Se había dejado llevar por el ritmo de la conversación y había acabado insinuándose sin pretenderlo y revelando su curiosidad hacia él al interesarse en su vida.

Le había ocurrido algo similar en Fuego y Sangre, y con Magnus en particular. Tenía un carácter y una forma de interactuar con Maxine que la invitaba a deshacerse de la timidez y ser ella misma, en parte porque con él nunca sintió que la ahogara el deseo, el anhelo de que fuera enteramente suyo. Le gustaba lo suficiente para ansiar un acercamiento, pero no tanto como para angustiarse si no lo conseguía.

Le ofreció un reporte más detallado del modo en que Tavish Vass se desenvolvía durante las clases, lo que había oído sobre él en la sala de profesores y leído en el breve informe del orientador. Esta vez se explicó con garbo, cómoda en su papel de educadora.

Magnus tenía una habilidad asombrosa para adaptarse a distintas situaciones, porque mientras hablaron de su hijo, su mirada no se movió del rostro de Maxine, no hizo más que asentir con conformidad y hacer preguntas relativas al tema. No intentó coquetear, ni dijo nada inapropiado. Por eso, cuando unos minutos después se despidieron bajo el umbral del aula, le sorprendió que se girara hacia ella con una actitud completamente distinta, como si al dar por zanjada la reunión y poner un pie fuera de la clase ya estuviera en otro terreno, uno que justificaba el cambio de registro.

—Ha sido un placer —se despidió con un intrigante brillo en los ojos. Le tendió la mano con profesionalidad, pero no se la estrechó en cuanto Maxine le entregó la suya. La sostuvo con languidez y le acarició el dorso con el pulgar trazando pequeños círculos—. Tal vez deberíamos

hacerlo más a menudo.

—¿Citarnos en una tutoría? —inquirió ella, sonriendo con incredulidad.

—Vernos —corrigió con desahogo. Escudriñó el pasillo con la boca torcida—. Preferiblemente, fuera de aquí. Odio los institutos, si te digo la verdad.

—¿No fuiste coronado en el baile de fin de curso?

—Soy escocés, cariño. Esa mierda de *prom king* y *queen* no se hace en mi país. Además... —Exageró una mueca—. Era feo con avaricia y estaba gordo. No era elegible que se diga. Creo que ahora estoy mejor, ¿a ti qué te parece? —Se palmeó el vientre plano—. ¿Podrías tolerar mi imagen por una noche?

—¿Me estás pidiendo salir? —se extrañó. Viendo que él le sostenía la mirada con decisión, sintió que quedaba sobre sus hombros la responsabilidad de mantener los pies en la Tierra—. No hace falta que te explique lo inapropiado que sería que una profesora y el padre de un alumno se vieran fuera del instituto.

—¿Qué tiene de malo? —Magnus se humedeció los labios con la punta de la lengua, concentrado en el movimiento que hizo la garganta de Maxine al tragar saliva—. No hay ninguna regla que prohíba estos acercamientos, y si se lleva con discreción, no alertaríamos a nadie.

—A Tavish sí, sin ir muy lejos —replicó ella.

—Tengo la custodia compartida con su madre. Paso suficiente tiempo solo para no mezclar churras con merinas. Si lo prefieres —añadió—, podemos vernos en Vesper's, pero sospecho que no has vuelto a dejarte caer por allí desde que acabó el evento... o te habría visto.

Maxine se estremeció de pensar en volver a poner un pie en el club de Califa.

La primera vez que estuvo allí, fue de la mano de Carey. La última vez que estuvo allí, Hurricane se ofreció voluntario para convertirse en su amo. Eran tantos recuerdos, y todos ellos tan intensos y ahora dolorosos, que la derrumbarían si los desafiaba.

Apartó la mano antes de que algún alumno castigado atestiguara su inapropiada despedida.

—No, no volveré a Vesper's. Ese mundillo ya no es lo mío. Nunca lo ha sido, en realidad.

—Descuida, Mimosa, no te he pedido que te ates los tobillos y me esperes desnuda en un columpio sexual. Solo te estoy invitando a cenar, algo que también se puede hacer en Vesper's; en el bar de cócteles por el que se accede. Pero si no te gusta, te puedo llevar a cualquier otro sitio de Los Ángeles.

—¿A cenar? —repitió, sorprendida. Bajó la voz antes de continuar—. Tú no quieres invitarme a cenar.

Magnus exhibió aquella sonrisa suya tan particular, la que parecía haberle robado a Milo Ventimiglia, torcida en un punto por culpa de un nervio paralizado. La cicatriz que tenía a esa misma altura, señal de que un accidente le había robado la sonrisa entera, le daba ese último toque macarra que inclinaba a Maxine a verlo más como un adolescente motorizado que como un hombre peligroso.

Magnus dio un paso hacia delante y le levantó la barbilla.

—Me muero por follarte, Maxine —reconoció en voz baja—, pero no veo por qué tendríamos que quedar directamente en la cama. Podemos divertirnos antes y, si surge, si te apetece, acabar la noche en mi casa. Puede que tú no me desees tanto como yo a ti, pero sé que tampoco te soy indiferente. Dame una oportunidad, y si no te convenzo durante la velada, te llevo a tu apartamento y santas pascuas.

Maxine se vio reflejada en sus ojos verdes, tan diferentes de los de Dylan, de los de Hurricane. Magnus tenía una solidez diferente, se notaba a leguas que su lema de vida era pasarlo bien y albergaba la sospecha de que, por primera vez desde la desaparición de Carey,

podría divertirse en un ambiente distendido.

También lo vio como una excelente oportunidad para reconciliarse con Tailandia, con el modo en que acabó su relación y con las pérdidas que aún tenía presentes.

—De acuerdo. Una cena —decidió, mirándolo con una advertencia—, pero no quiero copas después que puedan nublarme el juicio.

Magnus se rio mientras sacaba el teléfono del bolsillo del pantalón vaquero.

—Lo que quiera la princesa. —Y se lo ofreció después de pulsar la opción de nuevo contacto para que Maxine escribiera su número—. Te llamaré un día de estos.

Sin comprobar con un llama-cuelga que Maxine le había dado el número correcto, tal era su seguridad en sí mismo, Magnus volvió a guardarse el móvil con un atisbo de sonrisa satisfecha. Su atractivo feroz la golpeó como un mazazo, pero permaneció donde estaba para despedirlo con diplomacia.

—Ya nos veremos, tú y yo —se despidió él con un guiño.

Capítulo 4

Como venía siendo costumbre, Jace había decidido regresar a casa a pie.

Desde su inclusión en la agencia federal de los Estados Unidos, había vivido en la misma dirección: 1629 de Columbia Road, una calle histórica y bien conectada con los vecindarios más seguros del corazón de Washington.

Cuando aún tomaba el coche para llegar al trabajo, priorizando, como buen norteamericano, rendir lo máximo posible y reducir el tiempo perdido en transporte, tardaba en torno a veinte minutos. Ahora que tanto presentarse en las oficinas como llegar a casa era un suplicio, prefería recorrer la línea recta que unía los puntos, así se demorara casi una hora. La estiraba todo cuanto se lo podía permitir aminorando el paso, deteniéndose a mirar los escaparates de las librerías independientes, a observar a las parejas de ancianos que se sentaban en los bancos de la acera, a acariciar a todos los perros que estuvieran de paseo, a encenderse un cigarrillo incluso sin ser fumador.

Cualquier excusa era buena para darle a Ayane el espacio que pedía a gritos con su hermético silencio, pero ese día en particular ansiaba más que nunca posponer el reencuentro.

Siempre se alegraba de volver a casa, tanto los primeros años, cuando era un soltero volcado en su trabajo, como los que siguieron a la boda. Le encantaba la sensación de quitarse los zapatos y los calcetines y pasearse del salón a la cocina para prepararse una cena ligera y dejarse caer frente al televisor. Esos pequeños placeres que le permitían pararse a respirar habían garantizado su supervivencia; eran los únicos ratos del día que no tenía que moverse con frenetismo y con los nervios crispados por los mandatos o simples estupideces de sus superiores.

Jace recordaba haber lamentado tener que mudarse de Columbia Heights una vez Ayane y él se casaran, pero, por suerte, ella le ofreció la salida perfecta: se iría a vivir con él a su pequeño piso de soltero. Nunca se quejó del tamaño del loft, ni de que no tuviera puertas a excepción del baño. De hecho, solía decir que le encantaba que estuvieran bien apretaditos entre las cuatro paredes. Al no poder dar portazos indignados, evitarían que los enfados puntuales se convirtieran en un problema.

De aquella época feliz ya no quedaban ni siquiera los recuerdos. Cuando Ayane desapareció, Jace se aferró a ellos con desesperación, temiendo que los demás la olvidaran si él no se encargaba de sacarla a colación, aunque fuera con anécdotas. Pero cuando la esperanza de encontrarla le abandonó, más por las presiones de los altos mandos que porque él hubiera pretendido renunciar a ella alguna vez, los buenos momentos se fueron tiñendo de un amargo color sepia hasta que las imágenes quedaron irreconocibles.

Hasta que él quedó irreconocible.

Jace recordaba haber estado enamorado de Ayane. Podía recitar los síntomas desde una perspectiva clínica: las mariposas en el estómago, el dolor en las mejillas de tanto sonreír... No poder quitarle las manos de encima, aunque fuera para retirarle un mechón de pelo, hacerle cosquillas en un costado o abandonar una caricia en su barbilla. Pero del enamoramiento solo quedaba una antigua ansiedad más relacionada con el terror que estaban viviendo que con el miedo a perderla.

Hacía tiempo desde que solo la quería. La quería más que a nada y a nadie en el mundo, y aunque una voz interior le insistía en que no era suficiente para sostener el puente desde un solo lado, Jace se rebelaba por lealtad contra la posibilidad de no velar sus sueños.

No entró enseguida en el apartamento cuando la hora de paseo venció y tuvo que resignarse a hacer lo que el director le había ordenado. Se quedó sobre el felpudo que ella eligió —«Mierda, ¿tú otra vez?», rezaba— con la mirada perdida. Giraba el manojo de llaves entre los dedos, dudando entre pasar o permanecer fuera, a salvo, cuando en realidad no tenía opción.

Jace accedió procurando que los zapatos hicieran ruido y barrió el perímetro del piso con la mirada antes de dejar las llaves sobre el aparador. Le asaltó el miedo irracional de que Ayane se hubiera marchado, o de encontrarse con que se había hecho daño a sí misma. No se había dado ninguno de los casos aún, pero había algo en su actitud, un recelo inexplicable hacia él, hacia una casa que sentía ajena, que Jace interpretaba como el deseo de huir.

¿A dónde?, se preguntaba. ¿Acaso no estaría más segura allí que en ninguna otra parte?

—¿Ayane? —la llamó en voz alta.

Al no recibir respuesta, y sin descalzarse aún, echó a andar hacia el salón.

Vacío.

La cocina.

Vacía.

El dormitorio: vacío.

Al abrir la puerta del baño de sopetón y no encontrarla en la ducha, empezó a sentir cómo la ansiedad le bloqueaba la respiración.

También un principio de alivio le cazó con la guardia baja.

Jace llevaba semanas conviviendo con un monstruo. Y es que siempre había sabido cómo domesticar al diablo sobre su hombro, pero en los últimos tiempos este había cobrado fuerza a través de sus debilidades y le hacía partícipe de lo ruin y egoísta que podía llegar a ser con pensamientos intrusivos: si Ayane se fugara con un hombre que sí pudiera comprenderla, él podría ser libre y comprar un billete de avión con destino a Los Ángeles. O a Nashville, donde podría dejar atrás una vida que cada vez era menos suya y más de los titiriteros del cuerpo federal. En sueños que le hacían despertarse agitado y cubierto de sudor, pero también con la mano apretada contra el pecho, donde intentaba proteger una última llama de esperanza, Ayane lo abandonaba. Así dejaba de ser una responsabilidad más.

Si hubiera logrado entablar la menor confianza con Chambers, este le habría dicho que los pensamientos intrusivos no definían en modo alguno los valores morales del individuo. Le habría recordado que seguía siendo humano, y que era comprensible que le invadiera la necesidad de desaparecer o tomar las riendas de su propia vida. Le habría apaciguado alegando que tanto el estrés como la sensación de no estar siendo útil para una persona en la situación de Ayane, sino más bien una carga, jugarían con la mente de cualquiera; incluso del hombre mejor preparado para enfrentarse a la adversidad.

Pero si bien Jace destacaba por su habilidad para tomar decisiones en frío basadas en la pura lógica, era incapaz de racionalizar sus sentimientos y tratarse con benevolencia. Se despreciaba a sí mismo por su mezquindad, y ya no sabía cómo compensar a Ayane o pedirle disculpas por lo que esta habría notado, tan perceptiva como solía ser.

Porque Ayane solía ser muchas cosas, y Jace no estaba preparado para dejar ir ninguna de ellas.

Se abalanzó sobre la pequeña terraza, el único sitio que le quedaba por comprobar. Gracias al cielo, allí la encontró.

Estaba sentada en una de las sillas de jardín que, en sus palabras, «le dejaban el culo acartonado». Sus pies descansaban sobre la mesita cuadrada de tablones de madera, a juego con los asientos. A pesar de la baja temperatura, llevaba unos *shorts* desabrochados y una camiseta

negra. Aunque su postura no podía ser más desenfadada —fumaba con los tobillos cruzados y la mirada perdida en la calle—, la rigidez de su cuerpo hablaba de una mujer que estaba a la defensiva, y la dejadez de algunos detalles de la pose que antaño ella misma habría corregido habrían preocupado hasta al hombre menos perspicaz.

Ayane jamás habría llevado la misma ropa tres días seguidos, ni siquiera para estar en casa, y no se quitaba el sostén y las bragas ni por comodidad. Ahora lucía las prendas con manchas de café y ceniza, y sin nada debajo. No solía soportar un solo mechón fuera de sitio, no se dijera ya el tirante que se le había escurrido por el hombro.

—Ayane... —la llamó en voz baja. Le recolocó el tirante con cuidado y se quitó la chaqueta para echársela por los delicados hombros, un gesto que consiguió llamar su atención.

La joven giró la cabeza para mirarlo de soslayo y comprobar que era él.

Enseguida devolvió la vista al otro lado del balcón.

Los primeros días, Jace había tenido cuidado de anunciar su llegada con sutileza, de evitar los movimientos bruscos, los sonidos chirriantes, las emboscadas por la espalda. Sabía lo que era el estrés postraumático; lo había vivido en sus carnes y estaba orgulloso de que la experiencia le hubiera servido para ahora facilitarle la estancia a Ayane. Pero pronto se dio cuenta de que ella no presentaba los síntomas de un veterano de guerra, lo que Jace había decidido interpretar, más por su sano juicio que porque lo creyera fervientemente, como que no la habían torturado. Esta teoría también se apoyaba en el hecho de que no encontraron lesiones graves o cicatrices nuevas en ninguno de los exhaustivos reconocimientos médicos que le realizaron.

No fue hasta que se sentó en la silla opuesta que se percató de que Ayane había puesto música. Tuvo que tocar la pantalla del móvil para ver el nombre del artista: Daniel Caesar.

What has life become?
And we don't talk too much
Could this be a strange new love I've got
(...)
Take me away
Won't you please take me away baby[28]

—He visto una película en el cine —anunció sin ninguna inflexión particular, acariciando el cuello de la chaqueta de Jace.

Este se sorprendió porque hubiera iniciado la conversación.

Era sorprendente que Ayane se abriera con Chambers. No solo porque le hablara de sí misma, sino porque hablara a secas. Su hogar se había convertido en el silencio donde anidaba la muerte, no sabía si la muerte de ambos como individuos independientes, de su antigua convivencia o de ambas cosas.

—¿Has salido a la calle? —inquirió, procurando no sonar asombrado—. ¿A qué teatro has ido?

Chambers fue ambiguo al hacerle sus recomendaciones a la hora de tratar con Ayane: le pidió que fuera paciente y considerado, conclusiones a las que habría llegado cualquiera con un mínimo de decencia humana. Jace no se dio por satisfecho y buscó información complementaria en blogs de psicólogos online y foros donde veteranos y víctimas de la trata narraban sus experiencias. Una de las afectadas explicitaba que no le gustaba que la trataran como a una cría indefensa, y le había parecido tan razonable que enseguida lo puso en práctica.

—Al Regal. Estaban echando la última de Park Chan-wook —explicó, acercándose el

cigarrillo a los labios.

No llegó a darle una calada.

—¿Y te ha gustado? ¿Me la recomiendas?

Ayane le lanzó una mirada que intentaba ser jocosa, pero estaba tan consumida por su pena misteriosa que apenas percibió un atisbo de la socarronería que antaño la caracterizó.

—Nunca has tenido paladar para el cine surcoreano —murmuró, regresando a las profundidades del averno particular que le enturbiaba la mirada—. *Decision to Leave*, se llama.

Jace tragó saliva. ¿Estaba mandándole algún tipo de indirecta? No sabía si la película hablaba metafórica o explícitamente del suicidio, o si se trataba de una ruptura de pareja, pero en cualquiera de los dos casos sería inquietante que el mensaje la hubiera dejado pensativa.

—¿De qué va?

—No me gusta destripar películas. —Se incorporó de repente después de dar una calada precipitada y apagó el cigarrillo en el cenicero de cristal. Se quedó sentada con los codos sobre los muslos y la mirada apuntando a la calle—. «Al decirme que me querías, se te acabó el amor... y cuando se te acabó el amor, yo comencé a quererte».

Jace se inclinó hacia ella.

—¿Cómo? No te he escuchado bien.

Ayane por fin lo miró a la cara, y no como habitualmente, atravesándolo como si fuera transparente, sino con el pleno convencimiento de que tenía delante a una persona de carne y hueso.

Su belleza natural siempre le había sobrecogido. Lo preocupante ahora era el halo de inaccesibilidad que le advertía de dar un paso atrás. Llevaba el pelo sucio y sin recoger y la cara limpia. Parecía Ayane en su estado más puro y salvaje, y, al mismo tiempo, una Ayane inhumana. Porque buena parte de ella siempre habían sido sus maquillajes arriesgados, su forma de expresar su sexualidad y descaro a través de su aspecto.

—Solo citaba una frase que me llamó la atención de la película.

—Ayane —la llamó él en cuanto ella volvió a quitarle la cara, a sabiendas de que era ahora o nunca—, vengo de hablar con el director, con Wray. Me ha citado esta mañana en su despacho a propósito de tu situación. No sacaría este tema si no fuera urgente, créeme —se justificó con los ojos cerrados. Odiaba que Christopher le hubiera puesto en tan difícil posición—, pero empiezan a necesitar respuestas.

«Necesitar» no era la palabra exacta. Más bien las exigían, y si no las obtenían en un corto plazo, tomarían cartas en el asunto... y los altos mandos tenían formas muy desagradables de conseguir lo que querían.

No era la primera vez que Wray cogía del hombro o del codo a Jace y le recordaba con una palabra certera o una ceja enarcada que seguían esperando a que Ayane arrojara luz sobre los secuestros de las ciudadanas norteamericanas, pero esa mañana había sido particularmente tajante.

Jace había intentado defender a Ayane por todos los medios, convencer a Christopher Wray de que le diera margen, un par de meses más hasta que la terapia surtiera efecto, pero ni él mismo se creía sus ruegos. Tenía la desoladora sensación de que el tiempo no sanaría cualquiera que fuera la herida de Ayane.

—Empiezan a sospechar de tu silencio —continuó Jace, pendiente de su perfil. Ella no daba muestras de estar entendiendo la gravedad del problema. Ni siquiera estaba seguro de que le estuviera escuchando—. Creen que el hecho de que no abrieran fuego contra ti en el avión, de que los exámenes médicos salieran a pedir de boca y de que permanecieras intacta y fuera del

radar durante tanto tiempo son signos indicativos de que colaboras o colaboraste con los traficantes. No tardarán en citarte en las oficinas y someterte a un interrogatorio, y me da la impresión de que no tendrán piedad. —Hizo una pausa para respirar hondo e inclinarse más hacia ella, poniendo una mano sobre la mesa que los separaba—. Por eso le he pedido a Wray que me dejara hablar contigo antes. Si me lo cuentas a mí, Ayane, no te juzgaré. Sabes que puedes confiar y apoyarte en mí.

Observó que ella apretaba la mandíbula.

—¿Podrías dejar de ser tan amable? —masculló en tono crispado.

—¿Cómo?

—¿Tan comprensivo, tan cariñoso...? —continuó con los puños agarrotados—. Dejar de dar por hecho las cosas y de revolotear a mi alrededor con esa cara de...

Jace procuró no traslucir ninguna emoción.

—¿De qué?

—De víctima, o de puto salvador, o de lo que sea, no lo sé. Solo sé que...

—No era mi intención agobiarte.

—¡Pues me agobias! —le espetó. Se puso en pie tan bruscamente que la silla podría haber salido disparada hacia atrás. Lo enfrentó con el cuerpo en tensión—. ¡Me agobia estar aquí! ¡Me agobia vivir contigo!

Jace la imitó con las palmas de las manos por delante, disimulando el asombro.

Jamás había gritado de esa manera, ni siquiera durante las peores discusiones.

—Me lo puedo imaginar, y te agradezco que me lo digas...

—¡No digas que me agradeces nada! ¿Qué me vas a agradecer, joder, si no hago más que asustarte, entristecerte, enfadarte o todas a la vez? —Se le saltaron las lágrimas de impotencia—. ¡Deberías odiarme!

—¿Por qué dices eso?

Ayane se pellizcó el puente de la nariz y esperó a calmar su arrebato para contestar.

—Hablaré con Wray cuando me cite.

Dicho aquello, entró en la casa.

Jace se debatió entre insistir, sospechando que Ayane podría soportarlo, y dejarlo estar. Acabó siguiendo sus pasos hasta enfrentarla en la cocina.

Se había mojado las manos para refrescarse el cuello y la frente, y ahora descansaba las muñecas rígidas a cada lado del fregadero con el cuerpo inclinado por la derrota.

—Lo que le digas a Wray es la última de mis preocupaciones. He estado allí, en Koh Phangan, y he visto lo que hay con mis propios ojos.

Ayane le lanzó una mirada inyectada en sangre. Con esa iluminación, se le notaban más las ojeras que nunca.

—No has visto lo que he visto yo.

—No es eso lo que quería decir —se justificó con paciencia, dando un paso adelante—, sino que la misión me importa una mierda. Y si no he visto lo que tú viste, ayúdame a imaginármelo, entonces. Ayúdame a entenderte.

Ayane se apartó del fregadero con rapidez en cuanto fue consciente del acercamiento de Jace. Sacudía la cabeza con las manos en alto mientras decía:

—No necesito que me entiendas. No quiero que me entiendas. Quiero que me dejes en paz. Quiero... quiero estar sola.

—Puedo marcharme.

—Sí, vete a un hotel, vete a... —Se mordió el labio con fuerza. Pareció reprenderse para sus

adentros—. No. No, esta es tu casa. Siempre ha sido tu casa. Soy yo la que se debe largar.

—Es nuestra casa, tuya y mía.

Ayane sacudió la cabeza.

—No. Ya no hay nada nuestro. Ni siquiera hay nada mío, porque yo ya no existo, y lo que no existe no puede poseer, no puede abarcarse, no... —Agachó la cabeza para mirarse las palmas de las manos. Se las llevó a las mejillas, como si quisiera tomarse la temperatura, y se echó la melena negra hacia atrás en un gesto nervioso—. Dios... Joder.

Jace se contuvo para no apaciguarla poniéndole una mano en el hombro.

—Ayane, no pasa nada. Todo va a salir bien, ¿de acuerdo? —susurró con lentitud, remarcando cada palabra—. No pretendía irritarte, pero tenía que ponerte sobre aviso acerca de lo que se viene. A mí puedes mantenerme en la sombra si no estás preparada; al FBI, no.

Ayane lo atacó con ira renovada.

Parecía otra persona, una a la que nunca había tratado antes.

—¿Y por qué permites que yo te pase por encima, eh? ¿Por qué esa pasividad? ¿Por qué no me has sacudido por los hombros todavía?

—¿Qué clase de preguntas son esas? —inquirió, sin poder disimular ya su perplejidad—. No te he sacudido por los hombros porque has vivido una situación muy delicada, y lo último que necesitas es que te exijan que sigas participando de una manera u otra en lo que te pasó.

Ayane dejó caer los brazos y cuadró los hombros antes de enfrentarlo con solemnidad.

—A lo mejor no fue tan delicada como tú crees. A lo mejor fue tan magnífica como la pinta Christopher Wray. Pero tú eres incapaz de pensar mal de mí, ¿verdad? —La voz se le quebró—. Ni se te ha pasado por la cabeza que los de arriba puedan tener razón.

Jace le sostuvo la mirada con la respiración suspendida. Esperó a que pasaran unos segundos de tensión.

—¿La tienen? —inquirió sin aliento.

—Y sigues con las preguntas —jadeó con una sonrisa muerta—. Sigues con el beneficio de la duda. ¿Siempre has sido un santo, Jace?, ¿o lo eres ahora porque te sientes culpable de que fuera yo a la que captaron en Tailandia? ¿O lo eres por otra razón? —Su mirada oscura se intensificó sobre él. Ayane caminó hacia Jace con la cabeza ladeada, escudriñándolo—. Has tenido que ser un hijo de puta si ahora no te crees en el derecho de exigirme nada, ni siquiera una explicación. ¿Qué has hecho este último año?

—Remover cielo y tierra para encontrarte.

Y no era mentira.

—¿Y qué hiciste en el proceso para que encontrarme fuera tan decepcionante que ahora vives aplastado por los remordimientos? Si te metiste en el mismo ambiente por el que yo tuve que moverme, debiste de pasar por la cama de unas cuantas mujeres. ¿Te involucraste demasiado con alguna de ellas? ¿Por eso ya no me miras a la cara?

Jace meneó la cabeza por pura incredulidad.

No sabía qué había desatado el arrebato de Ayane, si la amenaza de Christopher Wray o el hecho de que hubiera vuelto a mostrarse vulnerable ante ella, dispuesto a recibir una patada en la cara si a cambio obtenía una directriz sobre cómo tratarla. Fuera cual fuera la respuesta, no había visto venir un despliegue tan caótico de preguntas sin sentido. Estaba claro que eran dudas que llevaba meses guardándose y que la habían estado quemando.

—Me acosté con todas las mujeres con las que tuve que hacerlo para llegar hasta Fuego y Sangre sin levantar sospechas, del mismo modo que tú lo hiciste. Lo hablamos en su día antes de que te metieras en la piel de la dominatriz Kir Royale: yo habría de hacerme a la idea de que,

para garantizar el éxito del encargo, tendría que compartirte.

—¿Y si te dijera que me divertí follando con esos otros? ¿Serías tan considerado como hasta ahora, eh? —Siguió andando hacia Jace con el rostro desfigurado por una ira que ni siquiera iba dirigida contra él—. ¿Y si te dijera que me lo pasé de maravilla en el rol? ¿Me castigarás?

—Te diría que yo también me divertí follando con otras —respondió con tiento, sin pestañear —, y que eso no cambia el hecho de que mi prioridad fuera localizarte y traerte a casa sana y salva.

—Porque eres un héroe —escupió con amargura—. Y yo lo era también, ¿te acuerdas? Una heroína ambiciosa y fiel seguidora de la justicia. Quería ser la agente del FBI más joven en resolver un caso de importancia gubernamental. Quería medallas, quería mi nombre en una placa, quería el aplauso del director y estrecharle la mano al presidente de los Estados Unidos — se rio, cargada de rencor y desdén hacia la Ayane del pasado—. Pero mírame. Mira lo que soy ahora. Una fracasada.

Jace dudaba bastante que el origen de su desesperación fuera el fiasco de la misión. Era cierto que Ayane solía ser competitiva y vocacional; anteponía su trabajo a las relaciones sentimentales o la diversión, y habría dado su brazo derecho por una felicitación personal de Christopher Wray. Pero el sufrimiento que traslucía era un conjunto de fracasos, no uno solo; era un problema con tantas aristas que Jace temió no poder descifrarlas todas.

—¿Qué es lo que necesitas, Ayane? —le preguntó con voz queda—. ¿Volver a trabajar? ¿Vivir sola? ¿Dejar la terapia? ¿Más horas con Chambers? ¿El divorcio? ¿Hacerme daño? ¿Qué es lo que quieres o lo que te propones con todas esas insinuaciones?

Ayane le aguantó la mirada haciendo un esfuerzo hercúleo para no llorar.

—Quiero que dejes de quererme, porque no me lo merezco —musitó con los ojos anegados en lágrimas.

A pesar de que su respuesta era una rotunda admisión de culpa —¿de qué tenía la culpa? ¿De haberse encaprichado de otro hombre? ¿De haber colaborado con el enemigo? ¿De que la hubieran prostituido?—, Jace le contestó con paciencia.

—Eso no lo decides tú.

—¿Y qué es lo que puedo decidir yo? ¿De qué libertad dispongo? No me van a quedar ni los secretos una vez me interroguen, y tú eres el recuerdo encarnado de una vida que se me malogró, o que yo eché a perder, y...

Jace salvó el espacio que los separaba y la abrazó como antaño, sin pedir permiso, sin andarse con cuidado; con la seguridad de estar protegiendo a una mujer que lo necesitaba y que a su manera seguía queriéndolo, porque nadie lloraba si no era por un acceso incontrolable de sentimientos.

Ayane le devolvió el gesto, y aunque Jace quiso sentir alivio o placer, sus brazos no le reconfortaron. Había desesperación en ese abrazo. Remordimientos. Una distancia insalvable.

Nada lograría que la mirara con otros ojos, ni siquiera una confesión truculenta, pero lo que había dado a entender con su arrebato era cuanto menos inquietante y ya había sembrado la duda dentro de él.

Lo que sí sabía era que no podía dejarla sola. Acababa de demostrar hasta qué punto era vulnerable, y abandonarla en ese momento sería de una crueldad imperdonable.

—No puedo ser un recuerdo porque estoy aquí, en carne y hueso —le dijo en voz baja, acariciándole el pelo con delicadeza—. Y la vida, aunque se malogre, se puede encauzar de nuevo. Se puede y lo haremos, Ayane. Te lo prometo.

Capítulo 5

Si Carmen se enteraba de que tenía una cita, y con nada menos que con su adorado Magnus Vass, se caería de espaldas. Si, además, le contaba que lo conocía de una experiencia sadomasoquista en una isla paradisiaca, no quería ni saber cómo reaccionaría.

A decir verdad, ni siquiera sabía cómo estaba reaccionando ella misma.

Había recibido un mensaje de Magnus pidiéndole su ubicación para ir a recogerla a las siete, y otro insinuando que la etiqueta del restaurante era muy estricta. Maxine aún tenía algunos vestidos de diseñador que Dylan le había regalado, y no le veía el problema a ponérselos a pesar de que decidió sacar de su vida todo lo relacionado con su relación anterior.

Lo que la preocupaba no era que no supiera qué esperar de Magnus, sino que desconocía lo que ella quería conseguir con la cita. ¿Indagar para averiguar si conoció a Yellow Bird fuera de las sábanas? Después de tomarle declaración y conseguirle de inmediato un billete de avión con regreso a Los Ángeles, el FBI fue muy claro sobre la información que podía revelar: ninguna más allá de que Carey Reynolds estaba en paradero desconocido.

La misión del agente Ryder y lo que a ella le sucedió en el avión solo era la punta del iceberg. Que otras muchas agencias de protección quisieran hacerse cargo del caso significaba que este era demasiado importante como para perdonar que una víctima fuera por ahí pregonando información delicada. No podía contarle a Magnus lo que sabía para que la ayudara a localizar a Carey, y era una lástima, porque si ganaba tanto dinero como le había parecido al fijarse en su Rolex y su colonia, podría tirar de algunos hilos.

Un hombre no necesitaba ser el capo de la mafia para conseguir información. Bastaba con que pudiera pagarla.

De todos modos, dudaba que Magnus fuera a hacerle el favor, incluso si era tan buena persona como le había parecido. Solo quería acostarse con ella, y Maxine no tenía tan claro que fuera a complacerlo.

Cuando los federales la montaron en el pájaro de hierro con la orden de regresar a casa, tomó unas cuantas decisiones vitales. El viaje de vuelta a Los Ángeles fue lo bastante largo para que pudiera pensar largo y tendido en la experiencia, y una de las conclusiones a las que llegó fue que no iba a volver a poner su vida del revés para complacer a una persona. No si no le demostraba antes que se lo merecía. Tampoco haría nada que no le apeteciera para demostrarle a los demás que era capaz, porque por supuesto que lo era, pero de ahí en adelante le bastaría con saberlo ella.

Iba a cenar con Magnus porque no le había transmitido malas vibraciones, porque le parecía un tipo interesante y que podía hacerla reír, pero lo demás... ya se vería.

Un silbido la distrajo de sus pensamientos. Enfocó la vista en el espejo de cuerpo entero que tenía delante, donde llevaba un buen rato preguntándose si el vestido era acertado o si transmitiría la imagen equivocada, y a través del cristal localizó a su compañera de piso recostada contra el marco de la puerta.

—¿A dónde vas tan guapa? —le preguntó Luna—. Espero que no te hayas echado novio, o me voy a poner celosa.

Maxine le agradeció el cumplido con una sonrisa y se acarició tímidamente la curva de la cadera.

—No sé si es la opción adecuada.

—¿Echarte novio, dices? —Chasqueó la lengua—. Nunca lo es.

—No, el vestido. He engordado unos kilos desde la última vez que este tipo me vio.

—Ah, ¿lo conoces de antes? —Su expresión sufrió un cambio radical—. No será ese ex tuyo...

—No, no, a Dylan no lo he vuelto a ver. —No era del todo cierto. Se había topado con un par de fotos suyas en la prensa escrita. Aunque ya no estaba enamorada de él, le costaba desprenderse de viejos hábitos, como buscar novedades en el apartado de Economía sobre su empresa—. Es un... viejo colega. La cosa es que no sé si debería llevar algo corto y ajustado. No quiero que piense que nos vamos a acostar.

—Cariño... —Luna se acercó y le puso las manos sobre los hombros—, la ropa no habla por sí sola. Lo que él decida interpretar sobre tu modelito depende en buena parte de si es un cerdo y de lo que quiera que ocurra entre vosotros.

—Eso es algo que Carey podría haber dicho perfectamente.

Luna la miró a través del espejo un instante, como si pudiera absorber la pena de Maxine con su silencio y su comprensión. Después suspiró y se dejó caer en el borde de la cama que compartían. Salvo cuando Luna se traía a alguna mujer bonita o algún hombre malo —así describía a sus tipos preferidos— para que le calentara las sábanas, momento en el que Maxine era desterrada al sofá con una disculpa de su compañera y la promesa de que al día siguiente la invitaría a desayunar.

Y siempre la cumplía. Más de una vez, Maxine había comentado en tono jocoso pero con bochornosa sinceridad que esperaba con entusiasmo sus noches acompañada, porque solo las mañanas posteriores se llenaba el estómago con una comida en condiciones.

—¿Novedades? —le preguntó Luna con gesto serio.

—Hoy me he metido en las redes, como siempre, y me he topado con lo habitual. Un tipo de Wyoming me ha mandado una foto con zoom por mensaje directo. Se veía a una rubia atractiva bastante parecida a Carey, pero no era ella. Y ya sabes, luego me he puesto a denunciar a los perfiles que me han mencionado para burlarse de mis esfuerzos.

—Hay demasiada gente de mierda en este mundo —se lamentó Luna, frotándose pensativa los pantalones de chándal—. Me alegro de que te hayas animado a divertirte una noche. Con lo joven y guapa que eres, no puedes pasar cada día de tu vida aquí encerrada, mirando la pantalla y consultando las listas de desaparecidos hasta que dan las tres de la madrugada.

—¿«Con lo joven y guapa»? ¿Por qué lo dices como si no tuvieras tres años menos que yo? —se rio Maxine.

—Porque yo tengo un alma vieja.

Maxine no pudo replicar, porque era cierto. Luna pasaba la mayor parte del tiempo hecha un ocho en un sillón antiguo que le gustaba arrastrar hacia la única ventana que daba a la calle. Allí leía una novela de mil páginas tras otra mientras fumaba compulsivamente. No tenía redes sociales. Utilizaba un móvil de tapa y solo respondía llamadas, así que antes de enviarle un SMS, uno tenía que asumir que no obtendría respuesta. Compraba la ropa en tiendas *vintage* donde aterrizaban prendas de segunda mano recogidas en países europeos, la mayoría de los años setenta, ochenta o noventa, años en los que Luna aún no había nacido pero que mencionaba con tal nostalgia que parecía que se acordara de una vida anterior. Tenía, además, manías relacionadas con la limpieza y una concepción del orden muy particular; le recordaba a su madre en ese aspecto. Predicaba la paciencia espiritual y la sabiduría de un monje asiático, con la diferencia de que sabía cómo salir a tiempo de sus encierros introspectivos para que el existencialismo no la devorase; esos días que descansaba de sí misma para poner los pies en tierra eran los que escogía para salir de bares y seleccionar a su próximo amante.

Maxine la conocía desde hacía tan solo un par de meses, quizá un poco más, pero ya la quería y se alegraba de saber que era recíproco.

—Bueno, tú llévate protección por si acaso. Si no te quieres acostar con él, genial, pero si al final te apetece, te frustrarías muchísimo por no haber tomado precauciones. A no ser que hayas quedado con la clase de hombre optimista que siempre lleva condones en la cartera —meditó en voz alta.

—En este caso, no es optimista por llevarlos; es realista y consecuente con lo que puede conseguir.

—Oh... —Luna esbozó una sonrisa complacida—. ¿Es atractivo?

—A rabiar. Creo que te gustaría. Parece malo, pero no lo es... —La interrumpió el claxon de un coche. Maxine corrió la cortina de la ventana y observó que un Mercedes con el motor aún encendido estaba aparcado en la acera—. Ahí está. No va a subir. ¿Cómo estoy?

Se giró hacia Luna con los brazos extendidos, simulando una preocupación por agradar que en el fondo no sentía y que la llenaba tanto de esperanza hacia el nuevo yo que empezaba a vislumbrar, una mujer más segura y menos complaciente, como de una extraña melancolía. La ansiedad que venía con el miedo a no estar a la altura era desagradable, pero sí echaba de menos las mariposas en el estómago.

Luna la escudriñó con una mirada objetiva, porque siempre se tomaba muy en serio las preguntas que le hacían. Se fijó en el ahumado ligero de los ojos y el brillo de los labios, los rizos naturales que le caían sobre los hombros, el *little black dress* de tirantes con la raja por encima de la rodilla y las sandalias con tacón, incómodas para andar pero perfectas para lucir en los escasos momentos que se levantara para ir al servicio.

—No tengo nada que criticar —determinó Luna con las manos en alto—. Quizá deberías llevarte una chaqueta. Por las noches sigue refrescando. Ven, que te voy a prestar una torera de cuero que tengo y que le va a dar el toque roquero a tu modelito.

Luna se dirigió al armario que también compartían y sacó la prenda. Como se compraba la ropa un par de tallas más grande por una razón que Maxine no comprendía, quizá meramente estética —para ir a la moda urbana de los artistas de *hip-hop*—, le sentó como un guante.

—¿Tú no sales hoy? —le preguntó después de confirmar que combinaba con el vestido.

—Me está esperando una novela de Isabel Allende. A ver si me enseñas español, que hay autores que me gustaría leer en su lengua materna.

Maxine le sonrió y la besó en la mejilla.

—Cuando quieras. Hasta luego.

—¡Si te lo pasas tan bien que te quieres quedar, recuerda escribirme diciendo que duermes fuera! —oyó que le gritaba mientras salía del apartamento—. ¡Y si no te lo pasas bien, llámame y me invento una excusa para rescatarte!

Desde el pasillo, Maxine levantó el pulgar con una sonrisa de agradecimiento y cerró la puerta. Bajó las escaleras con cuidado de que los tacones no recibieran el impacto. Se los había comprado en un mercado de segunda mano y no confiaba en que fueran a durar intactos toda la noche. Por experiencia, se le acababa rompiendo una tira como mínimo.

Magnus la estaba esperando recostado contra la puerta del copiloto. La pantalla del móvil iluminaba su expresión distraída. Incluso antes de reunirse con él, ya supo que olía de maravilla. Presentaba el aspecto aseado y elegante de un modelo de colonia francesa, solo que ni siquiera con una camisa blanca metida por dentro de los chinos y remangada por los codos perdía el toque macarra.

Levantó la mirada a tiempo para ver la sonrisa tímida de Maxine, que se tambaleó de

inesperada excitación cuando él la recorrió de arriba abajo en un visto y no visto.

—Preciosa —resumió con una sonrisa satisfecha. Le abrió la puerta como un gentil mayordomo. Maxine le contagió la risa tonta—. ¿Qué te hace tanta gracia, Mimosita?

—Nada, nada —respondió en cuanto estuvo sentada. Mientras, buscaba el cinturón—. Solo que es curioso verte ser caballeroso cuando te he conocido en un rol muy distinto.

—Sé comportarme en sociedad —le aseguró él, inclinado hacia ella con una mano en el borde de la puerta. En voz baja y con una sonrisa más parecida a la que conocía, agregó—: Aunque preferiría seguir mi instinto, eso que te quede claro.

Cerró la puerta y rodeó el Mercedes para ocupar el asiento del piloto. Maxine ya tenía otra pregunta apreciativa en la punta de la lengua para cuando él cambió la marcha y pisó suavemente el acelerador.

—¿George Michael? —preguntó, señalando el estéreo con un gesto de barbilla—. Y en cedé, nada menos. Un coche como este va preparado para que enchufes tu cable USB, ¿sabes? ¡O el *bluetooth*!

—Nací en los ochenta, guapa. Lo creas o no, soy un tipo nostálgico. Al menos en la música. Y bastante tradicional en algunos aspectos, además.

—Tan tradicional que te gusta dominar a las mujeres, como a todo el género masculino desde el origen de los tiempos —comentó ella en tono burlón.

Se sorprendió a sí misma por lo fácil que le resultó bromear.

Curiosamente, con Magnus siempre había sido así. Quizá porque estaba tan inmersa en lo que Hurricane le suscitaba y en la misión de recuperar a Dylan que veía al amo escocés como un simple entretenimiento, no un hombre al que tuviera que impresionar.

Magnus no lo interpretó como una provocación y se rio sin apartar la vista de la carretera. Tenía un perfil dulce, ahora que se fijaba; la nariz respingona y las pestañas largas y rizadas, del mismo castaño oscuro que el pelo corto.

—Si no te gusta George Michael, en este mismo cedé mi hijo grabó unas cuantas canciones. Es tan nostálgico de los tiempos en los que se escuchaba música en un casete como yo mismo... —Pulsó un par de botones hasta que *EARFQUAKE* de Tyler, The Creator empezó a sonar por los altavoces. Magnus la miró de soslayo—. ¿Mejor? Es más moderno.

—No me desagrada —admitió—, aunque soy más de pop.

—A ver si adivino. Taylor Swift. —Puso los ojos en blanco—. También he tenido la desgracia de escucharme todos sus discos. Mi sobrina mataría y moriría por esa mujer.

—¿Sobrina? ¿Tienes un hermano?

—Tengo seis —suspiró como si fuera un suplicio, pero su sonrisa se curvó a un lado, inspirada por el afecto—. A lo mejor me viene de ahí lo violento que soy con las mujeres. Con alguien tenía que pagar la frustración de haber sido objeto de palizas durante toda mi infancia.

Maxine se rio porque le hubiera seguido la broma.

—¿Eres el pequeño?

—Soy el tercero, pero el primero es campeón de boxeo.

—¿Y el segundo? ¿Miembro del ejército?

Magnus soltó una carcajada.

—Peor. —Le lanzó una mirada de fingido horror—. Abogado.

—¿Por qué eso sería peor?

—Prefiero un puñetazo en la cara que discutir con un tío que cree que siempre lleva la razón —bufó, abrumado solo de pensarlo. Pero se notaba que lo quería en la sonrisilla cándida—. Por suerte, todos viven allí, en Escocia. Soy el único que traicionó a la patria por dinero, y no te voy

a decir que me arrepienta.

Maxine lo escuchó sin darse cuenta de que una sonrisa asombrada curvaba sus labios.

El último hombre que había conocido estaba tan empecinado en esconder su vida de ella que ahora se sorprendía porque su nueva compañía masculina le contara detalles sin tener que insistir. Hurricane ni siquiera llegó a decirle que había nacido en Tennessee, y tardó un mes entero en contarle que no era hijo único.

Sacudió la cabeza, como si así pudiera alejar su imagen. Necesitaría que la resetearan para desprenderlo de su memoria, para que no apareciera como una iluminación espiritual cada vez que se le ocurría ponerse a pensar. Hurricane iba con ella a todas partes como un fantasma. Le extrañaba que Magnus no lo estuviera viendo también, sentado en la parte trasera del coche pero inclinado hacia delante para rodear con manos posesivas los hombros del asiento de Maxine.

Se apearon un rato después en un parking subterráneo de Melrose Avenue, una zona segura por su cercanía con el paseo de la fama de Hollywood. Nada más reconocer la iluminación de las fachadas y el tránsito de gente en busca de diversión, Maxine supo que pretendía llevarla a Providence, uno de los mejores sitios para comer marisco de toda la ciudad. A Dylan nunca le había gustado el pescado, pero debido a su rango social se sentía obligado a almorzar y a cenar en lugares exquisitos como aquel.

En cuanto tomaron asiento en una mesita reservada al fondo del salón, un camarero se les acercó para anotar las bebidas.

—¿Sueles venir por aquí? —preguntó Maxine, tirándose del borde del vestido hacia abajo para ocultar su incomodidad—. Me refiero... ¿Eres dado a los restaurantes de lujo?

—Tengo que frecuentarlos por cojones —rezongó con desdén—. En Edimburgo, uno podía alargar una reunión de trabajo hasta la una y luego hacer una pausa para comer, pero en Norteamérica los negocios se llevan hasta el almuerzo para no perder el tiempo. Y eso por no mencionar que los tipos a los que debo convencer para que inviertan o compren se tienen que sentir agasajados, así que suelo quedar en sitios como este y, encima —exageró su indignación —, pagar la cuenta.

Maxine no pudo reírse porque la asaltó una duda.

—¿Quieres que yo me sienta agasajada?, ¿convencerme de... invertir en ti?

—También traigo a las mujeres con las que salgo, sí. Y no tanto para agasajarlas, sino porque el ambiente es ideal. Se puede hablar a gusto.

El camarero apareció con dos copas de vino tinto y se retiró con educación para que eligieran los entrantes.

—¿Sueles hacer esto? —inquirió ella, observando el líquido como si no lo hubiera visto antes —. Lo de quedar con mujeres para cenar, como... como hace la gente...

—¿La gente normal? —completó él, divertido. Apoyó los codos tal y como le habrían enseñado que no se hacía a la mayoría de los clientes del restaurante, y se inclinó hacia ella—. No sé si me parece más tierno o más curioso que después de haber ido a Vesper’s y Fuego y Sangre sigas teniendo esta concepción de lo sadomasoquista. Ya viste que abunda la gente a la que le va divertirse con los extremos, por lo que no somos un porcentaje residual y, por tanto, no se nos puede tildar de anormales.

—No era eso lo que quería decir —se disculpó enseguida, dejando la copa donde estaba y secándose las manos en los muslos. Barrió el restaurante con la mirada—. Aunque el BDSM no sea lo mío, ya no pongo el grito en el cielo ni juzgo a quien lo practica. Aprendí mi lección —apostilló por lo bajo, más para sí misma—. Es solo que pensaba que... que... Bueno, si eres prácticamente socio de Vesper’s y el mismo Califa te invita a los eventos anuales, debe de ser

porque estás tan metido en el mundillo que es tu preferencia a la hora de llevar las relaciones sexoafectivas.

—Relaciones sexoafectivas... Suenas como mi terapeuta —se rio Magnus, haciendo bailar la copa entre los dedos. La tenue iluminación sobre sus cabezas arrancaba destellos juveniles a sus ojos verdes—. Entiendo. Has pasado suficiente tiempo en el rollo sado como para entender que no tiene nada de malo, pero no lo bastante para aceptar que los practicantes somos más que eso; que tenemos una vida al margen y una cosa no quita la otra.

—¿Por qué dices «practicantes» sin incluirme? —se quejó, cohibida. Recordaba haber odiado la condescendencia cuando se sentó frente a Carey y esta le dijo a las claras que era demasiado vainilla para formar parte de su club selecto—. Yo estuve allí, en el mismo sitio que tú.

—Has dicho hace unos segundos que el BDSM no es lo tuyo, y aunque no lo hubieras dicho, lo sé. Me di cuenta en cuanto te conocí... —Apoyó la barbilla en la palma de la mano y la miró largamente, complacido—. Quizá por eso me obsesioné tanto contigo. Tengo una tendencia muy irritante a querer lo que no puedo tener, y a arrastrar a todo el mundo al lado oscuro.

Maxine levantó las cejas sin ocultar su decepción.

—Así que lo que te gusta es el reto.

—No, el reto no. Eso es propio de adolescentes. —Sacudió la cabeza, contrariado con la idea. Volvió a echarse hacia atrás y lo pensó antes de contestar—. Lo que me gusta es la exclusividad; saber que puedo disfrutar de algo que para los demás estará vetado. Tú deseabas a un único hombre y le eras fiel no solo porque tus principios monógamos te lo exigieran —continuó, viendo que ella no lo había entendido—, sino porque todo tu ser, sin que tú pudieras controlarlo, se inclinaba hacia él. Me excita la idea de convertirme en esa casi divinidad encarnada que una mujer con tu concepción de las cosas se vuelca en venerar.

—Entonces es una cuestión de ego.

—Sin duda —se rio Magnus—, pero mi ego es del que no le hace daño a nadie. ¿No predicas tú con lo que te acabo de decir? ¿No te sentirías orgullosa ni te excitaría que un hombre que no se dobla ante cualquiera, que no se desnuda ante cualquiera, que no ama a cualquiera, se arrodillara ante ti con los brazos extendidos y te rogara clemencia?

Maxine se estremeció con la imagen mental que la traicionó. Por supuesto que se sentiría orgullosa y viviría excitada si el hombre imposible se rindiera a sus encantos. Era lo que había intentado por todos los medios que ocurriera en Fuego y Sangre, y todavía recordaba la emoción que la embargó cuando él por fin cedió y compartió su cuerpo con ella, cuando la besó hasta que se quedaron dormidos.

Se alegró de que Magnus continuara la conversación, porque los recuerdos la paralizaron y no habría sabido cómo responder.

—Creo que el sadomasoquismo te divierte cuando estás con la persona adecuada, pero porque eres la clase de mujer que por amor estaría dispuesta a todo. Sin sentimientos involucrados, no te atreverías a introducirte en determinadas prácticas, ¿verdad? —continuó tanteando.

Maxine entrecerró los ojos.

—¿Me estás interrogando para saber hasta qué punto podría cumplir tus fantasías?

—Estoy profundizando en una conversación que tú has propuesto, pero si quieres que volvamos a hablar de mí, no tengo problema. Respondiendo a tu pregunta inicial —prosiguió en tono desahogado, cruzado de brazos contra el respaldo—, me gusta el sexo, y me gusta el sexo duro, pero por encima de eso me gustan las mujeres. Si veo por la calle a una que me provoca un cosquilleo y no está dispuesta a ser humillada, la invito a cenar, al cine o a dar una vuelta por la playa y follamos como adolescentes en mi coche. Me voy a divertir igual, te lo aseguro. Muchos

de mis mejores polvos han sido con mujeres vainilla.

—No sé por qué estaba convencida de que eras... Bueno, de que todos los sadomasoquistas sois de los que ponen el contrato por delante: «Si no me dejas atarte, entonces no volverás a verme» —recitó con voz de ultratumba.

—Los hay así, pero si te soy sincero, Maxine, creo que esos tipos son peligrosos. Si no puedes acostarte con una mujer sin abofetearla, si ni siquiera te concibes acariciándola con calma, aunque sea de vez en cuando, está claro que no te gusta follar; te gusta hacer daño, y si te pone partirle la cara a las mujeres, en mi pueblo eso tiene un nombre —aclaró en tono sombrío—. Hay una diferencia entre la violencia gratuita e incorporar dolor al sexo.

—Siempre he pensado algo parecido, pero no habría sabido verbalizarlo sin ofender a toda tu comunidad —reconoció ella. Se colocó el pelo detrás de las orejas y le sonrió—. Me sorprende gratamente que puedas ser crítico con el sadomasoquismo.

—Si alguien puede serlo con conocimiento de causa, ese soy yo. Ahora, si te mola el sitio, podríamos pedir algo para comer. —Señaló la carta encuadernada con un gesto de barbilla.

—Pues... a decir verdad —empezó, titubeante—, no me siento muy cómoda en este tipo de restaurantes.

—Me gusta una mujer sincera —aceptó con un cabeceo—. ¿A qué te refieres? ¿No te apetece marisco? Hay a quien le da náuseas. No lo había pensado —admitió, en absoluto consternado. Parecía la clase de persona capaz de salir con una solución ideal en el acto.

—No, no tiene que ver con el marisco, aunque reconozco que mi paladar no es tan exquisito. —Le ofreció una sonrisa de disculpa y posó las manos sobre los muslos antes de mirar alrededor —. Es el ambiente, y... y que los precios no aparezcan en la carta. Estuve saliendo mucho tiempo con un hombre con dinero y me di cuenta demasiado tarde de que me hacía sentir mal no poder corresponder sus... esfuerzos económicos. No me gusta sentirme en deuda con nadie, no sé si me explico. Es decir..., no quiero que interpretes lo que he dicho como que creo que me has traído a cenar para sacar algo de mí, o que me estás sobornando de alguna manera. Es solo que yo no encajo en estos...

—No hay problema. —Magnus echó la silla hacia atrás y se levantó. Sacó de la cartera un billete para pagar por las copas de vino y le guiñó un ojo a Maxine—. Pirémonos.

Capítulo 6

De verdad? —se extrañó ella—. ¿No te importa... comer otra cosa?

—En absoluto. A mí me gusta todo. Y creo recordar que en la propia Melrose Avenue hay un par de garitos donde sirven porciones de pizza por un módico precio. ¿Te parece si pillamos un par de refrescos y nos damos un paseo? Esta debe de ser la única calle segura de Los Ángeles.

—Veo que criticas mucho la seguridad de la ciudad... o la falta de ella —comentó con un hilo de voz, aceptando la mano que le tendió para salir juntos del restaurante.

Maxine no perdió de vista que algunos clientes los miraban con una mezcla de curiosidad e incomprensión. No debía ser muy habitual que una pareja se marchara antes de los entrantes cuando el simple hecho de reservar ya requería contactos.

—Es fácil ser objetivo con los defectos de un país que no es el tuyo. Además, tengo un hijo —dijo, y la miró dando a entender que eso lo explicaba todo. Ciertamente lo hacía—. Yo sé que nadie se atrevería a toserme porque tengo pinta de pandillero —prosiguió en tono jocoso. Hizo una pausa para despedirse educadamente del maître, que tardó en reaccionar dándole las buenas noches. Una vez en la calle, Magnus le soltó la mano y le indicó el camino de la derecha—, así que no me preocupa mi seguridad. Pero cuando quieres a alguien que es vulnerable, tomas conciencia de los peligros que habitan este mundo. Si te lo digo en porcentajes, lo entiendes mejor: la tasa de criminalidad de Los Ángeles dobla la de Edimburgo. Si su madre no fuera más norteamericana que el cuatro de julio, me lo llevaba a la patria.

Maxine se rio. Le hacían gracia sus particulares expresiones. Había notado que a veces hablaba como un adolescente, rasgo que su hijo le habría contagiado —«si te mola», «pirémonos», «vamos a pillar esto», «va de lujo»—, y otros detalles adorables, como que se refería a Escocia como «la patria» en todo momento.

—¿Cuándo te viniste al país de las oportunidades?

—Cuando comprendí que si quería que mi negocio alcanzara la fama mundial, tenía que abrir una sede en Norteamérica. Preferí Los Ángeles por la playa y el sol, por vivir en un sitio distinto de la oscura Escocia, pero ahora me pregunto si no me habría convenido elegir Nueva York. Es unos cuantos puntos más seguro, aunque no mucho. Claro que cuando me vine no pensaba en tener hijos —apostilló en tono pensativo, más para sí mismo.

—¿No querías ser padre?

Él exageró una mueca cómica.

—Ni de coña. Estaba contentísimo con mis proyectos empresariales, que iban muy bien encaminados, con mis rolletes ocasionales y con mi gimnasio. Pero se rompió el condón, y bendita la hora.

Maxine lo escuchaba maravillada. No había ni un solo tema que no estuviera dispuesto a tocar.

—¿En qué trabajas...? Si puede saberse, claro. No quiero ser invasiva —se disculpó enseguida —. Estoy interrogándote más de la cuenta.

Magnus le dirigió una mirada extrañada.

—¿Por qué iba a ser invasivo? Claro que se puede saber, mujer.

Ella se sintió cohibida al responderse aquella pregunta: lo consideraba invasivo porque había sido invasivo para Hurricane.

A veces se quedaba helada pensando en lo ridícula y cargante que le habría parecido cuando

lo perseguía para conocerlo mejor. Acababa intentando consolarse con que Hurricane ni siquiera tendría una opinión sobre ella, porque para él no había sido más que la excusa perfecta para infiltrarse en Fuego y Sangre. Siempre tuvo asuntos importantes que atender.

Magnus consiguió salvarla de hundirse de nuevo arrancando a hablar sobre su trabajo. Por lo visto, había estudiado Administración de empresas para impulsar una compañía automovilística con un par de amigos, uno de ellos el genio de la operación, ingeniero automotriz, y otro experto en diseño y publicidad. Juntos habían catapultado al éxito la marca Menzie, que vendía deportivos. Ahora planeaban expandir el negocio a la gama media. Estaban trabajando en coches que pudieran interesar a las madres de familia e incorporando mejoras al producto para que las personas con discapacidad pudieran disfrutar de sus ventajas. Le contó con sorna que pretendían llamarla Menzies con la ese, pero que tuvieron un problema con el registro de la marca porque un grupo de aviación se lo había copiado unas cuantas décadas antes. Le habló también de sus compañeros, que viajaban con frecuencia a Estados Unidos —más para hacerle compañía y ver a su ahijado Tavish que por negocios—, pero se negaban a mudarse fuera del Reino Unido. Magnus sonreía al describirle lo bien que se compenetraban Kamron y Sinclair a pesar de ser el primero un auténtico despendolado y tener la segunda un carácter esquivo.

—A ver si adivino: Sinclair es la ingeniera, y Kamron el que estudió publicidad.

—Al revés. Kamron es un cerebrito, pero no es el modelo de listillo que se queda en casa jugando a videojuegos. Sabe cómo divertirse. Sinclair es un tiburón de los negocios, y aunque sea complicada en las cortas distancias, ya ha aprendido a fingir disposición y amabilidad con los clientes. Yo creo que los dos se han gustado siempre, pero no dicen ni hacen nada para, en el caso de que la relación saliera mal, evitar que la empresa se fuera a la ruina. Agradezco de corazón las precauciones, si es así...

Pausó la conversación cuando llegaron al local de las porciones de pizza. Magnus celebró con entusiasmo que estuviera abierto e hizo el pedido con una simpatía tal vez demasiado amistosa. O quizá fuera Maxine la que lo estaba sobreanalizando y comparando sin saber con Hurricane, que habría sido más escueto al alegrarse de que la pizzería no hubiera cerrado y se habría dirigido al vendedor con una cortesía irreprochable.

Maxine se sorprendía pensando en lo distintas que podían ser dos personas que compartían una misma afición. Había imaginado a los amos sadomasoquistas con un carácter concreto, como si todos entraran en el mismo saco, y que cada uno se desenvolviera de forma radicalmente opuesta la descolocaba.

Aunque lo justo habría sido decir que Hurricane no era un amo de verdad, sino un agente especial del FBI.

¿O era las dos cosas?

Una de tantas preguntas que jamás serían respondidas.

Magnus reanudó el paseo cuando ya tenían la porción en la mano. Siguieron hablando sobre todo y sobre nada: trabajo, familia, infancia, deseos frustrados, vocaciones, antiguas parejas, amistades... Incluso incidieron en política y religión, dos temas que su madre le había enseñado a no debatir con nadie con quien no tuviera confianza.

Descubrió que Magnus era un hombre conservador en lo económico, como todo rico que se jactara de serlo, pero volcado en el ámbito social; que no fue él quien le pidió el divorcio a su exmujer; que, de acuerdo a los médicos, su hijo Tavish debería haber muerto en el parto debido a un alumbramiento temprano, pero que sobrevivió como un campeón. Y pronto se sintió lo bastante cómoda para hablar de ella misma con la certeza de que la escucharía.

Magnus la atendía con interés, aunque no como lo hacía Hurricane, como si fuera la persona

más interesante del mundo. Lo prefería así. Una de las cosas que Maxine se permitía no perdonarle era que le hubiera dado a entender con sus actos que ella le importaba.

En un momento dado, y tal y como Maxine había previsto, la tira de una de las sandalias se rompió y tuvo que quitársela sin otro remedio. Magnus propuso ir a comprar otras, pero todas las tiendas estaban cerradas, así que sugirió otra alternativa: se agachó y la cogió en volandas.

—¿Qué haces? —se rio ella.

—Llevarte de vuelta al parking sin que te manches los pies.

—Mancharme los pies sería el menor de mis problemas si acabara pisando algo afilado.

—Eso también te lo vas a ahorrar si te llevo en brazos. —Le guiñó un ojo.

Maxine se dejó salvar rodeándole el cuello. No estaba cómoda con su peso, por lo que le preocupaba que Magnus hiciera algún comentario arrepentido o se cansara, pero eso no sucedió: había olvidado por un momento que el tipo era un adicto al deporte, y sus músculos, además de vistosos, resultaban útiles. Fue consciente de ellos, de su solidez y su masculinidad, durante todo el trayecto de vuelta a Providence, en el que recibieron miradas divertidas.

Se preguntó cómo se verían desde fuera, si como una encantadora pareja, como dos buenos amigos con gusto por el cachondeo o como un caballero que había acudido al rescate de una desconocida. Se lo estuvo preguntando hasta que Magnus se agachó lo justo para que Maxine pusiera los pies en el suelo, a tan solo un saltito de refugiarse en el Mercedes.

No lo hizo porque él la estaba mirando con la respiración agitada. No le había supuesto un gran esfuerzo, pero tampoco estaba fresco como una rosa.

Maxine se lo agradeció con una sonrisa y retirándole un mechón de pelo de la cara.

—Lo tengo demasiado largo —comentó él, sin apartar la vista de su expresión pensativa—. Ya va tocando ir a la barbería.

—A mí no me disgusta así —reconoció ella en voz baja.

Él le sonreía con sorna. Para mirarla tenía que agachar sutilmente la barbilla.

—Aún no tienes suficiente poder sobre mí para decidir cómo me corto el pelo, Mimosita.

—¿Me vas a llamar Mimosa siempre? ¿Tengo que dirigirme yo a ti como Rob Roy?

—No sería necesario a no ser que nos encontráramos en Vesper’s. De todos modos, a ti el apodo te sienta como un guante.

—¿Y a ti no? El cóctel Rob Roy tiene whisky escocés, una bebida que seguro que te encanta y además te define, y vermú, que es un licor intenso y con toques balsámicos. Aunque también es amargo —continuó—, y hoy no te he visto la amargura por ningún lado.

—Si sigues quedando conmigo —sugirió con intención—, seguro que la acabas encontrando en alguna parte.

—¿En qué parte, más o menos? ¿Entre el ombligo y las rodillas?

Magnus soltó una carcajada.

—Estás más obsesionada con el sexo que yo, y eso ya es decir.

—No utilices la psicología inversa conmigo. Por más que saques el tema, no me darán ganas de acompañarte a casa.

—Lo sé —se lamentó con exagerada tristeza—. Pero ¿me dejarás besarte antes de que acabe la noche?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—No te percibía como la clase de tipo que pedía permiso para tocar a una mujer.

—Yo siempre pido permiso... —Se inclinó sobre Maxine y le cubrió la mejilla con la mano ahuecada—, pero si quieres que sea más invasivo, solo tienes que pedirlo.

Magnus no volvió a solicitar permiso otra vez. Tomó sus labios al mismo tiempo que Maxine

los separaba para aceptar un beso muy merecido y por el que en el fondo sentía curiosidad. Quería saber si besaba a las mujeres con las que salía a cenar igual que como lo hacía con las sumisas de otros amos.

Su duda fue resuelta enseguida.

Magnus la rodeó con un brazo por la cintura, y ese brazo bastó para ceñirla a su cuerpo como un cinturón de seguridad. No le había dado tiempo a su boca a hacerse al ritmo al que quería besarla, ni su cuerpo estaba preparado para la explosión de sensaciones que le provocó su contacto. Seguía oliendo de maravilla, y la textura de sus labios, áspera por la barba y al mismo tiempo deliciosamente húmeda, la sedujo para corresponder el movimiento de su lengua y abrazarlo de vuelta.

Se aplastó contra su recio pecho, un conjunto de relieves macizos, y abarcó su rostro con las manos para obtener un mejor acceso a la boca que la devoraba. Magnus no disimulaba su pasión ni sus ganas de ella, un aspecto que encontró irresistible al tiempo que halagador. No se contenía y emitía gruñidos con la garganta cuando ella presionaba sus mejillas con las yemas de los dedos, la agarraba de las nalgas guiado por un instinto posesivo y la mordisqueaba como si quisiera que al día siguiente todo el mundo supiera lo que había estado haciendo.

Maxine no fue consciente de que había empezado a excitarse hasta que se oyó gemir. Fue él quien se separó, quizá interpretando el sonido como un «apártate» o «dame espacio».

Lo miró a los ojos y se relamió de forma involuntaria. Se tiró del borde del vestido hacia abajo, que había sufrido las consecuencias de la despedida, y juntó los muslos para disimular la reveladora contracción de su sexo.

Tragó saliva antes de balbucear:

—Bueno, si... si quieres... que vayamos a tu casa...

Magnus no cantó victoria ni hizo un comentario que la hiciera deleznar su arrogancia. Le abrió la puerta del copiloto y esperó a que estuviera sentada para ponerle él mismo el cinturón. Cuando hubo sonado el clic, la acorraló con un brazo, plantando una mano en el hombro del asiento, y la otra la metió entre sus muslos. Maxine los separó todo cuanto se lo permitió la escasa elasticidad del vestido, y no respiró ni dejó de mirarlo a los ojos hasta que sus dedos le rozaron la tela húmeda del tanga.

El corazón se le encogió al ver que se mordía el labio.

—¿Te acuerdas de lo que te dije, Maxine? —susurró contra su boca entreabierta—. La primera vez que te besé. —Ella se ruborizó y asintió con la cabeza—. ¿Sí te acuerdas? —insistió, acariciando la hendidura por encima de la prenda—. ¿Qué fue?

—Que la próxima... que cuando me pillaras, me ibas a... —Volvió a humedecerse los labios. No contó con que Magnus aprovecharía para sacar la lengua e instarla a abrir la boca para recibir un beso tan provocador como el movimiento de sus dedos.

—Que te iba a follar tan fuerte que te ruborizarías cada vez que oyeras mi nombre —completó él una vez se separó. Maxine empezaba a sentir que explotaría si no le ponía las dos manos encima—. Es curiosa la casualidad, ¿no te parece? En Fuego y Sangre no habrías podido porque no lo conocías, pero ahora que ya sabes cómo me llamo, no vas a tener excusa.

No podría haber cambiado de idea ni aunque hubiera querido. Magnus pasó todo el viaje en coche lanzándole miradas prometedoras, y solo apartaba la mano de su muslo cuando tenía que cambiar la marcha. Maxine no era inmune a esa clase de detalles que la hacían sentir bella y digna de pasión.

La habían deseado antes. Dylan, y quería pensar que también lo hizo Hurricane, pero ninguno se lo había demostrado de una manera tan ferviente. Ninguno se había saltado los semáforos por las ansias de llegar al dormitorio.

Maxine no pensaba que semejante devoción mereciera ser premiada si a ella no le apetecía. Si acabó llegando hasta allí, hasta el lujoso chalé de Magnus en el barrio de Beverlywood, fue porque encontraba conmovedor aquel anhelo tan intenso, anhelo que le contagió cada vez que la paró a las puertas de una habitación para recostarla contra el marco y besarla como si llevara deseándolo toda la noche. Para él, todos los besos eran el primero, todos eran un primer beso. Y ella estaba encantada dejándose llevar y manipular por las manos del Goliat más dulce de Los Ángeles.

—¿Eres tan cariñoso con las mujeres a las que no les gusta el sadomasoquismo? —logró preguntarle entre jadeos mientras él la empujaba suavemente con su cuerpo hacia el interior del dormitorio.

—Soy cariñoso con todas las mujeres —aclaró antes de deslizar las manos por sus nalgas para levantarle la falda por el borde trasero. Magnus emitió un gorjeo erótico al comprobar que llevaba un tanga negro, y empezó a repartir besos por su cuello humedecido por el sudor mientras hundía los dedos en su carne blanda—. Sobre todo con las que tienen un culo como el tuyo.

—¿También eres... así de halagador con... todas las mujeres?

—¿Quiénes son y dónde están todas esas mujeres? Ahora mismo solo hay una en mi casa. Si no te importa, voy a concentrarme en ella.

Maxine suspiró y echó la cabeza hacia atrás para seguir recibiendo carantoñas. Podría acostumbrarse, pensó; podría acostumbrarse a la adoración de lo que parecía un dios sexual, a que unas manos posesivas la rodearan siempre, la estrujaran, la acunaran.

También pensó que no podría soportarlo. Ni siquiera fue capaz de permitir que Dylan la tocara después de haber empezado a intimar con Hurricane, y por entonces aún amaba a su expareja... o creía hacerlo. Una parte de ella sentía que lo estaba traicionando a pesar de hallarse a miles de kilómetros de distancia, porque su cuerpo y su pasión le pertenecían; esa era una verdad irrefutable.

Pero creyó que también se estaría traicionando a sí misma en el proceso, cuando en realidad no era así.

Maxine deseaba al hombre que la estaba desnudando entre jadeos impacientes. Sus manos volaban hacia los botones de su camisa y su pantalón para descubrir cuanto antes un cuerpo creado para la contemplación. No estaba fingiendo ni exagerando, no estaba echando de menos a Hurricane. Estaba gozando del presente.

Lo besó mientras le sacaba la camisa por los brazos y la arrojaba a un lado. Meses atrás no podría haberse imaginado acostándose con un hombre en la primera cita, pero había llovido desde entonces y sus concepciones sobre el sexo habían cambiado tanto que solo podía pensar en montarlo de una vez por todas. La curiosidad por experimentar con un ejemplar como aquel la estaba matando.

Y parecía que el anhelo era correspondido.

—Jamás se me habría ocurrido que un hombre como tú se fijaría en mí —musitó entre besos desesperados. Dejó que él la tendiera sobre la cama y a continuación su cuerpo se cerniera sobre ella como una tormenta, proyectando una sombra misteriosa—. Las... curvilíneas no somos muy populares en los gimnasios.

—Te puedo asegurar que eso no es cierto. Es más bien al revés —ronroneó él, separándole las

piernas para encajarse entre sus caderas—. Pero es posible que hayas estado perdida mucho tiempo, Mimosita. A veces actuamos para el público equivocado y no nos damos cuenta hasta que acaba la función.

—No me digas que te puedes hacer el sabiondo en esta situación —se rio, sofocada, cuando empezó a sentir que su mano subía hacia el borde del tanga.

Magnus enrolló los dedos en la tira y lo deslizó hacia abajo con ayuda de Maxine, que alzó las caderas antes.

—Yo puedo hacer de todo en esta situación.

Maxine aguantó la respiración al verle deslizar las manos por sus muslos, sus rodillas, sus pantorrillas. Se acodó a las puertas de su sexo, expuesto ahora que él le había separado más las piernas.

Cerró los ojos en cuanto sintió el primer beso en la ingle, las cosquillas que la barba le provocaba entre los muslos, el indicio de sonrisa contra los pliegues que fue tanteando con los dedos antes de introducir la lengua en su cavidad.

Maxine se retorció sobre la cama y fue a juntar las rodillas, pero el deseo venció el pudor inicial y dejó que la saboreara con los músculos apretados. Magnus desplazó la punta de la lengua hacia arriba y pulsó el clítoris hasta que Maxine echó la cabeza hacia atrás, jadeando. Un pensamiento fugaz cruzó su mente: la última vez que un hombre la había besado entre las piernas fue en Vesper's, en la mesa de Califa, delante del mandamás, de su pareja y de Carey. Mejor dicho, no fue un hombre el que la había besado entre las piernas; había sido Hurricane. Pero Hurricane no estaba allí, y Magnus sí, y se desenvolvía de tal manera usando sus manos y su boca abrasadora que no le costó condenar el pensamiento a un rincón.

Una vez se rebeló contra su tendencia autodestructiva, alargó la mano hacia el cabello de Magnus y lo incitó a continuar sus caricias presionándolo hacia abajo delicadamente. Gimió en voz alta al notar que atrapaba uno de los pliegues entre los dientes y lo succionaba con sus labios generosos, sin descuidar en ningún momento todas las caricias con las que podía atenderla usando la mano que no necesitaba para apoyarse en la cama.

Poco a poco, el calor se fue apoderando de ella hasta nublarle el juicio, hasta impedirle concentrarse en algo distinto a las sensaciones que se agolpaban en su bajo vientre, en su pecho, en el centro de su garganta, en su nuca. Se estremeció de arriba abajo, sabiendo que se acercaba el orgasmo, y elevó las caderas sin darse cuenta para pedir más. Magnus le concedió el deseo penetrándola con la lengua y curvándola en su interior, sin dejar de rozar a la vez el pliegue central con el pulgar.

Maxine intentó morderse la mejilla interior para no gritar, pero acabó hiperventilando cuando el orgasmo arrasó con todo su cuerpo, haciéndola ondular como las olas del mar.

Abrió los ojos y se topó con la mirada vidriosa de Magnus, que se había levantado para retirarse la ropa interior, un bóxer blanco que contrastaba con su piel bronceada y que no le hacía justicia a la erección que contenía.

Se le hizo la boca agua mientras lo admiraba con una mezcla de incredulidad y deseo. Finas venas marcaban sus gruesos antebrazos, le había crecido pelo en el centro del pecho y debajo del ombligo, que seguramente se afeitara para lucir los tatuajes en todo su esplendor, y lo que era más importante: Maxine era la única responsable de que su miembro estuviera erecto.

—Hay condones en mi bolso —se oyó decir con la respiración agitada, en absoluto preocupada por cómo se viera su cuerpo en semejante postura. Él estaba disfrutando de la visión y ella estaba cómoda siendo observada, y eso era lo importante.

Magnus sonrió de lado.

—Qué tierna. Parece que al final sí te planteabas acostarte conmigo.

—Te lo has ganado.

—¿Por qué? —Enarcó una ceja y rodeó la cama gloriosamente desnudo para sacar un preservativo de la mesita de noche. Lo cerró de un golpe de rodilla—. ¿Porque te he comido el coño?

Maxine se ruborizó, e intentó contrarrestarlo con una recriminación, pero la voz le salió débil e impaciente:

—Porque has sido encantador esta noche.

Magnus sonrió por el halago y se inclinó al tiempo que la tomaba de la barbilla para besarla en la boca.

—Tú eres encantadora —susurró. En el mismo tono sugerente, ordenó—: Date la vuelta. Me encanta tu carita, pero si estás de acuerdo, te voy a follar tumbada.

—¿Tumbada...?

Maxine obedeció con reticencias y al mismo tiempo ansiosa por descubrir lo que tenía preparado. Hizo lo que le indicó y se colocó una almohada en el vientre para poder separar las piernas lo justo para que el aire acariciara su entrepierna mojada. No podía verlo, y quizá por eso su contacto se sintió tan eléctrico: la tocó entre los muslos con los dedos antes de introducir dos dedos.

—Parece que te gusto un poco, Mimosa.

—Lo suficiente —jadeó ella.

Lo oyó reír antes de retirar la mano, como si solo hubiera querido comprobar que estaba lista para recibirlo. Maxine emitió un hondo suspiro cuando empezó a notar la presión del miembro empujando. Curvó la espalda para ofrecerle sus caderas y alargó un brazo hacia atrás para separarse una de las nalgas. Magnus colocó su palma encima y la usó de apoyo para introducirse dentro de ella.

—Deja de hacerte la dura, mujer de Dios —le susurró—. Estamos aquí porque queremos.

Maxine apretó los dientes antes de rendirse con un gemido liberador. Con la mano libre agarró la sábana; así se preparó para el movimiento de caderas al que Magnus la sometió en cuanto sus músculos internos se acostumbraron a su tamaño. Él liberó su mano para apoyarse a cada lado de su cintura y detuvo un instante las embestidas para besarla en los hombros, la nuca, todas esas zonas que le quedaban cerca. Maxine se estremeció al sentir su cálida lengua recorriendo la línea de su espalda, un dulce detalle con el que la relajó antes de retomar los embates, a cada cuál más brusco que el anterior.

—Qué espectáculo de mujer —le oyó gruñir.

Siempre le había gustado que la halagaran durante el sexo. La hacía sentir más bonita y avivaba su deseo de complacer a su amante. Magnus sonaba sincero y arrebatado de pasión, y gracias a esto, cualquier atisbo de duda desapareció de escena, como asimismo los reparos y pronto también los pensamientos, que él borraba cada vez que se introducía en su cuerpo. Notó que al amparo de sus caricias y sus palabras se iba ablandando y dilatando hasta que todo su ser cedía para acoger un segundo orgasmo particularmente intenso porque él siguió penetrándola, como si pretendiera encadenar uno con otro. No sería la primera vez que le sucedía, pero se dejó hacer, disfrutando en secreto del hecho de estar inmovilizada, de tener a un hombre ejecutando con mucho gusto todo el trabajo.

Cuando Magnus fue a correrse, inclinó la cabeza sobre el perfil de Maxine y la besó en el cuello de tal manera que ella se estremeció antes, durante y después de que él se retirara para vaciarse donde más le apeteció. Sintió el líquido ardiente deslizándose por su piel, colándose por

la ranura de las nalgas, y llevó las manos a la espalda mientras gemía en voz alta para separarse los cachetes y permitir que la llenara.

Magnus se dio cuenta y se rio, ronco, tan cerca de su rostro que tuvo que contagiarla, porque se sorprendió sonriendo y devolviéndole un beso rápido pero intenso.

—A ver si el que se va a ruborizar soy yo, Mimosita —susurró tentadoramente.

—Así nos ruborizaríamos uno de los dos, porque yo estoy igual, Rob Roy. No ha estado mal, pero no me digas que eso es lo único que tienes para mí —replicó en tono juguetón.

Era una provocación ridícula, porque temblaba tanto que él debía de haberse dado cuenta.

—Tranquila —la apaciguó el amo—. Hemos empezado de espaldas; todavía nos queda follar cara a cara y de lado... Así que ve dándote la vuelta.

Capítulo 7

Jace se presentó en las oficinas del FBI con la mayor de las turbaciones.

Hacía horas que había perdido de vista a Ayane.

Pensaba que en el último mes y medio habían mejorado la convivencia. Ayane no quiso volver a incidir en la conversación que mantuvieron aquella tarde, pero se mostraba más habladora y vitalista, se animaba a salir, aunque fuera a hacer la compra o dar un solitario paseo por las zonas verdes de la ciudad, y había empezado a ser consciente de la presencia de Jace. Le preparaba el café por las mañanas, le propuso escuchar juntos el último álbum que su grupo de rock preferido acababa de sacar... Incluso habían llegado a intimar en el dormitorio. Claro que después de sentirse violentos, ambos concluyeron que sería mejor renunciar a esa parte de la que fuera su relación.

Si es que así podía llamarse.

Pero todo aquello presentaba una notable mejoría. Por esta razón, cuando transcurrieron más de seis horas sin noticias suyas y no la encontró por ninguna parte, empezó a preguntarse si no habría malinterpretado su nueva actitud. Muy a menudo, que una persona en un grave estado depresivo se animara de pronto no era un indicador de mejora, sino todo lo contrario.

Temía por la vida de Ayane y de lo que fuera capaz de hacer una vez se hubiera desprendido de sus últimos escrúpulos hacia la vida. Era lo bastante práctica para urdir el suicidio perfecto, y, bajo sus estrictos parámetros, tenía motivos para hacerlo: depender de los demás y creerse una fracasada habían sido siempre sus mayores miedos.

Un funcionario del cuerpo le indicó que el director estaba en la sala anexa a la sala de interrogatorios. Su asombro no pudo ser mayor cuando, nada más entrar, Jace reconoció a Ayane al otro lado del cristal.

Comprendió enseguida por qué no le había informado de adónde iba.

Él estaba en contra de que la forzaran a hablar en semejante estado.

Tuvo que contar hasta cinco para no prorrumpir en acusaciones contra Wray, que lo miraba como si esperara de su parte un arrebato de violencia.

No estaba solo. Le acompañaba el psiquiatra asociado al caso, Ben Chambers, que se limitó a dirigirle a Jace su silenciosa compasión.

—¿La estáis entrevistando en la sala donde se convoca a los sospechosos? —inquirió, procurando contener el acceso de rabia—. ¿Acaso queréis amedrentarla?

No le habría extrañado un pelo viniendo de un hombre con la sangre tan fría.

Antes de ser nombrado octavo director del FBI por el presidente al cargo en el año 2017, Christopher Wray ejercía la abogacía en el renombrado bufete King & Spalding, donde ganaba un sueldo más lucrativo que en las oficinas entre salario base y primas. Por más que sus credenciales fueran admirables, sobre todo su rol de fiscal general adjunto en la División Penal de la Administración, Jace aprendió muy joven a no fiarse de la gente que tenía su propia página en Wikipedia. Especialmente cuando esa misma gente poseía asimismo un patrimonio superior a los veinte millones de dólares. Que lo hubiera elegido para el cargo Donald Trump, una celebridad ahora política con cuyas ideas Jace no predicaba en absoluto, no hacía sino aumentar su desconfianza inicial.

Pero no le quedaba otro remedio que callar y otorgar. Seguía siendo su superior, y más allá de sus opiniones personales, Jace no podía decir que Wray hubiera sido injusto con él. El director le tenía por uno de los agentes especiales más competentes de la oficina, y actuaba en consecuencia

concediéndole privilegios.

—Cuida tu tono, Ryder —le sugirió Wray, cruzado de brazos ante el cristal.

—Estoy cuidando mi tono —contraatacó. A veces, confiado en que los favoritismos de Wray serían su red de seguridad, se animaba a hacer oír su descontento—. Los que no estáis cuidando de vuestros agentes sois los de arriba. Presionar a una víctima con estrés postraumático no...

—Chambers, que es el profesional, no cree que vaya a resultar dañino, y ha venido ella por su propio pie —interrumpió Wray, vigilando su reacción con el rabillo del ojo—. Asumo que no tenías ni la menor idea. Nos escribió formalmente hace un par de días para proponer una citación, y henos aquí hoy.

Jace fue a decir que no era posible que hubiera tomado semejante decisión sin antes consultársela o, al menos, comunicarla, pero ni él mismo se habría creído el argumento. Si se fijaba bien, la expresión de Ayane era la definición de inocente o bien la del perfecto culpable. Estaba relajada en el asiento, aunque no tanto como para repantigarse —cosa que habría hablado a gritos de una urgente y por ello sospechosa necesidad de transmitir indiferencia—, y llevaba la clase de atuendo que un abogado despiadado le recomendaría a su cliente para ganarse la simpatía del jurado: un vestido ceñido pero con escote recatado que Jace reconoció incluso sin verla de pie, aquel de color ocre que solía ponerse para los almuerzos con sus suegros y las entrevistas de trabajo. Lo combinaba con un maquillaje sutil, apenas un toque de máscara de pestañas y vaselina en los labios.

Se había lavado el pelo y lo llevaba recogido en una coleta alta.

La puerta se abrió. El agente Anderson y su compañera, la agente García, comprobaron que Ayane estaba sentada con las manos sobre los muslos y entraron con pies de plomo, como si no se hubieran invitado a incontables cervezas antes, como si ellos no hubieran estado tan preocupados como Jace tras su desaparición. La diferencia era que Anderson y García aprendieron a encajar su pérdida una vez transcurrió el tiempo de rigor, aquel período que separaba la probabilidad de localizar a la víctima de la sugerencia que Jace jamás se tomó en serio: «Es mejor que vaya metiendo sus pertenencias en una bolsa».

Observó la escena desde su lado del cristal, diseñado para vigilar con discreción lo que sucedía al otro lado.

Fue García la que se sentó frente a Ayane. El protocolo no escrito de los interrogatorios recomendaba poner a las mujeres juntas bajo la premisa de que se entenderían mejor.

A través de los altavoces colocados en la salita anexa, Jace escuchó el suspiro de la agente.

—Bueno, Nagai. Aquí nos tienes. Puedes comenzar cuando quieras. ¿O prefieres que conduzcamos la entrevista con preguntas concretas?

—Lo preferiría —admitió Ayane con cierto alivio—. No sabría por dónde empezar.

García se cruzó de piernas bajo la mesa y fingió hojear el expediente.

No necesitaban los papeles para recordar lo que había ocurrido. Si bien el FBI se traía siempre entre manos misiones peliagudas, la red de tráfico humano que destaparon a raíz de la desaparición de dos ciudadanas norteamericanas hacía alrededor de tres años había sacudido los cimientos de las oficinas.

Era una herida en carne viva que el departamento estaba desesperado por cerrar.

—Estuviste destinada en Koh Phangan para averiguar por qué y cómo desaparecieron las jóvenes Amelia Cox y Jaylani Patel durante las fechas en las que acudieron por invitación al evento sadomasoquista llamado Fuego y Sangre —recapituló Anderson en tono monótono—. Perdimos el rastro de Patel en el año 2019, de Cox en 2020, y tú dejaste de contactar con nosotros en 2021. De acuerdo a la información de la que el agente Ryder nos proveyó, recabada durante su

misión el pasado octubre de 2022, se cree que los traficantes de la red de trata tailandesa captan a todo tipo de mujeres en la Fiesta de la Luna Llena, celebrada cada quince días en la isla. Algunas de esas mujeres dan la casualidad de ser turistas extranjeras que forman parte de la experiencia sadomasoquista...

—Puedo confirmar que es así como interceptan a las mujeres —interrumpió Ayane con seriedad—, pero no que la elección sea arbitraria. Creo recordar que el agente Ryder testificó durante su entrevista que, a raíz de la desaparición de una cuarta víctima, Carey Reynolds, confirmó que los mandamases de Fuego y Sangre estaban vinculados con la trata. Yo puedo corroborarlo.

Jace arrugó el ceño al oír el nombre de la dominatriz.

¿Cómo sabía Ayane que Carey Reynolds había desaparecido? Era improbable que hubieran coincidido en el evento.

Como si le hubiera leído el pensamiento, alzó la barbilla para mirar a la habitación contigua. Había formado parte de tantos interrogatorios en aquella misma sala —solo que en el rol contrario— que sabría dónde estaban el director y el psiquiatra.

—No he estado tan despegada de la investigación que el FBI siguió llevando a cabo después de mi rescate. He oído el nombre de la chica las suficientes veces para imaginarme cuál ha sido su destino.

—¿Que es...? —inquirió García.

Ayane volvió a concentrarse en la agente.

—Lo que tengo entendido es que las mujeres como Carey, es decir, caucásicas, van a parar a países como México. A aquellas con rasgos orientales suelen llevarlas a distintos destinos del continente asiático; de ahí que yo acabara en Shanghái.

—¿Por qué? —quiso saber Anderson.

—Cuestión de demanda. La mayoría de los consumidores de prostitución en Asia, muchos de ellos turistas sexuales, quieren mujeres con rasgos orientales. Las caucásicas suelen aterrizar en España, México, Holanda... Si queréis concreción, una conversación entre los traficantes mencionó Acapulco.

—¿Es hasta allí hasta donde se extiende la red?

—No, no termina en Acapulco —resolvió con gravedad, cruzándose de piernas—. No termina nunca, o al menos no lo parece por la cantidad de implicados que la conforman. Los que me tuvieron retenida colaboran con los que se llevaron a las chicas prestándose dinero y mercenarios, compartiendo medios de transporte de drogas para los desplazamientos..., pero luego cada uno opera y manda en su zona. Puedo dar apodos que he oído, no así datos sensibles como dónde se encuentran o qué han hecho con exactitud para empapelarlos.

—¿Tampoco podrías proporcionar detalles de los traficantes de Shanghái?

Jace observó que la expresión de Ayane se endurecía.

—Podría —contestó pasado un rato, apoyando la palma de la mano sobre la mesa. Se la miró con aparente indiferencia—, pero lo imperante es traer de vuelta a las norteamericanas que corren peligro, ¿no es así?

—Como ya sabrás, el FBI está trabajando con otras inteligencias extranjeras para abordar este problema de forma global —explicó Anderson—. Nuestro problema es ahora también problema de los tailandeses y de todos los países implicados.

Ayane curvó los labios en una sonrisa tenebrosa.

—Os recomiendo que no esperéis que los cuerpos de seguridad tailandeses cooperen. La mitad está comprada, y no me extrañaría que así fuera también en el resto de lugares afectados

por la red. Fuego y Sangre mueve tanto dinero que ni siquiera un policía con un bonito sentido de la justicia podría resistirse a mirar para otro lado, y por eso ocurre lo que ocurre en la Fiesta de la Luna Llena. Cuando yo estuve en Koh Phangan y eché un ojo a las estadísticas de desaparecidos, me costó justificarlas sin antes aceptar que la policía turística y las oficinas gubernamentales estaban siendo sobornadas.

—¿«Fuego y Sangre» es como la organización de la trata se hace llamar?

—No —le contestó a Anderson—, solo he usado el título para englobarla en un par de palabras. No todos los implicados en el evento sadomasoquista saben lo que está sucediendo. Por ejemplo, yo no investigaría a los representantes de California, Califa y Angel Face.

—¿Cómo sabemos que lo que pretendes al quitar la diana de sus cabezas no es guiarnos por el camino equivocado? —tanteó García.

Jace cambió el peso de pierna, cada vez más impaciente.

—Esas no son las preguntas adecuadas —masculló para sí—. Están perdiendo el tiempo.

Wray se giró hacia él con su característica pose, la de los codos abrazados, y propuso con aparente inocencia:

—¿Por qué no entras tú y tomas el mando, entonces?

—Porque soy su marido —atajó Jace con frialdad.

—Eso es un impedimento cuando los sentimientos del susodicho pueden interferir en su juicio, pero yo te veo bastante lúcido —desestimó con naturalidad—, y eres la persona adecuada para hablar de una misión en la que estuviste involucrado. Si metes la zarpa, ya intervendré yo para poner orden.

—No creo que sea una buena idea —intervino Chambers, turbado—. El agente Ryder...

—El agente Ryder, según tu informe, está más fresco que una rosa —interrumpió Wray—. A no ser que quieras explicarle a la junta que has adulterado el contenido, te sugiero que le abras paso para que releve a sus compañeros.

Jace intercambió una mirada rápida con Chambers. Se notaba que estaba en desacuerdo con la decisión del jefe, pero ninguno era nadie para contradecirle.

Puso rumbo a la sala de interrogatorios. No necesitaba los datos de Ayane para concentrarse; lo tenía todo en la cabeza, fresco como si acabara de memorizarlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Anderson, sorprendido al verlo entrar.

—Relevo —acotó. Les hizo un gesto seco con la cabeza para que abandonaran la estancia.

García pestañeó, confusa.

—¿Wray lo ha autorizado?

No hubo más preguntas, aunque sí miradas aprensivas. García incluso le palmeó el hombro para infundirle ánimos antes de desaparecer, un gesto cariñoso que, sin embargo, le crispó los nervios. De un tiempo a esa parte, Jace interpretaba cualquier acercamiento humano como un despliegue de condescendencia.

No apartó la mirada de Ayane desde que entró a la sala hasta que se sentó. Una vez hubo plantado los codos sobre la mesa e inspeccionado su expresión en busca de una fuga, un tic que delatara la mentira o el nerviosismo, fue al grano.

No le pasó desapercibido que Ayane vacilaba al leer en sus ojos la pregunta que haría a continuación.

—Antes de perderte la pista, estuviste unos días investigando en Koh Phangan. Después, en el ojo del huracán, tuviste que tratar con alguno de esos implicados que acabas de mencionar. Así que... —Echó la silla hacia delante. Inclinado sobre la mesa, entrelazó los dedos—. ¿Quién es el traficante involucrado con Fuego y Sangre, si no es Califa o Black Russian?

—No lo sé con exactitud. Nunca he visto al cabecilla de la organización, ante el que responden los representantes de cada país. Pero tiene que haber un traficante o un ayudante en cada evento seleccionando a las futuras víctimas a partir de las listas de participantes, porque después de hacer mis investigaciones, me percaté de un detalle significativo: todos los invitados regresaban al año siguiente a no ser que los hubiesen vetado por su comportamiento, tuvieran otro compromiso o hubieran fallecido. Las únicas sadomasoquistas que no contestaban a la invitación eran mujeres entre los veinte y los veinticinco a las que tampoco se les volvía a ver el pelo en sus clubes de confianza, pero esto no llamaba la atención de nadie porque ni Amelia Cox ni Jaylani Patel eran clientas habituales.

»Aparte de este detalle, las víctimas comparten descripción: están solteras y son solitarias. Llevan una doble vida en sus casas, por lo que ningún miembro de la familia al que pudieran interrogar sabrían que la víctima fue a Tailandia a un evento BDSM.

—¿Quiénes dan las órdenes en Fuego y Sangre aparte de Califa y Black Russian? ¿Hay alguien más en la organización?

—Hay tantos jefes en la cúpula que perdí la cuenta, pero me quedé con aquellos a los que vi u oí mencionados: Arak, El Diablo, Desi Daru y Mekhong. Nunca he llegado a averiguar sus nombres reales. Sé que cada uno pertenece a un país distinto. Califa es norteamericano, Black Russian es de Europa del Este, Arak es turco, El Diablo es cubano, mexicano o dominicano, nunca lo supe bien... Desi Daru es indio y Mekhong es tailandés, o de algún lugar asiático. En Asia traté con Mekhong y Arak, que por cercanía viajaban más a Shanghái. El Diablo es la bestia del sur americano... y ya no puedo asegurar que los demás formen parte de la red.

—¿Cómo recabaste toda esa información?

—Seguí con la misión una vez aterricé en la ciudad china —respondió con sencillez—. Al menos, esa fue mi intención, pero las autoridades respaldan a los traficantes, y el blindaje que les proporcionan los sicarios les hacen intocables.

Jace se tomó un momento para respirar hondo y rogar su perdón en silencio antes de hacer la pregunta que Wray haría si él no encontraba el valor.

—Fuiste entrenada para sobrevivir a situaciones de alto riesgo, y lo has hecho. Te encontramos intacta, sin signos de violencia. ¿Por qué no conseguiste escapar, cuando es obvio que los traficantes te tomaban por un activo importante?

—Precisamente porque uno de los cabecillas estaba obsesionado conmigo, me era imposible pasar más de cinco minutos sola. No podía escabullirme a un restaurante y solicitar una llamada, si es lo que me estás recriminando.

—Yo no te recrimino nada. Solo quiero saber —replicó, lanzándole una mirada a caballo entre la súplica y el reproche—. Dime el nombre del cabecilla.

—Nunca lo averigüé —respondió, frotándose un antebrazo.

Se le había puesto el vello de punta.

Jace enarcó una ceja.

—¿No? ¿Pasaste un año entre sus garras y jamás oíste cómo alguien lo llamaba?

—No. Alguna que otra vez me pareció que se referían a él como «El Kaev» o «Al Kaev», pero dudo bastante que ese fuera su nombre real.

Lentamente y sin quitarle la vista de encima, Jace se echó hacia atrás en el asiento.

—¿Por qué no lo mataste? —preguntó sin rodeos. Le asqueaba poner el peso de su rescate sobre sus hombros, como si en lugar de una joven agente fuera el mismísimo Dios y hubiera podido salvarse chasqueando los dedos, pero eran las dudas que rondaban la mente de Wray. Sería mejor que las satisficiera él en lugar de darle al director la oportunidad de acorralar a

Ayane. Y, en el fondo, Jace también tenía ese interrogante—. Apuesto la vida a que estaban rodeados de armas, y tú has sido entrenada para defenderte en los casos extremos.

El semblante de Ayane adquirió un tinte sombrío.

—Saben qué decirte y cómo tratarte para que no sientas el menor deseo de devolver el golpe; para que incluso regresar a tu vida anterior se convierta en tu peor pesadilla.

A Jace se le entrecortó la respiración al escucharla. La charla se estaba volviendo inquietantemente personal, y aunque ya sabía que sucedería, no había tenido tiempo para prepararse.

Intentó disimularlo inspirando hondo, pero la inflexión de su voz reveló su vulnerabilidad.

—¿Por qué no desearías volver a tu vida anterior?

Ella se humedeció el borde del labio superior antes de responder.

—La mayoría de las víctimas de trata son mujeres jóvenes de un estrato social muy bajo a las que invitan a un país con el pretexto de darles un trabajo honrado. Una vez llegan, el proxeneta les retira el pasaporte y el resto de la documentación, las incomunican y las maltratan física y psicológicamente hasta que llegan a la conclusión de que no merecen nada mejor que lo que tienen; de que son una basura humana. Después de verse obligadas a entregar su cuerpo una y otra vez cada noche, y a clientes a cada cuál más cruel, empiezan a preferir que el marido o el padre que dejaron atrás piense que los abandonaron por una vida de ensueño antes que escapar y describirles las vejaciones que han sufrido.

»La humillación transforma al ser humano, y, cuando no, lo incapacita —prosiguió, sosteniendo la mirada de Jace en todo momento—. Eso por no mencionar el miedo a las represalias. Sabiendo como todas sabíamos que los proxenetas y sus jefes tenían contactos a lo largo y ancho de la ciudad, además de teléfonos pinchados, localizadores y experiencia lidiando con mujeres desesperadas, teníamos que callar y obedecer si queríamos conservar nuestra vida.

—¿Eso es lo que hiciste tú? —preguntó sin poder soportarlo más—. ¿Callar y obedecer?

Ayane se quedó en silencio, y en ese silencio cargado de tristeza y compasión hacia él, jamás hacia sí misma, Jace creyó ver un resquicio de la mujer que fue una vez. Ella no creía en la piedad, ni para los monstruos ni para los solo defectuosos, pero no por esto era inmune a la empatía.

—Me considero afortunada porque nunca llegué a trabajar en las calles o los prostíbulos. Desde el primer momento fui elegida para ejercer como acompañante de lujo, y no desempeñé el rol más que en un par de ocasiones. El mandamás estaba tan obcecado en tenerme solo para él que no me dejaba salir de su habitación de hotel. —Vaciló—. O lo que creo que era una habitación de hotel.

—¿Qué hotel?

—Nunca lo he sabido, pero podría dibujar lo que veía desde los ventanales. También podría ayudar a dibujar al que me tuvo recluida. Incluso a El Diablo, al que vi en una videollamada.

Jace tuvo que hacer una pausa para ordenar sus ideas y asimilar la información. La verdad estaba siendo más dura de lo que habría imaginado, y era curioso cuando llevaba meses anticipando toda clase de aberraciones para curarse de espanto.

Si estuviera enamorado de Ayane, pensó, el dolor al conocer los detalles habría sido insoportable, pero mucho menos puro que el que amenazaba con partirle en dos en ese momento. En el pasado, la rabia hacia la injusticia se habría mezclado con los celos irracionales tan propios de un marido; los mismos que le invadieron cuando Ayane le informó que tendría que infiltrarse en un evento sadomasoquista con un veterano del BDSM para ganarse una invitación a Koh Phangan.

Recordaba lo difícil que fue asimilar que su esposa tendría que acostarse con desconocidos, y que en ese proceso podría perderla no ya por una complicación de la misión, sino porque se encaprichara de otro hombre.

Era cuanto menos paradójico que al final hubiera sido él quien hubiese corrido ese destino.

Sin ansias de venganza que nublaran su juicio, sin ese amor posesivo y a veces egoísta que podía cegar a los hombres, Jace podía ver con nitidez el sufrimiento y la desesperación a la que Ayane estuvo expuesta, y no encontraba consuelo ni bondad en su interior para perdonarlo.

—¿Por qué no has hablado antes con nosotros? —inquirió transcurrido un buen rato.

Ayane dejó de frotarse los nudillos y lo miró.

—Porque tenía miedo.

—Estás muy lejos de ellos —la apaciguó—. Ya no pueden hacerte daño.

Ella agachó la cabeza, y por más que Jace rebuscó en sus conocimientos sobre lenguaje corporal, no atinó a discernir qué estaba pensando.

¿No creía que el FBI tuviera nada que hacer frente a los villanos? ¿Dudaba de su palabra porque el daño que le habían causado era irreparable, y poco importaba a esas alturas que sus torturadores estuvieran fuera de su alcance? ¿O lo que le dolía era ese mismo hecho: la distancia entre los traficantes y ella? Era una teoría rebuscada, pero explicaría los malos augurios que invadieron a Jace después de la conversación que mantuvieron en el apartamento.

Además, no perdía de vista la manera en que Ayane había expuesto los hechos. De una víctima llena de odio hacia sus torturadores cabría esperar cierto resentimiento, pero Ayane había expuesto lo que sabía con reticencia a traslucir su opinión, siendo incluso prudente a la hora de nombrarlos. Podía ser obra del miedo, como ella misma había dicho... o podía estar relacionado con el deseo de protegerlos.

«Después de todo lo que ha sufrido», se reprochó por sospechar. «Después de todo lo que has sufrido tú para encontrarla». Pero una voz interior le recordó que no habría sido tan considerado con otro agente en su misma situación. No habría dudado a la hora de acorralarla y sonsacarle información hasta darse por satisfecho, llegando a minar su autoestima en el proceso.

—Hay dos eventos anuales de Fuego y Sangre —dijo Ayane de pronto, cuando Jace ya no sabía por dónde reconducir la conversación—. El que se celebra en Koh Phangan es uno, y luego hay otra semana en Acapulco. Lo organizan los mismos representantes de cada ciudad o país, y se celebra durante *spring break*. Conseguir invitación es incluso más difícil, porque no es obligatorio llevar pareja y, por tanto, uno no se puede colar con la excusa de ser el acompañante. Es muy probable que los implicados estén allí, e incluso las chicas que andáis buscando. Si no en Acapulco, en alguna parte de México. Y también sería posible que fueran invitadas al evento de no ser porque las captaron en Fuego y Sangre y correrían un gran riesgo. Son muchas las víctimas de la trata que participan en estas fiestas como camareras o amantes disponibles.

Jace asintió, conforme con aquella parte de la historia. Recordaba haberse fijado en la concurrencia de las veladas y haber pensado que no le cuadraban los números. Había una determinada cifra de parejas o tríos sadomasoquistas, y en las veladas nocturnas siempre contó más invitados de los que constaban en sus anotaciones. Pasaban desapercibidas porque la mayoría de la gente era joven y atractiva, porque permanecían en silencio a no ser que algún participante las requiriera, pero Jace había sospechado de su presencia desde el primer momento.

—¿No cabe la menor posibilidad de que Patel y Cox estén muertas? —tanteó él—. Si los traficantes son tan listos como tú dices, ya sabrán que las estamos buscando, y que se ha convertido en un asunto de preocupación nacional. Quitándoselas de en medio y dejándolas en cualquier parte, sin huellas que delaten su participación en el crimen, se librarían de un problema

mayor.

—Me sorprendería que se hubieran deshecho de las chicas —admitió Ayane—. En el momento en el que cayeron en las garras de los traficantes, se convirtieron en fuerzas de trabajo, y unas muy cotizadas. A las mujeres atractivas y sexualmente activas, como pueden serlo las que conocen y practican el BDSM, las destinan a la prostitución de lujo, que es lo más rentable.

—También es arriesgado. Los millonarios se conocen entre ellos, y son los que frecuentan la prostitución de lujo. Podría llegar a los oídos de Cox que su nieta ha sido vista del brazo de un tipo.

—Los servicios de «acompañante» que plantean los traficantes no contemplan apariciones estelares en veladas multitudinarias. Lo llamo prostitución de lujo porque mueve muchísimo dinero, pero apenas consiste en subastar a la chica por un precio desorbitado y permitir que su nuevo propietario se la lleve a casa y la tenga como esclava sexual.

Jace se contuvo para no preguntar si ese era el servicio que la habían forzado a prestar. No había necesidad de incidir en el tema. Lo único que lograría sería hacerse más daño. Ni siquiera estaba seguro de poder conocer los detalles.

Se levantó y dio media vuelta para dirigirse al falso espejo colgado de la pared, a través del cual Wray estaría observando satisfecho.

Cómo odiaba a aquel sádico hijo de puta.

—Llevad a la agente con los expertos en perfiles. Necesitamos rostros lo más parecidos posible al de nuestros sospechosos. También necesitaremos que marque en un mapa todas esas ciudades en las que cree que opera la red para averiguar información. Quizá la CIA pueda echarnos una mano. —Se giró hacia Ayane, que había perdido la mirada en la mesa que separaba entrevistador de entrevistado. Sus ojos se encontraron un instante—. Puedes marcharte.

La vio levantarse, más delgada y frágil que nunca, y se le revolvió el estómago.

Ayane había nacido con la agradecida complexión del modelo de mujer asiática, delgada por definición y pálida en toda época del año, pero eso no fue lo que captó la atención de Jace en una primera instancia. Se conocieron en las oficinas del FBI. Entraron casi al mismo tiempo; él después de concluir su servicio en la Marina, y ella tras un estudio exhaustivo de la burocracia federal. Ambos eran jóvenes y exitosos en su campo, pero Jace ya había visto los mayores horrores del ser humano durante sus misiones en el extranjero. La vitalidad Ayane y sus principios idealistas podrían haberle producido rechazo por ese mismo motivo, porque contradecía lo que él pensaba sobre la justicia —que estaba viciada—, pero en su lugar admiró sus ganas de comerse el mundo y su determinación a tener fe por los dos.

Jace siempre la había querido por eso. Porque aún era feliz y nunca se le agotarían las razones, porque tenía motivos de peso para levantarse, y en el proceso le inspiraba a él a hacer lo mismo. Eso había dejado de ser así, pero por más que recopilara las diferencias entre la Ayane del pasado y la actual, que poca culpa tenía de que la adversidad la hubiera cambiado, era él quien no se sentía el mismo. Era él quien estaba fuera de lugar, cuyos sentimientos no habían logrado sobrevivir al revés y, por tanto, el que debía pedir disculpas y flagelarse por haberla soltado cuando más lo necesitaba.

Jace sabía que el amor no salvaba vidas, pero servía para que estas encontraran un nuevo sentido. Por más que él se estuviera esforzando en estar ahí y hubiera convertido a Ayane en su prioridad, había algo dentro de sí que estaba apagado, muerto, que simplemente había perdido para siempre. Ella, perceptiva como solía ser, tenía que notarlo.

No le extrañó que nada más cruzar el umbral se arrojara a los brazos de su psiquiatra. Chambers había acudido a la entrada de la sala para darle el recibimiento que necesitaba. Jace

solo los miró un instante, cansado, antes de apoyarse en el borde de la mesa como si pesara demasiado y tomar asiento con un suspiro.

No podía recriminarle que hubiera hallado consuelo en un profesional.

Chambers cerró la puerta, como si supiera que Jace necesitaba un momento a solas. Las voces del exterior no pudieron penetrar las paredes, y se quedó envuelto en un silencio blindado. Dejó caer la cabeza entre las manos y cerró los ojos con un principio de jaqueca acechando.

No tenía ni la menor idea de cómo se iba a resolver todo el problema en el que se habían convertido sus vidas, pero lo que estaba claro era que él solo no podría solucionarlo.

Capítulo 8

Me alegra que hoy me hayas permitido llevarte a cenar como Dios manda —comentó Magnus, girándose para cerrar el coche con la llave inteligente. Esa noche había dejado el Mercedes en casa y se había decantado por un deportivo de su empresa, un Menzie color medianoche que había vuelto las cabezas de la mitad de los transeúntes pese a ser Los Ángeles una ciudad conocida por sus vehículos de gama alta—. Creo recordar que te gustaba el sushi.

Maxine asintió con la cabeza, distraída, y se dejó empapar por el ambiente festivo del sábado.

En el último mes y medio había salido tanto a divertirse que podía decirse que había dejado oficialmente atrás su aburrida rutina de trabajo, colada y ocho horas de descanso, y esto se lo debía a Magnus. No a su cartera, que de todos modos le permitía acceder a los bares más exclusivos, cenar en restaurantes donde no ponía el precio en la carta y llevarla a fiestas de Hollywood donde asimismo asistían estrellas de cine, sino a la calidad de su compañía.

Si no hubiera sido un hombre divertido a rabiar, Maxine se habría despedido de él a la mañana siguiente de acostarse por primera vez y no le habría vuelto a coger el teléfono. Aferrarse al primer tipo que le hiciera caso para recordarse que era valiosa no figuraba en su lista de prioridades. Pero había querido la casualidad que encontrara a un amante ideal y a un amigo al mismo tiempo, y que no pudiera ni quisiera renunciar a él.

Recordaba haberse despertado en la cama de Magnus con desorientación, la boca pastosa y agujetas. Quiso salir huyendo, sospechando que estaba tentando a la suerte al quedarse más tiempo de lo razonable, pero Magnus apareció en ese momento vestido de punta en blanco y listo para llevarla a desayunar a una cafetería de *brunch* del corazón de Hollywood. Maxine accedió porque tenía un hambre canina, pero en vista de cómo se dio la mañana, no se arrepintió. Magnus fue encantador y la llevó a casa sin pedir siquiera un beso de despedida.

Maxine aún no había perdido la costumbre de sentirse en deuda con la gente que la trataba mejor de lo que creía merecer, así que lo besó de todos modos y estuvo respondiendo sus mensajes a lo largo del día, entusiasmada por un lado —su interés seguía resultando halagador— e inquieta por otro.

¿No estaba cometiendo un error al volver a involucrarse con el género masculino?

¿Y tan pronto?

Un mes y medio después, podía responder a esa pregunta con tranquilidad. Magnus solo quería pasarlo bien con una acompañante divertida y tener sexo sin ataduras, y resultaba que eso era lo mismo que le apetecía a Maxine.

Al principio le costó creerse las palabras de Magnus, que insistía en que podía relajarse, que no aparecería con un anillo de compromiso de buenas a primeras, que ni su hijo ni su exesposa se enterarían y que podían acabar aquella relación cuando estuvieran hartos. Pero conforme fue familiarizándose con sus virtudes —su sentido del deber, su honradez, su sinceridad, su desprecio por los engaños—, comprendió que con él no tendría de qué preocuparse.

Y tampoco tendría por qué preocuparse de sus propios sentimientos, porque estar con Magnus no le daba un vértigo inaudito ni su ausencia le dejaba el corazón en llamas. Estar con Magnus era sinónimo de comodidad. Por supuesto, lo deseaba, razón por la que se había embarcado en una gloriosa relación sexual con él, pero no miraba el reloj con angustia por que la cena acabara pronto y pudieran irse a la cama. Esto le estaba enseñando a no tomarse a pecho los vínculos con el género masculino. Unos meses atrás, Maxine no habría soportado citarse a solas con un

hombre sin preguntarse si estaría dándole las respuestas correctas, si llevaba el vestido adecuado, si le gustaba o no, y todo esto mucho antes de decidir si a ella le atraía él.

Con Magnus, el miedo a no ser lo bastante buena se había esfumado.

—¿Sabes? Tu mujer se presentó la semana pasada en el instituto, y no en horas lectivas, para hablar conmigo —comentó Maxine una vez Magnus confirmó la reserva con el *maître*. Se hizo a un lado para que pasara primero, y aprovechó para mirarla con un gesto de pánico exagerado.

—No me digas. Esa historia no puede acabar bien.

Y no lo había hecho.

Maxine estaba charlando con Carmen sobre naderías cuando unos nudillos se hicieron notar golpeando la puerta abierta. Ambas alzaron la cabeza al unísono y se toparon con una mujer terriblemente atractiva. Maxine estaba segura de haberla visto en la portada de alguna revista, un anuncio de perfume o bañadores, en publicidad callejera... O quizá solo la hubiera localizado por la calle, como uno localizaba siempre a la gente bella hasta lo ridículo, y se hubiese quedado con su rostro. Parecía que por sus venas corriera sangre jamaicana y sueca, o cubana y alemana, o francesa y persa; hacía tiempo que Maxine había descubierto que las personas más bonitas sobre la Tierra eran resultado de una inesperada combinación de etnias.

La intrusa tenía la piel canela y los ojos de un azul verdoso casi transparente. Llevaba mechas más claras en el cabello negro, suelto sobre los hombros en ondas brillantes, y vestía primeras marcas de la cabeza a los pies, incluyendo el bolso y las pulseras de oro blanco.

—Disculpen —dijo en tono adusto—. Estoy buscando a Maxine Sagal, la profesora de Español.

—Soy yo —se presentó la interpelada, poniéndose en pie con torpeza para extender la mano en su dirección. Viendo que la mujer no tenía la menor intención de estrechársela o solo acercarse con un asentimiento, la dejó caer—. ¿Fechamos una tutoría? Juraría que mi agenda está en...

—He venido sin previo aviso. Espero que no le importe. —Sujetaba las asas del bolso contra la axila con cierta crispación, como si se estuviera conteniendo para no arrojárselo a la cara—. Voy a ser muy breve.

—Puede tomar asiento si...

—Más le vale dejar de verse con mi marido si no quiere que le comunique al director de la institución que anda infringiendo normas no escritas —la cortó con sequedad. Sus ojos lanzaban chispas—, como lo es involucrarse con los padres de los alumnos.

Maxine se había quedado de una pieza, y Carmen, más aún.

—¿Perdone?

—¿Se cree que mi hijo no se ha dado cuenta de que su padre anda con otras mujeres? Podría haber tenido la gentileza de llevarlo con mayor discreción, dado que hay menores en medio, pero ya es demasiado tarde. Tavish ha visto más de un par de prendas íntimas, y a usted saliendo de su casa a horas intempestivas. ¿No le da vergüenza acostarse con él cuando su hijo está bajo el mismo techo? ¿No tiene respeto por nada?

Maxine tardó en asociar el momento de la estampida que la mujer mencionaba con la única noche que decidió tomar la iniciativa de visitar a Magnus por sorpresa. Este había tardado en abrirle la puerta porque estaba ocupado jugando al Monopoly con Tavish. No había tenido que invertir mucho tiempo en pedirle que se marchara, pues los días que le tocaba estar con su hijo prefería centrarse en él y no obligarlo a pasar el tiempo con sus amantes, lo que sospechaba que podría provocarle un desbarajuste emocional; Maxine comprendió todo aquello antes de que lo explicara tan solo contemplando su gesto incómodo. Se marchó apenas tres minutos después,

confiando en que Tavish no la habría visto, pero estaba claro que Magnus y ella habían subestimado la inteligencia del muchacho.

No le habría costado relacionar los tangas perdidos con su profesora.

De todos modos, el tono en que la mujer se dirigió a ella le puso el vello de punta. Vivió tanto tiempo acostumbrada a que le hablaran de esa manera que durante años lo permitió, convencida de que se lo merecía, pero cuantos más meses pasaba alejada de la vivienda familiar, más ansiaba reivindicar su derecho a ser tratada con respeto.

—Entiendo su consternación —le había respondido Maxine en tono cívico—, y me disculpo porque no era mi intención que Tavish se viera involucrado. Le aseguro que hemos sido cuidadosos y que jamás nos hemos visto con el niño delante. Pero también tengo que decirle que las normas del instituto no mencionan nada sobre relaciones entre padres y profesores, que con quién se acueste su exmarido no es asunto suyo, y que no puede denunciarnos ni ante el director ni ante nadie porque no es ningún delito.

La mujer apretó los labios, rabiosa, y se aferró una vez más a su bolso para contener un impulso desmedido.

—Eso ya lo veremos —fue lo último que dijo antes de desaparecer, escoltada por el repiqueteo de sus tacones de aguja sobre el suelo de terrazo.

—Dios, ¡me encanta cuando sacas las uñas! —exclamó Carmen en cuanto se quedaron a solas, invitándola a chocarle los cinco con la palma levantada.

Maxine le dio el gusto, todavía anonadada por el encontronazo.

—¿He sacado las uñas? —vaciló ella, aturdida.

—Y tanto. Pero sin arañar a nadie, lo que solo te hace quedar mejor; como una señora. ¡Como una reina, mejor dicho! ¿Qué se habrá creído esa, viniendo aquí igual que Pedro por su casa, e increpándote delante de una compañera de clase para humillarte? ¿La has oído, Max? «Mi marido», dice la tía, como si no supiéramos todos que se divorciaron hace años.

—No seas tan dura con ella —había murmurado Maxine, acordándose de cómo le destrozó el móvil a Carey al enterarse de su contacto con Dylan. Entonces le habría gustado que hubieran comprendido su sentir y no la hubiesen tachado de loca—. Es lógico que no se lo haya tomado bien.

Maxine sacudió la cabeza para aislar el recuerdo y centrarse en la reacción de Magnus. Este estaba tomando asiento en la mesa que habían reservado, y sonreía con una mezcla de sorna y consternación.

—Desde luego, es su estilo —comentó en cuanto colgó la americana en el respaldo. Por lo que Maxine sabía de él, Magnus no solía arreglarse tanto, pero un restaurante como N/NAKA de Los Ángeles, con dos estrellas Michelin, bien merecía que uno se tomara la molestia—. Mi mujer nunca ha sido una persona prudente.

—Veo que tú también te refieres a ella como «tu mujer». No se presentó por nombre —le explicó al ver que se quedaba descolocado—. Deduje quién era porque te describió como su marido.

—Es verdad que me pasa lo de llamarla «mi mujer» —reconoció, rascándose la sien recién rapada con aire distraído—. Debe de ser la costumbre. En su caso, te puedo asegurar que es una cuestión de dramatismo. Cuando quiere convertir algo que he hecho en un atentado contra la humanidad, soy su marido. Cuando me meto demasiado en sus asuntos, ya vuelvo a ser el ex al que no le concierne. —Meneó la cabeza, entre exasperado y socarrón.

Maxine se inclinó hacia delante, más con curiosidad que con turbación. Como muy bien repetía Carmen, Magnus estaba divorciado. Los papeles legales así lo atestiguaban.

—¿Sueles meterte a menudo en sus asuntos?

—Tenemos un hijo en común. No nos queda otro remedio que mantener el contacto. Y sí, si no me parece bien cómo ha manejado algún tema que concierne a Tavish, descuelgo el teléfono y le echo la bronca. Ella también se siente en la potestad de hacerlo conmigo, como has podido comprobar. No veo el problema. —Se encogió de hombros.

Maxine se esforzó por aparentar indiferencia, pero no pudo evitar tragar saliva con dificultad. Sonaba a que tenían una relación cercana, tanto si lo querían como si no, y si bien eso le era indiferente porque no albergaba sentimientos por Magnus que cruzaran lo amistoso, sí que la estremecía pensar que pudiera estar enredado con su pasado mientras a ella la llevaba a cenar en el presente. No por celos, sino porque le traía pésimos recuerdos.

Él se dio cuenta.

—Sé que no tenemos una relación exclusiva y que acordamos centrarnos en el sexo —empezó a justificarse—, pero te puedo asegurar que no hay nada entre ella y yo.

—No te voy a decir que no me alegre saberlo. De estar tú mintiéndome, no sería la primera vez que descubro que un hombre juega a dos bandas. Ni la segunda —apostilló con amargura.

Magnus se incorporó sutilmente, lo justo para que Maxine se diera cuenta de que el comentario había captado su atención.

—No me has hablado nunca de tus relaciones previas —comentó con prudencia.

—Puedo decirte que mi último novio adoraba este restaurante, y que me traía muy a menudo. Estaba forrado.

—Ya, me suena que algo insinuaste el primer día. No te gusta que te lleven a sitios caros.

A petición de Maxine, quedaban la mayor parte de las veces en casa de Magnus —había intentado llevarlo a la suya, pero los dos estuvieron de acuerdo en que para disfrutar de cierta intimidad era mejor no acostarse en un dormitorio que compartía con Luna—, y, cuando no, iban a pedir la cena a locales sin zona de restaurante o tomaban algo rápido en la playa.

—Y no quiero volver a sentirme en deuda con nadie jamás —le recordó.

Él le sonrió con calidez.

—Maxine, si te pago la cena o te hago un regalo, no es porque espere que me lo pagues. Y menos todavía con tu cuerpo. Me consta que hay quien actúa así por mero interés, pero no soy esa clase de persona. ¿No me has visto, acaso? —Se abarcó con un ademán exagerado, simulando soberbia—. No tengo la menor necesidad de sobornar a nadie para que se acueste conmigo.

Maxine se rio, aliviada. No se le había ocurrido verlo desde esa perspectiva a pesar de que su atractivo saltaba a la vista. Los primeros días, el hecho de que Magnus fuera más exitoso y guapo que ella le había recordado su mediocridad, esa misma que sintió con Dylan; entre otras cosas porque había ganado unos cuantos kilos después del viaje a Koh Phangan, cruzando el umbral del sobrepeso, pero ya había superado esas dudas iniciales.

Lástima que hubieran vuelto.

—Si aún tienes sentimientos por tu mujer —retomó Maxine, doblando y desdoblando el borde del mantel con un nudo en la garganta—, no pasa nada, puedes decírmelo. Lo único que quiero es sinceridad para saber a qué atenerme. No sé si podría soportar un descubrimiento repentino, como que os seguís viendo o...

—¿Es que ese novio tuyo fue un hijo de puta contigo?

—No es que me enterase de que tenía a otra, pero sí es cierto que ocultaba de mí algo importante de su vida. Algo que podía marcar la diferencia entre estar juntos y vernos obligados a tomar cada uno un camino —explicó, procurando no ser demasiado descriptiva con la situación

de Dylan. Los días en los que se preocupaba por las tendencias masoquistas de su exnovio habían quedado tan lejos que recordarlo apenas le producía una sensación de nostalgia—. Pero sí hubo un hombre en mi vida que... que... resultó estar casado.

Magnus inspiró lenta y sonoramente mientras se reclinaba hacia atrás, echándole el brazo por encima al respaldo.

—Bueno —empezó con lentitud—, no quiero ser yo quien justifique un engaño, pero muchos hombres llegan a enamorarse de verdad de su amante. Lo sé porque lo he visto en amigos, socios, clientes... Tienen un matrimonio que está en las últimas, un matrimonio solo de nombre y para evitar que el divorcio decepcione a la familia, arruine las cuentas bancarias o destruya la salud mental de los niños, y se permiten enamorarse de nuevo. Es la forma que el cerebro encuentra de sobrevivir a la depresión, ¿entiendes lo que te digo?

—Eso no es un consuelo.

Magnus cabeceó, dándole la razón, pero era improbable que la hubiera entendido.

Sí que habría sido un consuelo si Maxine no hubiera conocido a Hurricane en determinadas circunstancias, cuando ambos se necesitaban para entrar a formar parte de un evento exclusivo. Magnus justificaba a los infieles imaginando a un jefe que pasaba mucho tiempo con su secretaria y muy poco con su familia, pero ¿cómo explicaría los sentimientos de un hombre que siempre que la tocó o fue amable con ella le estuvo moviendo el interés? El interés de rescatar a un ser querido y hacer justicia, sí, una motivación noble, pero seguía habiéndola manipulado.

La pregunta era hasta qué punto.

«Al menos nunca llegó a decirte que te quería», se recordaba a menudo.

—Max —la llamó Magnus, alargando una mano hacia ella. Le costó verlo a través de los ojos húmedos, pero le pareció que estaba preocupado—, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? Si esto es porque crees que hay algo entre mi ex y yo...

—Tranquilo, es solo que estoy un poco emocional porque... porque... me va a bajar la regla.

La menstruación era un problema la mayor parte del tiempo, pero cuando necesitaba justificar un arrebato irracional, se presentaba como la excusa perfecta para escurrir el bulto. Por suerte, no tuvo que profundizar en el tema porque en ese momento apareció un camarero para tomar nota de los platos.

A Magnus no le había dado tiempo a mirar la carta, pero improvisó rápido, y Maxine sabía qué iba a tomar de todas las veces que había frecuentado el restaurante. Pensó en ello en cuanto el camarero se retiró, en que no hacía demasiado tiempo había estado allí sentada con Dylan, con la familia o los amigos de Dylan, con los socios de Dylan, a menudo comiendo en silencio porque no tenía ni la menor idea de qué estaban hablando o no sentía que pudiera aportar nada inteligente.

Barrió el restaurante con una mirada melancólica, pero sonriendo porque el pasado fuera pasado, porque le hubiera servido para aprender de cara al futuro, y su asombro no pudo ser mayor al reparar en un grupo de hombres de negocios al fondo del salón.

Primero reconoció al único socio mayoritario de la empresa Faery que no pertenecía a la familia Bradbury, al que llamaban «el primo» por su relación cercana con los hermanos a pesar de no tener sangre en común. Luego se fijó en la mujer sentada a su lado, la pelirroja con traje ejecutivo y gafas cuadradas que jamás sonreía y que pertenecía al departamento de ventas. Era una de las pocas trabajadoras del bello sexo que habían aceptado en Faery gracias a su impecable currículum.

Su corazón se aceleró conforme se fue fijando en el resto de los comensales, y frenó de forma abrupta en cuanto su mirada vidriosa se cruzó con la de Dylan, verde intensa por el sake que

habría estado bebiendo... y por el reconocimiento.

Aunque la relación terminara de manera trágica, Maxine ni siquiera se planteó girarle la cara. Ni ella tenía nada que esconder, ni le haría pagar a él hasta el día del Juicio Final por los que fueron sus errores. Si era honesta consigo misma, tenía que admitir que Dylan también salió perjudicado. Maxine se obsesionó con otro hombre apenas una semana después de que decidieran darle un tiempo a la relación.

Observó que Dylan se levantaba con la mirada fija en ella. Maxine lo hizo al mismo tiempo, y gesticuló hacia Magnus para pedirle que esperara, que iba a saludar a un viejo amigo. Este la invitó a tomarse todo el tiempo que quisiera con un ademán.

Ambos hicieron la mitad del camino para encontrarse en medio del restaurante.

Dylan estaba espectacular con un traje de raya diplomática gris perla y una camisa y una corbata blancas. Parecía un miembro de la realeza, además, con el cabello retirado hacia atrás y la barba crecida, aunque no sin orden ni concierto como la de Magnus, sino recortada a la perfección. Cuando se inclinó para darle un solo beso en la mejilla, su olor, ese olor que ella eligió para él al regalarle determinado perfume por Navidad, la rodeó como la bruma de un sueño, impidiéndole pensar con claridad por un instante.

—Me alegro mucho de verte, Max —le dijo en voz baja y ronca antes de separarse y volver a mirarla con intensidad. Su sonrisa sincera se torció a un lado—. Tarde o temprano tenía que pasar, ¿no crees? Esta ciudad tampoco es tan grande.

—Me ha pillado por sorpresa, la verdad.

Dylan se metió las manos en los bolsillos del pantalón de traje, y la observó con la barbilla levemente alzada, a través de las pestañas.

—Espero que sea una sorpresa grata, dentro de lo que cabe. ¿Cómo estás? —La miró de arriba abajo con familiaridad—. Te veo de maravilla.

Maxine dudaba que eso fuera cierto, pero no le pareció que estuviera mintiendo. A lo mejor se alegraba de veras de verla, y tanto que no se había dado cuenta de que las ojeras disimuladas con maquillaje hablaban de noches sin dormir pensando en sus fracasos, en Carey, en todo lo que aún no entendía, en flashes de lo ocurrido en el Festival de la Media Luna y el avión. O tal vez fuera ella la que no se miraba aún con benevolencia, la que no le daba el crédito suficiente a su relación sin ataduras con Magnus y a cómo brillaban los ojos de una mujer cuando se divertía con un nuevo amante y tenía algo de lo que sentirse orgullosa, como en su caso lo era el trabajo.

—Pues estoy haciendo una sustitución en un instituto público. Las compañeras y los alumnos son un encanto y me dieron un cálido recibimiento. Vivo con una chica muy simpática en un apartamento de alquiler, y... —Pensó en decirlo antes de que le preguntara o se diera cuenta— he venido a cenar con un hombre al que estoy viendo. No me puedo quejar. —Vaciló, de pronto sobrecogida por la timidez—. ¿Y tú?

Dylan parecía sorprendido.

—¿Vives en otro sitio? Pensaba que estarías con tus padres. Por eso mandé allí las pocas cosas que te dejaste en el piso, sospechando que... no volverías. —Cambió el peso de pierna, como si aquel detalle aún le hiciera daño—. Bueno, no tiene sentido pararse a hablar de eso. ¿Recibiste lo que te envié?

Maxine asintió con la cabeza. No había viajado hasta el barrio donde seguían viviendo los Sagal para comprobarlo, porque lo que no se llevó a casa después de su estampida era aquello que no tenía el menor interés en recuperar, pero se fiaba de Dylan en ese aspecto.

En cualquiera, pensó con debilidad mientras lo miraba.

Cuando meditaba a solas sobre su relación con él y la actitud que había tenido los últimos días

en Koh Phangan, Maxine no lograba comprender por qué lo amaba, pero ahora que lo tenía delante no le costaba entenderlo. Siempre había sido encantador, y se esforzaba tanto por ser una buena persona, aunque a veces cometiera errores, que le daba ternura.

—Oye... —Dylan miró por encima del hombro de Maxine para comprobar que Magnus no se había hartado de esperar—, ¿te importa que salgamos fuera un momento? Llevo todo este tiempo queriendo hablar contigo para... zanjar las cosas, pero por una razón o por otra acababa disuadiéndome de llamarte, y el hecho de que estés aquí... No creo en el destino, pero a lo mejor va siendo hora de darle un cierre a esto.

Maxine lanzó una mirada hacia Magnus para comprobar que su ausencia no le irritaba. Había sacado el móvil para entretenerse respondiendo mensajes.

—Diez minutos, ¿vale? —cedió con una pequeña sonrisa—. Quince como mucho. No quiero que piense que le he dejado plantado por mi exnovio.

Dylan se rio con nostalgia, como si supiera que eso era descabellado porque ya no tenía la menor oportunidad con ella. Maxine estaba segura de que no volvería con él jamás, pero aun así hizo el camino hacia la salida con un nudo en la garganta. Antes gesticuló hacia Magnus para avisarle de que estaría fuera unos minutos, a lo que este se extrañó, pero no dijo nada al respecto.

Supo que había cometido un error al no coger la chaqueta en cuanto el frío de la noche le mordió los hombros desnudos. A finales de febrero seguía haciendo una temperatura razonablemente cálida durante el día, pero para esas horas ya había caído en picado. Solo tuvo que abrazarse los hombros para que Dylan se quitara la americana y se la pusiera por encima en un gesto de lo más natural.

No dejó de mirarla en ningún momento, ansioso por averiguar cómo se sentía.

—No hacía falta —le dijo ella, pero no hizo ademán de devolvérsela.

—Hay muchas cosas que no hace falta que hagamos, pero nos sentimos mejor si las hacemos, ¿no te parece? —Curvó los labios en una escueta sonrisa antes de humedecerse los labios—. ¿Sabes? Ese no es el hombre de Fuego y Sangre con el que esperaba volver a verte.

Maxine esbozó una sonrisa frágil.

«Tampoco es el hombre con el que yo esperaba haber regresado», habría dicho si no hubiera temido ser desconsiderada con Magnus. O consigo misma y con sus esfuerzos por olvidar a quien no debía ser nombrado.

—¿Eso era lo que me querías decir? —preguntó con fragilidad.

—No. Quería que supieras que... que no he dejado de pensar en ti en todo este tiempo. —Se apresuró a alzar las dos manos—. Tranquila, no lo digo desde un ángulo romántico. Sé que estás aquí con un hombre y que probablemente tengas sentimientos por él, y no te culpo porque sé que acabamos hace muchísimo tiempo. Quizá antes de Koh Phangan, y antes de lo de... la dominatriz. Me refiero a... a lo mal que lo hice, y a lo mal que nos compenetramos. A veces medito sobre ello y... —Lanzó una mirada entre risueña y melancólica al cielo estrellado— me río de pura incredulidad. Me enseñaron de crío que el amor es suficiente, y ya ves que no. No quiero que dudes ni por un minuto de lo que sentía por ti, porque te aseguro que te amaba con locura. Y se suponía que eso iba a poderlo todo, pero al final resultaba que... que no éramos compatibles. Tengo que pedirte disculpas por eso.

El corazón le latía tan deprisa que por un momento sintió pánico.

¿Significaba que lo seguía queriendo, acaso? ¿O solo estaba emocionada porque estuviera reconociendo que su relación no fue un error porque la quiso de veras?

—¿Porque no fuéramos compatibles? —logró balbucear.

—Por no haber estado a la altura de las circunstancias cuando descubrí... cuando descubrí lo

que quiero. Por haberme empecinado en tenerlo todo, en pensar que no pasaba nada y que lo superaríamos. Hay muchas cosas que no debería haber hecho, Max, empezando por ir a Fuego y Sangre después de que vinieras a verme para volver. Lo único que me consuela es no arrepentirme a fecha de hoy. Creo que tú tampoco lo haces.

Esperó a que ella diera su opinión con el alma en vilo.

A Maxine le habría gustado negar con la cabeza solo para llevarle la contraria. Le habría encantado darse ese gusto infantil, hacerle ver por primera vez que odiaba cuando se creía lo bastante listo para deducir sus sentimientos. Pero ¿cómo no iba a saber cómo se sentía ella? Habían convivido durante años. La conocía de sobra.

—A veces tenemos que vernos en situaciones... descabelladas para comprender que hemos estado en el sitio equivocado —admitió Maxine al fin.

—Exacto —respondió, envalentonado, y dio un paso hacia ella para tomarla por los hombros —. Es importante para mí que entiendas eso, Max: que estábamos en el sitio equivocado. Yo lo estaba. Estaba en una relación que no se ajustaba a mis necesidades, pero eso no significaba ni significará nunca que no estuviera enamorado de ti. ¿Comprendes lo que te digo?

Maxine asintió con una pequeña sonrisa.

—Lo comprendo porque me pasaba lo mismo. Te quería muchísimo, pero la vida de ama de casa, ser la mujer de un hombre rico y nada más... Eso me hacía muy infeliz, Dylan. —Se puso la palma sobre el corazón—. Y siento no haberlo verbalizado hasta el final, cuando ya era demasiado tarde.

—La comunicación no era lo nuestro, ¿eh? —bromeó, soltándola y dando un paso atrás. Acabó suspirando, pero no de alivio. Parecía que de pronto le hubiera caído encima toda la frustración que sintió durante aquella época—. Estoy procurando mejorar eso y la rabia que me sobreviene a veces, convirtiéndome en un... capullo impulsivo. En parte me aterraba llamarte porque lo último que viste de mí no fue... —Se pasó una mano por los rizos, turbado—. Fue vergonzoso. Lo siento muchísimo.

—Ya está perdonado y olvidado —lo apaciguó ella, y no mentía. De todo lo que había ocurrido en Koh Phangan, la escena de violencia contra Hurricane y todo lo relacionado con Dylan en general había pasado a un segundo plano. No eran más que detalles anecdóticos que parecían pertenecer a una experiencia distinta—. No te tortures. Fuiste muy importante para mí, y eso no se borra de la noche a la mañana.

Se animó a tomarlo de la mano y estrechársela con cariño.

Él correspondió su apretón.

—¿Crees que podríamos mantener el contacto? —soltó Dylan de sopetón. Temió haberse adelantado y tartamudeó antes de reafirmarse, esta vez vacilante—: Ya sabes... Llamarnos de vez en cuando.

Maxine sonrió sin poder evitarlo, conmovida con su disposición a arreglarlo.

—Claro que sí. He cambiado de número porque el anterior estaba asociado al paquete familiar y a tu cuenta bancaria. Puedo apuntarte el nuevo, si quieres.

—Por supuesto. Tienes mi móvil en el bolsillo de la americana.

Como si hubiera sabido que iba a buscarlo, el *smartphone* empezó a vibrar para indicar en qué bolsillo se encontraba. Aunque no quiso fijarse en el contacto que le estaba llamando, su nombre captó su atención: «*My white lady*».

Dylan se dio cuenta de que se había percatado del detalle y se rascó el cuello con una sonrisa incómoda.

—Yo también estoy viendo a alguien. Alguien de Fuego y Sangre, de hecho —reconoció

después de colgar la llamada y guardar el móvil en el pantalón. Miró a Maxine como si de pronto le hubieran caído veinte años encima—. Es una mujer muy complicada.

—Pues más que lo vas a complicar si la ignoras —bromeó ella, ni sorprendida ni molesta—. Créeme, te lo digo por experiencia. Quizá no estaríamos aquí si yo hubiera respondido tus mensajes.

—Ya, pero tampoco va a ser siempre cuando ella quiera, ¿no? —se quejó por lo bajini.

—En eso consiste ser el sumiso de alguien, en obedecer en todo momento, ¿o estoy equivocada? Si tu... pareja es White Lady, como me ha chivado el móvil, no creo que puedas hacer algo distinto de acatar sus reglas.

Dylan le lanzó una mirada exasperada que decía a las claras «no tienes ni idea».

—Los sumisos ostentan más poder de lo que parece. —Consultó el móvil, confirmando que de White Lady solo quedaba una notificación de llamada perdida, y suspiró—. Dios tiene un sentido del humor muy retorcido, Max. En una relación sentía que me faltaba el sadomasoquismo, y en otra siento que me falta el amor. —Alzó la mirada y la señaló con el dedo como en un anuncio de televisión—. Pero no creas que me he rendido. Estoy seguro de que ella es la definitiva. Solo le queda darse cuenta. ¿Tú...? —agregó, avergonzado de pronto por su arrebato de sinceridad—. ¿Tú has encontrado en ese tipo al hombre que puede hacerte feliz?

La pregunta, pronunciada con dulzura, estuvo a punto de hacerla llorar.

Magnus no era el hombre al que amaba, ni Dylan fue el hombre al que necesitaba, y encontraría consuelo recordándose que era joven y aún tenía tiempo para conocer al amor de su vida si no fuera porque sabía a qué hombre quería, y resultaba que era uno que estaba fuera de su alcance. Y no sabía ni dónde se encontraba con exactitud, ni con quién, ni en qué pensaba, ni qué quería, ni si la recordaba. Esto la hacía sentir impotente, pero no evitaba que siguiera anhelándolo con una desesperación desoladora.

—¿Max? ¿Estás bien? —La voz de Dylan logró penetrar en la nube oscura que flotaba sobre su cabeza—. ¿He dicho algo mal? ¿Es por lo de... White Lady? Te has puesto rara de repente...

—No, no —contestó enseguida, secándose las lágrimas que habían empezado a rodar por sus mejillas—. Es solo que hoy estoy particularmente sensible, no me hagas caso. Te deseo lo mejor con ella, no te quepa la menor duda. Ahora... ahora debería ir entrando al restaurante. Te escribiré yo a tu número antiguo, ¿de acuerdo? —le prometió mientras se quitaba su americana con movimientos nerviosos—. Aún me lo sé de memoria.

Maxine aprovechó que los servicios se encontraban a mano derecha nada más entrar para lavarse la cara antes de regresar con Magnus. Mientras se refrescaba la frente y el cuello, se condenó por no saber celebrar que una historia con final abierto de su vida acabara de cerrarse por fin, y se preguntó si alguna vez encontraría respuestas para las preguntas que verdaderamente la atormentaban.

«¿Dónde estás?», interrogó a su imagen en el espejo. «¿Dónde *estáis*?».

Capítulo 9

Me había mandado llamar? —inquirió Jace después de tocar dos veces a la puerta y asomarse con discreción.

Al otro lado del umbral, un bien plantado Christopher Wray y Ben Chambers debatían en torno a una amplia mesa ovalada. Lo habían citado en la sala anexa al despacho del director, habilitada para reuniones importantes.

Wray le hizo un gesto de invitación.

—Pasa, por favor, Ryder.

Jace tomó asiento donde el mismo director le indicó. Se había levantado para retirar la silla, un detalle cortés que tal vez le habría pasado desapercibido a otro hombre, pero no a él. Wray era tan educado como demandaba su cargo, pero jamás se habría mostrado complaciente si no hubiera sido porque tramaba pedir un favor excesivo.

Echando una rápida mirada alrededor, Jace se pudo hacer una idea de cuál sería el tono de la conversación. Todo el mundo estaba rígido en el asiento, señal de que debatirían una cuestión vital. Y habían contenido la respiración al verlo entrar; eso significaba que el peso de las decisiones caería sobre sus hombros.

Sin darse cuenta, Jace emitió un suspiro de resignación impotente.

La triste verdad era que estaba cansado, y un agente con su historial no tenía derecho a manifestar nada parecido. Había servido a la patria, había recibido medallas, contaba con el respeto y el agradecimiento de su jefe y del mismísimo presidente de los Estados Unidos, ganaba alrededor de ochenta mil dólares anuales; ¿qué más podía querer? Y más cuando el propio Jace eligió esa vida. Conforme cumpliera años y adquiriera experiencia, podría llegar a optar a cargos de mayor responsabilidad que al final de su vida le merecerían una condecoración en la historia de las oficinas federales.

Pero eso no era lo que Jace quería.

Jace quería dimitir.

Fue un niño con sed de aventuras, y no aventuras sangrientas o descorazonadoras como las que le dieron la bienvenida en el frente terrorista a los veinte años. Soñaba con ser abogado, cirujano, policía, profesor, veterinario, escalador de montañas, jugador de hockey; cualquier cosa o todas a la vez. Ya a los diez años sentía que la vida se le quedaba corta para todas las actividades que ansiaba emprender, todos los terrenos que pretendía conquistar. Ahora, a una edad en la que no se consideraba viejo ni mucho menos, era demasiado tarde para aspirar a ser otra persona. Había ido rebajando la ambición de sus sueños y ahora solo albergaba la remota esperanza de descansar algún día en una casa de campo y de no tener que preocuparse de nadie más que de sí mismo.

Esa había sido su fantasía los últimos días: huir de la adrenalina que antes le llenaba, de la ciudad que tanto le estimuló siempre, y recluirse en la naturaleza para recordarse que existía algo más que el miedo y el sufrimiento de sus seres queridos. Algo como la serenidad, la pausa, la belleza.

Pero la expresión de Wray dejaba muy claro que aún no había terminado con él.

—Hemos estado reuniéndonos para valorar el testimonio de la agente Nagai —empezó en tono informativo—. Lo hemos contrastado con las grabaciones de tu entrevista y las breves puntualizaciones de los agentes que acudieron a tu llamado en el aeropuerto de Koh Samui, y hemos empezado a tomar decisiones de cara a la misión que quedó inconclusa.

—La agente Nagai se ha comprometido a colaborar durante las investigaciones que se lleven a cabo en el extranjero en la medida de sus posibilidades —prosiguió Chambers, acariciando con el pulgar el borde del archivador que llevaba consigo. Jace posó la mirada un instante en el contenido, un taco de folios y forros de plástico. ¿Estaría ahí el historial psiquiátrico de Ayane? El impulso de alargar el brazo y arrebatárselo fue demencial. Tuvo que esconderse las manos debajo de los muslos para no sucumbir a la tentación—. Empezó por proporcionarnos descripciones físicas y de lugar de los implicados y sitios que recuerda.

—¿Se ha averiguado quién era ese tal «Al Khaev»?

—La agente dio detalles específicos del susodicho —le explicó Chambers—, pero me temo que no hemos encontrado coincidencias en el sistema de ese sujeto particular. Aun así, y gracias al programa de reconocimiento facial, sí hemos localizado los datos del traficante latinoamericano, El Diablo.

—Está fichado en Estados Unidos porque creció aquí, entre los Latin Kings de Nueva York —continuó Wray, mirando con fijeza a Jace—. Nunca se le llegó a meter en la cárcel porque solo se le declaró culpable de delitos menores, como robo sin violencia o posesión de armas, y era la clase de criminal en ciernes que tenía un ángel de la guarda. De acuerdo a lo que nos ha contado el Departamento de Policía de Nueva York, siempre había alguien pululando por ahí para pagarle la fianza.

—Según las autoridades mexicanas —Chambers tomó la palabra—, se dedica por entero al narcotráfico, pero no descartan que haya tenido algo que ver con la trata de blancas. No lo han podido meter en la cárcel porque sabe borrar su rastro y nunca le han pillado con las manos en la masa, además de que es intocable. Para llegar hasta él hay que dejar un rastro de muertos.

—Esa es una pista contrastada de dos que tenemos: nombre y domicilio de El Diablo. Se supone que se llama Michael Cruz —Wray le alargó un impreso. Jace lo examinó sin tocarlo, como si no quisiera que el asunto le salpicara. Aparecía la fotografía de El Diablo cuando apenas era un adolescente, y el diseño tridimensional realizado a partir de la descripción de Ayane de cómo sería a sus treinta y tres años—, y que reside en una mansión aislada en La Roqueta, una isla frente a las costas de Acapulco.

—¿Cuál es la otra pista? —preguntó Jace. Lo adivinó antes de que contestaran—. La reunión de Fuego y Sangre en Acapulco, claro está. No puede ser casualidad que El Diablo viva tan cerca.

—Ni que un narcotraficante esté vinculado con el mundillo sadomasoquista en el que la agente Nagai y tú ya investigasteis —apostilló Wray—. Es por eso y porque todas nuestras pistas se concentran en México que la junta y yo hemos acordado que seas tú quien retome la misión donde la dejó infiltrándose en el nuevo encuentro BDSM.

Jace ni siquiera se sorprendió. Llevaba un buen rato anticipando el desenlace, y nunca había sido tan ingenuo como para creer que su jefe tomaría en cuenta su situación actual a la hora de buscar un agente.

—¿No te parece arriesgado? —A Wray no le gustó que le tuteara, pero Jace decidió que podía tomarse esa libertad—. Lideré el rescate de las víctimas de trata del avión con destino a China, y no llevaba el rostro cubierto.

—Todos los responsables de aquel secuestro están muertos o bajo custodia policial en cárceles blindadas. Nadie te reconocerá. Tienes hecho parte del trabajo, Ryder. Puedes asistir al evento en representación del club californiano sin que nadie sospeche, puesto que ya cuentas con el respeto y la amistad de ese tal Califa. No necesitarías ni buscarte una acompañante. Esta segunda velada es más libre.

—¿Significa eso que me mandarías con una mano delante y otra detrás, sin seguridad ni compañero que me cubriera las espaldas?

—No. La agente Reyes, un activo impresionante de la CIA, viajaría contigo, solo que para recabar información sensible. Este evento es incluso más exclusivo que el anterior, y hemos pensado que levantaríamos sospechas si introdujéramos a otro personaje... Además de que no hay tiempo para educar en BDSM a nadie. Se supone que esta fiesta se celebra durante *spring break*, que da la casualidad de que este año coincide con la Semana Santa europea. No nos sobra el tiempo.

—Dicho de otro modo —reformuló Jace con voz pastosa y dejadez—, si no voy, estás jodido.

El director se enderezó al escucharlo.

—No, Ryder —corrigió Wray con aire beligerante. Lo señaló con el dedo—. Tú estarías jodido si desobedecieras. Esto no es un amable ofrecimiento que puedas rechazar. Es una orden.

—No exactamente, ¿verdad? Si fuera una orden como tal, no te andarías con paños calientes. —Jace clavó en Chambers una mirada segura—. Me puedo librar de esto debido al estado en el que se encuentra Ayane, ¿no es así? El matrimonio me permite priorizarla sobre cualquier misión, sobre todo en un período de baja como el de ahora.

—Llevas casi cinco meses apartado, mucho más de lo que te corresponde por ley —le recordó Wray, que había perdido la paciencia—. Esto no es el cole, Ryder. No puedes faltar cuanto quieras porque te duela la barriga.

—Chambers sabrá si a Ayane le duele la barriga o tiene un trastorno lo bastante grave para justificar mi ausencia en la oficina.

Jace se cruzó de piernas y esperó con falsa expectación a que el psiquiatra diera su veredicto. No habló enseguida, claro estaba, porque hablar significaría contradecir al director, y nadie quería sufrir las consecuencias.

—Me temo, señor —dijo al fin—, que el agente Ryder tiene razón en ese aspecto.

Hubo un tenso silencio en la sala con el que se sintió más que cómodo. Incluso triunfal.

—No pensé que jugarías esa carta, Jace —comentó el director, aireando su decepción con una mueca dolida. Era una decepción forzada que solo enmascaraba su rabia—, pero sospechaba que caerías así de bajo, y por eso he invitado a la agente Nagai a la reunión.

Jace ya había abierto la boca para espetarle si pensaba que proteger y cuidar a su mujer era caer bajo. Tuvo que cerrarla cuando oyó el nombre de Ayane, y solo unos segundos después, el chasquido de la puerta, que anunciaba un nuevo visitante.

Ayane no se había preparado el atuendo esta vez. Parecía que la hubieran sacado de la cama con una mala noticia. Llevaba el mismo chándal raído de falso terciopelo gris que le gustaba ponerse los días que menstruaba. Se había recogido el pelo en una coleta eficiente, aunque despeinada, y llevaba la cara limpia.

Jace observó su recorrido hasta el asiento situado frente al suyo. Pensó de nuevo en el gesto de Wray, en cómo este eligió su silla, y se preguntó si lo habría hecho adrede para quedar enfrentado con Ayane, cada uno a un lado de mesa, como si estuvieran a punto de aparecer los abogados para firmar los papeles del divorcio.

Odió que esa fuera la primera imagen mental que le vino al contemplar ese rostro tan delicado que parecía de porcelana y que, sin embargo, escondía el valor de una leona.

No podía haberse esfumado, se dijo Jace, mirándola con desesperación. Esa mujer que él conoció y amó hasta el delirio tenía que seguir allí, en alguna parte.

El resto de los presentes los dejaron solos.

Durante un buen rato, solo se observaron. Jace no podía ni siquiera empezar a imaginarse de

qué manera iniciaría la conversación. ¿Recordándole su deber para con los Estados Unidos de América, que por lo menos ella siempre había considerado más valioso e importante que ningunos votos matrimoniales? Casaría con su antiguo carácter, pero ¿qué primaba ahora para Ayane? Quería que él se largara lejos, se lo había dicho con todas las letras, pero, al mismo tiempo, ¿podría sobrevivir a la soledad en su estado?

Al final rompió el silencio con cuatro sencillas palabras.

—He tenido una aventura.

Jace no se inmutó al escucharla. Para responder se decantó por la verdad más cruda.

—Yo también.

—Una aventura que significó algo para mí —especificó silabeando cada palabra.

—Yo también —repitió Jace, esta vez más despacio.

Ayane parecía tan poco sorprendida como él. Solo enarcó una ceja y volvió a dirigir la conversación a ella.

—¿No quieres saber con quién?

—¿Quieres saberlo tú? —contraatacó con calma.

—No —respondió sin dudar antes de continuar sin ápice de reproche—. ¿Es que no te importa?

—Cuando me lo has soltado sin más, parecías segura de que no, no me importaba, o quizá habrías tenido más tacto —contestó con paciencia—. ¿Te importa a ti?

Ayane no puso voz a sus pensamientos enseguida. Barrió la estancia con una mirada descentrada antes de posarla de nuevo en él con vacilación, como una mariposa extraviada.

—Me duele cómo ha acabado todo esto —reconoció quedamente—. No dejo de preguntarme de qué manera estaríamos hoy, ahora, si no me hubieran destinado a Koh Phangan.

Jace cambió de postura en la silla, incomodado por una reflexión que no era sino la misma que le había estado atormentando a él. La consoló con la misma conclusión que nunca le había servido para nada, esperando que con ella tuviera suerte:

—No tiene sentido hacerse esas preguntas ahora.

Pero ella continuó meditando en voz alta de forma caótica.

—Me pregunto si me habría enamorado de otra persona allí, o si me habría gustado tanto la experiencia que te habría pedido nada más regresar que nos metiéramos en el mundillo, o si hubiera querido abrir la relación; tener uno de esos matrimonios con opción a trío o intercambio que tan de moda están. Me pregunto si después de acostarme con quien fuera necesario para destapar la red, habría vuelto a casa más convencida que nunca de que eras el único para mí.

Ayane estaba logrando plantear las posibilidades con la clase de frialdad que solo se podía fingir cuando uno estaba distraído, pero él tuvo que hacer un esfuerzo para no desmoronarse.

El fin del amor era un luto en todos los casos.

En ese, incluso habiendo segundas personas, más aún.

—Teníamos proyectos, ¿no? —prosiguió Ayane con la mirada perdida en la pared de enfrente. Movía las pupilas como si no supiera en qué detalles de los cuadros detenerse—. Tú parecías ilusionado con la idea de tener hijos... —La voz se le quebró al pronunciar la palabra. «Hijos», repitió Jace para sus adentros. Lo veía tan lejano que ni siquiera pudo darse por aludido. Ese futuro ya estaba muerto. Había sido brutalmente abortado—. Me gusta acabar mis reflexiones tratando de ser positiva. Me digo que yo todavía no estaba ahí, en lo de los niños, y que siempre me ha gustado demasiado la ciudad; que, al final, aunque fuera por incompatibilidad, habríamos llegado hasta aquí. Hasta la ruptura. Pero es improbable. No me habrías dejado escapar con tanta facilidad. Siempre me has querido demasiado. —Ayane levantó

la mirada—. Supe desde el principio que lo único que podría separarte de mí sería otra mujer. No una enfermedad, ni un miembro amputado, ni una infidelidad por mi parte, ni la muerte. Solo que te enamoraras otra vez. O ni siquiera, porque aquí sigues..., pero no quieres estar aquí. No es tu verdadera voluntad. Te conozco demasiado bien porque yo también te he querido demasiado.

No se equivocaba. No era su verdadera voluntad. Era su obligación, y un intento desesperado por aferrarse a los restos de un amor que se había desvanecido como la bruma al alba.

Lloró tanto a Ayane mientras la creyó muerta que ya no le quedaban lágrimas. Incluso había perdido la capacidad de dolerse por ella, como si la inestabilidad emocional, la incertidumbre y el sufrimiento le hubieran necrosado el corazón. Quizá el problema era —y esta vez lo pensó sin miedo a quedar como un cobarde en el proceso de justificarse— que antes de que Ayane apareciera, e incluso si la buscó con ahínco y una remota esperanza, él la dio por perdida muy pronto.

El luto fue tan doloroso que llegó a pensar que perdería la cabeza. Solo el proyecto de sumergirse en las profundidades del mundo BDSM para localizarla le mantuvo cuerdo, y no siempre. Cuando después de pasar la noche en Vesper's regresaba al piso que alquiló en Los Ángeles para mimetizarse con el entorno de Califa, pasaba horas y horas frotándose la piel bajo la ducha, recordándose que aquello era necesario para tener la oportunidad de reencontrarse con su mujer. Habría hecho cualquier cosa para garantizar su supervivencia, y lo cumplió: se embarcó en aventuras sexuales que le hacían sentir sucio e infiel, fue el lamebotas de los mandamases del club, dejó de comer y de dormir para dedicar más tiempo al estudio de cada paso que Ayane había dado en Koh Phangan.

Pero nunca contó con que el desgaste emocional lograría el efecto contrario.

Jace había hecho las paces con la posibilidad de pasar el resto de su vida buscándola, porque pensaba que, después de sus esfuerzos, su amor solo saldría reforzado, pero cuánto subestimó el deseo de supervivencia de su mente. Los seres humanos habían sido creados para superar las adversidades y adaptarse al medio; no en vano seguían sin ser una especie extinta, y si bien Jace nunca llegó a sentir que era parte de Vesper's o del mundillo sadomasoquista, aprendió a verle el punto morboso. Pero la culpabilidad se habría quedado ahí, escondida bajo las camas en las que se acostó con mujeres que lograron complacerle, si no hubiera aparecido ella.

Con ella ya no era morboso, una cualidad desagradable a la que Jace podía restarle importancia alegando que por encima de humano era animal, y, como tal, tenía instintos sexuales que cualquiera podía satisfacer. Con ella era dulce, y cómplice, y apasionado. Ella arrampló con los cimientos de la casa, *su* casa, sus principios, esos sobre los que había construido su vida, y conmovió hasta su última fibra sensible en el preciso instante en que apareció en su campo de visión.

Y nunca lo sabría. Nunca lo sabría porque no volvería a verla jamás, porque ella no querría escucharlo y porque él no tendría el valor para decírselo, pues ante todo tenía un deber para con su esposa y no se atrevería a desafiarlo.

¿O sí?

Ayane sonrió de pronto sin humor.

—Piensas que debes estar a mi lado, pero no porque nos casáramos. No eres religioso ni respetas las instituciones. Lo crees por tu complejo de héroe, tan maravilloso a veces, cuando de veras tienes que ejercer el papel para salvar vidas, y tan tiránico en otras, porque no te quepa la menor duda de que te juega en contra. La gente que merece tu tiempo es la gente que te necesita, ¿no es así? Y si te consagraste a esa gente recitando unos votos, con más razón has de estar al pie del cañón. ¿O es porque te sientes culpable? —planteó, ladeando la cabeza. La compasión asomó

a sus ojos un instante—. ¿Te quedas para castigarte por querer irte?, ¿porque no mereces ser feliz por preferir a otra mujer antes que a la esposa que ya no reconoces?

—No vayas por ahí —la advirtió él.

—¿Por dónde? ¿Por el hecho de que ya no soy la persona a la que quisiste, un secreto a voces que ni siquiera tú puedes esconder?, ¿o por el otro camino, tentador y prohibido, que te llevará a la otra mujer? No me importa quién sea por lo que te acabo de decir: no soy la persona que quisiste y que te quiso. Ni siquiera soy una persona que me merezca respeto, y eso no lo vas a arreglar tú. No podrías hacerlo con tu amor sacrificado, pero ahora que ni siquiera hay amor por ninguna de las partes, menos aún. Siento ser yo la que saque el tema, y con tanta frialdad —apostilló tras recobrarse con una profunda inspiración—, pero alguien tenía que hacerlo para que recordaras lo que es importante.

—¿Y qué es lo importante, Ayane? —inquirió con cansancio, derrotado contra el respaldo—. ¿Que obedezca a Wray sin rechistar y me largue a México cuando necesitas permanente vigilancia para no hacerte daño?

—¿Tu complejo de héroe no entra en juego en este caso? ¿No quieres venganza? Espera, perdona, los héroes no se vengan: ¿no quieres justicia? —se corrigió, enarcando una ceja—. Nunca lo has hecho por la gloria o la adrenalina, y menos mal. Eso es lo que te convierte en el mejor agente especial.

—¿Ahora vas a hacerme la pelota? —gruñó, al límite de la paciencia—. ¿Por qué no me dices que quieres que desaparezca de tu vista, y ya está?

—Eso ya te lo dije, y lo sostengo, aunque no por las razones que tú crees —admitió, aguantándole la mirada con seguridad. Se inclinó hacia delante con las palmas apoyadas sobre la mesa—. La mujer a la que despediste en el aeropuerto de Washington hace más de un año y medio está muerta, Jace. Yo ya no me siento igual, no pienso igual, no lucho igual, no tengo las mismas motivaciones o esperanzas. Tampoco soy un fantasma o media Ayane; soy una Ayane diferente a la que no tiene sentido que te aferres porque a esta Ayane no te une nada. Si lo que necesitas es mi beneplácito para irte... —Arrastró la mano por la mesa en su dirección, como si fuera a entregarle algo físico—, aquí lo tienes.

Jace asintió con la cabeza, fingiendo que no le dolía.

No sería tan fácil liberarlo de sus propias cargas, de su a veces ridículo sentido de la justicia, de su obsesión con honrar a la patria y la familia, incluso si no creía ya en la patria ni tenía familia.

No necesitaba el beneplácito de Ayane. Necesitaba sentir que estaba haciendo lo correcto, o, en su defecto, que le dieran una esperanza. La esperanza de que todo saldría bien u obtendría una garantía de felicidad una vez cumpliera la misión.

Pero eso nadie podía prometerlo.

Se puso de pie con dificultad, asombrado y conmocionado a partes iguales por la reunión que acababa de tener lugar. Quiso adivinar cómo se habría sentido el Jace del pasado si le hubieran contado que apenas un año y medio después su matrimonio se iría al garete, y por razones ajenas a los dos. No pudo, porque sentía que habían transcurrido más de cinco años, más de diez; que ese Jace estaba muerto y el que ahora habitaba su cuerpo era uno radicalmente distinto.

Era insoportable pensar en todo lo que había perdido y sacrificado a raíz de la desaparición de Ayane, y en lo anecdótica que le parecía ahora esa larga etapa de desesperación que fue la búsqueda; una pesadilla que un Jace onírico se había encargado de solucionar solo Dios sabía cómo. Sintió tanto vértigo porque las heridas en carne viva pudieran cicatrizar y porque el amor pudiera morir bajo el peso del horror que se tambaleó en su camino hacia la puerta.

Antes de marcharse, se giró hacia Ayane. Allí sentada, parecía tan pequeña y al mismo tiempo invulnerable que por primera vez sintió que tenía razón, y que a esa mujer no le unía nada.

—Me gustaría hacerte una última pregunta.

—Adelante.

—¿Pretendías hacerme daño con lo de tu aventura para que el orgullo herido me impulsara a marcharme?

Ayane ni siquiera se lo pensó.

—No. Nunca has sido esa clase de inmaduro. Te lo he dicho porque necesitaba que lo supieras. Aunque yo ya no sea la misma persona, Jace, no he olvidado que eso es lo mínimo que te mereces: la verdad.

Jace pensó que no había verdad en un engaño, pero ¿qué podría reprocharle a ella? Podía protegerse a sí mismo de la culpa alegando que se acostó con Maxine porque era su compañera en el juego de rol, porque debía reforzar su coartada de participante, pero estaría insultando su inteligencia. Aquello empezó a ser una aventura en el preciso momento en que la silueta de Ayane empezó a desdibujarse para así poder centrarse en la presencia nítida de Maxine, en una mujer que estaba allí en carne y hueso, que lo miraba con sus dos ojos, que lo acariciaba con sus dos manos, que se reía como si nunca le hubieran hecho daño cuando él sabía muy bien que sí.

El día que Maxine apareció, fue el día que Jace aceptó que Ayane estaba muerta y que jamás la encontraría, y nunca se perdonaría haber tenido una sensación de alivio tan rastrera.

Pero podía empezar a enmendarse encontrando y llevando ante la justicia a los bastardos que habían matado a la Ayane del pasado... y que habían intentado hacer lo mismo con la Maxine del presente.

Capítulo 10

Me preguntaba cuánto tardarías en traerme aquí —comentó Maxine, oteando a su alrededor. Intentaba disimular su turbación con una pequeña sonrisa.

Rodeó su cóctel con la mano y se humedeció los labios antes de dar un sorbo nervioso.

Magnus había pasado a recogerla, como cada dos sábados sin faltar uno, para sorprenderla con una velada distinta de la cena habitual. Sospechó que esa noche no se acostarían en su casa en cuanto ocupó el asiento del copiloto y Magnus la recibió con un beso particularmente caliente. Lo confirmó en el momento en que aparcó en la cochera privada de Vesper's.

Lo que le había sorprendido era que no hubieran entrado a la zona BDSM por la parte trasera. Quizá quisiera esperar a que se hiciera a la idea en el pub a pie de calle antes de pasar a la acción.

—¿Estás incómoda? —le preguntó Magnus en tono aterciopelado. Tenía que agachar la cabeza para que uno de los historiados candelabros de la falsa lámpara de araña no le diera en la frente—. Llevo un tiempo pensando que podríamos probar algo diferente, pero no he elegido Vesper's porque pretenda acostarme contigo en la habitación acristalada. Aunque si eso sucediera, no me disgustaría. —Le guiñó un ojo.

Maxine pestañeó en su dirección, procurando que primara su curiosidad y no se diera cuenta de que también tenía el vello de punta. La única vez que se había sentado en una de las mesitas para dos del pub de Vesper's, lo hizo con Carey, y solo unos minutos antes de meterse en la boca del lobo. Apenas contaba seis meses desde entonces y, sin embargo, sentía que era otra Maxine diferente la que acompañaba a Magnus.

A raíz de ese día, su vida dio un giro de ciento ochenta grados.

—¿Y por qué me has traído, entonces?

—Porque he recibido una invitación exclusiva de Califa, y me gustaría que me acompañaras en esta nueva experiencia. Una semana en Acapulco —anunció, echándole un brazo por encima al respaldo del asiento de cuero—, en un hotel de cinco estrellas con su propia parcela de playa y veladas nocturnas de lo más interesantes.

—Y... ¿quieres convencerme recordándome en Vesper's la clase de diversión que podría esperarme? —completó Maxine, parpadeando deprisa.

—Quiero que Califa te vea y recuerde lo bien que lo pasamos contigo en Fuego y Sangre. Solo pueden asistir cinco personas por club, y me consta que White Lady se ha desmarcado de su top de preferidos porque tiene asuntos laborales que atender. Así que de momento solo vamos Califa, Angel Face, no sé quién más y yo. Hay una vacante extra.

—Yo también tengo asuntos laborales que atender —se quejó Maxine. Y estaba encantada de tenerlos, estuvo a punto de apostillar. No lo vio necesario porque Magnus sabía que adoraba su trabajo y jamás lo había menospreciado.

—Se celebrará la semana de *spring break*. A no ser que hubieras planeado algún viaje, yo creo que te lo puedes permitir.

—De hecho, y ya que sacas ese tema a colación, no puedo permitírmelo. Todavía estoy devolviendo el préstamo bancario que pedí para ir a Koh Phangan. A saber cuánto dinero cuesta este otro viaje... Aunque llevo toda la vida queriendo ir a México —agregó en voz baja, agachando la mirada hacia su copa.

Había estado a punto de pedirse un hurricane, guiada por la melancolía, pero no se lo servirían como lo hizo el amo homónimo y Magnus podría haberlo interpretado como una falta de

respeto.

Al final se decantó por un mimosa.

—Por el dinero no te preocupes. Puedo ponerlo yo... ¡y luego me lo devuelves! —se apresuró a aclarar, viendo que Maxine lo fulminaba con la mirada. Magnus hizo un ademán con la mano para restarle importancia—. Vamos, sería un pequeño préstamo. Igual que el del banco.

—Me sentiría como si me estuvieras comprando para tu diversión —repuso, tratando de sonar coherente y no irritada por su lado caprichoso. Aunque era un hombre con los pies en la Tierra, se le acababa notando tarde o temprano que el dinero había ayudado a moldear su carácter.

—Estaría comprando tu diversión —corrigió él en tono persuasivo—. No se va en pareja o trío, sino con total libertad. Si una noche prefieres ponerte en manos de otro amo, yo tendré que aguantarme.

—¿Y te aguantarías de verdad, o me lo reprocharías todo el tiempo?

—Mientras me dejes mirar... —Le sacó la lengua.

Maxine cayó en la cuenta de que no estaba haciendo las preguntas correctas. Debería negarse en rotundo y no dar a entender que estaba dispuesta a dejarse convencer.

—No sé ni qué estoy diciendo. Fuego y Sangre fue una experiencia... única y especial, y me abrió los ojos en muchísimos sentidos, pero acudir a otra del mismo estilo cuando ya sé que no soy ni ama ni sumisa...

—Quizá no lo seas la mayor parte del tiempo, pero no te desagrada formar parte de alguna práctica BDSM de vez en cuando, ¿a que no?

Maxine suspiró.

—¿Por qué tantas ganas de que vaya, eh? ¿No tienes en tu agenda a mujeres bastante más experimentadas a las que financiar los orgasmos? —se burló con una mezcla de diversión y hastío.

—Ahora mismo eres la mejor compañía. —No le pasó desapercibida la condición temporal, «ahora mismo». Lejos de ofenderla, le recordó que no tendría de qué preocuparse con él—. Disfruto contigo como pensé que no volvería a hacerlo sin meterme en rollos sentimentales. Además de tener química, nos llevamos de lujo. Podríamos darnos apoyo mutuo a lo largo de la semana. —Se la quedó mirando un buen rato. Maxine supo que iba a decir algo desagradable cuando se humedeció el labio superior; era un tic que anunciaba el comienzo de una conversación delicada—. Pero puedo entender que no quieras volver a verte envuelta en el mundillo, ni que te relacionen con Fuego y Sangre, después de lo que pasó con Yellow Bird.

»No creas que los demás no nos preocupamos. Califa es el primero que lleva todos estos meses siguiendo de cerca su desaparición e informándose por su cuenta a espaldas de los organizadores extranjeros y a pesar de que no tiene por qué asumir la responsabilidad —continuó con genuina inocencia. Magnus ni siquiera se planteaba que los mandamases pudieran estar implicados—. A fin de cuentas, pasó cuando Carey ya estaba fuera del recinto.

Maxine alzó la barbilla, como un animal ante el mínimo estruendo.

Había pensado tanto en ella y en el misterio que la envolvía, en todos los que podrían haber participado en su secuestro, que no había descartado que Califa hubiera dado luz verde a los traficantes tailandeses para pillar a Carey con la guardia baja. Era consciente de lo rebuscado que sonaba que Fuego y Sangre encubriera delitos de trata, y se preguntaba si no era su antiguo prejuicio el que la instaba a asociar el sadomasoquismo con lo sórdido y lo nocivo, pero por alguna razón no dejaba de pensar en ello.

No habrían destinado a Hurricane en Koh Phangan si el FBI no hubiera tenido una sospecha parecida.

Empezó a ver con otros ojos la invitación de Magnus.

Era cierto que no le desagradaba una experiencia BDSM, solo de vez en cuando y siempre que no implicara una agresión en frío, pero no se habría planteado viajar hasta Acapulco solo por placer. Si cabía la más remota posibilidad de que Carey hubiera sido abducida por sujetos relacionados con la organización de Fuego y Sangre, su disposición cambiaba.

Estaría exagerando si dijera que la desaparición de su amiga había dejado un vacío en su vida. Era consciente de que nunca la conoció en profundidad y de que su soledad hizo que viera las virtudes de la dominatriz con lentes de aumento. Pero las torturas a las que pudiera estar siendo sometida la tenían todas las noches en vela, diciéndose que podría haberle tocado a ella y no a Carey, que podría haberlo evitado si se hubiera quedado en la fiesta, a su lado, y que haría cualquier cosa para ayudarla si se le presentara la oportunidad.

No porque se lo debiera, o no solo por eso, sino porque creía en la justicia.

Tal vez dicha oportunidad se le hubiera presentado por fin. Era un tiro muy largo, eso seguro. Las probabilidades de que Carey estuviera en Acapulco o Maxine pudiera recabar información sin recursos eran más bien exiguas, pero pensó que debía intentarlo.

A fin de no levantar las sospechas de Magnus, fingió vacilar.

—Hace mucho tiempo que no vengo por aquí y no pruebo ninguna experiencia así.

Magnus sonrió con picardía, formándole un nudo en el estómago de los que solo podían deshacerse con caricias.

—Eso tiene fácil arreglo. Si te pones en mis manos, lo soluciono enseguida.

Maxine sonrió, halagada una vez más por el interés que un hombre tan encantador podía llegar a mostrar en ella. No confiaría en cualquiera para profundizar en prácticas sadomasoquistas, pero él se había ganado incluso su aprecio con el paso del tiempo, y tenía mérito porque Maxine ya no era la jovencita ingenua que entró en Vesper’s con el aliento contenido. Era una mujer que había perdido dramáticamente una amistad y a la que le rompieron el corazón al mismo tiempo, y justo después de ver cómo su relación se desmoronaba ante sus ojos. Había regresado a Los Ángeles con la determinación de cortar de raíz cualquier tipo de contacto con el género masculino, y ahí había estado Magnus Vass, un apolo que no tenía miedo de entregarse ni de que lloraran en su hombro.

Se levantó y le tendió la mano en un cómico gesto de debutante victoriana. Él la tomó con la misma solemnidad y le besó los nudillos, divertido. Acto seguido le hizo un gesto con la cabeza a alguien que Maxine no atinó a ver —quizá supiera dónde estaban las cámaras con exactitud—, y unos segundos después, un camarero los estaba escoltando a la puerta que conducía a las mazmorras de Vesper’s.

Maxine miró a Magnus en busca de un rostro amigo y encontró más que eso. Él le apretó la mano para infundirle ánimos, como si supiera que la última vez que había estado allí salió llorando y con el nombre del hombre imposible grabado en el pensamiento.

—¿Crees que podría ver antes a Califa? —le preguntó en voz baja—. Para hablar sobre Carey.

No tenía sentido seguir refiriéndose a ella con su nombre en el rol. Su rostro había estado circulando en las redes sociales durante el tiempo suficiente para que a esas alturas todo el mundo conociera su identidad.

Maxine había pensado, quizá con desatino, que Carey odiaría regresar a casa y que le hubieran arruinado la tapadera. Era una preocupación estúpida. No podría odiar regresar a casa cuando eso significaría estar a salvo.

—Debe de estar en su despacho. Si vas conmigo, no tendrá problema en dejarte pasar.

—Privilegios de tirarme al jefe —se burló Maxine.

Magnus le dio un gracioso azote en el cachete. Ella respingó y se rio, risa que se fue apagando conforme se acercaron al gran salón donde las bailarinas de alterne y las parejas exhibicionistas bailaban poseídas. Sonaba el poderoso estribillo de *I See Red* de Everybody Loves An Outlaw, que acompañado por los neones rojos y la oscuridad terminaba de crear la atmósfera perfecta para que Maxine se diera por impresionada una vez más.

La guía enmascarada que les había abierto la puerta se despidió de Magnus con un asentimiento de reconocimiento.

Era un cliente habitual. No necesitaba que le acompañaran a ninguna parte.

—¿Has venido desde que empezamos a vernos? —inquirió ella por curiosidad.

—Un par de veces; una de ellas para tomarme unas copas con Califa.

—¿Y la otra? —Enarcó una ceja.

—Para follarme a la mujer que se acaba de ir —resolvió con llaneza. Se inclinó hacia Maxine con una sonrisa jocosa—. ¿Te vas a poner celosa, Mimosita? A ver si crees que he olvidado eso que me contaste de que en sueños te reúnes con tus antiguos amantes...

Maxine fue a replicarle que no era lo mismo, pero en el fondo sabía que lo suyo era peor.

Una noche que fueron a la playa a apurar una botella de champán, Maxine se sintió inspirada por la luz de las estrellas y el nostálgico rumor de la marea y le contó que no había dejado de soñar con Hurricane ni un día. No dijo su nombre por miedo a invocarlo, a que se le atascara la voz al intentar decirlo, pero Magnus no tenía un pelo de tonto y probablemente lo hubiera deducido.

—Así que lo hiciste por despecho —comentó ella, exagerando su desdén. Siguió a Magnus a través del gentío para subir las escaleras del palco orientado al este—. Porque yo tengo a quien me caliente la cama incluso cuando estoy dormida.

—Yo podría calentarte la cama mientras duermes —le sugirió, todavía tan cerca de su oído que le puso la piel de gallina—. ¿Nunca te han follado estando inconsciente?

—Eso ha sonado fatal, Magnus —se quejó Maxine, mirándolo horrorizada.

—Rob Roy —corrigió él—. Y si das tu consentimiento antes, no tiene por qué ser malo.

—¿No te despiertas con el movimiento?

—Llegado cierto momento, es posible.

—¿Tiene que ver con el sonambulismo sexual? —vaciló, recordando algunos artículos que había leído al respecto cuando se informaba para conocer mejor a Dylan.

—No.

—Hay todo un mundo que escapa a mi comprensión —murmuró para sí.

Sintió que Magnus la tomaba de la mano y se la apretaba. Buscó su mirada y le devolvió la sonrisa sin darse cuenta, una sonrisa que le daba la reafirmación que aún seguía necesitando.

—Puedes descubrirlo conmigo... o con cualquiera de los admiradores que tienes.

—¿Admiradores? ¿En plural?

Desde el palco donde una vez tomó asiento con Hurricane para hablar sobre su próxima sociedad como amo y sumisa, a Maxine le resultó más sencillo localizar entre el público al hombre que Magnus señaló con un discreto gesto de cabeza. Este miraba hacia arriba, presumiblemente en su dirección. Al principio le costó reconocerlo, porque las luces intermitentes de la discoteca desfiguraban su rostro, pero no hubo lugar para las dudas cuando vio sus rizos y la forma de los hombros en los que se había apoyado tantas veces.

Abrió la boca para preguntar qué hacía Dylan allí. Se disuadió ella sola porque sabía de sobra la respuesta. Lo que le sorprendía, incluso tantos meses después, era que no le afectaran en absoluto ni su presencia ni sus intenciones; que incluso se sintiera inclinada a saludarlo

sacudiendo la mano, sonriendo escueta.

Enamorarse era mágico, pero los efectos después de dejar de querer a alguien eran incluso más asombrosos.

En ese breve rato, Magnus se había separado de ella para llamar a la puerta del despacho de Califa. Maxine descubrió que no estaba solo, e iba vestido como si pretendiera pasar toda la noche allí, entre el papeleo del que tendría que hacerse cargo para cuadrar el viaje a Acapulco. Llevaba una camiseta de un equipo de baloncesto y el cabello despeinado.

O no se dio cuenta de que tenía visita o no le importaba que le vieran fruncirle el ceño y hablarle con aspereza a Angel Face. Ella estaba sentada sobre el escritorio a su lado, tan cerca de él que parecía que se caería en su regazo en cualquier momento. También tenía el gesto crispado, y le hablaba tan rápido que se notaba más aún su acento hispano.

No la vio con la intención de salir a saludar. Llevaba el pelo recogido en un moño descuidado y un kimono de seda rojo.

Fue Califa quien puso fin a la discusión gesticulando, hastiado, hacia su pareja. Se dirigió a Magnus con una amistosa sonrisa de bienvenida.

Luego reparó en Maxine, y su semblante cambió.

—Pero bueno, Mimosa... —Tamborileó los dedos contra la mesa, y se reclinó para observarla con fijeza—. No esperaba verte por aquí. Aunque no te voy a negar que me alegre de verte.

Creyó ver algo más que perverso regocijo en su expresión, algo similar al alivio, pero lo descartó enseguida. ¿Por qué iba a aliviarle que una novata regresara a su club? No formaba parte del equipo de inversores y tampoco podía decir que se hubiera ganado su cariño después de abofetear a Aqua Velva.

Angel Face no los saludó. Sacó el móvil de uno de los bolsillos del kimono y se dedicó a trastearlo de espaldas a la visita, cruzada de piernas donde estaba.

A Maxine le extrañó su comportamiento. Nunca había sido la mujer más habladora, pero por lo menos no le negaba la mirada a nadie.

—Llevaba un tiempo acariciando la idea de llamarte —reconoció Califa, sorprendiendo a Maxine—. Me vienes como caída del cielo. Pero supongo que has venido por lo de Acapulco, ¿no? Para pedirme que te añada a la lista.

Maxine sacudió la cabeza, fingiendo extrañeza cuando se podía imaginar por qué quería contactar con ella. Si Califa andaba buscando a Carey por su cuenta, habría descubierto que era su amiga quien había emprendido la cruzada en la red contra sus secuestradores.

—¿Llamarme? ¿Para qué?

Califa se inclinó hacia delante para mirarla largamente.

—¿Puedo contar con tu discreción?

—¿Así, sin más? —interrumpió Angel Face. Había decidido dejar de fingir que estaba entretenida chateando. Bajó la mano que sostenía el móvil y le echó un vistazo reprobador a su pareja—. No deberías poner a la gente en peligro para satisfacer tu complejo de Sherlock Holmes. No es asunto de la chica.

—A lo mejor tendría que escucharla, porque de los dos es la que tiene una carrera universitaria —continuó Califa en referencia a Angel Face, que no había apartado la vista de Maxine. Sus labios formaban una mueca socarrona—, pero me parece que me voy a arriesgar. De eso entiendo bastante, que para algo soy empresario.

—Empresario —recalcó Angel Face, que lo reprendía como si no hubiera nadie más delante. Estaba furiosa y no le avergonzaba reprocharle en público. Apoyó la mano en la mesa, justo delante de él, y se inclinó—, no policía. Este no es tu problema, y el de ella, menos aún.

Califa se giró hacia Angel Face como si le estuviera haciendo un gran favor. Le sostuvo la mirada con hastío. Maxine estaba segura de que en el fondo estaba esperando a quedarse a solas con ella para castigarla por sus interrupciones.

—Si fuéramos por la vida desentendiéndonos de las tragedias ajenas, nos convertiríamos en bestias desalmadas. Creía que eso era lo que te gustaba de mí; mi preocupación social. —Dio por zanjada la cuestión sin más y entrelazó los dedos sobre el escritorio antes de concentrarse de nuevo en los visitantes, esta vez Magnus—. ¿Te importaría dejarme a solas con la criatura?

El amo se aseguró de que Maxine estaba cómoda y de acuerdo con la petición y abandonó el despacho cerrando la puerta tras él.

Ella no las tuvo todas consigo. La posibilidad de que Califa estuviera implicado, que no quería descartar por preocupado que pareciera de cara a la galería, la obligaba a mantener los cinco sentidos alerta.

—Tú eres amiga de Yellow Bird. Recuerdo que diste la voz de alarma cuando desapareció en Koh Phangan. He estado siguiendo la denuncia en redes sociales para ver si había noticias, e indagando descubrí que eres tú la que está detrás de todo el movimiento. —Hizo una pausa para mirarla de arriba abajo, como si así pudiera averiguar hasta qué punto estaba informada—. ¿Qué crees que le pasó? Porque yo tengo mis propias sospechas y no me vendría mal contrastarlas con alguien... —Angel Face puso los ojos en blanco y se apartó de la mesa con un movimiento airado. Se largó de la habitación, escoltada por la mirada curiosa de Maxine—. No le prestes atención. El desbarajuste hormonal del embarazo saca lo peor de ella —retomó Califa en tono aterciopelado antes incluso de que diera el portazo. Angel Face habría oído el comentario—. Llevamos un tiempo discutiendo por el mismo tema. Solo está preocupada porque ande investigando por mi cuenta cuando, en el caso de confirmarse mis pesquisas, podría colgarme una diana en la espalda. —Desvió la mirada a sus manos, que frotaba con aire pensativo. Tenía los dedos morenos y salpicados de anillos macizos, de los que dejaban una marca perenne en la piel si se ejercía la violencia con ellos. Miró a Maxine a través de las pestañas—. Sé que Yellow Bird desapareció cuando ya la habían expulsado de Fuego y Sangre. —Curvó los labios con desdén—. Qué conveniente, ¿no?

—¿Eso fue lo que te llamó la atención del hecho de que ande en paradero desconocido e hizo que comenzaras a desconfiar hasta de tu sombra? —se extrañó Maxine. Se cruzó de brazos para disimular sus nervios, y optó por una confrontación casual—. Qué fino hilas. Pondré en mi testamento que, si por casualidad muero en circunstancias misteriosas, quiero que seas tú quien se encargue de la investigación.

Califa meneó la cabeza sutilmente. Estaba sumido en sus pensamientos, y al mismo tiempo pendiente de cada nimio movimiento de Maxine, como si en su lenguaje corporal estuvieran escritas las pistas.

—Lo que me llamó la atención fue revisar las listas de participantes de años anteriores y contrastar el número de parejas que repiten la experiencia. El porcentaje de reincidencia es superior al noventa y nueve por ciento. Es curioso que las únicas personas que no han vuelto, a excepción de las que han fallecido o contestaron declinando la invitación con un argumento razonable, sean mujeres que no volvieron a su domicilio.

—Normal que Angel Face esté molesta si andas yendo a la casa de chicas jóvenes y guapas y fundiéndoles el timbre para asegurarte de que no están —bromeó Maxine, aunque con gesto sombrío.

¿Qué tanto habría metido las narices en un asunto que solo concernía al FBI?, se preguntaba, preocupada. ¿Lo sabría la agencia? ¿Harían algo al respecto?

—No hubo necesidad de fundir el timbre. Busqué en internet los nombres de las chicas que acudieron a Fuego y Sangre en las listas generales y que no repitieron al año siguiente y me aparecieron denuncias de sus familiares. Llevaban desaparecidas desde el mes de octubre en el que se celebró el evento al que acudieron, y cada una fue un año diferente. Me parece demasiada coincidencia que Yellow Bird sea la tercera a la que perdemos de vista en estas... circunstancias misteriosas, como tú has dicho —cabeceó hacia ella.

Maxine tragó saliva.

En un primer momento a nadie le habría parecido sospechoso que dos turistas norteamericanas no regresaran a casa de sus vacaciones en Koh Phangan. Tailandia era un paraíso cultural, pero también un agujero negro de desaparecidos, y en las denuncias no se decía dónde se habían hospedado o qué habían ido a hacer porque por contrato estaba prohibido hablar de Fuego y Sangre con personas externas. Pero Califa las había tratado, y al leer las noticias habría dado la voz de alarma. No tendría por qué haber conocido el destino que habían corrido porque él tampoco estaba en el derecho de utilizar los datos personales de los participantes para fines propios. Pero ante la sospecha de un crimen, la única cláusula que permitía revelar nombres completos y domicilios, habría revisado sus contratos.

Maxine no podía confirmarle lo que sabía, que, aunque poco, sería suficiente para que Califa confirmara sus temores y pusiera en marcha algún protocolo. El FBI había sido muy estricto con ella cuando fue convocada para dar su versión de los hechos: hablando de lo sucedido estaría arriesgando su misión.

No pretendía meterse en problemas —o meterlo a él— yéndose de la lengua, pero Califa era avispado, y Maxine, un libro abierto.

—Tú sabes algo, ¿verdad? —tanteó, atravesándola con aquellos ojos de tigre de bengala que la intimidaban—. Entiendo que es un asunto delicado, pero apuesto lo que sea a que tienes el mismo interés que yo en traer a tu amiga de vuelta. Cabe la posibilidad de que no sea mi asunto, como piensa Angel Face, y que el problema venga de fuera. Pero si está relacionado con Fuego y Sangre, como organizador me corresponde tomar cartas en el asunto. No puedo seguir enviando a gente a resorts cuando no estoy convencido de que se cumplen las medidas de seguridad.

—Yo sé lo mismo que cuando me presenté ante ti aquel día en Koh Phangan —le prometió Maxine con una serenidad que la sorprendió incluso a ella—. Sé que mi amiga no regresó a California, sé que desapareció en Koh Phangan, en la fiesta de la Luna Llena, y sé que le ha tenido que pasar algo terrible, porque... —Intentó sonreír, pero le salió una mueca—. Porque ella nunca apaga el móvil.

Califa exhaló, imitando una risa cansada, y agachó la cabeza para pasar las páginas de números que tenía delante.

Él también había conocido a Carey, y le había gustado lo suficiente para darle privilegios en el club. Más allá de que le moviera su compromiso con la seguridad de los participantes, debía de estar genuinamente preocupado por ella. Eso conmovió a Maxine, que estaba cansada de bregar por su libertad sin otro apoyo que el de personas que no podían entenderla.

—Pero si me entero de algo, te lo diré. Y no te voy a negar que en parte quiero ir a Acapulco para averiguar si su desaparición está relacionada con Fuego y Sangre —dijo de carrerilla. Califa alzó la barbilla de golpe con los labios separados, perplejo—. Como es natural, me... me divertiré por las noches y actuaré como si no pasara nada. Pero no puedo quedarme en casa de brazos cruzados. Y... y... Bueno, no sé qué me voy a encontrar, si te soy sincera. Pero estaré ojo avizor. Y si tú también vas con esa... intención, me presto aquí y ahora a ser tu... socia, o conejillo de indias, o lo que me digas —concluyó, cuadrando los hombros para enfrentarse a una de las

ásperas respuestas del propietario.

Califa tuvo que comprender que no estaba tirando un farol, porque pestañeó varias veces y se levantó muy despacio. A Maxine se le había olvidado que ninguno de los hombres del rol tenían la mesura de Hurricane, pero lo recordó por las malas cuando el dueño apoyó las caderas en el borde del escritorio, frente a ella, y le dijo:

—¿Estás loca, o qué te pasa? La búsqueda de Carey no es una gymkana.

—Me lo puedo imaginar —le replicó, irritada. ¿Cómo le explicaba que lo sabía incluso mejor que él?, ¿que estuvo a punto de morir en un avión de rehenes, o, peor; a punto de aterrizar en un burdel chino?—. Y no creo que te haya dado razones para desconfiar de mi determinación, Califa. Vine aquí hace meses, temblando como una hoja, para prometerte que no te arrepentirías si me mandabas a Koh Phangan. Por lo que vi, estuviste muy contento con la manera en que me desenvolví. Ahora me he propuesto encontrar a mi amiga.

—Entiendo que una ricura como tú equipare un amo sadomasoquista con un secuestrador en serie, o, peor, con un traficante de personas, pero no es la misma cosa.

Maxine le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Que yo sepa, no me puedes vetar.

—Tampoco me tientes —repuso—, y escúchame bien, porque...

Ignoró la advertencia y dio un paso hacia Califa, que había seguido observándola cauteloso.

—Desde la última vez que estuve aquí he aprendido un par de lecciones. No creo que puedas ponerme a prueba de la manera que necesitas para asegurarte de que no exagero, pero déjame adelantarte dos verdades: cuando algo se me mete entre ceja y ceja, no paro hasta conseguirlo, y cuando es una persona que quiero lo que está en juego, soy capaz de cualquier cosa.

Esperaba que Califa se riera de ella como había hecho en otras ocasiones, y con razones sobradas, pero este se la quedó mirando con una mezcla de respeto e irritación. Fue a ladear la cabeza hacia la puerta detrás de la que estaría Magnus, como si su opinión fuera importante de cara al futuro de Max. Ella no se lo pensó dos veces y lo tomó de la barbilla para que se centrara en la única que decidía.

El detalle hizo sonreír a Califa.

También le hizo claudicar.

—No abrirás la boca, ¿me oyes? No le dirás a nadie qué haces, Rob Roy incluido. Cuantos menos estemos vigilando, mejor. Y participarás como la que más en los juegos para mantener un perfil bajo. Allí, quien no se mueve y coopera, se convierte en un bien muy preciado porque la exclusividad siempre se paga a precio de oro. ¿Me has entendido?

—Con meridiana claridad —respondió Maxine.

—Y, ahora, quiero que bajéis tu amo y tú a Vesper's y os mimeticéis. Si os vais de aquí sin haber bailado o follado en alguna de las habitaciones, la gente se extrañará, porque a ti en concreto, pelirroja, no te han visto en sus vidas.

—Descuida —contestó ella—. Esa primera orden te la voy a obedecer encantada.

Califa se carcajeó en voz baja, socarrón. La suya era una risa ronca que se metía bajo la piel.

—¿Quién es esta y qué ha hecho con el cachorrito asustadizo?

—No tengo ni idea —admitió Maxine, encaminándose a la salida con una nueva determinación—, pero me ha gustado tanto que a lo mejor deberías acostumbrarte a ella.

Capítulo 11

Maxine salió eufórica del despacho de Califa. Después de todo, tendría una oportunidad para dar respuesta a alguna de sus dudas, y había sido capaz de imponerse a un hombre temible y salir airosa.

Cogió al expectante Magnus de la mano y tiró de él escaleras abajo. En un momento dado sintió que alguien la estaba observando, y se percató de que Califa se había asomado a la baranda del palco para verla marchar con un brillo ambicioso en los ojos. Se observaron en la distancia, ella con aire retador para reafirmar la actitud que había mostrado en su presencia; él cabeceó en su dirección, como si por fin reconociera en su persona a una mujer admirable.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —inquirió Magnus, muerto de curiosidad—. No ha dado tiempo a que folléis, y me sorprendería bastante que eso pasara porque Califa es casi monógamo.

—¿«Casi»? —repitió, divertida, mientras se abría paso entre el gentío del club. Guiaba a Magnus sin saber muy bien a dónde quería conducirlo.

Al menos conscientemente, porque sus pies conocían el rumbo.

—A veces a Angel Face le gusta ver cómo se entrega a otra mujer, o eso tengo entendido —le explicaba muy cerca del oído para que le oyera. La música retumbaba en los altavoces—. Será una especie de acuerdo que firmaron para que Califa no renunciara a la vida que le gusta después de casarse.

Maxine se detuvo, sorprendida, y se giró para mirarlo.

—¿Casarse? —jadeó, perpleja—. ¿Están casados?

—Y tanto. ¿No se nota?

—Es verdad que Califa lleva muchos anillos, pero no me he fijado en si lleva una alianza. ¿Y dices que se acuestan con otras personas?

—Solo Califa, y cuando Angel Face quiere mirar. Si ella se pusiera en manos de otro hombre, yo creo que Califa se arrancaría los ojos. —Que Magnus no utilizara su tono informal quería decir que hablaba muy en serio—. Tiene suerte de que su esposa no sea del tipo casquivano. Una pena para los demás. —Chasqueó la lengua—. Esa mujer es la joya de la corona, y eso que, por lo que sé, no se deja hacer ni la mitad del repertorio. Follar con ella sería una experiencia religiosa..., pero si le dices a Califa lo que acabo de comentar, lo negaré en rotundo —apostilló con voz de ultratumba—. No quiero morir joven.

Maxine le echó los brazos sobre los hombros y se puso de puntillas para sonreírle cerca de los labios. La mirada de Magnus, perdida en la ensoñación, se enfocó en el rostro decidido que tenía delante.

—No eres tan joven, de todos modos —bromeó ella—. No sería una gran pérdida.

Él entrecerró los párpados para castigarla con una miradita de advertencia.

—Cariño..., me echarías tanto de menos que no podrías soportarlo.

—Sí, sobre todo cuando te pones a hablar de lo que le harías a otra mujer conmigo delante —replicó con una ceja enarcada. Acercó las caderas a las de él y se frotó despacio al ritmo de la canción que rompía el silencio: *Rude Boy* de Rihanna.

Magnus respondió enseguida poniéndole las manos en la cintura y presionando su carne con dedos hambrientos.

—Depende —replicó con aire soñador—. Hay sumisas que, cuando se sienten amenazadas, te follan como si fuera su último día en la Tierra.

—Yo no soy tu sumisa —le recordó con cierto regocijo.

Él exageró un puchero.

—Pensaba que habíamos quedado en que esta noche sí.

Maxine entrelazó los dedos detrás de la nuca de Magnus, ahí donde el pelo en proceso de crecimiento formaba remolinos que le encantaba recorrer con los dedos.

Haberse demostrado a sí misma que podía plantarle cara a cualquiera y atisbar en el horizonte un posible desenlace feliz había intensificado todas las emociones con las que había comenzado la noche: las ansias, el deseo y la curiosidad.

—¿Qué me harías? —preguntó Maxine, sosteniéndole la mirada con el vello erizado.

El aire de Vesper's era distinto, mágico. Estar allí, rodeada por el calor que emanaban los cuerpos, escuchando la fricción del látex y la piel, las risas ahogadas y los gemidos, le hacía sentir que ella también podía participar en su diversión pagana.

La mano de Magnus subió de su cadera hasta rodearle el cuello por detrás. Tiró con suavidad para levantarle la cabeza lo justo para verle mirarla con los párpados entornados antes de besarle la barbilla y la línea del mentón. Maxine se abandonó a la sensación con un suspiro y dejó que él la sostuviera como si ella sola no pudiera mantener el equilibrio, con una palma recia contra la espalda y otra presionándole la nuca. Los familiares labios de Magnus encontraron los suyos en un beso que le provocó un cosquilleo, cosquilleo que se expandió hasta el vientre y la entrepierna con el roce erótico de su lengua traviesa.

Maxine se aferró a su cuerpo macizo con más fuerza y estuvo tentada de encaramarse a sus brazos o pasarle una pierna por la cadera en un desesperado intento de sentir su erección contra el sexo. Reconocía en su olor masculino y su contacto exactamente lo que necesitaba para excitarse.

Le encantaba que la besara, esa era la verdad. Le encantaba cómo la tocaba y le hablaba en la cama.

—Quiero que nos vean —le dijo ella al oído, jadeando por la intensidad del beso. Le arañó la nuca con movimientos persuasivos—. Hagamos lo que hagamos, quiero que sea en una de esas habitaciones.

—¿Has estado antes? —preguntó él en el mismo tono.

Maxine asintió despacio con la cabeza, tan metida en su papel y embotada por las caricias que esa vez no recordó ni con quién, ni cómo, solo que tenía una vaga experiencia.

Él deslizó hacia las nalgas la mano que la aferraba por la cadera. El arriesgado corte del vestido y los movimientos del baile le habían levantado la falda a la mitad del cachete, y Magnus, conocedor ahora de su deseo exhibicionista, no tuvo reparos en meter los dedos por debajo y pellizcar su piel de gallina.

Ella ronroneó cuando la apretó como si la quisiera exprimir.

—Pero no fue salvaje —respondió, rozando la nariz contra su mejilla rasposa por la barba. Maxine utilizó la mano libre para acariciarle el pecho en dirección descendente. Su destino fue la bragueta del pantalón, que notó caliente y dura antes de empezar a frotar la tela del vaquero con la palma—. Ni siquiera llegué a... Solo estuve un momento.

—Vamos a ponerle remedio —gruñó él.

Se separó de ella con la mandíbula apretada, como si lo hubiera llevado al límite con su provocación. Adoraba sus reacciones viscerales y su impaciencia por tenderla en una cama, por cerrar el pestillo del dormitorio, por asegurarse de que la tenía ya entre sus garras y nada podía cambiar ese hecho. Luego, una vez se ponían manos a la obra, se tomaba su tiempo y podía llegar a ser delicado o incluso contenido, siempre en beneficio del orgasmo más arrollador, pero las prisas previas ya habían alimentado la vanidad de Maxine.

Conseguir una habitación acristalada fue más fácil de lo que habría pensado en un primer momento. Magnus solo tuvo que acercarse a una de las guías enmascaradas y señalar con la cabeza una de las que estaban libres.

O quizá él tuviera privilegios y se saltaba los procesos por los que debían pasar los demás.

Maxine se recolocó con discreción el vestido y se pegó a la espalda de Magnus como una niña tímida mientras abrían la puerta con la llave magnética. La situación la impresionaba, pero seguía tan eufórica y excitada que no se sentía ni la cara.

El calor la había devorado apenas le puso las manos encima, y eso él lo sabía. Se regocijaba en el poder que tenía sobre ella.

A Maxine no le importaba su arrogancia. Encontraba el rasgo particularmente encantador.

Pensó que la cristalera la haría tan consciente de su exposición que empequeñecería por los reparos, pero en cuanto se quedaron a solas con la cama doble y los juguetes eróticos y Magnus caminó hacia ella con unos ojos que ardían como bengalas, se olvidó de lo demás.

En algún momento se había armado con una cuerda de cáñamo gruesa que hizo que le picara la piel de solo imaginarse atada.

—Tú y yo nunca antes habíamos usado... —empezó, intimidada pero al mismo tiempo disfrutando del papel al que la había relegado, el de víctima ingenua.

—No. Y seguro que nadie lo había usado contigo antes de mí de la forma en que voy a hacerlo. Pero me tienes que dar tu consentimiento. —Se detuvo ante ella y le acarició la cara despacio con la cuerda, aún enrollada. El tacto era áspero y desagradable, pero la expresión de Magnus la encandiló—. ¿Confías en mí lo suficiente para permitir que te inmovilice? —Maxine asintió con la cabeza, a lo que él le dio dos golpecitos en la mejilla con el grueso nudo que mantenía la cuerda atada. No le hizo daño, pero no le habría importado que así fuera—. No, nada de movimientos; quiero oír tu voz. ¿Sí, o no?

—Sí.

—Si en algún momento no te gusta lo que hago, dirás «no» alto y claro. No creo en esas gilipolleces de las palabras de seguridad que tanto se llevan ahora. La palabra de seguridad siempre es «no».

—Lo sé, lo sé... Por favor —balbuceó ella con impaciencia—. Tócame ya.

Magnus no se rio como otras veces en las que encontraba adorables sus ansias. Con una seriedad que la intrigó, pero sin perder el brillo macarra de los ojos, se separó de ella para situarse junto a la flamante *California king*. Los discretos focos de luz roja repartidos en cada una de las tres paredes teñían de escarlata las sábanas de satén oscuras.

Magnus le hizo un gesto con el dedo para que se acercara.

—Quítate toda la ropa menos las bragas.

La primera vez que le dieron una orden semejante, Maxine obedeció sin reparar en las posibles implicaciones, tan solo atraída por la autoridad de quien la pronunció. En esta ocasión era tan consciente de con quién estaba y lo que quería que obedeció con seguridad, quitándose el vestido por la cabeza y arrojándolo a un lado. El sostén aterrizó justo encima.

Se creció ante la mirada apreciativa de Magnus, más contenida que de costumbre y por ello también hipnotizadora.

—Siéntate en el borde.

Maxine obedeció con un nudo de expectación en la garganta. Fue a quitarse los zapatos sin que él le diera la orden; Magnus la castigó con un latigazo en la mano para que se detuviera. La aspereza de la cuerda le provocó un cosquilleo incómodo en la piel.

—Déjatelos puestos.

Ella escondió una sonrisa sabedora y levantó las palmas para indicar que allí se quedarían. Sabía que era un fetichista de los tacones. No era la primera vez que le hacía una petición similar, y debía reconocer que la encontraba adorable.

—A cuatro patas —le ordenó.

Maxine se encaramó a la cama sin perderlo de vista hasta que no le quedó otro remedio que encarar la pared contraria. Se situó sobre sus pies y sus manos sobre el colchón, que debía ser duro para que no le dolieran las muñecas al mantener la postura. Sintió que Magnus le levantaba la pantorrilla lo suficiente para besarle el tobillo antes de deshacer la cuerda con la maestría de un marinero y empezar a enrollarla alrededor de las finas tiras de los zapatos, que se ajustaban encima del hueso.

Magnus empezó a recorrer sus piernas con los dedos una vez había concluido el primer paso, para lo que tuvo que arrodillarse en la cama procurando no interponerse en la visión de quienes quisieran observar a Maxine. Ella pensó que quien asistiera a la escena desde el otro lado contemplaría sus nalgas de un modo obsceno, y aunque eso la ruborizó, se imaginó que disfrutaban, y que eran muchos los que se habían congregado ante la cristalera.

Notó la presión de la cuerda y su tacto rasposo alrededor de los muslos, muy cerca de la rodilla. Estaba envolviéndola sumido en un silencio perturbadoramente erótico. El material le sobró para rodear los muslos enteros, librar las nalgas del roce molesto del cáñamo, y continuar desde la zona lumbar hasta los hombros.

—Apoya la mejilla en la cama —ordenó Magnus.

Supuso que era porque quería sus manos detrás. Tuvo la iniciativa de ofrecérselas juntando las muñecas a la espalda. Él la besó entre los dedos y los omoplatos y le rodeó una de las nalgas con una mano posesiva mientras le seguía enrollando la cuerda hasta debajo de los hombros. La fricción del material en los pezones sensibles la incomodó y complació a partes iguales, como un azote en el momento justo. Intentó llevarse la mano al torso para rascarse, y para cuando quiso darse cuenta, no podía moverse. Magnus había concluido su obra con un nudo apretado, y ahora la cuerda le presionaba la carne de un modo dolorosamente excitante.

Sintió que la empujaba y la sujetaba para cambiarla de posición, de manera que si alzaba la cabeza mirara a una de las paredes laterales. Pensó que las caricias de sus manos apaciguarían el picor, pero cuando le rodeó los pechos con las palmas sin apretarlos con los dedos, lo que hizo fue acentuarlo hasta hacerlo insoportable, como si en lugar de tocarla la hubiera rozado con una pluma.

Maxine se sacudió echando las caderas hacia atrás, gimiendo por la placentera comezón. Él no se apiadó de ella y siguió tentándola con los dedos, dejando en cada porción de su piel un hormigueo tentador.

Gimió de alivio en cuanto Magnus le retiró la tira del tanga y delineó su hendidura, hinchada por la presión de la prenda, que la había estado torturando todo el día, y por el deseo hacia esa turbadora tortura. Pero no la penetró. Sus dedos tantearon el ano, y fue ahí donde empezó a ejercer presión hacia el interior al mismo tiempo que trazaba pequeños círculos.

Maxine fue relajándose y tensándose de manera intermitente hasta que se acostumbró al movimiento y a la sensación de bochornosa apertura que provocaba. No podía estarse quieta. Las cuerdas la apretaban y le causaban un picor imposible de ignorar, y en su inocencia pensaba que meneándose como si buscara la postura perfecta conseguiría aplacar la angustia cuando, en realidad, no quería ponerle freno.

No enseguida.

Quería averiguar cuánto podía soportar, y eso Magnus lo sabía.

Le puso una mano en el centro de la espalda y la empujó para que permaneciera con la mejilla pegada al colchón, sin mirar hacia la cristalera. Le rodeó el cráneo con los dedos extendidos y presionó hacia abajo para forzar la postura.

Maxine estaba totalmente a su merced. No podía mover ni una pestaña.

Cuando había dilatado el ano lo suficiente, la penetró con dos dedos. El silencio del amo podría haber sido inquietante, pero era morboso. Debería estar asustada, y, sin embargo, cerró los ojos y empezó a gemir, rotando las caderas al mismo ritmo que él marcó introduciéndose con lentitud.

No mucho tiempo atrás habría pensado que era humillante. Ya no estaba de acuerdo. No era humillante cuando una estaba de humor, se sorprendió comprendiendo. No era humillante cuando una se sentía ese día lo bastante poderosa y cómoda con su compañero para probar algo diferente, para cederle parte de su poder. No era humillante cuando una ardía por fuera, porque la cuerda comenzaba a causar estragos en su delicada piel, dejando rojeces y multiplicando el picor, y cuando también ardía por dentro; notaba el frescor de la habitación haciéndole cosquillas en el sexo húmedo y excitado, el vientre contraído y cómo los dedos de Magnus alcanzaban la pared del recto, generando una sensación de dolor y expansión con la que si bien no estaba del todo cómoda, sí se sentía llena y extrañamente sensual.

Supo que Magnus iba a desnudarse en cuanto apartó la mano de su cabeza, dejándola respirar por primera vez en casi un minuto. Oyó cómo su camisa aterrizaba sobre el suelo, el tintineo de la hebilla del pantalón, el rasgueo de la cremallera, sonidos que avivaron su locura. Maxine gimió más alto, en parte porque había empezado a rotar los dedos en su interior. Todo su cuerpo le pidió que se torciera en la dirección de la curva de su mano.

Cuando Magnus se retiró, considerándola lo bastante preparada, Maxine cogió una bocanada de aire y se ruborizó, notándose tan dilatada que pensó que cualquiera podría ver qué tenía dentro. Él le dio unos segundos para que paladeara la sensación, pero no permitió que se acostumbrara y la penetró acto y seguido.

Ella gritó y estiró los dedos de las manos antes de engurruñirlos otra vez con una mezcla de angustia y regocijo. Quiso decirle que era la primera vez que tenía sexo anal, pero la boca se le secó y no habría sido capaz de articular una sola palabra con sentido.

Intentó agarrarse a algo, cambiar la postura de la cabeza para no frotar la mejilla con la sábana con cada embestida, y una vez más se resignó, recordando que estaba maniatada. Pero sus pies gozaban del impacto de cada movimiento de cadera de Magnus, porque no podía evitar tensar los tobillos y engurruñir los dedos y luego forzarse a relajarlos. Lo mismo sucedía con las manos, con los músculos apretados del vientre. Todo su cuerpo recibía de una manera diferente los embates con los que progresivamente fue llenándola.

Al principio no se empujaba hasta el fondo, pero conforme la entrepierna de Maxine empezó a chorrear, Magnus fue aumentando la intensidad hasta que notaba los testículos golpear su sexo, aliviando por un instante la fuerte necesidad que sentía de que la tocara allí.

Estaba tan absorbida por la mezcla de sensaciones que no reparó en que sonaba un pitido. Magnus le rodeó las caderas con las manos y la apretó con fuerza para aumentar el ritmo.

—Alguien quiere unirse —oyó que decía con la voz ronca. Tenía el aliento entrecortado—. A mí me parece bien. ¿Qué opinas tú?

El corazón se le aceleró, y giró la cabeza para mirar hacia el cristal con el ridículo deseo de encontrarse con un rostro en particular; el rostro del único hombre que permitiría que sustituyera a Magnus en ese momento.

El asombro borró de un plumazo cualquier atisbo de decepción al reconocer la silueta de

Dylan al otro lado de lo que ahora era un escaparate. Le estaban ofreciendo a los clientes de Vesper's una posible diversión, y a uno de ellos se le había antojado participar en ella.

Quería unirse, pensó Maxine, pero los pensamientos se le escurrían cada vez que la polla de Magnus la llenaba y le costaba entender lo que estaba pasando... O lo que pretendían que pasara.

Dylan había pedido entrar, y estaba esperando su negativa o su beneplácito.

Sabiendo que no dispondría de un instante de lucidez para pensarlo mejor con sus pros y sus contras, Maxine jadeó, mirando a su exnovio a través del cristal:

—Sí.

Ni siquiera sabía cómo se sentía respecto a Dylan en el aspecto sexual, pero sospechaba que le habría permitido entrar a cualquiera que le hubiera parecido remotamente atractivo. Magnus era el amo, el que estaba al mando de la noche, y sabía que él no permitiría que nadie hiciera nada con lo que ella no estuviera de acuerdo.

Oyó el chasquido de la puerta. Atinó a escuchar también el sonido de sus pasos a pesar de tener la sangre bombeando en los oídos y al eco que había levantado el entrechocar de su cuerpo y el de Magnus, que no había detenido las embestidas ni un solo momento.

Cuando creyó que Dylan se habría acercado lo suficiente, luchó por ordenar las palabras en una frase.

—¿No se supone que tú eres... eres el que tiene el rol... sumiso? —jadeó ella mientras Magnus apuraba los últimos segundos. La penetraba con una crudeza adictiva. Notaba minúsculas punzadas de dolor que de inmediato sofocaban los estremecimientos placenteros.

Dylan se metió las manos en los bolsillos del pantalón de cuero, la única prenda que llevaba cuando se plantó en su campo de visión.

—En los últimos tiempos he aprendido que lo mejor es ir variando..., pero sea dentro o fuera del rol, siempre estoy dispuesto a acostarme con una mujer bonita. De todos modos —agregó en voz baja, agachándose para quedar a su altura y delinear la boca femenina con la punta del dedo índice—, voy a hacer lo que tú me digas. Dar, recibir... No me importa.

—Pero White Lady... —atinó a decir antes de que un gemido gutural la interrumpiera.

Cerró los ojos y se mordió el labio para tratar de reponerse al orgasmo.

—No somos exclusivos —resolvió con simpleza.

Maxine puso los ojos como platos al sentir que se precipitaba al orgasmo. Comprimió las manos en dos puños y apretó los párpados mientras luchaba por no armar un escándalo delante de Dylan, pero enseguida comprendió que no tenía nada de lo que avergonzarse o por lo que reprimirse y sollozó hasta que su cuerpo dejó de vibrar fuera de control.

Magnus se retiró también para vaciarse sobre la hendidura entre sus nalgas. Notó la espesura y calidez del semen deslizarse hasta el orificio del ano, haciéndole unas cosquillas aún más pecaminosas que las que seguían provocándole las cuerdas en el cuerpo.

—Ma... Amo —jadeó Maxine, girando la cabeza hacia Magnus con los ojos cristalizados por la mezcla de sensaciones. Estaba de pie, orgullosamente desnudo, junto a Dylan. Los dos la miraban como si quisieran devorarla, y se sintió vulnerable a la par que poderosa—. Me... me pica.

—Me encargaré de eso más adelante, pero ahora tenemos compañía, y no creo que venga solo a mirar.

Maxine tragó saliva y se fijó en Dylan.

En los últimos días, se había rasurado la barba y cortado el pelo, porque apenas un rizo del flequillo le caía sobre la frente. Le pareció que bajo las luces rojas era más musculoso, más firme y seguro... O quizá no fuera una sensación suya, sino una realidad producto del amor propio que

se habría trabajado desde la ruptura, una asignatura que él siempre tuvo tan pendiente como ella. Sus ojos verdes brillaban como piedras preciosas, un brillo intensificado por el morbo. Tenía los labios de una mujer, delineados y carnosos por naturaleza, y el cuerpo de un semental; así lo avisaba la semierección que le abultaba la bragueta.

Con independencia de todo lo que había ocurrido entre ellos, que en el fondo casi había olvidado gracias a —o por culpa de— los traumáticos eventos en Koh Phangan, Maxine seguía encontrándolo dolorosamente atractivo. Recordó las noches que habían pasado enredados en la cama, incapaces de saciarse con el otro, cuando ella aún no sabía las virguerías que se podía hacer con un cuerpo humano... y se estremeció, porque el sexo con Dylan también solía ponerle la cabeza del revés.

Tuvo el vago presentimiento de que no había sido buena idea invitarlo, aun así. No sabía si a la mañana siguiente amanecería pensando en él porque sus besos la hubieran llevado a experimentar el fantasma del amor de antaño, pero no debería tentar a la suerte. Pese a todo, era tarde, porque Dylan ya estaba allí... y ella quería acostarse con los dos. A la vez.

Reconocer aquel deseo ante sí misma la hizo sentir agradablemente sucia.

Magnus rodeó la cama para situarse justo delante de Maxine y la ayudó a incorporarse de la cama agarrándola del pelo. No tiró bruscamente, y ella echó todo el peso en las rodillas para facilitárselo, pero aun así le quemó el cuero cabelludo. No tanto como su mirada al encontrarse con la suya en el silencio, o como su pulgar al separarle los labios con una caricia calculada.

—Te vamos a follar a la vez, pero antes necesito que me la pongas dura, Mimosa —le explicó con inusitada paciencia, como si fuera nueva. Se agarró el miembro, flácido ahora que se había descargado, y pegó los muslos al borde de la cama para colocarle la punta en la boca entreabierta —. Mámamela como a mí me gusta.

Ella bajó la mirada en un gesto de mojigatería, o como si así pudiera ver mejor a qué se refería, y abrió la boca despacio con la inocencia que a él le gustaba para que fuera introduciéndose. La penetró empujando las caderas hacia delante hasta que Maxine empezó a sentir que se ahogaba. Magnus le hizo el favor de retirarse lo justo para que se fuera preparando. Él iba a marcar el ritmo; igual que haría Dylan a su espalda, al que sintió acariciándola entre los muslos con delicadeza.

—El mejor culo de California —oyó murmurar a Dylan. Acto seguido, Maxine notó la presión de su erección contra la entrepierna. Se emocionó pensando que por fin se harían cargo de su sexo, que sentía ardiendo desesperado por una caricia aunque fuera, pero él advirtió de sus intenciones agregando—: Bendito sea todo lo que me ha traído hasta el día en que te follo como a mí me gusta.

La penetró analmente y hasta la empuñadura de una sola embestida, y él no fue el único que gimió de alivio. Maxine experimentó una poderosa oleada de estremecimientos, y el orgullo perverso de haber cerrado un círculo inconcluso. En años de relación, nunca le había permitido cruzar ese límite por puro desconocimiento y santurronería.

Pero a Magnus se los permitía todos, o casi todos. Abrió la boca y relajó la mandíbula para que el amo pudiera abrirse espacio en su boca a su ritmo, meneando las caderas adelante y hacia atrás mientras la sujetaba del pelo con una ternura tal que parecía que lo que estaban haciendo fuera el amor. Había algo erótico en ser el juguete sexual de dos hombres; significaba que dos personas la deseaban, y ella participaba en ese deseo recibiendo el doble del placer habitual. Era lo justo.

No apartó la mirada de Magnus para anticiparse a lo que quería: cuando se agarraba la erección y descansaba la punta sobre su lengua, Maxine ladeaba la cabeza y chupaba despacio o

lamía alrededor; cuando se quedaba alojado en su garganta, se concentraba en los espasmos vaginales que el golpeteo de los testículos de Dylan provocaban contra su entrepierna y así, en parte, calmaba las arcadas; cerraba los ojos y dejaba la boca abierta cuando Magnus le acariciaba la barbilla y los labios con el prepucio, esperando que se corriera.

Pero no se corrió, porque solo se estaba calentando para el apoteosis. Maxine empezaba a notar el sexo ardiendo y la humedad chorreando por sus muslos cuando Dylan le hundió los dedos en las nalgas y se ayudó de las caderas femeninas para clavarse más profundamente en ella. Le estaba oyendo jadear y gruñir cuando Magnus cortó su diversión y le ordenó que incorporara a Maxine para que él pudiera tenderse debajo.

Ella se relajó sabiendo que sería Magnus a quien miraría a los ojos mientras alcanzaba el orgasmo por segunda vez, y por fin de la manera que ansiaba.

Cuando aflojó la cuerda para que pudiera separar las rodillas lo justo, gimió de alivio y se sacudió mirando a Magnus para que prestara atención a sus pechos maltratados, a su piel en carne viva, y así fue como firmó su sentencia de muerte, porque entonces cambió de idea. Estando ella de rodillas y erguida sobre la cama, el amo la rodeó para abrazarle los senos por detrás y, sin desanudar la cuerda, empezar a masajear y estimular los pezones con el áspero material. Era doloroso y al mismo tiempo tan enloquecedor que tuvo que cerrar los ojos para que no se le pusieran en blanco mientras temblaba de arriba abajo, segundos en los que Dylan se tendió debajo de ella y le puso las manos sobre las caderas para atraerla hacia sí.

Maxine se vio a horcajadas sobre un hombre que era desconcertantemente familiar y a la vez un auténtico desconocido. Reconocía el tacto de su piel, la forma de sus hombros, cómo la miraba cuando estaba excitado, pero había un morbo diferente en su expresión, una sombra canallesca que la atraía incluso más que su habitual delicadeza impostada.

—Vamos —susurró Magnus en su oído—. Fóllatelo.

La palabra la sacudió de manera inexplicable, quizá porque jamás había vinculado el sexo sin amor con Dylan. Pero ansiaba complacer a Magnus, porque eso siempre significaba complacerse a sí misma.

Respirando con dificultad por los pellizcos que Magnus le daba en los pezones, por sus tentadoras y dolorosas caricias, Maxine bajó las caderas hasta deslizarse sobre la polla erecta de Dylan. Cerró los ojos y sintió un escalofrío. Siempre le había gustado cómo se sentía su miembro, siempre la había vuelto loca, y recordarlo bastó para espolearla a moverse lentamente en círculos, preparándolo para un polvo diferente con una técnica seductora. Dylan la rodeó por las nalgas y la atrajo hacia sí para que lo sintiera más profundo, momento en el que Maxine estableció el contacto visual con él.

Entendió lo que reflejaba su media sonrisa afectada, una combinación de asombro y de placer inaudito; le costaba creer tanto como a ella que estuvieran allí en ese momento, follando otra vez. El carácter prohibido o por lo menos poco recomendado de envolverse de nuevo el uno con el otro solo los excitaba más.

Maxine se propuso no dejarlo marchar hasta arrancar de su boca sonidos que no hubiera escuchado antes. Aumentó el ritmo y se movió de acuerdo a su instinto, a sus necesidades, apretando los músculos internos para que él la notara más estrecha.

Dylan tensó la mandíbula para contener jadeos entrecortados que acababan saliendo de sus labios como gemidos guturales.

—Eso es —susurró Magnus contra su oído. Eran sus manos las que la estaban volviendo loca —. Exprímelo... Sé que te encanta tener a dos hombres a tus pies. Sé que te encanta llamar la atención. —Le dio un beso en el cuello y a continuación la mordió.

Maxine jadeó.

—Joder —gruñó Dylan, clavándole los dedos en la carne—. Me vas a matar.

Pero la que sintió que se moría era ella.

Supo cuándo empezaba a aproximarse al bendito orgasmo, al definitivo, y lo cabalgó con más y más ímpetu hasta que Dylan se estremeció y se incorporó para besarla en la boca mientras se vaciaba dentro de ella.

Maxine le devolvió el beso para sofocar el grito que se quedó en su garganta cuando la arrasó la oleada de placer imparable. Se quedó jugando con sus labios un buen rato, repartiendo pequeños besos en las comisuras, mordiéndolo, chupándolo. Mientras, se recuperaba del cansancio provocado por el clímax brutal y Magnus la desataba despacio para dar paso a los mimos.

Lo que a Mimosa más le gustaba.

Capítulo 12

Maxine acababa de aprender que existían distintos tipos de nervios. Los que la paralizaron en el avión con destino a Tokio que tomó con Hurricane no podían siquiera compararse con los que estaba experimentando ahora al lado de Magnus. La primera vez temía enfrentarse a lo desconocido y no estar a la altura de las circunstancias; ahora le preocupaba cometer un error, una posibilidad que, seis meses atrás, no se planteó ni por un segundo hasta que aterrizó en Koh Phangan.

Magnus se había dado cuenta nada más recogerla en casa con su chófer privado de que Maxine andaba alicaída, o no tan animada como debiera. A fin de cuentas, los esperaba una semana entera de diversión en un paraíso mexicano.

—¿Todo bien? —le había preguntado nada más ella tomó asiento a su lado.

Maxine le había ofrecido una sonrisa apagada y había cogido su mano sin dudar. Hicieron el viaje en silencio, con los dedos entrelazados, ambos sumidos en sus pensamientos.

No lo habría dicho a priori, pero Magnus era un hombre con el que podía estar callada sin sentir que pecaba de maleducada por ignorarlo y sin preocuparse por lo que pensara, porque sabía de buena tinta que no pensaba nada malo.

Ahora estaban sobrevolando la costa oeste norteamericana en dirección Ciudad de México, donde Fuego y Sangre haría una parada para celebrar la primera noche antes de acomodarse en el hotel de Acapulco.

Maxine observaba por la ventana con el corazón encogido. Tenía muy presentes los recuerdos de la noche en Vesper’s, de la que apenas habían transcurrido un par de semanas.

—Oye, yo no predico con esa mierda de Neruda de que las mujeres calladas y ausentes son lo más —comentó Magnus en cuanto regresó a su asiento. Se había ausentado para adquirir seis bolsitas de cacahuetes a cambio de su clásica moneda de cambio: su encanto personal. Se dejó caer mientras abría una, mirando a Maxine con una advertencia implícita—. Vas a tener que decirme qué hay en esa cabecita, porque empiezo a ponerme nervioso.

Maxine observó su botín con socarronería.

—Si te pones nervioso, siempre puedes comer de forma compulsiva. Como siempre.

—¿Qué me estás queriendo decir? —se indignó, amusgando los ojos—. La única razón por la que voy tres horas al gimnasio es para poder meterme entre pecho y espalda todas las guarrerías que quiera sin sentirme culpable luego.

—Vas más de tres horas al gimnasio —replicó ella.

—No, voy tres, y, de hecho, paso una entera hablando con las señoras mayores que dan clases de *aquagym*. —Se quedó pensativo antes de puntualizar—: Dejando que las señoras mayores que dan clases de *aquagym* me manoseen y me hagan las mismas preguntas de siempre, mejor dicho. Preguntas cuya respuesta ya saben de memoria: quién me parió «tan bien parido» y si quiero conocer a sus hijas.

—A lo mejor deberías quedar con alguna —insinuó Maxine, alargando el brazo hacia una de las bolsitas de cacahuetes. Magnus le dio un manotazo en el dorso y se giró de forma dramática para que no pudiera intentar robarle otra vez.

Le sacó la lengua antes de responder.

—Alguna que otra está buena, sí.

—¿«Alguna que otra está buena»? —se burló—. ¿Qué tienes? ¿Dieciséis años? Te juntas

demasiado con Tavish.

—Solo porque el juez que repartió la custodia me obliga —bromeó—. El caso es que las mujeres están de muy buen ver. Sus madres me han enseñado fotos en sus móviles protegidos por fundas de tapa —se rio con malicia. Maxine le había oído decir que cuando se comprara una de esas fundas empezaría a aparentar la edad que tenía—. Pero no voy a arriesgar mi amistad con las octogenarias por un polvo. No podría concebir llegar al gimnasio, ir a recoger a Karen, Linda y Susan a los vestuarios femeninos y que me miraran con pánico porque la hija de alguna les ha contado que me gusta dar azotes.

—¿Tú de verdad crees que ellas no lo saben? —Maxine enarcó una ceja—. Lo llevas escrito en la cara.

Magnus entrecerró los ojos para ver mejor el interior del paquete de cacahuetes, ya abierto, antes de empezar a hurgar.

—A lo mejor lo de los azotes me lo perdonan, porque me adoran y porque les daría morbo, pero los bofetones ya no les harían tanta gracia. Pero bueno, en vista de que mi actual acompañante no quiere hablar conmigo, a lo mejor debería enviarle un mensaje a alguna de esas monadas —apostilló con intención. Se metió un puñado de frutos secos en la boca y empezó a masticar con la boca cerrada mientras la miraba con fijeza, esperando una explicación.

Maxine suspiró.

—Verás... —Carraspeó, recolocándose el cuello redondo de la camiseta—. Estoy pensando que quizá no fue muy buena idea permitir que... que... el hombre que se unió a nosotros... entrara en la habitación —reconoció con dificultad.

Había aprendido a escuchar sus necesidades y actuar en consecuencia, pero aún le costaba confesar en voz alta algo que podría sentarle mal a su compañía.

—¿No te divertiste? —preguntó en voz baja, ladeando la cabeza hacia ella con gesto contrariado—. Me dio la sensación de que sí. ¿Por qué no dijiste nada?

—Porque me... gustó, claro que me gustó, si no, te habría parado, pero... Es que ese hombre... —Maxine se aferró al borde de la falda vaquera y concentró allí la mirada con los labios apretados—. Era mi exnovio. Ese que te he mencionado en alguna que otra ocasión.

Magnus puso los ojos como platos y soltó una carcajada incrédula. Lejos de molestarse, a Maxine se le escapó una sonrisa. Debería haber imaginado que él, como buen amante del chismorreo, sentiría debilidad por la parte retorcida de la historia.

—¿Tu ex? ¿El que...? Ah, joder, ya decía yo que me sonaba de algo. Fue con el que te encontraste en el restaurante, ¿no? Con traje, todos parecemos tíos serios —bromeó de buen humor hasta que cayó en la cuenta de un detalle crucial—. Espera... ¿Tu exnovio, has dicho? Pero si a ese tipo lo vi yo en Koh Phangan. De hecho, fue el que apareció una mañana quejándose de que le habías arreado un bofetón a Aqua Velva, y... —Magnus se quedó en silencio con cara de perplejidad—. Un momento... ¿Era tu novio en ese momento? ¿Por eso le arreaste un bofetón a Aqua Velva? Oh, joder... —Magnus se cubrió la cara con una mano al confirmar sus pesquisas en la expresión abochornada de Maxine.

—¡Era una situación complicada! —se defendió, viendo que él exageraba su vergüenza—. Resumiendo...

—Tú nunca cuentas la historia resumida —se regocijó, lanzándole una miradita socarrona. Volcó el paquete de cacahuetes en la palma de la mano y se arrojó un par a la boca con una puntería excelente.

—Nos íbamos a casar, descubrí que le iba el rol masoquista, me dejó para experimentar, yo quise aprender lo que a él le gustaba para... hacerle feliz, y... Sé que suena ridículo —espetó

Maxine a la defensiva, viendo que el asombro de Magnus iba en aumento. Había dejado de masticar y se daba pequeños golpecitos en el pecho con el puño, como si se hubiera atragantado —. Es que yo en ese momento era muy insegura, ¿sabes? Porque yo creo que una persona con amor propio descubre que su novio ha estado mandándole fotos de su... miembro a una desconocida que tiene sexo cibernético y, no sé, llámame loca, pero a mí me parece que lo deja en el acto. ¡Que lo manda a freír espárragos, vaya! Y yo... pues me encajoné en recuperarlo, porque pensaba que lo había perdido por mi culpa... y un poco mi culpa sí fue. O sea, no mucho —se apresuró a añadir—, diría que un veinte por ciento, y solo porque cuando él quiso arreglarlo, yo le ignoré. Pero a ver, ¿cómo no le iba a ignorar, si cada vez que veía un mensaje suyo me venían a la cabeza las fotos que le mandaba a Carey y me daba un ataque de ansiedad que no me podía ni mover? El caso es que me hice su amiga, de Carey, no de Dylan, y ella me consiguió una invitación a Fuego y Sangre para que le demostrara, a Dylan, no a Carey, que tengo un lado oscuro. No oscuro porque seáis malas personas o tíos raros o gente chunga, ¿eh?, que yo ya he superado esa etapa de pensar que os falta un tornillo. Era solo una forma de hablar. Una comparación muy *Guerra de las Galaxias*, porque... a ver, Anakin a lo mejor era malo al final, pero es que solo tenía el corazón roto, te quiero decir...

—Espera, espera, espera. Para el carro. —Magnus dejó a un lado el paquete de cacahuetes y se giró hacia ella con las palmas en alto—. ¿Dylan te puso los cuernos con Carey? ¿Y tú te hiciste amiga de Carey?

—¡Es una chica muy simpática! —repuso, contrariada, sin darse cuenta de que utilizaba el presente para referirse a ella—. Y no es que predique con la frivolidad con la que trata las relaciones sexoafectivas, pero fue Dylan quien le escribió primero.

Magnus se la quedó mirando un buen rato antes de estallar en carcajadas. Ella no supo cómo interpretarlo, y solo esperó, rígida en el asiento, a que él se secara las lágrimas y le pasara un brazo cariñoso por los hombros.

Le robó un beso rápido en la mejilla y dijo con los ojos brillantes:

—Ay, Mimosita, Mimosita... Solo a ti se te ocurriría hacer esas cosas.

—Contado en frío puede parecer descabellado —se quejó, sacándose su enorme zarpa de encima con fingida indignación. No podía enfadarse con él—, pero cuando estás viviéndolo en primera persona, tiene más sentido de lo que parece. ¡Y yo ni siquiera pretendía contarte eso! ¡Solo te ponía en contexto para que entendieras que...! ¡Bueno, pues que lo que pasó el otro día en Vesper's...!

Se calló para tragar saliva, de pronto cohibida. Magnus había seguido sonriendo, bobalicón, mientras ella se explicaba, pero al verla agachar la cabeza cambió la expresión por una más solemne.

—La opción sabia nunca será acostarse con una expareja —la apaciguó en tono afable—, pero tampoco es un delito, y no siempre sale mal. No lo hizo, ¿verdad?

Maxine dejó de fingir que tenía pelusillas que retirar de la falda y le echó un rápido vistazo de reojo.

—¿Lo dices por experiencia? —inquirió unos segundos después, cuando consideró que ya se había hecho la ofendida lo suficiente.

—Joder, y tanto —bufó él, lanzando una mirada exasperada al techo del avión. Se reacomodó en el asiento, otro movimiento viciado que hacía sonreír a Maxine. Parecía que todos los espacios se le quedaran pequeños o le resultaran incómodos, o que estar sentado le antojara una pérdida de tiempo, porque cada tanto se meneaba como si tuviera hormigas en el pantalón—. Soy el rey de follar con quien no debo, en el lugar y en el momento equivocado. Al principio del

divorcio estaba demasiado indignado, pero pasado un tiempo, y sabrá Dios por qué, cada vez que me cruzaba con mi exmujer, me ponía enfermo de deseo y la engatusaba de cualquier manera para acabar desnudos.

—No parece de las que se dejan engatusar —meditó Maxine, recordando a la belleza furiosa que se presentó en el instituto.

—A estas alturas deberías saber que soy muy persuasivo.

—Un pesado es lo que eres —se rio, empujándolo con el hombro.

—Bueno, llámalo como quieras, pero mientras surta efecto y todo el mundo acabe contento... —Aleteó las pestañas con coquetería—. El caso es que me puedo figurar que te sientes fuera de lugar, extraña; que, como el tipo todavía puede provocarte un orgasmo, te estés preguntando si no seguirás enamorada de él, si no te equivocaste al dejarlo. Todos hemos estado ahí. Incluso hay un dicho que reza algo así como que no acabas con tu expareja hasta que echáis el polvo de despedida. Pero no nos podemos creer todos nuestros pensamientos.

Maxine se lo quedó mirando con la esperanza de que le ofreciera una segunda lectura, otra explicación a sus dolorosos sentimientos. Pero Magnus, por más espabilado que fuera, no podría siquiera imaginarse la complejidad de sus inquietudes.

Acostarse con Dylan había sido extraño cuanto menos, pero le había servido para confirmar que estaba más que superado. Si alguna vez le cupo la menor duda, acababa de despejarla, y debía reconocer que no sentía aquella noche como un error. La repetiría una y mil veces. Pero su exnovio era un vínculo directo con otra herida que aún sangraba. No podía pensar en Dylan sin recordar cómo Hurricane usurpó su lugar y se quedó con más espacio del que le correspondía en su cama y en su corazón.

El hecho de estar viajando a un segundo evento de Fuego y Sangre estaba desenterrando recuerdos en los que no había querido regodearse durante los últimos meses para ser eficiente en su trabajo y mantener relaciones sociales sanas. Si hubiera permitido que Hurricane y las dudas se apoderaran de ella, no habría podido salir de la cama, si no por la angustiosa incertidumbre, por el pánico de ser nuevamente consciente de que podría haber muerto en un avión de rehenes.

Maxine se aferró con más fuerza al borde de la falda e hizo un esfuerzo por no romper a llorar.

Llevaba meses sintiéndose orgullosa de sí misma. O quizá «sorprendida» fuera la palabra, porque era insólito que hubiera podido superar con semejante rapidez un suceso traumático. Ahora se daba cuenta de que aunque había podido husmear en el Facebook de Hurricane, aunque había podido soñar y pensar en él con frecuencia, no había asimilado del todo las implicaciones de lo ocurrido: Hurricane la había usado, llegando a arriesgar su vida, por una misión que a ella no la concernía.

—Eh... —Magnus la tomó de la barbilla para que se girara hacia él. Al ver que la estaba mirando con dulzura, ella no pudo contenerse más y se echó a llorar en silencio—. Max, cariño, si te has dado cuenta de que sigues enamorada de ese tío y de que venir conmigo a Acapulco es un error, podemos reorganizarlo todo.

—No, no, no es eso. —Se secó las lágrimas con rapidez, avergonzada por estar arruinándole el viaje. Se forzó a sonreír—. No siento nada por Dylan. Solo pena por mí misma, por lo lejos que llegué por él para nada. Es que me pongo a pensar...

—Mala idea —bromeó. Pero se entretuvo acariciándole el pelo, que llevaba suelto sobre los hombros, y así la hizo sentir lo bastante cómoda para desahogarse.

—No entiendo a los hombres, Magnus —barbotó de golpe. La vehemente afirmación de Maxine le hizo reír por lo bajo—. Quiero decir... Si me esforzaba, podía comprender por qué

Dylan se comportó como se comportó. Justificarlo, incluso. O a lo mejor me resultaba fácil ponerme en su lugar porque solo excusándolo dejaría de sentirme una auténtica estúpida por hacer sacrificios por él..., pero el caso es que no era ningún misterio. Queríamos cosas diferentes y ya está. Ahora bien... ¿Por qué...? —Alzó la mirada hacia él con los ojos cristalizados—. ¿Tú puedes explicarme por qué un hombre sería cariñoso conmigo si no me quisiera? Es decir... No cariñoso como lo eres tú, que eres cercano porque está en tu naturaleza, pero se nota que no estás enamorado por un sinfín de razones que se pueden resumir en una sola: no siento la magia ahí. Me refiero a... ¿Por qué me mirarías como si fuera el ser más especial del universo, o me cubrirías las espaldas sin esperar nada a cambio, o me consolarías una y mil veces cuando no fuera tu problema, si no...? —Fue incapaz de terminar la frase. Tuvo que parar un instante para recuperar la entereza. Cogió a Magnus de la mano, y en el detalle de que él la apretara encontró la fuerza—. ¿Por qué actuarías como si me amaras si... si no lo hicieras?, ¿si no podrías sacar nada bueno de eso?, ¿si, de hecho... estuvieras enamorado de otra mujer? De tu mujer —añadió con un hilo de voz.

Agachó la cabeza cuando lo dijo.

Pronunciar esa palabra le requirió hasta la última de sus energías. Incluso su cordura.

—Supongo que no estamos hablando del mismo tío —dedujo Magnus transcurridos unos minutos, los que Maxine necesitó para calmarse después del acceso de emociones. Sacudió la cabeza y aceptó el pañuelo que le tendió—. Joder, nada más que me salen competidores por todos lados.

Maxine no pudo reírse, pero curvó los labios en una sonrisa de circunstancia.

A ella también le sorprendió que hombres tan atractivos se pelearan por su atención. En la misma semana, Dylan, Hurricane y Magnus, cada uno a su manera, se interesaron por tenerla a su merced. Pero el tiempo le dio perspectiva para comprender que su pasión era superficial. Dylan sentía curiosidad por esa nueva Maxine que podía satisfacer sus necesidades, y aún creía que su prioridad era recuperar la relación perdida; Magnus pretendía acostarse con ella y ponerla a prueba porque era sexualmente activo y muy poco exquisito a la hora de escoger amantes, y Hurricane... Hurricane tenía que actuar en beneficio de la misión federal.

Pero ¿era necesario que actuara hasta ese punto?, se preguntaba ella en agonía. Podría haber limitado su contacto a las veladas nocturnas, o haberla ignorado cuando sollozaba por su exnovio, o no haber cedido a pasar la noche juntos; a besarla como si necesitara su aliento para seguir vivo.

—Es Hurricane, ¿no? —adivinó Magnus.

Escuchar su nombre por primera vez en labios de alguien después de tanto tiempo le erizó el vello.

«Jace», pensó con el corazón en un puño. «En realidad se llama Jace».

—¿Qué más da quién sea? —murmuró a la defensiva—. Es una duda muy legítima. No soy la primera mujer a la que la han hecho sentir como una reina cuando al final no valía una mierda.

—Es importante quién sea, porque si lo conozco y os he visto interactuar, como es el caso, puedo dar una opinión —repuso con sabiduría—. Ese hombre te quería, créeme. Sean las que sean las razones por las que piensas que no, deséchalas. Te quería.

La sola posibilidad la puso a vibrar. Tuvo que abrazarse los hombros para que no fuera tan evidente.

Confrontó a Magnus con una mezcla de ansiedad, deseosa porque lo volviera a decir y la convenciera, y también llena de resentimiento hacia él. Porque ¿cómo podía ser tan cruel como para avivar sus esperanzas?

—¿Y tú qué sabes? —replicó de mala manera.

—El tipo era callado —reconoció Magnus con un asentimiento resignado—, así que si esperas que te diga que me lo confesó en pleno arrebato fervoroso mientras nos tomábamos unas copas, lo siento, tendré que decepcionarte. Pero lo sé. Esa manera de mirarte que tenía, como si la angustia de no poder tenerte no le dejara respirar, es el amor más puro que existe. Me daba cuenta porque yo también te miraba, claro. Estaba ideando formas de apartarte de ese amo tuyo para que te vinieras conmigo, pero acabé dándome por vencido en Fuego y Sangre por esa mirada. —Magnus señaló hacia la ventanilla con el índice como si Hurricane estuviera allí—. Recuerdo haber pensado: «Joder, no tengo nada que hacer contra eso». Y era verdad. A una mujer no se le puede ofrecer nada mejor que tu corazón en bandeja.

—Estaba fingiendo —se empecinó Maxine. Una parte de ella quería creerle, incluso si luego la vida le llevaba la contraria y no volvía a verlo jamás, la razón que confirmaría que nunca le había importado. Pero ese lado que se aferraba a la lógica para no cometer las locuras que cometió por Dylan, como coger un avión a Washington y llamarlo a gritos tocando puerta por puerta, le pedía que fuera razonable e ignorara a Magnus—. Créeme tú a mí. Los motivos que tengo para pensarlo superan por mucho una mirada, que además has descrito como un romántico solo para apaciguarme y así deje de avergonzarte en público con mi llanto —apostilló con rencor, escurriéndose en el asiento y bajando el tono para que nadie pegara la oreja.

Magnus sacudió la cabeza tirándose del lóbulo de la oreja. Era un gesto que hacía cuando no le gustaba lo que sus socios le decían por teléfono pero eran dos contra uno, o cuando Maxine sufría algún ataque de inseguridad y sabía que su verdad, «eres preciosa», no se valdría por sí misma para combatirla; cuando se veía en un callejón sin salida, en definitiva. Luego llegaba el ceño fruncido, la mirada insondable al frente y el silencio pensativo para organizar lo que sabía, lo que podía hacer y tomar una decisión con la información de la que disponía.

Pero esta vez, Maxine percibió una sombra de disgusto en su semblante. Una sombra que no se iba, que no se fue durante los minutos que pasaron callados, escuchando el ruido de fondo del avión.

—No estoy equivocado ni lo he descrito como un romántico para apaciguarte. No soy un vendehúmos ni un lamebotas. Si le importaras una mierda, te lo habría confirmado aunque te hubiera dolido —retomó cuando Maxine ya se había hecho a la idea de que le había mosqueado. Hizo su ruda confesión mirando al frente. No podía ni soportarse a sí mismo cuando tenía que hablar en serio—. Sé que te quiere porque te mira de esa manera, y sé lo que significa esa mirada porque así es como yo miro a mi exmujer.

Maxine levantó las cejas, más sorprendida porque lo hubiera reconocido que porque estuviera enamorado de ella. Magnus era un hombre orgulloso; no orgulloso hasta lo ridículo, como esos idiotas que renegaban de lo evidente para no ver comprometido su ego, sino un orgulloso práctico. Sabía que esa información no sumaría ni restaría, y aunque nunca lo había revelado con esas palabras, siempre que mencionaban a su exmujer, Maxine notaba el afecto debajo de la exasperación.

—¡Te pregunté si había algo entre vosotros! —se quejó.

—Y te dije que no porque no lo hay —replicó con simpleza—. No hay «nosotros». Solo estoy yo en ese lado del puente, pero ya lo cruzaré en algún momento y seré un hombre libre. Es la madre de mi hijo —resumió con simplicidad, ahora sí, mirándola a los ojos—, y un capullo como yo no renuncia a todas las mujeres bonitas del mundo por una sola si esa en concreto no es el amor de su vida. Puede que tú no seas eso para Hurricane —continuó con prisa por terminar. No soportaba esa clase de temas candentes por mucho tiempo—, pero el sentimiento está ahí. El

de querer a alguien, saber que no lo puedes tener y luchar contra esa verdad cada día.

Maxine se negó a sentarse en semejante afirmación. Porque, si lo hacía, llegaría a conclusiones delirantes, como que Hurricane se enamoró de ella durante Fuego y Sangre a pesar de estar casado, y entonces entraría a justificar lo injustificable, como que se hubiera abalanzado sobre su esposa nada más verla en el avión y no hubiera tenido ni ojos ni brazos ni un triste mensaje para consolar a Maxine después del traumático evento.

En su lugar, se concentró en Magnus, ese gran amante del género femenino que se revelaba como un enamorado dolido y no como un misógino enmascarado de galán, como se avergonzaba de reconocer que había pensado alguna que otra vez.

Recordó el encontronazo que había tenido con la exuberante exmujer, la rabia con la que aferraba su bolso, las inmensas ganas que esta tuvo de matarla allí mismo por el simple hecho de que Maxine se acostara con él.

—Yo creo que tienes una oportunidad real de recuperarla —comentó en voz alta, aun sabiendo que esto iría en contra de sus intereses propios. Acomodó la mejilla en el hueco de su hombro y procuró sonar desenfadada, como a Magnus le gustaban las conversaciones y las relaciones.

—¿Lo dices porque se puso hecha un energúmeno en la sala de profesores? Que le guste mear a mi alrededor no quiere decir que me adore —bufó, irritado—. Esas cosas no van de la mano. Yo he marcado mi territorio con mujeres que me importaban una mierda, y tengo este otro ejemplo bastante más agradable y que me hará quedar mejor: a ti te adoro y no te voy a mear encima.

Maxine se echó a reír.

—Siempre me sorprendes, Rob Roy —suspiró con la cabeza apoyada en él. Sonreía con dulzura mientras buscaba su mano para entrelazar los dedos—. He cambiado de opinión sobre ti tantas veces que ya no sé a cuántos hombres con tu cara he conocido.

—¿Has conocido a varios hombres con mi cara? A ver si es que mis hermanos andan rondándote. De ser así, te sugiero que te mudes al extranjero y te cambies el nombre.

Maxine se carcajeó, y él, como si quisiera hacerle saber que le alegraba haberle subido el ánimo, le dio un apretón en la mano y le besó la coronilla.

El resto del viaje fue perfecto, como no podría haber sido de otra manera.

Capítulo 13

Esperaré a que estemos asentados en Acapulco para acomodar la base de operaciones en algún espacio fijo —le estaba explicando la agente Reyes mientras pulsaba los comandos del portátil que descansaba sobre los muslos. El brillo de la pantalla se reflejaba en las gafas cuadradas, que se le habían escurrido hasta la punta de la nariz. Era de las que se sentaban en posturas imposibles, con la espalda encorvada y el cuello hacia delante—, porque para hackear los sistemas de seguridad del hotel y los recreativos donde los participantes vayan a instalarse necesitaré todo el equipo. Con este ordenador estoy improvisando un poco para obtener una vista general del rellano, por donde veremos entrar a nuestros posibles implicados. Ya sabes cuál es el primer paso, ¿no?

Se giró hacia Jace con una ceja enarcada, tan fina que parecía seguir la moda de las actrices de los años veinte.

—Localizar a cada uno de los invitados y buscar sus nombres en el sistema, por si acaso diera la casualidad de que alguno tiene antecedentes penales —recitó en tono monótono, recostado contra la puerta del coche con aire saturnino. La miraba de soslayo con la mejilla apoyada en la mano—. Ya te adelanto que eso es improbable. Si los tienen, o prescribieron o se las han apañado para quitarlos de la vista, porque por lo menos Califa investiga estos detalles por razones de seguridad.

—Que tú sepas, o que él te haya dicho —apostilló Reyes, meneando la cabeza como si supiera algo que él no, cuando por supuesto que se había planteado que Califa estuviera metido en el ajo.

Nadie ganaba a Jace en el arte de desconfiar hasta de su sombra, pero entendía que Reyes tuviera mucho que demostrar e insistiera en mantener el ojo avizor.

En un primer momento pensó que le mandarían a un compañero del cuerpo federal. Era lo habitual. Trabajaban en parejas para cubrirse las espaldas, y porque dos pares de ojos siempre veían más que uno. Pero la preocupación nacional por el alcance de la trata de blancas y el miedo a que los implicados pudieran estar sacando los pies del tiesto para meterlos en territorio estadounidense habían llevado a Wray a comunicarse con la CIA.

Consideraron necesario infiltrar a un activo de la agencia para recopilar información.

Se había sorprendido al toparse con ella en el aeropuerto de Washington. La vida le había enseñado a no fiarse de las apariencias, así que no le dio importancia a que midiera un metro cincuenta y cinco, tuviera un rostro aniñado y el pelo decolorado. Estaba seguro de que podría reducirlo en un segundo y con tan solo el dedo meñique. Lo que sí le llamó la atención fue que aparentara veinticinco años a lo sumo. No solían mandar a misiones tan complicadas a agentes en formación, lo que quería decir que o bien Zhuri Reyes encajaba en la descripción física requerida para mimetizarse en el evento, o bien era un genio absoluto.

Tal vez ambas.

No había podido confirmar lo segundo charlando con ella durante el vuelo. A fin de que no los relacionaran ni por casualidad, y cada uno con un pasaporte falso expedido por la administración, enfilaron hacia las puertas de embarque sin mirarse una sola vez. Jace la había reconocido porque desde el FBI le habían advertido que su compañera llevaría un pin con la bandera LGBT en la bomber militar. Le habría costado fijarse en el detalle si Reyes no se hubiera acercado a la chica que Jace tenía delante en la cola para pedirle la hora.

Una vez en Ciudad de México, la primera parada de la experiencia de Fuego y Sangre, habían jugado al despiste dando unas cuantas vueltas antes de estrecharse las manos en un coche con los cristales tintados, aparcado a tres manzanas del hotel Ritz-Carlton, por donde Jace haría su entrada en veintisiete minutos exactos.

En el escaso cuarto de hora que llevaban allí dentro, Reyes le había demostrado sus capacidades con creces. No le había costado obtener acceso a las cámaras del rellano, y sin que saltaran las alarmas en el cuarto de seguridad.

Los dos observaban la pantalla, en la que iban apareciendo diversos rostros.

—Esa es Aqua Velva. —Jace señaló a una morena sobre unos tacones de vértigo que entregaba su identificación al recepcionista. Hizo memoria para recordar los nombres que se estudió en la lista que rescató del despacho de Califa meses atrás—. Se llama Sadie Dixon, es neoyorquina y trabaja en una boutique de lujo de Madison Avenue. El dinero para participar se lo ha sacado a su marido, Archie Burden, un viejo rico del que se divorció hace cuatro años.

—¿Y su acompañante? —inquirió Reyes—. El hombre de la boina.

Jace se inclinó sobre ella para fijarse mejor. Se percató de que Reyes se doblaba hacia el otro lado con disimulo. Comprendió enseguida que no se sentía cómoda con la cercanía de los desconocidos, o tal vez de los hombres, y se retiró lo justo para seguir viendo la pantalla.

—Spritz. No es su acompañante, que yo sepa. Spritz se llama José Luis Fernández y es de origen cubano, aunque reside en Seattle desde hace una década. Conoció por internet a su pareja actual y se mudó enseguida. No era muy partidario del régimen de la isla —apostilló con tono pensativo—. Su novio tiene que estar por ahí. Gimlet, se hace llamar. En realidad trabaja como Oliver Vauten en el departamento informático de una multinacional de productos cosméticos.

La agente Reyes lo miró de soslayo con sus ambiciosos ojos verdes.

—Conoces a unos cuantos. Nos va a venir de perlas que estuvieras en Koh Phangan.

—La inmensa mayoría de los que fueron allí estarán aquí hoy, y me sé los nombres e incluso domicilios de los participantes de octubre —contestó en tono neutro—. ¿Tienes la grabación conectada al sistema? ¿Podríamos agrandar la imagen y empezar a contrastar las caras con el fichero criminal?

—Sería buena idea comenzar con Califa. ¿Conoces sus datos?

—Karim Najdi, natural de Casablanca, emigrado a San Francisco a los siete u ocho años, y justo unas semanas antes del 11-S. Imagínate el recibimiento que le dieron. —Cabeceó en un gesto compasivo—. Se cambió el apellido por Aaron en cuanto tuvo la edad legal. A los veinticinco se asoció con un compañero del instituto, un chileno llamado Marcelo... No recuerdo su apellido, León, puede ser, pero es el hermano de su esposa Paula, conocida en el rol como Angel Face. A los dos chicos les iba el BDSM y montaron su primer club allí. Con éxito, cabe decir, hasta que una denuncia les arruinó el chiringuito. A raíz de eso, Karim se llevó la idea a Los Ángeles, y Marcelo continuó en San Francisco en un nuevo garito. Cada uno lo maneja a su manera desde su ciudad de preferencia. A lo mejor el chileno aparece por aquí; se hace llamar Scorpion.

—Entonces el jefe se cambió el apellido como un desprecio a sus raíces marroquíes, y los socios se separaron para que cada uno pudiera tener el mando sin que el otro le eclipsara, ¿no? —Se humedeció los labios, meditabunda—. Dice unas cuantas cosas del carácter de nuestro Califa.

—A tanto no llego porque no soy especialista en perfiles psicológicos, pero si tuviera que apostar, creo que el desprecio fue hacia su familia en particular, no a sus raíces, porque reivindica su cultura con el nombre que eligió para el rol. Aparte, diría que cada uno de los

socios se largó a una punta de California porque a Marcelo no le hizo gracia que su mejor amigo se acostara con su hermana, y diversificar el negocio fue la única manera de evitar que la ruptura de la amistad afectara a sus ganancias. Ante todo son tiburones financieros. —Se mordisqueó el labio inferior sin apartar la vista de la pantalla—. Por lo que sé, Scorpion no asiste a los eventos de Fuego y Sangre porque Califa los organiza, pero sus abogados y secretarias están en contacto porque existen activos en común.

Reyes lo había estado observando pensativa. No se dejaba sorprender por nada, un rasgo útil para la operación, pero francamente triste viniendo de alguien con tanta vida por delante.

—Y si los perfiles no son lo tuyo, ¿cuál es tu especialidad?

Jace fingió darle una vuelta a la respuesta mientras vigilaba el movimiento del rellano, donde localizó a otros conocidos de Fuego y Sangre.

—Neutralizar objetivos —acotó.

—¿Neutralizar objetivos? El FBI no mandaría a un sicario a una misión como esta —repuso Reyes sin pestañear. No le ofendió que le describiera como un mercenario. Él mismo se había sentido así en varias ocasiones—. Tienes que tener algo más que ofrecer.

—Creo que tú eres el cerebro y yo soy la mano. Formaremos un buen equipo.

—Eso espero —murmuró Reyes—. No me va lo de entrar a los sitios con una pistola en las bragas.

Su comentario le hizo gracia, pero la sonrisa se le torció hacia la amargura.

A él tampoco le entusiasmaba cubrir los aspectos más descarnados de una operación. Quizá le hubiera parecido heroico a los dieciocho años, cuando firmó un contrato con la Marina estadounidense después de tragarse la propaganda belicista del cine norteamericano y haber ignorado los desoladores testimonios de sus veteranos. Años más tarde, y tras haberse enfrentado a la sordidez de la cara oculta de los cuerpos, mataría por un trabajo como el de Reyes; lo bastante importante para ser útil, con la cuota de peligrosidad mínima para sentirse vivo, pero cómodo por el simple hecho de no atentar contra los derechos humanos.

No la mayoría de las veces.

También sintió curiosidad hacia su comentario, pronunciado con inevitable amargura.

—¿Ya te has visto en esas?

—He tenido que disparar —respondió ella con ambigüedad—. ¿Y tú? ¿Alguna hazaña aparte de tus momentos Terminator que merezca la pena contar para que me sienta segura?

—No tengo ningún interés en estar aquí —reconoció con llaneza—, así que si no quieres preocuparte, puedes aferrarte a la certeza de que resolveré esto tan rápido como sea posible. Estaremos en México lo justo y necesario... —Entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante para concentrarse en la pantalla—. Ese es Rob Roy, uno de los socios minoritarios de la confianza de Califa. Convendría registrarlo de arriba abajo. En una primera instancia puede parecer buen tipo: divorciado, un hijo, propietario de un par de asociaciones benéficas..., pero los multimillonarios suelen tener sombras, y Magnus Vass está podrido de dinero.

—A lo mejor la mujer le pidió el divorcio porque tenía negocios sórdidos —sugirió Reyes.

Jace la miró de soslayo, dudando entre valorar de forma positiva su tendencia a sacar conclusiones precipitadas o reírse porque fuera una cotilla.

—Le pidió el divorcio para llamar su atención, la misma razón por la que se acostó con otro hombre. —Sintió la mirada de asombro de Reyes sobre él. Con la misma impasibilidad, respondió su duda antes de que la formulara—: Eso no lo sé porque hackeara las cámaras de su casa. Me lo contó estando borracho.

No sabía por qué se había quedado con la información. Sucedió en Koh Phangan, durante una

de las noches que se preparó para fingir que se divertiría en los bungalós de las vecinas más atractivas y, en su lugar, se recorrió el perímetro de la isla para interrogar a antiguos trabajadores tailandeses de Fuego y Sangre. La organización cometió el error de renovar la plantilla y de pagar sueldos miserables cuando le habría convenido tener empleados fieles y satisfechos, o de lo contrario los antiguos no habrían cantado como ruiseñores.

Por desgracia, ese día Jace sacrificó en contra de su voluntad una valiosa hora de interrogatorios. Rob Roy y Califa lo interceptaron, y teniendo la cabeza en otra parte por culpa de Maxine, no se le ocurrió la manera de quitárselos de encima; tuvo que acompañarlos a la zona del bar. Además, recordaba haber pensado que si se permitía perder el tiempo con ella —o *por* ella—, ¿por qué no también con los demás? Su sumisa no era más especial, o eso tenía el descaro de repetirse cuando la joven no andaba lo bastante cerca para aturullarlo con sus monerías.

Si recordaba el desastre que fue aquella operación, dejaba de entender los motivos por los que Wray lo había mandado de nuevo a Fuego y Sangre. No podía saber que una mujer le había convertido en un auténtico botarate y que eso le había costado la vida a un puñado de rehenes; el jefe había atribuido este desenlace a una eventualidad desagradable, a un error de cálculo, pero seguía siendo lo bastante grave para apartarlo del caso.

Sí, Jace ya estaba infiltrado, ya tenía la confianza de Califa, y para empezar de nuevo habrían de invertir un dinero público que no les sobraba y un tiempo que les jugaba en contra. Pero no era ni de lejos el agente indicado.

Cada vez que pensaba en todas las excepciones que había hecho bajo la excusa de que solo sería esa noche, o solo sería esa tarde en la playa, sentía que la culpabilidad le ahogaría. No solo por el riesgo en el que había puesto la misión, sino por el daño que podría haberle causado a Maxine simplemente llevándosela consigo al mercado de Thong Sala, donde tuvo que hacer malabares para que no se diera cuenta de que mostraba la foto de Ayane a los tenderos tailandeses.

Pero ¿qué diablos podría haber hecho para quitársela de encima?

«Decirle que no», le respondió la voz interior. «Tan sencillo como eso. Decirle que no. Pero eso habría sido superior a ti, ¿verdad?».

—En referencia a lo de que te quieres largar lo antes posible... He oído lo de tu mujer —comentó Reyes, manipulando los comandos del ordenador para agrandar los rostros de los viajeros que llegaban con la tarjeta residencial de Fuego y Sangre. El sistema no encontraba coincidencias de la mayoría. No estaban fichados—. No va a ser un problema, ¿no?

—Si lo que quieres saber es si afectará a mi desempeño, no, no lo hará.

No tendría por qué. Trabajar con el corazón roto no le había afectado nunca. De hecho, Wray había comentado con sorna y muy mal gusto que le favorecía luchar por sus causas perdidas. Lo que sí le afectaba era trabajar con el corazón esperanzado, y, por suerte, eso no le traería problemas esta vez.

Ayane estaba en casa, a salvo, y daba por hecho que Maxine también.

Se había despedido de su ya casi exmujer siete u ocho horas atrás, lo que había tardado en llegar con antelación al aeropuerto y tomar el vuelo comercial a Ciudad de México.

Jace supuso que no se molestaría en decirle adiós después de su conversación en las oficinas federales, tras la que se desplazó a un hotel donde pudiera ordenar sus ideas con tranquilidad. Pero en cuanto terminó de cerrar la cremallera de la maleta, que por narices tuvo que preparar en su apartamento, se giró y la encontró recostada contra el marco de la puerta, mirándolo con expresión indescifrable.

En cuanto la vio, Jace supo que ningún momento en la historia de su relación sería tan

importante como aquel; que, cuando pensara en ella, esa sería la imagen que acudiría a su mente, la de una Ayane legañosa y culpable con el pelo recogido en un moño desordenado, el kimono japonés que su madre le regaló por su cumpleaños y los pies descalzos.

Se le ocurrió que era una lástima, porque había un sinfín de momentos bellos que le habría gustado priorizar. Cuando la escuchó cantar en el karaoke la primera vez que los agentes salieron a tomar unas copas, por ejemplo. Escogió una famosa canción de los sesenta que sonaba en *Mad Men*, *Suriyaki* de Kyu Sakamoto. Jace se animó a acercarse a ella, atraído por su desenvoltura y la magia que creó en el escenario interpretando un tema en su idioma materno. Le ofreció la mano para ayudarla a bajar sin que se tropezara, pero Ayane lo hizo de todos modos y cayó redonda entre sus brazos, carcajeándose por culpa de los cócteles cargados que se bebía de un trago.

«Entre tú y yo», le dijo al oído, «he escogido esta porque es la única canción en japonés que conocéis los putos yanquis».

Fue también la primera vez que le hizo reír.

Podría acordarse, también, de cuando viajaron a Yosemite Valley por el primer aniversario y combinaron dos rutas de escalada, Serenity Crack y Sons of Yesterday. Ayane aguantó como una bestia, llegando a brincar por el camino a pesar de cargar con una mochila preparada hasta para el ataque de un oso. Tuvo que torcerse el tobillo cuando ya estaban en la cima. Escogió la pose equivocada para que Jace le sacara la foto triunfal, y una piedra traicionera puso en jaque su equilibrio con terribles consecuencias.

Estuvo encantada de que Jace la bajara en brazos hasta el punto donde el helicóptero pudo rescatarla. Se despidió de él lanzándole un beso desde las alturas y levantándole el pulgar con una desfachatez que hizo reír hasta al piloto.

O el día de la boda. Ayane llegó tarde y pidiendo disculpas. Recordaba haberla visto cruzar el pasillo de la oficina del registro civil limpiándose unas salpicaduras de sangre de la cara. Por lo que Jace supo, el conductor se había estrellado en una calle peatonal y ella se había llevado la peor parte, en sus palabras, «porque pensó que no llegaba a tiempo». Pero lo consiguió, solo que con una brecha en la frente que se encargó de eliminar con Photoshop en cuanto le mandaron las seis mil doscientas fotos por correo electrónico.

O cuando no podían aguantarse las ganas en reuniones con amigos y se escabullían para follar como locos en un baño público, en el coche, en el punto ciego entre las dos farolas de un aparcamiento oscuro, en un ascensor. O cuando celebraron la primera Acción de Gracias en casa de sus padres, en su pueblo de Nashville, y por no estar casados aún fueron obligados a dormir en habitaciones separadas. Ayane se saltó a la torera esta santurrona imposición y se arriesgó a que la señora Ryder le echara la cruz infiltrándose en su dormitorio de la infancia.

Tantos recuerdos bonitos, y el que prevalecería sería aquel porque nunca pensó que viviría para contarlo. Porque mostraba la imagen de una Ayane que se daba por vencida.

—Supongo que ya está —fue lo que ella le dijo cuando el silencio fue insoportable.

Jace cargó su maleta y la enfrentó con el corazón partido. Asintió, incapaz de pronunciar media palabra.

Ayane no le dejó cruzar el umbral sin antes rodearlo con los brazos.

Él recitó para sus adentros todas las razones que tenía para no soltar la maleta, no devolverle el gesto. Ayane lo había expulsado de su lado, Ayane ya no lo quería, Ayane no confiaba en él y había intentado hacerle daño para no tener que tomar la decisión valiente de dejarlo. Maxine era otro de sus motivos. Pero tuvo que abrazarla porque así era como la gente se despedía en los aeropuertos. Porque había sido su mujer. Porque la querría bajo cualquier circunstancia, pues ya

lo había confirmado: la había querido sabiéndola desaparecida, creyéndola muerta y, ahora, aceptando la distancia impuesta.

La estrechó entre sus brazos y la besó en la sien.

—Estaba muy enamorada de ti —le susurró ella con voz trémula.

—Por eso lo pasamos tan bien —le respondió él en cuanto se pudo recuperar.

—Por eso lo pasamos tan mal —corrigió Ayane con una sonrisa desinflada.

Tenía los ojos anegados en lágrimas, y eran unos ojos que enfocaban, que sabían lo que estaban mirando. Parecía que para recuperar la vida y la esperanza hubiera tenido que sacrificarlo a él. Y si esa era la condición, pensó Jace, entonces era un sacrificio justo.

—Cuídate, ¿vale? —Le acarició la mejilla con los nudillos, manteniendo la vista fija en su semblante pálido.

Ayane se rio como si hubiera dicho una auténtica locura, y Jace pensó que era muy probable que lo fuera. Había estado viendo cómo la mujer superviviente, temeraria y segura de sí misma con la que había vivido se arrojaba a la autodestrucción como si la encontrara placentera. Se repitió que ya no era su asunto, que ella había dejado muy claro que no quería su ayuda, pero la mera idea de renunciar a su felicidad seguía antojándosele insoportable.

—Y tú... —Le cogió la mano y le besó la palma. Lo miró a los ojos con intención, esperando una promesa de sus labios—, déjate cuidar, ¿vale?

Él asintió con aire despistado, cuando en realidad estaba alejándose emocionalmente de la situación para sobrevivirla. Apartó la mano con delicadeza, recuperó la maleta y se marchó.

Y allí estaba ahora, a más de tres mil quinientos kilómetros de distancia, intentando hacer las paces con el hecho de que no regresaría a esa casa, ni a esos brazos, ni a esa vida; una vida que debería haber despedido un año y medio atrás y a la que sus pensamientos y anhelos frustrados acababan regresando.

Era ahí, a la estampa de Ayane, a donde su esperanza iba a morir todos los días.

Sacudió la cabeza y se obligó a regresar a la misión. En un rato tendría que hacer acto de presencia en el fabuloso vestíbulo de uno de los hoteles más caros de aquella zona de Ciudad de México. Una noche costaba alrededor de seiscientos dólares. Los gastos habían corrido a cuenta del FBI, que no estaba contento con que los traficantes de personas tuvieran gustos exquisitos.

Suerte que Reyes les saldría más barata.

Aunque los socios habían podido extender invitaciones a sus amistades o amantes, no acudían en parejas o tríos esta vez, lo que significaba que una marcada preferencia por pasar el rato con una nueva sumisa —cuya preparación no habrían podido permitirse— podría haber resultado sospechosa. Así pues, aprovechando que Reyes hablaba castellano con acento mexicano, habían confeccionado un currículum falso y la habían mandado a trabajar para Fuego y Sangre como una discreta auxiliar durante las veladas. Dormiría en el mismo hotel, pero en otra planta, y en el rol de empleada no tendría que lidiar con atenciones indeseadas que pusieran en peligro el centro de operaciones que armaría, con toda probabilidad, en su dormitorio.

Jace se preparó para salir ajustándose los botones de la camisa negra y echándose el pelo hacia atrás. Lo hizo mirando de reojo la pantalla con desinterés, confiando en la eficiencia de Reyes, hasta que capturó una figura familiar caminando con brío hacia el recepcionista. La joven cargaba una maleta que duplicaba su peso y se retiraba los rizos rojos de la cara con movimientos airados.

Ni siquiera tuvo que verle la cara para que se le tensara el cuerpo de la cabeza a los pies, como un depredador ante una amenaza inminente. Cuando una de las cámaras captó su perfil, la nariz respingona, los labios carnosos y la sonrisa de circunstancia que le curvaba las cejas en una

expresión resignada, el corazón se le paró y una rabia ciega lo inundó de tal manera que cualquier atisbo de nerviosismo juvenil murió en el acto.

—Yo la mato —masculló entre dientes. Por instinto, guio la mano a la puerta del vehículo.

Aquello captó la atención de Reyes.

—¿Quién es?

Jace tuvo que respirar hondo antes de contestar.

—Mimosa o Maxine Sagal, profesora de Español en Los Ángeles. Padre abusivo, madre abnegada, exnovio manipulador, mejor amiga desaparecida —recitó en tono monótono con la mirada clavada en la pantalla, donde la vio reírse, ruborizada, después de que un botones se ofreciera a llevarle la maleta. Apretando el puño, añadió—: Puede parecer irlandesa, pero tiene ascendencia argentina... —La voz se le apagó— y le habría gustado ver Europa.

—Inofensiva, entonces —resumió Reyes, pero no sonó como si pretendiera descartarla; más bien con la intención de presionar los botones de su compañero.

—Y una mierda inofensiva —ladró, abriendo la puerta de un tirón—. Como abra la boca, nos revienta la misión en un segundo.

Capítulo 14

Aunque los nervios iniciales seguían causando estragos, Maxine se animó en cuanto el avión aterrizó en el aeropuerto, y para cuando el coche privado de la organización los llevó al hotel Ritz-Carlton, no podía dejar de sonreír, deslumbrada por la grandeza de la capital y los paisajes que observó en el trayecto.

De acuerdo a los datos que Maxine había recabado gracias a internet, donde estuvo buceando, boquiabierta, ante la mirada cariñosa de Magnus, el alojamiento de lujo estaba ubicado en el centro financiero y gozaba de una vista espectacular del Parque de Chapultepec desde los dormitorios. Ocupaba diez pisos de un edificio de cincuenta y ocho.

—¿Y cenaremos en el restaurante? —había estado preguntando a lo largo del viaje, enseñándole las cristaleras—. Dice que tiene inspiración mediterránea, igual que el spa. Y que sirven comida mexicana. ¡Me encanta la comida mexicana!

—Digo yo que sí. —Magnus se encogió de hombros y se inclinó hacia ella con una sonrisa divertida—. Eres adorable. Hacía años que no me topaba con una persona que no da por hecho que se merece todos los lujos del mundo y disfruta de lo que la vida le ofrece.

—¿Cómo no lo voy a disfrutar? Antes de viajar a Koh Phangan, casi no había salido de California, y siempre he querido ir a Latinoamérica. Por cierto, he oído que la comida mexicana de los Estados Unidos es una estafa y que para comerte algunos platos en condiciones tienes que visitar el país o ir al restaurante casero de una familia de la zona —continuó, ojeando las fotos que salían junto al menú del hotel—. Me lo creo. Dudo que los burritos estén tan asquerosos como los de Chipotle Mexican Grill.

—No te puedes fiar de las franquicias americanas para comerte nada que no sea una hamburguesa. Y antes de que lo digas, no, los tacos de verdad no saben como los que sirven en Taco Bell —apostilló con sorna.

Minutos después, el chófer privado los había dejado a las puertas del edificio monumental, que parecía haberse construido con vidrios azules. A esas horas de la noche, las letras Ritz-Carlton destacaban intensamente a una altura vertiginosa. El estómago se le encogió, preguntándose qué le depararía la noche, y por instinto se plegó al costado de Magnus.

No lo pudo usar como escudo protector durante mucho tiempo, porque se adelantó para entrar antes y agilizar los trámites mientras ella aguardaba en el coche hasta que los botones salieran a ayudarla. Como pasaron unos minutos y nadie aparecía, y como le daba vergüenza que otros se encargaran de arrastrar sus bártulos, ella sola tiró de las maletas.

Había sido una suerte disponer de la lencería que en gran medida Carey le pagó para Koh Phangan. Recordaba haberse puesto emocional probándose los conjuntos, pensando que podría haber vivido esa experiencia con Carey. Podrían haber estado en ese momento tomándose una copa y hablando de lo que les depararía Ciudad de México.

O quizá ella, al no haber tenido la necesidad de hallar respuestas, hubiera rechazado la invitación.

Maxine se tiró de la falda vaquera hacia abajo, que había conjuntado con unos pequeños aros dorados y unas sandalias romanas. Reconoció a algunos de los participantes de Koh Phangan en la gente que charlaba en el vestíbulo. Los que asistían en calidad de invitados de Fuego y Sangre disponían de una tarjeta negra especial.

Magnus le envió un mensaje diciéndole que estaba camino de su habitación porque Califa quería hablar con él en privado, que ya se reunirían cuando los convocaran para la cena. El

recepcionista se demoró tanto consiguiendo su identificación y proporcionándole la tarjeta de la suite que, para cuando enfiló hacia el ascensor, apenas quedaba nadie en la entrada; solo un grupo de turistas suecos hojeando unas revistas de muestra y un niño correteando alrededor de una pareja que discutía en voz baja sobre un equipaje desaparecido.

Maxine pulsó el número cuarenta y seis, la planta donde se encontraba su dormitorio, y entrelazó los dedos sobre el regazo para disimular que le sudaban. Se suponía que los botones subirían el equipaje por su cuenta.

Se entretuvo admirando el amplio techo del cubículo mientras las puertas decidían cerrarse, y por casualidad acabó echando un vistazo al vestíbulo. El corazón se le paró al localizar a un hombre caminando hacia el ascensor con la prisa de quien no quería quedarse en tierra. Llevaba el último botón de la camisa blanca desabrochado, el flequillo largo y castaño sobre los ojos, y una barba de varios días que no le impidió reconocerlo ni por un solo segundo.

Sintió que se le aflojaban los tobillos al verlo entrar con una última y elegante zancada y posicionarse a su lado, a la clase de distancia cortés que gritaba que no se conocían de nada.

Maxine se quedó paralizada. No se atrevió a girar la cabeza para mirarlo a la cara. No se atrevió a respirar, ni a mover nada distinto a los dedos, que de pronto le sudaban tanto que tuvo que hacer fuerza para que los puños temblorosos se quedaran encajados en su sitio.

Los turistas suecos hicieron ademán de pasar cuando las puertas iban a cerrarse. Entonces oyó su voz profunda por primera vez en meses.

—Me parece que no vamos a caber todos —aclaró en el inglés correcto que se utilizaba para los extranjeros, y las hojas se plegaron sin darles opción a réplica.

No reconoció el acento californiano en su tono, sino uno nuevo que se asemejaba a la cadencia del interior. Entonces comprendió que, al fingir ser de Los Ángeles, también había forzado su forma de hablar.

Maxine cerró los ojos y se recostó en la pared acristalada, esperando contener así un acceso emocional que amenazó con doblarle las rodillas. ¿Qué hacía allí? ¿Le diría algo? ¿La había visto? Claro que sí. Así era como ella se había dado cuenta de que un hombre caminaba hacia el ascensor: había sentido de alguna manera su mirada penetrante clavada en el rostro.

Esperaba que hiciera algún comentario educado en su estilo, un «buenas noches» que la desalentara, o un agradable y hasta cierto punto cínico «me alegro de verte», pero lo que salió de sus labios fue un quedo y exigente:

—¿Qué haces aquí, Maxine? —Hizo una pausa—. ¿No tuviste suficiente la última vez?

Aunque no había sonado irritado o recriminatorio ni por asomo, ella se enderezó, crispada.

No se movió. Ya sabía que era él y no necesitaba confirmarlo. Su olor flotaba en el aire. Su cuerpo solo reaccionaba de aquella manera ante su cercanía. Se sentía débil y al mismo tiempo sobreexcitada, y era incapaz de formular un solo pensamiento coherente.

—Me han invitado —se le ocurrió balbucear mientras se limpiaba las palmas en el vestido.

—Y a ti se te ha ocurrido aceptar sabiendo lo que pasó —completó él en un tono cada vez más distante. Su frialdad le provocó un escalofrío. Maxine lo miró de soslayo, sin poder soportar el suspense que le tenía los músculos en tensión, y lo vio entrecerrar los ojos en dirección a la cámara de seguridad que los observaba desde una esquina. Cuando volvió a hablar, lo hizo apenas moviendo la boca y con la cabeza gacha de tal manera que no pudieran leerle los labios. El acento de los grandes lagos, su acento real, no dejaba de impresionarla—. Te dijeron que te mantuvieras alejada.

Maxine pestañeó varias veces seguidas. No supo de dónde sacó el valor para espetar:

—Eso no quiere decir que no pueda vivir mi vida como yo quiera.

—¿Ahora vivir tu vida como tú quieres es abrazar el sadomasoquismo cuando nunca te convenció? Te lo voy a preguntar otra vez. —Ladeó el cuerpo hacia ella de modo que pareciera un cambio de postura casual—. ¿Por qué estás aquí? ¿Quieres volver a hacer el papel de heroína?

Aquella pregunta le puso el vello de punta, y no porque fuera escalofriante, sino porque le pareció injusta. Acudió a su mente el recuerdo de la aparición de Hurricane en el avión, protegido por el chaleco antibalas del FBI y el fusil de asalto, y cómo la ignoró en cuanto localizó a su mujer en uno de los asientos.

—Prefiero ese papel antes que el de víctima, que es el que tú estuviste a punto de colgarme —respondió en voz baja, aun sabiendo que la grabación de seguridad no podía captar el sonido. Incluso sin mirarlo, sintió que él cuadraba los hombros—. Voy a divertirme, por eso no he venido sola, y lo que haga no es de tu incumbencia. ¿O vamos a intercambiar ahora confidencias? ¿Vas a decirme tú por qué estás aquí?

—Porque a diferencia de ti soy un amo real que tiene relación con Vesper's.

—Por eso no se te ha visto el pelo desde que regresamos de Koh Phangan, ¿no? Porque tu relación con el sadomasoquismo es tan fluida como la mía —se oyó replicar. Era un tiro muy largo; no podía saber si había ido o no al club porque ella apenas lo había visitado una vez, pero quiso arriesgarse para darse el gusto de reprocharle.

No se sentía la cara. La combinación de indignación, asombro y angustia la tenía tan conmocionada que no podía ni pensar en lo que decía, ni siquiera asimilar quién era el hombre que la confrontaba.

Él no pudo responder porque el ascensor paró en la cuadragésima planta y una familia de ocho miembros subió, ocupando todo el espacio. A Hurricane no le quedó otro remedio que plegarse hacia ella, o esa fue la excusa que utilizó para quedar pegados hombro con hombro.

Maxine se estremeció al sentirlo tan cerca, casi piel con piel. Cerró los ojos de nuevo, esta vez apretando los párpados, y se exigió mantener la compostura, aunque fuera por decencia. Más tarde ya intentaría asimilar el reencuentro y hacer las paces con la certeza de que coincidiría con él todas las noches.

Aprovechando que el padre de familia y aquel a quien se refirió como su cuñado eran altos y se habían situado delante de Maxine, Hurricane le pasó una mano por la cintura para acercarla a su costado y pegó la boca a su oído para hablar. Su olor la envolvió en un recuerdo tórrido y también demasiado doloroso. El suave movimiento de sus labios le hizo cosquillas en la oreja, pero no se movió un ápice.

—No confundas mis motivaciones —le dijo en tono sugerente—. Incluso los hombres con mi trabajo se toman vacaciones de vez en cuando.

Maxine se mordió el labio inferior con fuerza para contener un puchero. El nudo en el estómago se le había subido a la garganta, y presionaba tanto que no podría soportar aquello ni un segundo más sin romper a llorar.

Le habría gustado replicarle que no le creía, que si estaba allí no era por el sexo ni por la compañía, pero sabía que, si abría la boca, sería más notable aún que el reencuentro la había afectado. Y no iba a humillarse delante de él.

El ascensor llegó a su destino, y ella se deshizo de su brazo como si le asqueara para abrirse paso entre los turistas. Pero antes de cruzar el umbral, Hurricane la alcanzó tomándola con suavidad del codo para tenderle el pendiente que se le había caído. Maxine se llevó una mano al lóbulo para confirmar que era suyo, sosteniendo su nebulosa mirada gris con perplejidad.

Este esperó a que hubiera recuperado el arete y a que se hubiera dado la vuelta para añadir muy cerca de su nuca:

—Sabía que volvería a verte, Maxine, pero había estado rezando para que fuera en otra parte.

Ella cerró los ojos para dejar que una lágrima corriera por su mejilla, y no se giró para comprobar que la estaba observando con esa dolorosa intensidad que Magnus había descrito como el amor frustrado. Salió del ascensor en cuanto se abrieron las puertas, y se escondió de su vista apoyando la espalda contra la pared más cercana.

Tan pronto como escuchó la campanita y supo que retomaba su trayecto hasta la última planta, se cubrió la cara con las manos, temblando violentamente, y empezó a hiperventilar.

¿Cómo que «había estado rezando para que fuera en otra parte»? ¿Acaso se había planteado ir a buscarla? No podía ser. Nada de aquello era posible. ¿Qué hacía allí de verdad, para empezar? ¿Cómo no se le había pasado por la cabeza a ella que Hurricane podría unirse a Fuego y Sangre? Magnus mencionó a cuatro invitados fijos: Califa, Angel Face, Rob Roy, y uno más cuyo nombre no dijo, pero que debió deducir.

Una parte de sí quería celebrar el reencuentro porque significaba que obtendría las respuestas que quería. Al menos esa era la conclusión a la que llegaría una persona demasiado ingenua, cosa que Maxine ya no era. Que Hurricane estuviera en el mismo edificio no prometía la menor garantía, porque nunca había sido sincero.

En ese momento predominaba la angustia, el miedo a haberse metido en la boca del lobo más de la cuenta, a una altura en la que ya no podría dar media vuelta... y también una ilusión desconcertante, porque llegó a pensar que no volvería a verlo y su peor pesadilla, que era a la vez su mayor esperanza, se había cumplido.

—¿Max? Max, ¿qué ha pasado? —oyó la voz familiar de Magnus.

Maxine alzó la mirada, borrosa por las lágrimas de incredulidad. El amo había apretado el paso por el pasillo con la llave magnética en la mano al verla sucumbir al pánico.

Lo último que vio antes de arrojarse a sus brazos fue su ceño fruncido.

—¿Qué coño ha ocurrido? —exigió saber, apretándola contra sí—. ¿Alguien ha sido desagradable contigo?

Maxine sacudió la cabeza y apoyó la mejilla contra su cálido pecho. Se sintió mejor arropada por sus brazos. Llegó a pensar que no había nada comparable con la solidez de Hurricane, ese anclaje a la tierra y esa sabia prudencia que la hacían sentir protegida, pero Magnus era igual de seguro, solo que de una manera más obvia y desde luego confiable.

—Háblame, mujer —le pidió, retirándole el pelo con la cara con aquellas manos rudas, capaces de las caricias más tiernas, y la miró con preocupación—. Dime algo.

Ella tragó saliva.

—Está aquí. Él... está aquí.

Capítulo 15

Como era mejor no involucrar números de teléfono que pudieran delatar una relación estrecha entre los agentes, Reyes se comunicó con Jace metiéndole una pequeña nota debajo de la puerta. Las cámaras de seguridad de los pasillos se dejaban manejar por el programa de hackeo que utilizaba la agente, y no le había costado generar un punto ciego para invitarle a coincidir casualmente con ella en Carlotta Reforma, el bar de la terraza del hotel.

A esas horas, los invitados de Fuego y Sangre ya habían sido convocados a una hora concreta en el restaurante Samos. La citación insinuaba que disfrutarían de una comida interesante, y pedían por favor que acudieran con tan solo la bata de seda negra con los bordes dorados que les habían proporcionado para el evento.

Nada más ver la nota, Jace dio por hecho que habrían organizado un *food play* para sitofílicos[29].

Consultó el reloj para confirmar que tendría tiempo para ver a Reyes en el *sky bar*, y para prepararse a posteriori sin caer en la impuntualidad. Le constaba que habían reservado varias áreas del hotel para uso y disfrute de los participantes de Fuego y Sangre. No le extrañó que un guardia de seguridad le pidiera su identificación antes de abrirle paso a la lujosa estancia.

Desde las cristaleras de suelo a techo se obtenía una vista panorámica de la ciudad y del Castillo de Chapultepec, que recordaba haber visitado con Ayane en unas vacaciones culturales. Por alguna razón que relacionaba con el instinto de supervivencia, no sentía que se hallara en el mismo sitio que fue testigo de uno de sus aniversarios. Tal vez fuera porque ellos pasearon por las ruinas del periodo prehispánico, vieron las pirámides y yácatas, y ni se plantearon hospedarse en hoteles monumentales del distrito financiero. Ciudad de México parecía pertenecer a otro país diferente del que pisó, también a otra época, y por el simple hecho de que Maxine estaba allí, y era impensable que Maxine y Ayane coincidieran en un lugar geográfico, aunque fuera en tiempos diferentes.

Era imposible quererlas a las dos a la vez.

Localizó a Reyes sentada de espaldas a la entrada en uno de los taburetes que rodeaban la barra de mármol negro. Sobre ella, una lámpara monumental de varios niveles proyectaba su luz blanca y brillante, parecida al destello de un diamante. Ya se había vestido para el evento, del que formaría parte como auxiliar. El uniforme consistía en unas medias negras semitransparentes, una minifalda y un *body* ajustado que dejaba la espalda al aire y se anudaba detrás del cuello.

Un broche de plata sobre el pecho delataba su condición de trabajadora.

De fondo estaba sonando una colaboración de Aya Nakamura con Maluma, *Djadja*.

—Perdona —le dijo en tono aterciopelado, poniéndole una mano sobre el hombro. Reyes se giró hacia él justo cuando estaba a punto de probar el cóctel, una de las especialidades de Carlotta Reforma. Juntó los labios y le sostuvo la mirada con la ceja enarcada—, ¿no tendrás un cigarrillo, por casualidad?

Señaló hacia el ala de fumadores con un gesto de cabeza. Era la única zona desierta.

Reyes metió la mano en su bolso de mano y sacó un paquete reluciente y un mechero.

—¿Y tú no tendrás ganas de compañía, por casualidad? —inquirió ella, tendiéndole una mano para que la ayudara a bajar.

Jace pensó que sabía adaptarse a las circunstancias, no solo porque fuera rápida de mente sino porque se le daba de maravilla desempeñar su rol, en este caso el de joven coqueta en busca de

diversión. Aparte, pensó sin darle mucha importancia, era guapa. Se había peinado el pelo corto hacia atrás y lo había fijado con gomina para que no le quitara protagonismo al ahumado verde oscuro de los ojos.

No se fijó mucho más durante su tranquilo paseo hacia el área de fumadores.

—¿Y? —preguntó él con gesto sereno.

A pesar de odiar el tabaco, dio una larga calada hasta que el humo le quemó los pulmones, y entonces lo soltó como era tan habitual en los fumadores: ladeando la cabeza hacia el lado contrario con disimulo y apartando el humo con la mano.

—Una reacción un tanto desproporcionada, ¿no crees? —replicó ella en voz baja, colocándose el pitillo entre los labios y encogiéndose para encenderlo sin que la molesta brisa lo dificultara. Lo miró de reojo—. La de hace un rato, al ver a Mimosa. Si hay algo que deba saber, mejor antes que después.

Los recientes recuerdos lo bombardearon: la piel de gallina de Maxine al rozarla sin querer, la lámina vidriosa de sus ojos castaños conforme iba escuchando sus mentiras, el temblor inocente de las manos que trataba de esconder en puños crispados...

—La conozco —se limitó a decir con voz queda.

—Sí, se nota que la conoces muy pero que muy bien —completó Reyes. Seguía mirándolo de soslayo con sospecha. Él solo se encogió de hombros, procurando no exteriorizar ni su inquietud ni el torrente de emociones que lo abordaban cuando oía su nombre—. Le tienes cariño, eso como mínimo..., ¿me equivoco?

Jace decidió que ser sincero no podría hacerle más daño.

—Si le pasara algo, no respondería de mí.

—Oh —exclamó con una mueca, cayendo en la cuenta de algo importante—. ¿Fue el cebo en Koh Phangan? ¿El que sirvió para desmantelar el proceso de captación de la fiesta de la Luna Llena?

Ella sí era fumadora, o por lo menos se le daba mejor fingirlo que a él. Gesticuló con elegancia y, una vez girada hacia él con una pequeña sonrisa sugerente, adoptó una postura cómoda apoyando el codo en el barandal.

Él curvó los labios para devolverle el gesto.

De lejos, cualquiera pensaría que había algo entre los dos.

—No me gusta pensar en ella como el cebo —respondió en voz baja, desviando un instante la mirada al cielo estrellado. Había algo en el brillo nocturno de las grandes ciudades que le ponía de un ánimo nostálgico—. Me sorprende que no lo supieras.

—Los de arriba la mencionaron por nombre propio, no apodo, y me dijeron que no sería relevante para mi misión. La mandaron a casa con instrucciones de no meterse en problemas, supongo, y le pusieron escolta por si acaso.

Lo miró esperando una confirmación. Él asintió con la cabeza.

Dudaba que Maxine se hubiera dado cuenta de que había un profesional pisándole los talones en California por si acaso algún traficante mandaba borrarla del mapa. De lo contrario, no habría reaccionado así, como si Jace hubiera permitido que la abandonaran a su suerte después de lo ocurrido en el avión.

—Hay algo que deberías saber sobre Maxine —replicó en tono pausado—, y es que a ella los problemas no le dan miedo.

Estuvo a punto de desdecirse al recordar cómo había temblado entre sus brazos en el ascensor.

El miedo lo sentía. Distinto era que lo creyera lo bastante relevante para interferir en sus

propósitos. No era así. Ni siquiera lo interpretaba como lo que era: el modo que el instinto de supervivencia tenía de ponerla sobre aviso para huir.

Si fuera prudente, no se habría visto envuelta en situaciones trágicas.

—Crees que va a ponernos la zancadilla —afirmó Reyes, vigilando su reacción.

Jace cabeceó con disimulo y se acercó el cigarrillo a los labios para ocultar una mueca amarga.

—No descarto que vaya a meterse en nuestros asuntos.

—Pues asegúrate de que piensa que no hay asuntos en los que ella pueda participar.

—Es una persona inocente, pero no estúpida, y sabe lo que hay. O lo que hubo. Nada más verme se lo habrá imaginado. —Hizo una pausa antes de explicarse con concisión—. Una de las desaparecidas era amiga suya.

—¿Y espera encontrarla aquí? —inquirió en tono burlón.

Jace le lanzó una mirada fugaz, molesto.

—¿No es lo que esperamos todos?

Reyes hizo un gesto ambiguo con la cabeza antes de darse la vuelta hacia el paisaje y apoyar los dos codos en el barandal.

Dejó que el viento se llevara los residuos del cigarrillo.

—Necesito que me prometas que lo que sientes por ella no va a frustrar la operación —soltó sin rodeos—. Que no te sentirás tentado de hacerla partícipe, quiero decir. Y si existe la más remota posibilidad de que, en un momento de debilidad, le largues lo que hemos venido a hacer, dímelo ahora y me las arreglaré para que la echen esta misma noche.

Jace esbozó una sonrisa sin humor mientras movía el cigarrillo entre sus dedos. El azote de la brisa fría lo había apagado.

Lo prefería así.

—No eres mi superior, Reyes. No puedes tomar esa clase de decisiones sin consultarme.

—¿Y por qué te opondrías a mi sugerencia? —replicó, fulminándolo con una mirada cargada de sospecha—. ¿Por qué querrías que la chica estuviera aquí, sabiendo el riesgo que corre?

—Llamaríamos la atención si conspiráramos contra ella. Ha debido de venir con Rob Roy, el único amo que conoció en octubre, y Rob Roy es íntimo amigo de Califa. Por lo que sé, el organizador la tiene por una participante interesante. Te aseguro que no la largarían por cualquier cosa, y no podemos permitirnos hacer el suficiente ruido para ponerla en un aprieto de los graves. Además —agregó en voz baja, más para sí mismo—, creo que bastante daño le he hecho ya.

—¿Y qué propones? ¿Permitir que una mujer implicada en la trama de Koh Phangan pulule de acá para allá, cuando para colmo puede estar intentando inmiscuirse?

—Deja que primero intente disuadirla de los motivos que me han traído a México —la interrumpió—. Si no surte efecto, entonces tendrás carta blanca para echarla.

—¿Cómo pretendes disuadirla?

—Haciendo lo que se viene a hacer aquí. —Rompió el cigarrillo apagado y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta para tirarlo después. La miró con llaneza—. Haciéndolo con el suficiente empeño para que no le quepa la menor duda de que en vacaciones también me gusta el BDSM.

Reyes lo miró de arriba abajo, como si no lo creyera capaz de resultar convincente. Algo tuvo que ver en él, porque acabó girándose de nuevo hacia el paisaje con un rubor revelador en las mejillas.

—En ese caso, será mejor que te vayas marchando —comentó con la vista clavada al frente —. En veinte minutos comienza el primer jueguecito.

Jace se preguntó si la joven estaría preparada para presenciar la violencia inherente al sadomasoquismo. Dudaba que un espectáculo sexual pudiera conmocionar a una agente de la CIA, pero como mínimo le causaría una impresión. Seguía siendo la chica que se había echado hacia atrás después de que él se acercara, y que apartó su mano tan pronto como llegaron al área de fumadores.

Se acordó con vaguedad de la inocencia de Maxine, o lo que Maxine creía que era inocencia, cuando coincidieron las primeras veces y estaba aún comprometida con la tarea de recuperar a su novio. No eran los mismos nervios, pensó Jace. Reyes no quería el contacto. Maxine lo ansiaba tanto que se desesperaba al no saber cómo pedirlo.

Sacudió la cabeza, como si expulsarla de sus pensamientos fuera así de sencillo, y despidió a Reyes con un gesto que por fuera pudiera verse sugerente.

—Contrólala —oyó que le decía la agente antes de entrar al salón principal—. Yo tendré un ojo puesto en ella, pero si se queda, es responsabilidad tuya... así que procura estar a la altura.

Jace se presentó en el restaurante Samos a la hora fijada. Por lo que había leído al respecto, más por si le daba alguna pista sobre lo que ocurriría aquella noche que porque tuviera inquietudes culinarias, allí se disfrutaba de experiencias gastronómicas inolvidables. Los platos, de un precio desorbitado, se elaboraban a partir de materias primas de origen local, y el menú genérico hacía un recorrido por la cultura mexicana.

Pero Jace reconocería el olor a sushi y a salsa de soja a diez metros y con los ojos cerrados, y ese fue el aroma que captó conforme se fue acercando a las puertas del restaurante, que permanecían abiertas y franqueadas por dos gorilas con cara de pocos amigos. Jace mostró la identificación que había traído consigo y volvió a guardarla en el bolsillo del batín de seda.

Las primeras veces que formó parte de veladas o juegos de rol se sintió ridículo siguiendo el protocolo de vestimenta, no se dijera ya desempeñando determinadas funciones, pero ahora estaba curado de espanto. Y por lo que pudo observar nada más cruzar el umbral, no era el único al que habían vestido de manera que se sintiera como en casa. La única diferencia entre unos participantes y otros era que unos —los de menos— llevaban el batín de color escarlata.

Jace esperaba encontrar un salón acristalado, decorado con mármoles negros y maderas oscuras, tal y como se mostraba en las imágenes del hotel. La disposición del comedor había cambiado: los sillones habían sido sustituidos por una sola barra circular lo bastante amplia para que los asistentes tomaran asiento alrededor. En el corazón de dicha barra, cercados por el mármol de manera que no podrían moverse, un par de chefs asiáticos con los ojos vendados se afanaban terminando de preparar el sushi. Su desenvoltura delataba que ya habían cocinado con cuatro sentidos disponibles con anterioridad.

Curvó los labios en una sonrisa despectiva. De todas las cocinas del mundo, se habían decantado por la japonesa esa noche. Si hubiera sido un poco más egocéntrico, habría pensado que el universo conspiraba para hacerle daño con sus propios recuerdos.

—Buenas noches, Hurricane —le dijo con acento hispano una de las auxiliares. Iba vestida igual que Reyes: medias negras, minifalda y tacones—. Sígueme y te mostraré tu asiento.

Se dejó guiar por la joven hacia uno de los taburetes centrales mientras ojeaba la rica decoración, los rostros hambrientos de los participantes. Estaba seguro de que Reyes lo habría hecho ya, pero contó para sus adentros cuáles vestían de rojo y se preguntó si más allá del juego no supondría una pista de quiénes eran más importantes para la organización.

Lo pensó, sobre todo, porque Maxine era una de las que lucían un batín escarlata, y ella no

dejaba de ser una persona vinculada con las abducciones de la fiesta de la Luna Llena.

La había localizado nada más entrar en el salón, pero no le pareció oportuno distraerse antes de empaparse de detalles necesarios.

En el fondo dudaba que en Ciudad de México pudiera recabar información. Había depositado todas sus esperanzas en las mujeres que la organización proporcionaba para mayor diversión de los participantes, esas presuntas voluntarias que en el mejor de los casos serían acompañantes de lujo y, en el peor, víctimas de la trata. No había ni una de ellas en el restaurante Samos, pero no le cabía la menor duda de que sí las encontraría en Acapulco.

Una vez sentado, Jace buscó con la mirada a Maxine. Controló un acceso de rabia apretando el puño sobre el muslo. Si el batín rojo era un signo indicativo del interés de los organizadores por determinados participantes, Maxine podría correr más peligro del que hubiera pensado en un primer momento. No le extrañaría que quisieran darle el papel protagonista por cuestiones relativas al BDSM; era un caramelo y había vuelto loco al público masculino con su lealtad hacia el que fuera su amo y con su placer exhibicionista. Pero ¿y si la tenían fichada por su repentina desaparición de Fuego y Sangre?

Maxine se desmarcó de la experiencia al mismo tiempo que él, alegando ambos una complicación en su vínculo amo-sumisa, pero si Black Russian y Califa estaban implicados en la trata, les habría extrañado que ambos desaparecieran justo cuando los secuestradores eran masacrados en un avión destinado al tráfico. Maxine no estaba en la lista de Daeng y del resto de tailandeses que se dedicaban a la captación. Fue ella la que lo buscó a él y no al revés, y el FBI obró con sensatez y discreción. Pero ¿y si se les había escapado algo? ¿Y si sabían de la intervención de la joven?, ¿que fue ella quien les tendió una trampa?

Maxine lo cazó mirándola desde la otra punta de la mesa y dejó de sonreír.

La dura experiencia no le había arrebatado ni el candor ni el gusto por dejarse mimar. Había estado nerviosa y risueña antes de reencontrarse con él en el ascensor, y ahora descansaba una de las manos sobre el dorso del amo, con quien se notaba que había construido una relación afectiva. Se reclinaba hacia él en busca de su calor con una comodidad familiar que le tensó en contra de sus principios.

Jace sabía que no tenía derecho a exigirle luto a Maxine. Ella era la única que podía demandar explicaciones. Pero verla de repente vinculada con Rob Roy le había generado dudas, muchas de estas injustas con lo que él entendía por la naturaleza de la joven. A lo mejor Maxine empezó a frecuentar Vesper’s a su regreso y se topó de casualidad con Rob Roy..., pero también cabía la posibilidad de que lo hubiera estado conociendo mejor en Koh Phangan sin que Jace se diera cuenta.

De solo imaginarlo se ponía enfermo, pero se obligaba a serenarse alegando que él tampoco fue sincero. No podía ser tan cabrón como para ponerse celoso, ni tan ingenuo como para pensar que existía la más remota posibilidad de que Maxine volviera a mirarlo del modo en que lo hacía. Lo lógico sería que ella no quisiera saber nada más de él, e incluso si lo deseara, Jace no tenía ni la menor idea de cómo conseguiría ordenar su vida de manera que hubiera espacio para otra mujer. No ya en un corto plazo, sino en algún momento del futuro que tan negro veía.

Quiso sacudir la cabeza y concentrarse en lo que había ido a hacer, molesto consigo mismo por volver a permitirse una distracción, pero Maxine no le había apartado la mirada y no sería él quien le negara un gusto.

Se había alisado el pelo por primera vez desde que la conocía. Lo llevaba suelto sobre un hombro, tan largo que no le vio las puntas por culpa de la mesa. Una cadena que parecía de oro colgaba de su cuello y se perdía pecaminosamente en el escote triangular del batín. Vio que se

llevaba mano allí, y Jace se preguntó, aturdido, si no sería una provocación, hasta que observó el pasmo en su expresión y entendió lo que ocurría: se estaba tocando el pecho porque no podía tocar el de él, el que de verdad la había confundido.

Jace devolvió la vista a los cocineros.

No, ya no llevaba la chapa metálica por la que Maxine había preguntado tanto, con la que Maxine había jugado cuando a él se le olvidaba echársela a la espalda, como si ocultándola de ella estuviera ocultando a Maxine de Ayane, o como si estuviera ocultando de sí mismo el ser tan despreciable en el que se había convertido. Dejó de tener sentido custodiar la cadena una vez Ayane apareció, así que se la quitó para simbolizar que había cumplido su promesa. Ya no habría de llevarla en torno al cuello como la soga en la que acabó transformándose.

—Buenas noches a todos —saludó un hombre enmascarado con acento hispano. El ruido de las conversaciones se fue apagando hasta que todo el mundo le prestó atención. Jace no recordaba haber coincidido con aquel sujeto—. Como podéis observar, os hemos preparado una cena suculenta para que saciéis el hambre después de un viaje largo. Pero imaginábamos que la comida se os quedaría corta y no os iríais a la cama satisfechos, así que hemos preparado una pequeña dinámica. Todos aquellos vestidos de negro disfrutaréis de la cena desde vuestros asientos; los de rojo... seréis esa cena.

»Como sabemos que nuestros huéspedes son curiosos y se atreven a probarlo todo, cada veinte minutos os pediremos que os cambiéis de asiento hasta que hayáis dado una vuelta completa a la barra. Es decir; hasta que hayáis catado cada uno de los manjares.

Las auxiliares aparecieron para depositar en la mesa algunas fuentes de fruta y verdura, en su mayoría con forma fálica —berenjenas, plátanos, pepinos—, licores de todo tipo y copas donde verterlos, chocolate líquido, nata montada... Otros ayudantes, entre ellos Reyes, se dirigieron a los hombres y mujeres vestidos de rojo para tenderles la mano e invitarlos a desnudarse antes de tumbarse boca arriba en el frío mármol negro de la barra. Era lo bastante ancha para que cupiera una persona y los alimentos que se situarían sobre esta.

No hubo cuenta atrás ni pistoletazo de salida. En cuanto los dos chefs japoneses desplegaron las tablas de sushi, los huéspedes empezaron a servirse raciones al gusto como seres completamente civilizados, pero sobre el vientre, el pecho, las nalgas o la espalda del participante que hubiera sido escogido como sacrificio. Estos procuraban mantenerse quietos y en silencio a no ser que alguno de los comensales decidiera alimentarle o le ordenara que cambiara de postura.

En cuestión de los primeros veinte minutos, en los que Jace decidió observar —una práctica legítima—, la mujer que tenía delante fue penetrada a cuatro patas por toda clase de verduras, y untada en miel y chocolate que otros dos hombres lamieron con fruición.

Cuando transcurrió el tiempo de gracia, y sin poder pararse a pensar en si hacía lo correcto, Jace cogió el cóctel que acababan de servirle, se levantó y se dirigió con expresión impenetrable a la curva derecha de la mesa, donde Maxine estaba tumbada boca arriba con la piel perlada de sudor.

No quería saber qué le habían hecho y quién. Había elegido ignorarla porque era consciente de que no le gustaba compartirla. Lo descubrió de un modo muy desagradable cuando tuvo que presenciar el primer beso que Rob Roy le dio.

Al verlo llegar, Maxine pareció sorprendida. Y no era una sorpresa grata, pero tampoco usó la palabra de seguridad para impedir que la tocara. Bajo su atenta mirada, en parte desconfiada, Jace tomó asiento en el taburete situado justo delante de ella y arrastró una tabla de sushi que nadie había tocado para servirse.

El martini lo dejó donde no correría peligro de derramarse.

—Veinte minutos... —dijo en voz alta, pensativo—. ¿Qué podemos hacer por Mimosa en veinte minutos?

Nunca sabría si logró ocultar su perverso regocijo. Cuando estaba con Maxine, tenía la sensación de que nunca conseguía disimular del todo. Se sentía desnudo y patoso.

Ella abrió la boca para responder, pero Jace la interrumpió dando la orden.

—Túmbate sobre el costado. Descansa la cabeza en la mano, y dobla las piernas... No, así no. La planta del pie sobre la rodilla contraria.

Maxine se ruborizó por lo escandaloso de la petición. A él no le importó que apretara los labios para manifestar su desacuerdo hacia la posición. Quería verla, ver el cuerpo que Dios le había dado.

Jace había tenido más pesadillas que sueños con ese rubor; pesadillas en las que se levantaba sudando por ella en la cama que compartía con Ayane, o en la cama vacía de un bungaló en Koh Phangan, esa cama de la que en teoría debía saltar cada mañana para descubrir nuevas pruebas y no para seguir fantaseando con que, algún día, Maxine hacía estallar su autocontrol.

Con un nudo en la garganta, Jace alargó la mano y retiró el mechón de pelo rojo que le cubría uno de los pezones. Maxine saltaba a la vista porque tenía la clase de físico que no se podía permitir unas mallas en un centro de estudios o un escote en un puesto de trabajo; no si no quería recibir miradas lascivas. Al menos, Jace se habría girado si la hubiera visto por la calle, y de hecho cayó en esa burda tendencia en Washington cada vez que se cruzó con una Joan Holloway. Ninguna prenda podría disimular la curva de las caderas, los senos redondos, los muslos firmes, y que a un cuerpo así le pusiera cara una mujer inocente era la guinda del pastel.

Sin dejar de mirarla, utilizó uno de los palillos de madera para delinear su perfil. La acarició desde la punta de la nariz hasta la barbilla, pasando por los labios pintados de rojo. Recorrió la línea del brazo que descansaba sobre su cintura, la prominencia de la cadera y la escalada de la pierna que había doblado siguiendo sus órdenes.

La vio cerrar los ojos después de debatir durante un buen rato si sería mejor ignorar quién la tocaba. Quizá su desconfianza fuera lo único que no le gustaba de ella, pero era también la única parte de ella que estaba ahí porque él se la había enseñado.

En completo silencio, Jace fue disponiendo las piezas de sushi sobre la curva entre su cintura y su cadera, donde encontraban el equilibrio perfecto. Un par de asientos a la derecha, un amo impelía a su sumisa a dejar de llorar; el wasabi había aterrizado en su entrepierna. Era ruido de fondo. Estaba tan concentrado que solo sentía la sangre en los oídos y en la ingle.

Cuando había dispuesto la comida suficiente, sujetó los palillos con la mano izquierda.

—Pensaba que eras diestro —dijo Maxine en tono de reproche, aunque con la respiración agitada—. ¿Eso también lo has fingido? ¿Como tu acento californiano?

—Puedo comer con ambas manos.

—Sobre todo sushi, ¿no? Teniendo una esposa japonesa, es lo mínimo.

Jace no se anduvo con paños calientes a la hora de zanjar la conversación, molesto con su imprudente elección de tópico. No dejaban de estar rodeados de gente.

—Cierra el pico.

Ella enrojeció de pura indignación y abrió la boca para seguir quejándose, pero Jace hizo que cambiara de idea guiando la mano derecha hacia el ombligo femenino. Acarició el caminillo de vello pajizo que se perdía en la entrepierna, en los labios separados e irritados por la tortura a la que la hubieran sometido previamente. Los cubrió con la mano e introdujo el dedo hasta que ella jadeó, crispando el puño sobre el que apoyaba la sien, y él topó con el nudillo.

—Deberías probar esto —le dijo Jace, acercando a sus labios un temaki de surimi, aguacate, cebolla crujiente y soja caramelizada.

Maxine abrió la boca, mirándolo con una mezcla de incomprensión, rabia y deseo, y masticó al mismo ritmo pausado con el que él empezó a masturbarla. Para cuando le tocó tragar la pasta de arroz, casi se atragantó con un gemido gutural.

Jace tomó otra pieza idéntica con los palillos y dejó que los sabores se mezclaran en su paladar. Un pensamiento amargo le cruzó la mente, y antes de plantearse si verbalizarlo sería buena idea, comentó con una sonrisa tan oscura como socarrona:

—Esto es lo más cerca que estaremos nunca de una cena romántica, Mimosa.

Ella le dirigió una mirada a caballo entre la pena y la incomprensión, como si no pudiera creer que hubiera dicho algo así; que le hubiese recordado la miseria de ambos. Él la penetró con el dedo corazón al tiempo que rotaba la mano para presionar el punto de la pared vaginal que siempre la hacía gemir; en un segundo, la tristeza se disolvió en su mirada turbia y reaccionó quebrando el cuerpo a un lado.

Jace la advirtió con una ceja arqueada.

—Estate quieta o no comeremos esta noche.

Cogió un uramaki de salmón y aguacate y lo mojó en salsa de soja. Maxine abrió la boca obedientemente, dando por hecho que era para ella. Jace se lo quedó para él solo para darse el gusto de mosquearla más aún. Sabía por experiencia que se corría intensamente cuando estaba furiosa.

Luego tomó otra pieza, y, esta vez sí, la alimentó con la vista fija en su expresión. Estaba obligada a no moverse mientras él introducía y retiraba los dedos de su cuerpo, cuando era por naturaleza una mujer que participaba en el sexo con todas ganas... o así era con él. El esfuerzo de permanecer inmovilizada le había perlado la frente de sudor. Además, la cocina seguía emanando un calor que se concentraba en las mesas, y más en quienes estaban tendidos sobre ellas.

Jace le secó la cara con las yemas de los dedos y prolongó la caricia mejilla abajo. Iba a terminar en la barbilla, pero unas gotas de salsa se le derramaron a Maxine por la comisura de los labios y, por acto reflejo, él se inclinó hacia delante.

—Lo siento —barbotó ella en una especie de reclamo jadeante. Intentaba mirarlo con frialdad, pero al final transmitía el deseo desesperado de entenderle, flotando al mismo tiempo en una nube de placer—. Es que resulta que no... no doy besos en la boca, ¿sabes?

Jace enarcó las cejas, decepcionado pero también divertido con la pulla. Rotó los dedos otra vez y los dobló en su interior, como si quisiera hacerle ver quién tenía el control de la situación, y empezó a acariciarle el clítoris con la yema del pulgar.

Maxine luchó por no revolverse y apretó los párpados cerrados, emitiendo sonidos débiles con la garganta.

—¿Y tampoco te los dan? —tanteó en voz baja.

Ella respondió sin aire en los pulmones.

—Tam... poco.

—Qué lástima —Jace se acercó a sus labios de todos modos, y comprobó con el corazón en un puño que Maxine no se apartaba—. Pero es que no te iba a besar, Mimosa.

Y era verdad. Tenía otros planes para ella, sobre todo ahora que la criatura había puesto las cartas sobre la mesa. Seguía subestimándolo, como lo hizo en el avión con destino Tokio, al pensar que estaría limitado si ella le prohibía sus labios.

Él seguía teniendo los suyos para darle placer.

Retiró las gotas de salsa con la lengua, disfrutando del sabor salado del sudor, del carmín y de

su loción corporal. Bordeó el relieve de su labio inferior con la punta hasta que se le antojó propinarle un pequeño mordisco en la barbilla. Maxine luchaba por no moverse, pero tembló al sentir su aliento sobre la boca entreabierta y en el cuello, ahí donde la piel era más sensible. La oyó gemir cuando presionó el clítoris con el pulgar y aumentó el ritmo de la penetración, también más profunda.

Como quería ver su cara mientras la tocaba, solo se retiró lo suficiente para coger una pieza de sushi de su cadera y acercarla a la boca escarlata. A continuación, se inclinó sobre la cintura y recorrió con la lengua la huella que la salsa había dejado en su piel, en esa línea curva y peligrosa que formaba su cuerpo de perfil.

Maxine no pudo soportar los sofocos e intentó detener el movimiento de sus dedos juntando los muslos y apretándolos. Después de comer directamente de su cuerpo, Jace buscó su mirada invitándola a pronunciar la palabra de seguridad o solo exigirle que se detuviera con un mal gesto, pero Maxine no quería que parara. Se le habían humedecido los ojos por culpa del deseo, hiperventilaba, y en un quiebro de cadera desesperado por liberar la tensión del orgasmo, arrojó las piezas de sushi que quedaban sobre la mesa.

A ella no le importó, y a él tampoco, que contó hacia atrás para sus adentros creyendo poder anticipar el momento del clímax.

Y lo anticipó.

Cuando Maxine se corrió, Jace aún tenía sus dedos anular y corazón refugiados en la zona más cálida de su ser. Notó la contracción de las paredes vaginales, cómo sus músculos lo succionaban, el calor intenso y la humedad, y comprobó nada más retirar la mano que tenía los dedos empapados.

Ella lo miró con la respiración suspendida y los ojos redondos, esperando el siguiente paso. Siempre lo miraba de esa manera, como si no pudiera aceptar que hubiera terminado; rogándole que aquello hubiese sido el calentamiento.

Y estaba en lo cierto. Aunque acabara, nunca era suficiente, y Maxine tenía que darse cuenta. Tenía que saber que, si de él dependiera, le habría hecho mil cosas peores.

Habría acariciado la idea de vulnerar su límite y besarla, de ignorar la norma de los veinte minutos y embestirla sobre aquella misma mesa hasta borrar el límite entre los dos, si no hubiera sido dolorosamente consciente de que no merecía darse ese gusto.

Jace se levantó en cuanto el reloj marcó que había concluido el tiempo de gracia, y tomó el cóctel que había dejado reposando junto a Maxine. Utilizó los dos dedos húmedos que habían estado en su interior para remover la ginebra y el vermú seco, y acto seguido los chupó hasta que quedaron brillantes. Dio un sorbo a la copa mirando a Maxine a los ojos, que se había quedado conmocionada, y tras dirigirle un asentimiento de cabeza que simulaba una reverencia, se marchó hacia su siguiente víctima.

Capítulo 16

El segundo avión aterrizó en Acapulco a las diez de la mañana. A las diez y media, y ya con maleta en mano, los guías contratados por la organización condujeron a los que viajaron en clase turista hasta el maravilloso hotel con vistas al mar. Este disponía de una parcela de playa privada para uso exclusivo de clientes.

Habían reservado todo el edificio para la ocasión y sustituido a la plantilla de la cadena por un grupo de trabajadores propios. Esto había sido posible después de una ardua negociación, y no sin antes poner una jugosa recompensa por delante.

Este dato hizo que Maxine se reafirmara en que los dueños del hotel habían tratado con mafiosos, los únicos que podrían sobornar a los ricos propietarios de Acapulco. Tomar conciencia con eso aumentó la bola de nervios con la que se había acostado la noche anterior. La angustia la acompañó mientras colocó sus prendas en el armario, mientras Magnus la invitó a almorzar fuera del hotel, mientras paseaban por la costa y mientras duró la excursión a caballo por la playa de Míchigan.

En todo ese rato, Hurricane no dejó de dominar sus pensamientos.

Porque se negaba a llamarlo Jace. Él no se presentó ante ella con ese nombre, y aunque lo hubiera hecho, era Hurricane la palabra que evocaba sensaciones agradables y atraía recuerdos hermosos. Hurricane era el hombre que la había tratado como si la amara; a Jace, por más que quisiera disculparlo, no podía dejar de mirarlo con recelo.

Y, aun así, tenía presente que le dijo su nombre desde el principio. Se ablandaba irremediablemente por la verdad que encerraba el gesto, o por lo que ansiaba que significara: que fue víctima del mismo flechazo que Maxine la primera noche en Vesper’s.

Era medianoche cuando se hartó de dar vueltas a lo mismo, se puso un vestido playero encima de la ropa interior y bajó a esa parcela de playa privada que Magnus había alabado.

La temperatura era bastante más agradable que en Ciudad de México, pero se arrepintió de no haberse cubierto los hombros en cuanto sus pies se hundieron en la arena húmeda. Le gustó la sensación, aun así. Recordó las vacaciones de las que disfrutó con sus padres cuando era niña, durante esa época en la que podía presenciar los gritos y peleas entre los dos y mantener la esperanza de que fueran una fase; incluso llegó a pensar que ella podría solucionarlo con su mera presencia porque respetaban su infancia lo suficiente para hacer las paces.

Solía recordar los días calurosos en California como una muestra de que su familia no era un desastre, o no solo eso, y solo porque la llevaban a la playa a divertirse. Pero si era fiel a su memoria, tenía que reconocer que sus padres no aparecían en la estampa. Solo estaban ella, el cubo lleno de agua y arena y la ambición de construir un castillo que las olas no se llevaran por delante; ella riéndose porque la marea hacía lo que quería con su cuerpo, arrastrándolo de un lado para otro; ella observando los peces del fondo del agua con las gafas de buceo que solían prestarle los padres de otros niños, niños que no se le acercaban porque era la extraña criatura que correteaba por la orilla sin supervisión, como si la hubieran abandonado y se hubiese convertido en una salvaje. Y si alguien la había abandonado, pensaban, sería por algo.

Maxine también solía pensar así: la dejaban atrás porque se lo merecía. Pero había personas a las que jamás les perdonaría que la hubieran echado de su lado.

Hurricane era una de ellas... O tal vez la única.

Por eso merecería la pena salir de dudas haciéndole las preguntas que la rondaban.

El universo conspiró en su favor para ponerle la situación en bandeja. Aunque estaba oscuro,

las luces que el hotel proyectaba sobre el océano le permitieron apreciar un movimiento inusual en la orilla. Una ola traía a un hombre que no le temía ni al frío ni a la oscuridad.

Maxine se estremeció y se abrazó los hombros al reconocer el brillo plateado de la piel de Hurricane, que al amparo de la luna relucía como la luna llena. Salió del agua retirándose el pelo de la cara con aquella exasperación parsimoniosa tan suya; esa impotencia resignada con la que admitía estar enfadado, pero también cansado de luchar.

Ahora entendía el porqué de su manera de ser, y debía reconocer que le dolía mucho más de lo que la enfurecía.

Observó, aún bajo el porche, que Hurricane se sentaba en la orilla con las piernas recogidas y alzaba la mirada al cielo. De lejos parecía que la luna y él se reconocieran el uno al otro. Hurricane no hablaba con nadie; no era impensable que solo le confesara sus secretos a la naturaleza, que no podría delatarle.

Atraída por lo que le habría llevado hasta allí, y ansiosa por una palabra de sus labios, Maxine echó a andar hacia el mar sin dejar de agarrarse los hombros. Así se protegía de la brisa fría e improvisaba un escudo que pensó que le haría falta.

Cuando se acercó lo suficiente para observar los surcos de agua que abrían las gotas en su espalda, rígida por la postura, perdió el valor.

No sabía qué decirle.

Estaría en su derecho si le gritara que hablara de una vez por todas, pero le parecía antinatural iniciar una discusión con Hurricane. También se le antojaba insólito hablar con él, o promover a secas cualquier intercambio que involucrara sincerarse.

La dura realidad del hombre que tenía delante se había ido construyendo a espaldas de Maxine. Se movió de acuerdo a sus intereses, a veces nobles, a lo callado, y esto la salpicó desde el principio. No en vano Hurricane se comunicó siempre con ella mediante conversaciones veladas y gestos que, aun elocuentes, no le permitieron ver su verdadera intencionalidad. Es más; dejaron abierta una puerta a la libre interpretación que le salvaría de admitir en voz alta si la quería o no.

Su relación se había desarrollado furtivamente, como si ni él quisiera enterarse de lo que estaba haciendo. Y, ahora, acostumbrada a su forma de relacionarse, Maxine sentía que debía llevar en secreto hasta su dolor y no quebrar la dinámica de silencios entre los dos. Le daba la impresión de que romperla conllevaría destruir de forma definitiva su vínculo, y no estaba preparada para decirle adiós.

Hurricane eligió ese momento de debilidad para levantarse. Su expresión nostálgica se transformó en un gesto cauteloso en cuanto sus miradas coincidieron. No le había sorprendido encontrarse con ella. A Maxine sí le asombró su mera personificación. Siempre se le olvidaba lo alto que era y el poder sobrehumano que tenía sobre su cuerpo.

—¿No tienes frío? —fue lo primero que preguntó Maxine. Hurricane se limitó a sacudir la cabeza, inmóvil en el sitio. Que se negara a hablar hasta para responderle a una banalidad le molestó. A decir verdad, le habría molestado cualquier cosa que hubiera dicho o hecho a excepción de arrojarse a sus brazos pidiendo disculpas—. Me extraña verte aquí. Pensé que tendrías cosas más importantes que hacer que darte un chapuzón a las tantas de la madrugada.

Él no apartó la vista de ella.

—Como, por ejemplo... —la animó a continuar mientras se agachaba. Cogió la toalla y se secó los laterales del cuello y los hombros con pequeños toques pacientes.

Maxine se encogió de hombros, todavía aferrada a ellos para protegerse del frío.

—Salvar el mundo, a lo mejor.

—Ya te he dicho que estoy de vacaciones.

—Claro. De vacaciones en un hotel alquilado por una organización criminal que da la casualidad de que querías desmantelar hace meses —recitó de corrido, no sabía si más sorprendida o más molesta porque la tomara por idiota.

Él nunca la había tratado como si lo fuera. Le gustaba verse a través de sus ojos precisamente porque la veía valiente y espabilada. Porque la respetaba.

Tal vez también eso hubiera sido mentira.

—¿Alquilado por una organización criminal? No se confirmó una relación entre Fuego y Sangre y lo sucedido con tu amiga. De todos modos —prosiguió, escudriñando las luces que provenían del hotel—, no deberíamos hablar de eso.

Maxine echó un vistazo por encima del hombro antes de volver a enfrentarlo.

—¿Crees que nos pueden escuchar aquí?, ¿o que le sorprenderá a alguien que estemos juntos?

—Puede —contestó él con voz queda, volcando su intensa mirada sobre ella—. La historia oficial dice que dejamos Koh Phangan porque no funcionamos como pareja. Les extrañará que ahora sí nos vaya bien. O que congeniáramos anoche.

Maxine se tensó con el reciente recuerdo. Él aprovechó su despiste para rodearla y emprender el camino de vuelta a su habitación.

Ese desaire le molestó más aún.

—¿Cómo se te ocurrió salir con algo así? —exigió saber en voz alta.

Hurricane frenó y la miró por encima del hombro con cansancio.

—¿A qué te refieres con «algo así»? ¿No es lo que se hace en Fuego y Sangre?

—No tenías que venir a hacérmelo a mí —replicó entre dientes.

—Si no estabas por la labor, podrías haber pronunciado la palabra de seguridad.

—¡No debería verme en la tesitura de pronunciar la palabra de seguridad contigo! —le gritó con los puños crispados—. ¡Tendrías que saber que no me haría gracia, que no querría que te acercaras! Tú mismo acabas de decir que no nos despedimos en los mejores términos; ¿qué te hizo pensar que yo actuaría como si nada después de lo que pasó en Tailandia? ¿Después de que...? Yo... yo... —Se pellizcó el puente de la nariz—. No te entiendo. ¡No te entiendo!

Hurricane se echó la toalla al hombro con visible hastío. Todavía estaba empapado, pero la brisa fría no parecía afectarle.

Nada parecía afectarle.

Se acercó a ella con ese gesto indolente que la sacaba de quicio. Eran los ojos grises los que marcaban la diferencia, los que se la metían en el bolsillo todas las veces. La culpabilidad se asomaba en su expresión de manera insinuante, echando abajo su castillo de naipes.

—Si has venido a oír una disculpa, la tendrás. La mereces —aclaró con suavidad—. Pero si estás aquí para que te confirme la segunda parte de una historia de espías infiltrados, te irás de vacío, Maxine. Se me ocurrió «salir con algo así» porque vengo en calidad de participante y, cuando me meto en el rol, hago lo que me place y con quien me place. Tú y yo siempre hemos sabido separar la cama de lo demás —prosiguió, ladeando la cabeza para mirarla de arriba abajo —. Supuse que también lo harías esta vez.

—Primero lo del ascensor, y ahora esto. No dices más que estupideces, y lo peor es que esperas que me las crea —jadeó, incrédula—. Estás decidido a romper la imagen que tengo de ti, ¿verdad?

—Depende —respondió con serenidad—. ¿Qué imagen tienes de mí?

Maxine apartó la mirada, demasiado dolida para responder enseguida. Notaba las lágrimas de frustración agolpadas en los ojos, porque sabía que por más que insistiera, él no le diría la

verdad. Había sido entrenado para mentir.

Aunque una vez consiguió llevarlo al límite para que se saltara a la torera sus imposiciones, de todos modos seguía sintiéndose una perdedora, porque nunca obtuvo una confesión de sus labios.

Ahora no sería diferente.

Y, aun así, tuvo que replicarle porque todavía quería desahogarse. Porque en el fondo de su corazón sabía que algo no cuadraba, que Hurricane no era el diablo por el que había intentado pintarlo, siempre en vano... y que él necesitaba decir sus verdades más incluso de lo que ella aspiraba a escucharlas.

—La de una buena persona —contestó, mirándolo a los ojos con el deseo de removerle las entrañas y así mostrara su verdadera cara—. Por eso sé que no has venido como participante. No eres la clase de hombre que mueve cielo y tierra para encontrar a su esposa y luego la deja superando un shock traumático para irse de vacaciones a México.

Hurricane reaccionó a la referencia de Ayane como si le hubiera abofeteado. Dio un paso atrás, mirándola con una mezcla de incredulidad y espanto. Se notaba que no habría imaginado jamás que Maxine encontraría el valor para mencionarla. Ella misma quiso retroceder para que el aire que había salido de sus labios al pronunciar la palabra prohibida no la rozara ni por casualidad.

Todo lo que giraba en torno a aquella figura trágica tenía el poder de romperle el corazón.

—Tal vez ya no haya esposa —resumió él con aspereza.

Maxine se lo había figurado. Las víctimas de experiencias traumáticas como la que probablemente habría vivido Ayane no encontraban el equilibrio con facilidad. Aun así, escucharlo la hizo sentir miserable, porque se le aceleró el pulso de pensar que pudiera estar disponible; porque un delirio traicionero le susurró al oído que podría haber ido a buscarla a ella.

Puras ridiculeces.

—Aunque no hubiera mujer, no te irías de su lado —insistió con seguridad, apretando los puños—. Y aunque te echara de su lado, tú no tendrías la frialdad de desquitarte por despecho con sexo vacío. ¡Cuando te conocí, no te acostabas con nadie! ¡Ni siquiera permitías que te besaran, por Dios! ¿Cómo esperas que me trague que ahora vas de cama en cama? Eres un hombre convencional, como puedo serlo yo, y...

—Me tienes en un mejor concepto del que merezco —la interrumpió con sequedad. Sonó tan sincero que Maxine no pudo replicarle—. Has olvidado que sí tuve la frialdad de buscar calor en tu cuerpo mientras ella estaba desaparecida. Lo que estoy haciendo ahora no es lo peor que figura en mi expediente.

La respuesta le sentó como una puñalada. Siempre había tenido el don de decir las palabras más hirientes que hubiera escuchado en su vida, y eso que a Hurricane no le faltaban competidores.

Le costó tanto asimilarlo que no pudo ni tragar saliva ni coger aire enseguida.

—Estuve en una relación convencional. Eso es lo único convencional que hay en mí —prosiguió Hurricane, que había permanecido inmóvil, observándola mientras ella encajaba el golpe—. Sí, me infiltré en Fuego y Sangre, pero ¿qué te dice que no disfruté de cada segundo? Sí, tenía mis límites, pero te demostré que podía divertirme de cualquier manera, así que ¿qué te asegura que los preliminares eran una tortura para mí? ¿Qué te hace pensar que renunciaría al sadomasoquismo después de Koh Phangan? Tal vez la operación me abriera los ojos a un mundo que quiero seguir explorando. ¿No te lo has planteado? Claro que no, porque ni siquiera sabes quién soy fuera del rol..., pero te lo puedes imaginar, Maxine —continuó, dando un paso al

frente. La tomó de la barbilla para que le mirara a la cara mientras hablaba, para que no se perdiera un solo detalle de cómo su expresión se mantenía firme, el fuego llameando en sus ojos grises—. Te lo puedes imaginar porque sabes que he matado, que he fingido sentimientos, que te he follado teniendo a mi mujer desaparecida y prostituida en algún agujero de mierda. Cualquier persona llegaría a la conclusión de que no tengo corazón. ¿Por qué tú insistes?

Una serie de respuestas benevolentes con él la sorprendieron: «Porque eres tan despiadado contigo que es evidente que te sientes culpable, y no podrías sentirte así si fueras de piedra».

Pero no fue eso lo que contestó.

—Porque me dijiste que te llamabas Jace —se oyó decir con voz temblorosa—. Yo no estaba en la lista de Fuego y Sangre en ese momento, no tenías que fingir conmigo, y, aun así, me consolaste y me dijiste cómo te llamabas de verdad. Esa noche fuiste tú mismo: comprensivo, humano y generoso.

Hurricane le sostuvo la mirada en silencio, buscando desesperadamente en su expresión una grieta de duda para entrar por ahí y desmantelar su castillo de ilusiones.

No lo halló. Maxine confiaba en su argumento.

Confiaba tanto que hasta ella estaba sorprendida.

—Hasta un reloj parado da la hora correcta dos veces, ¿no? —replicó transcurridos unos largos segundos.

Soltó su barbilla como si acabara de darse cuenta de que tocarla le hacía vulnerable.

—¿Dos veces? —repitió, envalentonada ahora que Hurricane había vacilado. Avanzó hacia él con energía renovada—. Me consolaste más de dos veces en Koh Phangan. Cuidaste de mí todas y cada una de las veces que Dylan hizo algo que me afectó, para más señas. Tú ya estabas donde tenías que estar para cumplir con tu deber, y yo gané determinación conforme pasaron los días, así que ni se te ocurra venirme con la excusa de que hacías cuanto fuera necesario para que no nos largaran. Me ayudabas por puro altruismo, incluso porque te preocupaba. Porque si hubiera sido para meterte en mis bragas, no te habrías resistido todo lo posible y más.

Hurricane fue a girar la cara, pero Maxine se puso de puntillas y le cubrió las mejillas para que la mirara a los ojos.

Estaba asustado, lo que solo podía significar que acababa de acorralarlo.

—¿Qué daño te va a hacer admitir que estás aquí por trabajo? ¿Por qué no hablas conmigo ni siquiera ahora que ya lo sé todo; que ya sé lo peor? —Hizo una pausa al asimilar sus palabras—. ¿Es que hay algo peor? Porque si lo que no quieres es ponerme en peligro, si sé a lo que atenerme estaré más protegida.

Él la acusó con una mirada severa.

—No te quepa la menor duda de que deberías haberte quedado en casa.

—Tú no te quedaste en casa cuando desapareció alguien que querías, Jace.

Vaciló un instante al oír su nombre por primera vez.

—Yo tenía los recursos para cambiar la situación. Incluso la obligación, no ya moral sino profesional —se defendió—. Tú ni siquiera eres capaz de aceptar que el mundo está lleno de gente mala que finge que no lo es, como para empezar a entender la gravedad de lo que le puede estar pasando a Carey.

Maxine lo soltó, dolida por la acusación, y lo miró con rencor.

—Estuve a punto de morir en un avión, y tuve que abrazarme a mí misma y hacer sola todo el camino de vuelta a casa porque no tenía a nadie en quien apoyarme. Tampoco lo tuve una vez llegué a Los Ángeles porque no podía hablar de ello. No me parece justo que me llames cobarde. Ni inútil, porque gracias a mí encontraste a tu mujer.

Sentía que la boca se le llenaba de bilis, y el corazón de maldiciones, cada vez que se refería a Ayane.

Él la observaba con tristeza.

—No te estoy llamando ni cobarde ni inútil. Te estoy pidiendo que lo seas.

—Porque te preocupas por mí —completó Maxine—. ¿Eso es ser mala persona?

Hurricane se pasó una mano por el pelo mojado. Las gotas de agua salpicaron sus hombros, su piel de gallina por el frío. No logró cambiar el rumbo que había tomado la conversación. Incluso Maxine era consciente de que no podía insistir en su argumento de que estaba allí por placer sin tomarlos a los dos por estúpidos.

—Esa fe tuya en los demás te ha llevado por los caminos más oscuros —murmuró, derrotado. Parecía que hablara para sí mismo—, y lo seguirá haciendo si insistes en ver lo mejor de todo el mundo. En Washington me consolaba pensando que conocerme al menos te habría servido para no ir por la vida con el corazón en la mano, para no dárselo a cualquiera, pero...

—¡No eres cualquiera! —exclamó, al límite de la paciencia—. Puedo dar fe de que eres un mentiroso —continuó con la voz temblorosa—, y de que si te propones ser cruel, le ganas al mismísimo diablo. Pero no has mentido ni me has herido voluntariamente, sino porque no te quedaba otro remedio.

Hurricane sacudió la cabeza con una sonrisa incrédula despuntando en los labios.

—Eres de lo que no hay —masculló él con una mezcla de resentimiento y esperanza.

—No me pongas esa cara, y no tengas el valor de negarlo —le amenazó con el dedo en alto —. Si tú no vas a justificarte, ya lo haré yo.

—No tienes que justificarme —se desesperó—. ¿Es que no aprendiste nada de lo de Dylan, joder?

Maxine se hartó y salvó el espacio que los separaba dando un paso al frente. Todavía lo señalaba acusadoramente.

—Lo aprendí todo de Dylan, listo. Aprendí que él era mucha palabrería vacía y poca acción. Por eso pude ver que tú no abrías la boca, pero ni por esas te dejabas algo sin decirme. Créeme que he pasado meses tratando de odiarte —confesó con un nudo en la garganta—, tratando de pensar lo peor de ti, pero no puedo. Y no puedo porque estaba allí, contigo, cuando eras atento, cariñoso; cuando te preocupabas y cuando hacías lo posible para alejarme, claramente temiendo que me encaprichara de míster imposible. No puedo porque lo he visto con mis dos ojos. Aquí nadie me va a tratar como si hubiera nacido ayer, ¿de acuerdo? Ni siquiera me voy a dar ese gusto a mí misma.

Quién le habría dicho que verlo y enzarzarse en una conversación de besugos con él bastaría para ahuyentar sus tormentos y poner en orden sus emociones.

No, no iba a fingir una ceguera transitoria para ocultar una verdad universal como que Hurricane no era un diablo perverso. Ya se hizo la tonta durante mucho tiempo para protegerse de la dolorosa verdad de su relación y así recuperar a Dylan: se repitió que fue ella quien se equivocó, y se mintió con que era el único hombre al que amaría. No caería de nuevo en la trampa de la dulce ignorancia, y menos cuando presentía que la paz mental de Hurricane dependía de que abriera los ojos.

Él clavó en ella una mirada turbia. Como si no pudiera soportarlo más, la rodeó con los brazos y la cosió a su pecho, estrechándola con la fuerza de un ciclón.

El corazón le brincó al sentirlo cerca, piel con piel; al notar que le sujetaba la cabeza con una delicadeza que gritaba lo que llevaba un rato tratando de ocultar: que la quería.

Pero Maxine sí se resistió a ese presentimiento. Sabía que Hurricane era un hombre honrado.

Esa era una verdad inamovible. De ahí a que la amara, sin embargo, había un largo camino todavía sumido en la oscuridad. Uno en el que no podía adentrarse sin salir escaldada todas y cada una de las veces, porque todas y cada una de las veces la recibía el recuerdo de que solo tuvo ojos para su esposa.

—Maxine —murmuró él contra su pelo—, lo único bueno que hay en mí es que sé arrepentirme, puedo pedir perdón y aceptar que no merezco que se me conceda. Pero no descartes mi frialdad cuando la has visto, ni descartes tampoco que haya venido hasta aquí por mi propio pie cuando también sabes que he sufrido durante la operación. Jamás volvería a exponerme voluntariamente a utilizar a alguien para mis propósitos, a alguien puro, a alguien como tú; y jamás volvería a exponerme voluntariamente a arriesgar su vida. Pero sí me expondría a sacar algo bueno de lo que viví regresando a Fuego y Sangre y disfrutándolo como es debido.

Maxine se quedó perpleja. No se lo había planteado desde ese punto de vista, y tuvo que reconocer que el argumento no flaqueaba. Casaba con el que ella misma había expuesto. Era demasiado bueno para abandonar a su esposa, pero ¿y si su esposa lo había abandonado a él? Era demasiado bueno para irse de vacaciones cuando apenas habían transcurrido seis meses desde la tragedia, pero ¿y si el sexo se había convertido en su única forma de olvidar? Era demasiado bueno para no infiltrarse de nuevo en una misión inconclusa, pero ¿y si también era demasiado vulnerable a esas alturas? ¿Y si ya había tenido suficiente? ¿Y si estaba psicológicamente trastocado y el FBI lo había sacado del caso?

Como si hubiera leído sus pensamientos, Hurricane se separó de ella y le sostuvo la mirada.

—Me prometí no desvelar información confidencial, pero ahora que puedes ponerte en peligro tú sola veo necesario aclarar que un hombre con una experiencia a las espaldas como la mía no está capacitado a fecha de hoy para volver a infiltrarse. Además de que dejé de ser apto para la operación después de llegar demasiado tarde. Las rehenes que murieron son la prueba de que no puedo con tanta responsabilidad. Fui apartado del caso, Maxine.

Su asombro solo iba en aumento.

¿Cómo no lo había pensado? Creyó que la misión habría sido todo un éxito por el simple hecho de que Hurricane había recuperado a su esposa, idea con la que se envenenó en contra de su deseo quizá utópico de alegrarse por él. Pero olvidaba que Hurricane andaba detrás de la trata de blancas como servicio a la comunidad, no solo para localizar a una mujer perdida. Y, en el proceso, aunque recuperó su vida anterior, había acabado perdiendo unas cuantas inocentes.

Maxine no pensaba que fuera su culpa, pero quizá sus superiores no lo hubieran visto con buenos ojos.

Y estaba siendo sincero. Tal vez pecara de ingenua por creer en él cuando le había demostrado que era un mentiroso patológico. Tal vez fuera ridícula por tomarse la molestia de escucharlo cuando no lo merecía. Carey, de haber estado en su lugar, le habría dado la espalda por haber jugado con sus sentimientos. Pero que no dudara de su palabra no tenía que ver con que lo hubiera perdonado, porque una parte de ella estaba profundamente dolida y resentida porque la hubiera forzado a desprenderse de la hermosa idea que tenía de él.

Hurricane la observaba con franqueza, con la triste resignación de los perdedores, pero con la seguridad de quien defendería su causa hasta el final.

Nunca había visto esa determinación en él.

Tampoco esa pena.

Maxine se había equivocado, después de todo. Pero no se arrepentía de haberlo confrontado. Hurricane jamás se había mostrado vulnerable delante de ella. Siempre fue tan sólido que no lo

creía capaz de albergar dudas o remordimientos, y comprobar que era humano le acercó más a él... aun en contra de sus principios, que le pedían que se pusiera a salvo negándole la palabra.

—Que esté aquí por gusto, por otro lado, no significa que crea que estamos seguros —apostilló Hurricane después de escudriñarla como si quisiera averiguar sus pensamientos. Con toda probabilidad los tendría escritos en la cara—, así que cuida lo que dices y haces, Maxine, y no te metas en camisa de once varas. No sé si podría protegerte.

«Pero ¿querrías hacerlo?», le habría gustado replicarle. No lo hizo porque rehusaba demostrar que todavía era débil ante él, incluso si ya lo había dejado manifiesto.

Hurricane comprendió que no haría ninguna acotación más y se marchó caminando muy despacio, como si en el fondo tuviera la esperanza de que ella lo detuviera con un grito.

Maxine permaneció donde estaba con los hombros abrazados y la vista fija en la arena, en la que se concentró para repasar los detalles de la conversación hasta que el frío fue insoportable.

Entró en el hotel casi una hora después. Tenía los brazos helados y los vellos como escarpias. Oyó unas conversaciones de fondo y los gemidos de los que no habían querido descansar aquella noche libre y habían ocupado una sala común para divertirse.

Maxine se deslizó discretamente hasta las escaleras para que no la vieran, y aunque estaba tan cansada después de la discusión que solo quería esconderse bajo las sábanas, no fue hasta la habitación enseguida.

No se había quedado satisfecha con las confesiones de Hurricane. Se había estado convenciendo de que lo único que quería era averiguar por qué estaba allí, cuando la cruda verdad era que había preguntas igual de apremiantes en su cabeza. Preguntas que Hurricane no había contestado. ¿Sintió algo por ella en algún momento, además de compasión y afecto? ¿Se lo imaginó todo? ¿O estaba Magnus en lo cierto al alegar que Hurricane la quería?

¿Y qué significaba eso de que su mujer ya no tenía un papel en la historia? ¿Podía ella pasar por alto todo lo que ocurrió en el avión? Responder a esto último no le correspondía a él, pero sentía que no estaría en paz y no podría organizar sus sentimientos hasta conocer toda la verdad.

¿Se la diría él, o intentaría mentirle, como había hecho en la playa?

No pudo soportar la incertidumbre y, envalentonada porque Hurricane hubiera acabado confesando una vez, se dijo que valía la pena buscar su dormitorio y pedirle que lo hiciera en una segunda ocasión.

No sabía dónde descansaba, pero todos los participantes habían sido acomodados en la misma planta, y no le importaba tocar a cada puerta hasta acertar.

Notaba la sangre concentrada en las mejillas, los nervios a flor de piel. Tenía miedo de la verdad y al mismo tiempo estaba segura de que no soportaría otro amanecer sin conocerla.

Maxine fue a tocar a una de las puertas más próximas a la escalera cuando oyó salir a alguien de una de las habitaciones del fondo del pasillo. Se giró por mera curiosidad y reconoció a una de las auxiliares del evento, una chica rubia y menuda con cara de pocos amigos. Ya de lejos observó que tenía la falda subida por la cadera, las medias negras rotas, el cabello desordenado y quizá también el maquillaje corrido.

Por su expresión, no le cupo la menor duda de lo que había estado haciendo.

Le sorprendió que las ayudantes también tuvieran aventuras con los participantes.

No le habría prestado mayor atención si no hubiera reconocido la mano del hombre que le acababa de abrir la puerta y que le dijo algo en un murmullo que la hizo reírse como una gallina clueca.

El puño con el que iba a llamar a una de las puertas se le quedó suspendido en el aire. El corazón se le heló en el pecho al ver a Hurricane sin camiseta y también despeinado. No pudo oír qué decían, pero tampoco le importó. Presenciar aquello le dolió tanto que perdió la conciencia de sí misma y las náuseas estuvieron a punto de doblarla por la mitad.

Ni siquiera había transcurrido una hora y media desde su encuentro en la playa, y le constaba que Hurricane era de los que se tomaban su tiempo con los preliminares. ¿La auxiliar lo había estado esperando en el dormitorio? ¿Por eso se había ido sin despedirse? ¿O la habría llamado nada más llegar, ansioso por inaugurar Fuego y Sangre?

¿Tan irrelevante había sido la conversación para él, o tan irrelevante había sido ella para él, que podía follarse a otra un rato después?

Si le había cabido la menor duda de que estaba diciendo la verdad, esta se disipó en el acto. Estaba en Acapulco para disfrutar del evento, y no solo durante las veladas; que también por las noches se encamara con mujeres, mujeres que ni siquiera estaban en la lista, lo decía todo.

Se preguntó si el día anterior se habría acostado con otra justo después de tocarla a ella, y un nuevo acceso de bilis la obligó a cerrar los ojos y luchar por serenarse.

«No es tan importante», se dijo mientras intentaba disimular que los había visto. Hurricane ya había cerrado la puerta. Ni siquiera se había dado cuenta de que ella estaba allí. La chica había emprendido la marcha en su dirección con una sonrisa bobalicona.

Mientras, se arreglaba las arrugas de la falda.

—Buenas noches —le dijo en tono cantarín antes de perderse escalera abajo.

Maxine no pudo hablar, porque en realidad sí era tan importante. Porque al final, por unas o por otras, había resuelto sus dudas.

Hurricane separaba el sexo de lo emocional cuando aún buscaba a su esposa en Fuego y Sangre. Si ya no se cortaba a la hora de disfrutarlo, era porque ninguna mujer acaparaba su pensamiento.

Y si alguna mujer acaparaba su pensamiento, estaba claro que no era ella.

Capítulo 17

No habría un hueco para mí en la CIA? —comentó Jace en tono socarrón mientras tomaba asiento en el borde de la cama de Reyes—. Me parece bastante más cómodo quedarme en la habitación tecleando en ordenadores que salir a la ciudad a interrogar desconocidos.

—A mí también me parece más cómodo. Por eso estoy en la CIA y no en el FBI —respondió sin despegar la mirada de las pantallas. En el fondo no era una comparación justa, porque ambos tenían responsabilidades exigentes—. ¿Dónde has estado? Porque no me parece buena idea que te eches a la calle sin más. En ciertas zonas de Acapulco, quién es El Diablo que mencionó la agente Nagai y a qué se dedica debe de ser un secreto a voces. No conviene que se entere de que un imprudente anda haciendo preguntas indiscretas.

Jace fingió pensar mientras se miraba las manos, descolocado por lo lejano que sonaba aquel nombre.

Agente Nagai.

Hubo un tiempo en el que fue la agente Nagai-Ryder. Aún lo era, en realidad, aunque en el cuerpo se refirieran a ella como Nagai a secas por comodidad. Lo seguiría siendo incluso si ya hubiera firmado los papeles del divorcio. Él todavía tenía que encontrar un abogado.

Como no respondió enseguida, Reyes se enderezó desde su posición y le lanzó una mirada indescifrable a través del cristal de las gafas. Estaba sentada en posición de loto en la alfombra, y entre las piernas desnudas descansaba su adorado ordenador, la joya de la corona de una agente especializada en informática. Apenas llevaba las bragas de un bikini y una camiseta grande caída de un hombro.

No le molestaba exhibir su cuerpo, comprendió Jace. Solo le disgustaba la cercanía con los hombres. No era tímida, sino reacia al contacto.

—¿He dicho algo inapropiado? —inquirió ella con aspereza.

Parecía que le molestaba la sensibilidad ajena.

—Me he dado una vuelta por los barrios populares por el narcotráfico y la prostitución —respondió a su pregunta inicial, ignorando la segunda de forma deliberada—. No he tenido que meterme en ningún garito; aquí las trabajadoras sexuales pasean por las zonas turísticas sin ningún reparo.

—No las llames así —repuso con una mueca despectiva—. Follar por dinero no es un trabajo. Es explotación.

Jace levantó las cejas, sorprendido por su arrebato. Reyes era de las que daban su opinión solo si la situación lo exigía.

—En Acapulco, la prostitución es legal. Al menos, su Código Penal no contempla penas por turismo sexual —le recordó, cruzándose de brazos—. Pero, en cualquier caso, ¿no crees que las mujeres que se ven arrojadas a ese tipo de vida merecen protección?, ¿que se les permita entrar al sistema, recibir cobertura sanitaria y percibir una pensión mínima, entre otras ventajas de la cotización, y no ser perseguidas como criminales?

Reyes bufó sin apartar la vista de la pantalla.

—Ese es el padre de los argumentos neoliberales.

—Ya veo que tú eres más partidaria de la madre de las utopías. Prohibir la prostitución no es viable. Existirá mientras haya un hombre dispuesto a pagar por sexo. Lo mejor sería ayudar a las que se ven en estas circunstancias.

—Es fácil decir que la prohibición es utópica cuando se trata de un problema que no se ha abordado en condiciones. Siempre forma parte de los pies de página de los programas electorales, o ni eso. Y me asombra que te pongas a defender el regulacionismo cuando estás inmerso en una operación contra la trata de blancas, es decir; uno de los mayores riesgos de instituir la prostitución. Ya se ha demostrado en países centroeuropeos, donde se supone que son muy civilizados.

—Yo no he dicho que haya que legalizar la...

—¿Te has acercado a hablar con alguna de esas «trabajadoras sexuales»? —lo interrumpió. Se recolocó las gafas antes de volver a fijarse en la pantalla del ordenador.

A Jace no le importó que no le diera opción a réplica. Era un tema delicado sobre el que podrían discutir hasta el fin de los tiempos. Ni siquiera pensaba que existiera una respuesta correcta.

—Solo para preguntarle si podría indicarme dónde se encuentra el prostíbulo de El Diablo, como tú me señalaste. La chica me ha mencionado que sus amigas y ella suelen trabajar allí por temporadas. Pagándole un porcentaje de sus ganancias al tipo que le permite utilizar sus instalaciones, claro. Por la forma en que se le ha iluminado la cara al oír «El Diablo», diría que las prostitutas le están muy agradecidas. ¿Has encontrado datos sobre el susodicho, más allá de que se llama Michael Cruz y perteneció a los Latin Kings de Nueva York?

Jace no podría ahondar en la misión hasta que Reyes no le proporcionara información segura con la que trabajar, pero la agente se estaba dando prisa y en cuestión de veinticuatro horas ya había aprovechado su posición de auxiliar en Fuego y Sangre para pegar la oreja. La noche anterior, sin ir muy lejos, Reyes le había estado esperando en su dormitorio para contarle que había oído una conversación entre dos participantes en la que se mencionaba el conocido y también exclusivo club de alterne de El Diablo. También había confirmado los datos de los que Ayane proveyó al FBI: en efecto, el mexicano formaba parte de la organización como inversor financiero. Pretendía agradecer que hubieran trasladado el evento BDSM a su territorio, decisión que se traduciría en un incremento de sus beneficios, alojando dos veladas nocturnas: una en su club, y otra en su yate.

Los participantes que Reyes escuchó hablar habían estado dudando de si estas fiestas tendrían lugar el martes y el jueves o el fin de semana para despedir Fuego y Sangre por todo lo alto.

—Pues ahora sé que la fiesta en el yate está fechada para mañana, y que la noche siguiente El Diablo extenderá invitaciones a sus participantes preferidos para una velada exclusiva en su club privado. No sé cómo, pero te las vas a tener que arreglar para que te conceda un pase vip —apostilló, mirándolo de soslayo—. Hay que entrar en ese tugurio como sea.

—Cuenta con ello —le prometió Jace—. Aunque no creo que las chicas estén allí. No será tan descuidado como para retenerlas en Acapulco cuando los participantes de Fuego y Sangre andan haciendo turismo por las mañanas y frecuentando garitos por las noches. Correría el riesgo de que las reconocieran...

—Olvídate de Patel, Cox y Reynolds, Ryder —lo cortó—. Rescatarlas no es nuestra misión. No la de la CIA. El objetivo es recabar información que nos acerque al núcleo del problema, es decir; a los traficantes.

Jace sonrió con desdén.

—Se me había olvidado la falta de escrúpulos que caracteriza tu agencia.

—No es una cuestión de escrúpulos o falta de ellos, sino de prioridades —replicó, en absoluto ofendida—. Salvar a Jaylani Patel y a Amelia Cox, y a Carey Reynolds en última instancia, servirá solo para eso: salvar a tres inocentes. Desmantelar el sistema de trata protegerá a miles.

Decenas o incluso cientos de miles si es cierto lo que Nagai dijo sobre la alarmante expansión de la red.

—Muy bien. —Jace se levantó de la cama, cansado, y se cruzó de brazos—. La prioridad de mi agencia es poner a salvo a las chicas, así que me gustaría empezar a hacer algo al respecto. ¿Cuento con tu beneplácito para moverme según me convenga?

—Siempre y cuando tus movimientos me convengan también a mí. —Consultó el reloj de pulsera y suspiró—. Te toca salir a jugar. Si es verdad lo que me comentaste de que la organización echa mano de acompañantes de lujo, mantente ojo avizor durante la velada. Si puedes, pégate a la que creas que puede estar ahí en contra de su voluntad. Si está lo bastante afectada por el alcohol, la droga o solo asustada, es posible que te dé información.

Jace hizo un saludo militar con una media sonrisa sin humor que Reyes no le devolvió. Lo último que vio de ella antes de abandonar su dormitorio fue su gesto exasperado y cómo negaba con la cabeza.

Cuando llegó a su dormitorio, observó que habían dejado sobre la cama una carta impresa en papel satinado. Se acercó mientras se quitaba la camiseta con un suspiro de alivio, fastidiado por el calor húmedo que se había adherido a su piel, y consultó el texto con el rabillo del ojo. Lo invitaban a acudir a una velada inolvidable en la playa, en la que tendría que presentarse vestido de blanco. Dudaba que esta vez el código de vestimenta estuviera relacionado con el juego. Si acaso, con la tendencia ibicenca de las fiestas costeras.

Sumido en sus pensamientos, se puso un pantalón y una camisa de lino, ambos cortos, y le lanzó una mirada al espejo del fondo más por costumbre que por interés antes de salir con la llave magnética en la mano.

Ni siquiera en otras circunstancias habría disfrutado del ambiente con el que se encontró apenas hundió los pies en la arena. Nunca había sido un fanático de la playa. No pisó una hasta los veintisiete años, y porque a Ayane le pareció escandaloso que solo hubiera visto el mar desde los aviones. Lo arrastró en unas vacaciones a la costa este norteamericana, concretamente a Cayo Hueso, experiencia que Jace valoró más por la compañía que por las vistas o el limitado entretenimiento.

Todas las playas se parecían, pensaba mientras oteaba a los participantes, que ya estaban bien provistos de cócteles de colores y miraban a su vez a los demás en busca de una presa interesante. Habían montado toldos vaporosos que se movían con la brisa, y una serie de camas de cuatro postes también con mosquiteras habían sido dispuestas para el colofón de la noche.

Jace aceptó la copa que una de las camareras le ofreció sin decir nada. Habían sido preparadas antes del evento para garantizar la comodidad de los invitados. Se suponía que le encantaba el whisky con hielo, pero nunca se mojaba más que los labios para permanecer atento toda la noche. Así fue como se percató de unos cuantos detalles relevantes durante la misión en Koh Phangan. Por lo menos hasta que Maxine aparecía en su campo de visión y él creía merecerse un descanso.

La localizó recostada contra uno de los postes de madera de los toldos. Lucía un vestido palabra de honor blanco, ceñido al pecho y suelto a partir de la cintura que le llegaba por encima de las rodillas. Se notaba que se arrepentía de su decisión porque esa noche corría una brisa malintencionada, y el vuelo de la falda estaba encantado de seguirle la corriente. No dejaba de agarrarse el borde con exasperación para no enseñar la ropa interior.

Gestos como ese le hacían sonreír con ternura. En cuestión de minutos estaría desnuda en brazos de algún amante; ¿qué importaba que alguien le viera las bragas? Estaba llena de pequeñas contradicciones que hacían las delicias de los hombres como él. Porque no estaba tan

ciego como para no darse cuenta de que su inocencia atraía a los depredadores del evento. Empezando por Rob Roy, que se acercó para ofrecerle un cóctel que ella le agradeció con un beso en la mejilla.

Estaba sonando *Llámame* de WRS cuando Jace empezó a mimetizarse con la concurrencia, abriéndose paso entre la gente como si tuviera algún destino fijado. El corazón le galopaba en el pecho de pensar en los placeres que prometía la noche. Sabía que no era lo correcto, pero si la organización no había preparado un juego concreto, se encaminaría hacia Maxine en cuanto sonara el pistoletazo de salida. Eran infinitos los remordimientos que le perseguían, pero si se le presentaba la oportunidad de tocarla, lo haría, así le costara el último resquicio de cordura.

Todavía le asombraba verse doblando y estirando los dedos, frotándose las yemas como si le picaran porque no podía soportar el deseo de ponerle la mano encima. Se había estado diciendo que este despertar sexual se debía a la abrumadora trascendencia de los últimos eventos, que le hacían a uno más consciente de lo corta que era la vida y le instaba a aprovecharlo; a que el BDSM le había reconectado con su cuerpo después de perder a Ayane, y le había demostrado que podía canalizar la violencia de la que había sido testigo y que él mismo había ejercido para lograr un resultado placentero. Pero al final del día sabía que no estaba tan relacionado con el contexto como con la persona.

Maxine había estado rondando su cabeza como una tentación desde que cometió el error de entrar en su habitación acristalada. Tenerla revoloteando a su alrededor semanas después no solo no sofocó las fuertes pasiones que levantó el primer día, sino que acabó convirtiéndolo en un adolescente hipervigilante de cada paso que daba. Había sido una tortura andar preguntándose si sentiría lo mismo o solo estaba subyugada por el placer físico que él podía ofrecerle mientras buscaba a su mujer.

Su mujer, por Dios bendito. Eso era lo que se acostaba pensando con una angustia paralizante. Pero no evitaba que amaneciera al día siguiente con la estúpida ilusión de que Maxine presionara un poco más, solo un poco más. Lo suficiente para hacerle dejar atrás sus reparos y entregarse a ella.

—Buenas noches, mis queridos huéspedes —se hizo oír una voz con acento hispano. El mismo hombre enmascarado de la primera velada en Ciudad de México se había situado en el corazón de la playa. Ahora sabía, gracias a parte de la información que Reyes le dio la noche anterior, que se hacía llamar Mint Julep y que no formaba parte de la organización. Había sido contratado para la semana, lo que le descartaba como sospechoso—. Hoy queríamos que disfrutarais del aire libre, del frescor de la noche, y os conocierais entre vosotros algo mejor. Sabemos que la mayoría ya os habéis visto en otras ocasiones, que algunos incluso tenéis una historia, pero hay quienes aún no han tenido la oportunidad de intimar, y para solucionarlo hemos preparado grupos de tres y de cuatro desconocidos que hoy podrán presentarse y, con suerte... desarrollar cierta complicidad. Nuestro consejo es que abráis la mente, pero si la persona que tenéis al lado no os convence, siempre podéis intercambiaros por otro invitado descontento o pronunciar la palabra de seguridad: «Sangre».

Las camareras empezaron a repartir notas entre los participantes. El apodo estaba escrito en letras doradas sobre papel negro. Detrás de «Hurricane» solo ponía un dígito. El cinco hacía referencia a la cama a la que habría de dirigirse para encontrarse con sus compañeros por una noche, número marcado con pintura oscura en dos de los postes.

Debía reconocer que sentía curiosidad. Estaba convencido de que se había relacionado con un buen número de los participantes, pero enseguida comprendió que la organización no lo había mandado a la quinta cama para conocer nuevos amantes. Maxine había sido la primera en llegar,

y se había sentado en el borde con las palmas de las manos a cada lado de las caderas. No para recibir a sus amos o amas con una actitud adorable, sino para que el vestido dejara de incordiarla.

Maxine se percató de que él se acercaba antes de localizar a Aqua Velva, la mujer que sujetaba en la mano derecha otra de las notas con el número cinco.

Jace la vio enderezarse, como si ya le hubieran dado la primera orden. Sus ojos se llenaron de un sentimiento tan intenso que solo podría relacionarse con el amor o con el odio, y Jace dudaba que estuviera encantada con la coincidencia..., pero tampoco comprendió la traición que desveló su semblante. Había pasado la noche anterior angustiado porque Maxine lo había acorralado con justificaciones, no con las acusaciones que merecía, y se estuvo temiendo que a partir de su conversación lo perdonara y volvieran a implicarse más de la cuenta.

Ahora veía que se había equivocado.

Pero ella también se equivocaba si pensaba que él daría un paso atrás. No se le ocurría nada más apetecible que la imagen de su cuerpo tendido en la cama, con aquella prenda que más que un vestido era una provocación. Le haría el amor apenas levantándole la falda.

—Dos amos para Mimosa, una sumisa muy insurgente —comentó Aqua Velva con placer perverso en cuanto llegó a la altura de la cama—. Seguro que ni siquiera entre dos podemos contigo... o eso me demostraste la última vez.

Jace observó que Maxine palidecía, y recordó a qué momento hacía referencia. Por lo que supo a la mañana siguiente de la incidencia, y todo porque su exnovio quiso echarla de la partida, Maxine abofeteó a la dominatriz en Koh Phangan, y no precisamente dentro del rol.

Suerte que Aqua Velva no era rencorosa.

De hecho, miraba a la sumisa como si la casualidad le pareciera poética.

—No tuve ocasión de... de... —Maxine tragó saliva y agachó la barbilla. No se daba cuenta de que con su actitud mojigata solo aumentaba el interés de los depredadores— de disculparme por mi... c-comportamiento fuera de lugar.

—Descuida —la interrumpió Aqua Velva, curvando los labios en una sonrisa—. Me encantan las *brats*, y cuanto más apasionadas, mejor. Pero tendré que meterte en vereda.

Maxine se ruborizó.

—Yo no... yo no... no soy lesbiana.

Aqua Velva soltó una carcajada ronca. Su forma de hablar, su forma de reírse, su forma de habitar el espacio, su forma de moverse... Toda ella exudaba seguridad en sí misma, y más allá de que este fuera un rasgo atractivo, también era magnética a primera vista. Llevaba un *body* de vinilo que realzaba sus discretas curvas y la hacía parecer más alta de lo que era, lo que ya parecía imposible, porque debía medir un metro ochenta y no se había quitado las sandalias de esparto con tacón para caminar por la arena. Las combinaba con un pareo que mostraba la longitud de sus piernas, tan estilizadas y tonificadas por el ejercicio como los brazos. Se notaba que sus prioridades eran sentirse bonita y estar en forma.

Maxine debía de estar viendo lo mismo que él, porque apartó la mirada, abochornada por su propio interés después de darle un repaso de arriba abajo.

Jace se acordó de que Carey le había robado un beso a su amiga la noche antes de desaparecer. Maxine se mostró ofendida porque la inseguridad la llevó a pensar que eso era cuanto quiso de ella desde el principio, pero debajo de la indignación percibió una ligera curiosidad.

—Yo tampoco soy lesbiana. También me gustan los hombres. Para eso tenemos a Hurricane aquí, ¿no? Para que compense la balanza y lo ponga más interesante. —Aqua Velva le guiñó un ojo antes de volver a girarse hacia Maxine, que se había activado con el recordatorio de que él

esperaba a un par de pasos de distancia—. Y para disfrutar de lo mejor de ambos mundos, claro está. —Al ver que Maxine no respondía, Aqua Velva se sentó a su lado y le puso una mano sobre el muslo—. ¿Por qué no hacemos algo? Yo te acaricio un poco y, si no te gusta, cambiamos.

Pero empezó a acariciarla antes de que Maxine dijera que sí verbalmente, porque su expresión curiosa le confirmó que lo deseaba y era demasiado tímida para pedirlo.

Aqua Velva le rozó la piel de gallina con las afiladas uñas acrílicas, y trepó en dirección a la ingle arrastrando consigo la fina tela del vestido. Con la otra mano le cubrió la mejilla contraria para que se girara a mirarla, cosa que ella hizo con gesto indeciso y al mismo tiempo tentado. Porque todo la tentaba. Era como una niña a la que acabaran de soltar en el mundo con plena libertad y unas monedas en el bolsillo. Quería probar cuanto tenía por ofrecer.

Jace disfrutaba solo viéndola entregarse a las caricias de Aqua Velva, que fue persuasiva sosteniéndole la mirada y recorriendo el óvalo de su rostro con el dedo índice. Acto seguido, deslizó una mano por su cuello para rodearle uno de los pechos con la palma.

Entonces sonrió, triunfal.

—Parece que no te desagrado —susurró, pellizcando el pezón erecto que la fina tela transparentaba.

Jace se humedeció los labios, y tuvo que obligarse a permanecer donde estaba mientras Aqua Velva le sacaba el máximo partido a su turno.

La dominatriz ladeó la cabeza y atrapó el labio inferior de Maxine entre los dientes. Ella jadeó por la sorpresa de que la hubiera abordado a traición. Aunque no se movió, metida en su rol pasivo, dejó que la dominatriz le recorriera la línea de la boca entreabierta con la punta de la lengua antes de introducirla para besarla despacio.

Jace apretó los puños, debatiéndose entre un justo arrebato de celos y el morbo de que fuera una mujer quien tocaba a Maxine. Aqua Velva no se conformó con amasar su pecho por encima de la prenda y metió la mano en el escote para excitarla con caricias circulares en torno al pezón, una zona que Jace sabía que era extremadamente sensible para ella. Maxine gimió contra la boca de la dominatriz, quien utilizó la otra mano para retirarle un mechón liso de la cara y ahondar en un beso que por fin obtuvo la respuesta deseada: con la timidez inicial que Jace conocía tan bien, la lengua de Maxine fue al encuentro de la de Aqua Velva. Movió la cabeza en su dirección para saborearla con curiosidad.

Estaba empezando a animarse a rodearle los hombros a la dominatriz y atraerla hacia sí cuando esta la tomó por la mandíbula con una mano, ejerciendo la presión justa, y se separó con la risa bailando en los ojos.

—Parece que nos quedamos, ¿no? —comentó con una sonrisilla.

Maxine esperó a acompasar la respiración y a recuperarse cuadrando los hombros para responder.

—Tú sí —dijo con la voz entrecortada. Lanzó una mirada de soslayo a Jace—. Él no.

Aqua Velva enarcó una ceja, sorprendida. Debía de haber llegado a sus oídos, si es que no los había visto juntos en Koh Phangan, que Mimosa y Hurricane solían formar una pareja.

Jace no reaccionó enseguida, y, cuando lo hizo, fue aferrado a la mayor de las ingenuidades, que fue pensar que Maxine estaba bromeando. Dio un paso hacia ella, pero tan pronto como la joven leyó sus intenciones, se enfrentó a él con gesto severo y dijo:

—Sangre.

Se quedó helado. No tanto porque hubiera pronunciado la palabra de seguridad, sino por lo que significaba que lo hubiera hecho mirándolo de esa manera, como si la hubiera traicionado de un modo imperdonable y hasta le costara respirar el mismo oxígeno.

No había visto jamás esa expresión en su cara. Ni siquiera se dirigió a Dylan con semejante desprecio. Jace solía cazarla observándolo con el aliento contenido, anhelante, con un millón de interrogantes; lo había mirado ofendida en el probador de la tienda de lencería, y también asustada por todo lo que dedujo sobre ella en apenas un par de encuentros. Lo había mirado suplicante para que no se detuviera, angustiada de pensar que nunca conseguiría que él se entregara; también divertida, en esos momentos en los que ambos se permitieron olvidar dónde estaban y fueron humanos, pero jamás con decepción.

Una decepción irascible que clamaba venganza.

—Vaya... —Aqua Velva se mordió el labio, en absoluto afectada por la enemistad que se fraguaba ante sus ojos. Estaba secretamente complacida de tener a Maxine a su entera disposición—. Bueno, a más tocaré yo. Siempre puede quedarse mirando, ¿no? —propuso la dominatriz antes de ponerse en pie entre los dos.

Era evidente que ya había decidido por dónde iba a empezar.

Como Maxine no se manifestó en contra de la sugerencia, Jace permaneció donde estaba, todavía conmocionado por su actitud. En otras circunstancias, el shock le habría condenado a no sentirse ni la cara, pero el beso entre las dos le había excitado y ahora era tan consciente de su cuerpo que le dolía. Observaría lo que vendría a continuación como si estuviera presenciado un accidente, con un morbo insoportable. Era mejor ver cómo Maxine lo odiaba o se entregaba a otra persona que no verla en absoluto.

Pero si todos los castigos fueran como aquel, benditos fueran. Aqua Velva la instó a tumbarse boca arriba con las piernas flexionadas, y le quitó las bragas tan despacio que a Jace no le costó imaginar que era él quien la acariciaba en el proceso, en parte porque ya sabía cuán tersa era su piel y cuán sensible era entre los muslos. Acto seguido, la dominatriz las arrojó fuera de la cama. Le pareció una imagen desoladora y al mismo tiempo sugerente: la ropa interior que contenía el olor y la excitación de Maxine semienterrada en la arena.

Aqua Velva se agachó, sujetándola por los tobillos, y la sumisa empezó a temblar por la expectación. Jace cerró los ojos un instante para recordar la única noche que él estuvo en la posición de Aqua Velva. Esa noche que no pudo saciarse después del primer orgasmo y siguió lamiéndola de arriba abajo en nombre de todos los días que habían dormido bajo el mismo techo sin la menor esperanza de hacerlo en la misma cama. Era uno de los recuerdos a los que había recurrido para sentir que aún había esperanza; Maxine sudando encima o debajo de él, pidiéndole que la mordiera aquí y allá, agarrándole la polla con tantas ganas que le temblaba la mano, diciendo «esto es mío», «aquí pertenezco».

Jace abrió los ojos y confirmó que Aqua Velva había empezado a besarla entre los muslos. Guiado por una necesidad superior que hacía que se le quemaran la nuca y el cuello, se llevó la mano a la entrepierna y la rodeó tratando de replicar los movimientos de muñeca de Maxine, la boca de Maxine, el coño de Maxine.

Fijó la mirada en la cabeza morena de Aqua Velva, en cómo la rotaba para ahondar en la intimidad femenina, en las manos con las que mantenía los tobillos de Maxine fijados a la cama, y en lo que esta dominación provocaba en la víctima. Oírla gemir desvalida y revolverse en busca de alivio hizo que le ardiera la sangre y comenzó a masturbarse con la mandíbula tensa.

Era él quien estaba ahí, se dijo. Era él quien estaba arrodillado ante Maxine y la hacía aferrarse a las sábanas al límite de la locura. Era él quien la hacía jadear y sacudir las caderas como si así pudiera librarse de un demonio en el fondo irresistible. Era él quien la estaba saboreando, quien se empapaba de sus fluidos, quien curvaba la lengua en su interior, quien bebía de ella como un enajenado.

O era Maxine la que le acariciaba el miembro, la que le arrancaba gruñidos desesperados; la que, con ese mismo vestido blanco, se ponía de pie y lo masturbaba sin dejar de aguantarle la mirada. Porque siempre aguantaba la mirada. Maxine nunca tuvo nada que esconder. Y, aun así, cada noche le dio algo nuevo y diferente, algo con lo que no se habría atrevido a soñar.

Dejar de contener los pensamientos eróticos supuso un llamamiento a las fantasías que llevaba meses coleccionando; fantasías enterradas en un rincón de su mente, en un pedestal inalcanzable que nadie podía tocar, ni la culpabilidad, ni Ayane, ni la equívoca certeza de que no volvería a verla nunca. Cuántas veces no la habría convocado antes de dormirse para que le diera dulzura a un día más de condena. Cuántas veces no la habría desnudado en su pensamiento mientras se daba una ducha y se frotaba los hombros o la espalda con ternura, como si fueran sus manos las que lo acariciaban.

Esas eran las escenas que se veía obligado a bloquear, las que contenían un mínimo de afecto, las que hacían referencia a la noche en la que él aceptó que Maxine Sagal era su debilidad. Solo estaba tranquilo consigo mismo si se imaginaba penetrándola con angustia, como si le valiera cualquiera para desfogarse, porque se suponía que follar sin sentimientos no era peligroso. Pero con ella hasta eso era un problema. Todo era arriesgado.

Ya no eran ni sus dedos ni los de Maxine los que le apretaban la erección, sino los músculos internos de su sexo. En su fantasía presente estaba Maxine diciendo «esta noche mando yo» y montándolo absolutamente desinhibida, al borde de las lágrimas porque el deseo que a él le estaba matando estaba a punto de enloquecerla a ella, y no les importaba a ninguno de los dos. De algo había que morirse.

Se fijó en que Maxine estaba a punto de alcanzar el orgasmo con la boca de Aqua Velva, y se masturbó más deprisa para sentirse más cerca de alguna manera. Se correría como solo hacía con ella, como si se pudiera alcanzar el cielo con las manos. Se correría a lo bestia, porque la pasión estaba avivada no solo por los eróticos recuerdos y las fantasías secretas que había acumulado en los meses de distancia; también por las que empezó a recopilar a raíz del primer encuentro y que ahora le estallaban en la cara, dejándolo a merced de lo que había silenciado durante tanto tiempo. Porque siempre la había deseado a lo callado. Porque su deseo era furtivo, pero no precavido y ni mucho menos equivocado... o, de lo contrario, sería capaz de controlarlo.

Y no lo era.

Alcanzó el clímax animado por los gemidos y sollozos de Maxine, los mismos que él provocó una vez en ella y que parecía que no podría volver a atribuirse con orgullo.

Y esta vez, a diferencia de antes, le costaba aceptarlo. Le costaba resignarse a que no era para él, porque por desgracia no había nada en el mundo que anhelara con esa desesperación.

Capítulo 18

Intento ser racional, pero no me sale. Ya sabes que no es lo mío. Y en realidad me puedo permitir estar ofendida, ¿no? A fin de cuentas, no es como si fuera la primera vez que me decepciona. Con lo del tema de su mujer ya debería haber muerto para mí, como quien dice...

Maxine pulsó el botón de enviar y alzó la mirada al cielo, donde brillaba una luna decreciente sin estrellas que le robaran el protagonismo. Aún no eran ni las ocho, pero había empezado a oscurecer y el gran satélite siempre aparecía antes que nadie, como la flamante anfitriona de un baile.

Suspirando, reanudó el camino hacia la piscina del hotel, donde esperaba gozar de la suficiente intimidad para relajarse antes de la fiesta que la organización iba a celebrar en el yate. Mientras bajaba las escaleritas hacia la zona de recreativos, consultó el móvil con la tonta esperanza de sorprenderse con un «leído» debajo de sus caóticas reflexiones.

En un fútil intento por seguir conectada a Carey, por atraerla hacia su antigua vida, procuraba tenerla al día de las novedades. Lo más seguro era que le hubieran quitado el teléfono, si es que no lo estrellaron contra el suelo o la pared después de un forcejeo, pero esa era una posibilidad que Maxine se negaba a contemplar, como cualquiera que implicara la violencia.

Esperaba que algún día recuperara su móvil y viera que no había dejado de pensar en ella ni un solo momento, que jamás perdió la esperanza.

Con el paso del tiempo, los mensajes habían pasado de ser solo cariñosos y esperanzadores a convertirse en una farragosa descripción de su día a día y sus preocupaciones. A veces incluso agregaba una breve disertación sobre lo que creía que Carey habría respondido, por si acaso su amiga lo estaba pensando y no podía contestar.

No era la actitud más cuerda que podría adoptar dadas las circunstancias, pero poco le importaba eso. En parte seguía intentando contactarla por egoísmo, porque necesitaba hablar con alguien, e incluso la silenciosa Carey era una mejor alternativa frente a sus compañeras de trabajo, Luna o Magnus.

Adoraba a Carmen y al resto de la tropa, pero solo Carey se esforzó por entenderla en contra de sus principios de vida tan distintos. Solo ella le ofreció el consuelo definitivo cuando lo necesitó, y lo que era más importante: al final del día, Carey Reynolds era la única persona a la que quería contarle con pelos y señales cómo se sentía. Quizá también a Magnus, pero por alguna razón no le parecía del todo adecuado explicarle a él lo que había ocurrido con Hurricane. No temía una escena de celos por su parte. Solo decepcionarlo.

¿Cómo?

Ni ella lo sabía.

Le habían asegurado que la piscina empezaba a vaciarse a esa hora porque los invitados corrían a sus habitaciones para prepararse con tiempo, pero en cuanto dejó la toalla y el bolso sobre la hamaca, observó que había un hombre haciendo largos de punta a punta. Pensando que se trataría de un cualquiera, porque no había forma de reconocerlo en pleno ejercicio, Maxine se quitó el vestido playero, quedándose solo con el bikini de triángulo verde oscuro, y se sentó en el borde para mojarse los pies. Apoyó las manos a cada lado de las caderas y volvió a mirar el cielo con la esperanza de que el silencio nocturno calmara sus nervios.

Estaba tan furiosa que no se reconocía. Los celos no la habían dejado ni comer ni dormir en veinticuatro horas. Se imaginaba a Hurricane recibiendo a un coro de mujeres diferentes en su

dormitorio y se la llevaban los demonios. Ni siquiera recordarse que no era su asunto y que no era la primera vez que jugaba a dos bandas había conseguido apaciguarla.

No pensó ni por un segundo que hablar con Hurricane en la playa fuera a resolver sus problemas. Aunque su naturaleza bondadosa la inclinara a comprender la compleja situación en la que se vio inmerso durante su operación secreta, eso no significaba que pudiera confiar en él. Solo significaba que en un principio estuvo dispuesta a escucharlo y a ser benevolente con sus excusas..., pero ya no. Saber que tenía la frialdad de acostarse con unas y con otras después de que ella le abriera su corazón la había dejado helada.

Debía reconocer que era agradable sentir ira por primera vez; que el enfado fuera su impulsor y no la tristeza, la confusión o la angustia.

La rabia era poderosa, pensaba. La noche anterior le había dado el valor de rechazarlo cuando nunca antes se habría atrevido a hacer algo así.

Maxine desvió la mirada a la piscina cuando dejó de oír los chapoteos del nadador. Lo localizó cerca de las escaleritas de acero inoxidable, demasiado próximo a ella para lo que a su autocontrol le habría gustado. Porque por supuesto que tenía que tratarse de él.

Hurricane se retiró el pelo empapado con un gesto de cabeza y se dedicó a peinárselo con los dedos con aire distraído. El movimiento le tensó los músculos de los brazos y del torso, al descubierto gracias a que el agua cubría poco.

Sus miradas parecieron coincidir por casualidad, pero Maxine supo, por el modo en que la observó, que llevaba un buen rato pendiente de ella.

Tragó saliva, molesta porque su mera presencia tuviera aquel efecto sobre su cuerpo. Le giró la cara antes de que se atreviera a decir algo, como si fuera uno de esos osados desconocidos que le guiñaban un ojo en el metro.

Una parte de sí estaba avergonzada por hacer una montaña de un grano de arena. Hurricane había ido hasta allí para acostarse con mujeres que no eran ella, y apostaba por que no pretendía herirla. A fin de cuentas, no tenía ni la más remota idea de que Maxine se atrevería a participar de nuevo en Fuego y Sangre. Lo único que hizo al ver a aquella ayudante salir de su dormitorio fue confirmar que esta vez no tenía motivos ocultos, cosa que debería celebrar: significaba que no le había mentido. Pero le dolía, aun así, y había decidido ser fiel a sus sensaciones.

Estas le decían que se marchara en ese preciso momento.

No las escuchó, sin embargo.

«Yo también quiero estar en la piscina», se quejó puerilmente para sus adentros. «¡Que se vaya él!».

Pero Hurricane no solo no se fue, sino que esperó unos minutos prudenciales antes de acercarse a ella como quien no quería la cosa. No le hacía falta nadar. A esa altura de la piscina, el agua le llegaba por el ombligo.

Si Maxine no se fiaba de Hurricane, de sí misma cuando él estaba semidesnudo, menos todavía.

Fingió que no se daba cuenta de que se aproximaba y se dejó caer dentro del agua para nadar con la cabeza erguida hacia la otra punta. Cuando sentía la mirada fija de él, buceaba hasta que empezaban a arderle los pulmones y la supervivencia la obligaba a emerger.

En una primera instancia, ignorarlo fue pan comido. Hurricane no pronunció palabra, y tampoco se acercó tanto como para que ella tuviera que espetarle en un arrebato irascible que respetara las distancias. Pero al cabo de unos minutos, cuando Maxine estaba aferrada al borde para descansar las piernas del continuo pataleo, notó que el avance de su cuerpo levantaba una marea artificial, y supo que no podría esquivarlo.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó con aspereza. No lo miró—. A ver si voy a tener que decir la palabra de seguridad otra vez.

Estaba segura de que no tendría el coraje de exigir una explicación que justificara su actitud. La comunicación no era el punto fuerte de Hurricane. Ejercer el papel de tipa dura, por otro lado, tampoco era la especialidad de Maxine, que se estremeció cuando lo oyó decir a centímetros de su oído:

—Apuesto a que ese fue uno de los grandes momentos de la noche.

—Para ti seguro que no, que te quedaste sin fuegos artificiales —se regodeó con malicia.

La pose no le duró mucho. Maxine se había ido a dormir la noche anterior con la seguridad de que Hurricane invitaría a cualquier sumisa disponible para apagarse los fuegos. Que ella le dijera que no nunca impediría que se divirtiera de lo lindo.

—Para ti seguro que tampoco. No menospreciaré el talento de Aqua Velva, pero nunca te ha disgustado jugar conmigo. ¿Qué pasó? —inquirió con esa dulce paciencia que ahora la exasperaba. Maxine sabía que esa sería la única duda que él se atrevería a verbalizar—. ¿Te daba miedo que me uniera y solo pudieras mirarme a mí?

No había arrogancia en su tono, tan solo la genuina incertidumbre de quien ansiaba comprender... y también provocar. Maxine apretó la mandíbula, y a sabiendas de que no podría ganar la discusión negándole una evidencia como que ella lo deseaba, se encaramó al borde de la piscina con la intención de irse.

Estaba sentada con los pies bajo el agua, a punto de sacarlos para incorporarse, cuando Hurricane le rodeó un tobillo. Ni siquiera ejerció la suficiente fuerza para inmovilizarla, pero el roce persuasivo de sus dedos al deslizar la mano por el empeine y levantarlo para apoyarle el pie sobre su pecho, un pecho sin colgantes japoneses ni promesas de lealtad, hizo que no quisiera marcharse.

Al menos, no enseguida.

Hurricane la estaba mirando a la cara con las pestañas empapadas y algunos mechones ondulados por la humedad sobre la frente. Le había crecido el vello en el torso, el que rasuró para Koh Phangan con la intención de estar en sintonía con el resto de los amos.

Sintió los rizos suaves haciéndole cosquillas en la planta.

—No seas maleducada, Mimosa —la regañó con un acceso de sonrisa amarga—. Te he hecho una pregunta.

—Dijo el hombre que contesta solo lo que le conviene —masculló—. Pero mira, no voy a caer en tus vicios y te voy a responder: a lo mejor no me apetecía estar contigo esa noche. He venido aquí a divertirme con todo el mundo, y a ti ya te tocó conmigo en Ciudad de México. Si me acaparas, no me va a ser posible conocer a otros amos interesantes.

—Suena a que no vas a dar abasto —respondió en tono ecuánime.

Cómo odiaba la neutralidad con la que lo enmascaraba todo. A su lado, estaba condenada a parecer una histérica.

—¿Y si no quiero dar abasto? —contraatacó, tratando de copiar su inflexión indiferente.

—Pues tendré que ir a buscarte después de las veladas.

Maxine lo fulminó con la mirada.

—Estaré muy cansada.

—Entonces te visitaré antes.

—¿Es que no me has entendido, o no te quieres enterar? —le ladró con aspereza. Apartó el pie de sus manos y lo hundió bajo la superficie para esconderlo de su alcance—. No quiero que estés cerca de mí.

Ladeó la cabeza, escudriñándola como si fuera un misterio. Una parte de ella se creció al comprender que por primera vez en la historia no era transparente para él. Ni siquiera se figuraba el porqué de su enfado.

—Ya me pude imaginar que me prodigarías un trato... especial después de que me dijeras que no dabas besos y luego te dejaras besar por Aqua Velva. —En un gesto desapasionado, se tiró de un mechón rebelde que le caía sobre la frente—. ¿O es una prohibición reservada para los hombres?

—Solo para los hombres como tú —resolvió sin mirarlo a la cara.

Sospechando que volvería a agarrarla del tobillo si intentaba dejarlo con la palabra en la boca, Maxine volvió a meterse en el agua y fue a nadar hacia las escaleras. Pero él enseguida la rodeó desde atrás, pasándole el antebrazo por el vientre y pegándole la espalda a su pecho.

Incluso a pesar de la temperatura del agua, le dio la impresión de que su cuerpo estaba caliente. ¿O era ella la que ardía por la ira? ¿Solo era ira? ¿A quién quería engañar?

—Según dijiste tú misma, los hombres como yo son comprensivos y generosos. Si esos no se merecen un beso... —susurró él con la nariz escondida entre sus rizos mojados—, entonces ¿quiénes?

Ella presionó los labios en una fina línea.

—Creo recordar que también te llamé mentiroso y cruel.

—Ah, pero me quiere sonar que esa clase de tipo en particular solía tener derechos preferentes sobre Mimosa. Su historial romántico lo demuestra.

—Parece que no te quieres enterar de que no voy a repetir los mismos errores. Y Dylan no me ha hecho ni la mitad de daño que tú —apostilló con rabia ciega. Eso no era del todo cierto, porque su exnovio le partió el corazón, pero el pernicioso deseo de hacerle daño la impulsaba a mentir con descaro. Intentó deshacerse de su brazo tirando de él hacia fuera, pero era inamovible, y acabó desesperándose—. ¿Por qué insistes? ¿Se te ha olvidado que tu tendencia natural es huir de mí?

—Puede que fuera la costumbre, pero ¿una tendencia natural? Eso nunca.

Maxine cerró los ojos aprovechando que no la veía, y aunque seguía queriendo marcharse antes de que él se las apañara para traerla a su terreno, sus extremidades se negaron a nadar contracorriente. Sentía los relieves de su torso, las cosquillas de su vello contra la espalda, la deliciosa presión con la que la sostenía, como si fuera una extensión de él, y ese olor a colonia de hombre con toques amaderados que la sal de la piscina había intentado neutralizar en vano.

Recordó la manera en que se sintió morir al renegar de Hurricane en el juego de la noche anterior. No se había arrepentido porque fue lo que le pidió el orgullo, pero la sensación de pérdida que le dejó fue desoladora. Ahora que lo tenía justo detrás, dispuesto a cualquier cosa, sintió que le habían devuelto una parte de sí misma. Una vital y absolutamente necesaria.

—¿Qué quieres? —suspiró con resignación.

Él respondió posando delicadamente los labios sobre su hombro. Ella se mordió la lengua para no emitir un sonido que la delatara, pero tuvo que notar que se relajaba entre sus brazos, como si hubiera pulsado el botón de apagado. Era obvio lo que quería: lo que había ido buscando a Fuego y Sangre. Y era más obvio aún que ella quería lo mismo. Consciente o inconscientemente, era el recuerdo de Hurricane lo que Maxine había estado persiguiendo desde que oyó hablar de Acapulco.

Echó las caderas hacia atrás en busca de las suyas. La braga brasileña del bikini no impidió que sintiera el bulto del bañador, ni el agua dificultó que notara el calor que emanaba. Oyó su respiración irregular, y supo que estaba siendo consciente de su leve provocación porque afianzó

el brazo con el que rodeaba el vientre y la apretó contra su pecho.

Recordó las veces que se habían visto en una situación similar, escasas pero trascendentales, y pensó que también aquel momento erótico tras el biombo del dormitorio de Califa había sido calculado. Él también necesitaba la lista de participantes. Más incluso que ella.

Pero eso no significaba que no la deseara, ¿verdad? Seguía siendo un hombre, y le había demostrado en infinidad de ocasiones que no era inmune a sus caricias.

Con dificultad, porque él no quería que se moviera un ápice, Maxine se dio la vuelta entre sus brazos y lo enfrentó con determinación. Se había prohibido acercarse a Hurricane para así no sentirse de nuevo tan ingenua y estúpida, pero no veía por qué no podría devolverle el golpe y gozar al mismo tiempo.

Le rodeó la cintura con las piernas al tiempo que buscaba su miembro bajo el agua. Descubrió que estaba semiduro, y, en lugar de masturbarlo, se pegó a él y cruzó los codos a su espalda para frotarse, al principio con una lentitud sugerente, y más y más rápido conforme notó que Hurricane respondía a su movimiento hundiendo los dedos en sus nalgas. Maxine tuvo que batallar contra el impulso de besarlo cuando la nube de su aliento entrecortado le acarició los labios.

Su mirada plateada la había atrapado una vez más en un hechizo de misterio y oscuridad. Aunque Maxine hubiera ganado seguridad, sabía que siempre sería vulnerable a lo que él quisiera hacer con ella. Ni siquiera tuvo que fingir que estaba dispuesta a darle un orgasmo allí mismo, porque lo cierto era que le habría dado mucho más. Se lo demostró sacudiendo las caderas con cada vez mayor desesperación, inclinándose para lamer las gotas de agua que corrían por su cuello, para morderlo con la ambición de dejarle una marca perenne.

—Eres tan dulce —gruñó él—. Me vuelves loco.

Los jadeos de Hurricane y su entrega la encendieron y, por un instante, estuvo lista para quitarse el bikini y montarlo, así corriera el riesgo de que los pillaran o incluso los expulsaran por profanar zonas comunes. Era lo que quería, eso tenía que admitirlo aunque fuera para sí misma. Mientras le retiraba los mechones húmedos de la frente para que no entorpecieran la visión de su rostro al borde del éxtasis, ese rostro estremecedor de tan hermoso, solo pensaba en sentirlo dentro de su cuerpo. Si era lo único que él podía ofrecerle, bienvenido fuera. No era poco para ella. Pero seguía sin ser suficiente.

Quería más, y con menos no podía conformarse.

Aun y con todo, gimió cuando él le clavó las uñas en el cachete con una mano y, con la otra, tiró del extremo del nudo que mantenía el bikini en su sitio y la desnudó de cintura para abajo. Aunque no pretendía llegar muy lejos con Hurricane, tenía la mente en blanco y la boca seca por todo lo que pensaba en hacerle y parecía imposible.

Se estremeció hasta las puntas de los dedos al sentir la suave caricia del miembro de Hurricane contra su entrepierna, esa punta aterciopelada tanteando morbosamente sus pliegues sensibles. No la había penetrado, ni esta parecía su intención, pero el movimiento de sus caderas y el contacto piel con piel que auguraba el sexo era lo bastante provocador para encaminarla hacia el orgasmo.

Maxine cerró los ojos y se entregó a las sensaciones disparadas por la desquiciante lentitud con la que la erección se apretaba contra su clítoris, contra los labios inferiores que la piscina refrescaba. Sus manos estaban en todas partes, pellizcándole un pezón, sujetándole la mandíbula con fuerza, recorriendo con un dedo la hendidura entre sus nalgas...

—Por favor... —se oyó balbucear.

Él la calló dulcemente con un «chis» pronunciado sobre la comisura de su boca. Maxine ni se

dio cuenta de que la entreabría para recibir un beso. Pero Hurricane era demasiado disciplinado, respetuoso y también capullo para besarla después de que ella se lo hubiera prohibido; al final, seguía siendo un amo.

Hizo algo peor. Manoseando uno de sus senos con una parsimonia demoledora, recorrió el borde interior de su labio superior con la punta de la lengua. Maxine sacó la suya y la rozó con la de él, evocando el beso de quienes no podían besarse.

Se dejó arrastrar hacia la locura por su combinación de olores, por las emociones que resurgían con más fuerza cuando acariciaba su piel..., pero no permitió que le nublara el juicio, y justo cuando sintió que ambos iban a correrse, cuando comprendió horrorizada que estaba a un beso de ceder, se separó de él evitando el contacto visual.

—Buenas noches —le dijo con una voz neutra de la que se habría sentido orgullosa si la distancia no le hubiera dolido.

No nadó deprisa porque sabía que Hurricane no intentaría detenerla, todavía aturdido por lo ocurrido. Tendría unos cuantos defectos, pero el de insistente no era uno de ellos. Una parte de Maxine, la que sabía lo que quería y no le importaba que fuera nocivo, lo lamentó; echó de menos que fuera un bruto desalmado.

Agarró sus cosas con precipitación y regresó al interior del hotel sin lanzarle una sola mirada, a sabiendas de que una caída de ojos bastaría para dejarse convencer.

En cuanto desapareció de su vista, apoyó la espalda contra la pared y apretó los muslos para encontrar alivio, resollando por lo bajo. El deseo insatisfecho hacía vibrar todo su cuerpo. El foco de dolor estaba justo ahí, entre las piernas, y rogaba por un desahogo latiendo con insistencia. Se mordió el labio y maldijo para sus adentros antes de retomar la marcha hacia su dormitorio con la toalla y el bolso a cuestas. Empapó la moqueta del pasillo a su paso, un rastro que fantaseó con que él seguía para reclamar su cuerpo.

—Has leído demasiadas novelas —se reprochó por lo bajini.

Cuando estaba a punto de llegar a su habitación, recordó que Magnus se hospedaba en la ciento cuatro, a apenas tres puertas de distancia, y ralentizó el paso. Tocó con los nudillos a su puerta de manera urgente, porque desde luego que era una urgencia, y esperó respuesta cruzando los tobillos para sofocar el ardor de su sexo.

—Está abierta —le oyó decir.

Magnus estaba tumbado en la cama con el móvil en la mano. Le fruncía el ceño a la pantalla, lo que solo podía significar que la empresa no estaba funcionando como a él le gustaría durante su ausencia.

Al verla entrar en la habitación con prisas dramáticas y tenderse a su lado como una gatita mimosa, Magnus dejó el móvil a un lado y la recibió pasándole un brazo por los hombros.

—Coño, estás empapada —se rio, pero no pareció que le supusiera un problema—. ¿No podías esperar a secarte en la piscina, mujer?

—No, no podía esperar. —Todavía ardiendo por lo ocurrido, no lo pensó dos veces y se sentó a horcajadas sobre él—. La pregunta es... ¿A qué viene esa cara tuya? —inquirió Maxine sin demasiado interés. Estaba segura de que era un asunto laboral que no la concernía en lo absoluto, y lo que quería era desfogarse, no perder el tiempo con cháchara.

Se inclinó sobre él y le dio un beso en el lateral del cuello. Luego fue hacia el otro lado de la garganta. Después apuntó a la nuez de Adán, cuyo tacto rasposo delineó con la lengua hacia la barbilla, donde empezaba la barba.

Le oyó soltar una leve carcajada ronca antes de rodearle las nalgas con las manos, pero no la atrajo hacia sí.

—Eso mismo digo yo. ¿A qué venía esa cara con la que has entrado...? —Maxine lo vio morderse el labio cuando ella empezó a dirigir sus caderas hacia la bragueta del pantalón, que tenía desabrochada. Sonrió, divertida, al sentir el botón contra su entrepierna.

—Me hace gracia que tu manera de ponerte cómodo sea bajarte la cremallera de los vaqueros.

—No tengo la culpa de que una polla como la mía necesite espacio.

—Podrías no comprarte esos pantaloncitos ajustados de Bruce Springsteen.

—Pides demasiado —se burló. Fue a decir algo más, pero se cortó para bufar, excitado, al ver a Maxine frotándose con él—. ¿Qué has visto en la piscina que has venido con ganas de jugar?

—A nadie importante.

La sospecha relampagueó en su expresión.

—Ah, entonces era un «alguien».

Magnus entrecerró los ojos verdes para mirarla mejor, pero ella evitó que le hiciera un escáner atrapando su labio inferior con los dientes y tentándolo para que correspondiera su primer beso ansioso. Él la complació entreabriendo la boca y acogiendo su lengua traviesa, pero no participó activamente en el contacto. Tampoco sintió que hundiera los dedos en su carne con esa impaciencia que a ella tanto le gustaba.

—¿Por qué no me haces caso? —se quejó Maxine, susurrando contra la comisura de su boca. Rotó las caderas para trazar círculos pecaminosos sobre el miembro de Magnus, que empezaba a endurecerse—. Te necesito... ahora. ¿No ves que estoy...? —Crispó los puños, que había metido debajo de la almohada donde Magnus descansaba la espalda para tenderse sobre él con abandono. Gimió en voz alta y apoyó la frente contra la suya—. Quiero que me folles... ahora...

Magnus se apartó con gesto de asombro. Maxine pudo imaginarse por qué. Era la primera vez que utilizaba el lenguaje vulgar. En su ingenuidad, había pensado que eso, unido a su iniciativa, le gustaría, pero él escudriñó su expresión suplicante con aire calculador hasta llegar a una conclusión que no debió gustarle un pelo.

—No, no quieres que te folle. Ni siquiera quieres que te follen, en general —resolvió en tono sabedor—. Alguien te ha dejado con la miel en los labios ahí abajo y has venido a que Rob Roy te ayude a acabar, ¿no? —Chasqueó la lengua y meneó la cabeza con decepción. La tomó por la cintura y la echó a un lado de la cama doble como si no pesara nada mientras decía, distante—: Conmigo eso no va así, cariño. Yo no me meto bajo las sábanas que me han calentado otros.

Maxine no se quedó tan perpleja porque se hubiera dado cuenta a simple vista de lo que pasaba como por el destello de tristeza que empañó su semblante. Podría haberse convencido de que lo había imaginado porque no tuvo tiempo material para confirmarlo: Magnus se puso en pie casi enseguida, rescató el móvil de la mesita de noche y fue hacia el balcón, desde el que se obtenía una magnífica vista de la playa. Pero su reacción le dejó una angustia en el cuerpo que no podía ignorar.

De alguna manera, sabía que acababa de hacerle daño.

Se sentó de rodillas en la cama y descansó las palmas sobre los muslos mientras él decidía continuar la conversación, pero esto no sucedió. Había dicho todo lo que tenía que decir, y había vuelto a concentrarse en teclear a una velocidad pasmosa.

—Yo... yo... —balbuceó Maxine, de pronto tan avergonzada que no podía ni hablar.

Magnus ni siquiera se giró, pero desde su posición pudo ver que sonreía con desdén.

—Sé que soy un puto guarro y hago de todo, pero, joder, Max —bufó. La vulnerabilidad hizo que le temblara la voz—. Estas mierdas no me gustan. No me voy a prestar a ser el segundo plato o el tercero en discordia de estos jueguecitos sádicos que te traes con Hurricane.

—Lo siento, no... no pretendía hacerte sentir... yo... Perdóname, es que... —Se cubrió la cara con una mano. El bochorno hacía arder sus mejillas. Los ojos se le anegaron en lágrimas de imaginarse a sí misma en la situación de Magnus, terminando lo que otra mujer hubiera empezado—. No me he dado cuenta, te lo prometo. No ha sido adrede. Es decir, no de forma consciente, no... No sé qué me pasa, yo no...

Magnus la miró por encima del hombro. Vaciló al verla al borde del llanto, pero acabó bloqueando la pantalla del teléfono y regresando a la cama con aire resignado. Tomó asiento en el borde con una prudencia insólita en él, y se quedó observando a Maxine con aquellos ojos verdes que lo decían todo.

También Dylan los tenía verdes, al igual que un sinfín de personas que había conocido a lo largo de su vida, pero Magnus poseía una forma de mirar tan halagadora y hasta cierto punto tierna que le hacía único. Y acababa de darse cuenta de que no deseaba volver a ver en ellos esa sombra de pesar.

—No tiene nada que ver contigo —la tranquilizó en voz baja—. Es un tema sensible para mí, eso es todo. Pero ya que estamos, tenía pendiente una conversación contigo —continuó antes de que ella pudiera preguntarle acerca de qué—. A propósito de Hurricane.

Maxine se enderezó como si la hubiera apuntado con un arma.

—¿Qué podríamos hablar tú y yo sobre Hurricane? —inquirió con desconfianza—. ¿Y a qué viene que lo saques a colación?

Magnus la miró con sorna, pero aún había una sombra de resentimiento en su expresión.

—¿A ti que te parece? Tú lo has sacado a colación antes que yo, Mimosita, aunque no lo hayas hecho con palabras. Y lo que podemos hablar, o lo que puedo aportar al respecto, es algo importante porque me afecta de forma directa: no eres la Max que conozco desde que estáis bajo el mismo techo. Lo que quiera que te hiciera ese hombre es asunto tuyo, al igual que la manera en que decidas solucionar vuestros problemas, pero... —Magnus se pasó la mano por el cabello recién rapado, sosteniéndole la mirada con llaneza—. Supongo que solo quiero que sepas que me preocupa verte así.

—Así ¿cómo? —musitó con el corazón en un puño.

—Confusa. Dolida. Ofendida, quizá. No soy de los que dan consejos, pero si te engañó o te ocultó que alguien le esperaba en casa, como sospecho desde la charla que tuvimos... —Suspiró —. A no ser que tenga una buena excusa, Max, no creo que puedas perdonarlo nunca. O a lo mejor sí puedes perdonarlo, pero no olvidarlo, ¿entiendes lo que te digo? —insistió con crispación—. De ser así, deberías cortar el rollo cuanto antes, o un día dentro de seis meses o seis años te despertarás y te preguntarás... Yo qué sé. Te preguntarás qué coño has hecho con tu vida.

Magnus estaba acostumbrado al papel de estrella de las conferencias empresariales, harto de ser quien presentara productos, inaugurara instituciones benéficas y vendiera la moto a posibles compradores. Vacilar no estaba en su carácter. Si aquel asunto se le atragantaba, solo podía tener una explicación.

—¿Tu mujer te...?

Sabiendo que al propio amo le costaba verbalizarlo, fue lógico que Maxine tampoco lograra expresarlo. Suerte que no tuvo que completar la oración. Magnus se limitó a asentir con una quietud inusual en él.

—Sé que no es lo mismo en términos generales. Apuesto a que Hurricane y tú no teníais ni un compromiso ni un puñetero hijo en común. Pero el corazón no entiende de teorías, ¿verdad? Al final, sin importar la formalidad de la relación o los límites que uno pactara, duele igual que si hubieras sido su esposa y hubieses parido sus criaturas. Por experiencia puedo decirte que, por

más que la racionalices o intentes ser el hijo de puta más empático del planeta, esa traición no se olvida. Somos humanos, coño. Dolernos por gilipolleces y por las que no lo son tanto está en nuestra condición.

Maxine se preguntó, alarmada, si Hurricane habría tenido una familia más allá de Ayane. No había visto nada en Facebook sobre niños, y él tampoco mencionó nada al respecto, pero eso no significaba que no existieran. Tampoco se le ocurrió nombrar a su esposa, y eso no borraba la relación que les unió... o que les seguía uniendo.

No le dio una segunda pensada. La aterraría descubrir que un puñado de críos habían sufrido la traumática desaparición de su madre. Se concentró en el gesto ensombrecido de Magnus, cuyo dolor también estremecía su corazón.

Sin darse cuenta, curvó los labios en una sonrisa triste.

—¿Sabes? Cuando pasó lo de Dylan, me rodeé... Bueno, solo Carey y Dylan estaban en mi vida. Y yo los quería mucho... Los quiero mucho, en realidad, y valoro su opinión y entiendo su sentir, pero mirando en retrospectiva, en aquel entonces habría apreciado que alguien me consolara con lo que tú me acabas de decir. Eso de que no pasa nada si no lo puedo perdonar, porque aunque los hechos no sean para tanto, aunque no fueran los peores cuernos que me podían poner, aunque yo ya sabía a lo que iba cuando lo vi enredado con otras mujeres, estaba en mi derecho de defender mis sentimientos y de enrocarme en que mi dolor estaba justificado. Y que, aunque no lo hubiera estado, por el simple hecho de experimentarlo ya deberían haberme respetado en lugar de repetirme una y otra vez «¿Y qué esperabas?» entre otras lindezas que me hacían sentir una loca irascible. —Sacudió la cabeza al ver que se iba por las ramas—. Olvídalo, solo... Es un pensamiento que me ha venido. Estábamos hablando de ti. —Lo miró a los ojos con una disculpa implícita.

Magnus se dejó caer de lado en la cama con la mirada perdida. Como si quisiera aclarar que estaba olvidado el pequeño rifirrafe, alargó la mano hacia Maxine y le acarició el muslo.

—La gente siempre va a buscar una excusa para desestimar las razones por las que estás dolido, sobre todo si esas razones les cuelgan la etiqueta de malo de la película. Que si la tenías desatendida, que si apenas pasabas por casa ya, que si estabas distante, que si solo hablabais del bienestar del niño, que si hacía tiempo que no la tocabas... Como si eso lo justificara, o como si eso quitara que el tipo o la tipa ha hecho una cerdada monumental. Aunque ¿quién sabe? A lo mejor lo justifica desde un punto de vista objetivo, sea lo que sea que signifique esa puta mierda. A mí me la suda la objetividad, eso lo tengo claro. ¿Y a ti? —interpeló a Maxine, que se rio en voz baja al ver el brillo canallesco en sus ojos—. El caso es que podemos hacernos cargo de nuestros errores, pero no de los que han cometido los demás. Puede que la tuviera desatendida... o puede que no. Si te digo la verdad, yo lo único que recuerdo de esa época de presunto distanciamiento es que la quería igual que al principio —meditó con la mirada perdida en un punto del elegante papel de pared—. Igual que siempre.

—Lo siento —musitó Maxine después de copiar su postura y tenderse sobre el costado frente a él. Magnus la atrajo hacia sí y la besó en la frente, en la punta de la nariz y, por último, en los labios. Ella se rio porque sus labios le hicieron cosquillas, pero enseguida se puso seria e insistió —. No te lo merecías.

—No me mires con lástima —se quejó Magnus con aquella mueca socarrona que tanto le gustaba y que le torcía la sonrisa a un lado. Estaba intentando imprimirle naturalidad a la conversación—. Por eso no se lo cuento a nadie. Luego empiezan a verme como un pobre pringado y no como el hombre increíblemente sexy que soy.

Maxine soltó una carcajada, más porque él necesitaba rebajar la tensión de la confesión que

porque le hiciera gracia.

—¿En serio no me lo has dicho por eso? —se arriesgó a preguntar, temiendo que ahí acabara la confianza que habían construido juntos—. ¿Porque crees que te resta atractivo?

Magnus sacudió la cabeza.

—Qué va, era coña. La gente que no entiende la sensualidad cree que el concepto se construye en la idea de ser inalcanzable, en un sinónimo de «rompecorazones», pero no existe nada más atrayente que la vulnerabilidad; la valentía de salir ahí fuera y exponerse a amar y ser amado con los riesgos que conlleva. Es lo que a ti te hace tan irresistible, por cierto. —Le guiñó un ojo antes de recuperar el aire nostálgico inspirando hondo—. No lo cuento porque no me gusta tenerlo presente. Si nadie lo sabe, es menos probable que se convierta en una conversación recurrente, ¿entiendes? Y supongo que tengo miedo de que alguien externo, objetivo o más inclinado a ponerse de parte de ella, me diga: «Eh, no te hagas la víctima. Fuiste tú el que la cagó primero».

—Bueno, conmigo no correrás ese riesgo —determinó ella con seguridad—. Aunque peque de fanática e irracional, yo voy y siempre iré en tu equipo.

Magnus se rio y afianzó el brazo alrededor de su cintura para estrecharla con afecto. Cuando su última carcajada distendida se extinguió, escudriñó su rostro, pensativo. Ella se encogió bajo su intensa mirada expresiva.

—Podrías formar parte de algo más que de mi equipo, ¿sabes? Podrías formar parte de mi vida.

—Pensaba que eso ya lo hacía —replicó, confundida.

—Me refiero a... de otra manera. De una en la que nos tuviéramos más presentes. Yo siento que podría acabar enamorado de ti, Max. Y sé que tú también de mí. —Dejó correr un breve silencio. Lejos de sentirse violenta por la sorpresiva confesión o solo halagada, Maxine estuvo de acuerdo con él y se acurrucó más entre sus brazos sin decir nada—. Es una lástima que nos hayamos conocido en el momento equivocado, ¿no crees? Nos haríamos mucho bien. Serías un aditivo de puta madre para la familia de Tavish, siempre me dirías lo que hay en tu cabeza, lo que nos ahorraría malentendidos y comportamientos infantiles... —Magnus se inclinó hacia ella y le humedeció el labio inferior con la punta de la lengua antes de besarla con lentitud. Su mano bajó por la espalda femenina para agarrarla de las nalgas— y nunca se nos quitarían las ganas de follarnos.

—¿Ese es tu orden de prioridades? —se rio ella, turbada por las sensaciones que el beso había disparado. Apoyó la mano sobre su pecho y lo acarició antes de buscar su boca otra vez, necesitada de su calor.

—Ajá. Mi hijo, mi paz mental, y luego follar. ¿No crees que un tío así de sencillo podría hacerte feliz? —inquirió con una ceja enarcada.

A Maxine no se le ocurría una sola razón para negarlo. Si no hubiera tenido preguntas que responder sobre Koh Phangan ni una amiga desaparecida, los meses con Magnus habrían sido los más maravillosos de su vida. Incluso si no estaba enamorada de él, era el único hombre que podía decir que le hacía bien, con el que no se sentía en inferioridad de condiciones o angustiada por no saber qué demonios rondaba su cabeza.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, se quitó la parte de arriba del bikini y la arrojó a su espalda. Él enseguida deslizó la mirada por sus pechos encogidos por el frío. Cubrió un pezón con la palma de la mano y lo pellizcó provocativamente mientras aceptaba con una sonrisa ladina los besos que Maxine repartía por su cuello.

Su olor la embriagaba, pero mucho más la promesa de una vida en la que no tuviera que

sufrir; la promesa de una vida compartida con una persona con la que sí era compatible, que no estaba cerrada a cal y canto. Una persona que no era su mayor debilidad y por tanto no podía hacerla sufrir hasta el delirio ni aunque lo intentara.

Magnus se tendió boca arriba con las manos entrelazadas en la nuca y, observándola con los párpados entornados, dijo:

—Puedes quitarte el calentón conmigo si quieres, Mimosa, pero yo no voy a participar. Toma lo que te apetezca. Córrete.

Maxine lo miró a los ojos para cerciorarse de que no era un farol, sino una verdadera invitación, y no lo pensó dos veces. Sin preliminares, sin besos o palabras bonitas, le sacó la erección del vaquero desabrochado y la cubrió con su carne dejando caer todo el peso sobre ella. Él la vigilaba desde una postura desenfadada, y aunque echara de menos sus manos, su participación activa, había algo morboso en el hecho de cabalgar a un hombre que solo la miraba, como si estuviera masturbándose y él fuera su *voyeur*.

—Solo para que quede claro —jadeó ella—, este calentón lo acabas de provocar tú.

Apoyó las palmas en el pecho masculino para levantar más las caderas, y miró por encima del hombro como si así pudiera contemplar cómo el tallo venoso desaparecía, absorbido por su cuerpo hambriento. Cambió el peso de las rodillas a los pies para seguir batiendo el miembro erecto con el ímpetu de un caballo desbocado. Gemía cada vez más alto, esperando contagiarle con su deseo inflamado, pero Magnus apenas emitía discretos gruñidos.

—Joder... —masculló Maxine, echando la cabeza hacia atrás y apartándose el pelo de la cara, ahora húmedo por el sudor—. Dios...

Magnus la tomó de la barbilla y la acercó a él, a esos labios llenos de personalidad y de maneras de dar placer. Rompió el silencio que hasta el momento solo había atenuado la morbosa percusión de sus carnes entrechocando.

—Te encanta mi polla, ¿a que sí? —le gruñó antes de lamer la nube de sudor sobre su arco de Cupido. Ella jadeó con la boca entreabierta y sacó la lengua para delinear el borde de su labio inferior.

No lo había preguntado en busca de reafirmación, sino como si quisiera que Maxine se diera cuenta de que era adicta a su cuerpo. Le rodeó la nuca rapada con la mano y la notó húmeda, obra del calor concentrado.

—Me encanta —susurró entre gimoteos.

Pero también le encantaba su carácter, la forma en que la trataba, el modo en que priorizaba a su familia y al resto de sus seres queridos; cómo llevaba sus negocios, siempre con los principios por delante. Le encantaba cómo se reía, como si le diera igual que el mundo entero se girara a mirarlo con desdén o con envidia, y la manera en que se esforzaba por entenderla. Le encantaba su cara de malo, el arte de su cuerpo, cómo se vestía de adolescente macarra... y cómo se desvestía. Cómo *la* desvestía. Le encantaba que fuera su amigo del alma y su amante apasionado.

¿No le hacía eso el más indicado para que Maxine volcara todo su amor, pues? ¿O, por lo menos, sus esperanzas? No quería pasarse la vida sufriendo por los hombres, o, mejor dicho, por cómo eran los hombres a los que elegía en lugar de por las razones naturales: por conflictos puntuales o por problemas de la relación. Para evitarlo, quizá debiera escoger a uno que le abriera los brazos y cuya cercanía se sentía como estar en casa.

Siempre había pensado que uno no elegía de quién se enamoraba, pero ahora se daba cuenta de que sí que podía escoger a quién dedicarle su tiempo, con quién construir su futuro. Y veía potencial en el rostro de Magnus, desencajado por la proximidad del orgasmo, que ambos

recibieron con unos segundos de diferencia.

Maxine se derrumbó sobre su pecho, sintiendo todavía el miembro palpitando dentro de ella, y suspiró aliviada. Quiso decirle que no había pensado en Hurricane, que ese clímax lo había provocado él, pero no sería necesaria otra aclaración. Magnus ya debía saberlo, porque se dedicó a acariciarle el pelo hasta que pudo reponerse, y cuando Maxine se incorporó, observó en sus labios una sonrisa que pensó que no le importaría ver el resto de su vida.

Capítulo 19

Cuanto más lujo presenciaba, más claro le quedaba a Jace que sus ambiciones nunca estarían relacionadas con el dinero. Había algo en los ambientes como el que se respiraba en el yate que le incomodaba, ya fuera la frivolidad de muchos de los asistentes o la obligación implícita de desempeñar algún tipo de papel: el interesado en el arte, el que paseaba en completo silencio mientras escudriñaba las características del barco para valorarlo en una cantidad monetaria y, en función de eso, respetar al propietario o no; el que aprovechaba para hablar sobre todo lo que había aprendido acerca de la navegación gracias a sus múltiples adquisiciones navieras...

Dudaba que los asistentes fueran conscientes de sí mismos. Si podían pagar su participación en un evento de semejante exclusividad era porque les sobraba el dinero, y la gente con millones en el banco raras veces asomaba la cabeza de su burbuja para contemplarse a través de los ojos de un ciudadano de a pie.

Pero Jace los observaba —porque en buena parte se dedicaba a eso, a observar, deducir y actuar conforme a dichas deducciones— y comprendía por qué él solía llamar la atención en las veladas. Nada de aquello le asombraba y ni siquiera participaba en los privilegios que le ponían en bandeja. Era ajeno a lo que le rodeaba, y eso resultaba curioso cuanto menos.

Maxine era la única persona de la fiesta que podría haberlo comprendido, pensó mientras se humedecía los labios con la copa que le habían ofrecido. Eso fue lo que le llamó la atención de ella a primera vista. No fue ni la mojigatería ni el atractivo cuerpo embutido en unos pantalones y una blusa que jamás se habría puesto si no hubiera sido inducida por una amiga, sino que clamaba al cielo que no era el miembro promedio de clubes como Vesper’s. No pertenecía a esa casta que lo tenía todo y que por eso en buena parte seguía probando experiencias que no estaban al alcance de cualquiera, incluso si no les acababan de interesar, por mero aburrimiento.

Pero Maxine era diferente a él porque ella sí se dejaba sorprender. La había visto subir por la rampa que conectaba el puerto con el resplandeciente navío, ayudada en todo momento de la caballerosa mano de Magnus, y le habría resultado imposible no apreciar las chispas que saltaban de sus ojos castaños, el admirado asombro con el que lo observaba todo.

Él mismo tenía que reconocer que el yate era de una magnificencia escandalosa. A la hora de decorarlo, se habían decantado por un estilo maximalista que apostaba por los colores intensos, presentes en el damasco de las paredes y los estampados de las cortinas. Las tonalidades oscuras eran rebajadas gracias al interior labrado en madera clara, lo que le daba el toque de elegancia. Los espacios comunes estaban salpicados de obras de arte que a Jace no le cabía la menor duda de que eran originales; la clase de cuadros que los historiadores y arqueólogos conocían por textos en los que aparecían mencionados, pero que jamás se hallaron por culpa del mercado negro y las colecciones privadas.

Al fondo del salón, un afroamericano tocaba en un piano de cola blanco la conocida melodía de *I Wish I Knew How It Would Feel To Be Free*, que Jace solía escuchar interpretada por Nina Simone y que esa noche cantaba con mucho gusto una joven de no más de veinte años.

Se habían esforzado tanto por imprimirle un toque de clase a la velada que Jace no pudo evitar sonreír con desdén. A veces, las pantomimas que se montaban le parecían tan ridículas que sentía que en cualquier momento se echaría a reír con histerismo. Sin duda sería una de esas anécdotas que contaría a sus hijos para hacer las delicias de las reuniones navideñas.

Eso sí, una vez cumplieran la mayoría de edad.

El fugaz pensamiento le borró la sonrisa fría de un plumazo; tan pronto como la amargura se adueñó de él.

¿Qué hijos? Esa posibilidad quedó descartada un año y medio atrás. Y si alguna vez los quiso, si alguna vez quiso algo en general, ya no tenía ningún sentido atreverse a soñar. Estaba cansado de que le arrebataran las ilusiones o de verse obligado a matarlas él mismo.

Pero seguía soñando, porque así era la naturaleza humana. Así sobrevivía el corazón. Su cuerpo se rebelaba contra su mente racional cada vez que Maxine aparecía en su campo de visión, incluso si era para torturarlo por una razón que escapaba a su entendimiento. Esa noche lucía un vestido drapeado de satén verde salvia que bajo la luz adecuada brillaba como la espuma del mar. Por fin habían vuelto los rizos, que llevaba sueltos para tapar los hombros pecosos que el palabra de honor le dejaba al aire.

Nada más verla, Jace cayó en la cuenta de que nunca la había halagado, pero que esa fue la primera ocasión en la que ni siquiera se sintió tentado. Hacía tanto tiempo que no estaba furioso con alguien que no se reconoció en la sensación que le bloqueó la garganta cuando Rob Roy la hizo girar sobre sí misma al ritmo del pianista.

Tenía los celos bajo control, o eso le gustaba pensar. Salvo excepciones en las que no pudo evitar buscarle las cosquillas a Maxine para abrirle los ojos a la realidad de su relación, siempre supo domesticar la envidia hacia ese exnovio suyo, o la naturalidad con la que se desenvolvía alrededor de Rob Roy y que jamás había demostrado con él, en parte porque las circunstancias lo impidieron. No era cuestión de que no soportara verla en brazos de otro hombre, aunque estuviera regresando a su sangre y a sus tripas ese ardor desazonado que recordaba haber padecido en Koh Phangan; el ardor desazonado de los que veían peligrar lo que amaban y no sabían cómo retenerlo. Más bien estaba furioso porque por primera vez no la entendía. No entendía por qué se estaba comportando de esa manera, ignorándolo sin miramientos y dejándolo con la miel en los labios.

¿Acaso no hablaron con sinceridad en la playa? ¿No la apaciguó con la verdad relativa, que era la única verdad que podía contarle? ¿A qué demonios se debía esa actitud?

No soportaba que le desestabilizara. No soportaba sentirse fuera de sus cabales. No soportaba no poder explicarle qué hacía allí. No soportaba, no soportaba, no soportaba.

Alejó las dichosas dudas y las expectativas que le jugaban malas pasadas y se concentró en barrer el salón de fiestas del yate en busca de las mujeres llamativas que había localizado nada más reunirse con los invitados en el puerto. Había experimentado un alivio imperdonable al reconocer a las prostitutas mezcladas con el gentío. Eran cortesía de El Diablo, que esa noche no solo abría las puertas de su casa, sino que les proveía de entretenimiento de calidad.

Jace había tratado con suficientes víctimas que actuaban bajo coacción para reconocerlas a simple vista. No parecía que a El Diablo le diera miedo que lo delataran como proxeneta, porque no solo las localizó porque no formaban parte de la lista de invitados, sino porque llevaban collares de sumisa con el mismo símbolo, como si fueran ganado humano. Dicho collar de cuero negro contaba con un detalle grabado en la hebilla dorada: una sonrisa dentada y unos cuernos de demonio.

Quizá las presentaran como bailarinas de alterne o voluntarias, pensó Jace. Quizá —y para su inmensa consternación, porque significaría que se había equivocado— fueran eso y solo eso.

Esa noche, Reyes no estaría presente. Los auxiliares de Fuego y Sangre no habían sido invitados a la fiesta. «Una medida de seguridad», opinaba Jace.

Decidió que había llegado la hora de formular preguntas, y girando la copa intacta entre los dedos, se encaminó con aparente inocencia hacia una de las chicas marcada por el collar.

No fue una elección arbitraria. Hurricane era un personaje muy bien definido con un tipo muy concreto: se había asegurado de que la gente del rol supiera que le atraían las mujeres de grandes atributos, con sobrepeso, incluso, y cara de inocentes. Las eligió así para que se parecieran a Ayane lo menos posible y en su ascenso hasta la élite de Vesper's no tuviera que verse en la tesitura de acostarse con alguien que pudiera recordarle a ella.

La joven que estaba repantigada en uno de los sofás de cuero ocre tenía el pecho operado para compensar la exuberancia de sus caderas, notables incluso sentada con las piernas cruzadas para recuperarse de un exceso de bebida.

El rubio no era su color natural. Llevaba el flequillo sobre los ojos como si quisiera ocultarlos, una teoría que Jace confirmó en cuanto tomó asiento a su lado y vio que ella rehuía el contacto visual.

No era bebida lo que le afectaba al equilibrio, entonces. Había consumido alguna de las drogas que circulaban por el yate con total impunidad, quizá porque era nueva en la plantilla de El Diablo y quería estar a la altura de la fiesta.

Todo apuntaba a que se celebraría una orgía.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Jace. Apoyó los codos en los muslos y encogió los hombros hacia delante, simulando una postura apocada que remató lanzándole una mirada fugaz que podía interpretarse como tímida—. Perdón, no quiero molestarte. Sé que no formas parte de la... No te he visto en el hotel, y, claro... A lo mejor no me puedo relacionar contigo porque solo participas en el que sea el juego de esta noche. Porque no estás libre, quiero decir. —Simuló una risita avergonzada—. Lo siento, no suelo hacer estas... No se me da bien hablar con las mujeres.

Tal y como había imaginado, la chica mordió el anzuelo. Se sintió atraída por su torpeza, un elemento que llamaba la atención de todas las prostitutas sin excepción: de las veteranas, que ansiaban un bocadito dócil para recordarse que existía algo más allá de la violencia o sacarles el doble del precio base, y las nuevas, que aún no sabían que los inocentones podían ser los peores.

—Oh, no, no... Jefe nos trajo a divertir con nosotros... vosotros —se corrigió en un inglés casi ininteligible. Se disculpó con una sonrisa débil—. No hablar bien el idioma.

—¿Te sentirías más cómoda si nos pasáramos al español? —inquirió Jace en un castellano perfecto. Quizá hubiera sido modesto, o más bien escueto, al comentarle a Maxine que sabía defenderse en su idioma—. Aunque, claro, no es que hayamos venido a charlar —apostilló, probando una sonrisa nerviosa de adolescente que justificara la palabrería.

Incluso si la chica llevaba tres días bajo el yugo de El Diablo, sabría que un cliente preguntón era un cliente del que debía deshacerse.

—¿Eres de acá? —se sorprendió la joven.

Detectó una nota de temor en su tono, y Jace creyó saber por qué. Lo más probable era que ni siquiera fuera una extranjera víctima de un secuestro, sino una chiquilla de la zona engañada con la promesa de conseguir un buen trabajo y posteriormente coaccionada a vender su cuerpo. No aparentaba más de diecinueve, y su acento era el local.

Jace supo con exactitud qué era lo que no podía responder si no quería ahuyentarla.

—No, qué va. Vengo de Los Ángeles. ¿Tú sí vives aquí con tu familia? —Se humedeció los labios y aclaró en voz baja, para que no cupiera la menor duda de que no preguntaba por verdadero interés, sino para satisfacer un fetiche—: Me encantan las latinas. En parte he venido aquí por eso... Ya sabes. Por las chicas. Incluso he estudiado el idioma.

Ella soltó una risita nerviosa, la que apostaba por que improvisaban todas las prostitutas para no desencantar a su cliente a pesar de encontrarlo grotesco. Decidió girarse hacia él, y Jace pudo ver con claridad que tenía las pupilas tan dilatadas que apenas se apreciaba el anillo azul.

Tenía que ser cocaína, pensó. Era la droga que más se movía en México después de la marihuana, la que consumían tanto las prostitutas como sus clientes, la que facilitaba la desinhibición sexual, y también la que causaba contracciones en la mandíbula como la que observó en ella cuando dijo:

—Pues no lo hablas nada mal. A huevo que las latinas del mundo te lo agradecerán.

—¿Estás tú entre ellas? —tanteó, acercándose lo suficiente para mostrar su interés.

La chica apoyó el codo sobre el respaldo en una postura sugerente que abrió más el escote de su vestido de látex. Alargó una mano y le acarició la cara con una sonrisa de abandono que le puso el vello de punta.

Había tenido que hacer cosas verdaderamente infectas a lo largo de su vida, todas estas en nombre del estado y su seguridad, pero fingirse un putero era una de las más penosas con diferencia.

—Claro que sí, mi chulo.

—¿Cómo te llamas?

—Camila.

—Camila... —repitió con una sonrisa complacida. Levantó la cabeza, como si acabara de darse cuenta de que habían sustituido el piano en directo por la música urbana de los altavoces, y la tomó de la barbilla—. Camila, ¿quieres bailar?

—¿No prefieres bailar con las morritas de tu hotel?

Era una mera coquetería, no una sospecha.

«Gracias al cielo».

—Tú me has llamado la atención en cuanto has entrado por la puerta. Además... —Se inclinó sobre ella y le apartó el pelo de la oreja para susurrar—: Al resto las tengo muy vistas. A no ser que me digas que eres menor de edad, no te soltaré... —bromeó antes de carraspear, como si de pronto se hubiera puesto nervioso, y le lanzó una mirada turbia—. Aunque tampoco me disgustaría que fueras... más joven.

Confiaría más en él si admitía inclinaciones pedófilas; así tendría un secreto que usar en su contra.

El tiro le salió bien. Camila no se asustó y, de hecho, se relajó más al ofrecerle la mano para que la llevara al centro del salón, donde una docena de parejas había empezado a bailar.

Jace disimuló un escalofrío. Su repentina disposición solo podía significar que sí era menor de edad, y que debajo de las capas de maquillaje y el cuerpo alterado en el quirófano había una adolescente en proceso de desarrollo.

Tuvo que hacer de tripas corazón para pasarle el brazo por la cintura y empezar a moverse al ritmo de la canción de reguetón que reventaba los altavoces. El remix de *La Cama* estaría propagándose por el océano como un virus contagioso.

Camila se encaramó a sus hombros y se pegó a sus caderas para frotarse con un descaro que le heló la sangre. Jace se obligó a moverse, tan turbado que supo que quien lo mirara a la cara se daría cuenta, incluso si no lo conocía. Enterró el rostro en el hombro redondo de la joven, que se rio como si su barba le hiciera cosquillas.

—Si te gustan las jovencitas, como dices..., llevo la cédula conmigo, por si no crees que tengo dieciséis años —le susurró al oído en tono sugerente. Jace se tuvo que morder el labio para no preguntar dónde diablos se habían metido sus padres, y en su lugar la aferró con fuerza, guiado por la compasión. Por suerte, ella lo malinterpretó como deseo y se rio encantada—. Pero tendríamos que irnos a otro lugar para que te muestre. A mi jefe no le daría gracia.

—¿No estás aquí... contratada? Oye, no me quiero meter en un problema por esto, Camila...

¿Es que eres prostituta, o algo así? —fingió balbucear.

No tuvo que falsear su consternación. Ella se apresuró a arreglarlo poniéndole una mano en el pecho y reteniéndolo con el otro brazo.

—¡No! No, vine acá porque soy bailarina. Te lo prometo.

—Eh, no me importa si lo eres —le aseguró él en voz baja, manteniéndola pegada contra su cuerpo. Por más que Camila se contoneaba de manera sugerente, era incapaz de excitarlo, y esto la estaba frustrando, porque se esforzaba más y más—. Tengo dinero, y... y llevo tiempo buscando en Acapulco un... sitio, ¿me entiendes? ¿Comprendes lo que digo?

—¡Oh! —Se separó lo suficiente para mirarlo con los ojos como platos. El efecto de la droga ayudaba a que parecieran más grandes y redondos—. Tú eres el güero de los ojos grises del que me habló Ximena. El que iba por el barrio preguntando. No está bien que hagas eso, tú sabes, aquí lo de la prostitución es medio legal, pero hay lugares que son peligrosos.

—Por eso no sé si debería... si debería... bailar contigo ahora. Si alguien lo sabe y me denuncia, yo... Podríamos ir a un sitio privado —sugirió.

En su propósito de fingirse preocupado por su reputación, alzó la barbilla y oteó alrededor.

Aunque habían rebajado las luces para crear un ambiente íntimo, reconoció a Maxine a un par de metros de distancia. Bailaba despacio con los brazos echados al cuello de Rob Roy, que descansaba una mano posesiva en sus nalgas, pero ella miraba en su dirección.

Una sombra inquietante había apagado su expresión, que debería ser la de una chica entusiasmada por las atenciones de su compañía.

Aunque tenía a Camila sudando entre sus brazos por la sobreexcitación de la droga y más que dispuesta a convencerlo de que ni su edad ni su cercanía eran un problema, Jace se olvidó de lo que sucedía a su alrededor a excepción de la mujer que parecía vengarse de él moviéndose sensualmente contra Rob Roy. No debería haberle afectado, porque había visto cómo besaba a Rob Roy, cómo se arrodillaba ante Rob Roy, cómo se reía con Rob Roy, como si fuera el tipo más interesante del mundo..., pero le cayó como un jarro de agua fría y por un instante no pudo moverse.

Era la mano. Era esa mano con la que él la sujetaba, con ternura y a la vez posesividad; esa mano afianzada en una parte del cuerpo que no era ni solo cadera ni toda la nalga, por lo que no era ni un agarre meramente caballeroso ni solo sexual, sino íntimo. Estaba dirigiendo su baile con la maldita mano en ese punto que hablaba de familiaridad, y se movía contra Maxine sin dejar de besarla en el cuello con los ojos cerrados. Y aunque Maxine no lo estaba mirando a él, sino a Jace, podía ver cómo presionaba los dedos contra la nuca de Rob Roy, pidiendo más de un modo silencioso pero urgente, y cómo buscaba excitarlo con una torsión de cintura que Jace había visto una sola vez antes: después de que se sentara a horcajadas sobre él y empezara a cabalgarlo durante una calurosa noche tailandesa.

Y entonces lo comprendió. De alguna manera lo había sabido desde el principio, porque solo una relación sexual podía justificar que Maxine y Rob Roy hubieran llegado juntos, pero no los había visto interactuar con semejante complicidad hasta ese momento, y lo que revelaba esa compenetración era la peor de sus pesadillas.

Se habían acostado. Y no una vez, sino diez. Cien. Mil veces. Conocían tan bien el cuerpo del otro que no tenían que mirarse para saber cómo enloquecer al otro o para descubrir cuál era el punto débil. De lo contrario, no habría sabido que Maxine gemiría y cerraría los ojos después de morderle una zona sensible de la oreja.

—Ay, ya, chulo, me haces daño —se quejó Camila. Jace despertó del trance y comprobó con la mirada que había estado clavándole los dedos en la cintura. Aflojó, avergonzado, y buscó su

perdón con gesto perdido. Se encontró con su sonrisa vulnerable—. Si quieres, podemos irnos a ese lugar privado que decías.

—¿Qué? —musitó él, sin ser del todo consciente de lo que le sucedía. Sus ojos habían vuelto inevitablemente a la escena que tenía ante sí. El reguetón había sido sustituido por una canción de MIKA, *Yo Yo*, pero eso no había rebajado la intensidad del baile entre la pareja.

Take down all my sorrow, put that on a beat
Take down all my sorrow, put it on repeat
I know by tomorrow you'll come back to me
If you're not back tomorrow, what will be will be[30]

Se estaba poniendo enfermo, pero no podía apartar la vista y centrarse en la chica que tenía delante, que no era solo una chica; era una pista, era una persona en una situación de vulnerabilidad extrema, era alguien a quien debía priorizar si pretendía ayudar o cumplir su deber... y por supuesto que lo pretendía. Pero Maxine acababa de deslizar una mano por el pecho de Rob Roy para cubrirle la bragueta y frotarla al ritmo de la canción, y se estaban besando como si el mundo fuera a autodestruirse.

—Ahora es demasiado arriesgado —se oyó explicar Jace. No lo entendía. Su mente no estaba funcionando al cien por cien. Ni siquiera estaba pensando—. No quiero ponerme en evidencia delante de tu jefe, si es que... está por aquí. —Consiguió centrarse en Camila lo suficiente para sonreírle—. Pero dime dónde puedo encontrarte e iré a buscarte mañana.

Maxine no reaccionó bien al gesto que Jace tuvo de retirarle el flequillo rubio de la cara a la joven. Lo supo porque la miró, más como un acto involuntario que porque quisiera seguir torturándose o distrayéndose, y vio que ella lo estaba vigilando para anticipar su siguiente paso.

De algún modo estaba vengándose de él. Si le había cabido alguna duda al respecto, supo que no estaba equivocado cuando la vio besar de nuevo a Rob Roy, esta vez sin cerrar los ojos; sin apartar la vista del Jace que observaba con el estómago revuelto por el cóctel de emociones violentas.

—Trabajo en un sitio... —le confesó Camila al oído. A Jace no le quedó otro remedio que dejar que se le acercara para no llamar la atención del resto de los bailarines haciéndole un desmán, pero esta vez no le importó que pareciera que la chica le interesaba, porque Maxine se tensó en la distancia—. Aunque lo mejor será que vengas a mi departamento. Es más seguro. Y también más caro... —continuó ella, acariciándole el brazo desde el dorso de la mano hasta el hombro. Le cubrió la mejilla con la mano y se puso de puntillas para tomar sus labios, pero Jace se dio cuenta justo a tiempo y la cogió por la mandíbula para retenerla.

De lejos podría leerse como la reacción de un amo insatisfecho, o eso esperaba.

—Aquí no, y en tu casa tampoco. Quiero un sitio neutral donde no haya policía, y algo me dice que conoces uno —dejó caer, mirándola con fijeza. Había asustado a Camila con su arrebato, y en el fondo se estaba lamentando por ello, pero la sensación predominante era la ira mezclada con incomprensión que Maxine estaba provocando—. Tienes que demostrarme que no eres una puta traicionera, Camila, y cubrirme las espaldas. A cambio... —Se inclinó sobre ella y la apaciguó recorriéndole la espalda con caricias persuasivas—, te daré mucho dinero.

Camila se estremeció, no supo si por la promesa de que cobraría en dólares o porque de pronto Jace la inquietaba. Tuvo que ser lo primero, porque se puso de puntillas y utilizó las manos para cubrirse los labios al susurrarle al oído una dirección que le costó memorizar porque su mente estaba en otra historia. Estaba en la mujer que cogía a Rob Roy de la mano y tiraba

hacia el pasillo que conducía a los dormitorios del yate.

El cuerpo de Jace decidió que la operación había dejado de ser la prioridad en cuanto ella le echó una mirada desdeñosa por encima del hombro, la clase de desdén que ni siquiera le había dirigido a su lamentable expareja. También decidió que había llegado al límite de provocaciones que podía aguantar. Su yo del pasado se burlaría de él por su debilidad si pudiera verlo; su yo actual, el de ese momento concreto, no le tenía miedo a nada. Solo rabia a la mujer que se había asegurado de que la viera retirarse sin discreción alguna a una habitación privada.

Capítulo 20

Jace le acarició la cabeza a Camila a modo de despedida y zigzagueó entre los bailarines, cada vez más afectados por el alcohol, las drogas y el deseo sexual. El aire fresco del pasillo de la cubierta fue inútil al tratar de templar sus ánimos, pero sí le sirvió para coger aire antes de recorrer con unas cuantas zancadas el espacio que le separaba de Maxine.

Esta había soltado la mano de Rob Roy, pero seguían caminando muy cerca el uno del otro mientras hablaban en voz baja.

Abrió de un tirón la primera puerta que alcanzó, llamando así la atención de la pareja. Ambos se giraron hacia él a tiempo para verle gesticular con un brazo hacia el interior. Tenía el rostro tenso y la mirada fija en una Maxine que por fin tenía la decencia de palidecer.

Jace señaló la habitación con un seco movimiento de cabeza.

—Adentro —le ordenó en tono áspero.

—No parece la forma más romántica de invitar a una señorita a pasar la noche contigo —apreció Rob Roy en voz alta, observándolo desde la distancia con una curiosa mezcla de recelo y esperanza, como si tuviera expectativas depositadas en su persona y al mismo tiempo no diera un duro por él.

—Eso que lo decida ella —atajó Jace, que no pensaba dedicarle ni un segundo más a Rob Roy. El amo tuvo que saberlo, porque encogió un hombro y se marchó de vuelta a la fiesta con las dos manos en alto, dando por hecho que la joven sabría defenderse por sus propios medios.

Y no se equivocaba, porque en cuanto se quedaron a solas en el pasillo despejado, en el que soplaba la brisa marítima y flotaba un agradable aroma a salitre, Maxine le lanzó una mirada de reproche.

—Estás loco si piensas que te voy a obedecer.

Fue a darse la vuelta, pero Jace llegó al límite de su paciencia y, sin pronunciar palabra, la rodeó por la cintura con un brazo. No tuvo que arrastrarla o tirar de ella hacia el interior. Aunque Maxine no puso de su parte, con ayuda de la fuerza de su enfado consiguió encerrarla con él en el dormitorio, e incluso provocó que se tropezara con el borde de la cama al no recuperar el equilibrio enseguida después de la inercia de su empujón.

—¿A qué juegas? —bramó Jace en cuanto dio el portazo. No encendió el interruptor. Dejó que apenas los iluminaran los faros del exterior y la luz que entraba por los ventanucos repartidos en la pared de enfrente, más que suficiente para ver el gesto torcido de Maxine.

—Ya te lo dije una vez, ¿no te acuerdas? Juego a Fuego y Sangre. Para variar, veo que eso solo te molesta cuando no te invito a mis fiestas.

—Y, también para variar, solo celebras «fiestas» para poder restregarme que no me invitas.

—¿Qué insinúas? ¿Que Rob Roy no me gusta en serio? Porque jamás te habrías equivocado tanto. Sea como sea —se apresuró a decir, contrariada—, ¡no es tu asunto!

—Puede que no —replicó Jace, posicionándose delante de la puerta para bloquearle el paso por si se le ocurría escabullirse—, pero sí me da problemas.

Maxine levantó las cejas en una exagerada mueca de pasmo.

—¿Que yo me divierta es un problema para ti? Vaya, hay que tener agallas para admitir eso en voz alta. Sobre todo cuando es una mentira descarada. No he visto que mi presencia te altere tanto como para impedirte disfrutar.

Jace fue a replicarle lo primero que le vino a la cabeza, pero en cuanto asimiló las palabras de Maxine, se dio cuenta de que había gato encerrado. No era un comentario formulado a la ligera,

sino una acusación cargada de rencor.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¡Significa que eres exactamente como todos los demás, joder! ¡Eso significa! —le gritó a pleno pulmón. Los ojos se le anegaron en lágrimas de impotencia—. Tú eras... eras... exclusivo. No, no quiero decir que fueras exclusivo, porque eso no es ni bueno ni malo, ni te define del todo, sino... Tú entendías las implicaciones del sexo, y por esa razón no te entregabas a cualquiera. Me entendías. Tú me entendías en eso. ¡Y en todo lo demás! O por lo menos lo fingías, y lo fingías de maravilla, pero ahora... ahora veo que tener sentimientos no te frena a la hora de restregarte con una rubia en un yate de lujo. ¡Tener *mujer* —recalcó, anonadada— no te frena a la hora de restregarte con una rubia en un yate de lujo! Y tampoco te detiene que yo... que yo... que yo esté en... aquí...

Apartó la mirada, tan abochornada por el acceso de emociones que no se soportaba a sí misma. Se dio la vuelta mientras se frotaba la cara enrojecida por el arrebato para secarse las lágrimas.

—Y lo soy —respondió Jace con voz queda, escarmentado al contemplar lo que había provocado—. Soy exclusivo.

Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz temblorosa.

—¡No, no lo eres! Creía que significaba algo para ti, ¿sabes? —lo acusó con los ojos inundados—. A lo mejor no estabas enamorado de mí, o no me querías, pero pensaba que yo era especial, o relativamente importante, y que me tenías... cariño. En parte por esa razón no quise aceptar que estuvieras aquí por placer. Porque sí, de acuerdo, entendí que hay una diferencia entre amar y desear hace tiempo, tú mismo me la enseñaste, pero una parte de mí sigue siendo y siempre será tradicional y no puede evitar interpretar tu libertinaje como... como un signo de que yo... de que yo soy una más, de que soy olvidable o de que no me has echado de menos nunca, y yo, en realidad, casi di mi vida por ti, por tus objetivos, y... —Perdió el aliento al pronunciar aquellas palabras tan trascendentales, sobrecogida por la cruda verdad que encerraban. Jace tuvo la misma reacción; se quedó helado en el sitio y con el corazón en un puño—. Y es que yo pensaba que no te importaba nada, pero luego, en la playa, sí lo pareció, pero un rato después ya estabas con otra mujer, y... ¡Eso demuestra que no eres exclusivo y que te da igual todo, y que eres tan...! Y que eres tan cabrón como me advertiste —concluyó. La derrota le hundió los hombros—. Culpa mía por no haber querido aceptarlo hasta que lo vi con mis propios ojos, supongo.

Tuvo que hacer una pausa por necesidad. Las lágrimas habían empezado a asfixiarla, y Jace, aunque sentía que iba a explotar y lo iba a manchar todo de angustia, de miedo y de amor incondicional, se obligó a seguir entero y barrió el dormitorio con una mirada discreta para asegurarse de que no había cámaras.

La mayoría de las cámaras de seguridad no grababan el sonido, pero dudaba que El Diablo, un tipo peligroso, los hubiera invitado a un yate que no estuviera blindado y más que preparado para destapar a un agente infiltrado.

Por el momento, la conversación no había tocado ningún punto sensible relativo a la misión, pero si Maxine lo hacía, podrían verse en un problema.

Aunque quería darle explicaciones de todo tipo, debía tener presente que estaban en la boca de lobo y sus imágenes podrían ser supervisadas por un tipo peligroso.

—¿Otra mujer? —fue lo que preguntó.

A decir verdad, aquel detalle le había extrañado.

—Sí, otra mujer —le espetó con rencor, secándose las lágrimas a manotazos—. Una que ni

siquiera es ama ni es sumisa, una que trabaja para la organización como auxiliar. De verdad has venido a acostarte con toda la que veas, y por lo visto no te frena ni siquiera haber... haberte abierto conmigo unos minutos antes, o haberme... A lo mejor sueno como una loca, pero yo no habría podido... No sería capaz de meterme en la cama con otro hombre después de haberte abierto mi corazón.

Jace no pudo replicar lo obvio enseguida —no tenía ni la menor idea de qué estaba hablando —; la última confesión le había formado un nudo en la garganta.

Él tampoco habría sido capaz de meterse en la cama con otra después de haberla abrazado a ella. Porque su corazón no pudo abrírselo con palabras, pero sí que se entregó en cada gesto. Ni siquiera había sido capaz de fantasear con otra, o de fijarse en otra, o de pensar en otra. Y se lo habría aclarado sin rodeos si no hubiera caído entonces en la cuenta de algo importante: la mujer que Maxine había confundido como una amante era Reyes.

No podía contarle lo que la agente fue a hacer a su dormitorio a altas horas de la noche, y negárselo sin una explicación esperando que esto le bastara sería una crueldad, aparte de ingenuo por su parte. Maxine había sido burlada por sus dos parejas serias. A esas alturas llevaba en la sangre la desconfianza hacia los hombres, y había interiorizado el libertinaje como un rasgo común de su género y que, como era natural, la afectaba especialmente.

Ella comprendió con su silencio que no iba a defenderse y abrió la boca con toda la intención de soltarle un reproche, pero se contuvo justo a tiempo, alterada por un pensamiento fugaz y lo bastante convincente para acallarla.

Jace presenció el momento exacto en el que su actitud belicosa fue sustituida por un cansancio generalizado ante el que solo le quedó rendirse.

—Mira... olvídalo. Olvida lo que te he dicho, ¿de acuerdo? —balbuceó con tristeza—. No... no quiero vivir esto otra vez. Ya aguanté dos semanas de viaje al extranjero discutiendo con mi exnovio sobre lo que hacíamos y lo que no hacíamos con segundas personas, y tú ni siquiera me debes nada, nunca lo has hecho, así que nada de esto tiene sentido. Ni yo tengo derecho a reprocharte lo que hagas, ni tú tienes que pedirme disculpas. No mencionaste a tu mujer por una razón de peso, y nunca me dijiste que me quisieras, por lo que... En fin, mi comportamiento no ha sido el adecuado o el más maduro, lo reconozco. Me disculpo si... si te he molestado, o te he interrumpido. Ahora, si no te importa, voy a...

No esperó a que él se apartara y lo rodeó con prisa por marcharse.

Aunque Jace sabía que era poco lo que podía ofrecer en su defensa sin ponerse en evidencia, fue más rápido que ella y puso la mano en el pomo de la puerta para evitar que lo girara.

—Yo nunca he dicho que no tenga por qué disculparme contigo —replicó en voz baja, mirándola. O intentando mirarla. Era complicado ver su expresión cuando ella mantenía la cabeza gacha—. De hecho, soy consciente de que acumulo unas cuantas razones por las que pedirte perdón, y estoy buscando la manera de resarcirte. —Hizo una pausa para inspirar hondo y continuó en el mismo tono después de suspirar—. Eres tú la que tanto el otro día como ahora mismo intenta justificar mis actos con el argumento de que, como nunca te prometí nada y siempre intenté apartarte, si luego esperabas algo de mí, era culpa de tus expectativas. Pero esas palabras no han salido jamás de mis labios. No estás loca por pensar que te di a entender que eras especial. Lo hice, te lo di a entender. Y te lo di a entender porque lo eres.

Maxine se estremeció.

—No digas eso —lo reprendió, aunque creyó entrever una nota de alivio en su voz—. Te recuerdo que estás casado y no puedes... no puedes ponerte romántico con...

Jace exhaló una risa hastiada y miró al techo en busca de ayuda divina.

—¿Crees que me hace gracia decirlo? Estaba tan sobrepasado por los acontecimientos como tú ahora mismo. Pero ¿qué querías que hiciera entonces? ¿Qué quieres que haga ahora?

Maxine alzó el mentón para mirarlo con una mezcla de rencor y tristeza.

—¡Nada! ¡No tendrías que haber hecho nada! ¡No deberías haber sido ni cariñoso, ni tierno, ni comprensivo, ni... ni deberías haber estado ahí para mí cuando mi vida colapsaba! ¡Entiendo que tenías que ir a Koh Phangan con una pareja, pero todo lo demás era innecesario y debías saber que tarde o temprano descubriría tu secreto y me rompería el corazón! ¿Por qué me hiciste eso, eh? —Le golpeó el hombro con el puño—. ¿Por qué sigues haciéndomelo? ¿Por qué tienes que... —su voz se fue apagando— ser así?

Jace le levantó la barbilla y le acarició las mejillas húmedas con el pulgar para secarle las lágrimas.

—Así ¿cómo? —susurró sin respiración.

—Demasiado bueno para odiarte, y... y contradictorio. Imposible. —Tragó saliva antes de mirarlo a los ojos—. Inalcanzable para mí.

A duras penas logró controlar un estremecimiento generalizado. No soportaba haberle causado un daño irreparable a una persona inocente a la que, para colmo, quería más que a sí mismo. Era tan descabellado que se hubieran enamorado que incluso ella, la más impulsiva y con los sentimientos más puros de entre todas las mujeres, se había dado cuenta de que actuar conforme a ese amor no tenía ni pies ni cabeza.

¿Cómo iban a hacerse reproches si apenas seis meses atrás no se conocían?, ¿si solo convivieron quince días?, ¿si habían pasado casi medio año distanciados y con la certeza de que no volverían a verse? Era inverosímil que encontraran intolerable la idea de renunciar al otro, y por eso ambos se rebelaban contra ello. Pero ahí estaba el instinto, atrayéndolos inexorablemente, para exigirles algo diferente.

Jace no luchó esa vez. Se dejó arrastrar por la oleada de calor que le invadió con solo sostenerle la barbilla, con solo mirarla a la cara, a esos tiernos ojos castaños que no guardaban secretos y por eso mismo merecían conocer todos los suyos. No podía permitir que pensara que era tan frío como para meterse en la cama con otra después de haber estado a punto de besarla en la playa para sellar su confesión: que lo sentía, que *la sentía* a ella. No podía permitir que pensara que era inalcanzable a pesar de que fuera cierto, porque la verdad era que no sabía qué podría ofrecerle después de la bomba de destrucción masiva que había sido Ayane, su secuestro y su recuperación..., pero es que si alguna vez volvía a ser un hombre sano y funcional, se entregaría a ella sin reservas, y quería que no le cupiera la menor duda de eso.

Incluso si no era un consuelo.

No podía permitir que sus propósitos siguieran haciéndole daño, en definitiva. Así pues, en un arrebato que en el fondo había sido calculado porque nunca quiso ocultárselo, la abrazó por la cintura y por los hombros y se inclinó sobre ella hasta que sus rizos le taparon la nariz y los labios, labios que movió lo justo para transmitir el mensaje.

—La chica que viste salir de mi dormitorio se llama Zhuri Reyes y es una agente de la CIA que han mandado hasta aquí como mi compañera para cubrir una operación de importancia gubernamental. La única forma de comunicarnos sin levantar sospechas es hacernos pasar por amantes, porque solo las habitaciones privadas están libres de cámaras. Y no hay ni una pizca de verdad en esa relación falsa. No parece que yo sea el tipo de Reyes; ella tampoco es el mío, como nunca lo sería la menor de edad con la que pensabas que estaba flirteando hace unos minutos. Es una prostituta que necesito que me lleve hasta las víctimas de trata que andamos buscando, o ante sus proxenetas. —La apretó contra su pecho y rozó su oreja con la punta de la nariz. Desde

cualquier ángulo, parecería que estaba besando su cuello—. No puedo permitirme distracciones como tus bailes sugerentes. Solo soy un peón, pero si ando celoso como un perro y no con la mente despejada, podría acabar haciendo más mal que bien a la misión. Y creo recordar que a ti te interesaba que se resolviera tanto como a mí.

Ella se había quedado rígida entre sus brazos nada más oír «agente de la CIA». Jace se podía imaginar que estaba enfadada por el giro argumental, pero aun así rozó el lateral de su garganta con los labios entreabiertos y se pegó a su cuerpo hasta borrar el límite entre los dos.

—¿Por qué me mentiste? —logró articular Maxine, poniéndole tímidamente las manos sobre los hombros.

—Porque decirte la verdad me pondría en un compromiso con mi compañera. Reyes quería largarte el primer día. Y yo no sé por qué diablos no le di luz verde. Era evidente que con tu curiosidad o tu sola presencia ibas a complicar la operación.

—Eso no es cierto —se quejó con un hilo de voz, cerrando los puños en el cuello trasero de la camisa de Jace—. La última vez fui... fui muy útil.

Él apretó la mandíbula y cerró los ojos un instante.

—No me lo recuerdes.

—Y tú no te hagas la víctima. La que estuvo en el avión sin fusil de asalto fui yo.

—Lo sé —musitó con tristeza—, y lo siento con toda mi alma.

—¿El qué sientes?, ¿que se me metiera entre ceja y ceja ayudar a Carey? No todo lo que hago va sobre ti, Caine. Eso lo decidí yo solita —masculló de mal humor—. Y ahora ¿qué? ¿Qué haremos?

—De cara a los próximos minutos, me vas a apartar de un empujón y te vas a ir airadamente, como si acabaras de volver en ti misma después de un momento de debilidad. A lo mejor nos están viendo ahora mismo, y no podemos correr el riesgo de levantar sospechas. Y de cara a los próximos días, espero que me des una tregua y seas prudente. No hay «haremos» que valga. Yo haré por mi lado, y tú... Espero que tú te estés quieta. Es mejor si demostramos que aprendimos la lección el octubre pasado y no te ponemos en peligro.

Esperaba que ella lo mirara con una mezcla de asombro e indignación porque la creyera capaz de olvidar lo que acababa de escuchar; de desentenderse de una situación que aún la tenía en un sinvivir, pero la verdad debía de haberla impresionado más de la cuenta, porque no lo bendijo con uno de sus adorables ataques verborreicos.

Hizo con exactitud lo que él le había ordenado. Le alejó de un empujón más agresivo de lo que había previsto, y lo esquivó como si fuera un obstáculo molesto, pero antes de desaparecer por la puerta, Jace vio en su expresión sombría lo que tanto se había temido: la determinación de una mujer que no quería ser consciente de su vulnerabilidad, y que seguiría luchando así se lo prohibiera Dios en persona.

Capítulo 21

Espero que tú te estés quieta», le había dicho el muy ingenuo.

Parecía mentira que un agente del FBI con un pasado excepcional en la Marina pensara que se iba a quedar de brazos cruzados. ¿No les enseñaban a reconocer a un mentiroso? ¿No les enseñaban a leer perfiles psicológicos? Y más allá de sus habilidades como agente, ¿es que no la conocía ni un poco? Se empecinó hasta lo enfermizo en recuperar a Dylan, y lo habría conseguido si Jace no se hubiera puesto en su camino. Era de cajón que invertiría el triple de esfuerzos en recuperar a Carey.

A partir de la velada en el yate, Maxine se dedicó a observar muy de cerca los movimientos de Hurricane. Lamentaba no poder explicarle a Magnus el porqué de su renovada fijación, de la cautela con la que lo seguía con la mirada a fin de averiguar cuál sería su siguiente paso y cómo podría ella arreglárselas para leer su pensamiento y estar al tanto de las nuevas.

Desde fuera, Magnus lo vería como que habían hecho las paces y volvía a estar interesada en él, cuando nada más lejos de la realidad.

—No me considero un tío celoso, pero no será porque no me das razones —le había comentado Magnus mientras sorbía de su cóctel, el tercero o cuarto que pedía desde que se habían tumbado en la piscina del hotel.

Ella no había dejado de vigilar las teclas que Hurricane pulsaba para responder a los mensajes, como si de lejos pudiera averiguar el contenido.

Maxine se giró hacia él con un nudo de culpabilidad en la garganta.

Desde que hablaron de la infidelidad de su mujer y Magnus le soltó aquello de que harían una pareja estupenda, Maxine sentía que su relación había adquirido una nueva dimensión. Ya no estaba fuera de la mesa la posibilidad de formalizarla una vez regresaran a Los Ángeles. Esto la inquietaba. Así Magnus fuera estupendo, Maxine no tenía las mejores referencias sobre los vínculos sentimentales.

Pero ya se había recuperado de la ruptura con Dylan, y era obvio que Hurricane jamás respondería sus preguntas. Contestó a las que le interesaron en el yate, lo que habló por sí solo. No tenía ningún otro frente a la vista que Magnus, y ni falta que le hacía. Hurricane fue descartado en cuanto descubrió que estaba casado, y había soltado del todo sus esperanzas después de aceptar que no le convenía en absoluto a su paz mental.

Maxine siempre había pensado en el amor como un requisito indispensable para tener una relación, además de entenderlo como una fuerza que lo ponía todo patas arriba, pero Magnus le había enseñado que la comodidad, la confianza y poder reírse con el otro era lo primordial a la hora de elegir un compañero.

Se había preguntado si no se estaba conformando con el primero que le había dado cariño, pero resolvió que no. Jamás había establecido un vínculo tan bonito como el que tenía con Magnus, y lo cierto era que sentía curiosidad por seguir explorándolo.

—Pensaba que no éramos exclusivos —comentó aun así, tendiéndose sobre el costado para darle toda su atención.

No, Magnus no era celoso ni posesivo, pero le gustaba saber que era respetado.

—Y no lo somos, cariño. Yo también ojeo el menú todo lo que puedo. —Encogió un hombro con coquetería antes de entrelazar las manos en la nuca—. Haz lo que te plazca, con o sin él. Pero ten más cuidadito con unos que con otros, que las preferencias son muy traicioneras.

—En mi caso no, porque te prefiero a ti y eres el mejor. —Le guiñó un ojo.

Y lo decía de corazón.

Aunque Maxine se había enamorado más de una y más de dos veces, ningún hombre le había transmitido la certeza de que jamás la haría llorar. ¿Cómo podría hacerle daño alguien como Magnus, si no? Por mucho que Maxine se quiso preocupar por esto, más por la huella que la experiencia le había dejado que porque él le hubiese dado razones, le había resultado imposible. Un tipo que sabía lo que quería, que tenía experiencia en las relaciones, que le daba su espacio y libertad y que hablaba sin tapujos porque no tenía miedo de sus sentimientos no podía decepcionarla en modo alguno.

Magnus sacudió la cabeza, como si su halago se le antojara una encantadora mentirijilla, y le robó un beso en la frente antes de retomar su lectura digital. Era temporada de fútbol europeo, la Champions League para más señas, y no había quien le despegara de las actualizaciones de resultados, estadísticas y noticias relacionadas con los equipos. Maxine bromeaba con que abría más la aplicación de BeSoccer que los correos de trabajo, y él se lo había confirmado con un asentimiento solemne, en absoluto avergonzado.

Aunque le gustaba estar con él, así fuera simplemente respirando el uno al lado del otro, Maxine no tardó en marcharse de la piscina, alertada por la misteriosa desaparición de Hurricane. No le cabía la menor duda de que dedicaba mañanas y tardes a investigar, como acabó deduciendo que hacía en Koh Phangan.

Y ella tenía que estar presente en esas investigaciones.

Recogió su toalla y su bolso y se despidió de Magnus con la excusa de que estaba cansada y quería dormir un rato. En lugar de subir a su habitación para ponerse algo más acorde para una posible escapada al centro de la ciudad, se puso encima del bañador seco un vestido ceñido de algodón blanco. Lo hizo con movimientos veloces, escondida junto a la recepción del hotel, donde gracias al eco oyó que Hurricane pedía un coche de alquiler.

Maxine no tuvo que perder el tiempo consiguiendo otro; Magnus le había entregado una copia de las llaves del que había alquilado él para hacer turismo durante toda la semana. Se ahorró el tiempo de corretear, jadeante, detrás de un Hurricane que iba dos pasos por delante. Fue directa al parking subterráneo, se acomodó, descalza, en el sedán negro, y esperó entre las sombras a que él apareciera escoltado por el empleado de turno.

Arrancó el coche justo después de que Hurricane subiera la rampa y sus retrovisores hubieran perdido de vista el aparcamiento.

El corazón le latía a toda pastilla mientras ocupaba la mano derecha con los botones del estéreo, que acabó ignorando en cuanto vio un cable USB.

Hacía tanto tiempo que no conducía que en parte estaba pletórica. La última vez que lo hizo fue para recorrerse la interestatal californiana mientras decidía qué hacer con la revelación sexual de Dylan. Después no volvió a usar su vehículo, y no tenía dinero para permitirse otro. Estaba disfrutando de la sensación de independencia y de ir sobre ruedas con su música preferida, una lista de reproducción dedicada a Ariana Grande, pero tampoco perdía de vista las señales de tráfico y la matrícula del coche de Hurricane, que seguía las indicaciones para alejarse de la costa.

No era muy avezada en materia de espionaje, desconocía si estaba siendo sutil, pero no podía decirse que no lo estuviera intentando. A ratos mantenía una distancia de dos coches, procurando que no fuera obvio que iban al mismo sitio, o se cambiaba de carril para disimular.

Transcurridos veinte minutos desde la salida del hotel, Hurricane torció a la izquierda para entrar en una gasolinera. Maxine lo siguió, pero fue hacia la fila de lavado de coches en lugar de al autoservicio. Desde allí echó un vistazo para ver qué hacía: hablar con un empleado, hacer

ademán de pagarle y luego dirigirse al interior del pequeño edificio con dinero en efectivo en la mano.

Maxine suspiró para relajar los músculos, tensados desde que se había subido al sedán, y subió el volumen un par de puntos. Estaba sonando una canción que le había recordado a Hurricane desde que lo conoció; la clase de canción que canturreaba una mujer enamorada cuando pensaba en el objeto de sus deseos.

You walked in
Caught my attention
I've never seen
A man with so much dimension
It's the way you walk
The way you talk
The way you make me feel inside[31]

Empezó a tararear tímidamente, pero acabó cantando con ganas mientras se aseguraba con miradas fugaces de que Hurricane no había salido aún de la gasolinera. La interrumpieron unos toques a la ventanilla, a través de la que solo acertó a ver una camiseta negra entallada.

No le dio tiempo a asomar la cabeza para confirmar que la había descubierto. En cuanto bajó el cristal con un mal presentimiento, Hurricane se agachó y apoyó los codos en el borde para mirarla por encima de las Ray-Ban.

—¿Vas al karaoke? —inquirió con aparente docilidad—. ¿O se te ha perdido algo?

Maxine se atragantó con su propia saliva y notó que el rubor le subía desde el escote.

¿La había escuchado cantar?

¿Siquiera eso era lo más relevante?

—Estoy... iba... a... hacer turismo.

Hurricane enarcó una ceja.

—¿Con el vestido de playa y las chanclas?

—¿Desde cuándo juzgas el estilo personal de una mujer? Yo me pongo lo que me da la gana para lo que me da la gana —rezongó, orgullosa de su excusa—. Así estoy cómoda.

Eso no era del todo cierto, porque no se había quitado la sal de encima. Llevaba todo el viaje cargando con una incomodidad generalizada, y aunque le encantaban los vestidos, no se los pondría ni para hacer turismo ni para todo lo que implicara caminar durante un rato. Los muslos desnudos provocaban una fricción resultante en dolorosas heridas.

—Qué casualidad que hayamos salido los dos a hacer lo mismo.

—Tú no vas a hacer turismo —rezongó ella, lanzándole una mirada rencorosa.

—Y tú mucho menos, Maxine —le espetó Hurricane con impaciencia. De su envidiable autocontrol apenas quedaban recuerdos. Se notaba que le corría prisa por concluir la operación, porque fue al grano agachándose más y quitándose las gafas de sol para mirarla a los ojos con toda la intensidad de su enfado—. Te dejé muy claro que no te metieras en esto.

—Yo no te hice ninguna promesa al respecto, ni ayer ni nunca. No puedes pretender que «me quede quietecita» —parafraseó, entrecomillando con los dedos— cuando ya estoy involucrada. ¿O es que olvidas que el FBI habló conmigo? No soy la inocentona que no sabe a lo que se expone por la que insistes en tomarme.

Hurricane giró la cabeza con la mandíbula apretada. Parecía buscar con la mirada a un individuo externo con el que compartir su desesperación, pero no encontraría a nadie más que a

ella.

¿Por qué no aceptaba que estaban juntos en eso?

—Mi compañera se las va a arreglar para devolverte a casa por entrometida, y eso por ponerlo de un modo agradable.

—No veo a tu compañera por ninguna parte. Y si quieres reforzar tu coartada de que vas a hacer turismo, ¿no es más creíble que lo hagas conmigo, la que fue tu sumisa y con la que estás teniendo idas y venidas estos días?

—Maxine —la interrumpió, exasperado—, esto no es un juego.

Su réplica mordaz la ofendió.

—Mira, puedes llevarme contigo o puedes resignarte a que te persiga hasta averiguar lo que has descubierto. Lo que te resultará imposible es borrarme la memoria, porque ya esté aquí o esté allí, seguiré sabiendo lo que sé. Seguiré formando parte de esto. Creo que tenerme al día y dejarme colaborar contigo es lo mínimo que puedes hacer por mí después de haberme utilizado como cebo para encerrar a un par de traficantes de personas. ¿O ya se te ha olvidado lo que pasó?

Odiaba la sombra de remordimientos que se adueñaba de su expresión cada vez que mencionaba la fatídica noche. Maxine no era de las que disfrutaban haciendo sufrir a los demás con sus reproches, y, además, era en la vergüenza de Hurricane donde veía reflejada la extensión del peligro que corrió.

Ella era consciente de que podría haber muerto. Se quedaba paralizada cada vez que lo pensaba. Pero él tenía una visión de lo sucedido que multiplicaba esa sensación de riesgo, y que hacía incluso más difícil que volviera a sentirse a salvo a su lado.

No fue su culpa que quisiera ayudar a Carey, pero podría no haber llegado a tiempo.

—Aparca el coche por ahí detrás —le indicó Hurricane con voz queda. Gesticuló con la cabeza en dirección a la parte trasera de la gasolinera—. Luego vendremos por él.

—Pero...

—Te espero en el mío.

Se dio media vuelta y emprendió la marcha hacia el otro sedán, cortesía del hotel.

Maxine no obedeció enseguida. Se quedó donde estaba, apretando el volante con una mano y descansando la otra, relajada, sobre la palanca de cambios, observando la figura de Hurricane con una mezcla de desamparo e impotencia.

¿Y qué si le había hecho daño al exigirle que la incluyera en la ruta? Que se hiciera cargo de las decisiones que tomó en el pasado era lo mínimo. Ni siquiera había sido particularmente específica al reprochárselo. Todavía no había llegado a la parte más dolorosa para Maxine, la que por más que lo intentaba no conseguía disculparle: que se olvidara de ella en cuanto vio a Ayane en el avión.

Condujo el coche hasta la parte trasera de la gasolinera, tal y como le había pedido, y unos minutos después ya estaban de camino. Lo único que se oyó fue el clic del cinturón de Maxine, que respiraba con disimulo por miedo a quebrar ese silencio tenso pero necesario para alejarla de Hurricane, y la suave melodía del estéreo, *Nothing's Gonna Hurt You* de Cigarettes After Sex.

Maxine esbozó una sonrisa amarga al seguir la letra, en la que el cantante le prometía a su amante que nada le haría daño mientras permaneciera a su lado. La canción perfecta para el momento, se burló para sus adentros.

Supo que Hurricane había adivinado el curso de sus pensamientos, porque apretó el volante y se incorporó a la vía con brusquedad.

—Esto es lo que sabemos por ahora —dijo él, transcurridos unos minutos.

A continuación, la puso al corriente sobre la temida figura mexicana, El Diablo, que estaban

investigando las dos grandes agencias de protección; el nombre de las mujeres desaparecidas de nacionalidad norteamericana que estaban buscando, incluida Carey; la información que su esposa, a la que se refirió como «agente Nagai» en todo momento, les había proporcionado; lo que significaba la presencia de mujeres externas en Fuego y Sangre. Le explicó a dónde se dirigían: a la zona de prostitución de lujo de Acapulco donde en teoría Camila, la menor de edad que había disparado sus celos, trabajaba bajo la supervisión del traficante latino.

Maxine pasó por todos los estados durante la exposición de Hurricane. Sintió pavor por el alcance de la red de trata, preocupación por Carey..., pero también la embargó la misma vergüenza que la noche anterior, cuando Hurricane le dijo que había estado bailando con la pobre chica para obtener información.

Él trabajando por el bien, no ya de Estados Unidos, sino de las mujeres y menores del mundo entero, y ella restregándose con Magnus para provocarle un ataque de celos que pudiera rivalizar con el suyo, todo esto a fin de sentirse menos sola en el turbulento océano de sentimientos contradictorios que era su cabeza. Era patética, pensó, pero solo lo pensó un segundo; lo que la voz de Carey, que era, a su vez, su voz de la razón, tardó en alzarse para recordarle que ella no tenía por qué saber eso porque no era adivina.

También se tensó al oír aquel nombre, «agente Nagai», como si se tratara de un tema tabú entre los dos. No lo era, o no con exactitud, porque Maxine la mencionaba siempre que venía a cuento. Pero ese par de momentos en los que la sacó a colación, notó que algo en la cara de Hurricane cambiaba. No se ensombrecía su mirada, ni hacía un gesto fácilmente descifrable; no podía decirse que mudara de expresión. Pero Maxine lo percibía. Era como si el cielo se nublara de repente.

—¿Dices «agente Nagai» para no ofenderme, o algo así? —preguntó de todos modos.

En un principio, Maxine se había callado todas las preguntas que tenía en lugar de ir por Hurricane en busca de respuestas porque pensaba que no tenía derecho a saber, pero ya no iba a permitir que su propio cielo también permaneciera nublado con tal de no importunarlo.

Hurricane debía ser de su misma opinión, porque no se cerró en banda.

—¿Qué quieres decir?

—A mí me la presentaron como Nagai-Ryder —le recordó con aspereza.

—Ah. —No apartó la vista de la carretera. Según el GPS que había improvisado conectando el móvil al estéreo, estaban a cinco minutos de su destino—. En realidad lo hago en deferencia a ella. Es de suponer que se quitará el «Ryder» cuando vuelva.

Maxine clavó la mirada al frente para que él no se diera cuenta de que la noticia tenía un efecto en ella. Se había imaginado que la relación sufriría un revés, pero no hasta ese punto. Y aunque más de una vez soñó con que Ayane desaparecía de escena de una manera u otra, o, mejor dicho, con la realidad alternativa en la que nunca llegaba a casarse con Hurricane, no se sintió bien al conocer la noticia.

Ya nada relacionado con él la hacía sentir bien.

—¿Y... —tanteó, dudosa— cómo te lo estás tomando?

—Son apellidos que nunca combinaron del todo —atajó con voz queda.

Maxine se preguntó si había algún tipo de mensaje oculto en la respuesta o solo era un comentario superficial para dar el tema por zanjado.

Pero para ella no estaba zanjado ni de lejos.

Quería saber qué había pasado, por supuesto, pero también cómo era Ayane, aparte de dueña de esa belleza delicada, nostálgica y al mismo tiempo sensual que poseían las mujeres asiáticas. Quería saber cómo era Ayane individualmente, qué cualidades de su carácter lo conquistaron, y

también cómo era con él, cómo fue su matrimonio, si vivieron una relación tumultuosa o a todas luces perfecta, si Hurricane era feliz antes del secuestro o esto último solo fue el colofón de un infierno compartido. Y no quería saberlo por curiosidad, sino para fustigarse con la respuesta, para torturarse comparándose con una mujer que sospechaba que era mejor en todos los aspectos.

Por eso no podía pensar en Hurricane o ilusionarse con Hurricane. Lo que giraba en torno a él había empezado a hacerle daño, a sacar ese lado de sí misma que se saboteaba y nunca dejaba de sentirse en inferioridad de condiciones.

También quería que se abriera para saber cómo tratar el asunto, si mencionarla más o menos, si necesitaba consuelo. Porque en el fondo, y sin importar lo que hubiera pasado, Maxine nunca le había negado su compasión. No lo haría ni siquiera entonces.

Carraspeó para introducir el cambio de tema y, mientras se frotaba los muslos en los que más notaba la piel de gallina, preguntó:

—¿Y qué vas a hacer cuando lleguemos, Caine? ¿Entrar en el edificio y fingir que vas a acostarte con la chica para interrogarla en cuanto os quedéis a solas?

Hurricane se giró hacia ella con una mueca entre socarrona y desconcertada.

—¿Otra vez Caine?

—Eso he dicho.

—¿Vas a seguir llamándome así después de lo mucho que te esforzaste por averiguar mi nombre?

«Nunca lo averigüé», estuvo a punto de responder con amargura. «Ni acerté ni tú me lo dijiste. Me enteré de casualidad».

—Bueno... —Maxine se arregló el borde del vestido con gesto santurrón—. Seguimos en Fuego y Sangre, ¿no? Lo que quiere decir que debemos mantener un perfil bajo y llamarnos por nuestros apodos.

—Caine no es mi apodo.

—Ya, pero como diminutivo sirve para jugar al despiste. La gente pensará que te llamas así.

—Desde luego, si nos pillan, tenemos coartada —se mofó amistosamente.

Maxine le lanzó una mirada perdonavidas.

—No te burles de mí.

—Yo nunca me burlo de ti —murmuró mientras manipulaba el volante para aparcar en paralelo en un hueco que parecía haberlos estado esperando—. Prepárate para salir.

Capítulo 22

Maxine echó una ojeada a través de la ventanilla, tan muerta de curiosidad como turbada por lo que encontrarían allí. Había que localizar a Camila y utilizarla como llave de acceso al prostíbulo que teóricamente regentaba El Diablo.

Era vergonzoso que Hurricane tuviera que fingir ser un putero para abrirse camino, pero pensándolo bien también era la opción menos arriesgada.

—¿No llevas una pistola, o algo así? —preguntó ella en cuanto Hurricane echó el freno de mano. Sin mirarla, él sonrió para su coleto.

—Esto no es Texas. No puedo llevar un arma encima sin llamar la atención. La ley mexicana permite la posesión en el domicilio para la seguridad y legítima defensa de quienes allí viven, pero sacarla a pasear a un tugurio es otro tema.

—¿Y cuál es la alternativa? ¿Que te disparen a ti? —se quejó, contrariada—. No es que desempeñes un trabajo libre de peligro.

—Sería bastante más arriesgado querer entrar con una pistola en un prostíbulo donde sospechamos que hay mujeres trabajando forzosamente, ¿no crees? Uno no suele cargar una Glock mientras está follando, y solo la policía va armada a todas partes. Me estaría poniendo en evidencia, Maxine. —Su expresión se suavizó antes de añadir—: Y a ti tampoco te va a pasar nada.

Ella desvió la mirada al borde de su vestido, que se entretuvo doblando, nerviosa, para disimular que se le había acelerado el pulso al escucharlo. «Mientras está follando», había dicho. Raras veces utilizaba un vocabulario obsceno, pero cuando lo hacía, Maxine sentía un inexplicable regocijo. Incluso había evocado recuerdos sexuales que no podía permitirse en ese momento.

—¿Cuál va a ser la excusa para justificar mi... mi interés en Camila?

—Venimos a hacer un trío —resolvió, encogiéndose de hombros—. Pero creo que bastará con que nos presentemos como invitados de la organización.

A Maxine le pareció una mentira creíble y lo imitó en cuanto abrió la puerta del coche. Una vez fuera, se fijó en que la calle estaba muy concurrida para no ser ni siquiera las seis de la tarde.

Había leído en alguna parte que Acapulco solía ser una de las ciudades más conocidas por su oferta sexual hasta que los índices de violencia se dispararon y tuvieron que cerrar los locales de la famosa «Zona Roja».

Claro que eso no acabó con el problema. Los proxenetas, como hormigas trabajadoras en busca de un techo bajo el que refugiarse, se llevaron su dinero y a sus mujeres a otra parte. En sus ratos de turismo, Maxine había visto prostitutas en partes de la ciudad consideradas caras.

En aquella calle ni siquiera disimulaban. Se notaba que era el punto al que acudían tanto trabajadoras sexuales como interesados en el servicio, y no todos los segundos eran mexicanos de nacimiento; sin necesidad de pegar la oreja, Maxine oyó acentos ingleses, norteamericanos, españoles, y hasta reconoció en un hombre casi albino el aspecto prototípico de los nórdicos.

También había todo tipo de mujeres apostadas en las esquinas fumando con desgana, o agrupadas en un banco mientras pinchaban con el tenedor la comida de una fiambrera que seguramente se habrían preparado ellas mismas. Algunas se reían con las que se notaba que eran sus amigas, o por lo menos compañeras de trabajo, pero otras permanecían al margen con la mirada perdida o consultando su teléfono móvil.

La mayoría eran latinoamericanas, o eso le pareció al escucharlas hablar con sus acentos mexicanos, colombianos y dominicanos.

—Aquí la prostitución no está muy perseguida —le explicó Hurricane, como si hubiera leído sus pensamientos. Maxine no se había dado cuenta de que conforme se iban acercando a la dirección que Camila le había dado, ella se había ido plegando al costado de Hurricane en busca de protección—. Por eso te puede parecer que son descarados.

Maxine se percató de que uno de los potenciales clientes la localizaba a lo lejos. Involuntariamente, se tiró del vestido hacia abajo e intentó ignorarlo, cohibida por la mirada que le lanzaba. Era una mirada lujuriosa como podría serlo la de Magnus, la de Hurricane, pero el hecho de pertenecer a un hombre al que no deseaba y que la veía como una herramienta para obtener placer establecía una diferencia abismal.

Se estremeció pensando en las mujeres que la rodeaban, en aquellas que la observaban con una mezcla de envidia y competitividad, como si fuera a robarles los clientes, y en aquellas que solo sentían curiosidad. Cada día de su vida tendrían que complacer a tipejos asquerosos, cuya mayoría no las consideraban ni siquiera un ser humano, tan solo un cuerpo caliente en el que vaciarse. Pensar que Carey pudiera haberse visto arrojada a esa vida de la noche a la mañana le partió el alma.

Llegaron a una amplia plaza. Los coches de los puteros que conducían hasta allí en busca de carnaza se amontonaban en caóticas filas. Las mujeres bajaban de la acera y zigzagueaban entre los vehículos para acudir a sus llamados. También había un grupo de tipos fumando con impaciencia a las puertas de un edificio remodelado, que llamaba la atención precisamente porque el resto de las fachadas presentaban desconchones y un desolador estado de abandono.

Nadie vivía allí desde hacía mucho tiempo, pero eso no significaba que no se utilizara con otros fines, pensó Maxine.

Solo ese podía ser el prostíbulo donde trabajaba Camila.

La puerta del edificio se abrió, y un hombre con muy malas pulgas, rapado y desaseado salió tirando del brazo de una chica con el cabello mal teñido de rubio. Maxine no alcanzó a ver mucho más, porque Hurricane la tomó del brazo para situarla en un punto discreto de la plaza.

Ese gesto bastó para que cayera en la cuenta de que se trataba de Camila, a la que le había costado reconocer.

—¿Y dices que le has dado la dirección? —oyó que decía el tipo en un castellano con acento —. ¿Estás loca, o qué? ¿No te enteras de que aquí solo se viene con invitación?

—Y eso hice yo, invitarlo —rezongaba la chica. Hurricane volvió a guiar a Maxine con delicadeza para ponerla a resguardo en la boca de un callejón. Al fondo, protegida por la semioscuridad, una prostituta le practicaba una felación a un cliente; otra había rodeado con las piernas la cintura de su pagador mientras este la penetraba violentamente. Ninguno se fijó en ellos—. ¡Estaba en el yate de El Diablo! ¡No era cualquiera!

—Pues te lo hubieras chingado allí, estúpida —gruñía su acompañante... ¿o su verdugo? Conteniendo la respiración, Maxine se asomó hacia la calle y observó la escena. El moreno tironeaba de la chica, torpe sobre los vertiginosos tacones, en dirección a uno de los coches aparcados, un Renault blanco y destartalado—. ¿Cómo era físicamente?

—Alto... Tenía los ojos claros. Renata me dijo que era güero, pero a mí no me lo pareció tanto, aunque tampoco pelinegro. La neta se veía bien guapo.

—Vas a tener que ser más específica, porque en cuanto aparezca, lo largamos.

Maxine lanzó una mirada preocupada a Hurricane. A juzgar por su expresión, también estaba escuchando, y aunque no le gustaba lo que oía, se notaba que ya estaba pensando en una nueva

estrategia.

—¿Qué quieres que te diga? ¡Tenía barba, qué se yo! ¡Andábamos todos pacheco!

—Juan, métela en el carro —le indicó el tipo que había estado hablando con ella—. Voy a darme una vuelta a ver si encuentro al fulano y a avisarles al resto que a ese hay que bloquearle la entrada. Me dijo El Diablo que había que andarse con cuidado con los tipos de Fuego y Sangre, que ya salió una agente federal de allí y no sería raro que estuviese infestado de chotas.

Maxine agarró la mano de Hurricane en un gesto involuntario. Él se la apretó para hacerle saber que todo estaba aún bajo control.

¿Cómo no se les había ocurrido? Ayane fue interceptada el año anterior, y permaneció una larga temporada bajo el yugo de los traficantes. Esta habría acabado confesando quién era en algún momento, así fuera mediante tortura y por supervivencia.

—No lo entiendo —balbuceó Maxine, agobiada—. ¿Por qué han seguido organizando eventos si saben que están bajo escrutinio?

Oyó una carcajada de uno de los tipos que pretendían escoltar a Camila a solo Dios sabía dónde.

—La neta que yo admiro al jefe, pero no lo entiendo. Sabe que lo de Fuego y Sangre está cabrón y aun así aloja el evento y pretende repartir invitaciones a los participantes... ¡Ya deja de revolverte, niña! ¡Arranca, Juan!

Maxine vio pasar al coche después de dar un acelerón peligroso que dejó la marca de las llantas en el pavimento. Se asomó de nuevo, inquieta, y comprobó que dos tipos se habían unido al mexicano que parecía al cargo para pasearse entre las prostitutas y sus clientes. La mayoría no bajaban de sus vehículos; eran las mujeres las que se acodaban en la ventanilla para escuchar injustos regateos, pero eso no le importaba a los amigos de El Diablo, que empujaron a una de las trabajadoras y apuntaron con la pistola al conductor.

—¿Tú qué dices, Beni? —inquirió el mexicano con la cabeza ladeada—. ¿Este se ajusta a la descripción? Dijo Cami que su novio iba a venir sobre esta hora.

—¿Qué coño haces, tío? —gritó el putero en un inglés afectado por el pánico—. ¡Baja el arma o llamaré a la policía!

—¿Ha dicho policía? Ya se agüitó el pendejo. Órale, le echas una llamadita a la chota, pero luego llamas a tu esposa y a tus hijos, a los que te has dejado en el resort de cinco estrellas con la excusa de ir a por tabaco para chingarte a una lugareña, ¿a que sí? —se burló el tipo en el mismo idioma para cerciorarse de que lo entendía. Incluso a esa distancia, Maxine lo vio palidecer—. *N'ambre*, quítale la pipa de la cara, que este no está guapo como dijo Camila.

Maxine se giró hacia Hurricane en cuanto los esbirros de El Diablo se apartaron del coche y comenzaron a moverse por la explanada. El miedo se apoderó de ella al ver que se aproximaban hacia el callejón.

Buscó la mirada de Hurricane para encontrar en esta una orden, una sugerencia, el camino que seguirían, pero él solo actuó de la única manera en la que era posible justificar su presencia allí; la única manera en que podría asegurarse de que nadie perdía el tiempo interrogándolos, aunque fuera para no interrumpir.

Sucedió en apenas segundos. Hurricane la empujó contra la pared, le desabrochó tres botones del vestido hasta que sus pechos quedaron a la vista y sacó un par de billetes del bolsillo del tejano para metérselos en el colorido bikini, que podría pasar por un sostén barato.

Maxine abrió la boca para preguntarle qué hacía, abrumada por la impaciencia de sus movimientos, pero los tendrían encima en cuestión de segundos y, además, Hurricane disipó las dudas cogiéndola de las muñecas y besándola con rudeza.

Maxine jadeó contra su boca, primero por el asombro, e instantes después debido al estremecimiento que la sacudió hasta la férula de los huesos. Hurricane se apretó contra su cuerpo mientras le inmovilizaba las manos a cada lado de la cabeza, y exploró su boca con un beso húmedo e interminable que le trajo recuerdos de lo que parecía otra vida; recuerdos de besos igual de cálidos y sensuales en el balcón de un bungaló tailandés. Solo que el que estaba recibiendo en ese momento no tanteaba ni pedía permiso, era fiero y violento, y no por ello menos irresistible.

Los tobillos empezaron a fallarle y se olvidó de lo que sucedía alrededor, de que las prostitutas seguían contoneándose por la acera, de que los esbirros de El Diablo vigilaban, de que la estaban tomando por una puta, y a Hurricane por su putero. Era puro teatro, el mismo teatro que él llevó a escena durante todo el primer evento de Fuego y Sangre, pero lejos de importarle, se aprovechó del momento y frotó las caderas contra las suyas, igualando el ritmo desesperado de ese beso con el que pretendía devorarla, con el que desataba al animal casi siempre domesticado que vivía dentro de sí.

Ya no seguía órdenes. Estaba fuera de la jaula, porque nunca la había tocado de esa manera, ni en público ni en privado, y resultaba terriblemente excitante.

Hurricane deslizó una mano impía por su cuerpo hasta la pierna, que le agarró por el muslo para pegársela a la cadera y poder embestirla directamente contra el sexo sensible. El vestido se le había levantado, pero no le importaba que le vieran la parte inferior del bikini. No le importaba nada más que el ardor de su boca, que las manos que la agarraban haciéndole daño, como si quisiera que ella las siguiera sintiendo horas después en las marcas de su piel.

Podrían haberse detenido ya. Hacía un buen rato, en realidad. Pero Hurricane seguía enganchando besos que la iban a matar, y ella era tan débil que solo podía gimotear contra sus labios cuando le concedía una pequeña tregua para respirar.

No supo cuánto tiempo permanecieron allí, fingiendo ser lo que no eran, ni puta y putero ni solo amantes, pero cuando él se separó, despeinado, con los labios hinchados y la mirada perdida, totalmente desequilibrado, Maxine sintió que le habían arrancado una parte del cuerpo. Pero su cuerpo seguía donde Hurricane lo había dejado: desmadejado contra la pared y con la sangre ardiendo.

Lo vio mirar a un lado y a otro mientras se relamía discretamente para confirmar que no había moros en la costa. A continuación, le recolocó el vestido con la delicadeza de un padre preocupado y la tomó de la mano para guiarla de regreso al coche. Estaba implícito en la situación que era demasiado peligroso seguir indagando, y el vehículo donde habían montado a Camila ya se había marchado.

Cuando dejaron atrás la plaza, Hurricane soltó la mano de Maxine y abrió un pequeño espacio entre los dos. Ella, todavía con la respiración alterada y caliente como el infierno, observó en su expresión que no lo había hecho porque él quisiera poner distancia, sino por si acaso se sentía incómoda.

En completo silencio, Hurricane le sujetó la puerta del coche para que pasara. Maxine lo vio rodear el vehículo con la mirada perdida, como si volver en sí mismo le aterrara porque supondría hacer frente al hecho de que habían estado a punto de tener sexo allí mismo y ninguno de los dos se habría arrepentido.

No arrancó el sedán enseguida. Se quedó sentado con las manos muertas sobre el volante y la vista al frente.

«No había ninguna necesidad de hacer eso», le habría gustado increparle. Pero sí había una necesidad. La de ella. Una necesidad pulsante y demoledora. Maxine llevaba meses ansiando

sentirlo así de cerca, tan apasionado y entregado como la única vez que durmieron juntos.

Como si las manos no le pertenecieran, Maxine sacó los billetes del interior del bikini y se los tendió, consciente de que su anhelo era tan visible que debería sentirse avergonzada.

—Creo que esto es tuyo —balbuceó con voz débil.

Hurricane se giró hacia ella, pero no la miró a la cara, sino a los doscientos pesos que temblaban entre sus dedos. Concentrado en esa parte de su cuerpo, él hizo ademán de cogerlos, pero solo se quedó sujetando el borde de los billetes como si se le hubiera agotado la batería. Respiraba de forma irregular, y parecía que no fuera físicamente capaz de hacer contacto visual.

Rozó los dedos de Maxine. Al principio, ella pensó que había sido sin querer, pero sintió su caricia conforme iba rodeándole el dorso hasta que la sujetó de nuevo por la muñeca. Maxine solo observaba en completo silencio, porque el estéreo estaba apagado. Lo único que atenuaba la ausencia de sonido eran sus respiraciones entrecortadas.

Hurricane se llevó su mano a los labios y le besó los nudillos con los ojos cerrados. Le besó la cara interna de la muñeca, el hueso saliente, y tiró lo justo para alcanzar el centro del antebrazo.

Maxine no pudo soportar la fervorosa pasión de sus besos y tomó impulso para pasar de su asiento al del piloto. Se sentó a horcajadas sobre Hurricane, que no solo no emitió ninguna queja, sino que metió las manos debajo de su vestido enseguida para agarrarla por las nalgas como si quisiera dejar la marca de sus uñas. Maxine volcó las caderas hacia delante para sentir el calor de su semierección y gimió antes de apoyar la frente contra la de él.

Quería decirle algo, pero ¿el qué? ¿Y si solo el sonido de su voz lo estropeaba? Con Hurricane siempre tenía la sensación de que hablar era innecesario; de que las palabras lo habían echado todo a perder. En momentos como ese le bastaba con saber que tenía el poder de alterar su respiración.

Hurricane emitió un suspiro que pareció más un lamento antes de volver a besarla como si el mundo se estuviera desmoronando. Maxine ahuecó su rostro con las manos, deleitándose con el tacto de la barba que se había dejado, y lo acarició hacia arriba para desenredar los mechones más largos. No dejó de mover las caderas contra su bragueta a un ritmo confuso y violento que empezó a hacerla sudar enseguida. Se oía gruñir y hacer sonidos que nunca antes habían salido de su boca; tampoco de la de Hurricane, que interrumpía sus propios gemidos para seguir besándola. Con una mano sobre sus nalgas marcaba el movimiento de cadera de Maxine, y con la otra agarró un pecho por encima del vestido y lo masajeó hasta arrancarle un sollozo placentero.

Después todo degeneró en un borrón de manos y labios. Ambos eran víctimas de la enajenación del sexo. Maxine le quitó el cinturón a trompicones mientras él, sediento, bebía de su cuello; Hurricane desarmó la parte de abajo del biquini tirando de un extremo del lazo y ella lo recompensó —o lo castigó— mordiéndole el lóbulo de la oreja. Ya estaban jadeando al borde del infarto cuando Maxine resbaló sobre su dura erección y empezó a cabalgarlo a una velocidad espoleada por su angustia, por el eco de los celos de los días anteriores, por el deseo enfermizo que solo ese hombre suscitaba en ella; porque lo quería. Era justo porque lo quería que se aferró a sus hombros con un brazo posesivo y metió la otra mano en el interior de su camisa, buscando el confuso latido de su corazón. Él la dejaba hacer delineando su mentón con besos que le ponían la carne ardiendo y acariciándole los muslos y los cachetes como si el tacto de su piel lo prendiera más que ninguna otra cosa.

Maxine tuvo que agarrarse con fuerza al respaldo del asiento para coger el impulso que necesitaba y así moverse más deprisa. La percusión de sus carnes al encontrarse con rítmicos golpeteos, los jadeos entrecortados, los besos que acababan en mordiscos; todo eso que se escuchaba y todo aquello que sentía por dentro los hicieron explotar casi a la vez, primero a

Maxine y después a Hurricane, que se enrolló los rizos en el puño y la mantuvo pegada a él, mejilla con mejilla, mientras se corría en su interior.

Tardó más de lo habitual en recuperarse. El calor concentrado en el espacio cerrado no ayudaba a disipar el deseo que seguía flotando entre ellos. Se imaginaba hinchada, marcada por sus dientes y sus dedos, y se encendía, y la encendía también estar todavía sobre él, tener su miembro enterrado entre los muslos. Tardó por todo eso y porque la bestia que la había poseído no quería marcharse tan deprisa.

Maxine tragó saliva. Notaba la boca seca y la piel a mil grados centígrados, como si la hubieran arrojado desnuda al Valle de la Muerte. Se separó de él con torpeza, pero no habría llegado hasta el asiento del copiloto si Hurricane no la hubiera ayudado gentilmente.

A fin de hacer tiempo y organizar sus ideas, Maxine se peinó los rizos. Evitó mirarse en el espejo adrede, a sabiendas de que la imagen la conmocionaría.

—No deberíamos hacer esto otra vez —articuló entre balbuceos. Tuvo que coger aire antes de explicarse, y advertirse de que romper a llorar estaba fuera de la mesa—. Yo... yo... no retiro nada de lo que te dije... te dije anoche. Sigo dolida, y creo que acostarnos solo... me confundiría más, y la verdad es que quiero intentar... En el futuro me gustaría tener otro tipo de relaciones, unas... sanas y comunicativas, y... —Se humedeció los labios, todavía sin atreverse a mirarlo. Notaba el semen de Hurricane deslizándose entre sus piernas. Juntó los muslos y apretó para retenerlo, guiada por un morboso deseo, por la necesidad de aferrarse a las pruebas de que aún había algo entre los dos—. Sé que no estamos hablando de relaciones. Solo digo que tener sexo es... es inadecuado.

Oyó la voz de Hurricane, enronquecida por lo que acababa de suceder y también distante.

—¿Y qué quieres que hagamos con esto?

Sabía a qué se refería con «esto»: a la necesidad sobrehumana de tocarse. No la miró al hablar, ni apartó la mano del volante.

—No sé —admitió en un murmullo desvalido.

—Si pretendes ayudarme con la operación, pasaremos tiempo juntos. Tendrás que renunciar a colaborar, o...

Maxine tiró hacia abajo del vestido. Sin tenerlas todas consigo, sugirió en tono vacilante:

—O podemos intentar controlarnos.

—Y una mierda. —No sonó agresivo. Solo impotente y a la vez sabiamente resignado a lo que no podía controlar—. Yo estaba abocado a esto desde que te conocí, Maxine.

—¿A qué? —inquirió, confusa.

—A perder los papeles. Si me dijeras que no, no insistiría, pero si te me vuelves a sentar encima... —Sacudió la cabeza y echó una mirada rápida por la ventana antes de volver a aferrar el volante—. Esto ya no es como en Tailandia, Maxine. Me ofrezcas lo que me ofrezcas, lo voy a tomar. —Y sonó a amenaza, una amenaza irresistible.

Ella esperó a acompasar la respiración para musitar:

—Siempre podemos... Bueno, durante el rol todo vale, ¿no? Si lo reservamos para por las noches..., por las mañanas podríamos estar lo bastante lúcidos para centrarnos en lo importante.

Hurricane no respondió enseguida, y Maxine dio por hecho que sería porque estaba meditando el ofrecimiento.

—Solo por las noches —repitió para confirmar.

—Y sin exclusividad —apostilló, recordando a Magnus.

No, Magnus Vass no era alguien a quien estuviera dispuesta a renunciar. Si por el momento y debido a las circunstancias no podía tenerlo todo de nadie, disfrutaría de ese poco que podían

entregarle ambos, sin ataduras ni remordimientos.

Hurricane apretó el volante hasta que se le tensaron los músculos del antebrazo, pero por lo demás permaneció impertérrito.

—Muy bien —acotó con voz queda, y giró la llave del contacto para arrancar.

Capítulo 23

No mencionó nada cuando hablamos en la oficina. ¿A ti te lo dijo? ¿Te dijo que destapó su secreto?

Jace pulsó el botón de enviar.

Había pasado todo el viaje de regreso al hotel con un millón de preguntas a cada cuál más apremiante. ¿Por qué Ayane no había mencionado que desveló su categoría de agente ante los secuestradores? ¿Por qué se había guardado información tan sensible?, ¿la clase de información que frustraría la operación antes incluso de ponerla en marcha?

Hasta el momento habían contado con la ventaja del factor sorpresa, pero si la organización estaba al corriente de la presencia de agencias nacionales en Fuego y Sangre, podían estar tomando todas medidas de protección para que no dieran con una sola pista.

Esperó en el parking subterráneo a que Maxine llegara. La había dejado en la gasolinera para que recuperara el coche de alquiler, y a partir de ahí habían hecho el viaje por separado.

Mejor. Así podía pensar en las complicaciones de la misión. También peor, porque así podía pensar en las complicaciones de la misión. Claro que las complicaciones de su trato con Maxine también eran igualmente inquietantes.

La joven bajó del sedán tirándose del vestido hacia abajo. Miró a un lado y al otro con discreción, buscándolo entre los vehículos aparcados.

Él no salió enseguida. Se tomó la libertad de quedarse donde estaba con todo el cuerpo en tensión, todavía dolorido por las caricias que le habían faltado. La observó inclinarse para recuperar las llaves del contacto, su bolso de playa, las chanclas que se había quitado para conducir.

En Koh Phangan, el simple hecho de mirarla solía ser una tortura. Al mismo tiempo, le proporcionaba un alivio indescriptible. Avivaba su culpabilidad porque encontraba ridículamente adorable cada mueca que ponía y cada palabra que salía de sus labios, pero también evitaba que siguiera despreciando la vida y todo lo que esta ofrecía. No había persona más vivaz y determinada que Maxine, más real y pura.

Meses después, seguía suscitando las mismas emociones en él, pero con una intensidad insoportable.

Jace se aferró al volante mientras ella se apartaba los rizos de la cara con aquel movimiento compulsivo suyo. Suspiró, harto y agobiado a partes iguales. Aún no sabía cómo diablos era posible morirse de miedo y morirse de deseo al mismo tiempo. Parecía que la pasión siempre encontraba una grieta en la armadura del hombre para hacerse notar.

Porque sí, a fin de cuentas, él solo era un hombre.

Un hombre con debilidades.

Salió del coche cuando sintió que estaba listo para disimular su impotencia.

—Ven conmigo arriba —le dijo con voz queda.

Mientras se dirigían a su dormitorio, Jace no despegó la mirada de la pantalla iluminada, donde destacaba el único mensaje que le había mandado a Wray. En teoría, el número estaba registrado a otro nombre. El director lo contrató exclusivamente para urgencias. Y si eso no era una urgencia, ¿qué lo sería?

Apenas llevaba unos minutos en la habitación con Maxine cuando se oyeron unos toques a la puerta. Esta se abrió antes de que formulara una afirmativa.

—Oh —se sorprendió Reyes, aunque en su estilo contenido. Alternó una mirada entre Maxine

y él, y a continuación se recostó contra el marco con una mano en la cintura—. No sabía que tendrías compañía. Vendré luego...

—No, quédate.

Reyes esbozó una sonrisa incrédula.

—¿Quieres que las dos te entretengamos? Desconocía tu faceta acaparadora.

—Puedes cortar el rollo —atajó con sequedad, consultando de nuevo el móvil para confirmar que el jefe no le hubiera contestado. No era la actitud más indicada para afrontar el cambio de planes, pero no pudo ofrecerle nada mejor que una sencilla explicación—: Maxine ya sabe lo que hay.

Reyes permaneció bajo el umbral un par de segundos más, asimilando que había ido contra sus órdenes explícitas. Después cerró la puerta y avanzó hacia él hasta que sus brazos casi se rozaban.

—¿Qué te advertí el primer día, Ryder? —le increpó entre dientes, ignorando de forma deliberada la presencia de Maxine. La aludida no se movió de su lugar junto a la ventana—. ¿Qué fue lo que te dije?

Jace bajó el brazo que sujetaba el móvil con cansancio.

—Que si existía la más remota posibilidad de largarle lo que hemos venido a hacer, te lo dijera en el momento para que tomaras medidas.

—Ajá. Muy bien —asintió con condescendencia—. Temía que el problema fuera que te cuesta retener la información.

—¿Recuerdas qué te respondí yo, Reyes? —Impaciente, guardó el iPhone en el bolsillo y la encaró con severidad—. Que no eres mi superior. No conseguimos llegar a un acuerdo y ahora estamos aquí. Te sugiero que no perdamos el tiempo con discusiones inútiles.

—Conque esas tenemos, ¿no? —jadeó, a caballo entre la perplejidad y la indignación. Se pasó una mano por el pelo peinado hacia atrás—. Debería llamar ahora mismo para que te manden de vuelta a casa. No te quepa la menor duda de que te van a inhabilitar una vez regresemos, Ryder. No te hice la advertencia porque me guste andar por ahí siendo la villana de la película. Hablarle de una operación delicada a una persona externa va contra las malditas normas.

A falta de patear lo primero que encontrara, Jace le rogó a los dioses que le devolvieran la templanza que estaba abandonando su cuerpo.

—Maxine no es una persona externa. Es una persona que salió perjudicada en Koh Phangan, que ya conocía la historia y que tiene los mismos intereses que nosotros. Además, yo acabo de ser descartado para infiltrarme en los prostíbulos de El Diablo. A no ser que se te ocurra un plan maestro para introducirte, necesitaremos a alguien que sea nuestros ojos y nuestros oídos ahí dentro. ¿Quién mejor que ella?

—¿Lo dices en serio? ¡Esto no es un juego! —espetó Reyes entre dientes—. ¡No puedes infiltrar a alguien que no tiene formación de agente! ¡Si le pasa algo, nos cortan la cabeza a los dos!

Jace dio un paso hacia ella, obviando por primera vez cuánto le disgustaban los acercamientos, y le habló con meridiana claridad a un palmo de la cara.

—Si le pasa algo, la cabeza me la corto yo mismo. Ten por seguro que estará blindada dentro y fuera del perímetro sensible.

Reyes retrocedió con las manos alzadas en señal de exasperación.

—Estás chalado —masculló con desdén—, y no sé qué coño te pasa.

Jace encajó el comentario con estoicismo, a sabiendas de que se lo merecía. No solo estaba yendo contra las normas escritas, sino que además le daba la espalda a las órdenes que había

recibido de los de arriba.

Cuando Maxine lo acorraló en la gasolinera, le vinieron a la mente las justas palabras de Ayane sobre su estúpido complejo de héroe. Detrás de su determinación a mantenerla al margen no había más que buenas intenciones, y nada le haría cambiar de opinión sobre lo que era mejor para ella, que en realidad era lo que sería mejor para cualquiera considerando el grado de peligrosidad. Pero en vista de que Maxine no pensaba darse por vencida, aceptó que teniéndola a su lado y vigilándola evitaría un desastre mayor.

—Yo tampoco sé qué coño me pasa —reconoció él. Solo que tenía mucho que ver con que Ayane se hubiera reservado información crucial, y con que no estaba dispuesto a que mentirle a Maxine se convirtiera en una de sus competencias laborales.

Reyes se rindió con un suspiro y retomó el interrogatorio.

—Has dicho hace un rato que acabas de ser descartado para infiltrarte en los prostíbulos. ¿Qué ha pasado?

—El Diablo está al tanto de que hubo agentes infiltrados en Koh Phangan —explicó, señalando a la silenciosa Maxine con un gesto de cabeza—. No es de extrañar que no hiciera acto de presencia en su propio yate. Se estaba protegiendo de complicaciones.

Reyes tardó unos instantes en digerir la noticia.

—¿Cómo te has enterado de eso? —planteó con desconfianza.

—Camila me dio la dirección del prostíbulo sin consultar antes a El Diablo y parece que la van a castigar por ello. Le pidieron mi descripción física antes de llevársela a Dios sabe dónde. Me da la impresión de que han recibido instrucciones de interrogarme o meterme un tiro entre las cejas en cuanto me vean.

Contuvo un escalofrío de rabia. Que la CIA estuviera involucrada le impedía emprender acciones arriesgadas, como saltar de la acera y evitar que se llevaran a una menor a un destino desconocido. La agencia de inteligencia quería información, no heroicidades.

Aunque si esa heroicidad hubiera evitado que Camila corriera una suerte aún peor...

Jace se obligó a serenarse. No podía ser el salvavidas de todo el mundo, eso lo sabía, pero también lo mataba de pena. En el proceso de intentar cubrir las espaldas de los inocentes, acababa decepcionando a cada una de las personas que le importaban.

—¿Por qué les iba a parecer sospechoso un invitado de Fuego y Sangre? El Diablo está prestando sus... instalaciones, por ponerlo de forma romántica, a los participantes del evento. Y con mucho gusto, según he oído por ahí.

—Porque Ayane reveló su condición de agente a sus secuestradores y ahora saben que cualquiera de los invitados, como lo fue ella en su día, podría ser un espía —informó en tono neutro, luchando para contener la... ¿ira? Ni siquiera tenía idea de cómo se sentía—. Les he tenido que parecer sospechoso, y no es para menos. Al final, he intentado acceder a su prostíbulo infectado de víctimas de la trata por mis propios medios.

Reyes torció el gesto.

—¿Cómo sabes que se han enterado por Nagai? No es la única federal que se infiltró. Tú mismo podrías haberte dejado en evidencia en algún momento. Y a tu mujer la mandaron a Tailandia con un compañero. Mohawk Kingfisher, creo recordar. Él podría haber sido el topo.

—Podría —respondió Jace, ecuánime—, pero Kingfisher no fue el que me confesó entre líneas que una parte de él disfrutó estando retenido contra su voluntad.

La respuesta de Jace alteró la atmósfera de la habitación. Una sombra de espanto había endurecido la expresión de Reyes.

Lejos de reprocharle que se hubiera reservado ese detalle, la tensión entre los dos se esfumó

después de compartir un silencio horrorizado. Que la agente no le hubiera girado la cara parecía una señal de que no lo culpaba de que su mujer se hubiera malogrado, tragedia que Jace también se atribuía de forma irracional.

Incluso parecía que quisiera transmitirle apoyo con su mirada firme.

—Desconozco si su confesión fue voluntaria o la sometieron a torturas y no le quedó otro remedio —retomó transcurridos unos segundos—, pero ella no mencionó que hubiera sido torturada, sino que uno de los jefes se obsesionó, y... —Cerró los ojos e inspiró hondo—. Si es cierto que les contó que era una agente federal y que andamos detrás de la red de trata, Wray debe saberlo cuanto antes y tomar las medidas pertinentes. Hay que mantenerla vigilada, volver a interrogarla para ver si su primer testimonio se sostiene, y averiguar si...

—Es una víctima, una agente doble... —completó Reyes— o solo una traidora.

Jace la fulminó con una mirada fría, pero en el fondo era una alternativa que él había empezado a barajar. Sabía que Ayane había sufrido, pero el turbador brillo de sus ojos al insinuar que él era un héroe y ella podía ser la villana de la historia llevaba días persiguiéndolo.

Se negaba a aceptarlo, aun así. Ayane siempre había estado más comprometida con las labores de la agencia que él mismo. No en vano se preparó con disciplina y arrestos para infiltrarse en Fuego y Sangre.

Consultó el móvil una segunda vez. Christopher Wray seguía sin responder al dichoso mensaje. Podía imaginarse por qué. Aunque hubiera utilizado palabras ambiguas, se había arriesgado mandándolo.

Pero necesitaba dar respuesta a esa pregunta que estaba devorándolo por dentro.

—Si consideramos esa posibilidad —murmuró Jace—, no podemos fiarnos de la información que nos dio. Hemos confirmado lo que yo ya sabía, lo que yo vi con mis propios ojos: sí, como dijo Ayane, El Diablo existe y es una amenaza real, pero... Nunca dio una pista sólida que nos ayudara a localizar a su secuestrador —reconoció en voz alta, abochornado por delatar a quien había sido su familia—, solo una descripción vaga y el paisaje difuso de lo que veía desde su ventana. Y ella nunca estuvo en México, sino en Shanghái. ¿Por qué nos ha mandado a Acapulco, entonces? ¿Quería desviarnos? Hay que hablar con Chambers, joder. —Arrojó el móvil sobre la cama, harto—. Tienen que revelar el contenido de esas sesiones terapéuticas. ¿Y si tiene síndrome de Estocolmo? Eso anularía su testimonio al completo, o por lo menos habría que contrastarlo.

—El psiquiatra estuvo presente durante el interrogatorio, como marcan las normas, y también estuvo conforme con que este se hiciera, ¿no es así? —adivinó Reyes, mirándolo de hito en hito como si temiera que fuese a estallar—. Si hubiera tenido síndrome de Estocolmo, lo habría detectado y habría impedido que se validara su testimonio, no se diga ya que se mandaran agentes a Acapulco por idea suya. Que, de todos modos, no lo fue —le recordó con una ceja enarcada—. Estamos aquí porque nos consta que Fuego y Sangre está vinculado con la red de trata, y porque da la casualidad de que se celebra aquí el segundo encuentro internacional.

—Además, es obvio que hay un problema aquí, en México. Lo hemos confirmado con Camila —intervino Maxine por fin. Tenía las manos entrelazadas en el regazo, y parecía cohibida—, así que Ayane no estaba mintiendo.

Sobrepasado por la conversación, alzó la mirada hacia ella. Se ablandó irremediablemente al comprender que su propósito al justificar a Ayane no era otro que apaciguarlo.

El descubrimiento había disparado toda clase de teorías rocambolescas en las que la nostalgia de Ayane no era otra cosa que el deseo de regresar con su secuestrador; en las que las ansias por separarse de un marido al que amó venían determinadas por la certeza de que nunca la

perdonaría por haber intimado con el enemigo. Y no sabía cuánto se equivocaba, porque por supuesto que la habría disculpado. En situaciones de vida o muerte, uno era capaz de traicionar hasta sus principios.

A no ser que nunca hubiera corrido peligro real y el secuestrador la hubiera tenido a cuerpo de reina.

Se giró hacia Maxine en un arrebato, sintiendo que se volvería loco y que solo ella le pondría los pies en la Tierra.

—En el avión —recordó de forma abrupta—. El avión en el que estuvisteis las dos. ¿Ella...? ¿A ella la vejaron? ¿Amenazaron con matarla? ¿La apuntaron con el arma cuando vieron que los agentes entraban por la fuerza?

—No —respondió Maxine sin necesidad de pensarlo. Un mal presentimiento se apoderó de Jace, que tuvo que controlarse para no echarse las manos a la cabeza—. Recuerdo que me extrañó por eso. Ella... ella no dijo nada. Tampoco le dirigieron la palabra en ningún momento, pero... ¿sabes esas veces en las que miras a alguien y te invade la sensación de que no tienes nada en común con él? Ayane me llamó la atención por eso. No parecía ser como nosotras, como las demás. Viajaba en el otro lado del avión, en un asiento cómodo, y aunque iba atada, los secuestradores nos vigilaban a todas menos a ella. Y no la apuntaron. Usaron una bala con cada una, pero pasaron de largo por su lado como si no existiera.

Jace apretó los puños para disimular que le temblaban las manos, pero estaba seguro de que las presentes se habían dado cuenta de su turbación. Reyes veía a través de todo el mundo, y Maxine veía a través de él en concreto.

Nunca antes se había sentido tan vulnerable y expuesto, y odió tanto la sensación que decidió marcharse.

—Contacta a tus superiores como sea —le dijo a Reyes antes de salir de la habitación—. Tenemos que averiguar qué significa esto.

Jace cerró los ojos y dejó que el agua de la ducha cayera sobre su rostro como una lluvia purificadora. No le gustaba demorarse en tareas cotidianas, pero siempre quería posponer el momento de aparecer en el recinto de los juegos, así que alargaba el rato de aseo hasta que se le arrugaban las yemas de los dedos.

Llevaba un buen rato diciéndose que las últimas noticias no eran ni de lejos lo peor que le había pasado en la vida. Todavía recordaba cómo tuvo que encajar, estoico, la desaparición de Ayane: Wray lo citó en su despacho bajo la excusa de que era una urgencia y le comunicó que su compañero Kingfisher le había perdido la pista de la noche a la mañana. Después de pasar por una experiencia así, no podía ser tan difícil encontrar esa fortaleza de antaño y acudir a la fiesta que esa noche tendría lugar en uno de los salones recreativos del hotel.

Por primera vez en más de un año de misión, Jace se permitió sacar de la licorera un whisky añejo que habían puesto a su disposición. Mientras se vestía frente al espejo, dio un trago directamente de la botella. Se miró de reojo con solo los pantalones puestos y torció el gesto en una mueca de desagrado.

Era ridículo pensar que unos buches de alcohol le salvarían de sí mismo. Nunca había funcionado y no lo haría ahora. Pero volvió a empinar la botella y sacudió la cabeza, estremecido por el agradable ardor que dejaba al bajar por su garganta.

Se echó la camisa por los hombros y fue abrochando los botones con la cabeza ladeada, concentrado en los ojos enrojecidos por el vapor de agua que le devolvían una mirada vacía.

Se preguntó qué habría visto Ayane en él cuando regresaron a Washington. Qué vio cuando la sacó del avión; qué veía cuando compartían el mismo apartamento, pero no hablaban el uno con el otro.

¿Opinaría lo mismo que él?, ¿que se rindió con ella demasiado pronto?

Torturarse por todo lo que podría haber hecho era una pérdida de tiempo, y, aun así, lo hacía. Era la única vía de comunicación, aunque silenciosa y destructiva, que tenía con Ayane. La culpabilidad sostenía el único vínculo vivo entre los dos.

Debió interrogarla cada día, aunque la hubiera hecho llorar. Debió mentirse en su maldita cama en lugar de darle espacio. El espacio separaba a las personas, por Dios; ¿acaso lo había olvidado? Les demostraba que podían vivir la una sin la otra.

Debería haber sido cruel, o haber empezado a serlo tan pronto como Ayane lo miró, rabiosa, y le espetó que dejara de ser el hombre perfecto. Pero, por alguna razón, no vio que ella necesitaba que Jace no la hiciera sentir aún más culpable con su comportamiento ejemplar. No vio que necesitaba que él se mostrara humano e imperfecto.

Y, por encima de todo, no debió aceptar su temprana despedida. Tendría que haber permanecido a su lado hasta al menos entenderla, y no haber dado por hecho que se encontraba en condiciones de tomar decisiones vitales por su cuenta. Tanto si tenía síndrome de Estocolmo como si no, fue menester que alguien la devolviera a la realidad de la que la arrancaron cruelmente, no que se marcharan espantados a la mínima de cambio.

Jace se despreciaba por su egoísmo, porque sí, se marchó espantado a la mínima de cambio. Y lo hizo porque él tampoco quería estar allí.

Ya preparado, salió de la habitación acompañado de los recuerdos más recientes; de esas conversaciones plagadas de significado que mantuvo con Ayane antes de irse. Se sentía liviano, como si lo hubieran vaciado por dentro, y le dio la impresión de que volaba escaleras abajo con el pelo todavía húmedo y manchas de gotas de agua en los hombros y el cuello de la camisa. Una vez más, su cuerpo lo engatusaba para que se tomara todas las libertades del mundo, para que disfrutara del momento, cuando su mente pretendía paralizarlo.

Si Ayane era una traidora, ¿qué le harían? ¿Acabaría en la cárcel, después de todo, o unas pruebas psicológicas demostrarían que no estaba en sus cabales cuando delató al FBI? Si Ayane era una traidora, ¿quién estaría a su lado durante los juicios y los años de encierro? ¿Quién la visitaría en la cárcel? ¿Y si ya habían determinado que lo era y estaba siendo procesada mientras él entraba en un salón para devorar y ser devorado?

Siempre le había dado asco verse allí. En Vesper’s, en Koh Phangan, ahora en México; siempre le había dado asco correrse sobre y dentro de desconocidas. Primero, porque sabía que Ayane podría estar sufriendo mientras él fingía encontrar placer en otras personas, y ahora porque ciertamente lo encontraba.

Mientras se adentraba en la marabunta de gente disfrazada de cuero, látex, vinilos e insinuantes transparencias que bailaba bajo las luces intermitentes, pensó que quizá le había estado dando el enfoque equivocado al sexo y esa era la única vía a través de la que podía desahogarse. Cuando follaba en Vesper’s, no hacía más que evocar el rostro de Ayane y se sentía miserable. Pero ahora podía follar para huir. ¿No era eso lo que todo el mundo hacía? ¿Esconderse de uno mismo fundiéndose con el cuerpo de otro?

Había llegado tarde a la función, pero dedujo en qué consistía el jueguecito observando durante tan solo diez minutos. Cada cierto lapso de tiempo, las luces se apagaban, y en esa oscuridad, los invitados debían encontrar a un amante de su gusto para hacer lo que quisieran. Cuando se encendían de nuevo, debían separarse e ir en busca del siguiente. Por lo que le pareció

apreciar, no podían repetir con el mismo, o no enseguida: debían esperar a que las luces se hubieran encendido y apagado al menos una vez antes de regresar a su lado.

Tenía muy presentes las condiciones de Maxine: solo por las noches podría aspirar a tocarla. Pero no la encontraba por ninguna parte. El alcohol le daba valor, y estaba tan desesperado por que su cuerpo le arrebatara las riendas a su mente saboteadora que no rechazó a la primera mujer que se le acercó moviendo las caderas al ritmo de una canción de Camila Cabello.

They say he likes a good time
He comes alive at midnight
My mama doesn't trust him
He's only here for one thing
But so am I[32]

Ni siquiera le vio la cara. La rodeó por las nalgas en cuanto ella se fundió con él al tiempo que las luces se atenuaban, y la besó en la boca con el reciente recuerdo de una Maxine abandonada al sexo, esa Maxine que había brincado sobre su polla unas horas atrás.

Cada período a oscuras duraba un intervalo de tiempo distinto, y quiso la casualidad que solo le diera pie a besar a la desconocida antes de que los neones volvieran a brillar. Sin mirarla, porque no era importante, Jace la soltó y la rodeó buscando con empeño a la única mujer que le interesaba. Pero no la localizó, y para cuando volvió a tocar el encuentro sexual, se tuvo que conformar con una sumisa menuda y dispuesta que lo acarició por todas partes mientras se bajaba al pilón.

Jace le facilitó la tarea quitándose el cinturón y rodeándole la nuca con él para mantenerla pegada a su miembro mientras chupaba. Tenía la boca grande, y era tan servil y fetichista que le encantó que la asfixiara. Sentía la contracción de su garganta cada vez que le venía una arcada, pero se sobreponía agarrándolo de las nalgas y ella misma lo atraía hacia sí, poniendo a prueba sus capacidades, hasta que necesitaba recobrar el aliento.

Aunque no veía del todo bien, Jace agachó la barbilla para mirarla sin dejar de gemir en voz alta, aliviado porque el plan estuviera surtiendo efecto. Quizá en cuanto se corriera le volvieran a invadir los pensamientos que no le daban una tregua, pero nadie podría quitarle los minutos de paz mental, de placer irresistible. El sexo había acabado por convertirse en una distracción necesaria, distracción que le agradeció a la chica empujándose hacia su campanilla y retirándose lo justo para vaciarse sobre sus labios entreabiertos.

Cerró los ojos con la cabeza descolgada hacia atrás y pensó en Maxine volviendo a sentarse en el asiento del copiloto, arreglándose el vestido y apretando los muslos para contener su esperma. Todo el cuerpo le ardió con el mero recuerdo, y después de alcanzar el orgasmo, se rodeó el miembro con la mano y volvió a introducirlo en la boca de la chica, que gustosamente lo succionó de nuevo para dejarlo duro para la siguiente. El sistema estaba funcionando de maravilla, porque cuando las luces volvieron a encenderse y él pudo echar una ojeada mientras se arreglaba la bragueta, todo el mundo estaba mojado, excitado y sediento de más.

No supo por cuántos brazos pasó aquella noche; quizá más de los que habría frecuentado desde que empezó en Vesper’s hasta el momento presente. Dejó que toda la que se le pusiera por delante se restregara con su cuerpo y se sirviera de su erección para hacer cuantas virguerías se les ocurrieron. Fue el sujeto pasivo en todo momento, la presa que se permitía dar órdenes, pero que oteaba el salón como un halcón al acecho. Incluso mientras lo masturbaban o se corría sobre un escote, estaba barriendo la escena con la mirada, ansioso por reconocer a Maxine y al mismo

tiempo aterrado por si verla enredada con otro hombre terminaba de volverlo loco.

Ella había decidido que no habría exclusividad, así que tendría que hacerse a la idea.

No sabía cuánto rato había transcurrido cuando la localizó a unos metros de distancia. Llevaba un vestido ajustado de cuero escarlata, y estaba tan sudorosa y aturdida como él mismo. Jace se acordaría de aquella noche como un borrón difuso hasta que pudo avanzar a zancadas hasta ella, hiperventilando y secándose la frente con el antebrazo.

Un tipo se le adelantó tomándola de la barbilla con una mano posesiva, pero Jace ya no quería ser políticamente correcto y se zafó de él tirándole del cuello de la camisa. Este no se quejó, y si lo hizo, Jace no lo escuchó: en cuanto hizo contacto visual con Maxine, dejó de ser consciente de lo que había a su alrededor y la atrapó en un abrazo apretado.

La oyó jadear por debajo de la música antes de alzar el rostro hacia él y recibir un beso con el que ambos descargaron la tensión acumulada. Las luces se apagaron, y temiendo que pudieran volver a encenderse a capricho del sádico que jugaba con el interruptor, en diez minutos o en cuarenta y cinco, el beso se tornó agresivo y desesperado. Porque ahora estaban juntos, pero una cuenta atrás con explosivos se cernía sobre ellos.

Jace no podía permitir que ni el juego ni nada los separara, y le subió el vestido de un tirón mientras la empujaba con su propio cuerpo hacia la pared más cercana. Chocó antes con una de las mesas bajas donde habían dejado algunas copas a medio beber, entre otros refrigerios, y se conformó con esta misma. La levantó por los muslos y la sentó allí.

Pensó que nada podría detenerlo, pero nada más toparse con el vello oscuro de su sexo, se quedó paralizado.

Maxine nunca habría aparecido sin ropa interior en una velada.

—¿Quién te las ha quitado? —alcanzó a articular en tono fúnebre.

—No lo sé —balbuceó sin aliento. Le rodeaba los hombros con un brazo, y había hundido la mano libre en su cabello castaño—. No nos hemos dicho los nombres. Era... era muy muy alto. El hombre más alto que he visto en mi vida.

La descripción no le bastó, pero no tenía tiempo que perder maldiciéndose y solo asintió con sequedad mientras le bajaba la cremallera lateral. Apenas había llegado a la cintura cuando el pecho izquierdo, libre de su sujeción, asomó por encima del vestido. Jace se inclinó y rodeó el pezón con la punta de la lengua antes de atraparlo entre los labios y mordisquearlo con la esperanza de dejarle una marca. Quizá siguiera allí la huella de su dentadura, esa que tan solo unas horas atrás había procurado plasmar en su carne tierna.

Estaba a punto de introducir la mano entre sus muslos cuando las luces volvieron a encenderse.

—¡Joder! —masculló entre dientes. Echó una mirada alrededor con la esperanza de que nadie se diera cuenta de que pretendía saltarse la norma, pero ya había un par de tipos interesados mirando en su dirección. Maxine también había cerrado los ojos, visiblemente decepcionada. Jace hizo que los abriera y se concentrara en su expresión sombría—. Vuelvo ahora mismo.

Ella asintió, anhelante, y se quedó sentada donde estaba con un aire indefenso que estuvo a punto de convencerlo de pelearse con quien se le pusiera por delante para defender su lugar. Pero retrocedió unos cuantos pasos, lo justo para poner la distancia obligatoria, mas no tanta como para perderla de vista.

Tomó del brazo a la primera mujer que pasó por su lado, que resultó ser Aqua Velva. Esta le devolvió la mirada con una ceja enarcada antes de echarle el brazo por los hombros, de acuerdo con que fuera su próximo amante. La dominatriz lo cogió de la muñeca y guio su mano hacia su entrepierna, que mostraba sin ningún tipo de pudor: estaba desnuda.

Jace no esperó la orden verbal e introdujo dos dedos aguantándole la mirada en todo momento, como cabía esperar que hicieran un par de dominantes. Lo decidió así para resistir el impulso de girarse hacia Maxine, a la que estarían entreteniendo de un modo que él encontraría insoportable. Puso todo su empeño en masturbar a Aqua Velva con la violencia justa hasta que esta empezó a gemir y a derrumbarse entre sus brazos, incapaz de sostener su peso sobre los tacones. Jace la aguantó con el brazo libre, y retiró los dedos empapados en cuanto intuyó la llegada del orgasmo en su expresión de dulce agonía.

Para cuando las luces se encendieron de nuevo, Jace ya había orientado sus pies hacia la mesa donde Maxine seguía sentada. Sin preguntarse qué le habrían hecho, salvó el espacio que los separaba de unas cuantas zancadas y aprovechó que tenía las piernas separadas para encajarse entre sus muslos. Había perdido el cinturón durante el juego y ya ni siquiera se había abrochado la bragueta; solo tuvo que sacarse la erección de los pantalones, acariciar los pliegues inflamados del sexo de Maxine y embestirla bruscamente.

Ella se desplazó unos centímetros hacia atrás sin quererlo. Él no quería que hubiera espacio entre los dos, y la atrajo de nuevo en su dirección pasándole por la espalda un brazo que era como el barrote de una prisión. Apoyó la otra mano junto a su cadera antes de embestirla otra vez con un gruñido desesperado.

Maxine echó la cabeza hacia atrás sin dejar de gimotear palabras ininteligibles entre las que reconoció el apodo al que no terminaba de renunciar: Hurricane.

—¿No piensas decir mi maldito nombre? —rugió con la boca pegada a su mejilla.

—No... no... —sollozó, moviendo la cabeza a un lado y al otro como si estuviera teniendo una pesadilla. Las palmas de las manos le sudaban y resbalaban sobre la mesa, así que lo abrazó por el cuello y lo acercó más—. Aquí no.

Jace apoyó la frente en la de ella, penetrándola sin descanso, sin pestañear, sin mirar a nada distinto de su cara de éxtasis. Estaba tan mojada que resbalaba dentro y fuera casi sin esfuerzo, pero él era brusco de todos modos porque la necesitaba tanto que no quedaría satisfecho hasta haberla marcado a fuego.

—Más... más... —rogó Maxine entre gemidos—. Quédate aquí aunque se enciendan las luces.

Jace se agarró a uno de sus pechos para encontrar soporte y aumentar el ritmo. Con la otra mano la sujetó del pelo, que mantuvo aferrado en el puño contra su nuca húmeda.

Toda ella estaba chorreando, su piel, su melena y entre los muslos. Se oía jadear a sí mismo como nunca lo había hecho, al borde del colapso. Sería la primera vez que se correría llorando, que el orgasmo se llevaba por delante todo lo que era, porque sintió que se le humedecían los ojos y un nudo le apretaba la garganta. Y sentía, sobre todo, que se volvería loco si tenía que soltarla. En cierto modo, las cosas se habían dado así por ella, porque necesitaba volver con ella y averiguar si lo que sintió en Koh Phangan fue un espejismo o si de verdad había encontrado en Maxine a la única mujer con el poder de devolverle la fe. Como poco, le estaba devolviendo el placer.

La besó en la boca con miedo a encontrar el sabor de otra persona. Pero no, ahí seguía, intacta, la dulzura de su niña. El contacto era electrizante y tan brusco e impenitente como el ritmo al que sus carnes entrechocaban. Sus lenguas resbalaban sobre la otra como si no conocieran la paz.

Jace se separó lo justo para recuperar el aliento y mirarla con la impotencia de saber que no podía ni devorarla, ni protegerla, ni ser tan injusto como para decirle lo que sentía: «No quiero que nadie te mire, te roce, te toque o siquiera te ame, porque sé que amarías a cualquiera, se lo mereciera o no, y quiero tu amor entero para mí».

—Vivo para esto, Maxine —gimió contra su boca hinchada, hincándole los dedos en las nalgas para tenerla más cerca—. Vivo para estar dentro de ti.

Sintió que su coño lo apretaba al contraerse los músculos, y que culebreaba entre sus brazos víctima del clímax inminente. Maxine gimió sin miedo a alzarse por encima de la música y del resto de los sonidos que teñían el ambiente de erotismo; así fue como alcanzó el orgasmo. Él la siguió apenas unos instantes después. No solo no se retiró para correrse, sino que se aseguró de enterrarse en su interior hasta la empuñadura para que toda su simiente fuera para ella.

Las luces se encendieron antes de que Jace terminara de correrse, pero ella lo inmovilizó clavándole las uñas en la espalda, decidida a defender su lugar dentro de su cuerpo.

Supo que había hecho bien al retirarse la primera vez en cuanto las luces determinaron que el encuentro se había acabado, porque apenas transcurrieron unos segundos cuando uno de los auxiliares le dio un par de toquecitos admonitorios en la espalda, indicándole que debía buscar a su siguiente compañera.

Jace se retiró despacio y sustituyó su miembro por la mano, con la que cubrió la entrepierna empapada de Maxine. Se inclinó para darle un beso de despedida que le fue devuelto intensamente, y que se complicó cuando ella le echó los brazos al cuello y lo pegó de nuevo a su pecho. Jace se dejó llevar acariciándola entre las piernas húmedas por el sudor.

El ayudante volvió a presionar.

—Ya voy, joder —le espetó de mala manera. Tuvo que apartarse, pero no sin antes abrocharle de nuevo el vestido y acomodarle la raja de la falda en condiciones, como si así pudiera evitar que otros la probaran.

Aturdido y sobreexcitado por lo que acababa de ocurrir, Jace deambuló por el salón con un único objetivo. Encontró enseguida al invitado que le interesaba, porque no pasaba desapercibido: de veras era el tipo más alto que Maxine había visto, porque también era el más esbelto con el que él se había topado.

Caminó en su dirección con una mirada fija como el blanco de un francotirador, y aunque estaba acompañado de una sumisa rebelde, no se lo pensó a la hora de quitarle las bragas que llevaba colgando del bolsillo trasero del pantalón.

El amo se giró hacia él sin mucho interés, a lo que Jace sacudió la prenda en sus narices.

—Esto es mío —explicó con sencillez. Se lo enrolló en la muñeca y le echó un nudo, como si se tratara de un reloj de lujo, y se dio media vuelta sin esperar su reacción.

Capítulo 24

Aunque Maxine se levantó con agujetas en músculos a los que no pensaba que se les pudiera dar utilidad, todo malestar físico se desvaneció en cuanto observó que habían colado bajo la rendija de su dormitorio un sobre negro con su apodo escrito.

Lo localizó justo después de salir de la ducha. Lo recogió sin dejar de frotarse el pelo húmedo con la toalla, y se lo quedó mirando con aprensión. En la parte trasera de la carta había una historiada «D» impresa en dorado. Eso solo podía significar una cosa, y es que El Diablo había decidido que merecía un pase a su club exclusivo.

Esa misma mañana, Maxine había oído hablar a unos cuantos veteranos sobre las inolvidables fiestas que celebraba El Diablo en uno de sus muchos establecimientos. Por lo visto, no invitaba a todos los participantes de Fuego y Sangre, solo los que hubieran captado su interés en veladas previas.

Pero ¿cómo lo habrían captado? Hurricane no había mencionado que El Diablo hubiese dado la cara aún. O bien se había escondido entre el gentío durante la noche anterior, o bien estuvo observando entre las sombras de su yate.

Con cuidado de no sentarse encima del móvil, Maxine se acomodó en el borde de la cama y extrajo la pequeña nota. Ni «buenos días» ni «queda formalmente invitada»; ponía la hora a la que debía estar en recepción, donde dedujo que la recogería un coche. Además, describía el código de vestimenta como formal y elegante, y especificaba que si no tenía un antifaz o máscara, se le proporcionaría para ir acorde con la temática.

Maxine emitió un suspiro trémulo. Sabía que debía alegrarse de haber sido seleccionada. Era lo que Hurricane y Reyes necesitaban para seguir recabando datos. Pero estaba cansada y preocupada. Por Carey, por supuesto, pero ahora también por Hurricane, al que la noche anterior había visto completamente desatado... y no en un buen sentido.

Puso la invitación a un lado y observó con gesto desvalido el último mensaje que había enviado al número de Carey.

No aparecía que le hubiera llegado, y ni mucho menos que hubiera sido leído.

Una de las cosas que más me dolían de Hurricane cuando estábamos en Koh Phangan era que, aunque yo sabía en el fondo de mi corazón que él disfrutaba conmigo, no lo exteriorizaba del todo. Algo lo bloqueaba, y ahora sé el qué. Su mujer, claro está. Luego nos acostamos y vi cómo es en realidad en la cama; intenso, atento... Di por hecho que no volvería a ver a ese hombre hastiado que me llamó la atención en la habitación acristalada de Vesper's, pero me equivocaba. Anoche estaba... Parecía que alguien hubiera poseído su cuerpo. Se comportaba como un autómata, y en circunstancias normales me habrían matado los celos de verlo pasar de unos brazos a otros como si le diera igual tinto que mosto, pero no. Más que enfadarme, me dolió, porque ahora sé qué es lo que le tortura... y es como para estar torturado, si te digo la verdad. Parece que su mujer es una traidora, o algo así, no me pidas que especifique. El caso es que el shock debe de ser monumental. Una parte de mí quiere estar furiosa para siempre, pero la otra no puede porque lo compadece. Ha sufrido mucho, Carey. Sé que tú lo considerarías una excusa. O lo entenderías, pero no querrías eso para mí ni aun así. Y estoy de acuerdo con tu punto de vista, porque yo, aunque a menor escala, también he pasado por situaciones feas y me merezco un poco de paz interior. Pero es que se me hace tan doloroso verlo así...

Maxine volvió a suspirar y bloqueó la pantalla antes de perderse releyendo mensajes antiguos. No siempre le contaba cómo le había ido el día o se desahogaba; a veces le preguntaba por ella, por Carey. Enunciaba todas las dudas que habían quedado sin respuesta con la esperanza de que

su amiga sintiera que la requerían, que tenía asuntos pendientes, y recuperara el móvil para resolverlos. Le preguntaba por ese marido suyo que mencionó una vez, cómo lo conoció, si estaba enamorada de él cuando se casaron, si era un tema del que no hablaba porque nunca salía a colación o porque era extremadamente delicado. Le preguntaba cómo se llamaba ese cabrón y le pedía su dirección para vengarse en su nombre, como si eso fuera a servir para librarla del dolor que habría experimentado en sus manos. Le preguntaba si, aunque fuera un cerdo, estaría buscándola con la misma desesperación que ella.

Maxine no había conocido Carey a un nivel íntimo, y la enormidad de esta injusticia le pesaba. Sobre todo ahora, porque existía la posibilidad de que no pudiera hacerlo nunca. Le dolía, en parte, porque Maxine sí había tenido la oportunidad de hablar de sus padres, de cómo era en el instituto, de las amigas que le fallaron en la universidad, de sus parejas... y a Carey no le había dado tiempo a corresponderla con su historia, cosa que se le hacía particularmente insoportable cuando caía en la cuenta de que su amiga también había sufrido.

Tenerla lejos hacía que se planteara posibilidades rocambolescas, como que asistía a clases de defensa personal porque no quería volver a sentirse desvalida ante hombres como su exmarido; como que se había operado porque dicho exmarido, igual que la maltrataba físicamente, podría haberla hecho sentir de menos en comparación con las aspirantes a modelos de Hollywood; como que se había convertido en una ama sadomasoquista porque odiaba a los hombres y ansiaba hacerles sufrir, y por una buena razón.

Repasaba cada momento compartido con Carey y lo revivía desde una capa de la realidad distinta. Intentaba verlo a través de sus ojos, y se quería abofetear por no haber tenido la perspicacia de ahondar en los temas complicados que ella insinuaba con sus comentarios velados. Porque si los insinuaba se debía, en el fondo, a la necesidad de expresarse con alguien de su confianza. Maxine no había podido ser esa persona para Carey.

Estaba volviendo a sumirse en una tristeza inconsolable cuando oyó que llamaban a la puerta. Esperaba que fuera Magnus, la única persona sobre la Tierra con la habilidad de rescatarla de los pozos sin fondo. Pero no.

Su corazón dio un brinco al ver a Hurricane al otro lado de la puerta. Lucía unas ojeras tremebundas, y, al igual que ella, acababa de ducharse. ¿También se habría bañado tres veces desde la orgía de la noche anterior? ¿Se sentiría tan extraño y usado como ella, que, aunque disfrutó de algunas partes, después se preguntó qué demonios estaba haciendo?

Se mordió la lengua a tiempo para no preguntarle si se encontraba bien.

—¿Cómo has sabido dónde estaba mi habitación?

—Reyes tiene una lista con los participantes y el dormitorio que se les asignó para repartir las cartas como esta en su papel de ayudante. —Hurricane levantó un sobre negro entre los dedos índice y corazón.

—Yo también la he recibido —musitó Maxine, viendo en su expresión sombría que no le hacía gracia haber sido invitado.

—O no se han enterado de que soy el tipo que bailó con Camila, lo cual dudo porque estuvimos a la vista en el yate, o después de todo no soy tan importante para El Diablo —meditó Hurricane, todavía bajo el umbral. Apoyó una mano contra el marco, como si no pudiera sostener el peso de su cuerpo. Era físicamente imposible que hubiera adelgazado diez kilos de un día para otro, pero a Maxine le daba la impresión de que la sospecha de Ayane le había dejado demacrado, como si hubiera pasado semanas caminando descalzo por el desierto—. O puede que sepan quién soy y me quieran invitar para tenderme una trampa.

Maxine se frotó los brazos desnudos. Llevaba solo una toalla anudada al pecho, pero ni ella se

había dado cuenta de su aspecto indefenso porque Hurricane no la había mirado con connotaciones sexuales. A veces le daba la terrible impresión de que si él no se tomaba el tiempo de observarla fascinado, ella no existía, o no lo hacía en un cuerpo deseable. Cuando Hurricane entraba en escena, la pasión de los demás se esfumaba.

—No creo que sea tan retorcido —murmuró, pensativa, sin dejar de escudriñar su expresión. Antes de pararse a meditar si se merecía o no que se preocupara por él, preguntó con un hilo de voz—: ¿Te encuentras bien?

No, verlo pasar de unos brazos a otros no había sido en absoluto divertido. Más de una vez a lo largo de la noche quiso intervenir y mantenerlo ocupado con tal de que no se abandonara, pero su expresión vacía, su brutal indiferencia, la paralizaron. Luego Hurricane la localizó y todo cambió de forma drástica, pero hasta ese momento había sido algo terrible de observar.

Lo vio sonreír por acto reflejo.

—No he dormido demasiado —reconoció—. Nos vemos a las doce en recepción.

Hurricane se dio media vuelta antes de que pudiera poner en orden sus pensamientos y se marchó pasillo abajo, y ella se quedó con las ganas de preguntarle si había novedades sobre Ayane.

Permaneció donde estaba con un puño pegado al pecho, pendiente de su lánguido caminar hasta que desapareció. Luego suspiró por tercera vez y se encerró en el dormitorio para empezar a prepararse.

Se puso un vestido de tirantes gruesos con escote redondo, largo hasta la rodilla y con una raja lateral que mostraba la pierna. Era tan ceñido que apenas podía caminar dando grandes zancadas, pero suponía que no lo llevaría puesto mucho tiempo. Lo combinó con unos stilettos acharolados del mismo tono y accesorios de oro falso: unos pendientes grandes, un colgante y un puñado de pulseras finas que tintineaban cada vez que alzaba el brazo.

Debía reconocer que el BDSM la había ayudado a conocerse a sí misma y a explorar su lado sexual, pero ahora que por fin sabía lo que quería, no entendía muy bien qué hacía allí. Encontrar a Carey, por supuesto, pero nada más que eso.

Había probado los tríos, las orgías; se había acostado con hombres y con mujeres; había devorado y había sido devorada. Ahora echaba de menos su a veces aburrida rutina, y eso que no hacía ni una semana que la había puesto en pausa. Quería regresar a Los Ángeles, a su horario de profesora de nueve a cinco; a sus encantadores alumnos, con sus cuitas sentimentales y su eterna necesidad de un guía espiritual; a sus nuevas amistades, que le daban esa sensación de normalidad que necesitaba para ahuyentar un pasado traumático. Y, quizá, también entablar una relación sentimental con un hombre que la hiciera feliz, como Magnus Vass.

No quería más sexo desenfrenado con desconocidos. ¿Para qué? Ya sabía que su amo le gustaba lo suficiente, que lo quería, incluso, como amigo y como compañero, y él podría satisfacer su apetito sexual. También sabía que estaba enamorada de un hombre inalcanzable, pero no iba a empecinarse en salvarlo de sí mismo. Aprendió la lección con Dylan. Si algo no funcionaba, no podía o no debía seguir insistiendo.

Se había dado cuenta de que llevaba largo tiempo esforzándose por ser una mujer despampanante y fuera de serie, una mujer que se inmiscuía en asuntos de Estado y se enrolaba en aventuras amorosas con hombres casados y emocionalmente inaccesibles. Ahora le apetecía abrazar la única verdad que conocía sobre sí misma: era una chica corriente, con gustos e intereses corrientes, que fantaseaba con una idea de familia tradicional y quería que sus pesadillas acabaran de una vez por todas.

Con esta certeza en mente, se reunió con los invitados en la recepción del hotel. Había

alrededor de veinticinco, como mucho treinta participantes en el segundo encuentro de Fuego y Sangre, pero solo media docena había recibido el honor de viajar al club de El Diablo. Entre ellos estaba Hurricane, vestido con la misma formalidad que sus compañeros masculinos: pantalón de traje, camisa, chaqueta y una graciosa pajarita idéntica a la del resto.

En su bolsillo asomaba el antifaz que Maxine ya se había colocado sobre el maquillaje ahumado.

No habían invitado a Rob Roy, y aunque eso le extrañó, porque tenía muy buena relación con Califa y con la organización, Maxine lo prefería. No sabía cómo de negro se pondría el asunto, pero, a poder ser, optaría por que Magnus no estuviera presente.

Durante el viaje en coche, Maxine se fijó en el cómodo Califa. El traje formal le sentaba como un guante. Era impresionante cómo hacía suya cada prenda que tocara su cuerpo, ya fuera una americana elegante o una camiseta de baloncesto. Esa energía de canalla reformado que exudaba, ese aspecto de pirata oriental, le daba el toque de gracia a todos sus atuendos. Pero no lo miró con fijeza porque fuera atractivo, sino porque aunque en Vesper's no le dijo a las claras que fuera a tenerla al corriente de su investigación, no se había dirigido a ella en ningún momento.

Califa la ignoró sin miramientos entablando una conversación con Aqua Velva. Esos eran todos: Califa, Aqua Velva, el máster que le había robado las bragas la noche anterior, Hurricane, otra dominatriz que se suponía que se llamaba Bloody Mary y ella.

No se le escapó que era la única sumisa del coche. Tenía sentido que solo hubieran invitado a los amos. Iban al club a dominar, a fin de cuentas. Pero ¿Maxine? ¿Por qué?

No habría sabido decir dónde estaban los dominios de El Diablo porque no conocía la zona, pero le pareció oír el rumor del océano cuando el chófer los animó a bajar en un parking al aire libre.

No tenía nada que ver con el edificio remodelado pero modesto del día anterior: ante ella se alzaba un rascacielos con todas las de la ley. Supuso que el club se encontraba en una de las plantas, y no se equivocó. Subieron al ascensor acompañados de un solícito valet. Este no pulsó el número de ninguna planta, sino un misterioso botón rojo que le requirió una contraseña.

El corazón le latía a toda pastilla cuando las hojas de acero se abrieron. Para acceder al salón principal tendrían que descender unas escaleritas, pero desde donde estaban se podía apreciar con claridad la distribución del espacio.

En el centro destacaba un amplio escenario con una barra, donde un par de *pole dancers* hacían virguerías con tan solo la ropa interior puesta. Alrededor de esta, formando un círculo preciso, se repartían sillones de cuero rojo, algunos de ellos ocupados por caballeros trajeados. La barra se encontraba a ambos lados del establecimiento, y brillaba gracias a las luces de neón situadas bajo las baldas de cristal que exponían los licores. La doble altura del club hacía que pareciera un laberinto; las camareras tenían que subir y bajar escaleras en el momento más insospechado cargadas con sus bandejas de plata, montadas sobre sus tacones y con una máscara que les cubría toda la cara.

No eran las únicas mujeres que paseaban sinuosa y sugerentemente por allí. Maxine supuso que las que estaban sentadas a horcajadas sobre algunos clientes masculinos o solo les daban conversación en puntos íntimos del club eran las prostitutas que habían llegado a rescatar.

Maxine buscó a Hurricane con la mirada. Ya se había puesto su antifaz. Temió que ni eso ni la semioscuridad bastaran para hacerlo irreconocible, y temió también que tuviera razón y El Diablo le hubiera tendido una trampa.

Él se limitó a devolverle la mirada con gesto inexpresivo, pero ella comprendió que no debían separarse ni un segundo. Así pues, disimuló que ambos iban al mismo sitio y tomaron asiento en

uno de los sofás ante los que discurría el espectáculo.

Una chica afrodescendiente y otra rubia natural se alternaban la barra y el *striptease*. Hurricane había cruzado las piernas y extendido el brazo sobre el respaldo para mirarlas con interés... ¿genuino? ¿Fingido?

—¿Te gusta esto? —preguntó ella sin poder resistirlo.

A él tuvo que parecerle que la conversación le daba naturalidad a la situación, porque no la frenó. Maxine aún le planteaba sus dudas con cautela, acostumbrada a que le parara los pies de una manera u otra porque no quería que hubiera roce entre los dos.

¿Quería *ella* que hubiera roce entre los dos, además?, ¿o quería perderlo de vista para sanar la herida de una vez?

—A nadie le desagrada una mujer bonita y habilidosa —respondió, tamborileando los dedos contra el respaldo.

De cuando en cuando echaba vistazos alrededor, buscando, tal vez, a El Diablo en persona. Pero los dos dudaban que fuera a aparecer. Como Reyes les había dicho esa mañana, visitar el club era una cortesía de la organización, no un *meet & greet* con el personaje más famoso de los suburbios mexicanos.

Hurricane le hizo un gesto con la mano a la bailarina de piel oscura para que se acercara. Esta no se lo pensó dos veces y bajó las escaleritas del escenario moviendo las caderas a su paso. Tenía la clase de figura que solo se podía lucir si Dios había querido regalártela.

La chica apoyó las manos en los muslos de Hurricane y se inclinó hacia delante. Con el movimiento, la cadena que colgaba del collar de sumisa bailó entre los dos como un péndulo de hipnosis.

El símbolo del diablo destacaba en la hebilla.

—¿Qué puedo hacer por ti, mi amor?

—¿Te intereso? —le preguntó Hurricane sin rodeos.

—Depende de lo que tengas en los bolsillos..., pero a ti te haría unas cuantas cosas gratis —reconoció con una sonrisita coqueta. Tenía los incisivos centrales separados y la boca grande y carnosa.

—¿Y ella te interesa? —Hurricane señaló a Maxine con un gesto.

La chica ladeó la cabeza en su dirección, intrigada, y le dio un repaso de arriba abajo.

—Las mujeres son mi especialidad —anunció con un modesto encogimiento de hombros—, pero si queréis pasar los dos a la vez, os va a salir más caro. Te va a salir más caro —se corrigió —, porque a la señorita siempre se la invita, ¿a que sí?

Hurricane metió la mano en el bolsillo y le enseñó el contenido de la cartera con gesto expectante. La chica se asomó con aparente indiferencia y solo levantó las cejas antes de invitarlos a acompañarla al pasillo que se insinuaba detrás de una gruesa cortina de damasco.

Maxine se resistió a mirar a Hurricane para no evidenciar su inquietud mientras la prostituta los guiaba por el corredor. Ni siquiera el abuso de sustancias afectaba a su rol de devorahombres; se cimbreaba de un modo hipnótico sobre los tacones de vértigo. Así no parecía que hubiera consumido más que de sobra para tumbar a un elefante, pero Maxine sabía que llevaba un buen rato haciendo viajes al servicio de señoritas. Se había codeado con suficientes consumidores puntuales a lo largo de su relación con Dylan para reconocerlos a primera vista.

La chica abrió la puerta con una llave que llevaba en el bolsillo y los invitó a entrar con un gesto de mano. La habitación no era muy diferente de lo que Maxine había visto en Vesper’s. Una enorme cama doble, solo que circular y situada en el centro de la estancia; paredes plagadas de instrumentos que con esa iluminación parecían de tortura, arneses, un columpio sexual, una

licorera bien provista, un sofá para que un público voyerista se pusiera cómodo...

—Me llamo Abigail —le dijo a Maxine, acercándose para quitarle la chaqueta. La deslizó por sus hombres con deliberada lentitud, sosteniéndole la mirada con una sonrisa ladina—. Puedes llamarme Abi.

—Tienes un acento muy particular. ¿Eres... de la República Dominicana, tal vez?

Sus ojos centellearon con orgullo y al mismo tiempo tristeza al reconocerse en su patria.

—Ajá... ¿Y tú eres muy curiosa, o solo estás tan nerviosa que quieres empezar por una conversación? —tanteó Abigail. Puso la chaqueta sobre el respaldo acolchado del sofá, y a continuación se dirigió a Hurricane—. Supongo que tú eres el dominante. Me han dicho que esta noche la temática es el BDSM. Ya dirás qué quieres, papi. Yo lo hago todo menos *wax play*.

—Normal —bufó Maxine—. Está una pasándolas canutas cuando se hace las ingles brasileñas para que ahora venga un tío con mala idea a echarle cera ardiendo en las partes nobles, y encima con la intención de que finja que es agradable.

Abigail levantó las cejas y soltó una carcajada.

—Es porque soy alérgica al material. La cosa se podría poner fea.

—Oh —balbuceó ella—. Claro, c-claro.

A la prostituta le gustó su apreciación, aun así, y le guiñó un ojo antes de volverse hacia Hurricane. Este había tomado asiento en el borde de la cama. La invitó a ponerse cariñosa con él palmeándose el muslo, llamado al que Abigail obedeció encantada.

Aunque Hurricane le susurró al oído, Maxine supo qué le había preguntado por el movimiento de los labios.

—¿Hay cámaras?

—No, mi amor, en los cuartos no. Pero si te portas mal, seguridad lo sabrá. Tenemos nuestros propios métodos para ponernos a salvo.

—Ajá. Mimosa —la interpeló Hurricane, señalizando hacia su otro muslo. Temiendo lo que se le pudiera ocurrir, y al mismo tiempo muerta de curiosidad, Maxine se acomodó sobre él y miró a Abigail, que le sonreía con gesto sugerente. Las dos esperaron, expectantes, a que la orden del amo llegara—. Tocaos para mí.

Capítulo 25

En otras circunstancias, su rol dominante la habría excitado, pero estaba tan preocupada tratando de averiguar qué se proponía que se quedó helada sobre su regazo. Tuvo que ser Abigail quien sonriera y la tomara de la barbilla para atraerla hacia sí y besarla mientras recorría su cuerpo desde los hombros hasta las muñecas, desde el escote hasta la cintura.

Maxine se obligó a dejarse llevar y disfrutar del agradable tacto de los labios aterciopelados, del roce con una piel que no pinchaba, que no era ni velluda ni áspera.

Estar con una mujer era una experiencia diferente, como empezó a sospechar después de que Carey la besara y como confirmó la noche que pasó con Aqua Velva. No había querido ni había podido etiquetarse por el modo en que se habían dado los acontecimientos, pero no le cabía la menor duda de que le gustaba ser la fuente de deseo de una mujer. Se sentía particularmente femenina y no le daba ningún tipo de reparo ponerse en sus manos, como si entre ellas hubieran firmado un pacto para no hacerse daño o existiera alguna clase de complicidad ancestral que la hacía sentirse a salvo. Por lo menos Carey, Aqua Velva y ahora Abigail la habían tocado de un modo excitante y novedoso al que no podía resistirse una vez dejaba atrás los prejuicios.

Abigail se apartó del regazo de Hurricane y la invitó con los ojos brillantes a tenderse sobre la cama. Maxine fue siguiendo sus indicaciones con el cuerpo en tensión por lo que viniera a continuación. Aunque no sabía con seguridad qué iba a pasar, tenía la sensación de que iba a correr peligro, y no por la prostituta, sino por lo que Hurricane fuera a improvisar.

—Estás muy rígida, mi amor —le dijo Abigail, situándose a su espalda. La empujó gentilmente por los omoplatos para que se pusiera a cuatro patas, y le cubrió las nalgas con las dos manos—. No te voy a hacer daño, te lo prometo. ¿Es tu primera vez?

—¿Con una mujer? No. ¿Haciendo un trío? Tampoco. ¿Recibiendo azotes? La verdad es que menos aún... —Intentó tragar, pero tenía la boca seca—. Suena como si fuera una persona muy experimentada, pero... pero... siempre me cuesta... empezar.

—Tranquila, que conmigo va a ir suave como la seda —le aseguró mientras empezaba a levantarle la falda. Maxine se mordió el labio al sentir la caricia del aire en la piel desnuda. Se le escapó un gemido cuando Abigail empezó a tantear su ropa interior antes de retirar el hilo del tanga y acariciarla entre los pliegues—. Estás muy mojada, cielo.

Abigail introdujo dos dedos con lentitud y los dobló en el interior. Maxine aprovechó el suspiro que se le había atascado en la garganta para liberar la tensión y también estremecerse de alivio. Le asombraba cómo era capaz de excitarse en manos de cualquier persona que supiera desenvolverse con maestría, y cómo su cuerpo lubricaba incluso en situaciones en las que el corazón le temblaba de preocupación.

Hurricane se había levantado y las observaba mientras daba vueltas por la habitación circular. Tenía las manos entrelazadas a la espalda, y parecía estar disfrutando del espectáculo como el mejor voyerista. Pero Maxine, incluso con la mente nublada por las caricias de Abigail, sospechó que quería asegurarse de que no había cámaras haciendo un barrido preventivo.

¿Qué haría si la prostituta le había mentido? ¿Y qué haría si había dicho la verdad?

Lo descubrió muy pronto, cuando Hurricane dio por concluida la revisión y se encaramó en la cama para ir al encuentro de Abigail, que seguía masturbándola en el rol dominante. Maxine pudo ver lo que sucedía gracias al espejo colgado en la pared de enfrente: Hurricane rodeó los pechos de la prostituta desde atrás y los amasó en círculos mientras le besaba el cuello. Abigail

ladeó la cabeza en la dirección contraria y cerró los ojos para ronronear.

Maxine podía dar fe de que los labios de Hurricane podían ser muy persuasivos, pero no saber si Abigail lo disfrutaba de verdad o solo fingía. La posición en la que estaba la prostituta le partía el corazón y le impedía disfrutar de su técnica incluso si a priori le habría parecido morbosa. Dudaba que, si pudiera elegir, Abi hubiese optado por estar allí a esas horas. A lo mejor tenía un marido que no soportaba compartirla con su proxeneta y que estaba dando vueltas como loco en su dormitorio. A lo mejor tenía hijos que en ese momento debía cuidar una canguro; que, en vista de los exigentes horarios de su madre, tendrían que resignarse a que los criara una desconocida.

A lo mejor no tenía nada de eso. Solo la sencilla preferencia de estar a salvo en su casa.

Hurricane subió las manos hacia el cuello de la prostituta y lo rodeó delicadamente con los dedos. Sus ojos grises confirmaron en el reflejo del cristal de enfrente que Abigail estaba entregada a sus caricias. Y en un movimiento que Maxine no había previsto y que estuvo a punto de hacerla gritar de horror, Hurricane apretó el antebrazo contra su garganta y empujó en la misma dirección —hacia él— con la otra mano.

Apenas transcurrieron unos segundos, segundos en los que a Abigail ni siquiera le dio tiempo a darse cuenta de lo que sucedía, hasta que perdió el conocimiento.

Maxine se apresuró a retirarse, asustada, y miró a Hurricane con espanto.

—¿Qué has hecho? ¿La has...? ¿La has...?

—Claro que no —atajó sin más explicaciones.

Le quitó el sujetador a Abigail, le desbarató la melena y el maquillaje, y la tendió con gentileza sobre la cama. Todo esto lo hizo sin pestañear, con una frialdad apabullante. Acto seguido, Hurricane escudriñó su atuendo en busca de algo misterioso. Con indecisión, acarició la hebilla del collar con un dedo, y justo cuando Maxine iba a preguntarle qué diablos estaba haciendo, dio con un botón oculto en el lateral.

Lo pulsó y, tan solo cinco segundos después, se oyó una voz entrecortada, como si se comunicara desde un *walkie-talkie*.

—*¿Qué pasa?*

Con la cabeza, Hurricane le hizo un gesto urgente a Maxine para que hablara.

Ella ni siquiera tuvo que fingir su conmoción.

—La chica se ha... se ha... se ha desmayado —balbuceó, mirando el punto del collar de donde había emergido el sonido—. Estábamos jugando y, de pronto, quizá porque hemos... presionado demasiado, ella...

—*¿Habitación?* —preguntó en tono cortante.

—No sé —sollozó—. ¿La primera en cuanto entras en el pasillo?

—*Un minuto.*

Hurricane pulsó el botón de nuevo, esta vez con seguridad, y el cúmulo de sonidos irregulares al otro lado se apagó. Solo entonces saltó de la cama y fue con decisión hacia la pared de los juguetes, de la que salvó una mordaza de asfixia.

Regresó a donde Abigail respiraba a duras penas y se la colocó con una eficiencia aterradora de tan asombrosa.

—A diferencia de un burdel de gama baja o de la misma calle, un sitio como este tiene tolerancia cero contra el menoscabo de sus trabajadoras, sean forzosas o no. Por eso nos van a echar —le explicó en tono neutro. Le lanzó una mirada para asegurarse de que entendía que esa era la coartada, y Maxine asintió, todavía enmudecida—. Eso nos dará la excusa perfecta para desaparecer, coger un coche del parking y seguir a los tipos que se la llevarán para reanimarla. No la tratarán aquí para no alertar a los clientes; quizá sí lo habrían hecho en un prostíbulo de

mala muerte, pero en este lugar se espera una mínima clase. Si es una víctima del tráfico, tampoco la dejarán en el hospital. Sería la forma más rápida y estúpida de ponerse en evidencia porque no tiene papeles y tanto su perfil como su lesión se puede relacionar con la prostitución. Apuesto por que la van a devolver al sitio en el que mantienen encerradas a las demás, donde citarán al médico cómplice que tengan en plantilla.

A Maxine no le dio tiempo a manifestar sus dudas. La puerta se abrió unos segundos después, y un par de guardias de seguridad grandes como armarios entraron en bloque pidiendo que se apartaran de Abigail.

Inconsciente sobre la cama, semidesnuda y con la bola de la mordaza de asfixia introducida en la boca abierta, parecía tan vulnerable que a Maxine se le saltaron las lágrimas. Esto, sumado a la agitación que Hurricane supo exagerar, dio la imagen de una pareja inexperta a la que la situación se les había ido de las manos.

—Tendrán que acompañarnos a la salida —dijo uno de los seguratas en tono lúgubre.

El otro había cargado a Abigail sin demora para iniciar una marcha apresurada.

Maxine observó que desaparecía en la puerta de emergencias del final del pasillo. Pensó que ellos tomarían un rumbo distinto, pero tal y como Hurricane había anticipado, el club no podía permitirse escandalizar al resto de los clientes, así que bajo las órdenes del otro guardia, siguieron a la víctima y su salvador. Subieron a un precario montacargas.

A Maxine le sudaban tanto las manos que por una vez en su vida se sintió orgullosa de ser tan sensible. Incluso uno de los seguratas le lanzó una mirada compasiva al verla angustiada.

—El club nunca emprende acciones legales contra los clientes cuando ocurren este tipo de... inconvenientes —le explicó para apaciguarla. Ella fue a disculparse con los ojos vidriosos por las lágrimas, pero el tipo que cargaba a Abigail bufó, captando su atención.

—Si tuviéramos que denunciar a todos los que acaban matando a una chica, nos pasaríamos la vida en los juzgados —masculló entre dientes con un marcado acento eslavo. Añadió algo en su lengua materna que ella no entendió, pero que parecía un juramento.

Maxine se encogió solo de pensar que la odiara un tipo que parecía capaz de romper un cráneo con una sola mano. Pero al ver cómo le apartaba el pelo de la cara a Abigail, con una dulzura infinita, comprendió que no tenía nada personal contra ella. Simplemente estaba preocupado por la joven.

Por alguna razón, agradeció para sus adentros el gesto que tuvo de apretar la mandíbula con impotencia al verla en ese estado. Se alegraba de saber que al menos había allí alguien preocupado por el bienestar de las mujeres.

Salieron por una de las puertas traseras del edificio, que casualmente daba al parking al aire libre. En su inmensa mayoría había coches caros, pero también vehículos desvencijados que cabía suponer que pertenecían a los empleados de bajo rango del club.

—El contrato que firmasteis para participar en Fuego y Sangre ya lo especifica —le dijo el segurata que tenía las manos vacías, alternando una mirada severa entre los dos. El ruso se había adelantado a toda velocidad para introducir a Abigail en la parte trasera de un coche blanco—, pero, por si acaso, os recuerdo que nada de lo que habéis hecho o visto se puede comentar con individuos externos al club; tampoco su localización exacta o quiénes forman parte de él. Llamaré al chófer para que venga a recogeros. Me temo que tardará una hora, o como mínimo cuarenta y cinco minutos. Podéis esperar en el hall del edificio.

Dicho aquello, echó a andar hacia el vehículo donde el eslavo esperaba con impaciencia. Maxine aguantó donde estaba sin atreverse a hacer una sola pregunta, ni siquiera ahora que se había quedado a solas con el amo.

El coche arrancó y tomó una dirección concreta que, a juzgar por su expresión, Hurricane pareció memorizar. Luego se quitó la elegante chaqueta y se envolvió el antebrazo de manera sospechosa. Apenas los habían perdido de vista, Hurricane se dirigió a grandes zancadas hasta el coche más cercano, un Hyundai gris de gama media, y rompió el cristal del piloto después de golpearlo brutalmente con el codo hasta tres veces.

—Joder —balbuceó Maxine—. ¿Es que a los marines no os enseñan a robar un coche sin armar tanto escándalo?

Hurricane le lanzó una mirada fugaz.

—Los que tienen aparatitos de última generación para no hacer ruido son los de la CIA.

Abrió desde fuera y tomó asiento con toda naturalidad. Aunque Maxine estaba tan conmocionada por el desarrollo de los acontecimientos que no podía moverse, observó que Hurricane rompía también el cristal del velocímetro, retiraba un par de piezas y encendía el motor usando un par de cables.

Apenas tardó un minuto desde que se sentó hasta que se inclinó sobre el costado para abrirle la puerta del copiloto e instarla a acompañarle.

Maxine saltó al interior con el corazón al borde del infarto. No pudo apartar la vista del semblante indolente de Hurricane, que se incorporó a la carretera con destino al aeropuerto, la dirección que los tipos habían tomado. En el proceso, tocó una serie de botones, entre ellos el que activó el movimiento del parabrisas. Maxine pensó que se trataba de un error, pero él lo dejó funcionar a su máxima velocidad. Colgó la chaqueta del asidero superior de su asiento pasando una de las mangas por la rendija, cubriendo el cristal roto y escondiéndose a sí mismo, y a continuación empezó a palpar la guantera lateral.

—Espero que no nos pare la policía —opinó Maxine con aprensión—. Es un poquito ilegal lo de circular sin una ventanilla.

Hurricane le lanzó una mirada socarrona, inclinado a un lado para seguir rebuscando.

—¿Eso te parece lo más ilegal de la historia?

—No, desde luego que no —se resignó—. ¿Se puede saber qué es lo que quieres encontrar? Me estás poniendo nerviosa.

—Tiene que haber armas en alguna parte —le explicó en tono pensativo—. Este coche estaba aparcado en la plaza el otro día junto al Renault en el que se llevaron a Camila, justo delante del prostíbulo, así que debe de pertenecer a los matones de El Diablo.

—¿Por eso lo has cogido?

—Habría preferido uno con los cristales tintados —reconoció con resignación—, pero si encuentro unas gafas de sol y el parabrisas cumple su función, servirá para disimular quién soy. Tú métete en el hueco del asiento en cuanto te asegures de que no hay una pistola en la guantera.

Sorprendentemente, la había. Y no estaba sola. La acompañaba otra igual de mortífera.

Maxine se quedó impresionada al sostener por primera vez en su vida dos modelos relucientes de Glock, que reconoció por nombre gracias a las series policiacas que había visto a lo largo de su adolescencia.

Miró a Hurricane con turbación.

—¿Qué hago?

—Quédate una, por si acaso.

Aunque le tembló la voz al hablar, se las apañó para sonar repelente al puntualizar:

—No sé usarla, y recuerdo que me prohibiste llevar un cuchillo al festival de la Media Luna porque, si me lo quitaban, me podrían hacer daño.

—Un cuchillo no es como una pistola —replicó sin apartar la vista de la carretera. Tuvo que

adelantar a dos coches con una sola mano sobre el volante para aproximarse al vehículo de su interés.

—Es verdad. La pistola es peor —se quejó.

—No. Para matar con el cuchillo te tienes que acercar, lo que es arriesgado de por sí; las armas de fuego impresionan lo suficiente desde la distancia como para que el enemigo se lo piense dos veces antes de actuar. No tiene por qué saber que no tienes ni idea de cómo se dispara, además de que es bastante fácil de usar. ¿Pesan las dos lo mismo? —Maxine asintió después de sopesarlo aguantando una en cada mano. Hurricane alargó el brazo para coger la más cercana a él—. Están cargadas. Bien. No te puedo enseñar a recargarlas con las dos manos, pero es muy sencillo. Fíjate bien.

Estiró el cuello para no perder de vista la carretera, y realizó un giro de muñeca para presionar un botón situado en el lateral del mango. El cargador salió hacia abajo.

—Así lo sacas... —Hurricane se colocó la Glock entre la barbilla y el pecho y cogió el mismo cargador para volver a ponerlo en su sitio. La miró a través de las pestañas antes de volver a blandir el arma— y así lo colocas. Sencillo y para toda la familia. Si hay un par de pistolas con munición en la guantera, debe de haber cargadores de repuesto.

—¿Sencillo y para toda la familia? —repitió, pasmada—. ¿Por qué pareces tan cómodo en tu piel de... sádico y perseguidor de vehículos? No te he visto tan suelto en mi vida.

Él vaciló al escucharla, como si hasta el momento no se lo hubiera planteado.

—Supongo que, como este ha sido mi día a día durante años, solo me siento en control de la situación cuando corro riesgos. La acción me despeja la mente.

—Pues echa un polvo en lugar de poner tu vida en peligro —le respondió, alarmada.

—Descuida. —Manipuló la palanca de cambios y aceleró—. Es lo que voy a hacer en cuanto acabemos con esto.

Presuponiendo que se refería a acostarse con ella, Maxine se ruborizó.

Su actitud ante la persecución la tranquilizaba, por supuesto. Si él, al igual que ella, hubiera estado al borde de un ataque de nervios, no habrían llegado tan lejos. Pero reconocer en Hurricane a ese marine condecorado del que le habló una vez con desdén le provocó una razonable desazón. Había una parte de él que ya no se estremecía ante la adversidad, que estaba curada de espanto; esa era la parte a la que no podría devolverle su humanidad. La parte insalvable.

—Yo no soy Rambo como tú, guapito de cara. —Se fijó en que él sonreía al escuchar el apodo que le adjudicó en Koh Phangan—. Después de esto, lo último que me apetecerá será acostarme contigo. Probablemente me pase la noche vomitando de los nervios.

—Me conformaré con sujetarte el pelo, entonces —resolvió con voz queda. El pulso se le aceleró al escuchar lo que entendió como una pequeña confesión: era ella y no el sexo lo que le importaba—. ¿Has comprendido lo que te he explicado sobre la Glock?

—Sí, pero se te ha olvidado un pequeño detalle —replicó Maxine con retintín—, que es que no tengo puntería.

Hurricane enarcó una ceja sin apartar la vista de la carretera.

—¿No estabas decidida a participar en esto? Porque parece que ahora todo son pegas.

—¡Habló el que es suave como la seda, no te jode!

Hurricane suspiró, resignado.

—No hace falta que la tengas. Puntería, digo. Sacas la mano por la ventanilla y aprietas el gatillo solo para que sepan que estamos armados.

Ella pestañeó deprisa, tan nerviosa que le temblaban las manos.

—¿Ahora?

—No, mujer. —Para su inmenso asombro, se rio—. Revelar nuestra posición no sería lo más inteligente, ¿no te parece? Solo si ellos disparan primero.

Maxine habría matado por provocar esa reacción en él en un momento inocente. Pero en esas circunstancias solo notó el fuego de la indignación subiendo por la garganta.

—¿Te hace mucha gracia la situación? —le espetó—. ¡Casi has matado a una inocente! ¡Pensaba que íbamos a ayudarlas, no a hacerles daño, y por lo pronto ya se llevaron a Camila a Dios sabe dónde, y lo mismo con Abi!

La expresión de Hurricane se suavizó, quizá conmovido porque se dirigiera a ellas por su nombre de pila. Algo tan sencillo como eso reconocía la humanidad de las víctimas, les otorgaba una dimensión real.

—Sé cuánta presión ejercer para matar a alguien y cuánta para dejarlo solo inconsciente.

—Pero sigue habiendo una mínima probabilidad de que le hayas causado daños irreparables, ¿verdad?

—La hay. Por eso han activado el protocolo de emergencias —respondió Hurricane, pisando el acelerador para adelantar al último coche que se interponía entre ellos y aquel en el que viajaba Abigail—. Podría haberle inyectado algún tipo de morfina. Era lo único igual de rápido, pero dado que iba puesta de cocaína hasta las cejas, solo Dios sabe cómo le habría sentado la combinación. Además de que es más difícil utilizar la asfixia sexual como excusa cuando la chica tiene inflamada la marca de la aguja.

—Tampoco habrías podido meter una jeringuilla en el club —convino ella a desgana.

—No nos han registrado, pero no, no merecía la pena el riesgo. —Viendo que Maxine no quedaba convencida, Hurricane le lanzó una mirada rápida. El viento que entraba por la ventanilla rota y que agitaba de forma dramática la chaqueta le había revuelto los mechones más largos. Si no fuera porque acababa de verlo en todo su esplendor de agente federal, se le habría antojado el valet rebelde que se fugaba con la novia, con esa pajarita arrugada sobre el pecho y el brillo fiero en los ojos—. Yo tampoco me divierto, Maxine, pero a veces hay que hacer estas cosas para acercarse a la verdad.

—No irás a salirme ahora con lo de que el fin justifica los medios —refunfuñó.

—Sí —respondió sin dudarlo. No debía de haberse dado cuenta de que Maxine le había respondido con amargura—. Eso es exactamente lo que iba a decir.

Ella bufó y apartó la mirada para perderla en la carretera.

—No sé de qué me sorprendo —murmuró de mal humor—. Me mentiste con descaro sobre tus razones para estar aquí porque se supone que me tenías que proteger. Qué medios tan preciosos los tuyos, Caine.

—¿«Se supone»? —repitió, sonriéndole con incredulidad al coche de delante—. Estás hecha un manojo de nervios y llevas llorando sin darte cuenta de que salimos del club. Considerando tu reacción, ¿te parece muy descabellado que intentara mantenerte alejada de esto?

Maxine se palpó las mejillas y se percató de que las tenía mojadas. Le irritó que señalara su debilidad y arrancó con un reproche que se había estado reservando para un momento más apropiado.

—Lo que me parece descabellado es que pensaras que podrías colarme esa trola. Confiaste en que soy tan tonta que no me daría cuenta de que tu argumento no tenía ni pies ni cabeza, ¿verdad? Es lo único que explica que me mintieras: que pienses que me chupo el dedo.

—Te mentí porque lo tenía que intentar, joder; lo tenía que intentar todo por si acaso —la interrumpió con brusquedad. Maxine observó la tensión en su mandíbula—. Si no hiciera cuanto

está en mi mano para protegerte, no dormiría tranquilo.

—Ah, claro, entonces esto va de blindar tu paz mental. Incluso tu reputación —replicó en tono venenoso.

Por primera vez desde que lo conocía, Hurricane se enderezó y le lanzó una mirada cargada de decepción. Parecía que acabara de percatarse de que había estado equivocado durante todo ese tiempo y no encontraría en Maxine a quien pudiera comprenderlo.

—Esto nunca, jamás, ha ido sobre mí —atajó con frialdad—. Ni siquiera al principio. Ni siquiera hace un año y medio.

Maxine se encogió bajo su mirada lúgubre, estremecida al reparar en lo injusta que acababa de ser.

Hurricane no encabezó la operación de Fuego y Sangre por gusto, sino para localizar a una mujer desaparecida. A tres mujeres desaparecidas; entre ellas, la suya. No se infiltró en Vesper's ni se acostó con desconocidas por gusto, sino porque lo requería su tapadera. Y, sobre todo, no le hizo daño a Maxine por gusto, sino porque, por desgracia, se puso en la línea de fuego. No ya mezclándose con él, sino forzándolo a incluirla en su misión tanto en Koh Phangan como en Acapulco.

Fue a disculparse, ahora consciente de que, en realidad, la vida de Hurricane había ido sobre las tragedias y deseos de todos excepto de los suyos, pero la sorprendió retomando la palabra con rabia contenida.

—Tú crees que estás ayudando, y no dudo que tengas buenas intenciones, pero lo único que consigues es perjudicarme. Cuando te empecinaste en ser el cebo de los traficantes tailandeses, yo ya había trazado una estrategia que no implicaría inocentes. No hubo manera de disuadirte, así que tuve que movilizar a todo el puto FBI en cuestión de horas para asegurarme de que, si se daba el peor de los casos, tuvieras cobertura. Sí, encontramos a unos cuantos hijos de puta y a Ayane en el camino, pero tu cooperación podría haberte costado la muerte allí y también en California: porque si alguien se hubiera quedado con tu cara y te hubiera investigado, tu nombre, tu apellido, tu domicilio, para luego silenciarte para siempre, entonces ¿qué, eh? Estarías a tres metros bajo tierra, y a mí me habrían inhabilitado por involucrarte. A lo mejor hasta habría ido a la cárcel si no hubiera podido defender mi caso.

»También quieres ayudar ahora, pero te dedicas a bailarle sugerentemente a tu amo hasta que me sacas de mis casillas, y ahora me montas un pollo en plena persecución. —Señaló al coche de enfrente, y por fin se giró para fulminarla con la mirada—. No tienes formación de agente, Maxine, ni tampoco recursos, pero es que para colmo, y sin proponértelo, saboteas cada paso que doy. Soy el malo de un par de películas, pero el muerto de mentirte porque me pareces idiota no me lo vas a colgar. Porque no, no me pareces idiota. Me pareces una jodida irresponsable.

Maxine escuchó apretando los labios y los puños. No sabía por dónde acabaría saliendo la tensión acumulada. No podía arremeter contra Hurricane porque estaba conduciendo y tenía parte de razón; se estaba metiendo donde no la habían llamado por un estúpido complejo de heroína.

Además, la posibilidad de que pudiera haber estropeado varias oportunidades de rescatar a Carey le cayó sobre los hombros como un peso bajo el que acabaría hundiéndose.

—¿Qué te costaba decirme eso desde el principio? —atinó a murmurar con resentimiento.

—Me costaba pasarme por el forro órdenes directas del FBI. Eso me costaba, Maxine —rezongó, meneando la cabeza con exasperación—. Existe un protocolo por una razón, no porque a mí me dé la gana. Y, ya que lo preguntas, también me costaba hacerte sufrir, y hacerme sufrir a mí viéndote poner esa cara. Ahora no dormirás en toda la noche pensando que si no hemos

encontrado a Carey es por tu culpa.

—Es lo que has dado a entender —señaló con la boca pequeña.

—Pero ¿qué quieres de mí, Maxine? —se desesperó—. Me has exigido la verdad y te la he puesto en bandeja de plata. Siento que no sea halagadora. Es lo que hay.

—Y yo te agradezco que seas sincero —respondió con aspereza—. También te agradeceré que no me protejas de mis errores en lo sucesivo. Que no me protejas, a secas. Que me pongas en peligro, si es necesario. Y ya no hablo de la misión —se apresuró a añadir antes de que él volviera a perder los papeles—. Me habría gustado que me hubieras dejado participar en tu vida y decidir por mí misma si quería involucrarme.

—Decirte que tenía mujer entraba en el marco de prohibiciones, si lo dices por eso. Me habría supuesto dejar al aire una coartada de soltero de oro que llevaba un año preparando. Y, por favor, Maxine, no me jodas —añadió, haciéndole una caída de ojos—. Fuiste a Tailandia a recuperar a un novio que no dejaste de mencionar hasta el día de antes de que nos acostáramos. Y hace veinticuatro horas me estabas gritando por haberme acostado con Reyes cuando tú llevas no sé cuánto tiempo follándote a Rob Roy, incluida esta semana. Seré un mentiroso y un hombre cruel, pero no por haber jugado a dos bandas. No se puede jugar a dos bandas con una mujer prostituida en Shanghái. Con un novio y un amo en la misma cama, sí.

—¿Me estás reprochando que siguiera con mi vida después de descubrir que estabas casado? —jadeó, anonadada.

—¿Dónde ves el juicio? Me limito a reproducir los hechos tal y como los veo, y, en todo caso, a señalar tu hipocresía. Ahora que no vas a justificarme tú, tendré que defenderme yo, ¿no? —apostilló en referencia a su conversación en la playa.

—Me puse celosa de lo de Reyes, ¿vale? —se defendió entre balbuceos, tirándose del borde de la falda para sentirse menos vulnerable—. Sé que es irracional e injusto y que me quejo de lo que yo misma hago, pero no lo puedo evitar.

—Ah, no, tranquila, desahógate —la invitó, envenenado—. Si a mí, en cambio, me encanta que te pasees con Rob Roy de acá para allá.

Maxine se giró hacia él, perpleja con su actitud.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué me hablas así?

—Porque estoy harto —masculló, sacudiendo la cabeza—. Antes me has dicho que lo que me mueve es la paz mental y te he dicho que nada de esto va sobre mí, pero no es del todo cierto. Eres el único capricho que me he dado, lo único que he hecho porque lo quería, o lo necesitaba, o qué se yo, y no voy a permitir que se cuestione si...

Un estruendo de cristales rotos interrumpió su confesión. Maxine respingó en el asiento y se giró en dirección al sonido, tan aturdida que tardó en comprender que una bala había estado a punto de reventar el espejo trasero.

¿Trasero?, se preguntó, helada. Aferró el arma con la palma sudorosa. ¿Había venido de atrás...? ¿Por qué? ¿Cómo?

El disparo se convirtió en disparos en plural cuando una nueva bala abrió un segundo agujero. Esta vez Maxine no pudo controlarse y gritó, pero se mordió el labio rápido para no reventar la fría calma de la que Hurricane se había armado.

—¡Métete debajo del asiento! —le ordenó.

Ella obedeció con una agilidad en la que no se reconoció, sin duda activada por el subidón de adrenalina. No se agarró a tiempo al borde del asiento, sobre el que tuvo que apoyar el pecho porque no cabía entera, y cuando Hurricane efectuó un giro violento con el coche, se golpeó la cabeza con la puerta. Un dolor ciego le impidió reaccionar enseguida e hizo que soltara el arma y

tardara unos segundos en volver a localizarla.

Cuando la tuvo de nuevo en su poder, buscó el perfil de Hurricane, que conducía con una mano y los ojos puestos en todos los flancos. En la otra blandía la segunda pistola, que sacó por el cristal roto, además de medio cuerpo, y apretó el gatillo dos veces hacia atrás.

—P-pero ¡¿quiénes son?! —gimoteó Maxine.

—Parece que el ruso y su compañero llevaban escolta, o en lugar de delatar que sabían que los estábamos siguiendo encargándose por sus propios medios... —Hurricane se encogió al oír otra lluvia de balas, que terminaron de quebrar el cristal trasero. Maxine lo notó por la brisa fría que entró de golpe en el coche—, hicieron una llamada —completó.

Esta vez, para disparar, Hurricane se giró hacia el otro lado y apuntó desde el hueco entre su asiento y el de Maxine. Ella no pudo verlo desde su posición, pero a juzgar por su expresión satisfecha, supo que había dado donde quería.

Oyó el sonido violento de las llantas, un frenazo de seguridad necesario después del reventón de una rueda.

Todavía con la pistola alzada y apuntando hacia atrás, dijo:

—Eso los va a tener ocupados un...

Hurricane no acabó la frase. Una bala perdida cruzó el aire y le atravesó el hombro, que aún no había puesto a cubierto. Maxine se oyó gritar sin sentirse la cara, y en su angustia pensó que se desmayaría si lo veía perder el conocimiento. Hurricane solo rechinó los dientes y se protegió enderezándose frente al volante. Agachó la barbilla para contemplar cómo una mancha de sangre se iba expandiendo sobre la axila, manchando la pulcra camisa blanca.

—Mierda —masculló, más enfadado que asustado.

Maxine pensó que debía ayudarlo ahora que él no podía ni ayudarse a sí mismo y se incorporó lo suficiente para sacar la mano por la ventanilla. Disparó una vez, y al ver que la bala impactaba en el espejo retrovisor del coche detenido a lo lejos, se dijo que no era del todo inútil y siguió apretando el gatillo. Habían estado distanciándose a toda velocidad, pero la pistola era potente, y al menos una bala aterrizó en la carne de los perseguidores, porque Maxine oyó el eco de su grito.

—Basta —oyó que decía Hurricane, conduciendo como si no tuviera una herida abierta en una zona sensible. Maxine observó que tenía la frente perlada de sudor y el cerco de los ojos enrojecido—. Los hemos dejado atrás, pero no consigo ver... dónde cojones se han metido los...

—¿Qué más da dónde se hayan metido? —gritó ella—. ¡Te han disparado! ¡Tenemos que ir a que te vea un médico!

—Ni de broma —barbotó con la mandíbula tensa—. Casi los tenemos. Habrán aprovechado para torcer por otro lado mientras nosotros...

—¡No hay ninguna señal de desvío, ni tampoco un coche delante! —Maxine gesticuló hacia la carretera. Se abalanzó sobre Hurricane para taponarle la herida con una mano. Se estremeció al sentir la humedad de la sangre mezclada con el calor de su cuerpo, e intentó hacer contacto visual con él—. Si los hemos perdido de vista, no hay nada más que hacer. Y tienes que quitarte de ahí. No puedes conducir. ¡Te vas a desmayar de un momento a otro!

—¿Y qué quieres que hagamos? —gruñó. La voz se le quebró al final, no por el miedo sino porque la herida debía de haberle provocado una punzada.

Hurricane cerró los ojos un instante y masculló una maldición.

—Acelera hasta que encontremos el próximo desvío —propuso ella—, y en un área de servicio o una gasolinera hacemos el cambio.

—Parar es muy peligroso. Solo... —Maxine sintió en sus propias carnes cuánto le costó a él

aceptar que estaba herido y cederle el control— siéntate encima de mí y conduce.

Estuvo de acuerdo a medias. Hurricane se las arregló para mantener el coche en línea recta mientras se encaramaba al asiento del piloto y tomaba asiento sobre él.

—Ahora cámbiate tú —le ordenó con aspereza—. Digo yo que un tipo que puede dejar inconsciente a una mujer en tres segundos sabe saltar de un asiento a otro con el coche en marcha.

—Te sorprendería —le oyó decir con un rastro de burla en la voz.

Maxine intentó aguantar el equilibrio sobre los pedales con las caderas lo suficientemente elevadas para que Hurricane saliera de su encierro.

Al poco rato, estaban conduciendo por la autovía como si nada hubiera ocurrido. Pero el estado del vehículo, y tanto el frío como el ruido que entraban por el cristal roto eran un recordatorio de lo sucedido.

—¿Y ahora qué? —balbuceó ella, aferrándose a la adrenalina que corría por sus venas para no entrar en pánico. No cuando él la necesitaba firme y segura.

Lo miró de reojo, y el corazón se le encogió al verlo encorvado sobre la herida, que se cubría con la mano crispada.

—Sigue diez minutos más —murmuró, observándola por encima del hombro con los párpados entornados. Sudaba a mares—, hasta que veas una gasolinera. Hay que deshacerse del coche y pedir un taxi para volver al hotel. Puede que no llamemos demasiado la atención. Hemos pasado menos de media hora en la carretera.

—¿Al hotel, dices? —repitió, a caballo entre la desesperación y la ira—. ¡A un hospital!

—¿A un hospital? —se rio entrecortado, encogiéndose más—. Esa sería la forma más rápida de delatarme. Puedo curarme solo, descuida. Haz lo que te digo. Conduce, y ya nos las apañaremos.

Capítulo 26

Jace entró renqueando en la habitación del hotel. A esas alturas ya no podía seguir fingiendo, pero lo intentó de todos modos porque seguía habiendo una persona a su lado a la que no quería hacer partícipe de su dolor.

Maxine había demostrado ser mucho menos impresionable de lo que parecía. O eso, o estaba manteniendo la calma de un modo admirable a base de empeño. Por si acaso fuera la segunda opción, se sentía en el deber de no preocuparla.

Pero estaba siendo desesperante. Habían dejado el coche en el descampado junto a la gasolinera. Maxine había llamado a un taxi aparentando normalidad. Jace se puso la chaqueta encima de manera que esta tapara la herida, y fingió que dormía durante el trayecto para que el dicharachero conductor no le pusiera en una situación aún más difícil con su conversación. No habían llamado la atención al cruzar el vestíbulo, pero si por casualidad sus expresiones sombrías hubieran levantado dudas, ya lo asociarían con lo sucedido con Abigail una vez se corriera la voz de que la asfixia sexual no era su punto fuerte.

Jace se dirigió hacia la licorera y consultó la etiqueta de todos y cada uno de los alcoholes. Se decantó por una botella de absenta con un ochenta y siete por ciento de graduación. La herida ya se había secado y la tela se había adherido a la zona; para deshacerse de la camisa tuvo que tirar y arrancarla como si de una tirita se tratase, llevándose por delante una costra incipiente.

Contuvo una mueca de dolor y la arrojó al suelo con el brazo que no le costaba doblar.

Fue hacia el espejo para observar de cerca la incisión.

Era una herida de bala, como otras tantas que había visto antes. No tenía más ciencia, se dijo.

—¿Y si llamamos a un médico particular? —sugirió Maxine, que se había quedado inmóvil junto a la puerta cerrada. Se rascó el brazo desnudo. Tenía la piel de gallina—. Cuestan mucho dinero, pero yo tengo ahorros, podría...

—Olvídalo —cortó Jace. Fue hasta el baño para localizar unas pinzas estéticas, papel higiénico y un mechero. Cuando volvió a la habitación, secándose el sudor de la cara con una toalla, Maxine se quedó perpleja.

—¿Qué pretendes hacer con eso?

Jace no contestó. La cabeza le daba vueltas y el dolor era tan intenso que sentía que una arcada lo doblaría por la mitad. Utilizó el mechero para quemar las pinzas, y acto seguido abrió la botella de absenta para empapar la herida.

El escozor fue en aumento. Jace sintió que vería las estrellas si no cerraba los ojos. Apretó la mandíbula para contener un alarido, y se agarró a su propia rodilla con el brazo sano hasta que el ardor remitió.

Cuando creyó que podría moverse sin que le temblara todo el cuerpo, arrancó un puñado de papel higiénico y limpió la sangre seca.

—¿Qué haces? ¡No puedes utilizar eso! —rezongó ella—. ¡Necesitas una toalla! ¿No ves que al deshacerse forma grumos? Se te va a acabar metiendo basura en la herida, infectándola más, y...

—Las toallas van a la lavandería, Maxine. —Intentó sonar relativamente amable, pero la impaciencia le daba una inflexión imperiosa a su voz—. ¿Cómo voy a explicar que la mandara empapada de sangre?

—Son negras. No van a ver las manchas.

—Son negras, sí, pero cuando las mojaran y las escurrieran, saldría el color del que están

manchadas.

—Ya, claro, como si el servicio de un hotel fuera a lavar las toallas a mano. En una lavadora industrial no se va a notar —zanjó Maxine, avanzando para arrodillarse ante él y tomar las riendas de la situación. Agarró la toalla de mano y, después de limpiarle la sangre mezclada con alcohol, presionó la herida con suavidad.

Jace mantuvo la mirada fija en su gesto de concentración, dividido entre el amor más puro y la exasperación.

—Tienes que hacer siempre lo que te da la maldita gana —dijo en voz baja—, ¿verdad?

Ella lo fulminó de un vistazo hasta que recordó que estaba herido. Entonces no varió la expresión, pero sí la moderó.

—Estás en un evento sadomasoquista, Caine. Uno que, de hecho, se llama Fuego y Sangre. Te aseguro que a nadie le va a extrañar que tengas una toalla con manchas sospechosas en tu dormitorio. Y si tan sospechosa es la jodida toalla, pues la metes en la maleta, otra cosa que no resultaría para nada extraña porque, por si no lo sabes, todo el mundo roba en los hoteles.

Aunque el dolor estaba a punto de convencerlo de intentar arrancarse el brazo, sonrió.

—¿Tú robas en los hoteles? —articuló con dificultad.

—Hombre, y tanto. Dylan me llevaba a sitios muy bonitos y caros, aunque no es que mis tendencias cleptómanas se puedan justificar con que los textiles de los hoteles son irresistibles; la mayor parte de las veces solo me he llevado jabones que han sobrado, una esterilla del baño... Intentaba que fueran cosas que no echarían de menos, porque una vez robé un albornoz, y... Dios, ¡qué bochorno! —Se mordió el labio mientras alargaba el brazo hacia la absenta y la volcaba sobre la herida, esta vez con la precaución de colocar la toalla debajo. Sabía que había que lavarla hasta que dejara de sangrar para poder ver dónde estaba la bala e idear un modo de extraerla—. Resulta que el hotel, uno de estos muy lujosos del Caribe, llamó por teléfono a Dylan y le preguntó si por casualidad nos habíamos llevado un albornoz. Él recibió la llamada en el trabajo, así que no estábamos juntos en ese momento. Pues bueno... Imagínate cómo se puso cuando lo acusaron de ladrón, eso en primer lugar. Llegó a casa diciéndoles de todo, muy ofendido, y me acuerdo de que cuando se cansó de insultar al recepcionista, levantó la cabeza y me vio con el albornoz puesto, el que tenía el logo del hotel en el pecho, y...

—Se quedaría blanco —fue todo cuanto pudo decir.

—Se empezó a reír como un loco y me abrazó. —Maxine se encogió de hombros—. Y enseguida cambió el motivo de sus quejas. Ya no estaba indignado porque lo hubieran acusado, sino porque les molestara que nos hubiéramos llevado un puñetero albornoz. «Con lo cara que ha salido la habitación, ¡deberían habernos regalado hasta las cortinas!». —Se retiró con la botella aún en la mano al comprobar que la herida se quedaba limpia. Todavía estaba de rodillas ante Jace cuando alzó la mirada hacia él—. No siempre ha sido un capullo, ¿sabes? De hecho, nunca ha sido un capullo. Solo es un tío normal que hace el capullo.

A Jace le estaba costando seguir la conversación. Asintió con la cabeza, porque no serviría de nada llevarle la contraria a Maxine en un tema que había quedado en el pasado y que era obvio que le hacía bien recordar con cariño.

Pero ella continuó.

—¿Qué quieres que te diga? —farfulló por lo bajini—. No todos los hombres del mundo se infiltran en un encuentro de sadomasoquistas para salvarle la vida a su mujer.

—Ni todas las mujeres se estudian el imaginario del BDSM para que su hombre las vuelva a querer. Supongo que eso nos hace tal para cual —dijo en un murmullo, y alargó un brazo hacia la mesita de noche sin reparar en la expresión de Maxine.

Le agradeció al Jace del pasado que hubiera tomado la precaución de llevar analgésicos consigo. Dudaba que fueran a surtir efecto, pero se puso dos pastillas sobre la lengua y se las tragó con ayuda de la absenta.

Apenas bajó por su garganta, el alcohol se le subió a la cabeza y se mareó.

—Joder —balbuceó, apoyando una mano sobre la colcha para mantener el equilibrio. Comprobó la etiqueta con el gesto torcido—. ¿Qué tiene esta mierda? Es asqueroso.

—Nunca te había oído decir tantas palabrotas como hoy —comentó Maxine.

—Las reservo para ocasiones especiales, como, por ejemplo, para cuando me balean. —Extendió la mano del brazo sano—. Acércame las pinzas, por favor.

—¿Piensas rebuscar en la herida tú mismo? Estás loco. Ven, deja que yo lo intente.

Jace la miró de soslayo con los ojos vidriosos. No se sentía la cara, solo la garganta arrasada por la absenta y la incómoda palpitación de la herida.

—¿Tienes algún tipo de experiencia?

—¿La tienes tú? —contraatacó Maxine.

—He participado en expediciones antiterroristas, ¿recuerdas? —suspiró sin ningún tipo de orgullo—. A falta de médicos durante las operaciones, he sacado más de una bala y más de dos del cuerpo de varios compañeros, y no con pinzas, sino con mis propias manos.

—Sigue sin ser lo mismo hurgar en la herida ajena que en la de uno —replicó, y no le faltó razón. Maxine se sentó en el borde de la cama y dobló una pierna para girarse cómodamente hacia él, hacia ese brazo que ya no supuraba pero que dolía como el infierno—. Y no puede ser tan difícil. ¿A qué... altura crees que está?

Jace se esforzó por enfocar la vista. Maxine tenía los rizos encrespados por culpa del viento húmedo que había entrado como una ametralladora en el coche, el maquillaje de los ojos le manchaba las mejillas, y lucía el gesto aprensivo de un animalillo acorralado.

Sintiéndose como si orbitara en otra galaxia, como si ya nada importara, le limpió los grumos negros del ahumado con el pulgar y, por instinto, se inclinó para besarla castamente en los labios.

—No tienes por qué hacer nada de esto —le dijo con dulzura.

Ella, perpleja y ruborizada por el arrebato, tardó en contestar.

—No sé a qué te refieres. Ni sé si quiero saberlo —apostilló entre balbuceos, apartándole la mirada para observar de cerca la abertura de la carne.

El contorno estaba enrojecido, y ya no sangraba.

—Soy consciente de que quieres a muerte a los afortunados que se ganan tu respeto, y de que harías cualquier cosa por ellos... —se esforzó por verbalizar, empecinado en que Maxine debía escuchar una vez más que no merecía la pena correr semejantes peligros—, pero a veces tienes que dejar que las cosas sigan su curso. A veces tienes que... sentarte a esperar, y que sean los demás quienes vuelvan a ti.

Maxine, que ya se había inclinado con las pinzas por delante en su rol de enfermera, se enderezó y lo enfrentó con templanza.

—Ese es un consejo precioso para cuando una chica está obsesionada con recuperar a su novio y llega hasta límites inimaginables para conseguirlo, pero no para cuando anda buscando a su amiga desaparecida. Podría haberme sentado a esperar a que Dylan volviera a mí, eso es cierto; tan cierto como que no puedo hacer lo mismo con Carey. ¿Y qué sentido tiene hablar de este tema ahora?

—Tiene mucho sentido, porque hoy has descubierto lo feo que se puede poner. Deberías retirarte ahora y dejar que Reyes y yo nos encarguemos.

Ella arrugó el ceño como si hubiera dicho algo inconcebible.

A veces pensaba que las ganas de sacudirla por los hombros lo matarían.

—Ahora me necesitáis más que nunca. No estás en condiciones de liderar ninguna operación.

—Eso te crees tú —cabeceó, burlón—. Mañana estaré como nuevo.

—De acuerdo, puede que seas capaz de soportar el dolor físico. —Maxine le sostenía la mirada con una mezcla de rabia y compasión—. Pero ¿y el otro? ¿Te crees que no he visto cómo te has tomado la... posible traición de Ayane?

Jace se libró de responder a una pregunta delicada gracias al sonido de unos toques a la puerta. Los dos se tensaron como acto reflejo, temiendo que los hubieran descubierto o que algún participante inoportuno les pusiera en una situación comprometida.

—Soy yo —anunció Reyes al otro lado.

Maxine fue la primera en relajarse con un suspiro. Apenas abrió una rendija lo bastante ancha para que la agente pudiera colarse en el dormitorio y deducir de un primer vistazo que los planes del día se habían ido al garete. Llevaba el uniforme de las ayudantes de Fuego y Sangre, las medias oscuras que transparentaban la carne, la minifalda, el top ceñido.

Eran las tres de la madrugada, lo que significaba que había terminado su turno.

Jace pensaba que Reyes le preguntaría por lo ocurrido, pero había ido hasta allí con otra intención. La vio coger las pinzas que descansaban sobre la colcha y tomar el asiento que había estado ocupando Maxine para, sin mayor dilación y con la mano libre, tirar de los extremos de la herida para ampliarla e introducir las pinzas muy despacio.

Jace rechinó los dientes para no aullar.

—Tengo noticias de arriba —anunció en tono neutro mientras seguía tanteando en busca de la bala. Jace a duras penas consiguió enfocar la vista. Reyes era ahora un borrón blanco y negro del que emergía la voz implacable de una diosa—. Sobre la agente Nagai.

Jace no fue el único que se activó con su mención. También Maxine, que se había quedado rezagada junto a la puerta, cuadró los hombros y empezó a mirar a Reyes de hito en hito.

—¿Y? —la animó ella.

Jace no tardaría en comprender por qué la agente había decidido hundir las pinzas en su carne magullada mientras le daba la noticia. El dolor físico contrarrestaría el golpe emocional de una de las peores posibilidades que había estado barajando.

—Tu jefe no iba a proporcionarte información confidencial sobre las sesiones terapéuticas por no sé qué historias de la normativa federal, así que he tenido que echar mano de mi contacto con la CIA. Por lo visto, a Ayane se le diagnosticaron trastorno de estrés postraumático, cosa que no te pillará de nuevas, y un posible síndrome de Estocolmo. Digo posible porque en el informe del profesional, un tal Ben Chambers, supongo que lo conoces, se mencionaba que Nagai protegía la identidad del tipo con su propia vida a pesar de ser muy consciente de sus defectos. Es raro que una mujer que padece este trastorno pueda racionalizar lo ocurrido, pues se suele caracterizar por la ceguera de la víctima. —Le concedió una pausa de silencio para gestionar la noticia. Segundos después, y sin levantar la cabeza de su labor, siguió introduciendo las pinzas—. Gracias al cielo, hemos descubierto también que Nagai no desveló sus planes sin más ante su captor, como tampoco su trabajo para la agencia; este los descubrió porque cometió una negligencia, o eso reza su testimonio.

»Por otro lado, Chambers no pretendía darle el alta para que recuperara su puesto en las oficinas federales, pero la agente Nagai no estaba dispuesta a permitir que el psiquiatra le parara los pies, y buscó una segunda opinión en otro de los especialistas del cuerpo para que este presentara de nuevo su caso ante sus superiores. La segunda profesional determinó que estaba sana, estable y preparada, no me preguntes cómo, y de algún modo se anularon todos los

informes de Chambers, en parte porque le convenía a Christopher Wray. La razón que se aportó para descartar el diagnóstico del primer terapeuta fue que se había implicado sentimentalmente con la paciente de tal manera que esto afectaba a su juicio. Así pues, la agente Ayane ha sido enviada a Shanghái junto con parte del equipo para localizar al que fuera su secuestrador, del que esta vez sí ha dado información muy detallada.

—¿Y eso qué quiere decir? —dudó Maxine—. ¿Que ha superado el síndrome de Estocolmo?

—Significa que Ayane sabe con exactitud qué hay que responder en un psicotécnico para que te firmen los papeles —se oyó responder Jace. Ni siquiera sabía cómo había escuchado la pregunta de Maxine. Un pitido intenso y continuado se había instalado en sus oídos—, y que ha sabido jugar muy bien sus cartas para estar donde quiere estar.

—Pero... ¿para qué querría estar ahí otra vez? —murmuraba Maxine—. No lo entiendo.

—Para vengarse, o porque lo quiere... Es difícil saberlo con un sujeto tan inestable y complejo como la agente Nagai —respondió Reyes, dignándose por primera vez a responderle a Maxine con educación—. De lo que nos hemos enterado es de que nada más llegar a Shanghái, se le ha perdido la pista a Ayane a pesar de que viajaba acompañada de su terapeuta y de otro par de agentes. Y esta vez no hay razones para pensar que pueda tratarse de una abducción. Es posible que sea por eso por lo que Wray no te ha contestado. No quiere que esto te afecte al coco y, por ende, a la misión, pero yo consideré que debías saberlo. Total, no es que estés siendo muy útil implicando a civiles y acostándote con ellos por diversión; el golpe bajo no te inhabilitará mucho más. —Retiró las pinzas muy despacio y alzó la barbilla—. Creo que extraer la bala causará más daños que dejarla donde está. Al menos esa es mi opinión como especialista en retirar proyectiles de cuerpos ajenos durante situaciones arriesgadas. Quizá el mejor médico de Washington opine lo contrario, pero estaría en su derecho de pensarlo porque tendría un quirófano a su disposición. —Se puso de pie sin apartar su mirada firme del inmóvil Jace. Ni Reyes era indiferente al dolor de un hombre vapuleado, y lo demostró al añadir con suavidad—: Véndate la herida por ahora, y ya veremos qué hacer contigo cuando regresemos a casa.

Cambió el peso de pierna, vacilante, como si no supiera si añadir algo más, quizá unas condolencias. Si Jace hubiera estado en condiciones de percatarse de la sutileza, habría descubierto una faceta sensible de Reyes, quien, en contra de sus sólidos principios profesionales, aún tenía tiempo y corazón para solidarizarse con su dolor.

Nadie lo habría dicho. Zhuri Reyes parecía la clase de persona que, ante un problema semejante, diría: «Ya no es tu esposa. Con lo cual, tampoco es tu asunto».

Pero incluso ella debía saber que no era tan sencillo.

—Descansa —se limitó a decir con su aspereza habitual antes de marcharse.

Segundos después, Jace y Maxine volvían a estar a solas. Pero Jace no sentía que ella siguiera en la habitación. Reyes había sido delicada con la pinza, lo que no significaba que no hubiera causado estragos y estuviera tan mareado que temía vomitar. Y ese era uno de tantos impulsos que no estaba consiguiendo controlar, como el de temblar violentamente.

Sus peores temores quedaban confirmados. En el mejor de los casos, Ayane se habría sentido identificada con las motivaciones de su agresor y esto les habría llevado a desarrollar una relación cordial que, como mínimo, le había garantizado la supervivencia. Jace no podría reprocharle tal cosa. Pero en el peor, se habría enamorado de la bestia a pesar de todo, lo que no sonaba ya como un síndrome de Estocolmo, sino como una pesadilla que una persona como Ayane no habría podido soportar.

Los síntomas que él había estado observando en ella a lo largo de los meses coincidían con el segundo caso.

Ayane no estaba asustada, o no solo eso. Ayane estaba deprimida. Pero la suya no era la tristeza del fracaso o de saber que no recuperaría el tiempo perdido, sino una tristeza nostálgica; se había estado doliendo por algo misterioso que Jace no había sabido descifrar, y ¿cómo descifrarlo? Jamás habría concebido que, al sentarse en la terraza para mirar al infinito, Ayane estaría rezando para que el villano la rescatara.

Jace se fiaba del informe de Chambers. Era el mejor psiquiatra en plantilla. Y si bien siempre le había parecido que sentía una sospechosa debilidad por Ayane, antes incluso de empezar a tratarla, dudaba que esto hubiera nublado su juicio. Los conocía a ambos, y sabía que Chambers era tan profesional como manipuladora podía llegar a ser Ayane. Se las había arreglado para sacarlo del mapa y, a partir de ahí, empezar a tramarlo todo.

¿Y para qué? ¿Para ayudar al FBI... o para hacer justo lo contrario?

Dejó caer la cabeza entre las manos, temblando de tal manera que casi le castañeteaban los dientes. El shock físico, el shock emocional; todo se había juntado en una noche para acabar con su autocontrol y dejarlo a la deriva.

Se acordó de Chambers, que tantas veces trató de hacerle hablar por simple humanidad. Que Jace hubiera podido seguir operando en nombre de la agencia no quería decir que estuviese en condiciones, y él siempre supo muy en el fondo que se había estancado. Pero se dijo mil veces que, mientras pudiera levantarse, no prendería las alarmas.

Ese había sido su error. Ahora estaba envenenado, al borde de la desesperación, y sentía que había fracasado con la mujer a la que un día juró amar por toda la eternidad. En la vida y en la muerte.

No se dio cuenta de que las lágrimas habían empezado a empaparle las mejillas hasta que sintió que un brazo le rodeaba los hombros. Jace se giró con los ojos entornados, los labios entreabiertos; la expresión de abandono de un hombre que no tenía energía ni para seguir despierto.

Maxine estaba al otro lado de la lámina vidriosa que las lágrimas habían levantado para protegerle de la realidad. Veía su pelo cobrizo, su rostro algo más bronceado tras unos días tomando el sol. ¿Y qué veía ella? Algo que merecía consuelo, porque se acercó y le rodeó el pecho con el otro brazo. Así, abrazándolo desde el lateral, parecía que quisiera cubrirle las espaldas y también proteger su corazón.

Ella apoyó la barbilla en el hueco entre su cuello y su hombro, y Jace cerró los ojos, abandonado a su calidez.

Un escalofrío lo sorprendió en cuanto notó que le quemaban los párpados.

No recordaba cuándo había llorado por última vez. Le aterraba perder el control, pero las pacientes caricias en la espalda no hacían sino avivar las ganas de desahogarse.

—No me lo puedo creer —murmuró él—. Esto no puede estar pasando.

—A lo mejor ha habido un error —lo consoló con torpeza. Ambos sabían que no había equivocaciones de ningún tipo cuando se trataba de la CIA—. A lo mejor solo quiere vengarse de ese hombre, que es lo que yo querría hacer si... si me pasara algo similar. O... o a lo mejor quiere dejar de sentirse inútil, todo el día metida en casa, y le parece injusto lo que está pasando y ha manipulado a todo el mundo para... para... volver al ruedo, ¿no? O...

La voz se le quebró. Se separó abruptamente, como si la hubieran pellizcado.

Verse privado de forma repentina de su calor le alertó, y alzó la barbilla a tiempo para ver que ella se levantaba, alisándose las arrugas del vestido de manera compulsiva, y se iba retirando hacia la puerta con los nervios a flor de piel.

—Lo... lo... lo siento, no me... no me está sentando... muy bien esto, yo... Sé que estás

teniendo un momento emocional, y... y sé que tú has estado ahí para mí cuando yo he necesitado un abrazo o un amigo, pero... pero... pero yo no soy tu amiga. Quiero decir que... que... que sabes lo que siento por ti, y que no podría comportarme como una simple colega, porque... —Cerró los ojos y cogió aire antes de continuar con los hombros cuadrados—. Soy consciente de que te he presionado una y mil veces para que te abras conmigo, para que me permitas conocerte un poco más, que he... cruzado el umbral del acoso, y que ahora que por fin parece que te muestras humano debería dar saltos de alegría e incluso sentirme orgullosa porque me has elegido a mí para desahogarte, pero... Dios. —Se presionó el puente de la nariz con dedos temblorosos. Tuvo que hacer otra pausa obligatoria para tragarse las lágrimas que habían empezado a entorpecer su discurso. Desde la puerta, en cuyo picaporte apoyó la mano, le lanzó una mirada desvalida—. No quiero convertir esto en... No quiero que parezca que va sobre mí, o que impongo cómo me siento yo, o que... o que lo mío es más importante, pero yo no puedo simplemente... No puedo ver cómo... No puedo verte sufrir por otra mujer. Por una mujer que ya existía cuando yo te... te quería para mí; por *esa* mujer en concreto, ¿entiendes? Y me encantaría ayudarte, y... y consolarte, y ser un apoyo firme, pero... —Un sollozo la interrumpió. Dejó caer la mano con la que había estado haciendo aspavientos confusos—. Sé que puede ser muy egoísta, pero no quiero seguir sufriendo por... por cosas que podría cambiar fácilmente. Si me voy ahora, es posible que... que el nudo en la garganta desaparezca, y... No te quiero dejar solo en un momento vulnerable, pero es que... es que... tú también me dejaste sola a mí ese día, yo te necesitaba más que nunca, necesitaba a alguien, y tú... No puedo verte llorar por la mujer que elegiste —confesó en un arrebato—. Que sé que era tu mujer, no cualquier mujer, e intento entenderlo, ser racional, pero... me hace daño. No puedo. Lo siento. No puedo.

Maxine agarró el pomo de la puerta y tiró desesperadamente para ponerse a salvo de él. En un visto y no visto, sus balbuceos fueron engullidos por un silencio ensordecedor, tan solo atenuado por el eco de todas esas frases que habían empezado y que no había podido terminar.

Jace asintió como si ella pudiera verlo, aceptando su decisión. Se negó a referirse a sí mismo como el del corazón roto cuando él se lo rompió primero a Maxine, y de forma injusta y retorcida a pesar de que no hubiera sido su intención. Asintió una y otra vez, como si eso ayudara a asentar mejor las ideas, y apoyó las palmas de las manos sobre los muslos con la mirada fija en el suelo. Se concentró en su respiración irregular, afectada por las punzadas de la herida, el escozor, la sensación de pegajosidad e inflexibilidad de la piel ahí donde se había secado el alcohol...

La puerta se abrió de nuevo.

Jace tuvo que alegrarse de que fuera Maxine, porque si se hubiera tratado de una persona externa, no le habría dado tiempo a cubrir la sospechosa herida.

—Lo siento —soltó de sopetón, mirándolo con ojos redondos. Tenía el cerco de alrededor enrojecido. Había tenido que llorar en silencio en el pasillo antes de dar media vuelta—. Lo siento, eso que he hecho ha sido muy egoísta, no debería... no debería haberme ido. Acaban de dispararte en el hombro, y... y parece ser que tú también te tuviste que tragar la bilis cuando me consolabas por Dylan, y... has recibido una noticia terrible, y no es que en Fuego y Sangre tengas muchos amigos... Ninguno de los dos tiene muchos amigos en Fuego y Sangre, así que debería quedarme a reconfortarte... ¡Y quiero quedarme a reconfortarte! —se apresuró a especificar—. ¡No es que sienta ninguna presión social, o que pretenda quedar como la buena! Es solo que... No importa —resolvió al fin con un suspiro—, yo te haré compañía, si es lo que...

Maxine se calló al ver que Jace le había tendido la mano con la palma hacia arriba. No reaccionó enseguida ni se la cogió sin dudar como hizo varias veces en el pasado, en ese viaje a

Tailandia que parecía a miles de años luz, y le dolió su atisbo de desconfianza a pesar de ser merecido.

Avanzó hacia él, aunque dudosa, y colocó su mano justo encima.

Jace se limitó a sujetarla por los dedos y a acariciarle el dorso con el pulgar mientras ponía en orden sus pensamientos.

Nunca le había costado tanto averiguar qué demonios decir, quizá porque siempre tuvo muy claro de qué podía hablar —de banalidades— y de qué no: de todo lo importante. No tenía experiencia alguna comunicándose. Era como un niño que se entristecía sin saber por qué y desconocía la manera de pedir ayuda. Solía desahogarse con Ayane, pero luego Ayane se fue y él perdió la voz.

Hasta esa noche. Había empezado a soltarse durante la persecución, instigado por la adrenalina y el miedo de que Maxine lo odiara para siempre. Y una vez arrancó a pronunciar sus verdades, no pudo callarse.

A esas alturas, carecía de sentido seguir albergando secretos.

Se concentró en la suavidad de su piel, en los lentos movimientos circulares que trazaba sobre ella. Así ahuyentó el dolor lo suficiente para hacerse oír.

—Aunque estaba buscando a Ayane cuando me conociste, yo ya me había vestido de luto —murmuró con la mirada gacha. Sabía que, si la miraba a la cara, perdería la determinación—. No conozco el término psicológico porque no creo en esa basura pseudo espiritual que no tiene ni base científica ni tiene nada, pero siento que me engañaba para seguir adelante cuando, en el fondo, muy en el fondo, sabía que estaba persiguiendo un fantasma. En el momento en que una persona continúa desaparecida más de setenta y dos horas, y luego más de seis meses, lo razonable es perder la esperanza de hallarla. Al menos con vida. Pero yo me empeciné porque Ayane lo era todo para mí. No te voy a mentir, Maxine. Lo era. —Hizo una pausa para inspirar hondo sin dejar de acariciarle la mano. Que ella no se la retirara le infundió valor—. Pensaba que, hasta que no encontrara sus huesos, no podría reconciliarme con la pérdida. Y hasta ese momento no descansaría, porque tenía los recursos, el amparo del FBI, la obligación moral... No podía ni quería quedarme de brazos cruzados. —Alzó la mirada hacia la muda Maxine, que parecía que no hubiera pestañeado desde que comenzó a hablar. Con dulzura, añadió—: Creo que me puedes entender; que sientes algo parecido con el asunto de Carey.

Maxine asintió con la cabeza muy discretamente, como si temiera despertarlo del trance en el que quiera que hubiese entrado para ser capaz de confesar sus sentimientos.

—Sí. —Tragó saliva. Enseguida añadió, ansiosa por su verdad—: ¿Y entonces?

—Si la encontraba, sería el hombre más feliz del mundo —prosiguió, y no sin dificultad—. Si no la encontraba..., no volvería a querer a nadie más en toda mi vida. Sé que puede sonar categórico e injusto conmigo mismo. Se supone que soy joven. Pero no fue una decisión que tomara de forma voluntaria. La pena eligió por mí. Y yo me plegué a sus deseos durante todo el camino: mientras confeccionaba mi personaje de Vesper’s, mientras me amigaba con Califa, mientras me acostaba con quien fuera necesario. Estaba tan absorbido por el dolor que Ayane estaría experimentando que no me di cuenta de que yo también sufría, y de que esa tristeza me estaba consumiendo... —tomó una bocanada de aire— hasta que te conocí.

Maxine pestañeó sin entender.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no te conocí. —Se le escapó una sonrisa amarga—. Ni tampoco contaba con hacerlo. Solo te presentaste de repente en aquella habitación oscura, con ropa de prestado y la cara que pondría una persona que no supiera aún lo morbosa que puede ser la vida. Y me

miraste... —Jace se inclinó para besarla en el centro del dorso antes de fijar la vista en su expresión. Sus ojos castaños brillaban por las lágrimas—. Ni te diste cuenta, pero me miraste como si supieras que podrías complacerme. Que tú sí lo conseguirías. Y yo te creí —admitió con timidez.

»También me quedé... perplejo. De todas las personas que había a mi alrededor, agentes del FBI, superiores en contacto con el presidente de los Estados Unidos, sadomasoquistas con una doble personalidad... Solo tú tenías una dimensión real. Solo tú podías atraerme hacia ese lado de la vida cotidiana a la que dejé de aspirar en un momento dado por falta de esperanza. —Otra sonrisa débil curvó sus labios—. Creo que decirte mi nombre real con todo lo que eso conllevaba, poner en peligro mi personaje, fue una llamada de auxilio. O a lo mejor solo quería que pensaras en mí como lo que soy. Como quien soy. Porque ni siquiera yo me acordaba de mí.

»Sé que es una locura, pero... —Sacudió la cabeza—. Empecé mi luto el día que Ayane desapareció, y en algún momento de los doce meses posteriores, apareciste tú con todas tus monerías, y no es solo que seas irresistible; es que yo no me intenté resistir, aunque creas que sí. Me rebelé contra la idea de sufrir para siempre en cuanto hallé algo por lo que merecía la pena aceptar que había perdido y que tenía derecho a querer algo diferente de lo que ya no estaba. Luego resultó que Ayane estaba viva... y el resto es historia.

Maxine había contenido la respiración durante todo el discurso, que había salido de sus labios en voz baja y a trompicones. A Jace no le gustó la sensación que se le quedó; de desnudez, de vulnerabilidad absoluta, de estar a merced de la reacción de otra persona a la que no podía controlar. Pero tendría que acostumbrarse, se dijo. Comunicarse era obligatorio para estar y sentirse vivo.

—Entonces yo te gustaba de verdad —musitó ella.

Él no pudo evitar sonreír al oír su burdo pero adorable resumen.

—Sí, me gustas de verdad —le confirmó.

Ni siquiera le dio un segundo para recobrarse de la confesión antes de inquirir:

—¿Y estás enamorado de ella? ¿De Ayane?

—No —respondió con llaneza—, pero la quiero más que a mí mismo.

Se estremeció visiblemente al escucharle, como si la hubiera apuñalado.

Jace esperaba que preguntara qué sentía por ella, qué hacía ella allí, si de ella sí estaba enamorado. Maxine nunca se quedaba con la duda si de un simple interrogatorio dependía. Pero escogió esa noche para perder el habla y la energía, y asintió con triste resignación, como si eso fuera todo. Como si no hubiera nada más, cuando detrás de esa puerta a la que acababa de llamar se encontraba la única verdad que le seguía moviendo: y es que mientras hubiera personas como ella en el mundo, merecería la pena enamorarse de nuevo.

Él tampoco abrió la boca para entrar en especificaciones que, si bien podrían salvar la situación, también la complicarían.

A Ayane la quería más que a su vida, pero su vida ya no tenía valor. Se refería a una vida que le arrancaron de cuajo; por eso su amor era un fantasma que, con suerte, algún día se cansaría de seguir sus huellas.

A Maxine Sagal la quería más que al mundo. El mundo por el que luchaba y que jamás se plantearía abandonar, así la adversidad se empecinara en derrotarlo.

Pero si lo confesaba con todas sus letras, entonces ¿qué? ¿Se comprometían a reencontrarse una vez acabara Fuego y Sangre? ¿Buscaban un bonito apartamento entre Los Ángeles y Washington, adoptaban un perro, planeaban las próximas vacaciones en el extranjero? Maxine tenía una herida muy profunda y reciente que le había costado la confianza, quizá también el

respeto y buena parte de su disposición a perdonarlo. Y Jace se conocía lo suficiente para saber que no podría vivir en paz hasta tener la absoluta certeza de que Ayane estaba sana y salva. Incluso si ya no era su responsabilidad.

No podía hacerle eso a Maxine, tenderle la mano mientras con la otra agarraba desesperadamente la felicidad y el bienestar de Ayane.

Maxine lo sacó de sus pensamientos haciendo ruido al arrojar un zapato al suelo. Se había quitado un tacón. Luego fue el otro, y a continuación retiró las sábanas de la cama. Antes de meterse con el vestido puesto, gesticuló para que se uniera a ella.

Jace obedeció sin oponer resistencia, vigilando en todo momento su expresión. La ternura del abrazo con el que Maxine lo sorprendió hizo que le costara respirar, pensar, moverse.

Había una dulzura en ella que lo asombraba todas y cada una de las veces, una dulzura que le costaba creer. Especialmente cuando recordaba que había sobrevivido a desdenes y crueldades innombrables. Pero desde el principio decidió creer en ella, aun así, y en el fondo no se arrepentía.

Jace rodeó el antebrazo femenino con una mano, manteniéndolo pegado a su pecho, y giró la cabeza para ver a Maxine con los ojos cerrados y la barbilla apoyada en su hombro sano. Se fijó en que una lágrima se había quedado atrapada en tierra de nadie, justo en la comisura del párpado, y que ya no se movería de allí.

Cuando pensó que se habría quedado dormida, Maxine rompió el silencio.

—Has dicho que te olvidaste de ti. ¿Cómo eras antes de que todo sucediera?

Jace se paró a meditarlo con especial interés, esperando ofrecerle una respuesta que la satisficiera.

—Siempre he sido callado. No me gusta hablar por hablar. Pero era sociable: me iba todos los fines de semana a jugar al fútbol americano con unos amigos. Tuve estrés postraumático antes de entrar al FBI. Me dejó algunas secuelas que, por suerte, logré trabajar. Me gustaban las películas de Sylvester Stallone, aprender recetas nuevas... Estaba pensando en estudiarme las canciones de Johnny Cash a la guitarra. En mi casa siempre se escuchó *country*. En la de mis padres, me refiero. Ayane ponía música comercial. —Hizo una pausa antes de añadir—: También tenía sentido del humor.

Maxine alzó la mirada hacia él.

—¿Contabas chistes, o cosas así?

—Simplemente era capaz de estar de guasa. Luego empezó a joderme que la gente se riera a mi alrededor. No estoy orgulloso de admitirlo. —Se quedó contemplando el techo con la mano descansando todavía sobre el brazo de Maxine—. Había llegado a ese punto de la vida en el que estás tan satisfecho con lo que tienes que sientes rabia hacia ti mismo por no poder relajarte. Estaba convencido de que era imposible que todo marchara sobre ruedas, y de que tarde o temprano pasaría algo terrible. Es un vicio que me dejó la Marina, temerme lo peor en un período de calma hasta el punto de ser incapaz de disfrutarlo. Pero esta vez no me equivocaba, supongo.

Maxine debió saber que había tensado la cuerda suficiente por una noche, porque aunque al mirarla se percató de que estaba batallando contra su curiosidad natural, no siguió haciendo preguntas. Solo añadió una:

—¿Cómo has sabido que la blusa que llevaba esa noche no era mía?

—Tu cuello y tu pelo olían de una manera, y la prenda, de otra diferente.

—Es de Carey —la oyó decir con un hilo de voz—. Aún se la tengo que devolver.

—Y lo harás. —Le besó el nacimiento del pelo.

Devolvió la vista al techo, que sumió en la oscuridad pulsando el interruptor cercano. Con una inspiración lenta y acompasada, se preparó para otra noche más en el infierno.

Una menos tortuosa, porque por lo menos esta vez no estaría solo.

Capítulo 27

Después de haber pasado la noche con Hurricane, Maxine se había quedado confundida. No habría podido perdonarse si lo hubiera dejado solo en semejante estado. Ninguna afrenta pasada podría evitar que hiciera lo que le decía el corazón. No significaba que hubiese renovado sus esperanzas, porque nada más lejos de la realidad. Oírle hablar en términos afectivos de Ayane había terminado de convencerla de que sería lo mejor renunciar a resolver la situación.

Con él estaba en un callejón sin salida.

Pero lo había perdonado, y aunque no lo hubiese hecho, se preocupaba por él de todos modos. Por su estado físico y por su estado emocional.

Reyes había mencionado que, por su seguridad, la bala habría de quedar incrustada en la carne, pero Maxine no estuvo tan segura de que fuera lo correcto después de ver que Hurricane pasaba la noche entera tiritando entre sudores fríos y balbuceando incoherencias en un sueño intermitente e infestado de pesadillas.

Sufrir como un condenado no le había impedido levantarse a la mañana siguiente, envolverse en un vendaje ligero que no se notara bajo la ropa y prepararse para la velada nocturna que tendría lugar en los recreativos del hotel.

Fue al incorporarse en la cama, todavía soñolienta, y verlo curando sus propias heridas en silencio cuando comprendió que aquel hombre sobreviviría a una catástrofe natural. Pero acabaría sucumbiendo tarde o temprano a sus heridas emocionales.

Esa era su condena, recordaba haber pensado Maxine antes de levantarse a ayudarlo. Su cuerpo estaba listo para la acción, pero su mente no lo acompañaba y acababa lastrándola de forma irremediable.

Esa noche se les había vuelto a ordenar que llevaran una máscara que les cubriera la cara.

Maxine se vistió en su dormitorio sumida en un silencio fúnebre. Se puso unas medias de rejilla, unos zapatos de tacón de falso charol que se anudaban con tiras de tela debajo de la rodilla, unas bragas de talle alto de cuero y combinó el top de vinilo con un arnés que servía de corsé y que al ir cerrado al cuello también las hacía de collar de sumisa.

Se miró en el espejo para acomodarse el pelo suelto y no se reconoció.

Ella no era sadomasoquista. Al menos, no quería que se convirtiera en su estilo de vida. No podía definir las prácticas englobadas en el BDSM como una necesidad sin la cual se sentiría incompleta. Le había estado gustando experimentar con unos hombres y con otros, sobre todo porque lo hizo al salir de una relación que la asfixiaba sin ella saber hasta qué punto, y no se arrepentía de nada, pero ya no podía aguantar las ganas de volver a casa.

Además, se sentía preparada para volver a estar en pareja. Magnus había sido una escuela maravillosa, y esperaba conservarlo incluso una vez ella le comunicara, ya sin rodeos, que no pretendía mantener una relación sadomasoquista salvo en momentos puntuales. Pero sí estaba interesada en compartir su vida con alguien. Guardaba mucho amor para dar. Tenía algo que aportar a los demás, y ansiaba hacerlo. Se moría por regresar a Los Ángeles y cuidar de sus alumnos, salir después del trabajo con sus amigas, ya fuera a un bar o a la bolera; flirtear inocentemente con desconocidos, salir de compras por aburrimiento, enamorarse de un hombre que estuviera emocionalmente disponible... Incluso estaba dispuesta a afrontar con alegría las partes menos románticas de una rutina, como pagar las mensualidades del alquiler y pasar la aspiradora cada domingo sin falta. Quería esa normalidad, y la quería porque llevaba demasiado

tiempo probando a ser alguien que no era, temiendo por su vida y la de una mujer desaparecida, y haciéndose castillos en el aire con el hombre imposible.

Había romantizado demasiado aquello último. Ahora quería algo fácil, y estaba segura de poder conseguirlo. Tarde o temprano, sus sentimientos por Hurricane se desvanecerían, aunque fuera bajo el peso de la única realidad: ellos tampoco eran compatibles.

Pero en cuanto se presentó en el amplio salón donde tuvo lugar la orgía dos días atrás, lo primero que hizo fue buscar a Hurricane con la mirada para cerciorarse de que se encontraba bien. Había insistido en participar en la velada para no levantar sospechas, y la herida se estaba cobrando su osadía. Ya de lejos se le veía pálido y sudoroso, síntomas de infección.

Maxine estaba tan preocupada por él que no se fijó en nada más, pero si lo hubiera hecho, habría reparado en que reinaba un ambiente especial, y que el estricto código de vestimenta de esa noche —solo cuero— respondía a una presencia insólita que merecía un trato deferente.

Había aparecido con media hora de retraso. No fue extraño pasearse entre las mesas y por delante de las puertas que daban a dormitorios improvisados y ver ya en faena a parejas, tríos y grupos numerosos. Además de la música —*Or Nah* de The Weeknd y otros cantantes urbanos se hacía oír a través de los altavoces—, los sonidos del amor y unos murmullos admirativos llenaban el espacio.

Empezó a darse cuenta de que algo estaba sucediendo cuando una voz le advirtió al oído:

—El Diablo está aquí. —Maxine fue a girarse para mirar a Reyes a la cara, pero esta se adelantó—. No te muevas. Finge que se te cae algo al suelo.

Maxine se puso nerviosa. Solo el apodo con el que se había bautizado era estremecedor. ¿Era eso lo que pretendía? ¿Que su sola mención pusiera el vello de punta? Tuvo que acomodarse el atuendo varias veces antes de recordar que llevaba unos pendientes discretos; perderlos justificaría que pasara más de cinco minutos palpando el suelo apenas iluminado por la luz regulada de los focos.

Le temblaban tanto las manos que perdió la rosca de verdad. Se agachó enseguida, le hizo un gesto a Reyes tirándose del lóbulo para explicarle que había perdido el pendiente, y esta se fingió dispuesta a ayudarla.

—¿Quién es? —fue lo primero que balbuceó Maxine, incapaz de levantar la vista del mármol negro—. ¿Dónde está?

—Lleva una máscara de gas negra con detalles en cuero. Es bastante aparatosa. Lo reconocerás en cuanto pase por tu lado. Ha venido a jugar, por lo que me han dicho mis compañeros. —Reyes alzó la barbilla para echarle un vistazo fugaz—. Tendrás que utilizar eso en tu beneficio.

El corazón le dejó de latir.

—¿Cómo? —tartamudeó, sobrecogida—. ¿Yo? ¿A q-qué te refieres?

—Tenemos que pincharle el móvil para acceder a los datos sensibles. Puede guardar cualquier cosa en la memoria, desde contactos útiles para localizar a los implicados hasta fotos de las chicas, pasando por un recorrido de todos los lugares que ha frecuentado si llevaba el móvil encima con la geolocalización activada.

—¿Siquiera sabes si lo lleva ahora?

—Sí. Lo he visto asomando en su bolsillo trasero.

—No puedo hacer eso. No puedo. Yo...

—No tienes que robárselo, Mimosa —atajó con sequedad—, solo pegarle a la batería este pequeño dispositivo que te voy a dar a la par que la tuerca del pendiente. Claro está que, para conseguirlo, deberás trastear el teléfono, pero eres la persona adecuada para distraerlo durante el

tiempo suficiente. Te invitó a su club porque le llamaste la atención. Si te pavoneas delante de él un rato, apuesto por que irá a una habitación contigo.

Maxine notaba la garganta seca.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Esto le correspondería a Hurricane por ser trabajo de campo, pero, como ya sabes, no está en condiciones de forcejear con El Diablo, y digamos que, para empezar, tampoco es su tipo. —Reyes le sostuvo la mirada sin dejar de palpar el suelo fingiendo una expresión contrariada—. Lo has estado persiguiendo sin tregua para que te confirme que un caso gubernamental justifica su presencia en México, le has puesto contra las cuerdas para que te permita participar en él, y estoy convencida de que no le habrían disparado si no hubieses estado en ese coche durante la persecución. ¿Ahora vas a sacar la carta de que no puedes?, ¿de que debo hacerlo yo? ¿No se suponía que estabas desesperada por encontrar a tu amiga?

Maxine agachó la barbilla sin dejar de acariciar la fría superficie de mármol.

Tenía toda la razón. Quería encontrar a Carey, y si eso era imposible, por lo menos hacer justicia. También era cierto que había estado presionando a Hurricane para formar parte del equipo. No podía poner ese peso sobre los hombros de una persona herida y otra a la que no le concernía; Hurricane fue muy claro al decirle que Reyes estaba allí en calidad de agente de la CIA, para recabar información y nada más.

¿Qué era lo peor que podía pasarle?, se dijo. Ella era la más inocente de los tres, la que menos sospechas podría levantar. A fin de cuentas, era profesora de Español en un instituto público, una humilde ciudadana que cumplía a rajatabla sus obligaciones sociales.

—¿Qué tengo que hacer? —musitó Maxine.

Reyes recogió algo del suelo y se lo tendió con la palma extendida. La tuerca y el dispositivo eran idénticos en tamaño y color. Ambos emitieron un destello plateado que captó su atención y la hizo repentinamente consciente de lo real que era la misión.

—Solo tienes que retirar la tapa del móvil y la batería y colocarlo justo encima de la tarjeta SIM, de la que extraeremos los datos. Yo llevo otro encima por si se me presentara la oportunidad. Te cubriré las espaldas —apostilló.

Había hablado en todo momento sin apenas mover los labios, aunque ni siquiera de cerca podrían haber averiguado el contenido de la conversación. Las luces bajas las protegían.

—¿Lo sabe Hurricane?

—¿Que vas a encargarte tú? No, así que procura ser discreta. Me da la impresión de que intentaría reventar la operación, y quiero irme a casa habiendo hecho algo para joder a esos hijos de puta. —Entrecerró los ojos verdes mientras se levantaba—. Creo que tú también te sentirías mejor si fueras útil.

En eso, Reyes no se equivocaba. Pero ¿cuál era el precio de limpiar su conciencia y reconciliarse con la idea de haberse esforzado todo lo posible para llegar hasta Carey? ¿Tenía que sacrificar su integridad física? ¿Debía prostituirse?, ¿acostarse con El Diablo para conseguir esa maldita información? Ni siquiera sabía cuál era la cara del tipo, y por más que Maxine hubiera catado el cuerpo de desconocidos durante su semana en Acapulco, tener sexo con un traficante era una experiencia radicalmente distinta.

Y aterradora.

Pero estaba dispuesta a intentarlo, decidió mientras se incorporaba. Primero colocó el pendiente en su sitio, y luego, con disimulo, guardó el pequeño dispositivo en el candado hueco que colgaba de su collar de sumisa.

Se sintió orgullosa de no haber alertado a nadie más. De lejos habría parecido que estaba

ajustándoselo.

Cuando quiso volver a dirigirse a Reyes, esta ya no estaba. Se había desvanecido entre el gentío como la bruma matinal.

La invadió una duda legítima. ¿Cómo iba a encontrar a El Diablo entre los participantes? Había más de lo habitual. Seguramente habrían invitado a las prostitutas o acompañantes de lujo de los prostíbulos mexicanos para hacer bulto, o para satisfacer las fantasías de los ciegos que no querían ver, todos esos hombres y mujeres en su mayoría ricos que no se daban cuenta de lo que se cocía en la misma superficie.

¿O lo sabían y no les importaba?

Se abrió paso entre la gente que bailaba, charlaba o se frotaba sin ningún pudor con sus atuendos oscuros de cuero. Localizó al hombre que buscaba al poco rato, y se quiso abofetear por haber pensado que sería complicado. Ningún otro amo llevaba una pesada máscara de gas, y los presentes solo se congregarían en torno a una figura concreta como si del dios de un culto secreto se tratara.

Ciertamente lo era, o lo parecía ya de lejos.

Estaba tan bronceado que ni siquiera el juego de luces podía disimularlo. Las caricias de sus admiradoras le habían desordenado el cabello negro y ondulado, el único rasgo apreciable de cuello para arriba.

Incluso a pesar de no verle la cara, Maxine se estremeció, reconociéndolo como un hombre injustamente atractivo. Era alto y esbelto, tenía un tatuaje grande en el pecho, que llevaba al descubierto, y en los brazos gruesos y nervudos se intuía el contorno de las venas hinchadas, los tendones fortalecidos. Lucía las bolitas plateadas de un *piercing* en cada pezón, un accesorio tan provocador como el hecho de que llevara la cremallera del tejano negro bajada y el botón desabrochado, exhibiendo hasta dónde llegaba el sendero de vello oscuro que nacía en su pecho y se segregaba ombligo abajo.

Maxine no encontró el valor para acercarse. Primero barrió el salón con una mirada perdida en busca de inspiración. ¿Cómo se abordaba a un traficante en su papel de amo?

Más por casualidad que porque lo hubiera buscado, su mirada localizó a Hurricane en la distancia, la persona a la que le habría pedido consejo. Él ya la estaba observando con alarma, como si una corazonada le hubiera chivado lo que Maxine estaba a punto de hacer. Ella se lo confirmó sin querer con su expresión aprensiva.

Vio a Hurricane tensar la mandíbula y negar con la cabeza, manteniendo un gesto de peligrosa advertencia. Lo siguiente que hizo fue apartar a la dominatriz que se interponía en su camino con un solo brazo, el sano, y emprender la marcha hacia ella con una prisa que podría haber alertado a los presentes.

Maxine, más preocupada por lo que podría ocurrir si no actuaba que por la furia de Hurricane, procuró desaparecer de su campo de visión zigzagueando entre el gentío. Perderlo de vista era la prioridad, y acabó tan concentrada en hacerse pequeña y huir lo más rápido posible de su mirada censuradora que no vio por dónde iba y acabó chocando frontalmente con el misterioso tatuaje del traficante.

Maxine se agarró a los fornidos brazos de El Diablo por pura inercia. Turulata por el golpe y la desesperación que había visto en el rostro de Hurricane, tardó unos segundos en reconocer la figura de una sirena en la piel del mexicano. Estaba enroscada alrededor de su corazón, y tenía una expresión muy lograda, entre sensual y maligna; una que representaba con fidelidad el carácter traicionero y a la vez erótico de las criaturas mitológicas.

El rostro de la sirena de tinta le sonó familiar. Tenía que estar inspirado en alguna actriz que

Maxine hubiera visto antes.

No habría sido capaz de reaccionar si El Diablo no le hubiera puesto las manos sobre los hombros y la hubiera separado para mirarla a través de su máscara.

Maxine pensó que el disfraz solo le hacía más intimidatorio. Pero a un hombre con la intención de sembrar el miedo no le importaría que ella se encogiera sobre sí misma.

—P-p-perdón...

—Mimosa —dijo con una voz grave y abisal que le puso el vello de punta—. ¿Qué es lo que buscas?

No le sorprendió que tuviera acento neoyorquino. Hurricane le había hablado de su inclusión en los Latin Kings de Nueva York, de cómo lo protegían ya de niño para que nada truncara su imparable y meteórico ascenso hasta la cúpula del tráfico... o su descenso hasta los infiernos.

—Quería... —intentó articular— agradecerte... la invitación del otro día.

—¿De qué manera? —Ladeó la cabeza, curioso, antes de alargar un brazo hacia el candado del collar de sumisa. El corazón le bombeó con tanta fuerza que creyó que él podría escucharlo —. Porque esto que llevas proclama a los cuatro vientos que tienes un compromiso con un amo. O eso o lo estás usando como decoración sin saber lo que significa.

Maxine tragó saliva, en parte aliviada porque estuviera adentrándose en un tema sobre el que podría explayarse.

—No, no, yo... conozco la diferencia entre los tres collares vinculantes. Es cierto que tengo un... amo, pero...

El Diablo la calló tomándola de la mandíbula e inclinándose sobre ella para observarla de cerca. Era imposible saberlo porque la máscara ni siquiera iba ajustada a su cara como un pasamontañas, y los filtros sobresalían en las zonas faciales donde la tela estirada podría haber delatado una sonrisa. Pero tenía que estar sonriendo. Algo se lo decía.

Maxine se preguntó durante lo que duró el escrutinio si la llevaría a menudo o si en el fondo sabía que estaba siendo vigilado y le convenía esconder su rostro.

—Ven conmigo —la invitó en un tono que no admitía réplica.

Dio por hecho que seguiría su orden y la agarró por el cuero del collar de sumisa para tirar de ella en dirección a una de las puertas abiertas. Ni una sola de las habitaciones permanecían selladas, lo que significaba que esa noche todo el mundo estaba invitado a participar en las sesiones del resto.

Maxine estaba tan asustada por lo que fuera a ocurrir a continuación que no podía respirar, y esto no tenía nada que ver con el hecho de que el collar la estuviera asfixiando. Pero le sirvió de justificación para disimular unos nervios que nadie, ni mucho menos un criminal inteligente, asociaría con mera mojigatería.

Iba a arruinarlo todo, pensó, llevándose una mano al pecho. No lo conseguiría.

Para cuando llegaron a uno de los dormitorios improvisados, provistos de una cama doble, unas cuerdas que colgaban del techo y un columpio sexual, ya estaba convencida de que sufriría un infarto. Había empezado a imaginarse siendo maltratada por aquel hombre más allá de sus límites infranqueables cuando entonces él se giró hacia ella y le dijo:

—No me gustan las novatas ni las suavonas, pero sí puedes hacer algo por mí. —Maxine se activó al intuir que no le pondría un dedo encima, y se mostró quizá demasiado solícita al sostenerle la mirada—. Quiero que me traigas a esa amiga tuya, a la rubia pequeñita con la que has estado flirteando hace un momento.

La sangre se le heló en las venas.

Como no podía ver su expresión y su tono no revelaba nada, no pudo cerciorarse de que El

Diablo las había descubierto. Lo único que se le ocurrió decir para no ir en busca de Reyes y llevarla al matadero fue:

—Ella solo trabaja en Fuego y Sangre. No es ni ama, ni sumisa.

—¿Y? —replicó con indiferencia.

—Que... que... no está aquí para... para... participar.

—Eso lo decidiré yo.

«¡No! ¡Eso no lo decides tú!», estuvo a punto de espetarle, sobrepasada por un acceso de ira. Él tampoco decidía qué mujeres renunciaban a su vida para enriquecer a sus proxenetas, ni decidía cuáles servían para un prostíbulo de gama baja y cuáles para convertirse en las esclavas sexuales de un millonario. No podía jugar de esa manera con la vida de los demás. Y, sin embargo, se otorgó ese derecho en algún momento y hasta el día presente nadie había podido disputárselo.

Maxine se resignó a complacerlo, rezando para que su impotencia pudiera leerse como el despecho de una mujer que quería ser la elegida y acababa de ser despreciada. Dio media vuelta, reconociendo en su cuerpo rígido esa santurronería que El Diablo le había reprochado y que gracias al cielo no encontraba atractiva. Habría suspirado de alivio e incluso se habría echado a llorar si su salvación no hubiera tenido lugar a costa del sufrimiento ajeno; en este caso, el de la mujer a la que atrajo hasta la puerta del dormitorio haciéndole un gesto.

Como si supiera que aquello era obra de El Diablo, Reyes se abrió paso entre el gentío y llegó a su destino con gesto impasible. El amo estaba esperando en el interior, acariciando una de las cuerdas que colgaban del techo, cuando la agente cruzó el umbral en silencio.

Maxine no supo muy bien qué hacer, si desaparecer o quedarse donde estaba. Se decantó por lo segundo en un estúpido gesto de hermandad hacia Reyes, que pensó que necesitaría apoyo en esos momentos.

O tal vez no, porque ni siquiera se inmutó cuando El Diablo, que no había parado de mirarla con un perverso regocijo desde su aparición, dio una vuelta apreciativa a su alrededor y se detuvo ante ella para sostenerle el mentón.

Solo sostenérselo.

—A ti no hay que levantarte la barbilla, ¿verdad? Ya eres insolente por naturaleza —dedujo en un perfecto castellano con acento local. Esperó una respuesta, y, al ver que no llegaba, ladeó la cabeza, quizá intrigado, quizá molesto—. Te he estado viendo por ahí y me ha dado la impresión de que no eres una ayudante, o no solo una ayudante. No te es ajeno nada de esto, ¿me equivoco?

Reyes no respondió. No podía verle la cara desde la puerta, pero Maxine apostaba por que se limitaba a aguantarle la mirada con indolencia.

—¿Te ha comido la lengua el gato? ¿O es que estás asustada?

—Yo nunca tengo miedo —contestó Reyes en un tono desapasionado, también en español.

El Diablo le rodeó el cuello con una caricia. Maxine se tensó ante la diferencia de tamaños, el aspecto brutalista de él y la aparente delicadeza de ella. Los dedos morenos presentaban una amenaza real al envolverle la nuca en un gesto posesivo, o tal vez destinado a acongojarla.

Segundos después, ambas supieron que El Diablo solo pretendía deshacer el nudo que mantenía el top de cuello tipo halter en su sitio.

La dejó desnuda de cintura para arriba en cuanto la prenda cayó por su propio peso.

—¿Nunca? —susurró él, dando un paso adelante—. ¿No hay nada en este mundo, en mi mundo, que pueda hacerte gritar?

—No.

Incluso sin verle la cara, Maxine supo que El Diablo acababa de sonreír, y que interpretaba su respuesta como un reto interesante. La atmósfera de la habitación se había cargado con la curiosidad y la excitación del amo, y con aquella energía oscura pero poderosa que envolvía a Reyes y que era imposible descifrar. Maxine sentía que sobraba, y que fuera lo que fuese que estuviera a punto de ocurrir allí, sería de una intensidad abrumadora.

Iba a darse la vuelta cuando El Diablo dijo:

—Mimosa, voy a necesitar tu ayuda.

Ella se humedeció los labios y se acercó, vacilante. Al pasar por el lado de Reyes, que no se había encogido ni había tratado de cubrirse el torso desnudo, se fijó en su expresión. Tenía la vista clavada al frente con una mirada dura como el acero alemán, pero también el cuerpo relajado, como si estuviera lista para complacerlo exactamente del modo en que quería: entregándose a él, pero con la reticencia que a un amo le gustaba viniendo de sus sumisas.

El Diablo le tendió una varilla larga que pronto reconoció como un encendedor.

—Prende todas las velas de la habitación.

Se fijó en que el amo se quedaba mirándola unos segundos de más después de que ella agarrara el mechero por el discreto mango, y llegó a la conclusión de que le excitaba utilizar a mujeres impresionables para fines perversos. No le cabía la menor duda de que pretendía usarla para su placer, y sin la necesidad de ponerle un dedo encima. Maxine lo prefería así, y, agradecida en el fondo, se dispuso a iluminar el dormitorio prendiendo cada uno de los cirios.

No se había fijado al entrar, pero acabó contando hasta cincuenta velas. Todas ellas eran de colores, alargadas y de parafina, un material que sabía que se empleaba para los juegos de cera del BDSM.

Aterrada, se preguntó si El Diablo sería capaz de quemar a una mujer en su primera sesión con ella. Una que ni siquiera era sumisa.

Le lanzó una mirada por encima del hombro. El estómago se le encogió al ver que había desnudado a Reyes, dejándola tan solo con las medias negras semitransparentes y los zapatos de tacón. Ahora se empleaba atándola con la madeja de gruesas cuerdas de yute que colgaban del techo.

Mientras Maxine terminaba de prender las velas, El Diablo culminó una obra que se le antojó difícil y enrevesada, porque era prácticamente un arte. La asombró ver a la agente suspendida en el aire, con la cuerda cruzándole el torso, la cintura y hasta la cara, y separándole las piernas de un modo vergonzoso. Maxine ya había sido víctima del *shibari*, la técnica de atar con cuerdas, pero lo que El Diablo había podido improvisar en un momento era incluso admirable. Sobrepasaba con creces sus expectativas.

—Así no te me escapas —oyó que decía él.

¿Qué estaría pensando Reyes? No saber cómo se sentía la torturaba. ¿Estaba asustada? ¿Vulnerable? ¿Preocupada? ¿Furiosa?

¿Estaba... excitada, acaso?

Con el rabillo del ojo, Maxine se fijó en que Reyes seguía a El Diablo con una mirada impenetrable en la que brillaba un sentimiento intenso.

¿Era odio? ¿Tenía sentido que una agente fría e inteligente odiara a un traficante por el simple hecho de serlo?

Utilizó una vela para encender otra ahora que el gas del mechero se había agotado, y así justificar su presencia. El Diablo la sobresaltó cubriéndole la mano con la suya para tomar el cirio que estaba sosteniendo. Maxine se lo cedió en silencio, y lo vio rondar a Reyes con la máscara de gas iluminada por la llama cimbreante. El corazón se le paró cuando volcó la cera

ardiendo en una de las franjas de la piel que había dejado libres de la cuerda de manera deliberada. Su cálculo era asombroso.

La vela goteó entre sus pechos, y si fue duro solo mirarlo, no quiso ni imaginarse cómo lo sintió Reyes, que se arqueó involuntariamente y tuvo que morderse el interior de la mejilla para no gritar. Maxine había leído que existían todo tipo de velas para jugar, pero que las de parafina eran las que producían mayor dolor.

Un mal presentimiento la invadió. ¿La estaba torturando porque sabía quién era ella? No había dejado caer la cera solo por capricho para luego pasar a otra práctica. Supo que marcarla era su intención cuando se armó con un cirio de otro color y vertió su contenido líquido sobre la piel pálida de Reyes.

Era una tortura con todas las de la ley, o eso pensaba Maxine desde su posición, inmóvil junto al saliente donde descansaban la mayoría de las velas.

Si sabía quién era Reyes, ¿cómo se habría enterado? ¿Tan mal lo estaban haciendo?

Si tan solo pudiera ver la cara de El Diablo... Estaba segura de que así averiguaría si disfrutaba o no con el juego, si estaba allí por placer o por venganza. O por las dos.

Observó que el amo dejaba una vela a un lado y se situaba entre los muslos separados de Reyes. Le rompió las frágiles medias hundiendo los dedos en la tela a la altura de su entrepierna, y emitió una exhalación que simulaba una risa al comprobar que no llevaba ropa interior.

Fue un detalle que también sorprendió a Maxine.

¿Habría estado acostándose con alguno de los invitados desde su llegada? ¿Le gustaba el BDSM...? Lo pareció cuando El Diablo vertió la cera en su bajo vientre y ella, arqueándose y tensando los abdominales, soltó un gemido que no podía leerse de un modo distinto a placentero.

—Mimosa —la llamó El Diablo. Sin mirarla, porque solo tenía ojos para Reyes, le ofreció la única vela que sostenía—. Continúa.

Maxine se quedó inmóvil con el cirio en la mano mientras El Diablo sacaba el móvil del bolsillo, unas llaves y una navaja y los dejaba en una mesilla a su espalda.

¿Pretendía que la quemara?, se preguntó, horrorizada, pero no tanto como al verle introducir la mano en la bragueta abierta y sacar su miembro hinchado.

Entonces, el juego de la cera quedó en un segundo plano.

—Mimosa —repitió en tono impaciente.

No le quedó otro remedio que ponerse manos a la obra. Se acercó a Reyes, dudosa, y curvó la muñeca para que la cera ardiendo aterrizara sobre su torso. La mayoría de las gotas ya se habían secado, formando una combinación de blancos y rojos que en cualquier otro contexto habría resultado estética.

El corazón le martilleaba en el pecho. Buscaba la mirada de la agente para disculparse, pero ella, ya fuera porque estaba metida en su papel o porque no quería perder de vista al enemigo, mantenía los ojos fijos en el hombre que le acarició los labios vaginales con el prepucio. Tenía la polla más grande y gruesa que Maxine hubiera visto. Le aterró que desgarrara a la minúscula Reyes en el proceso.

Con la mano libre, El Diablo aferró por el muslo a su víctima.

—Aguantas muy bien el dolor —la halagó con voz ronca—. Habrá que ver si aguantas el placer igual.

Reyes se sacudió entre las cuerdas que la inmovilizaban cuando el amo la penetró de una sola embestida. Maxine temió que fuera una sacudida de auxilio, de pavor; un intento por librarse de él, pero la oyó gemir entrecortada y observó que sus pezones y su piel se erizaban, producto de

un profundo escalofrío placentero. Reyes intentó alzar la cabeza para mirar hacia abajo, al punto que la unía con El Diablo, pero el movimiento de caderas del amo le volcó los ojos hacia atrás y solo pudo aferrarse a los propios puños y a la tensión de sus músculos endurecidos para soportar cada embate.

—Eso es... —decía él.

Maxine pasó del horror a la confusión, de la confusión a la incertidumbre, y de la incertidumbre acabó saltando, sin saber por qué, a la excitación, que se manifestó en un cosquilleo en el bajo vientre. Se horrorizó, acusándose de enferma, por disfrutar de un espectáculo macabro, pero pronto se consoló alegando que no era macabro si ambos gruñían y gemían, entregados el uno al otro. Las preguntas razonables, como, por ejemplo, si era posible excitarse con un hombre cruel y metido hasta las cejas en el tráfico de personas, llegarían más tarde. En ese momento, Maxine solo sentía que se le había secado la boca al ver a Reyes con los ojos cerrados y la boca abierta, jadeando y gimiendo cada vez que El Diablo se abría paso entre sus carnes apretadas.

El espectáculo era tan hipnotizador —ella colgada del techo en horizontal, siendo penetrada por un enmascarado— que tardó en recordar por qué estaban allí.

Maxine se alejó hacia un lateral del dormitorio con la excusa de que la vela ya se había consumido. Creyó que El Diablo le gritaría que no se moviera, o que al menos se daría cuenta de su retirada, pero no le importó que abandonara el barco porque él ya tenía lo que quería. Lo vio agarrar a Reyes del cuello y tirar de ella para incorporarla lo justo y así admirar de cerca su expresión de éxtasis.

La máscara de El Diablo fue historia apenas unos segundos después. Maxine no supo por qué, qué le llevó a tomar la decisión, pero el amo seguía embistiendo a Reyes con una locura desenfrenada cuando tiró de la banda que la mantenía sujeta a la nuca y descubrió su rostro. La arrojó al suelo con desdén, molesto porque hubiera estado ocupando su mano cuando podía haberle dado a esta un propósito mejor, y agarró a Reyes por la cuerda que la envolvía justo encima de los pechos para mantenerla muy pegada a él.

Maxine se quedó destrozada al reconocer en El Diablo a un hombre devastadoramente hermoso. Incluso con la cara sudorosa y ruborizado por el esfuerzo, incluso en su estado más salvaje, el estómago se le encogió al mirarlo de soslayo. Tenía los ojos oscuros como el infierno, al igual que el mechón ondulado que le caía sobre la frente húmeda, y una mandíbula firme y masculina sombreada por un atisbo de barba cerrada.

No vio que Reyes reaccionara igual al descubrimiento, quizá porque estaba tan sumida en la burbuja de placer violento que veía más allá de la cara, del cuerpo macizo; solo sentía y paladeaba los ecos de las bruscas penetraciones.

Maxine aprovechó que estaban inmersos el uno en el otro, mirándose a los ojos como si así pudieran matarse, para rescatar el teléfono de El Diablo de la mesilla donde lo había dejado. Actuó con rapidez, aunque no con particular precisión, y sin dejar de lanzar miradas agobiadas por encima del hombro para comprobar que no habían terminado.

Dio gracias al cielo porque El Diablo no tuviera un iPhone, para lo que habría sido necesario desatornillar la carcasa, y llevó a cabo los tres pasos que Reyes le había indicado.

Una vez estuvo colocado el dispositivo, dejó el móvil en su sitio y se desplazó con disimulo hacia el lateral del dormitorio donde brillaban las velas. Creaban un ambiente en cierto modo satánico, en parte por la energía de ambos, y en parte por la proyección del fuego en las paredes, que improvisaba un juego de luces y sombras.

Reyes alcanzó el orgasmo primero. Lo supo porque se arqueó, sudando a mares y manchada

hasta en la cara de cera seca. El Diablo hundió los dedos en la carne dura de los muslos femeninos, donde antes había unas medias intactas pero ahora presentaban agujeros que él había abierto con su impaciencia, y se vació en su interior con un gruñido casi vulnerable que sobrecogió a Maxine.

Y no todo acabó allí.

Reyes no le increpó por no haberse apartado, quizá porque tomaba la píldora y no le importaba. O quizá porque estaba aterrorizada. Tampoco aprovechó que ya habían terminado para exigirle que la bajara. Pero él, de pronto con la cabeza gacha y una actitud mucho más benevolente, se dio la vuelta para coger la navaja que había sacado del bolsillo y extrajo una de las hojas afiladas para cortar las cuerdas.

Maxine temió que fuera a dejarla caer por su propio peso sobre el suelo alfombrado, pero El Diablo la rodeó por la espalda y por las corvas de la rodilla para ponerle los pies en tierra con una gentileza tal que se asemejó a un príncipe de cuento.

Tampoco acabó allí la escena. El amo se arrodilló ante Reyes y, con la misma hoja de la navaja, empezó a raspar con cuidado las gotas de cera seca que salpicaban su pequeño y musculoso cuerpo, formando un charco de membranas rojas y blancas a sus pies.

La agente lo observaba con fijeza y el mismo gesto impasible que al comienzo de todo, como si no acabaran de compartir intimidades; intimidades a las que no era ajeno ni siquiera el propio Diablo, que pareció afectado y hasta arrepentido al besar las rojeces que la cera ardiendo le había dejado en el torso.

Cuando había terminado de limpiarla, todo esto sumido en un silencio reverencial tan solo interrumpido por la música que llegaba del exterior, El Diablo se irguió cuan largo era, por lo menos treinta centímetros más alto que Reyes, y la tomó de la mandíbula para que lo mirara a la cara.

La expresión apasionada de El Diablo le tocó una fibra sensible. Este le sostuvo la mirada a Reyes, como si pretendiera trasladarle un mensaje secreto cargado de emociones, y se inclinó sobre ella para besarla con una ternura estremecedora. Había algo en sus movimientos, una lentitud reverencial, tal vez la plena certeza de que no se la merecía, que le dio ganas de llorar... y que la dejó de una pieza.

Pero su asombro alcanzó niveles insospechados cuando El Diablo se separó, abrió unos ojos que ardían como brasas, y le acarició la mejilla con el pulgar al murmurar en castellano:

—Chiquita mía... Cuánto te quiero.

Capítulo 28

Jace intentó estar allí, en el salón, para cuando Maxine abandonara el dormitorio al que El Diablo la había conducido, pero su cuerpo cedió a la infección de la herida y perdió el conocimiento antes de averiguar siquiera qué estaba sucediendo.

No supo qué ocurrió a continuación. No estaba inconsciente del todo cuando un alma caritativa lo cargó en peso y lo arrastró fuera de la zona recreativa para ayudarlo por mera humanidad. Le pareció escuchar una voz familiar pidiéndole explicaciones. Qué le pasaba, si estaba enfermo, si quería que lo llevara al hospital... Lo único que Jace atinaba a responder, viendo un borrón ante sus ojos y tratando de espabilarse para impedir que Maxine volviera a pasar miedo, era un repetitivo y rotundo «no». No podían ponerlo en manos de un médico.

Por fortuna para él, el desconocido complació su deseo y lo acompañó a su habitación.

Nunca se le había dado bien descansar, pero no le quedó otro remedio que dejarse tender sobre la cama. Su ángel de la guarda insistió en quedarse sentado en uno de los butacones de la estancia hasta que se encontrara mejor, cosa que Jace sabía de sobra que no sucedería. Había visto suficientes heridas de bala a lo largo de su vida como para fingir que no entendía el significado de una infección. Le costaba levantar el brazo. Necesitaba cirugía, o, como mínimo, antibióticos, y no podía desplazarse a una farmacia a pedirlos sin delatarse. Por lo menos hasta que acabara el evento.

Aunque intentó poner su cuerpo a funcionar, este no respondía. Lo había forzado demasiado a lo largo del día, y el estrés de ver a Maxine participando en una operación que no le concernía había superado sus defensas.

Por más que trató de incorporarse, por más que se ordenó caminar hacia la puerta, abrirla, recorrer el pasillo y bajar de vuelta al salón, no pudo. Y aunque lo hubiera logrado, el hombre que le había salvado de armar un escándalo se habría interpuesto en su camino.

—Hay que ver cómo eres, ¿eh? Callado y todo lo que tú quieras, pero como te toquen a la chica, te pones muy nervioso. No creo que vaya a pasar nada ahí que no lleve ocurriendo desde que llegamos a Acapulco, amigo... Ten. —Sintió que le agarraban la mano y le ponían una pequeña cápsula blanda... ¿una pastilla?—. Es bastante potente. Te ayudará con la fiebre. Caray, los celos se te manifiestan de una forma muy cruel. No me gustaría estar en tus zapatos, aunque, bueno... Todos hemos estado ahí.

No le costó reconocer a Rob Roy en aquel tono desenfadado. Otro hombre quizá habría pensado que lo había ayudado a salir del salón y había aceptado su decisión de descansar en deferencia a Maxine, por la que era evidente que sentía afecto, pero Jace lo conocía de Vesper’s y sabía que tenía buen corazón.

—Gracias —articuló con dificultad, alargando una mano débil hacia la mesita de noche.

Rob Roy le tendió el vaso de agua que estaba buscando. Jace asintió en un segundo agradecimiento silencioso y lo vació de un trago.

—No eres mi persona favorita —suspiró el escocés, ayudándolo a incorporarse para que la pastilla bajara por la garganta—. Max habla conmigo, ¿sabes? Y no parece que hayas sido el tío más estupendo del mundo con ella. Pero tampoco te iba a dejar allí traspuesto.

Jace volvió a tenderse sobre la almohada y se llevó una mano a la herida, que notaba ardiendo.

—No se puede ser lo bastante estupendo para ella... —La voz se le apagó al notar el hombro húmedo. Estaba sangrando, o por lo menos supurando, y no se había dado cuenta porque llevaba

una camiseta negra y de vinilo que disimulaba los fluidos.

—En eso estoy de acuerdo —oyó que decía Rob Roy, pero lo escuchó como si estuviera en el fondo del mar y le estuvieran hablando desde la superficie. El suyo fue un movimiento arriesgado, mas no podía perder el tiempo si se estaba desangrando, así que se quitó la prenda por la cabeza aun delante de Rob Roy para confirmar sus temores—. ¡Hostia! ¿Qué es...? ¿Qué te has...?

Cualquier persona con un mínimo de cultura clínica sabría diferenciar una herida inocente de los estragos que causaba un disparo. No tenía a Rob Roy por un estúpido, y confirmó, después de enfocar la mirada en él, que se había quedado de una pieza al entrever la gravedad del diagnóstico.

—Necesito ir al baño. A la ducha —especificó Hurricane. La sangre se había derramado desde el lado de la clavícula hasta medio torso, dejando un rastro llamativo y parcialmente reseco.

Rob Roy no hizo ningún comentario gracioso esta vez. Lo ayudó a recostarse, como si de un cadáver se tratase, en el plato de la ducha. Jace alargó el brazo sano para abrir la llave del agua, y suspiró cuando el frío empezó a contrarrestar el ardor de la fiebre.

—Tenemos que llamar a un médico —dijo Rob Roy con gravedad, acuclillado frente a él. Sus ojos verdes escudriñaban la herida, inflamada por los bordes.

Jace ni siquiera se lo pensó.

—De ninguna manera.

—¿Es que no te has visto? Parece que te vayas a morir en cualquier momento.

—Ese es mi problema. Gracias por la ayuda —agregó con aspereza—, pero puedes irte ya.

—Sí, debería irme, pero a poner sobre aviso a Califa, y eso como mínimo...

La idea de que una persona externa a la operación le delatase por una estúpida cuestión de humanidad le enfureció. Antes de pensárselo dos veces, alargó la mano del brazo sano y agarró a Rob Roy por la pechera de la camisa para atraerlo hacia sí.

—Mantén la boca cerrada —siseó con frialdad—, ¿me has entendido? Esto es más importante que tus actos heroicos o que la reputación de los organizadores. Lárgate y no se lo digas ni a tu sombra.

Rob Roy tuvo que darse por escarmentado, porque esperó a que Jace lo soltara, cosa que hizo con un suspiro que se asemejó al gemido de un animal atrapado, y se incorporó despacio con visible inquietud. Jace estuvo seguro de que cumpliría su pedido por el simple hecho de que no le gustaba meterse en berenjenales, y aquel era uno lo bastante grave para procurar mantenerse al margen.

No obstante, antes de levantarse, preguntó:

—¿Lo sabe Max?

—Sí.

El escocés asintió, conforme, y aun en contra de sus principios, obedeció su deseo marchándose segundos después.

No supo cuánto rato pasó entre que Rob Roy desapareció y volvió a escuchar pasos y voces aproximándose por el pasillo. Jace no cerró la llave del agua en ningún momento, confiando inútilmente en que su efecto fuera sanador además de calmante, por lo que se pudo imaginar la estampa con la que Maxine se topó al aparecer en su dormitorio.

Ya venía con la cara descompuesta, pero se le torció al horror nada más localizarlo.

—¡Jace! —gimoteó, alarmada, antes de abalanzarse sobre la ducha. No le importó empaparse las medias al arrastrarse de rodillas hacia donde estaba él y rodearlo con un brazo para hacerle

reaccionar—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás así...? ¿Es la...? —Fue a cubrir la lesión con los dedos, pero se lo pensó dos veces al verla inflamada.

Jace apenas pudo ser consciente de algo distinto a que acababa de llamarlo por su nombre.

—¿El Diablo...? —empezó. El corazón le latía desaforado en el pecho, encogido también por la angustia de no haber estado allí cuando Maxine lo necesitaba.

—No me ha tocado —le confirmó a fin de apaciguarlo—, pero ha pasado algo... hay... hay algo que tienes que saber, y que...

—Y que le contaré yo cuando esté en condiciones —atajó Reyes en tono severo.

Jace alzó la mirada para discernir la figura borrosa de la agente, recortada bajo el umbral de la puerta. Llevaba puesto el albornoz del hotel, lo que le dio a entender que había sido ella quien había salido perjudicada.

No le ayudó a quedarse mucho más tranquilo.

—¿Estás... bien? —le preguntó él con los ojos entrecerrados, luchando contra la debilidad de su cuerpo para permanecer despierto.

—Está más que bien. Está de maravilla —gruñó Maxine. Creyó verla lanzarle una mirada acusadora—. Acaba de follarse a su compinche.

La crudeza de sus palabras le sirvió para espabilar.

¿«Follarse a su compinche», acababa de decir?

—No es mi compinche —replicó la aludida con sequedad—. Es alguien que conocí hace mucho tiempo.

—Claro —seguía replicando Maxine con aquel tono de reproche tan insólito en ella—, porque a las personas que conocemos de hace mucho tiempo les decimos que las queremos y nos referimos a estas por un apodo cariñoso. ¿Y eso del tatuaje? Ya decía yo que me sonaba familiar la cara de la sirena. Eres tú, ¿no? ¡Se ha grabado tu cara en la piel!

Aunque una Maxine histérica no era la mejor compañía para un hombre en su peor momento, Jace se permitió recostar la cabeza en su hombro y abandonarse a la firme sujeción de sus brazos, que lo rodeaban y estrechaban como si quisieran anclarlo a la Tierra.

Se creyó que no la hubieran tocado. Olía a cera y a ella misma, a ese perfume con notas dulces que le había visto echarse detrás de las orejas y en el cuello cada noche antes de bajar a los recreativos de Fuego y Sangre.

—¿Qué...? —empezó Jace. Aunque no estaba en condiciones de captar la conversación, sí notaba la tensión en el ambiente—. ¿Qué habéis hecho?

—Maxine ha conseguido pincharle el teléfono a El Diablo —explicó Reyes con esa calma fría que la hacía tan competente—, o eso espero. En cuanto llegue a mi habitación, consultaré en los ordenadores los datos que haya acumulado en la tarjeta SIM.

—¿No piensas dar explicaciones? —le ladró Maxine—. ¡Una que nos tranquilice! ¡Ahora mismo tengo la sensación de que dispararon a Hurricane porque tú eres la socia de los traficantes!

—Tienes una imaginación desbordante —replicó Reyes con desdén. A Jace le pareció que cruzaba los brazos delante del pecho—. Sabía que Michael se hacía llamar El Diablo y sabía que estaría aquí, pero no quise decir que lo conocía porque habría tenido que desvelar una parte de mi pasado de la que no me siento orgullosa, que no me define y que de llegar a conocerse podría costarme el trabajo. Lo que tenéis que saber es que en la actualidad no existe ningún vínculo entre nosotros, y que él no tiene ni la menor idea de a qué me dedico.

Maxine estaba tan concentrada en la conversación con Reyes como en la tarea de mantener a Jace despierto. No dejaba de estrecharlo contra su cuerpo, queriendo hacerle ver que estaba a su

lado y se preocupaba por él aunque las novedades de la agente la hubieran conmocionado.

—¡Y una mierda que no hay un vínculo entre vosotros! ¡Te ha dicho que te quiere!

—Ese es su problema —espetó Reyes con una rabia que extrañaba viniendo de ella—. Voy a decir esto solo una vez, y espero que no se vuelva a sacar a colación porque no es relevante en lo absoluto: Michael y yo crecimos juntos en el mismo barrio y nuestros padres formaron parte de la misma banda callejera. Él siguió sus pasos y yo me escapé siendo adolescente en busca de una vida mejor.

—¿El mismo barrio, dices? —repitió Jace, tratando de incorporarse. La herida seguía quemándole, pero el agua helada y la pastilla que Rob Roy le había dado, fuera la que fuera, parecían estar surtiendo efecto—. El Diablo fue miembro de los Latin Kings de Nueva York siendo niño.

—Igual que yo —reconoció Reyes a regañadientes, y sin ápice de orgullo—, pero porque era una obligación si habías nacido en una familia metida en la pandilla. Tuve que fingir que me habían matado para salir de allí, y, como es natural, no lo mencioné cuando la CIA me reclutó porque de lo contrario me habrían echado la cruz.

»Ese hombre no significa nada para mí, y estoy tan decidida a meterlo entre rejas si es culpable como cualquiera de vosotros —apostilló, y esta vez dejó entrever cuánto la frustraba que pudiera pensarse lo contrario.

Jace no estaba seguro de que esa fuera toda la verdad, pero habría jurado que no mentía al alegar que la misión era su prioridad, y eso era lo único que debía tenerse en consideración.

—Te creo —le dijo, en parte porque era cierto, y en parte porque quería apaciguarla. No pensó que Reyes fuera a darse por satisfecha con dos palabras, pero aquello debía de ser más importante para ella de lo que hubiera pensado en un primer momento, porque la vio respirar hondo y asentir secamente con la cabeza. Antes de que se le ocurriera marcharse, Jace alargó el brazo para apagar la ducha y se incorporó—. Pero ya que conoces a El Diablo, o por lo menos lo has tratado más que nosotros... ¿dirías que es el genio detrás de la operación? ¿Que es el hombre al que hemos de perseguir para encontrar a Cox y Patel... y para desmantelar la red?

—Yo no pongo la mano en el fuego por nadie. Pero si tuviera que fiarme de lo que Michael demostró cuando era adolescente —se aventuró, acariciándose la abertura del albornoz con aire distraído—, apostaría por que solo se dedica al narcotráfico y a dar cobijo a las prostitutas en sus antros. De eso a captar mujeres en riesgo de exclusión social para echarlas a la calle hay un trecho que creo que no recorrería, o al menos no lo haría el Michael de dieciocho años. Dicho esto —prosiguió con el mismo gesto severo—, creo que debemos investigarlo de todos modos por si se nos escapara algo. Las corazonadas no son cien por cien fiables. Ni siquiera me apoyaría en las mías.

—Bien. —Jace inspiró hondo y esperó a ver cómo le sentaba soltarlo poco a poco. Había tenido unas náuseas espantosas por culpa del dolor, pero parecía que se iba sobreponiendo—. Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

El comentario no era condescendiente o autoritario, pero Reyes podría haberlo interpretado como una orden y, sin embargo, no le molestó. Jace dedujo de su actitud que estaba parcialmente avergonzada por lo ocurrido con El Diablo, y que aunque no fuera una lamebotas ni fuese a dejarse chantajear, sí que se mostraría más transigente con tal de que le guardaran el secreto.

—Pero Reyes —añadió Jace antes de que se marchara. Esperó a que lo mirara a la cara para parafrasear lo que ella le había dicho apenas unos días atrás—. Necesito que me prometas que lo que sientes por él no va a frustrar la operación; que no te verás tentada de hacerle partícipe de nuestros avances. Y si existe la más remota posibilidad de que, en un momento de debilidad, le

largues lo que hemos venido a hacer o te pongas en evidencia por esa... amistad pasada, dímelo ahora y tomaré medidas drásticas.

—Puedes confiar en mí —le aseguró con determinación—. No soy ninguna sentimental.

Jace quedó conforme con su sencilla explicación, porque la verdad era que él pensaba lo mismo. No era ninguna sentimental, y aunque pudiera apreciar a El Diablo por el vínculo que les unía, cosa de la que Jace estaba seguro, no le temblaría el pulso a la hora de sacrificar ese afecto juvenil por el bien de su trabajo.

Reconocía a una agente vocacional cuando la veía porque había convivido con una.

—¿Y ya está? —jadeó Maxine en cuanto Reyes se marchó. No había dejado de abrazarlo, tan ajena al agua que no se habría dado ni cuenta de que se le había corrido el maquillaje y tenía las prendas de cuero empapadas—. Jace, tú no has visto lo que yo, no has... no has presenciado lo que... Si hubieras estado allí, sabrías por qué es un error confiar en ella. Es verdad que Reyes no se mostró tan... entusiasmada como El Diablo, pero uno no se... uno no se entrega de esa manera a alguien si no confía en él, si no siente, por lo menos, un...

—Max —susurró Jace, apartándole de la cara los mechones que la ducha le había mojado. Ella estaba tan sobrepasada por lo que había presenciado que le costó enfocar la vista—. No todo el mundo es incapaz de tener sexo duro con un desconocido. Hay gente que no necesita amor para hacerlo, y tú misma lo has visto más de una vez. Además... —Cambió de postura, incómodo ahora que notaba la ropa pegada al cuerpo—, hay que darle un voto de confianza a quienes nos rodean, ¿no?

Maxine se mordió el labio inferior, poco convencida con su argumento, pero demasiado conmocionada aún para echárselo abajo con una réplica justa.

Se arrebujó contra el costado sano de Jace, abrazándolo todavía por la cintura, y apoyó la mejilla en su hombro en busca de calor. Él dudaba que se estuviera dando cuenta del cariño que derrochaba un gesto tan sencillo, y de que eso bastaba para renovar sus esperanzas.

—Supongo que, incluso si lo quisiera —retomó con un hilo de voz transcurridos unos segundos—, eso no impediría que lo traicionara.

—Exacto —susurró él—. Los agentes nos hacemos muy pronto a la idea de que primero va el bien común, y, después, nuestros deseos.

Maxine estiró las piernas, que hasta el momento había tenido dobladas en un ángulo incómodo, y se miró las puntas de las botas.

—¿Y cómo pretendes llegar a tener una vida propia si te la dirige el deber y no el querer?

—Esa es una buena pregunta —acotó quedamente.

Ella alzó la barbilla para mirarlo. Estaban tan cerca que su aliento le hizo cosquillas en el mentón al responder mientras le cubría la mejilla con la mano.

—Pero no me la has contestado, aun así —musitó, escudriñándolo con la intención de adivinar sus pensamientos—. Siempre hago buenas preguntas y nunca me das una respuesta que me deje satisfecha.

—Maxine... —suspiró, cansado—. No podía decirte lo que querías oír.

—Lo sé, lo sé —se apresuró a decir. Debía de tener tan presente como él las confesiones de las últimas veinticuatro horas—. Pero eso era en Tailandia. Ahora mismo no te he preguntado nada comprometedor. ¿Qué te impide ser sincero?

Nada. Nada lo impedía. Cada fibra de su ser ardía en deseos de sincerarse del todo, de contarle cada nimio detalle de su vida, desde el primer recuerdo de la infancia hasta lo que estaba sintiendo en ese exacto momento. Quería decirle cómo se llamaba su mejor amigo de la adolescencia, dónde dio su primer beso, cuál era su película favorita y quién era el culpable de

que le encantara Nina Simone. Pero todo parecía tan banal y frívolo a esas alturas, sobre todo comparado con la operación, que empezaba a pensar que sería imposible devolver su relación, o lo que quiera que fuera aquello, a un terreno neutral que les permitiera conocerse como extraños en la barra de un bar.

—La pregunta está mal formulada, en realidad —reconoció. Maxine se separó de él para ponerse cómoda por si le daba la respuesta larga. La tendría, decidió Jace. Esa noche había mirado a la cara a la muerte y seguiría mirándola mientras encadenara una crisis de dolor con otra. ¿Cómo no iba a sentirse generoso?—. Pretendo tener una vida propia, claro que lo pretendo, pero no puedo porque no sé cuándo dejará de dirigirme el deber. Lo que sí te puedo decir es que lo he pensado mil veces. Lo que haría, cómo, dónde y con quién si tuviera la oportunidad.

Maxine cruzó las piernas en posición de loto sin romper el contacto con él. Ya no lo estaba abrazando, pero posó la mano sobre su muslo sin dejar de mirarlo de esa manera con la que le recordaba lo valioso que era.

—¿Y? —lo animó—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Depende de la época del año, si te soy sincero. En verano me dan ganas de mudarme a Alaska y pasar el resto de mis días laborables ejerciendo de guardia forestal, o algo similar que me permitiera dormir a la intemperie todas las noches. En invierno, como te mueres de frío en Washington, pienso en una isla del Mediterráneo; en Malta o Cerdeña, lugares de ensueño casi deshabitados cuando no es temporada de turismo, rodeados de vegetación y de zonas naturales. Un sitio en el que pudiera... No sé. —Alzó la mirada al techo—. No tengo ni la menor idea de cómo se navega, y parece una afición muy cara, pero ya que estamos en mi sueño y podemos pedir lo que sea, ¿por qué no echarme al mar todas las mañanas? Estoy cansado del ritmo frenético de las grandes ciudades, de las descaradas ambiciones de mis superiores, de no poder tomarme un respiro. Así que sí —decidió en el acto—, me iría a Cagliari mismo. Todos los vecinos me conocerían como «el norteamericano» porque tardaría años en hablar un italiano fluido, cenaría todas las noches en alguna terraza con vistas a la playa y no volvería a ponerme una bufanda en mi vida.

Maxine había estado escuchándolo con una sonrisa hasta que ella misma se dio cuenta de que no era una descripción de propósitos a corto plazo; era una lista de deseos imposibles, de fantasías a las que se había aferrado para confiar en que algún día tendría un futuro.

—Suena bonito —murmuró ella con timidez—. A mí me habría gustado ir a Europa. Tenía un viaje programado para cuando terminara la universidad, pero las personas con las que iba no... —Maxine agachó la vista a sus tobillos cruzados, y vaciló antes de continuar—. Da igual. El caso es que se frustró y me quedé sin conocer las grandes capitales.

Él le rozó la barbilla con los dedos, justo en la arruga que se le formaba cuando algo la contrariaba.

—Si salimos de esto, estarás más que invitada a mi casa —le prometió con un guiño.

Ella lo miró con una mezcla de incredulidad y diversión.

—Tu casa de Cagliari.

—Esa misma. Estará orientada al mar y procuraré que tenga aire acondicionado.

Maxine volvió a sonreír, pero una tristeza insondable oscurecía su mirada.

—Bueno, y ya que voy a tu casa de Cagliari, pues podemos subir a ver Roma. Están cerquita, ¿no?

—Por supuesto. De hecho, y por si no lo sabías, hay un tren que conecta toda Europa. Nos echamos una mochila al hombro y vamos a conocer todas esas ciudades que aún no has visto. Ya que nos ponemos... —Encogió el hombro sano—, ¿por qué no?

—¿Por qué no? —repitió ella con una pena contagiosa—. Si estamos en mi sueño y puedo pedir lo que quiera... pues también te podría pedir a ti, claro —acabó murmurando. Enseguida tragó saliva y se enderezó para mirarlo a la cara—. A mí no me importa quedarme en California, ¿sabes? Me gusta mucho mi trabajo. No es que me vaya a durar, porque solo estoy sustituyendo a una chica que se quedó embarazada, y quedarse embarazada no es como tener una enfermedad terminal o crónica... que no es que yo le desee el mal a la mujer, ¿eh? Solo digo que, si estuviera enferma de algo, pues a lo mejor no la sustituía, sino que me contrataban de manera indefinida. Pero los embarazos acaban, y las bajas por maternidad... pues también. Y, bueno, más allá del trabajo, porque el trabajo no lo es todo en la vida, como tú muy bien sabes, tengo un grupo de amigas. Tampoco es que las conozca mucho, todo hay que decirlo. Apenas empezamos a juntarnos hace cuatro meses o así, pero hacía tiempo que no me sentía tan cómoda con alguien, y... y me alegro muchísimo de que hayamos coincidido. Cada una está más loca que la anterior. Carmen es mi favorita. Se llama así por una ópera, o un ballet, no me acuerdo, pero el caso es que me recuerda mucho a Carey... —Su voz se fue apagando al mencionar a su amiga desaparecida—. Y luego está Magnus, claro. Magnus es lo mejor que me ha pasado en bastante tiempo.

Jace sabía que no lo había sacado a colación porque quisiera despertar sus celos, sino porque formaba parte de su vida y no mencionándolo estaría escondiendo una parte importante de su nueva rutina.

Eso solo lo hacía más doloroso.

No le cabía la menor duda de que Maxine lo pensaba de corazón, de que Magnus de verdad le alegraba los días. No era como él, un hombre apagado que intentaba sobreponerse a la adversidad pero a la que acababa sucumbiendo, sino una polvorilla con una cartera de sonrisas y un repertorio inagotable de planes que harían las delicias de los ratos ociosos de Maxine.

Quizá Magnus fuera para ella lo que ella significaba para Jace: un futuro feliz.

—Todo lo que ha pasado ha hecho que me dé cuenta de que quiero una vida normal —le explicó ella después de humedecerse los labios. Tenía la vista clavada en el plato de la ducha—, y cuando Magnus me sugirió que... Hace poco me dijo que podríamos intentar llevar nuestra relación a otro nivel. Que llegaríamos enamorarnos, ¿entiendes? Porque tenemos complicidad, nos queremos, nos gusta estar juntos... Acabaría ocurriendo. Sería cuestión de tiempo.

Pero sonaba como si quisiera convencerse.

—Yo también lo creo —se oyó responder con el corazón en la mano.

Pero era un corazón que ardía de celos.

—Sé que puede parecer que no he pasado suficiente tiempo sola para reponerme de... de lo que pasó con Dylan, y de lo que pasó con... con... Ya sabes. Pero te aseguro que me siento diferente —aclaró de forma atropellada—. Estoy preparada para buscar mi felicidad, y ¿por qué voy a dejar que lo que me ha pasado con los últimos... hombres me frene o me impida disfrutar de los que vengan después? No quiero estancarme ni quiero renunciar a experiencias nuevas con personas diferentes bajo la excusa de que me han hecho demasiado daño. He pasado tanto tiempo estando triste, o estando con el novio equivocado, que creo que ha llegado la hora de priorizarme.

—¿Me estás pidiendo permiso, disculpas... —tanteó Jace con suavidad, disimulando que había recibido cada palabra como una puñalada— o mi bendición? Porque suena como si te estuvieras justificando, y no me debes explicaciones, Maxine.

Pretendía apaciguarla con su respuesta, darle a entender que aceptaría cualquier decisión vital que tomara, pero tuvo el efecto contrario.

Maxine torció la boca, indignada.

—No te pido permiso, ni disculpas, ni tu bendición, ni te pido nada. Nunca te he pedido nada. Solo que hablaras conmigo, y eso ni siquiera era una petición; era un ruego. Tampoco te he pedido que me quieras, o que me prefieras por encima de tu esposa, o que me busques, o que me protejas, o que... ¡Yo nunca te he pedido nada! —insistió—. Así que no necesito tu permiso, ni quiero tus disculpas, ni me importa un carajo tu bendición. Te lo cuento porque... porque... porque... de alguna manera siento que es... Siento que todo lo que no seas tú es mi plan B, ¿entiendes? —Enfocó en él una mirada vidriosa por las lágrimas de impotencia—. Y porque... Mira, si no te machacaras por cada problema que acontece en este planeta, no te diría nada. Pero creo que, para estar en paz, tienes que saber que no voy a ser infeliz por tu culpa, y que mi vida va a seguir adelante estés o no estés, y que el amor acabará volviendo a mí de una forma u otra, pero esta vez será correspondido; que hallaré a una persona más afín a mí y que no sea inaccesible, y que... que en realidad cualquier opción es mejor que tú, porque lo que hay entre tú y yo no tiene ningún sentido y por eso está destinado a terminar como el rosario de la aurora. Si no, míranos, mira dónde estamos. Con Magnus voy a cenar un trozo de pizza y un refresco por Melrose Avenue mientras nos ponemos al día, y contigo hay persecuciones en coche y esposas misteriosas encerradas en un desván. —Sacudió la cabeza al darse cuenta de que estaba delirando, y se limpió con rapidez una lágrima extraviada antes de respirar hondo—. Supongo que solo quiero que lo sepas. Que estaré bien pase lo que pase. Pase quien pase, como tú dijiste una vez. Incluso si el que pasa es un huracán.

Jace odió no saber qué contestar. Le había prometido respuestas esa noche y acababa de dejarlo sin palabras, sin energía, sin esperanza.

Maxine ya había construido una vida de la que esta vez sí estaba orgullosa, y, como era natural, había una larga lista de hombres haciendo cola para ocupar el lugar que a él le habría gustado merecer. Sí, le habría gustado defender su humilde parcela en la vida de Maxine. Pero lo que ella había tratado de decir con un millón de palabras y ninguna exacta era lo que Jace ya sabía: que dos personas con el corazón roto y la confianza hecha jirones no iban a ninguna parte.

Aun así, se rebeló contra esta verdad irrefutable y la rodeó por la nuca para atraerla hacia su cuerpo. Maxine se lo permitió, y le devolvió el beso lento con el que quiso implantar el silencio, un silencio que sanara el daño que las palabras acababan de causar.

Jace deslizó las manos por sus hombros y su espalda para acercarla hasta que ella estuvo atrapada entre sus brazos, dispuesta a ser mecida como una criatura que acababa de llegar al mundo. Siguió besándola con todo el amor que no tenía sentido declarar, pero que esperaba que le llegara de alguna manera, aunque fuera a través de otra persona.

Maxine se sentó a horcajadas con cuidado, clavando las rodillas a cada lado de sus caderas, y le echó los brazos al cuello. Lo abrazó con idéntico fervor sin soltar su cuerpo, sin dejar ir su boca, y allí se quedaron durante un buen rato, sentados en una ducha empapada y besándose como si supieran que una vez se detuvieran serían separados.

Jace creyó que ahí terminaría todo. Estaba herido, ella también, aunque no de forma física, y la situación había sido aclarada. Pero como ambos rehusaban aceptar lo que les había sido impuesto por el sentido común, el calor no tardó en adueñarse de ellos a través de una fricción dulce y a la vez desesperada.

Jace gimió de alivio al tenerla de nuevo meneando las caderas sobre su incipiente erección.

—Entonces... —musitó ella con la frente apoyada en la de él. Tenía los ojos cerrados—, estás de acuerdo con lo que digo.

No le pasó desapercibido el subtexto de su comentario. Había una petición desesperada

implícita en sus puntos suspensivos, un «por favor, dime que no haga lo que tengo que hacer; dime que haga lo que quiero hacer, incluso si es una rematada estupidez, una locura, un suicidio».

—Has planeado una buena vida —articuló entre besos cada vez más fervientes, al igual que el movimiento de Maxine sobre su cuerpo. Llevó las manos hacia el sujetador, lo desabrochó y se lo quitó, y volvió a tomar sus labios después de cubrirle el pezón con la palma—. Ojalá tengas tiempo para venir a visitarme a Cagliari. Te puedes traer a Rob Roy —agregó cuando cortó los besos para enterrar la boca entreabierta en la línea de su hombro y recorrer con la lengua el largo de las clavículas.

Ella jadeó.

—¿Y qué íbamos a hacer allí los tres?

—Seguro que él encontraría entretenimiento bien rápido. Tú y yo podríamos irnos por ahí a conocer la isla... y hablar...

—Ah, sí, tu cosa favorita del mundo entero —se burló, acariciándole el pecho con los dedos. Tuvo cuidado de no tocar la herida, todo el cuidado que no demostró Jace al forzar la articulación para romperle las bragas. Habían sido fabricadas en un vinilo finísimo para ese mismo propósito, para que se las arrancaran en el fragor del sexo.

Jace echó la cabeza hacia atrás para mirarla a través de las pestañas, como si estuviera borracho. No era del todo mentira. Su olor dulce, su inocente belleza y aquel cuerpo que era una auténtica diablura le embriagaban y enfermaban a partes iguales.

Le acarició el óvalo de la cara con las puntas de los dedos y la besó castamente en los labios, junto a los que se quedó para susurrar en tono sugerente:

—Te contaría todos mis secretos.

—¿Todos todos? —tanteó, trazando eróticos círculos sobre él.

—No me dejaría ni uno —insistió, rodeándole el cuello con la mano para luego deslizarla por la espalda en una caricia que le puso el vello de punta.

—Si no tienes muchos secretos, no sé qué iba a hacer yo el resto del día en Cagliari, cuando ya me hubiera dado por satisfecha —le respondió en el mismo tono, todavía pegada a su boca entreabierta.

Maxine aprovechó que él se había quedado prendado con su cercanía y el beso de su aliento para quitarle el cinturón y liberar su erección.

Sabiendo que tomaría cuanto quisiera y como lo quisiera, Jace le recogió los rizos en un puño y esperó, rozando los labios entreabiertos contra la boca jadeante de ella, a que lo agarrara de la base del miembro y lo montara.

Lo hizo inmediatamente después.

No hubo pausas para que ella se habituara a su tamaño o disfrutara del ardor que estallaba allí dentro; para que él pudiera refugiarse durante unos instantes en el lugar más cálido del planeta. Maxine empezó a moverse acto seguido con un sigilo que transmitía un claro mensaje: no quería que el sexo afectara a la conversación.

—Joder —gimió Jace, apoyando la cabeza en la pared de la ducha. Rodeó su cintura con el brazo y la atrajo hacia sí para pegarla a su pecho—. Estás tan... empapada... ¿Qué es lo que te ha puesto cachonda? ¿Tu futuro con Rob Roy, o imaginarme pescando en el Mediterráneo?

Ella intentó reírse, pero lo único que salía de sus labios entreabiertos eran gemidos quebrados. Lo agarró de los mechones más cortos de la nuca y tiró con suavidad para impulsarse y volver a montarlo.

—Te deseo incluso enfermo —admitió entre sofocos. Ambos estaban mojados por la película

de sudor concentrado—, pero si algo tuviera que excitarme, sería... imaginarnos... en una isla desierta... hablando.

—También haríamos turismo —sugirió él con el aliento entrecortado. Todavía no quería apartar la boca de la de Maxine, que jadeaba sin vergüenza contra cada palabra que salía de la garganta de Jace—, comeríamos, beberíamos, nos reiríamos...

—Eso sí me gustaría verlo —confesó con un sollozo.

—... y follaríamos. Te juro... —Se mordió el labio y cerró los ojos—. Te juro que si te tuviera en mi casa, no podrías estar tranquila. No te soltaría. No te dejaría en paz jamás.

Maxine gimió, no supo si por su propio movimiento de caderas, que le estaba volviendo loco, o por la imagen que estaba pintando. A él no le costaba imaginarse tendiéndola en la arena de una playa del Mediterráneo, o apoyándola en el barandal de un balcón con vistas a un patio sin vecinos chismosos que asistieran al espectáculo, o en la cubierta de un barco, bajo la caricia del sol; o en una cama que fuera de los dos.

Una cama que fuera de los dos. No se le ocurrió nada más deseable.

—Suena a que... a que... no podríamos hacer nada diferente.

—¿Y qué? Todavía no te he follado a cuatro patas, ni de espaldas, ni he ido yo encima. Me falta por hacerlo todo contigo, Maxine —musitó, angustiado por la imposibilidad y porque cualquier polvo, lento o rápido, tendría siempre los minutos contados. No poder hacerle el amor para siempre, desafiando las leyes de la física, le destrozaba—. Pero no necesito haber hecho nada para saber que te quiero.

Ella emitió un lamento lloroso, y aunque se estremeció, no soltó el cuello al que se había aferrado con la obstinación de una niña caprichosa.

—No me digas eso. No me digas eso... —balbuceó con voz temblorosa— si no lo sientes.

—¿Cómo no lo voy a sentir? —Le cubrió la nuca para mantenerla pegada a él—. ¿Por qué crees que siempre acabamos así? Tengo un tiro en el hombro, y aunque lo tuviera en la cabeza no podría decirte que no.

Al cerrar los ojos, Maxine derramó una lágrima. Dejó de moverse y se quedó donde estaba, sentada en la erección que ardía, y tensó los músculos internos, declarando que permanecería allí enterrada hasta que el mundo cambiara su disposición y les dejara ser.

Jace la rodeó para agarrarla por los hombros con los dedos.

—¿Y por qué me lo dices ahora? —sollozó, desvalida.

—Supongo que estaba esperando a encontrarle algún sentido... —Se separó lo suficiente para mirarla a los ojos y apartarle el pelo de la cara con las dos manos, ver su rostro en su máximo esplendor, sus pestañas mojadas, los ojos que despedían el brillo de un caramelo, los labios y las mejillas sonrosados—, pero nunca lo tendrá, ¿verdad? Te dije mi nombre el primer día aun cuando eso podría haberme delatado, y tú ya estabas diciéndolo en sueños en el ferri que nos dejó en Koh Phangan. Es una locura..., pero es lo que hay, y he de aceptarlo.

Ella soltó una risa entrecortada y apoyó la frente en la de él.

—Lo sabía. Sabía que había dicho algo raro. Tenías una cara muy extraña cuando me desperté.

—Es la cara de tonto que me dejas. Y tú lo sabes —añadió, aferrándola por la cintura y luego por las nalgas con posesividad—. Que necesitaras escucharlo no quiere decir que no te hubieras dado cuenta. Sabes que me has tenido a tus pies desde el primer día.

Maxine le sostuvo la mirada. Una lámina vidriosa de lágrimas la oscurecía.

—¿Y eso de qué me sirve? —susurró con un hilo de voz.

Jace pensó que era una pregunta que no exigía respuesta, pero estaba cansado de no contestar,

de no tener nunca la última palabra, y, sobre todo, estaba dolido porque por esta razón ella se hubiera visto obligada a elegir por los dos.

Y había elegido el camino fácil porque él había minado el que desembocaba en sus brazos.

—¿Ahora mismo? De nada, porque tenemos algo que hacer —reconoció Jace—, pero quizá, más adelante... podamos descubrirlo.

Ella no reaccionó enseguida, tal vez valorando esas posibles salidas que aún no veían claras. Quizá él no pudiera deshacerse de sus obligaciones para con la agencia; quizá nunca consiguiera poner a dormir todo lo relacionado con Ayane y sentirse lo bastante desapegado de su mujer para que dejara de ser una responsabilidad, y a lo mejor Maxine tampoco lograba olvidar lo que sucedió... pero al verla asentir y cubrirle las mejillas con las manos para sellar sus labios con un beso, se permitió mantener la esperanza.

Capítulo 29

Maxine enfiló a su habitación cuando el cielo empezaba a clarear. Estaba exhausta, como si hubiera pasado toda la noche dando brincos en la discoteca con unos tacones imposibles.

La postura que adoptó en la ducha durante la conversación no había sido la más cómoda, y llegó un punto a lo largo de la noche en el que perdió la cuenta de las veces que se había sentado sobre Jace para cabalgarlo desesperadamente. Él no había dejado de insistir en que, a pesar de la fiebre, se encontraba lo bastante bien para no soltarla ni un instante y así seguir besándola, mordiéndola, dejándole la huella de sus manos traviesas en todo el cuerpo.

Maxine no habría sido capaz de poner objeciones. Después de oírle decir que la quería, no había podido ni querido separarse de él.

Se prometió no mirarse en el espejo cuando llegara a su dormitorio. Sospechaba que tenía el pelo encrespado y el rímel corrido hasta la barbilla de haber pasado un buen rato bajo el agua de la ducha, además de la ropa arrugada. Rota, incluso, durante el fragor de la batalla.

Confirmó que tenía un aspecto pésimo cuando Magnus, que estaba recostado contra la puerta de su dormitorio en postura de espera, alzó la barbilla en su dirección y el gesto de inquietud que ya le había estado frunciendo el ceño se acentuó.

Se incorporó enseguida con la vista fija en la cansada Maxine, y sin decir nada le abrió los brazos para que se acurrucara.

—¿Quiero saber de dónde vienes? —preguntó él. Maxine cerró los ojos y se relajó con la vibración de su pecho al hablar—. En realidad no hace falta que me lo digas; lo sé. Llevo aquí unos veinte minutos porque me estás empezando a preocupar.

Maxine se separó para mirarlo, dudosa y culpable a partes iguales. Abrió la boca para averiguar qué sabía, pero entonces recordó que había cámaras en el pasillo.

Lo cogió de la mano y usó la llave magnética para invitarlo al dormitorio.

Una vez allí, él se cruzó de brazos.

—Max —dijo nada más se quedaron a solas—, ese amado tuyo tiene una bala en el hombro. Me consta que estás al tanto... y sospecho que también sabes cómo se lo ha hecho. Me imagino que te escabulles cada dos por tres para estar con él, pero no solo para dar saltos en la cama..., ¿no? O no solo eso. —Enarcó una ceja a la espera de una respuesta que no llegó. Maxine se sentó en la descalzadora de terciopelo azul y empezó a desanudar las botas altas, recordando todas las veces que instigó a Hurricane a decirle la verdad y este se refugió en el silencio. A lo mejor podía adoptar la misma actitud con Magnus para protegerlo del peligro... o a lo mejor no, porque este salvó el espacio que los separaba y se acuclilló ante ella para mirarla con preocupación—. Maxine, ¿hay algún problema grave que deba conocer? ¿Estás en peligro? ¿Ha pasado algo malo? Porque no creas que no sé dónde estamos. Acapulco no es la ciudad más segura del mundo. No me extrañaría que lo hubiera baleado un narco.

Maxine suspiró mientras dejaba una de las botas a un lado.

—¿Tú también con lo de que los latinoamericanos son narcos? Lo primero es que eso es bastante racista. México es un país precioso que tiene mucho más que...

—Ya, ya, es precioso y todo lo que tú quieras —la cortó con un ademán—, pero las estadísticas son las que son, y dicen que es uno de los que tienen más desapariciones forzadas del mundo. O por la trata, o por la delincuencia, o por el narcotráfico, lo que sea. No me lo invento. Y a tu cariñito el tiro se lo han pegado aquí, no en Norteamérica.

—A ver si es que en Norteamérica no corre uno el riesgo de que le disparen, precisamente —bufó. En el fondo insistía en esa conversación para tratar de distraerlo—. Es mejor que te mantengas al margen, Magnus. Lo que sí que no es seguro es que vayas por ahí haciendo preguntas o contándole a cualquiera lo de... lo de... lo de la herida.

—Demasiado tarde, porque ya he puesto al corriente a Califa —confesó sin rodeos. Maxine abrió la boca para quejarse, pero él continuó—: No porque sea un chivato, sino porque Karim es mi amigo, y uno empieza a ponerse nervioso cuando un tío de metro ochenta y cinco que, para colmo, está cuadrado, se le desmaya entre los brazos. Esperaba que tú me dijeras la verdad —reconoció, decepcionado—, pero si no quieres por la razón que sea, no pasa nada. Califa ya me ha dado algunas respuestas.

Maxine debería haberse tensado de pensar que la operación estaba ahora en boca de dos personas externas. Ya había visto cómo le sentaba a Reyes que alguien distinto de Hurricane quisiera colaborar con ella. Pero al mirar a Magnus a los ojos supo que, de todos los civiles que podrían verse involucrados, él era por mucho el más fiable.

En cuanto a Califa, a Maxine le constaba que estaba haciendo averiguaciones por su cuenta. ¿No sería mejor que unieran sus fuerzas? Sobre todo ahora que Hurricane no estaba en condiciones de participar en la última velada.

—He estado con él toda la noche —claudicó con un suspiro—. Al principio, bajo la ducha y gracias a una pastilla que se tomó, estuvo consciente y lúcido. Luego tuve que llevarlo a la cama porque no podía con su cuerpo. —Apartó la mirada, avergonzada. En parte ella tenía la culpa por haberle hecho caso y haber forzado sus límites montándolo sin parar—. Vigilé que no se desangrara y le apliqué todo lo que iba encontrando en el botiquín. La fiebre le acabó bajando, pero sigue muy débil. O lo estaba el último rato que pasó despierto. Lo he dejado dormido en la cama. —Maxine se frotó las mejillas de forma compulsiva y luego se miró los dedos, manchados de grumos de máscara de pestañas y purpurina de la sombra de ojos negra—. Me parece que otro se va a tener que encargar de todo. Él no puede solo. Y yo... yo no es que sea la persona más habilidosa del mundo. He hecho lo que he podido. Y hoy es el último día que pasaremos aquí. En fin, supongo que no existe razón por la que no debería especificarte qué pasa.

Empezó resumiéndole lo que se sabía, las escenas de violencia de las últimas cuarenta y ocho horas, la existencia y el peso de Ayane en el desarrollo de la operación, y el giro drástico de que la agente de la CIA conociera a El Diablo de cuando eran niños.

Al exponerlo todo en voz alta, una duda asaltó a Maxine.

—¿Tú no te habías dado cuenta? —le preguntó de repente, mirándolo de hito en hito—. De que hay prostitutas en los eventos, me refiero. De que esas mujeres que vienen para hacer bulto o para mejorar la experiencia sexual son... Bueno, están obligadas.

Magnus lanzó una mirada pensativa al techo.

—Es cierto que una vez, en uno de los encuentros de Fuego y Sangre en Koh Phangan de hace un par de años, una de esas... «figurantes» se me acercó y tuve la impresión de que se dedicaba a la prostitución, pero no me cobró y no dijo nada fuera de lugar, así que me repetí que eran mis prejuicios los que me impulsaron a etiquetarla de esa manera. Por si acaso, se lo comenté a Califa en su día. Le pregunté si había putas en Fuego y Sangre, y él se escandalizó. Me dijo que eran acompañantes de lujo o mujeres con OnlyFans que se ofrecían a participar, que no había dinero involucrado. —Magnus torció el gesto—. No es tan fácil distinguir a una prostituta si no la ves paseándose con ropa provocativa en una calle, ¿sabes? Quizá sí a una mujer obligada, pero las que yo he visto en las veladas no parecen a disgusto, y lo último que te imaginas es que vaya a haber putas en un evento de sadomasoquismo, ¿entiendes? Ahora me siento... estúpido, pero no

tenía ni idea. Es demasiado retorcido como para siquiera concebirlo.

Maxine no supo muy bien qué responder. ¿Su ceguera era un privilegio de clase? Se había movido en las altas esferas de la mano de Dylan durante el tiempo suficiente para percatarse de que los ricos prestaban atención a sus propios intereses y rara vez miraban en otra dirección.

Tuvo que descartar la posibilidad de que el dinero de Magnus tuviera la culpa. Ella había crecido en un entorno humilde y tampoco se le habría ocurrido pensar que las bellísimas mujeres que se paseaban por Koh Phangan y por el yate de El Diablo pudieran ser víctimas de la trata.

En sus exactas palabras, era demasiado retorcido.

—Entonces todo esto es por Carey —oyó que decía Magnus de repente, pensativo.

—Claro que es por Carey. Comenzó siendo por Carey, al menos, pero... —Su voz se apagó al reparar por vez primera en el asombro de Magnus—. ¿No se suponía que Califa ya te había contado lo que pasa? O lo que hemos venido a hacer.

—Califa no ha dicho ni pío. Le he comentado lo de la herida reciente de Hurricane y me ha prometido que hablará con él para averiguar qué le ha pasado, pero eso es todo.

—¿Qué? ¡Pero si me has dicho que...! ¿Me has tendido una trampa? —jadeó, ofendida.

Magnus se disculpó con una sonrisa pilla que en otras circunstancias le habría parecido tierna.

—No puedes culpar a un hombre de hacer todo cuanto está en su mano para averiguar qué ocurre.

—¡Claro que puedo culparlo... culparte! —se corrigió—. ¡Esto no es una gymkana, Magnus! —parafraseó a Califa. Estaba dispuesta a prorrumpir en reproches y maldiciones, pero se lo pensó mejor al recordar lo mal que se había sentido con los regaños de Hurricane y la frialdad de Reyes. No tardó en solidarizarse con Magnus y con el susto que se habría llevado al ver al agente en semejante estado. Acabó suspirando, demasiado cansada para discutir, y se dejó caer contra el respaldo del sillón—. Dios, todo esto es un desastre. O una locura. O las dos cosas. Yo lo único que quiero es volver a casa —reconoció con tristeza—. Si han disparado a un agente del FBI hasta incapacitarlo, no me quiero ni imaginar lo inútil que voy a ser yo o lo que podrían hacerme si me pillaran. ¿Y si intentando ayudar a Carey acabo causándole más daño? Hurricane podría haber muerto en el coche, vete a saber lo que les ha pasado a Camila y a Abigail, y... —Se cubrió la cara con las manos—. Odio que los dos tuvieran razón. Sobre todo Reyes. Odio que querer a alguien no baste para ponerlo a salvo. Odio que querer a alguien no sea suficiente para estar a su lado.

Magnus enarcó una ceja, pero ella no lo vio porque estaba demasiado absorbida por su propia preocupación.

—¿Seguimos hablando de Carey? —inquirió él con suavidad.

Maxine levantó la barbilla para mirar al hombre que tenía delante con toda la culpabilidad que sentía. Pero no era lo único que estaba experimentando. Cuando decía que ansiaba volver a casa, en parte se refería a seguir compartiendo su vida con Magnus. Él le había dado una sensación de normalidad y una vitalidad a su rutina que no habría podido recuperar por sí sola, pues ni las pesadillas ni los recuerdos habrían dejado de atormentarla.

Y, aun así...

«Me falta por hacerlo todo contigo, Maxine. Pero no necesito haber hecho nada para saber que te quiero».

Horas después, aquello seguía estremeciéndola.

—Claro que estoy hablando de Carey —dijo, aun así. Pero no pretendía mentirle. Tragó saliva, sosteniéndole la mirada con la desesperación que solo provocaba querer a alguien y no

poder darle lo que merecía—. Y también hablo de él. Tú lo sabes, no eres imbécil. Fue mi debilidad desde que lo conocí, y es una debilidad tan poderosa que he renunciado a darle una explicación coherente a mis sentimientos. Pero eso no significa que vaya a dejarlo todo por él, o que sea la persona que me complementa, o que pueda hacerme feliz. ¡Quizá yo tampoco pueda hacerle feliz a él! —exclamó, exasperada. Esbozó una sonrisa incrédula ante su patética presunción, y cogió a Magnus de las manos, que atendía su caótico monólogo con calidez—. Con esto quiero decirte que tengo presente lo que hablamos hace unos días, eso de que probemos a formalizar lo que sea esto una vez volvamos a casa, y veamos cómo nos va. ¿Cómo no lo voy a tener presente, si eres... eres...? —No encontró las palabras. En ese momento solo podía pensar en lo que era Hurricane: todo—. Bueno, tú sabes lo que eres.

Magnus hizo una mueca cómica que se acabó suavizando hasta convertirse en una sonrisa.

—Lo que soy es la opción razonable. El camino fácil. No lo quieres poner así porque no es lo más sexy que se le puede decir a un tipo, y desde luego que no lo considero halagador. Prefiero ser la espinita clavada, si te digo la verdad; el sexo es mucho más explosivo...

Maxine puso los ojos en blanco.

—Siempre estás igual, ¿eh?

—Lo que quiero decir —continuó, divertido con su reacción— es que sí, el camino tiene que ser fácil. A estas edades no hay tiempo que perder con jueguecitos, y el que se busca voluntariamente el sufrimiento es o un imbécil o un ignorante que no sabe lo mal que se pasa. Pero no debe ser fácil solo porque, como no estás enamorada, ni te aterra perder al tipejo, ni te ahoga la pasión cuando estás con él. Debe ser fácil porque estás dispuesta a involucrarte y a luchar por la relación lo que haga falta.

—¡Claro que me aterraría perderte! —repuso, horrorizada—. No puede ser que pienses lo contrario.

—Y no puede ser que tú no entiendas lo que te estoy diciendo. No vas a hacerte algo así a ti misma, Max —jadeó, riéndose por no llorar ante su empecinamiento—. Si quieres a alguien, estar con una persona distinta es una puta tragedia.

—¡Tú tampoco estás enamorado de mí! —se defendió—. ¡Si nos ponemos así, en tu caso también sería una tragedia!

—Déjame reformular —la apaciguó, juntando las yemas de los dedos en una pose intelectual que la hizo sonreír. Se aclaró la garganta y silabeó, haciendo hincapié en cada palabra—: Si quieres a alguien con quien existe la remota posibilidad de pasar el resto de tu vida, salir con una persona distinta es una puta tragedia. Es injusto para quien sea tu parche, es injusto para ti, y es injusto para el supuesto amor frustrado que te corresponde.

Maxine no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Por qué te saboteas? ¿No deberías decirme que sí, que lo mejor es que me arroje a tus brazos? Tú mismo me aseguraste que podías hacerme feliz. ¡Fuiste el que lo propuso!

—Y cuando lo hice, lo pensaba de corazón. Pero ahora que veo que las intenciones de Hurricane son honestas, creo que solo podría hacerte feliz hasta cierto punto, y todo el mundo merece alcanzar el grado máximo de felicidad. —Magnus vio que Maxine sacudía la cabeza, entre exasperada y al borde del llanto, y le estrechó las manos—. Mimosita... Ya hablamos de esto el otro día. Odiaste que tu amiga y tu exnovio trataran de racionalizar tu dolor. ¿Por qué tú intentas racionalizar tus sentimientos?

—Esto es distinto —replicó con amargura, y se señaló el pecho—. Se trata de mi vida. Mi vida, ¿entiendes? Tengo que escoger lo que sea mejor para mí.

—Siempre se ha tratado de tu vida, cariño. Si lo quieres, lo quieres y ya está. ¿Qué te crees?

¿Que tus sentimientos son los únicos en este mundo que no responden a un orden lógico? Lo mío con mi mujer tampoco tiene ningún puto sentido.

—Tu mujer, ¿eh? —repitió en tono sabedor.

—Exmujer, joder, que no me pasas ni una —rezongó, mosqueado.

Maxine le agradeció el exabrupto. Le permitió soltar una carcajada con la que descargó la tensión.

—De todos modos, lo tuyo es diferente —insistió sin saber muy bien por qué. Por el placer de llevarle la contraria, quizá. En el fondo deseaba que la convenciera de que no cometería una locura al huir con un hombre que conocía como a la palma de su mano y al mismo tiempo no conocía nada en absoluto—. Fue tu mujer, por Dios. Has vivido experiencias con ella que os han acercado.

—Ninguna de esas experiencias tuvo lugar en un encuentro de sadomasoquistas, ni cuenta con una persecución en coche, por ponerte de ejemplo una de las numerosas vivencias que habéis compartido y que cambian la vida, y que por eso os vinculan de un modo particularmente visceral. Si yo hubiera tenido que rescatar a mi mujer de un avión de rehenes, a lo mejor me la habría pelado que se hubiera follado a otro porque sentiría que hay cosas más importantes, ¿sabes? Como, por ejemplo, que no hubiera terminado prostituida en China —comentó con holgura—. Ella y yo estamos en un plano de la realidad cotidiana, por eso podría dejar de quererla por no poner el lavavajillas. Vosotros operáis a un nivel superior; no puedes dejar de quererlo ni porque sea un agente federal que prioriza su trabajo. Lo cual es admirable, por cierto —apostilló—. No sé por qué le metes tanta caña al chaval y le das tan mala fama por ahí. Me hablaste de él como si fuera un cabrón, y solo es un pobre desgraciado.

—Vamos, Magnus, no puede ser que tú, entre todas las personas, me animes a darle una oportunidad.

—¿Lo dices por lo que te propuse? Te dije que me podría enamorar de ti, no que lo haya hecho. Si dejo de follarte ahora mismo, te echaré de menos, pero me repondré en un ratillo.

Maxine puso los ojos en blanco.

—No, no lo digo por eso. Lo digo porque hace seis meses que lo conozco y lo he visto un total de tres semanas —seguía rezongando. Ya no por el placer de replicarle, sino para exteriorizar su propio asombro ante la magnitud de sus sentimientos.

El propio Jace lo había verbalizado horas atrás con muy buen tino: «Estaba esperando a encontrarle algún sentido, pero nunca lo tendrá, ¿verdad? Es una locura».

—Vale —aceptó él de mala gana—. Es verdad que el tiempo ayuda a consolidar una relación y no habéis tenido ni una primera cita, pero lo que sientes por él ha sobrevivido a situaciones que... Ya te digo yo que mi amor no lo habría conseguido —bromeó—. Soy un romántico, pero romántico actual, de esos a los que les gusta que las cosas acaben bien, no con una desventurada carta de suicidio.

Como no tenía sentido seguir discutiendo obviedades con él, acabó claudicando y confesándole sus principales preocupaciones.

—¿Y si me gusta por eso? ¿Y si lo que me atrae es que Hurricane parece imposible, y el dolor que eso me causa? Puede que solo sea adicta al sufrimiento, después de todo.

Magnus le lanzó una mirada socarrona que transmitía un claro mensaje: «Cariño, sabes de sobre cuál es la respuesta».

—Si te estás planteando conformarte conmigo, es porque no eres adicta al sufrimiento.

—No digas eso de «conformarme contigo». Me hace parecer una persona que se miente a sí misma o algo así, y no lo soy, Magnus. Eres una vida real para mí, una vida que me imagino

teniendo —insistió con seriedad.

—Lo sé, lo sé, pero... —Todavía sosteniendo sus manos, Magnus desvió la mirada al techo, de donde esperaba sacar la inspiración para convencerla. Cuando lo vio sonreír con nostalgia, Maxine supo que había dado con la clave—. ¿Sabes qué me pregunto yo cada vez que me veo en una encrucijada? Me digo: Magnus, si la palmaras mañana por obra del destino, ¿morirías feliz? ¿Morirías sabiendo que hiciste todo cuanto pudiste para tener lo que querías? ¿Morirías con la tranquilidad de que no podrías estar en un lugar mejor, con una compañía mejor?, ¿o morirías con una cuenta pendiente?

—¿Te ves en encrucijadas a menudo? —murmuró ella.

—No demasiado, porque la respuesta a esas preguntas es que sí. Sí, coño, me moriría feliz porque he hecho por mí cuanto he podido y más. He criado a mi niño lo mejor que he sabido, he logrado consolidar la familia sanguínea que Dios me dio nada más nacer, me he acostado con toda la que me ha provocado un cosquilleo, he ganado dinero a espuertas y me he comprado con él los coches que me ha dado la gana. Mi vida está donde quiero que esté —determinó con orgullo—, y, si en algún momento eso cambia, sé que tendré el coraje de moverla hasta el nuevo destino. ¿Me entiendes, Max? Se trata de buscar tu paz mental. Y lo que te la está quitando no es ese hombre, sino no estar permitiéndote tener esperanzas con ese hombre.

Maxine no pensaba a menudo en la muerte. Pensaba en el sufrimiento. En todo lo que había vivido recientemente a raíz de la ruptura con Dylan, en lo que solía padecer en casa de su familia, en lo que lloró cuando su novio de la universidad la traicionó y aireó la historia por todo el campus; en lo que Carey había significado para ella y el modo en que se la arrancaron de cuajo. Parecía que solo tuviera derecho a disfrutar de las cosas bellas de la vida durante un tiempo limitado. El período de luna de miel con Dylan acabó a los dos años, y con un compromiso fallido. Carey estuvo en su vida un par de meses, meses incomparables, y luego fue condenada a recordarla. Y Hurricane fue un sueño realidad durante dos semanas hasta que la realidad se impuso y le tocó despertar.

Lo peor era que una parte de ella sospechó que no debía encariñarse en todos estos casos, ya fuera porque la experiencia la instaba a ser previsora o porque sabía que nada era para siempre. Sí, desde el primer momento aceptó que Hurricane y Carey eran demasiado buenos para ser reales, aunque el primero llegara en un momento complicado y la segunda lo hiciera después de herirla con su frivolidad. Y como todo lo que era tan bonito que parecía mentira, ambos se acabaron desvaneciendo como la bruma del sueño.

Pero con Magnus no tenía esa sensación. Magnus era como era. Sólido y confiable. Si algún día dejaba de quererla, se lo diría.

Y, aun así, la seguridad palidecía si pensaba en todo lo que había experimentado sentada en el suelo de una ducha con Hurricane entre sus brazos. O solo hablando con él en la playa, en la piscina, en el bungaló que compartieron en Tailandia, en los asientos de ese avión destino Tokio, en el aeropuerto... Daba igual si charlaban, si se rozaban, si permanecían en silencio, si se miraban o no; Maxine no sabría explicarlo con palabras, pero esos dulces nervios no eran algo a lo que quisiera o pudiera renunciar.

Se había enamorado antes, había querido con todo su corazón a hombres que ya no estaban en su vida, y ahí residía la diferencia con respecto de Hurricane. A diferencia de lo que había ocurrido con Dave y Dylan, jamás podría mirarlo a la cara y decir que no sentía nada. Lo que les unía era más poderoso e inflamable que el amor.

Maxine le ofreció una sonrisa temblorosa a Magnus y se agachó desde la butaca para envolverlo con los brazos.

—Si te digo la verdad —reconoció con la voz entrecortada—, no sé qué va a ser de mí.

—Descuida, que te lo voy a aclarar yo —interrumpió Reyes en tono adusto. Maxine respingó y se separó para verla de pie bajo el umbral con una llave magnética que parecía abrir todas las puertas—. Te la vas a cargar, Mimosa. Eso es lo que va a ser de ti.

Capítulo 30

Jodido Rob Roy».

Eso fue lo primero que Jace pensó cuando se topó con el gesto severo de Califa.

Había estado durmiendo a pierna suelta hasta que alguien le había arrancado las sábanas del cuerpo. El dueño de Vesper's lo había incorporado sin delicadeza alguna para confirmar que tenía una bala en el hombro.

Aturdido como estaba por haber sido vilmente arrastrado fuera del sueño, llegó a pensar que la de la fuerza desmedida no era otra que Reyes en persona. Pero Reyes, si bien estaba en el dormitorio velando su descanso con el portátil sobre las rodillas, solo había presenciado el arrebato. Y no había hecho nada para evitarlo, como si ya se hubiera acostumbrado a que todo el mundo se metiera en sus asuntos.

—Un poco sospechoso lo de que te pasees con una herida de bala, ¿no? —Eso fue lo primero que Califa comentó en tono beligerante nada más comprobar que tenía la carne inflamada—. No me lo esperaba viniendo de ti, porque no eres de los que transmiten desconfianza. Pero si vienen y me dicen que has estado en medio de una reyerta, empiezo a investigar los datos que me diste y descubro que no existe ningún Roland Derrick en Los Ángeles, comprenderás que empiece a ponerme un poco nervioso. ¿Quién coño eres y por qué te has metido en Fuego y Sangre? —exigió saber sin rodeos—. ¿Estás vinculado de alguna manera con la desaparición de Yellow Bird?

—Ya sé que se llama Carey —atinó a responderle, todavía confuso y luchando por espabilarse antes de que Califa le cayera encima con toda su energía. Parecía preparado para emprenderla a golpes con él si fuera necesario—. ¿Has venido a acusarme de algo?

—Sí. De intentar minar desde dentro la seguridad de la organización con tu identificación falsa. Me ha costado averiguar que lo es, porque las credenciales dan el pego, pero lo he conseguido. Al igual que tú tienes tus contactos para que te hagan un carné verosímil, yo tengo los míos. —Califa se calló para clavar una mirada en la silenciosa Reyes, que había estado observando como si el asunto no fuera con ella—. ¿Y tú, bonita? ¿Qué te trae por aquí?

Esta se limitó a suspirar con una actitud desenfadada que extrañó a Jace. La joven había llegado a Acapulco con la intención de mantener un bajo perfil para resolver el problema a toda costa, y ahora parecía que no le importara.

—En vista de que ya estamos violando todos los códigos de la agencia por tu novia pelirroja, ¿por qué no dejar tranquilo al tipo con la verdad? A lo mejor nos viene bien tenerlo en plantilla. Está en la cúpula, guarda relación con los sospechosos y parece adolecer del mismo complejo de héroe que tú, Ryder. Solo que este tiene el hombro sano, cosa que le hace más útil en estos momentos —apostilló Reyes en tono neutro.

Califa solo enarcó una ceja en su dirección, exigiendo especificaciones. No perdió la oportunidad de lanzarle una mirada apreciativa de arriba abajo.

De tanto pasearse por Vesper's y observar a los clientes habituales, Jace se había acabado familiarizando con las preferencias sexuales del organizador. No le importaba el aspecto físico de sus amantes siempre y cuando tuvieran carácter. No necesariamente temperamental, solo una personalidad marcada.

Reyes suspiró de nuevo, como si todo el mundo fuera imbécil a excepción de ella misma, pero fue Jace quien habló en cuanto pudo ponerse de pie y alargar el brazo hacia una camiseta limpia que descansaba sobre el respaldo del sillón.

—¿Por qué crees que mi identificación parece verosímil, Karim? —Califa se tensó al reconocer su nombre de pila—. ¿Será porque me la ha conseguido el mismo estado de California y no me la ha fabricado un narco tirando de sus contactos sobornados, como tú estás pensando?

—Voy a ir a por nuestra socia —declaró Reyes, poniéndose en pie mientras bizqueaba.

—¿Estás aquí para investigar las desapariciones? —preguntó sin rodeos en cuanto se quedaron a solas. No había dejado de mirarlo con recelo desde que pronunciara su nombre.

—Y tú también, por lo visto. —Se puso la camiseta con dificultad, procurando que no se le moviera el esparadrapo pegado a la herida—. ¿Cuándo te diste cuenta de que los encuentros sadomasoquistas no eran tan seguros como te pensabas? ¿Cuando Carey no volvió a California?

En un primer momento, Califa se mostró reacio a dar información. No fue hasta que Jace le venció en un duelo de miradas que tomó asiento en el sillón y juntó las manos en el regazo.

—Es la única participante desaparecida que estaba empadronada en Los Ángeles y con la que yo había tenido contacto cercano —se explicó sin el menor afán por justificar el tiempo que había tardado en descubrir lo que se cocía bajo la superficie. Aunque se notaba a leguas que no le hacía ninguna gracia haber permanecido en la inopia estando a la vez en el ojo del huracán—. Secuestrarla a ella no fue una idea maestra. Al menos, si la intención era pasar desapercibidos como organización criminal. Carey no es una persona olvidable o a la que no quiera nadie.

—Seguro que a las otras dos también las querían —replicó Jace, dejándose caer en el borde de la cama como si no quisiera hacer ruido—. ¿Te has enterado de algo a lo largo de la semana? Porque supongo que arrastras las pesquisas desde antes de que comenzara el encuentro. Por eso has venido a husmear.

Califa asintió con la cabeza.

—El otro día, en el club de El Diablo, pasé un rato con él. Le da un techo para trabajar a todas las putas de México. Lo he visto con mis propios ojos. Y su firma es la que aparece en los contratos temporales de las mujeres, los que estipulan que participarán en determinadas veladas para hacer las delicias de los invitados.

—Es quien provee a Fuego y Sangre de carne fresca —resumió Jace. Se miró los dedos entrelazados con frustración, y meneó la cabeza—. Nada que no hubiésemos dado por hecho. La pregunta no es si le da trabajo a las prostitutas, sino si participa en la captación; si está en contacto con los traficantes, o si es uno de ellos. Que las meta a trabajar aquí quiere decir que es cómplice, no la mente maestra.

Califa torció el gesto en desacuerdo.

—¿Es que solo vas a arrestar a los culpables de delitos mayores? ¿Ese tipo se va a quedar libre porque es únicamente responsable de buscar clientes que se follen a las víctimas?

—Yo no voy a arrestar a nadie —repuso con fría calma—. Soy un agente federal, no un policía de barrio.

Califa entrecerró los ojos, de una insólita tonalidad entre el ámbar y el aceite.

—Debería haber imaginado que estabas en la agencia. Todos los federales tienen un palo metido por el culo, y tú no eres la excepción.

—Eso no te lo voy a negar —cabeceó Jace, reprimiendo una sonrisa despectiva hacia sí mismo—. ¿Sabes cómo llevarnos hasta El Diablo? Su casa, alguno de sus clubes privados; un sitio donde podamos cazarlo con la guardia baja y sonsacarle información.

Con el cuestionamiento, en parte, lo estaba poniendo a prueba. Ya sabían dónde vivía El Diablo. La pregunta era si Califa estaba lo suficientemente informado para conocer ese dato, y si, de saberlo, se lo confiaría a los agentes.

—Tiene una casa en La Roqueta —le confirmó—, que es la isla donde se celebra esta noche

la velada de *cruising*. Con la excusa del traslado en barco desde el puerto de Acapulco podría pasar desapercibida vuestra intención de rodear el perímetro e ir hasta el chalé. No puedo daros sus coordenadas exactas —se lamentó con notable impotencia—, pero si sabes manejar ordenadores o rastrear direcciones, en el historial del geolocalizador de mi móvil podrías mirarlo. Estuve allí la primera noche que pasamos en la ciudad.

—Estupendo... —Jace se calló al ver que la puerta se abría. La primera en entrar fue una tensa Reyes que le advirtió que se avecinaba una mala noticia con su gesto sombrío. La seguía Maxine con el móvil en la mano, y, por último, un Rob Roy con cara de saber lo que se estaba cociendo. Jace apretó la mandíbula para contener una maldición, pero no reprimió a tiempo el reproche dirigido a Maxine—. Se lo has contado.

Ella presionó los labios en una línea.

—No me ha quedado otro remedio, ¿sabes? ¡Anoche te vio una herida de bala! ¿Cómo esperabas que justificara eso, eh? ¡Y él me puso entre la espada y la pared! —Señaló a Rob Roy, que observaba la discusión con las manos en los bolsillos.

Jace sacudía la cabeza sin dar crédito.

—¿Y tienes el valor de ser la que se indigna? Eres de otro mundo, Maxine —masculló por lo bajo.

—¡Tú sí que eres de otro mundo! ¿Lo mejor que puedes hacer como agente federal es echarme la bronca? ¡Pensaba que teníamos mejores cosas de las que ocuparnos...! —Entonces reparó en la presencia de Califa, que la había estado mirando con los brazos cruzados, y palideció—. Oh... eh... yo...

—Ya lo sabe —dijo Jace con aspereza.

—¡Genial! ¿Y eso también es mi culpa? —contraatacó Maxine. Se refugió acto seguido en el móvil, que desbloqueó y consultó como si así pudiera huir de la situación.

No era la primera vez que lo hacía.

—¿Ahora te pones a mirar Instagram? —bufó Reyes—. Manda huevos.

Maxine ni siquiera pudo reaccionar en condiciones a su reproche. La mano con la que sujetaba el teléfono le empezó a temblar como si acabara de ver a un fantasma. Cuando alzó la mirada, fue para volcar en Jace la intensidad de su turbación.

—¿Qué pasa? —quiso saber él con el cuerpo en tensión.

—C-Carey... —balbuceó con dificultad—. Carey me ha... visto los mensajes.

Él parpadeó sin terminar de comprenderla.

—¿Cómo?

Maxine alzó el *smartphone* para que los presentes pudieran comprobar que su último texto aparecía marcado como visto por el receptor. El contacto de Carey se mostraba en línea.

Reyes actuó más rápido que ninguno arrancándole el móvil de un movimiento y cruzando el dormitorio a zancadas para conectarlo con un USB a su ordenador.

—Sigue conectada... o conectado —murmuró la agente mientras tecleaba con los ojos entornados—. A ver si podemos rastrear su ubicación.

Viendo que Maxine se quedaba helada en el sitio, Jace se acercó. Aunque seguía y seguiría molesto un tiempo por sus confesiones indiscretas, la tomó del codo para llamar su atención.

—¿Estás bien?

—Yo... yo...

—Esto son buenas noticias, Maxine —explicó en voz baja, aunque no fuera del todo cierto.

Reyes fue quien se encargó de aclararlo con su a veces irritante practicidad.

—Todavía no lo son. Lo más probable es que le hayan confiscado el teléfono a la chica y lo

hayan arrojado a cualquier rincón del mundo para no dejar ni rastro. Nada nos asegura que no lo acabe de encender un civil de Bangladesh para formatearlo y luego venderlo.

—Gracias, Reyes —dijo Jace con sequedad.

—A mandar —respondió con aspereza para tener la última palabra.

La única persona que no estaba mirando al resto de los presentes con desconfianza era Maxine. Había arrancado a temblar como si la temperatura hubiera caído en picado.

—Nunca pensé... No se me ocurrió que Carey... Al principio fantaseaba con que me respondía, pero... —Tenía que interrumpirse para controlar la respiración. Había empezado a hiperventilar—. Me recompondré en unos minutos, solo... Deja que me vaya calmando.

Jace la obedeció y dio un paso atrás para proporcionarle el espacio que necesitaba. Alzó la mirada y vio que Califa y Rob Roy se habían asomado por detrás de Reyes para observar la pantalla, donde Reyes iba formulando ristras numéricas incomprensibles incluso para un avezado informático.

Se acercó al equipo que había montado en un segundo en la esquina de la habitación. Su mirada fue a parar a la pantalla iluminada donde destacaba el último texto que Maxine había enviado... y uno que acababa de enviar quienquiera que estuviese al otro lado de la línea.

Ayúdame

Fue Reyes quien rompió el hielo.

—Puede que tengamos suerte, después de todo —murmuró. Sus dedos volaban sobre el teclado.

—Respóndele, hombre —intervino Rob Roy—. Dile que todo va a salir bien, o algo.

—Los segundos que tardara en teclear algo son muy preciados. Deben invertirse en condiciones —replicó Jace. Observó que Maxine alzaba la cabeza, como un animal ante una advertencia de peligro, y se apresuró a detenerla extendiendo el brazo—. Puede ser una trampa, Maxine. No vamos a escribir nada. Lo primero que Reyes ha tenido que hacer ha sido desconectar tu geolocalizador, por si acaso.

—Pero...

Califa la tranquilizó yendo hacia ella y pasándole un brazo reconfortante por los hombros. Maxine fue la primera a la que le sorprendió el gesto, pero justo porque se trataba de un hombre a quien no conocía más allá del nombre, se obligó a mantener la compostura y a valorar lo que le dijo.

—Saben lo que hacen.

Jace fijó la mirada en la conversación a la espera de que escribieran algo más, pero el «en línea» que les había llenado de esperanza desapareció de pronto. Más por casualidad que porque le hubiera interesado husmear, se fijó en el contenido del último texto de Maxine.

Yo creo que tú te quedarías con Magnus, la verdad. No digo con eso que seas de las que van a lo fácil, pero eres como yo en el sentido de que la vida te lo ha puesto todo siempre tan difícil que solo quieres tener a tu lado a una persona que te comprenda y no te dé problemas. Creo que estoy de acuerdo contigo, pero es que se me hace tan complicado renunciar a estos sentimientos... ¿Tú podrías hacerlo? ¿Alguna vez te has enamorado así? Oh, joder, qué complicado. Estoy segura de que tú me habrías intentado sacar de dudas preguntando quién folla mejor.

Jace levantó las cejas, y acto seguido la barbilla, para cazar a Rob Roy leyendo el mismo mensaje a punto de echarse a reír. Sus miradas coincidieron por casualidad. Jace procuró

mostrarse impertérrito, pero la sonrisa de mofa del amo se le acabó contagiando, y ambos se encogieron de hombros a la vez. Fue Rob Roy quien inquirió:

—Por casualidad no habrá un mensaje debajo de este que resuelva la duda... —Trató de bajar la conversación con el dedo índice, pero Maxine no había enviado la respuesta decisiva. Ahí acababa su último contacto con Carey. Se cruzó de brazos y, con gesto socarrón, le aclaró a Jace —. Mejor que no lo especifique, porque ibas a salir llorando de aquí, chaval.

Jace puso los ojos en blanco, más divertido que irritado con su niñería, pero sobre todo sorprendido porque existiera gente en el mundo con esa facilidad para obviar las dificultades y abrazar el único rayo de luz de una situación peliaguda. Reyes estaba rastreando la dirección del móvil, algo posible ahora que lo habían encendido, y el tipo, aun al corriente de la gravedad del problema, aprovechaba la mínima oportunidad para bromear.

—Se ha desconectado hace unos segundos —señaló Rob Roy—. ¿Es mala señal?

—Ha salido de la aplicación, pero el dispositivo sigue encendido, o de lo contrario se me habría acabado el chollo. Casi lo tengo —musitó Reyes, tan encorvada que parecía que quisiera meterse en la pantalla—. Un minuto más.

—¿Qué podríamos hacer nosotros si la dirección nos pillara en la otra punta del mundo? —inquirió Califa, que había regresado con Maxine bajo el brazo para concentrarse en los comandos que iban apareciendo sobre el fondo negro.

—Mandar un operativo lo antes posible. Con un poco de suerte, cuando llegaran no se encontrarían con que ya han levantado el campamento —respondió Reyes en voz baja. Se reclinó hacia atrás en cuanto el porcentaje de carga apareció sobre un mapamundi borroso. Doblaba y estiraba los dedos conforme se acercaba al cien, y por poco golpeó el teclado de alivio en el momento en que apareció una sola coincidencia. Al levantarse de un salto, la silla salió propulsada hacia atrás—. ¡Sí, joder! El móvil está en Ibiza, una isla mediterránea española.

—Ayane mencionó que a las blancas se las llevaban a España —murmuró Jace.

—Pues está claro que no nos mintió —celebró Reyes.

—¿Puedes concretar más? —le preguntó Califa—. Ibiza no es muy grande, pero peinándola de arriba abajo perderíais el tiempo.

Reyes se inclinó sin volver a sentarse para trasladar la dirección exacta a un mapa tridimensional. Les mostró una vieja casa abandonada.

—Sa Penya —señaló con el puño apretado en un gesto de victoria—, el antiguo barrio de los pescadores. Voy a enviárselo al equipo ahora mismo. Si estos cabrones no se han dado cuenta de que el dispositivo está activado y la agencia se mueve rápido, en el peor de los casos podremos encontrar huellas... y, en el mejor, pillarlos con las manos en la masa.

—No parece que nosotros podamos hacer mucho al respecto —meditó Califa.

—Nosotros nos tenemos que centrar en lo que sabemos de Acapulco —le recordó Reyes, cargada de energía. Los ojos le brillaban de pura ambición, brillo que Jace tuvo que apagar sacando a colación el asunto sensible.

—Que pasa por entrevistar a tu amigo El Diablo —apostilló sin contemplaciones. Reyes giró la cabeza hacia él como un ave rapaz para mirarlo con cautela—. Si es cierto lo que dijo Maxine —la señaló con la barbilla. Estaba frotándose los muslos de forma compulsiva y obligándose a respirar hondo— y siente debilidad por ti, deberías encargarte tú de rastrear la localización de su casa en La Roqueta y presentarte sin invitación.

—Que sienta debilidad por mí no significa que tenga confianza conmigo. Me largué del barrio por las malas y rechacé cualquier intento de comunicación por su parte durante años, y sabe que no predico con su forma de vida —respondió sin vacilar. No sonaba orgullosa, pero sí tajante,

como si en aquella época no hubiera cabido otra alternativa—. Aunque anoche se comportara como un nostálgico, sigue siendo un criminal sin escrúpulos. Mandarme allí sola me pondría en peligro. Michael no tardaría en recordar que tiene que destruirme si quiere enterrar los secretos de su infancia, porque dispongo de información sensible sobre sus trapicheos en Nueva York.

—Ese hombre no te va a tocar un pelo —intervino Maxine con un tono firme que Jace le había oído en contadas ocasiones, y siempre para proclamar verdades inapelables. Se había recuperado lo suficiente para enfrentar a la agente con determinación—, ni hoy, ni mañana, ni nunca, y tú lo sabes mejor que nadie.

Reyes le aguantó la mirada en la distancia con una sombra de antagonismo en la expresión.

—Se nota que no has tratado con un narco en tu vida.

—Ni tú con un hombre enamorado —contraatacó Maxine.

La agente puso los ojos en blanco. Ni siquiera se molestó en responderle, dejando claro que consideraba tan ridícula su contestación que no merecía la pena perder el tiempo.

Se giró hacia Jace.

—Puedo ir, si queréis, pero si me presento como una agente delante de Michael, este hablará en algún momento con mis superiores y con los tuyos, y solo contándoles la relación que nos unió en el pasado conseguiría invalidar todo lo que he hecho hasta el día presente, incluyendo nuestros avances en esta misión... y eso es lo último que necesitamos. Es un tipo muy persuasivo, créeme. Más allá de que tenga contactos, se ha librado mil veces de la cárcel porque se mete al jurado en el bolsillo. Deberías dejarme detrás del ordenador para supervisar que todo marcha sobre ruedas, para realizar el trabajo informático, y recurrir a mí solo en caso de extrema necesidad.

—¿Y no será que no quieres ver cómo torturan durante un interrogatorio a tu... Michael, o que no quieres decepcionarlo descubriéndote como una agente delante de él? —intervino Rob Roy con una ceja enarcada—. Algunos fuimos testigo de parte del reencuentro y vimos saltar las chispas.

Reyes sonrió como si su acusación le pareciera irrisoria. Caminó hacia él y le cubrió la mejilla con la mano.

—Si me acostara contigo, también saltarían las chispas. —Le dio una palmadita condescendiente en la cara, y regresó a su lugar cuando se había asegurado de que nadie más tenía nada que objetar.

De hecho, Rob Roy la miró de arriba abajo con una mueca resignada.

—La verdad es que eso me lo creo —suspiró.

Jace no hizo comentarios al respecto. Se había planteado informar a Wray de la relación de Reyes con El Diablo, pero le debía una a la agente. A fin de cuentas, ella se había tenido que tragar la inclusión de Maxine en el equipo cuando con toda probabilidad esto les acarrearía una grave sanción.

Y a Reyes, a diferencia de él, sí le importaba su lugar en la CIA.

—De todos modos, sospecho que el interrogatorio irá suave como la seda —continuó Reyes, tomando asiento junto al ordenador. Pulsó unas cuantas teclas y lo giró para mostrar a los presentes una carpeta abierta con miles de archivos—. Su móvil no es la mina de oro que pensé que sería. No tiene un pelo de tonto y procura no guardar nada que pueda delatarle. Pero sobran detalles sospechosos para hacerle preguntas comprometedoras. Tal y como imaginaba, tiene agendados números de teléfono que corresponden a un par de traficantes de personas que metieron en cárceles latinoamericanas hace un lustro, y hay algunos mensajes de texto que, aunque no dicen mucho, sí lo suficiente para dar por hecho que algo se trae entre manos. Habla

de... —Se fijó en la pantalla— traslados urgentes, por ejemplo, y ha intercambiado con un usuario las coordenadas de algunos terraplenes donde según mis investigaciones suelen aterrizar aviones privados de orígenes dudosos. Algo tiene que llevar. Mercancía, mujeres o ambas.

Jace meneó la cabeza en sentido afirmativo, satisfecho con los avances, y miró de forma alternativa a cada uno de los ahora implicados para hacerse una imagen mental de dónde colocarlos en su esquema.

Maxine se quedaría fuera del perímetro de riesgo, eso lo tenía claro.

—Iremos esta misma noche al chalé de El Diablo en La Roqueta. Tú vendrás conmigo para presentarme ante él como uno de los futuros organizadores de Fuego y Sangre —determinó, mirando a Califa con severidad—. Dirás que me he mostrado muy interesado en participar económicamente y, como te fías de mí y quieres desmarcarte del trabajo para dedicarle tiempo a tu familia, quizá hasta puedas inventarte que tu mujer está embarazada, me ofreces para ocupar tu lugar...

—Su mujer está embarazada, de hecho —señaló Rob Roy.

—No vamos a utilizar el embarazo de mi mujer para pillar a un narco —zanjó Califa con un ceño ominoso—, pero lo demás servirá como excusa, por lo menos para entrar en sus dominios y quedarnos a solas con él.

—¿Se quedó a solas contigo la primera vez? —inquirió Jace—. ¿O mantiene a sus guardias de seguridad en la habitación?

—No hay manera de anticiparlo —respondió Califa—. Ese día estuvimos acompañados de un par de guardias, pero ayer, por ejemplo, sí iba por libre, como si no le temiera a nada.

—Bueno. —Reyes se enderezó y se crujió el cuello—. Pues por lo menos sabemos que hoy mismo le daremos razones para temernos a nosotros.

Capítulo 31

Cambio de planes —decidió Reyes, sorprendiéndolo justo cuando estaba terminando de atarse los cordones—. Te quedas fuera de la operación.

Jace alzó la mirada a tiempo para ver a la agente y a Maxine entrando en su habitación.

En lugar de exigir explicaciones de inmediato, esbozó una sonrisa cansada.

—¿Y no podrías habérmelo dicho antes de que me pusiera los zapatos? —fingió desesperarse —. ¿Sabes lo que duele la herida en esta postura?

Reyes se giró hacia Maxine.

—Parece que está de buen humor..., para variar —dejó caer con intención—. Si se siente capaz de cualquier cosa, a lo mejor deberíamos permitir que encabece la...

—De ninguna manera —dictaminó ella con seguridad, a lo que Jace levantó las cejas.

—¿Desde cuándo da las órdenes Maxine? —le preguntó a Reyes, quien solo se encogió de hombros con una mueca que venía a decir «desde que la involucraste, estúpido imprudente»—. Y no eres la más indicada para hablar de mi humor con ironía. Eres bastante menos simpática que yo.

«Y encima te gustan los narcotraficantes», estuvo a punto de añadir, pero se lo reservó porque ese comentario sí se lo tomaría a pecho, y porque le sorprendió tanto su propio acceso bromista, incluso si se trataba de una broma de mal gusto, que no pudo reaccionar.

Era cierto que llevaba de buen humor desde que se despertó, incluso si no lo había hecho gracias a la mejor de las compañías. ¿Cómo no estarlo, si por fin veía la luz al final del túnel? Habían encontrado una pista sólida en Ibiza, iban a interrogar a El Diablo esa noche y Fuego y Sangre concluiría a la mañana siguiente. Además, Maxine había permanecido a su lado toda la madrugada, cuidando de sus heridas, apaciguando sus males de conciencia con un amplio repertorio de besos e interrogándole sobre un futuro que, después de todo, y solo quizá, podrían descubrir juntos. No sentía que esta vez hiciera mal en albergar esperanzas respecto a ella cuando su rostro se había iluminado como antaño al oírle decir que la quería.

Hasta empezaba a ver con buenos ojos las novedades sobre Ayane. Al menos ya sabía con plena certeza qué había estado haciéndola sufrir durante los desesperantes meses de ignorancia. Aún le inquietaba dónde anduviera y en qué problemas se hubiera metido, pero se permitía confiar en los inagotables recursos del FBI para localizarla. Cabía una posibilidad perfectamente factible de que se librara de un castigo por su desobediencia: lo lógico sería que la agencia se atribuyera la responsabilidad de su comportamiento temerario. No en vano habían desestimado un informe clínico que estipulaba que Ayane no estaba en condiciones de trabajar, y todo para mandarla al frente lo antes posible.

Reyes puso los ojos en blanco solo para que supiera que le había escuchado, pero le quitó toda importancia yendo al grano.

—Maxine da la orden porque es la única que ha usado el sentido común. Herido no nos sirves para nada, sobre todo porque El Diablo se habrá enterado de la persecución que tuvo lugar con los seguratas de su club y que acabó con un misterioso herido. Y, además, no es creíble que Califa te presente como el próximo organizador de Fuego y Sangre porque no has acumulado suficiente experiencia. Podría resultar sospechoso cuando se sabe que tiene vínculos más cercanos con otros participantes.

»Rob Roy sí es un heredero digno —continuó—. El Diablo lo conoce de otros encuentros BDSM, y es *vox populi* que lleva siendo amigo de Califa desde mucho antes de que inaugurara

Vesper’s. Fue incluso inversor del club anterior que regentaba con el hermano de Angel Face.

—French 75, en San Francisco —concretó Jace, pensativo—. No lo veo, Reyes. ¿Vas a mandar a dos civiles a la boca del lobo después de lo que montaste al saber que Maxine iba a formar parte del equipo?

—De perdidos al río, Ryder —resolvió Reyes sin darle mayor importancia—. Ese par de tipos van a estar más seguros en casa de El Diablo que tú y que yo, te lo aseguro.

—Y sigues teniendo fiebre —le recriminó Maxine después de comprobar la temperatura poniéndole una mano en la frente.

—Eso no es culpa mía —se defendió Jace con un mohín.

—Pero es tu problema, y no deberíamos permitir que tu problema se convirtiera en el problema del FBI, de la CIA y de tus nuevos amigos sadomasoquistas —puntualizó Reyes, y con gran sabiduría—. Tú y yo nos acercaremos a la localización en coche, donde montaremos el equipo para escuchar lo que se cuentan, y si percibimos que la cosa se pone fea, intervendremos. Pero ya te dije que prefiero no llevar una pistola en las bragas, y tú no deberías ni moverte de la cama, así que confiemos en nuestros nuevos socios y esperemos que la operación fluya con toda naturalidad.

Jace debía reconocer que tenía mucho más sentido que la idea que él había propuesto. Se maldijo por no haberlo pensado antes, y no por una ridícula cuestión de competitividad entre agentes, sino porque delataba cuánto estaba afectando la herida a su rendimiento mental.

En el fondo se alegraba de que hubieran cambiado de planes. Uno no entraría en la casa de un famoso criminal con las manos desnudas y en estado febril si lo que pretendía no era morir apuñalado por la espalda.

—Aprender a delegar responsabilidades siempre ha sido mi tarea pendiente, así que... —suspiró él.

—Te hemos delegado forzosamente —se quejó Maxine—. La sigues teniendo pendiente, guapito de cara.

Jace se resignó a darle la razón con un cabeceo. Se levantó de la cama y consultó la hora en su reloj de pulsera. Luego echó un vistazo a la ventana, como si esperara algo diferente a la oscuridad que se apoderaba de la noche a partir de las ocho de la tarde.

Tanto Rob Roy como Califa ya se habrían puesto en marcha. Eso sí que le oscureció el ánimo. No le gustaba un pelo que los hubieran enviado a La Roqueta sin que él les hubiera dado antes las pertinentes directrices. Ni siquiera los había revisado de arriba abajo para comprobar que iban preparados.

Observó con los párpados entornados a Reyes mientras se abrochaba el cinturón con movimientos secos.

—¿Les has colocado los dispositivos de escucha?

—Ajá. Están listos, entusiasmados por la excursión y esperando a que el ferri venga a buscarlos —enumeró en tono burlón. Una extraña energía chispeante se había adueñado de Reyes, una muy similar a la de él y, al mismo tiempo, bastante sospechosa. Que pareciera incapaz de disimular su euforia hizo dudar a Jace—. Como Califa tiene confianza con El Diablo, le he dado la orden de ofrecerle dinero, silencio y cooperación a cambio de un asiento en la cúpula de la red de trata.

Jace presionó los labios para contener una queja que, aunque justificada, no le llevaría a ninguna parte.

—¿Dónde estaba yo mientras se discutía el cambio de enfoque? —tanteó con dureza.

Reyes se encogió de hombros con una naturalidad exasperante.

—Durmiendo la mona.

—Lo que tenías que hacer —zanjó Maxine, reafirmando su rol en aquella escena: defender los intereses personales de Jace, que no eran otros que pasar la noche con paños fríos en la frente.

Le sobrevino una oleada de amor incondicional hacia ella, que siempre le daba más importancia a sus emociones y necesidades de la que él le había otorgado jamás.

—¿Y tú qué harás mientras tanto? —inquirió él, mirándola de arriba abajo. Se había acicalado para robar el aliento de los participantes durante la velada de *cruising*. Combinaba un vestido de vinilo escotado hasta el ombligo y demasiado corto para lucir en público con unas botas de caña alta del mismo material. Ningún color le sentaba tan bien como el verde esmeralda... salvo el granate brillante que lucía esa noche—. Como no se me ha consultado nada, no me sorprendería que me dijeras que pretendes liderar una expedición militar. Pero espero que te quedes quieta. Para variar —apostilló con resentimiento.

—Nuestra Mimosa estará correteando entre los árboles y dejándose abrazar por desconocidos para no levantar sospechas, ¿a que sí? —Reyes buscó su confirmación con una mirada de advertencia, a sabiendas de que no se podía confiar en sus promesas.

Con solo fijarse en su expresión resignada, Jace comprendió que pretendía obedecer. Ella misma debía de saber que, si no podía sumar, mantenerse al margen sería lo correcto.

—Sí —dijo con la boca pequeña.

—Bendito sean los ángeles de Cristo —suspiró él con dramatismo.

—¡Pero me tenéis que informar de todo en cuanto acabéis! —advirtió con un dedo en alto.

Reyes exageró un saludo militar con sorna, otro gesto burlón e inesperado viniendo de ella que hizo que Jace se decidiera a hacer un comentario.

—Te veo algo distinta. Diría que estás emocionada si no me pareciera inverosímil teniendo en cuenta que esto podría acabar con el encierro a perpetuidad de tu amigo de la infancia.

Reyes ya se había desplazado hacia la salida con su caminar seguro. Cualquiera diría que tenía un pasado en el ejército, porque se movía como un firme soldado.

Desde la puerta y con el pomo en la mano, le lanzó una mirada sin misterio alguno.

—Si tienen que ahorcarlo en la plaza pública para que se haga justicia, así sea. —No se molestó en aportar mayores explicaciones. Señaló al pasillo con el pulgar—. Procurad subiros en el ferri de las doce menos cuarto. A esas horas no habrá participantes de Fuego y Sangre que puedan extrañarse de veros zarpar y no participar luego en el *cruising*. Y a ti en concreto —se dirigió a Jace— te espero en un coche azul marino aparcado en el puerto. Te escribiré la matrícula por si acaso te pierdes, que te veo un tanto disperso.

Dicho aquello, se marchó.

Jace le agradeció el último comentario, que le sirvió de recordatorio para girarse hacia Maxine mientras rebuscaba en los bolsillos del tejano negro.

—Este es mi teléfono —le dijo, sosteniéndole la mirada con intención—. Si pasa algo, si ves cualquier movimiento extraño o crees que puedes correr peligro, llámame. Yo haré lo mismo cuando tenga novedades si se me complica volver a la hora estipulada.

Ella se quedó observando la serie numérica con una mezcla de vacilación y entusiasmo muy mal disimulado.

—Vaya... Solo has tardado siete meses en darme tu número real.

—¿Cómo sabes que el que te di para el festival de la Media Luna no es el real? —inquirió, extrañado. Al verla ruborizarse, entendió lo que no admitiría en voz alta, y su expresión se suavizó—. ¿Intentaste llamarme al volver a casa?

—¡No! —se apresuró a decir. Pero no le quedó otro remedio que confesar a desgana cuando

él enarcó una ceja—. Bueno, vale. Una vez usé el teléfono de mi compañera de piso para ver si respondías, porque no quería que pensaras que te estaba llamando yo..., pero me salió que el número no existía. Era curiosidad, ¿eh? —aclaró en tono beligerante—. No quería hablar contigo.

—Por supuesto que no —la complació él con las manos en alto, aguantando una sonrisa de regocijo que habría sido injusta con su sufrimiento—. Me temo que este tampoco es el mío personal. Es uno que me dieron para la misión con los datos que figuran en mi ficha de Fuego y Sangre. No nos dejan traernos los nuestros porque, si nos los interceptaran, te puedes imaginar lo que podría suceder.

Maxine continuó vigilando el nuevo contacto con gesto pensativo, como si no terminara de creerse que sería él quien respondería al otro lado de la línea.

—Entonces es el número de Roland Derrick. Uno de ellos —murmuró en referencia al nombre que Califa había mencionado aquella tarde un par de veces delante de los nuevos implicados.

—Ajá.

—Esa fue la erre que vi en tu pasaporte en el aeropuerto de Los Ángeles —continuó, meditabunda—. Pensaba que era de Ryder. ¿Por qué no me dijiste que te llamabas Roland? —se aventuró a preguntar—. Dándome tu nombre de pila falso no ibas a correr ningún peligro. Ni tú, ni tu misión.

—No quería mentirte a la cara. Si debía reservarme información, que fuera eso, omisión y no un engaño. Además de que ya te había dicho el de verdad, solo que no te lo quisiste creer por alguna extraña razón —agregó con una sonrisa interrogante.

Era algo que, además de haberle preocupado cuando volvió a verla por si acaso destapaba su verdadera identidad, siempre le había intrigado: por qué Maxine descartó sin más que pudiera haber sido sincero sobre sus credenciales.

—Lo primero es que fuiste tú quien insinuó que podría ser un nombre falso. Pensé que lo improvisaste para complacerme y que no me diera un ataque de nervios la primera noche en el club —admitió con timidez, torciendo la boca en una mueca circunstancial.

—Pues el ataque de nervios te dio aun así, ¿o es que no te acuerdas? —le replicó con ánimo bromista.

—¿Puedes culparme, acaso? ¡Me arrojé a tus brazos a los dos segundos de verte la cara! ¡Y tenía novio!

—Solo arrojaste la blusa al suelo. Arrojarte a mis brazos te tomó veinte minutos más, los que Califa tardó en girar su ruleta de obscenidades unos días después —corrigió, aguantándose la risa para no ofuscarla más.

—¡Y estarás tan orgulloso! —refunfuñó, cruzada de brazos.

Él le guiñó un ojo.

—Eso que lo sepas.

Ella se fijó en su expresión relajada y lo escudriñó con una mirada profunda; una mirada que quería traspasar la superficie y colarse en sus pensamientos para averiguar si fingía o de veras estaba de buen humor.

—¿A qué viene tanta risita, guiño y comentario juguetón? —exigió saber, a caballo entre el asombro y un alivio que procuró esconder de él agachando la cabeza, como si no quisiera que supiese que seguía siendo su debilidad—. No estamos persiguiendo a nadie con una pistola en el regazo. ¿Es que te encuentras mejor? ¿Se te ha curado la infección?

—Duele como lo que es, un balazo en el hombro. Pero tengo la impresión de que estamos a

punto de acabar la operación. Y eso significa...

La magnitud de lo que había estado a punto de decir le secó la garganta. Significaba que podría volver a casa y luchar por rescindir su contrato con el FBI. Significaba que ya no tenía que seguir fingiendo que era un amo sadomasoquista con todo lo que eso conllevaba, vender su cuerpo a precio de saldo cada noche. Significaba...

—Libertad —completó ella en voz baja, todavía sin alzar la barbilla. Lo hizo solo cuando pensó que estaría lista para enfrentarlo con valentía, preparada para oír lo que fuese a contestar a su legítima duda—. Pero ¿qué significa la libertad para ti? ¿Qué podría significar para... nosotros?

Jace la rodeó por la nuca para acercarla a su cuerpo. Maxine nunca sabría lo que acababa de hacerle sentir con su sencilla claudicación, con la tímida admisión de que esperaba en ascuas lo que el futuro les deparara a ambos.

—Lo descubriremos pronto —le prometió en un susurro.

Pretendía besarla castamente, pero al primer aviso de contacto, ella se enganchó a su cintura con los codos cruzados a la espalda... y no se pudo resistir. Entreabrió la boca con un ronroneo de satisfacción y hundió la mano en su melena suelta para evitar que rompiera el beso. Lamió su labio inferior y lo mordió hasta arrancarle un gemido lloroso, y en cuanto sus lenguas se encontraron en un primer y lánguido roce, Jace lo mandó todo al infierno y la agarró por las nalgas para pegarla a su bragueta.

—Nos tenemos que ir... —logró balbucear ella antes de volver a encontrarse con su boca.

—Pues suéltame —replicó él contra sus labios húmedos. Ladeó la cabeza para buscar ese rincón de su cuello que era el favorito, ahí donde se aplicaba el perfume y por donde empezaba a sudar cuando la tocaba.

—Sí... —gimió ella, pero no dejó de aferrarlo con ansias—. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

—Yo no quiero acabar —reconoció él con un hilo de voz, pegándola más a su incipiente erección. En un débil susurro, añadió—: No quiero que te me acabes nunca.

La insinuación de que su caótica relación pudiera finalizar al mismo tiempo que Fuego y Sangre la activó. Maxine se desembarazó de él con dificultad y se tambaleó al dar un paso atrás. Desde esa distancia provocativa pero también insoportable para él, ella lo miró con el rostro ruborizado y los ojos brillantes como caramelos.

—No me voy a acabar porque no me pienso morir esta noche. No lo hagas tú tampoco.

—Descuida.

Jace se humedeció los labios, saboreando el gloss y la dulzura de Maxine, y consultó su reloj de pulsera. Tenía que darse prisa para reunirse con Reyes y comenzar el principio del fin.

Unas cosquillas de anticipación le espabilaron.

Volvió a mirar a Maxine, su vestido de vinilo granate, sus labios ahora hinchados, sus ojos de cervatillo asustado, pero que ni ante el fuego abandonaría el barco, y se obligó a ponerse en marcha. Por todos; por el FBI, por Amelia Cox, por Jaylani Patel, por Carey Reynolds, por el resto de sus compañeras..., pero, por una vez, también por él. Porque parecía que tenía a donde volver.

Pensó en infundirle ánimos al verla temblar por los nervios, decirle que aún tenían una conversación pendiente sobre ese «nosotros» que todavía no se habían animado a pronunciar y que, mientras esta no tuviese lugar, él regresaría sano y salvo. Sin embargo, al pasar por su lado, cogerla de la mano e inclinarse sobre su oído, no fue un consuelo lo que le salió del alma. Le vinieron a la cabeza todas las veces que Maxine apareció lista para la velada, justo como esa

noche, y él, en un ejercicio de autocontrol que esperaba no volver a verse realizando, se calló sus opiniones a costa de decepcionarla.

—Eres la más guapa de toda la fiesta —confesó en voz baja—. Hoy y siempre.

Le apretó la mano y se marchó.

Como era de suponer, El Diablo había tomado precauciones en el perímetro de su propiedad para que ningún curioso se atreviera a husmear. La casa estilo colonial en la que vivía estaba emplazada en una amplia finca con unos jardines tan espectaculares como la misma vegetación natural de la isla.

Reyes y Jace habían tenido que conformarse con obtener una vista diagonal y bastante alejada de la vivienda, para lo que tuvieron que aparcar el vehículo de alquiler en una pequeña colina salpicada de oyameles y táscates que les servían para disimular su ubicación. De llegar a darse la voz de alarma y tener que penetrar en sus dominios, tan solo habrían de seguir un camino recto y utilizar uno de los numerosos artilugios de Reyes para burlar la seguridad de la cancela.

La agente le tendió unos auriculares conectados al sistema de escucha de su preciado portátil, y acto seguido se colocó ella misma unos copiosos cascos que la hicieron parecer más menuda.

Jace tardó en aceptarlos porque estaba terminando de teclear un mensaje rápido.

¿Todo bien?

Maxine le respondió inmediatamente con un *selfie* en el que se podían apreciar sus rizos, sus ojos maquillados y su pulgar apuntando hacia arriba.

Pudo contener la risa ante la sonrisita de afectada resignación que lucía, esa que le curvaba las cejas en una graciosa mueca parecida a la de Emilia Clarke, pero no cuando leyó el mensaje bajo la fotografía: «Pues creo que sigo siendo la más guapa de la fiesta».

—Desde aquí no lo veremos —lamentó Reyes en tono pensativo, devolviéndolo a la realidad —, pero en teoría llegarán con el chófer que El Diablo ha enviado al puerto para recogerlos.

Una vez Jace se colocó los molestos auriculares de plástico, la miró de reojo.

—Puedes seguir llamándolo Michael —le concedió en el afán de mostrarse comprensivo—. Lo has estado haciendo durante las últimas horas, así que no sería raro, y si te hace sentir mejor, más segura o solo lo tienes por costumbre, por mí no te cortes.

Estuvo seguro de que Reyes no contestaría, ya fuera porque rehusaba entrar en sentimentalismos o porque no era el lugar ni el momento. Tal vez ni siquiera lo hubiera escuchado, porque estaba concentrada en la dirección de los puntos parpadeantes que avanzaban por una de las carreteras de La Roqueta.

Aparte de dispositivos de escucha, la agente les había camuflado unos localizadores en los bolsillos interiores de las americanas. A renglón seguido, había desplegado un mapa de la isla para cerciorarse de que un sospechoso cambio de planes no los desviaba hacia otra parte.

—Esta noche es El Diablo —dijo al cabo de un rato.

Jace entendió lo que quería decir. Preferían que no se armara un escándalo de disparos y que tampoco se revelaran sus identidades, pero cabía la posibilidad de que el plan se torciera y tuvieran que neutralizar al objetivo. De llegar a verse en la tesitura de apretar el gatillo, era lógico que Reyes quisiera mantener las distancias con él.

O eso fue lo que Jace estaba pensando hasta que la agente apostilló en tono lúgubre:

—Lleva media vida sin ser Michael, además. Michael Cruz no se habría involucrado en una red de trata ni bajo amenaza.

—¿No?

—Siempre le gustó el dinero y nunca fue lo que se diría «un buen cristiano» —reconoció con una ecuanimidad admirable. Al final, estaban hablando de alguien a quien había querido—, pero jamás perdió de vista que algunos negocios no merecían el alto precio moral que había que pagar. Su sentido de la justicia era retorcido, lógico viniendo de un tipo metido en una banda callejera..., pero para él valía más que ninguna fortuna. —Se giró hacia Jace y añadió—: Era parte de los Latin Kings, Ryder, y las mujeres a las que prostituyen los traficantes son en su mayoría sudamericanas. Esta mierda choca frontalmente con los que eran sus principios.

Jace esbozó una sonrisa tristemente sabedora, y tras confirmar que ningún sonido les llegaba de los micrófonos, replicó:

—Ya, y Ayane jamás habría burlado al FBI para volver con su secuestrador. Los dos han demostrado una habilidad encomiable para sorprender incluso a quienes creían conocerlos.

Reyes lo miró de soslayo.

—No es lo mismo. En el caso de Ayane han entrado en juego los sentimientos, que son incontrolables. Para Michael, ciertos sectores del crimen organizado eran un no rotundo por principios, que, por definición, son mucho más sólidos que el amor —replicó en tono áspero. A raíz de su respuesta, a Jace no le cupo la menor duda de que Reyes sería más que capaz de acabar con su viejo amigo si resultaba ser culpable de todos los cargos—. Lo de tu mujer se puede tratar de entender desde una óptica humana. La corrupción de la ética, en cambio, es imperdonable.

»Bueno, tu exmujer —se corrigió con un cabeceo impaciente—. Está claro que tienes una nueva. Por eso te sugiero que dejes de flagelarte con las decisiones que tomó la anterior. Le pase lo que le pase, está en manos de profesionales. Y eso por no mencionar que esta obsesión con Ayane acabará haciéndole daño a la otra chiquilla. —Entrecerró los ojos y se reacomodó en el asiento con nerviosismo—. Ya han entrado.

Jace echó un rápido vistazo al otro lado del cristal, como si pudiera localizarlos en la lejanía.

Mentiría si dijera que no estaba preocupado por lo que pudiera pasar. No era la primera vez que el FBI echaba mano de civiles implicados en un caso para recabar información, siempre bajo vigilancia, pero en esas ocasiones era diferente porque quien estaba en primera línea de fuego y al mando de la operación era él. Ahora permanecía al margen como un simple voyerista, y si algo malo ocurría y tenía que entrar a defenderlos, podría no estar a la altura, porque no se encontraba en las mejores condiciones físicas. La herida estaba en camino de necrosarse, no de cicatrizar, iba hasta arriba de potentes antiinflamatorios, lo único que podía tomar a falta de un buen antibiótico, y tenía inutilizado uno de los brazos.

Llevaba unas horas con la vaga intuición de que ya era demasiado tarde para ponerse en manos de un médico, y de que si no actuaba pronto, perdería una de las habilidades por las que era valorado en el cuerpo: su fuerza.

—No me importaría vivir aquí durante unas vacaciones —oyó que decía Rob Roy a través del auricular. Jace y Reyes intercambiaron una mirada rápida para confirmar que ambos lo habían oído con claridad—. Por casualidad no alquilarás la casa por temporadas...

Se escuchó una risa ronca que Jace asoció a El Diablo. Consultó de reojo la reacción de Reyes, que se mantuvo impertérrita y con la vista fija en los puntos rojos que accedían a la propiedad. Supieron que estaban dentro porque dejaron de oírse los sonidos de la noche y la conversación les llegó con mayor nitidez.

Durante unos quince o veinte minutos, lo que El Diablo tardó en invitarlos a tomar asiento en un salón que fue debidamente halagado, Califa estuvo entreteniendo al anfitrión con una conversación banal a la que el mexicano se prestó con bastante disposición, como si fuera una

visita de cortesía y no una reunión de negocios. A partir de la charla, Jace descubrió que Michael Cruz era un tipo abierto, cercano y con un magnífico sentido del humor.

«La antítesis de Reyes», llegó a pensar, distraído.

—Bueno... —introdujo Califa después de un juego de adivinanzas sobre el origen del lujoso licor que les acababan de servir—. Por más que me guste husmear en casas ajenas, ya sabes que no salgo de la mía sin un propósito. Me pareció adecuado que nos sentáramos a hablar del futuro ahora que se está acabando la fiesta.

—Del futuro —repitió El Diablo, paladeando la palabra—. Suena prometedor.

—Eso espero, que te parezca prometedor y no una jodienda. Creo que ya sabes que me casé hace relativamente poco, pero uno tiene una edad y no está para perder el tiempo si quiere formar una familia.

—Anda que me invitaste a la boda, perro —se burló El Diablo—. Espero que, si he entendido bien tu insinuación, me recibas en la iglesia cuando celebréis el bautizo del crío.

—Por mí no habría problema —reconoció Califa—, pero a mi mujer no le gusta que ande tan metido en las tramoyas de Fuego y Sangre, ni que haga amigos por aquí... Amigas, mejor dicho —bromeó con naturalidad—. Si no te llega la invitación, vas a tener que remitirle las quejas a ella.

—Un hombre dominado por su esposa... —se lamentó El Diablo con exagerada decepción—. Siempre caen las torres más altas.

—Gilipollas —masculló Reyes, devolviendo a Jace a la realidad. Se le escapó una pequeña sonrisa al oírla mosqueada—. Como en toda reunión masculina, no puede faltar el comentario de mierda sobre el castigo divino que es el matrimonio.

—El caso es que de cara al futuro necesitaréis a un miembro que me sustituya en la organización —prosiguió Califa—, y yo he pensado en mi buen amigo Rob Roy, un tipo de mi absoluta confianza, veterano en el mundillo BDSM además de un miembro muy querido. Es socio vip de Vesper's. Ya lo era en la sociedad que tenía con Scorpion, de quien no sé si te acordarás.

—Claro que me acuerdo. Y del tipo este, también. Tengo su cara hasta en la sopa —admitió El Diablo en tono de mofa—. ¿Cuánto llevas en esto?

—Desde los veinticinco, más o menos, así que alrededor de dos décadas —respondió Rob Roy—. Hice un parón de unos años porque tuve un hijo, pero ya me ves. La cabra tira al monte.

—¿Y por qué te interesa un asiento en la cúpula organizativa? ¿Tienes hambre de poder?

—No es tanto una ambición como un placer. Creo que tengo suficiente experiencia para aportar algo novedoso. Se trata de encontrar a un hombre responsable que pueda seguir el ritmo de Califa y que esté a la altura de la vara tan alta que deja, ¿no? ¿Quién mejor que yo, que aprendí y crecí con él? También vengo de California, colaboro en las veladas temáticas y decisiones políticas de Vesper's, y la gente se fía de mí porque me conoce.

—Me está convenciendo hasta a mí —reconoció Reyes. Se había recostado contra la ventanilla, con la cabeza apoyada en una mano y el codo doblado en una postura dolorosa sobre el asidero de la puerta.

—Yo no soy el único que parte el bacalao aquí —les advirtió El Diablo—. Tendréis que presentar una petición formal cuando nos volvamos a reunir para cuadrar el próximo encuentro internacional, que supongo que será en verano. Pero si lo que querías era ganarte mi voto, por mí no hay problema.

—Si me disculpáis un momento —intervino Califa—, ya venía bebido de casa y voy a tener que ir al servicio.

Mientras El Diablo le daba las indicaciones pertinentes, Reyes masculló por lo bajo:

—¿Y este a dónde va ahora? ¿Quién le ha dado permiso para dejar solo a su compañero?

—Dale un voto de confianza —replicó Jace escuetamente.

Califa no era ningún imbécil. Nunca terminaron de ser lo bastante cercanos para conocerse en profundidad, en parte porque ninguno de los dos buscaba un amigo, pero no hacía falta pasar más de cinco minutos con el tipo para saber que era avispado y siempre tenía un plan.

—No sé si Califa lo sabe... —empezó Rob Roy en cuanto se quedaron a solas, empleando un tono persuasivo y moderado—. Lo del resto de atractivos que tiene estar en la cúpula organizativa de Fuego y Sangre, me refiero. Porque, si te soy sincero, esa es, en realidad, una de las razones principales por las que estoy muy interesado.

Hubo un breve silencio.

—¿De qué atractivos estamos hablando? —inquirió El Diablo transcurridos unos segundos.

—De los que se ofrecen en los encuentros sadomasoquistas: los atractivos del sexo y de las mujeres bonitas. En Koh Phangan disfruté bastante de compañía femenina externa a la lista de invitados, y en tu yate, sin ir muy lejos, me divertí de lo lindo con un par de chicas encantadoras que llevaban un collar con el símbolo de tu club. Supuse que era contigo con quien tenía que hablar para apuntarme y coger mi porción del pastel.

—Sean quienes sean las bellezas con las que te encontraste en Tailandia, de eso no soy responsable. Creo recordar que el organizador que escoge a las acompañantes, los hoteles y demás en la zona oriental es Black Russian —comentó El Diablo con ambigüedad—. ¿Qué es lo que te interesa del puesto? ¿Ser quien entreviste y elija a las mujeres que se pasean por ahí durante las veladas?

—Y quien las saque de dondequiera que vengan —insinuó sin rodeos.

Jace observó que Reyes echaba todo el peso en el respaldo y crispaba la mano sobre el ordenador, tan inquieta por el planteamiento del cebo como él.

—Demasiado rápido —murmuró Jace—. Debería habérselo camelado mejor antes de echar el anzuelo.

Ninguno de los dos esperaba que El Diablo soltara una carcajada.

—Me parece a mí que estás muy equivocado. Yo no saco a las mujeres de ninguna parte distinta de la calle, Rob Roy. Me consta que no todos los organizadores tienen escrúpulos en este sentido, y que, como aquí y en todos lados, puede haber alguna que otra víctima de la trata en Tailandia, pero no lo sé porque me lo hayan contado de primera mano. A mí no me interesan esos chanchullos. Lo mío es la droga, no el tráfico de personas, ¿entiendes? Y el tuyo ha sido un intento bastante penoso de hacerme hablar —apostilló sin perder la nota de risa en la voz, aunque había algo en la constancia de su buen humor que a Jace le ponía el vello de punta—. Se nota que vienes por orden de alguien más. De Zhuri, ¿no?

Jace se quedó perplejo.

—Hijo de perra —masculló Reyes en castellano después de golpear el salpicadero, enrabietada—. Siempre tiene que ir varios pasos por delante.

—Tranquilo, ¿eh? Esto me divierte más de lo que me cabrea —siguió diciendo El Diablo—. Si me la encuentro en México trabajando en un evento de Fuego y Sangre, no puede ser casualidad, eso es evidente. Es poli o algo así, ¿no? No me parece mal que se tome molestias con el tema de la trata. A mí también me empieza a tocar los cojones. Pero daba por hecho que seguiría en Gringolandia, y que iría detrás de los malos de allí.

—¿Qué quieres decir con que te empieza a tocar los cojones? —inquirió Rob Roy con incredulidad—. ¿Que no estás involucrado, acaso? Porque se sabe que tienes un par de prostíbulos a tu nombre, donde trabajan menores de edad, y se sabe también que te mensajeas

con pilotos de aviones privados. Me pregunto qué llevarás ahí.

—Ni siquiera lo ha negado —masculló Jace—. Debería haberse hecho el imbécil.

—No habría tenido sentido marear la perdiz —repuso Reyes con rapidez para no perderse la conversación—. El Diablo no se chupa el dedo.

—Kilos y kilos de coca, eso es lo que llevo —respondió con desahogo—. Aunque depende del día. A veces es maría o alguna basura sintética que piden las nuevas juventudes. Hasta hace poco trabajaba dependiendo de la demanda. Pero eso no es lo que os interesa, ¿a que no? Yo no pienso contar lo que sé a no ser que se me firme un papelito de inmunidad absoluta por mis tonteos con el narcotráfico —determinó con absoluta naturalidad, como si lo hubiera planeado desde el principio—. Házselo saber a Zhuri, ¿quieres?

—Lo más probable es que nos esté escuchando ahora mismo.

—Este tipo es un crédulo —jadeó Reyes—. ¡Dile que trabajo en la CIA, ya que estás!

—¿En serio? —Jace percibió una nota de placer morboso en la voz de El Diablo. Moduló el tono antes de dirigirse hacia la agente en castellano—. Me late que no das la cara porque andas enojada conmigo todavía. La neta que lo entiendo, chiquita, si siempre fuiste rencorosa como tú sola. En fin, ya me oíste. Tengo información sobre la red de trata que se montó en Fuego y Sangre, y si quieres que te cuente el chisme, primero tráeme unos papeles oficiales y una promesa. Y luego tráete a ti, que siempre me gusta verte, anda, chula.

—Deberíamos haberlos mandado con un pinganillo —se maldijo Reyes, alterada—. Así podríamos hacerle las preguntas sin intermediarios. Menudo inútil ha resultado ser tu Rob Roy. ¿Y dónde está el otro, si se puede saber?

—Ha dicho con meridiana claridad qué es lo que quiere. ¿Cuál es la mala noticia? —dudó Jace—. Podemos conseguir que las oficinas nos envíen documentación fiable y ofrecerle un trato. Es cierto que no estamos aquí por el narcotráfico, ni lo estaremos en el futuro porque la droga que mueve México no entra en la jurisdicción federal.

—En cuanto a los prostíbulos... —continuó El Diablo en inglés, acallando enseguida la conversación mantenida en el vehículo—. Tengo todo tipo de negocios en México. Sí, también burdeles. Aquí la prostitución no es un... ¿Cómo se dice? —Chasqueó los dedos hasta que se rindió y dijo la palabra en castellano—: Bueno, ya sabes, un *pedo*. Lo que no es legal es traficar con las mujeres, cosa a la que no me dedico. Hay que saber hasta qué punto enfangarse; con tener barro en las rodillas ya me basto y me sobro, no necesito hundirme hasta las cejas.

—¿Y qué me dices de las menores? —insistió Rob Roy con desdén.

—Y yo qué coño sé si son menores, compadre. Cuando llegan a mi casa no les pido la documentación, más que nada porque no la tienen; ese es su problema principal. En mi club privado se va a follar, como a Vesper's, y dejo que las chicas trabajen allí cobrándoles exclusivamente el alquiler de las zonas privadas que pretendan utilizar. Si es una habitación, solo una habitación, ya sea por horas o por días. No hago distinción entre prostitutas «por elección», si es que eso existe, y víctimas de la trata, como tú comprenderás. Las chicas no tienen la culpa de estar al servicio de un cabrón, y no les voy a cerrar las puertas de un sitio caliente y protegido ni les voy a impedir desempeñar su trabajo bajo techo y con cobertura sanitaria porque puedan acusarme de proxeneta. No tengo nada que esconder.

—¿Cobertura sanitaria, has dicho? —repitió Rob Roy—. ¿Es que las das de alta como empleadas, o algo así?

—No, coño, si te estoy diciendo que no tienen documentación. Pago mis propios especialistas, y, ya que están, se los cedo en caso de necesidad. Así, si les dan una paliza, puedo llamar a quien las atienda en lugar de dejarlas morir en una zanja.

Jace miró de soslayo a Reyes para comprobar que atendía a la conversación. Estaba inclinada hacia delante, como si pretendiera salir corriendo en cualquier momento, y meneaba la pierna con ansiedad. No podía saberse a simple vista si se alegraba de que Michael Cruz no hubiera desaparecido del todo en el personaje de El Diablo, pero Jace eligió creer que sí.

—En parte sabía que los polis andaban detrás de mí por lo que pasó con Abigail el otro día —continuó—. A Abi la arrancaron de su casa en Punta Cana y ya no hay quien la ayude porque no quiere volver. Dice que su marido la mataría si supiera a lo que se ha estado dedicando, así que si alguien le hace daño, como fue el caso, no nos queda otro remedio que llevarla a donde tenemos nuestros médicos privados.

—¿Por qué no las ayudas a volver a sus hogares? —quiso saber Rob Roy.

—Mira —empezó El Diablo con dejadez—, para que salga el genio, tienes que frotar la lámpara. Si las chicas no quieren enfrentarse con su proxeneta porque es un cabrón peligroso, yo no voy a pelear con nadie para encima salir escaldado. Intenté echar una mano a un par de mujeres, y todo para que a los tres días volvieran a estar en las calles por dependencia, necesidad o qué sé yo. O peor: para que se las intentaran cargar por mi culpa. Necesitan protección estatal, leyes que respalden sus intereses y un jodido psiquiatra; uno solo, por más dinero que mueva, no puede obrar milagros. Y, siéndote sincero, a mí, por mis negocios, tampoco me conviene cabrear a esa gentuza. Tengo mi pequeño reino en México, pero hay quien ha amasado imperios indestructibles que nadie podría penetrar y vivir para contarlo.

—¿Qué pasa? —intervino Califa de pronto—. ¿De qué estáis hablando?

—Hombre, hasta que nos honra con su presencia —masculló Reyes.

—De temas que van saliendo de forma orgánica en una reunión informal. Por ejemplo, tu amigo me ha preguntado si me dedico al tráfico de personas —comentó con naturalidad—. Le he resuelto la duda, así que puede ir poniéndote al corriente en tu camino a la puerta.

»Ya sabéis lo que quiero. Un papel firmado y os lo cuento todo. Juan —llamó a un cuarto y misterioso implicado del que no habían tenido constancia hasta ese momento—, llévalos a la salida. Tomás os acompañará de vuelta al recinto en el mismo vehículo que os ha traído.

—Pensaba que tu amigo sería más obtuso —reconoció Jace, aliviado. Ya estaba marcando el número de emergencia que Wray le había dejado para proponerle que preparara el papeleo—. Creo que no nos costará conseguirle el indulto que quiere. El narcotráfico mexicano no le interesa un ápice al FBI, y a la CIA es probable que menos todavía.

—En eso te equivocas —replicó Reyes en tono ominoso—. Para empezar, a la CIA le interesa todo. Y Michael no es imbécil. Estará metiendo toneladas de droga en Estados Unidos a través de Texas y Florida y peleándose con todos los narcos americanos que le hacen la competencia, y no precisamente a primera sangre. No va a ser tan fácil darle lo que pide, porque todo lo que gira en torno a él es un asunto de seguridad nacional... e incluso si a tu jefe y al mío no les importara una mierda, a las autoridades mexicanas sí, y dudo que Michael vaya a conformarse con el placebo de un acuerdo firmado en Washington. Lo conozco lo suficiente para saber que seguirá exigiendo hasta estar blindado.

—Y es comprensible —replicó Jace—. Ya lo has oído. Los proxenetas de Acapulco y la red de trata no son moco de pavo, Reyes. Si alguna de las dos facciones se alzara contra El Diablo por chivato, sería hombre muerto.

—¿Y porque le firmemos un papelito va a estar a salvo? —bufó Reyes—. Eso no se lo cree nadie, empezando por él.

—¿Por qué lo pide, entonces?

—Porque tiene un plan —determinó con seguridad—. Siempre tiene un plan... Y porque le

gusta molestar.

—¿No vas a ser benevolente con él ni siquiera ahora que sabes que no es un proxeneta?

—Su sucia opinión neoliberal sobre la prostitución es proxenetismo de por sí. —Hizo una pausa en la que apretó la mandíbula—. Pero por lo menos no va a ser necesario matarlo. Por ahora.

Los dos agentes se sobresaltaron a la vez al oír el sonido de un disparo a través de los auriculares. Jace, que ya se había quitado uno de los cascos, escuchó también el retumbar del gatillo proveniente de la finca. Al estruendo le siguió un grito aterrado y un nombre de pila, y después no pudieron escuchar nada con nitidez, señal de que alguno de los micrófonos o bien ambos se habían desprendido de la ropa de sus ayudantes.

Jace se giró hacia Reyes con el rostro tenso, pero ella ya había apartado el ordenador de su regazo y había pisado el acelerador para bajar la colina con tan solo la iluminación de los faros delanteros. El coche descendió a trompicones y estuvo a punto de derrapar cuando Reyes cogió una curva cerrada para incorporarse al burdo sendero de tierra que bordeaba la propiedad.

Dio un frenazo violento. Fue la primera en salir del coche y escalar la verja con una agilidad asombrosa. Ya de pie al otro lado, hiperventilando y con gesto sombrío, le abrió a Jace, pero no lo esperó para echar a correr hacia las profundidades de la finca.

De allí llegaban aún los gritos, esta vez de distintas voces exigentes.

Trotando y con el corazón en un puño, Jace alcanzó a la agente y observó con espanto lo que había sucedido. Califa estaba arrodillado junto a un inconsciente y salpicado de sangre Rob Roy, y El Diablo apuntaba con un arma a la cabeza de un muchacho de no más de veinte años, que tiritaba de miedo o de dolor por la herida de bala reciente que le agujereaba el muslo.

Jace extrajo su propia arma del cinto y apuntó al narcotraficante por si acaso apretara el gatillo, pero este no le prestaba atención.

—¿Por qué hiciste eso, eh? —gritaba en castellano El Diablo, presionando el cañón de la pistola contra la sien de quien parecía su ayudante—. ¡Habla!

—¿Qué ha pasado? —atinó a preguntar Jace antes de reunirse con Califa y observar de cerca la lesión de Magnus. Se le cayó el alma a los pies al ver, a pesar de la escasa iluminación, que tenía una herida sangrante en un lateral de la frente, por donde la bala habría cruzado para incrustarse después en el hombro. Se inclinó sobre él y suspiró de alivio al comprobar que respiraba—. Todavía está vivo, gracias a Dios. Tenemos que llevarlo al hospital. Ahora.

Califa tragó saliva con el gesto contraído en una mueca de impotencia. Estaba pálido, sudoroso y en absoluto estado de shock, pero, aun así, fue quien tomó la iniciativa poniéndose de pie para cargar a su amigo. Lo hizo metiendo las manos por debajo de las axilas, agarrándolo así de los hombros.

Jace lo levantó por los pies para que permaneciera en horizontal.

Echó un vistazo inquieto a Reyes, que le había arrebatado el arma a El Diablo y ahora la utilizaba para ordenarle que tomara asiento en las escaleritas que conducían al porche. El chico, que Jace dedujo que sería el tal Juan que había mencionado durante la conversación, estaba ahora tendido en el suelo tratando de superar su aprensión para taponar la sangre de una herida aparatosa.

—Ha disparado a traición —le explicó Califa sin voz, manteniendo la mirada fija en Rob Roy mientras se movilizaban hacia el vehículo—. El chaval, no el narco. No parece que lo haya hecho siguiendo su orden, aunque ha sido El Diablo el que le ha dicho al chico que nos acompañe. Apenas habíamos puesto un pie fuera cuando ha apretado el gatillo, y luego ha intentado matarme a mí, pero he conseguido esquivar la bala. Después ha salido El Diablo... y no parecía

contento. Ha empezado a preguntarle para quién trabaja.

Sin detener la apresurada marcha hasta el coche, convencido de que su prioridad era poner a salvo al civil, Jace lanzó una mirada rápida a las figuras ahora borrosas de la agente y el criminal.

—Parece que a alguien no le interesa que El Diablo pacte con la policía —murmuró para sí mismo, vigilando el rostro pálido de Rob Roy—, ni que haya personas externas involucradas en el negocio de la trata. Habría que ver quién es el que ha infiltrado a uno de sus hombres en su círculo próximo.

Se calló en cuanto llegaron al vehículo. Abrió la puerta y ayudó a tender a Rob Roy en la parte trasera. Como buenamente pudieron, abrocharon uno de los cinturones para mantenerlo en el sitio. Un segundo después, Jace estaba saltando al asiento del piloto, notando su herida más abierta que nunca, y arrancando el coche para volar hacia el puerto. Con suerte, allí encontrarían una lancha disponible para llegar a la ciudad de Acapulco cuanto antes. Califa viajaría detrás y se aseguraría de que Rob Roy seguía respirando, como si fuera posible garantizarlo cuando la realidad era que necesitaría un milagro.

«Vamos, hombre», pensó Jace con el corazón en un puño. A través del retrovisor, lanzó una mirada suplicante a Rob Roy. «Tienes que salir adelante, Magnus».

»No le puedes hacer esto.

Capítulo 32

Deambular por el bosque mientras esperaba noticias de Hurricane fue una de las peores experiencias de su vida. La noche se le hizo eterna esquivando a los participantes que pretendían llevársela a su terreno.

Por primera vez desde que aterrizó en Fuego y Sangre, Maxine se percató de lo sórdido que era el trasfondo de la experiencia. Ni siquiera comprendió su atractivo. ¿Por qué demonios le interesaría a alguien perseguir a un desconocido, como si de un sátiro se tratara, para acostarse con él a la intemperie? Lo que antes le parecía interesante, ahora se le antojaba incómodo. Quizá porque ya había decidido lo que quería: una vida sencilla con un hombre concreto, y tanto esa vida como ese hombre estaban muy alejados de la hipersexualidad que el BDSM celebraba.

Para colmo, el mensaje críptico que le mandó Hurricane al cabo de las horas le hizo comprender que su angustia a lo largo de la velada de cruising había sido admonitoria. La ubicación que le envió la dirigió al Hospital General de Acapulco.

Sin darse cuenta, Maxine había ido interiorizando algunos rasgos del carácter de Hurricane, como su prudencia: y es que a fin de protegerse de una mala noticia, evitó preguntar qué había pasado y se convenció de que no merecía la pena adelantar los acontecimientos. Tarde o temprano lo descubriría.

Pero pensar que Hurricane pudiera haber salido perjudicado la aterraba.

Pidió un taxi que la dejara en la misma puerta del edificio, y justo cuando iba a escribirle preguntando a qué planta debía ir, localizó a Califa acodado en el mostrador.

Hablaba en voz baja con una de las recepcionistas.

—¿Ca...?

No terminó la palabra, asaltada de pronto por un estúpido miedo al ridículo. ¿Qué pensaría la trabajadora si la oía referirse al organizador con su apodo? ¿Y a quién diablos le importaba eso ahora? Era evidente que había ocurrido una tragedia.

En un primer momento, Califa miró con desinterés por encima del hombro; desinterés que se esfumó en cuanto reconoció a Maxine. No había podido cambiarse las prendas fetichistas por un atuendo más civilizado, pero él no pareció darse cuenta. Se disculpó con la chica y se retiró del mostrador para ir a hablar con ella con gesto sombrío.

—Ven conmigo —le indicó, haciendo señales hacia el ascensor—. Te estaba esperando.

—¿Dónde está Hurricane? —barbotó con un mal presentimiento.

—Se están encargando de su herida —respondió con prudencia impostada. Maxine no lo conocía personalmente, pero le dio la impresión de que estaba echando mano de todo su autocontrol para no perder los papeles—. Ahora que Fuego y Sangre ha acabado, no tiene sentido disimular que no le dispararon, y lucía un aspecto tan pésimo que en cuanto las enfermeras lo vieron entrar le ofrecieron una silla de ruedas. Ni siquiera tuvo que decir lo que le pasaba. No sé si lo intervendrán aquí o si es necesaria la cirugía siquiera, pero por lo menos le darán antibióticos, que falta le hacen.

—Dios... —suspiró, poniéndose una mano sobre el pecho—. Menos mal.

Enseguida se sintió injusta por celebrar que no fuera Hurricane el que estaba en la tercera planta, el número que Califa pulsó con el cuerpo en tensión. Debía de ser Reyes la que había salido perjudicada, o...

La sangre le bajó a los pies al ponderar la última víctima posible. Giró en redondo hacia Califa y separó los labios al tiempo que lo escudriñaba con el jesús en la boca, pero no logró

formular ninguna palabra. ¿Para qué, si estaba escrito en su rostro a quién habían ingresado? ¿Quién le importaría tanto a Califa como para presentar un aspecto demacrado, si no?

Incapaz de hablar, llorar o siquiera respirar, dejó que la guiara con lentitud hacia un lado del pasillo, como si así pudiera posponer la hora de la verdad. Allí, junto a uno de los bancos de espera, no llamarían la atención del grupo de enfermeras que chismorreaba y se reía a carcajadas junto a la puerta de un paciente dicharachero. El corro festivo, un tipo solitario recostado contra la pared y ellos eran los únicos que ocupaban el pasillo.

—Magnus está en el quirófano. —Oír su nombre pronunciado en tono ominoso le sentó como una puñalada en el pecho. Sintió que se quedaba sin aire—. La cosa se complicó, y... y se llevó la peor parte. Le dispararon una sola vez, pero la bala le dio en el lado izquierdo de la frente, le atravesó la cara y acabó alojada en el hombro. El cirujano me ha dicho que han podido retirar el proyectil sin incidencias —tragó saliva—, pero que ha entrado en coma durante la intervención.

—En coma —repitió con la sangre concentrada en los oídos.

No pudo oír su propia voz.

El pasillo empezó a dar vueltas a su alrededor.

—He hecho unas cuantas llamadas porque no es que este sea el mejor hospital del mundo —continuó en voz baja. Mantenía la compostura de manera encomiable. Por primera vez desde que lo conocía, Maxine lo admiró por su entereza—. Mi avión estará listo para llevárselo a California tan pronto como el cirujano lo vea lo bastante estable para realizar el trayecto, pero no creo que debiera haber problema si instalaran el equipo médico adecuado en la cabina. Podríamos estar allí al amanecer, pedir una segunda opinión o que lo intervinieran de nuevo, y, sobre todo, su familia y sus amistades estarían a su lado, que es lo que sé que le gustaría.

—Por supuesto, su familia —se oyó decir con la sensación de que las piernas ya no la sostenían; de que era la fuerza gravitatoria o un milagro lo que la tenía en pie. Conjuró el rostro aniñado de Tavish, al que había regañado con paciencia y visto reír tantas veces en clase, y se le cayó el alma a los pies—. Su hijo.

Califa asintió con la cabeza una sola vez, como si tuviera la certeza de que forzando cualquier otro tipo de reacción arrancaría a llorar.

—Ven —le ofreció un brazo con gentileza. Parecía que supiera mejor que ella que iba a desmoronarse en ese preciso instante—. Será mejor que te sientes.

Dejó que la condujera hacia uno de los bancos del pasillo. Al hacer el esfuerzo de doblar las rodillas y ver que le fallaban, Maxine notó que estaba temblando de pies a cabeza, y que era la violencia del shock lo que evitaba que rompiera en llanto.

No tenía a Califa por un hombre afectuoso. No lo habría imaginado tendiendo una mano amiga ni siquiera en esas circunstancias, pero debía de necesitar tanto apoyo como ella misma, porque le pasó un brazo por los hombros y la estrechó contra sí para infundirle esperanza. O solo para recordarle que no estaba sola en su desesperación.

—Antes de que empieces a torturarte —dijo Califa con voz nítida. Se tomó su tiempo para pronunciar cada palabra. Así, Maxine, que estaba demasiado aturdida para ser consciente de lo que sucedía a su alrededor, pudo ir asimilándolas mejor—, no es tu culpa ni es culpa de nadie. Magnus se ofreció con pleno convencimiento, a sabiendas de que se expondría a un gran peligro, y lo hizo porque la gravedad de los hechos le sacudió, porque la injusticia apeló a su sentido de la responsabilidad. Y le sacudió porque es una buena persona. Este tipo de tragedias le suceden todos los días a toda clase de gente; a la que lo merece y a la que no. Aún tenemos razones para ser optimistas, así que vamos a centrarnos en que podrían girar las tornas y no en señalarnos como responsables, porque si Magnus estuviera aquí ahora mismo, no nos perdonaría que nos

fustigáramos sin razón. —Ladeó la cabeza hacia Maxine. Hasta el momento había estado hablando con la vista clavada al frente. Esperó unos instantes antes de interpelarla con paciencia —. ¿Bien?

Maxine asintió en una primera instancia.

Sabía que lo que Califa decía tenía sentido. Hurricane se había torturado por lo que estuvo a punto de sucederle a ella en el avión de rehenes, cuando Maxine nunca pudo atribuirle esa culpa; no fue un sujeto pasivo, sino que intentó por sus propios medios convertirse en la heroína del festival de la Media Luna y la salvadora de Carey.

Ahora sucedía algo similar con Magnus. Lo lógico sería aceptar que su estado actual nunca había dejado de ser una posible consecuencia de su actuación. Fue consciente de que correría un riesgo, igual que Maxine casi siete meses atrás, y decidió correrlos.

Pero ella ni siquiera se había planteado que una bala pudiera rozar a Magnus, y no podía sino castigarse por no haber temido por él ni un solo segundo. Lo había hecho por Hurricane; ¿por qué no así por su amigo, que era el que se citaría cara a cara con el narcotraficante?, ¿que era el que no tenía formación de agente y estaba indefenso? ¿Por qué había pensado que era invulnerable y no se planteó protegerlo impidiéndole involucrarse?

Maxine no había apretado el gatillo, pero fue la que le contó con pelos y señales lo que estaba sucediendo. Debió imaginar que alguien como Magnus Vass no se quedaría de brazos cruzados.

Un puchero le arrugó la barbilla y los ojos se le anegaron en lágrimas.

—¿Pero también le tenía que pasar a Carey? —articuló con un nudo en la garganta. Buscó la mirada de Califa, al que el dolor de la injusticia le torció el gesto—. Porque está muerta, ¿verdad? Ha estado muerta todo este tiempo. Ella no habría dejado que la vapulearan. Habría preferido morir a ser víctima de la trata; a ser víctima de quien fuera, o a ser víctima a secas, yo lo sé. Está muerta, ¿y se supone que Magnus también? Si estas cosas le pasan a las buenas personas, ¿por qué a nosotros no nos ocurre nada malo? ¿Es que somos... basura?

—Apuesto lo que sea a que a ti la vida también te ha jodido, como me ha jodido a mí y nos ha jodido a todo el mundo —replicó en su rol de voz de la razón, pero se notaba que la réplica de Maxine le había afectado—. Quizá no a esta escala, pero eso no es nuestra culpa. Dios baraja las cartas y nosotros las jugamos, ¿entiendes? Y no sabemos ni si Magnus despertará ni si Carey está en algún rincón del mundo, así que por lo pronto, nadie ha muerto. De hecho, hemos localizado su móvil, ¿recuerdas? Ten esperanza.

—¿Cómo voy a tener...?

Un sollozo quebrado la interrumpió. Ni siquiera intentaría mostrarse recia y poderosa delante de Califa. ¿Para qué hacer ese esfuerzo, si él comprendía su sentir y el juicio ajeno era lo último que le importaba en ese momento?

Rompió a llorar desconsoladamente, pensando en cómo habían acabado las dos personas que le habían dado belleza a su vida, que le habían demostrado que era merecedora de amor, y que el cruel destino pretendía arrebatarle antes de tiempo... o le había arrebatado ya.

—¿Puedo...? ¿Puedo... verlo...?

—En cuanto salga del quirófano, supongo que será posible.

—Pero no somos familia directa...

—Su familia directa no está aquí, y no creo que le aíslen habiendo gente que le quiere en la sala de espera. Harán la excepción. Y si no, por dinero baila el perro.

Maxine movió la cabeza solo para que supiera que lo había escuchado, y continuó llorando en silencio en uno de los escasos lugares públicos del mundo donde las lágrimas no llamaban la atención.

Las enfermeras pasaron por delante de los dos con la prisa de quienes trabajaban a contrarreloj, sobre todo a esas horas de la madrugada. Doctores con sus batas y sus historiales médicos pegados al pecho, familiares de visita con la cara desencajada o con ramos de flores que irradiaban buen humor... Ninguno de ellos pareció reparar en Maxine. Incluso si Magnus perecía en la sala de operaciones, la vida seguiría para todos los allí presentes. Seguiría para Califa, para ella, para el paciente dicharachero de la habitación de enfrente, para el tipo que se entretenía mirando la pantalla de su móvil, y para los que estaban a millas de distancia y aún no tenían ni idea de la enormidad de lo que acababa de ocurrir.

Como Tavish.

Pero no había sido su culpa, se obligó a pensar Maxine. Tal parecía que el hecho de que Califa se lo hubiera advertido antes incluso de que ella pudiera formular el pensamiento hubiese logrado lo inimaginable; abortarlo antes de que la envenenara.

—¿Cómo has sabido que necesitaba oír eso? —le preguntó mientras se limpiaba la cara.

—Es lo que todos necesitamos que nos digan en momentos como este. —Se giró a mirarla con aquellos misteriosos ojos de tigre de bengala—. Se lo dije una vez a una persona a la que quiero con locura: nunca te responsabilices de nada que no hayas hecho voluntariamente y con conocimiento de causa. Es narcisista pensar que tienes el control sobre las vidas ajenas, eso solo para empezar, y también una estrategia de control que nunca te servirá para estar en paz. Creemos que si nos echamos la culpa y nos torturamos conseguiremos cambiar el resultado, o que nos sentiremos mejor, pero no es así.

El politono predeterminado de un móvil lo interrumpió. Resultó que era el suyo. Maxine no vio el nombre del llamante, pero se pudo figurar que era importante porque Califa no dudó en levantarse y contestar en voz baja y con la cabeza gacha.

—Sí, estoy bien... —le oyó decir, escueto, mientras se alejaba con una mano en el bolsillo—. Tranquilízate. Mañana estaré allí. No llores, *habibati*, no me ha pasado nada.

Maxine siguió limpiándose las lágrimas con la espalda erguida y la mirada apuntando al techo, donde los tubos fluorescentes emitían un zumbido que le taladró la cabeza.

Ya fuera porque los remordimientos por haberse marchado de la fiesta de la Luna Llena la habían acompañado hasta el día presente y no podía soportarlos más, o porque la breve disertación de Califa tenía mucho más sentido que ningún castigo que quisiera infligirse, Maxine claudicó. Se rindió ante la evidencia de que ella no era ni remotamente relevante o poderosa cuando la casualidad entraba en la conversación, y de que ni Magnus ni Carey la habrían culpado de nada jamás.

Eso no lo hacía menos doloroso, ni tampoco más tolerable, pero sospechaba que a la larga la ayudaría a ir aceptando poco a poco que había cosas que no estaba en su mano cambiar.

Ladeó la cabeza hacia el sonido de unos pasos que se precipitaban pasillo abajo. Un hombre con un pijama quirúrgico encabezaba la marcha del grupo de médicos que empujaba la camilla de Magnus. Maxine se puso en pie enseguida, luchando contra la debilidad articular y todo lo que la estaba haciendo temblar, y siguió el gesto que le hizo el cirujano al mando para internarse en la habitación que le correspondería al enfermo.

Maxine esperó junto a la ventana, apretando el puño contra el pecho, a que guiaran la camilla hacia el interior. Durante el movimiento frenético de los especialistas, que conectaron sondas y trabajaron en completo silencio con una eficiencia encomiable, atinó a ver que Magnus llevaba parte de la cara y la cabeza vendada. Pero esa ojeada no la preparó para lo que enfrentó cuando los médicos se retiraron y pudo atestiguar aquello que jamás pensó que vería: a un Magnus Vass vulnerable.

Ni siquiera los tatuajes que le salpicaban los fuertes brazos le hacían ver fiero o macarra esta vez. Era una criatura que parecía haberse cansado de vivir, que se había desinflado.

—Lo normal es que después de una operación tengamos al paciente en reanimación, pero en vista del... resultado, no vi por qué no traerlo a su habitación para que sus seres queridos le hagan compañía —explicó el cirujano en castellano. Un nuevo acceso de lágrimas estremeció a Maxine, que comprendió lo que quería decir: tal vez le quedaran pocas horas—. Su otro familiar nos preguntó si estaba en condiciones de realizar un traslado. Se encuentra muy débil, pero dudo que eso vaya a cambiar en los próximos días, y si viaja con médicos y el equipo adecuado, podría ser incluso una buena opción. Se supone que lo llevarían al Centro Médico UCSF, ¿no? Es uno de los mejores hospitales de Estados Unidos. Quizá puedan darles un diagnóstico más esperanzador.

Maxine se tragó la angustia y el desespero para formular dificultosamente:

—Gracias.

El cirujano le ofreció una sonrisa compasiva.

—Siento lo de su marido —dijo antes de marcharse, dejándola a solas con Magnus.

A Maxine no le dio tiempo a corregirlo, pero tampoco habría podido hablar porque aquella expresión terminó de destrozarla.

No, no era su marido. Ni siquiera su pareja. Pero podría haberlo sido. Lo hablaron hacía un puñado de días que, sin embargo, ahora se veían tan lejos como un recuerdo de la infancia. Y, aun así, podría reproducir la charla al pie de la letra. Era un frente que, mientras estuvo abierto, le dio esperanza. Un frente que avivó su imaginación y que la ayudó a verse una década más tarde cogida de la mano de un hombre maravilloso.

Podría haberlo sido todo para ella porque, en el fondo, ya casi lo significaba todo. La amistad, la complicidad, el afecto, el respeto mutuo, la confianza...

Se acercó a él y lo cogió de la mano. Lanzó una mirada vidriosa a la pantalla que monitoreaba el latido de su corazón, todavía vital. ¿Por cuánto tiempo? ¿Para siempre? ¿Hasta que los encargados de tomar la decisión lo desconectaran, cansados de esperar que abriera los ojos, de mantener la esperanza?

¿Cómo le iban a dar la noticia a Tavish?

¿Y a su exmujer?

¿Le importaría?

Se inclinó sobre el lado sano de la cabeza de Magnus y lo besó en la mejilla. No se retiró enseguida, y aprovechó que su oído le quedaba cerca para hablarle con un nudo en la garganta.

—Vuelve con nosotros —susurró, apretándole la mano—. Me da igual si esta misma mañana te preguntaste si morirías feliz y te reafirmaste una vez más porque ya estás satisfecho y te sientes agradecido. Siempre puedes tener mucho más. Mereces mucho más.

Los ojos se le anegaron en nuevas lágrimas recordando algunas de sus frases estrella. No había pasado mucho tiempo desde que Maxine se burló de él en Vesper’s por haber mencionado que no quería morir a los cuarenta y dos años. «No eres tan joven», le había dicho. «No sería una gran pérdida». Él le había dedicado una de sus legendarias caídas de ojos para replicar con una infinita sabiduría de la que entonces Maxine no fue consciente: «Cariño, me echarías tanto de menos que no podrías soportarlo».

Y tenía razón. Todavía estaba a su lado y, aun así, sentía que la monstruosidad de su ausencia la mataría.

Guiada por una corazonada, levantó la cabeza, segura de que ya no estaba sola. Hurricane la observaba de pie bajo el umbral. Un copioso vendaje le abultaba la camiseta a la altura del hombro y el pecho. La estaba mirando con gesto indescifrable, pero los ojos volvían a delatarle.

Lo sucedido le había afectado.

Maxine ya sabía que Hurricane no había sufrido el menor rasguño. Aun y con todo, verlo le supuso toda una conmoción. El alivio inundó su cuerpo, y por un instante solo pudo pensar en que él aún estaba allí, entero, en que la vida todavía no se lo había llevado a él como sí le habían arrebatado a Carey y a Magnus.

Rodeó la camilla y, en señal de respeto al enfermo, no buscó cobijo entre sus brazos hasta que estuvieron en el pasillo. En cuanto Hurricane la estrechó contra su pecho, ignorando el dolor de la herida recién manipulada, Maxine rompió a llorar de nuevo.

—Eres la persona que más veces me ha consolado, ¿sabes? —logró articular entre sollozos.

Él le cubrió la cabeza con una mano protectora.

—Todavía no he dicho nada.

—No tienes que hacerlo. Lo dices todo simplemente estando ahí. Siempre estás ahí.

Hurricane la apretó más, como si quisiera meterla dentro de él y actuar como su torre vigía; protegerla con sus ojos y con sus manos mientras ella permanecía a salvo de todo en ese lugar inexpugnable que era su corazón.

—Maxine —suspiró con la garganta atorada—, lo siento tanto. Yo no debería haber...

—No —lo interrumpió, separándose lo justo para advertirlo con una mirada dolida—. Si no es mi culpa y no es culpa de Califa, tampoco va a ser culpa tuya, ¿de acuerdo?

Él esbozó una sonrisa desvalida.

—¿Y a quién se la echamos?

—¿Qué tal si no se la echamos a nadie? —propuso, aunque sin creérselo del todo—. ¿Sabes qué me dijo Carey una vez? «Déjate de sentimientos cristianos, que seguro que la última vez que pisaste una iglesia fue el día de tu bautizo» —parafraseó—. ¿Y hay algo más cristiano que la culpa?

Hurricane soltó una carcajada incrédula.

—Pues no le faltaba razón —reconoció a desgana. Le limpió una lágrima con el pulgar y le sostuvo la mirada con severidad—. Sobre eso... Hace un par de horas mandaron un operativo de urgencia a Ibiza. Los agentes ya están sobrevolando el Atlántico. Por culpa del huso horario, no llegarán hasta mañana a la ubicación que Reyes consiguió. Gracias a ti y a que nunca tiras la toalla —apostilló con orgullo.

—Ya, gracias a mí... —repitió con desprecio hacia sí misma. Pero bloqueó los pensamientos intrusivos que le decían que también gracias a ella Carey podría haber regresado sana y salva a su hotel. Se concentró en el rostro que tan familiar era ya para ella—. Hablando de Reyes... ¿Dónde está? ¿Se encuentra bien?

Maxine se distrajo al oír unos pasos en el pasillo. Creyó que Califa ya habría vuelto, pero se trataba del tipo que había estado apoyado en la pared mientras consultaba su teléfono con desgana.

—En perfecto estado —aclaró Hurricane, para su inmenso alivio—. Acabamos de hablar por teléfono. Ha estado interrogando a El Diablo para que le dé la información que Califa y Rob Roy fueron buscando y que nos prometió a cambio de inmunidad. Nos ha dado tres nombres, lo que es mejor que nada, y...

Maxine dejó de escuchar. No sabía muy bien por qué, pero no había terminado de prestarle atención por culpa del sujeto que desde un principio le había parecido sospechoso. Quizá porque se notaba que estaba esperando a alguien, y Magnus era el único paciente nuevo en la planta por lo demás desierta. Confirmó de un rápido vistazo que había desaparecido del corredor, y, guiada por una extraña corazonada, rehízo sus pasos hacia la habitación de Magnus.

El corazón se le encogió al ver que no podía abrirla. Alguien la había bloqueado desde dentro. Se giró en busca de Hurricane con el pulso acelerado; no tuvo que decir nada. Él comprendió enseguida qué pasaba en cuanto vio a Maxine tratando de empujarla, y actuó con rapidez embistiéndola con el hombro sano.

—¡Te vas a hacer daño! —sollozó ella—. ¿Dónde está Califa? Entre todos podríamos... podemos... ¿Quién ha entrado? —Se dirigió a la habitación aporreando la puerta con el puño cerrado—. ¡¿Quién eres?! —gritó a pleno pulmón—. ¡¿Qué quieres...?!

Ningún médico o enfermera acudió alertado por los aullidos de Maxine, que procuraba hacer todo el ruido posible mientras Hurricane trataba de romper la puerta. No se paró a pensar en lo que la indiferencia generalizada pudiera significar: tenía la sensación de que el tipo quería deshacerse de Magnus, y le costaba hasta respirar. Quien sí reaccionó a sus pedidos de auxilio fue Califa, que apareció al trote pasillo abajo y, sin pedir explicaciones, arremetió contra la madera de forma exitosa. La puerta se rajó de arriba abajo, llevándose por delante la silla que habían colocado para bloquear el picaporte.

Maxine se llevó las manos a la boca al ver que el desconocido estaba manipulando el gotero de morfina. No supo quién actuó más deprisa, si Califa o Hurricane: en un abrir y cerrar de ojos, el primero había agarrado al malhechor rodeándole el cuello por detrás con un brazo que parecía un garrote, y el segundo había sacado una Glock de Dios sabía dónde para apuntarle a la cabeza y hacer la pregunta obvia en tono frío.

—¿Para quién trabajas?

Ella se apresuró a cumplir su parte corriendo a cerciorarse de que no le había dado tiempo a desconectar ninguna vía. Según el monitor, el corazón de Magnus aún latía, pero, por si acaso, fundió el botón de emergencias. Lo agarró de la mano para hacerle saber, si es que podía saberlo, que ya estaba de nuevo a su lado y nada malo sucedería, y lanzó una mirada hostil al desconocido, que empezaba a ponerse morado.

—Si te vuelo la cabeza, lo peor que me puede pasar es que no me den una medalla —le decía Jace en un castellano perfecto. Aunque la situación era límite, a Maxine le asombró su fluidez—. Tengo licencia para matar, como quien dice. No me meteré en ningún problema. Así que ten por seguro que esto —presionó el cañón contra su frente— no es un farol.

El tipo boqueó. Hurricane le hizo un gesto impaciente a Califa para que aflojara el agarre por si tenía la menor intención de hablar, pero solo cogió una bocanada de aire y los desafió con aire desdeñoso.

—Que te jodan —escupió con acento mexicano—. No me da miedo ni tu pistola, ni tu rango.

—Supongo que te da más miedo tu jefe —dedujo Hurricane—, y eso que siendo nuevo no debe de pagarte ni el plus de antigüedad, ni te tendrá en su cartera de favoritos. Ni siquiera has esperado a que abandonáramos el hospital para intentar matarlo —continuó ante la mirada confusa del asesino, que claramente se había preguntado cómo lo había averiguado—. Ya sé que te corre mucha prisa porque sabe algo que os pondrá en un aprieto cuando despierte. Pero eso de no tomar precauciones... —Chasqueó la lengua—. ¿Cuánto llevas metido en la trata? ¿Quién te reclutó?

—No sé si me apetece que este hijo de puta nos cuente su vida —admitió Califa—. ¿Por qué no vamos al grano?

A Maxine le sudaban tanto las manos que tuvo que soltar a Magnus un momento. Se las miró sin prestar mucha atención, e iba a secarse las palmas en los muslos cuando se percató con retardo de que las tenía manchadas.

Volvió a fijarse en sus dedos, donde había un rastro de tinta negra. Tardó unos segundos en

coger a Magnus de la muñeca y separarle los dedos para confirmar que el colorante provenía de él. Con la letra que ella conocía de haber husmeado entre sus libros de cuentas, Magnus había anotado en la palma de su mano un par de ristras numéricas con una letra. No le extrañó el detalle porque cuando no tenía un papel cerca y le corría prisa apuntar datos importantes, cogía un bolígrafo y se garabateaba la mano. Pero no entendió qué era hasta que se le encendió la bombilla.

—Ha anotado un par de matrículas —murmuró para sí. Buscó a Califa con la mirada, que era quien no le daba la espalda—. ¡Tiene matrículas de coches escritas en la mano! No sé qué significa, ni si puede ser importante, pero... pero... debe de serlo, ¿no? Y también debe de estar relacionado con la cita con El Diablo.

Hurricane la miró por encima del hombro un instante antes de exigirle la respuesta a Califa. Este se obligó a hacer memoria sin soltar el cuello del tipo, quien, sin querer, reveló la importancia de las matrículas torciendo el gesto con preocupación.

—Sí que lo vi escribirse algo en la palma —admitió Califa, vacilante—, pero no le di importancia porque el cabrón siempre lleva las manos sucias de tinta.

—¿De qué pueden ser las matrículas? —le interrogó Hurricane—. ¿De los vehículos aparcados en la mansión?

—Seguramente. Podrían ser útiles —meditó el organizador, de pronto animado—. Se supone que el que le disparó, el tal Juan, o no sé si era Tomás, tenía el coche por allí. Uno era ayudante de El Diablo, y el otro fue nuestro chófer para la ida.

—Si los dos están metidos en el ajo, y tanto si han logrado escapar como si no, nos vendrá bien localizar sus vehículos y sacar información de los propietarios de ahí. Incluso tratar de seguir sus rutas —meditó Hurricane.

Maxine no había dejado de mirar al asesino para cerciorarse de que no hacía ningún movimiento brusco. Había empalidecido con la mención de las matrículas, señal más que suficiente para que ella decidiera pasar los números de la mano de Magnus a la aplicación de notas de su móvil. Le costó descifrar uno de los caracteres porque estaban ligeramente emborronados, y por si acaso se equivocaba de número, anotó las posibles alternativas correctas.

Envalentonada por los últimos acontecimientos, casi ni se dio cuenta de que un par de enfermeras aparecían acompañadas del médico de guardia. Una de ellas lanzó un grito ahogado al presenciar la escena; la otra se puso blanca como el papel. El único que guardó la calma fue el doctor, que, con el ceño fruncido, quiso saber qué pasaba.

—¿Que qué pasa? Que la seguridad de este hospital deja mucho que desear —espetó Califa con dureza—. Voy a realizar un traslado urgente a California esta misma noche, donde apuesto por que el paciente será vigilado en condiciones. Así que ya que han venido, pueden ir disponiendo lo necesario para que no sufra percances durante el vuelo. Y mientras se prepara todo para el viaje, quiero a dos seguratas custodiando la puerta sin descanso.

—No puede pedir eso —empezó el médico, visiblemente indignado por el trato de Califa.

—¿No? —El organizador enarcó una ceja—. ¿Y puedo pedir la hoja de reclamaciones? ¿Puedo pedir reunirme con el director? ¿Puedo pedirles que se busquen al mejor abogado de México para que la demanda que les voy a poner no les cierre el centro a perpetuidad? ¿Qué prefiere que le pida, eh? En sus manos queda.

El doctor palideció, luego se puso rojo de vergüenza y acabó agachando la cabeza, resignado. Mientras, las enfermeras, oliéndose lo que había ocurrido, se apresuraron a comprobar que nadie había trastocado el monitor o manipulado los goteros.

Maxine pudo respirar aliviada cuando una de ellas le confirmó con una sonrisa temblorosa

que todo estaba en orden. Incluso se permitió reírse, histérica, por la demostración de poder de Califa. Miró al inconsciente Magnus y le apretó la mano.

—¿Has visto cómo se pone todo el mundo para defenderte? —le preguntó en voz baja—. Vayas a donde vayas, California o México, y estés despierto o dormido, siempre tienes que ser la estrella de la función...

—Ayúdame a sacarlo de aquí —oyó que decía Hurricane. Califa ya había soltado al asesino; era ahora tarea del agente empujarlo con el cañón de la pistola por la nuca para que avanzara a trompicones y con las manos en alto—. Si intenta escaparse en lo que viene la policía, me vendrá bien tener a un tipo grande para placarlo... —Luego, como si hubiera sentido la mirada de Maxine sobre él, cambió el tono por uno más agradable e inquirió—: ¿Vas a quedarte aquí?

—Alguien tiene que quedarse por si acaso, y quiero ser yo —contestó, todavía inclinada sobre Magnus en una postura sobreprotectora.

—Es lo mejor —la apoyó Califa—. No creo que intenten matarlo otra vez; estarían tensando demasiado la cuerda. Y alguien tendrá que irse con Magnus a California, ¿no? ¿Quién mejor que Maxine, que no pinta nada exponiéndose a situaciones como esta?

Aunque podría haberse ofendido por el desdén implícito en la última pregunta, se quedó perpleja.

—¿Sabes mi nombre?

—Tengo acceso a tus datos personales, cielo —respondió Califa con un cansancio que se le notaba en los hombros hundidos. Habían ocurrido tantas cosas en el transcurso de la noche que no le extrañó que una pregunta tan estúpida le sacara de quicio—. Llevo sabiendo tu nombre desde que me firmaste el primer contrato.

—Os marcharéis los dos a California —determinó Hurricane, que se notaba que estaba esperando a que llegara seguridad para movilizarse. Maxine lo leía en su semblante tenso: no iba a dejarla desprotegida, así fuera improbable que siguieran amenazando la vida de Magnus—, que es donde deberíais haberos quedado, para empezar. Reyes y yo trataremos de colaborar con El Diablo e investigaremos las matrículas. Y, con suerte, cuando todo esto pase —añadió, hundiendo el cañón de la pistola en el cuello del malhechor hasta que este gimoteó. Miró a Maxine—, no tendremos que volver a hablar de ello jamás.

Capítulo 33

Jace se despidió de Maxine con la inquietante sensación de que no volvería a verla. Curiosa sensación cuando en sus ojos castaños brillaba la esperanza de que al final todo saliera a pedir de boca: de que la operación tuviera éxito, de que Magnus despertara y de que ambos volvieran a coincidir una vez acabara la pesadilla.

Él también se aferraba a la remota posibilidad de obtener su libertad. Una necedad por su parte. Era improbable que el FBI le rescindiera un contrato en el que prometió trabajar para ellos durante un par de años más; ese contrato que no habría renovado dieciocho meses atrás si Ayane no hubiera desaparecido. Por aquel entonces ya estaba decidido a cambiar de trabajo y probar un estilo de vida contemplativo. Pero ¿cómo iba a abandonar el cuerpo cuando solo permaneciendo allí podría conocer de primera mano las noticias sobre su exmujer, e incluso participar en su búsqueda?

Tanto su vida personal como laboral, e incluso su forma de pensar, habían dado un giro de ciento ochenta grados en esos dieciocho meses. Solo un deseo se había mantenido intacto: el de volar lejos de Washington y enterrar por fin al Jace que disparaba en el nombre de otros.

Eso era lo único en lo que podía pensar en el aeropuerto de donde despegaría el avión privado de Califa. En eso, en que se acercaba la hora de reunirse con Wray, y en que más le valía operar con precaución para volver con Maxine lo más pronto posible.

—Te escribiré en cuanto aterricemos —le prometió ella a los pies de la escalera, gritando para hacerse oír. El piloto ya había puesto en marcha el motor en una clara indirecta: debía darse prisa —. Y... —Lanzó una mirada a su espalda. Califa, Magnus y el equipo médico que el hospital había cedido para evitar una demanda llevaban un rato en sus puestos— y también si hay novedades.

—Te lo agradecería muchísimo —reconoció Jace, procurando disimular su turbación.

Si se atribuía la responsabilidad de otra desgracia más, terminaría perdiendo la cabeza, y no podía permitirse distracciones que afectaran a su seguridad en sí mismo. La operación le requería entero y determinado para garantizar su éxito. Así pues, había decidido aferrarse a lo que Maxine le dijo en el hospital para seguir adelante, aunque hubiera pasado toda la noche sintiendo punzadas de culpabilidad cada vez que pensaba en el estado del amo.

Maxine, en su línea de empecinarse en lo imposible y mantener la ilusión de que un giro drástico le diera su deseado final feliz, se había repuesto de la conmoción inicial y se había aferrado a la exigua posibilidad de que su buen amigo se recuperaría. Jace, que era mucho más objetivo y comprendía la complejidad del diagnóstico, tenía la cabeza en otras consideraciones. Se preguntaba con un egoísmo miserable si la situación de Magnus no alejaría a Maxine de él. Llegó incluso a plantearse, avergonzado, que ahora que el amo apelaba a la confesión de la joven se había convertido en un competidor de temer.

Maxine era la persona más leal que hubiera conocido jamás. No le sorprendería un ápice que decidiera dejarlo todo, que incluso llegara a renunciar a su propia vida, para cuidar de Magnus. Y tampoco podría juzgarlo. Él mismo dejó atrás sus deseos una vez y renunció a Maxine antes de tiempo porque sentía que se lo debía todo a Ayane.

Por lo pronto, Jace sabía que no había dejado de quererlo, porque le acarició la mejilla y el mentón con aquella expresión hipnotizada que conseguía hipnotizarlo también a él, y le dijo al oído:

—Te quiero, ¿lo sabes?

Se arrojó a sus brazos y lo estrechó contra su cuerpo, como si no quisiera que le viera la cara cuando se abría en canal. Jace cerró los ojos aprovechando que ella tampoco podría captar su semblante, y se regocijó en su despedida con el corazón en un puño.

—Algo deduje del mensaje que me mandaste en el festival de la Media Luna —confesó en su oído, acariciándole los rizos recogidos en una coleta.

Maxine se separó para mirarlo a caballo entre el asombro y la indignación.

—¿Lo leíste? ¿Y no me dijiste nada?

—No era el momento adecuado, ¿no te parece? —Enarcó una ceja—. Me pillaste movilizando a todas las unidades de Washington para rodear el perímetro del recinto.

—Tú siempre tienes una excusa épica para no darme lo que quiero —se quejó, resentida.

—Y tú eres la única mujer de este mundo a la que se le ocurriría escribir toda una declaración de amor cuando se está jugando la vida en una operación contra el tráfico humano —señaló, exasperado. Su expresión se rindió a la ternura al fijarse en sus mejillas ruborizadas, que pellizcó con una media sonrisa—. Pero por eso mismo eres la única mujer a la que quiero.

Ella le devolvió el gesto con la barbilla temblorosa, dándose por aplacada, y se puso de puntillas para robarle un beso de despedida.

Minutos después, y ya con los pies sobre la Tierra, Jace pudo observar que retiraban las escaleras y el avión tomaba el rumbo de la pista de despegue.

Quizá fuera porque ya la perdió una vez en un aeropuerto y los recuerdos estaban demasiado presentes, porque otro avión fue el principio del fin —o así lo sintió en una primera instancia—, pero le embargó una desazón tal al verla partir que estuvo tentado de marcharse con ella. De volver a casa aunque fuera a pie.

Como no era posible porque el deber llamaba, sacó del bolsillo trasero del vaquero uno de los móviles que el FBI le había proporcionado. No fue necesario cambiar la tarjeta SIM del que utilizó en Koh Phangan para la segunda misión en Acapulco, solo reactivarla; esto le permitió recuperar los escasos datos que perdió al dar de baja el número y devolver el *smartphone*.

Entre ellos, las conversaciones mantenidas en aplicaciones de mensajería instantánea.

Jace pulsó el chat antiguo de Maxine.

Los informáticos del cuerpo recomendaban encarecidamente borrar cualquier contacto personal de sus dispositivos, ya fuera con civiles o con sospechosos, pero él no solo no borró sus mensajes, sino que le pidió como favor personal a uno de los cerebritos del FBI que hiciera lo que fuera necesario para pasar ese mensaje a su móvil real.

No lo perdió de vista ni veinticuatro horas. De hecho, aún se acordaba de lo miserable que se sintió por hacerle el encargo al informático de turno mientras Ayane era cuestionada por primera vez en la sala de interrogatorios.

> Cuando te digo que te quiero, en definitiva, no significa que quiera ser tu novia, ni que esté enamorada de ti, ni que daría mi vida por ti, ni que esté loca por tus huesos. Vamos, no significa tantas cosas, como puedes ver. Parece que no significa un carajo, pero sí significa algo para mí. Solo espero que para ti también signifique algo, o que solo te haga un poco de cosquillas en el estómago. Las cosquillas siempre son buena señal. Bueno, a veces significan que tienes hambre. Pero en mi caso solo significan que te quiero.

Jace sonrió, mortificado por aquella sinceridad torpe y descarnada que la caracterizaba, y se pasó una mano por el pelo con los nervios de un adolescente, como cada vez que lo leía. La primera vez que lo hizo no lo valoró como debía: le bajó toda la sangre a los pies y solo pudo mascullar en voz baja un justo «no me jodas», porque no podía ser verdad que le estuviera jodiendo así, no podía ser verdad que le estuviera haciendo eso, ponerle el caramelo delante

cuando ya le había dado a entender por activa y por pasiva que ese amor no podía florecer. Pero lo hizo. Lo hizo como florecían las margaritas en las aceras de las grandes ciudades, rompiendo el asfalto con la fuerza que solo tenía la madre naturaleza; porque solo lo que era genuino y puro podía germinar aun teniéndolo todo en contra. Esto Jace lo entendía y aceptaba ahora. Por eso solo ahora podía leer el mensaje y permitir que la calidez de Maxine lo colmara por dentro. Por eso pudo aprovechar que ella no estaba delante —es decir, que no tenía que contener sus sentimientos para no asustarla— para escribirle antes de vérselas de nuevo con el deber.

Por si acaso al final tus cosquillas significan que solo tienes hambre, procuraré llevarte a cenar cuando vuelva. Ve eligiendo un sitio que te guste.

Había pasado un día entero desde la marcha de Maxine, y desde entonces había estado recibiendo mensajes que aclaraban que todo seguía en orden.

Aunque Jace ansiaba iniciar una conversación sustanciosa, impulso que le dejaba asombrado porque nunca le habían gustado las aplicaciones de mensajería móvil, se limitaba a contestar con pulgares arriba. Si le daba la oportunidad de hacer preguntas, Maxine acabaría exigiendo conocer las particularidades de la intervención, y no le gustaría saber que Jace se estaba preparando con un chaleco antibalas a pesar de que le habían ordenado reposo absoluto.

Desde la tarde anterior, y como resultado del cierre de Fuego y Sangre, Reyes y él habían tenido que trasladar su operativo a un motel de carretera. Escogieron un alojamiento cercano al aparcamiento privado del coche que habían rastreado, y pasaron las veinticuatro horas siguientes encerrados en una de las habitaciones para planificar la estrategia.

La ayuda de Magnus les había dado una pista necesaria, pero las aportaciones de El Diablo habían sido decisivas. Por eso habían traído al mexicano consigo. No ya para vigilarlo, sino porque su desempeño en la intervención de aquel día tendría tanto peso como el de cualquiera de los agentes.

De las tres matrículas proporcionadas por Magnus, dos estaban a nombre de Michael Cruz, lo que significaba que no eran los vehículos que usaban sus traidores para trasladar a las víctimas. «Habría sido demasiado arriesgado», había dicho él mismo, «y si no me creéis, mirad los últimos recorridos de mis carros y lo veréis. Nadie toca mis cosas sin que yo me entere».

Por supuesto, Reyes se preocupó de confirmar que no mentía echando mano de sus programas de rastreo.

Una vez se pudieron centrar en el único coche sospechoso, fue el mexicano quien les indicó en un mapa, a raíz del historial de las rutas que el vehículo había seguido, qué podrían encontrar en algunos de los enclaves para descartarlos como escondrijos. Uno de los destinos era un punto de almacenaje donde amontonaban las drogas en cuanto llegaban, otro era la vivienda del propietario del coche... Así habían ido tachando posibilidades hasta dar con los dos únicos sitios que El Diablo no sabía para qué visitaban.

Después de husmear en los alrededores con las protecciones adecuadas, Reyes llegó a la conclusión de que allí hallarían el agujero donde arrojaban a las víctimas. Con un poco de suerte, esa misma noche podrían confirmarlo o desmentirlo.

Sentado apaciblemente en el borde de un colchón de muelles, Michael Cruz los observaba con regocijo mientras terminaban sus preparativos.

—¿Sabes? —empezó con voz lánguida. No había dejado de seguir a Reyes con la mirada—. Os habríais ahorrado bastantes molestias si Zhuri hubiera recurrido a mí directamente.

—Porque todo el mundo sabe que nos podemos fiar de la palabra de un narco, sobre todo

cuando todavía no estaba sobre la mesa el acuerdo de inmunidad que necesita —replicó Reyes entre bufidos, terminando de ajustarse el vestido de noche.

Lo había comprado en un bazar para lucir algo indecente que beneficiara a su personaje, justo después de decidir que lo menos arriesgado sería utilizarla como cebo.

—El que incluye la inmunidad policial no es el único acuerdo que habría aceptado —dejó caer Michael. Se levantó y fue hacia ella con el sigilo de un gran felino para ayudarla a abrocharse los botones traseros. Reyes se irguió con gesto desdeñoso, como si quisiera aclarar que el contacto de su viejo amigo le asqueaba. Pero permitió que le acariciara los brazos que los finos tirantes de la prenda ajustada dejaban al aire. Se inclinó sobre su oído y le retiró los mechones rubios con los dedos para añadir—: A ti te haría cualquier favor, y por muy bajo precio.

—Si pides algo a cambio, no es un favor —atajó Reyes, poniendo distancia entre los dos.

Michael suspiró con dramatismo.

—Una vez más, cosas terribles suceden porque una mujer es demasiado orgullosa.

—Peores cosas ocurren cuando a un hombre le dan en ese orgullo que dices.

Reyes dio por zanjada la conversación haciéndole un gesto con la cabeza a Jace.

Había llegado la hora.

Los agentes hicieron el trayecto hasta la dirección con el cuerpo en tensión. Un operativo había llegado de urgencia desde Washington para rodear la casa y actuar si la situación se pusiera fea, pero no perdían de vista que primero entrarían solos con El Diablo, y que este podía haberles tendido una trampa.

Las agencias estadounidenses le habían dado lo que él quería a regañadientes. Hicieron llegar el papeleo mediante fax a las pocas horas de conocer el estado de la misión, y Michael Cruz puso su firma por escrito, adhiriéndose a todas y cada una de las obligaciones contractuales: les proporcionaría detalles sobre la red no ya hasta que la misión se diera por concluida, sino a perpetuidad, de manera que quedaría vinculado para siempre y en calidad de informante tanto a la CIA como al CISEN. A cambio, no sería encarcelado ni juzgado por sus flirteos con la droga en México.

Pero solo en México, había estipulado el abogado del FBI. Si se atrevía a llevar sus chanchullos a los Estados Unidos o se descubría que ya había estado vendiendo sustancias psicotrópicas en territorio norteamericano, sería invariablemente condenado.

Eso le daba motivos para portarse bien, como él mismo había dicho, pero Jace quería ser prudente y no subestimarlo. Dios sabía que Reyes también lo vigilaba de soslayo, como si no fuera a sorprenderle que se abalanzara sobre ella empuñando una pistola.

En eso no coincidía con la agente, aun así. Jace estaba tan convencido de que Michael Cruz no solo se dedicaba al narcotráfico, sino que disfrutaba de su dudoso trabajo, como de que no le tocaría un pelo a Zhuri Reyes. De hecho, Jace tenía la estúpida —y probablemente engañosa— impresión de que El Diablo estaba colaborando por darle el gusto a ella, y no tanto por una inmunidad que en el fondo no había necesitado nunca.

—Es un tanto arriesgado que no lleves chaleco —murmuró Jace en cuanto aparcaron entre la vegetación de una arboleda cercana al almacén abandonado. Un punto rojo titilaba en el mapa desplegado en la pantalla del ordenador.

Localizó el coche, el destartalado Renault blanco, apostado ante la fachada. Jace soltó todo el aire con un suspiro de alivio. Era el mismo vehículo que había visto en el prostíbulo de El Diablo; el que había abducido a Camila y a Abigail.

Eso significaba que estaban siguiendo las huellas adecuadas.

—Con el vestido se iba a notar —explicó Reyes.

Y era cierto, porque se ceñía a su cuerpo fibroso como una segunda piel.

En realidad, no le haría falta protección, y ella lo sabía. A Jace le daba la impresión de que si bien dudaba de las intenciones políticas o económicas de El Diablo, Reyes confiaba a ciegas en que no sufriría el menor daño mientras de él dependiera. Podía ser un criminal consumado, pero era más listo que el hambre a la hora de velar por sus intereses, y Zhuri Reyes era uno de ellos. El prioritario, quizá. Jace había podido confirmar las sospechas de Maxine mientras Michael Cruz se colocaba su propio chaleco: tenía a la agente tatuada en el pecho.

Abandonaron el coche con sigilo, procurando que fuera El Diablo quien encabezara la marcha en todo momento. La puerta de la cancela estaba tan oxidada que no hubo que forzarla.

Antes de llamar a la puerta, Michael agarró a Reyes del brazo y la pegó a su costado en un gesto posesivo. El arranque la pilló por sorpresa y no se cortó a la hora de espetar:

—Te estás divirtiendo con esto, ¿eh?

El Diablo le robó un beso tierno en la coronilla, que tuvo que agacharse para alcanzar.

—Como nunca.

El cambio de registro de los dos fue asombroso, porque sucedió en cuestión de nanosegundos. Michael torció la sonrisa burlona hacia la crueldad y hundió los dedos en la piel pálida de Reyes; ella cambió el gesto torcido por una mueca de pavor. Así, lo primero que vio el mexicano que abrió la puerta, fue la agresividad con la que el narcotraficante tenía sujeta a su presunta víctima.

El tipo, al que Jace reconoció de la plaza donde se ofrecían las prostitutas, se quedó de una sola pieza al ver allí a su jefe. Parecía entre asustado por lo que pudiera significar que hubieran descubierto su escondrijo y llanamente sorprendido.

—¿Qué haces tú aquí?

El Diablo soltó una carcajada que podía interpretarse como un jadeo ofendido.

—¿Cómo que qué hago yo aquí? Bájale de huevos, Manuelito. ¿Qué te has pensado?, ¿que porque me hiciera que la Virgen me habla al principio no querría participar en el negocio tarde o temprano? —Hundió los dedos en la carne dura de Reyes y la empujó hacia el mexicano. Este tuvo que reaccionar rápido para abrazarla antes de que se desplomara hacia delante—. Tanto tiempo cubriéndoos, y ahora me pones esa cara de pendejo. Si mira lo que te traigo de a grapa, una hermosura de Fuego y Sangre.

Dudoso, el tipo miró a El Diablo, luego echó un vistazo valorativo a Reyes, a la que se le dio de maravilla fingir el ataque de pánico mientras forcejeaba débilmente con el narcotraficante, y por último posó la mirada en Jace, el único elemento discordante.

—¿Y ese tipo?

—Mi nuevo guardia de seguridad —resolvió El Diablo—. Como ya sabrás, anoche balearon a Juan en la puerta de mi casa. Me busqué otro bien rápido. La gente como yo no puede llevar las espaldas descubiertas.

Si resultó creíble, fue porque en cierto modo habían dicho la verdad. Jace estaba allí para apretar el gatillo si alguien sacaba una pistola y trataba de aniquilar a El Diablo.

Esa era información que había preferido no contarle a Maxine para que no se preocupara más de lo que ya lo estaría con Magnus. Que en el hospital de Acapulco hubieran podido aplacar la infección y con ello se hubieran marchado los dolores más desesperantes no quería decir que estuviera en condiciones de enzarzarse en una pelea.

Pero no le quedaba otro remedio.

El mexicano se retiró de la puerta. Al pasar por su lado, Jace confirmó que era el mismo que había arrastrado a Camila del brazo para meterla en el coche a la fuerza. Se preguntó si la joven

estaría allí, si querría ser rescatada. Durante el rato que pasó con ella en el yate, no le dio la impresión de que estuviera desesperada por un héroe. Eso no quería decir que no lo necesitara; solo que podría despreciar cualquier ayuda que se le ofreciera.

Recordó lo que Ayane testificó durante el interrogatorio en las oficinas federales, aquella breve pero contundente descripción del abuso psicológico que sufrían las víctimas para renunciar a su libertad sin oponer resistencia, y se estremeció.

Accedieron a una sala de estar desordenada y borrosa por la cantidad de humo que flotaba en el aire. Sobre una mesita coja descansaba un cenicero con un millón de colillas de tabacos distintos, la mayoría importados. La alfombra con motivos geométricos estaba raída y quemada en algunos puntos, el sofá presentaba agujeros por los que asomaba la gomaespuma, y la cocina abierta situada a mano izquierda parecía haber sobrevivido a un incendio reciente.

Amontonados frente al televisor, tres tipos fumaban con cara de pocos amigos. Dos de ellos tenían tatuajes en la cara y estaban fornidos como boxeadores. La pantalla reproducía la música dramática de una telenovela de los noventa. Como si se hubieran puesto de acuerdo, reproducían una postura idéntica: los codos apoyados en las rodillas y las pistolas sobre el regazo.

Ninguno se movió al confirmar que los recién llegados aparecían escoltados por el cabecilla.

Jace miró alrededor en busca de una puerta, un acceso que lo llevara a una habitación anexa. Lo que halló fueron unas escaleritas que conducían al sótano, escondidas detrás de unas coloridas cortinas de plástico que se movían al son de la brisa que entraba por la única ventana.

—¿Cómo has sabido que estábamos aquí? —siguió preguntando el mexicano a El Diablo.

—Ya chole, Manuel, me tienes hasta el queque. El coche, pendejo, el coche —respondió en tono exasperado—. No puedes pasearte con el mismo carro por todos los rincones de mi reino y esperar que no me entere de lo que tramas. Bueno, ¿y cómo va esto? —exigió saber con impaciencia—. ¿Me quedo un porcentaje de sus ganancias por el simple hecho de haberla encontrado yo? ¿Nos las repartimos entre todos?

—Si quieres participar... —vaciló Manuel, lanzando miradas vacilantes hacia los sospechosos del salón. Era obvio que, aunque pareciera el mandamás, no era sino otro recadero al que le complacía hacer el trabajo sucio—. Tendríamos que hablarlo...

Un grito femenino cortó la conversación.

Jace se giró hacia las escaleras, convencido de que provenía del sótano.

El corazón se le aceleró al comprender que estaba cerca. Estaba justo encima. Incluso si no encontraba a las mujeres que el FBI buscaba, habría dado con buena parte de los responsables.

Si no habían entrado con el equipo disparando a diestro y siniestro, se debía a que daban por hecho que los traficantes estaban armados, y que las que podrían salir perjudicadas en un tiroteo serían las víctimas. No podían correr ese riesgo. Además de inocentes en peligro, eran fuentes inagotables de información sensible, es decir: valiosas para la CIA aparte de para el FBI.

—Esa era Abigail, ¿no? Está cabrón lo que le pasó el otro día —comentó El Diablo como si tal cosa—. Ven, reina —le dijo a Reyes en aquel perfecto inglés con acento neoyorquino—, que te presento a tus nuevas amigas.

Manuel no supo cómo oponerse a los deseos del que en otras esferas era su jefe, y, con recelo impotente, los acompañó escalera abajo. Eso solo podía significar que no era el que daba las órdenes.

Jace fue el último en saltar el escalón y contemplar el pésimo estado de las literas donde descansaban algunas de las mujeres. A primera vista no parecía que hubiera nada inquietante en la reunión femenina. De hecho, parecía la escena costumbrista de un campamento de verano. Un grupo de chicas jugaba a las cartas sobre el mismo suelo, sentadas en torno a una mesa redonda

con una pata remendada de forma precaria; una pareja de confidentes charlaba en voz baja mientras fumaba junto al único ventanuco del sótano, y otras dormían a pierna suelta, algunas con un antifaz, como si allí la luz pudiera molestarlas. Solo había un par de chicas con moratones en la cara o en alguna parte visible del cuerpo, y otra, la que llamó su atención porque era la que había gritado y seguía gimiendo de dolor, tenía el vientre vendado.

«Amelia Cox», resolvió para sus adentros. Reconocía los rasgos de las fotos que durante tanto tiempo había estado mirando. Tenía los mismos y grandes ojos azules, el cabello liso y negro. Costaba reconocerla a simple vista porque estaba desmejorada y la habían sometido a un par de cambios estéticos —labios y pechos agrandados—, pero no le cupo la menor duda.

¿Dónde estaría Jaylani Patel? ¿Y Carey? ¿Encontraría a Carey en México...? Dudaba que aquello estuviera en su mano, pero más allá de realizarse profesionalmente si lo hacía, sentiría que había saldado parte de la deuda con Maxine si le devolvía a su mejor amiga.

Con disimulo, Jace se llevó una mano al oído para dirigirse al operativo federal, que hasta el momento habría permanecido agazapado a las afueras del almacén. El objetivo era que entraran en tropel con el equipo, armados hasta los dientes, y mantuvieran ocupados a los narcotraficantes mientras Reyes y él evitaban que las chicas salieran perjudicadas.

—Oye, tu cara me suena —dijo el mexicano de pronto. Jace había olvidado que lo tenía justo detrás, y se giró a tiempo para ver un destello de reconocimiento en sus ojos pardos—. Te he tenido que ver en alguna parte.

—He estado en el club de El Diablo alguna que otra vez —resolvió él en castellano.

—Eso seguro... —Dio una vuelta a su alrededor con los párpados entrecerrados—, pero no fue allí donde me crucé contigo. Te pareces bastante a un tipo que me describieron hace poco. Casi güero, ojos claros... un participante de Fuego y Sangre. «Alto y bien guapo», si no me informaron mal. Y con una... —El mexicano lo agarró del hombro herido y presionó con los dedos. Aunque logró contener un alarido de dolor, Jace se delató jadeando y temblando por la debilidad— bala en el cuerpo.

Manuel fue más rápido que Jace al sacar la pistola del pantalón y apuntarlo a la cabeza.

—Michael, este pendejo es un infiltrado —avisó a El Diablo, sosteniendo la mirada de Jace con un principio de sudor en la frente. El agente se fijó en que el tipo movía la mandíbula de manera involuntaria, y confirmó que estaba drogado... lo cual no le hacía menos peligroso con un arma en la mano—. Es el que rondó con preguntitas a Cami.

—Joder... —se quejó Reyes, atrayendo la atención. Con la mano que El Diablo no le estaba inmovilizando en su papel de captor, buscó bajo la falda la liga que mantenía la pistola pegada a su muslo. Miró a Jace con aire desapasionado—. Te dije que no me hacía ninguna gracia tener que sacar el arma de las bragas.

Extrajo la Glock y disparó a la mano con la que Manuel blandía la suya. Su alarido fue sofocado por el estruendo de pisadas y metralla de la planta superior. Aunque el certero tiro le había volado las falanges, Jace se apresuró a inmovilizarlo pasándole un brazo por el cuello.

Algunas de las víctimas gritaron y se apresuraron a esconderse debajo de la cama, mientras que otras, que no terminaban de asimilar qué demonios estaba pasando, se miraban entre ellas con desconocimiento y una sombra de temor. Se oyó una ristra de disparos, de gritos, de golpes secos contra el suelo; pasos firmes avanzando con la disciplina de un ejército y dejando a su espalda una estela de cuerpos inertes, los de aquellos que no se hubieran rendido nada más ver entrar al eficiente operativo.

Minutos más tarde, tres agentes bajaron las escaleras con las armas cruzadas contra el pecho. Le hicieron una señal de asentimiento a Jace, que soltó a Manuel y lo arrojó a los brazos de sus

compañeros.

—Este lo sabe todo —les explicó en inglés—. Convendría llevárselo e interrogarlo.

—También tenemos vivo y consciente a uno de los que estaban arriba —le confirmó uno de los agentes—. Ha levantado las manos pidiendo clemencia en cuanto hemos llegado.

—¿Y las chicas? —inquirió otro.

—Cox está aquí —confirmó Jace sin dudar—. Sobre las demás... Ya no lo sé.

Dicho aquello, se dirigió hacia la litera donde había visto languidecer a la chica que sacó a la agente Nagai, al agente Kingfisher y al agente Ryder de sus cómodas y apacibles vidas en Washington. Reyes ya se había puesto en marcha y estaba preguntando nombres y ciudades de origen a las muchachas para acto seguido prometerles con su sorprendentemente apaciguadora frialdad que regresarían antes de que se dieran cuenta.

Sintió un alivió monumental al reconocer a Abigail y a Camila entre las jóvenes a las que Reyes trataba de calmar después del susto. Ambas parecían sanas.

Una vez llegó ante Amelia, que no había podido ni cambiar de postura a pesar del miedo que había sentido durante la incursión, se arrodilló en el suelo y la cogió de la mano.

—Amelia, ¿verdad? —le preguntó en voz baja. Ella se giró hacia él con los ojos inyectados en sangre por el dolor.

Vaciló antes de asentir.

—¿Vas a hacerme daño? —balbuceó con los ojos anegados en lágrimas.

—Por supuesto que no, Amelia. Puedes estar tranquila. Soy Jace —se presentó con una mano sobre el corazón, aguantándole la mirada—. Vamos a llevarte a casa.

Capítulo 34

Los días que siguieron a la intervención en Acapulco fueron un auténtico caos.

Las jóvenes fueron inmediatamente trasladadas a las oficinas más cercanas para dar parte de lo ocurrido. Las que estaban informadas de las operaciones del tráfico humano porque nunca dejaron sus espaldas descuidadas y otras víctimas de interés de origen norteamericano, como Amelia Cox, se escoltaron a Washington.

A la mayoría se les prometió seguridad y un nuevo comienzo en el programa de protección de testigos.

Las primeras jornadas en las que la toma de declaraciones e interrogatorios de sospechosos ocuparon el tiempo de la agencia, Christopher Wray estuvo exultante. Esto significaba que podían darse unas palmaditas en la espalda porque habían cumplido con su deber. Desde luego, Jace se enorgullecía de la labor de sus compañeros y del resultado, así se hubiera equivocado mil veces en el camino. Pero al mismo tiempo temía en qué pudiera resultar la citación para la que el jefe le convocó casi una semana después de que tanto él como Reyes aportaran por separado su relato de los últimos acontecimientos.

Si Wray le estrechaba la mano con orgullo y le encomendaba otra misión, Jace estaría acabado, porque no podía rescindir su contrato sin más. Ni siquiera alegando una lesión inhabilitante. Nada más llegar a la capital, lo mandaron al Hospital Universitario George Washington, y los mejores profesionales del distrito de Columbia le confirmaron que se recuperaría lenta pero progresivamente. Viviría con la bala incrustada en la carne, pero en principio esto no tendría por qué afectar a sus funciones.

Allí estaba, pues, el agente Jace M. Ryder, como estuvo apenas dos semanas atrás, como llevaba estando desde hacía más de un lustro, como empezaba a pensar que siempre estaría... o, por lo menos, hasta que venciera la fecha de su última firma en los papeles oficiales y pudiera salir con la cabeza bien alta. Sí, allí estaba, sentado en uno de los sillones del pasillo, a la espera de que Christopher Wray saliera de su despacho y lo invitara a pasar para tener su primera conversación en privado desde el regreso en teoría triunfal.

No tenía motivos para pensar que fuera a felicitarlo o a recibir una reprimenda. Parecía, más bien, la citación de rigor después de un punto de inflexión. Porque a eso habían llegado en lo que a la misión antitráfico respectaba; a un punto de inflexión. Aún quedaba mucho camino que recorrer para desmantelar la red, como Reyes le dijo a modo de despedida veinticuatro horas atrás. Jace solo se había hecho cargo de su pequeña parcela, delimitada por las competencias del FBI: encontrar a las víctimas estadounidenses. Ahora que habían recuperado a las dos principales, a Amelia viva y a Jaylani sin suerte, el asunto quedaba en manos de la CIA.

Para matar el rato, sacó el móvil del bolsillo y confirmó que Maxine le había enviado un mensaje. Sonrió sin quererlo, entre emocionado porque siguieran manteniendo el contacto y aterrorizado por si esa misma tarde debía anunciarle que estaría encadenado a las oficinas dos años más, y con lo que esto podría suponer: su participación en misiones en el extranjero, todas ellas lo bastante arriesgadas para perder la vida, y lo que era peor: para no volver a verla en mucho tiempo.

Pero también le impresionaría ser libre. Aunque tenía planes, dar ese salto al vacío y ponerlos en práctica siempre daba miedo.

Al final del día, lo único que le permitía respirar con tranquilidad era recibir noticias de ella.

Antes de leer el mensaje, miró por encima la conversación que empezaron el mismo día que

se despidieron en el avión. Maxine le contaba cómo estaba Magnus —igual que después de salir de la primera intervención quirúrgica en Acapulco, es decir: sin novedades—, y él la ponía al día, aunque muy grosso modo, de la información que estaban obteniendo gracias a los testigos.

Amelia Cox testificó que Jaylani Patel se suicidó con el cableado de la televisión a los pocos meses de ejercer la prostitución, sobrepasada por una vida de la que no creía poder escapar. Una de sus compañeras vio dónde arrojaban sus restos, y gracias a su dolorosa descripción, el equipo pudo regresar a México y desenterrarla para devolvérsela a su familia. Por lo que Jace oyó, fue una sorpresa encontrarla entera. Los forenses asociaron el buen estado del cuerpo a un razonamiento propio de los criminales: si la encontraban, una biopsia confirmaría que no había sido asesinada y se suspendería toda investigación relacionada.

Otra de las víctimas, de las pocas que se habían dejado llevar por el odio antes que por el miedo, les había facilitado los suficientes datos para realizar retratos robot de la mayoría de los implicados. Esta información se había enviado al gobierno de México.

Ahora, los criminales estaban en busca y captura.

Maxine se alegraba de saber que el FBI había actuado rápido consiguiendo nuevas identidades y un destino secreto para cada una de las mujeres.

Aun así, eso no era lo que más insistía en saber.

«¿Y qué hay de ti?», le preguntaba con frecuencia.

Él no sabía cómo contestarle. Ni siquiera cuando se lo repetía por las noches a viva voz, esas noches que pasaban colgados al teléfono como dos adolescentes. Hablaban sobre todo de tonterías. Lo necesitaban para quitarse de encima el peso de la trascendencia de los últimos eventos.

¿Has hablado ya con tu jefe?

Jace comprobó que la puerta del despacho del director seguía cerrada y tecleó una respuesta.

Aún no.

A lo mejor se ofrece a concederte tres deseos por tu gran implicación.

Jace esbozó una sonrisa amarga.

Me temo que mi trabajo no funciona así. Y mi implicación ha sido mínima. Pero, ¿la verdad? Con un solo deseo de esos que dices, me conformaría.

A ver si adivino: un billete a Cagliari.

Lo he mirado y no puedes llegar directamente a Cagliari desde aquí. Tendría que ir de Washington a Zúrich, y de Zúrich a Cagliari. O de Washington a Londres, y de Londres a Cagliari.
Es decir: necesito dos billetes, y eso son dos deseos.

¿En serio los has mirado?

Los he memorizado.

Sí que estás desesperado por irte, ¿no?

Siendo sincero consigo mismo, ese era su mayor deseo. Si no se iba lejos, acabaría perdiendo la cabeza. No se imaginaba regresando al piso que una vez perteneció a un matrimonio feliz y actuando como si no se percatara del olor a putrefacción que el fracaso de una familia rota dejaba en una casa. No se imaginaba volviendo a la oficina donde una vez ese matrimonio feliz trabajó codo con codo y se enamoró en el proceso; donde tuvo que tomar las decisiones más difíciles de su vida, desde aceptar que su esposa se marchara a encabezar una misión que la pondría en peligro y la obligaría a acostarse con terceras personas, hasta implicar a Maxine en una operación que no la concernía, pasando por cada uno de los momentos en los que recibió una mala noticia en alguna de las salas de reunión.

Washington estaba impregnado de recuerdos, y eran la clase de recuerdos que ni la terapia cognitivo-conductual podría enseñarle a ver con buenos ojos. Eran recuerdos que solo dejarían de hacerle daño cuando pusiera distancia y tuviese una nueva vida de la que ocuparse. Solo tenía que irse, porque en el ojo del huracán nunca dejaría de azotarle el viento.

No pasaba nada si, por una vez, tiraba la toalla. Le había costado entenderlo, pero huir no era de cobardes. Había un refrán que lo decía, y que Maxine parafraseó una de sus noches de confesiones: «Una retirada a tiempo es una victoria».

Jace podía dar fe de que era cierto. Él se había aferrado a las que interpretaba como sus responsabilidades con una obstinación enfermiza, tratando de enorgullecerse de su absurda lealtad, cuando quizá debería haber escuchado a sus corazonadas. El instinto de supervivencia no había dejado de rogarle, por el bien de integridad e incluso la salvación de su alma, que soltara las cargas y dejara de abrazarse a la zarza.

Merecía una vida diferente. Una vida satisfactoria. A fin de cuentas, hizo todo lo que pudo, ¿no? Todo lo que estuvo en su mano, siempre considerando que era humano y no omnipotente.

A un lado del aroma a salitre de las playas italianas, estaba Maxine, por supuesto.

Le tecleó una respuesta con dedos inseguros.

No es como si en Cagliari solo hubiera espacio para una persona.

Se quedó mirando la breve pero sugerente frase.

En lugar de enviarla, la borró.

Ella seguía en línea y le habría visto escribir. Con toda seguridad, esa noche aprovecharía que no era tan fácil ignorar una pregunta directa y exigiría saber qué diablos se había quedado con ganas de decirle.

Deseó que lo hiciera, que lo pusiera entre la espada y la pared para obligarlo a ser valiente, igual que le obligó a serlo cuando le preguntó cuál era su nombre, y a dónde iba esas noches calurosas en Tailandia, y por qué mentía, y por qué no la besaba, y por qué, por qué, por qué.

Bendita fuera cada pregunta que salía de sus labios. No habría podido quererla si no se hubiera abierto camino en su jungla tenebrosa a machetazo limpio. Se había llevado por delante todas las malas hierbas que él no había sabido arrancar de sí mismo.

Ahora, cuando él más necesitaba a esa mujer insistente que no le daba espacio a sus secretos, Maxine se mostraba prudente. Pero también apreciaba eso de ella. No le había hecho preguntas comprometedoras, ni le había forzado a tomar una decisión, y, de hecho, fue meridianamente clara al expresarse enviando un segundo mensaje:

Me encantaría ir contigo, pero creo que no me perdonaría marcharme cuando Magnus me necesita. Es decir, no es que me necesite a mí en concreto. Te podrás imaginar la cantidad de amigos que tiene. Al hospital viene cada día una persona diferente, y con unos acentos... Esto parece un aeropuerto. Ayer, sin ir muy lejos, conocí a

su compañero de piso de la universidad durante el Erasmus. Por lo visto, pasó un año en Varsovia y se echó un amigo polaco. ¿Quién se va a Varsovia de Erasmus? Pues solo él. Está siendo bonito conocerlo a través de sus seres queridos. Pero bueno, que me voy por las ramas. Solo quiero que sepas que no hay nada que desee más que verte. Pero las circunstancias no ayudan. Nunca nos han ayudado, en realidad. ¿Será una señal? Yo prefiero pensar que no.

Jace la tenía tan presente que no le costó imaginarla balbuceando en pleno ataque verborreico. Sin ir muy lejos, la noche anterior la había visitado la musa de la elocuencia. No había parado de hablar hasta dejarle la cabeza dando vueltas... y también una sensación cálida en el pecho.

La puerta se abrió antes de que pudiera enviar un comprensivo pero dolido «lo entiendo».

Christopher Wray no soltó el picaporte cuando su última visita desapareció pasillo abajo. Lo sostuvo mientras vigilaba a Jace con una mirada insondable, como si fuera uno de los criminales que habían enviado a prisión preventiva en los países donde habían operado.

—Adelante, Ryder.

Jace tomó asiento en el único sillón libre del despacho.

No sabía cómo lo había conseguido, si era obra de alguno de sus predecesores o se lo habría encargado a un decorador con unas instrucciones muy específicas, pero entre aquellas cuatro paredes se respiraba la autoridad que emanaba Wray como en ninguna otra parte. Uno se sentía indefenso en su guarida de maderas caras, moquetas impecables y cuadros de coleccionista.

—Voy a ser breve —anunció Wray después de sentarse detrás del escritorio. Entrelazó los dedos y le dirigió a Jace una mirada severa—. Te he tenido revoloteando por aquí esta semana porque te necesitábamos para cerrar la operación y porque, como pariente directo que eres, merecías conocer la información que tenemos sobre la agente Nagai. Pero en cuanto firmes estos papeles que tengo aquí y salgas por esa puerta, Ryder, se acabó lo que se daba.

Jace pestañeó, fingiendo no comprender inicialmente a qué se refería con aquella última frase. No había confusión posible en la expresión de su jefe, que solía interpelarlo con respeto e incluso con voz melosa cuando quería un favor, pero ahora se mostraba impasible.

—¿Puedo saber por qué? —inquirió con templanza.

—*Deberías* saber por qué —corrigió en tono desdeñoso—. Has puesto en peligro a tres civiles durante la operación, que, según constaba en el papel, iba a ser secreta. La agente Reyes nos ha informado de que implicaste a Maxine Sagal y a Magnus Vass, y que esto no salió muy bien para el segundo. La agente de la CIA tuvo la gentileza de recordarnos que, si la víctima quisiera denunciar, porque no hubo acuerdo escrito por ambas partes que justificara su intervención, a las oficinas se nos caería el pelo. Y eso por no mencionar que tu recelo a la hora de informarme de detalles de suma relevancia puede interpretarse como una rebeldía. Debiste llamarme en el preciso momento en el que descubriste que Zhuri Reyes estuvo en los Latin Kings de Nueva York, y que mantenía una relación estrecha con Michael Cruz.

«Es algo que vosotros deberíais haber sabido en primer lugar», estuvo tentado de responder. Pero si ya tenía garantizado el despido, ¿para qué seguir buscándole las cosquillas a Wray?

—¿Cómo lo habéis descubierto? —tanteó con genuina curiosidad—. ¿También os lo ha dicho ella?

—Ajá. No va a ser inhabilitada porque gracias a este vínculo ha conseguido el poderoso enlace que es El Diablo, no ya en México, sino en Nueva York, donde por él se están investigando los crímenes de las bandas organizadas. Pero tú... —Meneó la cabeza, decepcionado—. Lo tuyo no tiene excusa.

Jace lanzó una mirada hacia la puerta cerrada, como si pudiera ver a través de las paredes y localizar a la agente Reyes en algún rincón del edificio.

¿Por qué les habría ido con el cuento? El de vulgar chivata no era un defecto que estuviera en su carácter, como tampoco el de trabajadora competitiva que quisiera robarle todos los honores. ¿Habría querido hacerle el favor? Reyes sabía que Jace estaba a disgusto en el cuerpo y que soñaba con que aquella misión pusiera punto y final a sus años de servicio.

—Has resultado ser francamente decepcionante, Ryder —le oyó decir al jefe mientras seguía sumido en sus pensamientos—. Te tenía por una de las glorias del cuerpo, y mírate. No has hecho sino caer en picado desde el año pasado.

No había dicho «desde que tu esposa desapareció» porque no existiría manera de justificar una indignidad semejante. Pero, por una vez, Jace no sintió la tentación de contraatacar.

Alzó la mirada y encaró a su jefe como lo que era: alguien que no tenía nada que perder.

—¿Dónde están esos papeles? —fue lo único que preguntó.

Con gesto receloso, como si tuviera la sospecha de que en el fondo se estaba riendo de él, Wray deslizó con lentitud la rescisión de contrato en su dirección.

—Tienes suerte de que no te haya caído una demanda.

—Supongo que sí —respondió con docilidad mientras firmaba cada una de las páginas.

—Si Magnus Vass te denuncia...

—Magnus Vass no me va a denunciar —le interrumpió. Cuando acabó de plasmar su garabato, dejó el bolígrafo a un lado y lo enfrentó con serenidad—. Ha pasado seis meses acostándose con mi mujer, y él sabe lo que eso duele. Según sus códigos, estaríamos en paz.

La mandíbula se le desencajó de pura incredulidad al escucharlo, pero Jace no entró en especificaciones. Esperaba de corazón que el legendario Rob Roy burlara los diagnósticos funestos de tres hospitales distintos y abriera los ojos. Y no solo porque eso liberaría a Maxine de su deseo de velarlo y así podrían reunirse en Cagliari, sino porque ni siquiera los celos consiguieron que dejara de admirar su forma de ver la vida.

Si alguien merecía un milagro, era quien creía en ellos. No podía pensar en un solo hombre sobre la faz de la Tierra que pudiera sacarle más partido a una segunda oportunidad.

Pero no fue en Magnus en quien arrancó a pensar después de referirse a Maxine en semejantes términos. Jace se enderezó en el asiento para hacer la pregunta que nadie había podido responderle por culpa del ajetreo de la semana.

—¿Qué se sabe de Ayane?

Wray se mostró reacio a darle los datos, pero no le quedó otro remedio.

Se lo había prometido.

—Le perdimos la pista cuando llegó a Shanghái, pero a las cuarenta y dos horas nos contactó con buenas noticas. Sigue trabajando para nosotros. Es cuestión de tiempo que aterrice en Washington. Ha conseguido localizar al traficante que la secuestró durante doce meses y que por lo visto gobierna la red del Este europeo. Resulta que su presunto síndrome de Estocolmo no ha afectado a su raciocinio, después de todo. Quiere que se le juzgue con dureza.

Jace quiso cerrar los ojos y entregarse al alivio que le inundó, pero por más que ya no fuera su jefe, se exigió mantener la compostura delante de Wray. Acabó limitándose a asentir con un nudo en la garganta.

Quería profundizar en lo que se sabía sobre ella, en lo que se conocía del criminal; que lo pusieran al tanto de los detalles más significativos para marcharse de la vida de Ayane con el consuelo de haberla entendido, tanto sus sentimientos como sus motivaciones. Pero acababa de firmar un acuerdo en el que prometía guardar silencio sobre sus actividades desempeñadas, y no exigir información sensible sobre ningún caso federal.

Además de que dudaba que Wray supiera responder a las preguntas le atormentaban. Su

antiguo jefe no podía prometerle que Ayane Nagai volvería a ser Ayane Nagai y encontraría la felicidad. Tampoco podría jurarle que llegaría el día en el que Jace dejaría de sentirse responsable de su sufrimiento, de culparse por su abandono.

—¿Y Carey? —ahondó con tiento.

—El operativo que mandamos a España continúa siguiendo las pistas. —Entrecerró los ojos —. Pero comprenderás que no te contaremos las novedades si llegáramos a obtenerlas.

Jace asintió con aire saturnino.

Se acordó de una vez que un compañero suyo, ya jubilado, estuvo presente en una de sus discusiones con Wray. En cuanto el jefe se marchó, y con unos humos que advertían de lejos que nadie debía tocarle la moral, el agente se giró, pasmado, y le preguntó por qué demonios permitía que le hablara así. Y es que de acuerdo al veterano, más allá de que fuera el superior de los superiores, nadie tenía por qué tolerar desmanes.

Jace le contestó con llaneza.

—Porque no me importa una mierda, Pete. Ni ese tipo, ni lo que hace, ni lo que dice.

A su madre le encantaba ese rasgo de su hijo menor, que había sido así desde niño: un desapegado de quienes no merecían su afecto o siquiera su respeto. Se alejaba de las confrontaciones cuando sabía que no obtendría nada bueno, y abandonaba a su suerte a los enemigos para que se envenenaran solos. La señora Ryder estaba feliz de que así fuese porque uno de sus hermanos era todo lo contrario, y esto le granjeó la reputación de rebelde y maleducado en la escuela, una vergüenza que una mujer como su madre encontraba intolerable.

Sonrió con el recuerdo de las constantes desavenencias entre la señora Ryder y Johnson.

En los últimos tiempos se había acordado de su familia, de la que durante años estuvo distanciado. Primero, por razones laborales; luego, cuando Ayane desapareció, porque no soportaba su compasión.

Este hecho le hacía sentir injustamente esperanzado. Porque si había podido relegar a sus padres y a sus hermanos, personas a las que amaba con locura, para priorizar a Ayane y a su trabajo en Washington, ¿por qué no podría hacer lo mismo otra vez? ¿Por qué no lograría, con el tiempo y las mejores distracciones, convertir a Ayane y al FBI en una época pasada a la que no merecía la pena regresar porque ya estaba superada, como lo eran esos años de instituto, esa primera convivencia familiar? Siempre y cuando tuviera un horizonte al que mirar, saldría adelante.

Jace se puso en pie y extendió la mano para, con la mayor de las formalidades, despedirse de Wray. Este, que ante todo era un hombre educado, aceptó la despedida con relativa mesura. No pronunció palabra en el camino que Jace hizo hacia la puerta, algo insólito cuando era conocido por sus comentarios malintencionados.

Parecía haber superado el deseo infantil de tener la última palabra.

Quizá hubiera visto en la expresión de su agente que habían tomado la decisión acertada. Y por si acaso le hubiese cabido la menor duda, al final, Wray suspiró y le dijo:

—Supongo que tener a un trabajador descontento no nos habría traído ninguna gloria.

Cuando Jace puso un pie en la calle, ya a las puertas del edificio, tomó una gran bocanada de aire. Se giró hacia esa entrada que había cruzado por lo menos dos mil veces, y la enormidad de su libertad le golpeó como un mazazo.

Ya no volvería a tomar ese camino a las seis y media de la mañana. Ya no volvería a acompañar a algún compañero a fumar junto al acceso principal.

Su vida acababa ahí, y, con ella, daba la estúpida impresión de que su dolor también.

Sacó el móvil del bolsillo trasero, solo para satisfacer sus últimas dudas, y le escribió un

rápido mensaje a Reyes en referencia a su chivatazo.

No sabía que fueras tan competitiva y quisieras los honores para ti sola.

Su respuesta no se hizo de rogar.

Y no lo soy.

¿Entonces? ¿Es verdad que me has dejado con el culo al aire para que me echen? ¿Era un favor?

Feliz vida, Jace.

Él lanzó una mirada exasperada al cielo, sonriendo sin darse cuenta. Dio por hecho que no obtendría otra confesión viniendo de Reyes. Tendría que conformarse con su velada admisión de culpa.

Te debo una de las grandes.

Emprendió la marcha hacia su piso con la determinación de empaquetar unas pocas pertenencias. Después ¿qué haría? Tenía la mente en blanco. ¿Comprar un billete a Los Ángeles? ¿Seguir en el hotel donde había estado durmiendo, huyendo de los recuerdos, hasta que se le ocurriera una buena idea? ¿Irse directamente a Cagliari? El sueño estaba tan cerca que podía tocarlo con los dedos, pero le aterraba volar demasiado próximo al sol y acabar quemándose.

Él siempre había sido más prudente que eso. Él no se iba sin más, sin planificación previa.

Pero a lo mejor iba siendo hora de dejar de ser ese «él» y permitir que floreciera uno distinto.

Estaba desbordado por la cantidad de frentes que se abrían ante él que, al cruzar el umbral de su casa, tardó en darse cuenta de que no estaba solo.

En cuanto la intuición le dijo que se anduviera con cuidado, se puso en guardia y fue a deslizarse hacia la cocina para agarrar un utensilio que le sirviera para defenderse. Un movimiento estúpido, porque sus manos bastarían para desalentar a un ladrón.

«Pero la puerta no está forzada», pensó. Y era difícil, por no decir imposible, colarse por las ventanas.

Ayane lo pilló en pleno razonamiento lógico. Acababa de salir del dormitorio con el neceser en la mano cuando sus miradas coincidieron. En la de ella se asentó la cautela, y en la de él brillaron el pasmo y una sensación tan reveladora que se quedó devastado.

Sus sentimientos predominantes no fueron ni el amor ni el alivio, aunque sin duda ambos estuvieron presentes. Lo que le dominó fue el miedo. El miedo a que Ayane estuviese allí porque lo quería de vuelta. El miedo a que Ayane lo retuviera donde ya había decidido que no pasaría el resto de sus días. El miedo a permanecer, después de todo.

Nunca, hasta ese momento, le había aterrado estancarse. Y ahora solo pensaba en correr antes de que las últimas raíces enganchadas al tobillo tiraran de él hacia los infiernos.

Ayane le sonrió desde la distancia, como si supiera en qué estaba pensando, y le mostró el neceser alzando una mano.

—Era una emergencia. Llevo días sin peinarme. Bueno, qué te voy a contar a ti. —Encogió un hombro con su coquetería natural—. Sabes mejor que nadie lo que un agente sufre durante una misión.

—Lo que has sufrido tú en concreto no lo sé —se oyó responder en tono lacónico, sin

atreverse a mover una pestaña—. Me fui y a los pocos días me dijeron que Ayane Nagai también se había marchado, y después de manipular sus informes médicos, así que está claro que no tengo ni idea.

Ayane cabeceó con aire distraído, reconociendo el delito que se le achacaba.

—Era estrictamente necesario para que me dejaran poner mis asuntos en regla —se justificó sin ningún afán por ser comprendida. Solía proclamar así sus verdades, recordó Jace, con una sencillez que sacaba de quicio. Nunca hablaba para convencer a nadie, solo porque le parecía maleducado no contestar preguntas directas. Si había vuelto esa Ayane de firmes convicciones, ¿significaba que había conseguido sanar a través de la venganza?—. Ya me disculparé con Chambers por haber cuestionado su profesionalidad delante del jefe. Tendrá que perdonarme cuando sepa que he cazado al hijo de puta.

—¿Era eso lo que necesitabas? —se limitó a preguntar. Seguían separados por una casa que en ese momento parecía infinita, por metros y metros que una vez los acogieron a ambos, a sus deseos y planes de futuro, a sus frustraciones.

Ayane ni siquiera vaciló.

—Era lo único que necesitaba —resolvió.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —tanteó con la absurda necesidad de constatar que estaría bien.

—Lo que he hecho siempre —contestó con calma, echando el neceser en la mochila que colgaba de sus hombros. Lo miró a la cara con entereza—. Mi trabajo.

Jace vio que pretendía marcharse, como si no tuvieran nada más de lo que hablar, e instintivamente fue a interponerse entre la salida y ella.

Ayane ya había alargado el brazo hacia el pomo cuando comprendió sus intenciones. Alzó la barbilla y, confundida, escudriñó su expresión, como si Jace hubiese hecho algo impensable. En la extrañeza de Ayane, vio que era él quien estaba equivocado por aferrarse a la conversación.

En efecto, no tenían nada más de lo que hablar. Ya no podía exigirle explicaciones por sus actos, ni como marido ni como compañero del FBI, porque no era ninguna de las dos cosas. Podía preocuparse por ella, sí. Lo seguía haciendo. Lo haría de por vida, porque le hipotecó parte de su corazón y siempre le correspondería una parte. Pero el gesto entre compasivo y exasperado de Ayane se lo decía todo: no le iba a bastar con aspirar a una nueva vida. Debía poner de su parte para desprenderse de sus cargas, y esto empezaba por permitir que Ayane se marchara sin refocilarse en lo que hubiera sufrido. Sin inmiscuirse. Sin hacer suyo un dolor que no le pertenecía.

—¿Serás sensata y procurarás estar a salvo? —le preguntó al final, escarmentado con el silencio con el que ella había puesto los puntos sobre las íes.

Nunca había necesitado hablar para que Jace supiera lo que estaba pensando; solo esos días aciagos en los que pensó que la había perdido. Pero Ayane parecía en proceso de recuperación. La venganza la favorecía. El brillo había vuelto a sus ojos negros, y estaba bella como solo las mujeres inalcanzables podían estarlo.

Ayane le acarició la mejilla con los nudillos y, después de vacilar sutilmente, se puso de puntillas para darle un beso en los labios.

—Quererte ha sido la decisión más sensata que he tomado en mi vida —reconoció en un susurro—. Si pude tomar la determinación correcta una vez, podré hacerlo una segunda. —Se apartó con un ágil giro de bailarina, y, desde la puerta, creando por un momento la ilusión de que Jace solo se estaba despidiendo de ella porque iba a hacer un recado y volvería más tarde, le dijo —: Te haré llegar los papeles, ¿de acuerdo?

Tardó en comprender que se trataba del divorcio.

—De acuerdo —dijo con un murmullo vacilante.
—Mientras tanto —continuó Ayane—, y también después de eso... Sé feliz, Jay-Jay.
Dicho aquello, desapareció escaleras abajo.
Y él, aunque desequilibrado, se las arregló para, por fin, cerrar la puerta.

Capítulo 35

Maxine se tuvo que reincorporar a su puesto de trabajo tan pronto como llegó a Los Ángeles. La semana de *spring break* había tocado a su fin, y la requerían cubriendo los últimos días de sustitución.

El corazón se le rompió cuando el director del instituto le informó que la profesora de Español regresaría el viernes de la semana siguiente. Dispondría de apenas unos días para poner sus asuntos en regla y despedirse de los alumnos.

No había pasado más de tres meses allí, en el instituto Benjamin Franklin, pero se había encariñado de cada adolescente, de cada maestra y maestro; incluso de algunos padres «plastas», como los chicos decían, que no abandonaban el recinto ni bajo amenaza e insistían en conocer cada paso que daban sus hijos.

En parte la aterró verse de buenas a primeras sin un trabajo, porque era lo único que conseguía distraerla de la terrible situación de Magnus y de lo que estaba ocurriendo en la capital de Estados Unidos. Sabía que la intervención tuvo éxito y que el FBI ya estaba trabajando en Washington para procesar a los involucrados y devolver a las mujeres a sus respectivos países; eso sí, después de un exhaustivo interrogatorio. No tenía sentido preocuparse por Hurricane, que estaba en casa sano y salvo. Lo único que la atormentaba era la misión que le encomendaran a continuación.

¿Serían tan crueles como para no darle un respiro? Sabía que, por contrato, aún le quedaban un par de años en el cuerpo. Lo hablaron por teléfono una de las noches que pasaban colgados del móvil. Hasta que no llegara el momento de renovar, no podría sentarse con su jefe y expresarle su deseo de abandonar el barco. Mientras tanto, permanecería a su merced.

Le constaba que se había reunido con Christopher Wray, eso sí, pero no la había informado aún de las novedades.

Debía admitir que en la semana y media que transcurrió desde su segunda separación empezó a ver a Hurricane con otros ojos. Empezó a verlo como Jace. Porque Hurricane no se abría, porque Hurricane le paraba los pies cuando intentaba conocerlo, y el hombre que respondía sus mensajes y a veces incluso iniciaba la conversación por gusto era, además de tan incomprensiblemente tierno y atento como Hurricane, tan sincero que Maxine había tenido que reprimirse para no aprovecharse de su disposición y mandarle un cuestionario de cien preguntas.

Empezaban chateando sobre lo que habían hecho durante el día y acababan llamándose por teléfono. Se veían envueltos en conversaciones que se prolongaban hasta la madrugada para contarse anécdotas estúpidas pero conmovedoras, como cuando su hermano mayor, el orgulloso, se cayó de la bicicleta y defendió con tanto fervor que era culpa de una de las ruedas que tuvieron que ir a la tienda a pelearse con el dueño, quien más por hartazgo que por vergüenza, les permitió descambiarla. O como cuando se enamoró de la escalada, ese día que llevaron a toda la clase de excursión al rocódromo de unos recreativos en Nashville y tuvieron que subir a por él hasta el punto más alto porque no se quería ir.

Incluso habían hablado de Ayane, de su sentimiento de culpa y de los temores que aún albergaba sobre su futuro, sensaciones que Maxine podía entender ahora a la perfección.

—Lo único que me dolió de todo aquello —acabó reconociendo una de las noches—, fue que solo tuvieras ojos para ella. Que yo desapareciera en cuanto la viste, ¿entiendes? Espera, no hace falta que digas nada —se apresuró a añadir al oír que cogía aire—. Ha tenido que pasar el tiempo y he tenido que escucharte hablar de ella, he tenido que ver cómo sufrías por su situación, para

entender que fui injusta al exigirte que me priorizaras. Estabas ahí porque te la arrancaron de la noche a la mañana, y ya habías visto que yo estaba bien; no tenías esa certeza con Ayane. Hacía siglos que no... Quiero decir que ella... ¡Pensabas que estaba muerta! —terminó exclamando. Enrojeció hasta las puntas de las orejas por haberse atrevido a pronunciar el tema tabú, pero no se arrepintió porque le permitió sincerarse—. Y sé que no es lo mismo, sé que la comparación está a años luz, pero yo prioricé a Dylan tantas veces que no sé... yo no sé... Digamos que no quiero ser injusta contigo. No cuando en el fondo te entiendo. Es enfadarme por enfadarme, y, la verdad, no me gusta estar enfadada.

Jace se quedó en silencio para cerciorarse de que Maxine había concluido. Entonces, inspiró hondo y dijo lo único honesto que se podía decir en casos como aquel. Renunciando a toda excusa y a razonamientos retorcidos, le expresó de corazón:

—*Lo siento muchísimo, Maxine.*

—Eso lo sé —reconoció ella en voz baja—. Pero si tuvieras que explicarte, si tuvieras que... admitir lo que sentiste, ¿qué me dirías?

Esa segunda vez, Jace tardó en encontrar las palabras.

—*Cuando la vi, mi mente cortocircuitó* —resumió con sencillez—. *De pronto no era Hurricane, era... era Jace. Era yo. Y era ella. Es lo poco que puedo decir al respecto. Mi cabeza estaba llena de preguntas: cómo era posible, dónde había estado, por qué le habían hecho eso, quién había sido el hijo de puta, de qué manera la ayudaría, si eso era posible, si tenía reparación... Y después, cuando regresamos a Washington y pude volver en mí mismo, me pareció que mi comportamiento no tenía perdón y renuncié a buscarte. Pensaba que habría sido justo contigo si intentaba acercarme. Pero yo...* —Tragó saliva—. *Te necesitaba.*

—¿Me echabas de menos? —lo pinchó ella, desesperada por saber más.

Sentía que nunca dejaría de pedirle más. Más verdades, más anécdotas, más de ese maravilloso mundo escondido que era Jace Maverick Ryder; mundo del que nunca tendría suficiente.

—*Sí.*

—¿La respuesta larga, por favor?

—*Quería volver contigo, Maxine* —reconoció, cansado—, *pero... era descabellado. No te conocía. Mi mujer en aquel entonces estaba...* —Su voz se apagó—. *Era complicado. Sabes que es complicado, y buscas soluciones, pero pasan los días, y pasan los días... y de pronto te montas en los seis meses, y para cuando puedes hacer algo, te preguntas para qué serviría, si ya es tarde.*

—No era tarde —acabó musitando ella.

Porque sabía a lo que se refería. El tiempo era escurridizo y traicionero.

En esos momentos en los que Maxine se tendía sobre la cama que seguía compartiendo con Luna y hablaba y escuchaba a partes iguales hasta que le daban las tres de la mañana, sentía que existía un futuro entre los dos. Se olvidaba por completo de lo que sucedió en Koh Phangan y en Acapulco; al menos, de lo malo, porque lo bueno era lo que hacía que se le encogiera el corazón al ver su nombre iluminando la pantalla del móvil.

Pero aún no había podido decirle que fuera a buscarla. A pesar de no sentir el menor enraizamiento con la ciudad que la había visto crecer y sentir curiosidad por los planes que Jace había trazado, no había podido prometerle que iría por él en cuanto acabara su contrato de sustituta.

Porque había alguien que la necesitaba.

O quizá no, porque Magnus era tan popular que todos sus familiares y amigos, incluso esos

socios que vivían en Escocia, habían volado hasta el mejor hospital de California para velarlo, llevarle flores y regalos que él se negaba a agradecer puesto que sobre todo rehusaba despertar.

Todavía no había llegado el día en el que Maxine se presentaba en su habitación del hospital y lo encontraba solo. Siempre estaba allí, como mínimo, su exmujer.

La primera vez que apareció y se topó con los ojos claros de la que descubrió que se llamaba Leila, Maxine estuvo a punto de retroceder, refugiarse de su juicio en el pasillo y no pasar a velarlo hasta que esta se hubiera marchado.

Para su inmensa sorpresa, fue la propia Leila la que le hizo un gesto tímido para que entrara y, muerta de nervios, la invitó a tomar asiento.

—Siempre le ha gustado ser el rey de la fiesta —se justificó con voz queda, demasiado falta de energías para levantarse siquiera de la silla que había arrastrado hacia un extremo de la cama —. Le encantaría saber que hay más de una mujer velando sus sueños.

Al principio le había costado reconocerla, porque no se parecía en absoluto a la celosa enrabietada y vestida de marca de la cabeza a los pies que envidió y compadeció a partes iguales en el claustro de profesores. No iba desarreglada; a partir de ese primer día, Maxine se percataría de que siempre se pintaba la línea de agua de los ojos de un verde que realzaba la tonalidad de sus ojos, y aunque las mallas fueran Adidas y la camiseta básica siempre fuese la compañera de los pantalones, se notaba que no tenía ningún interés en deslumbrar al personal. Podría haberlo asociado a que su tristeza era tal que le costaba perder el tiempo arreglándose, pero lo interpretó de otra manera en cuanto la vio interactuar con la gran familia de Magnus.

En realidad, Leila era una mujer sensible y sencilla. Si se plantó en el instituto con sus mejores galas, fue con la esperanza de intimidarla o de sentirse por encima de la nueva amante de su marido, un arrebato humano que la propia Maxine experimentó una vez. Y con Carey, ni más ni menos.

Porque eso era ella para Leila, o eso dedujo a partir de la actitud inevitablemente recelosa con la que la trató mientras compartieron la habitación: la amante de su marido.

Ese primer día que coincidieron, Tavish no estaba presente. Eran las dos únicas personas que disfrutaban del silencio ensordecedor del hombre que hablaba por los codos... hasta que Leila lo rompió.

—Yo... —empezó, vacilante. Estaba sentada con los muslos laxos y las manos retorcidas en el regazo, que se miraba con visible bochorno—. Quiero que sepas que... yo... estoy muy avergonzada por la actitud con la que... Si estás aquí, con él, debe de ser porque... —Tragó saliva y por fin alzó la barbilla. Tenía la clase de belleza melancólica por naturaleza que la tristeza solo favorecía. Un cruel regalo de la naturaleza, pensaba Maxine; estar terriblemente bella durante el luto—. Mientras Magnus sea importante para ti, mientras... lo trates como se merece, yo no tengo... no tengo nada que objetar. No es que al principio pensara que eras una pelandusca, o algo así, es que yo... —Tuvo que callar para contener las lágrimas unos segundos más—. Solo quiero que sepas que lo siento, que me puse así porque...

Maxine le ofreció una sonrisa compasiva, a sabiendas de que necesitaba que la interrumpieran para no decir en voz alta lo que ya delataba todo su ser: que aún quería a su exmarido. Aquel era motivo sobrado para comprender un ataque de celos. Aunque no lo justificara, Maxine no podía sino solidarizarse con ella. Vivió una situación similar con Dylan y le habría gustado que la disculpasen por algunas de las actitudes erráticas que tuvo.

—Claro que lo aprecio. Es... —Ladeó la cabeza hacia el aludido. La venda aún le cubría media cabeza, y presentaba un aspecto desolador, pero aun así consiguió sonreír con afecto—. Es de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Nos llevamos muy bien. Como amigos,

quiero decir —especificó antes de que pensara que se regodeaba en su despecho—. Mantuvimos una... relación informal, pero se acabó imponiendo nuestra amistad. Mi corazón está con otra persona, y el suyo...

No acabó la frase. Daba por hecho que a Magnus no le haría ninguna gracia que pusiera palabras en su boca que siempre le había costado pronunciar. Aun así, le molestó no poder ser el puente de unión entre los dos cuando tenía la información necesaria, cuando sabía que el final feliz era posible, pero entendía que no le correspondía a ella librar esa batalla. Además; ¿de qué le serviría confesarle a Leila que su exmarido aún la quería, si cabía la posibilidad de que no despertara nunca? ¿No sería de una crueldad imperdonable?

—Ha tenido muchas de esas relaciones informales desde que nos separamos —confesó ella en voz baja, mirando a Magnus con el aliento contenido. Alargó un brazo hacia él para tomarlo de la mano—, y siempre me he obligado a mantener el pico cerrado. Es decir... Soltaba mis pullitas, ¿sabes? —Buscó una disculpa sincera en la mirada de Maxine, a la que se dirigió con humildad —. Era superior a mí. Cuando lo veía... pavonearse, o cuando empezaba a meterse en mi vida sin ningún derecho, no podía evitar espetarle algo al respecto. Lo tuyo... Lo vuestro, quiero decir, me afectó más de lo normal porque... porque... Unas semanas antes de enterarme de que estabas en su vida, Magnus vino a verme, y... Discúlpame, no tengo por qué contarte esto, pero es que no tengo... —La barbilla le tembló al tratar de sonreírle con arrepentimiento—. No soy una persona muy popular. Me quedé embarazada muy joven, y mis amigas, que eran unas crías y solo deseaban divertirse, no quisieron saber nada de... Que es normal, por otro lado —justificó enseguida—, y, bueno, en el círculo de Magnus tampoco era particularmente apreciada porque soy todo lo contrario a él, y... En fin, supongo que, en vista de la situación, siento que necesito desahogarme, que necesito... Y a mi hijo no le puedo... Mi hijo... No quiero que Tavish sepa que su padre puede ser... No quiero que Tavish se entere de que Magnus tiene defectos, ¿comprendes?

—Tranquila —replicó Maxine con suavidad. Si no las hubiera separado la camilla, la habría tomado de la mano—. Puedes abrirte conmigo.

Aunque Leila solo asintió, liberada de un peso asfixiante, Maxine supo que había suprimido un tremendo suspiro de alivio.

Sus ojos se humedecieron al volver a centrarse en Magnus.

—Él me manda muchas señales contradictorias, ¿sabes? Lo ha hecho desde el principio, desde... Yo le hice muchísimo daño, lo sé. No tiene justificación, quizá tampoco tenga perdón, pero me lo ha dado a entender tantas veces, que... Él me prometía y me decía que... Magnus y yo nunca hemos estado separados del todo. Mientras estuvo contigo sí, porque lo mandé al jodido infierno en cuanto me enteré. —Hizo una pausa para sorber las lágrimas—. Pero antes de eso... Siempre que coincidíamos me aseguraba que estaba trabajando por su cuenta para olvidar lo que le hice, me juraba y perjuraba que algún día volveríamos a estar juntos, y yo estaba tan aferrada a esa ilusión que... que te vi como un obstáculo, ¿entiendes? Pensé: mi marido está esforzándose para devolverme el espacio en su vida que siempre he tenido, y esta mujer se le ha cruzado por medio y va a acabar engatusándolo, y se le olvidará que está luchando por mí... Pero supongo que nunca ha luchado por mí y solo quería meterse entre mis piernas. Ha sido así toda la vida —añadió en voz baja.

Aunque Maxine sintió una fuerte curiosidad hacia su relato, renunció a hacer preguntas impertinentes para no incomodarla, y sobre todo por miedo a cambiar la imagen que tenía de Magnus.

No era ningún secreto que su amigo amaba a las mujeres. A las altas, a las bajas, a las gordas,

a las flacas, a las rubias, a las morenas; todas tenían un lugar en su corazón, y a todas les dedicaría unos minutos de su tiempo. No le sorprendería descubrir que había sido tan juguetón durante su matrimonio como lo era durante los encuentros sadomasoquistas.

Pero prefería no hacerlo.

—Solo quiero que sepas por qué mi actitud fue vergonzosa. No tiene perdón, pero sí una explicación, y yo... lo lamento —concluyó con voz queda.

Luego se inclinó hacia Magnus y le besó los nudillos con los ojos cerrados, como si no existiera absolutamente nada en el mundo, ni su carácter mujeriego ni el rencor acumulado, que pudiera evitar que siguiera queriéndolo con locura.

El gesto conmovió a Maxine.

Supo entonces que aquella mujer no se había inventado ni un detalle de la historia, y que en la inusual circunspección que se apoderaba de Magnus al hablar del engaño y del fracaso matrimonial había un resquicio de culpa, un espacio para dudas legítimas. «Supongo que tengo miedo de que alguien externo, objetivo o más inclinado a ponerse de parte de ella, me diga: "Eh, no te hagas la víctima. Fuiste tú el que la cagó primero"», recordó que le había dicho en el hotel de Acapulco.

Si él no hubiera contribuido a ese doloroso fiasco, ¿por qué tendría esa sensación?, ¿ese pavor a que terceros le dieran la razón a la infiel y no a la víctima? ¿Habría sido Magnus infiel antes que ella? Por más que la miraba, sobre todo cuando Leila pensaba que nadie la veía y se tendía junto a su exmarido para hablarle en voz baja, no la imaginaba acostándose con otro.

—Espero de corazón que podáis arreglarlo —reconoció Maxine.

—Ahora mismo solo quiero que sobreviva a esto. Tavish está... —Leila se apartó las lágrimas con prisa, como si no tuviera derecho a mostrarse vulnerable—. Está devastado. Quiere a su padre con locura... No puedes hacerte una idea. Me odió durante muchísimo tiempo después de la separación, y eso que Magnus nunca le dijo lo que había pasado: Tavish lo dedujo con su inteligencia de niño, y... Dios, no sé por qué te lo estoy contando todo —soltó una risita nerviosa mientras se limpiaba las lágrimas—. Supongo que siento que... que si no hablo de él o de la vida que ha tenido, seré yo la única que lo recuerde si ocurre...

«... el peor pronóstico», completó Maxine para sus adentros.

El avión de Califa había llevado a Magnus al mejor hospital de California, que era, a su vez, uno de los diez mejores de Norteamérica, pero allí no habían podido hacer mucho más que aplicar algunas técnicas novedosas y prometerles que estaría más cómodo que en ninguna otra parte. El neurólogo que se había adjudicado el caso por su complejidad y por el renombre del paciente les había comunicado que sus probabilidades de supervivencia no ascendían del diez por ciento. Siempre podía despertar, pero el daño cerebral sería implacable cuanto más tiempo demorara en hacerlo.

Lo que los médicos habían recomendado era que renunciaran a él y lo desconectaran antes de enrocarse en un milagro imposible.

—Magnus siempre será uno de mis temas de conversación preferidos —admitió Maxine—, así que no dudes que en mí encontrarás a una buena amiga.

Y lo dijo en serio. Maxine no había querido abrazar del todo el diagnóstico, pero en el fondo de su corazón sabía que el final estaba cerca y debía hacer las paces con sus punzadas de culpabilidad y con el dolor de perder a un ser amado.

En parte había tardado poco tiempo en racionalizar su sufrimiento porque el asunto de Carey le había dejado un desgaste emocional severo. No significaba que el duelo estuviera siendo implacable; solo que se veía en condiciones de enfrentarlo con entereza.

Cuando no estaba velando a Magnus, rompía a llorar sin darse cuenta, alentada por las tragedias más recientes. Cuando estaba con él, cuando lo tenía delante, en teoría debería sentirse peor, pero la presencia de Leila aligeraba esa carga. Poder sentarse con alguien a charlar sobre Magnus, a repasar esa vida tan maravillosa que había tenido, conocerlo desde otro punto de vista y echar una ojeada a sus veinte años, a sus treinta años, la hizo tan inmensamente feliz que más de un día se había sorprendido pasando seis, siete horas en el hospital, escuchando anécdotas con una sonrisa en los labios.

Halló en Leila a una mujer dulce e insegura que, cuando amaba, lo hacía a morir y a matar, y cuyos errores eran siempre producto de sus pensamientos saboteadores. Se vio tan reflejada en su percepción del mundo que no le costó hacer buenas migas con ella. En una ocasión incluso llegó a pensar que esa era la forma en que la vida le había presentado la oportunidad de devolverle a otra persona lo que Carey había hecho por ella. La dominatriz vio en Maxine a una joven vulnerable y le dio todas las herramientas que ya tenía asimiladas para que se fortaleciera y resurgiera con esperanza. Asimismo, Maxine había conocido a Leila en unas circunstancias insólitas cuanto menos, y ahora que podía aconsejarla y consolarla durante el peor momento de su vida, se sentía como si le retribuyera una deuda al universo.

Como si le retribuyera la deuda a Carey.

Porque no hubo noticias de ella. No estaba en el sótano de donde el FBI rescató a Amelia Cox, y aunque el operativo enviado a Ibiza seguía analizando las huellas que encontraron donde se localizó el teléfono móvil, aún no había novedades.

Así pues, al final del día solo le quedaba resignarse. Rendirse. Aceptar que encontrar a Carey ya no estaba en sus manos; que devolverle la vida a Magnus no entraba en sus competencias, y que Jace, una tercera persona cuyo futuro la preocupaba, era el único que podía poner sus propios asuntos en orden. Maxine debía abrazar sus limitaciones y tomar partido exclusivamente en lo que a ella misma le concernía. Y, aun así, vendrían situaciones que la superarían y viviría duelos que no se merecería.

Porque eso era la vida.

Había pasado demasiado tiempo nadando contracorriente, rebelándose contra la condición humana, que estipulaba que eran impotentes ante la injusticia; negándose a aprender que los azares del destino eran incontrolables.

No podía hacer nada para ayudar a sus seres queridos, del mismo modo que no había tenido nada que ver con que las cosas se hubieran torcido para ellos.

Solo era una chica. No tenía el poder de cambiar el orden del universo.

Estaba pensando en ello, sintiéndose más ligera, cuando entró en el instituto por última vez para recoger su finiquito. El director había insistido en dárselo en mano, a la antigua usanza, y, de paso, despedirse de ella. Apostaba por que le repetiría una vez más cuánto admiraba su tesón, el interés que demostró desde el primer día en unirse a la plantilla.

Maxine estaba dispuesta a escucharlo esta vez con agradecimiento. Ahora podía reconocerse un par de virtudes: era valiente y luchadora, y también buena amiga.

Pretendía dirigirse al despacho del director, pero al pasar por delante de un aula abierta, un estruendo de gritos y aplausos la desconcertó. Se giró hacia la marabunta de alumnos, padres y profesores que se habían congregado en el interior para batir las palmas y vitorear su nombre como si hubiera ganado la lotería.

Maxine se quedó helada en el sitio, tanto por la timidez como por el asombro. Tuvo que ser Carmen quien se acercara y le rodeara el brazo para tirar de ella.

—No te lo esperabas, ¿eh? —Le dio un codazo amistoso.

—Sinceramente, yo... —Tragó saliva, sorprendida por la cantidad de gente que había allí reunida. Habían colgado pancartas coloridas con su nombre, en la pizarra habían garabateado distintas dedicatorias para «la señorita Sagal», cada cuál con peor ortografía, e incluso habían preparado un cáterin sobre unos cuantos pupitres cubiertos con un mantel de plástico—. ¿Qué es... esto?

—Tu fiesta de despedida, como es evidente —le respondió una voz familiar.

Se giró y ahí estaba Luna, su compañera de piso, a la que habían convencido para que se vistiera de un tono diferente al negro. Lucía un bonito vestido drapeado de color caqui que Maxine le había dicho en una ocasión que le sentaba como un guante, y que debería ponérselo más a menudo.

Ese detalle la hizo sonreír.

—¿Y qué significa que estés tú aquí? ¿Me vas a despedir del piso también?

—Claro que no, idiota —se burló, de brazos cruzados—. Carmen se ha tomado la libertad de llamar a todos los contactos de tu teléfono a los que tenías marcados con un corazón.

—Me gusta que mis amigas se sientan queridas —se defendió Carmen con su agresividad impostada, retando a Maxine a quejarse por el atrevimiento.

Cosa que, por supuesto, no se le ocurrió.

La conmovió tanto ver allí a todas las profesoras con las que había estado saliendo de copas, a sus alumnos, a los padres con los que había mantenido más de una conversación... Incluso el jefe de estudios, un tipo conocido por su mala uva, estaba bebiendo del ponche a sorbitos mientras asentía en su dirección con aceptación.

También Leila y Tavish habían hecho un hueco en su agenda para ir. Ambos estaban pálidos y ojerosos, pero no dudaron en acercarse, abrazarla y darle las gracias por su período de sustitución.

Tavish incluso le confesó que la echaría de menos.

No fueron las únicas presencias que la sorprendieron. Se quedó de una pieza al reconocer a Dylan en un discreto segundo plano, donde había permanecido mientras ella iba de un lado a otro saludando y sonriendo sin poder creerse que todo aquello fuera en su honor.

Dylan esperó con las manos en los bolsillos y una media sonrisa a que se quedara libre, y entonces se impulsó desde la pared para ir a su encuentro y besarla con cariño en la mejilla.

—No sé muy bien por qué me han llamado —reconoció con una nota de risa en la voz—, pero siempre me alegro de verte. Te has ganado el corazón de las criaturas, ¿eh? Si es que arrasas allá donde vas. —Le guiñó un ojo.

—Es viernes por la tarde —señaló Maxine con genuino asombro—. ¿No tienes... nada urgente que atender?

—No me costaba nada pasarme por aquí. Espero no haberte arruinado la sorpresa.

—¡Claro que no! Solo estoy... sorprendida.

—De eso se trataba —se rio él.

Estaba guapísimo, pero el encanto personal que exudaba no tenía nada que ver con el traje de chaqueta celeste que realzaba la tonalidad de sus ojos, ni con la elegancia con la que lo llevaba, sino con la frescura de su sonrisa sincera. Lo vio más joven que nunca, cómodo en su piel; feliz, en resumidas cuentas, y se alegró tanto de que la ruptura le hubiera servido a ambos para crecer, no solo a ella, que por primera vez celebró cada uno de los pasos que los habían llevado hasta el momento presente. Incluso los más duros.

—Te veo genial —reconoció Maxine, frotándole el brazo de forma amistosa—. ¿White Lady te está haciendo caso?

—Algo así. —Meneó la cabeza con ambigüedad—. Pero no estamos aquí para hablar de mí. ¿Qué vas a hacer ahora que has terminado la sustitución? ¿Has buscado otro instituto?

Maxine se mordió el labio.

—La verdad es que... todavía no.

Dylan se extrañó.

—¿Y a qué esperas? Ya sabes que no te gusta estar parada.

Era una muy buena pregunta que no se había querido hacer, porque la respuesta revelaría las verdaderas inclinaciones de su corazón.

La primera semana estuvo esperando a que Magnus abriera los ojos, pero desde que comprendió que no tenía sentido albergar esperanzas y que a su amigo no le gustaría que pusiera su vida en pausa, había empezado a anhelar que Jace le hiciera una oferta en firme para huir a otro lugar.

¿Para qué mandar currículos a centros de estudios si luego él pretendía marcharse a Cagliari... y llevársela consigo?

Dylan se disculpó con ella cuando el politono predeterminado de su móvil rompió el breve silencio. Aprovechando que se retiraba a un rincón del aula para responder a la llamada y que todo el mundo parecía ocupado con sus emparedados, sus refrescos y sus conversaciones, Maxine sacó su teléfono y consultó los mensajes.

Jace le había escrito unos minutos atrás.

¿Qué tal?

Pues no te lo vas creer, pero Carmen y el resto de las profesoras me han organizado una fiesta de despedida en el instituto. Me han traído engañada con que tenía que recoger el último sobre con el sueldo, que supongo que me darán en algún momento porque es verdad que me lo deben (y falta que me hace), y me he encontrado con que ha venido todo el mundo. ¡Hasta Dylan! Es muy fuerte. No esperaba que me fueran a echar de menos. A ver, que eso dicen; luego seguro que se olvidan de mí a los cinco minutos, o a los cinco meses, es ley de vida, pero es bonito escucharlo.

Por supuesto que me lo creo.

Maxine esbozó una sonrisa entre divertida y exasperada.

Seguimos como siempre, ¿eh? Respondiendo monosílabos o frases sin predicado a mis detallados informes.

Con que haya una persona parlanchina en esta relación ya es suficiente, ¿no te parece?
Uno habla y el otro escucha. Es un buen trato.

Conque una relación, ¿eh? En todo caso será una relación a distancia.

Bueno, pero de cinco metros de distancia como mucho.

El corazón se le paró al leer el último mensaje. Se giró, diciéndose que era una ridiculez pensar que estaba allí, y creyó que se desvanecería al verlo de pie bajo el umbral del aula, con el móvil en la mano y una ceja enarcada que delataba su impaciencia por una reacción.

Maxine ni se lo pensó al echar a correr hacia él. No le importó que se armara un escándalo de aplausos y carcajadas en el momento en que se arrojó a sus brazos. Jace la levantó en vilo sin dificultad mientras la besaba, primero en las mejillas, luego en la frente y por último en la boca.

—¡Eh, que estamos en un instituto! —se quejó un alumno entre risotadas—. ¡Luego nos dicen a nosotros cuando nos escondemos detrás de las gradas!

Ella se separó, abochornada, y observó que Jace también se había ruborizado.

Estaba allí, pensó, sin dar crédito. Se había cortado el pelo, y no parecía que llevara vendaje debajo de la camisa blanca, que combinaba con unos vaqueros azules y unas zapatillas a juego.

Su aspecto mundano la conmovió.

Después de todo, sí que merecían una vida normal en la que no tuvieran cabida ni el látex ni las pérdidas injustas.

—¿A ti también te han llamado? —le preguntó Maxine en cuanto recuperó el aliento.

—¡A él el primero! —gritó Carmen desde la otra punta del aula con una sonrisa diablesca—. ¡¿No ves que su nombre tiene tres corazones en vez de uno?!

—¡No hacía falta decir eso! —se quejó ella, cada vez más colorada.

—Hay que ver... —oyó que seguía diciendo su compañera, dándole un codazo a Luna—. ¿Has visto a la de macizos que se ha tirado? Entre el tal Dylan, el Magnus Vass y a este de aquí... Eso sí que es un bingo en condiciones, coño. ¡Quién lo pillara!

Abochornada y a la vez inevitablemente divertida con su sentido del humor, Maxine sacudió la cabeza y se giró hacia Jace con la intención de cubrir su cuerpo. Su cara de circunstancia delataba que no le vendría mal que le protegieran del entusiasmo ajeno.

—No podía faltar —se justificó él, encogiéndose de hombros. Seguía sujetándola por la cintura con firmeza cuando paseó una mirada pensativa por la mesa de emparedados—. Me encanta el sándwich de pastrami.

—¿Solo el sándwich?

Jace se limitó a sonreír ante su coquetería y el gesto que tuvo de rodearle el cuello con los brazos. Estaba tan entusiasmada y feliz de saberse rodeada por algunos de sus seres queridos que pensó que, si se moría allí mismo, no le importaría.

Enseguida recordó de nuevo lo que Magnus le había dicho apenas unas semanas atrás y que tanto la había acompañado desde entonces.

«Maxine, si la palmaras mañana por obra del destino, ¿morirías feliz? ¿Morirías sabiendo que hiciste todo cuanto pudiste para tener lo que querías? ¿Morirías sabiendo que no podrías estar en un lugar mejor, con una compañía mejor?, ¿o morirías con una cuenta pendiente?».

Por instinto, lanzó una mirada esperanzada por encima del hombro, esperando que los siguientes en entrar por la puerta fueran Magnus y Carey.

Ni Magnus ni Carey hicieron acto de presencia, sin embargo. Ninguno de los dos lo haría. Pero unos brazos cálidos la mantenían con los pies en la Tierra y con la mente en la luna, haciéndola sentir segura, querida y también soñadora, y pensó que eso no la hacía conformista. Eso seguía haciéndola terriblemente afortunada.

Miró a Jace a los ojos, esos ojos cifrados y cargados de secretismo que, desde que le entregó la llave, se abrían para ella sin ningún reparo.

—Así que...

—Así que... —repitió él, observándola con expectación.

—¿Estás de paso... —le preguntó en voz baja— o vienes para quedarte?

Él sonrió como si la duda le pareciera de cajón y se guardó las manos en los bolsillos.

—¿Estamos de paso... —replicó con dulzura— o nos quedamos?

Epílogo

Cómo lo veis?

Se giró hacia sus amigas con los brazos extendidos y una pequeña sonrisa de circunstancia. Cada vez que notaba que le temblaba la barbilla, se mordía el labio inferior con saña hasta que el acceso de nervios se le pasaba.

Así había terminado con una pequeña herida que esperaba tapar con maquillaje.

Luna y Carmen habían sido convocadas en el pequeño dormitorio de su apartamento compartido para valorar el vestido que luciría esa noche.

Siempre había sido insegura con lo que ponerse para causar una buena impresión, pero aquella tarde estaba particularmente histérica. Ya había descartado cinco modelos distintos.

Carmen mantenía el interés porque había nacido para el trabajo: era la amiga cotilla, la amiga entusiasta, la amiga romántica, la amiga consejera, y ahora la amiga experta en moda.

Luna, en cambio, empezaba a perder la paciencia.

—¿Ese no es el primero que te has probado?

Siguiendo el ritual de la última hora y media, Maxine dio media vuelta para consultar su aspecto en el espejo de cuerpo entero.

—Creo que sí —meditó, alisándose las arrugas de la falda—. No me he dado cuenta.

—Es que ahora da la impresión de que te queda de otra manera —señaló Carmen. Había ladeado la cabeza para admirarla desde otra perspectiva. Incluso le había tomado fotos para que no olvidara cómo se veía con una variedad de complementos.

—¿Verdad? —exclamó Maxine con la voz ahogada—. Me voy a probar otra vez el anterior.

Luna suspiró con dramatismo y se dejó caer de espaldas a la cama. No tardó en incorporarse sobre los codos para mirar a Maxine con una mezcla de exasperación e inevitable ternura.

—Si te soy sincera, no sé por qué estoy aquí. ¿No se supone ya que te has acostado con él? —tanteó. Era incapaz de concebir que una mujer pudiera seguir preocupada por la opinión de su amante después del primer orgasmo.

—No lo sabes tú bien —bufó Carmen. Había traído consigo un montón de antiguas revistas de moda que su hermana tenía en la *boutique* para coger ideas. Ahora hojeaba una con las piernas cruzadas—. Le habrán dado doce vueltas al Kamasutra, y eso como mínimo.

—¿Y no te ha dicho que está enamorado de ti? —continuó Luna.

—En repetidas ocasiones —apostilló Carmen.

—Si se supone que hasta habéis planeado una vida juntos, ¿no?

—Quiere que le acompañe a Europa. Para vivir juntos para siempre —agregó Carmen, incansable.

El interrogatorio y las respuestas solo empeoraron los nervios de Maxine, que dejó de retocarse compulsivamente el cuello del vestido y se giró hacia ellas con los puños crispados.

—¡Pero nunca hemos salido, ¿vale?! Es la primera vez que él y yo... que él y yo... tenemos... A lo mejor estoy siendo una exagerada, pero quiero estar perfecta. Nunca pensé que llegaría el día en el que tendríamos una cita normal. Debo estar a la altura.

Luna se apiadó de ella.

—Cariño, no creo que dejaras de gustarle ni si aparecieras con un trapo sucio —la apaciguó con una sonrisa sencilla—. Ese terreno lo conquistaste hace mucho tiempo. Lo único que debe preocuparte son tus modales a la mesa, no cómo un cuerpo que ya conoce de arriba abajo luce un vestido drapeado.

Maxine bufó, desdeñando su bienintencionada apreciación, y buscó en Carmen a una aliada. Ella salió en defensa de su neurosis aguda con la barbilla bien alta.

—Se nota que no sales mucho, Luna. La idiosincrasia de las citas ha de ser respetada. Existe un protocolo, ¿comprendes? —insistió con pedantería al ver que Luna bizqueaba—. Una se viste de una manera cuando va a quedar con su ex, y de otra distinta si es una cita a ciegas. Lo malo... —continuó con pesar. Se disculpó ante Maxine con la mirada— es que no sé cuál es el reglamento cuando vas a cenar con el amo sadomasoquista que te ha metido el puño entero por el... Ya sabes.

Maxine puso los ojos en blanco y se volvió a girar para ocultar su rubor.

—No sé para qué te dije nada —masculló, más acalorada por los recuerdos que por el bochorno.

—¡Si es estupendo! —exclamó Carmen, entusiasmada—. ¡Tienes que llevarme a ese sitio!

—Al final me voy a poner cualquier cosa con tal de que dejes de darme la tabarra.

Y eso hizo, porque Carmen arrancó a hablar sobre sus amplios —y erróneos— conocimientos sobre BDSM, adquiridos gracias a las novelas eróticas que había leído, y Maxine no estaba de humor para conversaciones al respecto.

Se suponía que esa noche iba a cenar con Jace, como las parejas corrientes, y, al igual que cualquier hijo de vecino, charlarían sobre temas habituales en las primeras citas. El sadomasoquismo, el FBI, los secuestros, la trata de blancas, los amigos en coma y todo lo demás no tendrían cabida en el primer día del resto de sus vidas.

Así lo habían decidido ambos para experimentar por una vez la belleza de la cotidianidad.

Habían pasado un par de semanas desde que Maxine cogió su finiquito y Jace fue a buscarla a Los Ángeles. Aunque ella ya había empezado a barruntar la posibilidad de marcharse a Europa, aún no se había atrevido a dejar a Magnus atrás. Contaba con el apoyo de sus conocidos, lo que la hacía sentir mucho menos injusta con el hecho de pensar en abandonarlo, pero Maxine había aprendido a conocerse y sabía que no se lo perdonaría si se iba tan pronto.

Jace comprendió su decisión de permanecer en Los Ángeles hasta el quince de septiembre, una fecha límite que había fijado para no tenerle esperando eternamente. Ni a él ni a ella, que cada vez que pensaba en una casa compartida a las orillas del Mediterráneo, notaba que el corazón le brincaba de impaciencia.

Ante sus comprensibles reticencias, Jace había optado por quedarse junto a ella mientras llegaba el día. Si, para entonces, Magnus no había abierto los ojos, Maxine haría sus maletas para comenzar una vida lejos de los recuerdos infectados de California. Jace ya había dado el primer paso hacia su liberación trasladando una maleta de mano a un pequeño apartamento en Pasadena, una ciudad al sur del condado de Los Ángeles. Él aseguraba que no le importaba ni esperar ni darle su espacio viviendo en casas separadas, y Maxine sabía que era sincero al expresarlo. Era ella la que por alguna razón no soportaba la distancia, ahora innecesaria. Tampoco seguir en una ciudad donde cada esquina, cada calle, cada persona que se cruzaba, le recordaba a Carey, a Magnus, a Dylan, a sus padres. Una ristra de fracasos que tenía la certeza de que superaría en cuanto dejara atrás la costa oeste.

Aunque vivir en Los Ángeles sin coche era una idea pésima, ni Jace ni ella habían comprado uno. ¿Para qué, si no permanecerían allí por mucho tiempo? Él le había sugerido alquilar uno para ir a buscarla, pero a Maxine le pareció más especial que se encontraran directamente en el restaurante.

Lo había elegido ella. No podía parar de preguntarse si sería de su gusto o si le parecería pretencioso.

El Uber la dejó en Beverly Blvd, donde se encontraba Angelini Osteria, un italiano del que Maxine tenía muy buenas referencias, pero que nunca había probado. Si al final no se marchaba nunca, por lo menos quería crear nuevos recuerdos con Jace.

Nada más entrar, la sangre se le concentró en los oídos y solo pudo escuchar su pulso errático. El *maître* le dijo que su acompañante la estaba esperando en una de las mesas del fondo. Maxine rechazó que la escoltara, y, tragando saliva de forma compulsiva, se encaminó hacia el salón sobre los tacones de aguja.

«Me voy a doblar un tobillo. Me voy a tropezar. Voy a empujar sin querer a un camarero cargado con una bandeja de cócteles. Me voy a encontrar a Dylan. O a mi padre. O a los dos».

El caótico devenir de sus pensamientos se detuvo en cuanto reconoció al hombre que esperaba bajo una de las lámparas de luz cálida. Parecía que lo hubieran preparado así adrede, que lo hubiesen señalado con un foco teatral para que no se confundiera.

Como si eso fuera posible.

Jace estaba sentado con el pie cruzado sobre la rodilla. Tamborileaba los dedos contra la mesa. De lejos se le antojó más molesto que impaciente, pero al enderezar la espalda de golpe para cambiar de postura y frotarse los muslos con ansiedad, Maxine supo que solo estaba nervioso. Aquel gesto suyo bastó para que se le escapara una sonrisa pueril y se relajara lo suficiente para acercarse con una expresión razonablemente agradable.

Al verla llegar, Jace se puso de pie con tanta precipitación que la silla salió disparada hacia atrás. Fue lo bastante ágil para agarrarla del respaldo a tiempo y no provocar un escándalo, pero la pareja que cenaba a su derecha se dio cuenta y tuvo que susurrar un afectado «lo siento». Lo hizo sin apartar la mirada de ella, una mirada que vagó, sedienta de detalles, por su vestido de satén verde esmeralda, por las sandalias con tacón anudadas hasta debajo de la rodilla, por el cabello recogido en un moño desenfadado.

Maxine tuvo que embeberse de su imagen con la misma hambre, porque los clientes alertados de su llegada carraspearon y giraron la cabeza hacia otro lado.

Jace llevaba unos chinos negros, una sencilla camisa blanca metida por dentro y unos zapatos de vestir. Clásico y elegante. Supo que se había afeitado en cuanto dio un paso hacia ella y le llegó el delicioso aroma a *aftershave*.

La piel se le puso de gallina cuando él posó una mano educada en su baja espalda y se inclinó para darle un casto beso en la boca. Aunque el contacto apenas duró un segundo, Maxine cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, Jace seguía tan cerca de su rostro que no le pasó por alto que se humedecía los labios antes de volver a besarla. Esta vez lo hizo ladeando la cabeza y buscando jugar con su lengua.

Maxine sintió el estómago arder y soltó el bolso sobre la mesa para rodearle la nuca con la mano. Hundió los dedos en el cabello ondulado y lo atrajo hacia sí para suspirar contra su boca antes de devolverle el tercer, el cuarto, el quinto beso con la respiración contenida. Él presionó su espalda con las yemas de los dedos, que al principio solo había posado delicadamente sobre la tela. Le dio un pequeño mordisco en el labio inferior que le provocó un estremecimiento tan placentero que se le escapó un jadeo.

Entonces, Jace la soltó y dio un paso atrás.

—Bueno —carraspeó, cuadrando los hombros y alisándose las arrugas de la camisa.

—Bueno —repitió ella con voz trémula. Le quemaban las mejillas—. Vamos a sentarnos, ¿no?

Él asintió con timidez. Le retiró la silla para que tomara asiento ella primero, y después de reconocer su agradecimiento con otro discreto cabeceo, ocupó su lugar justo enfrente.

Maxine se dio cuenta de que nunca lo había tenido así, sentado al otro lado de una mesa. Las circunstancias jamás la habían obligado a mirarlo de frente. Pensó que no le importaría pasar así la mayor parte de la velada, tan solo observándolo embelesada mientras capturaba los pensamientos que iban desfilando por su mirada.

Ahora podía leerlos. Era un libro abierto.

—Estás... —empezó él—. Pareces... tú... —Cerró los ojos, frustrado, y se pasó una mano por la cara—. Lo siento. Estoy nervioso como un hijo de puta.

—Yo estoy igual —se rio ella.

—Pues entonces no sé quién va a romper el hielo —bromeó él con visible preocupación—. Había estado confiando en ti.

—¿En mí? Estamos apañados, entonces. Me estoy agarrando el borde del vestido porque siento que, si me relajo, me voy a mear encima.

Jace soltó una carcajada de pecho que los sorprendió a ambos.

—No puede ser tan difícil, ¿no? —inquirió en voz baja después de acodarse en la mesa—. Solo tenemos que comer algo, hablar de tonterías que no nos interesan a ninguno de los dos e irnos a la cama.

—Ya hemos hecho todas esas cosas antes, solo que no en un restaurante. No estarás nervioso porque no sabes utilizar los cubiertos, ¿no? —le pinchó, recordando el comentario de Luna.

—Me has pillado.

Ella esbozó una sonrisa vulnerable y agachó la mirada, todavía intimidada por el hecho de estar allí. No cambiaría aquello por nada en el mundo, aun así. Su mera compañía le despertaba tantas emociones que no le cabía la menor duda de que estaba viva. De que era joven. De que aún existía belleza en el mundo. De que merecía la pena seguir adelante.

Buscó su expresión para intentar averiguar si él pensaba lo mismo, y una vez más la sacudió su atractivo natural. Bajo aquella iluminación, sus ojos adquirían una vibrante tonalidad azulada. Se fijó también en el triángulo de piel que la camisa dejaba a la vista, y se aferró aún más a la tela del vestido para reprimir la necesidad de acariciarlo.

—No me mires así o me voy a saltar las reglas —la advirtió Jace.

Ella sacó la mano de debajo de la mesa y empezó a jugar con un cubierto.

—Se supone que la cama figura en el plan de hoy —comentó como si tal cosa—, y ahí estaré más relajada. A lo mejor podríamos hacer las cosas a la inversa. Dejar la cena para lo último...

Él enarcó una ceja.

—¿Ya no te apetece ser normal por un día?

—¿Podríamos ser normales? —Hizo una pausa—. ¿Queremos ser normales?

—Si eso conlleva aparentar tener un carácter civilizado en público cuando llevas ese vestido, no, no quiero ser normal. Me parece tortuoso y antinatural. Y supongo que da igual si no cenamos —añadió—. Se supone que nuestras cosquillas nunca han significado que tenemos hambre, ¿no?

Maxine esbozó una sonrisa entre nerviosa y complacida, y fue a alargar la mano hacia él para hacerle saber que estaban en el mismo barco, un barco a la deriva de sus sentimientos. Pero el móvil, que había dejado sobre la mesa con la intención de darse un respiro, se iluminó anunciando un mensaje, y ella no pudo ignorarlo. Había prometido estar pendiente de los wasaps por si acaso Leila anunciaba un milagro.

Y el wasap anunciaba un milagro, pero no era ella quien lo había enviado.

Maxine se inclinó hacia delante guiada por la inercia del vuelco que le dio el corazón. Por unos momentos fue incapaz de abrir el chat, de enfocar la mirada siquiera para ver qué palabras

aparecían en la vista previa.

—¿Qué pasa? —preguntó Jace, alarmado.

Se armó de valor y pulsó la notificación con un dedo tembloroso.

Solo habían redactado cinco palabras.

Te debo la vida, pelirroja.

Maxine sintió que se le iba el aire de los pulmones. Agarró el móvil con violencia y tecleó mil mensajes distintos. Los borró todos antes de hacer la pregunta más urgente. Ridícula, porque solo una persona en el mundo la llamaba así y eso no se podía falsear, pero necesaria para que el alma le volviera al cuerpo.

¿Eres tú? ¿Eres tú de verdad?

El usuario no contestó verbalmente. A los pocos segundos, Maxine recibió una imagen que no tardó en descargar. Carey le había mandado un *selfie* con su sonrisa de la Mona Lisa, la que ponía en todas las fotos que subía a Instagram. Para sacarla de dudas, sujetaba en la mano con la que no aguantaba el móvil un *smartphone* ajeno.

La pantalla bloqueada marcaba la fecha del día presente.

—No... no puede... —gimoteó ella, aferrándose al teléfono como si quisiera meterse dentro.

—Maxine, ¿qué ocurre?

Verla de nuevo la sacudió por dentro y por fuera. Tenía las raíces del pelo crecidas hasta el borde de las orejas, y de ese castaño natural que siempre había dicho que no le sentaba bien; el resto de su melena despeinada era de la tonalidad de rubio oxigenado de quienes olvidaban retocarse en la peluquería. No llevaba maquillaje, y le sorprendió darse cuenta de que nunca antes la había visto con la cara limpia. Esto permitía apreciar con cruel rigurosidad los moratones de la cara: uno oscuro en la frente y otro a un lado de la barbilla. Tenía el labio inferior hinchado, pero eso no le impedía poner su mejor cara para la cámara.

—Es Carey —balbuceó, incapaz de apartar la mirada de la pantalla—. Es Carey, es... es Carey.

Quería hacerle un millón de preguntas. Al final se decantó por la única que podría y querría responderle en semejantes circunstancias.

¿Cuándo podré verte?

Pronto.

Carey dejó de aparecer en línea unos segundos después. Para consolarse, y todavía tan agitada que no podía respirar, Maxine volvió a mirar la foto y se fijó en otros detalles: la habían tapado con una chaqueta de hombre que le estaba grande y que lucía el escudo de la Policía Nacional española.

Y estaba dentro de un vehículo, quizá un coche patrulla.

¿Le habrían entregado su móvil después de encontrarla? ¿No sería eso... peligroso?

—No —musitó para sí—. Está a salvo. Ahora sí está a salvo...

Y como si pronunciarlo en voz alta le hubiera servido para asimilarlo a nivel interno, se puso en pie de sopetón, aferrando aún el móvil como si formara parte de su cuerpo. Solo al ver borroso a Jace se dio cuenta de que estaba llorando por la conmoción. Él parecía preocupado;

luego no pareció absolutamente nada, porque Maxine rodeó la mesa y lo hizo levantarse para estrecharlo contra su cuerpo.

Pronto reparó en que no habría entendido nada y se separó para ofrecerle el móvil con el aliento contenido.

Jace lo cogió, dudoso. Se demoró en leer la breve conversación porque era reacio a apartar la mirada de ella, pero, cuando lo hizo, la cara se le iluminó.

—Max... —murmuró él con el aliento contenido, expresando con tan solo una palabra lo que ella era incapaz de verbalizar en esos momentos. En su diminutivo de tres letras había concentrado el alivio, la alegría, la esperanza, un cóctel de emociones que creyó que la haría estallar.

Maxine volvió a abalanzarse sobre él. Lo abrazó con tanta fuerza que pensó que le dejaría la marca de las uñas en la espalda. Al principio solo quería compartir su ilusión con alguien, o no con cualquier «alguien», sino con él, con él en concreto, siempre con él. Pero cuando Jace agachó la cabeza para besarle el hombro desnudo, todavía caliente por los sofocos, Maxine se estremeció y se apartó lo suficiente para mirarlo fugazmente antes de besarlo. No besarlo, sino devorarlo. Tomó sus labios con las ansias de más de dieciocho meses, con el hambre de un pobre famélico, y Jace la correspondió tan rápido que parecía que se hubiera estado preparando para ello.

—Vámonos —jadeó Maxine.

—¿A mi casa?

—A Italia. El primer vuelo que haya. Me da igual —soltó en un arrebato de ilusión. Le tomó el rostro entre las manos y lo atrajo hacia sí para besarlo otra vez—. Te quiero.

Jace se rio con incredulidad, pero seguía sosteniéndola como si nada pudiera separarlos.

—Un poco precipitado, ¿no? Creo que primero deberíamos salir de aquí antes de que nos echen por escándalo público, y ya a solas ir trazando...

Dicho y hecho. Maxine entrelazó los dedos con los de él y tiró hacia la salida. Ni se dio cuenta de que se llevaban las miradas de todo el salón, unas estupefactas, otras cargadas de celos, y alguna más colmada de ternura hacia el amor de la juventud.

Quizá a Maxine le habría asombrado toparse con que su situación ahora podía ser envidiada en lugar de compadecida, pero estaba tan ocupada sacándole partido al hecho de ir en el mismo Uber que Jace que ni se lo planteó. El conductor, que habría regresado a casa escandalizado por el morboso comportamiento de sus pasajeros, tardó veinte minutos en llevarlos al centro de Pasadena. Allí se encontraba la cerradura de la puerta con la que él tuvo que batallar desesperadamente para abrirle camino a Maxine.

Ella no entró enseguida. Antes volvió a cubrir su rostro con las manos. Sintió la aspereza de la barba, las mejillas ahuecadas al separar los labios para encontrarse con la lengua de ella. Tenía la piel húmeda y caliente. Él era húmedo y caliente.

Después de depositar el teléfono y la cartera en la mesilla de entrada, Jace acarició su espalda en el recorrido hasta sus nalgas y las agarró mientras giraba con ella pegada a su pecho para cerrar la puerta del apartamento de un puntapié.

—No me malinterpretes —retomó Jace en cuanto Maxine le dio un respiro—. Quiero esto desde hace mucho tiempo, pero hay razones por las que no nos hemos ido antes, y no me gustaría que te arrepintieras, o...

—Quiero a Magnus —interrumpió ella. Se separó para que viera su expresión determinada—. Pero él me quiere a mí, Jace. Eso es lo que no he tenido en cuenta. Él me quiere a mí. Si estuviera aquí, me preguntaría qué demonios estoy haciendo, me compraría el billete sin pensarlo

y me plantaría las maletas en la puerta. Me quiere y espera que sea feliz.

Jace no podía ni quería luchar contra esa declaración. Para reafirmarla, Maxine regaló una caricia persuasiva a sus hombros enfundados en una camisa que olía a gloria, y deslizó las manos por su pecho hasta cubrirle la bragueta.

—¿Y lo serás conmigo? —tanteó él, jadeante. Ni siquiera abría los ojos cuando se separaba para tomar aire, y había empezado a frotarse contra Maxine como un gato mimoso.

—Sí —reconoció en un susurro apasionado—. Y también... ¡Arg!

Su propio gritito de asombro la interrumpió: un Jace descontrolado acababa de cogerla en brazos para llevarla a la habitación. Maxine veía en sus ojos ese deseo arrebatado y halagador con el que tuvo la certeza de que la perseguiría por toda la casa cuando pudieran compartirla.

Ya en el dormitorio, Jace le puso los pies en el suelo y la miró, vacilante. Tenía el puente de la nariz enrojecido, y una gruesa erección se adivinaba bajo el pantalón.

—Quiero creerte —le aseguró con el corazón en la mano—. Pero te conozco, y sé que si dejas a Magnus, los remordimientos no tardarán en encontrarte, y a mí no me importa quedarme aquí hasta que estés lista. —Buscó los ojos de Maxine, pero antes vio sus pechos recogidos en el escote del vestido, que con el movimiento se había desplazado de manera que insinuaba un pezón endurecido. Jace se acercó y lo cubrió con la mano antes de inclinarse para besarla en la carne tierna—. No quiero que empecemos con mal pie, con la sombra de una pérdida o una renuncia. Quiero que... Dios... —ronroneó, lamiendo el relieve de sus senos. Le rodeó la espalda y tiró de la cremallera que mantenía el traje en su sitio antes de hundir los labios entre su cuello y su hombro—. Todavía no me puedo creer que te tengo para mí.

Ella se estremeció al sentir la humedad de su boca en el punto sensible. Le facilitó que le quitara el vestido y enseguida se enganchó a su cuello, frotándose contra su miembro endurecido, para seguir besándolo como si le fuera la vida en ello.

—Algo me dice que Magnus tiene todo lo que necesita en la mujer y el niño que no se separan de su lado —musitó, viendo que Jace se agachaba para desanudarle las sandalias con una expresión de absoluta devoción que le puso el corazón en un puño—, y yo me escaparé siempre que pueda para venir a verlo. Jace... —suspiró con amargura—, no puedo permitir que mis fracasos y mis tragedias trunquen mi vida para siempre. No puedo permitir que el dolor me retenga, ni quedarme donde no puedo hacer nada por mera lealtad. Una lealtad estúpida, porque no le querré menos si me marcho, ni estaré menos pendiente de sus avances. Al final, tenías razón...

Se le escapó un gemido cuando él la besó entre los muslos.

Desde abajo, Jace la miró con ojos brillantes.

—¿En que eres la más guapa de la fiesta? Eso ya lo sabía yo.

Ella se rio con ternura y se agachó para acariciarle la cara.

—No. En que a veces solo tienes que esperar que las cosas vengan a ti. Carey ha vuelto a mí. Pero también tendrás que admitir que yo tampoco me equivoco cuando digo que, a veces, eres tú quien tiene que pelear por lo que quiere. Y pelear no siempre exige una lucha encarnizada. A menudo requiere una renuncia. Las denuncias son dolorosas..., pero necesarias.

Jace se incorporó en cuanto le había quitado el tanga de lycra, sosteniéndole la mirada en todo momento. En uno de esos silencios que hablaban por sí mismos, Maxine fue testigo del cambio que sufrió su expresión: de la incredulidad recelosa, pasó a la convicción.

Había claudicado. Y aunque era mucho de lo que tenían que hablar, ella estaba tan sobreexcitada por las noticias de Carey, tan necesitada de que la tocaran, la pellizcaran, la hicieran consciente de su cuerpo para confirmar que no era un sueño, que sentía que se volvería

loca. Eso él lo sabía, y para complacerla empezó por tomarla entre sus brazos y arrojarla de espaldas al colchón. De pie ante la cama, observándola con un morbo que la hizo retorcerse para llamar su atención, Jace se fue desabrochando la camisa.

En cuanto estuvo semidesnudo, se tendió sobre ella y le separó los muslos con delicadeza para cubrir su sexo.

—Irse hoy sería una locura. No hemos preparado nada —le recordó él.

—¿Que no? —Maxine gimió al notar los dedos tanteándola con destreza. Su mirada oscurecida, gris como la plata, no hacía sino avivar su necesidad—. Habla por ti. Yo he estado pensando en todo. Seré profesora de Español, de Inglés o de ambos en un centro de lenguas privado o en un instituto público; me da igual. Y tú serás lo que quieras, porque puedes ser lo que quieras, no lo dudes. —Le cubrió la mejilla con la mano—. Y viviremos en una casa blanca con las puertas azules...

Él se ladeó hacia su caricia para besarla en la palma y soltó una risita ronca.

—Creo que eso es en Grecia.

—Pues una casa blanca con las ventanas verdes, me da... me da igual —gimoteó, meneando las caderas al son que marcaba la deliciosa presión de sus caricias sobre el clítoris—. Y tú no me dejarás en paz nunca, porque me lo prometiste... Me prometiste que, si me tuvieras en tu casa, no me soltarías.

—Y no lo haré —le prometió con voz gutural. Se inclinó sobre ella y le besó un pecho—. No podría, joder. Cada día estás más buena.

Maxine se echó a reír, risa que se le entrecortó conforme sus caricias adquirieron intensidad.

—Y pensar que hace unos meses no me decías ni que estaba guapa cuando me veías... bajar las escaleras... para ir a las... veladas. Era imposible saber en qué pensabas.

—Pensaba que habría dado cualquier cosa para estar dentro de ti —reconoció con un gruñido herido.

Maxine se estremeció, conmovida y satisfecha por una verdad que no le importaba que hubiera llegado tanto tiempo después.

No era tarde, porque aquello no había hecho más que empezar.

—¿Y cuándo empezaste a quererme como algo más?

Él se humedeció los labios mientras introducía dos dedos en su cuerpo.

—Creo que me dijiste algo como... «¿Me estás haciendo luz de gas, cabrón?». —Se rio flojito, conmovido por el recuerdo. Su expresión se suavizó al caer en la cuenta de otro detalle importante—. No, espera. Fue cuando te pusiste a contarme que tu abuelo era argentino la tarde que pregunté por tus límites sexuales.

Maxine se cubrió la cara y se la notó ardiendo, como ardía toda su piel.

—Qué vergüenza.

—También sentí una punzadita cuando mencionaste lo de recuperar a tu novio. Dios... —Sacudió la cabeza con una sonrisa avergonzada—. Me molestaba que tuvieras pareja. Tendría que haber entendido entonces que me ibas a cambiar la vida. Cada noche, mientras te preparabas en tu habitación, te miraba y rogaba para mis adentros que el tipo no te hiciera ni caso. Y me asombraba cuando el universo me escuchaba, porque solo eso podía explicar que no se fuera a casa contigo; que alguien hubiera interferido mágica o cosmológicamente improvisando un vudú mental.

—No seas exagerado —balbuceó ella, pero su confesión la ruborizó de placer.

Alargó los brazos en su dirección para atraerlo hacia sí, a lo que Jace obedeció y sacó la mano de su entrepierna para fundirse con el cuerpo femenino. Fue Maxine la que le bajó el pantalón a

trompicones para sentir su miembro.

—No exagero —susurró Jace con vehemencia. Elevó las caderas lo suficiente para penetrarla despacio, con los labios pegados a su sien. Su carne se abrió para él.

Maxine lo abrazó con fuerza y se entregó a él con total desinhibición.

—Pues eso es lo único que necesitamos para marcharnos.

—Eso y las ventanas verdes —murmuró Jace contra su mejilla—. ¿Algún otro plan que necesite saber? Es obvio que esta noche mandas tú.

—El plan es... —Cerró los ojos para paladear sus lentas embestidas— que me harás el amor todas las noches, me despertarás con besos, me dirás siempre lo que tengas en la cabeza, me llevarás de la mano por la ciudad, por todas las ciudades que visitaremos; me repetirás que me quieres veinte veces al día, volverás a tener sentido del humor y a quedar con tus amigos para jugar al fútbol, me dejarás embarazada...

Al oír aquello último, Jace soltó una risa estrangulada que se le mezcló con el llanto emocionado que amenazaba con derramarse.

—¿Sí? —musitó sin voz.

Maxine besó la única lágrima que se le había escapado.

—Sí —le prometió con dulzura—. Y estaremos muy bien. Estaremos mejor que nunca.

Jace escondió el rostro en el hueco de su cuello para que no lo viera emocionarse, como el niño tímido que era a veces.

—A veces me parece que te llevo queriendo toda la vida —reconoció con los labios pegados a su clavícula.

—Pues mientras te parezca también que seguirás haciéndolo lo que te quede de ella, tú y yo seremos perfectos.

Índice

FURTIVO I: ESTA NOCHE MANDO YO

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
FURTIVO II: ESTA NOCHE MANDAS TÚ
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo

---

[1] Organización militar al servicio de los nazis.

[2] «Si puedes leer esto, no estoy impresionado. La mayoría de la gente sabe leer».

[3] *Rigger* sería aquel que ata, y *rope bunny*, el que se deja inmovilizar con las cuerdas.

[4] Aquel que cambia de rol sin problema, no le importa ejercer de amo o sumiso.

[5] La traducción literal sería «niñato/a»; aquel sumiso o sumisa que tiene una actitud rebelde con su amo para hacer el juego más picante, pero que acaba acatando las normas.

[6] Practicante del *ageplay*, práctica de rol en la que se interpreta un cambio de edades, desde bebés hasta ancianos, dentro de una pareja.

[7] No sabes lo que hiciste, lo que me hiciste/Tu lenguaje corporal me habla/Puedo hacer que esto sea como un huracán.

[8] ¿Cuál es tu tamaño?

[9] No puedo evitar ser sexual.

[10] Dime tu horario, tengo un montón de trucos nuevos para ti, cariño.

[11] Puede que folle con él con el maquillaje puesto... Lo haré.

[12] *El mago de Oz.*

[13] Baht tailandés (THB), moneda del país. Treinta bahts equivalen a menos de un dólar estadounidense.

[14] Arroz pegajoso con mango.

[15] Ya no puedo dormir/En mi cabeza, debemos estar juntos/Y no puedo estar sin ti/¿Por qué no puedo encontrar a nadie como tú?

[16] Hay algo en ti/ que me hace sentir como una mujer peligrosa (...)/ que me hace querer hacer cosas que no debería.

[17] Todas las chicas quieren ser así/ a las que son chicas malas en el fondo les gusta eso/ Tú sabes cómo me estoy sintiendo por dentro.

[18] Toda la mierda que hice anoche; esos serán los mejores recuerdos.

[19] Solo quiero dejarlo estar por esta noche; esa será la mejor terapia para mí.

[20] Canción de MEDUZA, Becky Hill y Goodboys.

[21] En inglés, que es el idioma que están hablando, «date prisa, Hurricane» se diría «*hurry*, *Hurricane*».

[22] *//aguardiente y limón % ˘ ◡◡ ˘ %*.

[23] «A gusto» en francés.

[24] «Invita la casa» en francés.

[25] «Más o menos» (**มากหรือน้อย**) en tailandés.

[26] *La luna enamorada*, Kali Uchis.

[27] Negro es el color del pelo de mi amor (...) Y donde él va, sí, amo el suelo por donde él va, y todavía espero que llegue el día en que él y yo seamos uno.

[28] «¿En qué se ha convertido la vida? Nosotros no hablamos demasiado. Esto que tengo podría ser un nuevo y extraño amor (...) Llévame lejos. ¿No me llevarías lejos, por favor, cariño?»; *Take Me Away*, de Daniel Caesar feat. Syd.

[29] Fetichismo sexual en el que se mezcla el erotismo y la comida.

[30] Llévate todo mi dolor, ponle ritmo. Llévate todo mi dolor, repítelo. Sé que para mañana ya habrás vuelto a mí, y si no vuelves mañana, lo que será, será.

[31] Entraste y captaste mi atención; nunca he visto a un hombre con tanta dimensión. Es la manera en que andas, la manera en que hablas, la manera en que me haces sentir por dentro.

[32] Él dice que le gusta un buen rato, cobra vida por la noche. Mi madre no se fía de él; él solo está aquí para una cosa, pero yo también.